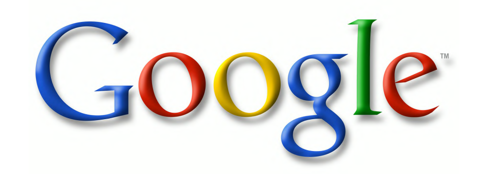
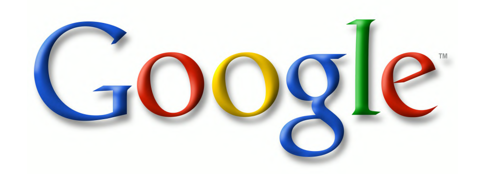





SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
ET
VE RI TAS
CHRISTO ECCLESIAE

VALENCIA


PER★ANGUSTA
AUGUSTA



SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

VALENCIA

POR

D. Teodoro Llorente

CLICHÉS DE A. GARCÍA — GRABADOS DE JOARIZTI Y MARIEZCURRENA

DIBUJOS Á PLUMA DE J. J. ZAPATER Y P. LLORENTE — CROMOS DE J. J. ZAPATER

TOMO I

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª
CALLE DE PALLARS (SALÓN DE SAN JUAN)
1887



AL EXCMO. SEÑOR DON VÍCTOR BALAGUER

OBRA verdaderamente nacional por su objeto y por los elementos que á ella concurren, es esta publicación de ESPAÑA, *sus Monumentos y Artes, su Naturaleza é Historia;* pero su inteligente iniciativa, su acertada y doble ejecución, serán siempre preciados timbres para la noble, culta y laboriosa Cataluña.

Hace ya casi medio siglo, dos hijos suyos, un gran escritor, Piferrer, un gran artista, Parcerisa, idearon y dieron á luz, entre el fragor de civiles contiendas, los *Recuerdos y bellezas de España*, que revelaron á sus coetáneos, olvidadizos de las grandezas históricas y poco atentos á los primores del arte, el caudal riquísimo que guarda nuestra patria de esos inestimables tesoros. Hoy, editores entusiastas, catalanes también, solicitando la cooperación de todas las provincias, renuevan, amplían y mejoran aquella publicación. Injusto sería negar á Cataluña el tributo de gratitud que por tan laudable empresa le debe España entera.

Á usted, caro amigo, envío esta afectuosa manifestación; no al ministro de la Corona, no al político influyente, no al prohombre de un partido poderoso y triunfante (títulos respetables, pero inadecuados á mi objeto), sino al periodista fogoso de otros tiempos, al poeta inspirado de siempre, al literato infatigable, al

historiador celosísimo de su amada Cataluña. Y para hacerlo así, no sólo me mueve la razón, que sería bastante, del lugar preeminente y conspicuo que ocupa usted en el renacimiento catalán, y de lo mucho que ha contribuído á extenderlo y autorizarlo dentro y fuera de España. El nombre de usted al frente de estos volúmenes, dedicados á *Valencia*, tiene, además de esa, otra peculiar y gratísima significación.

Un día — usted mismo lo ha recordado muchas veces — el joven é impetuoso poeta y tribuno de Cataluña vino á la ciudad del Turia y tendió la mano al cronista de Valencia, al buenísimo é inolvidable Vicente Boix, lleno siempre de ilusiones patrióticas. Aquel abrazo unió las nuevas generaciones literarias de una y otra parte del Ebro. Hermanas son todas las provincias de España; pero ¿no hay, en el seno del hogar, lazos especiales de mayor fuerza entre algunos de los hijos de un mismo padre? Los que nacieron gemelos ¿no están naturalmente obligados á más íntimo afecto, sin ofensa ni menoscabo de los demás? Algo de esa hermandad más estrecha y más afectuosa existe entre Barcelona y Valencia, tan ligadas por la naturaleza y por la historia.

Perdió usted, querido Balaguer, á su gran amigo valenciano; pero proseguiremos su obra los que recibimos de él las inspiraciones del amor patrio. En nombre de todos ellos, en memoria del maestro cariñoso, en representación de Valencia agradecida, envío al *Trovador de Montserrat* mis plácemes para Cataluña; para Cataluña, que erige en honor de España este monumento literario, cuya única tacha será la parte que, con mejor voluntad que suficiencia, ha tomado en él

su affmo. amigo

TEODORO LLORENTE.

Valencia, 25 de Julio de 1887.



CAPÍTULO I

VALENCIA.—OJEADA GEOGRÁFICA

Paso del Ebro y entrada en el Reino de Valencia.—Ojeada geográfica: el litoral, las montañas, las llanuras, los ríos.—Constitución geológica.—Excelencias del país.—Sus producciones.—Formación y límites del Reino de Valencia.—Carácter social y aspecto artístico.

TORTOSA! ¡Diez minutos; parada y fonda!» Rechina, se estremece y se detiene el tren, agarrotado por los potentes frenos. Los empleados y mozos de la estación corren presurosos de acá para allá; baja al andén, bostezando y restregándose los ojos, alguno que otro viajero soñoliento, y toma sitio en la pro-

longada mesa del ***restaurant***. ¡Qué hermoso amanecer! Á la derecha, sobre los muros almenados del antiquísimo castillo de San Juan, regia corona del cerro en que se asienta Tortosa, surge el sol triunfante y glorioso, y á la izquierda se extiende la arbolada huerta, que inunda con oleadas de vivísima luz. Pero no hay tiempo para embelesarse en estas contemplaciones. Pasan los diez minutos, repica la campana; «¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!» La férrea culebra agita sus anillos estridentes; arrástrase de nuevo, y devoradora del camino y la distancia, lánzase á la carrera. Tonante estrépito nos aturde: cruza el tren un puente colosal. Á través del fuerte enrejado de los bastidores, vemos allá abajo, muy abajo, corriente caudalosa que se desliza lenta, mansa, callada, entre márgenes de verdes cañas. En segundo término, apiña á un lado Tortosa su pardo caserío, que desciende hasta flor del agua, y cruza el sosegado raudal antiguo y tosco puente de barcas, que pausadamente atraviesan pesados carromatos. Detrás, bosques y más bosques de grisientos olivares, y en el fondo, la escarpada cordillera de los Puertos de Beceite. Al otro lado, tuerce el río su curso por la huerta para dirigirse al mar: vense en las orillas lanchas embetunadas, tendidas en tierra; en el agua, barcas pescadoras, pequeños faluchos, con la triangular vela latina extendida al sol, ó arrollada en la oblicua antena: el labrador, trillando, junto al pescador, que recoge las redes: escenas tranquilas y apacibles por todas partes; el idilio de los campos dando la mano al idilio de las playas; la pastorela acordada con la barcarola.

Ese río que tranquilo se desliza, fertilizando estos campos abundosos, es el afamado Ebro, el que dió nombre á nuestra Península Ibérica (1), el que determinó en ella la primera divi-

(1) «*Propter flumen Iberum universum Hispaniam græci appellavere Iberiam:*» Plinio. Los fenicios fueron los que dieron nombre al río Ibero y á la Iberia. Rochart, Tomás Hide y Worm derivaron esta palabra de Ibrim ó Eberim, que significa *ultra*, más allá. Rougemont *(L'âge de bronze)* saca la etimología del Ebro (Abar, Ysber, Yber) de estaño y plomo, porque los fenicios iban por este río á buscar el estaño en las Islas Británicas y el plomo en Falset.

sión territorial, y fué por algún tiempo la valla entre el mundo latino y el mundo cartaginés. Nacido allá en las montañas cantábricas, en la vecindad del Occéano, corta diagonalmente la tierra española, separando las Provincias Vascas de las Castellanas, regando los fértiles campos riojanos y los de la Baja Navarra, dando sus raudales en Tauste al canal Imperial de Aragón, reflejando en Zaragoza las once cúpulas multicolores de la Basílica del Pilar, y metiéndose luego por tierra catalana, hasta derramar en el Mediterráneo el acopio de sus aguas, formado por el tributo de ciento cincuenta afluentes. La España Citerior de los romanos dilatábase á su izquierda; la España Ulterior á la derecha; y tan hondas imprimía sus huellas en todas partes el Pueblo-Rey que no puedo ver, en la carta geográfica de la Península española, la línea que señala de parte á parte el curso de este río, sin imaginar que es el surco trazado por la espada de aquella nación dominadora.

¡Cuántas luchas titánicas ha presenciado el *ingens Iberus* de Pomponio Mela, desde que convino Hasdrubal con los romanos en que marcase el límite de sus respectivas conquistas, hasta que cruzaron sobre él las bombas napoleónicas, cayendo en vano sobre la indomable Zaragoza! Aun después, en nuestros propios días, ¡cuántas veces *las líneas del Ebro* sonaron en los boletines de nuestras guerras intestinas! Y sin embargo, aquí, culebreando por estos amenos campos, dando sus dóciles aguas á los canales que los cortan, pierde el aspecto belicoso y el prestigio épico; y reducido al modesto y útil papel de regante y acequiero, me recuerda á aquellos veteranos gloriosos, llenos de cicatrices y de cruces, que dedican la vejez reposada á cultivar humildes berzas como Diocleciano.

¡Cuán fructífera vega, la que fertiliza el padre Ebro en éstas sus postrimerías! Rico verjel de Ceres y Pomona pudiera llamarla un poeta clásico. Árboles frutales sombrean por todas partes sus campos de hortalizas. Entre pomposas higueras, albérchigos y manzanos, yergue su esbelto mástil y su airoso penacho

alguna palmera, anunciadora de los climas meridionales. Vense pasar, entre granados en flor, granjas alegres que, con sus pórticos de verdes emparrados, hacen pensar en las alquerías de las orillas del Turia. Cataluña cede el puesto á Valencia. Pero no separa exactamente el Ebro el antiguo Principado de las tierras valencianas: la división estratégica de los romanos no ha sido respetada. El histórico Iberus es, desde la afluencia del Segre y el Cinca hasta su desembocadura, un río enteramente catalán, catalán á un lado y otro. Para encontrar la frontera de Valencia hay que andar todavía algunas leguas. Esta nueva división territorial no quita á Tortosa cierto carácter ambiguo; los mismos catalanes comprenden que es una ciudad algún tanto valenciana. —*¿Sou catalans ó valencians, vosaltres?*—he oído preguntarle en Barcelona á un hijo de Tortosa.—*¿Nosaltres? Nosaltres som tortosins* — contestaba, afirmando cierta singularidad, de que se ufana este pueblo rayano, anillo de oro que une á Cataluña y Valencia en el joyel español.

El tren sigue su marcha; quedó ya atrás la huerta tortosina y nos rodean dilatados olivares, en cuyos claros verdean los majuelos; recorremos un largo valle entre los montes de Godall y de Munciá, en cuyas faldas se guarecen pobres aldeas. El valle se ensancha luego para presentarnos, en medio de extensos viñedos, á Ulldecona, pueblo de aire catalán todavía, con su puerta ojival, su caserío de piedra, la torre maciza de su iglesia, y no muy lejos, el castillo de Ventalles, que levanta su robusta mole cuadrada en la cumbre de una colina. ¡Adelante! ¡Adelante! ¿Veis el ancho cauce de un torrente que corta la línea férrea? Es el río Cenia; ya lo hemos pasado (1): ¡ya estamos en tierra valenciana! Cruzamos una meseta pedregosa, mal poblada de escuetos algarrobos; luego los montes huyen á diestra y siniestra

(1) El río Cenia nace en la antigua tenencia de Benifazá, uno de los puntos más selváticos del Maestrazgo, al Este de Morella. Recibe sucesivamente los nombres de río de Fredes, Mangraner, Benifazá y Cenia. Su curso es de doce leguas. Desagua en el mar junto á la Torre del Sol del Riu.

mano, y se abre á nuestro paso alegre llanura, ceñida á un lado por la faja azul del Mediterráneo, y al otro por la ondulada silueta de una cordillera remota. Airosa colina, que parece su ciudadela avanzada, sustenta un encumbrado santuario (1); y sobre la playa, entre huertos de naranjos cercados de blancas tapias, y quintas rodeadas de frutales, destácanse Vinaroz y su puerto, edificios y buques, azoteas y mástiles, caprichosamente agrupados en el límite de la vasta planicie, cubierta de pámpanos y racimos. Es la primera población del reino de Valencia.

¡Valencia! ¡Hermosa Valencia! ¡Yo te saludo! En la brisa de tus playas respiro el aire natal. Tus campos frondosos guardan para mí los encantos del soñado paraíso. Tus claros horizontes transparentan á mis ojos los anhelados cielos. Recibe, patria del corazón, el homenaje de mi tosco ingenio. Y vosotros, lectores benévolos, que en las páginas de estos libros vais recorriendo las tierras españolas, perdonad este desahogo de cariño filial. Voy á guiaros por el JARDÍN DE ESPAÑA (2), que tanto os habrán encomiado: dispensaréis, después de conocerlo, los extremos de mi entusiasmo: si siempre es dulce el lugar donde nacimos, ¿cómo no han de ser dulcísimos, é irreemplazables para sus hijos, lugares tan bellos como estos? Vamos á visitarlos, y como tenemos, para este viaje fantástico, facultades superiores á todos los reglamentos é itinerarios de los ferrocarriles, hagamos parar el tren, y echemos una ojeada á vista de pájaro por el reino valenciano, antes de seguir nuestra excursión de pueblo en pueblo.

Cuando miramos la Península española en conjunto y *modo grosso*, se nos presenta Cataluña como un inmenso promontorio que, adosado á la muralla fortísima del Pirineo, la defiende con

---

(1) Ermitorio de Nuestra Señora de la Misericordia, lugar de alegres romerías de los vecinos de Vinaroz y en el que se disfruta hermosísima vista.

(2) «Jardín de España la llaman, pero bien pudiera llamarse jardín de toda Europa:» así dice de Valencia el viajero inglés del pasado siglo Ricardo Twis en su *Viaje á España y Portugal*.

su dique de rocas de los embates del Mediterráneo. Este promontorio, que puede considerarse á la vez como un vasto campamento, naturalmente atrincherado, tiene un profundo foso á la parte de Mediodía: ese foso es el Ebro. Pasado el Ebro, al pie de aquella inmensa meseta, se extiende la llanura; abrigada por aquellos bosques, florece la campiña; defendida por aquel promontorio, ábrese la ensenada. Esta llanura, esta campiña, esta ensenada, es Valencia. El mar, rechazado por las costas roqueñas del Principado, desde el Cabo de Creus hasta el monte Munciá, castillo guardador de la boca del Ebro, encuentra en adelante menos resistencia, y lamiendo la playa, baja y arenosa, penetra tierra adentro y forma el hermoso golfo valenciano, el *Sinus Sucronensis* de los geógrafos antiguos, golfo apacible y risueño, aunque pérfido á veces para el confiado navegante que se ve metido en el fondo de su saco, y, sin poder maniobrar, encalla en lecho de blanda arena. Pero ¡cuán graciosa y suave curva forma esta invasión amorosa del mar azul y rielante en las tierras cubiertas de perenne verdor y sembradas por todas partes de blancas poblaciones y caseríos! Recibe el golfo de Valencia las aguas del Mijares y del Palancia, del Turia, del Júcar y del Serpis, fertilizadores de aquellos campos, y luego, la costa, que se había hundido dócil y humilde, permitiendo el avance de las salobres olas, se encumbra, se embravece y penetra á la vez mar adentro. Es que del interior de la Península avanzan montañas formidables, levantando tremendo malecón entre las provincias de Valencia y Alicante, y ese dique cierra el extenso golfo con el avanzado cabo de San Antonio, sobre el cual asoma su cabeza de gigante el alto Mongó, como para vigilar las playas á un lado y otro, y dominarlas. Este cabo de San Antonio, el cabo Martín y el de la Nao, son las puntas del tridente que vuelve contra Neptuno el titán de la Sierra, para defender contra él la tierra valenciana. Brava y peñascosa, corre desde allí la costa, abriendo las pintorescas ensenadas de Javea, Calpe y Altea, hasta Benidorm. Aquí se aplana la playa otra vez, se extiende la

llanura, verdean los campos, y avanzando el mar de nuevo, forma el que llamaron los romanos *Sinus Illicitanus*, menos marcado que el Sucronense, porque el cabo de las Huertas, el de Santa Pola y el Cervera determinan tres senos más pequeños dentro de la curva general de este golfo. En él, si lo bordeamos de Norte á Sur, veremos cambiar el terreno, de los fértiles campos de la bien llamada Villajoyosa, á la sedienta huerta de Alicante, á los arenales de Santa Pola, tras los que se descubre el inmenso bosque de palmeras de Elche, á la boca del torrencial Segura, y á las salinas inagotables de Torrevieja. En esas playas salitrosas, en esos campos secos, en esos ríos agotados ó desbordados, en esos pintorescos palmerales, en esas albuferas pantanosas, vislumbramos ya algo del continente africano, cuyo cálido ambiente llegamos á respirar en este confín meridional del reino de Valencia.

De la torre de la Atalaya (ó de Sol de Riu) levantada á la boca del río Cenia, hasta la de la Horadada, que marca ese mojón meridional, tiene la costa valenciana un desarrollo de cerca de setenta leguas. No corresponde á esta dilatada frontera marítima la extensión del reino hacia el interior: la raya terrestre que une los citados extremos, traza muchas curvas ensanchando y estrechando la zona comprendida entre ambos linderos: en su mayor anchura pasará algo de veinte leguas (veinticinco, contando el aislado Rincón de Ademuz), pero en otros puntos, no llega á diez (1). La fama que ha tenido siempre este país de fértil, templado y bonancible, y la amenidad de las llanuras que

(1) La superficie de las tres provincias valencianas suma 23,041 kilómetros cuadrados, divididos de esta suerte: Castellón, 6,336; Valencia, 11,271; Alicante, 5,634. Su población, según el último censo, es de 1.371,145 habitantes, distribuidos así: Castellón, 283.961; Valencia, 679,030; Alicante, 408,154. Esta parte de España, muy poblada antiguamente, quedó mermadísima de gente con la expulsión de los moriscos: á principios del siglo XVII calculábase su población en cuatrocientas mil almas, de ellas, doscientas mil de aquella raza. En 1718, después de la expulsión y de la guerra de Sucesión, se contaron 225,000. Los censos hechos luego en aquel siglo, arrojaron estas cifras: en 1761, 604,612; en 1768, 716,886; en 1787, 783,084. Desde entonces, casi se ha duplicado la población.

recorre el viajero, siguiendo las antiguas carreteras reales ó los modernos ferrocarriles, hacen formar á muchos el erróneo concepto de que toda esta faja de tierras costaneras es un florido verjel. Al pensar en Valencia, nadie imagina agrias montañas y pelados riscos: sólo fantasea fructíferas campiñas. Y sin embargo, la mayor parte del territorio valenciano lo ocupan cerros ingratos para el cultivo, y de los que, sólo á fuerza de tenaz trabajo, saca algún provecho el afanoso labrador. Calculaba Cavanilles que de 838 leguas cuadradas (de las de 20 al grado), que comprendía en su tiempo el reino de Valencia, las 240 eran llanuras ó valles; las restantes, montes, de los cuales apenas se cultivaba la mitad á causa de la aspereza, aridez y falta de tierra. Aquel insigne naturalista, describe en los siguientes términos el reino de Valencia: «Por todos los confines se hallan montañas que dificultan el paso, sin más excepción notable que las llanuras por donde se pasa á las ciudades de Murcia y Villena. Por estos mismos sitios, igualmente que por todas las otras partes, á medida que se interna en el reino, se encuentran escarpados cerros y montes de mucha altura, que dejan entre sí profundos barrancos, y forman, ya grupos ó laberintos intrincados, ya cordilleras de muchas leguas sin interrupción aparente. Cuando se examinan los barrancos que yacen entre las montañas elevadas, todo parece confusión y desorden: el horizonte es generalmente limitado, sin descubrirse salida por parte alguna; aquí se ven cortes casi perpendiculares de hasta mil palmos; allí cuestas rápidas sembradas de enormes cantos, que parece van á desprenderse. Cesa este desorden y la inquietud que inspiran los riesgos, cuando se llega á las alturas. Desde ellas registra el observador con sorpresa los profundos surcos que quedan entre las cordilleras de los montes; se ve que unas corren casi paralelas entre sí, y otras en direcciones contrapuestas. Peñagolosa, Espadán y Aytana ofrecen este espectáculo, y son sitios oportunos para estudiar la naturaleza del reino... Si, al bajar de los montes, se escogen otros puntos para descubrir las llanuras cultivadas, se

ven serpear mansamente los ríos, oprimidos antes en gargantas estrechas; y se observan mil canales de riego en varias direcciones, la infatigable industria de los valencianos, la multitud de árboles y producciones, objetos todos que obligan á suspender el examen de los efectos de la naturaleza para admirar los del arte... Corto es el número de llanuras del reino, y aún estas, estrechas, hallándose casi siempre entre el mar y las raíces de los montes. Así, los ríos, para atravesar el reino, se ven precisados á correr por profundos cauces, como se observa en el Júcar, Turia, Palancia y Millares. Parece imposible que las aguas hayan podido romper los obstáculos de tantas leguas de montes, formando en ellos surcos de más de mil palmos de profundidad. Desde Cofrentes hasta Antella corre el Júcar por el profundo cauce que yace entre el Caballón y los montes de Cortes, Millares y Sumacárcel. El Turia, después de atravesar el Rincón de Ademuz, entra en las gargantas de varios montes, y al pasar por Chulilla corre por canales de más de seiscientos palmos de profundidad y apenas cincuenta de ancho, y describiendo curvas en aquella materia, más dura que el mármol ordinario. El Palancia, desde que nace en Peñaescabia, serpea por las profundas raíces de los montes, fecundando veintidós pueblos que se hallan en su curso hasta Murviedro. Últimamente, el Millares entra en el reino por la Puebla de Arenoso, y desde allí hasta Fanzara se ha abierto paso por los apéndices de la Sierra de Espadán, en partes tan profundo y estrecho, que no se pueden registrar aquellos cortes sin estremecerse (1).»

Es difícil describir y clasificar este laberinto de sierras, pero consideradas en su totalidad, puede decirse que son dependientes de la gran cordillera Ibérica, que corre de Norte á Sur, enlazando el famoso ***Mons Idubeda*** de los romanos, valladar meri-

(1) *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reino de Valencia*, por D. Antonio Josef Cavanilles, Madrid, 1797. Prólogo.

dional del Ebro, con la eminente *Mole Orospedana* (cordillera peno-bética), y marcando la divisoria orográfica de los dos mares que bañan la península española. Más aproximada esta divisoria al Mediterráneo que al Océano, determina el rápido descenso que distingue, por lo común, la región oriental de la occidental, y hace que en vez de deslizarse por suaves declives y dilatadas planicies, como el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir, bajen de las montañas tumultuosamente los ríos que afluyen á las costas valencianas, abriéndose paso entre formidables acantilados (1).

La cordillera del Idubeda, que cruza de Noroeste á Sudeste toda la Península, separa la cuenca del Ebro del país valenciano, y penetrando en éste, se extiende y se encumbra por toda su región septentrional, dando fin en el desierto de las Palmas. El Padre Diago señalaba con estos expresivos términos su papel importantísimo en la hidrografía de España. «Tiene su principio en los Pirineos, allá en Roncesvalles, del reino de Navarra, bien cerca del origen del río Ebro, para harta suerte y provecho de los reinos de Navarra, Aragón y Cataluña; porque no parece que nace allí sino para ponérsele á Ebro por la parte de Poniente, como saliéndole al encuentro para que no corra hacia allá al andar de los otros caudalosos de España, Tajo, Guadalquivir y Duero, yendo á sepultarse al mar Océano, sino la vuelta del Mediodía, por Navarra, Aragón y Cataluña, hasta tomar por sepultura al mar Mediterráneo. Y es cosa de admiración que va este monte siguiendo de continuo el camino del Ebro, picando siempre á mano derecha de él y de sus riberas, desviado de él y de ellas casi por igual continuamente, hasta dar consigo en Cataluña y levantar en ella las altas cumbres que llaman Puertos de Tortosa, como recelándose siempre que á lo mejor no torciese el camino y tomase el de Poniente. Que asegurado ya allí de

(1) Discurso de recepción de D. Federico Botella en la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, 1884.

que ya no puede torcer, sino que le es forzoso el desaguar en este mar Mediterráneo, á cuatro leguas de Tortosa, tuerce desde luego á mano derecha hacia Poniente, y desviado casi siempre por igual de la ribera y costa del mar, se entra por este reino de Valencia, y corriendo por la Ilercavonia y Celtiberia, se remonta muchas veces; y señaladamente, en Peñagolosa y Espadán, donde da fin por esta parte á su jornada para harto honor y decoro de este reino.»

La cordillera que de este modo, no muy científico, pero bien comprensible, señala el autor de los *Anales del reino de Valencia*, hace de la provincia de Castellón la más montuosa y la más árida de las tres en que el reino está dividido. Desde la raya catalana hasta el Mijares, toda es un macizo de cerros, que apenas deja á la parte de la marina la llanada de Vinaroz y Benicarló, y que acercándose á la playa en otros puntos, reproduce aún en las costas de Oropesa los acantilados de Cataluña. Sobre ese macizo de intrincadas montañas, se levanta Peñagolosa, nombre corrompido de Peñacolosal, bien dado á la disforme pirámide que, cubierta casi siempre de nubes, se divisa de muy lejos por todas partes, como si fuera la torre del homenaje de aquel castillo de rocas de doscientas leguas cuadradas. El Mijares, que fluye al mediodía entre esa escabrosa meseta y la cadena, bien seguida y marcada, de la sierra de Espadán, forma en el litoral la primera gran llanura que determina y caracteriza las condiciones peculiares del territorio valenciano. Plana de Burriana llamóse un tiempo; hoy, Plana de Castellón. Ceñida y resguardada por un circo de montañas, y fertilizada por las aguas de aquel río, diestramente repartidas, convirtiéronla los árabes en amena y provechosa campiña, cuya hermosura y riqueza han aumentado en nuestros días los frondosos naranjales.

Desprendida también de la cordillera Ibérica en la provincia de Teruel (sierra de Javalambre), y empujando al Turia hacia las campiñas edetanas, viene del interior otra cadena de montes, que separa la provincia de Valencia de la de Castellón y muere

en las playas saguntinas. Á ella pertenecen la estéril sierra de Sabinar, las de Andilla, Alcublas y Náquera. El Pico de Chelva y el Montemayor son sus principales eminencias. Guarecido por esta barrera, se prolonga de Norte á Sur por la costa el famoso llano de Valencia, que alcanza veinte leguas de extensión, de Almenara á Denia, con una anchura muy variable. Cuatro ríos, el Palancia, el Turia, el Júcar y el Serpis, y muchos barrancos, le dan la savia fecundante de sus aguas, y trabajado sin descanso, produce cosecha tras cosecha, manteniendo medio millón de seres humanos. Hay en él poblaciones tan importantes como Sagunto y Liria, que fueron de las primeras ciudades de España; Valencia, cabeza natural y populosa metrópoli de todo el reino; Sueca y Cullera, que han trocado en fértiles arrozales las orillas fangosas de la Albufera; Alcira y Carcajente, rodeadas de bosques de naranjos; la noble y antigua Játiva, entre huertos de granados; la ducal Gandía y la condal Oliva, en cuya abrigada huerta busca París las legumbres más tempranas; Denia, ilustre también en la antigüedad, y cosechera hoy de azucarada pasa. La provincia de Valencia tiene á la parte de Poniente otra llanura; pero no pertenecía al antiguo reino. Llegaba éste, por aquella parte, poco más allá de Siete-aguas, sobre las Cabrillas, escarpado graderío que sube de la zona costanera á la inmensa meseta castellana. Por esa meseta, á setecientos metros del nivel del mar, se dilatan los campos de Requena y Utiel, sembrados antes de trigo y cebada, cubiertos ahora de ricos viñedos. Al hacerse la división territorial por provincias, fueron segregados de Castilla la Nueva y adjudicados á Valencia. Al Mediodía de esta meseta se extiende la parte más quebrada y más pobre de la provincia, laberinto de montañas roqueñas, en las que tienen que excavar trincheras profundísimas el Júcar y el Cabriel para abrirse paso y reunir sus aguas en Cofrentes. Yérguense al Norte del Júcar las Rodanas, los montes de Pelenchisa, de Colaita, de Caballón, del Ave y Martés, con la extensa Muela del Oro; al Sur la serranía de Ayora, do-

minada por las Muelas de Cortes y de Bicorp, y el alto Pico Caroche; y la de Enguera, poblada en otro tiempo de apretados pinares y frondosa maleza. Entre esta sierra de Enguera y la de Mogente, traza el río Cañoles un valle, que por el puerto de Almansa da acceso á la provincia de Albacete; por allí penetraba en la Carpetania y se dirigía á la Bética la vía que llamaron Augusta los romanos; por allí pasa también el ferro-carril, rompiendo por el túnel de Mariaga la barrera que señala los ásperos linderos del reino.

Al sur de la llanura valenciana, cerca del mar, entre Játiva y Gandía, se alza el Mondúver, macizo montañoso, que aún conserva su nombre latino, y que sirve de nudo á las reducidas sierras de Valldigna, Corbera y Serragrosa.

Así como tiene la provincia de Valencia una muralla al Norte, que la separa de la de Castellón, tiene otra también al Mediodía, más formidable aún, para dividirla de la de Alicante. Estos montes vienen igualmente del interior: son una prolongación de la cordillera Mariánica (Sierra Morena), la cual establece la divisoria entre la región central y la meridional de España, desde el cabo de San Vicente hasta el de San Antonio (1). Al penetrar en territorio valenciano, forma dos sierras, una á continuación de otra, ambas de erguida y prolongada cresta, que sólo permite el paso por estrechos boquetes, de los cuales el puerto de Albaida es el más transitable. De esas dos sierras, la de Poniente se llama de Mariola, y es muy nombrada por sus yerbas aromáticas y medicinales; la de levante, Benicadell, más escarpada y peñascosa. Desde estas montañas hasta los llanos de Villena y el valle de Novelda, por donde penetra y llega hasta Alican-

(1) «*Divisoria Mariánica-Contestana-Balear*. Esta divisoria es la que da fin, en realidad, al sistema hespérico propiamente dicho, pues todo concurre á marcar sus vertientes al sur como límites de nuestra península, hasta que, ya en época relativamente reciente, vino á agregárseles toda la región meridional, cuya fauna, flora y extructura recuerdan el continente africano, del cual la segregaron incidentes secundarios.» BOTELLA, discurso citado.

te el ferrocarril del Mediterráneo, es aquella provincia una piña de rocas, que avanzando sobre el mar, forman el vasto promontorio del Mongó. Este monte, en el litoral, y en el interior los de Moncabrer, la Serrella, la Roca de Aytana, el Puigcampana, la Peña de Gijona y el Cid, de Petrel, descuellan sobre aquella región accidentada, en la que se ocultan, entre cortados cerros, valles hermosísimos de despejado cielo y clima primaveral. La huerta alicantina, calurosa y seca, y los campos areniscos de Elche, están tendidos al pie de esa serranía. La cuenca fertilísima del Segura, con las preciosas vegas de Orihuela y Guardamar, son la extremidad meridional de la provincia alicantina y del reino valenciano.

Los montes y los valles de su extenso y variado territorio son relativamente modernos. Claro es que no los han visto formarse los hombres, ni aun aquellos lejanos abuelos nuestros que vivían en la Edad de piedra; pero, si nos remontamos á los tiempos geológicos, nos parecerán hechura de ayer. Terrenos sedimentarios constituyen el suelo de esta porción de España; por ninguna parte aparecen en ella las rocas graníticas de formación primitiva, que son el núcleo central de la península. Cuando daban esas rocas el primer asiento al mundo vegetal y animal, el piélago inmenso cubría estas provincias y las iba formando en su interior con copiosos sedimentos. De los terrenos primarios sólo aparece en el mapa geológico de Valencia alguna pequeña mancha silúrica. Sus montañas corresponden al período secundario en sus tres series: triásica, jurásica y cretácea. El terreno del trías, caracterizado principalmente por las areniscas abigarradas (rodeno), forma la escarpada sierra de Espadán, la de Náquera, las colinas del Puig, los montes de Chelva, los de Cofrentes y muchos de la parte central de la provincia de Alicante, entre ellos los de Gijona. Con peñones de sus areniscas está construído el puerto de Valencia; con losas y adoquines de esa piedra, rojiza ó verdosa, en la que brillan como diamantes partículas de mica, está pavimentada la ciudad. El terreno

jurásico, que sigue en orden al triásico, es el menos extendido: se observa en los límites occidentales de Valencia y Castellón: en Caudiel, en la sierra del Toro y llanos de Barracas, en las montañas de Alcublas, y más al Sur, en las de Negrete. Estos manchones de los sistemas triásico y jurásico se presentan como grandes islas ó archipiélagos, rompiendo la espesa capa del terreno cretáceo, que es el fondo principal del suelo valenciano y el que ha formado la mayor parte de sus montañas. Todo el vasto macizo del Maestrazgo es de aquella época geológica, riquísima en fósiles marítimos; en la provincia de Valencia pertenecen á ella las sierras de Alpuente, las de Rincón de Ademuz, las Cabrillas, y casi todas las que se levantan en su parte occidental y meridional; y en la de Alicante, casi todas también las de su región septentrional. En las tres provincias, las llanuras y los valles deben su fértil suelo al acarreo de las aguas en la época terciaria y en la cuaternaria ó diluvial, acarreo continuado en la época histórica por las avenidas torrenciales y el continuo riego (1).

No es favorable á la riqueza mineral esta contextura geológica. Tiene Valencia preciosos mármoles, yeso inmejorable y las finísimas arcillas de que se hacía el barro saguntino; pero es pobre en criaderos metalíferos, aunque explotaban algunos los romanos. En cambio, la agricultura recibe de las condiciones del terreno, de sus variados accidentes y de la benignidad del clima,

---

(1) Véase *Ojeada sobre la geología del reino de Valencia*, por D. Federico Botella.

Hay estudios especiales hechos sobre cada una de las provincias. El Dr. D. Juan Vilanova, hijo de Valencia, catedrático de la Universidad Central y entusiasta propagador de la ciencia geológica en España, publicó en 1858 una *Memoria Geognóstica-agrícola* de la de Castellón, premiada por la Real Academia de Ciencias, y escribió otra sobre la de Valencia, que fué premiada en la Exposición regional de 1867, y parte de la cual se ha publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*. El mismo Dr. Vilanova tiene recogidos los datos para la descripción geológica de la provincia de Alicante. La Comisión del Mapa Geológico de España ha publicado la *Descripción física, geológica y agrológica de la provincia de Valencia*, por Daniel de Cortazar, ingeniero de minas, y Manuel Patos, auxiliar del cuerpo: Madrid, 1882.

facilidades para los cultivos más diversos y para las más ricas producciones. Esto es lo que da fama universal á Valencia, y lo que mejor la caracteriza. Cuando queremos personalizarla, nos la figuramos como hermosa labradora, con el canastillo henchido de frutas y de flores. Sus campos han tenido siempre, en el concepto general, algo de verjeles; *floribus et roseis formosus Turia ripis*, decía el poeta Claudiano, y aún proclama una copla vulgarísima en toda España: «Para jardines Valencia.» Por sus exquisitos frutos, más que por sus flores, ha sido en todos tiempos celebrada y tenida como país privilegiado por la naturaleza. Los escritores valencianos, amantísimos de su patria, han recogido con cuidado las alabanzas de los extraños, extremando con ellas el lisonjero concepto de una superioridad exagerada. El docto maestro fray Francisco Ximénez, franciscano coetáneo y amigo de San Vicente Ferrer, en su libro *Regiment de la república*, aguzó el ingenio para demostrar «que si hay paraíso en la tierra, tiene su asiento en el reino de Valencia (1)», y el P. Dia-

(1) «Dicen los que por gran tiempo han poseído esta ciudad de Valencia, que si hay paraíso en la tierra, tiene su asiento en el reino de Valencia. Y verdaderamente, nos enseña la experiencia, ser esta tierra una de las más señaladas del mundo, si se repara en todas sus excelencias, de las cuales diré algunas que me vienen á la memoria. Que aquí no es espeso, ni humoso, ni turbio el aire, como en Francia, Inglaterra y Alemania, sino claro y hermoso casi siempre en invierno, verano, primavera y otoño. Que la ciudad de Valencia tiene su asiento en tierra llana, cuya llanura es grande y graciosa; á quien por la parte mediterránea cercan montes y valles fértiles de agradable vista. Que todo el reino goza de mucho mar y de espaciosa tierra, alargándose ella cuanto él, y mirando á las islas. Que es rico en fuentes y en ríos, y en muchas aguas de consideración, con que todo él se riega y hace más apacible y fértil. Que en ciertos tiempos del año le embisten muchos vientos, que limpian el aire de la corrupción que se hubiera engendrado de la muchedumbre de sus aguas y de cualquier otra cosa, por donde viene á ser sano y conveniente para que sus moradores, guardando buen régimen, puedan vivir muchos años. Que tiene cuatro ríos navegables, Segura, Júcar, Guadalaviar y Mijares; por los cuales baja madera en abundancia. Que las llanuras que riegan estos ríos, vestidas de grandes arboledas, tiran muy largo, desde el Collado de la Garrofera hasta Játiva, Oliva y Denia, por espacio de muchas leguas, á lo menos, de veinticinco, dejando aparte que corren bastantemente la vuelta de Castilla y de Aragón. Que ni la tierra de Hebrón, donde Adam habitó primero, cuando fué echado del Paraíso terrestre, ni la de Promisión, ni cualquiera otra del mundo, por de grande nombre que sea, es tan señalada como ésta en frutas maravillosas. Que goza de gran copia de licores, de aceite, azúcar, regalada y preciosa miel, leche,

go expuso en un largo capítulo de sus *Anales* «que este reino de Valencia es una cifra y suma de todo lo bueno que se halla derramado en los otros de todo el mundo.» Lo cierto es, dejando hipérboles á un lado, que sin tener Valencia un suelo de tanto fondo y tan natural fertilidad como lo tienen en muchos puntos Murcia y Andalucía, debe á las condiciones ya indicadas de su temperatura templada y su cielo despejado, y á la industria de sus hijos, inclinados á las labores del campo, una riqueza que ha sido encomiada en todos tiempos. Á los frutos propios de toda, ó casi toda la región española, al trigo, al vino y al aceite, une producciones especiales, como el arroz y la naranja, la seda y el cáñamo; el azúcar, que se cosechó hasta el siglo pasado; la barrilla y la cochinilla, que también se perdieron; la pasa y distintas clases de frutas y hortalizas, de algunas de las cuales se

manteca, cera, pez, alquitrán, trementina; y tiene aguas de gran virtud que son de importancia para el mal de piedra y otras enfermedades, entrando en esta lista las de la fuente de Torís. Que abunda en diversidad de granos, y dentro de un propio año da muchas cosechas una después de otra. Que es apto para producir cosas de Oriente, y las produce en hecho de verdad, como pimienta, azafrán, algodón y otras. Que se cría en él todo género de hortaliza; y es negocio de admiración ver que por Navidad ya produce bisaltos, que entonces y de allí adelante son de gran regalo. Que es fertilísimo en materia de dar yerbas de precio, señaladamente en sus montes, dando tales en ellos, que si se conociese su virtud, sería gran excelencia de él. Que todo lo que en él se siembra ó planta, lo conserva en su propia virtud y forma, por más que sea ello de otra tierra y por mucho que, sacado á otras partes, suele rebordonecer y alterarse en ellas, y que quieren decir algunos que no hay árboles ni plantas en el mundo que no puedan vivir en esta tierra, teniéndose conocimiento del modo de cultivarlos. Que su tierra es tan gruesa y arcillosa en las llanuras, y está tan cuajada de raíces de grama y de otras yerbas, que si cuando los marjales y prados no tienen agua, se cavasen y de las glebas se hiciesen montones grandes y en el estío las pusiesen al sol para que se secasen, podrían servir de leña para el fuego, como se hace en Inglaterra. Que tiene abundancia de carnes tiernas y sabrosas, quesos, lanas, pesqueras, dehesas, y confina con la serranía de Aragón y de Castilla, de donde se provee de estos mantenimientos cuando le faltan. Que tiene mucha caza de diferentes especies de aves y de fieras, como de cabrioles, venados, javalines y de otras. Que tiene copia de peces de diferentes maneras en sus ríos, mar y en su estanque de la Albufera. Que produce famosa seda, lino, cáñamo, sosa para hacer vidrio, grana de mucha estima y otras yerbas de consideración para hacer tintes. Que es tan alegre y regocijado que solo su vista enamora de tal suerte á los que de otras partes vienen á él, que sin descontento no pueden ausentarse de él.» Pasaje traducido por el P. Diago é incluído en sus *Anales*.

hace en el día importantísimo tráfico. Esta variedad de la producción valenciana depende principalmente de los notables cambios que en espacio relativamente corto establecen los accidentes topográficos en sus condiciones agronómicas. De las sierras ásperas y frías de la Tinenza de Benifazá, donde apenas crecen la coscoja y el espino, ó de los quebradísimos y pelados peñascales por donde penetran el Júcar y el Cabriel en el reino de Valencia, á las huertas casi tropicales de Gandía, Alicante y Orihuela, en las que sazonan sus frutos azucarados las palmeras y los plátanos de la zona tórrida, hay una prolongada sucesión de gradaciones, interrumpida á menudo por contrastes bruscos. No es raro ver una llanura, cultivada como un jardín, al pie de una montaña, calva y tostada por el sol; ni hallar de pronto, en los pliegues de una selva bravía, fresco y risueño vallecillo, que parece un paraíso. Zona de transición entre países de aspecto é índole tan diversos como la región catalana y la murciano-andaluza, el territorio valenciano no forma lo que pudiéramos llamar un coto-redondo geográfico: toda la parte septentrional, hasta el Mijares, participa del carácter de Cataluña; los montes y las cañadas de Segorbe y Chelva semejan bastante á los del Bajo Aragón; los campos de Requena y Utiel corresponden evidentemente á la meseta castellana, y á la serranía manchega las tierras de Ayora. En cuanto á la huerta de Orihuela, es igual en un todo á la de Murcia, como pertenecientes á la misma cuenca del Segura, que sale de la una para entrar en la otra. Y si del estudio físico del país pasáramos al estudio etnográfico de sus moradores, veríamos que tampoco hay línea fronteriza bien marcada en muchos puntos, y que el pueblo valenciano toma mucho de los que le rodean y contribuyeron á formarlo.

En los tiempos antiguos, antes de la conquista romana, no existía división territorial que correspondiese á lo que fué después el reino de Valencia. Los tres pueblos principales que habitaban en esta parte de España, extendían sus límites fuera de él. Los ilercavones, desde el Mijares, poblaban el litoral hasta

pasado el Ebro. Los edetanos, que tomaban la costa por la otra parte, del Mijares al Júcar, penetraban tanto tierra adentro, que llegaban hasta cerca de Zaragoza; y á la vez, avanzaban los celtíberos del interior hacia el mar por el río de Segorbe. Los contestanos, que vivían al mediodía del Júcar, llegaban hasta Cartagena. Hay que pasar la dominación romana, en la cual Valencia perteneció unas veces á la España Ulterior y otras á la Citerior; hay que pasar también la época visigótica y la arábiga para asistir á la verdadera formación del reino valenciano. Cierto es que hubo reyes árabes en Valencia en los tiempos en que las provincias musulmanas sacudían el yugo del califato cordobés; pero su autoridad no abarcaba todo el territorio que comprendió luego este reino, y crecía ó menguaba al compás de las frecuentes contiendas de aquellos reyezuelos con los que, con igual título, imperaban en Zaragoza y en Murcia, en Tortosa y en la misma Denia.

Gloriosa hechura de D. Jaime el Conquistador fué el reino de Valencia. No quiso agregar sus conquistas á ninguno de sus Estados patrimoniales; las tierras que ganó á los moros eran tan dilatadas y tan ricas, que podían formar nuevos reinos. Con las islas Baleares hizo el de Mallorca; con las provincias de tierra firme el de Valencia, y también el de Murcia, que regaló á su yerno, el rey de Castilla. Él mismo señaló sus linderos, que en buena parte se han conservado hasta nuestros días. En sus comienzos, el de Valencia sólo llegaba hasta la vista de Alicante: desde los montes del puerto de Almansa seguía la raya hacia Levante por la sierra de Biar, y bajando á la marina, terminaba en Buzot y Aguas, dejando fuera la huerta alicantina (1). Hubo

(1) «Será el principio del reino de Valencia desde el Canar de Ulldecona, que está en la ribera del mar de Cataluña, hasta Benifazá, quedando Benifazá y Morella con sus términos en este reino. De allí partirá término con Monroy, pueblo de Aragón, y saldrá al río de las Truchas, que corre por junto á Anglesola y tirará hacia Arcedo y Aledo, quedando también estos dos pueblos dentro del término de este reino. De aquí proseguirá adelante como se vá á Mosqueruela y á Mora, asig-

después largas cuestiones entre los reyes de Aragón y Castilla por el reparto del reino de Murcia: entregado el pleito en 1304 al fallo del rey D. Dionís de Portugal, el infante D. Juan y el obispo de Zaragoza, decidieron que Villena, Alicante, Elche, Guardamar y Cartagena pasasen al rey de Aragón, y que Murcia, Molina, Monteagudo, Lorca y Alhama fuesen del de Castilla. Pero Villena y Cartagena volvieron pronto á poder de éste, quedando el reino de Valencia con los límites que ha tenido hasta que en nuestro siglo se decretó la división de España en provincias. Partióse primero en cuatro, que fueron Castellón, Valencia, Játiva y Alicante; quedaron luego reducidas á las tres actuales, entrando á formar parte de la de Valencia todo el partido de Requena (1). Independientes hoy unas de otras en el régimen administrativo las provincias que constituyen la monarquía española, el reino de Valencia es un concepto puramente histórico; pero aún se consideran ligados por más estrecha hermandad dentro de la patria común los pueblos que lo formaban; aún se llaman todos ellos valencianos; aún conservan algo de su propia peculiaridad, que resiste á la tendencia centralista y uniformadora de nuestra época.

Razón tienen los valencianos para gloriarse de su pasado: en los fastos españoles ocupan sus antecesores honrosísimo lugar.

---

nando la villa de Rubielos como de Valencia. De Mora á la fuente de la Babor, y de allí el río adelante de Albentosa, la vuelta de Manzanera, queriendo que este río parta los reinos de Aragón y Valencia. Tomará después como se va á la Sierra Javalambre, de allí á Castellfabib y Ademús, los cuales pertenecen al dicho reino. Tras esto al mojón que divide Ares y á Santa Cruz de Castilla, y sale á lo de Tuejar, Chelva y Cenarcas, que parten término con Castilla. De allí, la senda derecha á Jerellí y á la Sierra la Rúa, que se remata en el río Cabriel en Cabriol. Luego á los linderos de Gramogente y Fuente la Higuera. Después á Burriarón, y de allí á Almizra y al puerto de Biar, que parte término con Villena hasta la Muela, y finalmente bajando hacia el mar donde se parte término con Buzot y con Aguas.» Constan estos linderos del reino de Valencia en el Libro de los Fueros, rubr. 1.ª

(1) Hízose la primera división por decreto de 30 de Enero de 1820 y sólo duró hasta la abolición del régimen constitucional; la segunda, en 30 de Noviembre 1833, pero fué modificada en 1836 adjudicándose á Valencia los partidos judiciales de Gandía, Albaida y Onteniente, que se habían puesto en Alicante.

¿Quiénes, entre los antiguos iberos, aventajaron á los saguntinos en valor, fidelidad y constancia? En la caída desastrosa de la monarquía visigótica, ¿quién detuvo la avasalladora irrupción de los árabes como Teodomiro en las murallas de Orihuela, defendidas por mujeres? Á estos hechos culminantes, agréganse otros muchos, dignos de eterna loa. Pero no hablemos de sucesos extraordinarios y en cierto modo accidentales, sino de la índole general del pueblo valenciano, de los rasgos que le dan fisonomía propia, desde que adquiere cohesión y unidad, formando un Estado autónomo, aunque unido á los demás de la Corona de Aragón por el vínculo de un mismo monarca.

Benjamín de la familia, entre aquellos reinos hermanos, distinguióse el de Valencia por un espíritu de civilidad y de cultura, que le hizo adelantarse en algunas cosas á sus primogénitos. No compartió con Aragón y Cataluña los orígenes legendarios ni las primeras glorias de la reconquista; no templó su esfuerzo en cinco siglos de rudo y continuo batallar contra la morisma, poderosísima entonces; ni contribuyó á la oscura y á veces tumultuosa gestación de los elementos sociales y políticos que habían de influir en el organismo constitucional (como hoy diríamos) de la monarquía aragonesa. Hundióse de pronto la dominación musulmana del Ebro al Segura al golpe de la real *Tizona*, y todo el país comprendido entre ambos ríos, quedó *quasi tabula rasa* ante el dichoso Conquistador, que pudo hacer en él lo que intentaba en vano en sus antiguos Estados: organizarlo con arreglo á las nuevas ideas legislativas que alboreaban entonces, adelantándose á D. Alfonso el Sabio de Castilla y á San Luís de Francia, para asegurar la justicia y el buen gobierno contra las demasías del feudalismo. Los Fueros de Valencia son la obra maestra y capital de aquel insigne legislador. Á su sombra se desarrollaron armónicamente, en el nuevo Estado, todos los gérmenes de vida, de riqueza y de adelanto: al lado del brazo eclesiástico, con sus iglesias bien dotadas y sus influyentes monasterios, y del brazo militar, con sus fortalezas formidables y sus

extensos señoríos, crecía y prosperaba el brazo real, con sus magistrados populares, administradores del común, con sus milicias, defensoras del reino y de los fueros, con sus gremios, protectores de la industria. Asegurado el reino bien pronto contra un retorno de los sarracenos, aunque hubo en él guerras y alteraciones, era la paz su estado normal, y con la paz florecieron las letras y las artes, para las cuales demostró el pueblo valenciano especial aptitud, favorecida, sino determinada, por la alegría del cielo, por la amenidad del campo, y quizás también por el ejemplo y el influjo de los árabes, fantaseadores é hiperbólicos. Al lado del aragonés, bravo, rudo y leal, abierto de genio y obstinado de carácter, poco imaginativo y menos idealista; y del catalán, activo y emprendedor, indómito y algún tanto arisco, y sobre todo, muy industrioso y práctico, se destaca con marcada singularidad el valenciano, igualmente intrépido, pero no tan constante y tenaz, agresivo á las veces, pero más afable y jovial, y distinguiéndose principalmente por su vivaz ingenio y por su propensión á lo artístico y lo poético. «Atenas de la corona de Aragón» ha sido llamada Valencia, y merece, en verdad, tan lisonjero epíteto. La literatura catalana, trasplantada á sus verjeles por los conquistadores, abrió en ellos las flores de la poesía: Ausias-March, Jaime Roig y Corella, valencianos todos, forman el insigne triunvirato del numen lemosín. La pintura española, rompiendo las ligaduras del arte rígido de la Edad Media, adquiría carácter propio y brillantísimo esplendor en las orillas del Turia á la vez que en las del Guadalquivir. Juan de Juanes merecía el dictado de *divino* lo mismo que Morales, y las escuelas de Valencia y de Sevilla compartían la gloria de aquel admirable renacimiento. Al par que las artes en los palacios y los templos, y el ingenio en las academias y las justas literarias, brillaban las ciencias en los claustros, en las escuelas y en el Estudio general; Luís Vives daba lecciones de filosofía en las universidades más famosas, y el empleo de la imprenta, en el que se adelantó Valencia á todas las poblaciones de España,

anunciaba que esta culta ciudad había de ser para nuestra patria algo de lo que es Leipzig para la docta Alemania.

Este país, tan bello por la naturaleza y tan interesante para la historia, es el que vamos á recorrer, amigo lector. No tienen sus monumentos y sus recuerdos la majestad austera y el encanto melancólico que á otros restos de pasadas grandezas dan el decaimiento presente, la soledad y el abandono. En las poblaciones valencianas bulle aún, gracias á Dios, el trabajo de un pueblo activo y trabajador, alegre y festivo. Por todas partes verás movimiento y vida, cuadrillas de trabajadores en los campos, acarreo de frutos en los caminos, vagones cargados en las estaciones del ferro-carril, gentes ocupadas y afanosas, que van y vienen, que trabajan y charlan á la vez, que cantan y que ríen. Cuando desde el tren que te conduce, oigas la voz áspera del mozo, que maquinalmente grita: *¡Sagunto! ¡el Puig! ¡Játiva! ¡Montesa!* no preguntes á tus compañeros de vagón sus históricos timbres. Pocos recuerdan esas antiguallas. Para el viajero vulgar y superficial, aunque presuma de culto, la belleza del país se sobrepone aquí á los monumentos del arte y de la historia. Verdad es que entre esos monumentos, exceptuando quizás el teatro saguntino, no hay ninguno de los que figuran en primera línea en el álbum artístico de nuestra patria, donde admira el extranjero la Alhambra y la Giralda, el Alcázar de Sevilla, las catedrales de Toledo y de Burgos, y otros que atraen al tropel de los *turistas*, atentos al programa de las *Guías*. Pero, por lo mismo que son menos famosos y conocidos, te sorprenderán más agradablemente las preciosidades del arte y los vestigios históricos que encontrarás escondidos ó desparramados en los lugares que visitemos. Verás á cada paso restos romanos, columnas rotas, chapiteles sueltos, inscripciones funerarias ó votivas, empotradas á veces en las rústicas paredes de una aldea ó de una granja, ó sirviendo de lindero en los campos; hallarás aún vivo el recuerdo de los árabes, y te señalarán los labriegos como *obra de moros* el muro derruído que ceñía la villa, el aljibe abando-

nado al pie del cerro, el castillejo desmoronado en su cima; oirás hazañas prodigiosas del Conquistador, convertido por la admiración popular en milagroso taumaturgo, ó leyendas ingenuas y piadosas de imágenes encontradas providencialmente, de apariciones de la Virgen y de los santos, que determinaron la fundación de monasterios y santuarios. Recorrerás conmigo los más famosos, admirando y envidiando—¿por qué no?—la fe poderosísima de nuestros mayores, que hicieron del reino de Valencia, según expresión de un historiador, «un cielo estrellado de iglesias y de conventos.» Aunque esté muy apagado en tu pecho el rescoldo de aquel fuego, lamentarás como artista, como poeta y como patricio, la ruina y devastación de monumentos gloriosos, y te esforzarás en reconstruirlos mentalmente, levantando la fábrica demolida, ó despojándola de los postizos adornos con que fué desfigurada. En este último punto, tendrás mucho que sentir, sobre todo si eres, como ahora se usa, adorador intransigente de lo románico y lo gótico. Cristianizado en el siglo XIII el reino de Valencia, después de más de quinientos años de yugo musulmán, no puede atesorar la multitud de templos antiguos, interesantes esbozos del arte en la Edad-media, que admira el artista arqueólogo en las provincias del Norte. Poco hubo y casi nada queda de estilo bizantino, ó románico (como hoy se llama con más propiedad), en las primeras iglesias que construyeron aquí los conquistadores; llegaba la época de la arquitectura ojival. Esta, sí, estuvo brillantemente representada, no sólo en las iglesias, sino en todas las construcciones de aquella época y de las posteriores, hasta que cambió el gusto. En Valencia, el renacimiento, afeado bien pronto por los excesos del churriguerismo, arrolló como una oleada devastadora aquella arquitectura, redondeó sus arcos apuntados, convirtió sus esbeltos hacecillos de columnas en pesadas pilastras, destruyó ó tapió sus calados rosetones, revocó los muros de piedra, llenólo todo de caprichosa hojarasca, vegetación estrambótica poblada de ángeles rechonchos y serafines mofletudos; y sobre aquella pesada y complicadísima orna-

mentación, derramó los esplendores del oro, del mármol y de la escayola. Guárdeme Dios de justificar estas profanaciones artísticas; pero no se han de atribuir solamente al extravío del ingenio: en esa propensión á lo suntuoso, á lo abigarrado, á lo deslumbrante, hay algo que se acomoda á la índole del país y de sus moradores, al *medio-ambiente* en que el arte se desarrolla. La estética de las regiones del Norte, tristes y nubladas, no es la estética de los países del Mediodía luminosos y espléndidos. La arquitectura de la Edad-media daba á los templos lúgubre severidad y lobregueces misteriosas, á las que no se avenía bien la imaginación valenciana, hija de la fantasía arábiga. Pedía esa imaginación luz, calor, fausto, pompa, y abriendo las iglesias antiguas á la claridad del día, las llenaba con los oropeles de un exorno exuberante y barroco. En el siglo XVIII la restauración que llamaremos *académica*, por la parte principalísima que tuvieron en ella las Academias de Bellas Artes, creadas entonces, se revolvió airada con las demasías churriguerescas, pero sin rectificar el horror al arte románico y al gótico, tachados de primitivos y bárbaros, é incurriendo en la nueva intransigencia de no admitir para toda edificación civil ó religiosa más que la uniforme regularidad de los órdenes greco-romanos y las medidas inalterables de Vitrubio. Todo esto es interesante para quien no haya cortado sus aficiones y sus gustos por el estrecho patrón de una escuela exclusivista; y si no eres de éstos, lector benévolo, te complacerá seguir el hilo de los tiempos y las vicisitudes del arte, y encontrar joyas ocultas donde menos lo pienses, descubriendo, verbi-gracia, en viejos paredones primorosas labores góticas bajo cortezas de cal, ó ideales figuras de Juanes tras el hollín de un lienzo ennegrecido en una iglesia de aldea.

Para esto, no hemos de limitar nuestro viaje al trayecto cómodo del ferro-carril y á las ciudades que al paso encontremos: nos internaremos en el país; donde falte la diligencia ruidosa con su tiro galopante y su mayoral voceador, la típica *tartana*, el carruaje indígena, con sus cortinillas carmesíes y su jaca en-

cascabelada, nos llevará, dando tumbos, por los caminos fangosos ó polvorientos, encajonados entre los ribazos de la huerta; ó nos subirá por cuestas pedregosas á los altozanos donde verdea la vid y extiende el algarrobo sus disformes brazos. Y si, al escalar la sierra, se atasca la tartana, no ha de faltarnos un paciente mulo, intrépido trepador de montañas, que nos conduzca por los agrios barrancos y las enjutas lomas, donde perfuman el ambiente romeros y tomillos. Agrupada siempre en torno de la iglesia, que se señala á lo lejos por el alto campanario coronado de airoso templete, encontraremos la villa ó la aldea, bien enjalbegadas sus casas, pintado de azul-turquí el alféizar de las puertas y ventanas, y asomada á ellas alguna doncella de ovalada faz, color cetrino y ojos rasgados, hija de los árabes. Restos del traje arábigo hallaremos todavía en la vestimenta, cada día más uniforme, de la gente campesina, y tonos y modulaciones orientales en las canciones que rompen el silencio de la noche, al són de la guitarra ó la vihuela, interrumpidas por gritos estridentes y prolongados, que recuerdan los *leilíes* de los sarracenos. Si, por fortuna, llegamos á fiestas, la *donsaina* y el *tabalet* completarán la ilusión de esos recuerdos, confirmados por el afán de correr la pólvora, por los trabucazos disparados en la procesión al paso de la Imagen venerada, por los petardos que estallan á cientos en la plaza, por las tracas prolongadísimas y atronadoras que dan digno remate á la ruidosísima función; y quizás veamos convertida la salva estrepitosa en pintoresco simulacro de *moros* y *cristianos*, en el que, al cabo de tantas centurias, se repite anualmente, y bien á lo vivo, la representación apasionada de la pérdida y recuperación de España.

Basta ya de este preámbulo, y antes de proseguir el camino, así como hemos trazado el bosquejo topográfico de las tres provincias que nos toca reseñar, hagamos también su sinopsis histórica.



CAPÍTULO II

OJEADA HISTÓRICA.—EDAD ANTIGUA

Tiempos prehistóricos.—Restos de la Edad de Piedra.—Tiempos protohistóricos.—Los iberos, pobladores de la España Oriental.—Ilercavonia, Edetania y Contestania.—Colonias fenicias y griegas.—Tiempos históricos. **—Conquista cartaginesa: Sagunto.—Conquista romana.—Fundación de Valencia.—Las vías romanas.—Comienzos del Cristianismo: San Vicente mártir.**

QUIÉNES eran y de dónde vinieron los pobladores primitivos de España, cuestión es que anda en litigio, y que aún no está para sentencia, por más que los adelantos de la etnografía y los descubrimientos de la prehistoria hayan aportado al añejo pleito luminosos alegatos. Pero no cabe duda en que las tierras del litoral valenciano, por sus ventajosas condiciones naturales, hubieron de atraer y fijar á los pueblos considerados como indígenas ó autoctones de la Península española, y á los que después, en tiempos remotísimos, como inmigrantes ó colonizadores llegaron á ella. De la existencia del hombre prehistórico y la llamada Edad de Piedra, quedan numerosos vestigios en estas provincias. Hachas de diorita, puntas de lanzas y flechas de

pedernal, cuchillos y otros utensilios de igual materia, hanse hallado muchos en diversas localidades, dando á entender que hizo aquí larga estancia aquella gente primitiva.

Admiten hoy los autores la sucesiva venida á España de las tres razas prehistóricas típicas, reconocidas en Europa. Es la primera de ellas la llamada de Constadt, microcéfala y organizada fisiológicamente para la vida salvaje, que vivía de una manera precaria y mísera en las riberas de los ríos, y cuyos toscos utensilios de piedra sin pulir, han dado á la época paleolítica el nombre de período de la piedra tallada. Sobrepúsose á aquella raza inferiorísima la denominada de Cro-Magnón, de cráneo grande (dolicéfalo), de miembros mejor proporcionados, de estatura más alta; la cual, introduciendo en su rudimentaria industria algún perfeccionamiento, caracterizó el período mesolítico. Aquellas gentes, más fuertes y valerosas que sus predecesores, vivían principalmente de la caza, y habitaban en las cavernas. ¿Vinieron del Norte, ó del África, no separada aún de España por el estrecho gaditano? Sostiene esto último un docto arqueólogo (1), que las clasifica en la familia de Cham, señalando su común origen con los primeros pobladores de la Mauritania. Lo cierto es que se ha comprobado su analogía con la raza guancha de las islas Canarias. Vino más tarde y coexistió sin duda con la raza Cro-Magnón, la apellidada de Furfooz, la más adelantada de los tiempos prehistóricos, la constructora de los dólmenes y menhires, la que labrando y bruñendo con esmero sus instrumentos de piedra, caracterizó el período neolítico, ó de la piedra pulimentada.

Han sido determinadas y clasificadas estas distintas razas por sus restos humanos (los cráneos principalmente) y por las obras de sus manos. En las provincias valencianas no se han encontrado osamentas de aquellas gentes primitivas, ó por lo me-

(1) *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, por D. Antonio Delgado.—Sevilla, 1871.

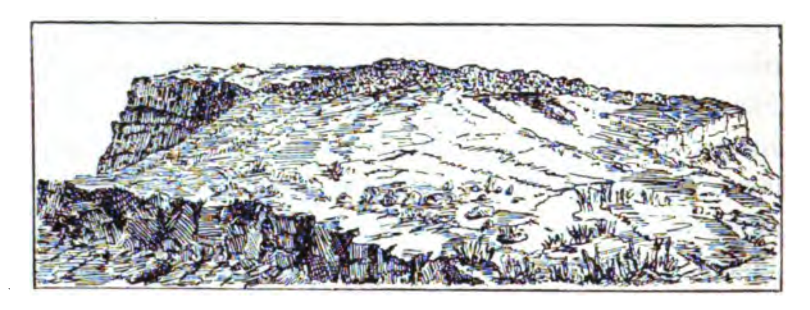
nos, no han sido recogidas y estudiadas. Los restos abundantes de su industria rudimentaria, hallados copiosamente, refiérense casi todos á los períodos mesolítico y neolítico. El entendido geólogo valenciano Dr. Vilanova ha explorado con fortuna algunos antros de las montañas, y ha recogido los datos de otros exploradores. Pertenecen casi todas las cavernas excrutadas á las provincias de Valencia y Alicante, y nota el autor citado que en las alicantinas lo prehistórico es aún más reciente que en las valencianas (1). Al período mesolítico, llamado también del reno, corresponden los toscos instrumentos de pedernal encontrados en la caverna del Parpalló, á la falda occidental del Mondúber; en la *Cova Negra*, que se abre en la pendiente áspera de un monte, sobre el río Albaida, entre Játiva y las Aguas de Bellús; en la de San Nicolás, cerca de la Ollería, y en la Avellanera, próxima á Catadau. Ésta sirvió de morada ó de refugio á generaciones mucho más modernas, pues se han recogido en ella monedas romanas. También en la Cueva de las Maravillas, de Gandía, hermosa caverna de estrechísima boca, que se ensancha y forma un salón inmenso en las entrañas del monte, se han hallado, sobre los horizontes de la edad prehistórica, restos de cerámica, que califica de romana el Dr. Vilanova. En la provincia de Alicante, la Cueva de la Roca, cerca de Orihuela, ha dado muchos restos notables del período mesolítico y no pocos del neolítico; á este último tiempo corresponden las estaciones de Monóvar, Penáguila, cueva de *Les Llometes* de Alcoy, Villajoyosa y otros puntos. Elche, la antigua Illici, forma el nexo entre los tiempos prehistóricos y los históricos (2).

Las cavernas, primera vivienda del hombre en lucha con los

(1) *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, por el Dr. D. Juan Vilanova, catedrático de la Universidad Central.—Madrid, 1872.

(2) D. Aureliano Ibarra ha encontrado en los campos de Elche hachas de granito y de jaspe, dardos, puntas de flecha y cuchillos de pedernal, granos ó cuentas de diversas piedras, conchas perforadas para collares; y de época posterior grandes aros de metal para arracadas, y un copioso depósito de puntas de lanza, de cobre: *Illici, su situación y antigüedades*, Alicante, 1880.

elementos, las fieras y sus mismos semejantes, son las que mejor han guardado en sus oquedades inexploradas los escasos restos de aquella naciente civilización: de las construcciones rudimentarias hechas en los tiempos inmediatamente posteriores, pocas han podido llegar á nuestros días; no faltan, empero, en las provincias valencianas. El mismo Dr. Villanova ha explorado el dolmen de la Ollería y el de Ayelo, que atribuye al período de transición entre la edad neolítica y la del cobre; y en Bolbaite y Chella descubrió D. Francisco Polop restos interesantes de terramares (habitaciones lacustres), también de aquella época. En



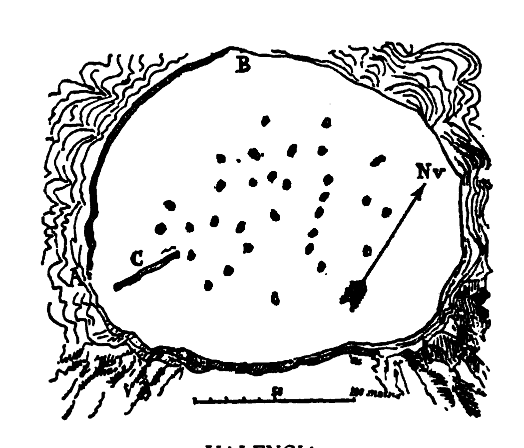
VALENCIA.—La muela murada, de Chert

la provincia de Castellón, poco estudiada en este sentido, hay una construcción prehistórica, digna de notarse, la ***Mola murada*** de Chert, que dió á conocer, pocos años há, el inteligente geólogo D. J. J. Landerer (1).

Está Chert al pie de un monte achatado (muela) que señorea el extenso valle de San Mateo, y forma el primer escalón de la mole montañosa del Alto Maestrazgo. Termina ese monte á levante por una meseta más elevada, cuyos bordes son escarpas verticales en todo su circuito, menos por el lado de su unión con el resto de la montaña. Pues bien, por ese lado, y en un

(1) Artículo de la *Ilustración Española y Americana*, año 1880, tomo II, página 402.

trayecto de 250 metros, cerrando el único acceso de aquella encumbrada terraza natural, hay un murallón de piedras ennegrecidas por los siglos, que se ve desde Chert, y por el cual ha tomado aquella muela el nombre de ***murada***. Ese murallón (A B del presente croquis), está hecho con piedras sueltas, puestas de plano; varía su altura de dos á tres metros, y llega á cinco su anchura en la base. Calcula el Sr. Landerer que contendrá más de mil ochocientos metros cúbicos de piedra. Por la parte de Mediodía termina antes de llegar al escarpe, indicando que por aquel punto se entraba al recinto fortificado. Dentro de éste se ven cimientos, formados por piedras clavadas en el suelo, de unas treinta viviendas, todas de forma oval, diseminadas sin orden aparente. En las más grandes, el eje mayor de la elipse mide seis metros y el menor tres. Hay otras mucho más pequeñas. En el sitio que indica la letra C hay otro muro de piedra suelta. Deshecho un trozo del gran paredón, halláronse huesos de perro, cabra, caballo y corzo: este último animal no se encuentra ya en aquellas sierras. Fuera del recinto se recogieron algunas hachas de diorita y puntas de lanza de sílex, pertenecientes á la edad de la piedra pulimentada. Puede afirmarse, pues, que en tiempos antiquísimos, alguna inculta tribu, obligada por la dura necesidad de la defensa, tuvo permanente albergue en esta ciudadela de ásperos peñascos, batidos por los cierzos y las borrascas.



VALENCIA
LA MUELA MURADA, DE CHERT

Aquellos indígenas fueron rechazados, andando los siglos, á lo más recóndito de las sierras por invasores de raza superior y

más adelantada. Los primitivos pobladores de España eran de mediana talla, cabellos crespos, color algo cetrino, ágiles y ligeros en la carrera. Su lenguaje debió ser el monosilábico, propio de la estirpe de Cham (1). Sus vencedores eran de raza caucásica, de estatura más elevada y esbelta, de rostro oblongo, de tez blanca, de cabellos rubios y lacios, de idioma bisilábico, y su mayor cultura estaba significada por el uso de los metales, principalmente del cobre. Este pueblo, de origen scito-trácico, que se esparció en España por todo el litoral del Mediterráneo, y por el del Océano hasta el Tajo, recibió de los fenicios, cuando arribaron estos á nuestras costas, el nombre de pueblo ibérico, que la historia le ha conservado.

Llegamos á los tiempos que autores novísimos denominan protohistóricos, porque los anales escritos nos dan ya alguna idea de ellos, insegura y vaga todavía, fundada más bien en tradiciones y conjeturas que en hechos comprobados. Del establecimiento de los iberos en España y de su procedencia hallamos pocas y muy inciertas noticias en los escritores de la antigüedad. Flavio Josefo, que recogió el saber de los hebreos, hablando de los hijos de Japhet, dice que Thobel, uno de ellos, estableció á los thobelios «que ahora se llaman iberos» (2). ¿Eran estos iberos de Josefo los de España ó los del Cáucaso? Sobre esto han disputado largamente los comentadores de los textos bíblicos, conviniendo los más en que se trataba de los iberos de España, y en que Thóbel ó Túbal, el nieto de Noé, fué patriarca de la española gente. Varrón, recogiendo á su vez las tradiciones gentílicas, ordenó de este modo la serie de los pobladores de España: iberos, persas, fenicios, celtas y cartagineses (3). Hoy, la antropología y la filología confirman el origen asiático del pueblo

(1) D. Antonio Delgado, loc. cit.

(2) *Antigüedades judaicas*, lib. I, cap. 6.

(3) «In universam Hispaniam pervenisse iberos et persas et phoenicas celtasque et poenas, M. Varro tradit»: Plinio, Hist. natural, lib. III, cap. 1.°

ibérico, y explican por esta relación la coexistencia de dos Iberias en el mundo antiguo, pues á la vez se daba este mismo nombre á nuestra España y á la región comprendida entre Armenia y la Cólquide (la actual Georgia). D. Aureliano Fernández-Guerra ha hecho notar la analogía de los nombres de pueblos, ríos, montes y comarcas entre la Iberia caucásica y nuestras Provincias Vascongadas (1); y ahondando el Padre Fidel Fita en este estudio, iniciado ya por el ilustre Guillermo Humboldt (2), deduce que el vascuence, primitivo idioma de los iberos, es hermano del georgiano, y proceden del aryo en su primer período de flexión, que distingue el grupo turánico del indo-europeo (3). Quieren estos autores que derramándose los aryas desde las cimas del Imao, cuna de la humanidad, se establecieran los primitivos iberos en la región caspiana, y avanzando luego á las riberas del Mar Negro, invadieran la Europa por aquella parte, corriéndose hacia Poniente por su región meridional y poblando las penínsulas itálica y española, entrando en ésta por la costa catalana, diez y ocho siglos antes de la era de Cristo. Otro celoso investigador de estos orígenes patrios, el Sr. Rodríguez Berlanga (4), señalando el mismo camino á su inmigración, hace notar que este pueblo da el nombre de Ibero á tres ríos, que marcan sus principales estaciones: uno en la región caucásica, otro en la

(1) *La Cantabria*, Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, t. IV. Adelantándose á estos estudios, el cronista de Valencia y docto agustino Fr. Bartolomé Ribelles, se esforzó á principios del siglo en probar que en Valencia y su reino hubo desde los tiempos más remotos un idioma propio y nacional, que sus naturales lo entendieron y hablaron aun después de la venida de los extranjeros, y que este no fué otro que el euscarano. Para ello buscó en aquella lengua antiquísima la etimología de varios nombres de lugares, y aunque hay mucho de caprichoso en sus disposiciones, esto no destruye su tesis, hoy generalmente aceptada. *Ilustración de la lápida romana descubierta en Valencia en 1807.* Folleto publicado en Valencia por orden de la ciudad en 1808.

(2) *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens, vermitelst der Waskischen Sprache.*

(3) Véase el discurso del P. Fita para su recepción en la Academia de la Historia, sobre *El Gerundense y la España Primitiva*, 1879.

(4) *Los bronces de Lacusta, Bonanza y Aljustrel* que publica Manuel Rodríguez Berlanga.—Málaga, 1881-84.

Tracia (Hebrus) y el tercero en España. Ibero significaba río sin duda; pueblo ibérico era pueblo ribereño.

Aunque este proceso de la invasión ibérica es el generalmente aceptado, hay autores que, relacionándola con el mito del Hércules egipcio, el más antiguo de todos los Hércules legendarios, hacen pasar á los iberos del Asia al África, y seguir la vía del litoral líbico para venir á España. El Sr. Sampere y Miquel, en un libro muy erudito (1), sostiene que los chetas, de raza siro-fenicia, los cuales conquistaron el Egipto (hicsos ó reyes pastores) y después de larga dominación fueron arrojados de aquel país diez y ocho siglos antes de J. C., dieron la vuelta al Mediterráneo y penetraron en España por el estrecho de Gibraltar. Preséntalos divididos en dos grandes familias, los khar-hu, originarios del monte Tauro, que hablaban una lengua de aglutinación, y los kati-hu, que habitaron más al Poniente y hacia el mar, y cuyo idioma era de flexión. Los primeros, según este escritor, se extendieron por el valle del Betis, y dieron origen á los que se llamaron tartesios y después turdetanos; los segundos se diseminaron por la región del Ebro, y fueron progenitores de los iberos, propiamente dichos.

Si no se refiriesen estos apuntes históricos á Valencia tan solo, sino á toda España, entraríamos ahora en la cuestión debatidísima del *iberismo*, es decir, en la averiguación de si aquella antiquísima raza ibera nos ha dejado un resto viviente en el pueblo vasco, como sostienen los *iberistas*, ó si, por lo contrario, este pueblo es de distinto origen y prueba la existencia de otra raza pobladora de la España protohistórica, como quieren los *anti-iberistas*. Sólo de paso y muy á la ligera, indicaremos que, según el Sr. Rodríguez Berlanga, uno de los que con mayor y más reciente acopio de datos niega origen ibérico á los vascos, éstos, procedentes también del Asia Central, no son de raza aria ó

(1) *Origens y fonts de la Nació catalana*, per Salvador Sampere y Miquel, Barcelona, 1878.

caucásica, sino turánica ó scítica, y su antiquísimo idioma es una lengua aglutinante, intermedia entre las monosilábicas y las de flexión (1). Arrojadas algunas tribus turánicas de su cuna asiática, por el flujo y reflujo de los pueblos primitivos, corrieron la Europa hasta los Pirineos, encontraron á los iberos posesionados ya de la España Oriental, y se dirigieron á las orillas del Cantábrico, donde, como gente sedentaria y de escasa acción, quedaron aisladas en los valles pirenaicos, mientras los iberos, emprendedores y expansivos, se extendían por el litoral del Mediterráneo, daban vuelta á la Península por Mediodía, y penetraban en el interior por las cuencas del Guadalquivir, del Guadiana, del Tajo y del Duero. La distinción de iberos y vascones explicaría el famoso texto de Varrón: estos últimos serían los *persas*, que cita como los segundos pobladores de España, pues los escritores latinos solían confundir á los persas con los medas y éstos eran de indudable origen turánico.

Sea de ello lo que fuera, y admítase ó no la unidad de ambos pueblos, lo cual no afecta al primitivo origen de los valencianos, lo cierto es que la valerosa y noble raza ibérica contuvo otra invasión que sufrió España en tiempos posteriores, aunque también remotísimos: la invasión céltica. Eran los celtas de origen asiático y de raza aria, como los iberos, pero de índole distinta; estos, gente ribereña, relativamente culta y social; aquellos, pueblo montañés y selvático, rudo, feroz y semi-nómada. De la Tartaria ó Scitia pasaron á Europa, deteniéndose entre el Don y el Danubio; avanzaron luego por el centro de este continente, ocuparon las Galias, y quince siglos antes de J. C. cayeron sobre España. Rechazados por los iberos en el Pirineo catalán, rompieron por Canfranc y el Bidasoa, derramándose por las

(1) En la obra citada, sobre los *Bronces de Lacusta*, llega el Sr. Berlanga á esta conclusión: «Por todo ello he deducido que los vascones, á juzgar por su idioma de hoy, fueron turonianos, que en apartadísimas edades arribaron nómadas á las montañas pirenaicas, como también en épocas remotas sus congéneres á la Persia, á la Media y á la Armenia.»

costas cantábricas, por la gran meseta castellana y por Aragón. Tras larga lucha con los pobladores de la España Oriental, la paz y el comercio con ellos, de que nos guardan marcada memoria los historiadores antiguos (1), dieron origen á la raza mixta de los celtíberos, que ocupó toda la parte central de la Península. Una invasión céltica posterior, hizo que aparecieran divididos en dos ramas los celto-hispanos: una, afine á la ibérnica y gaélica, más antigua, que ocupaba parte de la Bética y la Lusitania; otra, más análoga á la gálica y británica, esparcida desde Finisterre hasta las fuentes del Guadiana (2).

Resulta de todo esto que la Iberia de los fenicios y la Hesperia de los griegos, que aparecía ante aquellos navegantes poblada de diversas tribus, independientes entre sí, estaba dividida entre cuatro grandes familias de pueblos bastante distintos: los celtas en el litoral cantábrico, Galicia y Portugal; los celtíberos, en la región castellana; los iberos, en lo que fueron después Estados de la corona aragonesa, y los turdetanos, del mismo ó parecido origen que los iberos, en Andalucía (3). Estos últimos eran los más adelantados en cultura: de su vida pacífica, de sus ciudades populosas, de sus poemas antiquísimos, hicieron mención honrosa Polibio y Estrabón (4). Después de los turdetanos, seguían en la escala de la civilidad los iberos: su carácter flexible y humano contrastaba con la terquedad indómita y el genio feroz de los celtíberos, aún más pronunciados en los selváticos celtas. Quiere el Sr. Sampere que se distinguiesen también aquellos por haber conservado mejor que las demás razas pobladoras de Es-

(1) «Estos dos pueblos, los iberos y los celtas, después de haber guerreado, disputándose el territorio que ocupaban, concertaron la paz, conviniendo en poseer el país en común, y recuerdan que de esta fusión les vino el nombre de celtíberos, pueblo heroico, procedente de dos poderosas naciones.» (Diodoro Siculo.)

(2) Padre Fita: *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas. (La Ciencia Cristiana*, tomos VII, VIII, IX y X).

(3) Los anti-iberistas añaden á esta clasificación otro miembro: el pueblo vascón.

(4) Atribuye Sampere esta superioridad á los continuos efluvios líbico-fenicios, representados por el Hércules de Tiro.

paña cierta cohesión, que era un principio de nacionalidad, y hasta da á esta nacionalidad un símbolo en el jinete con la palma, que encuentra en muchas monedas de las ciudades ibéricas, en oposición al jinete con lanza, que considera como emblema de los celtíberos. Pero, ni hallo bastante comprobada esta distinción, ni confirmada tampoco en las luchas con los invasores la supuesta organización política de los iberos, superior á la anarquía en que vivían, por regla general, todos los pueblos de la Península y sin la cual fuera imposible dominar su fiera independencia. Paréceme que, lejos de tener la gente pobladora del litoral mediterránico más pronunciados el carácter propio y el tipo nacional, y por lo mismo, más resistentes, era, por su índole viva y dúctil, más modificable, y que al contacto de nuevos colonizadores y conquistadores, perdió sus costumbres peculiares, sus creencias y sus ceremonias antes que los pueblos del interior y los vecinos del Mar Grande. Estrabón, el escritor que más noticias nos ha dado del modo de vivir de todos ellos, habla largamente de la cultura de los turdetanos, y de la bravura y crueldad de los celtíberos, cántabros, galaicos, lusitanos y demás pueblos occidentales, pero apenas se ocupa de los de la España Oriental. Este silencio significa sin duda que estos, modificados por el roce de fenicios y griegos, cartagineses y romanos, no ofrecían ya rasgos característicos que mereciesen especial descripción.

Aunque los iberos poblaban toda la costa del Mediterráneo, los celtíberos del interior se aproximaban á ella por ambas orillas del río de Segorbe, ocupando parte del territorio valenciano (1). La ciudad que le da nombre, la antigua Segobriga, cuyo nombre está proclamando su origen céltico (*Briga*, población), la menciona Plinio el Joven como comienzo de la Celtiberia. La escabrosa Sierra de Espadán (Idubeda de los romanos),

(1) Tanto se acercaba á la costa la Celtiberia, que el Sr. Fernández-Guerra opina que tocaba al mar en el Puig, entre Sagunto y Valencia, comprobándose así la expresión de Tito Livio, que llamó á la antigua Celtiberia «región entre dos mares.»—*El libro de Santoña*.

ofrecía apropiado asiento á aquel pueblo agreste y guerreador. En el resto del reino de Valencia, las tribus ibéricas recibían tres distintos nombres genéricos, no siendo fácil averiguar si respondían estos nombres á diferencias étnicas, á divisiones políticas ó á la determinación geográfica del país que aquellos pueblos ocupaban. Como queda indicado en el capítulo anterior, los ilercavones se extendían de allende el Ebro al Mijares, los edetanos del Mijares al Júcar, y los contestanos del Júcar hasta más allá de Cartagena. Digamos algo de cada una de estas regiones y de las ciudades que comprendían.

Extendíase la Ilercavonia (Ilurgavonia, en otros textos) del río Idubeda (Mijares) al Ebro, según Plinio, y alcanzaba también á Tortosa y toda su jurisdicción, según Tolomeo (1). Aguas arriba de este río, llegaba hasta Xerta (Segarra, según Cortés); por la parte de Aragón pasaba la raya entre Cantavieja y Mosqueruela. Su ciudad más importante y su emporio mercantil era Dertosa, que apenas ha cambiado su nombre (Tortosa). Más antigua fué quizás Hibera ó Ibera (Amposta), que se llamó así por el río Iber, á cuya boca estaba, y en cuyas monedas de la época romana suele leerse *Hibera Julia Ilergavonia*, tomando el nombre de esta región, ó dándoselo tal vez, pues era tan principal, que Tito Livio, refiriéndose á las guerras púnicas, la llama opulentísima. En las tablas de Tolomeo se señalan siete ciudades de la Ilercavonia: Carthago vetus, Bisgargis, Theana, Adaba, Thiar Julia, Sigarra y Dertosa (2). En el Itinerario de Antonino Pío hállanse comprendidas en esta región las mansiones Dertosa, Intibilis é Ildum (3).

(1) El *Cap del terme*, divisorio de las diócesis de Tortosa y Tarragona, dividió también la Ilercavonia de la Cosetania. Véase Aureliano Fernández-Guerra, artículo *El Arco de Bará*, en la *Ilustración Española y Americana*, tomo XIV, año 1870.

(2) Cortés pone á Carthago vetus en Cantavieja, á Bisgargis en el Forcall, á Theana en la Jana, á Adeba en Batea, á Thiar Julia en Traiguera, y á Sigarra en la Cenia.

(3) Ya veremos que Intibilis debió estar en el llano de San Mateo é Ildum en el de Cabanes.

Muy montuosa en el interior y ofreciendo en el litoral algunas llanadas de tierras fértiles, presentaba la Ilercavonia marcado contraste entre las gentes bravías habitadoras de la sierra, en las que se conservaba puro el elemento indígena, y los pueblos de la marina, con los que se mezclaron sin duda desde antiguo colonizadores extranjeros. Festo Avieno, en su poema geográfico (1), pondera la rudeza de los beribraces, gente montaraz, indómita y pastoril, semejante á las fieras. Eran los pobladores de las montañas. «Florecían, dice también, no lejos del Queroneso, muchísimas ciudades, celebérrimas en todo el periplo del orbe. Tales fueron Hilactes, Histra, Sarna y la noble Tyrichas, cuyo alcázar (*oppidum*) se llamó antiguamente *Grajincolarum*. La nombradía de todas ellas surgió, parte de la feracidad del suelo ilercavónico, riquísimo en prados, huertas, vides y dones de la rubia Ceres, parte y sobre todo, del gran comercio de artículos de otras regiones, que entraba y salía por las golas del Ebro.» El Padre Fita, de quien es esta traducción (2), entiende que «la noble Tyrichas» es Dertosa (*tireachas*, en gael, colonia), y que el nombre de Grajincolarum, procede de *Grajus*, denominación antigua del Ebro (Grajinco-larum, fortaleza del Ebro). Las otras ciudades citadas por Festo Avieno las sitúa: á Hilactes en los Alfaques, á Histra en el delta del río, á Sarna en Port-Tangós (3).

La Edetania, cuya fertilidad contrastaba con la aridez de la Ilercavonia, tomó su nombre de la ciudad ibérica y antiquísima de Edeta, citada por Tolomeo, la cual recibió después el nombre griego de Leiria y el romano de Laurona, y es la actual

(1) *Orae maritimæ*, verso 485 y siguientes.

(2) En el citado discurso *El Gerundense y la España primitiva*.

(3) Esta interpretación del texto de Avieno contradice las suposiciones de los historiadores y arqueólogos valencianos, que tomando la palabra *Tyrichae* por nombre propio de una ciudad y atribuyéndole origen fenicio la pusieron unos, guiándose por la analogía del nombre, en Tirig; y otros, atendiendo á su probable situación, en Peñíscola.

Liria (1). Penetraban los edetanos en Aragón por Puerto Mingalbo y Montalván, llegando hasta el Ebro en Zaragoza; pero se estrechaba luego su tierra para dar lugar al avance de los celtíberos, que ocupaban, como ya hemos visto, la Sierra de Espadán y el valle del Palancia (río Serabis de los antiguos). Tornaban á internarse después por las montañas de Chelva hasta Domeño; poblaban el campo de Liria, el de Cheste y Chiva, hasta las Cabrillas, y llegaban por la parte del mediodía hasta las riberas del Sucro (Júcar). Las ciudades de la Edetania que cita Tolomeo, son Cæsarea Augusta, Bernana, Ebora, Belia, Arse, Dammania, Leónica, Osicerda, Etobesa, Larisa, Edeta y Sagunto (2). Esta enumeración comprende las ciudades del interior; de las marítimas, sólo á Sagunto. Festo Avieno, que recorre esta parte de la costa muy á la ligera, sólo menciona en ella el río Tyrius y la ciudad Tyrin. El Tyrius es, sin duda, el Turia, y Tyrin sería el nombre primitivo de Valencia, pues aquel poeta gusta de emplear los nombres antiguos de los lugares de que habla. Cuestión es esta muy controvertida, de la que nos ocuparemos más adelante. Plinio dice que la Edetania presenta en primer lugar (de Mediodía á Septentrión) un ameno estanque (la Albufera); cita luego la *colonia* Valencia, á tres mil pasos del mar, el río Turia, y, á igual distancia de la playa, á Sagunto, «*civium romanorum oppidum fide novile*». Otros geógrafos antiguos mencionan á Sepelaco ó Sebelaci, Arctalias, Oleastrum y Anitorgis, como ciudades también de la Edetania (3).

La Contestania comenzaba en el Júcar, y su primera ciudad por esta parte era Sucro, que dió nombre á aquel río. Plinio dice que en su tiempo estaba arruinada. Han disputado mucho

(1) «Edeta e kai Leiria» dice el texto de Ptolomeo, que debió convencer á los que han dudado de esta correspondencia.

(2) Equivalencias de Cortés: Bernana, Fuentes; Ebora, la Puebla de Alborton; Belia, Belchite; Arse, Hijar; Dammania, Domeño; Leónica, Castelserás; Osicerda, Mosqueruela; Etovesa, Hervés ó Benilasá; Larisa, Lezera.

(3) Sepelaco, Onda; Arctalias, Artana; Oleastrum, Eslida; Anitorgis, Alcañiz: según Cortés.

los anticuarios sobre si es Cullera ó Alcira: hoy prevalece esta última opinión. Tolomeo nombra estas ciudades de la Contestania: Menlaria, Valencia (en cuya designación hay evidente error, pues pertenecía á la Edetania), Saetabis, Saetabícula, Illici y Aspis (1). No menciona la importante ciudad de Dianio (Denia), situada junto al Promontonio Ferrario (Cabo de San Antonio), el cual separaba los dos grandes golfos, sucronense é ilicitano, ni otras poblaciones costaneras de bastante importancia, como Lucentum (Alicante), Alone (Villajoyosa) y Althaea, que aún conserva su nombre. Tampoco habla de las islas Planesia (Tabarca) y Plumbaria (de Benidorm), citadas por otros autores. Avieno cita dos ríos que desembocan en esta costa, el Alebo y el Sicano. El primero debe ser el Segura, llamado Tader por los romanos; el segundo, el Serpis. Junto al Sicano pone la ciudad del mismo nombre (Sicana), que debió estar por la parte de Gandía. Entre estos dos ríos indica la antigua frontera de los tartesios (2) y de los iberos. Los tartesios, llamados después turdetanos, eran la rama ibérica pobladora de la Bética, como ya hemos visto. Iberos llama Avieno á los pueblos que se extendían por el litoral de Levante desde este punto hasta el Pirineo. Su primera ciudad dice que es Ilerda, entre los gimnetes. Llevó este mismo nombre la actual Lérida, ciudad ilustre en la época romana: es frecuente esta duplicidad de nombres en las poblaciones de la España antigua. No es fácil señalar á punto fijo el emplazamiento de esta Ilerda contestana: el Sr. Fernández Guerra cree que estuvo en Denia, entre el término de los Tartesios y el Júcar (3). Según Plinio, la Contestania corría arrimada á

(1) Menlaria es Biar, según Cortés, pero Fernández Guerra la pone en Muchamiel. Aspi ha conservado su nombre (Aspe). Saetabícula debió ser colonia de Saetabis: los historiadores valencianos convienen casi todos en que es Javea.

(2) «Hic terminus *quondam* stetit Tartessionorum.»

(3) Cortés ha interpretado caprichosísima y violentamente el texto de Avieno en la descripción de la costa valenciana. Buscando erratas en el nombre de Ilerda, ha leído Hibera, y para llevar esta población á su sitio, á orillas del Ebro, ha supuesto que el poeta trunca dicha descripción (que viene haciendo de Sur á Nor-

la costa, *reliqua in ora;* pero, según la descripción que hacen de ella otros autores, internábase bastante por el campo de Cartagena, llegando hasta Lorqui. Por la cuenca del Segura avanzaba la Bastitania, y probablemente pertenecía á ella la huerta de Orihuela; después, siguiendo hacia el Norte, ensanchábase otra vez el territorio contestano, hasta tocar la actual raya de Castilla, y seguía por allá hasta el Júcar, línea divisoria de la Edetania. Así como esta región recibió su nombre de la ciudad de Edeta, quieren algunos que la Contestania deba el suyo á otra ciudad principal, que llaman Contesta, y que sea la actual Concentayna; pero ni quedan restos de la imaginaria Contesta, ni citan su nombre los autores antiguos. En tiempos de los romanos la principal ciudad y la cabeza de la Contestania y de toda esta parte de España, era Cartago-nova, que cae fuera del reino de Valencia. Anterior á esta ciudad púnica, y procedente de los tiempos prehistóricos, como queda indicado, era la mencionada Ilici, que dió su nombre al golfo Ilicitano, y que, conservando su importancia durante la dominación romana, obtuvo la elevada categoría de colonia inmune (1).

Independientes y libres, guerreando quizás entre sí, vivían aquellos pueblos iberos, indómitos y toscos, cuando llegaron á la Bética los audaces navegantes fenicios (quince siglos antes de J. C.), y asentados en ella, abordaron á poco á las tranquilas playas de los dos grandes golfos valencianos, estableciendo colonias, con el carácter de factorías mercantiles: cuáles fueron y á qué poblaciones dieron origen, es hoy muy difícil determinarlo. Más conocidas y famosas fueron las colonias griegas, que mucho tiempo después (en el siglo VII antes de J. C.) encontramos en

---

te), pasando de un salto de Cartagena á aquel río, y volviendo luego atrás, método que sería de todo punto incomprensible. Roto de este modo el hilo de la descripción, quiere Cortés que el río Sicano sea el Cenia, y la ciudad Sicana, Vinaroz.

(1) *Reliquæ in ora flumen Tader, colonia immunis Illici, unde Illicitanus sinus. In ea contribuuntur Icositani.* Plinio, lib. III, cap. 3.

este litoral (1). La colonización fenicia había venido del Mediodía; la helénica fué avanzando por nuestras costas de Norte á Sur, porque su principal foco fué la colonia focense que, instalada en Massalia (Marsella), había crecido rápidamente y se había convertido, á su vez, en metrópoli comercial y colonizadora. Verdad es que, antes que los massiliotas, vinieron á España los rodios y fundaron á Rosas (Rhodas) en Cataluña; pero, si bien parece natural que extendieran su tráfico por el litoral de Valencia, no consta que afirmasen en él la planta. Los focenses de Marsella, después de crear una gran factoría en Ampurias, junto á la misma Rosas, vinieron al país de los contestanos y edificaron tres ciudades. La principal de ellas, la única de que queda memoria segura, estaba perfectamente situada para sus empresas mercantiles, junto al cabo que separa los dos golfos: llamáronla Artemision, por la diosa cuyo culto introdujeron en España, y á la que erigieron allí famosísimo templo. Los romanos, que denominaban Diana á la Artemisa de los griegos, traduciendo á su idioma el nombre de la ciudad, llamáronla Dianium, y de Dianium ha venido Denia. Tenía esta ciudad una atalaya (*hemeroscopos*, en griego; *specula*, en latín), de la que se valió Sertorio en sus campañas, y parece probable, aunque lo niegan algunos autores, que tomase el nombre de Hemeroscopium. Strabón (2), que habla de estas tres colonias focense-massaliotas, no dice los nombres de las otras dos. Artemidoro, al ocuparse de Dianio,

---

(1) Grote dice que hasta el año 700 antes de J. C., los fenicios eran los únicos que navegaban por el Mediterráneo: «La Iberia y la Tartesia no fueron visitadas por los griegos antes del 630.» *History of Greece*, tomo II, cap. 18.

(2) *Inter Sucronem et Carthaginem tria sunt Massiliensum oppida, non procul à fluvio, quorum notissimum est Hemeroscopium, havens in promontorio fanum Dianae Ephesiae magna veneratione cultum, quo ad res maritimas receptaculo usus est Sertorius: munitum enim est, et latrociniis aptum, longeque ad navegantibus cerni potest. Vocatur autem Dianium, quasi Arthemisium.* Estrabón, lib. III. Esta versión latina del texto de Strabón da el nombre de *Hemeroscopium* á la colonia focense, pero otros comentadores sostienen que el geógrafo griego sólo dice que había en ella un *hemeróscopo*, no que se llamase así. El canónigo Cortés, aferrado á esta idea, sostiene que la ciudad de Hemeroscopio citada por otros autores antiguos, no era Denia, sino la actual Ulldecona, á la que serviría de atalaya el Munciá.

menciona también á Alonis «ciudad *é isla* dependiente de Massalia.» Mayans, Bossio, Pérez Bayer y Cortés, colocan á esta Alonis ó Alo en Guardamar; el conde de Lumiares en Villajoyosa, y esto le parece mejor al Sr. Fernández Guerra, por la isla de Benidorm, que tiene enfrente. La tercera colonia massaliota ¿sería la hierática ciudad de Elo, adoradora del sol? Suposición es ésta no inverosímil, indicada por el Sr. Rada y Delgado (1). Lo cierto es que tal influencia ejerció la colonización helénica en este Litoral, que el mismo Sr. Rada ha llegado á decir que era un pueblo casi griego el contestano.

Tuvo asimismo la Edetania colonias de aquella raza llamada á cambiar la faz del mundo, y entre ellas una famosísima dentro y fuera de España. Cuentan historiadores y poetas, aficionados á simbolizar en héroes y semidioses el esfuerzo colectivo de los pueblos, que Hércules, al atravesar la España, perdió en ella á su compañero Zacynto, y que, en el punto donde le dió sepultura, consagróle una ciudad, la cual tomó su nombre. Esa ciudad era Sagunto; Hércules, la personificación de las razas viajeras y colonizadoras. Hubo Hércules egipcio, fenicio y griego. ¿Cuál de estos pueblos, representado por el famoso semidiós, construyó las murallas de Sagunto? Hoy es opinión general entre los arqueólogos que su primitiva fundación se remonta á tiempos prehistóricos, ó por lo menos, á aquellos remotísimos y oscuros, en los que pueblos mal conocidos levantaban las construcciones llamadas ciclópeas ó pelásgicas, de las que aún quedan restos en Sagunto. El Sr. Sampere y Miquel quiere que sea el Hércules egipcio (es decir, los inmigrantes chetas) su legendario fundador; el sabio alemán Movers, investigador de las antigüedades fenicias, atribuye á este pueblo su primera colonización extranjera (2).

---

(1) *Antig. del Cerro de los Santos*, discurso de recepción en la Real Acad. de la Hist. 1875.

(2) *Die Phoenizier*, Berlín, 1841. Entiende Movers que Sagunto debió ser de las primeras colonias de los fenicios en España, fundándose en que Estéfano Bizantino *(De urbibus et populis)*, cita otro Sagunto (Zacundsia) líbico, además del Sagunto ibérico.

La fábula de Zacynto, el compañero de Alcides (el Hércules helénico), se relaciona con las noticias históricas de los autores antiguos sobre otra colonización griega, muy posterior á la de los pueblos orientales. Según aquellos escritores, Sagunto debió su origen y su nombre á los navegantes y mercaderes de la isla jónica de Zacyntio (Zante). Y aún no terminó aquí la generación allegadiza de la ciudad insigne: del Lacio vino á ella una colonia rútula, de la ciudad de Ardea, citada muchas veces en la *Eneida:* así lo dice Tito Livio, que en esto debía estar bien enterado (1). De ese modo, las estirpes más ilustres de la antigüedad infundían su genio y su cultura en aquella vetusta ciudad ibérica, que asentada en la última cima del selvático Idubeda, en el seno del golfo que abre sus brazos para amparar á las naves extranjeras, miraba alegre al sol levante, como buscando en sus primeros rayos la luz de la civilización, que resplandecía en Egipto y en Fenicia primero, en Grecia y en Roma después.

Fenicios y griegos fueron en España colonizadores, no conquistadores: asentadas sus ciudades en las costas, no trataron de extender su territorio, ni de subyugar á los indígenas; contentábanse con explotarlos mercantilmente. Difundían á la vez entre ellos su cultura, más adelantada; trajéronles nuevos dioses y nuevas artes; enseñáronles el alfabeto y la escritura. Pero, tras esos huéspedes pacíficos, vinieron los pueblos verdaderamente guerreros y conquistadores, los cartagineses y los romanos.

Llegamos ya á los tiempos históricos. Cuando Cartago, extendiendo su poderío marítimo, aspiró á dominar el Mediterráneo Occidental, acometió á los foceos, que habían poblado sus costas de colonias florecientes. El combate naval de Alalia en aguas de Córcega (536 años antes de J. C.), el primero que menciona la historia, decidió la hegemonia púnica en estos mares.

(1) Después de consignar que Sagunto es oriunda de Zacinto, añade: «mixtique etiam ab Ardea rotulorum quidam generis.»

Cayendo entonces sus escuadras sobre las ciudades griegas de nuestra costa, arrasaron á Menase, Alone y Hemeroscopio, ayudándoles los iberos. Poco después, apretada Gadir, la metrópoli fenicia en España, por los antes pacíficos turdetanos, pidió auxilio á sus hermanos de Cartago. Vinieron estos y salvaron la ciudad; mas para quedar en ella como dueños. Todas las colonias fenicias se les sometieron. Contentáronse, al pronto, los nuevos invasores con guarnecerlas bien y sacar del país hombres y recursos para sus guerras por mar y por tierra; pero, al perder la Sicilia en su primera campaña con los romanos, quisieron prepararse para la otra, afirmando su dominación en España. Vino entonces Hamílcar Barca, al frente de poderoso ejército, y comenzó la conquista cartaginesa. Dominada la Bética, siguió su marcha el general victorioso por las costas orientales de la Península; contestanos, edetanos é ilercavones le opusieron sin duda floja resistencia, é incorporando muchos de ellos á su ejército, llegó triunfante al Ebro. ¿Pasó este río, continuó su marcha victoriosa hasta el Pirineo y fundó la ciudad que de su apellido tomó el nombre de Barcino? Esta era la común creencia de nuestros historiadores; ahora se pone en duda todo ello, y fundada en el silencio de los autores antiguos, inclínase la crítica histórica á detener en el Ebro las campañas de Hamílcar. Edificó éste, dice Diodoro Siculo, «una gran ciudad, á la que llamó Acra-Leuca (Roca Blanca), porque este nombre era el que convenía al sitio en que la hizo construir» (1). Esa ciudad, campamento y fortaleza á la vez, era la base de sus operaciones y en ella tenía sus cuarteles de invierno. Allí dejó parte de sus tropas y los elefantes (temibles elementos de guerra en un país que desconocía tan corpulentos animales), cuando tuvo que acudir á sofocar un alzamiento de los indómitos celtíberos, sitiando la ciudad de Hélice ó Vélice. Funestísima fué aquella expedición para el general cartaginés: la defección de un jefe indígena, que aparenta-

(1) *Excerptas*, lib. XXV.

ba ir en su auxilio, y la estratagema de soltar toros arrastrando carros con haces embreadas y encendidas, desbarataron su hueste. Murieron muchos de los suyos, y él también, ahogado, al paso de un río. Sus dos hijos Hannîbal y Hasdrúbal, aún muy jóvenes, pudieron refugiarse en Acra-Leuca, con el resto del ejército vencido.

¿Dónde estuvo esa ciudad de Acra-Leuca, primera capital cartaginesa en España, mencionada solamente por Diodoro Sículo, quien le da el nombre griego que traducía sin duda su denominación púnica? Este punto, tan interesante para la geografía histórica de nuestra patria, está en cuestión todavía. Guiado por deducciones etimológicas de poco peso, el canónigo Cortés sostiene que la ciudad de Hamílcar es la aragonesa Montalbán (1); pero ni era una población de la sierra buen sitio para invernar, ni es posible que separase de la costa su principal campamento un conquistador que recibía sus recursos por mar. Apoyan estas razones la opinión, muy generalizada, de que Acra-Leuca es Peñíscola (2). Esta roca aislada, que domina, como un gigante de piedra, la playa y el mar, era lugar apropiadísimo para acuartelamiento y refugio de las tropas africanas, dominadoras del litoral ibérico. Hay que advertir, sin embargo, que el nombre de *Roca blanca* no es el más adecuado para aquel peñón, grisiento y negruzco. Esta circunstancia y una razón etimológica más atendible que la citada del Sr. Cortés, han hecho trasladar de reciente á otro punto de la costa la debatida fortaleza: el Sr. Fernández-Guerra (D. Aureliano) sostiene que estuvo en Alicante, cuyo nombre latino *Lukentum*, *Lucentum*, viene de *luceo* y tiene sig-

(1) Tito Livio, al citar á *Castrum Altum*, dice que era lugar insigne por la muerte de Hamílcar, y Cortés, suponiendo que el texto está equivocado y debe decir *Castrum Album*, quiere que la ciudad citada por Tito Livio sea la misma Acra-Leuca con nombre latino. Pero Hamílcar no murió en Acra-Leuca, de modo que caen por su base todas estas suposiciones. Es muy difícil determinar el punto en que murió el general cartaginés. La ciudad de Hélice creen algunos que corresponde á Belchite.

(2) Esta opinión sigue Lafuente en su *Historia general de España*.

nificación análoga al de Acra-Leuca. Favorece á esta idea la circunstancia de ser mucho más ventajosos, para la comunicación fácil y pronta con Cartago, los puertos del golfo ilicitano, que los situados al Norte del promontorio Ferrario, y en punto tan apartado como Peñíscola.

Á la muerte de Hamílcar, su primogénito Hannîbal, amamantado en aquella fortaleza con el odio eterno á Roma, era muy mozo todavía: las tropas aclamaron por general á Hasdrúbal, yerno de Hamílcar, y vengador después de su derrota y de su muerte. Dejó Hasdrúbal su sede militar de Acra-Leuca, y para significar el asiento definitivo del imperio púnico en España, fundó en el extremo meridional de la Contestania una nueva Cartago.

Las colonias griegas de las costas ibéricas, que habían vivido en paz con las fenicias, recelaron de la ambición cartaginesa, y volvieron los ojos al único poder capaz de contrastarla, á la república romana. Sagunto alegó ante el triunfante Hamílcar el título de aliada de Roma, y fué por entonces respetada. Luego, al ver que Hasdrúbal organizaba la conquista, logró que los romanos estipulasen con Cartago un tratado, que le ponía límites en el Ebro, y garantizaba, además, la libertad de Sagunto y de las otras ciudades de origen helénico.

Con estos precedentes, muerto Hasdrúbal, y puesto al frente de la conquista de España el intrépido Hannîbal, comenzó la segunda guerra púnica. Su primer jornada fué el sitio y el incendio de Sagunto, que á través de los siglos ilumina aún con resplandores de gloria los anales patrios.

Alarde brillantísimo de tesón indómito, la defensa y el sacrificio de aquella ciudad famosa, no fueron, sin embargo, como el esfuerzo análogo de Numancia, batalla reñida contra el invasor por el verdadero pueblo ibérico. Sagunto, colonia greco-latina, aunque se hubiera españolizado con el tiempo, representaba siempre un elemento exótico en la Edetania; estaba contra Cartago, no á título de defensora del país, sino como aliada de

Roma. Habíase engrandecido á costa de los pueblos indígenas de la vecindad (1), que la miraban con malos ojos y contendían frecuentemente con ella. Precisamente, de cuestiones que tenía con los turbuletas sobre límites y pastos, prevalióse Hanníbal para arremeter contra ella, pasando por encima de los tratados.

Después del sitio de Troya, no hubo otro más nombrado en la antigüedad que el de Sagunto: cinceló Tito Livio las hazañas de sus defensores en el bronce imperecedero de la historia, y quedaron grabadas en ella, para eterno ejemplo de lealtad y de constancia. Vergüenza perpetua fué también para Roma el abandono de su fiel aliada, consignado en aquel célebre aforismo, que no se olvidará nunca: *Dum Romæ consulitur*, *Saguntum expugnatur*.

Parecía que el África hubiese desgarrado sus entrañas para arrojar sobre Europa el tropel innumerable de sus hordas guerreras: ciento cincuenta mil combatientes se agolpaban en la llanura donde Sagunto, sobre su eminente cerro, era como firme escollo contra el cual se estrellaban sus furiosas oleadas. Ocho meses duró la titánica lucha: desamparados de Roma, á la que en vano enviaban mensajeros; sin ayuda de los pueblos vecinos, gozosos quizás de su ruina, hicieron los saguntinos prodigios de valor; rechazaron una vez y otra vez los repetidos ataques de los sitiadores; levantaron nuevos muros cuando cayeron los primeros al golpe del ariete; pusieron sus pechos por broquel de la ciudad; resistieron al hambre, comiendo hasta el cuero de sus adargas; intentaron, en el silencio y la oscuridad de la noche, desesperadas salidas, para romper el círculo de hierro que los ahogaba, y cuando estuvieron agotadas sus fuerzas, indignados por las duras condiciones que les imponía el vencedor, amontonaron los próceres en el foro sus joyas y sus tesoros, prendié-

(1) Los turbitanos, turbulitanos ó turbuletas eran celtíberos, que ocupaban el Bajo Aragón, por la parte de Teruel, y penetrando por la cuenca del Serabis (el Palancia de hoy) llegaban hasta la vecindad de Sagunto.

ronle fuego y se arrojaron ellos mismos á la hoguera, sorprendiendo á Hannibal, que entraba arrogante en la ciudad arruinada, con aquel espectáculo aterrador y glorioso (219 antes de J. C.)

Abierto quedaba, para el audaz cartaginés, el camino de Roma: el mismo castillo saguntino, corona siniestra de la ciudad incendiada, sirvió de encierro á los rehenes que exigió Hannibal á los pueblos ibéricos, sometidos de bueno ó de mal grado; y á la siguiente primavera el ejército púnico pasaba el Ebro, escalaba el Pirineo, cruzaba las Galias, trepaba á los Alpes y caía sobre las llanuras italianas. Roma, amenazada en su propio hogar, desplegó sus poderosos bríos, y á la vez que rechazaba al invasor, enviaba sus ejércitos á España, en són de venganza de Sagunto y para disputar al enemigo el país de donde sacaba sus principales recursos. Poco después, un segundo Hasdrúbal, hermano de Hannibal y sucesor suyo en el gobierno de la Península, dirigíase por las costas edetanas hacia el Ebro con un doble ejército de tierra y de mar: era que los romanos, mandados por Cneo Scipión, habían puesto ya el pie en España, y con tal fortuna, que lo dominaban todo hasta aquel río. El ejército y la escuadra cartaginesa quedaron destruídos junto á su boca; las galeras de Roma se presentaron por primera vez en el golfo sucronense y el ilicitano; batían los pueblos, talaban la campiña y llevaban el incendio hasta las mismas puertas de Cartago-nova. Una segunda expedición, capitaneada por Publio Scipión, hermano de Cneo, aumentaba las fuerzas romanas; y mientras, allá en Italia, Hannibal triunfaba en Cannas y ponía á la Ciudad Eterna al borde del abismo, aquí, en España, pasaban el Ebro los dos Scipiones, arrojaban de Sagunto á los cartagineses, devolvían la ciudad mártir á sus dueños, y, para vengar su ruina, arrasaban la capital de los turbuletas, y á ellos los vendían por esclavos (214 antes de J. C.)

No cabe en este cuadro histórico el relato de aquellas campañas; baste decir que la cauta conducta de los romanos, presentándose como amigos y libertadores de los españoles, puso

de su parte á los pueblos de esta región oriental, y les facilitó la expulsión de los cartagineses. Tenaz resistencia opusieron éstos: comprometida se vió la causa de Roma, cuando, tras muchos triunfos, se les volvió la suerte á los Scipiones, y perecieron ambos en distintos combates; heroico esfuerzo hubo de hacer el modesto capitán Quinto Marcio para reunir las huestes desbaratadas y llevarlas otra vez á la victoria; insignes condiciones de mando tuvo que desplegar luego Publio Cornelio Scipión (1) para vengar á su padre y á su tío; pero fueron coronados, al fin, por el éxito el valor y la magnanimidad de este noble caudillo, y, conquistada Cartago-nova, poco tardó en arrojar á los guerreros púnicos de Gades, primero y último punto que ocuparon en España (205 antes de J. C.).

Al verse libres de sus enemigos, quitáronse la máscara los romanos y trataron sin piedad á los españoles. Víctimas fueron durante largos años de la rapacidad de procónsules y pretores, y dió pábulo su tiranía á continuas y renacientes guerras. Pero en el fatigoso relato de aquellos alzamientos aislados, y por ende infructuosos, pocas veces figuran los pueblos extendidos por el litoral valenciano. De índole más bonancible, ó habituados por su situación al trato y á la supremacia de gentes extrañas, más poderosas y cultas, Roma tuvo en ellos amigos leales ó súbditos sumisos, á quienes trató mejor, probablemente, que á las tribus indómitas que airadas le resistían. Respirábase en estas costas levantinas, asiento de Tarragona, Sagunto y Cartagena, centros principales del organismo hispano-romano, atmósfera favorable al Pueblo-rey, y á ello debió sin duda su origen, ó por lo menos su importancia, la ciudad cuya generación latina proclama el noble y hermoso nombre de Valencia.

Lo que en medio siglo de batallar incesante no pudieron

(1) Deudos de los Scipiones debieron establecerse entonces en la Edetania, pues la familia patricia de los Cornelios se propagó mucho en ella, á juzgar por las inscripciones que aún se conservan. El P. Diago cita muchas; las hay en Sagunto, Denia, Játiva, Jérica, Bivel, Begis, Benaguacil y Valencia.

conseguir, ni de muy lejos, los pueblos más bravos y duros de España, estuvo á punto de alcanzarlo en breve tiempo un pastor lusitano, lanzado á la guerra por justo despecho y patriótico rencor. Viriato hizo pagar caras á Roma las crueldades y perfidias de los pretores Lúculo y Galba, y si hubiese podido aunar las voluntades de los pueblos oprimidos, hubiera devuelto á España su independencia. Vencióle la traición: asesinado el general invicto (140 antes de J. C.), poco tiempo pudo sostenerse su ejército; perseguido, desalentado, entregó las armas; y trocándolas por aperos de labranza, recibió del vencedor tierras y una ciudad, que se llamó Valencia. ***Junius Brutus*, *consul in Hispania*, *iis qui sub Viriato militaverant*, *agros*, *oppidumque dedit*, *quod Valencia vocatum est.*** (Lucio Floro, epit. de Tito Livio, lib. V).

Esta es la primera mención de la ciudad de Valencia que hallamos en la historia. Pero esa ciudad, poblada por los soldados de Viriato, ¿es Valencia la del Turia, la del Tajo ó la del Miño? Cuestión es ésta muy debatida y aún no completamente aclarada. La objeción más general que se hace á los que atribuyen este origen á Valencia de los edetanos, es que Viriato sostuvo sus guerras lejos de este país, en la España central y occidental, y parece probable que por aquellas tierras quedasen establecidos sus soldados. Han negado la premisa algunos historiadores valencianos, esforzándose en probar que el heroico lusitano batalló en esta parte de la península: en apoyo de esta aventurada suposición, sólo puede alegarse un texto controvertido de Frontino, que nos habla de los ardides á que apeló Viriato para tomar á Segobriga (1). Pero, aunque no parece

(1) Sexto Julio Frontino (lib. III, cap. 10) cuenta que Viriato, no pudiendo rendir á Segobriga, apeló á varias estratagemas, entre ellas, fingir una retirada, y cuando habían salido los habitantes al campo, para celebrar ciertas fiestas, cayó sobre ellos, apoderóse de muchos niños y mujeres, y amenazó con su muerte, si no rendían la ciudad. Los segobricenses *praeobluverunt spectare supplicia pignorum suorum quam á romanis deficere.* Como no en todos los códices de Frontino se lee *sugobricenses* (según confiesa el mismo Cortés, suponiendo vicio en la escritura),

verosímil, ni está comprobada la presencia del insigne guerrillero en la Edetania, el mejor historiador de sus campañas, Apiano Alejandrino, conduce hacia Sagunto su ejército, una vez asesinado el general. «Muerto Viriato, dice, fué elegido para sucederle Tántalo, y emprendióse una expedición contra Sagunto, ciudad que, después de arruinada, había reedificado Hannîbal y llamado Cartago, del nombre de su patria. Rechazados de allí los lusitanos, atacólos Cepión cuando iban á pasar el Betis, y los puso en tal aprieto, que Tántalo tuvo que rendirse, con la condición de que les tratase como súbditos. Les quitó las armas y les dió tierra suficiente para que no fuesen ladrones por necesidad.»

Puede explicar este texto la adjudicación de tierras en las orillas del Turia á los guerreros lusitanos: hijos éstos de un país menos fértil, quedarían prendados de las campiñas valencianas y apetecerían establecerse en ellas; por otra parte, entraba en la política de los romanos ofrecerles asiento en punto lejano de su belicoso país y entre pueblos de natural más tranquilo. Pero no desarma el pasaje de Apiano á los que sostienen el pleito contra nuestra Valencia: califican de inverosímil la expedición de Tántalo contra ciudad tan apartada del foco de aquellas guerras, como lo era Sagunto, y que de aquí fuera á parar á las orillas del Betis. Masdeu, en su *Historia crítica de España*, apunta si, en vez de *Saguntum* deberá traducirse la *Zacanta* de aquel historiador por *Segontia*, ciudad de la Turdetania, que cae cerca del

creen algunos anticuarios que puede aplicarse este pasaje á alguna otra ciudad de nombre parecido á Segobriga, que no faltan en la antigua España, por ser muy usual su terminación. Cortés quiere que el monte de Venus, plantado de olivos, que se cita varias veces en las guerras de Viriato, como su cuartel, sea la colina de Almenara, donde hubo un templo de aquella diosa; pero ni se habla de templo al citar aquel monte, ni es probable que tuviese su guarida el famoso guerrillero en punto tan lejano de su país y del teatro de sus hazañas. Por otra parte, aquella colina, de piedra caliza desnuda, difícilmente pudo estar plantada de olivos. Ambrosio de Morales, cuya opinión siguió Masdeu, supuso con mayor fundamento que el monte de Venus estaba cerca de Ebora, ciudad lusitana.

Betis (1). Verdaderamente, es difícil de explicar la marcha de los soldados de Viriato contra Sagunto; pero, ó Apiano no sabía lo que escribía, ó aún puede explicarse menos que, tratando de otra población que la edetana Sagunto, dijese que había sido destruída y reedificada por Hannibal. Era tan famosa en aquellos tiempos la destrucción de esa ilustre ciudad, que no cabe aplicar á otra la renombrada catástrofe.

Hay en esta contienda otro argumento de peso á favor de Valencia del Turia: ningún autor latino cita á Valencia de Alcántara y Valencia del Miño como colonias romanas; ni hay otros vestigios de que lo fuesen. En cambio, Valencia de los edetanos es mencionada como tal colonia por Plinio, y las inscripciones que aún se conservan en ella, dedicadas por los soldados *veterani et veteres*, determinan su origen romano militar. ¡Cuántas dudas y cuestiones, sin embargo, á cada paso que damos en los anales de aquellos tiempos! Los mismos autores que convienen en que nuestra Valencia fué la otorgada por Junio Bruto, disienten sobre á quién la otorgó. Dice Floro bien claro que á los soldados de Viriato, *iis qui sub Viriato militaverant;* pero el P. Diago (2) encuentra más natural que fueran los soldados romanos los favorecidos. Aduce en apoyo de su versión que Junio Bruto no vino á España hasta dos años después de vencidos los de Viriato, y supone que hay alguna errata en el texto de Floro. Pero, si nos permitimos alterar los textos, no hay seguridad alguna en la historia. La concesión de tierras á los secuaces de Viriato, está confirmada por el citado pasaje de Apiano, aunque éste no determina el punto dónde se las dieron; y si esa concesión no pudo hacerla Junio Bruto en el momento de la derrota de aquellos enemigos, no hay gran dificultad en que la hiciese más tarde, ó ratificase la que ya estuviera convenida.

---

(1) Entre Arcos y Jerez, donde está el despoblado de Gisgonza, que recuerda aquel nombre.

(2) *Anales del Reino de Valencia*, lib. I, cap. 12.

Si en esas guerras de Viriato tomaron poca ó ninguna parte los edetanos y demás pueblos de las costas levantinas, cada vez más romanizadas, tuviéronla en cambio muy principal en las de Sertorio, cuando este insigne caudillo quiso hacer de España otra Roma. Había permanecido neutral la Iberia en la contienda, puramente romana, de Mario y Sila, pero Sertorio supo halagar á los españoles y atraérselos. Alguna oposición encontraría, sin embargo, en la Edetania, más fiel quizás que otras regiones de España al poder central; pues, cuando el Senado, lleno de zozobra por el vuelo que tomaba la rebelión sertoriana, envió contra ella al joven Pompeyo, apellidado ya el Grande, encontró á Sertorio y á su teniente Perpenna sitiando á Laurona (la antigua Edeta), y ante esa ciudad comenzó la guerra entre los dos famosísimos capitanes. Vencido fué entonces Pompeyo, é incendiada Laurona por Sertorio; pero volvió aquél á la Edetania al año siguiente, y sus hermosos campos fueron teatro de terribles batallas, entre ellas las dos que se riñeron á orillas del Turia y del Júcar, de las cuales dijo Cicerón que fueron las más empeñadas y mayores que dieron en España los romanos. Así como había incendiado Sertorio á Laurona, Pompeyo destruyó á Valencia (1): la antigua y la nueva capital de los edetanos sufrieron igual suerte, pagando los españoles las contiendas de sus dominadores. Y lo mismo sucedió después, muerto Sertorio á traición y hundido su soñado imperio hispano-romano, con las guerras de César y Pompeyo, y con las que sostuvieron luego los hijos de éste con aquel su afortunado rival: terminadas aquellas campañas, Valencia reparó sus ruinas, y compartió con Sagunto la preponderancia en la región edetana (2). Quieren algunos autores, fundándose en una moneda muy controvertida, que el ven-

(1) «Castra hostium apud Sucronem capta, et praelium apud flumen Durium, et dux hostium C. Herennius cum urbe Vaelentia et exercitu deleti.» Carta de Pompeyo al Senado, apud Salustio.

(2) Dice Pomponio Mela, que escribió en tiempos de Claudio: *Urbes complexus, et alias quidem sed notissimas Valentiam et Saguntum.* Lib. II, cap. 6.

cedor César recompensase su fidelidad con el dictado de *Colonia Julia*, pero expertos numismáticos del siglo pasado lo dudaron, y los de hoy lo niegan rotundamente (1). En lo que no cabe duda, porque lo consigna el jurisconsulto Paulo, es en que Valencia, lo mismo que Ilici, gozaba el privilegio del derecho itálico.

Llegaba para toda España la época de la pacificación, y con ella un régimen estable y ordenado. Vencidos los cántabros por Augusto, y sometida á Roma toda la península, dejó de ser campo de batalla y botín de guerra de procónsules y pretores, para convertirse en provincia organizada civilmente, y con derechos de ciudadanía, que fueron ampliando los sucesivos emperadores. Augusto partió en tres provincias la España, que hasta entonces sólo se había dividido en Citerior y Ulterior (2): llamáronse esas tres provincias Tarraconense, Bética y Lusitania; todo el territorio valenciano perteneció á la primera. Estableció también los *Conventos jurídicos*, que eran centros para la administración de justicia: el convento tarraconense extendía sus límites hasta el Mijares, comprendiendo á los pueblos ilercavones y parte de los edetanos; el Cesaraugustano (de Zaragoza) abar-

(1) «No tenemos por seguro que Valencia se cognominase con el epíteto de *Julia;* pues, si bien en una moneda atribuída por el P. Flórez (*España Sagrada*, tomo VIII, trat. XXV, cap. 3) á esta ciudad, se ven las tres iniciales C. I. V., estudios posteriores han demostrado que corresponde á Viena de Francia; y no existe ni se conoce otro dato genuino para demostrar que llevase Valencia aquel nombre adoptivo.» Delgado, *Memorias de la Real Acad. de la Hist.*, tomo VIII, inscripciones Hubner, hablando de Valencia romana, dice: «Las monedas que de ella quedan, todas autónomas, presentan, además de la cabeza de Roma, adornada con el yelmo alado, el cuerno de la abundancia con el rayo, y los nombres de los quinquenales, y dicen simplemente: la ciudad de Valencia. Por lo cual, no es cosa averiguada, si Valencia fué ó no colonia desde el principio; pero lo primero es más verosímil; porque *el no haber tenido nunca los cognombres de Julia ó de Augusta*, nos hace deducir que fué colonia ya antes de César y de Augusto.» *Corpus inscript. latinarum.* Tomo II.

(2) Cuando vinieron á España los romanos, llamaron España Citerior á la que estaba, para ellos, antes del Ebro, y Ulterior la de más allá. Pero, al extender sus conquistas, adelantaron los límites de la Citerior hasta las montañas de Asturias, comprendiendo en ella gran parte de Castilla, de Murcia y toda la región valenciana. De modo que esta región perteneció primero á la España Ulterior y después á la Citerior.

caba la parte septentrional de la Edetania; el Cartaginense, la mayor parte de esta región y la Contestania. De las tres provincias españolas, la Tarraconense ocupaba la mayor parte de la península: segrególe Caracala la región Galaica, á la que dió el nombre de Nueva España Citerior Antoniana, y Constantino hizo una nueva provincia de la Cartaginense, cuya capital fué la antigua sede púnica, con el nombre de Cartago Spartaria. Á esta provincia cartaginense pertenecían los vacceos y arevacos, los celtíberos de Ergavica, Valeria y Segobriga, los carpetanos y oretanos, los edetanos de Valencia, los bastetanos, deitanos y contestanos. La línea divisoria entre las provincias Cartaginense y Tarraconense, que no encontramos determinada en los autores latinos, debió ser, por la parte del reino de Valencia, la cordillera del Idubeda y el río del mismo nombre (Sierra de Espadán y río Mijares): la Ilercavonia quedó en la Tarraconense; la Edetania Oriental y la parte de Segobriga, como ya queda dicho, en la Cartaginense. Ésta se dividió en dos conventos jurídicos: el de Carthago, á Levante, y el de Clunia, á Poniente.

Cuatro siglos de paz, después de tantas guerras, hicieron crecer la riqueza y florecer la cultura: la Iberia fué uno de los países más prósperos del inmenso imperio romano, y estas comarcas de Levante, tan señaladas por su adhesión al Pueblo-rey, no fueron sin duda de las menos favorecidas. Estimadísimas eran en Roma, no sólo las producciones de su fértil suelo, sino también las de su adelantada industria, como los lienzos finos de Saetabis (1) y los artísticos vasos saguntinos. Aún se ven á cada paso vestigios de esa prosperidad, restos de caminos, acueductos, puentes, altares, templos, arcos de triunfo, circos, anfiteatros, termas, quintas, torres y otras construcciones, en cuya sólida fábrica dejó impreso su imborrable sello aquella edad

(1) Cátulo menciona en dos pasajes distintos los lienzos setabenses: *Nam sudaria Setaba ex Hiberis..... Sudariumque Setabum, catagraphonque linum.* Y Silio Itálico dice de ellos: *Setabis et telas Arabum sprevisse superba.*

monumental. De algunas de esas ruinas habremos de ocuparnos, en el transcurso de esta obra, al visitar sus respectivas localidades. Ahora, por ser de carácter general, y por lo que ayudan al conocimiento de la geografía hispano-romana, diremos algo de la vía militar que atravesaba de Norte á Sur todo el reino de Valencia.

Era esta vía la llamada Augusta, en la cual se contaban ciento doce *mansiones* (etapas) de Roma á Gades. Primero se llamó Heraclea, por conducir al templo gaditano de Hércules, y debía ser anterior á la dominación romana, pues en el libro de *Narraciones maravillosas*, atribuído á Aristóteles, se habla de ella, encareciéndola como vigilada y segura por cuenta de los pueblos que cruzaba, obligados á responder de todo daño causado á los viajeros, fuesen indígenas ó griegos. Polibio dice que la amojonaron los romanos con piedras miliarias, y obra suya parecen los vestigios de ella, que en algunos puntos se descubren. Pasaba esta vía el Ebro por Tortosa, y desde allí, alejada del litoral seguía por el valle de San Mateo y por el llano de Cabanes, en el que se levanta aún, testimonio mudo de tan remotas edades, el arco triunfal dibujado al frente de este capítulo. Cruzaba el camino el río Mijares cerca de Onda (donde aún hay señales del puente) y acercándose al mar por el valle de Uxó, dirigíase á Sagunto, Valencia y Sucro (Alcira). Pasado el Júcar, iba recto á Saetabis, y tropezando allí con sus montañas, torcía á Poniente, penetrando por el valle de Montesa y el de Fuente la Higuera, dirección que ha seguido, hasta bien entrado el presente siglo, la carretera de Madrid y sigue ahora el ferrocarril. Pero, en vez de subir á las llanuras manchegas por el puerto de Almansa, inclinábase á Mediodía, dando un rodeo para llegar á la ciudad sagrada de Elo, de cuyo templo son restos interesantísimos los hallados de reciente en el Cerro de los Santos. Bifurcábase en Elo la vía romana: la Augusta seguía por Saltigi (Chinchilla) y Parietini (Paredazos), cruzaba las mesetas de la Carpetania, y pasando el Guadiana, entraba en la Bética

por Cástulo. Otra vía, llamada Pretoria, dirigíase hacia la costa de Levante, atravesando la actual provincia alicantina, para llegar á Ilici, de donde, arrimada al litoral, iba á Cartago Spartaria, y por Eliocroca (Lorca) y Basti (Baeza) entraba á su vez en la Bética (1). Aquellas fuertes calzadas, por las cuales desfilaban silenciosas y amenazadoras las legiones, enarbolando las águilas cesáreas, eran los hilos de la inmensa red con que aprisionaba su vastísimo imperio la triunfante Roma.

En el sosiego de la paz que su dominio le había impuesto,

(1) He aquí las jornadas de la Vía Augusta en territorio valenciano, según el Itinerario de los Vasos apolinares, y las equivalencias actuales (Véase D. Eduardo Saavedra, Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, 1862): la dirección de este itinerario es de Gades á Roma: De Saltigi (Chinchilla) *ad Palem* (Ntra. Sra. de Belén, legua y media al O. de Almansa) 32 millas; *ad Aras* (hacia la Venta de la Balsa, entre Almansa y Mogente) 22; á Saetabis, 28; á Sucro, 16; á Valencia, 20; á Sagunto, 16; *ad Noulas* (Onda), 24; á Ildum (Cabanes), 24; á Intibili (media legua al S. de la Jana), 24; á Dertosa, 27. Hay alguna variante entre las inscripciones de los tres Vasos apolinares. En dos de ellos está el itinerario tal como queda copiado. En el tercero, la mansión *ad Aras* está sustituída por la *ad Turres*, tres millas más al N. (Mogente), y la de *ad Noulas* por la de Sebelaci, dos millas también más al N. (Bechi). El Itinerario de Antonino Augusto Caracalla incluye el camino de Roma á Gades por Valencia, pero al llegar á Elo, no sigue la Vía Augusta, sino la Pretoria por Ilici y Cartagena. He aquí las jornadas que comprende en la parte de Valencia: de Dertosa á Intibili, 27 millas; á Ildum, 24; á Sebelaci, 24; á Sagunto, 22; á Valencia, 16; á Sucro, 20; *ad Statuas* (entre la Torreta y Montesa), 22; *ad Turres*, 9; *adello* (Villena), 24; á Aspis, 24; á Ilici, 24, á Thiar (Zeneta), 27; á Carthago Spartaria, 25. Esta es la adaptación de ambos itinerarios á la Geografía actual, hecha por el Sr. Saavedra, en el citado discurso. Nuevas investigaciones han permitido al Sr. Fernández-Guerra (D. Aureliano) rectificarla en parte. La mansión *adello*, escrita así en el *Itinerario de Antonino*, es *ad Ello*, la ciudad de Elo (Cerro de los Santos). La que los Vasos apolinares llaman *ad Palem*, debió ser un arrabal de la misma. Allí se unían las vías Augusta y Pretoria. No iba, pues, la primera por el puerto de Almansa, como creyó Saavedra, sino por el alto de Mariaga, donde Fernández-Guerra pone la mansión *ad Statuas*. De Elo á Cartagena, la dirección del camino era esta, según tan docto académico: primera jornada, de Elo *ad Aspis;* había dos poblaciones de este nombre, una que lo ha conservado, y otra, la que menciona el *Itinerario*, que debió estar entre Yecla y el Pinoso, en la loma de las Pasas. Segunda: de Aspis á Ilici, pasando por el Pinoso y Aspe. Tercera: de Ilici á Thiar, que debió estar al Mediodía de Santa Pola, en San Ginés. Cuarta: de Thiar á Cartago Spartaria. (Véase, *Antigüedades del Cerro de los Santos*, contestación del Sr. Fernández-Guerra al discurso del Sr. Rada y Delgado, para su recepción en la Real Academia de la Historia, 1875). El canónigo Cortés, á quien han seguido modernos historiadores de Valencia, supuso que la vía romana, desde Játiva, seguía por el valle de Albaida, Castalla, Elda y Aspe á Elche: están ya desechadas estas caprichosas suposiciones.

fermentaba la mayor transformación que ha experimentado la sociedad humana: el triunfo del Cristianismo. ¿Cuándo apareció en Valencia esta ley celestial? ¿Quiénes fueron sus primeros apóstoles, confesores y mártires en las orillas del Turia? Envuelto se halla todo esto en impenetrable oscuridad; noticias positivas, no las hay hasta comienzos del siglo IV; suposiciones, se han hecho muchas, inspiradas por crédula piedad, y también por devota, aunque no plausible superchería; pero cayeron todas ellas á los golpes de la sana crítica (1). Entre esas supercherías, una de las más burdas, el falso cronicón de Dextro, atribuye al apóstol Santiago la fundación de la iglesia de Valencia, dándole por primer obispo á un discípulo suyo, llamado San Eugenio ó San Eusebio (2), martirizado con otros nueve obispos, el año 60, en Peñíscola, donde se habían reunido en concilio (3). Posible es que Santiago visitase esta parte de España; pero no hay de ello indicio fidedigno. Más probable, aunque no segura, es la venida del apóstol San Pablo, negada con razones de peso por el Padre Villanueva (4), y sostenida con flaco fundamento por el canónigo Cortés (5). En cuanto á la predicación de San Félix, en el siglo III, de la que hablan escritores tan diligen-

---

(1) *Aparición del Cristianismo en Valencia*, apuntes por D. José Martínez Aloy. Valencia, 1886.

(2) Escolano leyó *Eusebio* y Diego *Eugenio* en las copias que vieron del supuesto cronicón de Dextro, cuya autenticidad admitieron entrambos historiadores.

(3) La circunstancia de estar enterrados unos mártires en la antiquísima iglesia de Nuestra Señora Ermitana de Peñíscola, según tradición local, sirvió de base al Padre la Higuera, autor de los falsos cronicones, para inventar la fábula del supuesto concilio, aplicando á aquellos desconocidos mártires los nombres de unos Santos que, según Baronio, sufrieron persecución en el siglo IV en Querson ó Quersoneso, no el de España (la citada Peñíscola) sino el Taúrico. De estos Santos, Eugenio obispo y compañeros mártires, reza la Iglesia el 7 de Marzo.

(4) *Viaje literario á las Iglesias de España*, obra erudita, consultada con frecuencia para escribir la presente, y muy recomendable por haber tenido á la vista el autor documentos perdidos después.

(5) *Compendio de la Vida del Apóstol San Pablo y gozos que se cantan en su ermita de Camarena*, Valencia 1849. El Dr. D. Miguel Cortés y López era natural de Camarena, y por eso dedicó este estudio al pueblo natal y al apóstol venerado en él.

tes como Beuter, Escolano y el Padre Diago, fúndase en un *quid pro quo*, ya de todos conocido. Desde León de Francia envió San Ireneo á Valencia del Delfinado tres discípulos suyos: San Félix, presbítero, Fortunato y Arquiloco, diáconos. Pedro Natali, hagiógrafo veneciano, confundió en su *Catálogo de Santos* la Valencia francesa con la española, y propagado el error á otros escritores religiosos, tomólo Beuter y los que, después de él, ensalzaron las glorias valencianas. Prescindiendo de esas hipótesis y esos lapsus, y de las polémicas sostenidas para probar que nació en esta ciudad el insigne mártir San Lorenzo, lo cual no es menos aventurado (1), vengamos á la primera mención histórica del Cristianismo en Valencia, consignada en las actas del martirio del glorioso atleta de fe, el diácono San Vicente.

De ilustre prosapia oscense, de clara inteligencia y corazón magnánimo, abrazó el joven Vicente con noble ardimiento la ley del Crucificado, y se puso al servicio del santo obispo Valerio de Zaragoza. Era tardo de lengua este piadosísimo prelado, y encargó la predicación de la palabra divina á su elocuente diácono. Habían llegado los tiempos en que los cristianos, según la expresión de Tertuliano, llenábanlo ya todo, las cabañas y los

(1) Escolano fué quien primero sostuvo ser Valencia patria de San Lorenzo (Década primera, lib. II, cap. 6). Habiéndole seguido el arcediano Dr. D. Juan Bautista Ballester, en su *Historia del Santo Cristo del Salvador*, le impugnaron Vidania y Dormer, y para contestarles publicó la *Piedra de toque de la verdad, Peso fiel de la razón, que examina el fundamento con que Valencia y Huesca contienden sobre cuál es la verdadera patria de San Lorenzo*, Barcelona, 1673. D. Agustín Sales atribuye esta obra á D. Lorenzo Matheu. Más tarde, rebatiendo las pretensiones de Zaragoza, publicó el Dr. Fr. Pascual Huguet y Rubert su *Historia lauretina: de la Vida, martirio y patria del invicto mártir levita San Lorenzo, lustre de España y de su esclarecida patria Valencia del Cid*. Valencia, 1817. Dió pábulo á la creencia de ser valenciano San Lorenzo una historia apócrifa que hizo imprimir en Salamanca, 1636, D. Lorenzo Matheu, atribuyéndola al abad Donato, fundador del convento servitano. En ella se dice que la casa natalicia del Santo estuvo en el lugar que ocupa la capilla de la Virgen de la Paz en la iglesia parroquial de Santa Catalina. Esta noticia recibió crédito, y se atribuyó á la supuesta casa natalicia un pozo que había en aquel punto de la iglesia; llamáronle Pozo de San Lorenzo, y lo abrían todos los años el día de su fiesta. El conocido cronista Sr. Sales disipó estos errores; tapióse el pozo y se quitó de la capilla un cuadro alusivo al nacimiento de San Lorenzo.

palacios, el hogar y el foro, las escuelas, los talleres y las legiones. El paganismo, moralmente vencido, hacía los últimos esfuerzos, y el emperador Diocleciano, representante de la sociedad antigua, que se desquiciaba y hundía, decretó su celebérrima persecución. Para ejecutar sus severas órdenes, vino á España el presidente Daciano, cuya crueldad dejó sangriento rastro en las actas de los mártires. Cuando llegó á Zaragoza, encontró á la cabeza de la grey de Cristo al anciano y venerable obispo, y al intrépido y fogoso diácono. Ellos debían ser y ellos fueron sus primeras víctimas: cargólos de cadenas y los condujo á Valencia. ¿Cuál fué la razón de este viaje? ¿Temía el presidente maltratar al respetado obispo en su propia sede? No es probable que detuviese este temor á quien luego derramó en aquella ciudad la sangre de sus *innumerables* mártires. ¿Quería, por el contrario, que el juicio y condenación de aquellos dos cristianos insignes sirviese de escarmiento á los de Valencia? Que estos eran numerosos lo prueban las palabras de las Actas de San Vicente, cuando hablando del efecto que produjo en esta ciudad su martirio, dicen: *Venerat et multitudo vicina fidelium, dudum de ipsius moesta suppliciis*. Lo más probable es que, convencido Daciano de que aquellos intrépidos creyentes darían en el suplicio prueba heroica de su fe, alentando á los cristianos de Zaragoza, quiso sacarlos de allí, y fatigar su espíritu con largas penalidades. Las mencionadas Actas hacen alguna indicación en ese sentido (1). Llegados á Valencia, Daciano intimó á los cautivos que ofrecieran el sacrificio á los Dioses. Vicente contestó por los dos: antes la muerte que la apostasía. El magistrado romano no quiso extremar aún el rigor: desterró al obispo, y en cuanto al diácono, sometiólo al tormento, con la esperanza sin duda de vencer su obstinación. Pero el tormento era el deseo más vivo de aquel ferviente cristiano; desgarraban sus carnes

(1) *At Dacianus Judex Sanctos Dei primo Valentiam sub carcerali... superati de poena.*

con agudos garfios, quemábanlas con carbones encendidos: el rostro de Vicente resplandecía con celestial beatitud. Arrojábanle después en angosto calabozo, sembrado de cortantes guijarros: los guijarros se convertían en flores; claridad sobrenatural inundaba el antro pavoroso; voces angélicas llenábanlo de dulces armonías: el mártir estaba curado: los sayones, estupefactos, proclamaban su santidad y pedían el bautismo. «Vencidos somos, exclamaba Daciano; ponedle en regalado lecho, porque no quiero que sea más glorioso su triunfo, muriendo en el tormento». Cuando cesó el suplicio, y descansó el diácono en el lecho, entregó su alma al Señor. Los fieles besaban sus pies y recogían su sangre para reliquia: el presidente cortó aquellos homenajes, y mandó echar el cuerpo del mártir al muladar para que lo devorasen los cuervos: los cuervos acudieron; pero, en vez de devorarlo, hiciéronle guardia. «Veo que, ni después de muerto, le venceremos», dijo el romano, y dispuso que arrojasen al mar el cadáver, atada al cuello una piedra de molino. Al poco rato, el cadáver salió á la playa: una piadosa viuda, llamada Jónica, y otros cristianos, lo recogieron y lo guardaron con devota veneración.

Ocurrió este martirio el año segundo y postrero de la persecución de Diocleciano (303 de J. C.); muy pocos habían pasado, cuando Constantino ponía en el lábaro la cruz, y daba á la Iglesia la paz y la victoria. Los cristianos de Valencia erigieron entonces un templo al mártir Vicente en el punto de las afueras de la ciudad donde había muerto, y dieron sepultura á sus restos debajo del altar. Creció la fama de su santidad; acudían los enfermos y los lisiados á su sepulcro, en busca de milagrosa curación; cantaban su gloria los poetas y los panegiristas cristianos (1), dedicábale la Iglesia solemne fiesta, y era mirado en toda la cristiandad como uno de sus más excelsos campeones (2). Va-

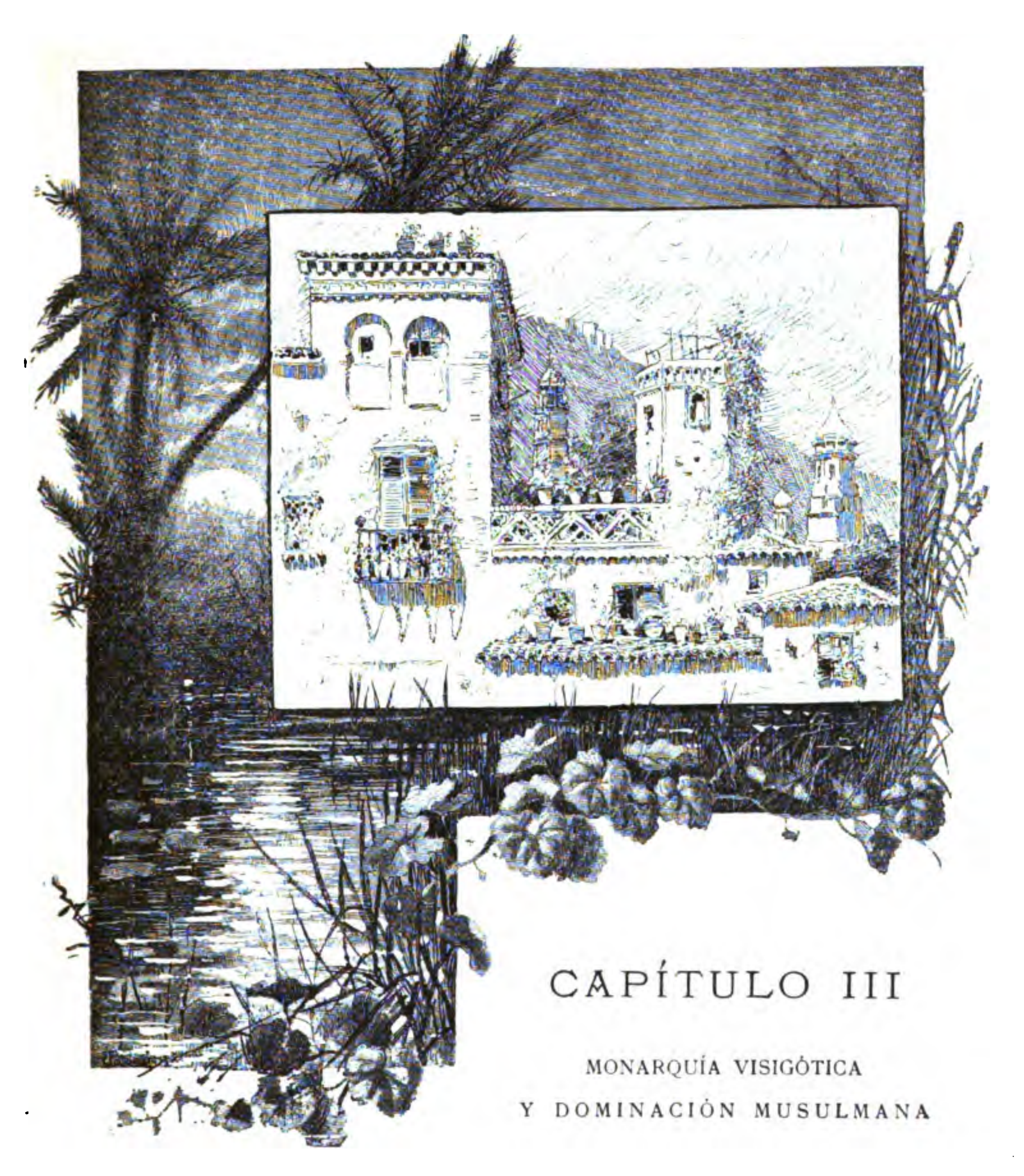
(1) Uno de los himnos más bellos de Aurelio Prudencio es el quinto, dedicado á la pasión de San Vicente.

(2) El obispo-poeta San Fortunato dice que así como ennoblece á Roma la sangre de San Pedro y San Pablo, al África la de San Cipriano, y á la Scitia la de San Quirino, *Vincenti Hispaniae surgit ab arce decus.*

lencia, que le eligió más tarde por su patrono, conserva aún recuerdos materiales de su martirio: su cuerpo, venerado en ella durante más de cuatro siglos, fué conducido muy lejos para salvarlo de la profanación de los infieles.

Interesante y poética tradición es la de esta piadosa fuga. Corría, más que mediado, el siglo VIII, y fundaba Abde-r-rahmán el Humeya el imperio arábigo-español, emancipándolo del califato de Damasco. Miraban con horror los cristianos á aquel paladín del Islam, destructor de templos y profanador de imágenes: cuando se aproximó á Valencia, al frente de sus huestes fanáticas, lo primero que pusieron á salvo los valencianos fué el cuerpo de San Vicente. Embarcáronse algunos fieles con él, y fueron á parar, pasando el estrecho gaditano, al Promontorio Sacro. Allí, al otro extremo de la Península, casi rodeados por las olas del Occéano, creyéronse bastante olvidados y seguros: construyeron una capilla, guardadora del sagrado depósito, y se establecieron en torno de ella. Algún tiempo después, unos moros que iban de caza, dieron con aquella escondida colonia de cristianos, y los mataron á todos, menos á los niños, que llevaron cautivos. Perdióse la memoria del sepulcro de San Vicente: unos cuervos, que nunca abandonaban aquel lugar, eran, como lo habían sido en el muladar de Valencia, sus ignorados custodios, y daban nombre á la montaña. Pero llegó para los Algarves el día de la reconquista, y el monarca lusitano, Don Alfonso Enríquez, supo lo ocurrido por los muzárabes, descendientes de los emigrantes valencianos; puso gran empeño en buscar los restos del santo, y al encontrarlos, tras largas pesquisas, llevólos á Lisboa y los depositó en la catedral. Cuenta la leyenda que sobre la nave que los conducía, volaban los leales cuervos, y que en el templo que les dió albergue, se posaron y permanecieron. Puerta de San Vicente llámase aún la de la ciudad, por la cual se hizo la solemne entrada del cuerpo venerado, y el nombre del glorioso mártir lleva también el promontorio donde estuvo oculto.

Nos ha hecho traspasar este relato los límites de la época romana, en la cual debe encerrarse el capítulo presente; volvamos á ella, aunque muy poco, ó casi nada, resta que decir. Probable parece que ciudad tan principal como lo era ya entonces Valencia, y en la que debió aumentar el pueblo fiel con la conversión del Imperio y la gloria de San Vicente, fuese muy luego Sede episcopal. Pero no consta cuándo sucedió esto, ni hay memoria positiva de obispos valencianos hasta llegar á los concilios de Toledo. Á ellos vamos ahora, pero pasando á otro capítulo, que comprenderá el período visigótico y el de la dominación musulmana.



CAPÍTULO III

MONARQUÍA VISIGÓTICA
Y DOMINACIÓN MUSULMANA

Invasión de los bárbaros.— Los alanos en la Cartaginense.— Valencia goda.— Primeros obispados y monasterios.—Invasión de los árabes.—Teodomiro y su principado de Aurariola.—Valencia musulmana.—Cultura árabe.—Reinos de Valencia y Denia.—Conquista del Cid.—Conquista de D. Jaime de Aragón.

No podía vivificar al imperio romano la savia del Cristianismo. Aquel poder, tan vigoroso y fuerte un día, estaba descompuesto y arruinado por deficiencia del principio moral que

lo animaba. De la grandeza de Roma sólo quedaba un vano simulacro. Mientras disipaban sus haciendas los patricios afeminados, mientras disputaban los sofistas y los leguleyos en la escuela y en el foro, y deponían é improvisaban Césares las legiones insubordinadas, precipitábanse sobre las orillas del Rhin y del Danubio turbulentas oleadas de pueblos toscos y bravíos, engendrados en las selvas germánicas y escíticas, en las remotas playas del Báltico y del Caspio, en la oscuridad ignota del Septentrión, pavorosa *officina gentium*, que desdeñó hasta entonces el mundo clásico, circunscrito á las risueñas riberas del Mediterráneo. Una especie de instinto providencial conducía en tropel caótico aquellas hordas errantes, razas en fermentación, naciones embrionarias, gentes incultas, indómitas y fieras, pero de corazón sano y naturaleza viril, más propia que la corrompida cultura latina para formar pueblos cristianos.

No cedió Roma sin luchar: aún blandieron con vigor la espada de César algunos de sus emperadores. Teodosio fué el último de aquellos héroes: dividido el imperio á su muerte entre sus débiles hijos Arcadio y Honorio, la valla defensora quedó aportillada por todas partes: arrastró los diques la avenida, y Europa presenció una de las catástrofes más tremendas que recuerda la historia: la invasión de los bárbaros.

Resguardó á España, hasta los últimos momentos, su posición geográfica: los legionarios ibéricos que militaron con gloria á las órdenes de sus insignes compatriotas Trajano ó Teodosio, no pensaban, sin duda, cuando describían en sus hogares las extrañas costumbres y los exóticos arreos de los pueblos con quienes combatieron en lejanas y selváticas regiones, que desbordándose un día, como río salido de madre, se extenderían incontrastables por toda la Península. Tracia, Macedonia, Grecia, Iliria, Italia, las Galias, habían sido ya devastadas por los septentrionales, y en España, ajenas al peligro, aún se disputaban las legiones los restos de la púrpura imperial, cuando Alarico, al frente de los visigodos, caía sobre la Ciudad Eterna, y la

furiosa oleada de los vándalos, suevos y alanos, penetró á la vez por las gargantas de los Pirineos, inundándolo y arrasándolo todo (409). Tomaron desde luego distinta dirección, ó convinieron después los pueblos invasores en repartirse la conquista: encamináronse los suevos á Galicia, los vándalos á la Bética, los alanos á la Lusitania y la Cartaginense (1). Eran éstos los más fieros, y extremaron la crueldad en su obra destructora; pero no tenemos pormenores de ella. Escolano dice (lib. II, cap. 8) con referencia á San Agustín, «que en esto de Valencia y la Cartaginense, vinieron á acabar casi todos los naturales, por haber sido degollados ó consumidos por hambre en largos sitios, ó porque fueron llevados cautivos á otras tierras.» Esta referencia es inexacta: Escolano aplica á Valencia y la Cartaginense lo que el obispo de Hipona cuenta de España en general (2).

El cronicón de Idacio, hablando de los estragos hechos por los alanos, dice que los lugares quedaron despoblados, desiertos los campos y llenos de bestias feroces, que acometían á los caminantes. Á tal punto llegó la ruina, que los mismos invasores tuvieron que llamar á los fugitivos para que poblasen de nuevo la tierra, ofreciéndoles amistoso tratamiento.

Tres años, dicen los autores coetáneos, que duró la devastación, y aunque faltan noticias seguras, es lícito presumir que los alanos pasaron como una tromba por la parte oriental de España, abandonándola pronto para replegarse en la Lusitania. Allí los vemos establecidos, y no eran tan numerosos que pudieran ocupar de un modo permanente gran parte de la Península, de

(1) «*Alani Lusitaniam et Carthaginensem Provincias*», dice el cronicón de Idacio, al hablar de este reparto, y repite sus palabras San Isidoro en su *Wandalorum historia*.

(2) Dice San Agustín, en su epíst. 228, hablando de las obligaciones de los obispos en aquellos tiempos calamitosos: «Ha habido santos obispos en España que han huído, después que sus pueblos se habían dispersado, ó perecido á manos de sus enemigos, ó consumido por las miserias de un sitio, ó llevado cautivos. Pero ha habido muchos más que se han mantenido constantes...»

mar á mar. En la provincia Cartaginense renació la autoridad del imperio romano, lo mismo que en la Tarraconense, si en ésta llegó á eclipsarse entonces.

Muy distinta de la invasión tumultuosa y horripilante de aquellos bárbaros, fué la entrada de los visigodos en España. Cuando Ataúlfo, vestido á la romana, y llevando de la mano á la princesa imperial Gala Placidia, avanzaba desde Arles y Narbona por la vía itineraria de Antonino Augusto, al frente de sus huestes, imitadoras de las vencidas legiones, los hispano-romanos vieron sin duda gente amiga en aquellos guerreros, que se llamaban aliados de Roma. Pero Ataúlfo no hizo más que asomarse á la Península ibérica para morir asesinado en Barcelona. Su segundo sucesor, Walia, fué quien asentó en España la monarquía visigótica: de acuerdo con los romanos, arrojó de la Bética á los vándalos y de la Lusitania á los alanos. No hablan las historias de que llevase sus armas á la Cartaginense: respetóla sin duda, como provincia de su aliado el emperador Honorio. Por la costa de Levante, el Llobregat marcaba el confín meridional del reino de los Godos, y no pasaron de allí en los reinados de Teodoredo, Turismundo y Teodorico. Del Llobregat hasta la Bética, España era romana todavía, aunque debían ser ya flojos los vínculos que la unían al imperio, sólo nominalmente sostenido en el Capitolio. Ni se veía libre tampoco de nuevas invasiones: los vándalos, antes de pasar á África, devastaron la Cartaginense y destruyeron su capital (425); los suevos, con su belicoso rey Richila, la invadieron poco después (441), cediéndola de nuevo á los romanos, cuando la hubieron saqueado; repitieron sus depredaciones más tarde, y fueron rechazados por Teodorico, auxiliar aún de Roma (456). Prueba esto que tardaron en desaparecer de nuestra Valencia las alicaídas águilas romanas. Aún vemos en 460 venir á nuestras playas un emperador: una sombra de emperador. Mayoriano, que vestía la púrpura por merced del suevo Ricimer, llegó con una escuadra para hostilizar á los vándalos, asentados ya en África, pero éstos apresaron sus naves

en Ilici (1). El animoso Eurico fué quien rompió con los romanos, y bajando con formidable hueste por las riberas del Ebro, los arrojó de la Tarraconense, apoderándose de su capital (469). ¿Cayó entonces también Valencia en poder de los godos? No hay noticia exacta de ello en los sucintos cronicones de aquel tiempo; pero es muy probable que así fuese, pues afirman los historiadores del reino gótico que concluyó en España el imperio romano con la caída de Tarragona. No ha faltado quien suponga que continuaron poseyendo los emperadores algunos puntos en la costa de Levante (2); pero faltan datos que lo confirmen. La autoridad del imperio, no ya el de Roma, sino el de Bizancio, volvió á florecer en esta parte de la Península, en el siglo VI, pero fué por las armas triunfantes de Justiniano, cuando Atanagildo, disputando el poder á Agila, llamó del África á los imperiales, á quienes tuvo que ceder una extensa región costanera, de Gibraltar «á las fronteras de Valencia.» Estas palabras de las historias que hablan de aquel pacto, dan á entender que en la nueva provincia romano-bizantina, cuya capital fué Cartagena, no estuvo comprendida la región valenciana.

La primera mención de Valencia en los anales civiles del reino godo se remonta á la reñida contienda de Leovigildo con San Hermenegildo, su hijo (584). Vencido éste en Sevilla, y prisionero en Córdoba, desterrólo á Valencia el airado monarca. Que la grey católica de la antigua colonia romana recibiría muy bien al príncipe desterrado, es muy probable; que se alzó en armas por él, como dicen algunos escritores, no está bien averiguado. Indícanlo cronistas de época poco posterior. Pero el Biclarense, que es el más inmediato y mejor enterado, después de dar la noticia del destierro de San Hermenegildo á Valencia (3),

(1) «Ilis consulibus (Magno et Apolonio), Majorianus Imperator profectus est ad Hispanias. Eo anno captae sunt naves á Vandalis ad Elecem juxta Cartagine Spartaria.» Mario Aventicense, continuación del cronicón de Próspero.

(2) *Historia de Catalunya*, per Antoni Aulestia. Barcelona, 1887.

(3) «Leovigildus Rex filio Hermenegildo ad Rempublicam commigrante, His-

dice no más que fué trasladado á Tarragona, donde murió, mártir de la fe.

Había llegado la crisis decisiva para la monarquía gótica: dominaban la Península los sucesores de Alarico y Ataúlfo, pero no habían fundado en ella una verdadera nacionalidad. No eran más que los caudillos de un ejército triunfante, que acampaba en un país sometido y explotado (1). Coexistían en España dos razas distintas y separadas: los godos, guerreros, iliteratos y rudamente fastuosos, apoderados del mando y expoliadores de las tierras; los hispano-romanos, más cultos, más doctos, desarmados, pacíficos, explotando trabajosamente la agricultura y las industrias para sus nuevos señores, como antes para el fisco de Roma. Cada raza tenía su ley: el código de Eurico para los godos; el breviario de Aniano para los romanos. Cada cual—y esto era lo más grave—tenía su religión; los vencedores eran arrianos; los vencidos, católicos. Participaba el clero arriano de la tosquedad é ignorancia de los godos; había heredado y conservado el clero católico las letras latinas: encerrada estaba en sus iglesias la vida intelectual, la luz del porvenir. Triunfó, al cabo, este poder civilizador. En vano persiguió y desterró á los obispos católicos el tenaz Leovigildo: su hijo y sucesor Recaredo repitió el ejemplo de Constantino, y en el Concilio III de Toledo se sometió la monarquía de los godos á la Iglesia ortodoxa y universal. Esta revolución político-religiosa, y la unidad legislativa, que fué su secuela en el orden civil, debieron ser favorabilísimas para la región valenciana, donde tan arraigado estaba

---

palim pugnando ingreditur, civitates et castella, quas filius occupaverat, coepit; et non multum post memoratum filium in Cordubensi Urbe comprehendit, et Regno privatum in exilio Valentiam mittit.» Cronicón del Biclarense, año 584.

(1) «Ninguno de los godos usurpó hasta Leovigildo las insignias reales, ni acuñó moneda con su busto y su nombre, porque hasta Leovigildo ninguno tuvo alientos para ser ni llamarse rey de las Españas. Sus antecesores, desde Ataúlfo á Liuva eran, ¿quién pretende negarlo? reyes entre la gente goda, pero sólo gobernadores de las Españas en nombre y al servicio del imperio romano-bizantino.» Aureliano Fernández-Guerra. *Antig. del Cerro de los Santos*, discurso de contestación al Sr. Rada, ya citado.

el elemento romano. El arrianismo echó sin duda pocas raíces en ella; por el contrario, la organización católica hallábase bien asentada y extendida. Ajustándose la división eclesiástica á la administrativa del imperio, hubo una iglesia metropolitana en cada una de las antiguas provincias de España. El territorio de Valencia, hasta el Idubeda, perteneció á la metrópoli Cartaginense, cuya sede, por la ruina de Cartagena, pasó á Toledo desde mediados del siglo V (1). Al Norte del Idubeda, la antigua Ilercávonia pertenecía á la metrópoli Tarraconense, y al obispado de Tortosa. La Edetania tenía su silla episcopal en Valencia; la Celtiberia Oriental, en Segobriga. Han prevalecido estas tres diócesis, restauradas á la expulsión de los sarracenos; pero quedaron destruídas por éstos para siempre las de Saetabis, Dianio é Ilice, en la Contestania, cuyos términos pertenecen hoy á las de Valencia y Orihuela. Oscurísima es la primitiva historia de todos aquellos obispados: de ninguno de ellos podemos decir con certeza en qué época fué fundado, y solamente constan los nombres de algunos de sus obispos por las signaturas de los concilios toledanos (2).

La principal de aquellas iglesias, aunque no superior en categoría eclesiástica, fué la de Valencia. El primero de sus obispos, de quien hay noticia positiva, es Justiniano, incluído por San

(1) En los primeros tiempos era metropolitano el obispo más antiguo de la provincia. En España siguióse esta costumbre hasta que previno el concilio de Antioquía que la sede metropolitana radicase en la capital civil de la provincia. Á poco fué destruída Cartagena por los vándalos. Dúdase si llegó á tener carácter de metrópoli.

(2) Que no hubo en el territorio valenciano más sedes episcopales que las de Tortosa, Segobriga, Valencia, Setabis, Dianio é Ilici, lo comprueba la división de diócesis atribuída á Wamba, la cual—sea quien fuere su autor—es documento muy apreciable. En ella se citan esos seis obispados, con sus linderos, difíciles hoy de determinar. Son los siguientes: *Illice haec teneat: per terminos Basastri, et Setabis et Denia — Setabis haec teneat: de Custo usque ad Moletam; de Togola usque ad Intam — Denia haec teneat: de Sosa usque in Intam: de Silva usque Gil. — Valentia haec teneat: de Silva usque Musvetum; de mari usque Alpont. — Secobrica haec teneat: de Tarabella usque Obviam; de Toga usque Bastram — Tortosa haec teneat: de Portella usque Deniam; de Tormoga usque Catenam.*

Isidoro entre sus *Varones ilustres* (1). En sus tiempos, á mediados del siglo IV, cuando aún era el arrianismo la religión oficial, reunióse en Valencia un concilio de siete prelados para decidir varios puntos de rito y disciplina (2). En el Toledano III encontramos dos obispos de Valencia: Celsino, el católico, el hispano-romano; Wiligisco, el arriano, el visigodo, que abjura sus errores (3). En aquel concilio aparece otro varón insigne de la iglesia valenciana, que fué luego su prelado, y era entonces abad del monasterio servitano. Llamábase Eutropio, y algunos cronistas lo califican de Santo: docto y competentísimo sería, pues dice el Biclarense que San Leandro y él llevaron el peso de aquel concilio, llamado á cambiar la suerte de España (4).

Timbre glorioso de la iglesia valenciana es aquel monasterio servitano, del que era abad el insigne Eutropio, y algo habrá que decir de él. ¿Cómo no, si fué, según dicen antiguos autores, «seminario de santos y escuela de la vida monástica en toda España?» Refiere San Ildefonso que el monje Donato, discípulo de un ermitaño de África, viendo amenazada la grey monacal en aquel país por las violencias de los bárbaros, embarcóse para

(1) «Justinianus de Hispania, Ecclesiae Valentinae Episcopus, ex quatuor fratribus Episcopis eadem matre progenitus unus, scripsit librum responsionum ad quendam Rusticum, de interrogatione quaestionibus: quarum prima responsio est de Spiritu Santo: secunda est contra Bonosianos, que Christum adoptivum filium, et non propium dicunt: tertia responsio est de disctintione baptismi Joannis et Christi: quinta responsio est quia Filius sicut Pater invisibilis sit. Floruit in Hispanis temporibus Theudis principis Gothorum. Anno 531.» San Isidoro, *de Viris illustribus*, cap. 33. Los tres obispos hermanos de Justiniano eran Nebridio, de Egara, Justo, de Urgel, y Elginio, cuya sede no consta.

(2) Celebróse este concilio el año 546, asistiendo á él personalmente los obispos Alsinio, Justiniano, Reparato, Setabio, Benagio y Ampelio, y por procurador, Marcelino. No consta cuáles eran sus diócesis. Decretáronse en él seis cánones; por el primero se dispuso que en la misa, después de la Epístola, se lea el Evangelio, antes de las oblaciones, lo cual se extendió á toda la Iglesia; los otros se refieren á puntos de administración diocesana, exequias de los obispos, y sumisión á éstos de los clérigos.

(3) Figuran también en el concilio toledano III Mutto, obispo de Saetabis, y Próculo, de Segobriga. Los obispos de Ilice no aparecen hasta el IV (633), y los de Dianio hasta el V (636).

(4) «Penes Eutropium Abbatem Servitanum, et Leandrum Episcopum fuit summa Concilii tertii Tolet.» Biclarense, año 589.

España, con casi setenta compañeros y muchísimos libros. Auxiliado por una noble dama, llamada Minicea, parece que construyó el monasterio servitano *(vissus est construixisse)*, el primero de que hay memoria en España (1). Dió tan gran ejemplo de virtud y santidad, que su sepulcro era veneradísimo y tenido por milagroso (2). Esto, que dice San Ildefonso, y la sucinta mención que hace de él el Biclarense, es todo lo que sabemos del monje Donato y del modo cómo se fundó el monasterio servitano (3). Según el cronicón del Biclarense, vivía y florecía aquel monje por los años 571, y en 584 ya era abad su sucesor Eutropio. Pero ¿dónde estuvo aquella antiquísima casa conventual, y á qué orden perteneció? Sobre entrambos puntos han disputado largamente nuestros analistas: dispútanse el monasterio servitano benedictinos y agustinos; más probable parece que perteneciera á los segundos, es decir, á los primitivos ermitaños de San Agustín, que se extendieron mucho por el África cartaginense en aquellos tiempos. En cuanto al lugar donde estuvo, Vaseo, Beuter, Morales, Mariana y Escolano convienen en que fué cerca de Játiva, y algún autor supone que su nombre, corrompido luego, sería setabitano. Otros lo deducen de *servi*, que por humildad se aplicarían los monjes: conjeturas inciertas. El padre Diago pone este monasterio en el cabo Martín, y aduce una

(1) No guarda la historia mención de otro monasterio más antiguo que éste en nuestra patria; pero sí de la existencia de la vida conventual. Una decretal del Papa San Siricio, dirigida al obispo Eumevio, de Tarragona (siglo IV), trata de la corrección de abusos monásticos. En el breviario de Alarico y en otras leyes godas, de época también anterior, hay disposiciones sobre la condición civil de los monjes. A pesar de ello, Masdeu sostiene que no hubo verdaderos monasterios hasta el servitano; pero han sido refutadas sus razones por D. Vicente Lafuente en su historia eclesiástica.

(2) «Iste prior in Hispaniam monasticae observantiae usum, et regulam dicitur adduxisse: tam vivens virtum exemplis nobilis, quam defunctos memoriae claritate sublimis. Hic in praesenti luce subsistens et in crypta sepulcri quiescens, signis quibusdam proditur effulgere salutis, unde et monumentum ejus honorabilite colere perhibentur incolae regionis.» San Ildefonso, *De Viris illust*, cap. 3.

(3) «Donatus Abbas Monasterii Servitani, mirabilium operator, clarus habetur.»

autoridad, que determina, en efecto, la existencia de un convento de aquella remota época en el eminente promontorio Ferrario de los romanos; pero lo que no está probado es su identidad con el que fundó el africano Donato.

Cuenta San Gregorio Turonense (1) que en el reinado de Leovigildo florecía á la orilla del mar, entre Sagunto y Cartagena, el monasterio de San Martín, el cual tenía enfrente una isla. Iba el monarca arriano, al frente de sus huestes, hacia Valencia, para castigar á los católicos, levantados á favor del príncipe Hermenegildo; temerosos de su crueldad, refugiáronse los monjes en la isla cercana, que sería la de Ibiza. Quedó solo el santo abad, anciano corvado por los años y que esperaba intrépido el martirio. Saquearon los soldados el monasterio, y cuando uno de ellos arremetió contra el inerme abad, murió en el acto. Escaparon despavoridos los demás; contaron el caso al rey, y éste mandó que devolviesen todo lo robado á aquella milagrosa casa. La situación y el nombre de cabo Martín, que lleva una de las puntas del antiguo promontorio Ferrario, apoyan la suposición de que allí estuvo el monasterio á que se refieren estos sucesos. Ni de él, ni del servitano, si acaso eran distintos, quedan restos ni vestigios: hundiéronse en el naufragio de la España cristiana.

Reinaba el gran Wamba, y había llegado á su mayor esplendor el trono de Recaredo, cuando vieron con asombro los pueblos costaneros del Mediterráneo dibujarse en el horizonte numerosa flota de buques enemigos; venían del África, y estaban tripulados por bizarras gentes de atezado rostro y vestimenta oriental, pregoneras de leyes y dogmas nuevos. Rechazada y destruída fué aquella escuadra, pero dejaba notificada su sentencia de muerte al reino de los godos. Podrida antes que madura, su civilización, medio bárbara, medio romana; mal fundidas la raza conquistadora y la conquistada; enflaquecido el poder real por su tumultuosa renovación, vicio del principio electivo; per-

(1) Lib. *De Glor. Confess.* cap. 12 y 13.

turbada la Iglesia por el repentino paso de la proscripción á la supremacía política, que convirtió los concilios toledanos en asambleas legislativas, no pudo resistir la España gótica al impetuoso embate del pueblo árabe, que exaltado por la fe ciega del Corán, lanzábase rudo, sobrio, fanático y heroico á la conquista de la tierra, que era para él también la conquista del cielo.

Cuando se derrumbó de súbito, en la batalla del Guadalete, la carcomida monarquía visigótica, y los árabes se derramaron con sorprendente facilidad por toda la Península, sólo encontraron, al pronto, empeñada oposición al entrar en tierras de Murcia y de Valencia. Regía en ellas una extensa comarca, comprensiva de siete condados, el prócer godo Teodomiro (Theudimer). Al verse Leovigildo en posesión de toda España, dividióla en ocho provincias ó ducados. Uno de ellos (que tuvo que someter por las armas, pues sus habitantes, menos sumisos que el resto de los hispano-romanos, rechazaban su yugo) fué el del Oróspeda, llamado también de Aurariola por su capital, la moderna Orihuela: «provincia reducida, pero fértil y hermosa» dice el Anónimo de Rávena. Extendíase por la costa de Alicante hasta Almería, y por el interior, de Chinchilla y Segura á la Sierra Mágina, fronteriza de Jaén. Gobernábalo con gloria Teodomiro, habiendo rechazado una invasión de los griegos-bizantinos, cuando entraron los árabes en España, como una ráfaga del simún. Hombre experto en la guerra, acudió al peligro Teodomiro, peleó como bueno en la infausta rota del ejército cristiano, recogió su tropa, salvándola del desastre, defendió, mientras pudo, la línea del Genil, y retirándose luego á las sierrras que separan la antigua Bética de la Bastitania, aguardó al invasor en sus ásperas gargantas. Cuando los árabes hubieron ocupado á Córdoba y Sevilla, Toledo y Mérida, un valiente mancebo, Abde-l-Aziz, hijo del generalísimo Muza, picado de noble ambición, quiso obrar por sí en aquella prodigiosa campaña, y pidió á su padre el mando de un cuerpo de ejército. Envióle Muza á las «tierras de Tadmir», y se hallaron frente á frente el sesudo y

tenaz capitán godo, y el impetuoso y novel caudillo árabe. Había traído éste del África siete mil caballos, hijos del desierto, y esa sería su principal fuerza: el conde cristiano no podía resistir aquella avalancha en campo abierto, y apeló á la táctica propiamente española de todos los siglos, á la lucha de guerrillas, á la defensa de los desfiladeros, á las emboscadas y sospresas. Así defendió palmo á palmo los aproches del rico valle del Segura; pero la oleada de los sarracenos lo arrolló todo y se desbordó por el llano. Hubo que presentar batalla: los jinetes de Abde l-Aziz rompieron la hueste de Teodomiro, é hicieron horrible matanza, alanceando á los fugitivos. El impávido duque, con el resto de los suyos, se encerró en Aurariola. No le quedaban bastantes soldados para guarnecer sus muros; pero no se arredró por eso: armó con lanzas á las mujeres, las cuales, con los cabellos cruzados bajo la barba, parecían á lo lejos guerreros formidables, y fingiéndose mensajero, presentóse al triunfante Abde-l-Aziz. Tal maña empleó, que el mozo, convencido de la fortaleza de la plaza, aceptó un tratado de paz, por el cual, Teodomiro quedó con sus estados, comprensivos de las siete ciudades de Auriola (Orihuela), Valentila (Guadix), Lecant ó Lucant (Alicante, la antigua Lucentum), Mola (la antigua Molibdana, á la desembocadura del Almanzora), Bukésaro (campo de Bujéjar), Eio (la antigua Elo, cuyos restos se han encontrado en el Cerro de los Santos), y Lorca, que aún conserva su nombre (1). En estos condados, dotados todos ellos de sede episcopal (2), ha-

(1) Algunos historiadores, Romey entre ellos, han creído que Valentila (Valentola, Valentolat en otros textos), era Valencia; pero, ni se extendían tanto por esta parte las tierras de Teodomiro, ni se comprende que, entrando Valencia en aquel tratado, que fué exactamente cumplido al pronto, se apoderase de ella Tárik poco después. El Sr. Fernández-Guerra (D. Aureliano) que ha estudiado bien la geografía antigua de esta parte de España, cree que dieron los godos el nombre de Valentila á la alcazaba de Acci (Guadix). Véase su discurso, ya citado, de contestación al Sr. Rada y Delgado, y la *Deitania y su Cátedra episcopal de Begastri.* Madrid, 1879.

(2) Según el mismo Fernández-Guerra, el condado de Aurariola corresponde á la diócesis de Begastri, el de Lekant á la de Ilici, el de Eio á la del mismo nom-

bían de conservar los cristianos sus príncipes, su religión, sus leyes y sus templos, pagando, por todo tributo, los nobles un *dinar* (moneda de oro) al año, y cuatro *almudes* (celemines) de trigo, cebada, mosto, vinagre, aceite y miel; los siervos ó pecheros, la mitad (1).

Cuando Abde-l-Aziz vió que el fingido mensajero era el mismo Teodomiro, y tropel de mujeres la guarnición de la plaza, sorprendióse mucho, y admirando el ardid de su enemigo, aceptó caballerosamente su mesa y sus obsequios, marchándose á los tres días para proseguir su expedición por las sierras de Segura y de Elvira, sin hacer daño, ni correr la tierra del noble godo. Vivió y reinó éste hasta el año 743, sucediéndole por elección otro prócer godo, famoso por sus riquezas y esplendidez, Atanaíldo, que reinaba respetado y en paz, en 754 (2). Y ya no se sabe más de él, ni del ducado-feudatario de la Aurariola, hasta que lo vemos destruído, en 779, con mengua de los tratados, por Abde-r-Rahmán el Humeya, cuando, estableciendo en Córdoba el califato arábigo-español y rechazando en Navarra á los francos, enseñoreóse de casi toda la Península.

Volvamos atrás: poco después del tratado entre Abde-l-Aziz y Teodomiro, rendían Muza y Tárik á Zaragoza; descendía este último por la cuenca del Ebro, tomaba á Tortosa, y siguiendo la costa valenciana, se apoderaba á la carrera de Murviedro, Valencia, Játiva y Denia, hasta dar con las fronteras de la «tierra de Tadmir». En aquella precipitada ocupación militar, ofrecían los árabes á los españoles respetar sus creen-

---

bre, el de Lorca á la de Eliocrona, el de Bukesaro á la de Basti, el de Valentila á la de Acci, y el de Mola á la de Urci.

(1) Publicó este tratado Casiri en su *Biblioteca Arábico-Hispana*, tomo II, 105, y lo han copiado Conde y otros historiadores.

(2) Está mencionado este Atanaíldo (ó Atanagildo) en el Cronicón de Isidoro Pacense, que insertó el P. Flórez en el tomo VIII de su *España Sagrada*. En 1885 ha publicado en París el P. J. Tailhan este mismo cronicón con el título *L'Anonyme de Cordove, cronique rimée des derniers rois de Tolède*. El autor niega á Isidoro Pacense la paternidad de esta obra. Los versos 992 y siguientes hablan de nuestro Atanaíldo.

cias y sus hábitos, pero no siempre lo cumplían. En Valencia, dicen los historiadores cristianos que convirtieron en mezquita la iglesia principal y destruyeron las demás, dejando solamente á los fieles la del Santo Sepulcro en la ciudad, y fuera de ella, el santuario de San Vicente de la Roqueta.

Más de quinientos años estuvo la hermosa Valencia en poder de los sarracenos. Mientras dependió la España musulmana de los califas de Damasco, y durante el Califato independiente de Córdoba, fué gobernada por walíes, conservándose la división entre las Tierras de Tadmir (Tudmir ó Tudemir, en otros textos) y las de Valencia. En la antigua versión castellana que se ha conservado en la catedral de Toledo, de la crónica de Er-Razi (el moro Rasis, de nuestros escritores), la cual se remonta al siglo x, y cuya autenticidad ha probado el Sr. Gayangos (1), se habla así de esta parte de España:

« Parte el término de Jaen con el de Tudemir. El Tudemir yace al sol levante de Córdoba. El Tudemir es muy presciado lugar, et de muy buenos árboles. Et toda su tierra riega el rio, assí como face el rio de Nil en la tierra de Promision (2). Et ha buena propiedad de tierra natural, que ha y veneros de que sale mucha plata. Et Tudemir ayuntó en sí todas las bondades de la mar et de la tierra, et ha y buenos campos et buenas villas et castillos, et mui defendidos, de los cuales es el uno Lorca, et el otro Morata (3) et el otro Auriela (4), que es mui antiguo lugar,

(1) *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, publicada en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VIII.

(2) Debió decir en tierra de Egipto. Tratando Al-Maccari de la provincia de Tudmir, dice: «Y la provincia de Tudmir se llamó también *Misr* por su mucha semejanza con aquella región, pues su tierra la inunda un río en ciertas y determinadas épocas del año (como hace el Nilo en *Misr* ó Egipto) y después se retiran las aguas y se siembra la tierra, como se hace en Egipto.»

(3) En el códice que fué de Ambrosio Morales, se lee *Murcia* y parece lección preferible.

(4) Orihuela, llamada también por los árabes Medina-Tadmir, porque fué capital de los Estados de Tadmir. Conservó la capitalidad hasta que Abde-r-Rhamán II la trasladó á Murcia, el año 210 de la Hégira.

en que moraron los antiguos por largo tiempo. Et el otro es Alicant; el Alicant yace en la sierra de Benalcatil (Benicadell), et de ella salen muchas otras sierras, en que ficieron muchas villas buenas, et en que labraban muchas buenas telas de pannos de seda, et los que y moraban eran muy sotiles en sus obras. Et una de las cibdades es Cartagena, á que llamaban los moros Alquerone (1), et otro es un puerto á que llaman de Uca, et es mui bueno et mui antiguo. Et de Tudemir á Cordova ha y andadura de siete dias de omes á cavallo, et catorce á huestes.

»Parte el término de Tudemir con el de Valencia; et Valencia yace al levante de Tudemir et al levante de Cordova. Et Valencia ha muy grandes términos, et buenas villas que la obedescen, et las bondades de los que en ellas moran son muchas. Et Valencia ha en sí la bondad de la mar, et de la tierra, et es tierra llana, et ha grandes sierras en su término, et ha otrosí grandes villas fuertes et castillos et con grandes términos; de los quales es el uno el castillo de tierra, et el otro el de Algecira (Alcira). Et Valencia yace sobre el rio de Xiquir, et en su término yace un castillo á que llaman Xatiua. El Xatiua yace cerca de la mar, et es mui antigua villa et mui buena. Et el otro es un castillo á que llaman Morviedro, que es logar mui presciado et mui bueno, et mui fermoso, et mui deleitoso, et fallan en él rastros de poblacion muy antigua. Et en Morviedro ha un palacio fecho sobre la mar por tan gran maestría, que mucho se maravillan las gentes de que le veen por qué arte fué fecho. Et ayúntase el término de Morviedro con el de Borriana, et Borriana es tierra mui abondada, et es toda regantía. Et ha y muchas naturas de buenas fructas, et de buenas naturas. Et en el término de Valencia ha tantos castillos que seria gran sciencia de los contar

(1) En el códice de Morales: «Et una de las cibdades era Cartagena, que quisieron facer conde, et esta Cartagena es á la que llaman los moros Alquirone, et ha en ella un puerto á que llaman de Uca.» Este es un pasaje oscuro, que el señor Gayangos, de quien tomo estas notas, no ha podido aclarar.

todos, et otrosí ha y tanto azafran que abondaria á toda Espanya et dende lo llevan los mercaderes á todas las partes del mundo. Et de Córdova á Valencia ha doscientos y dos migeros (1).»

La fertilidad del suelo valenciano, que encomiaba tanto Er-Razi, era condición estimadísima por los árabes. Pueblo nómada y pastoril, hijo de un país estéril, y acostumbrado en él á la vida campestre, aficionábase á la labranza cuando se establecía en terrenos feraces. Gustaban los romanos de encerrarse en las ciudades, dejando despoblados sus vastos *latifundia*. Los árabes, amantes del sol y del aire libre, diseminaron sus viviendas por los valles y las vegas, poblándolos de lugarejos y alquerías, muchos de los cuales conservan aún el nombre que les dieron (2). Atribúyeseles el perfeccionamiento de la agricultura valenciana, y aunque se haya exagerado quizás esta opinión, es indudable que contribuyeran mucho á extender y mejorar el cultivo. No intro-

(1) El célebre geógrafo musulmán El Edrisí, que escribió algo después (en 1153), menciona en esta parte de España el castillo de Beniskela (Peñíscola), Medina Buriana (la ciudad de Burriana), Murbeter «en que hay alquerías, edificios, arboledas bien cuidadas y águas bien repartidas.» y Medina Valencia, «que es metrópoli de las de España, y está sobre río corriente, cuyas aguas se aprovechan en el regadío de los sembrados, y en sus jardines, y en la frescura de sus huertas y casas de campo.» Cita después á Gezira Júcar (isla del Júcar, Alcira); á Medina Xateva (ciudad de Játiva), que califica de hermosa y comercial; á Colira (Cullera), castillo inaccesible; á Denia, con su concurrido puente y su montaña (Gebel-Kaun) de la que se ve Ibiza; á Bekiren (Bocairente); á Medina Alcant (Alicante), ciudad pequeña, con su isla Eblanesa y su buen puerto; y á Medina Elx. *Descripción de España*, de Xerif Aledris, el Nubiense, traducción de Conde. Madrid, 1799.

(2) Muchos de esos nombres comienzan por *ben*, prefijo que indica filiación ó procedencia, como Benimaclet, Beniparrell, Benimuslem, Benetuser, etc. Lo mismo significa la terminación plural *in* (convertida en *i* en lengua valenciana): Almoradí, quiere decir pueblo de la tribu de Morad; Algemesí, de la tribu de Xemesa; Alfarrasí, de la tribu de Harraz. Otras poblaciones valencianas derivan su nombre de idiomas berberiscos. El prefijo *mas*, que en ellos equivale al *ben* arábigo, se encuentra en Masanasa, Masarochos, Masalavés, Masamarda y otras. La terminación *ta* (Adzaneta, Orcheta, Barcheta es análoga al plural *in* de los árabes; y lo mismo sucede en las lenguas habladas por las kábilas con la terminación *en*, que se halla en Ontenién, Bocairén, Moxén, Luchén, Bairén, Picasén, escritas así en la geografía del Edrisí, y á los que se añadió después una *t* para acomodarlos mejor á la lengua valenciana. (Julián Ribera, artículo publicado en *El Archivo*, Revista literaria semanal, Denia, 1886, tomo I, pág. 86.)

dujeron, como se ha dicho, la cría del *bombix mori*, ni la fabricación del azúcar, pues Marcial habla ya de la seda valenciana (1), y la industria del azúcar es posterior á la reconquista (2); pero extendieron la cría del gusano sérico, y trajeron el arroz, que fué desde entonces una de las cosechas más ricas de Valencia. Pero la mejora de mayor entidad, y sin la cual poco hubiera adelantado la agricultura en este país, caldeado por el sol, fué la extensión del riego. No es de creer que los árabes tuvieran que hacerlo todo en esta materia, ni menos que lo inventaran ellos: los romanos, cuyos monumentales acueductos aún nos admiran, casi del todo destruídos, esparcieron sin duda por los campos valencianos el agua de los ríos; aumentada después la población rural y el ahínco en el laboreo del campo, extendió el pueblo muslímico las construcciones hidráulicas, dividiendo y subdividiendo los canales de riego, que conservan todavía el nombre arábigo de *acequias*. Las del Guadalaviar, que fecundizan la huerta de la capital, hiciéronse bajo los gloriosos califatos de Abde-r-Rahmán III y Al-Haquem II, y de aquella época procede el afamado tribunal de las aguas (3). Donde faltaban las ace-

(1) Contra la cita de Marcial puede alegarse, sin embargo, que San Isidoro, en sus *Etimologías*, al hablar de la seda, dice que se producía en la isla de Chíos, y no hace mención alguna de ella en España.

(2) Escolano y otros autores atribuyen á los sarracenos el cultivo de la caña dulce y la fabricación del azúcar. Si los introdujeron los moros valencianos, fué en tiempos muy posteriores á la reconquista. Cuando ésta se verificó, la caña dulce (canyamel) no se utilizaba para la extracción del azúcar; criábanse algunas en los jardines y huertas para chuparlas por golosina, y el rey D. Jaime las exceptuó del diezmo, como cosa baladí. El cultivo industrial de esta planta comenzó en Cullera en 1400, en Oliva en 1413, en Xeresa en 1417, y de allí pasó á Gandía, donde adquirió gran importancia. El consejo general de Valencia quiso introducirlo en la huerta de la ciudad, pero no tuvo buen resultado la prueba.

(3) Subsiste este tribunal, compuesto de un síndico por cada una de las siete acequias de la vega; se reune todos los jueves, al aire libre, bajo la arcada de la puente gótica de la Catedral, y falla de plano, sin escribir nada, sobre todas las infracciones en el buen orden del riego. De él se ocupó extensamente D. Francisco Xavier Borrull, en su *Tratado de la distribución de las aguas del río Turia* (Valencia, 1831). Un hermoso cuadro de D. Bernardo Ferrandis, que está en el salón de sesiones de la Diputación provincial (y reproducido pór el mismo pintor, en el museo de Burdeos), ha contribuído á aumentar la fama de este tribunal, que se

quias, las *norias* extraían de las entrañas de la tierra el fecundante licor. Desde la plana de Burriana hasta la huerta de Alicante, estaba cultivada con esmero toda la campiña, alternando, como ahora, las mieses con las hortalizas, el viñedo con el arbolado. Los escritores musulmanes encomian sobre manera los jardines de Valencia, y sus huertos, poblados de naranjos, granados, higueras, almendros y otros frutales. Celebran, como frutos especiales y exquisitos, el azafrán, el kermes (cochinilla), las cerezas, y los higos de Onda, que ya se secaban entonces y se *encofinaban*, como hoy se hace.

Trajeron los árabes nuevas manufacturas y perfeccionaron otras; sobresalían en los tisúes de seda, que dieron celebridad á los telares valencianos; en el curtido de los cueros (1), entre cuyos productos se contaban los renombrados guadameciles, tan buenos como los de Córdoba (2); en la elaboración de alquiceles ó capas moriscas (3); en la del papel, que era famosísimo en Játiva (4); en la fábrica de armas, tan lujosas como bien templadas; en la orfebrería y la cerámica. Á esta última dieron la novedad de los reflejos metálicos, cuyo secreto se perdió (5). En Denia, emporio marítimo del Sarkyah (España Oriental),

---

considera como una de las cosas peculiares de Valencia. Hay que advertir, sin embargo, que estos tribunales eran comunes en Oriente antes de conocerse en España, y que los hubo en varias poblaciones españolas ocupadas por los musulmanes.

(1) En un códice de ordenanzas del gremio de curtidores de Valencia en el que se hace una breve historia de este oficio, leemos lo siguiente: «Ans de la conquesta de Valencia no y avia christians blanquers (curtidores) en Espanya. De Barberia é de Granada é de Valencia avien los cuyrs é cuyrams en Espanya é en França, perque los primers blanquers christians foren los de Valencia.»

(2) *Los Guadameciles valencianos* por el Dr. J. Vives Ciscar, opúsculo publicado en Valencia, 1881.

(3) Llamábanse *forcosies* de Forcosa, lugar donde se fabricaban: cree el citado Sr. Ribera que debió estar Forcosa por la parte de Alcoy.

(4) Dice el Edrisi, hablando de Medina Xateba: «Y se fabrica en ella papel tal, que no se halla parecido en todo el universo; se expide á Oriente y Occidente.»

(5) La ciencia moderna lo ha encontrado. Brogniart, en su *Traité des Arts ceramiques*, se ocupa detalladamente de la elaboración de estos reflejos metálicos, y los experimentos de Luis Carraud han determinado las proporciones de los productos químicos empleados en ellos.

tenía alguna importancia la construcción naval, para la que aprovechaban las maderas de los pinares de Cuenca, que bajaban por el Júcar.

Algunas de las industrias mencionadas como favoritas de los musulmanes valencianos, tenían marcado carácter artístico, y es seguro que á la vez se desarrollaría el gusto arábigo en las edificaciones. Revestirían sin duda las mezquitas y los palacios la pompa caprichosa del nuevo estilo arquitectónico, tan distinto de la severidad romanica; pero no hay noticia, ni quedan indicios de que hubiera en Valencia, ni en las otras ciudades sarracenas de este reino, monumentos grandiosos de aquella raza. Sus escritores, que elogian, como hemos visto, la hermosura y frondosidad del campo valenciano, no hacen igual mención de sus maravillas urbanas. Sometidas Valencia y su tierra á los califas de Damasco y de Córdoba, primero, y entregadas á los azares de continua guerra, cuando formaron después reino independiente, no tuvo la ciudad el sosiego ni los recursos necesarios para adquirir aspecto monumental.

Florecían en ella, sí, como en toda la España árabe, las ciencias y las letras. Son muchos los ingenios valencianos cuyos nombres registra la bibliografía arábigo-española. Su ingrata patria los ha condenado á injusto olvido: sólo algún orientalista erudito recuerda sus nombres y consulta sus obras; y sin embargo, hay entre ellos algunos de los más ilustres escritores muslímicos.

Nada sabe hoy Alcira, la alegre ciudad del Júcar, del inspirado Ben Jafacha, amante hijo suyo, y Anacreonte árabe de los siglos XI y XII, que prolongó sus tranquilos días hasta avanzada ancianidad, como el epicúreo poeta de Teos (1), cantando,

(1) Nació por los años de 1058 y murió por los de 1138. Dan alguna noticia de él Ben Basam, Ben Jucam, Ben Jalicam y otros biógrafos. Inserta varias poesías suyas el barón de Schack en su libro *Poesía y Artes de los árabes en España y Sicilia*, traducido por D. Juan Valera.

también, las flores y los placeres. No era un mahometano adusto y fanático, cuya gloria literaria debiera rechazar su ciudad natal, convertida á otra religión: no, ensalzaba en versos clásicos á la manera arábiga la naturaleza risueña de Valencia, sus ríos claros y sus jardines frondosos, sus regalados frutos y sus mujeres hermosísimas. Esos elogios del paraíso valenciano han sido leídos durante siete siglos con especial delectación en todo el orbe alcoránico, y en nuestros días difunden aún las prensas del Cairo los versos celebérrimos del gran poeta alcireño (1), hijo olvidado por su madre indiferente. Al lado de Ben Jafacha, agrúpanse en el Parnaso musulmán otros vates valencianos, como Ben Lebbun, valí de Murviedro en tiempos del Cid (2); Ben Lebbama, de Denia, muy celebrado en las cortes de Sevilla y Almería (3); el Ruzafí, que tomó su nombre del arrabal valenciano donde nació, y que, al contrario del anterior, fué poeta, no cortesano, sino popular, y adquirió gran boga entre la gente malagueña y granadina (4); y para no citar más que á los sobresalientes, Abulcamí-Ben-Ferro, autor del gran poema didáctico la *Xatibea*, en el que dejó impreso el nombre de su patria y el amor que le profesaba. Marchó muy joven á Oriente, avecindóse en el Cairo, fué allí catedrático *(tadalí)* y murió en olor de santidad para los musulmanes, que visitaban su sepulcro con gran veneración. La magnificencia de la corte egipcia no le hizo olvidar su hermosa patria, á la que erigió un monumento con su poema teológico-jurídico, estudiado aún y comentado por la grey islámica (5).

Predominaba la poesía en la literatura arábigo-valenciana; pero eran cultivados todos los géneros. Cítanse como buenos historiadores de aquella época Ben-Sofian, de Játiva, Ben-Ayad,

(1) El *Diván* ó colección de sus poesías impreso en el Cairo en 1869.

(2) También habla de él é incluye poesías suyas el barón de Schack.

(3) Murió en Mallorca en 1113. Dozy habla de la gran amistad que tenía con el desgraciado rey de Sevilla Almotamid: *Historia de los musulmanes españoles.*

(4) Murió en Málaga por los años de 1176. Señalan sus biógrafos como circunstancia muy especial, que vivió siempre soltero.

(5) Nació en 1143, murió en 1193. En las bibliotecas árabes es muy común la *Xatibea:* todo musulmán docto suele tenerla.

de Liria, Ben-Alcama, de Valencia (1); sobre todos ellos descuella el insigne Ben-Allah-Abbar, nacido en la capital (1198) de una familia procedente de Onda, y que tuvo el dolor de ver rendida su ciudad patria al triunfador D. Jaime. Emigró á Túnez, en cuya corte tuvo gran influencia y trágico fin; murió clavado á un poste en la plaza pública, al mismo tiempo que eran arrojados sus libros á la hoguera. Sobrevivieron al fuego, y hoy ilustran la memoria de Ben-Allah-Abbar su *Tacmila*, continuación de la obra biográfica de Ben-Pascual, su *Mocham*, vidas de los discípulos de Aben-Alí (publicadas ambas por el Sr. Codera), y *El Vestido de seda*, biografías también de varones afamados en la política y las letras (publicadas por Dozy) (2). Uno de los rasgos principales de este concienzudo escritor, es lo que podemos llamar su valencianismo; en todo lo «de la tierra» ponía marcado interés y complacencia especial. Entre los teólogos y juristas, son dignos de mención el Guacaxí, faquí doctísimo, á quien se atribuye la elegía de Valencia sitiada por el Cid, y á quien este caudillo hizo alcalde de los moros, al tomar la ciudad; y dos ilustres cordobeses del siglo XI, que tuvieron en Valencia segunda patria; Abu-Amrú-al-Mocrí, intérprete coránico de los más eximios, que puso escuela en Denia, y Abu-Omar-Ben-Abdelbar, que la tuvo en Játiva, y de quien se dijo que era el hombre más docto de España. Un médico valenciano, Ben-Comparat, fué el maestro de Averroes. Mencionemos, por último, á dos viajeros atrevidísimos del siglo XII, que salieron también de Valencia; Ben-Chobair, que recorrió todo el Oriente en los revueltos tiempos de las Cruzadas, y cuyos interesantes relatos han sido publicados en Inglaterra, y Sad-al-Jair, á quien sus admirados coetáneos llamaron el Chino, porque llevó hasta aquel remoto país sus temerarias caminatas (3).

(1) Escribió la historia del sitio de Valencia por el Cid: vivió de 1036 á 1116.

(2) También era poeta: el barón de Schack inserta una composición amorosa suya.

(3) El arabista D. Julián Ribera, cuyos trabajos me han sido muy provechosos, ha publicado curiosas noticias de estos viajeros en *El Archivo*, t. I, pág. 137.

Para aquellos escritores, doctos, refinados y sutiles, Valencia era el mejor país del mundo. «Paraíso terrenal por el agua de sus ríos y la sombra de sus árboles,» llamábale el poeta Jafacha; y el célebre Al-Makkarí, aunque no era valenciano, decía: «Por la abundancia de jardines, denomínase Valencia *Ramillete de España;* su Ruzafa es tenida como una de las mansiones más deliciosas de la tierra; el sol, al nacer, se mira en las aguas de su Albufera; en sus talleres se fabrican los artísticos brocados, que tanto se estiman en Occidente, y presta honor á la ciencia de sus sabios, el ingenio de sus poetas y el valor de sus guerreros.»

La España muslímica, que rayó tan alto en la escala de la cultura y de la riqueza, adoleció de un mal gravísimo: no tuvo paz. Á la guerra que le hicieron bien pronto los cristianos, desde las montañas donde se habían refugiado, uníase la instabilidad de su gobierno, y la división continua de los mismos invasores, de distintas razas y procedencias, y regidos por poderosas familias enemistadas entre sí. Hasta la caída del califato de Córdoba, hubo en el Andalús (nombre que daban los árabes á España), un poder central, disputado con frecuencia y reducido á veces á una sombra vana, pero que daba unidad á todos los waliatos (gobiernos de provincia), sometiéndolos á una dependencia, efectiva ó nominal. La concesión de esos waliatos á perpetuidad, convirtiéndolos en una especie de feudos ó señoríos, y su caprichoso reparto entre los caudillos bereberes ó eslavos, *condottieri* del islamismo, prepararon la disgregación del poder y el triunfo de la oligarquía militar. Cuando el poderoso califato, glorificado por Abde-r-rahmán el Grande, y el *hachib* (primer ministro) Al-Manzor, fué destrozado en las débiles manos de Hixem II por aquella oligarquía, y tras luengas y sangrientas luchas, el senado de los vizires de Córdoba, declaró abolida la dignidad político-religiosa del califa (año 1031), surgieron por todas partes pequeños Estados autónomos, cuyos soberanos tomaban el título de emir (*amir*, príncipe) y son conocidos en la historia con el nom-

bre de *Reyes de taifas* (reyezuelo; *taifa,* porción, división.) Entonces hubo reyes moros en Valencia, en Tortosa, en Denia, en Murcia, en Mallorca, y hasta en Alpuente. Los generales berberiscos se dividieron las provincias andaluzas; los eslavos dominaron en las de Levante, y el resto tocó á magnates improvisados, ó á las escasas familias de la primitiva nobleza árabe, que sobrevivieron á la persecución de Abde-r-rahmán III y Al-Manzor. Los emiridas ó alameríes, parientes y deudos de este glorioso hachib, habían conservado también amigos, y levantaron la cabeza en Valencia.

Los príncipes eslavos, entronizados en esta parte de España, eran jefes de una milicia predilecta de los califas de Córdoba. Quisieron tener éstos para su custodia una especie de guardia pretoriana. Para formarla, compraban en países lejanos, y principalmente en la Eslavonia, muchachos y mancebos, á quienes educaban en el servicio del palacio y el ejercicio de las armas, como hicieron después los sultanes de Constantinopla con los genízaros, y los virreyes de Egipto con los mamelucos. De estos eslavos, despreciados por los musulmanes de abolengo, salían muchos favoritos y generales de los Califas y de sus hachibs, quienes premiaban sus servicios con ricos valiatos, en los que solía hacer presa su rapacidad. Antes de que se hundiese del todo el califato, aparecen dos eslavos, Mobárec y Motháffir, como los primeros reyes de Valencia. Habían sido esclavos de Abde-l-Melic, hijo primogénito de Al-Manzor, y hachib, como su padre, de Hixem II. Algún autor indica que eran negros. Fueron walíes de la acequia de Valencia, cargo de gran importancia sin duda, y tal aire se dieron, que se apoderaron del mando soberano y lo ejercieron, acuñando moneda con sus nombres (1).

(1) Algunos historiadores de Valencia, Boix entre ellos, hacen á Mobareco (Mobarek) sucesor de Modfero (Mothaffir); pero un dirhem de plata, encontrado en Denia (colección del docto arabista D. Francisco Caballero Infante) contiene los nombres de ambos príncipes y prueba que reinaron á la vez.

Poco se sabe de estos príncipes improvisados; consta que los valencianos se alzaron contra ellos, saquearon el palacio de Mobárec, y llamaron á Lebib, jefe eslavo también, que reinaba en Tortosa. Sucedió á éste el monarca musulmán más poderoso quizá que ha tenido Valencia; Al-Manzur Adde-l-Aziz, cuyo reinado se prolongó cuarenta y un años (de 1021 á 1061). El gran Al-Manzor tuvo, de una infanta cristiana, hija de un Don Sancho, rey de Navarra ó conde de Castilla (que esto no está bien averiguado), un hijo, llamado Abde-r-rahmán, á quien, por su origen materno, apodaron Sanchol ó Sanchuelo. Éste, no contento con ser hachib, como su padre y su hermano mayor, quiso ser califa y murió desdichadamente. Hijo suyo era ese Abde-l-Aziz, que encontró favor sin duda entre los eslavos de Levante, afectos aún á los alameríes, y fué proclamado rey en Valencia. Hábil político á la vez que animoso guerrero, extendió su dominación á Murcia y Almería, y la afirmó con poderosas alianzas, casando á su hijo y sucesor con una hija del célebre Al-Mamún, rey de Toledo (Alimenón en nuestros romances y crónicas), y á sus dos hijas con otros príncipes moros de Huesca.

Tan poderoso como este Abde-l-Aziz, rey de Valencia, sagaz y emprendedor como él, fué su coetáneo el primer rey de Denia. Mocheid-Edim ben Abdalla, llamado el rey Musset por los cristianos, era otro de los jefes eslavos que en aquellos tiempos revueltos subieron como la espuma. Familiar y protegido del emerida Sanchol, recibió á perpetuidad el opulento waliato de Denia, y se hizo independiente en él, cambiando su título de walí por el de hachib, que había usado Al-Manzor. Siguiendo la misma táctica del rey de Valencia, casó á sus hijos con príncipes y princesas de Zaragoza, Sevilla y Almería, y asegurado su poder en el Sharkyah, tendió á otra parte el vuelo de su ambición. Denia era una ciudad marítima; sus hijos estaban familiarizados con las olas y las tempestades (1). Mucheid armó una

(1) El-Edrisi describe de este modo á Denia: «Denia es una hermosa ciudad

escuadra; cayó sobre las islas Baleares y se apoderó de ellas. Pasó después á Cerdeña con ciento veinte velas, y se posesionó de todo su territorio; pero hubo de detenerse ante las murallas de Cáller. Auxiliados los isleños por las ciudades marítimas de Italia, y deshecha la flota de Mucheid por furiosa tempestad, hubo de abandonar su empresa, dejando en poder de los cristianos á su primogénito Alí, por quien tuvo que dar fuerte rescate.

Poderoso por tierra y por mar, á pesar de este fracaso; amigo del conde de Barcelona, y enlazado con emires principales, prolongó también su próspero reinado más de treinta años (1011 á 1044).

Semejáronse en las desdichas los hijos de entrambos reyes de Denia y de Valencia, como sus padres en la fortuna. Abde-l-Melic Al-Muthaffir, de Valencia, fué un príncipe débil é indolente, que dejó el gobierno en manos de sus visires, y sólo se mantuvo en el trono mientras lo protegió su suegro Al-Mamún, que cansado al fin de él, lo encerró en el castillo de Cuenca, y se apoderó de su reino. Aly-ben-Muscheid, que sucedió á su padre en el de Denia, tuvo igual suerte, aunque le adornaban mejores condiciones. Recto, culto, y amante de las letras, no había nacido para aquella época turbulenta; tras muchos contratiempos, Al-Mostadir, rey de Zaragoza, invadió sus Estados, lo destronó y lo encerró en un castillo, donde murió después de seis años de prisión. Así acabaron las dos monarquías fundadas con tan briosos alientos en tierras valencianas por los príncipes emiridas y sus servidores, los aventureros eslavos. Otro reino hubo entonces en ellas, independiente aunque dimi-

marítima con un arrabal bien poblado. Está rodeada de fuertes murallas, y éstas, del lado de Oriente, han sido prolongadas hasta el mar con mucho arte é inteligencia. La ciudad está defendida por un fuerte castillo (alcazaba). Está rodeada de campos cultivados, de viñas é higueras. Muchas embarcaciones van á ella; y hay allí astillero donde se construyen. Salen de allí también naves que se dirigen á las regiones más lejanas del Oriente, y de allí sale también la flota en tiempo de guerra.»

nuto: los Banu-Kasim, de antigua y noble familia árabe, proclamaron su soberanía en la villa de Alpuente, donde se contaron cuatro reyes de esta dinastía.

Hasta aquella época, los musulmanes de Valencia, destrozados á menudo por sus luchas intestinas, no habían visto levantarse ante ellos el estandarte de la cruz: el Ebro les servía de barrera contra los condes de Barcelona y los reyes de Aragón; y los de Castilla no habían dominado aún la meseta central de la Península. Pero pronto apareció el enemigo común. Don Fernando I fué quien acudió antes que nadie á redimir á la hermosa cautiva del Guadalaviar. Sus gloriosas campañas sembraron el espanto en la morisma: eran ya tributarios suyos los reyes de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla, cuando invadió el reino de Valencia (1064) y sitió la capital. No pudo tomarla, pero al retirarse, armó una celada á sus defensores, que salieron alborozados y en traje de fiesta á perseguirlo. Cerca de Paterna fueron acometidos de pronto por los castellanos, y tal rota sufrieron, que murieron casi todos. Abde-l-Melic debió su salvación á la ligereza de su caballo. Lo que el rey de Castilla no pudo lograr entonces, consiguiólo poco después un vasallo de su reino: el Cid Campeador, Rodrigo Díaz de Vivar.

El héroe burgalés ha dado su nombre á la ciudad del Turia: Valencia del Cid la han llamado y aún la llaman muchos, para distinguirla de otras poblaciones tocayas. En la epopeya del Campeador, la conquista de Valencia es el coronamiento de todas sus hazañas. Inquieto y errante casi toda su vida, peleando contra musulmanes y cristianos, sin paz y sin sosiego, el desterrado de Castilla penetra un día en el corazón de la morisma, y allí, por su solo esfuerzo, sin auxilio de nadie, gana en reñidísimos combates la bella ciudad de los jardines; convierte en iglesias sus mezquitas, aposenta en sus alcázares reales á doña Ximena y á sus hijas; solemniza las bodas de éstas con treinta días de espléndidas fiestas; recibe honrosas embajadas y opulentos presentes del Soldán de Persia; y si el gran Miramamolín

de Túnez, viene, seguido por treinta reyes, á recobrar la ciudad perdida, es rechazado una vez y otra vez, y aun después de muerto el caudillo legendario, su cadáver, inmóvil y rígido sobre el leal Babieca, siembra el espanto en las filas sarracenas, y abre el camino á la noble viuda y á los fieles amigos, que abandonan entristecidos el reino creado por su espada, y que sólo su espada podía guardar.

Hoy, al lado de este Cid del Romancero, engrandecido y glorificado por la imaginación popular, podemos poner al Cid de la historia, al Cid de los documentos coetáneos; podemos seguir paso á paso la transformación poética de aquella figura extraordinaria, convertida en dechado y tipo del genio español. No es propio del presente libro ese estudio, pero sí lo es señalar con brevísimos rasgos cómo y por qué vino á Valencia el de Vivar, y qué carácter tuvo su corto imperio, el cual le bastó para dejar unido á ella para siempre su nombre y su memoria.

Los árabes y bereberes, que exaltados por el fanatismo religioso, conquistaron á España, habían perdido la virilidad de su raza. Al hacerse afinados y cultos, hiciéronse muelles y sensuales: cundía entre los doctos el escepticismo, y entre los ignorantes la indiferencia; carecían, por otra parte, y ésta era su principal flaqueza, de una bien cimentada organización política, que interesase á todas las clases en el procomún. El gobierno, personal y absoluto, pasaba, por la violencia ó por el ardid, de unas manos á otras, sin resistencia ni protesta de la gente pacífica, condenada á explotación perenne. Esto, que era grave mal cuando el poder estaba centralizado en el califato de Córdoba, fué mal gravísimo cuando se dividió en pequeños reinos, enguerrados entre sí, no por oposición natural de intereses, ni por antagonismo de los pueblos, sino por la ambición de sus soberanos efímeros y accidentales. No eran sus gobiernos más que un caudillaje militar, que no contando con el apoyo de los súbditos buscaba la alianza de los monarcas cristianos, y el auxilio, com-

prado á peso de oro, de sus bravos y aguerridos mesnaderos, tan fuertes y temibles, como cerriles y toscos, á los ojos de aquella gente pulida y degradada.

Cuando entró en Toledo Alfonso VI, el rey Al-Kadir, sobrino de Al-Mamum, obtuvo de él que le ayudase á recobrar á Valencia, con la cual se había alzado el walí que la gobernaba. El emperador puso á sus órdenes la hueste de Alvar Fáñez, deudo del Cid, y en sus tiempos casi tan afamado como él. Aquellos guerreros, cubiertos de hierro, empuñando enormes lanzas y embrazando pesados escudos, que venían á Valencia en són de amistad, eran los primeros heraldos de la reconquista. Pusieron en el trono al Kadir; pero ¡cuán caro le costó! Seiscientos dinares tenía que pagarles todos los días; y apurados sus recursos, hubo de darles tierras y pueblos, y consentir sus algaradas y razzias. Por su parte, Mondzir, hijo segundo de Al-Moktádir, de Zaragoza, á quien su padre dejó al morir los Estados de Lérida, Tortosa y Denia, y que estaba en continua pugna con Al-Kadir, tomó á sueldo una tropa de catalanes y franceses, capitaneada por Giraldo Alamán, barón de Cervelló, y estas dos bandas de caballeros cristianos reñían por dos príncipes sarracenos, sus comunes enemigos. En esto, llegó la voz de que inundaba á España nuevo aluvión de moros: los almoravides, horda semibárbara, engendrada en las entrañas del Continente africano, se extendían por Andalucía con los bríos de Tárik y de Muza, y Alfonso VI llamaba á Alvar-Fáñez, para detener aquel torrente. Al-Kadir quedó libre de su odiado defensor, pero al poco tiempo le deparó su incierta suerte otro más temible.

El Cid, desterrado de Castilla, estaba con sus tres ó cuatro mil guerreros al servicio de Al-Mostain, rey de Zaragoza, como lo había estado al de su padre Al-Mutaman. Hermano de éste y tío de aquél era Mondzir; pero estuvo enguerrado siempre con ellos. Ayudábanle el rey de Aragón y el conde de Cataluña; contra todos ellos pugnaba con fortuna el de Zaragoza, con la ayuda del Cid. Creciendo con ello sus ánimos, tramó, con éste,

apoderarse de Valencia: la ciudad sería para Al-Mostain; el botín para el Campeador.

Corría el año 1088 cuando entró por primera vez en Valencia, al frente de siete mil hombres, Rodrigo Díaz de Vivar, con capa de amigo del rey Kadir, que había pedido auxilio al de Zaragoza contra el de Denia. Desde aquel año hasta que se apoderó de la ciudad en 1096, es difícil seguir el hilo de sus hazañas y sus intrigas, doble trama de valor y ardid, de arrogancia y doblez. Obrando unas veces por cuenta del rey de Zaragoza, otras veces en servicio del rey de Valencia; proclamándose, cuando le convenía, vasallo de Alfonso VI, pero sin otra mira que acrecentar su poder y sus riquezas, convirtióse en árbitro y explotador irresponsable de los estados cuyo imperio nominal dejaba á los ambiciosos y débiles emires y walíes. Unos le pagaban soldada, otros tributo, y así reunió rentas copiosísimas (1): no poseía un pueblo, ni un castillo, ni un palmo de tierra: su reino era su hueste; eso le bastaba.

Al-Kadir, por haber traído aquella plaga, era mal quisto de los moros valencianos; llamaron éstos á los almoravides, posesionados ya de Murcia, Denia, Játiva y Alcira, y aprovechando la ausencia del Cid, ocupado entonces por la parte del Ebro, abriéronles las puertas. El pobre rey huyó, vestido de mujer, con sus concubinas, pero cayó en manos del cadí Ben-Gehaf, principal fautor de la traición, y le cortaron la cabeza. Valencia se constituyó en república (1092).

¿República de moros? No se compaginan bien estas dos pa-

(1) Dozy, que ha rehecho con los textos árabes la historia de la conquista de Valencia por el Cid, saca esta cuenta de lo que le pagaban los príncipes musulmanes: el de Valencia, como soldada de sus tropas, 120,000 dinares al año; el de Denia (hijo pequeño de Al-Mondzir, ya difunto) 50,000; el de Albarracín, 10,000; el de Alpuente, otro tanto; los walíes, semi independientes, de Murviedro y Segorbe, 6,000 cada uno; el de Xérica, 4,000; el de Almenara, 3,000; el de Liria, 2,000. Hasta el conde de Barcelona se obligó á pagarle tributo por los pueblos que poseía aquende el Ebro. *Recherches sur l' histoire et la littérature de l' Espagne pendant le Moyen âge,* Leyden 1860.

labras; pero, aunque disuene la denominación, república era, en su esencia, el gobierno de la ciudad por su ***aljama*** (junta de notables). Éste había sido el régimen de Córdoba y Sevilla, al abolirse el Califato, régimen que se repitió ahora en la ciudad del Guadalaviar. Ben-Gehaf, hombre vano é inepto, fué director ó presidente de aquel Senado, y con su gobierno comenzó un período aún más infausto.

Volvió el Cid de Aragón, y lo primero que hizo fué apoderarse del castillo de Juballa (Cebolla de los cronistas cristianos; hoy el Puig) y fortificarse en él. Cayó luego sobre la ciudad, apoderóse de los arrabales de Villanueva y Alcudia, taló la huerta, y obligó á Ben-Gehaf á que se entendiese con él. Firmóse la paz, saliendo de Valencia los almoravides, cobrando el Cid la misma soldada que recibía de Al-Kadir, quedando por él los arrabales que ocupó, y manteniendo su real en el castillo de Juballa. La anarquía dominaba en Valencia, y al cabo de poco tiempo, los moros, confiando en el socorro de los almoravides, cuyos fuegos se veían ya de lo alto de las torres, se alborotaron y cerraron las puertas al Campeador. Éste soltó las acequias, inundó la huerta, y los invasores volvieron grupas. «Consideráronse entonces perdidos los valencianos, dice un historiador árabe; estaban como borrachos; no querían creer lo que se decía. Ennegreciéronse sus rostros, como si los hubieran untado con pez, y perdieron la memoria, como si hubieran caído en las olas del mar (1).»

Comenzó entonces el cerco de Valencia, cerco terrible, no por el rigor del hierro, sino por el suplicio del hambre. «El cahiz de trigo, que en Octubre no valía más que doce dinars, precio ya muy subido, llegó á diez y ocho, á cuarenta, á noventa dinars. Carne, no quedaba: algún tiempo, gastaron la de las acé-

---

(1) Manuscrito de Ibn Bassám, de la biblioteca de Gotha, encontrado y leído por Dozy, que le suministró datos para rehacer este período de la historia de Valencia.

milas; pero, agotado este recurso, comían animales inmundos, pagándolos bien caros: una rata costaba una moneda de oro. Escaseaban tanto los víveres, que buscaban las heces de la uva en las cloacas y los sumideros. Multitud de hombres, mujeres y niños aguardaban á que se abriese alguna puerta, y se precipitaban al campamento de los cristianos. Estos los dividían en tres suertes: los que se hallaban enteramente extenuados, eran pasados á cuchillo; los que no estaban tan al cabo, eran vendidos á los moros de la Alcudia, por un pan ó una jarra de vino; pero casi todos morían al tomar alimento. Los de clase acomodada, que se conservaban aún bastante bien, eran vendidos á mercaderes de esclavos, que habían acudido de la otra parte del mar (1).» Ben-Gehaf, encerrado en su palacio, discutía cuestiones retóricas con los poetas de su corte, mientras que sus esbirros berberiscos arrancaban el último pan á los hambrientos, para que no faltase en la mesa del príncipe sibarita.

Creyó el Cid llegada la hora del asalto; acometió la ciudad, en connivencia con algunos musulmanes descontentos; pero fué rechazado, y poco faltó para que cayese en manos de los sitiados. Enfurecido, publicó un bando, amenazando con quemar vivos á todos los que saliesen de Valencia, y á los que, habiéndose refugiado en su campamento, no volvieran á la ciudad. Y así lo hizo: en un solo día quemó delante de las murallas á diez y ocho infelices fugitivos. Á otros los subían á lo más alto de los minaretes, y de allí los despeñaban, si no acudían pronto á rescatarlos sus parientes de la ciudad. Entonces fué cuando, según cuenta la *Crónica general de España*, «subió un moro en la más alta torre del muro de la villa; este moro era muy sabio é mucho entendido, é fiso unas razones en arábigo, que disen así: *Valencia, Valencia: vinieron sobre ti muchos quebrantos* (2)», elegía famosa, que es la que se halla traducida en el *Romancero del Cid*, y comienza de este modo:

(1) Dozy, loc. cit.

(2) La *Crónica general* trata con mucha extensión estos sucesos. Supone

«¡Oh Valencia, oh Valencia,
digna siempre de reinar,
si Dios de ti no se duele
tu honra se va apocar,
y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar!
Las cuatro piedras caudales
do fuíste el muro á sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos
todos los veo temblar;
las torres que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
los solía consolar,
poco á poco se derriban
sin podellas reparar;
y las tus blancas almenas
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido
y todo su bel mirar.»

Aquel poeta moro era la Casandra de una nueva Troya: á los nueve meses de sitio, exánime, desamparada de todos los príncipes musulmanes y cristianos, á quienes pidió auxilio, rindióse Valencia (15 de Junio de 1094). La capitulación garantizaba cierta autonomía á la ciudad, y sus leyes y propiedades á sus habitantes. El Cid no la cumplió: burlándose de lo pactado, aumentó cada día sus exigencias, proclamóse señor de Valencia, desposeyó á los musulmanes de casi todos sus bienes, y tanto los vejó, que tuvieron que abandonar la ciudad: dos días duró el lastimero desfile de los expatriados. Por último, hizo que le entregasen al mísero Ben-Gehaf; le dió horrible muerte en una fosa llena de ascuas, y costó mucho librar de igual suplicio á sus hijos y á sus mujeres. Asentado su poder en Valencia, hizo venir de Cardeña á su esposa y á sus dos hijas; convirtió en iglesias nueve mezquitas, dedicando la mayor á su patrono el apóstol San Pedro, y puso por obispo de la nueva sede á D. Jerónimo, religioso francés, que había venido á España con D. Bernardo, arzobispo de Toledo, cuando predicó la cruzada el papa Urbano II, y á quien pudiéramos llamar capellán mayor de su ejército. El vasallo que salió desterrado de Castilla, en busca de fortuna,

Dozy que en esta parte es traducción de algún historiador musulmán, probablemente Ben-Alcama, á quien hemos citado entre los escritores arábigo-valencianos.

habíase convertido en príncipe soberano: «Un Rodrigo perdió á España, decía; otro Rodrigo la salvará.» El ansia de rapiña y de botín convertíase, al cabo, en noble y gloriosa ambición.

Los dominios del Cid estaban reducidos á la ciudad de Valencia y las poblaciones cercanas: así que rechazó la acometida de los almoravides, que vinieron á disputárselas, quiso ensanchar y asegurar su señorío. Dos fuertes castillos había en el territorio valenciano, según hemos visto en la descripción del Razi: Murviedro y Játiva. Para apoderarse del primero, sitió y tomó á Olocau y Serra, después á Almenara, y tras larga resistencia, logró entrar en la antigua Sagunto. Rompiendo allí también lo pactado, despojó á los moros de sus riquezas y los llevó por esclavos á Valencia. Contra Játiva, no fué tan afortunado: con la ayuda del rey de Aragón, Pedro I, había rechazado de sus fronteras meridionales á los almoravides, batiéndolos en Bairén, y estableciendo un formidable castillo en Peñacatel (Benicadell) (1); pero cuando, achacoso ya, después de la toma de Murviedro, envió su hueste contra Játiva, el almoravide Ben-Aycha, que acababa de derrotar cerca de Cuenca á Álvar Fáñez, general de Alfonso VI, derrotó también á los soldados del Cid. ¡Sólo eran invencibles cuando marchaba él á su cabeza! El golpe fué tan terrible para el Campeador, que apresuró su muerte (Julio de 1099).

Dos años se sostuvo en Valencia D.ª Jimena, pero la empresa era superior á las fuerzas de una mujer. Había llegado la hora de la venganza del Islam. En Octubre de 1101, millares y millares de guerreros almoravides rodearon por todas partes la ciudad; aún resistió siete meses la heroína; pero, al fin, tuvo que llamar al emperador Alfonso, ofreciéndole la corona de Valencia. Vino el monarca castellano y ahuyentó á los sitiadores; no se atrevió, sin embargo, á conservar señorío tan distante de su

(1) Aún se conservan vestigios de este castillo (que al tiempo de la reconquista se llamaba *fuerte de la Carbonera)* en las faldas del *Tosal de Miljdia*, no lejos de Beniatjar, Otos y Carrícola. Véase el artículo de D. Julián Ribera «Un rey ignorado en la Contestania,» publicado en *El Archivo*, tomo I, p. 97.

reino. Los cristianos, llevando en andas el cadáver del Cid, salieron de la ciudad; al salir, le prendieron fuego. Camino de Castilla, D.ª Jimena y los suyos volverían los ojos á la que fué corte gloriosa de su marido y señor, y verían en la oscuridad de la noche los rojos resplandores del incendio: ¡Trágico remate, digno de aquella sangrienta epopeya!

El día 5 de Mayo de 1102, el general almoravide Masdali tomaba posesión de la ciudad arruinada, y un noble moro, Ben-Tahir, testigo de todas sus desventuras, decía á un amigo: «Os escribo á mediados del mes sagrado: hemos triunfado, porque los musulmanes han entrado en Valencia (¡restitúyale Dios su vigor!) después de haberse visto cubierta de oprobio. El enemigo ha incendiado la mayor parte, dejándola en estado tal, que asusta al que la contempla, y le hace caer en silenciosa y sombría meditación..... Su corazón, que se agita sobre ascuas, lanza hondos suspiros. Quédale, empero, su cuerpo hermosísimo; su terreno elevado, semejante al oloroso musgo y al oro esplendente, sus jardines llenos de árboles, su río de linfas claras; y gracias á la buena estrella del emir de los musulmanes, y á los cuidados que le consagrará, se disiparán las tinieblas que le envuelven; recobrará su ornato y sus joyas; por la tarde, se adornará de nuevo con sus lujosos vestidos, se mostrará en todo su esplendor, y se asemejará al Sol en el primer signo del zodíaco. ¡Loor á Dios, rey del reino eterno, que la purgó de los que adoran muchos dioses!» (1).

Cumpliéronse al pronto los augurios del buen musulmán. Reinaba en todo el Andalús, casi centenario ya, Jusuf el almoravida, y parecía renovar los tiempos heroicos del Corán aquel rudo creyente, que fué vestido siempre de lana tosca, que no bebió en su vida más que agua, ni comió más que pan de cebada y carne de camello. Valencia fué reconstruída por él, y ensanchando su recinto, dióle nuevas murallas, que subsistieron hasta

(1) Ms. ya citado de la bibliot. de Gotha.

el reinado de D. Pedro IV. Pero estaba debilitada y corrompida la raza arábigo española, y no podía vivificarla aquella savia africana. Lo que no pudieron hacer en el Sharkiah los guerreros castellanos, habían de cumplirlo los reyes de Aragón. Don Alfonso el Batallador tomó á los moros su renombrada Saracusta (Zaragoza), y muchos de ellos se refugiaron en Valencia, en donde el mar les ofrecía fácil socorro. Aquel mismo rey invadió con aguerrida hueste las tierras valencianas, atacó á la capital, y luego á Alcira y Denia; pero, sin detenerse á rendirlas, pasó como un huracán, devastándolo todo, y no paró hasta las playas de Vélez-Málaga (1125). Poco después, cansados de los almoravides los musulmanes españoles, levantáronse contra ellos muchas ciudades, cundiendo de nuevo la guerra civil y la anarquía. En aquel período revuelto, hasta que la oleada de los almohades estableció en España otro imperio berberisco, surgió en estas provincias de Levante un rey famoso, que afirmó su poder durante un cuarto de siglo (1146-72). Llámanle nuestros cronistas el rey Lobo, no por su natural feroz, sino porque adaptaron su nombre al de Lope, y tal crédito alcanzó, que el papa Alejandro IV, en una bula de 1248, le denominaba «el rey Lope, de gloriosa memoria.»

Abu-Mohammad-Abd-Allah-ben-Saad-ben-Mardonix era su verdadero nombre. Presume Dozy que descendía de renegados y que el apellido de Mardonis equivale á Martínez. Hijo de un caudillo que aprovechó las alteraciones de los tiempos para entronizarse en Murcia y en Valencia, extendió él sus dominios del Ebro á Cartagena, buscando sagazmente la amistad de los reyes de Castilla y Aragón y del conde de Barcelona, y pagándoles tributo. Veía amigos y aliados en todos los príncipes de la cristiandad, y enviaba presentes de oro, seda, caballos y camellos al rey de Inglaterra, que galante le pagaba las tornas. Gustábale vestir como los cristianos, usar sus armas y arreos, hablar su lengua. Muchos de sus soldados eran castellanos, navarros y catalanes; bebía sin reserva con ellos el licor prohibido por el Pro-

feta en banquetes que escandalizaban á los mahometanos rígidos, y en los cuales mezclábanse los excesos de la mesa con los cantares y las danzas de esclavas y bayaderas. Por lo demás, Mohammad-ben-Saad era guerrero valerosísimo, á la par que astuto diplomático: habíanse unido en él esas dos cualidades, propias ambas del árabe; pero no bastaba su esfuerzo personal para impedir la caída del imperio muslímico en esta parte de España: su alianza con los reyes cristianos, que era una disfrazada sumisión, anunciaba la proximidad de la reconquista.

Cuando murió, sus hijos se sometieron á Yusuf-ben-Iacub, caudillo de los almohades; y una hija hermosísima, que había dejado, casó con aquel príncipe africano, quien, con el título de Emir-al-Mumenin (Miramamolín, de los cristianos) reinó en todo lo que quedaba á los musulmanes en España. Pero pasó el imperio de los almohades tan pronto como el de los almoravides: el último esfuerzo que hicieron, proclamando la Guerra Santa contra los cristianos, fracasó lastimosísimamente para ellos en las Navas de Tolosa, y surgieron otra vez por todas partes reyezuelos moros. En Valencia, proclamábase independiente el walí Abu-Abdalla, de raza almohade, que había tomado parte con sus tropas en aquella desastrosa batalla; al mismo tiempo, D. Pedro II de Aragón, al regresar á sus Estados con el laurel de la victoria, ocupaba á Castellfabib y Ademuz, y confiaba su defensa á los caballeros templarios (1210). Eran los primeros pueblos valencianos que quedaban libres para siempre del yugo musulmán.

Hemos llegado al glorioso período de D. Jaime el Conquistador. Ese Abu-Abdalla (Abu-Mohammad-Abd-Allah-ben-Al-Manzur) que se apoderó en Valencia del poder supremo, es el rey Abu-Zeit de nuestros historiadores, el Moro Zeit del vulgo, que acabó en humilde vasallo de aquel monarca y en devoto creyente de la Santa Iglesia. En Murcia se había levantado con el reino un Mohammad, descendiente de los Aben-Hud, reyes de Zaragoza; en Denia Abu Chomail-Zeyan, nieto del rey Lobo.

Disputábanse los últimos girones de la púrpura de los kalifas. Abu-Zeyan pudo más; promovió en Valencia un alzamiento contra Abu-Zeit, arrojóle de la ciudad y se proclamó rey (1230). Ocho años después enarbolaba resignado el estandarte de las barras aragonesas sobre los muros de su vencida capital.

Fué Valencia, como dice uno de sus mejores poetas (1),

Dues voltes desposada, ab lo Cid de Castella
y ab Jaume d' Aragó.

El desposorio del Cid terminó pronto y mal, entre las llamas del incendio; el desposorio de D. Jaime fué bendecido por el cielo; dió á la cautiva del Islam, redimida para siempre, libertad, paz y gloria. Relatar esta reconquista, no oscurecida ni desfigurada, como la otra, por fabulosas leyendas, aunque revestida por la tradición con algunos rasgos maravillosos, no entra en el plan, ni cabe en los límites de nuestro libro. Tampoco es necesario, siendo los hechos tan conocidos y perspicuos. ¿Quién no tiene presentes, como si los estuviese viendo, la rendición de Morella, entregada á D. Blasco de Alagón por los infantes moros prisioneros en su castillo; la presencia súbita del monarca, sorprendiendo á su triunfante mayordomo y obligándole á entregarle la inexpugnable fortaleza; la expedición real contra Burriana, y su largo y pesado cerco, que desalienta á todos menos al tenaz é inspirado soberano; la atrevida instalación de su campamento á la vista de Valencia, en las colinas del Puig; la rota prodigiosa del numerosísimo ejército de Zeyan, al pie de aquellas colinas; el juramento de D. Jaime, de no repasar el Ebro hasta completar la conquista comenzada; y por fin, su último y victorioso esfuerzo, patentizado en los mil caballeros y sesenta mil infantes reunidos delante de la ciudad musulmana, en aquel campamento «tan bien ordenado y tan copiosamente provisto, que en él se encontraba todo lo que hacía falta, y hasta los mismos enfermos

(1) D. Vicente Wenceslao Querol, *Rimas*.

podían cuidarse como si estuvieran en Barcelona ó en Lérida (1).» Conmemoraremos algunas de esas famosísimas jornadas al recorrer los sitios donde aún está vivo su recuerdo; ahora, hemos de decir algo de la parte que le cupo personalmente al rey Don Jaime I en la liberación definitiva de Valencia, para que ocupe el Conquistador el lugar que le corresponde, al lado del Cid, en la historia del reino valenciano.

Había llegado la última hora para los sarracenos en estas provincias de Levante. Cuando el rey de Aragón D. Alfonso el Batallador entró en Zaragoza (1118), y en Tortosa el conde Ramón Berenguer IV (1147), perdió Valencia su defensa natural, que es la línea del Ebro; cuando Cataluña y Aragón se unieron bajo un mismo cetro, levantóse ante ella un poder que había de ser, á la larga, irresistible; cuando se derrumbó el poder de los almohades, último esfuerzo de la morisma guerreadora, quedó postrada á los pies de su poderoso vecino y futuro dueño. La reconquista era ya cuestión de fecha; las discordias de los musulmanes la precipitaban, las discordias de los cristianos la detenían. El rey Lobo supo demorarla, haciéndose amigo de los cristianos; después de él, las luchas intestinas de sus sucesores la favorecieron. Pero es el caso, y en esto estriba la grandeza y la gloria de D. Jaime, que las circunstancias en que subió al trono parecían las más opuestas á la empresa magna que la Providencia le deparaba. Muerto desdichadamente su padre en defensa de los albigenses de la Aquitania; arrancado con trabajo el nuevo rey, tierno niño, á las manos enemigas de Simón de Monforte, y confiado por el Papa, amparador de todos los desvalidos, á la fidelidad de los templarios; recluso y casi prisionero en el castillo de Monzón, mientras se disputaban el gobierno, divididos en bandos, los magnates aragoneses y catalanes, nadie hubiera adivinado que aquel muchachuelo que á los nueve años huía

(1) Crónica autobiográfica de D. Jaime I *(Libre dels feyts esdevenguts en la vida del molt alt senyor Rey En Jaume lo Conquerídor.*

sigilosamente de su encierro, y con un pelotón de amigos fieles emprendía animosamente la reconquista de su propio reino, había de engrandecerlo y glorificarlo, como no lo había hecho ninguno de sus ilustres predecesores. Obra dificilísima, en la cual tuvo tanta parte la prudencia como el denuedo, fué restaurar el poder real y sobreponerlo á las triunfantes exigencias de la nobleza; y arranque tan político como patriótico, utilizar el recuperado prestigio de la corona para la empresa, verdaderamente nacional (si es lícito emplear calificativos entonces desconocidos) y eminentemente cristiana, de la conquista de Mallorca. Los ricos-hombres aragoneses, mal dispuestos para aquella campaña, provechosa principalmente para la comercial y navegante Cataluña, pedían que se dirigiesen las armas contra el reino de Valencia, aceptando las ofertas del destronado Abu-Zeit, que cedía al rey de Aragón la cuarta parte de sus Estados, si le ayudaba á recobrarlos. Pero, hecha la conquista de Mallorca por la voluntad inquebrantable del rey y el concurso entusiasta de los catalanes, ya no manifestaron igual deseo de acometer á Valencia los próceres de Aragón. Parecían recelosos de la gloria adquirida por el monarca. Concediéronle, sí, en Cortes los impuestos indispensables para la campaña de Valencia, decretada, como la de Mallorca, por iniciativa y decisión de D. Jaime, y le siguieron con sus huestes señoriales al asedio de Burriana; pero bien pronto se vió allí, y después en el campamento del Puig, su mala voluntad ó su escasa decisión.

Encerrados en sus tiendas, delante de Burriana, como el malhumorado Aquiles, dejaban que se estrellasen contra sus muros los audaces propósitos del rey, quien apartaba desesperado de su pecho la rodela, pidiendo á Dios que le hiriese una jabelina sarracena, para retirarse con honra. En el Puig, maquinaban el abandono de la plaza, á espaldas de D. Jaime, y le hacían pasar, insomne y calenturiento, aquella noche angustiosísima, que refiere en su crónica; cuando revolcándose en el lecho y sudando á mares, renegaba de la *mala gent* con quien se

las había, *car lo mon no ha tan sobrer poble com son los cavallers.*

No tenía que luchar solamente el Conquistador con la oposición embozada de los magnates; otra dificultad gravísima para sus arduos planes era la falta de dinero. El impuesto del *bobatge*, que votaban las Cortes para sus guerras, resultaba insuficiente, y los recursos propios de la corona eran entonces limitadísimos. Don Pedro II, rey pródigo, había dejado su hacienda en las garras de los usureros judíos y moros. Don Jaime apenas podía sostener á los caballeros de la mesnada real y á los almogávares asalariados. Para proseguir sus campañas tenía que pedir á cada paso dinero prestado á los mercaderes y banqueros de entonces, bajo su propia garantía y con réditos onerosos. Pero, con todas estas contrariedades luchaba sin desmayar, lleno de fe en la Providencia y seguro del éxito de su empresa, que creía divinamente inspirada. Vióla cumplida el día que Valencia le abrió sus puertas, y aquel día fué doble su victoria; triunfó de los moros, enemigos declarados de la patria; triunfó de los nobles, enemigos sigilosos de la realeza. Una mañana salió de la ciudad sitiada un rozagante musulmán, sobrino y favorito de Zeyan, escoltado por otros once, cubiertos todos de seda, oro y pedrería, y jinetes en gallardos corceles. Presentóse á D. Jaime, hízole sus zalemas y quedó solo con él en la tienda real. Cuando salió de ella, la capitulación de Valencia estaba convenida; pero nadie se enteró más que la reina. Dispuesto ya todo, el rey comunicó la fausta nueva á sus ricos hombres: al oirla «mudaron de color, como si les hubiera herido en el corazón, y excepción hecha del arzobispo de Tarragona y de algunos obispos, no hubo uno solo que alabase al Señor y le diese gracias; al contrario, á nadie le pareció bien lo hecho.» Era que, á los celos de la nobleza «porque había muchos, dice el rey, á quienes no les complacía en manera alguna que tomásemos á Valencia, y la querían más bien en manos de los sarracenos que en las nuestras», uníase la sorpresa dolorosa del golpe de estado (como hoy diríamos) que

daba el Conquistador, al prescindir en tan solemne ocasión de la consulta á los barones, sus naturales consejeros (1).

Á los tres días, la bandera de las barras tremoló en lo más alto de la torre de Alí-Bufat; el piadoso monarca, al verla, se apeó del caballo, y con los ojos henchidos de dulces lágrimas, besó el suelo redimido por su valor y su constancia (2). Valencia era cristiana otra vez: al entrar en la ciudad el ejército victorioso, cabalgaba delante de todos el confesor del rey, el venerable padre predicador fray Miguel de Fabra, empuñando un estandarte con las imágenes de Jesús y de María.

Entraban los cristianos, y salían los musulmanes; no expulsados por el vencedor, que les garantizaba sus leyes, creencias y propiedades, sino por vivir más seguros á la otra parte del Júcar, raya entonces de la conquista.

Cincuenta mil moros abandonaron sus casas, cargados con sus riquezas y custodiados por una fuerza de caballería, que mandaba el monarca en persona. Algunos soldados, ávidos de pillaje, se echaron sobre los fugitivos; D. Jaime cayó sobre ellos como el rayo y atravesó algunos con su espada. Palabra de rey era la suya; había de cumplirse, dada á un moro ó dada á un cristiano.

Este exacto cumplimiento de lo pactado, y la blandura con que trataba á los que de buen grado se sometían, facilitaron mucho la reconquista. Los sarracenos, principalmente los del campo,

---

(1) El barón de Tourtoulon, que ha señalado perspicazmente la importancia de estos hechos en su concienzuda historia de D. Jaime, dice así: «El Conquistador se sentía bastante fuerte para retar cara á cara á su nobleza suspicaz: suprimía su derecho y dejaba subsistente su deber. El niño que tuvo un momento en sus manos el partido feudal aragonés, se había hecho hombre, y después de reconquistar la plenitud de su autoridad, tomaba á su vez una actitud agresiva con sus expoliadores de antaño.» *Jacme 1.er le Conquérant, roi d' Aragon, comte de Barcelone, seigneur de Montpellier, d'après les croniques et les documents inédits*, par Ch. de Tourtoulon: Montpellier, 1863.

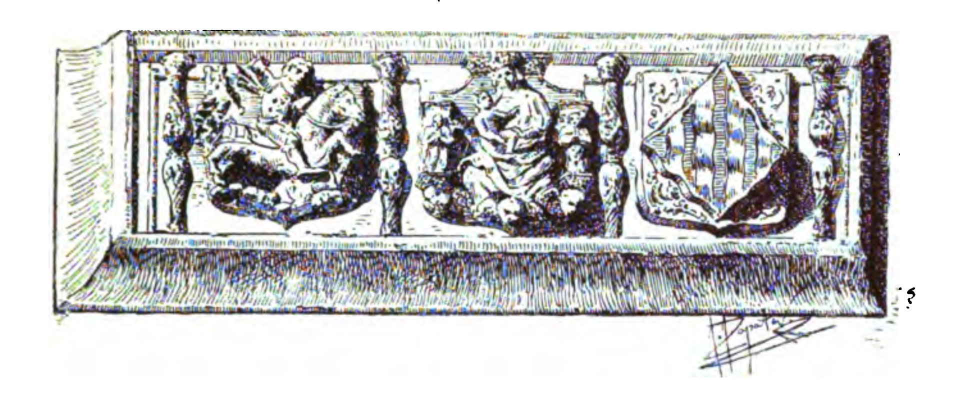
(2) «E nos fom en la Rambla, entre el Reyal é la Torre, e descavalcam, é dresamnos vers Orient, é ploram en nostres ulls, besant la terra per la gran mercé que Deu nos havía feyta.» Crónica del rey.

víctimas de las continuas contiendas y de la frecuente rapacidad de sus emires y walíes, se entregaban sin gran repugnancia á aquel rey Gacum (como ellos le llamaban), tan caballeroso y justiciero. ¡Cuán diferente á sus ojos (y á los de la historia imparcial) del Cid, cuyo pavoroso recuerdo les transmitieron sus padres! El caudillo burgalés guerreaba á la ventura y en provecho propio, lo mismo contra los musulmanes que contra los cristianos: cayó sobre Valencia como cae el águila sobre su presa, y la estrujó en sus garras; no venía á libertarla, sino á explotarla. La crueldad y la perfidia, de que le acusan los cronistas árabes, defectos eran de aquella época de guerra sin cuartel, de arrogancia inculta y ambición desenfrenada. Más valiente, más cauto, más afortunado que los otros, el Cid fué uno de los guerreadores arrojados y codiciosos, que aprovechaban las revueltas de su tiempo para su engrandecimiento personal. Don Jaime de Aragón representaba y valía algo más; era hombre de armas y hombre de estado; gran monarca, á la vez que gran capitán: al apellido de Conquistador que le dieron admirados sus coetáneos, ha añadido la posteridad el de Legislador, aún más glorioso. No peleaba por el botín, ni por vanagloria; su ambición era más desinteresada, su ideal más grande. Inspiraba sus empresas, primero, el sentimiento religioso; luego, el sentimiento patriótico (1). Creíase llamado providencialmente á extender las fronteras de la cristiandad y de los estados de Aragón: la Iglesia tuvo que agradecerle los trescientos templos que fundó; el pueblo las leyes equitativas que dictó. No fué su obra más admirable la conquista, sino la organización de sus nuevos reinos. Del régimen que dió al de Valencia, algo habrá que decir en el capítu-

(1) «Él, que no permitía que los musulmanes poseyesen una pulgada de tierra en sus naturales dominios, mostró un admirable desprendimiento con los reyes y estados de Navarra, de Castilla y de Francia. Es que estos eran estados y príncipes cristianos. La misión suya era rescatar su reino de poder de los infieles. Don Jaime comprendió su misión mejor que otro monarca español alguno.» Lafuente, *Hist. de España*, Parte II, lib. III, cap. 7.

lo siguiente: termine éste ya con un rasgo de justicia y de gratitud por nuestra parte.

Los historiadores de Castilla y los que consciente ó inconscientemente han seguido después, al escribir los fastos nacionales, el espíritu de la hegemonía castellana, subordinando á ella los otros elementos constitutivos de la comunidad española, han llamado á Valencia «la del Cid», porque, desde su punto de vista, esta legendaria figura es la que en ella sobresale más; nosotros, sin disputar al guerrero-tipo castellano los timbres de la historia, ni los de la poesía, si hemos de poner algún nombre al lado del de Valencia, bastante ilustre y glorioso por sí para no necesitar aditamentos, no pondremos otro que el de su verdadero libertador, el de su legislador insigne, el del mejor de sus monarcas: Valencia, si es de álguien, es de D. Jaime, el rey de la Conquista, el rey de los Fueros.



CAPÍTULO IV

EL REINO DE VALENCIA EN LA ÉPOCA FORAL

Organización del reino.—Los Fueros de D. Jaime I.—Oposición de la nobleza aragonesa.—Guerras de la Unión.—Triunfo de D. Pedro IV.—Extinción de la dinastía de Barcelona.—El Parlamento de Caspe y San Vicente Ferrer.—D. Alfonso V.—Florecimiento de Valencia en el siglo XV.—La Germanía.—Expulsión de los moros.—Expulsión de los moriscos.—El patriarca Rivera y su época.—Decadencia de las Cortes valencianas.

Lo primero que hizo D. Jaime de Aragón, al entrar en la deseada y hermosa Valencia, fué consagrar la mezquita mayor á la Virgen María, patrona de sus conquistas, y convertir en parroquias las otras mezquitas principales. Evacuada la ciudad por los moros, facilitábase mucho su restauración religiosa y política. Templos, palacios, casas, jardínes, huertas, alquerías, todo fué distribuído á los conquistadores. Tarea dificultosa era este *Repartimiento* (1): el monarca no había podido dar á sus

(1) Se ha publicado el *Repartimiento de Valencia* en el tomo XI de la *Colección de docum. inéd. del Archivo general de la Corona de Aragón.* Los originales de este repartimiento son el documento más antiguo escrito en papel que se conserva en dicho Archivo.

barones más paga que la oferta de tierras y lugares para el día de la victoria: aquellas campañas eran una empresa cooperativa (como diríamos hoy) en la que estaban todos á pérdidas y ganancias. Trescientos ochenta caballeros catalanes y aragoneses (que se llamaron después *caballeros de la conquista*), contáronse, además de los ricos-hombres y barones, cuando hubo de repartirse el botín. Lo malo del caso era que estaba repartido de antemano y con creces. El rey, para avivar el celo de los combatientes ó premiar desde luego sus servicios, les había señalado su parte antes de apoderarse de ella. Muchas de estas adjudicaciones están fechadas en el campamento del Puig; otras *in obsidione Valentiae, apud Roçafa*. Cuando llegó la hora de hacerlas efectivas, no hubo bastante tierra para todos, y para salir del apuro, se apeló á la ficción legal de disminuir la cabida de la yugada *(jovada)*. Dió el rey extensos señoríos *(honores)* á los ricos-hombres y barones, pequeños feudos á los simples caballeros, tenidos unos y otros al servicio militar; y concedió tierras y casas á los demás, en concepto de alodios, con la carga de diez sueldos por jovada.

En el repartimiento de la ciudad de Valencia tuvieron porción todas las clases, nobles y plebeyos, clérigos y seglares, pero muy principal el elemento popular. Industriales y artesanos que habían formado parte de las milicias de las ciudades, ó vinieron luego á buscar fortuna, ocuparon las casitas y los talleres de los moros. Los industriosos catalanes constituyeron el núcleo de la población, y dieron su idioma á la capital y á la mayor parte del nuevo reino (1). Entre los barones y caballeros de la conquista,

(1) Hay en el *Repartimiento* una relación muy curiosa de las casas dadas en Valencia á los pobladores que vinieron de fuera, los cuales estaban agrupados en barrios, según su procedencia. Los de Barcelona tenían 503 casas, los de Tarragona 127, los de Lérida 141, los de Tortosa 247, los de Zaragoza 99, los de Calatayud 104, los de Daroca 127, los de Teruel 267. Estas son las poblaciones catalanas y aragonesas que mayor contingente dieron al nuevo vecindario. Agrupando esas cifras, resultan 1,018 casas para catalanes, y 597 para aragoneses. Al predominio catalán en la población de Valencia, unióse sin duda, para determinar el

prevaleció, por el contrario, el elemento aragonés, y quiso imponerse. Pidió que se rigiera el reino de Valencia por los Fueros de Aragón. Esto era destruir toda la obra política de D. Jaime, empeñado en levantar la autoridad real sobre los privilegios de la nobleza. Ofreció, pues, al nuevo reino un código también nuevo, y para formarlo, reunió una consulta de siete prelados, once barones, y diez y nueve prohombres ciudadanos. Entre los primeros estaba quien había de ser el verdadero autor de los Fueros de Valencia: Don Vidal de Canelles, obispo de Huesca y «nuevo Triboniano», como le llamaban los jurisconsultos de aquel tiempo. Enteramente adicto á las ideas del legislador, había redactado ya los *Fueros del Reino de Aragón*, compilando sus dispersas leyes y costumbres. Lo que no pudo hacer en aquel código, arreglo doctrinal de una legislación ya establecida, había de intentarlo en los Fueros de Valencia, donde se le presentaba más despejado el terreno. No se sabe, á punto fijo, cuándo se publicaron estas leyes, que recibieron después el nombre de Fueros Viejos (*Furs Antichs*). En el preámbulo de las dos ediciones que se han hecho del código foral (1), se consigna que

---

idioma de la ciudad reconquistada, la influencia poderosa de la corte del rey Don Jaime, cuya lengua favorita era la provenzal catalana.

(1) Los *Fueros del Reino de Valencia* se han impreso dos veces. La primera, en 1482 por Lamberto Palmart, alemán, uno de los primeros introductores del arte tipográfico en esta ciudad: la edición se ha hecho muy rara. Contiene los fueros de D. Jaime I divididos en nueve libros, siguiendo el orden del Código de Justiniano, y después, por separado, los de D. Pedro III, D. Jaime II, D. Alfonso IV, D. Pedro IV, D. Juan I, D. Martín y D. Alfonso V, que son los reyes de Valencia que celebraron cortes hasta esta publicación. La segunda edición de los Fueros es la que publicó, en Valencia también, el notario Francisco Juan Pastor, imprimiéndola Juan de Mey, flamenco, en 1547-48. Consta de dos volúmenes. El primero se titula *Fori Regni Valentiæ impresi Imperiali cum privilegio Montissoni conceso, anno* MDXLVII, y contiene los fueros del Conquistador y los de sus sucesores que pudieron añadirse á los nueve libros de aquellos, de modo que no sigue esta edición, como la primera, el orden de reinados, sino el de materias. El segundo volumen se titula *Secunda Pars Fororum Regni Valentiæ*, y está explicado su contenido en las líneas subsiguientes: «Segueixen los furs extravagants, ço es aquells furs que comodament no se han pogut situar, ni posar sots alguna de les precedents Rubriques.» En 1564, los tres Brazos, reunidos en Monzón, pidieron á D. Felipe II, y otorgó éste, la nueva publicación de los fueros, quitando lo revocado

data de 1250, doce años después de la conquista; pero con fecha anterior se habla de costumbres escritas, dadas á este reino por Don Jaime (1). Por otra parte, algunas de las personas que se mencionan como consultores de los Fueros Viejos, consta que murieron antes de aquel año. Los historiadores valencianos se han dividido en este punto, inclinándose los más á que se promulgaron apenas entró el rey en Valencia (2). Un escrutador diligentísimo de la historia del derecho en los estados de la Corona Aragonesa, D. Bienvenido Oliver, concierta ambas fechas, sosteniendo que hubo dos compilaciones legales en el reino recién-fundado: la de *Costumes*, del mismo año de la conquista; la de *Furs*, de 1250 (3). Si fué así, refundiéronse luego; quizás al hacerse la reforma de 1270.

Mientras se elaboraba el código del nuevo reino, completá-

ó superfluo. Púsose mano en esta compilación; sin llegar á concluirse. Realizó esta obra en 1571 un jurisconsulto ilustre, D. Pedro Jerónimo Tarazona, y la sometió á los jurados de Valencia; pero no pasó adelante el proyecto. Tarazona publicó un sumario de los Fueros, *Institucions dels Furs y Privilegis del Regne de Valencia*, 1580; precioso extracto del derecho valenciano. Las Cortes de Valencia de 1604 y las de Monzón de 1626, volvieron á instar la nueva compilación de los fueros, pero infructuosamente también. Confunden algunos con el código de los Fueros, y es muy distinto, el libro publicado en 1515 por el notario Luís Alanya, titulado *Aureum opus regalium privilegiorum Civitatis et Regni Valentiæ, cum historia christianissimi Regis Jacobi ipsius primi conquistatoris*. La parte histórica está tomada de la crónica escrita por el rey; la parte legislativa comprende los *privilegios* (que no eran lo mismo que los fueros) concedidos por los reyes de Valencia hasta D. Fernando el Católico. Puede decirse que en el *Aureum opus* están contenidas las leyes políticas y administrativas de la ciudad y reino de Valencia: los *Fueros* son el código general del reino en todo lo que no atañe directamente á su gobernación. Consérvanse dos códices de los Fueros de Valencia: uno, en el Archivo municipal de esta ciudad, del segundo tercio del siglo XIV, escrito por *Bononati de Petra*, notario real; y otro, de fines del siglo XIV ó principios del XV, en la Biblioteca del Escorial. Estas copias son distintas entre sí, y era diversa de ellas también la que sirvió para la edición de Palmart, y que, según se consigna en ésta, se cotejó con el primitivo original sellado que existía en el Archivo de la Sala de Valencia.

(1) En privilegios del mismo rey de 1245, 49 y 50.

(2) Así opinan Escolano, D. Josef Villarroya, el P. Ribelles y Blanchart.

(3) *Historia del derecho en Cataluña, Mallorca y Valencia, código de las costumbres de Tortosa*, Madrid, 1876. El autor expone las grandes analogías que hay entre este código de Tortosa y el de Valencia, casi coetáneos, y cree que el primero sirvió de base para redactar el segundo.

base su reconquista. Habíase comprometido el rey, al aceptar la capitulación de Valencia, á mantener treguas de siete años con Zeyan, respetando sus estados de Cullera y Denia; pero no se entendía esto con los walíes que regían otras ciudades con independencia de aquel reyezuelo. Apenas cayó la capital, las huestes del Conquistador sometieron fácilmente los pueblos de las riberas del Mijares, el Palancia y el Turia. Dos años después, cuando pudo regresar el rey á Valencia, se apoderó de la fértil *Conca de Zafor* (huerta de Gandía), rindiendo el fuerte castillo de Bairén. Alcira, llave del Júcar, le abrió las puertas sin resistencia, y en 1244 completó la reconquista, ganando tras largo asedio á Játiva y Biar, mientras el prócer alemán Pedro Eximen Carroz, que se había puesto á sus órdenes, roto el convenio con Zeyan, asaltaba la ciudad de Denia, dando fin al reino musulmán de Valencia. Los moros de Denia no alcanzaron otra merced que la de marchar á Alicante, con la ropa puesta y dos sueldos cada uno. Á Alicante no llegaba la espada del soberano aragonés; aquella ciudad era «de la conquista de Castilla»: los reyes cristianos de España se habían repartido de antemano las tierras ocupadas por los sarracenos. Ya hemos visto (capítulo I) cuál fué, por entonces, la frontera meridional del nuevo reino de Valencia, ensanchada después por la concordia de 1304 con el monarca castellano.

Como Valencia, pobláronse de cristianos las otras ciudades y las villas principales (1); pero el campo, con sus aldeas y alquerías, quedó lleno de moros. Expatriáronse voluntariamente los sarracenos urbanos, los que formaban en la población muslímica la clase directiva y gobernante; y de los industriales, los que podían encontrar fácilmente en otro punto elementos de trabajo.

(1) No desaparecieron enteramente los moros de las principales poblaciones, pero quedaron encerrados en un barrio especial, que se llamó *Morería*. La de Valencia fué un arrabal fuera de las murallas, hasta el siglo XIV. Entonces quedó dentro de la ciudad por la construcción de las murallas nuevas. Los judíos tenían también su cuartel separado: la *Judería*.

Quedó en el país la parte más ruda y más pobre, el pueblo agricultor, pegado al terruño. Ese pueblo se sometió sin mucha repugnancia al Conquistador, que respetaba su religión y sus costumbres, y le hacía justicia. Cambió de señores: labró la tierra para los barones cristianos, como antes para sus walíes y arraeces (1). ¡Extraño contraste! Dentro de los muros de Valencia no quedó apenas vestigio de la dominación sarracena; fuera de ellos, la campiña era enteramente morisca, y aún conserva en alguna manera aquel aspecto.

Ardua empresa era organizar en civil concierto elementos tan distintos, por su origen, carácter y religión, pues á catalanes y aragoneses había que agregar roselloneses, provenzales, castellanos, navarros, vizcaínos, y aventureros de tierras más remotas, que acudieron al amor del combate ó del botín; y á los cristianos y musulmanes, había que añadir también un tercer factor religioso, la raza judía, que medró en las revueltas de los árabes, y resignada á la sumisión, pidió y obtuvo merced del Conquistador (2). Proveyó éste á todo, puesta la mira en sujetar las distintas clases al imperio de la ley, amenguando los privilegios de la nobleza, impidiendo la supremacia política del clero, y elevando el estado llano, como base del poder real. Los *Fueros de Valencia* revelan esos propósitos de una manera muy expresiva, demasiado expresiva quizás. La colaboración de las diversas representaciones llamadas á intervenir en la formación de aquel código, fué sin duda poco eficaz; no se ven en él las transacciones resultantes de sus debates. Los *Fueros* son la obra personal del rey, auxiliado por los jurisconsultos y los teólogos, que le ins-

(1) «Quant vench, á cap de gran temps, quel rey de Aragó En Jaume hac conquest lo regne de Valencia e l' hac poblat de crestians, ço es assaber la ciutat e les viles, e hac stablit los castells, e liurats á cavallers crestians, qui n' eren castellans, e quels guardassen, e hac leixat star los serrayns als plans e a les montanyes e en les valls. que lavraven les terres e donaven dret al senyor rey de açó que lavraven, esdevench...» Desclot, crónica, cap. L.

(2) En el *Repartimiento de Valencia* se señaló á los judíos un barrio para que lo poblasen «según fuero de la aljama de Barcelona.»

piraban las ideas del derecho romano y del canónico, en las que buscaba principios generales de justicia y el enaltecimiento de su autoridad. Al concepto aragonés de la monarquía, como resultado de la federación de los ricos-hombres, señores casi soberanos, cuya voluntad tenía que consultar y cuyos privilegios tenía que respetar el rey, su señor nominal, oponía D. Jaime el concepto romano del emperador, árbitro del poder y fuente del derecho, rodeado de doctos consejeros (1). No hubo Cortes en los primeros años del reino de Valencia, ni se dice una sola palabra de ellas en los *Fueros* (2). No son estos una carta paccionada; son obra del rey «*daquell* dice el preámbulo, *qui la Ciutat e tot lo Regne ab gran victoria guanyá.*» Al citar en este preámbulo á los obispos, barones y ciudadanos nombrados por el mismo monarca para ayudarle en su obra legislativa, consigna que otorga las nuevas leyes con asentimiento y consejo *(ab voluntad e ab consell)* de los prelados que enumera; pero, al llegar

(1) Zurita, Diago y Escolano dicen que el rey D. Jaime tuvo Cortes en Alcira en 1272 para tratar de las discordias del infante D. Pedro con su hermano natural D. Fernán Sánchez de Castro. Reuniéronse allí, en efecto, prelados, ricos-hombres y otros personajes, llamados sin duda por el rey, pero ni el asunto era de los que competían á las Cortes, ni ha quedado en la legislación valenciana acuerdo alguno tomado en aquella reunión, ajena sin duda al carácter legislativo de las verdaderas Cortes. Otra controversia han suscitado los autores que dan ese carácter á la junta encargada de la redacción de los Fueros; hay que convenir en que se ve en germen, en esa junta, la representación del nuevo reino, pero aún no determinada, ni reglamentada. El cronista de Valencia Fr. Bartolomé Ribelles, en sus interesantes *Memorias histórico-críticas de las antiguas Cortes del Reino de Valencia* (Valencia, 1810) se esfuerza en demostrar que tuvo aquella junta categoría de Cortes; pero esto no puede admitirse más que en el sentido que queda expresado.

(2) El Sr. Oliver, en otra obra notable (*La Nación y la realeza en los estados de la corona de Aragón*, discurso de recepción en la Real Acad. de la Hist. 1884.) entiende que este concepto de la autoridad real provenía principalmente de la legislación del condado de Barcelona, pues en los *Usatges* se admitió la máxima cesárea *quod principi placuit, legis habet vigorem.* El conde, según aquel código feudal, era superior á todos sus súbditos, que á la vez eran sus vasallos, á quienes imponía su voluntad, sin recibir jamás la de ellos, ni haber, por consiguiente, el menor asomo de estipulación entre el príncipe y el pueblo. Sin negar alguna eficacia á estas ideas feudales, la atribuyo mayor á la escuela romanista de Bolonia y Montpeller en las aspiraciones de D. Jaime y sus sucesores á la plenitud de la soberanía majestática.

á los barones y ciudadanos, suprime el primer término, y deja solo el segundo: *ab consell*. Quiere marcar bien su papel de simples consejeros (1).

Unidad de legislación y de jurisdicción: ese era el ideal de D. Jaime. Para lograr la primera, quiso que los *Fueros* fuesen el código único del nuevo reino (2), sin legislación alguna supletoria, ni otra autoridad para interpretarlos que el sentido natural (3). En todos los lugares valencianos no habría más que una ley, una moneda, un peso y una medida (4). Más difícil era establecer la unidad de jurisdicción: ¿cómo destruir de un golpe el organismo feudal, la diferencia de las clases y la diversidad de las razas? Pero los redujo el legislador cuanto pudo, reservando al príncipe, como atributo del mero imperio, lo que llamó *justicia de sangre* ó *personal*. La autoridad de los señores, tan amplia en Aragón, quedó reducidísima. Sobre ella se elevó la del *justicia*, magistrado civil de la ciudad y de las villas. Ese magistrado, elegido por el rey, de la terna formada por los jurados y hombres buenos, había de ser precisamente ciudadano, no caballero (5). En esta condición y en el modo cómo se organizó

(1) Esta es la opinión de los jurisconsultos forales más ilustres. D. Lorenzo Matheu y Sanz, dice: «Licet fori conditi á Domino Rege Jacobo I de consilio Prelatorum, Procerum, ac Novilium, ipsisque intervinientibus facti fuerint, non sunt leges pactionatæ, cum non fuerint celebratæ curiæ, nec intervenerit oblatio pecuniæ, mediante qua transiret in contractum fierentque irrevocabiles.» *De Regimine Regni Valentiae*, cap. I. Lo mismo sostiene D. Joseph Villarroya, *Apuntamiento para escribir la historia del Derecho Valenciano y verificar una perfecta traducción de los fueros*, Valencia, 1804.

(2) «Vedam donchs que ningunes altres costumes en la ciutat ó en algun altre loch del regne de Valencia en alguna cosa no hajen loch: mes per aquestes costumes la Cort els Jutges dejen los pleyts jutgar e determenar.» Preámbulo de los fueros.

(3) «Volem que lla hon aquestes costumes no poran abastar, aquells que jutgaran puixen leerivament recorrer á natural seny e á egualtat.» Ibid.

(4) Fuero 3.º *de Stablim. e dels manam. del princ.*

(5) Este exclusivismo hubo de corregirse en la primera reforma de los Fueros, aun en el reinado de D. Jaime: se dispuso que uno de los propuestos en la terna, fuese generoso ó caballero. Después, cuando hubo en Valencia dos *Justicias*, civil y criminal, uno de ellos había de ser ciudadano y caballero el otro. En Játiva, Alcira, Murviedro, Burriana, Castellón y Morella, donde sólo había un justicia, alternaban por años ciudadanos y caballeros.

el régimen municipal, excluyendo de él casi por completo á la clase nobiliaria (1), vense claros los propósitos de asentar sobre el estamento popular, que tomó el nombre de Brazo Real, la gobernación del reino de Valencia. Por lo demás, los ***Fueros***, vasta obra legislativa, que contienen en sus nueve libros el derecho civil y el criminal, el procesal y el administrativo, siguiendo el orden y en lo posible el espíritu del código de Justiniano, revelan en todos sus complejos detalles, aunque de un modo indirecto, porque en ellos no está comprendido lo que llamaríamos hoy derecho político ú organización constitucional, esa misma idea de fortalecer el poder real, atribuyéndole la administración de la justicia y el amparo de los desvalidos, y el propósito de emancipar las personas y las propiedades de las trabas del régimen feudal.

Había de encontrar y encontró viva oposición este pensamiento. Opusieron objeciones á los Fueros todas las clases, y hubieron de modificarse; hízose esta reforma en 1270, suavizando las asperezas de las innovaciones más graves. ¿De qué manera se formularon las reclamaciones contra el primer código foral? ¿Cómo se procedió á su reforma? No hay en la historia suficientes datos para determinarlo. No se celebraron Cortes para ello; pero el monarca reconocía la existencia de la entidad moral representativa del reino (2), y se comprometía ante ella, puesto que juraba sobre los Cuatro Evangelios no alterar ni modificar las leyes que otorgaba, á no ser por necesidad evidente y máxima, y entonces, añadía, dirigiéndose á aquellos para quienes legislaba, «ha de hacerse con vuestro asentimiento y

(1) En tiempo de Matheu *(de Regim. Regni Valent.)* sólo había en el Consejo general de Valencia seis representantes de los caballeros, á pesar de que sus miembros eran nada menos que ciento treinta y dos, nombrados casi todos por las parroquias y los gremios.

(2) Consignaba el rey, al hacer esta reforma de los Fueros, que obraba «ad instantiam et requisitionem Magnatum et militum, religiosorum, et proborum hominum Civitatis et totius regni Valenciæ.» *Aureum opus*, fol. 24.

voluntad» (1), declaración interesantísima, no consignada en los primeros fueros (2). Estas concesiones no satisfacieron á los ricos-hombres y barones aragoneses de la conquista de Valencia; reclamaron de nuevo que sus pueblos se rigieran por la ley de Aragón, y tanto porfiaron, que al fin lo consiguieron (3). «Por esta transacción lamentable, dice uno de los historiadores que mejor han comprendido al monarca legislador, vióse privado el reino de Valencia de la gloria de ser el primero de Europa en tener legislación unificada y un código completo promulgado, antes que todos los demás, en el siglo XIII» (4).

Peleaba el Conquistador por la fe tanto ó más que por la patria, y la toma de Valencia le había valido las bendiciones del Papa: *quem inter coeteros reges et principes christianos speciali amrois praerogativa complectimur*, decía de él Gregorio IX (5). Cristianizar la tierra libertada fué uno de sus mayores afanes: escritores piadosos dicen que fundó más de dos mil iglesias. No disputemos por el número: es indudable que imprimió carácter profundamente religioso á sus conquistas. Puso en Valencia sede

(1) «Et quod tunc fieret cum assensu et voluntate vestra.» Privilegio de 21 de Marzo de 1270, que es el 81.° de los de D. Jaime I. *Colecc.* fol. 24.

(2) El rey había jurado observar y mantener los Fueros de Valencia á 7 de los idus de Abril de 1251, é igual juramento prestó su sucesor el infante don Pedro (*Aurem opus*, priv. 60 y 63 de Jaime I). En 1261, mandó el monarca que sus sucesores reuniesen Cortes, dentro de los primeros treinta días de su estancia en Valencia, para jurar los fueros del reino.

(3) Dice Escolano que gozaron este privilegio los estados de D. Jaime de Jérica, hijo natural del rey y principal cabeza de los que lo reclamaban, las baronías de Arenoso, Almazora, Benaguacil y Manises, y la tenencia de Alcalaten. En esto hubo varias variaciones hasta que en las Cortes de Monzón de 1626 (fuero 27) mandó el rey D. Felipe IV, á petición de los tres brazos, que se guardasen los Fueros de Valencia en todos los lugares del reino. En tres reales cédulas de 1742, dirigidas al Tribunal de Amortización, sobre cierta regalía de los pueblos de Valencia que se habían gobernado por los fueros de Aragón, sólo se anotan los siguientes: Chelva, Sinarcas, Tuejar, Benageber, Domeño, Loriguilla, Caudiel. Viver, el Toro, Benafer, Alcora, Almazora, Lucena, Useras, Cortes de Arenoso, Villahermosa, Zucayna, Ludiente, Argelita, Espadilla, Rivesalves, Toga, Puebla de Arenoso, Montanejos, Cirat, Borriol, Puebla de Ballbona y Benaguacil.

(4) Tourtoulon, *D. Jaime el Conquistador*, lib. XIII, cap. 8.

(5) Carta pastoral de 8 de Enero de 1239.

episcopal, dotándola generosamente; convirtió en templos cristianos las mezquitas; dió asiento en la ciudad, lugares y castillos en el reino, á las órdenes militares, y principalmente á las del Temple y el Hospital, sus grandes auxiliares en la victoriosa campaña; estableció en los arrabales de Valencia monasterios de dominicos, franciscanos y agustinos; el de mercenarios en el glorioso Puig de Santa María, y el del Cister en Benifazá; y mereció, con tantos beneficios á la Iglesia, que adquiriese con el tiempo cierto tinte de santidad y beatitud la aureola de heroísmo que admiraban en él sus propios coetáneos (1).

En los últimos días de su vida vió en peligro su predilecto reino de Valencia. Obra definitiva pareció desde el primer día la conquista: había concluído el predominio del Islam en España. Con la liberación de Mallorca y de Valencia, de Denia y de Murcia, coincidía la de Córdoba y Sevilla; Don Jaime de Aragón, por un lado, San Fernando de Castilla, por otro, arrinconaban á la morisma en los cármenes de Granada, que habían de ser su último refugio. Hubo un momento, sin embargo, en que recobró sus bríos y sus esperanzas: el rey granadino llamó en su auxilio al marroquí: el estrecho de Gibraltar vió pasar otra vez, ya la postrera, las hordas exaltadas de Mahoma, y derramarse por los llanos andaluces. El primero que salió á su encuentro, fué un hijo de Don Jaime, el arzobispo de Toledo Don Sancho, en quien, bajo los hábitos episcopales, hervía la sangre del Conquistador. El belicoso prelado cayó en manos de los moros, y murió en ellas: aprestábase á vengarlo su padre, ya viejo y achacoso, cuando se levantaron, de acuerdo con los de Granada y África, los musulmanes valencianos.

No era éste su primer alzamiento: tiempo atrás, Al-Azarch, uno de esos caudillos intrépidos y ladinos, que surgen tan fácil-

(1) En el siglo XVII, un descendiente de D. Jaime, el conde de Guimerá, pidió á Roma la canonización de su insigne antecesor, y escribió en su defensa una larga memoria, que publicó D. Pascual Savall y Dronda en Zaragoza, 1861.

mente de la nada en la raza árabe y fanatizan á los suyos, movió á los sarracenos del valle de Albaida, que tan sumisos parecían, y sostuvo la insurrección tres ó cuatro años. Cambió entonces de idea el rey de Valencia, é impulsado por el clero y el pueblo, determinó arrancar del reino aquella mala semilla. Dió la orden de expulsión, que contrariada por los barones, á quienes daban gran provecho sus vasallos musulmanes, limitóse entonces á los de directo señorío real: unos doscientos mil moros salieron del reino por Villena, diseminándose por el de Murcia, ó refugiándose en el de Granada.

Ahora, aquel mismo Al-Azarch, á duras penas vencido, se puso á la cabeza del nuevo alzamiento, que creció como la espuma. Alarmóse la ciudad, armóse el reino, predicóse la santa cruzada, concedió el Papa el diezmo para la expulsión de los enemigos de Cristo, juró el rey esa expulsión ante el altar de Nuestra Señora de Valencia; pero le faltaban ya fuerzas para blandir la tizona, y aunque Al-Azarch fué muerto en el primer encuentro, cerca de Alcoy, rehiciéronse los suyos, y desbarataron de tal modo la hueste cristiana en Luchente, que para siempre quedó aquel día en la memoria con el nombre del *martes aciago*. «¡Sus, traedme el caballo! ¡Aprestadme las armas! ¡Ir quiero contra esos sarracenos traidores, que me creen muerto!» gritaba el animoso monarca, detenido por la enfermedad en Játiva. Y acudía al peligro el infante Don Pedro, y detenía á los moros victoriosos. Pero, aún quedaba en pie la formidable insurrección, cuando el Conquistador, renunciando en Alcira la corona para vestir la cogulla, entregaba la espada á su heredero, diciéndole: «Tomad y llevad dignamente ese hierro, con el cual, y sostenido por la mano de Dios, he triunfado de todos mis enemigos.» Pocos días después, el 27 de Julio de 1276, moría en Valencia el gran rey: «ayes y lamentos sonaban por toda la ciudad; iban todos gimiendo y llorando; y bien podemos decir de este príncipe, añade Muntaner, que fué glorioso antes de nacer, que en su vida lo fué también, y en su muerte aún más.»

D. Pedro III, el Grande, apenas coronado en Zaragoza, acudió á dar el último golpe á la morisma valenciana. Montesa presenció la jornada postrera de la reconquista. Treinta mil sarracenos defendían desesperados el último rincón de la patria perdida. Más que de hombres, parecía aquel un combate de titanes. De las alturas de la Muela rodaban los peñascos sobre los cristianos, como si se derrumbase la montaña. El pendón real ondeó en la cumbre ensangrentada: había concluído en Valencia el imperio musulmán.

Poco después, galeras valencianas, unidas á otras de Cataluña, corrían las costas berberiscas, imponiendo la ley de Aragón en Túnez y Tremecén. Habían traído los catalanes á Valencia el espíritu marítimo; á los cincuenta años de su creación, era el nuevo reino una potencia naval, que tomó honrosa parte en la conquista de Sicilia y en todas las tremendas campañas que aseguraron la supremacia aragonesa en el Mediterráneo. Casi valenciano fué el famosísimo Roger de Lauria, hijo adoptivo de Aragón, heredado en Valencia con el condado de Concentaina, en premio de sus proezas, y cabeza de una de las familias más ilustres de este reino. Crecía la marina mercante á la par que la guerrera, y creaba el Rey Don Pedro en Valencia el ***Consulado de mar*** (1), que contribuía á dictar las primeras reglas del tráfico naval.

Como su padre, era el rey D. Pedro monarca catalán y valenciano, más que aragonés (2); los recelosos barones de Aragón,

(1) *Aureum opus*, priv. 5, 20 y 23 de D. Pedro III.

(2) El Sr. Oliver, en su discurso citado, atribuye á los reyes de la casa de Barcelona, desde D. Jaime el Conquistador, la política de apoyarse en Cataluña para domeñar al reino de Aragón. «Promover, fomentar y ensanchar el imperio de las instituciones de Cataluña, halagando á los magnates y ciudadanos en cuantas ocasiones se presentasen; restringir, mutilar y menospreciar las instituciones de Aragón, humillando á los ricos-hombres y á las ciudades en todo lo que pudiese alentar su altivez é independencia, tal fué la doble política que desde el convenio de Alcalá inició aquel genio superior, que no consentía trabas á su omnímoda voluntad, y que continuaron con singular perseverancia casi todos los príncipes de la dinastía de Barcelona, apoyados por los miembros de su Consejo, que formaban el partido llamado *Catalán*.»

encerrados en sus castillos montanos, contrariaban sus expediciones á Italia y sus guerras con Francia, aplaudidas y estimuladas por los mercaderes y navegantes de los pueblos costaneros. Ligáronse aquellos barones, entre los que formaban siempre los establecidos en el reino de Valencia, y promovieron graves dificultades, á las que hubo de ceder en algún modo el belicoso rey, aprobando en las Cortes de Zaragoza de 1283 el famoso ***Privilegio general de Aragón***, que confirmaba y aseguraba más las antiguas franquicias de la nobleza. Las Cortes de Valencia, reunidas también entonces para dar fin á aquellas contiendas, fueron las primeras celebradas en este reino, previa formal convocatoria, y con asistencia de los tres Estamentos ó Brazos, que tuvieron en lo sucesivo, el Eclesiástico, el Militar y el Real, á semejanza de las de Cataluña, y á diferencia de las de Aragón, donde comprendían cuatro Brazos, dividiéndose en dos la nobleza (1). Desde aquella fecha hasta 1645 funcionaron sin interrupción las Cortes Valencianas: el régimen representativo acordóse bien con la potestad real, aunque pugnaban con frecuencia por extender sus respectivas facultades, y la Diputación general del Reino, nacida del seno de las Cortes, llegó á tomar parte importantísima en la administración del Estado.

El elemento aragonés, supeditado por D. Jaime I y contenido por D. Pedro III, levantó audazmente la cabeza cuando ciñó la corona D. Alfonso III, nieto del Conquistador (1285). Ponía vivo empeño en que se extendiesen los fueros de Aragón al reino de Valencia; el rey D. Pedro lo había otorgado, al aprobar el *Privilegio general*, pero revocó después esta concesión. Insis-

(1) Aunque figuraron siempre en las Cortes de Valencia, desde las primeras, los elementos que constituían entonces la representación nacional, no actuaron separadamente estos Brazos hasta las de 1342, en el reinado de D. Pedro IV. Cada uno de ellos adaptó su emblema heráldico; el Eclesiástico, la imagen de María; el Militar, la de San Jorge; el Real, las Barras de Aragón. Estos tres escudos reunidos, formaban el blasón de las Cortes Valencianas. Están primorosamente esculpidos en el friso que corre sobre la puerta de la escalera principal del palacio de las Cortes. Copia de ese friso es el dibujo estampado al frente de este capítulo.

tieron en ella á su muerte los tercos barones, proclamaron de nuevo su temible Unión, y llegaron en són de guerra hasta Murviedro. El nuevo rey, pacífico y conciliador, resistió flojamente á la nobleza; transigió con ella, y le otorgó en las Cortes de Zaragoza de 1288 los nuevos *Privilegios de la Unión*, que deprimían el poder real, obligándole á celebrar Cortes anualmente, á recibir de ellas sus consejeros, y á no proceder contra ningún ricohombre ni caballero, sin preceder sentencia del Justicia de Aragón. Por lo que toca al reino de Valencia hubiera quedado destruída en manos de D. Alfonso III la gloriosa obra legislativa y política de su abuelo, si el Consejo de la capital, amante ya de sus instituciones casi democráticas, no se hubiera opuesto á la pretensión de los aragoneses. Respetados fueron los Fueros de D. Jaime; pero, aumentando las franquicias y creciendo el orgullo de los señores, fué marcándose cada vez más el antagonismo entre la nobleza y la clase popular, dominante aquélla en las poblaciones de señorío feudal, y ésta en las villas reales. No tenía D. Alfonso bastantes ánimos para acudir á todo: cedía en Aragón á fin de proseguir sus guerras en Italia.

D. Jaime II, su hermano y sucesor (1291), apellidado *el Justo*, dió fin por entonces á las guerras de Italia, renunciando á la corona de Sicilia por la investidura de Córcega y Cerdeña. No se detuvo por eso el espíritu emprendedor de catalanes y valencianos: lanzáronse al mar por propia cuenta, realizando la temeraria y hazañosa expedición á Oriente, que más parece legendaria epopeya que suceso histórico. Dentro del reino de Valencia, señalóse la época del segundo Jaime por dos hechos importantes: su nuevo amojonamiento, y la fundación de la Orden militar de Nuestra Señora de Montesa. El nuevo amojonamiento afectó solamente á la frontera meridional, y fué resultado de contiendas con Castilla y de una campaña, en la que probó su esfuerzo personal el monarca aragonés, asaltando bizarramente el castillo de Alicante. Cansadas ambas partes de la guerra, el rey de Portugal D. Dionis, nombrado árbitro, y asis-

tido de prelados y barones, trazó la línea divisoria de los reinos de Valencia y Murcia (1). La Orden de Montesa tuvo por cuna el sepulcro de la del Temple: poderosísimos y bien quistos los templarios en Aragón y Valencia, rechazaron con las armas la bula de supresión, encastillándose en sus fortalezas de Miravete, Cantavieja, Monzón, Gisbert y Peñíscola. Tuvo que hostilizarlos y rendirlos, con dolor del corazón, el monarca aragonés, cumpliendo el decreto de la Santa Sede y del Concilio de Viena. Después, tras muchas porfías, obtuvo del pontífice Juan XXII que sus bienes, destinados á la Orden de San Juan del Hospital, sirviesen para crear otra de la misma índole militar, pero propia del reino de Valencia y encargada peculiarmente de su defensa. Por lo demás, época de paz y de sosiego, relativamente, fué para toda la corona de Aragón el reinado de este monarca, conciliador y transigente, que dió nuevo sesgo á la política de sus antecesores, dejando á un lado las gloriosas aventuras en el exterior, y aviniéndose en el interior á las pretensiones forales. La unidad de la monarquía aragonesa le debió un gran servicio: por primera vez fueron declarados inseparables los tres Estados que la componían; en lo sucesivo, el rey de Aragón fué, *ipso facto*, rey de Valencia y conde de Barcelona (2).

En los tiempos de D. Alfonso IV (1327-1336) surge por primera vez el desacuerdo entre el monarca y el elemento popular. Promuévelo un espíritu exótico á la realeza aragonesa, el espíritu castellano, traído á la corte por D.ª Leonor de Castilla, segunda esposa del rey. Por favorecer al infante D. Fernando, obtuvo de D. Alfonso la cesión de villas tan importantes como Játiva, Alcira, Murviedro y Castellón. Patente desafuero era éste, y levantó al pueblo de Valencia en defensa del derecho hollado. Entonces fué cuando Francisco Vinatea (3), magistrado princi-

(1) Queda explicada esta nueva división en el cap. I.

(2) «*Quicumque sit rex Aragonum inde etiam sit rex Regni Valentiæ et Comes Barchinone.*» Privilegio de Tarragona en 1319.

(3) El rey, en su crónica, llamó Guillén á este Vinatea; Zurita lo copió, y ese

pal de la ciudad *(jurat en cap)*, reclamó del monarca, en presencia de la asombrada reina, la derogación de lo que se había hecho contra ley, amenazándole con la justicia foral. *¡Ah! reyna, aço voliets vos hoir?* exclamó D. Alfonso, dirigiéndose á D.ª Leonor. Y airada contestó la princesa castellana: *Señor, no consentiría el rey de Castilla, hermano nuestro, que él no los degollase á todos.—Reyna, reyna*, replicó D. Alfonso; *el nostre poble es franch, é no es aixi subjugat com es lo poble de Castella; car ells tenen á nos per Senyor, é nos á ells per bons vasalls y compayons* (1). Las donaciones fueron revocadas y el reino quedó tranquilo hasta la muerte de D. Alfonso, aunque algo cambiada su organización política. La querella constante de la nobleza se vió por fin satisfecha. Las Cortes de 1329 debatieron largamente la continua demanda del fuero aragonés, sostenida por la mayoría del Brazo militar, y rechazada por los otros dos. Llegóse á un arreglo; convínose en conceder mayores facultades á todos los barones del reino de Valencia. El rey, asesorado por una comisión nombrada en aquellas Cortes, reglamentó de nuevo la jurisdicción señorial. Obtuvieron los barones el derecho de justicia de sangre, que con tanto empeño les negó el Conquistador. Los Fueros, que éste quiso extender á todo el reino, rigieron sólo en la ciudad de Valencia y las villas reales. Los lugares de señorío quedaron sometidos á la jurisdisción que se llamó *alfonsina*. Satisfechas de ese modo las aspiraciones de la nobleza, no tuvo ya interés en pedir el fuero de Aragón.

Contrastó con el pacífico reinado de D. Alfonso el azarosísimo de D. Pedro IV, el *Ceremonioso*, como le llamaron los cronis-

---

nombre ha quedado; pero el P. Francisco Eximeno, en su *Chrestia* ó *Regiment de Princeps*, le dió su verdadero nombre de Francisco (Parte II, cap. 578). Beuter, citando este texto, señaló la equivocación de la crónica real. En el *Manual de Consells* de la ciudad de Valencia consta, en efecto, que el *jurat en cap* de aquel año, era *Francés de Vinatea*. Perales, en su continuación de la Historia de Escolano, pretende haber sido el primero en advertir y rectificar este error; pero, como queda consignado, estaba ya corregido, aunque insisten en él historiadores modernos.

(1) *Crónica del Rey d' Aragó En Pere IV*, lib. I, cap. 42.

tas cortesanos, *el del Punyalet*, como le apellidaba la gente popular (1336-87). ¡Extraña figura, bien distinta de los anteriores reyes de la casa de Aragón, guerreadores intrépidos y caballerosos, de trato franco, de carácter abierto, de palabra leal! El Ceremonioso, político sagaz, jurisconsulto sofista, orador retórico, diplomático astuto, administrador inteligente y minucioso, es, según expresión exacta de un historiador filósofo, «uno de aquellos déspotas providenciales que muchos Estados nos presentan en la transición de la monarquía feudal á la absoluta (1).» Según los tiempos y las circunstancias, el zorro puede tanto como el león. El *Punyalet* vengador de D. Pedro IV completó la obra del glorioso *Tizón* de D. Jaime I: rasgó los privilegios de la aristocracia aragonesa.

Valencia sufrió en sus tiempos dos largas y sangrientas guerras: la de la Unión y la de los dos Pedros. Un desafuero del monarca provocó la primera: nombró lugarteniente general á su hija D.ª Constanza, en perjuicio de su hermano D. Jaime, á quien correspondía aquel cargo como sucesor de la corona. Alzáronse los recelosos ricos-hombres de Aragón, proclamando la Unión en Zaragoza, y respondieron á su voz los jurados de Valencia. Por vez primera se unían contra el rey y en defensa de los fueros, el elemento aristocrático y el democrático. Pero no fué general el movimiento: dividióse la nobleza, y también la clase popular. D. Pedro de Jérica, cabeza natural de los barones aragoneses en el reino de Valencia, se mantuvo al lado del monarca: muchos ricos-hombres y caballeros, congregados en Villareal, tomaron las armas por él. Unas villas, como Segorbe y Concentayna, estaban por la Unión; otras, como Játiva, contra ella; algunas, más cautas, permanecían neutrales, como Alcira, Murviedro y Morella. Los plebeyos de Valencia, unionistas exaltados, pusieron á su frente á un caballero ilustre, D. Dalmau Galcerán

(1) Don José M. Quadrado, *Introducción* al tratado de ARAGÓN en esta misma obra.

de Cruilles. La reina viuda D.ª Leonor, y los infantes de Castilla D. Fernando y D. Juan, atizaban el fuego de la rebelión y venían á Valencia para autorizarla. Más que una lucha política, como fué la primera guerra de la Unión, sostenida por la nobleza, y había de ser después la de la Germanía, promovida por el pueblo, debe considerarse aquella campaña como contienda doméstica entre los miembros de la familia real, y de personal antagonismo entre los magnates del reino. Siete años duró, siete años de desastres, de intrigas, de traiciones y de venganzas. Momentos hubo en que el sagaz monarca tuvo que doblar la frente á la suerte contraria, entrar en Valencia casi prisionero, y conceder á los de la Unión cuanto le pedían, incluso el nombramiento de un *justicier*, magistrado guardador de las leyes, á semejanza de Aragón. Pero le llegó su vez; rehízose y volvió iracundo contra la ciudad hostil; arrolló en la batalla de Mislata á la milicia foral, que dejó mil quinientos cadáveres en los campos fangosos de la huerta; entró triunfante en la Casa del Consejo, centro del gobierno popular; dirigió desde la ventana al pueblo aterrado estudiada arenga (gran satisfacción para un príncipe que presumía de orador más que de guerrero), y pronunció el terrible decreto de arrasar la población. Cedió á los clamores generales; pero no sin hacer severísima justicia. Ejecutados fueron á su vista los jefes y principales instrumentos de la rebelión: cortáronles la cabeza á los nobles; murieron en la horca los ciudadanos, y abrasados por el licor fundido de la célebre campana de la Unión, los miserables asesinos que habían ensangrentado á Valencia, cumpliendo los decretos despóticos de su gobierno dictatorial (1). Poco antes, derrotados en Epila los con-

(1) Seis fueron los esbirros de la Unión que murieron de esta manera cruelísima. Estos esbirros estaban encargados de las ejecuciones que decretaba el justicier y que se hacían en secreto. Había en la casa de la ciudad cierto número de sacos colgados. De noche, eran metidas las víctimas en aquellos sacos y arrojadas al río. Por el número de sacos que faltaban á la mañana siguiente, contaba el pueblo los ajusticiados. Llegaron estos á trescientos, según las memorias de aquel tiempo.

federados de Aragón y prisionero el infante D. Fernando, había derogado y rasgado el rey en las Cortes de Zaragoza el privilegio arrancado por la nobleza á la debilidad de D. Alfonso III. Dominado el alzamiento de Valencia, fue abolida también la Unión de este reino en las Cortes de 1349.

Aprovechó D. Pedro la pacificación de sus Estados para enviar sus escuadras á Cerdeña, pero á poco se vió envuelto en otra guerra empeñadísima y larga, de la que fué Valencia principal teatro. Lucharon con apasionado ahínco, por tierra y por mar, D. Pedro de Aragón y D. Pedro de Castilla, ambos igualmente calificados con el apellido de *Crueles*, por unos, con el de *Justicieros*, por otros. Parecía que no hubiese razón suficiente para aquella lucha: tenaces, iracundos, voluntariosos ambos, chocaban entre sí por una especie de fatalidad de su carácter indómito. El de Castilla fué el invasor: por la parte de Murcia unas veces, por la de Teruel, otras, caía sobre Valencia. En dos ocasiones distintas llegó hasta sus puertas, y puso en aprieto á la ciudad, que todavía ve colgada en las Torres de Serranos la campana que llamaba á las murallas á sus defensores. La muerte trágica del rey de Castilla puso término á aquella guerra de diez años, y Valencia respiró por fin. Aún pudo disfrutar otros diez años de paz en el reinado larguísimo de D. Pedro IV; y reparados los estragos de la guerra, y de la peste, que también la afligió, porque siempre van los males en compañía, agrandóse la ciudad, que había estado encerrada hasta entonces en los estrechos muros de los árabes. Cuando se aprestaba el rey para la guerra con Aragón, mandó construir las nuevas murallas de Valencia, comprendiendo en el recinto fortificado sus vastos arrabales. Terminada la guerra, comenzó la transformación y el embellecimiento de la capital. Construyó el Consejo su palacio; costeó el caballero Berenguer de Codinats la nueva y suntuosa iglesia del Convento de San Francisco; hizo labrar el obispo don Vidal de Blanes la severa aula capitular de la Catedral; dió comienzo el cabildo al soberbio Miguelete; y pocos años después,

abríanse los cimientos de las Torres de Serranos. Valencia adquiría carácter artístico y monumental.

Completábase, á la vez, su organización político-administrativa. Era D. Pedro celosísimo de su poder; pero cuando lo vió seguro, no regateó concesiones á sus pueblos. Convocaba Cortes á menudo, y gustaba de entender en el arreglo de los asuntos forales. Ciento treinta privilegios de este monarca registra el código de las libertades valencianas. Entre ellos los hay importantísimos, como los que determinan cuándo y en qué lugares deben reunirse las Cortes, cuáles han de ser las facultades de los jurados para el gobierno de la ciudad; y sobre todos, los que establecen la Diputación General para el régimen financiero del reino. Puede decirse que D. Pedro IV estableció definitivamente en Valencia el sistema representativo: su victoria sobre la nobleza redundó, es cierto, en beneficio de la Corona, pero también en pro de las libertades generales de sus reinos, como reconocen hoy escritores ilustres de la escuela liberal (1).

Tan bien afirmada dejó el rey del *Punyalet* la autoridad real, que pudo pasar la vida en continua fiesta su hijo y sucesor Don Juan I, el *Amador de gentileza*, único monarca de la dinastía de Barcelona á quien molestó el peso de los negocios públicos (1387-95). Una dama valenciana, D.ª Carroza de Villaragut, favorita de la reina, dirigía las fastuosas diversiones, y también

(1) «Del seno de aquella revolución, del fondo de la victoria de Epila, lejos de salir la servidumbre, iba á salir la libertad. Las Cortes iban á fundar el Estado en la ley; iban á trasladar las contiendas legales del campo de batalla al tribunal de justicia.... En este reinado sí que puede decirse que se despertó centelleante y gloriosa la espada de la justicia, y que sirvió de amparo á todos los oprimidos y de freno á todas las tiranías.» CASTELAR, *Estudios históricos sobre la Edad media*. Este voto del famoso escritor demócrata no ha decidido la cuestión: aún está en litigio si tenía razón D. Pedro ó los que se alzaban contra él en nombre de sus reinos: entre los que condenan á este rey y á casi todos los demás de la dinastía barcelonesa, como conculcadores de las libertades nacionales, el ya citado Sr. Oliver es quien ha hecho el alegato de acusación más completo en su discurso *La Nación y la realeza en los Estados de la Corona de Aragón*.

los asuntos de estado, en aquella corte amable y frívola (1). Valencia no vió turbado su sosiego más que por el sangriento robo de la judería, explosión terrible de las iras populares contra la codiciosa y enriquecida raza hebrea. Pero no podía durar mucho la paz en aquellos tiempos: educábase la clase noble para la guerra: llevar la mano á la espada era su instinto y su profesión; cuando no en defensa del reino, ó de sus propios derechos, luchaba entre sí por fútiles motivos. Los famosos ***Bandos de Valencia*** dejaron atrás las enconadas contiendas de Montescos y Capuletos. Enemistáronse dos familias principalísimas, los Centelles y los Soler; agrupáronse á su lado muchas otras, y se convirtió la ciudad en campo de Agramante. Repetíanse los duelos, las emboscadas y los asesinatos; convertíanse las reyertas privadas en abierta guerra civil; había encuentros en el campo, con honores de batallas, como el de Llombay, y choques en las calles, que las dejaban sembradas de cadáveres, como el del Palau.

Había muerto desdichadamente el rey D. Juan, y su hermano D. Martín, que estaba en Sicilia, donde había conquistado una corona para su hijo, subió al trono de Aragón (1395-1410). Llamáronle los valencianos para que pusiese orden en la ciudad y en el reino: D. Martín, con razón calificado de ***Humano***, se esforzó en apaciguarlos; intervino en la elección de los jurados de Valencia (2), para contener las demasías de los no-

(1) Poeta de aquella corte era un ingenio valenciano, Micer Domingo Mascó, cuyos entremeses se representaban en palacio, y autor de las *Regles d' amor y parlament de un hom é una fembra, fetes á requesta de la Carroça, dama del Rey Don Joan I*, y *Carta amorosa de ésta al rey y sa resposta.* Además de este parlamento dialogado, compuso otro, *L' hom enamorat é la fembra satisfeta*, que se representó en el Palacio del Real de Valencia en 1394. Mascó era uno de los principales dignatarios de la casa de D. Juan, y fué su vice-canciller en las Cortes de Monzón de 1388. Otro noble valenciano, consejero también del rey, Antonio de Villaragut, barón de Dos-Aygues, escribió otra composición dramática, titulada *Hércules y Medea.* En las citadas Cortes, los representantes de los reinos de Aragón hicieron repetidas instancias para que se reformase la casa del rey y fuera expulsada de ella doña Carrocia, lo cual fué acordado al fin por el monarca.

(2) Esta intervención del rey en el nombramiento de los magistrados popula-

bles con la firmeza del gobierno popular; nombró jueces extraordinarios; levantó patíbulos permanentes; y sólo á medias consiguió su objeto, pues aún tardó algunos años en apagarse aquel fuego, alimentado por el orgullo y la venganza.

Amaba D. Martín su reino de Valencia, que había regido como lugarteniente de su hermano, y tenía gran afecto la piadosa reina D.ª María de Luna á Segorbe, que era de su señorío. Erigieron en ella la Cartuja de Vall de Cristo, en la que asistían devotos á los rezos de los austeros monjes. Pero aquel buen rey, poderoso, respetado y querido en España y en Italia, vió nubladas de pronto sus glorias con la muerte de su hijo, el monarca triunfante de Sicilia y de Cerdeña. Extinguíase la prole primogénita del Conquistador: enfermiza obesidad postraba á su último descendiente. En vano, muerta la reina D.ª María, elevaba al trono, cediendo á las instancias de sus súbditos, á D.ª Margarita de Prades, noble y hermosísima doncella: virgen salía del tálamo real, y el desdichado D. Martín, agotadas sus fuerzas con pócimas inútiles, moría acosado por deudos ambiciosos, legando la corona á aquel «á quien correspondiese en justicia.» No la consideraba como derecho patrimonial, de que pudiera disponer libremente: á los reinos vacantes fiaba su adjudicación (1).

Cómo resolvieron en el Parlamento de Caspe el arduo litigio, cosa es tan sabida, que no hay que detenerse en ella. Arrimando este relato á los fastos de Valencia, bastará decir que ninguno de los Estados de la Corona de Aragón mostróse entonces tan dividido y enguerrado. Reunieron los catalanes su parlamento en Montblanch, y los aragoneses en Calatayud: los valencianos no pudieron concordarse, y tuvieron su *Parlament*

res, fué considerada como una arbitrariedad y motivó protestas, en las que se reconocía, sin embargo, el buen intento del monarca, por lo cual se aceptaba lo hecho, dejando á salvo el derecho.

(1) Tuvo el rey D. Martín la idea de elegir sucesor por sí, oyendo el dictamen de jurisconsultos nombrados por las Cortes, pero éstas se opusieron, y desistió de su propósito.

de dins, en el palacio del Real, y su *Parlament de fora*, en Paterna, trasladados después, el primero á Vinaroz y el segundo á Trayguera. Habían renacido los temibles *bandos*: capitaneábanlos los Villaraguts y los Centelles; estos, á quienes seguía la mayor parte de la nobleza, estaban por D. Fernando de Antequera; aquellos, apoyados por la clase popular, querían al conde de Urgel. Era el antagonismo de siempre, entre el elemento aristocrático-aragonés y el democrático-catalán. Vinieron á las manos los contendientes; triunfaron los nobles en la sangrienta jornada de Murviedro, en la que murió el gobernador de Valencia y quedó en poder de los enemigos la señera de la ciudad; triunfaron los ciudadanos en el combate de Castellón, donde quedaron en el campo ilustres barones de Aragón y de Castilla; y afligidos los buenos patricios, volvieron los ojos al único que podía remediar tan graves daños, á un poder superior á las luchas terrenales, á un humilde fraile, afamado y poderoso ya en España y fuera de España: al insigne dominico Fr. Vicente Ferrer.

¡Cómo se destaca su severa y arrogantísima figura en el fondo confuso de aquella edad turbulenta! Al admirable movimiento religioso del siglo XIII, había sucedido una época de perturbación de los ánimos, de desmayo de la fe, de intrigas ambiciosas, de costumbres relajadas. Afligía á la Iglesia el Gran cisma de Occidente, mezclábanse los intereses mundanos con los asuntos eclesiásticos, apegábase el clero á las riquezas, aflojábase la disciplina monástica, y los fieles, faltos de dirección segura, seguían sin escándalo los caminos de la licencia. Elocuente, fogosa, irresistible protesta contra aquella corrupción, la palabra de San Vicente sonó de pronto con el fragor del trueno en toda la Europa Occidental. Asombradas, sobrecogidas, consternadas, arrepentidas al fin, seguíanle las gentes, que á su voz sentían renacer en el alma el amortiguado fervor, y convertíase el apóstol triunfante en árbitro de los pueblos, los reyes y los pontífices.

Nombróle el reino de Valencia como uno de los tres jueces que debía enviar al Parlamento de Caspe, y él fué quien decidió la sucesión de la corona; él la puso en las sienes del infante castellano, subordinando argumentos jurídicos á razones de bien público. Valencia aceptó sin protesta el fallo de Caspe: tal era la autoridad del Padre Vicente. Los que eran en este reino partidarios del de Urgel, le abandonaron en su inútil alzamiento. Fácilmente vencido, el castillo de Játiva vió consumirse la vida desdichada de aquel príncipe, cuyos bríos no igualaron á sus ambiciones. Y (ejemplo conmovedor de las humanas vicisitudes) la condesa de Urgel, la hija última de aquel poderosísimo y airado D. Pedro IV, que quiso arrasar á Valencia, desamparada y mendicante, acudía á los magistrados de la ciudad vencida por su padre, pidiéndoles algún socorro para sobrellevar *sa miserable y plorosa vida* (1).

San Vicente Ferrer, apóstol de Europa, y Benedicto XIII, pontífice glorioso y venerado primero, terco y aborrecido antipapa después, aferrado en su solitario castillo de Peñíscola al báculo pastoral que ya no regía la cristiana grey, eclipsan en la historia de Valencia al rey D. Fernando I, fundador de la dinastía castellana (1410-16). Pero á su muerte, surge con aureola de gloria la imagen marcial del monarca más querido de los valencianos después del Conquistador: D. Alfonso V, el Magnánimo (1416-58). Infante aún, había celebrado en Valencia su casamiento con D.ª María de Castilla, hermana del rey D. Enrique IV. La princesa castellana adoptó por segunda patria la bella ciudad de sus dulces y estériles amores: sus virtudes ejemplares le ganaron todas las voluntades. El rey, apenas ciñó la corona, marchó á Italia para renovar las proezas de Don

(1) Consta en los libros de actas del Consejo de Valencia que en 1417 la princesa D.ª Isabel pidió por medio de Fr. Juan Gimeno, obispo de Malta, y mosen Pedro Despés, que se le diese por caridad algún recurso, y que se le concedieron quinientos florines. Igual cantidad otorgó la ciudad en 1423 á D.ª Leonor de Aragón, hermana del conde de Urgel.

Pedro el Grande, y allá le siguieron los valencianos con sus simpatías, con sus donativos, con sus armas. No podía haber mejor caudillo para un pueblo entusiasta, impresionable, artista y poeta. El monarca aragonés, esforzado, generoso, amante del saber, parecía buscar en las risueñas playas italianas, no sólo la extensión de sus dominios, sino también la luz del Renacimiento que con vivos resplandores alboreaba en las artes y las letras. Un rayo de aquella luz se reflejaba en la Atenas del Turia. Mientras la reina, piadosísima, fundaba los monasterios de Jesús y de la Trinidad, hermoseaba el rey con nuevos primores el palacio del Real, erigía en el convento de Santo Domingo la magnífica capilla de los Reyes, y regalaba á la catedral el cáliz tradicional del Señor. Día solemnísimo para Valencia fué el del regreso del victorioso rey, después de su atrevido golpe de mano sobre Marsella. Gran parte de la gloria de aquella jornada había sido para los valencianos: el audaz marino Juan de Corbera rompió con su nave la cadena que cerraba el puerto; á su decisión se debió el temerario asalto de la populosa ciudad. De los trofeos de la victoria, el más preciado de todos (rasgo que pinta una época) fué el cuerpo de San Luís, obispo de Tolosa, robado á los marselleses. El rey lo entregó á la catedral de Valencia, con las fuertes cadenas que no habían podido cerrar el puerto enemigo á sus naves vencedoras.

Bien podemos llamar á D. Alfonso V, último rey de Valencia: sus sucesores ya no estuvieron en contacto íntimo con el pueblo valenciano, ni recibieron de un modo directo sus inspiraciones y su influjo. El reino de Valencia perdía su importancia política con el engrandecimiento de la corona. D. Juan II (1458-79) y D. Fernando el Católico (1479-1516), vinieron á la ciudad del Turia y cumplieron el precepto foral del juramento, pero dejaron enseguida á sus lugartenientes y virreyes la administración del reino, que ya no era un factor tan importante como antes en su poderosa monarquía, y lo fué mucho menos al unirse Aragón y Castilla. Perdió Valencia en este concepto; pero no en riqueza,

en cultura, ni en importancia social. Florecieron en el siglo xv, fecundadas por la paz, la poesía y el arte, la ciencia y la industria, mientras alcanzaba nobles lauros la milicia, y la Iglesia excelsas palmas. La musa lemosina llegaba á la cumbre del Parnaso con Ausias March, émulo del Petrarca. Ruiz de Corella, el ferviente vate místico, Jaime Roig, el gran satírico, Bernardo Fenollar y Jaime Gazull, daban todos los tonos á aquella poesía flexible y culta, digna del ingenio ático. La arquitectura ojival, impregnada en las elegancias del Renacimiento, levantaba en la Lonja un palacio de reyes para los mercaderes valencianos. La caridad cristiana daba otro palacio á los pobres en el Santo Hospital. Adelantándose á todas las ciudades de España, acogía Valencia con amor el portentoso invento de Gutemberg. La Escuela general adquiría la investidura de Universidad regia y pontificia, por decreto del rey Católico y por bula de Alejandro VI, pontífice valenciano, como su predecesor Calixto III. Aquel mismo papa elevaba la iglesia valenciana al rango de Metrópoli, y colocaba en los altares al hijo más ilustre y más popular de Valencia, á Fr. Vicente Ferrer, santificando con esta piadosa apoteosis á la ciudad y al reino entero.

Corre desde esta época más ligada cada vez á la historia general de España la de Valencia; pero aún adquiere importancia especial y carácter propio en la Guerra de la Germanía, más nombrada que conocida, y objeto de apasionados juicios, que toca á la crítica depurar. Testigo presencial de ella (*scriptor de vista*, como él mismo dice), historióla Viciana con exactitud en el relató de los hechos, pero no podía apreciar las causas imparcialmente quien lloraba la muerte de su padre, víctima de los agermanados, y recibía de los vencedores los datos para escribir aquella crónica, convertida en alegato fiscal (1). Viciana y los

(1) *Parte cuarta de la Crónica de Valencia, compuesta por Martín de Viciana*, Barcelona, 1566. Francisco Sellés, secretario del virrey D. Diego Hurtado de Mendoza, le proporcionó, por mandato de éste, las piezas justificativas, consis-

historiadores que le siguieron no veían en la Germanía más que una rebelión contra la autoridad real, un crimen de lesa-majestad. La revolución, triunfante en nuestro siglo, declamatoria y pretenciosa, convirtió en insignes predecesores suyos y en mártires de la libertad á los agermanados de Valencia, lo mismo que á los comuneros de Castilla. En artículos de periódico y en discursos tribunicios, en odas y en romances, en dramas y en novelas pseudo-históricos, han figurado Guillem Sorolla, Vicente Peris, Juan Lorenzo y el misterioso *Encubierto*, como tipos ideales, creados casi siempre á capricho del autor. La Germanía espera un historiador concienzudo que destruya esos convencionalismos burdos (1).

Este formidable alzamiento popular, preñado de horrores, y cuyas víctimas se contaron á millares (2), puso de relieve los vicios de que adolecía la sociedad valenciana de aquel tiempo y la deficiencia de su organización política. Coincidió con el de las Comunidades castellanas, pero fué su índole muy distinta. En las Comunidades tomaron parte todas las clases; lo mismo los caballeros y los prelados, que los procuradores de las ciudades. Exponían agravios generales, abusos de los ministros del rey, que alcanzaban á todo el reino: quebrantamiento de los fueros, postergación de las Cortes, rapacidad de los oficiales reales. Los agermanados no alegaban ofensa alguna del rey, ni de la corte, ni siquiera de los impopulares flamencos: al contrario, solicitaban su apoyo, y alguna vez lo obtuvieron. Representaban una

---

tentes en el registro original de las cartas, provisiones y órdenes reservadas, «para que con más verdad yo pudiese escrevir esta hystoria», dice el mismo Viciana. Escolano relató también, con igual criterio, los sucesos de las Germanías en el libro X de sus *Décadas*.

(1) El escritor valenciano D. Manuel Danvila, publicista laborioso y fecundo, ha tratado con criterio imparcial este asunto, en su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, 1884. Titúlase *La Germanía de Valencia* y forma un libro bastante voluminoso, pues acompañan al discurso un *Sumario histórico* muy detallado, y muchos documentos justificativos.

(2) Doce mil hombres, la flor de la juventud valenciana, dicen los autores del tiempo que murieron en aquellas revueltas.

sola clase, la popular; quejábanse de otra sola clase, la nobiliaria. Era la continua pugna, oculta unas veces, descubierta otras, que subsistía desde la constitución del reino y que dió ahora violento estallido.

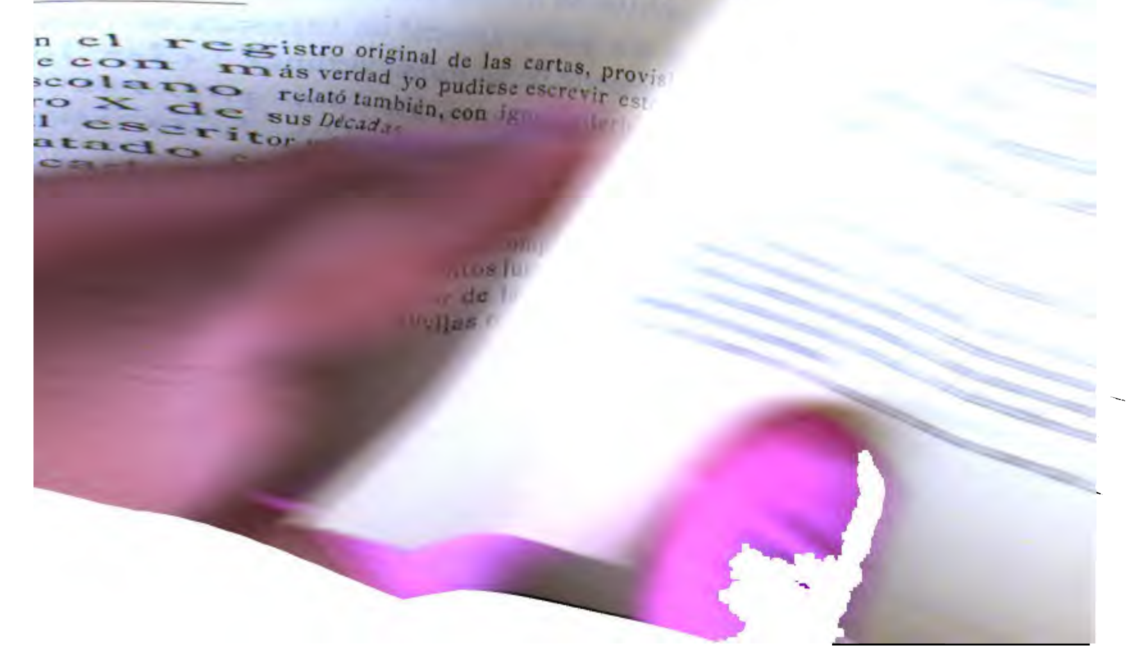
Coexistían en Valencia, equilibrando sus fuerzas y manteniéndose separados, dos elementos antagónicos. La capital, y en menor escala, muchas de las villas, eran verdaderas repúblicas municipales, regidas por la clase burguesa, y cuya autonomía apenas limitaban los oficiales del rey, atentos solamente á garantir los intereses generales del reino y los peculiares de la corona. Al lado de estos concejos casi soberanos, los barones, armados siempre, ejercían en sus estados feudales amplia autoridad, que los hacía imperiosos y soberbios. Celosos á la vez de sus preeminencias los ciudadanos, el choque hacíase inevitable cuando, en la segunda mitad del siglo XV, la paz y el cambio de las costumbres sacaron de sus castillos y de los pueblos de su señorío á los ricos-hombres guerreros y toscos, y los trajeron á Valencia. Hacíase más culta la vida, pero también más relajada; de la Italia del Bocacio y del Aretino venía á España algo de bueno, pero también mucho de malo: el libertinaje era cada vez más desenfrenado (1). Abusaban los nobles de su poder y sus riquezas; flojeaban los jueces; transigían quizás los burgueses enrique-

(1) «Desde la muerte de la Reina Católica había ido agravándose la dolencia moral que afligía al pueblo valenciano. Sus costumbres, en la época de la Germanía, eran más sueltas y libres de lo que podían consentir los preceptos morales y religiosos. Los asesinatos, impunes muchas veces; las violencias, los cohechos de los jueces y oficiales de justicia, las infidencias de los depositarios de la fe pública, los raptos de mujeres, los amancebamientos de los clérigos, la creciente apertura de tabernas, el próspero estado de la mancebía, la multitud de *enamorados*, rufianes, vagamundos, paseantes *(picacantons)*, pendencieros y mendigos, que inundaba la ciudad; la infame y repugnante asociación de libertinos, cuyo título y objeto no permite el decoro que se recuerden, y otros muchos justificados hechos, que es ya innecesario consignar, trazan gráficamente el sombrío cuadro de aquella sociedad desquiciada y revuelta. Las crónicas, manuscritos coetáneos, disposiciones de los Jurados y Consejo general, registros de los establecimientos piadosos, procesos de la Inquisición y de los Justiciazgos civil y criminal, las homilías y otros muchos documentos públicos y privados, lo atestiguan de una manera irrefutable.» DANVILA, discurso cit.

ue le siguieron no veían en la Germanía más que
ontra la autoridad real, un crimen de lesa-majes-
ción, triunfante en nuestro siglo, declamatoria y
convirtió en insignes predecesores suyos y en már-
ertad á los agermanados de Valencia, lo mismo que
eros de Castilla. En artículos de periódico y en dis-
nicios, en odas y en romances, en dramas y en nove-
históricos, han figurado Guillem Sorolla, Vicente
Lorenzo y el misterioso *Encubierto*, como tipos idea-
s casi siempre á capricho del autor. La Germanía
historiador concienzudo que destruya esos convencio-
burdos (1).

formidable alzamiento popular, preñado de horrores, y
ctimas se contaron á millares (2), puso de relieve los
que adolecía la sociedad valenciana de aquel tiempo y
encia de su organización política. Coincidió con el de las
dades castellanas, pero fué su índole muy distinta. En la
idades tomaron parte todas las clases; lo mismo los ca
y los prelados, que los procuradores de las ciud
ían agravios generales, abusos de los ministros
canzaban á todo el reino: quebrantamiento de lo
gación de las Cortes, rapacidad de los oficiales
anados no alegaban ofensa alguna del rey,
uiera de los impopulares flamencos: al co
apoyo, y alguna vez lo obtuvieron. R

n el registro original de las cartas, provis
e con más verdad yo pudiese escrevir est
scolano relató también, con ig
ro X de sus *Décadas*
l escritor
atado



sola clase, la [illegible] [redacted] ...toles,
ria. Era la [illegible] [redacted] ...llama-
que subsistía [illegible] [redacted] ...embar-
violento estallido [illegible] ...to á las
Coexistían en [illegible] [redacted] ...rey por
niéndose [illegible] [redacted] ...e los no-
menor escala, [illegible] ...s deshon-
municipales, [illegible] [redacted] ...los acuchi-
apenas [illegible] [redacted] ...ticia contra
tir los intereses [illegible] [redacted] ...stenían en el
na. Al lado de [illegible] ...s. Para reme-
dos siempre, [illegible] [redacted] ...to de dos jura-
que los hacía [illegible] [redacted] ... Pedro III.
preeminencias [illegible] ... constitución mu-
do, en la segunda [illegible] ... Tenían los prime-
costumbres [illegible] ...gundos la burguesía
río á los ricos-hombres [illegible] ...o plebeya. Todos al-
lencia. Hacíase [illegible] ...eneral, por elección de
la Italia del Bocaccio [illegible] ...tro jurados, nombrados
pero también [illegible] ...abían de ser de las dos
enfrenado (1). [illegible] ...or un privilegio de 1278,
zas; flojeaban los [illegible] ... *menor* (2); pero causó mal

(1) «Desde [illegible] ...de cierto peaje que había pagado, dice:
moral [illegible] ...tes coses aturen, no es rebran mes drets, ni
nía, eran [illegible] ...des com per la senyoría de Genova.» El car-
religiosos. [illegible] ...va, y soñaba un régimen parecido al de las re-
los jueces [illegible]
los raptos [illegible] ...ían á los gremios de artesanos: eran Antón Gar-
de tabernas [illegible] ...*velluter* (tejedor de seda); Guillem Sorolla, tejedor
nes, [illegible] ...dor; Pedro Villes, tundidor; Pedro Bage, curtidor;
daba la ciudad [illegible] ...so Cardona, cordonero; Juan Lledo, botonero; Jeró-
objeto [illegible] ...e Peris, alpargatero; Juan Sancho y Juan Çomis, ma-
que [illegible]
[illegible] ...s probis hominibus et universitati civitatis Valentiae
[illegible] ...no in Valentia, dum nostri placuere voluntati, eligere sex
[illegible] ...os, sunt duos de manu maiori, et duos de manu mediocri,
[illegible] ...minori.» *Aureum opus*, *Petrus primi*, privil. II.

cidos, árbitros del Consejo general; murmuraba la multitud plebeya; atizaban sus rencores los que pensaban aprovecharlos. Las instituciones forales manteníanse incólumes, y sin embargo, clamaba el pueblo justicia: no era la violencia, sino la corrupción, la que destruía la eficacia de las antiguas leyes.

Aguardaban los valencianos que viniera D. Carlos de Austria á jurar los fueros ante las Cortes; quería el nuevo monarca que prestase el juramento, por delegación suya, el cardenal Adriano de Utrech. Era esto un evidente contra-fuero: opusiéronse los Brazos militar y eclesiástico; más deferente con la corona, accedía á ello el Brazo popular (1). Habíanse armado y *agermànado* ya los gremios de Valencia, pretextando la defensa del reino contra una temida invasión de los africanos, apoyándose en lo dispuesto por Fernando el Católico (2), y aprovechando la ausencia de muchos nobles y algunos oficiales reales, fugitivos de la peste, que hacía estragos en la ciudad. El monarca, resentido con los nobles, aprobó el armamento y autorizó la *Germanía* (3). Cuando llegó á Valencia el cardenal Adriano, pudo presenciar, desde las ventanas del convento del Remedio, el marcial alarde de ocho mil artesanos, perfectamente armados y bien vestidos, que desfilaron con sus capitanes y sus cuarenta banderas, á los gritos de *¡viva el rey!* Era el ejército del pueblo, en lucha abierta ya con la nobleza.

La Germanía constituyó su gobierno y alegó sus quejas. Un viejo cardador, Juan Lorenzo, hombre leído y con humos de filósofo, que aspiraba á hacer una verdadera revolución en el régimen de Valencia, asemejándola á la Señoría de Génova (4),

---

(1) No juró D. Carlos los fueros de Valencia hasta que vino á esta ciudad en 1527.

(2) Real cédula de 15 de Agosto de 1515, en la cual se ordenaba, á consecuencia de un ataque de los piratas berberiscos á Cullera, que se armase el pueblo de Valencia, formando sus compañías, con sus cabos, jefes y oficiales.

(3) Real cédula expedida en Fraga, á 31 de Enero de 1520, á instancia de los mensajeros de los agermanados.

(4) Se ha conservado esta indicación en una carta de Juan Lorenzo, citada

organizó el movimiento. En memoria del Señor y sus Apóstoles, eligieron los gremios trece varones: los Trece, que así se llamaron, gobernaban la Germanía (1). Esto no impedía, sin embargo, el funcionamiento de las autoridades forales. En cuanto á las quejas de los agermanados, expuestas repetidamente al rey por medio de cartas y enviados, fundábanse en la tiranía de los nobles. Tratábanlos, decían, como si fuesen esclavos; les deshonraban las doncellas, les forzaban las mujeres, y aun los acuchillaban y mataban, sin que pudieran encontrar justicia contra ellos. Alegaban también que por su provecho sostenían en el reino á los moros, causantes de continuas alarmas. Para remediar, en parte, estos males, pedían el nombramiento de dos jurados *de la mano menor*, según el privilegio de D. Pedro III.

Tres categorías de ciudadanos reconocía la constitución municipal de Valencia: *majors*, *mitjans y menuts*. Tenían los primeros categoría de nobleza; representaban los segundos la burguesía ó clase media; los terceros, la trabajadora ó plebeya. Todos alcanzaban participación en el Consejo general, por elección de los gremios y las parroquias; pero los cuatro jurados, nombrados por el Consejo para regir la ciudad, habían de ser de las dos primeras categorías. Don Pedro III, por un privilegio de 1278, añadió otros dos jurados *de la mano menor* (2); pero causó mal

---

por el Sr. Danvila. En ella, quejándose de cierto peaje que había pagado, dice: «mes, Deu Nostre Senyor volent, si estes coses aturen, no es rebran mes drets, ni suraran altres leys, que les ben donades com per la senyoría de Genova.» El cardador político había estado en Génova, y soñaba un régimen parecido al de las repúblicas italianas.

(1) Todos los Trece pertenecían á los gremios de artesanos: eran Antón Garbí, pelaire; Sebastián de Nona, *velluler* (tejedor de seda); Guillem Sorolla, tejedor de lana; Vicente Mocholí, labrador; Pedro Villes, tundidor; Pedro Bage, curtidor; Damián Isern, guantero; Alonso Cardona, cordonero; Juan Lledo, botonero; Jerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; Juan Sancho y Juan Çomis, marineros.

(2) «Concedimus vobis probis hominibus et universitati civitatis Valentiae quod possitis quolivet anno in Valentia, dum nostri placuere voluntati, eligere sex probos homines in juratos, sunt duos de manu maiori, et duos de manu mediocri, et alios duos de manu minori.» *Aureum opus*, *Petrus primi*, privil. II.

efecto, sin duda, esta novedad, pues no llegó á cumplirse, y fué revocada en las Cortes de Valencia de 1283 (1). Posteriormente, se aumentaron á seis los jurados, pero siempre de la mano mayor y mediana.

Esta petición, la única de índole legislativa que hacían los agermanados, marca el sentido de su alzamiento: el gobierno municipal de Valencia tenía carácter mesocrático; querían ellos convertirlo en democrático. Lograron en parte su objeto al celebrar el Consejo general la elección de jurados; pasando por encima de las órdenes del rey, que excluían á los *menuts*, triunfó la candidatura popular, con sus dos jurados de cada una de las tres manos.

Ya estaba la Germanía en rebelión: el conde de Mélito, virrey nombrado de reciente, y aunque buen caballero, inhábil gobernante, tuvo que huir de la ciudad; y á los motines que la habían ensangrentado (2), sucedió terrible guerra civil. De una parte estaban los plebeyos, apoderados de Valencia y de casi todas las villas reales, á las que se extendió la Germanía; de otra, la nobleza en masa, con sus vasallos cristianos y moros, más fieles y seguros éstos que aquéllos. El clero, menos político en Valencia que en Aragón y Castilla, intervino poco en la querella; algunos frailes siguieron á los agermanados: era esto una excepción; inclinábanse á la clase alta, y á la autoridad real, atropellada ya por los rebeldes, las simpatías eclesiásticas. Dos ejércitos formó la nobleza: uno á la parte de Mediodía, para auxiliar al virrey, refugiado primero en Concentaina y después en Játiva; otro á la parte de Septentrión, reunido por el animoso

(1) Privil. V del mismo rey, inserto también en el *Aureum opus*, en el cual se restablecían en varios puntos los antiguos fueros, á instancia de los habitantes de la ciudad y otros lugares del reino.

(2) Circunstancia notable de estas revueltas es que comenzaron los desórdenes por la persecución de los sodomitas, provocada por la predicación de un fraile, á cuya voz el pueblo cometió terribles desmanes contra los tachados de aquel feo vicio. Bárbaro como era este procedimiento, significaba una protesta contra la creciente corrupción de las costumbres.

duque de Segorbe, que contaba con las compañías de Morella, la única villa real que resistió siempre á la Germanía. Enviaron los Trece dos ejércitos populares contra las dos huestes nobiliarias, y fué diversa la suerte de la guerra: Vicente Peris, el caudillo más valeroso del pueblo valenciano, batió al virrey en Gandía, y le obligó á huir por mar á Denia, y de allí á Peñíscola; en cambio, el duque de Segorbe destrozó en Oropesa la tropa de Miguel Estellés, que murió ahorcado en la plaza de Castellón, con los principales de los suyos; y cuando los Trece enviaron contra el temible duque nuevo ejército popular, al mando de Jaime Ros, con el pendón de Valencia, sufrió también completa derrota en los campos de Almenara, dejando en ellos dos mil cadáveres.

Exacerbaban estos desastres á los agermanados, crecían los atropellos, acentuábase el carácter social de aquella revolución desenfrenada (1), y se reaccionó contra ella la burguesía, disgustada á la vez probablemente de la fastuosa arrogancia de los improvisados caudillos populares (2). Aquella parte acomodada y tranquila de la población ciudadana, sobre la cual pesaban duramente los males de la guerra, puso los ojos en un ilustre caballero, querido de todos y el único de su clase que había quedado en la ciudad: el marqués de Zenete, hermano del virrey.

(1) Los Trece dispusieron, entre otras cosas, que todos los señores, barones y caballeros, y otras personas que poseían ciudades, villas, castillos, lugares, heredamientos y derechos algunos en el reino, compareciesen ante ellos, é hiciesen manifestación de sus títulos, para guardarles razón y justicia, pues, si no pareciesen, ó no mostrasen los títulos, ó éstos no fuesen bastantes, se mandaría hacer restitución y entrega á la Corona real de lo injustamente poseído.

(2) Guillem Sorolla, humilde tejedor, se paseaba por la ciudad cabalgando con traje de caballero, con largo séquito de pajes y lacayos, hacía juegos de cañas y otros ejercicios propios de la nobleza, y se complacía en oir á la chusma que le aclamaba, gritando: «¡Viva el rey Sorolla!» Cuando Vicente Peris entró triunfalmente en Valencia, después de la derrota del virrey, iba «montado en un poderoso caballo á la brida, vestido con un sayo de raso blanco aforrado de raso amarillo, todo el blanco acuchillado, gorra de grana y pluma blanca, rodeado de veinticinco lacayos, vestidos de capotines de paño blanco á la vizcaina y monteras del mesmo paño.» Este afán de lujo y ostentación, por parte de los plebeyos de la Germanía, era muy general, y resalta en las relaciones de la época.

Para intervenir en la cosa pública con algún carácter oficial, aceptó el cargo de subrogado del gobernador, que lo era el caballero Cavanilles, y con notable sagacidad calmó los ánimos y preparó el apaciguamiento. Cuando, vencida en sangrienta batalla la Germanía de Orihuela por los marqueses de Moya y de los Vélez, vinieron estos magnates castellanos en auxilio del virrey, el hábil mediador logró que capitulase Valencia. Depusieron los Trece su autoridad, entregaron las armas los agermanados en el convento de San Francisco, nombráronse nuevos jurados y quedó la legalidad restablecida. Aún resistió en Alcira y Játiva el tenaz y arrojado Peris; aún regresó á la ciudad y armó á los suyos: pero estaba moralmente muerta la Germanía, y la aplastaron el gobernador Cavanilles y el mismo marqués de Zenete en el famoso combate de la calle de Gracia. Como fiera acorralada en su propia madriguera, luchó Peris, entre las llamas de su casa incendiada, hasta caer acuchillado á los pies del marqués y del gobernador. Su cuerpo destrozado fué puesto en la horca; su cabeza, clavada en una pica, en un balcón del palacio arzobispal. El mismo trágico fin tuvieron los demás jefes de la Germanía, que no habían muerto en la guerra, ó de dolor, como murió el iluso Juan Lorenzo, al ver los crímenes del populacho que quiso redimir. Pereció en el patíbulo el tejedor Guillem Sorolla, ambicioso vulgar, á quien ha favorecido la fama caprichosa; y asesinado, el último que sostuvo el pendón del pueblo en Alcira y Játiva, el *Encubierto*, cuya dudosa condición ha dado pie á tantas suposiciones novelescas.

Ahogadas en sangre las Germanías, quedó Valencia en paz: el régimen del reino no sufrió alteración aparente; pero, conservando las mismas formas legales, cambió su espíritu. Predominaba la nobleza y se modificaba su carácter: sin dejar de ser militar, hacíase más cortesana. Adheríase firmemente al trono, y recibía el apoyo, cada vez más decisivo, de su autoridad. Ante esta autoridad cedía todo: el estamento popular inclinábase dócil ante ella, y dejaban las Cortes de ser un poder político,

para convertirse en un organismo administrativo. En cambio, el emperador inundaba á España con los resplandores de su gloria, y el buen pueblo valenciano veía llegar á sus playas, prisionero y cabizbajo, al rey Francisco, cuyas melancolías en vano procuraba distraer el caballeresco gobernador Cavanilles en su castillo señorial de Benisanó.

Pero aún turbó la paz del reino aquel mismo año (1525) un suceso grave, consecuencia lejana, en parte, de la guerra de los agermanados. Los plebeyos vencidos no perdonaban á los moros el apoyo prestado á sus señores. Guardábanles apasionado rencor, y les acusaban de crímenes tenebrosos, de inteligencia con los corsarios berberiscos y con el Gran Turco. No hubiera pasado de murmuraciones inútiles esta prevención popular, si no la hubiera apoyado otro elemento, que iba adquiriendo preponderancia decisiva, el elemento eclesiástico. La lucha contra la Reforma, la tendencia á la unidad y la disciplina dentro del Catolicismo, el establecimiento de la Inquisición y de la Compañía de Jesús, hacían que la imposición autoritaria de la fe sucediese á la tolerancia religiosa de los siglos medios. Habían sido ya expulsados de España los judíos: clamaba ahora el clero por el bautismo ó la expulsión de los moros: habíalo pedido al emperador su maestro Adriano de Utrech, elevado al solio pontificio; pidióselo de nuevo, con muchas instancias, Clemente VII. Aún hubo en la iglesia valenciana una voz de protesta, eco de la antigua tolerancia: el docto jerónimo Jaime Benet, del monasterio de la Murta, opúsose á toda violencia, alegando que bautizar á la fuerza á los moros, era convertirlos necesariamente en apóstatas. No fué escuchado su dictamen: la expulsión era popularísima en Valencia; considerábase como complemento de la reconquista. Los nobles, únicos que se oponían, por el provecho que sacaban de los moros, sus vasallos, tuvieron que ceder tras infructuosas gestiones; el monarca estaba decidido. Menudearon en pocos meses órdenes restrictivas y opresoras contra los sectarios del Corán; cerráronles las mezquitas; prohibieron todos

los actos de su religión; obligáronles á acudir á los sermones; consideráronles como cristianos, aunque hubieran sido bautizados por fuerza; priváronles de armas, y les vedaron la venta de sus ganados, alhajas y demás riquezas. Anunciaban estos preliminares el golpe final: la salida de España. Un último decreto ordenó que fueran embarcados en la Coruña todos los musulmanes. Reclamaron en vano: desoyó el emperador peticiones y súplicas: no había remedio; ¡el bautismo ó la expatriación!

Durante dos siglos y medio habían vivido los moros, tranquilos y resignados, en los campos que fecundaban con el sudor de su frente; sucedíanse las generaciones á la sombra de los mismos árboles, apegadas al paterno bancal, conservando las creencias y los hábitos de sus mayores en sus lugarejos y alquerías. Cara les costaba aquella libertad á medias: para el señor era muy buena parte de los frutos de su trabajo incesante; pero la daban por bien empleada, por seguir, casi á escondidas, su propia ley. Mostrábanse las autoridades cada vez más exigentes: restringían sus fiestas y ceremonias, reglamentaban sus trajes y sus costumbres. Obedecían ellos estas duras prescripciones, ó las burlaban, según los casos, y cuando, tras la cotidiana jornada, á la luz del crepúsculo ó al resplandor de la menguante luna, símbolo de su raza y de su síno, entregábanse á la africana zambra y entonaban los leilíes del desierto en la soledad de los campos, olvidaban por un momento su servidumbre y que las campanas del cercano monasterio proclamaban el triunfo de una religión incompatible con sus tradicionales afectos. La vida sedentaria y laboriosa les hizo perder los hábitos militares: leales y sumisos, siguieron á los nobles en las guerras de la Germanía; pero más sirvieron de estorbo que de ayuda algunas veces: en la batalla de Almenara, consternados por el fuego de la artillería, comprometieron el éxito de aquella empeñada acción. Pero, hasta la paloma es valiente cuando defiende su nido: alzáronse los moros al perder toda esperanza, trocaron el azadón y el arado por el arcabuz y la pica, y hubo que reunir grandes

fuerzas para dominar su resistencia frenética. Cuando visitemos la encumbrada sierra de Espadán, teatro de aquella lucha á muerte, veremos vagar sobre sus cimas altísimas y sus despeñaderos enormes, las sombras de Selim Almanzor y sus guerreros desesperados, defendiendo palmo á palmo su último asilo; un peñón estéril. Al ondear victoriosa en aquel peñón la señera de Valencia, logróse lo que era la aspiración capital, y quizás la necesidad también, de aquella época: la unidad religiosa en España. Muertos en la lucha los más decididos de los moros, transportados al África los más pacientes; bautizados, de buena ó mala gana, los más acomodaticios, no había ya en la península española más que fieles cristianos, súbditos obedientísimos de la doble autoridad temporal y espiritual, estrechamente unida en el gobierno de la nación llamada Católica por antonomasia.

Pero había cristianos viejos y cristianos nuevos: los moros no habían sido regenerados completamente por las aguas del bautismo; el pueblo los llamaba *moriscos*, y recelaba que, al conservar su algarabía, su traje y muchas de sus costumbres, conservaba también en el fondo de su conciencia su fe religiosa y su odio al vencedor. El reinado de D. Felipe II presenció la insurrección formidable de las Alpujarras, que hizo necesaria la intervención hazañosa de D. Juan de Austria. No se movieron entonces los moriscos valencianos, escarmentados aún, y con la paz fueron creciendo su número y los recelos que infundían. Al comenzar el siglo XVII contábanse en el reino de Valencia cuatrocientos cincuenta y tres pueblos de moriscos, con veintiocho mil setenta y dos hogares, y se calculaban en cincuenta mil hombres los que podían poner sobre las armas. La influencia eclesiástica, preponderante en toda la nación, había llegado á su apogeo en este reino con el pontificado del arzobispo patriarca D. Juan de Rivera. Él fué quien logró del indeciso D. Felipe III el decreto de expulsión. En el verano de 1609 vieron llegar los valencianos sorprendidos una escuadra numerosa: naves de Castilla y Cataluña, de Génova y Portugal, de Nápoles y Sicilia,

ocuparon los puertos y vigilaron la costa: sesenta y dos galeras y catorce galeones, al todo. Escuadrones de caballería bajaban de Castilla y Aragón. Tomáronse con la mayor reserva todas las medidas, y el 22 de Setiembre publicóse el bando del virrey, marqués de Caracena: dentro de tres días tenían que dejar sus casas todos los moriscos y dirigirse á los puntos de embarque. Hubó alguna tregua, consintiéronse algunas excepciones al decreto de proscripción (1); pero fué cumplido. Ciento cincuenta mil personas, bien ó mal contadas, salieron del reino: eran el núcleo y la flor de la población agricultora; no cabe duda en que produjo su marcha gran merma en la riqueza pública. ¿Debían considerarse de interés superior, como entonces se creyó, la paz del Estado y la tranquilidad de las conciencias? Quizás se dió demasiada importancia á estas razones; quizás se les da hoy demasiado poca.

Hubo también en aquella triste ocasión desesperados que apelaron á las armas. No pudo sostenerse la insurrección en la Sierra de Espadán; pero encontró abrigo en la selvática Muela de Cortes, y en la intrincada cordillera que separa las provincias de Valencia y Alicante. El valle de Alahuar, escondido entre Javea, Benisa y Teulada, y al cual sólo se puede llegar por angostos desfiladeros, vió repetida la épica lucha y la tragedia de Selim Almanzor. Allí se refugiaron todos los que prefirieron al dócil embarque la resistencia azarosísima, y se defendieron como el león acosado en su caverna, dejando tres mil cadáveres en las disputadas rocas. Miró Valencia como un gran triunfo la expulsión de los moriscos; instituyó para perpetuar su memoria una devota procesión, é inscribió el fausto suceso en los muros de la Casa de la Ciudad (2): ¡cuán lejos estarían de pensar aque-

(1) Mandóse que en los lugares mayores de cien casas quedasen seis familias moriscas para conservar los ingenios de azúcar, las cosechas del arroz y los demás regadíos, confesión paladina del magisterio de aquellas gentes en el arte rural.

(2) Existia esta inscripción en la Casa de la Ciudad, ya derribada, entre la

llos magistrados populares que dos siglos después sería calificada de baldón de la historia patria la victoria que solemnizaban!

Había cambiado en el transcurso del siglo XVI la faz de España; habíase impuesto la monarquía absoluta y teocrática, y el clero era la clase directora del movimiento social. No careció de grandeza aquella época, caracterizada en Valencia por el largo y fructuoso episcopado del Patriarca de Antioquía. Hombre superior, de fe firmísima, de piedad sincera, de virtud acrisolada, significó bien en esta parte de España la subordinación de todo elemento político á la causa triunfante de la Iglesia. Desde el palacio episcopal reinaba efectivamente en Valencia, y para que se hiciera bien patente su completo imperio, llegó á reunir en sus manos, aunque por breve tiempo, el báculo pastoral y la espada del virrey. Débense á él muchas instituciones eclesiásticas, inspiradas en el espíritu de la religiosidad más severa. El Colegio de Corpus-Christi es un ejemplar, único en España, de la regla y la disciplina, llevada á los últimos pormenores. Para imbuir mayor austeridad á las órdenes monásticas, trajo el ascético prelado las nuevas comunidades de la *descalzez;* los capuchinos, los alcantarinos, los carmelitas y los agustinos descalzos, nueva y fervorosa milicia de la Iglesia, que restablecía en el claustro la pobreza y la humildad del siglo XIII. Parecía que bendijese Dios aquella obra, y florecía la santidad en el reino

---

puerta principal y la esquina de la calle de los Hierros. Decía así: *O. O. M. regnante Hispaniarum et Indiarum Rege Philip. III, Prorege Valentino Ludovico Carrillo Toledo marchione Caracenae, flagitante et urgente Joane á Rivera, archipiscop. Val. omnes mahometanae superstitionis reliquiae quod damnatam sectam impudenter observarent, et de prodenda communi patria, unu sempiternis christiani nominis hostibus clandestina consilia communicarent, expulsae sunt e tota ditione Valentina, sine ullo pene tumultu, Chrisóstomo Ciurana, generoso, militiarum primario consule, Francisco March, primario consule, Melchiore Valenciano de Mediolaza, generoso, Balthasare Miguel, Josepho Perello, qui obit ante negotium confectum, et Didaco de Salines, consulibus, Marco Ruiz de Barcena, ractorum urbanarum praefecto, Michaele Hièronimo Pavesi, tribuno plebis, vigesimo prima Septembris. 1609.* La procesión en acción de gracias se hacía todos los años el día de la Presentación de la Virgen (en cuya fecha fueron vencidos los moriscos de Alahuar), visitando la imagen de Nuestra Señora de las Virtudes en la iglesia parroquial de San Esteban.

valenciano: el dominico Fr. Luís Bertrán, insigne apóstol de Nueva Granada; el franciscano Nicolás Factor, poeta, músico, pintor, y sobre todo, exaltadísimo penitente; el mínimo Gaspar Bono, prototipo también de monásticas virtudes, edificaban á todos y eran aclamados santos por la voz popular. Besaban el sayal del fraile grandes y pequeños; organizábanse en piadosas cofradías todas las clases, y según la frase, ya citada, de un historiador del país, «el reino de Valencia era un cielo estrellado de iglesias y monasterios».

No por ello se convirtieron los valencianos en congregación de cartujos: su genio jovial conciliaba el solaz con la devoción; no se oponía ésta á las diversiones profanas, y aumentaba los públicos espectáculos con las pompas eclesiásticas. Famosas eran las fiestas de Valencia, cuya suntuosidad subía de punto en ocasiones solemnes, como proclamaciones, juras ó visitas de reyes, traída de reliquias, consagración de iglesias, beatificación ó canonización de santos, y otros casos parecidos. Emulaban las clases, los gremios, las comunidades en inventiva y en rumbo, y demostraba el pueblo valenciano sus aptitudes artísticas. Rama curiosísima de la literatura de aquellos siglos son las relaciones detalladas de esas fiestas, algunas de las cuales hacían época en los fastos del reino. Celebérrimas fueron y aplaudidísimas en toda España las del casamiento de D. Felipe III con la archiduquesa D.ª Margarita de Austria. Quiso D. Felipe II que se celebrase en Barcelona, pero el valido del nuevo rey, marqués de Denia (después duque de Lerma) prefirió á Valencia, de cuyo reino había sido virrey y donde estaba su marquesado. En octavas reales, como si se tratara de épicas hazañas, cantó Lope de Vega los torneos y saraos, las cacerías y naumaquias, con que festejó aquel magnate á su rey en la misma Denia (1), y no que-

(1) *Fiestas de Denia al rey Catholico Felipe III de este nombre*, por Lope de Vega Carpio, secretario del marqués de Sarriá: imprimiéronse por primera vez en Valencia, en casa de Diego de la Torre, 1593.

dó atrás la ciudad de Valencia en aquellas fiestas, cuyo derroche contrastaba con el empobrecimiento del país.

Favorecía aquella ostentación á las artes, que florecieron principalmente al servicio del altar. Trocado el gusto arquitectónico, sucedía al arte ojival el bello renacimiento español, que pronto había de ser ahogado por el desbordamiento del churriguerismo, y elevábase á gran altura la escuela valenciana de pintura, nacida con el pulcro é idealista Juanes, engrandecida por Ribalta y Ribera, gloriosamente continuada por Orrente y Espinosa. Tomaba la poesía nuevo rumbo, trocando, tras algunas vacilaciones y promiscuidades, el habla paterna y propia por la de Castilla: Gil Polo emulaba con Garcilaso. Era aquel el primer indicio de la desaparición del particularismo valenciano en el seno de la unidad nacional; la literatura fué lo primero que se castellanizó en Valencia. Y entonces, precisamente, cuando abandonaban su idioma natal por el de Castilla, afirmaban más los historiados regnícolas la excelencia, las glorias y la peculiaridad del reino de Valencia. Á las crónicas escuetas y los dietarios á la menuda, sucedían las obras históricas, reflexivas y razonadas, de Pedro Antonio Beuter (1) y Martín Viciana (2), completa-

---

(1) *Primera parte de la Crónica general de toda España y especialmente del Reyno de Valencia, compuesta por el doctor Pero Anton Beuter, Maestro en sacra-Theologia.*—Escribióla en valenciano, y luego la tradujo al castellano, por la razón que expresa en estos términos en la dedicatoria á los jurados y al consejo general de Valencia: «Pues como el tiempo ha traydo la diversidad de tantos reynos como en España se partieron (por la venida de los Moros), en un general y solo señorío, excepto el Reino de Portugal, parece que el mismo tiempo requiere que sea en todos una comun lengua, como solía en la Monarchía primera de España en tiempo de Godos. Luego no es razon que á nadie parezca mal que siendo yo Valenciano natural, y escriviendo de Valencia, á los Regidores della, escriva en Castellano, lengua estraña para Valencia, por el respeto del provecho comun, y divulgacion mayor en toda España de las gracias que Dios ha concedido á este Reyno; que no se le hace á la lengua Valenciana perjuyzio en ello, ni pierde por ello el ser habla polida, dulce, y muy linda, que con brevedad moderada exprime los secretos y profundos conceptos del alma, y despierta el ingenio á vivos primores, de donde le resulta un muy esclarecido lustre.» Esta publicación tan notable para la historia de la lengua y la literatura valencianas, es del año 1550. La edición valenciana se había hecho en 1538.

(2) *Crónica de la inclita y coronada Ciudad de Valencia y su Reyno, copilada*

das después por las de Gaspar Escolano (1) y el Padre Francisco Diago (2). Cada orden monástica, cada santuario, cada convento tenía también su analista, y ensalzando cada cual su comunidad, su iglesia, su imagen favorita, convenían en que el de Valencia era, entre todos los reinos de la tierra, el más privilegiado por la naturaleza y bendecido por Dios. Alardes, algo jactanciosos, de amor patrio, cuando se amortiguaba el espíritu autonómico, cuando iba cayendo en olvido la legislación propia, cuando ya eran sombra vana las preciadas franquicias de otros tiempos, y habían perdido casi todo su poder las Cortes Valencianas.

No fueron éstas suprimidas hasta después de la Guerra de Sucesión; pero ¿qué quedaba de ellas, más que un organismo legislativo puramente ceremonial, sin eficacia ni valor? El último golpe recibiéronlo las libertades forales de manos de D. Felipe IV, ó por mejor decir, del conde-duque de Olivares, en las Cortes de Monzón de 1626. La facultad principal de los tres Brazos, la que les daba fuerza ante la autoridad real, era la concesión ó negativa de los subsidios extraordinarios, que tenía que pedir á menudo, pues no bastaban, ni de mucho, los ordinarios, normalmente establecidos, para las frecuentes guerras y otros

por Martín de Viciana. Escribióla también en valenciano y la vertió luego al castellano. Así consta en la dedicatoria al ilustre Senado de Valencia, de su obra «*Alabanzas de las lenguas hebrea, griega, latina, castellana y valenciana,* en la cual le pide «le perdone por haver vertido esta obra de valenciano en castellano: que por la misma causa (añade) huve de vertir la *Chrónica de Valencia,* y el *Libro de la Nobleza é Hidalguia, Armas y Blasones,* y el *Libro de Recreación de los dias calurosos de Julio,* que después de verlos copilado, en la versión de todos ellos tuve otro tanto trabajo, solamente por hacerlos comunicables á otras muchas provincias.» Publicáronse las tres primeras partes de la Crónica en Valencia, 1564, y la última en Barcelona, 1566.

(1) *Décadas de la historia de la insigne y coronada Ciudad y Reino de Valencia, por el licenciado Gaspar de Escolano, rector de la Parroquia de San Esteban, coronista del Rey Nuestro Señor en el dicho Reino y predicador de la Ciudad y Consejo.* Valencia, 1610-11. Esta obra se ha vuelto á publicar en 1878-80 con notas, ampliaciones y la continuación hasta nuestros días por D. Juan Bautista Perales.

(2) *Anales del Reino de Valencia. Tomo primero que corre desde su población después del Diluvio, hasta la muerte de Jaime el Conquistador, por el P. M. Fr. Francisco Diago, de la Orden de Predicadores.* Valencia, 1613.

casos extremos. Necesitando recursos D. Felipe IV, convocó Cortes de Aragón en Barbastro, de Cataluña en Lérida, de Valencia en Monzón. Quejáronse los valencianos de que las Cortes de este reino se celebrasen fuera de él (1), haciéndoles de peor condición que á los aragoneses y catalanes.—«Es que tenemos á los valencianos por más muelles,» contestó desdeñoso el conde-duque.—«Si V. E. quiere decir, replicó D. Cristóbal Crespí de Valldaura, representante de los nobles de Valencia, que son más blandos al gusto del rey y de sus ministros, aunque atropellen sus conveniencias y derechos, éste es un mérito más para conseguir lo que suplican.» Quienes se expresaban así, estaban dispuestos á pasar por todo. Fueron á Monzón las Cortes valencianas; pidieron al monarca que, como era de ley, jurase los fueros antes de solicitar servicio alguno del reino. Negóse el rey y pidió la cantidad de un millón ochenta mil libras en quince años, para sostener mil hombres armados. Pareció enorme aquella suma y muy superior á los recursos del país, empobrecido por la falta de los moriscos. Pero, sumisos la votaron el Estamento Eclesiástico y el Real. Sólo resistió el Militar. Quiso ganarse el conde-duque los nobles uno por uno; aveníanse, al parecer, pero al reunirse el Brazo, el voto era siempre negativo. Irritado el rey, dirigióles una carta, escrita de su puño, en la que hacía alarde de su autoridad y de la obligación en que estaban de servirle (2). Leyóse la carta y se repitió el voto negativo.

(1) Monzón, por estar en punto céntrico para los tres reinos de Aragón, Cataluña y Valencia, era el punto comunmente designado para celebrar Cortes generales de todos ellos; pero cuando se reunían por separado las de cada uno, era siempre en su propio territorio. Así lo otorgó D. Pedro III, priv, 16. Felipe IV alteró esta ley por su comodidad.

(2) «Diréis al brazo militar tres cosas con suma brevedad. La primera, que el brazo de la Iglesia y el Real me han servido ya en la conformidad que he propuesto, y ellos no, y que yo sé y estoy mirando á la par lo uno y lo otro, admirándome infinito que personas nobles se hayan dejado ganar por la mano en el servicio de su rey, y siendo yo quien hoy lo es por la misericordia de Dios. Lo segundo, les diréis que he entendido que se propone por algunos, en aquel brazo. de hacerme donativo de tanto, y de una vez; diréisles á esto que yo no dejé mi casa, á la reina y á mi hija, con la descomodidad que el mundo ha visto, para ne-

Vino entonces nueva comunicación, no ya del rey, sino de su primer ministro, anunciando que el soberano los consideraba rebeldes y había jurado, por la princesa su hija, no dirigirles más amonestaciones. Decidiéronse al fin los nobles á votar el servicio; pero aún surgieron nuevos inconvenientes. El voto de las Cortes ponía ciertas condiciones á dicha concesión; no quiso admitirlas el rey. Un proto-notario se presentó á las Cortes y leyó esta real orden: «Su Majestad manda que quitéis de la concesión del servicio todas las condiciones, so pena de traidores.» Consternados todos, no sabían qué hacer, cuando volvió á presentarse el proto-notario y les intimó este nuevo mandato: «Su Majestad manda que salgáis al solio, so pena de traidores.» Salieron todos al solio, y votaron el servicio, como lo pedía el rey (1). Había concluído la autoridad de las Cortes valencianas.

---

gociar donativos que se consuman en el aire. Por lo que lo dejé todo, fué por acudir, como justo rey, á proveer de defensa firme, segura é igual á todos mis reinos, y al mantenimiento de nuestra sagrada religión en ellos, y que, pues son míos y Dios me los ha encargado, se persuadan de dos cosas, la una que los he de mantener en justicia y obediencia, y la otra que les he de proponer la asistencia que me deben dar para que los defienda, porque no tengo con qué hacerlo, ni están obligados los otros mis reinos á dar su sangre para éstos, si ellos no la dan para los otros. Y últimamente, que lo que han menester para defenderse lo he de juzgar yo, que soy su rey, y sé que aunque no quieran ellos acudir á lo que tanto les importa, los he yo de guiar y enderezar, como verdadero padre y tutor suyo y de todo el reino, que es mío y no le hay otro que sea legítimo. Lo tercero y último, les diréis, que quedo con gran desconsuelo de que haya sido menester advertirles y acordarles mi servicio á los que debieran no tratar de otra cosa ni discurrilla, sino obedecer ciegamente á mis proposiciones y ser agente cada uno de ellos en todos los otros brazos, y que hoy se hallan los nobles de Valencia en el estado que las universidades de Aragón, y muy cerca de hallarse en mucho peor; y que les pido con verdadero amor y paternal afecto, que me busquen apriesa mientras me ven los brazos abiertos. Así lo espero de sus obligaciones, y quedo con satisfacción de que con esta diligencia no me ha quedado ya por hacer nada de cuanto ha podido un padre justo y amoroso del bien y recto proceder de sus vasallos y de su enderezamiento.»

(1) El historiador Lafuente dice, al hablar de estas Cortes que «en ellas se ve de un modo patente y gráfico hasta qué punto el despotismo de los tres reinados anteriores había ido abatiendo este poder antes tan respetable y respetado; á qué extremo había ido degenerando aquel pueblo y aquella nobleza en otro tiempo tan entera y tan firme, cuando un rey como Felipe IV se atrevió á tratar las Cortes de una manera tan depresiva, correspondiendo á la docilidad con ingrati-

Una vez más volvieron á reunirse, en 1645. El servicio votado en las Cortes anteriores para mil hombres armados, se aumentó para sostenimiento de dos mil. Nadie resistió la petición de la Corona. Los acuerdos de estas Cortes fueron los únicos que no se dieron á la estampa: ¡tan poco caso hacían ya los valencianos de su decaída representación foral!

---

tud y con menosprecio, á la obediencia con el insulto, á la sumisión con el ultraje. Las Cortes de Valencia de 1626 comenzaron dando muestras de no haber olvidado su antigua dignidad, y concluyeron con la humildad de un esclavo que obedece á la voz y al mandato de su señor. El rey y sus ministros, y señaladamente el de Olivares, debieron quedar satisfechos del buen resultado de aquel ensayo de despotismo.»



CAPÍTULO V

EL REINO DE VALENCIA BAJO LA DINASTÍA DE BORBÓN

La Guerra de Sucesión.—Triunfo de Felipe V.—Abolición de los fueros.—Valencia en el siglo XVIII.—Guerra de la Independencia.—El Grito del «Palleter.»—Defensa de la puerta de Cuarte y derrota de Moncey.—Fin de la reseña histórica.—Los valencianos de hoy.

LARGA y empeñadísima contienda, que convirtió á España en sangriento palenque de sus propias discordias y las ambiciones ajenas, señaló el fin de la dinastía austriaca y el comienzo de la borbónica. Á los estragos de la guerra, uniéronse, para Valencia y demás estados de la corona aragonesa, la pérdida de sus instituciones y sus leyes, y su casi completa supeditación á la hegemonía castellana. Sucesos gravísimos fueron éstos, que

mudaron la faz de nuestra patria, y que, acalorando los ánimos, comprometieron la imparcialidad de la historia. Sucede con la Guerra de Sucesión, por lo que á Valencia toca, lo mismo que con la Germanía: cambió el criterio de los autores, y sin pararse en el punto exacto de la verdad, pasaron de uno á otro apasionamiento. Los del siglo XVIII, por lisonjear á la casa reinante, ó llevados de la fidelidad monárquica, se esforzaron en exculpar á Valencia de la nota de desleal y rebelde, que arrojó sobre ella Felipe V, atribuyendo á fuerza mayor su pasajera sumisión al Archiduque (1). Hoy día, por ensalzar las libertades patrias, nos pintan al reino valenciano guerreando unánime y tenaz contra el primer Borbón, y convierten al de Austria en un monarca nacional y popular. Unos y otros yerran por exagerados y exclusivistas. Interesante sería rehacer, con los datos copiosos que hay á mano, la historia de aquella crisis dolorosa y trascendente: probemos á señalar sus principales rasgos (2).

Cuando cerró sus ojos D. Carlos II, no podía ser más triste el estado de España: «La justicia abandonada, la policía descuidada, los recursos agotados, los fondos vendidos, la religión disfrazada, la nobleza confundida, el pueblo oprimido, las fuerzas enervadas, y el amor y el respeto al soberano, perdidos (3).» ¿En dónde buscar remedio? Extinguida en aquel miembro enfermizo la sucesión de Carlos V, disputábanse la corona dos pretendientes, ambos extranjeros y desconocidos para el país. El archiduque Carlos, hijo del emperador de Alemania, representaba la continuación de la casa de Austria, connaturalizada ya en España; el absolutismo real, nutrido por la savia teocrática y

---

(1) Estas versiones favorables á la causa borbónica las recopiló el Sr. Borrull en su opúsculo titulado *Fidelidad de la ciudad y reino de Valencia al rey don Felipe V.*

(2) Para la historia de Valencia en la Guerra de la Sucesión es interesantísima la que dejó escrita el P. Miñana, con el título *De bello rustico valentino.* Haya, 1752.

(3) Manifestación del duque de Escalona á Luis XIV.

puesto al servicio de la Iglesia; el cancillerismo ceremonioso y consuetudinario; la administración compleja de una monarquía federal, que respetaba las instituciones locales, aunque fuese de una manera puramente formalista. El duque de Anjou, nieto de Luís XIV, representaba algo nuevo y distinto para España: el absolutismo real también, pero animado de otro espíritu; el predominio del elemento civil, secularizador, reformista, aspirando á aquella concentración de fuerzas que sintetizaba el Gran Rey en su famosa fórmula: «el Estado soy yo.» Pero estas diversas tendencias, fáciles de determinar *á posteriori*, no las percibirían bien los españoles que en los años últimos del siglo XVII veían decaer y morir á su rey, doliente ó hechizado. Más se fijarían, los que presumiesen de entendidos y previsores, en lo que entonces ocupaba á todas las cortes; en los efectos que tendría en lo que después se ha llamado *equilibrio europeo*, el entronizamiento en España de la casa de Austria ó la de Francia. Esta era la cuestión más grave en aquel tiempo de las guerras de gabinete; el régimen interior de los pueblos era un asunto muy secundario. Había, sin embargo, en esta elección de rey, algo de que no curaban juristas y diplomáticos, y que no era de despreciar en un pueblo como el español, siempre altivo, aunque entonces mísero: la prevención contra el extranjero. Éranlo entrambos competidores; pero había mayor animosidad contra los franceses, sobre todo en Cataluña, y también, aunque no tanta, en Valencia y Aragón. Para estos países, era tradicional la guerra con Francia. El advenimiento del duque de Anjou al trono de Carlos V y Felipe II parecía una derogación de las victorias de Pavía y San Quintín. El mariscal Noailles, fatigado de la tenaz resistencia de los catalanes en la Guerra de Sucesión, escribía «que preferían los españoles ver la destrucción del género humano á ser gobernados por franceses.»

Á pesar de ello, no brotó esta guerra de las entrañas del país. Hubiérase cumplido sin resistencia el testamento de don Carlos II, que daba la corona al príncipe francés, si la formidable

alianza de Alemania, Holanda é Inglaterra, á la que se unieron luego Portugal y Saboya, no hubiera promovido aquella campaña, más que civil, internacional; más que española, europea. No hubo protesta alguna, dentro de España, contra la proclamación de D. Felipe V: imponíanse á los pareceres desacordes los respetos monárquicos y la sumisión acostumbrada. Juró el nuevo rey los fueros en Zaragoza; jurólos también en Barcelona; no los juró en Valencia, ni vino por entonces á este reino, habituado ya á esas pretericiones. No por ello se manifestó disgustado: de 1700 á 1705 prestó al primer Borbón el mismo acatamiento que á sus antiguos reyes. Ardía ya la guerra: los ejércitos de casi toda la Europa coaligada luchaban en Italia, Alemania, Flandes y Portugal contra Luís XIV y su nieto. Reconocían los aliados por rey de España á D. Carlos III de Austria; y aún no habían levantado bandera por él los que habían de ser súbditos suyos. En esto, presentóse frente á Denia la gran armada inglesa; iba en ella, con título de mariscal de campo, un militar del país, intrépido y ambicioso, D. Juan Bautista Basset; entendióse con el gobernador de la plaza; abrióle éste las puertas, y la antigua colonia focea fué la primera ciudad española que aclamó al Archiduque. ¿Qué pasó entonces en Valencia? No se levantó el reino á favor del nuevo monarca; quedó más sorprendido que regocijado; apenas acudieron á Denia algunas partidas de campesinos, al amor de la soldada y el merodeo. Tampoco fué rechazado el invasor con energía: divididos los pareceres, desmayados los ánimos, dijérase que estaban todos á ver venir. Oficialmente, cumplió Valencia con D. Felipe V: el gobierno de Madrid, ocupado en hacer frente á tantos enemigos, descuidó este nuevo peligro; el virrey, marqués de Villagarcía, era hombre irresoluto y nada militar; las fuerzas con que contaba, insuficientes. La Diputación general del reino, los jurados, el consejo de la ciudad, el mismo cabildo eclesiástico, elevaban al rey instancia tras instancia en demanda de tropas, votaban subsidios, y decretaban la formación de un tercio de quinientos hombres,

aumentando la sisa de la carne para mantenerlo. Sostenida flojamente la campaña, envalentonáronse los austriacos; ocuparon á Tortosa y á Vinaroz, y cuando la defección del coronel Nebot aumentó con su regimiento las fuerzas de Baset, presentóse éste ante Valencia, que falta de defensa por la incapacidad del virrey, celoso entonces del duque de Canzano, enviado para mandar las tropas, abrió las puertas al general del Archiduque.

Todo cambió: salieron de la ciudad las autoridades, el arzobispo y otros eclesiásticos, y muchos nobles, fieles al rey proclamado; pero levantaron cabeza otros, que declararon entonces sus simpatías por el austriaco (1). Fuera de la capital, siguió la guerra con varia fortuna, pero con mala dirección y peor resultado final para los borbónicos. Baset maniobraba hábilmente por el Mediodía; el general inglés Jones avanzaba por el Maestrazgo, donde sólo le resistió firme la fiel Morella. El conde de las Torres, general de D. Felipe, hizo desdichadísima campaña; amagó á Valencia desde Torrente, sin formalizar el ataque; estrellóse contra Játiva, y sin haber logrado nada, retiróse á Castilla cuando el Archiduque, triunfante en Cataluña, amenazaba á Madrid. Libre de tropas franco españolas el reino de Valencia, quedó todo él por Carlos III: sólo resistían las fortalezas de Peñíscola y Montesa.

Iban creciendo, al compás de los triunfos, las aficiones al rey nuevo, y aumentaron mucho cuando, al año siguiente, se presentó en Valencia. Venía de la expedición que desde Cataluña emprendió al interior de España, en la cual pudo conocer que estaban contra él las Castillas. No le quedaba más remedió que

(1) Perales, en su continuación de las *Décadas* de Escolano, publica una extensa relación de los valencianos notables, eclesiásticos y seculares, que siguieron la causa del Archiduque. En ella encontramos los nombres de los marqueses de Albaida, Boil. Carroz, Sumacárcel, Villanueva, Almenara, Ráfol, el Villar y de la Casta; de los condes de Casal, Palma, Bélgida, Escallen, Parcent, el Real, Cervellón, Elda, Carlet y Sirat, y de muchísimos caballeros de apellidos ilustres, entre ellos los de Borja, Escorcia, Vallterra, Próxida, Ferrer, Milans, Mercader, Gabilá, Mayans, Belvis de Moncada, Falcó, Catalá de Monsonís, etc., etc.

halagar á los pueblos de la corona de Aragón. Hízolo así en Valencia: juró solemnemente los fueros en la catedral, siguió á pie las procesiones religiosas alumbrando á la Virgen de los Desamparados, dió pública audiencia cada semana, atendiendo todas las quejas, y recreóse en las cacerías de la Albufera, que ponderaba sobre todas cuantas había visto. Así se ganaba las fáciles voluntades de la gente. El pueblo estaba contentísimo: «Nunca se había vista, dice un escritor contemporáneo, tan rico, ni tan abundante; inundáronle de reales de á ocho los ingleses, y de cruzados de oro y plata los portugueses, en suma muy considerable, sin los muchos que fundieron los plateros de buen peso y quilates (1).»

Aquella ilusión sólo duró cinco meses: al cabo de este tiempo, un día de Marzo de 1707, cayendo un aguacero copiosísimo, el rey de los valencianos salía cabizbajo de la ciudad en dirección á Cataluña: huía del astro victorioso de Borbón, que iba á levantarse espléndido en las llanuras de Almansa. La gran victoria del duque de Berwick (día 25 de Abril), decidió la suerte de España, y abrió el reino de Valencia al vencedor (2). Entregósele la capital y comenzaron las amarguras. Quedó abandonado el país al despotismo brutal de un aventurero francés, el general Asfeld, cuya crueldad corría parejas con su codicia. Muchos horrores cuenta de él la historia (3); ninguno, empero, como el

---

(1) *Reparos críticos, fundados en hechos verdaderos contra el marqués de San Felipe*, obra publicada sin nombre de autor y que se atribuye al erudito escritor don José Ortí y Moles.

(2) *Quant lo mal está en Almansa, á tots alcansa*, es adagio que nació entonces y aún se usa.

(3) El marqués de San Felipe, partidario acérrimo de los Borbones, no oculta la crueldad y la codicia de este bárbaro caudillo. Dice así en sus *Comentarios á la guerra de España*: «Tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada, porque D'Asfeld lisonjeaba con la sangre su genio duro y cruel. Desarmó á Valencia y á todo el reino: prohibiéronsele con tanto rigor las armas, que un solo cuchillo llevó centenares de hombres al suplicio. No puede haber hombre más exacto en hacerse obedecer. Aun con haber sido tan grande el delito, ya el rigor D'Asfeld padecía excesos, porque había puesto su delicia en derramar humana sangre. Así era feo escarnio de la suerte el reino fértil y hermoso de Valencia, que no guarda-

incendio y destrucción de Játiva. Había resistido heroicamente sus repetidos ataques esta ciudad, guarnecida por ochocientos soldados ingleses, y algunas partidas de guerrilleros *(migueletes)*, y quiso hacer en ella severísimo escarmiento. Al saqueo y la matanza, disculpables en el calor de la lucha, siguió luego, á sangre fría, rendida ya la población, el bando para arrasarla. Hubo tiempo para los ruegos y las súplicas: el arzobispo y el clero de Valencia, la nobleza, los magistrados populares, acudieron todos al rey, que había refrendado el feroz decreto; interesóse el mismo duque de Orleans; pidieron por Játiva las damas de la reina: todo fué inútil. Llegó el día señalado (19 de Junio) y los soldados, armados de teas, prendieron fuego á la ilustre ciudad, abandonada por todos sus moradores. Las llamaradas que en la sombra de la noche se elevaban al cielo, anunciaban con sus lenguas de fuego los funerales del reino de Valencia.

Y en efecto, pocos días después aparecía este decreto real: «Considerando haber perdido los reinos de Aragón y Valencia, y todos sus habitadores, por la rebelión que cometieron, faltando enteramente al juramento de fidelidad que me hicieron, como á su legítimo rey y señor, todos los fueros, privilegios, exempciones y libertades que gozaban, y que con tan liberal mano se les habían concedido, así por mí como por los reyes mis predecesores, particularizándolos en esto de los demás reinos de mi corona; y tocándome el dominio absoluto de los referidos reinos de Aragón y Valencia, pues á la circunstancia de ser comprendidos en los demás que tan legítimamente poseo en esta monarquía, se añade ahora la del justo derecho de la conquista que de

ban los vencedores para el rey, si solo le destinaron para mísero despojo de su codicia. porque igualmente franceses y españoles cometieron tantas tiranías, robos, extorsiones é injusticias, que pudiéramos formar un libro entero de las vejaciones que Valencia padeció, sin tener noticia alguna de ellas el rey: porque á los vencidos no se les permitía ni aun el alivio de la queja. De compasión callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas á aquel reino, y no nos atrevemos á decir la suma de dinero que se sacó de él, por no aventurar nuestro crédito.»

ellos han hecho últimamente mis armas con el motivo de su rebelión; y considerando también que uno de los principales atributos de la soberanía es la imposición y derogación de las leyes, las cuales con la variedad de los tiempos y mudanzas de costumbres podía yo alterar, aun sin los grandes y fundados motivos y circunstancias que hoy concurren para ello en lo tocante á los de Aragón y Valencia: He juzgado por conveniente, así por mi deseo de reducir todos mis reinos de España á la uniformidad de unas mismas leyes, usos, costumbres y tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla, tan loables y plausibles en todo el universo, abolir y derogar enteramente, como desde luego doy por abolidos y derogados, todos los referidos fueros, privilegios, prácticas y costumbres hasta aquí observados en los referidos reinos de Aragón y Valencia; siendo mi voluntad que éstos se reduzcan á las leyes de Castilla, y al uso, práctica y forma de gobierno que se tiene y ha tenido en sus tribunales, sin diferencia alguna en nada, pudiendo obtener por esta razón igualmente mis fidelísimos vasallos castellanos, oficios y empleos en Aragón y Valencia, de la misma manera que los aragoneses y valencianos han de poder en adelante gozarlos en Castilla, sin ninguna distinción; facilitando Yo por este medio, á los castellanos, motivos para que acrediten de nuevo los afectos de mi gratitud, dispensando en ellos los mayores premios y gracias tan merecidos de su experimentada y acrisolada fidelidad, y dando á los aragoneses y valencianos recíprocas é igualmente mayores pruebas de mi benignidad, habilitándolos para lo que no estaban, en medio de la gran libertad de los fueros, que gozaban antes, y ahora quedan abolidos. En cuya consecuencia, he resuelto que la audiencia de ministros que se ha formado para Valencia, y la que se ha mandado se forme para Aragón, se gobiernen y manejen en todo y por todo como las dos chancillerías de Valladolid y Granada, observando literalmente las mismas reglas, leyes, prácticas, ordenanzas y costumbres que se guardan en éstas, sin la menor distinción ni diferen-

cia en nada, excepto en las controversias y puntos de jurisdicción eclesiásticas, y modo de tratarlas; que en esto se ha de observar la práctica y estilo que hubiese habido hasta aquí, en consecuencia de las concordias ajustadas con la Santa Sede Apostólica, en que no se debe variar; de cuya resolución he querido participar al consejo, para que lo tenga entendido.—Buen Retiro, á 29 de Junio de 1707.»

Treinta días después, publicábase este otro decreto, en el cual se daba satisfacción y se ofrecían mercedes á los súbditos leales, pero sin derogar la supresión de las leyes generales del reino valenciano: «Por mi real decreto de 29 de Junio próximo pasado, fuí servido derogar los fueros, leyes, usos y costumbres de los reinos de Aragón y Valencia, mandando se gobierne por las leyes de Castilla; y respecto de que en los motivos que en el citado decreto se expresan, suenan generalmente comprendidos ambos reinos y sus habitadores, por haberlos ocasionado la mayor parte de los pueblos, porque muchos de ellos y ciudades, villas y lugares, y demás comunes y particulares, así eclesiásticos como seculares, y en todos los demás de los nobles, caballeros, infanzones, hidalgos y ciudadanos honrados, han sido muy finos y leales, padeciendo la pérdida de sus haciendas y otras persecuciones y trabajos, que ha sufrido su constante y acreditada fidelidad: Y siendo esto notorio, en ningún caso puede haberse entendido con razón que mi real ánimo fuese notar, ni castigar como delincuentes á los que conozco por leales; pero para que más claramente conste la distinción, no sólo declaro que la mayor parte de la nobleza y otros buenos vasallos del estado general, y muchos pueblos enteros han conservado en ambos reinos pura é indemne su fidelidad, rindiéndose sólo á la fuerza incontrastable de las armas enemigas, los que no han podido defenderse; pero también les concedo todos sus privilegios, exenciones, franquicias y libertades concedidas por los señores reyes mis antecesores, ó por otro justo título adquiridos, de que mandaré expedir nuevas confirmaciones á favor de los referidos lugares,

casas, familias y personas, de cuya fidelidad estoy muy enterado; no entendiéndose esto en cuanto al modo de gobierno, leyes y fueros de dichos reinos: así porque los que gozaban, y la diferencia del gobierno fué en gran parte ocasión de las turbulencias pasadas, como porque en el modo de gobernarse los pueblos y reinos no debe haber diferencia de leyes y estilos, que han de ser comunes á todos para la conservación de la paz y humana sociedad, y porque mi real intención es que todo el continente de España se gobierne por unas mismas leyes, en que son los más interesados los aragoneses y valencianos, por la comunicación que mi benignidad les franquea con castellanos en los puntos y honores y otras conveniencias que van experimentando en los reinos de Castilla algunos de los leales vasallos de Aragón y Valencia.»

Dos importantes propósitos coincidían en esta disposición real, y están en ella bien expresados: afirmar el trono, arrancando los últimos restos de las libertades populares; uniformar la organización política, civil y administrativa en toda España. La monarquía federal convertíase en unitaria. Para Valencia, la pérdida de su antiguo poder político significaba ya poco: más de medio siglo hacía que no se reunían sus Cortes, y no se quejaba de ello: doliale, empero, perder sus leyes propias, sus magistrados, sus fórmulas, el aparato exterior de su gloriosa autonomía. Reclamó lastimera; pero en vano. Cerráronle la boca: la súplica fué castigada como nueva rebelión (1). Cesaron los respetables justicias y jurados; disolvióse el popular Consejo general; formóse un *ayuntamiento* al estilo castellano, compuesto por veinticuatro caballeros y ocho ciudadanos, con título de regidores. Á su frente había un corregidor y un alcalde mayor. Proscribió una real orden el uso de las *gramallas*, toga consular de los

(1) El jurado Luís Blanquer y D. José Ortí fueron encerrados en la ciudadela de Pamplona por haber redactado la exposición que dirigió Valencia al rey. Otros valencianos de viso fueron desterrados de la ciudad.

magistrados municipales. Y para completar la *desvalencianización* del reino, el idioma de Castilla reemplazó al propio suyo en todos los actos de la vida oficial (1).

Poco después, reunía el rey las que llamaba *Cortes generales de Castilla*, no para que tratasen y decidiesen asuntos controvertibles, de interés para el país, sino para que jurasen á su recién nacido sucesor, el príncipe Luís. El nuevo ayuntamiento de Valencia, asintiendo á la pérdida de la representación propia del reino, suplicó se concediese á la ciudad voto en aquellas Cortes castellanas. Concediósela el monarca (2), y Valencia tuvo en ellas, y en las que después con motivos análogos se congregaron, la representación pasiva y formularia que correspondía á la nación en aquellas asambleas cortesanas. Y no sólo demostró de

(1) En el archivo de la ciudad de Valencia se conservan las deliberaciones y acuerdos de la corporación, escritos siempre en valenciano hasta 1707. Los libros que los contienen se titulan *Manuals de consells y stabliments*, y son doscientos treinta y uno. El que lleva el número 232 tiene este título, escrito en el lomo de la encuadernación: *Quern de provisions que fan los ilustres senyors Jurats en lo any 1707 en 1708.* Comienza en 8 de Junio de 1707 y hasta el 18 de Agosto está escrito en valenciano. Existían aún los justicias y jurados. Era jurado primero de los caballeros y justicia civil D. Felipe de Castellví, conde de Castellar, y jurado primero de los ciudadanos y justicia criminal, Luís Blanquer. Después de diez páginas en blanco, sigue el primer asiento en lengua castellana, á 30 de Agosto, extendido en papel del sello cuarto, ó sea de veinte maravedís. El conde de Castellar fué nombrado corregidor de Valencia «conforme á los usos de las *demás ciudades de Castilla*.» Desde el tomo 233 estos libros de actas se titulan *Libro capitular de la muy noble y magnifica y fiel ciudad de Valencia.*

(2) Supone Perales que el rey, por un decreto, privó á Valencia de voto en Cortes, y que habiendo reclamado la ciudad, revocó aquel decreto, volviendo á concederle «su indisputable derecho.» Lo que hubo fué que, suprimidos los *fueros, privilegios, prácticas y costumbres del reino de Valencia*, quedaron suprimidas las Cortes valencianas. A las de Castilla no había concurrido nunca Valencia, ni podia concurrir á ellas sin una autorización especial. En 1.° de Enero de 1709 propone el corregidor al ayuntamiento, en vista de la proximidad de la jura del príncipe de Asturias, «y de que sería muy propio de la ciudad asistiese por ella persona al juramento, como las demás ciudades capitales de los reinos de Castilla,» que para lograr esta fortuna, se pida á S. M. el voto en Cortes. Se acordó así, y el rey estuvo tan solícito en otorgarlo, que lo hizo por decreto de 6 del mismo Enero, según consta en el *Libro de Cartas reales* del Archivo municipal, á 13 de Febrero: «en virtud de la presente, dice la carta, quiero y es mi voluntad que desde ahora en adelante perpetuamente, la dicha ciudad de Valencia tenga voto en Cortes generales de Castilla.» El ayuntamiento nombró dos diputados, que fueron el conde de Castellar y D. Juan Vergadá, regidores.

esta manera su docilidad al nuevo régimen: ardía aún la Guerra de Sucesión; Cataluña luchaba tenaz contra los borbónicos; la suerte de las armas les favoreció de nuevo, y se presentó en las aguas del Grao una escuadra, que conducía al conde de Zavalla, nombrado virrey por Carlos III para levantar á los humillados valencianos. Nadie respondió á su llamamiento. De la lucha civil no quedaban más restos que los bandos de ***Maulets*** (partidarios del Austriaco), y ***Botiflets*** (secuaces del Borbón), que agitaban los pueblos, vistiendo con estos colores sus contiendas locales.

D. Felipe V, vencedor nuevamente en Brihuega y Villaviciosa, y asegurado en el trono de España por el tratado de Utrech, pudo convencerse, al visitar después á Valencia, del afecto de aquellos súbditos, condenados por rebeldes. Díjose entonces que se mostraba propicio á devolverles los fueros. Buena sería su voluntad; pero la obra política de la abolición no podía depender de esta mudanza de sentimientos: era base fundamental del profundo cambio que había experimentado la nacionalidad española.

Desde la Guerra de Sucesión hasta la de la Independencia, en toda una centuria, de 1708 á 1808, vivió Valencia sosegada y tranquila. Si son felices los pueblos que carecen de historia, como dijo un escritor algún tanto paradójico, los valencianos del pasado siglo gozaron esta modesta felicidad. Los anales de Valencia desaparecen en la historia general de España, como las aguas de los afluentes en las del río principal. Las vicisitudes de la ciudad del Turia y de su antiguo reino quedan reducidas á la categoría de sucesos locales, que no afectan á la vida nacional de una manera notoria. Participa esta región de la Península de los buenos efectos de la política pacífica y reparadora de D. Fernando VI, y de las atinadas reformas de D. Carlos III; aprovéchase de aquella restauración discreta de las fuerzas intelectuales y económicas del país, que venía de lo alto, impuesta por monarcas bien intencionados y por ministros eminentes, y

que mereció después el nombre de *despotismo ilustrado*. La fundación de la Sociedad de Amigos del país, de la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Carlos, de las Escuelas Pías y de la Casa-Enseñanza, revela el impulso que se dió entonces á los diversos ramos de la cultura social. Tomaban las letras nuevo rumbo, guiadas por una crítica más exigente. En los estudios históricos, sustituía al cómodo fantasear la investigación minuciosa: el docto trinitario Fr. José Manuel Miñana, el incansable dominico Fr. José Teixidor; el concienzudo cronista de Valencia D. Agustín Sales, el eruditísimo D. Gregorio Mayans, depuraban los fastos valencianos. El padre Josef Rodríguez y D. Vicente Jimeno sentaban la base de la historia literaria de Valencia con sus bibliotecas de autores de este país. El sabio Pérez Bayer ilustraba nuestras antigüedades con el estudio de las lenguas orientales, y creaba la biblioteca de la Universidad. El conde de Lumiares (Príncipe Pío después) recorría todo el reino, pueblo por pueblo, recogiendo las inscripciones antiguas, á la vez que, con distintos objetos, hacían la misma detenida peregrinación, D. Antonio Ponz (que la extendía á toda España), anotando y describiendo los objetos de arte, y el famoso Cavanilles para redactar su obra magistral sobre la *Historia natural*, *Geografía*, *Agricultura*, *Población y Frutos del Reino de Valencia*. Aquel fué también el mejor tiempo para la tipografía valenciana: las prensas de Mompié, Monfort y Orga eran celebradas en todo el mundo, y aún nos admiran los preciosos libros que salieron de ellas. No merece el frívolo desdén con que suele hoy mirarse aquella época en que tan á conciencia se trabajaba, aunque dentro, naturalmente, del círculo en que giraba entonces la especulación científica y literaria.

Tuvo también el arte su renacimiento reflexivo y sesudo: los doctos profesores de la Academia, enamorados del clasicismo greco-romano, condenaron las exuberancias decorativas del churriguerismo, y rectificaron con el compás de Vitrubio y del Vignola los extravíos caprichosos de la línea arquitectónica. El

arte nuevo, ayudado por la munificencia real, levantaba en Valencia edificios suntuosos y severos, como la Aduana y el Temple. Florecían otra vez la pintura, la escultura y el grabado, con las nuevas dinastías artísticas de los Vergaras, Camarones y Esteves. Lo que no pudo florecer en aquel siglo, de estudios graves y reposados, es la poesía. Para toda España fué el siglo XVIII época de prosa; más para Valencia, que con la pérdida de su idioma literario y oficial, de sus instituciones, de su manera propia de ser, había perdido también las fuentes de su genial inspiración. Callaron los poetas, y hasta el culto solaz del teatro, tan arraigado en la sociedad española del siglo XVII, fué considerado como frivolidad peligrosa y llegó á estar enteramente prohibido (1).

Repúsose la agricultura del golpe que sufrió con la expulsión de los moriscos, y prosperaron las industrias en aquel largo período de paz. Hubo algunas guerras en él, como las del ***Pacto de familia*** en los primeros años de Carlos III; pero, sostenidas á lo lejos, Valencia no oyó tronar el cañón más que para hacer salvas. Sin embargo, el espíritu belicoso palpita siempre en el corazón del pueblo español, y surge de pronto imponente y formidable. El león dormido á fines del siglo XVIII, tuvo el despertar del Dos de Mayo. Indicio anterior y significativo, para Valencia, de la animosidad latente contra los franceses, fué el súbito entusiasmo que produjo en ella la declaración de guerra contra la república que acababa de llevar al patíbulo á Luís XVI. Al sentimiento religioso y monárquico, excitado contra aquellos impíos regicidas, uníase el no apagado encono contra el enemigo tradicional. Asombra la decisión patriótica que produjo en todas las clases aquella guerra, hoy casi olvidada. Además de los soldados que dió el reino valenciano por los procedimientos ordi-

(1) En 1748 el arzobispo Mayoral obtuvo de Fernando VI un decreto prohibiendo en Valencia las representaciones teatrales, y duró la prohibición hasta que la revocó Carlos III en 1760.

narios de las quintas y levas, armó unos diez y ocho mil voluntarios, y además, para defensa de los pueblos y para dejar disponible el ejército activo, una milicia sedentaria, que llegó á contar cincuenta y cuatro mil hombres (1). Los donativos en metálico correspondían á lo extraordinario del armamento: el arzobispo entregó cincuenta mil duros, sesenta mil el cabildo, y hallamos ofrecimientos de análoga entidad en la relación de corporaciones y particulares. En un manifiesto que presentó la ciudad al rey, terminada la campaña, suben los donativos y recursos aprontados á 18.427,061 reales.

Diez años después, la nación que de ese modo se revolvió airada contra los franceses, caía en su poder: con capa de amigos habían entrado en ella, y Fernando VII renunciaba la corona á favor del emperador, que la cedía á su hermano José. La sorpresa y la estupefacción que produjo aquel audaz golpe de mano, la cólera del pueblo, la perplejidad de las clases superiores, la inercia de las autoridades, las vacilaciones de unos, el arrojo temerario de otros, la mezcla extraña de exaltación y servilismo, génesis informe y oscuro de la epopeya nacional que se ha llamado por antonomasia Guerra de la Independencia, dan en aquel período dramático interés á la historia valenciana, y nos presentan de nuevo con personalidad propia y acción peculiar al pueblo de la Unión y de la Germanía.

La jornada del 23 de Mayo de 1808 en Valencia basta para pintar aquella época. Excitados estaban ya los ánimos con las noticias de Madrid, cuando llegó la *Gaceta* que anunciaba la renuncia del rey Fernando y de los infantes, y la adjudicación de la corona de España á José Bonaparte. Reuníanse aquellos días los más impacientes en la plazuela de las Pasas, y esperaban allí

(1) Llamábanse estas milicias *de voluntarios honrados*, y formaban 26 batallones de infantería de línea, dos de tropas ligeras, 23 compañías de á caballo y un cuerpo de artillería. Los voluntarios para la guerra fueron, según documentos de la época, 16,652, pero había que añadir los que armaron las órdenes militares y algunos potentados de la nobleza.

la llegada del correo; cuando leyó en alta voz uno de los patriotas los fatales decretos, estalló la indignación en mueras al rey intruso y vivas al monarca legítimo. Corrió la multitud alborotada á la ciudadela pidiendo armas; negáronselas, y se dirigió al palacio del capitán general. Era éste el conde de la Conquista, hombre indeciso, cortesano y nada dispuesto á contradecir las órdenes de Madrid. Contrariábale la actitud del pueblo, y para ganar tiempo y eludir responsabilidades, convocó el Real Acuerdo, junta de las autoridades superiores. Militares rancios, magistrados ceremoniosos, covachuelistas dóciles, todos los elementos pasivos y circunspectos, que componían entonces la pública administración, dirigíanse á la Audiencia, gravemente arrellanados en sus carrozas, rodeados y seguidos por el tropel voceador de chiquillos y mozalbetes, movediza espuma de la marejada popular. Abrieron los ugieres y ministriles el venerable salón de las Cortes valencianas, y allí, ante las imágenes severas de los antiguos prelados, caballeros y procuradores del reino, comenzaron la pausada deliberación sus excelentísimos é ilustrísimos sucesores, oyendo las oleadas de la tempestad, que arreciaba fuera de aquellos augustos muros.

No había cesado el tumulto en la plazuela de las Pasas; aumentábalo la impaciencia por la resolución del Acuerdo, y determinó el estallido el famoso grito del *Palleter*. Era Vicente Domenech humilde vendedor de pajuelas; llegó á la plaza cuando la efervescencia era mayor, y rasgando su faja de estambre rojo, repartióla en menudos trozos para que sirviese de escarapela; puso el girón mayor al extremo de una caña, con una estampa de la Virgen de los Desamparados y un retrato del rey, y enarbolando el improvisado estandarte, gritó: *Un pobre palleter li declara guerra á Napoleó: ¡viva Fernando séptim y muiguen els traidors!* La declaración de guerra del Palleter fué sancionada por Valencia: era la voz del pueblo, herido en lo más vivo de sus creencias y sus tradiciones, engañado por los franceses, abandonado por las autoridades, vendido por el mismo rey á

quien aclamaba. Era la España abatida, inerme, desorganizada, empobrecida, que, á despecho de todo y por la boca de los últimos de sus hijos, afirmaba su independencia y su soberanía.

El Palleter, al frente de los nuevos guerreros de la patria, con su escarapela roja, dirigióse al Mercado: expendíase en una de sus tiendas el papel del sello real; el Consejo de Castilla había hecho poner en él una estampilla que decía: «Valga para el gobierno del lugar-teniente general del Reino», es decir para el gobierno del general francés Murat. Fué hecho trizas y voló por los aires el papel sellado, y corrieron á la Audiencia los amotinados. Deliberaba aún el Acuerdo, pero ya no era posible contener á la multitud. Surgió entonces el adecuado *tribunus plebis* de aquellas circunstancias, el representante genuino del pueblo, que forzando las puertas, había de llevar el voto de la ciudad alborotada al consejo de las autoridades indecisas. No fué ese tribuno el animoso *Palleter*, hombre audaz y bravo, pero no cabeza ni voz del alzamiento: lo fué un fraile, el primero que hubo á mano, un franciscano cualquiera, un padre Juan Rico, recién llegado á Valencia, apenas conocido, pero que, identificado con el sentimiento popular, era su intérprete autorizado por aclamación del momento.

¡Qué escena tan interesante y tan característica! Los ugieres no quieren abrir la puerta del Real Acuerdo al pobre fraile que pide entrada en nombre del pueblo. Enterados los *señores*, mandan que aguarde. No es tiempo de aguardar: el padre Rico manda abrir en nombre de cuarenta mil valencianos que le envían, y es admitido al consejo. Con fogosa elocuencia expone la gravedad del caso, y pide que se declare la guerra en el acto al emperador de los franceses; que se nombre un general como caudillo del pueblo; que se abra un alistamiento de todos los hombres aptos para el servicio militar, de diez y seis á cuarenta años; que se les provea de armas y municiones, y que se manden traer inmediatamente los caudales enviados á Madrid el día anterior. Demencia parecía todo ello á los sesudos conse-

jeros del Real Acuerdo. «¿Cómo oponerse, decía el capitán general, al gran Napoleón, que ocupa la capital del reino y sus principales plazas? ¿Puede declararse contra él, sola en España, la provincia de Valencia (1), desprovista de ejército, de armas y pertrechos? Y aunque los tuviera, aunque contara con un ejército de cuarenta mil hombres, ¿qué era esto para hacer frente al emperador poderosísimo, que en sólo siete semanas había subyugado el vasto imperio de Alemania, en siete días el reino de Prusia, y sólo con su presencia el de Nápoles?» Alegaban los juristas que el derecho de José Bonaparte era incuestionable, por la renuncia de D. Fernando, y que levantarse contra él, era acto de deslealtad y de traición: razonamientos del egoísmo sosegado y de la prudencia meticulosa, contra los que se revolvía el exaltado religioso, hablando en nombre del pueblo, y de la patria, y de Dios, superiores á las intrigas palaciegas y á los ejércitos extranjeros.—«Si no accede Vuecencia á lo que pido, he terminado, exclamó por fin el fraile: voy á comunicarlo al pueblo, que me aguarda.—¡Por Dios, padre Rico, que vamos á ser degollados todos!»

La cuestión estaba resuelta: lo que no pudo el patriotismo, hízolo el miedo. Decretóse el armamento popular en nombre del rey Fernando, y fué nombrado general el conde de Cervellón. Era éste un aristócrata muy bien quisto, que, sin grandes hazañas, había llegado en la milicia á teniente general. Sorprendido

(1) En el alzamiento nacional, después del movimiento reprimido de Madrid en la gloriosa jornada del Dos de Mayo, sólo Cartagena se adelantó á Valencia, y de bien poco: aquella plaza dió el grito contra los franceses el 22 de Mayo, y no tenían conocimiento aún de ello los valencianos cuando declararon la guerra á Napoleón. Incurren en notorio error los historiadores que atribuyen á Asturias la gloria de haber proclamado la primera aquella guerra: el alzamiento de Oviedo fué el 24 de Mayo, al día siguiente del de Valencia. No hay que disputar, empero, por día arriba ó abajo: el estallido del patriotismo español fué general y simultáneo: en Cartajena el 22, en Valencia el 23, en Oviedo y en Murcia el 24, en Zaragoza el 25, en Sevilla y en Santander el 26, en Cádiz y en Granada el 29, en la Coruña el 30, *et sic de cœteris*.

de aquel peligroso honor, negábase á admitirlo.—«¿Queréis verme colgado de una horca cuando vengan los franceses?» decía apuradísimo. Pero era inútil resistir: el padre Rico lo sacaba al balcón y lo presentaba á la muchedumbre, que recibía con atronadoras aclamaciones á su noble capitán. Quería hablar el buen conde y no podía; el fraile habló por él, y tan bien habló, que aclamó el pueblo con el mayor entusiasmo al héroe por fuerza. Cuando se retiraron del balcón el general y el franciscano, el salón de Cortes estaba desierto: habían desaparecido todos los miembros del Real Acuerdo. Pero quedaban en la plaza los patriotas alborotados, que sustituyendo á los caballos del coche, llevaron en triunfo al conde y al padre Rico hasta la casa de la Ciudad, sacaron de ella el Estandarte Real y lo entregaron al caudillo que había de conducirles á la victoria.

¡Á la victoria!... ¿Cómo? ¿Con qué elementos? El capitán general tenía razón: faltaba todo, soldados, armas, municiones, organización, y hasta espíritu militar, perdido en largos años de paz. Pero había patriótico coraje, y sobre todo, había fe. Sacáronse de la ciudadela fusiles viejos, espadas, sables y lanzas; trajéronse más de los parques de Cartajena; plomo, que no había para balas, encontróse en el cargamento de un buque francés, oportunísimamente apresado; y más que en todos esos pertrechos, confiaban los valencianos en la ayuda del cielo. Para el reclutamiento general, bordáronse cuatro banderas, con las imágenes del Santísimo Cristo, la Virgen de los Desamparados, San José y San Vicente Ferrer. La Iglesia presidía aquel armamento: la bandera del Cristo estaba confiada al reverendo clero de la parroquia del Salvador; la de San Vicente á la reverendísima comunidad de Santo Domingo. Para poner la ciudad en pie de guerra, no había más que convertir las cofradías en batallones. En cuanto á la dirección política del movimiento y al gobierno de Valencia, alzada contra el rey intruso, una Junta soberana, nombrada de concierto entre las autoridades y el pueblo, quedó encargada de todo. En esa junta tuvieron representación

todas las clases; renació en ella algo del espíritu foral, ahogado un siglo antes (1).

Tuvo sus azares, y también sus crímenes, el alzamiento de Valencia. Las autoridades, arrastradas á él contra su voluntad, pidieron tropas al gobierno de Madrid para sofocarlo. Vióse el pueblo rodeado de traidores, perdió la serenidad, y sació cruelmente su venganza, primero en el desdichado conde de Albalat, cuya cabeza, clavada en una pica, fué sangriento trofeo del error popular; y después, en los franceses inermes y pacíficos, asesinados en la ciudadela y en la plaza de toros, abominable atentado que no lavó el suplicio de su feroz instigador, el canónigo Calvo, y de sus fanáticos secuaces. Pero tras esas negras páginas de la revolución extraviada, vino la defensa gloriosa de la ciudad contra el ejército napoleónico, noble mentís del heroísmo valenciano á las reglas ordinarias del arte militar, expuestas en el Real Acuerdo por el Sr. Conde de la Conquista.

Bajaba de Castilla el ducho general Moncey con doce mil soldados aguerridos, y vencía fácilmente la resistencia que, primero en el puente del Pajazo, sobre el Cabriel, después en el paso de las Cabrillas, y finalmente en los llanos de San Onofre, á la vista de Valencia, oponíanle escasas fuerzas militares, mal auxiliadas por el paisanaje indisciplinado, y peor dirigidas por generales inexpertos. Libre de obstáculos su marcha, intimaba la rendición á la ciudad, casi desprovista de tropas y mal fortifi-

---

(1) Es interesante la composición de aquella junta, porque revela cuáles eran los elementos que se consideraban más influyentes entonces. Formaban parte de ella, además de las autoridades superiores: por el Brazo eclesiástico, el arzobispo, cuatro canónigos, cuatro párrocos, los priores de los conventos de Santo Domingo, el Carmen, San Agustín, y el guardián de San Francisco; por la ciudad, cuatro regidores; por el Estado noble, el conde de Castellar, el marqués de Jura Real, los barones de Albalat y Petrés; por el Estado Militar, los tenientes generales duques de Castropignano, conde de Cervellón, D. Domingo Nava y D. Juan Manuel de Cajigal; por el colegio de abogados, cuatro colegiales; por el comercio, dos comerciantes por mayor y dos por menor; por los gremios de artesanos, los clavarios de belluteros, horneros, carpinteros y plateros; por los labradores, los electos de los cuatro cuarteles de la vega.

cada. Inclinábase á capitular el conde de la Conquista, vacilaba la Junta, y se esforzaba en sostener su ánimo el padre Rico, cabeza de la muchedumbre exaltada. Hubo de consultar la Junta, cada momento más indecisa, á la misma población; llamó á su seno al ayuntamiento, á la nobleza, á las juntas parroquiales, á los cuarteles de la huerta. El arranque brioso del pueblo se impuso otra vez á la flaqueza de la autoridad. «¡Nada de rendición! ¡Guerra á los franceses!» gritaba la gente, ya medio amotinada. La Junta contestó en estos términos al general Moncey: «Excmo. Sr.: El pueblo de Valencia prefiere la muerte en su defensa á todo acomodamiento. Así lo ha hecho entender á la Junta, y ésta lo traslada á V. E. para su gobierno.»

Desde los tiempos de Felipe V estaban cegados los fosos de los muros y arrasadas las almenas. El pueblo, en tres días, había abierto de nuevo aquellos fosos, reemplazado las almenas con sacos de arena, y traído de los baluartes del Grao algunos cañones de pequeño calibre para artillar las murallas en los puntos más amenazados. Tras aquellas improvisadas defensas esperó intrépido el ataque. Vino Moncey por Mislata; estableció su cuartel general en el huerto de Juliá, y formando dos columnas, dirigió la una, por la orilla del río, contra el torreón y muralla de Santa Catalina, defendida por un batallón de fusileros, y la otra contra la puerta de Cuarte, guarnecida por los paisanos. Cuatro obuses, colocados junto al convento de San Sebastián, lanzaban por elevación sus granadas contra la ciudad. Á cada una que caía, gritaban alborozados los muchachos: «¡Viva Fernando VII y mueran los franceses!» Avanzaban con paso firme las dos columnas, y ambas encontraban igual resistencia: de las torres, de las murallas, de las casas, de todas partes, llovía sobre ellas una granizada de balas. Todos los defensores de la plaza se portaron bien; pero la historia y la tradición señalan principalmente la defensa de la puerta de Cuarte, cuya mole de piedra guarda aún, como gloriosas cicatrices, las señales de aquella lucha.

Los vencedores de cien batallas marchaban por la calle del

arrabal que enfila aquella puerta, llevando al frente dos cañones de á ocho. Profundo foso, que cortaba la calle, les detuvo, y á la vez, abriéndose las cerradas hojas del portal, un cañonazo de metralla barría la columna invasora. Cerrábase al punto la puerta y volvía á abrirse, vomitando de nuevo destrucción y muerte. Paisanos, dirigidos por algunos artilleros veteranos, servían las piezas. En lo más empeñado de la lucha, corrió la voz «¡falta metralla!», y acudían los vecinos con los utensilios caseros hechos pedazos, y las mujeres cosían sacos á toda prisa para hacer cartuchos. Quinientos franceses cayeron ante las torres de Cuarte. Era rechazada á la vez la otra columna, y los labradores de Campanar, capitaneados por un lego capuchino, armados de trabucos y retacos, de hachas y de hoces, en ágiles guerrillas, caían sobre el flanco izquierdo del ejército de Moncey, apostados primero tras los árboles y las barracas, escondidos en las acequias y en los campos de cáñamo; pasando después el río á pecho descubierto, y asaltando por aquella parte los barrios de extramuros, que ocupaba el enemigo. Dirigió éste entonces su ataque por el otro flanco, sobre la plaza del Carbón, y se vió envuelto por los labradores de aquella parte de la huerta, como el fiero león por enjambre de cínifes invisibles, que se arrojan sobre él y lo cansan y lo aturden y lo hacen huir por fin. Aquello era una lucha nueva para los vencedores de Austerlitz y Jena: la táctica de sus victorias, de nada servía contra la resistencia desesperada de un pueblo que defiende sus hogares á toda costa.

Cayeron sobre los combatientes las sombras de la noche: no había podido Moncey adelantar un solo paso en aquel reñidísimo combate, que duraba desde mediodía, y faltaban ya en sus filas dos mil soldados. Al amanecer siguiente, no vieron los vigías del Miguelete tropa alguna alrededor de la ciudad; á lo lejos, desfilaban los batallones franceses en dirección de la Ribera del Júcar. Valencia estaba salvada por el heroísmo del pueblo. Debió el triunfo á su propio esfuerzo: si algún general tuvo, no llevaba más entorchados que el cordón de San Francisco; la

defensa de la ciudad había sido organizada y dirigida por el padre Rico.

Retrocedían por primera vez las águilas imperiales ante los sin razón desdeñados españoles. Aquel primer fracaso pudo advertir á Napoleón el eclipse de su estrella; pero ¡cuántos esfuerzos, cuánto tiempo, cuánta sangre costó á España la victoria definitiva! No siempre fué tan venturosa Valencia como en aquella memorable jornada del 28 de Junio de 1808: convertido el alzamiento popular en formal campaña militar, con ejércitos bien organizados y con auxiliares extranjeros, tuvo las naturales vicisitudes, cuya reseña técnica no es propia de este lugar. Suchet, duque de la Albufera, por merced del emperador agradecido, logró lo que Moncey intentara en vano. Después de largo asedio del castillo de Murviedro, heroicamente defendido por nuestros soldados, y de la batalla de Puzol, lastimosamente perdida por nuestros generales, el francés vencedor sitió y rindió á Valencia haciendo prisionera en ella á la división Blacke. De este desastre no fué responsable el pueblo valenciano; no estaba ya abandonada á la impericia de la ciudad su propia defensa: lo que ella hacía, siempre magnánima, era derribar algunos de sus mejores monumentos, el hermoso y respetado Palacio del Real, albergue de sus antiguos monarcas, los conventos de la Zaidía y la Esperanza, y otros edificios de las afueras, que podían ofrecer posiciones favorables al enemigo. ¡Sacrificio patriótico, pero infructuoso, que nos ha privado de restos interesantísimos de las pasadas glorias!

Hora es ya de terminar esta reseña histórica: concluída la guerra, expulsados los franceses, reintegrado en su trono D. Fernando VII, comienzan para Valencia, como para toda España, las discordias políticas que llenan nuestros fastos contemporáneos, y que son ajenas á esta obra. La restauración de las libertades patrias, proclamada á la vez que la guerra al invasor extranjero, siguió más bien las tendencias unitarias y centralizadoras que señalaron el advenimiento de la dinastía borbónica,

que las antiguas tradiciones españolas. Unificáronse las leyes; desaparecieron los diversos reinos, hasta en el concepto de divisiones administrativas, y como ya hemos visto, el de Valencia quedó partido en tres provincias independientes entre sí (1), y cuyo común dictado de valencianas no tiene autoridad oficial alguna. Valencianos se llaman, sin embargo, cuantos habitan la parte oriental de la Península, desde el río Cenia hasta el Segura, y dentro de la gran comunidad española, forman una agrupación natural, bien determinada cuando en conjunto la consideramos, aunque dentro de ella haya variedades distintas y aproximaciones muy marcadas á los pueblos vecinos, como ya hemos visto que sucede también en el aspecto físico del país.

Hasta las razas más diferentes se mezclan y compenetran en las regiones fronterizas, y esto es más natural en poblaciones ligadas por comunidad de origen, de historia y de régimen. ¿Quién podrá señalar, por ejemplo, el punto exacto de la división, no oficial, sino étnica, entre catalanes y valencianos? Como se separan por gradaciones insensibles los colores en el espectro solar, se diversifican estos pueblos hermanos. Ni apelando al idioma puede trazarse la línea divisoria: la lengua catalana se convierte poco á poco en valenciana, con igual difuminación de matices. Hasta llegar al Mijares, todo catalanea en el reino de Valencia: Vinaroz y Benicarló recuerdan las villas industriosas y mercantiles del litoral de Cataluña; los montañeses del Maestrazgo, graves, reflexivos, duros y apegados á la tradición, recuerdan también á los payeses de la montaña catalana. Por las cuencas accidentadas del Mijares, el Palancia y el Turia, penetra en tierras valencianas la gente aragonesa, con su corrompido dialecto castellano, sus hábitos y costumbres. Requena y Utiel,

(1) El territorio del antiguo reino de Valencia sólo conserva unidad oficial en el orden judicial, por depender las tres provincias que lo formaban, de la Audiencia territorial de Valencia. En lo militar, esas tres provincias, y las dos en que se ha dividido el antiguo reino de Murcia, forman una Capitanía general.

separadas ayer de la provincia de Cuenca, son aún enteramente castellanas por la fisonomía corporal y moral de sus habitantes; y parientes de éstos son los serranos de Ayora, aunque pertenecen de antiguo á Valencia. Los manchegos de la Baja Castilla invaden la provincia de Alicante por la parte de Villena, y los murcianos, siguiendo el curso del Segura, reclaman por suya á Orihuela. Si vamos eliminando elementos extraños ó mestizos, el tipo valenciano puro lo encontraremos arrimado á la orilla del mar, desde Castellón hasta Elche, y poblando las llanuras costaneras, que forman la mejor parte del antiguo reino.

No es tan uniforme ese tipo, que pueda fácilmente dibujarse con trazos seguros y precisos: suele ser el valenciano, atendiendo á lo más general y característico, de mediana talla, de miembros enjutos y bien proporcionados, de apostura gallarda y movimientos sueltos; moreno, ó más bien cetrino de color; de ojos oscuros y brillantes, de expresión viva, de faz ovalada y cabellos negros ó castaños. Las valencianas gozan fama de hermosas, y lo son muchas de ellas con una especie de beldad que tiene algo de exquisito y superior. Hay en el mundo, en este punto de la hermosura femenina, sorprendente variedad: en nuestra misma España, ¡qué tipos tan diversos dentro de las leyes generales de la estética plástica, la catalana, la valenciana y la andaluza! Belleza escultural se ha llamado con propiedad la de las catalanas, en todos tiempos celebradas. Altas, bien formadas, de busto arrogante, de majestuoso andar, hay en ellas algo de imponente y avasallador. ¡Cuán distinta la hija airosa de Andalucía, á cuyo menudo y flexible cuerpo presta la gracia su ritmo delicioso, en cuyos labios insinuantes sonríe el deleite, y en cuyos ojos vivaces relampaguea la pasión! Entre uno y otro extremo, distínguese la valenciana por su gallardía señoril, por la regularidad y armonía de sus facciones, por la palidez nacarada é interesante de su cutis, por la expresión cariñosa y casta de sus pupilas, por la elegancia natural y la mesurada reserva de sus maneras, por algo de ideal que suele haber en ella. «¡Hermosura de imagen!»

dicen algunos, al admirar á las valencianas de tipo genuíno: esa frase vale más que una larga explicación.

Si de la parte física pasamos á la psíquica, algo habrá que repetir de lo ya dicho al comparar valencianos, aragoneses y catalanes. Los autores que en diferentes épocas han hablado de los primeros, los han pintado siempre de inteligencia perspicaz, de genio pronto, impresionables y apasionados, afables en el trato, ingeniosos en las industrias, sobrios en el sustento, pulcros en el aseo, extremados en las diversiones, terribles en el enojo, bravos en la pelea, fáciles en el perdón. Estas últimas circunstancias «por ser contra el curso común de la naturaleza» las señalaba especialmente el padre Francisco Ximénez, en su libro curiosísimo *Regiment de la República*, al explicar en el siglo XV el genio y las inclinaciones de los valencianos (1). Dos siglos después, tratando Escolano la misma materia, definía bien que «mezclando los valencianos la saturnina melancolía de sus progenitores los catalanes con lo dulce del país de que gozan, vienen á quedar en una alegre y marcial naturaleza (2).» La

(1) Dice el padre Ximénez, hablando del reino de Valencia: «Que comunmente produce gente muy aguda y de gran entendimiento, ánimo y ardor, que atiende á honor y cortesía, sin reparar en avaricia, y que por este respeto, se hallan en él de ordinario personas honradas, de buen trato, bien puestas en lo que toca al traje, y amigas de recibir tan amorosamente á los extranjeros, que cualesquiera que ellos sean, quedan más satisfechos de esta nación, que de cualquiera otra alrededor. Que produce los hombres, por razón de su ya referido ánimo y ardor, grandemente aptos para las armas. Y la causa natural dello es, porque el planeta que domina y señorea á Scorpio, signo de esta ciudad, es Marte; cuya influencia es animar á las batallas. Por tanto, los que en ella nacen, de ordinario nacen con disposición natural para las armas, y son ardientes, arriscados y muy animosos. Y parece ha de ser ello así, según el curso de la naturaleza; porque naturalmente el magnánimo es hombre de gran corazón, y benigno en todos sus hechos, quitado en el de la batalla, en la cual, mientras dura, es terrible el magnánimo.... Que los de esta tierra, sin embargo de lo que dicho queda, que son arriscados y dispuestos para las armas, con todo eso, tienen tan dulce querer, que pasado el enojo, desde luego se reducen á paz, lo cual es digno de admiración, por ser contra el curso común de naturaleza.» Traducción del padre Diago, inserta en sus *Anales*.

(2) «Es doctrina común que el signo que señorea en Valencia es el de Escorpión y el planeta Marte, en oposición del signo de Tauro y planeta Venus. De donde les viene á los valencianos naturales ser naturalmente generosos, fuertes de corazón, animosos, airados, ardientes, ejecutivos, prontos, intrépidos y aco-

sátira popular ha condenado esta ductilidad de carácter, con aquellos conocidísimos versos, injustos por lo exagerados: «Llevaban por cascabeles—cabezas de valencianos.» La mujer, activa, hacendosa, modesta, amiga de la casa, aseada y limpia por extremo; de alma, por lo común, apasionada, pero reparosa en manifestarlo casi siempre, presenta bien armonizadas sus condiciones morales con el carácter simpático de su agradable y decorosa hermosura.

Cómo se ha formado este pueblo y de qué distintos orígenes provienen sus condiciones características; en qué medida han contribuído á ellas la diversidad de sus progenitores, la acción climatológica, y su régimen social y político, puede hasta cierto punto deducirse de la historia que á grandes rasgos queda trazada. Para completar ese estudio habría que hacer observaciones minuciosas de fisiología comparada, habría que ahondar en el estudio de las costumbres, de las fiestas, de los juegos, de las

---

metedores de empresas por arduas y peligrosas que sean, que parece hablaba de ellos el poeta Tíbulo, cuando llamó audaces á los españoles, pues lo son sobre todos los valencianos. Así mesmo son inclinados á vengarse de agravios, y poco sufridores de injurias, según lo escribe Cipriano Levicio, y llevan mal la bienandanza del otro; pero, en viéndole caído, le acuden con suma nobleza y compasión. No tiene nación el mundo de mayor coraje y ejecución, ni que menos sepa qué cosa es temer, porque con ser su condición y trato de azúcar, les ha dado naturaleza de acero el corazón. Con ninguna de las provincias de España viene más cuadrado lo que dijo Ateneo hablando de los españoles, que con la de Valencia, que ni el mucho regalo de su tierra, ni la gala de sus vestidos, ni otra blandura en el vivir, les embotaba el valor de sus corazones para la guerra; porque mezclando los valencianos la saturnina melancolía de sus progenitores y vecinos los catalanes, con lo dulce del país de que gozan, vienen á quedar con una alegre y marcial naturaleza. De forma, que como una espada de fino acero se encierra en una vaina de terciopelo blando, y sacada de ella lastima y mata, así el corazón animoso de esta nación se cubre de un cuerpo regalado, hecho de tal temple, que en echando mano al corazón, exceden en furia y ánimo á los mismos leones. Esto entiendo decir de los criados en el regalo de la ciudad, que los que viven en los pueblos de la serranía y en lo fragoso del reino, el corazón y el pellejo tienen del mesmo color.... Del mesmo signo y planeta predominantes en Valencia y sus opósitos, les viene á sus hijos el ser francos y liberales, apacibles y alegres de condiciones, conversables, amigos de sus amigos, políticos, cortesanos, de claros y trascendentes juicios, y sobre todo extremados en la limpieza de su comer y vestir. Su natural liberalidad es tan excesiva, que por despuntar en pródigos, ha tenido necesidad el Consejo de acudir con varios decretos á reprimirla.» Libro IV, cap. 23.

tradiciones, de las leyendas, del lenguaje, de la literatura y la ciencia popular (lo que hacen de muy reciente los *folk-loristas)*, y todo eso está muy atrasado todavía en España. Solamente de una manera muy general, puede afirmarse que la primitiva raza ibérica, limpia, en esta parte de la Península, de elementos célticos, fué la que modificada por la absorbente dominación romana, formó hasta la irrupción de los septentrionales la masa de la población en todo el litoral de Levante.

Aquella irrupción debió modificar poco en la parte de Valencia al pueblo ibero-romano. Pasajeras fueron las excursiones de los alanos y los vándalos; los godos, detenidos largo tiempo en el Ebro, hicieron su principal asiento y dejaron sus huellas en Cataluña. En cambio, ejerció aquende el Ebro influencia más general y continuada la gente musulmana. Árabes, siriacos y mauritanos ocuparon durante cinco siglos el reino de Valencia: no es extraño que la sangre semítica, mezclándose con la de los vencidos indígenas, se revele aún, después de la reconquista y de la expulsión, en su rostro atezado y en sus ojos centelleantes, y también en sus pasiones súbitas y en sus odios sangrientos. «Moros bautizados», han llamado algunos á nuestros campesinos; y moros parecen, en efecto, muchos de ellos, completando la semejanza del tipo arábigo ó africano, el pañuelo de vivos colores que rodea la cabeza á guisa de turbante; el breve y ceñido *jopetí*, que deja libres las holgadas mangas de la blanca camisa; la faja voluminosa que aprieta la cintura y guarda la navaja, parecida á la gumía; el amplio pantalón, que baja hasta los pies, ó los flotantes *camalets* de lienzo, que sólo llegan hasta la rodilla; y por cubierta y abrigo, la listada manta de lana, que es el albornoz musulmán apenas modificado, y que, teñido de azul y de negro en los pueblos de la sierra, brilla á la luz del sol en la abrasada llanura con sus rayas y cenefas carmesíes sobre fondo blanco.

Desapareciendo van, con el trato más frecuente de las poblaciones y el afán innovador de la época, estas pintorescas sin-

gularidades del traje, y otras, no menos interesantes, que en los hábitos populares marcaban bien la distinción de los tipos; pero aún encontraremos mucho de característico en esta excursión, que sin duda ¡oh lector pacientísimo! estás ansioso de emprender, cansado probablemente de tan largo preámbulo. Modera un poco tu impaciencia, pues sólo falta dar las pinceladas últimas al presente cuadro histórico, diciendo en breves palabras lo mucho que, á pesar de los trastornos políticos y las guerras civiles, ha ganado en el siglo actual el antiguo reino de Valencia.

Ya hemos visto que en cien años se ha doblado su población: no es mucho calcular que se ha cuadruplicado su riqueza. La ciudad del Turia, notablemente ensanchada, es hoy la tercera de España por su vecindario, y también por su actividad productiva. La agricultura, industria favorita del valenciano, aprovechó las crecientes facilidades del tráfico para hacerse exportadora; y alentado por halagüeño lucro, perfora la tierra el labriego, buscando el agua allí donde no alcanza el riego de sus numerosísimos canales; hace saltar con la pólvora y la dinamita las duras rocas, para plantar vides ó naranjos en los estériles riscos; convierte fétidas charcas en fértiles arrozales; apura los primores del cultivo para llevar á las mesas sibaríticas de París y Londres las hortalizas y los frutos más tempranos, y llega á una plétora de producción, que alarma hoy á los que ven la gravedad de la crisis económica promovida en toda Europa por la competencia de otros Continentes. Crece á la par la industria: las erguidas chimeneas, por las que se escapa el aliento del vapor, surgen entre los árboles frondosos, rodeando las poblaciones de alguna importancia, y el ruidoso traqueteo de las máquinas se une á los cantares del labrador. Nada de esto, que tanto afecta á la riqueza y á la cultura general, puede sernos indiferente; pero interesan más á nuestro propósito los adelantos de las artes y las letras.

Como en otros tiempos, brilla en ellas ahora también el vivaz ingenio valenciano. En el esplendor que alcanza la pintura

española, cabe á la escuela de Valencia parte muy principal. En el orden literario hay que señalar la restauración del idioma peculiar, que nacida al calor de la *renaixensa* catalana, adquiere vida propia y lozano vigor en los Juegos florales del Rat-Penat. Esta nueva poesía vuelve los ojos á las pasadas grandezas, reconstituyendo el particularismo valenciano: pero no lo opone á la unidad española; lo armoniza y concierta con ella. Valencia, más dúctil y flexible que Cataluña, dura en el enojo y fácil en el perdón (como decía de sus hijos el padre Ximénez), no guarda rencor á Castilla; hay á veces tonos elegíacos en sus recuerdos de antaño; nunca anatemas, ni maldiciones. No piensa en restablecer instituciones que no responden ya al estado presente: razón tendría, sin embargo, en pedir que, para las reformas instables de nuestros días, se tomase en cuenta lo que, de sustancialmente apropiado á nuestro carácter, había en aquellas venerandas instituciones. Á comprenderlas y apreciarlas mejor contribuirá la propensión al estudio de los anales valencianos, que acompaña al reflorecimiento literario del propio idioma, y con él se relaciona. Un patricio entusiasta y profesor celosísimo, D. Vicente Boix, inició este movimiento en los tiempos azarosos en que la revolución menospreciaba y destruía todo lo tradicional: la historia, la novela, la poesía, todo lo utilizaba aquel cariñoso maestro para engrandecer y glorificar á Valencia. Prestó un buen servicio (1): arrojó semilla que ha germinado. Discípulos suyos son los investigadores laboriosos que con la escrupulosidad que hoy se exige, apilan los materiales que han de servir para escribir la historia definitiva, externa é interna, política,

(1) La *Historia de la Ciudad y Reino de Valencia* por D. Vicente Boix (Tres tomos, Valencia, 1845-47); sus *Recuerdos, memorias y tradiciones de Xátiva* (Xátiva, 1858); su *Valencia histórica y topográfica* (Dos tomos, Valencia, 1863), y sus *Memorias de Sagunto* (Valencia, 1865), no son obras de consulta. Escritas muy á la ligera, contribuyeron, sin embargo, á la propaganda del valencianismo, como igualmente sus *Poesías históricas y caballerescas*, y sus novelas *El Encubierto de Valencia, La Campana de la Unión* y *Omm-al-Quiram ó la expulsión de los moriscos.*

civil, literaria, artística, económica y social, de este miembro importantísimo de la nacionalidad española, que se llamó reino de Valencia (1).

Para esa obra del porvenir no dará materiales el presente libro; bastante sería que ofreciese algún estímulo. Breve relato y descripción somera de glorias medio olvidadas y bellezas mal conocidas, inclínase á la amenidad deleitosa más que á la investigación ahincada, para fijar la atención del público general. Si esto conduce á despertar aficiones que dén cosecha de buenos estudios, verá el autor cumplidas sus esperanzas.



Ya terminé, mi buen camarada del suspendido viaje: siga su marcha la contenida locomotora, y avance con triunfal rugido por la llanura feraz que da ingreso apropiado al reino de Valencia.

(1) Son monografías apreciables y recientes, la *Historia de Morella y sus aldeas*, por D. José Segura y Barrera; la *Historia de Denia*, por D. Roque Chavás; la de Alicante, por D. Rafael Miravent; la de Sagunto, que tiene en prensa D. Antonio Chabret; los *Casos y cosas de Castellón* y *Castellonenses ilustres*, de D. Juan Antonio Balbas; *Illice, su situación y antigüedades*, por D. Aureliano Ibarra. Respecto á la historia general de Valencia, sólo hay que mencionar la continuación hasta nuestros días de las *Décadas* de Escolano, por D. Juan Bautista Perales. El marqués de Cruilles ha reunido muchas noticias de la ciudad de Valencia en su *Guia urbana*. D. Rafael Ferrer y Bigné en su *Memoria sobre los poetas valencianos de los siglos XIII, XIV y XV*, y D. Constantino Llombart en *Los fills de la Morta-viva*, han recogido datos para la historia literaria. D. José Martínez Aloy tiene entre manos la historia eclesiástica. Las guerras de la Germanía han sido objeto del estudio, ya citado, de D. Manuel Danvila. Sobre los gremios, hay una obra laureada de D. Luís Tramoyeres, que se está imprimiendo. Deben citarse también dos publicaciones periódicas, dedicadas á estos trabajos históricos, la *Revista de Valencia*, 1880-83, y *El Archivo*, que dirige el Sr. Chavás. La Sociedad de Bibliófilos valencianos da á la estampa libros antiguos que se han hecho raros. Personas ilustradas forman bibliotecas interesantísimas. La más completa, en libros y documentos de Valencia, es la de D. José Enrique Serrano y Morales. Rica es tambien la de D. José Vives Ciscar, que tiene la especialidad de la mejor colección de retratos de personajes valencianos; y muy interesantes las de D. Luís Cebrián y Mezquita, que colecciona todo lo referente á la guerra de la Independencia; don Juan de la Cruz Martí; y D. Vicente del Cacho, que ha reunido de Castellón importantes datos para la historia de aquella provincia. A todos ellos he de darles gracias por las facilidades que me han prestado para la redacción de esta obra.



CAPÍTULO VI

DE VINAROZ Á CASTELLÓN

Vinaroz y Benicarló.—Peñíscola; su antigüedad, el Papa Luna.—Alcalá de Gisbert, Torreblanca y Oropesa.—El desierto de las Palmas

Vinaroz y Benicarló son dos hermanas, bellas y bien dotadas, algo celosas una de otra, medio labradoras y medio marineras, que á corta distancia pusieron casa en la misma playa, y comparten la explotación de la pesca, del comercio naval y de su extensa y bien roturada llanura. Tienen algo de catalán en el

habla, en el carácter y en el genio, inclinado á los atrevimientos del tráfico y la navegación, y mucho de valenciano por su primor en la cultura del campo. Cavanilles, autoridad indiscutible en esta materia, admiraba como «pasmo de industria» el tenaz trabajo de esos dos pueblos, que abriendo centenares de *cenias*, convirtieron en feracísimos viñedos y huertas una planicie seca y baldía. Su producción ha ido en aumento, y hoy los trenes del ferro-carril y los barcos costaneros se disputan las pipas y los bocoyes del famoso *benicarló* (1), mientras trescientos carros llevan las hortalizas de estas campiñas á las montañas del Maestrazgo, trayendo de retorno las allí desestimadas basuras, tesoro del buen labrador.

Vinaroz ha crecido en estos últimos tiempos más que su hermana; ha recibido el título de ciudad, va tomando cierto aspecto urbano, y se ufana con su puerto recién construído, que encorva los brazos de piedra para proteger su reducida flota (2). Benicarló no quiere ser menos, y arranca también á las próximas colinas gruesos peñascos para construir otro puerto por cuenta propia, ejemplo de iniciativa poco frecuente en España, y que pinta el carácter de estas poblaciones. Ambas son, al par que ricas, alegres y despejadas. El mar y la llanura les ofrecen amplios horizontes; arrasados sus antiguos muros, dilatan su caserío en largas calles entre frondosos huertos, y esparcen por la campiña sus granjas y casetas. Modernas construcciones, tiendas y almacenes, casinos y cafés, declaran el crecimiento de la riqueza y la transformación de las costumbres, sin borrar todavía el tipo,

(1) Lleva este nombre el vino tipo de toda esta comarca, que Cavanilles alababa por ser «fuerte, espeso y negro, condiciones propias para sufrir las manipulaciones de los mercaderes.» Á principios del siglo XVII decía ya Escolano que era Benicarló tan rico almacén de vino, que se cargaba allí para Italia, Francia, Andalucía y costas de Berbería, y para abastecer las Armadas de España.

(2) En 1678 se mandaron hacer ya los planos de este puerto, por ser el que más ventajas ofrecía para el reino de Aragón. En 1803 hízose otro proyecto por orden de Carlos IV. El puerto actual se ha construído con arreglo á los planos que hizo en 1862 D. Leandro Alloza, por encargo de la Diputación Provincial de Castellón.

algún tanto oriental y morisco, que les dan sus modestas casas de resplandeciente blancura y cubiertas con planas azoteas, adornadas á menudo con tiestos de alelíes, albahacas ó claveles.

Para la historia y el arte tienen poco interés estos pueblos: su origen es de ayer; en tiempo de la reconquista Vinalaroz y Benigasló eran alquerías dependientes de Peñíscola, dadas á poblar por el rey D. Jaime (1), y que convertidas en lugares independientes entraron muy luego en el vasto señorío de los templarios, formando después una de las encomiendas de Montesa. Como casi todos los pueblos de esta Orden, construyeron iglesias de costosa fábrica. La de Vinaroz, de fines del siglo XVI, restaurada más tarde según el gusto del renacimiento, semeja una fortaleza, flanqueada por robusta y gruesa torre cuadrada, con dobles ventanas en su último cuerpo. Es de una sola nave, extensa y elevadísima, con bóveda de crucería elegantemente diseñada, que revela su construcción ojival, y ostenta en el presbiterio un grandioso retablo de madera tallada y dorada con muchos cuerpos y compartimientos. La fachada, templete barroco de columnas salomónicas, bien labrado de distintos mármoles, se hizo un siglo después (2). La iglesia de Benicarló, también de vastas proporciones, construyóse á mediados de la pasada centuria. Es la portada del mismo gusto barroco; pero de buena traza el interior, con tres naves, espacioso crucero y magnífica cúpula (3). Al lado de la iglesia, algo separado de ella, álzase el

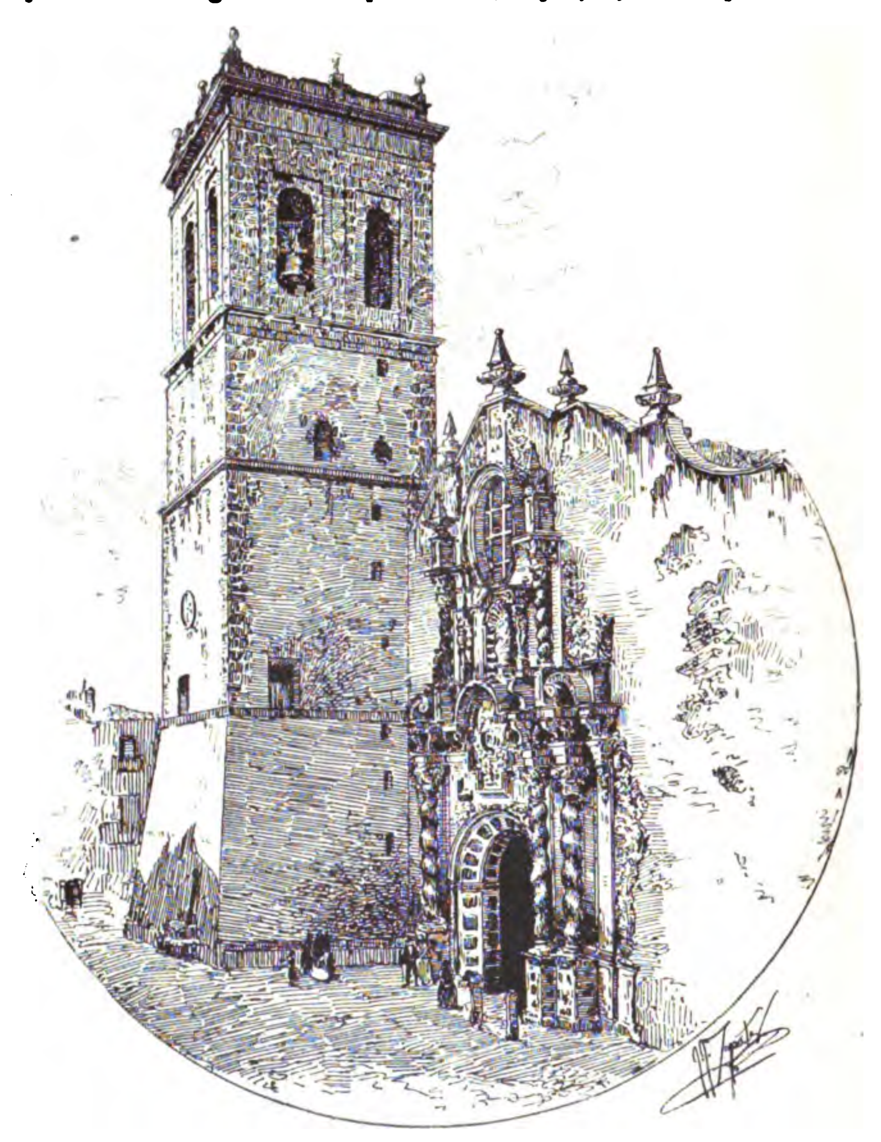
(1) La carta-pueblo de Benicarló la expidió en Tortosa el rey D. Jaime en 1236; la de Vinaroz, en nombre del rey, D. Gil de Atrocillo, en Peñíscola, 1241.

(2) Está dedicada á la Asunción: construyóse de 1586 á 1594. La portada se comenzó en 1698; hízola, bajo la dirección de Bartolomé Mir, el cantero de Valencia, Juan Bautista Viñas, el mismo que labró en esta ciudad la torre de Santa Catalina. Restauróse el interior, consagrándose de nuevo la iglesia en 1773. En la capilla de la Comunión hay una dolorosa del escultor D. José Esteve (1798.)

Para conocer lo que hay de notable en todos estos pueblos, puede verse *Historia, Geografía y Estadística de la provincia de Castellón*, por Bernardo Mundina Milallave, Castellón, 1875. No hay en este libro investigaciones históricas de valía ni buen criterio artístico, pero es útil como Guía de la provincia.

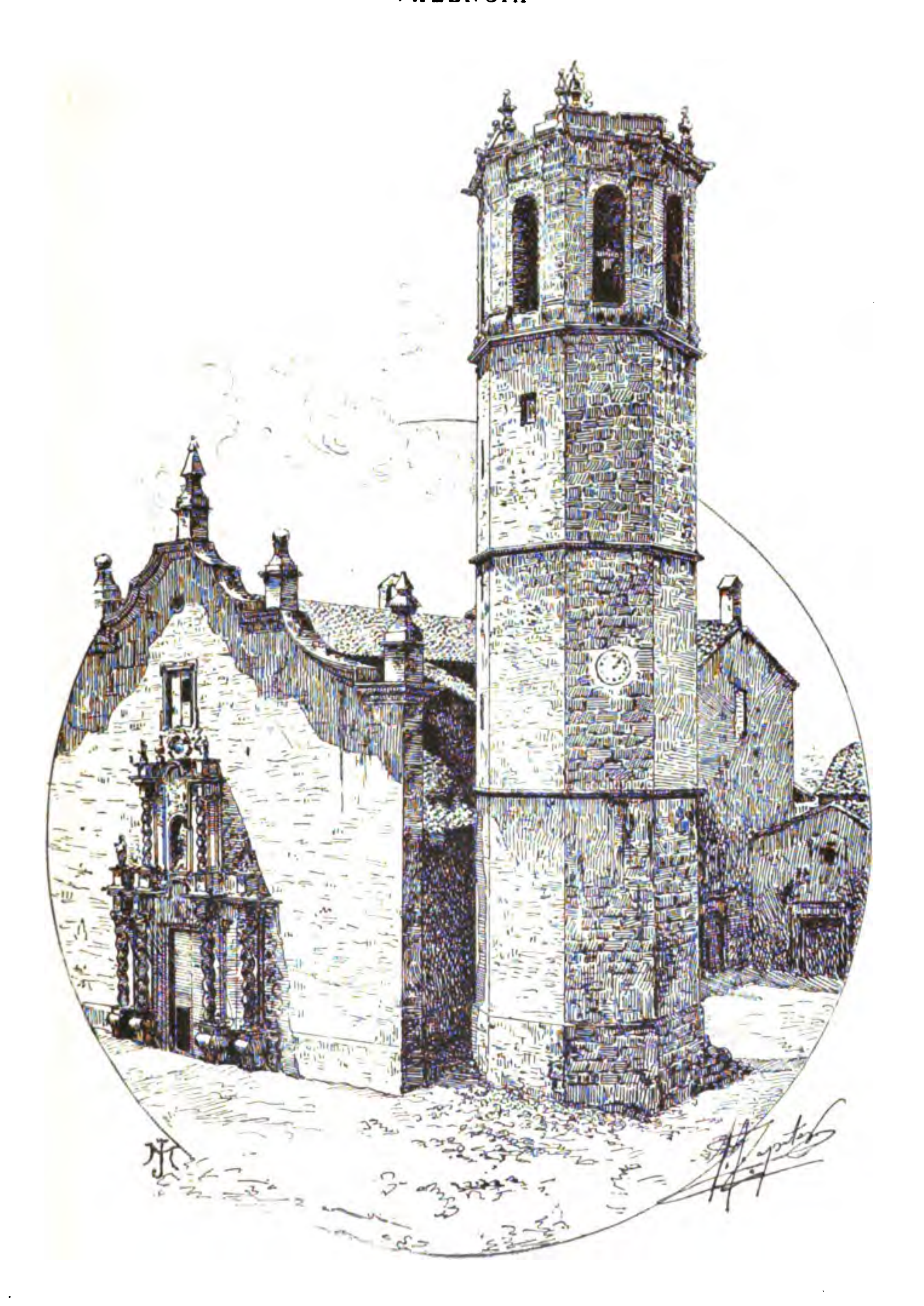
(3) Esta iglesia, dedicada á San Bartolomé, se terminó en 1743. Tiene también un Nazareno, escultura de Esteve.

campanario, elevado prisma octógono, de gallarda arquitectura, que domina regiamente la población, la playa y la campiña, desde



Iglesia de Vinaroz

el monte Munciá, junto á la boca del Ebro, hasta las montañas de Hirta, de las que se desprende el promontorio de Peñíscola.



Iglesia de Benicarló

En el presbiterio de la iglesia de Vinaroz veréis en el suelo una losa, y en ella, toscamente esculpido, un escudo con los leones de España y las lises de Francia. Leed la inscripción: *Dux Ludovicus de Vendosme hic jacet. Ingens quem non fama capit, continet urna brevis.—Obiit die 10 junii 1712* (1). Sí, aquí dió fin á sus hazañas y á sus glorias el duque de Vendôme, aquel famoso caudillo, soldadote tosco y príncipe altanero, epicúreo y cínico á la vez, generalísimo de los ejércitos de Francia y de España; por cuyas venas corría la sangre de Enrique IV y de la bella Gabriela de Estrèes, y que rodeado de rufianes, olvidado de la disciplina y la vigilancia, apoderábase, sin embargo, de la victoria por los súbitos arranques de su genio militar. Él salvó más de una vez la monarquía del augusto Luís XIV, que desdeñaba á aquel pariente soez; él aseguró en las sienes de su nieto la corona de Felipe II, y al dar triunfal remate á la guerra de Sucesión, quiso pasar el verano en Vinaroz, descansando de sus fatigas, porque el pescado de estas costas tentaba su glotonería. Y el capitán invencible murió de un atracón de mariscos. Aún se señala la casa donde hizo posada (2); en cuanto á la tumba que hemos visto, sólo contiene sus entrañas: el cuerpo, embalsamado, fué conducido al Escorial y le dieron sepultura en el Panteón de Infantes.

Desde Vinaroz y Benicarló se divisa á corta distancia, en la playa de Mediodía, un peñasco dentro del mar, ceñido y coronado de muros. Allí tendremos que detenernos más: encierra esa roca, como si fuera nido de gaviotas, una población, pobre al presente, pero interesantísima por su histórica prosapia.

¡Oh ciudad de Peñíscola, albergue hoy de toscos pescadores

---

(1) Aquí yace el duque Luís de Vendôme. El coloso, que no cabía en los límites de la fama, está encerrado en esta breve urna. Murió el día 10 de Junio de 1712.

(2) La casa en que se hospedó y murió el duque de Vendôme, está en la plaza de San Agustín, esquina á la playa, señalada hoy con los números 12, 13, 14 y 15, propiedad de D. Felipe Agramunt.

y campesinos! ¡Quién pudiera remontar el curso de tus anales y descubrir tus orígenes en los oscurecidos tiempos de la España primitiva! ¿Quién viera llegar, en sus orientales bajeles, tus primeros colonizadores! Fenicia, cartaginesa, romana, gótica y árabe, perdiste los vestigios materiales de tu antigua grandeza, y hay que buscarlos en las páginas de historiadores y geógrafos. Pero, aunque nada nos dijeran ellos, basta ver tu situación para señalarte como sede predilecta de los audaces navegantes que primero invadieron la península ibérica. No hay en todo este litoral lugar más adecuado para las factorías y colonias, medio militares, medio mercantiles, que en ella instalaron fenicios, rodios ó focenses.

Es el promontorio de Peñíscola ciudadela natural, sobre la misma playa, con hondo fondeadero para los buques, que le prestan fácil auxilio y abastecimiento; y la dotó Naturaleza con el regalo de copiosas fuentes que brotan en su aislado peñón (1). ¿Dónde mejor podían afirmar su planta los fenicios, que, establecidos en la Bética, recorrían y explotaban las costas orientales de España? Festo Avieno, en su poema geográfico *(De Oris marit.)* nos habla de «la noble Tyriche, cuyos habitantes, famosos en las costas y mercados del mundo, sacaban de estas fértiles comarcas, ganados, vinos y granos, y por el Ebro metían tierra adentro los productos de otros países.» En este nombre de Tyriche encontraron el docto anticuario Pedro Juan Núñez y los que le siguieron, un diminutivo de Tiro. El canónigo Cortés vió en él la raíz hebrea *Tzyr* (peñasco), igualmente apropiada á aquella gran ciudad fenicia, construída sobre una roca bañada por el mar, y á nuestra Peñíscola. Confirmó, pues, el dictamen del Padre Diago, que sostuvo la equivalencia entre la antiquísima Tyriche y la población á cuya presencia estamos. Ya hemos

(1) Dentro de la plaza de Peñíscola hay una copiosa fuente, y en la circunferencia del peñón otras, todas de agua excelente. Junto á él, en el fondo del mar, brotan otros manantiales de agua dulce, que suben hasta la superficie.

visto (capit. II) que hoy da el padre Fita otra interpretación al pasaje de Avieno: para él Tyriche es Tortosa. Hemos indicado también otro pleito de arqueólogos, que atañe á Peñíscola: para la mayor parte de nuestros historiadores, estuvo aquí Acra-leuca, la capital militar de Hamílcar, fundada por el victorioso caudillo en el segundo año de su campaña hispánica, el mismo en que levantó los muros de Barcelona. Si esto fuera cierto, la poderosa metrópoli catalana y la hoy humilde Peñíscola, resultarían hermanas gemelas. Pero no hay que ufanarse mucho con timbres históricos tan añejos: hoy, no solamente niegan la paternidad del gran Hamílcar á la pobre aldea de pescadores, sino también á la ilustre ciudad que creyó verla confirmada en el nombre que lleva. Historiadores novísimos sostienen que el primer conquistador cartaginés no pasó el Ebro.

Dejemos, pues, entre las nieblas de la duda la arrogante figura del joven Hanníbal, que fantaseábamos complacidos sobre ese avanzado promontorio, tendiendo sobre el mar la mirada vengativa hacia la odiada Roma, y digamos que la primera mención segura de Peñíscola en los libros de los geógrafos antiguos es la de Estrabón, que le da el nombre gráfico de Chersoneso (península), del cual, traducido al latín, ha salido el de Peñíscola (1).

Hay que venir á tiempos más cercanos para encontrar en ella memorias de sus propios anales. En el presbiterio de la iglesia de Nuestra Señora Ermitana os designarán el sitio en que fueron enterrados los discípulos del apóstol Santiago, reunidos allí en concilio, y martirizados por Aleso, prefecto de Ne-

(1) «En latín se llamó sin duda *Peninsula*, traducción de *Chersonesos*. Su transformación en *Peñiscola* se puede explicar suponiendo la pronunciación aspirada de la *s*. Los árabes escribieron *Banishcola*, lo cual disminuye el valor de semejante hipótesis. Creo, de consiguiente, que *Peñiscula* es nombre indígena, ó siquier celta, tomado de la configuración de aquella lengua de tierra, que semeja una *cabeza* ó extremidad de *ala*. Y en efecto, *cabeza de ala* significan el bretón *penn-askel* y el *welsh penn-y-argell*. Cf. Penáguila, Benasque.» P. Fidel Fita: *El Gerundense y la España primitiva*.

rón (1). La historia eclesiástica no ratifica esta tradición piadosa, la cual prueba, sin embargo, la importancia que conservaba Peñíscola en los primeros tiempos del Cristianismo, y que mantuvo en la Edad-media. Confírmala la preferencia del rey D. Jaime I de Aragón en sus conquistas. Su primera empresa militar, aun antes de la expedición á Mallorca, fué el ataque á Peñíscola. El día primero de Octubre de 1225 los moros que guarnecían el formidable castillo, vieron llegar lucida hueste, en la que iban los obispos de Zaragoza, Lérida y Gerona, el justicia de Aragón, los caballeros del Temple y de San Juan, los principales ricos-hombres aragoneses y magnates de Cataluña. Un mancebo de diez y siete años, rubio como el sol, bello y arrogante como Apolo, marchaba al frente de jinetes y peones. Era la aparición primera del glorioso Conquistador. Aquel rey, casi niño, combatido por la oligarquía de sus próceres, tomaba la cruz y esgrimía la tizona para acometer la obra magna. Era un arranque salvador para la desquiciada monarquía aragonesa.

Aquella primera campaña se malogró ante la fortaleza de Peñíscola: Don Jaime tuvo que retirarse, y hasta ocho años más tarde, después de la toma de Burriana, no fué dueño de aquel castillo, rendido entonces sin resistencia.

¡Cuán hermosa página, en la crónica autobiográfica del Conquistador, la de la rendición de Peñíscola! Su lectura nos traslada á aquellos tiempos; parece que acompañemos personalmente al monarca animosísimo en sus arriesgadas empresas. Estaba en Teruel: una mañana, entre el alba y la salida del sol, tocaron á la puerta. Aún dormía el rey: un portero le despertó, diciéndole que había llegado con buenas nuevas un mensajero de

(1) Procede esta fabulosa historia del cronicón de Dextro. Los discípulos de Santiago que se suponen martirizados aquí son los obispos Basilio, de Cartagena; Eugenio, de Valencia; Pío, de Sevilla; Agathodoro, de Tarragona; Elpidio, de Toledo; Etherio, de Barcelona; Capito, de Lugo; Efrén, de Astorga; Nestor, de Palencia; y Arcadio, de Logroño. Ya hemos visto en el capítulo II que Dextro aplicó á Peñíscola lo que se refiere de estos obispos, martirizados en el Quersoneso Táurico.

D. Ximén de Urrea. Entró el mensajero y le pidió albricias *(albexanía)*.—«Las albricias serán según las nuevas,» contestó D. Jaime. D. Ximén, que estaba en Burriana, enviaba carta de los sarracenos de Peñíscola, ofreciendo la entrega de la plaza, si se presentaba el rey personalmente á recibirla. Hizo leer el monarca la misiva á un moro de Teruel, entendido en algarabía: estaba conforme. Pero, ¿sería una asechanza? De esa duda, ni hace mención siquiera en su ingenuo relato. «En esto, dice, oímos nuestra misa del Espíritu Santo, el oficio de Santa María, para que él y su madre nos guiase en aquella empresa y en todas las demás. Hicimos preparar la comida, mientras oíamos misa, y comimos; y sin detenernos, cabalgamos, y no llevábamos más que siete caballeros y escuderos que nos servían, y oficiales nuestros, y no pedimos adalid alguno que nos guiase, porque solíamos cazar jabalíes en aquella sierra, y pensábamos que acertaríamos el camino.» En dos jornadas, cruzando riscos sin descanso, el Conquistador y su cortísima escolta llegaban, al caer la tarde, frente á Peñíscola, por la parte de las viñas. «Enviamos nuestro mensajero á los sarracenos, continúa, avisándoles que estábamos allí, y se alegraron mucho. Salieron cuatro de ellos y nos dijeron que estaban muy satisfechos de nuestra venida, y que entonces era tarde, y á la mañana siguiente se pondrían á nuestras órdenes. Y se volvieron, y nos trajeron cien panes, y dos *alculles* de vino, higos, pasas, y diez gallinas, obsequio de los ancianos del lugar. Y aquella noche, por el sereno que caía, hicimos barracas de tapices y bánovas, que llevábamos; pero mandamos que nadie talase árboles, porque disgustaría á los sarracenos que se los talasen á la primera entrada. Y fuera del pan, del vino y del queso, que llevábamos, no teníamos más viandas que las que ellos nos trajesen.» Cuando hubo salido el sol, el rey se trasladó con los suyos al arenal, delante del castillo, con perpunte puesto y espada ceñida, y salieron de la plaza, desarmados, todos los hombres y muchachos. Reiteraron la oferta de la entrega y el rey les confirmó sus franquicias.—

«*Seyor, quéreslo tú axi?* le preguntaron; *é nos lo queremos, ens fiaremos en tú, é dartemos lo castello en la tua fe* (1).» Conducida por dos prohombres musulmanes, entró en Peñíscola la compañía de D. Jaime: él quedó solo, en el arenal, rodeado por más de doscientos moros; «y cuidábamos bien, dice, de que ninguno de ellos pudiera echar mano á las riendas del caballo.» Á los pocos momentos, los servidores del rey gritaban desde los adarves de la fortaleza: «¡Aragón! ¡Aragón!» D. Jaime hincaba las espuelas y entraba galopando en la plaza, seguido por el tropel de sus nuevos súbditos. En 1250, por carta-puebla fecha en Morella (que se conserva en el archivo municipal de Peñíscola), donó esta villa á Arnaldo de Cardona y otros. Poco después, entró en la cesión hecha por el rey á los templarios á cambio de la ciudad de Tortosa.

Pero el nombre histórico que va unido para siempre al de Peñíscola, no es ninguno de los que he citado: la figura que vemos erguida sobre ese peñasco, es la del Papa Luna. ¡Extraño personaje! La obstinación aragonesa habíase encarnado en aquel anciano octogenario, que tras una lucha titánica, en la que se mezclaban los fanatismos de la fe con las concupiscencias del poder, las bulas y los breves con los mandobles y los cintarazos, los argumentos teológicos con las intrigas palaciegas; lanzado de su sede aviñonesa, después de largos meses de heroica resistencia á las armas de Francia; abandonado de los reyes y de los pueblos: rechazado al fin por su gran protector, el dominico Vicente Ferrer; declarado cismático, pertinaz y hereje en el Concilio de Constanza, sentía hundirse á sus pies el trono pontificio, desplomarse el cielo sobre su cabeza; y revolviéndose contra el cielo y la tierra, en este castillo solitario que le había cedido el maestre de Montesa, encasquetábase tenazmente la tiara, y ex-

(1) Así está escrito en la Crónica real (parag. 184). Los moros valencianos hablaban en lengua castellana para entenderse con los cristianos, aunque no fuesen de Castilla ó Aragón.

tendiendo á los cuatro vientos la diestra, santificada con el anillo del Pescador, declaraba que la Iglesia de Cristo estaba encerrada en esta roca, y que él, sólo él, Benedicto XIII, era el representante de Dios en el mundo. Suplicábanle de rodillas clérigos y seglares, príncipes y prelados, que acatase las decisiones de los concilios, que pusiese fin al larguísimo cisma, renunciando al Pontificado, como lo habían hecho ya sus competidores; pero él, obcecado por la idea tenacísima de su legitimidad, que tomaba quizás á sus ojos color de inspiración divina, fundábase en aquellas mismas renuncias para sostener mejor su derecho. De todas las pompas y grandezas pontificias, de tantos cardenales y obispos que formaban su corte, de tantos reyes y magnates que besaron sus plantas, de tantos millares de fieles que imploraron su bendición, nadie quedó á su lado en este islote, en el cual, cautivo é impotente, pero no rendido ni humillado, contemplaba, como Napoleón en Santa-Elena, entre los celajes del ocaso y en las espumas de las olas sus esplendores desvanecidos. Noventa años tenía cuando murió (1), sosteniendo sus derechos; y, como si le sobreviviese su espíritu, dos humildes familiares suyos, á quienes había investido con la dignidad cardenalicia, cumpliendo el juramento que les exigió, formaban cónclave en esta misma Peñíscola, y proclamaban Papa al arcipreste de Teruel, canónigo y prepósito de Valencia, D. Gil Sánchez Muñoz (2), quien tomaba el nombre de Clemente VIII, y no renun-

(1) «Todos afirman que el Papa Luna murió intoxicado, y que el autor del tósigo fué quemado en el arenal junto á Peñíscola, donde hasta hoy por memoria hay un mojón de cal y canto:» esto dice Viciana; pero no se conserva el mojón, ni memoria de él. «Es opinión general, dice la *Hist. ecles. de España*, que Benedicto Luna murió envenenado por un fraile dominico, el cual confesó su delito y murió descuartizado por cuatro caballos.»

(2) Platina, Illescas y otros cronistas dijeron que era canónigo de Barcelona, y esta noticia ha prevalecido; pero D. José Mariano Ortiz la rectificó, haciendo constar que fué canónigo y prepósito de la iglesia episcopal de Valencia. Al renunciar el pontificado, recibió el obispado de Mallorca, y allí murió, siendo sepultado en el aula capitular de aquella catedral. Benedicto XIII fué también canónigo y prepósito de Valencia, por bula de Urbano V, dada en Aviñón en 1362, y tomó posesión personalmente de la prebenda. Cuando fué elegido Papa (1394) envió al

ciaba su fantástico pontificado hasta algunos años después, dando entonces definitivo término al gran Cisma de Occidente (1429). El cadáver del Papa Luna fué enterrado en la iglesia del castillo, y dijeron sus parciales que salía de su sepulcro suavísima fragancia. Pocos años después, fué llevado, con permiso del rey, á su casa de Illueca, tributándosele honores de santo: doce lámparas ardían continuamente en el aposento donde permaneció insepulto su cuerpo, momificado primero por la edad y luego por la muerte. Pero el desgraciado síno de aquel hombre extraordinario había de perseguir también á sus inanimados restos. En 1537, un abad del Cister, que pasó por Illueca, afeó el culto tributado al cadáver del famoso antipapa, y entonces se cerró su cámara mortuoria. Cerrada estaba cuando en 1810 unos soldados franceses saquearon la casa señorial de Luna, que había pasado á los condes de Argillo. Creyeron que aquella misteriosa clausura ocultaba algún tesoro; forzaron la entrada, y al encontrar, por toda riqueza, la apergaminada momia, fué tal su enojo, que la arrojaron por la ventana. Cayó al río Isuela, cuya corriente arrastró los restos de Benedicto XIII, excepto el cráneo, que se detuvo en la confluencia del Aranda. Unos labradores lo llevaron al administrador de los condes: y en su casa-palacio del lugarejo de Saviñán, se guarda desde entonces aquella calavera, en la que tuvieron asiento predilecto la tenacidad y la obstinación.

Incorporada Peñíscola á la Corona cuando murió Benedicto XIII (1), consideróse como uno de los principales castillos

---

cabildo varias dalmáticas y casullas, y en 1417, por mano del mismo canónigo D. Gil Sánchez Muñoz, un busto de plata de la Virgen María.

(1) El Papa Luna, en su testamento, legó á la Sede Apostólica la villa y el castillo de Peñíscola; Alfonso V los pidió al Papa y los obtuvo para su Corona; la Orden de Montesa reclamó en vano su devolución, y no pudiendo obtenerla, los compró al rey por 150,000 sueldos, á carta de gracia. Luego obtuvo el maestro Despuig de Fernando el Católico la cesión completa; pero reclamó el procurador patrimonial y logró en 1488 que se anulase la cesión, y quedasen villa y castillo incorporados á la Corona.

del Reino de Valencia, y mucho más, desde que Felipe II añadió á la antigua fortificación de los templarios nuevos y formidables baluartes. Parece que la majestad sombría del rey que construyó el Escorial, se avenga bien con el carácter adusto y severo de esta fortaleza, y con el recuerdo misterioso y casi legendario de D. Pedro de Luna.

Famoso fué el sitio que sostuvo esta plaza durante diez y siete meses en la Guerra de Sucesión contra las fuerzas del Archiduque, y por el cual le dió el agradecido Felipe V título de ciudad y dictado de *Fidelísima*. Hazañosa fué también la defensa que, terminando ya la Guerra de la Independencia, hizo en ella un corto destacamento francés atacado por el general Elío. Seis mil bombas y sesenta mil balas de cañón cayeron sobre el castillo y la ciudad. Arruinada ésta en una y otra ocasión, sólo puede ofrecernos hoy el interés de sus recuerdos (1).

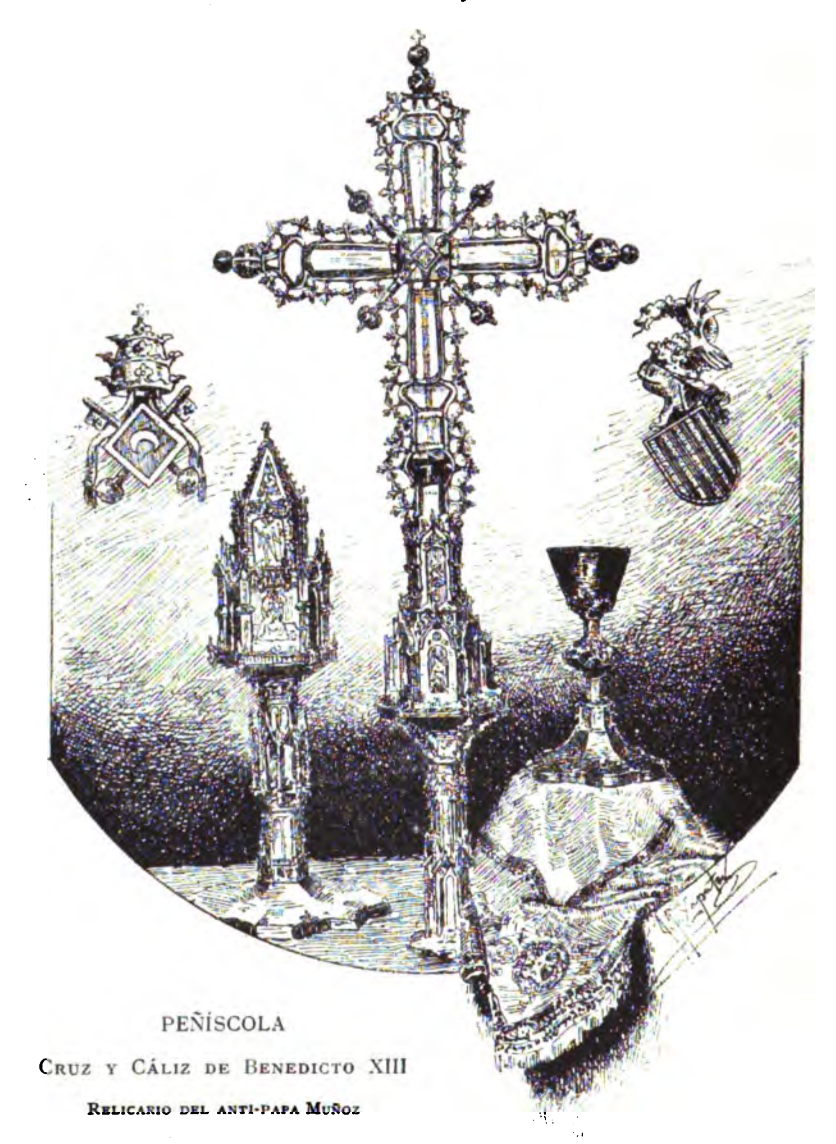
Si llegamos á ella por la parte de Benicarló, cruzando la fértil campiña separada solamente del mar por estrecha faja de arena, el peñón surge de las olas como vasta ciudadela, rodeada por todas partes de baterías de piedra, tras las cuales asoman las casitas blancas de una población aprisionada; y aparece coronado por la mole cuadrada de un vetusto castillo, que ha recibido el viril nombre de *el Macho*. Por la parte opuesta, viniendo de mediodía, cambia algo su aspecto: el caserío, agrupado en la ladera de sud-oeste, mirando á tierra, forma vistoso anfiteatro. Acerquémonos: un estrecho istmo de arena, sobre el que saltan las olas en días de tempestad, une el promontorio á la playa: atracan allí sus barcas los pescadores y tienden las redes al sol; cargan las mujeres cestones de plateadas sardinas y diáfanos langostines; charlan, ríen y golpean otras el agua en el lavadero, que á la misma orilla del mar recibe el chorro de una fuente

(1) D. Juan Bautista Sanz, médico, reunió en 1858, con el título de *Pormenores históricos de Peñíscola*, los documentos de interés que hay en el archivo de la ciudad y otras curiosas noticias. Conserva el libro manuscrito su hijo el abogado D. Hilarión.

cristalina, al pie de altísimo y oblicuo baluarte de sillería, que ostenta el nombre de Felipe II en enfática inscripción latina; cruzan entre las barcas y las redes los labradores que, conduciendo el arado, van á los lejanos campos; y cortan el aire, allá arriba, los vencejos, rozando en su vuelo rápido los muros más altos de la fortaleza. Penetramos en la plaza entre sólidos murallones por el robusto portal de piedra caprichosamente labrada, que lleva también el nombre del monarca del Escorial, ó por el que posteriormente hizo abrir Fernando VI, y nos encontramos en la vieja Peñíscola. Asolada por el bombardeo de la Guerra de Sucesión, fué reconstruída muy pobremente, y es hoy una especie de aldea montañesa, de calles torcidas y empinadas, y de casas míseras, angostas y oscuras, á las que da exteriormente cierta alegría la nitidez de la cal. Rodéanla por todas partes los baluartes, que forman hasta trece baterías, colocadas en diferentes planos y niveles, con sus muros, fosos, casamatas, cuarteles y almacenes, artilladas unas, abandonadas y ruinosas otras, dominando por todas partes el mar y la playa. Uno de estos baluartes, que baña sus cimientos en el agua, ostenta en la muralla un blasón con la tiara, las llaves y el menguante: son las armas del famoso antipapa; obra suya fué esa fortificación, y aún lleva su nombre. Su redonda torre, hoy desmochada, llamábase del homenaje, porque en ella se enarbolaba el estandarte; al lado de la torre se abría un portalón, hoy tapiado é inaccesible: dicen que por allí entraban las galeras dentro de la misma fortaleza.

La iglesia parroquial de Peñíscola, á cuya nave ojival añadióse posteriormente el crucero y el presbiterio, de orden corintio, conserva dos joyas de aquel pontífice: un cáliz de plata dorada, en el que están cincelados sus blasones; y una cruz procesional, ejemplar muy interesante de orfebrería gótica. El árbol y los brazos son de cristal tallado, guarnecido de plata dorada, con menudas labores muy características de la época. En el centro de la cruz hay cuatro zafiros, y la enriquecen ade-

más algunas imágenes esmaltadas, como lo están también á un lado las armas de Benedicto XIII y al otro las de Valencia. Del



PEÑÍSCOLA

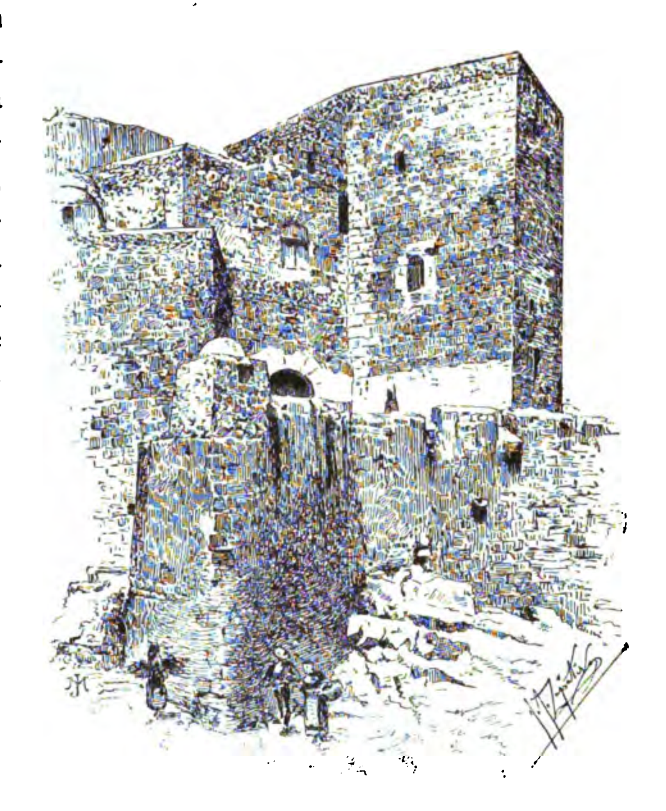
CRUZ Y CÁLIZ DE BENEDICTO XIII

RELICARIO DEL ANTI-PAPA MUÑOZ

anti-papa Muñoz hay un relicario para *lignum crucis* con sus blasones pontificios.

Vista la ciudad, subamos al castillo: es la parte más antigua

de Peñíscola. El obstinado pontífice residía en esta cúspide del peñón, en la primitiva fortaleza, reconstruída por los templarios, cuya cruz se ve aún esculpida en los altos muros. Allí tenía su iglesia, de la que se conserva el aposento abovedado, sin rastro alguno de decoración arquitectónica. También está allí la iglesia de Nuestra Señora Ermitana, de obra nueva, pero de antiguo y legendario origen, en la cual coloca la tradición el supuesto martirio de los discípulos de Santiago. Perdiéronse recuerdos que había en estas iglesias del Papa Luna (1); pero lleva todavía su nombre una rústica escalera, labrada en las rocas y que baja hasta el mar, al extremo oriental del promontorio, escarpadísimo por esta parte. Servía de excelente comunicación entre el castillo y las naves que llegaban á él para dar auxilio ó escape á sus defensores. Hoy sólo se acerca á este



PEÑÍSCOLA.—CASTILLO DE LOS TEMPLARIOS

(1) El P. Villanueva (*Viaje literario á las iglesias de España*) dice que en la iglesia del castillo se conservaba la mesa del altar en que celebraba misa el Papa Luna, y en la de Nuestra Señora Ermitana una silla suya: no existen ya. Lleva también el nombre del Papa Luna el *Bufador* (Soplador), que es una de las curiosidades de Peñíscola. Cuando se alborota el mar, penetran las olas por un socavón, abierto naturalmente en las rocas, y saltando por una boca abierta en el interior de la plaza, rocían á los desprevenidos transeúntes.

sitio la barca del pescador; sólo se asoma á sus troneras el aburrido centinela, dudoso de que sirva de algo su vigilancia en es-



Iglesia de Alcalá de Gisbert

tos viejos murallones, ó algún curioso viajero que contempla melancólico los restos de otras edades, olvidados en un islote

que parece desprendido por mágicas artes del fondo oscuro del pasado.

Volvamos á Benicarló, tomemos de nuevo el tren y sigamos el viaje. La vía-férrea se aparta de la playa, y dejando á la izquierda los montes costaneros de Hirta, corre largo trecho entre lomas secas y pedregosas, en las que extiende el sobrio algarrobo sus ramas retorcidas, hasta llegar á Alcalá de Gisbert. Á la izquierda, sobre un cerro, se ve la fortaleza que le dió apellido (1), y á cuyos pies estaba la antigua población; á la derecha, en un anchuroso valle, se asienta la villa nueva. Sobre el extenso y pobre caserío levanta su mole una iglesia monumental, y sobre la iglesia descuella la arrogante y elevada torre de piedra, en cuyo primoroso remate, que semeja una corona imperial, posa los pies un ángel con las alas extendidas. ¡Cómo salta aquí á la vista el vigor del espíritu religioso de estas poblaciones durante las últimas centurias! Alcalá es villa grande y populosa, pero todas sus casas juntas no valen lo que la iglesia: asombra que un pueblo que vive agazapado en míseros tugurios, haya tenido ánimos y recursos para construir un templo que honraría á una capital. Obra fué del pasado siglo, con restos de barroquismo en la suntuosa portada, cuyos tres cuerpos de columnas estriadas y abalaustradas decoran numerosas estatuas (2). Su

(1) Dice D. Jaime I en su Crónica que este castillo lo habían dado su abuelo y su padre á los maestres del Temple. Reclamáronlo al tiempo de la reconquista y se lo cedió. En 1234 otorgaron á un moro, llamado Abdallah, carta de población del castillo y pueblo de Xivert; y en 1250, á 7 de Marzo, en Tortosa, dieron el lugar de Alcalá á varios cristianos: está la carta-puebla original en el archivo de la Orden de Montesa en Valencia, fojas 106 del libro señalado con los números 1234 y 1423. Los moros de Xivert fueron expulsados en 1609, y en 1616 se pobló de cristianos aquella villa, pero eran pocos los pobladores y la abandonaron en 1632, agregándose á Alcalá.

(2) En el sitio preferente está la de San Juan Bautista, titular de la iglesia, y á sus lados las de los Santos mártires Acisclo y Victoria, patronos también de la villa, porque se encomendó á ellos para rechazar un formidable ataque de los corsarios berberiscos. Guarda este recuerdo una lápida que dice así: «En 17 Noviembre 1547, día San Acisclo y Victoria, 500 moros atacaron esta villa y pusieron fuego á esta puerta, y por intercesión de estos Santos nos libramos de su ira, y corridos los agarenos, se volvieron á su armada de 14 galeras y galeotas, rabiando y sin pilla.»

vasto y despejado interior, de decoración corintia, se divide en tres naves, con hermosa cúpula en el crucero y cúpulas más pequeñas en todas las capillas laterales. Pero, siendo magnífica la iglesia, supérale la torre, orgullo de Alcalá y obra admirable por lo bien proporcionada y concluída (1). No tiene el artista más que ver en esta población; pero el arqueólogo encontrará en ella y en sus inmediaciones restos ibéricos y romanos que hicieron creer á nuestros anticuarios estuvo aquí la ciudad de Hilactes, citada por Festo Avieno, y no lejos, junto al mar, la de Histra, de cuyo nombre quieren algunos que proceda el de Hirta, dado á aquellos montes (2).

Desde Alcalá va el ferro-carril cuesta abajo, y dejando atrás las montañas que le interceptaban la vista del Mediterráneo, corre otra vez por la costa, llena aquí de insalubres marjales, que

---

(1) Comenzó la obra de la iglesia en 1736 comprometiéndose los vecinos á pagar nada menos que *la treintena de todas sus cosechas.* Hizo los planos el maestro arquitecto de Valencia José Herrero, por 120 libras valencianas. Se adjudicó la obra á los maestros Vicente Carbó y Francisco Garrafulla por 12,990 libras, proporcionando los vecinos la cal, arena y el transporte de la piedra y demás materiales. Murieron aquellos maestros antes de acabar la obra, y la siguió el arquitecto Juan Barceló, hijo de Alcalá. Dirigió también la fachada. Hizo las estatuas José Tomás, de Vistabella. Concluyóse la iglesia en 1766. En toda la fábrica no hay más madera que la de las puertas. La torre se comenzó en 1784 y se terminó en 1803; hizo los planos y dirigió la obra el mismo Barceló, tomando por modelo la torre de Santa Catalina en Valencia. El vecindario contribuyó en la misma forma que para la iglesia: se pagaron en metálico 22,638 libras.

(2) El Príncipe Pío, en su memoria sobre las *Inscripciones y antigüedades del Reino de Valencia* (publicada por la Real Academia de la Historia, tomo VIII, 1852), dice que encontró restos que le parecieron anteriores á la dominación romana y medallas celtibéricas en el despoblado de Almedijar, á una hora al P. de Alcalá; en la partida de Polpis; en el corral de Royo y en el cabo Hirta, donde abundaban casquillos de barro saguntino y medallas con letras desconocidas. Entre las inscripciones que copia, hay tres con caracteres ibéricos. Las he buscado con interés y no he podido dar con ninguna de ellas; todas han desaparecido. Sólo se conserva una (no citada por el Príncipe Pío) en la masía de Bore, propiedad de D.ª Carmen Piñó y Vilanova. Es una inscripción sepulcral latina, de escaso interés. Ha hecho y continúa haciendo estudios sobre Alcalá de Gisbert un hijo distinguidísimo de esta villa, el Sr. D. Justo Zaragoza, bien conocido en la república literaria por sus trabajos históricos sobre Cuba. En el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid* ha publicado artículos curiosos sobre las antigüedades de Alcalá, y parece que tiene reunidos datos interesantes para escribir la historia de esta población.

recuerdan el *Palus Nacararum*, de Festo Avieno, en cuyo centro había una isleta plantada de olivos y consagrada á Minerva. Separada algún tanto de estos pantanos, á la falda de los montes, que se van acercando al mar, vemos á Torreblanca, y nos trae á la memoria un episodio curiosísimo de la historia de Valencia. Era en el año 1397: una galera de berberiscos se acercó á la playa; arrojáronse los corsarios sobre el pueblo, lo saquearon y se llevaron todas sus riquezas. Era este caso sobrado frecuente para llamar la atención de un modo extraordinario; pero había en él una circunstancia gravísima: entre las alhajas de la iglesia robaron los moros la arquilla del Sacramento. Perder sus tesoros, perder sus mujeres y sus hijas, perder sus mismas vidas, desdichas eran á las que podían resignarse nuestros padres; pero, dejar en poder de infieles la Hostia consagrada, eso no, eso jamás. Llega á Valencia la nueva infausta; el gobernador, mossén Ramón Boil, reune el Consejo general y se decreta una expedición á Berbería. La ciudad arma dos galeras al mando del noble mossén Jaime Pertusa, justicia criminal; el gremio de curtidores *(blanquers)* apresta otra; vienen más de Barcelona y de Mallorca; reunidos hasta catorce barcos, entre galeras y galeotas, á las órdenes del vizconde de Rocaberti, y proclamada la Santa Cruzada por el Papa Luna, hacen rumbo al África. Desembarcan los animosos cruzados y asaltan la ciudad de Tedeliz (de donde eran los corsarios), pasan á degüello á cuantos encuentran; y aunque se rehacen los agarenos, les derrotan y destruyen, muriendo en la pelea el noble Pertusa, víctima de la fe y de la patria. ¿Qué importa? su gloriosa muerte está compensada por la mejor victoria: los curtidores valencianos han rescatado la Hostia consagrada, y la devuelven en triunfo á la iglesia de Torreblanca. Hasta aquí la historia: la leyenda explica el milagroso rescate; en medio de la refriega, baja de los montes un formidable león, pónese al frente de los cristianos, y destrozando al infiel que guardaba la robada custodia, la entrega á los heroicos *blanquers* en premio de su valor. Desde entonces

el dichoso gremio lleva en su estandarte el cáliz con la hostia y este lema: *La llevamos porque la ganamos* (1).

La marcha rápida de la locomotora nos pone ya enfrente de otro pueblo de mísero aspecto, todo él apretado sobre una aislada colina, cercana al mar, y tan pobre y desvalido, que no se detienen los trenes á su paso. Y sin embargo, danle los historiadores ilustre abolengo: hay quien dice que Oropesa (pues de ella estamos hablando) fué fundada por los focenses (2). Dejan-

(1) La memoria de este hecho legendario se conserva en un cuadro de la iglesia de Torreblanca, pintado por Josef Orient, que representa al león rescatando el Sacramento, y se celebra una fiesta anual el 25 de Agosto, al día siguiente de la del titular, que es San Bartolomé. También conmemora el suceso una imagen corpórea, que tiene el gremio de curtidores y suele llevarla en las procesiones, en la cual está el león llevando el Sacramento en las garras.

Sobre este interesante episodio de Torreblanca hay detalles curiosos en un libro ms. de Ordenanzas del gremio de curtidores, hecho en 1477, que comienza por una reseña histórica de aquella corporación, en la cual se lee lo siguiente sobre los servicios que prestó: «Axí mateix feren una galera, armada e pagada tota la gent de la dita galera, e los galiòts ben pagats..... per la armada que barregá Tedelinç. Lo retaule de la dita galera es ara en Santa Creu, e son tres retaulets entrant en la esglesia per la porta de la plaça, a ma dreta, ab lo senyal dels blanquers en la bandera que está en la galera de lo dit retaule.» Este párrafo tiene una nota marginal, de distinta letra, que vamos á copiar, dejando en blanco las frases ilegibles: «Los moros de Africa barregaren en la costa de Valencia lo loch de Torrablanca e lo capellá novell a la misa del cual..... dels circunstants vehins del Maestrat..... ajustades e tots eiç..... capellá..... secta. Empero los moros de Barbería savien lo dia asignat de la predita festa per medi de hun jueu sastre de Cabanes que avia escrit a son germá Çaporta en Bugia. E feren los moros gran estol de galiotes. Era pilot dels moros hun renegat nomenat Fusta, e en la fosqua de la nit partiren de Montculubrer lestol dels moros, e portarense tots los xristians, e davant lo rey Bulafer de Tuniç portaren la presa, lo qual prengué una de les novies y agués fill. Axí mateix donaren al rey de Tuniç la custodia de la esglesia de Torrablanca que ab osties consagrades font..... del cos preciós de Jhesucrist, e un moro rosegant (arrastrando) la ostia consagrada, la escupí. De continent esclatá e surtí la ostia en tir pura e neta als pits de hun cristiá, lo qual devotament la rebés. En memoria del qual miracle los blanquers pintaren en lo dit retaule de la galera lo corpusxrist e la custodia en lo estandart. E barregaren Tedeliç en vindicta.»

(2) Beuter supuso que fundó á Oropesa y le dió nombre el rey Sicorio, quince siglos antes de J. C., y después la aumentaron los focenses. Escolano atribuye á éstos su nombre, que puede traducirse del griego *al pie del monte*. Cortés quiere que venga del hebreo *Erob*, *Ereb* ú *Orob*, tenebroso, porque los romanos llamaban *Mons Tenebrius* á la montaña á cuyo pie se asienta, y Stefano Bizantino pone alli una población del mismo nombre. Varios anticuarios quieren que Oropesa sea la Etovesa ó Etovisa de los romanos, que Cortés coloca en Benifazá. Lo que no me explico es el error de Mundina *(Hist. de la Prov. de Castellón)* y Perales *(Notas á*

do aparte suposiciones inseguras, lo cierto es que este lugar, cerrando el camino de Valencia á Cataluña, ha sido en repetidas ocasiones punto estratégico y de importancia. Aquí fueron rotos los agermanados valencianos por el duque de Segorbe, dejando prisioneros á sus jefes Estellés, Bremón y Coll, ahorcados después en Castellón. Escribe un testigo de vista que fué tal el desorden y la confusión entre aquella milicia popular, que muchos perecieron ahogados en el mar, otros en las acequias, mientras los más pedían una mano auxiliadora que los sacase de los lodazales, donde *estaven de fanch hasta les barbes*. Aquí, un puñado de hombres, en Setiembre de 1811, detuvo é hizo retroceder al victorioso ejército de Suchet, que hubo de reunir mayores fuerzas, y perder días y gente, para hacer capitular su endeble castillejo (1). Y á ese castillejo, que hicieron volar entonces los franceses para vengarse de su obstinada defensa, iba unida la memoria de un insigne guerrero valenciano, el capitán D. Juan de Cervelló, señor de Oropesa, á quien se debió, en buena parte, la famosa victoria de Pavía. No lo dicen las relaciones publicadas de aquella gran batalla; pero así lo declaró el emperador D. Carlos, en privilegio expedido en Mantua á 19 de Abril de 1530, al armarle caballero, en presencia de su corte, dándole facultad para poner una corona real sobre la cabeza del ciervo, que era el blasón de los Cervellones *(Cervelló*, cervato). Esta fué la merced, puramente honorífica, que el noble valenciano prefirió, al decirle el gran emperador que pidiese la que

---

la de Escolano), que traen á la sierra de Oropesa el *Argentarius Mons*, del cual sacaban los romanos estaño, cuyo mineral relucía como plata. Este monte, citado por Festo Avieno *(Orae marit.* verso 291), estaba en la Bética, al poniente de Sevilla, si no es el mismo *Mons Argenteus*, de Strabón, donde nace el Betis y que corresponde hoy al de la Sagra.

(1) Lo guarnecían doscientos cincuenta soldados del regimiento de América, con cuatro cañoncitos de hierro. A la orilla del mar, en la torre del Rey, había otros ciento sesenta soldados. Los primeros capitularon honrosamente, después de una defensa obstinada; los segundos se embarcaron protegidos por un navío inglés, que acudió en su auxilio.

fuera de su agrado (1). Ese capitán Cervelló edificó á sus expensas el castillo de Oropesa: el general Suchet, al hacerlo volar, no sabía sin duda que, á la vez que la contrariedad de su ejército, vengaba de esa manera la memoria del monarca francés, á cuya derrota y prisión contribuyó gloriosamente el constructor de aquella fortaleza. Pero no pudo borrar la historia; y sobre el cerro de Oropesa, sobre los escombros de su derruído castillo, vemos aún al arrogante capitán ostentando en su escudo regia corona, y repitiendo el mote escrito en él: *Por una que sujeté, imperial la merecí* (2).

La sierra avanza hacia el mar, y la playa, baja y arenosa, desaparece de pronto, para dar lugar al promontorio de rocas que llamó Ptolomeo Cabo Tenebrio. Éstas son las costas de Oropesa, temidas por mucho tiempo del caminante y del marino. Recelaba éste de los jabeques berberiscos, que en sus resguardadas caletas acechaban el paso de las naves mercantes; y temía aquél á los foragidos, ocultos en sus quiebras, ó la violencia de los torrentes bramadores que cortando el camino, despeñábanse al mar (3). Hoy, la comodidad del ferro-carril convier-

---

(1) Viciana (II parte de la *Crón.*, cap. CERVELLÓ) cita este privilegio, y Escolano (*Décadas*, lib. VIII, c. 1.º) lo copia. En él se enumeran los servicios prestados por D. Juan de Cervelló en las guerras de los emperadores Maximiliano y Carlos. Respecto á la batalla de Pavía, dice que sitiados los imperiales en aquella ciudad por el rey Francisco, *se tuvieron por perdidos*, y el esforzado capitán Cervelló fué quien les exhortó y persuadió á que abriesen las puertas, ofreciéndoles romper el atrincheramiento de los enemigos. Siguiendo sus consejos, así lo hicieron, y «ganaron aquella memorable victoria, que no tenemos memoria de otra igual.» Para publicar la merced recibida, D. Juan de Cervelló puso la real corona en las almenas de su casa de Valencia, vasto edificio que llamaban la Atarazana, en la plaza de Santa Catalina de Sena, hoy de la Aduana. Desde entonces se llamó Casa de las Coronas, y reedificada cuarenta años há, aún ostenta en su remate seis coronas imperiales (casa núm. 1 de la calle del Poeta Quintana.)

(2) El capitán Cervelló construyó el castillo en 1534, con gasto de más de quince mil ducados, para oponerse á las correrías de los corsarios. En 1564, Felipe II, yendo de Cataluña á Valencia, dejó el camino real y fué por la costa para ver este castillo, en el cual se hospedó; y en vista de su importancia, aplicólo á su real patrimonio, dando á D. Pedro de Cervelló, hijo de D. Juan, diez mil ducados, y dejándole lo demás de la baronía de Oropesa.

(3) Este último riesgo ha subsistido hasta nuestros días, y aún guarda Valencia memoria de la catástrofe de la diligencia de Cataluña, que la noche del 14 de

te aquel peligroso paso en uno de los más agradables y pintorescos de esta vía. Recuerda, en breve trayecto, el celebrado camino de la Cornisa, que pasa del golfo de Lyon al de Génova. Cortada y perforada la roca, abre á la locomotora atrevida galería, al borde mismo del mar, que contemplado desde estas alturas, ensancha y eleva sus grandiosos horizontes. Tan pronto se hunde el tren rugiendo en las profundas trincheras de la montaña ó en el túnel tenebroso, como bordea el promontorio deslizándose por estrechísimo terraplén sobre el piélago inmenso. Momentos hay en que el pasajero, no viendo más que la líquida llanura, duda si viaja en un vagón del camino de hierro ó en el camarote de un buque. Esas vivas impresiones transcurren con vertiginosa rapidez, y al doblar el peñascoso cabo, deléitanse los ojos y se explaya el ánimo en uno de los más hermosos panoramas del reino de Valencia. La Plana de Castellón se presenta á nuestra vista: una llanura de ocho leguas se extiende de los montes de Oropesa á los de Almenara. Dibuja la playa graciosísima curva para formar el Seno Sucronense; frondosa arboleda cubre la planicie y arroja sus oleadas de verdor hasta la misma orilla del mar. Vemos en primer término, á la derecha, el lugarejo de Benicásim, aún al pie de la sierra; á la otra mano, una alegre alquería, con su pórtico de blancas pilastras, sustentadoras del luminoso emparrado; más allá, en una breve punta de la playa, robusta torre cuadrangular, que recorta sobre el mar azul su almenada silueta, y en el fondo del cuadro, desplegándose en vagas perspectivas toda la Plana, con sus bosques de olivos y algarrobos, que se convierten á lo lejos en verjeles de naranjos.

Antes de avanzar por esa llanura, escalemos las montañas de altos picos y desgarrados flancos, cuyas faldas acabamos de

---

Setiembre de 1850 fué arrastrada al mar por el barranco de Bellver, muriendo los conductores del coche, los trece pasajeros que llevaba y dos guardias civiles, que habían acudido en auxilio suyo.

bordear. La religión y la ciencia las han consagrado. ¿Veis, en la punta más elevada, aquella blanca ermita? Es la de San Miguel: en ella el insigne Arago medía el arco del meridiano terrestre; en ella el sabio padre Secchi sorprendía los secretos del sol; pero, sobre esas grandes figuras, la que prevalece en la imaginación popular, la que da nombre á ese santuario, es la de un humildísimo lego, la del pobre hermano Bartolo, que en el siglo XVII hacía vida penitente en esas breñas y fué el primer poblador del *Desierto de las Palmas*, áspero retiro después de carmelitas descalzos. ¡Prestigio perdurable de la fe cristiana! Sobre los montes y los llanos, sobre las playas y las olas, sobre las ciudades y las aldeas, sobre tantos recuerdos históricos, sobre los restos de tantas generaciones, en el punto predominante, en la cima, en el vértice de toda esta región, aparece, coronada por la aureola de la santidad, la legendaria figura de un infeliz ermitaño!

Lleguémonos al convento, que á media altura de la montaña se ve, como una mancha blanquecina, sobre la verde ladera. Ya hemos dejado atrás las abruptas Agujas de Santa Águeda, que son el fuerte avanzado sobre el mar de esta ciudadela de rocas, y se detiene el tren en la aldea morisca de Benicásim, oreada por las brisas de la playa. Bajemos aquí, y esperemos que decline la tarde para subir al Desierto. Benicásim está lleno de la memoria de un valenciano ilustre, D. Francisco Pérez Bayer, que construyó y dotó el siglo pasado su elegante iglesia, decorada con pinturas de Camarón y esculturas de Esteve (1). Visi-

(1) Pérez Bayer fué uno de los escritores más eruditos del pasado siglo. Nacido en Valencia en 1711 y beneficiado de la parroquia de San Nicolás, lo tomó por secretario el arzobispo Mayoral, y fué catedrático de hebreo en Valencia y luego en Salamanca. Fernando VI lo envió á Italia para estudiar sus archivos, y Carlos III le encargó también el estudio de los manuscritos orientales del Escorial, nombrándole después bibliotecario de la Biblioteca real y preceptor de los infantes. Por su madre, era originario de Castellón y tenía casa, que aún se conserva, en Benicásim, donde edificó á sus expensas la iglesia, dedicándola á Santo Tomás de Villanueva.

témosla, consagremos un recuerdo á tan docto escritor, y emprendamos el ascenso de la montaña.

No busquéis en el Desierto de las Palmas primores de arte; el monasterio encumbrado en esta sierra no es notable por lo monumental, sino por lo pintoresco; no por su fábrica, sino por su situación. Estos montes, escabrosos y rudamente accidentados, como pertenecientes á la formación triásica, cuyas areniscas tan fácilmente se descomponen, son, con los de Almenara y Sagunto, los últimos y más avanzados baluartes de la Cordillera Ibérica, que desprendida de los Pirineos, cruza oblicuamente la Península, y viene á morir á orillas del Mediterráneo (1). Para llegar á la alta meseta del convento, hay que remontar profundos y tortuosos torrentes, cuyas rudas escarpas cubren aromáticos matorrales, en los que, entre romeros y tomillos, brilla el fruto del madroño como gruesos granos de coral, y abre el modesto *margalló* (palmito, *chœmerops humilis*) sus hojas rígidas y palmeadas, dando á la flora de esta sierra su nota característica. Conforme vamos subiendo, el terreno es más áspero y el panorama más selvático. Pero ¡qué soledad tan grave y deleitosa! ¡Cómo poetiza estos cauces, abiertos en la roca, la adelfa con sus ramilletes de rosas, señalando el curso de las aguas purísimas, que ora se deslizan murmurando sobre las guijas menudas, ora se aduermen entre enormes peñascos! Ya hemos llegado al monasterio viejo, del cual sólo quedan las paredes desnudas y destechadas: por insalubre y por mal cimentado en terreno flojo, lo abandonaron los religiosos, dejando aquí la memoria del

(1) «Se unen estos montes por el Poniente y Mediodía con el grueso murallón que separa el centro del Reino de la parte septentrional, el cual se extiende, de Oriente á Poniente como cuatro leguas, esto es, hasta el río Millares y Rambla de la Viuda; se nota aquí alguna interrupción entre estos montes y la Sierra de Espadán; pero aparente, en mi juicio, pues creo se comunican las raíces por debajo de los cauces del río y de la rambla, vista la semejanza que hay en la naturaleza de los últimos cerros por una y otra banda.» Así dice Cavanilles (*Lib. I*, 68), y los adelantos de la geología han confirmado sus suposiciones: el terreno triásico, que se extiende entre el Palancio y el Mijares, forma á la derecha de este río la Sierra que termina en el cabo de Oropesa.

célebre Fr. Diego de Yepes, obispo de Tarazona, confesor de Felipe II é historiógrafo de Santa Teresa, quien entre sus muros terminó sus días, meditando sin duda en la nada de las grandezas terrenales, cuyos secretos conocía. La campana del convento nuevo que, como la del Dante, *che paia il giorno pianger che si muore*, nos llama y nos hace avivar el paso; un esfuerzo más y llegamos al término de la jornada. Una avenida de fúnebres cipreses y capillitas de Via-Crucis nos lleva á un pobre y severo pórtico, coronado por la imagen de San Elías; entramos en él, y sobre el dintel de la puerta leemos esta advertencia: *Hermanos, una de dos,—ó callar ó hablar de Dios,—que en el yermo de Teresa—el silencio se profesa.* Pero los monjes guardan para sí los rigores de la regla y reciben con franca cordialidad á sus huéspedes; por largos corredores abovedados y aposentos sombríos, sin otro adorno en las paredes enjalbegadas que cuadros ennegrecidos y estampas amarillentas, nos conduce el hermano portero á la iglesia, situada en el centro del vasto edificio, sin comunicación exterior. No hay nadie en ella; pequeña, en forma de cruz, blanca y dorada, con elevada nave y luminosa cúpula, recibe de lo alto los últimos resplandores del día. Ábrese la puerta del coro; entran de dos en dos los padres carmelitas, luciendo sobre el sayo pardo la amplia y blanquísima capa, y con sendos cirios encendidos; se arrodillan y cantan con pausada gravedad la *Salve* y el *Miserere*, cuyos versículos adquieren algo de sobrehumana resonancia en las penumbras del crepúsculo y en la soledad de la montaña.

La fundación del Desierto de las Palmas no se remonta más allá de fines del siglo XVII; llamaban *Desierto* los carmelitas á un monasterio que, situado en lugar montés y solitario, les sirviera, mejor que los otros, para el retiro y la penitencia. Querían los de la provincia de Aragón y Valencia tener su desierto, y eligieron para ello estos yermos, en los que vieron cierta semejanza con el Monte Carmelo, cuna de su religión. Trataron con el barón de Benicásim, á quien pertenecían, y en 1691 tomaron posesión

de ellos. Al principio los ocuparon solamente algunos religiosos que se albergaban en las grutas ó en toscas ermitas; hízose después el convento viejo, que quedó construído en 1732, hasta que,



Convento del Desierto de las Palmas

amenazando ruina, se emprendió en 1784 la obra del monasterio actual, terminado en 1796 (1). En él vivieron tranquilos los padres

---

(1) En la biblioteca del convento hemos visto dos obras manuscritas sobre la historia del Desierto de las Palmas. Titúlase la una: *Libro de la historia de la*

carmelitas castigando su cuerpo, santificando su alma y haciendo bien al prójimo. Esto último les salvó, cuando la revolución destruyó los conventos: tales servicios habían prestado los padres del Desierto á los vecinos de Castellón en la epidemia del cólera, que los liberales de esta ciudad fueron los primeros en pedir que se respetase tan santa comunidad. Respetada fué, y no se ha interrumpido aquí un solo día la vida monástica. Hoy es este monasterio noviciado de la Orden. La oración, el estudio y la penitencia llenan la vida de los religiosos. La imagen de la muerte les rodea por todas partes: en su lecho de duras tablas hay siempre una calavera; otra ocupa el sitio de honor en la mesa frugalísima del refectorio. Todas las noches interrumpe su breve sueño el chasquido de las tablillas avisadoras, que los llama al coro; y los miércoles y viernes, cuando las tinieblas envuelven el convento, se oye en un rincón del claustro el crugir de las disciplinas, que acompaña los versículos fúnebres del *Miserere.*

¡Y cuán alegre sonríe la naturaleza, y cuán vigorosa palpita la vida en estas alturas! Ved; ya amaneció: el sol, como una rodela de fuego, surge del mar, que se ve por la escotadura de dos cerros, cubiertos de pimpollos de pinos; la luz del día inunda brillantísima las sinuosidades de la sierra; el ambiente perfumado ensancha los pulmones y convida á escalar las cumbres. ¡Arriba pues! Aquí, nos cortan el horizonte las cimas de estas mismas montañas que rodean el convento: subamos á lo más alto, á la ermita del Hermano Bartolo.

---

fundación del Santo Desierto de las Palmas, del Orden de Carmelitas Descalzos, sito en los términos de la Baronia de Venicasim, Reyno de Valencia, escribióse año de 1804. Hay en el mismo volumen una segunda parte, fecha en 1818, que comprende desde 1783 hasta 1814. En la protestación de la fe está la firma del autor, Fr. Petrus de San José. El otro libro se titula: *Vida, virtudes y profecias de el Venerable Hermano Bartolomé de la SSma. Trinidad, carmelita descalzo del Santo desierto de las Palmas, cuyo cuerpo yace en el convento de la villa de Boltaña.* Esta obra, en dos volúmenes, la escribió Fr. Juan de Santo Tomás de Aquino. Este Hermano penitente es el Padre Bartolo que construyó la ermita encumbrada en lo más alto de los montes del Desierto, y alcanzó gran fama de santidad.

Seis kilómetros hay que andar, faldeando laderas, ganando alturas y trepando por estrechos vericuetos. Crúzanse primero campos cultivados, después barrancos, en los que crece el algarrobo entre peñas cubiertas de palmito, mata y plantas aromáticas; luego, pinares que sombrean los flancos más escabrosos del monte, y no son más que pobres restos de sus antiguos bosques, y en lo alto, cumbres peñascosas, en las que no falta, sin embargo, la verde alfombra que tapiza toda esta agreste sierra. ¡Cuántas flores abre en ella la primavera! Los cistos con sus rosas, unas blancas, otras carmíneas, se encuentran en todas partes. En los puntos más elevados los helechos ostentan sus hojas elegantemente recortadas. Pero estos primores de detalle desaparecen ante el magnífico espectáculo que se presenta al llegar á la famosa ermita.

En la breve explanada de aquella cúspide parece que estamos dominando la tierra desde la punta de un obelisco colosal. El mar, que es lo primero que atrae la vista, se extiende de tal manera á nuestras plantas, que nos da miedo, y echamos involuntariamente el cuerpo atrás, para no caer en la inmensidad de aquel abismo. Desde los Alfaques hasta Denia, desde los puertos de Beceite hasta el Mongó, se encorva el golfo valenciano. Las Islas Columbretes parecen una bandada de patos, bañándose, allí cerca, en ese estanque; Ibiza, una barcaza, amarrada á lo lejos, al cabo de San Antonio; más lejos aún, Mallorca indica sus montañas en el confín del horizonte. Separando la vista del mar, vemos á nuestros pies, vencidas y achicadas, las altas Agujas de Santa Águeda y demás montañas del Desierto, entre ellas las que coronan las ruinas pintorescas del castillo de Montornés (1). En la costa oriental, descubrimos á Torreblanca, Alcalá, Benicarló, Vinaroz, y Peñíscola en su promontorio, recortado sobre el mar; luego, volviendo hacia Poniente, el ancho

(1) Este castillo, ganado en 1233 por el rey Conquistador, fué dado por el monarca á D. Pedro Sanz. De él recibió su nombre Puebla Tornesa.

valle de Cabanes, Benlloch, Villanueva de Alcolea y San Mateo, por donde penetra en las asperezas del Maestrazgo la carretera de Morella; después, tras la sierra de Engarcerán, la Rambla de la Viuda, que trae al Mijares las aguas de toda aquella región montuosa; en el fondo, las altas sierras de Adzaneta y las Useras, sobre las que levanta su nevada cabeza Peñagolosa; y dando la vuelta á Mediodía, la vista se extiende hasta los montes de Almenara y de Sagunto, y por encima de ellos, á la hermosa llanura valenciana y las cordilleras alicantinas. La Plana parece un mapa extendido debajo de nosotros: Castellón, Borriol, Almazora, Villarreal, Buriana, Moncófar, Chilches, se ven distintamente en la dilatada llanura, que corta de través la línea resplandeciente del Mijares.

Esta atalaya natural, tan bien dispuesta, ofrece á la ciencia un observatorio, que ha sido bien aprovechado. Como ya indiqué, fijó aquí sus instrumentos Arago, midiendo el meridiano: cuarenta noches pasó en esta cumbre, esperando las señales que desde Ibiza le hacían. En la misma piedra apoyaba su telescopio el Padre Secchi durante el famoso eclipse de sol de 1860; y de reciente, ilustrados jefes del cuerpo de Ingenieros militares han estado aquí largo tiempo, comunicándose por medio de luces eléctricas con el cabo de San Antonio y con las Islas Baleares, para los trabajos de triangulación que hace el Instituto geográfico y estadístico. Esta comisión dejó consignados sobre la puerta de la ermita los siguientes datos: altitud, 728 metros; latitud N. 40° 5' 7"; longitud Este, 3° 43' 6"; azimud con Peñagolosa, 115° 17'35".

Bajemos al convento; despidámonos de los frailes penitentes, y visitando de paso algunas de las muchas ermitas y cuevas consagradas, que hay en el Desierto, volvamos á Benicásim, para dar fin á nuestra primera jornada. El tren nos aguarda allí para recorrer la fértil llanura que tan hermosa se ha presentado á nuestros ojos desde la cumbre del Hermano Bartolo.



CAPÍTULO VII

CASTELLÓN Y SU PLANA

Castellón: su historia; su iglesia mayor.—Ribalta.—La leyenda de San Guillem.—Los naranjales de la Plana.—Villarreal de los Infantes.—San Pascual Bailón.— Burriana; su asedio por el rey D. Jaime.—El historiador Viciana. Almenara; el Templo de Venus.—La rota de los agermanados.

Es Castellón la primera de las poblaciones que, viniendo de Cataluña, encontramos en la antigua Plana de Burriana, y cabeza hoy de toda ella. Á media legua del mar, en medio de la desahogada llanura, extiéndese con amplitud su numeroso caserío, sobre el cual solamente se encumbra la robusta torre pris-

mática de su iglesia mayor. Villa importante, rica y bien poblada, debió á la nueva división territorial, hecha en 1833, la capitalidad de una provincia, y con ella, las ínfulas urbanas (1). ¿Ganó ó perdió? Ganó por muchos conceptos; pero, las cosas se estiman por comparación con las de su clase, y esta villa, de las mejores del reino entre los pueblos agrícolas, deja, como ciudad, bastante que desear. No es ya, cual era hace medio siglo, modesto hogar de labradores y tejedores de cáñamo (2): tiene todos los elementos burocráticos de su rango administrativo: Gobierno civil y militar, oficinas de Hacienda y de Fomento, Audiencia, Instituto provincial, *et sic de cœteris;* pero le falta el aspecto característico de las ciudades de abolengo. Por otra parte, Castellón, aun en su anterior categoría, era una población relativamente moderna, arrancada de cuajo de la colina donde nació, y trasplantada al llano donde hoy la vemos, rodeada de casitas campestres y huertecillos de recreo, y comunicándose por un camino, que sombrean frondosos árboles, con la arenosa playa vecina, en la cual las alegres alquerías del Grao y el pintoresco pinar contiguo ofrecen en verano delicioso sitio de baños á su populoso vecindario, muy amante de los placeres del campo y de la Madre Naturaleza.

Á una legua al Norte de su asiento actual hay un árido collado, estribación de los montes del Desierto; en él, una pobre ermita de Santa María Magdalena y vestigios de antiguas murallas: allí, en tiempos de la reconquista, estaba Castelló (castille-

(1) Á fines del siglo pasado, según la división hecha por Floridablanca, había tres gobernadores en la que es hoy provincia de Castellón: uno en esta villa, otro en Peñíscola y otro en Morella. Segorbe y su territorio dependían directamente de la gobernación de Valencia. En los tiempos anteriores del historiador Viciana, la gobernación de Castellón se extendía del río Uxó al Cenia, y así continuó durante el régimen foral; *lloch-tinent portant veus de general gobernador* se llamaba el oficial nombrado por el rey para regir esta gobernación.

(2) Aunque la masa de la población pertenecía al estado llano, había familias nobles establecidas de antiguo en Castellón. Viciana cita las de Gascó, Ximeno, Cisternes, Serra, Clua, Egual, Peris, Jover, Forés, Coll, Pedro, Brunell, Folch y otros.

jo), lugar fortificado (1). Pocos años después pidieron sus vecinos á D. Ximén Pérez de Arenós, lugarteniente del rey en Valencia, que les permitiera trasladarse al Palmeral de Burriana, y el monarca otorgó licencia para mudar la villa, concediéndole grandes franquicias (2). Conmemoración de este suceso es la

(1) Los historiadores valencianos han querido dar á Castellón antigua prosapia, suponiendo que en su primer solar estuvo la Cartalias de Estrabón, llamada Castalia ó Castalium por otros autores. Estrabón, citando las poblaciones situadas entre Sagunto y el Ebro, nombra á Quersoneso, Oleastro y Castalia. La indicación no es bastante precisa para señalar el emplazamiento de esta última. Viciana y Escolano se fundaron en la etimología é hicieron, de Castalia, Castellón; pero ¿no es más probable que este nombre significase lo que suena, castillo pequeño? D. Agustín Ceán Bermúdez, en su *Sumario de antigüedades romanas de España*, dice que en el cerro de Santa Magdalena se han encontrado basas de columnas, fragmentos de barro saguntino y monedas de emperadores romanos. Estos son vestigios más seguros de población antigua, pero no bastantes para determinar su equivalencia con razones decisivas, como las que hoy exige la crítica. En Castellón fué hallado de reciente un documento arqueológico importantísimo, pero que no nos da luz sobre la geografía local. En un huerto, junto al camino del Grao, cerca ya de la playa, excavando unos jornaleros uno de los montículos que hay en aquel sitio (llamados *Pujols* por la gente del país), encontraron una lámina de plomo, rollada, de diecisiete pulgadas y media de largo, y pulgada y media de ancho, la cual tiene en toda su extensión cuatro renglones de escritura ibérica, incisa en la plancha. Verificóse este hallazgo el 30 de Agosto de 1851, y fué enviado á la Real Academia de la Historia. Hoy está en el Museo Arqueológico Nacional. El Sr. Sampere y Miquel en su obra citada *Origens y fonts de la Nació catalana*, encuentra en esta inscripción una referencia al sitio de Sagunto por Hannibal. He aquí la versión que le da: «La Birtsa del pueblo del país saguntino (Leigouth) de hacia esta parte, estrechó el circuito de la ciudad el feroz el Aurauna con palas, de modo que no son *mas que* ruinas... *Estos* leones Adoniiahu y Deciv ellos mismos construyeron é hicieron... Aurauna *con* astucia doblegó *con* palas *su* resistencia. La prosapia *del* pueblo de mi ciudad arsense... alegre... fuerte... Monumento del varón Belkiia *de la* ciudad *de* Aies *de la* estirpe de los hijos de Arse.» Arse era el nombre ibérico de la ciudadela de Sagunto. Dice Tito Livio que abierta brecha en las murallas de la ciudad, desplomadas tres torres y el muro que las unía, Hannibal envió quinientos africanos con palas ó picas para arrasar las murallas. Esta plancha de Castellón fue publicada por Lorichs en las *Recherches numismatiques*, pág. 80 (1852); y en la revista titulada *La Academia*, tomo I (Madrid, 1877) con un ensayo de interpretación alfabética del reverendo A. H. Sayce, profesor de filología comparada en la Universidad de Oxford. Cree éste que el alfabeto de la inscripción se halla ligado estrechamente con el que suele llamarse celtíbero, pero que debe ser más moderno, y que el idioma es postpositivo y no se parece al vascuence. El Sr. Rodríguez Berlanga desconfía de la autenticidad de esta inscripción: por la materia en que está grabada y lo extravagante de varios de sus caracteres, la coloca entre las sospechosas *(Los bronces de Lacusta, Bonanza y Aljustrel.)*

(2) Este privilegio, dado en Lérida, á 8 de Setiembre de 1251, y citado por Viciana, se conserva en el Archivo municipal de Castellón y lo ha publicado el

alegre romería de *les Gayates* (las Cayadas). El tercer domingo de Cuaresma, clérigos y seglares empuñan verdes cañas y van á la ermita de la Magdalena, donde se celebra solemne función. Inmenso gentío invade la colina y sus contornos; canta, baila, vocea, come y bebe. Después del agreste banquete, ayuntamiento y clero, armados siempre de las cañas simbólicas, regresan á Castellón, haciendo parada en un ermitorio, situado en medio de la frondosa huerta, en el que se venera á Nuestra Señora del Lidón (del Almez), y al cual acude mayor concurso todavía, al reclamo de la devoción ó de la feria (1). Al llegar á la ciudad, sale á su encuentro solemnísima procesión nocturna, en la cual van figurados en aparatosos carros, las mundanas pompas y el arrepentimiento de la Magdalena; y entre muchos farolillos de colores es llevado en triunfo el cayado, que recuerda la traslación de la villa, y da nombre á la fiesta.

---

celoso cronista de aquella ciudad, D. Juan A. Balbas en una obra que titula *Casos y cosas de Castellón, estudios históricos*, impresa en aquella ciudad, 1884. En ella consigna hechos notables y recuerdos curiosos de sus anales, tomados casi todos de los documentos de aquel archivo. El Padre Fr. Joseph Rocafort, religioso agustino del convento de Castellón, escribió un libro que titulaba *Cosas notables sucedidas en esta Villa de Castellón de la Plana desde el año 1762 hasta 1829*. Conserva el manuscrito el Sr. D. Luís Bellver, de aquella ciudad. D. Arcadio Llistar y Escrig, hijo de Onda, está publicando una *Historia de la fiel y leal ciudad de Castellón de la Plana* (Valencia, 1887), que ha sido premiada en los últimos Juegos Florales del Rat-Penat. El mencionado Sr. Balbas ha publicado también con el título de *Castellonenses ilustres* (Castellón, 1883), una serie de biografías de los hijos de la provincia que más se han distinguido. Igual trabajo han hecho D. Vicente del Cacho y D. Luís Cebrián, y lo ha premiado la Sociedad del Rat-Penat en sus Juegos Florales: permanece inédito.

(1) Tiene este ermitorio un espacioso templo, de esbeltas proporciones, terminado en 1769. El hallazgo de la Virgen estaba consignado en el llamado *Llibre vert (Llibre del Be y del Mal de la ciutat de Valencia)* en el cual se apuntaban los acontecimientos más notables. Quemóse este libro en el siglo XVI, pero en el archivo municipal de Castellón está copiada la noticia de aquel hallazgo, que dice así: «En lo any 1366, en la ocasió que Perot de Gran-yana llaurava en lo seu camp, sucehí que se li pararen los bous al temps que feya transit per dessus un almesquer; forcejá pera que pasaren avant, y havent donat un pas, de el rell saltá una rail, et statim vesqué desus ella una Image de Madona Santa María, qual prengué ab gran devoció e regocig, é pres la portá al poblat pera la ensenyarla, hon llavons li prestaren la santa reverencia; é ab determinació del Jurats, li alsaren capella hon encontrada fonch.» La efigie encontrada es muy pequeña y está puesta en un medallón que lleva al pecho la imagen de la Virgen colocada en el altar.

Asentada la nueva población en la llanura, prosperó de prisa, convirtiendo en fructuosos campos aquellos yermos y aquellas marjales (1). Burriana era la población principal de la Plana; pero pronto se le adelantó Castellón (2), convirtiéndose en cabeza de tan fértil comarca, avalorándola con nuevos cultivos, como el del arroz, que hubo de prohibirse por los estragos de las fiebres palúdicas (3), y el de la caña de azúcar.

Aquel pueblo de labradores era defensor acérrimo de sus franquicias, y no consentía otro señorío que el de la Corona. El Rey Conquistador dió la villa al monasterio de San Vicente de la Roqueta, y pasó, en tiempos de D. Alfonso III, al de Poblet: esta sumisión le irritaba, y con muchos esfuerzos, ayudando con dineros á D. Jaime II, logró emanciparse de ella, prometiendo este monarca no enagenarla más. Después, cuando D. Alfonso IV, á instancias de la ambiciosa reina D.ª Leonor, la dió, con otras poblaciones importantes, al infante D. Fernando, fué su vecindario uno de los que más se alborotaron, contribuyendo á la oposición legal que personificó el famoso Francisco Vinatea, cuyo triunfo tanto celebran los anales valencianos (4).

---

(1) Las famosas trovas de Mossen Febrer nos han conservado el recuerdo de Alonso Arrufat, que dirigió la construcción de la villa nueva, limpiando el terreno de matorrales y desaguando los pantanos: «Ell desembaraça—tota aquella plana de molta pinaça—é escorrent les aigues que crien renochs—les llansa á la mar donantles desbochs.»—D. Jaime el Conquistador, después de la toma de Burriana, se dió á la caza de jabalíes, que abundaban en aquellas marjales, y á la de grullas y perdices, y con lo que cazaba mantenía á los veinte caballeros que le seguían y á sus hombres. Crónica de D. Jaime, 186.— En tiempo de Viciana aún se hacían estas cacerías de jabalíes, y se cazaban también liebres, conejos y francolines.

(2) «Burriana y Borriol feren un fillol, y val tant lo fillol com Burriana y Borriol:» adagio de aquella época, que ha llegado á nuestros días.

(3) En 1357, después de la guerra con D. Pedro de Castilla, tenía Castellón 1,110 hogares *(fochs)*, y en 1438 habían quedado reducidos á 569 (Memorial á D. Juan II, citado por Balbas). Los reyes de aquella época prohibieron repetidas veces el cultivo del arroz, y devolvieron la salubridad á esta hermosa comarca.

(4) Dice Mundina *(Hist. y Geog. de Castellón)* que Guillén de Vinatea (ya hemos visto que no se llamaba Guillén sino Francisco) era el presidente de una comisión que enviaron á Valencia las villas de Castellón, Burriana y Morella para reclamar del rey contra esta cesión. Pero hay error en ello: Vinatea llevó la voz de Valencia como jurado *en cap* de esta ciudad, á la que acudieron los reclamantes pidiendo ayuda.

Hasta entonces había buscado Castellón el amparo del poder real contra el clero y la nobleza: después, luchó contra aquel poder para sostener y ensanchar sus libertades. En la guerra de la Unión, fué la última villa de este reino que se rindió á las fuerzas de D. Pedro IV; costó trabajo á su general D. Pedro Boil vencer su resistencia, tan extremada, que hasta las mujeres peleaban en las murallas: una de ellas mató de una pedrada á D. Guillén Boil, deudo de aquel caudillo. Asaltada y entrada á saco la villa, los jefes rebeldes fueron ahorcados en la plaza, y entre ellos la intrépida guerreadora. También en la época de la Germanía alzó Castellón la bandera popular, y de nuevo fué sitiada, asaltada y saqueada por las tropas reales, al mando del duque de Segorbe, que alcanzó luego en Oropesa á los rebeldes escapados de la villa, y los derrotó, apresando á sus tres jefes, Coll, el tribuno de los castellonenses, Estellés, el carpintero valenciano, y Bremón, el capitán de los agermanados del Maestrazgo. Los tres murieron ahorcados asimismo en la plaza de Castellón. Con tales antecedentes, bien podemos decir que representa esta villa, en la provincia á que ahora da nombre, el elemento popular, la tendencia demócratica; como Morella, en su trono de rocas, que defiende castillo inexpugnable, era figura apropiada del brazo militar y del espíritu nobiliario; como Segorbe, coronada por la mitra de sus obispos, y reclinada sobre el suntuoso monasterio de Valdecristo, era perfecta imagen del estamento eclesiástico y de la preponderancia clerical.

Los hijos de los que aclamaron la Unión en el siglo XIV, y la Germanía en el XVI, habían de ser en el XIX partidarios entusiastas de la causa liberal. Castellón, que debió á su posición topográfica y á ese entusiasmo la capitalidad de la provincia, hízose famosa en la guerra de los Siete Años por la defensa de las nuevas instituciones. Bajaba por la cuesta de Borriol la avalancha carlista del Maestrazgo; pero deteníanla siempre en las tapias de la reciente capital los fusiles de la milicia ciudadana; y cuando terminó la campaña, el general Espartero añadió á su

escudo (un castillo en la parte alta, y las barras en la baja) un lebrel, símbolo de la lealtad, haciendo huir á un horrible lobo, y



CASTELLÓN.—Torre de las Campanas

le puso por timbre un águila con este mote: *Triunfó de los enemigos de la libertad.*

Construída en la llanura y con arreglo á un plan trazado de

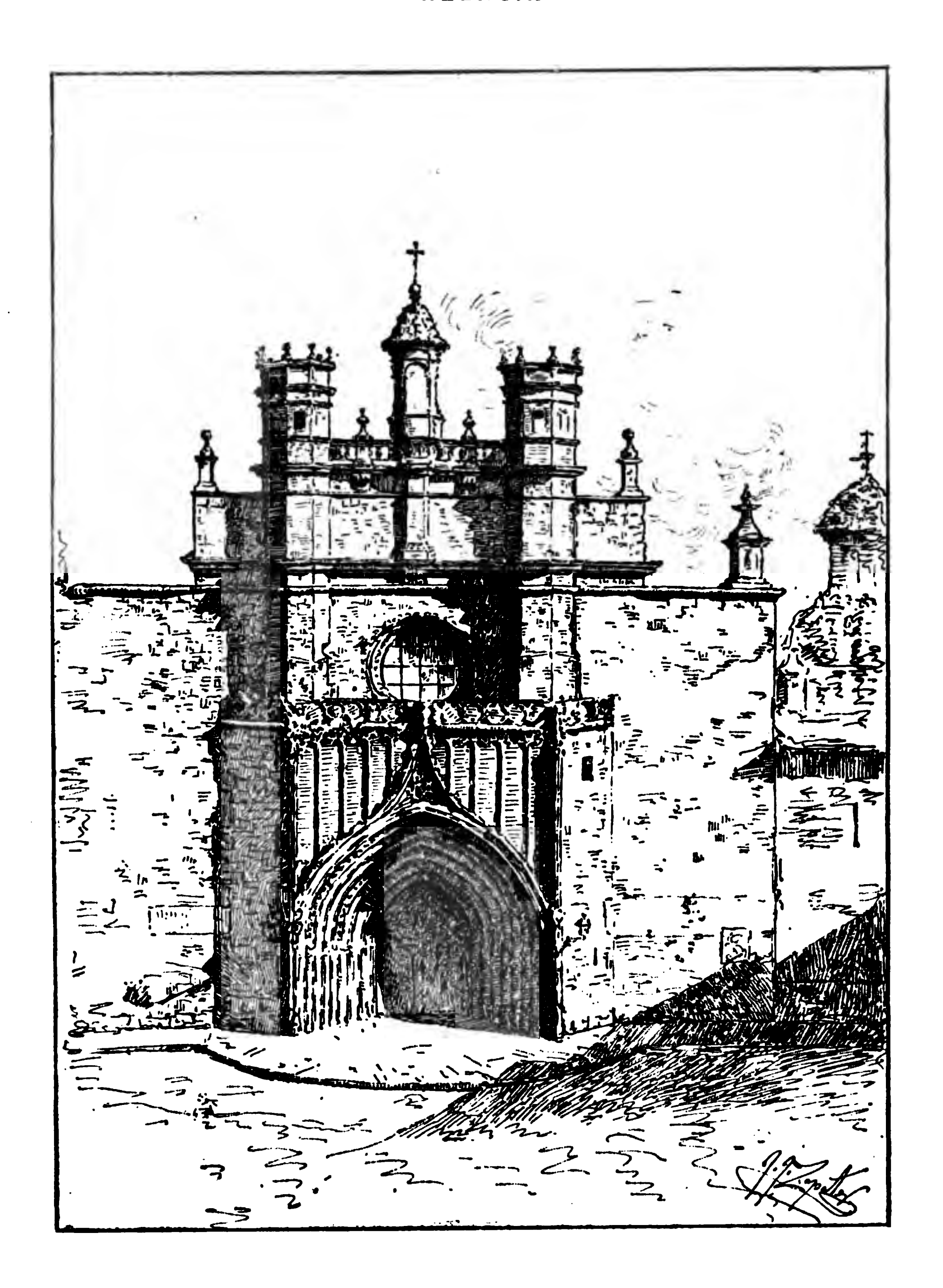
antemano, tiene Castellón buenas calles, anchas y rectas; pero hay en ellas poco de notable y característico. El punto más interesante es la Plaza Vieja, foro castellonense, en donde vemos, frente á frente, el poder civil y el religioso, la Casa Consistorial y la Iglesia Mayor; y entre una y otra, separada de entrambas, la soberbia torre de las campanas, medio eclesiástica y medio municipal, objeto de añejas contiendas entre la villa que la costeó, y la parroquia para cuyo servicio se hizo (1). Domina sin rival esta torre toda la población: de piedra labrada, robusta y majestuosa, construyóse á semejanza del Miguelete de Valencia, formando un prisma octógono, de cinco cuerpos iguales, separados por salientes cornisas; pero sin indicio alguno del gusto gótico, que había pasado ya de moda (2). En su explanada superior se levanta sencillo templete, formado por tres gruesas pilastras, en el que está suspendida la campana de las horas. La Casa Consistorial, de fines del siglo XVII, es un sólido edificio, con pórticos en su fachada y tres cuerpos de orden toscano. Ofrece poco interés: en cambio, la Iglesia Mayor reclama por un momento nuestra atención por ser el primer templo ojival que se nos presenta en el reino de Valencia.

La fachada, toda de sillería, es obra de dos épocas, de gusto muy distinto. De fines del siglo XIV es la portada, de severo estilo gótico (3). La séptuple arquivolta, decorada sobriamente

(1) Reñidísimas y famosas fueron estas contiendas: casos hubo, como el de 1775, en que tuvo que intervenir la tropa de la guarnición para sostener los derechos de la villa contra el clero en el toque de las campanas. *(Casos y cosas de Castellón, VI.)*

(2) Comenzóse esta torre en 1591 y se terminó en 1604, según expresa una inscripción latina, que dice así: «Quæ super hominum memoria imperfecta stabat et supremo concilio erigitur anno ab orbe redempto 1591, perficitur tandem anno 1604, regnante Philippo III conciliario militum Hyeronimo Miquel, civium vero Narciso Feliu, Gaspare Brunell, Francisco Navarro, pecuniæ publicæ subministratæ, Michaële Iacobo Serra et fabricæ præfectis Hieronimo Jover. D. D. Ac. Michaële Giner.»

(3) Construyóse de 1378 á 1409. La transformación churrigueresca del interior hízose en 1645; la restauración al estilo gótico en 1869. La capilla de la comunión es un agregado al edificio primitivo, obra de 1670.



CASTELLÓN.—IGLESIA MAYOR

con baquetones de piedra, descansa en columnillas figuradas, con capiteles historiados. Esta portada forma un cuerpo algo saliente, flanqueado por dos pilastras prismáticas y coronado por un friso de rosetones. Sobre este primer cuerpo elévanse otros dos de construcción posterior. Dos torres, que resaltan del muro, dejando sitio en el centro para un gran ventanal circular, suben hasta la galería final, y terminan allí en dos torrecillas octógonas, en medio de las cuales se destaca, sobre elevado tambor, el cupulino de la veleta. Gruesos pomos y jarrones con flámulas adornan este remate, denunciando la arquitectura del siglo XVII. Las dos puertas laterales de la iglesia pertenecen á la obra primitiva: son de buen estilo ojival.

El interior, que es de una sola nave, elegantemente abovedada, no se libró de la mudanza que sufrieron en aquel siglo casi todos los templos en esta parte de España. Gastáronse centenares de cargas de yeso en redondear los arcos apuntados de las capillas, en convertir las pilastras góticas en gruesas columnas salomónicas, en construir pesadas cornisas sostenidas por rechonchos angelotes, en cubrir la gallarda crucería de la bóveda y en llenarlo todo de hojarasca churrigueresca. Un arcipreste de buen gusto, hijo amantísimo de Castellón, el Sr. D. Juan Cardona, arrancó este disfraz: la piqueta destruyó fácilmente la corteza de argamasa, y apareció la antigua nave ojival con sus grandiosas proporciones y su austero decorado. ¡Lástima que algunas modificaciones, hechas para adornarla, hayan dañado á la sencillez y armonía del conjunto (1)! El altar mayor, tan encomiado por Viciana (2) y que Ponz calificaba de retablo disparata-

(1) Son nuevas las ventanas ojivales de ambos lados de la nave, pues antes sólo había en lo más alto pequeños rosetones calados, que daban escasa luz. Reforma acertada fué ésta; pero no la apertura de los grandes arcos á los lados del ábside, que siendo mucho mayores que los de la nave, destruyen el plan simétrico de la obra.

(2) «El retablo principal de la iglesia es el mayor del Reyno; es hermoso y fué labrado de mano de Pablo de sancto Leocadio, solemne artífice.» *Crón.* de Viciana, parte III.

do (1), fué sustituído por un templete de yeso, de muy mal gusto, y ha sido reemplazado ahora por un altar de orden gótico (2). Esta es, en pocas palabras descrita, la Iglesia Mayor: al interés arquitectónico que ofrece, hay que añadir el que le dan algunos cuadros de Francisco Ribalta, entre ellos el de la capilla de las Ánimas, citado por el mismo Ponz con especial elogio (3).

¡Ribalta! Esta es la gloria de Castellón. Aquí nació el artista famoso: aún os enseñarán con orgullo la casa en que vino al mundo (4). Al hablar de la escuela pictórica de Valencia, veremos cuán alto lugar ocupó en ella; ahora no estará de más decir algo de su vida.

Descendiente de una familia labradora, su padre fué ya pintor (5); pero no bastándole la enseñanza paterna al vivaz mu-

(1) *Viaje de España*, t. XIII, carta 5.ª

(2) Obra del arquitecto D. Godofredo Ros de los Ursinos y del escultor don Luís Santigosa.

(3) Dice, hablando de las pinturas de esta iglesia: «Es bellísima la del altar de las Ánimas, célebre obra de Francisco Ribalta, con una hermosa gloria y dos Ángeles mancebos que sacan las Ánimas del Purgatorio.» Este lienzo, ennegrecido hoy y lleno de polvo, apenas deja columbrar sus bellezas.

(4) La tradición asegura que Ribalta nació ó vivió en la casa n.° 95, calle de Enmedio, propiedad hoy de D. Victorino Fabra. Consta en el padrón de riqueza de 1555, año del nacimiento de Ribalta, que el padre de éste, Pedro Ribalta, poseía unas casas en la parroquia de San Nicolás, y á esta parroquia corresponde la casa señalada por la tradición.

(5) Ponz atribuye al célebre pintor esta partida bautismal, sacada del archivo de la iglesia mayor de Castellón: «*Á 2 de Juny del any mil sinqçent cinquanta y cinch fon batejat Francés Ribalta, fill de Pere Ribalta: Padri, lo senyor Andreu Coll, not.; Padrina, Monserrada Pinella, de Museros.*» Orellana (*Vida de pintores valencianos*) sacó esta otra partida de los mismos *quinque libri*: «*Á 25 de Mars del any mil sinqçens çinquanta y ú badexi á Francés Ribalta, fill de Francés Ribalta; Foren padrins Tomás Ribalta de Leonor, comare la viuda Villarroixa.*» No se atrevió á decidir Orellana cuál de estas dos partidas se refiere al famoso artista. D. Vicente del Cacho y D. Luís Cebrián, en una *Biografía de Francisco Ribalta*, premiada en los Juegos Florales del Rat-Penat, de 1880 (que permanece inédita), se deciden por la partida primera, fundándose en la tradición local, y en que consta en el libro padrón de pechas del Arch. de Castellón, que era pintor Pedro Ribalta, el padre del niño bautizado en 1555, y lo fué también un hermano mayor de éste, llamado Pedro como su padre. Esta misma opinión siguió Fr. Manuel Martín, autor de las *Cartas del sacristán de Tirig á su paisano Feliu Bonamich*, Valencia, 1806, en las que refutó la idea de que Ribalta fuese catalán, sostenida por D. Eugenio

chacho, estudió el arte en Valencia y luego en Italia. Si no mienten sus biógrafos, el amor, musa poderosísima, tuvo gran parte en sus adelantos. Enamoróse de la hija de su maestro valenciano, y apenas lo advirtió éste, despidió al atrevido aprendiz. Partió Ribalta con la doble herida de su pasión contrariada y su amor propio ofendido. Italia fué la Tierra de Promisión para su genio de artista: abrió allí las alas y tendió el vuelo. Era el último tercio del siglo XVI: habían muerto ya los grandes maestros; pero en la docta academia que tenían en Bolonia los tres Carraccios, aprendió todos los secretos del arte. Ya pintor consumado, volvió á Valencia y buscó á la hermosa doncella, que fiel le aguardaba. Dice una poética tradición que no estaba el maestro en el taller cuando llegó el enamorado Francisco; mostróle la hija un cuadro de la Virgen que aquél estaba terminando; tomó el galán los pinceles, y con cuatro toques dejólo concluído y grandemente mejorado.—«¿Quién ha puesto aquí la mano?» preguntó admirado el maestro así que llegó. No sabía la joven qué contestar, y esperaba ansioso el escondido amante. —«Quien esto ha hecho, proseguía el padre, sería esposo digno de ti, y no aquel desdichado que te cortejaba.»—Los felices enamorados, al oir esto, se arrojaban á los pies del anciano pintor, quien los recibía en sus brazos llorando de alegría.

Casado y establecido en Valencia, Ribalta no dió paz á la mano, hasta que murió, ya viejo, en su casa de la calle de Cuarte extramuros (1), lleno de la gloria que obtenían entonces los

---

Esteve en sus *Observaciones criticas sobre la patria del famoso pintor Francisco de Ribalta*, dirigidas á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, y publicadas en Valencia en 1804. La equivocada idea de Esteve provenía de una grosera falsificación de un pasaje del *Dietario de D. Diego de Vich.*

(1) La casa de Ribalta estaba frente al convento de San Felipe, hoy destruído. Murió el 13 de Enero de 1628 de una apoplegía fulminante (Dietario de D. Diego de Vich). Fué sepultado en la iglesia de los Santos Juanes, capilla del Altar del Privilegio. Consta esta partida de sepelio á la pág. 251 del libro de 1628: «Divendres á 14, soterrarem á Francesch Ribalta, pintor del carrer de Cuart ab 66. P.r Misa N.a S.ra Paga Joan Ribalta, com fill, en dita casa. Vas propi.» La capilla denominada entonces del Privilegio, es la primera á mano izquierda, entrando en la iglesia por la puerta principal, y está dedicada hoy á San Esteban.

artistas (mucho más modesta que la de nuestros tiempos), y dejando á su hijo Juan heredero de su nombre y de su fama. Asombra el número de cuadros que pintó: en Castellón se conservan muchos: los más apreciados son el San Bruno, del Museo Provincial de Bellas Artes, procedente de la famosa Cartuja de Valdecristo, y el San Roque, que estaba en una ermita, hoy arruinada y se conserva en la Casa Consistorial. El San Bruno, especialmente, es obra de gran valía: está representado el Santo cenobita de pie, con la palma en la diestra y el libro de las constituciones de su orden en la otra mano. Acompáñanle cuatro obispos, y á sus pies se postran dos cartujos, formando un grupo de gran naturalidad y acertadísimo efecto. El Santo, cuyo rostro es de admirable expresión mística, está abstraído de todo y mira al cielo, donde se abre á sus ojos la visión de la gloria. Todos los méritos de la castiza escuela española resplandecen en este cuadro: el realismo de las figuras es tal, que parecen retratos, y sin embargo, el espíritu que en ellas resplandece les da el sello divino de la santidad.

Castellón guarda otro tesoro artístico poco conocido: en una iglesia, pequeña y pobre, de religiosas capuchinas, hay diez cuadros de Zurbarán. ¿Cómo vinieron á parar á este rincón? Una condesa de Campo-Alange los regaló á las monjas, y allí están casi olvidados. Representan santos insignes, fundadores de Órdenes monásticas todos ellos, y son figuras grandiosas, trazadas con la valentía propia de aquel insigne maestro (1).

Fuera de lo dicho, poquísimo hay en Castellón que interese al arte ó á la historia. Los conventos se han convertido, como

---

(1) San Agustín, Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Basilio, San Benito, San Elías, San Pedro Nolasco, San Bruno, San Jerónimo y San Ignacio de Loyola. Este convento de Capuchinas, el único que queda en Castellón, lo fundó en 1693 el presbítero D. Enrique Rabasa de Perellós, hermano del primer marqués de Dos-Aguas. La condesa de Campo-Alange, que regaló al convento los mencionados cuadros de Zurbarán, vivía á fines del siglo pasado, y permanecía largas temporadas en Castellón. Su esposo, el Sr. Negrete, trajo de Roma, para el mismo convento, el cuerpo de Santa Festiva, mártir.

en tantas otras partes, en oficinas, hospicios y cuarteles: el de San Agustín es Gobierno civil de la provincia: el de las monjas de Santa Clara, Instituto de Segunda Enseñanza; el de Santo Domingo, Casa de Beneficencia; el de San Francisco, cuartel de infantería; el palacio de los obispos de Tortosa (á cuya diócesis pertenece la ciudad), Gobierno militar. Nada había en ellos de artístico y monumental, y, bajo este punto de vista, poco se ha perdido en su transformación (1). Recordaré tan sólo la romántica leyenda de San Guillem, enlazada por piadosos cronistas con la historia del primero de los conventos mencionados.

Era á comienzos del siglo XII; tremendo cisma afligía á la Iglesia: Inocencio I y Anacleto II se proclamaban á la vez Vicarios de Cristo. Un varón insigne, San Bernardo de Claraval, disipó aquella borrasca. Pero, sometidos los príncipes cristianos á la autoridad de Inocencio, negábale obediencia uno solo; Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitiers. Hijo del famoso príncipe-poeta del mismo nombre, primero de los trovadores provenzales conocidos, había heredado de su padre el invencible esfuerzo y las pasiones indómitas. Era el Goliath de su tiempo, el hombre carnal y feroz, en quien había puesto todos sus bríos la naturaleza y todas sus malignidades el demonio. Apenas le llegaban al hombro sus más altos guerreros; la comida de ocho de ellos no saciaba su voracidad. Era casi tan poderoso como el rey de Francia; ponía en batalla sesenta mil caballos y otros tantos peones. Obstinado en la defensa del antipapa, esforzábase en vano San Bernardo para convencerle: sus silogismos y sus exhortaciones rebotaban en la dura mollera del duque aquitano. Apeló el abad de Claraval al último recurso; tomó en sus manos el Sacramento del altar, y conjuró al príncipe contumaz: ¡Oh prodigio! Guillermo cae á tierra, como herido por el rayo,

(1) En la actualidad, Castellón está mejorando mucho bajo el aspecto urbano; ha construído una gran plaza de toros, está edificando un magnífico hospital, ha inaugurado la obra de unas cárceles, y tiene en proyecto otras importantes innovaciones.

rompe en llantos y clamores, y confiesa sus pecados. Desde aquel instante, cambia por completo, truécase en humildad su soberbia, en devoción su descreimiento, en ascetismo su liviandad. Una noche, solo y á escondidas, busca á un ermitaño austerísimo, que vivía en el yermo; pídele penitencia apropiada á la magnitud de sus culpas, y el siervo de Dios hácele vestir sobre sus carnes la cota de férreas mallas, ciñéndosela bien al cuerpo con diez cadenas apretadas, le encasqueta el yelmo, de modo que se le incrustase en el cráneo, y con aquel arreo le envía peregrinando á Compostela. Poco después se supo que había muerto allí y lo habían enterrado junto al sepulcro del Apóstol Santiago (1). Esta es la primera parte de la leyenda de San Guillem.

Apareció por entonces en Toscana un penitente, que hacía vida eremítica en la isla de Lupocavio, territorio de Pisa, y de cuyas austeridades contábanse portentos. Nadie sabía su origen; nombrábase Guillermo, y se decía que era un caballero francés, arrepentido de su juventud borrascosa. Por consejo ó mandato del Papa Eugenio II, marchó á Palestina; volvió después, más santificado, y agregándosele otros penitentes, hacía con ellos vida austerísima. Aflojóse, empero, la devoción de sus discípulos, y buscó entonces mayor soledad en el selvático monte Pru-

(1) Estos sucesos, embellecidos y agrandados por la imaginación popular, tienen un fondo de verdad histórica. Los anales de la Francia meridional nos refieren el arrepentimiento, la peregrinación y la muerte del duque Guillem ó Guillermo de Aquitania, IX según unos historiadores, y X según otros, el último de su nombre y de su casa. Convirtióle á buena vida, en efecto, San Bernardo de Claraval, y para purgar sus faltas, renunció sus estados, legándoselos al rey de Francia, Luís VII, con la condición de que casase con su hija Eleonor. Marchó después peregrinando á Compostela y murió allí en 1137. La duquesa Eleonor casó con el rey de Francia, y luego, anulado aquel matrimonio, con Enrique de Normandía, rey de Inglaterra. Hijo de este segundo enlace fué el famoso Ricardo Corazón de León, en quien revivió el ánimo esforzadísimo del duque Guillermo. Éste, por el penitente fin de su vida borrascosa, fué elevado á los altares. No hay que confundirlo con otro San Guillermo, duque también de Aquitania, el primero de su nombre, que vivió en tiempos de Carlo Magno, y prestó á Francia grandes servicios, rechazando á los musulmanes. Este ilustre capitán tomó la cogulla en la abadía de Gellone, donde murió santamente.

no. Siguiéronle allí nuevos adeptos, que tampoco pudieron acomodarse al extremado rigor de sus penitencias, y huyendo del trato humano, refugióse en un sitio hórrido, llamado Establo de Rodas *(Stabulum Rhodis)*, en tierras de Siena. Allí murió (10 de Febrero de 1157) en brazos de su discípulo predilecto, San Alberto, quien erigió una capilla sobre su fosa. Inocencio II canonizó al misterioso penitente, y sus discípulos, congregándose en aquel mismo sitio, que tomó el nombre de Malaval, fundaron una orden de ermitaños que recibieron el nombre de guillermitas, y se extendió mucho por Italia, Francia, Alemania y Flandes (1).

Eran tiempos aquellos propensísimos á lo extraordinario y lo maravilloso: corrió de boca en boca el rumor de que Guillermo, el ermitaño de Siena, era el mismísimo Guillermo duque de Aquitania; aceptaron la poética leyenda los hagiógrafos, y la hermosearon con los episodios más fantásticos. El arrepentido duque, decían, quiso que todos le tuviesen por muerto, que quedase borrado su nombre de la lista de los vivientes: sólo sabían su secreto los que le acompañaron á Compostela. De allí fué á Jerusalén, y vivió diez años haciendo penitencia en una choza; pero llegaron á Tierra Santa los guerreros de la tercera Cruzada, y con ellos su hija Eleonor, casada con el rey Luís VII de Francia; temeroso de ser reconocido, dirigióse entonces á Italia, y allí terminó su santa vida en el yermo de Malaval (2). Pero

---

(1) El papa Gregorio IX les dió la regla de San Benito. Cuando Alejandro IV (1256) quiso unir en una sola religión las diversas congregaciones de ermitaños que se habían formado, y que seguían casi todas la regla de San Agustín, incluyó en la reforma á los guillermitas, pero éstos reclamaron, por ser de otra regla, y obtuvieron al fin que se les reconociese como orden independiente, confirmando sus privilegios el concilio de Basilea. En el *Diccionario de las órdenes religiosas*, de Heliot, publicado por Migne, en París, 1849, se dice que sólo existían doce conventos de guillermitas, todos en Flandes. En Malaval, donde las guerras entre sieneses y florentinos destruyeron el primitivo convento de guillermitas, que era residencia del general de la orden, se fundó después una abadía de ermitaños agustinos.

(2) Refiere esta historia, en la cual se confunden el San Guillermo duque de Aquitania y conde de Poitiers con el ermitaño de Malaval, un escritor piadoso, llamado Theobaldo, de quien se dice que era obispo, pero sin que haya podido

¿qué relación tienen esas historias rancias con la ciudad que visitamos? preguntará el lector. No lo preguntaría, si hubiese leído en apolillados infolios las crónicas agustinianas. En la del R. P. Maestro Fray Jaime Jordán, principalmente (1), hubiérase enterado de que, huyendo de la persecución de sus propios monjes, corrompidos y sublevados, vino San Guillermo á España, con su discípulo San Alberto, y cerca de Castellón de Burriana se albergó en una cueva del monte Petricio (ahora Agujas de Santa Águeda), cuyos abruptos picachos flanquean por la parte del Nordeste el Desierto de las Palmas. Allí vivió penitente (2); después, molestado por los pastores que recorrían aquella sierra, bajó al llano, donde había una iglesia consagrada á San Nicolás. Albergólo una familia devota, hasta que, habiendo curado milagrosamente al ama de la casa, fué reconocida su santidad, y para evitar la veneración de las gentes, ocultóse en el ya citado *Stabulum Rhodis*, soledad espantosa del Rincón de Ademuz, donde hoy está Castellfabid. En ella murió. Sus discípulos San Alberto y San Reinaldo trasladaron sus restos á Toscana; seguíanles cantando todos los pajaritos del campo, y á su paso florecían los viñedos y las arboledas. Dos conventos de agustinos deben su fundación al Santo ermitaño ó á sus primeros discípulos: el de Castellón y el de Castellfabid. El primero estaba en el campo, en el punto donde San Guillermo fué acogido por los piadosos labriegos (3), y mucho después de

---

precisarse de qué diócesis. Su relato parece poco posterior á la muerte del Santo, pero la verdad es que no se encuentra citado hasta tres siglos después. En las *Acta Sanctorum*, de los Bolandos (tomo II de Febrero, al día 10), se inserta esta vida de San Guillermo ermitaño, por Theobaldo; pero precedida de una disertación eruditísima del P. Henschenius, en la cual se rectifican los errores de aquél y otros crédulos agiógrafos, y se establece la distinción entre los dos Santos Guillermos de Aquitania, y el fundador de la orden de los guillermitas.

(1) *Historia de la provincia de la Corona de Aragón, de la Sagrada orden de los Ermitaños de nuestro gran padre San Agustín.* Valencia, 1704.

(2) Dícese que esta cueva es la que está consagrada á San Antonio Abad, cerca de la ermita de Santa Agueda.

(3) Dice el P. Jordán que estaba junto á la Acequia mayor, delante de la Puerta del Agua. La acequia se llamaba antiguamente de San Agustín, pero perdió después este nombre.

construída la nueva Castellón, trasladóse al interior de la villa; el segundo se construyó en el mismo punto donde murió el Santo (1).

¿Cómo se concilian estas tradiciones con las noticias ciertas de la permanencia constante de San Guillermo ermitaño en Italia y su muerte en aquel país? Tentó mi curiosidad esta cuestión y halléla resuelta, apenas consulté las fuentes de la legendaria historia. Una coincidencia singular ha dado pie al error sostenido por los padres agustinos que han traído aquel santo á Castellón. El desierto de Malaval, en Siena, está cerca de un pueblo llamado *Castiglione*, el cual, por ser esta denominación tan común, y por hallarse contiguo al de *Buriano*, tomó su apellido: *in monte Petritium juxta Castellionem Burianensem*, dice el obispo Theobaldo, al citar el punto á donde se retiró el famoso eremita (2). Precisamente, se llamaba también *de Burriana* nuestro Castellón. La concidencia era ocasionada á error, y el error lisonjeaba á los que buscaban glorias religiosas para sus conventos: ufanóse, pues, el de agustinos de Castellón con el recuerdo equivocado de la presencia de San Guillermo el Grande, y se atribuyó su sepultura el de Castellfabid, con menor motivo todavía (3).

Cuándo se fundó, en verdad, el primero, no está bien averiguado: estaba en las afueras de la villa y quedó asolado en la guerra de los dos Pedros. Don Juan I dió albergue á los padres agustinos dentro de población, cediéndoles el palacio real,

---

(1) Este convento, titulado de San Guillermo, fué de agustinos primero, y después de franciscanos.

(2) Hoy, este pueblo de Castiglione se llama *de la Pescaia*, por estar inmediato al de este nombre; ambos pertenecen á la provincia y diócesis de Grosseto. Buriano subsiste aún: es una aldea dependiente del municipio de Castiglione.

(3) Llámase Monte de los Rodenos el que se encumbra junto al convento de Castellfabid: al Padre Jordán le parece que la analogía del nombre indica suficientemente que es el *Stabulum Rhodis* de los biógrafos de San Guillermo. Me he extendido algo en este episodio, porque hasta ahora no se había explicado el origen de la supuesta venida á Castellón del santo ermitaño, ni de la fundación que se le atribuye de los dos conventos mencionados.

teatro, en el reinado anterior, de una tragedia sangrienta, el asesinato del infante D. Fernando. Era éste el primer hijo de D. Alfonso IV y su segunda esposa D.ª Leonor de Castilla, y á quien, aún muy niño, dió el rey su padre los señoríos que motivaron la protesta enérgica y triunfante de Vinatea. Valiente, inquieto y ambicioso, aquel príncipe medio aragonés, medio castellano (valenciano, por su nacimiento), intervino activamente en las revueltas de su tiempo, alzado en armas unas veces contra su hermanastro, el astuto y vengativo D. Pedro IV, sirviéndole otras veces, con su cuenta y razón. En una de las paces que hicieron los reyes rivales de Aragón y Castilla, parece que pactaron secretamente (así lo creyó Zurita con fundados indicios) la muerte de dos deudos que les daban pena: el infante D. Fernando y el conde de Trastamara, ambos entonces al servicio del monarca aragonés. Hallábase éste en Castellón y el infante en Almazora, con sus compañías: cuestionaban por razón de soldadas; D. Pedro llamó á su hermano para arreglar el negocio, y le obsequió en su palacio con un banquete. Retirado después D. Fernando á su aposento, presentósele un alguacil del rey y le intimó á que se diese preso. Resistióse el infante, y con algunos caballeros que le acompañaban, aprestóse á la defensa, cerrando las puertas. Acudió entonces el de Trastamara, con sus secuaces de Castilla, á cumplir la orden del rey, y no pudiendo forzar la entrada, buscóla echando abajo el techo. Acudieron á las espadas unos y otros; el infante mató de una estocada á uno de los escuderos del conde, pero al punto cayó á manos de los castellanos. El implacable monarca del *Punyalet* asumió la responsabilidad de muerte de su hermano, como un acto de justicia; pero la sangre del desdichado infante llenó de tétrico horror la posada de los reyes en Castellón, y para purificarla, sin duda, el hijo del matador la consagró al culto de Dios.

Otra oscura tradición guarda el convento de San Agustín. Hay bajo de él un sótano, que se dice ser la entrada de un camino subterráneo. ¿Dónde está la salida? Los que se suponen

mejor enterados de estas antiguallas, dicen que ese camino, pasando por debajo del Mijares, cruza gran parte de la Plana y desemboca en Burriana. ¿Á quién atribuir esa obra estupenda más que al rey de los prodigios, al glorioso Conquistador? Un celoso, pero no siempre discreto investigador de historias viejas de Valencia (1), acogió como buena esta fábula del camino subterráneo y de su regio origen, atribuyendo su construcción á la necesidad de socorrer y aprovisionar á Burriana en los primeros tiempos de su conquista, sin considerar que esa excavación costosísima, dado caso de que fuera realizable, era de todo punto superior á los menguados recursos del monarca aragonés, siempre falto de dinero; y que, por otra parte, la inmediata sumisión de todas las poblaciones que quedaban á su espalda, apenas se le rindió Burriana, hacía de todo punto innecesario aquel camino de trogloditas, fantaseado por algún cronista soñador (2).

Ya es hora de dejar á Castellón: sigamos el viaje con rumbo siempre á Mediodía, y pronto llegaremos al Mijares, río fertilizador de toda esta llanura. Á mano derecha de la vía férrea domina el cauce un altozano, llamado el cerro de Almanzor, sobre el cual hay un castillejo, pocos años há reconstruído, y á corta distancia cruza el río el puente de piedra de la carretera de Bar-

(1) D. José María Zacarés, artículos publicados en *El Fénix*, 1846. Atribuye la noticia á Asclot y dice, con referencia á este cronista, que se abrió el subterráneo en menos de catorce meses, «que fué el tiempo que transcurrió desde la toma de Burriana hasta la de los castillos de Polpis, la Muela y otros de aquella serranía, que daban al Real la facilidad de recibir cuanto necesitaba de Cataluña y Aragón.» No he encontrado tal noticia en la crónica de Desclot, ni es cierto que transcurrieran catorce meses entre los acontecimientos que se citan: Burriana se rindió el 28 de Julio; á San Miguel volvía á ella el rey, ganados ya los castillos de Peñíscola, Exibert, Cervera y Polpis, y antes de Todos Santos se habían entregado Castellón, Borriol, Cuevas de Aben-Romá, Alcalatén y Villafamés. En el mismo artículo admite el Sr. Zacarés como fidedigna la venida de San Guillermo á Castellón.

(2) Habrá contribuído quizás á forjar esta historia la circunstancia de existir en Burriana la entrada de un subterráneo, cuyo objeto se desconoce. En aquella población dicen que era un camino que iba á salir á cuatro kilómetros de la villa.

celona, hermosa obra de ingeniero y de artista, que honra al arquitecto valenciano Ribelles (1).

Teatro de trágica jornada fueron estos sitios en la guerra de la Independencia: estaban los franceses en Villarreal y pedían raciones á Castellón; alborotóse el vecindario de esta villa: cerrar el paso al enemigo de Dios y la patria parecíale deber inexcusable. ¿Cómo? No había tropas en Castellón, ni armas. ¿Qué importaba? Garrotes, cuchillos, hoces, piedras, todo era bueno para combatir *pro aris et focis*. Algunos caballeros expertos que objetaban la locura de la empresa, oíanse ya llamar *afrancesados:* no les era posible contener la oleada popular y se dejaron llevar por ella. Salieron todos; cerraron el puente con una barricada de ramaje, y aguardaron impávidos al ejército enemigo. Éste, sorprendido de aquella temeraria resistencia, destacó alguna fuerza de caballería, que vadeando el río facilísimamente, cayó por la espalda sobre los defensores del puente, los destrozó al momento, y esparciéndose por las huertas, acuchilló á cuantos halló á su paso. Setenta y cinco cadáveres de aquellos exaltados patriotas quedaron tendidos en el suelo que quisieron defender con un empeño, cuya heroicidad rayaba en insensatez. Allí sucumbieron, al lado del noble caballero y del ascético fraile, los humildes labradores: todos se creían igualmente obligados á dar la vida por la patria.

En el Mijares terminaba la Ilercavonia de los romanos, y comenzaba la Edetania, famosa ya entonces por su fértil suelo; y en efecto, pasado el río, cambia el paisaje. ¿Qué maravilla se ofrece á nuestros ojos? ¿Hemos entrado en el jardín de las Hespérides? Á la izquierda, la línea de azul turquí del tranquilo Mediterráneo; á la derecha, á lo lejos, un muro de montañas cerú-

(1) Comenzóse este puente reinando Carlos III y se concluyó en el año segundo de Carlos IV (1784-90), según expresan las lápidas conmemorativas. Aguas arriba, á corto trecho, está el antiguo, llamado de Santa Quiteria, por una ermita que hay allí. Por aquella parte pasaba el río la vía romana descrita por Antonino Augusto, y aún se ven vestigios de ese paso.

leas y luminosas, sobre las cuales alza su frente Peñagolosa; y en la dilatada planicie naranjos por todas partes, en rectas y prolongadas hileras; pomposos, lozanos, resplandecientes, cubiertos con las blancas estrellas del azahar, que impregnan el ambiente con su dulce y enervante fragancia, ó doblando las flexibles ramas al peso del sazonado fruto, que semeja globos de fuego en el oscuro follaje. No son los naranjos de la Plana tan grandes como los de Alcira y Carcajente; no forman bosques que niegan la entrada al sol (1); pero cada árbol es un ramillete, y al juntarse á lo lejos sus filas apretadas, cubren toda la llanura de un manto de perenne verdor. Acá y allá rompen su monotonía una aislada palmera, de delgadísimo fuste y elegante penacho, ó un grupo de ellas, que dibuja en el horizonte bosquecillo aéreo; ó la línea negra de los cipreses, que formando cerrado seto, divide los huertos; ó la copa lacia de algún altísimo eucalipto, que señorea el frondoso verjel. Con las blanqueadas alquerías, cubiertas de rojizas tejas, alternan en esta alegre espesura las quintas, pintarrajeadas de azul ó de amarillo, que abren al aire y á la luz sus galerías, azoteas y miramares. Para dar más animación al cuadro, corren, al pie de los árboles, por estrechas acequias, las aguas fructíferas del Mijares (2); y el

(1) Las plantaciones de naranjos en la Plana son posteriores á las de la Ribera del Júcar. Comenzaron en la década de 1840 á 1850.

(2) El Mijares ha sido muy celebrado en todos tiempos. «Este río, dice Viciana, es uno de los cuatro más principales y mayores de este Reyno; y aunque sea el menor en cantidad de agua, iguala en calidad con las mejores aguas fluviales del Reyno: porque viene muy quebrantada y pasa por peñas y arenas gruesas y limpias y sin orrura, muy clara y de gusto maravilloso, sana para las personas y aun para los ganados. Otro sí, es provechosa esta agua para los árboles y fructos de los campos y aun para engrasar las tierras.» La canalización de las aguas del Mijares para el riego de Castellón, Almazora, Villarreal y Burriana, es obra de mérito, debida á los moros, y mejorada después con construcciones tan importantes como el sifón por debajo de la Rambla de la Viuda. Cavanilles encomiaba en los términos siguientes la belleza y feracidad de esta comarca: « Distinguió el Autor de la Naturaleza á la Plana con un terreno fértil y abundantes aguas, con un cielo hermoso y despejado; dispensó á los vivientes un aire puro y una atmósfera sana; á los hombres, robustez, amor al trabajo y talento para sacar del suelo preciosos frutos. Allí crecen y prosperan cuantas producciones desea el hombre, no sola-

hortelano, de atezado rostro, ceñidas las sienes con el pañuelo de varios colores; desnudo el brazo nervioso; apenas cubierto el cuerpo con la gruesa camisa y los amplios zaragüelles de lienzo blanco, y calzado con la esparteña, es aún imagen viva de los árabes que trazaron aquellos fertilizadores canales (1).

Hay en la Plana villas ricas y populosas; dejemos á mano izquierda, á la orilla misma del Mijares, á Almazora, y detengámonos en Villarreal, que á la otra mano se nos presenta, entre la frondosidad de sus naranjales, dominada por la mole de su famosa iglesia, con su octógona torre y su cúpula puntiaguda.

Ilustre fundador tuvo esta villa: enamorado el Rey Conquistador de la amenidad de estos campos, construyó aquí un palacio para sus hijos y llamó pobladores, concediéndoles grandes franquicias (2); por eso tomó el nombre de Villarreal de los Infantes. Aquel palacio del rey D. Jaime ha desaparecido; pero aún os señalan en la Plaza Mayor una casa construída sobre sus cimientos. Hay en ella un aposento de obra antigua, que se supone ser resto del primitivo edificio: parece el hueco de una escalera. Una tradición local dice que allí nació Santa Isabel reina de Portugal, hija de D. Pedro III de Aragón; pero no tiene fundamento histórico esa noticia (3). Una reina cerró los ojos en

---

mente para la vida, sino también para recrear los sentidos..... Parece increíble la suma de riquezas que produce el suelo. ¿Dónde hay en España, fuera del reino de Valencia, dónde hay en la Europa entera, igual porción de tierra tan útil, sana, alegre y divertida?»

(1) Desaparecen rápidamente los trajes peculiares y típicos de cada comarca: los holgados zaragüelles blancos, que no pasaban de la rodilla *(camalets)*, dejaron de usarse en la huerta de Valencia hace cuarenta años, y ahora los cambian los labradores de la Plana por el pantalón ceñido y largo; sólo lo conservan algunos para el trabajo del campo.

(2) La carta-puebla, fechada en Valencia á 10 de Marzo de 1273, se conserva en el archivo del ayuntamiento.

(3) Mucho han disputado escritores aragoneses y catalanes sobre si fué Zaragoza ó Barcelona la cuna de aquella santa; que no lo fué Villarreal dejólo bien sentado D. Josef Villarroya: *Disertación en que se demuestra que hasta ahora no se ha venerado en los altares Santa ni Beata alguna valenciana en la linea y clase de confesoras*, publicada en Valencia, 1804.

este modesto palacio de Villarreal: D.ª María de Luna, honrada y piadosísima esposa del rey D. Martín. Aquí enfermó y acabó sus días el 29 de Diciembre de 1407, siendo trasladado su cadáver con suntuosa pompa al monasterio de Poblet. En la capilla del Hospital hay un Cristo, de tosca escultura, que se adjudica, sin razón bastante, al Conquistador. Dícese que lo llevaba en una carreta, y que al pasar un barranquillo, se atascó ésta de tal suerte, que no pudo pasar adelante. Vióse en ello poder sobrenatural, y se construyó allí mismo un santuario, para conservar la imagen, calificada ya de milagrosa.

Cercada de murallas, que fueron derribadas, populosa, fuerte y rica, Villarreal igualó muy pronto y superó después á Burriana, figurando entre las villas principales del reino. Su historia tiene páginas gloriosas y sangrientas, entre ellas, su defensa desesperada en la Guerra de Sucesión contra las tropas borbónicas del conde de las Torres; llevó entonces hasta el heroísmo su lealtad al Archiduque, y cayó, como Játiva, envuelta en los horrores del incendio y la matanza. Hoy, pacífica y laboriosa, enriquecida por las manzanas de oro de sus huertos, muestra al viajero, como sus mejores joyas, su iglesia de Santiago y el cuerpo de San Pascual Bailón.

La gran iglesia de Villarreal, construcción del siglo XVIII, es más notable por sus vastas proporciones que por su mérito artístico. Ponz, que tantas visitó, dice de ésta «que es acaso la más grande de cuantas tiene España en línea de parroquias, atendiendo á su buque, que sobraría para una catedral;» pero se lamenta amargamente de «su pésimo gusto de arquitectura.» Es Ponz crítico severísimo, vignolista intransigente, que todo lo subordina á la corrección académica, y en este concepto, el templo de que se ufana Villarreal, no mal ideado en su grandioso diseño, deja bastante que desear. Su interior, que es lo único terminado, está dividido en tres espaciosas naves por dos líneas de elevadísimas pilastras, cuyos pedestales marmóreos, demasiado altos, y sus dobles cornisas, algo desproporcionadas, justifican las cen-

suras del citado escritor; y aún las merece más la portada lateral, mezquinísima y de mal gusto.

Otro templo, modesto, pero interesante, álzase al extremo de uno de los arrabales. Su sencillo frontispicio, blanqueado con cal, las pobres verjas que forman ante él semicircular plazoleta, y la cruz de piedra bien labrada, erguida en medio de ella, le dan indudable aspecto monástico. Sobre la puerta, destácase en la pared lisa y enjalbegada la efigie, pintada al fresco, de un fraile extático ante el Santísimo Sacramento (1). Entremos en la iglesia: es de una sola nave, reducida y pobre; pero ¡qué sorpresa, al penetrar en la última capilla, á mano izquierda! Aquello es un ascua de oro: las pilastras, el cornisamento, la bóveda, todo resplandece: el barroquismo extiende por todas partes sus dorados y bruñidos perifollos. En el altar, todo él de talla caprichosa, hay una urna, dorada también: dentro de ella, un cadáver momificado, vestido con rica túnica tejida de seda y oro. Es el cuerpo de San Pascual Bailón, el fraile del Sacramento pintado en la fachada, cuya historia nos refieren los cuadros de la capilla (2).

¿Quién era ese héroe de la fe, ante cuyos restos se han postrado tantas generaciones? Infeliz pastorcillo, apacentaba su rebaño en tierras de Torre-hermosa, pueblo de Aragón rayano á Castilla, cuando mediaba el siglo XVI, tan glorioso para España. Aquel pobre niño, casi abandonado en la agreste soledad, no pensaba más que en Dios: la Hostia consagrada se le aparecía en todas partes; el ascetismo y la penitencia le llamaban al claustro. Guiado por esas visiones, llegó al reino de Valencia, viviendo sobriamente de su oficio de pastor, hasta que pudo entrar en un convento de franciscanos, en Elche, y vino á parar después al de Villarreal. La virtud del frailecillo misérrimo, dedicado al

(1) Fué obra de D. José Vergara, y digo *fué* porque retoques posteriores apenas han dejado nada de lo que pintó aquel maestro.

(2) Obra, no despreciable, de un pintor poco conocido: Domingo Teixidor y Saura.

amor de Dios y del prójimo, á la mortificación de la carne y la santificación del espíritu, fué tal, que aun en vida, la voz popular le aclamó santo. Á su muerte (1592), creció la fama de sus milagros; conservóse su cuerpo incorrupto en urna de plata, ante la cual doblaban la frente grandes y pequeños; Felipe III y Felipe IV venían á visitar su cadáver, y Paulo VIII le elevaba á los altares en 1690 (1). Han pasado un siglo y otro siglo, han cambiado leyes y costumbres, se han transformado los pueblos: Villarreal conserva siempre la misma fe en San Pascual, y aún oye en el interior de la urna mortuoria golpes misteriosos, que juzgan saludables avisos los que invocan al Santo con piadosa fe y consoladora esperanza (2).

¡Adelante! Corre el tren cruzando huertos de naranjos; y á la izquierda, á la parte de la marina, surge la torre y después el apiñado caserío de Burriana. Á este nombre, la imaginación evoca la epopeya del rey D. Jaime; despoja á esta llanura de sus floridos árboles y sus alegres alquerías; la cubre de selváticos matorrales en la parte alta, y de pantanosas ciénagas en la baja, y lanza á ella la hueste caballeresca del Conquistador, para embestir la villa sarracena, cercada, como por anillo de hierro, por su circular muralla, bien guarnecida de redondos torreones (Mayo de 1233.)

Burriana, el Puig y Valencia son las tres jornadas del drama guerrero de la reconquista. En todas ellas demostró D. Jaime

---

(1) San Pascual ha tenido muchos historiógrafos: recogiendo las noticias dadas por los primeros, escribió el P. Fr. Juan Bautista Talens, de la misma Orden, su *Vida admirable del glorioso San Pascual Bailón, hijo de la provincia de San Juan Bautista de Religiosos Descalzos de la Regular y más estrecha observancia de N. P. S. Francisco, en el Reino de Valencia*, Valencia, 1761.

(2) El convento de franciscanos descalzos fué cedido en 1863 á las religiosas clarisas de Castellón. Hay en él otra capilla notable, la de San Pedro de Alcántara, cuya imagen es una de las mejores de D. Ignacio Vergara. Ante la puerta del camarín de San Pascual hay en el suelo una lápida casi borrada: cierra el sepulcro de Fr. Pedro Juan de Molina, hijo de Onil, que fué general de los franciscanos descalzos en 1750, y á quien se debió la fundación de San Francisco el Grande en Madrid. En la misma capilla de San Pascual está el sepulcro de su sobrino el Venerable Fr. Diego Bailón.

aquella voluntad esforzadísima, que él creía divinamente inspirada. En Burriana le vemos al frente de los ricos-hombres y magnates más poderosos de Aragón y Cataluña, de los obispos de Lérida y Tortosa, de los maestres del Temple y del Hospital, de los concejos y las milicias de Teruel, Daroca, Calatayud, Lérida y Tortosa, reuniendo hasta veinticinco mil infantes y dos mil caballos, el ejército más numeroso que hasta entonces había congregado. Aquí le vemos, poniendo la mano en todo, dirigiendo por sí mismo los *fonévols* y *manganells*, que batían los muros; tirando de las sogas para acercar á ellos el portátil castillo de madera que construyó maese Nicoloso, y que quedó atascado é inútil; reprochando su flaqueza á los nobles aragoneses, cansados de sostener el penoso asedio; acudiendo á media noche, armado de pronto con el casco de hierro y el perpunte sobre la camisa, y sin otra ayuda que diez caballeros, al socorro de su tío Guillem de Entenza, cuyo puesto junto á la muralla asaltaban los moros, mientras permanecían malhumorados en sus tiendas los ricos-hombres; recibiendo en sus brazos, aquella triste noche, al mismo Entenza, arrancándole la saeta y curándole la herida por sus propias manos; ocupando otra noche, con sólo nueve de sus leales, el puesto de mayor peligro, abandonado por la compañía que lo custodiaba; durmiendo allí, en el suelo, sobre un jergón, y empuñando de pronto la *tizona* (1) al caer sobre él un golpe de doscientos moros; derrotándolos, sin otro auxilio que el de sus nueve caballeros, persiguiéndolos hasta las murallas, y descubriendo el cuerpo á los tiros enemigos, á fin de tener pretexto para levantar aquel sitio, en el que hallaba tantas contrariedades (2).

---

(1) «E haviem nos aduyta una espasa de Monsó que havia nom tisó, que era molt bona é aventurosa á aquells que la portaven; é volguem la mes levar que la lança, é donam la lança á .j. escuder quens aiudás: é hoiren lo brugit los de la host: nos, eixim tots .ix. axí com erem.» (*Vida del rey D. Jaime*, 174.)

(2) «E creats en veritat que dues vegades nos descobrim tot lo cors per tal quels de dins nos ferissen, per ço que si á levar nos haguessem del seti, que di-

Al cabo de dos meses de asedio, y después de un asalto valerosamente rechazado, Burriana hubo de rendirse, falta de socorro; retiráronse á Nules sus defensores, y la mitad del rejno de Zeyan cayó en poder de D. Jaime. Era aquella villa una de las principales de esta parte de España, en época de los árabes: Viciana dice que la llamaban Medina Alhadra (ciudad verde) por la fertilidad de su vega, famosa ya entonces, aunque no tan extendida como ahora; pero Rasis, en su descripción de España, que se remonta al siglo x, como hemos visto (1), le da ya el nombre de Burriana, encomiando también su feracidad (2). Hoy, sus calles angostas y torcidas, en la parte céntrica de la villa, recuerdan su origen sarraceno; pero, derribada su muralla circular, se ha extendido y aumentado mucho la población. Sobre la destruída mezquita edificóse un espacioso templo ojival, de una sola nave, con elevada y gallarda bóveda, dedicado á la Transfiguración del Señor. Sus portadas barrocas ostentan el escudo de las tres coronas reales, dado á Burriana por D. Pedro IV, como blasón de su fidelidad (3). La torre de las campanas, octógona y bien labrada, como las que hemos visto en Benicarló, Alcalá, Castellón y Villarreal (imitación todas ellas del Miguelete valenciano), elogiábala Viciana en el siglo xvi, y es aún orgullo de Burriana. Estaba separada del cuerpo de la iglesia; pero, de reciente, prolongóse ésta y quedó unido á ella. El interior del

---

xessem que pel colp que nos haviem pres nosem levavem: mes nostre senyor Ihesucrist sap les coses com se deven fer, é com deu esser: a aquels qui be vol fals fer lo meylor, e aytal fe fes á nos, que no volch que pressem mal ni colp, e presem la vila axí com deius es escrit.» *(ibíd.)*

(1) Véase cap. II.

(2) Concedióle el rey D. Jaime, en 1.° de Noviembre de 1233, carta de población para mil vecinos, «en los cuales, dice Viciana, había muchos caballeros, artistas y oficiales manuales, y labradores, todos bien heredados.» Aún sobraba gran parte del extenso y feraz término, y el conquistador fundó en él á Villarreal en los últimos años de su reinado, como ya hemos visto.

(3) Burriana permaneció fiel á D. Pedro en las guerras de la Unión. Por eso, el Ceremonioso, en privilegio expedido en Valencia, á 12 de Marzo de 1348, la elogia mucho, le agradece el haber conservado «el derecho de la fidelidad antigua», y le concede el referido blasón.

templo, «convenientemente amodernado», como decían nuestros padres, dorado y bruñido, conserva sólo de la primitiva fábrica las grandiosas proporciones, y de época posterior el retablo churrigueresco del presbiterio. Del siglo pasado, tiene la hermosa capilla de la comunión, con buenos frescos de Vergara. En el exterior, aún vemos el ábside como fué en un principio, y en él un resto interesante de los tiempos en que se construyó. Entre dos estribos, se ha sobrepuesto un arco apuntado de sillería, formando una especie de hornacina, la cual abriga un lucillo sepulcral, adosado á la pared del fondo, y sustentado por toscos soportes. El lucillo, que es en forma de cajón con cubierta de artesa, no tiene labores escultóricas, pero sí vestigios de una inscripción. Tan borrada está, que nada se puede leer: tradición constante asegura que allí fué sepultada una infanta, abortada por la reina D.ª Violante, la esposa del Conquistador.

He citado á Viciana: este nombre ennoblece á la antigua población morisca; hijo de ella fué el autor de la *Chrónica de la ínclita y coronada ciudad de Valencia y su Reyno* (1). Eran los Vicianas caballeros generosos, oriundos de Vich, de donde tomaron apellido, y establecidos en Burriana por el Rey Conquistador. Don Martín de Viciana, abuelo de nuestro cronista, fué consejero de D. Fernando el Católico y gobernador de esta Plana,

(1) «La casa-solar de los Vicianas corresponde á la señalada hoy con el número 2, en la Calle del Medio, propia de la viuda de D. Juan B. Gibernau, á quien la vendió el barón de Terrateig. Éste quitó del portal el escudo de los Vicianas y lo puso en una almazara contigua á otra casa suya, calle de la Merced, n.º 1, donde aún está.» (Disc. prelim. á la edic. de la *Crónica*, hecha en 1881 por la Soc. valenc. de Biblióf. por D. J. María Torres). La casa á que se refiere el Sr. Torres está señalada hoy con el número 4. El escudo de que habla tiene tres cuarteles: dos en la parte superior y uno en la inferior. En el primero hay un árbol con dos perros rampantes y debajo una fortaleza; en el segundo, tres barras onduladas y horizontales; en el último, dos picas en cruz con dos pájaros volando. En la orla de la parte superior está escrito *Gosalb*, y en el cuartel inferior *Bonet*. El Sr. Torres no vió sin duda este escudo, que atribuye á la familia de Viciana; corresponde á las de Gosalvo (á la que pertenecía esta casa en el siglo XVIII) y Bonet. Las armas de los Viciana eran dos serpientes enroscadas y orla con este mote: *Estote prudentes sicut serpentes*.

en cuyo cargo le sucedió su hijo D. Ramstón, quien luchó valientemente con los agermanados. Á manos de éstos, ó de sus parciales en Aragón, fué muerto sacrílegamente en la iglesia de Alcañiz D. Martín, hermano de D. Ramstón. Hijo de aquél fué D. Rafael Martín de Viciana, el autor de la *Chrónica*, quien nacido en 1502, llegó á edad octogenaria.

Dado á las letras, lo mismo que á las armas, había sido el ilustre Viciana, consejero del Rey Católico (1); su nieto heredó más bien las aficiones literarias que las militares, y después de seguir estudios en Valencia, pasó en Burriana sosegada vida, en el oficio de notario, que era en este reino, aunque modesto, asaz honroso para no desdecir de su prosapia. Su obra predilecta fué la *Crónica*, que dió á la estampa en cuatro partes, y de la cual, por extraño evento, difícil de explicar en publicación que cuenta poco más de trescientos años, se ha perdido la primera, siendo infructuosa la diligencia de los eruditos para encontrarla (2). Incompleta como está, la obra de Viciana es una de las mejores fuentes para la historia de Valencia: escribióla teniendo á la vista documentos auténticos; para la parte que se refiere á la Germanía, el virrey Hurtado de Mendoza le concedió examinar los papeles reservados de sus archivos. Claro es que siendo de estirpe nobiliaria y llorando á su padre cruelmente asesinado por los agermanados, no podía ser historiador imparcial de aquellas famosas revueltas; pero no por ello es menos interesante su documentado relato. De Viciana y de su coetáneo Zu-

(1) Se le debe la traducción valenciana de la *Economia de Aristóteles* y el *Libro de virtuosas costumbres*, de Séneca, cuyo códice encontró Pérez Bayer en el Escorial, y creyó que era obra de Viciana el historiador, error que corrigió Torres en el cit. discurso.

(2) Contenía esta primera parte, según dice en la última el mismo autor, «la descripción de la ciudad de Valencia, desde el fundador é primero nombre, y la reconquista que de ella hizo el venturoso Rey D. Jaime, y todo lo bueno y digno de saber de ella y los Anales de próspera y adversa fortuna por más de trescientos años.» La Parte II se ocupa de las familias nobles de este reino; la III de los reyes de Aragón y Valencia, y de las ciudades y villas reales; la IV de las guerras de la Germanía.

rita han tomado casi todos sus materiales los sucesivos historiadores regnícolas: no lleve á mal el lector que le haya detenido un momento para honrar su memoria.

Ahora, en marcha otra vez: la Plana se va estrechando; la sierra, que aparecía lejana, teñida de pálido azul, se aproxima y nos presenta un grupo de montañas cónicas, de aguda cúspide, secas y áridas, como si fuesen montones de rojiza arena. En su falda, como un rebaño de cabras trepadoras, destácanse las casitas blancas de Villavieja, y en la llanura, junto al ferro-carril, la antigua villa de Nules, cabeza de un marquesado, que disfrutó largos años la familia de los Centellas, condes también de Quirra.

Nules ofrece un golpe de vista pintoresco: es la única población de la Plana que conserva sus antiguas murallas. Esas tapias bermejas, que forman un recinto cuadrado, están defendidas por veintidós redondos torreones: sobre ellas surgen el caserío y las cúpulas de la iglesia, que resplandecen al sol con el brillo de la turquesa; fuera de los muros extiéndense los arrabales, dominados también por las cúpulas de arruinados conventos: todo esto, rodeado de naranjos siempre verdes, de palmeras y cipreses, tiene algo de oriental. En la estación del ferro-carril los ómnibus se llenan de viajeros, que buscan en los concurridísimos balnearios de Villavieja las virtudes de su famosa Fuente-calda; pero libres nosotros, gracias á Dios, de reumáticos alifafes, seguimos adelante, sin detenernos, hasta dar en los montes de Almenara, que cierran la Plana de Castellón por la parte de Mediodía.

Un cerro piramidal, que soporta en su cúspide un castillejo, y en una y otra pendiente dos torres aisladas, que lo flanquean, da nombre á la población: ***Almenara***, atalaya en árabe (1). La sierra, extremo y remate del Idubeda, que de muy adentro viene

(1) Cortés, rebuscando siempre etimologías que confirmen sus hipótesis, saca Almenara de *Almæ Ara*, altar del alma Venus. ¿Por qué inventar suposiciones arbitrarias cuando está claro el significado del nombre de una población?

á morir en las orillas del Mediterráneo, forma desde aquel pico una serie descendente de cuatro ó cinco collados, cada uno más suave y humilde, majestuosa escalinata para bajar del monte á la playa: en la última grada, la que besaban en otro tiempo las olas del mar y orean todavía sus templadas brisas, rodeado de resplandecientes estatuas y columnas de mármol, coronado por el esculpido frontón triangular, alzábase, mirando á Italia y Grecia, el risueño templo de Venus Afrodita.

Á este nombre, arrojados por superior conjuro, huyen de nuestra imaginación, entre las nubes lóbregas de la Edad-media, los rudos y enguerrados paladines de la reconquista, cubiertos de hierro, con sus sobrevestas blasonadas ó sus airosos albornoces; bórranse las figuras severas de obispos y de monjes, de alfaquíes y rabinos; húndense las imponentes catedrales y los sombríos monasterios, las sinagogas y las mezquitas; y un cuadro más sereno y sonriente, visión espléndida de la Edad helénica, preséntase á nuestra mente. En procesionales teorías vemos llegar á las doncellas y los mancebos saguntinos, coronados de rosas, pulsando la lira de siete cuerdas, al templo alegre y luminoso de la deidad del amor.

¿Quién construyó ese *Fanum Veneris*, que cita Polybio, al señalar el punto donde acamparon los dos Escipiones, cuando, pasado el Ebro, vinieron á detener á los triunfantes cartagineses y á vengar la destrucción de Sagunto (1)? ¿Fueron sus fundadores los mismos zacintios, pobladores de esta ciudad, los cuales recordaban que en las afueras de su metrópoli nativa se elevaba también el templo de la hermosura ideal (2)? Arcanos son

(1) Citan el *Aphroditis Fanum* Ptolomeo y Polybio. El primero lo pone en sus *Tablas*, luego de Sagunto, en la costa, antes de llegar á Valencia, por lo que algunos autores modernos han creído que estuvo en el Puig. Polybio determina una situación que corresponde á Almenara: dice que cuando vino á España Publio Escipión, para ayudar á su hermano Gneo contra los cartagineses, pasaron el Ebro ambos generales hasta dar vista á Sagunto, y para hostilizar al enemigo, fortificado en aquella población, acamparon en *Aphroditis Fanum*, á cinco mil pasos de ella, por tener vecino el mar para los bastimentos.—Lib. III.

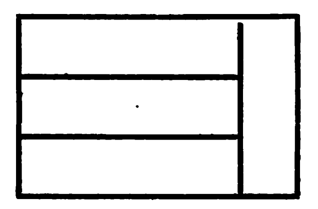
(2) Dionisio de Halicarnaso.

éstos de difícil investigación: apenas quedan restos del santuario de Venus en esta hoy desnuda colina; pero, de todas maneras, detengámonos en ella, porque un pedestal roto, un segmento de columna, una inscripción medio borrada, bastan para despertar la fantasía y abrir ante ella los horizontes halagüeños de la antigüedad clásica.

La vía férrea corta por un profundo desmonte la cadena de los collados de Almenara: á mano derecha, al pie del cerro del castillo, á la parte de Mediodía, está la villa, encerrada en el recinto cuadrangular de sus viejos muros. Algunas lápidas romanas, algunos fragmentos arquitectónicos, indican que para su construcción echóse mano de anteriores ruinas; éstas procedían sin duda de otra parte, de la última de las colinas que, á mano izquierda, bajan hasta la playa, y á cuyos pies se abren tres pequeños estanques, que se comunican entre sí y desaguan en el mar, en medio de una extensa marjal, cubierta antes de eneas y carrizos, y roturada ahora con poco éxito por una sociedad inglesa. Ciñe estos estanques, á la parte de Poniente, un antiquísimo pretil ó barbacana de hormigón, cubierto por juncos y espadañas, y dicen las gentes del país que bajo del agua, á cierta hora, se ven piedras labradas. El Príncipe Pío, que dibujó este lugar (1), señala en el fondo del estanque mayor los restos de un torreón, y cree que estos tres depósitos formarían en la antigüedad uno solo, rodeado de malecón, y serían el puerto de la ciudad, situada en la altura inmediata. Pero ¿hubo aquí una ciudad, en tiempo de los cartagineses y romanos, ó no más un templo? Del templo sólo habla Polybio; y partiendo de tal supuesto, creen otros que aquí hubo, sí, un puerto, pero fué el de Sagunto, ciudad marítima, como lo declaran los delfines y barcos de sus monedas. Por su extensión, no parecen ser de ciudad sino de un templo las ruinas encontradas en esa última colina, á cuya raíz están los tres estanques, y que llaman en el país *Mon-*

(1) *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia*, 277.

tanyeta dels Estanys. El Príncipe Pío vió en la superficie de ese cabezo «un pavimento de hormigón de ladrillo rojo, con piedrecitas menudas ó piñonado, el cual ocupaba la longitud de cincuenta pasos; en su contorno estaba cuajado de vestigios de paredes de obra cimenticia, trozos de cornisa, ánforas y cascos de barro saguntino.» Allí se encontraron tres lápidas romanas, de las cuales sólo pudo leer una inscripción sepulcral. Estos restos se conservan aún en su mayor parte: están en lo alto de la colina: forman un recinto cuadrilátero, cerrado por todas partes con rústicos muros (de los cuales sólo quedan los cimientos), y dividido á lo largo por otras paredes, en tres fajas paralelas, que dejan otra faja transversal al extremo de Poniente, con esta configuración:



Á la parte de Levante parece que haya vestigios de una escalinata. Esta disposición ¿no es adecuada á la de los templos griegos y romanos? Un estudioso investigador de las antigüedades valencianas, el Sr. D. Luís Cebrián y Mezquita, que ha residido bastante tiempo en Almenara, como médico, aduce multitud de datos para demostrarlo, en una memoria que tengo á la vista y que aún está inédita. En la misma colina, en su ladera septentrional, hay otro espacio, más pequeño, pavimentado, y en él seis pedestales de piedra; cuatro de ellos forman cuadro; los otros dos están en la misma línea, pero más separados. Creyeron algunos que estos restos son los del templo de Venus; el Sr. Cebrián, con mejor criterio, en mi concepto, los considera vestigios de algún edículo sepulcral. Otros dos trozos de pavimento de aquella época se han hallado en la falda meridional,

que mira á Sagunto. Además de la inscripción citada por el Príncipe Pío, han aparecido otras, todas romanas y funerarias, muchas piedras talladas y molduradas, basas y capiteles, y tan gran número de monedas romanas, algunas ibéricas entre ellas, que dos aficionados reunieron el siglo pasado más de dos mil. Todo esto hace creer que el *Fanum Veneris* fué reconstruído en la época romana, después de la destrucción de Sagunto por Hannibal. ¿Cuándo fué demolido? ¡Quién sabe! Sus escasos restos pasaron inadvertidos para nuestros primeros historiadores regnícolas; no los citan Diago ni Escolano, y en 1807 habló en el *Diario de Valencia* por primera vez el Sr. Pla y Cabrera de su reciente descubrimiento (1).

El Sr. Cebrián ha encontrado en Almenara otros restos interesantes. La segunda de las colinas que, á partir del desmonte del ferrocarril, bajan hacia el mar, forma en su ladera meridional una especie de concavidad. Por su cima corre un paredón desmoronado, de piedra arenisca sin pulir y de argamasa de cal. Su anchura es de unos cinco palmos, y su altura, en los puntos que mejor se conserva, de siete ú ocho. Por un lado y otro de este natural anfiteatro, el paredón baja al llano, siguiendo las vertientes y cerrando por completo aquel redondeado rincón. Adviértense aún los cimientos de dieciseis torres, que sobresalen del muro, y los espacios que las separan indican que hubo más. La parte mejor conservada de este paredón es la que mira á Oriente, desde la cual se ve el mar á muy corta distancia. Hay allí una torre cuadrada, con el piso aún entero, unos cuatro palmos más elevado que la muralla: las paredes de la torre sobre-

---

(1) Fr. Bartolomé Ribelles, cronista de Valencia, publicó en 1820 y en el mismo *Diario de Valencia*, unos artículos, apropiándose el descubrimiento de esas ruinas; pero el Sr. Plá y Cabrera le contestó (*Disertación histórico-crítica de las antigüedades de la Villa de Almenara y descubrimiento de su famoso templo de Venus*, Valencia, 1821), probando que él era su descubridor, y que las conocía desde 1799, en cuya fecha había remitido su descripción al conde de Lumiares, después Príncipe Pío.

salen del piso tres palmos y medio. En la parte alta de este circuito cerrado, descúbrense cimientos formando espacios cuadrangulares de distintas dimensiones.

Llaman á este sitio los de Almenara *Punt del Cit*, y es posible que en él se fortificase el Campeador, pues consta que anduvo por aquestos sitios; pero la forma y disposición de estos muros torreados, así como las condiciones del lugar, indican claramente que era uno de aquellos campamentos fijos que construían los ejércitos romanos cuando se retiraban á cuarteles de invierno. El Padre Diago había supuesto que Almenara es el *Castrum Altum* citado por Tito Livio (1) como un campamento que en la guerra púnica tuvieron que abandonar los romanos por haber sido derrotada su escuadra, y que era afamado por haber muerto Hamílcar en aquel punto. Siguió esta opinión Masdeu, pero perdió crédito luego entre los anticuarios, que corrigieron el texto del historiador romano, escribiendo *Castrum Album* en vez de *Castrum Altum*. El hallazgo de estos restos de un campamento pone otra vez la cuestión sobre el tapete, y el Sr. Cebrián con razones muy eruditas sostiene que son aplicables á este lugar los indicios históricos que determinan la situación de aquel *Castrum* de Tito Livio.

Sin fallar este pleito, vengamos á la moderna Almenara. Con este nombre arábigo suena ya en las campañas del Cid. En tiempos de D. Jaime era fuerte su castillo; pero abrió sin resistencia sus puertas al Conquistador. Después, cuando vino á España Juan de Prócida, y con el guante de Corradino trajo al monarca aragonés la corona de Sicilia, aquel magnate compró por doscientos veinte mil sueldos el señorío de esta villa, con título de condado. La familia Prócida ó Próxita, convertida en Española, tuvo también las baronías de Luchente, Alberique, Gabarda, Benisanó y Alcocer.

Y ahora, para poner punto á este capítulo, sólo falta recor-

(1) Década III, lib. IV. cap. 19.

dar la batalla, desastrosísima para los agermanados, que el día 18 de Julio de 1521 ensangrentó el valle que tenemos á la vista, y que se extiende de Almenara á Sagunto (1).

Triunfaba la Germanía en Valencia, y era dueña absoluta de la ciudad. El virrey Hurtado de Mendoza reunía sus huestes en las Riberas del Júcar, cuando un mozo audaz y nobilísimo, don Alfonso de Aragón, duque de Segorbe, cansado de soportar en silencio el triunfo de la plebe, reunió sus vasallos moriscos, juntóse con algunos otros caballeros y con las compañías realistas de Morella y del Maestrazgo; y según hemos visto en este mismo capítulo, sofocó la Germanía en Castellón, batió á su tropa en Oropesa y ahorcó á sus tres caudillos. Tal fracaso y tal castigo exacerbaron los ánimos en Valencia: alborotóse el pueblo, crecieron las tropelías contra los nobles; enarbolóse el estandarte de la ciudad, y se decretó una doble campaña. Púsose en la puerta de Serranos una mesa de alistamiento contra el duque de Segorbe; en la de San Vicente, otra contra el virrey. Seis mil infantes y muchos jinetes se reunieron para combatir al animoso duque, y al llegar á Murviedro la hueste popular, mandada por Jaime Ros, aumentáronla otros dos mil agermanados de estos pueblos. Aguardaba en Almenara el duque con solos ciento dieciseis caballeros y mil quinientos peones; pero tenía la superioridad de la disciplina. Los plebeyos iban á la guerra en són de fiesta y algazara, con fastuoso aparato algunos de ellos, *ab calses de deu ducats*, dice un cronista coetáneo.

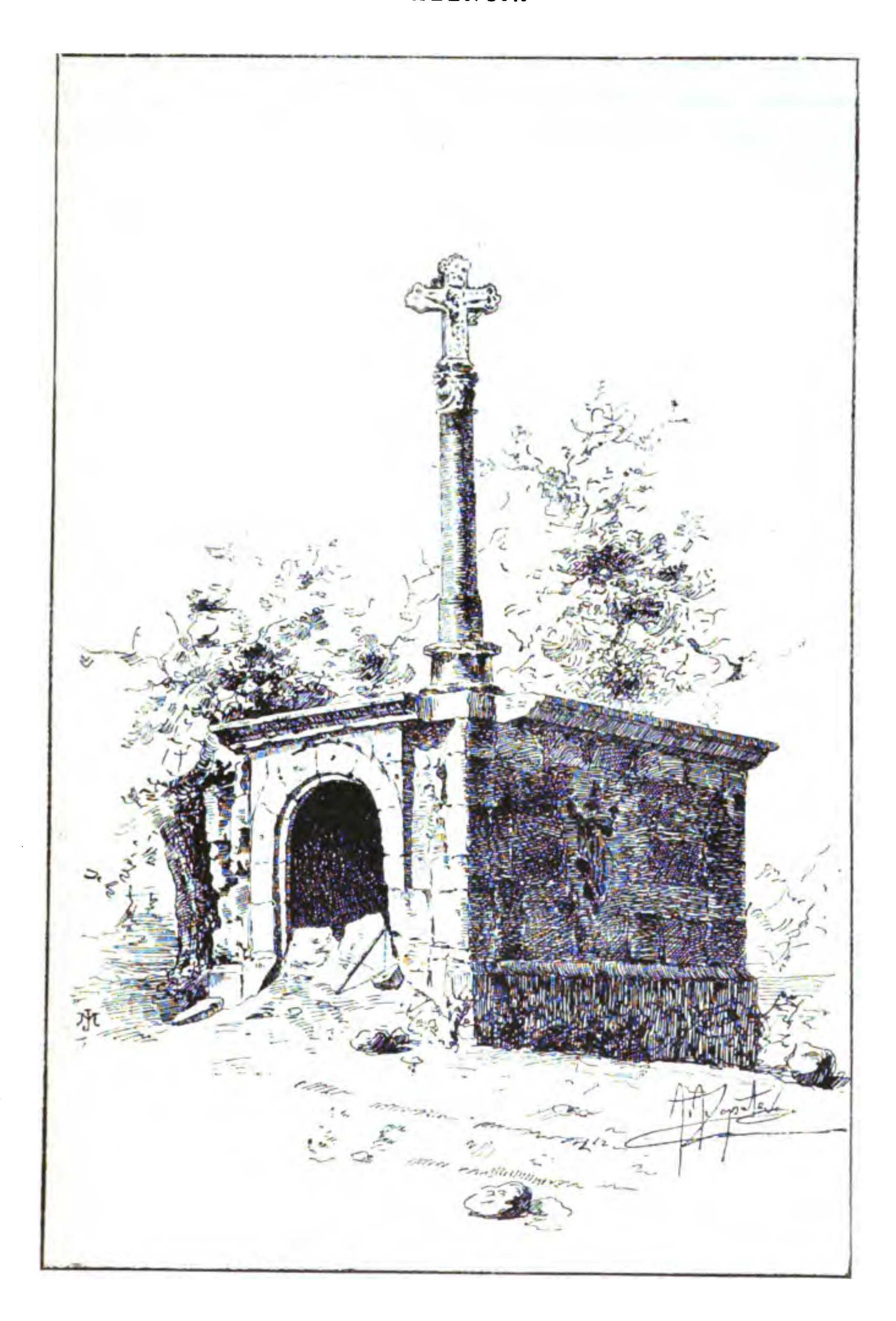
Era el día de la batalla uno de los más fuertes de la canícula: al amanecer salieron de Sagunto los agermanados casi en ayunas, porque tenían por seguro almorzar victoriosos en Alme-

(1) El Sr. Mundina *(Historia, Geogr. y Estadist. de Castellón)*, confundiendo esta Almenara con las Almenaras Alta y Baja de la provincia de Lérida, supone que se dió aquí la batalla entre las tropas de Felipe V y las de los aliados (Julio de 1710), en la cual se vió muy comprometido el rey Animoso. Señalo el *lapsus* porque el libro del Sr. Mundina anda en manos de todos en la provincia de Castellón.

nara. Divididos en dos cuerpos, uno avanzó por la carretera; el otro, por detrás de la montaña *dels Corbs*, para caer sobre la retaguardia enemiga. D. Alfonso dispuso sus fuerzas en tres cuerpos de infantería: iban delante las milicias de Morella, Onda y Castellón; en el centro, los moriscos; detrás, los catalanes. Los caballeros formaban un escuadrón, dispuesto á acudir donde hiciera más falta. Llevaban todos al pecho cruces de cinta blanca para distinguirse del enemigo.

Los agermanados fueron los primeros en romper el fuego: sostuviéronlo firmes sus adversarios, y cuando vieron estos que menguaba en el centro el tiroteo, «*¡Á ells, morellans!*» gritó una voz, y las compañías de Morella, al mando del intrépido bayle D. Berenguer Ciurana, se arrojaron sobre aquellos con tal ímpetu, que arrollándolo todo, se apoderaron de los cañones de los gremios, é hicieron correr á los valencianos hasta el arrabal de Sagunto. Tal fué la matanza que, según un testigo presencial, había en aquellas viñas tantos cadáveres como cepas. No demostraron igual valor los moriscos: asustados del fuego, quisieron cubrirse tras el monte *dels Corbs*, y allí los atacó el segundo cuerpo de los agermanados; pero acudió en su auxilio el duque con sus caballeros, y cuando regresaron las tropas de Morella, Onda y Castellón, la jornada quedó decidida: la victoria de las fuerzas reales fué completa y brillantísima. La derrota de los agermanados tuvo en Murviedro un final trágico, muy propio de estos casos: los vencidos, rota toda disciplina y miramiento, achacaron su desgracia á traición de Juan Sisó, quien, de mesonero (*hostaler*) se había convertido en maestre de campo del ejército popular; le cogieron y lo alancearon en medio de la plaza (1).

(1) Dicen los cronistas de aquella guerra que Sisó murió alanceado por los vencidos agermanados, enfurecidos por su desastre: de las investigaciones del incansable historiador de Sagunto D. Antonio Chabret, resulta que su ejecución fué posterior en bastantes días á la derrota, y hecha á sangre fría. En los libros de la parroquia consta que murió en 4 de Agosto, y ya hemos visto que la batalla fué el 18 de Julio. Algunos escritores de la época llaman á Sisó *hostaler del Bordell;* esto parece indicar que cuidaba del hospedaje de las mozas de la mancebía pública.



Cruz de la Victoria

Para recuerdo del triunfo de la causa real, púsose en la carretera, entre Almenara y Murviedro, una cruz de piedra labrada, que se llamó de la Victoria, y que aún se mantiene en pie.



CAPÍTULO VIII

EL BAJO MAESTRAZGO

El Maestrazgo.— Apuntes orográficos. — Recuerdos de la guerra civil.—Tipo y carácter de estos montañeses.— Carretera de Morella.—Fábrica de loza de Alcora.— Arco romano de Cabanes.— San Mateo.— Orden militar de Nuestra Señora de Montesa y San Jorge de Alfama.— Los asedios de San Mateo.—La Virgen de los Angeles.—La de la Salud.—La de Vallibana.

LLEVADOS por la locomotora, hemos recorrido la provincia de Castellón, de un extremo á otro, siempre á la vista del mar, cruzando colinas arboladas de olivos y algarrobos, llanuras cubiertas de pomposos viñedos, alegres huertas, frescos marjales

y verjeles de naranjos; pero esa variedad de fértiles terrenos no te da, lector amigo, cabal idea de lo que es este país. Para conocerlo bien, hay que penetrar tierras adentro. ¿No has visto, á mano derecha, continua muralla de montes, que unas veces avanzan hasta la vera del ferro-carril su pelada escarpa, y otras alejan hacia el interior la línea sinuosa de sus azuladas cumbres? Detrás de esas sierras, se levantan otras y otras, formando un laberinto de cerros, que ocupa tres cuartos de esta provincia. Ven conmigo, si no te asustan las penalidades de sus vericuetos, y darás en sus escondidos valles con vetustas villas y agrestes aldeas, con ermitorios milagrosos y castillos legendarios; encontrarás pueblos de diversas razas, que aún no han perdido su carácter peculiar, sus trajes pintorescos, sus fiestas tradicionales. No es fácil deslindar y describir en pocos renglones esta intrincada serranía; para proceder con algún orden, te llevaré ahora á la región septentrional, conocida con el nombre de Maestrazgo, por haber pertenecido buena parte de ella á los caballeros del Temple y luego á los de Montesa, dejando para después las cordilleras y cuencas que al Mediodía señalan el curso del Mijares y del Palancia.

No es país de cúspides el Maestrazgo, sino de mesetas. Formada esta región geológica por un inmenso depósito cretáceo, presenta toda ella caracteres análogos (1), que le dan aspecto severo, triste y algún tanto monótono. Sus montañas, compuestas de gruesos estratos, que determinan al exterior cintos horizontales de piedra *(singles,* en idioma valenciano), parecen ciudadelas enormes, rematadas por extensa explanada. De aquí el nombre de muelas *(moles)* que las dan. Entre ellas corren hondos y escarpados barrancos, por donde saltan los torrentes, y cuyos cauces guijarrosos sirven de áspero camino á los toscos carromatos, en los puntos más accesibles, y á los pacientes mulos,

(1) Véase la *Memoria geognóstico-agrícola sobre la Provincia de Castellón*, del Dr. D. Juan Vilanova y Piera; Madrid, 1858.

cuyas recuas son el único medio de comunicación de muchos de estos pueblos montañeses. Esta fortaleza de cíclopes, tiene por fosos dos ríos: el Ebro al Norte, y el Mijares al Mediodía, y se apoya en dos fortísimos castillos, que por ambas partes la flanquean. Los Puertos de Beceyte son el castillo septentrional, ya en tierra catalana; el meridional, la montaña de Peñagolosa, soberbia pirámide achatada, que á pesar del truncamiento de su cumbre, señorea toda esta comarca. De una á otra de aquellas dos predominantes alturas corre, de Nordeste á Suroeste, la columna vertebral de este giboso dorso, en la que sobresalen la Peña de Bel, la cuesta *del Corb*, la Muela de Ares, y el Tosal de Monllat en Villafranca. Ese murallón divide las aguas y separa los ríos de Aragón y de Valencia. Por la parte de acá, bajan el Cenia, el Cérbol y el Cervera, que dan en el mar junto á Vinaroz y Benicarló; en el corazón de la sierra se reunen el Monleón y la Rambla Carbonera, formando los dos la Rambla de la Viuda, la cual corriendo hacia Mediodía, arroja todas sus aguas al Mijares, cerca de Villarreal. Las del opuesto declive las recogen el Bergantes y sus afluentes, que buscando las llanuras aragonesas, se unen al Guadalope, riegan los campos de Alcañiz y mueren en el Ebro.

Estas colosales trincheras, de piedra caliza y greda, son excelentes para la guerra, pero ingratas para el cultivo. Hay en ellas, cual si fuesen plazas interiores de la cerrada fortaleza, algunas planicies, como los llanos de Cabanes y Villafamés, los valles de las Cuevas y San Mateo; y más adentro, las altas mesetas de Adzaneta y Vistabella, en las que el arado surca largamente un suelo pobre y de escaso fondo; pero, en la parte verdaderamente montuosa, con gran trabajo forma el labrador angostos bancales, pedregosos y áridos, que defiende y cierra con murallas de losas *(clapises)* extraídas del mismo suelo. El clima, duro y áspero, no le ayuda: conforme vamos subiendo por la sierra, vemos desaparecer las producciones de la costa; falta primero el algarrobo, amante de las tibias y salobres brisas del mar; luego el olivo y la vid; dejan de fructificar después el granado y la higuera, el

manzano y el peral. Hasta los aromáticos romeros y tomillos, característicos de nuestra flora montañesa, mueren en las sierras más encumbradas, reemplazándolas plantas secas y duras, como el boj, la sabina, el enebro, el erizo y la coscoja. El pino y la encina son los árboles de esta comarca, abundantísimos antes, hoy mucho menos, por la inconsiderada tala de los montes. Pastos, cereales y patatas, son el principal recurso de la agricultura. La patata ha redimido al Maestrazgo del hambre, antes frecuente (1). La mujer, fuerte y varonil, ayuda al hombre en el campo, ó teje, cantando antiguos romances, las amplias y larguísimas fajas de estambre, teñidas de negro, añil ó morado, y las famosas mantas morellanas, rayadas de blanco y azul, en las que se envuelven nuestros campesinos con la pintoresca majestad de un monarca del Oriente. Los pueblos, en esta selvática sierra, apenas destacan del cerro nativo las rojizas tapias y los tejados mohosos. Asiéntanse algunos en los llanos ó abríganse en las cañadas; pero los más se yerguen sobre los montes, dando testimonio de su añeja fundación, en época en que sus pobladores buscaban la defensa en las alturas. Ya veremos cómo se encumbra Morella en su piramidal montaña; Ares está escalonada en la pendiente de su famosa Muela; Villafranca, á horcajadas sobre una loma; Villafamés, prendida en lo alto de su cuesta; Culla y Benafigos, colocados en la misma cúspide de dos cerros aislados. Gran parte de la población está esparcida en masadas, de mísero aspecto, en cuyo interior, ahumado por las teas, el rústico masovero tiene junto al hogar do hierve el caldero de las patatas, el trono patriarcal de la sumisa familia, la cual transmite de padres á hijos el agrio cultivo de sus pejugales.

Para la generación que asistió á la guerra civil de los Siete Años, y para los que hemos recibido sus impresiones, el Maes-

(1) La vid, que siempre fué una de las principales producciones del Bajo Maestrazgo, se ha extendido en los últimos años por algunos pueblos del Alto, como Ares, Castellfort, Cinchtorres y el Forcall.

trazgo reviste carácter lúgubre y trágico. Vemos sobre sus breñas la figura tétrica, aunque arrogante, del general Cabrera, á la cabeza de sus audaces guerrilleros, cubierta la atezada frente con la boina blanca, suelta á la espalda la capa roja, y empuñando el sable ensangrentado. Detrás de esos montes, de los cuales bajaban sus huestes como torrente asolador, extendíase el teatro de sus valentías y crueldades, la sima de Villafranca, en la que eran despeñados los prisioneros, cuyos gemidos se oían después en las entrañas de la sierra; los calabozos de Benifazá, Forcall y Morella, donde morían de hambre, desesperados y furiosos, los cinco mil soldados del vencido general Pardiñes; el castillo de Villahermosa, donde, entre los fusilados de la capitulación de Villamalefa, caían en un mismo montón un viejo septuagenario y seis niños impúberes: ¡nada encontraba piedad en los corazones endurecidos por la fratricida lucha!

Equivocaríase quien atribuyera esas ferocidades á índole inhumana de aquellos montañeses: valerosos, tenaces y fanáticos, son temibles en la guerra; pero honrados, respetuosos y corteses en la paz. Ya en tiempo de los romanos tenían fama de sobrios, rudos y cerriles sus antepasados los beribraces, que poblaban la parte más montuosa de la Ilercavonia. Festo Avieno los retrataba con estas pinceladas:

Beribraces illic, gens agrestis et ferox,
Pecorum frecuentes intererrabat greges.
Hi lacte semet, atque pingue caseo
Prœdure alentes proferebant spiritum
Vicem ad ferarum (1).

Aquellos semisalvajes de la antigüedad fueron convertidos por el cristianismo en un pueblo morigerado, frugal, sencillo de

(1) «Allí los beribraces, gente ruda y feroz, vagaban con sus rebaños: Se alimentaban con leche y queso, y manifestaban su valor en los combates á manera de fieras.» *Oræ Maritimæ*, lib. I, versos 485 y siguientes.

corazón, sumiso á sus mayores y profundamente religioso. Algo conserva de su carácter enérgico y duro para los que combaten de frente sus creencias y hábitos (1). Por lo demás, es una hermosa raza, inteligente y viril, la del Maestrazgo. Cetrinos, enjutos de carnes, de mediana talla, con voluntad de hierro y músculos de acero, parecen criados ex-profeso estos serranos para trepar por los peñascos. El traje contribuye á su gallardía; ciñe estrechamente sus sienes pañuelo oscuro, cuyas puntas caen airosas sobre la nuca; ceñidos son y oscuros también el juboncillo, la breve chaqueta y el calzón corto; blancas, azules ó negras las ajustadas medias, sobre las cuales, negras cintas sujetan al tobillo la alpargata de cáñamo; la manta, con sus amplios pliegues artísticos cubre en invierno esa figura esbelta. La mujer, muy recatada y honesta, es ajena á toda coquetería: ciñe asimismo sus sienes pañuelo oscuro, que cae atrás cubriendo la cabeza y ocultando el cabello; otro pañuelo, cruzado sobre los hombros, tapa la apretada cotilla; baja la recia saya azul hasta los pies, que calzan medias de estambre, también azul, y fuerte sandalia. Sus galas, para los días festivos, son la mantilla espesa, tan recogida que apenas deja ver el rostro, y la basquiña negra: cuando, así enlutadas, van á la iglesia, parecen lúgubres fantasmas. El continente gallardo, decoroso y grave, distingue á los valencianos del Maestrazgo de sus vecinos del Bajo Aragón, raza muy distinta. En las ferias y romerías de los pueblos rayanos forman contraste nuestros airosos montañeses, con los *churros*, de hombros caídos y zancas garrosas, vocingleros y mal hablados, y con sus mujeres rechonchas y desgarbadas, ataviadas con sus pañuelos de colorines y su saya corta, que deja descubierto el huesudo tobillo y la fornida pierna (2).

(1) Dice Escolano, pintando con cierta elegancia el carácter de estos montañeses: «La gente de suyo es astuta y mañosa, con punto de melancolía, que los hace arteros, medidos en su vivienda, granjeros y sosegados de condición; de forma, que en muchas cosas catalanean, si bien en la policía y en ser bien entrañados, tienen más bien de la nación valenciana.» Lib. VIII, cap. 4.°

(2) He podido conocer bien á la gente del Maestrazgo en algunas temporadas

Pero ya es hora de que subamos á la sierra. De Castellón á Morella el viaje es cómodo: la guerra civil, entre sus muchos males, produjo en este país un bien, la excelente carretera que reclamó la estrategia y utiliza el tráfico provechoso (1). La diligencia nos aguarda; los caballos del tiro agitan sus cascabeles, el mayoral empuña el látigo chasqueador; ¡al coche! y buena jornada nos dé Dios.

El camino va cuesta arriba y tierras adentro. Pronto respiramos el aire vivificante de las montañas, y en sus primeras estribaciones, encontramos á Borriol, que se encarama por las laderas de un cerro, coronado por un castillejo, nido de águilas en la punta de escarpada roca. Detrás de esas cumbres, en la otra vertiente de la sierra, está asentado un pueblo, cuyo nombre suena bien á los oídos de los amantes del arte. Ese pueblo es Alcora. Allí, entre incultas breñas, elaboraron montañeses toscos las primorosas y elegantísimas porcelanas y *fayenzas*, que se disputan hoy los coleccionistas, pagándolas á buen precio. No visitemos el cerril albergue, ennoblecido por una industria exótica; el viaje sería una decepción. De la famosa fábrica de Alcora han desaparecido los primores artísticos: hoy, la vulgar alfarería trabaja modesta en ella, para surtir á buena parte de España de vajilla limpia y económica.

---

que he pasado en aquel país. En una de ellas estuve tres meses en Villafranca del Cid: en todo ese tiempo no oí una de esas soeces interjecciones, tan comunes en otras partes, ni presencié una reyerta de mozos, ni una riña de comadres. Parecía aquel un pueblo de cartujos; todos iban al trabajo y volvían á su casa en silencio: preciso fué que llegara la fiesta mayor y acudiera el *gayté* (dulzainero) para que se animase el pueblo, y para que en la empedrada plaza, al rojizo fulgor de los *cremellers* (parrillas en las que arde tea de pino), en presencia de todo el vecindario y presididos por la justicia, se entregaran los mozos al placer de la danza, pausada y grave, como una ceremonia religiosa. ¡Lástima grande que las últimas guerras por una parte, y la más fácil comunicación por otra, vayan alterando aquella severidad de costumbres! Á la vez que pierden los pueblos sus antiguos hábitos, dejan su vestimenta tradicional: muchos cambian ya en el Maestrazgo el calzón corto por el pantalón cosmopolita, y se ha generalizado la cómoda costumbre de la blusa, comunmente de algodón azul, que ciñen con el calzón y la faja.

(1) Al general Villalonga, á quien se dió el título de marqués del Maestrazgo, por haber pacificado este territorio, débese la carretera. Comenzóse en 1847; llegó en 1860 á la montaña de Morella; subió en 1867 á las puertas de la villa.

¿Cómo floreció en estas asperezas el arte exquisito y aristocrático que hace ilustre á Sèvres? Eran, de antiguo, hábiles alfareros los de Alcora: tenían á mano tierras y arcillas de calidad excelente, y se dedicaban á este trabajo desde tiempo inmemorial. Por eso, el conde de Aranda, que participaba del espíritu innovador del siglo XVIII y tenía puestos los ojos en la industria extranjera, ideó establecer en aquel pueblo, que era de su señorío, una gran fábrica de loza. En 1726 construyó un vasto y bien distribuído edificio, al extremo de uno de los arrabales de Alcora, y en Mayo de 1727 aparecieron ya los primeros productos de la nueva fabricación: eran objetos de cerámica, hechos á modo de los de Sajonia, Holanda y Francia. Con esta última nación, que daba ley á la moda, quería competir principalmente el conde fabricante; de ella trajo los artistas y los artifices más diestros que pudo procurarse, y allá por los años de 1743 y sucesivos, las obras de Alcora igualaron en buen gusto y perfecta elaboración á las de Ruán y Monstiers, tomadas por modelo. Miguel Soliva, Cristóbal Cros y Francisco Grangel fueron los pintores más afamados de la cerámica alcorense: sus cornucopias y medallones, sus jarros y fuentes, decorados con asuntos religiosos y profanos, pues de todo había en aquel arte imitador, sostienen bien la comparación con los mejores de la fábrica de Ollery, de Monstier (1). Poco después, por los años de 1750,

(1) D. Joaquín Josef de Sayas y el francés Josef Ollery fueron los primeros jefes de la alfarería del conde de Aranda. Entre los objetos de más bulto fabricados en ella, se cita una vajilla lujosísima para el tribunal de Comercio de Madrid y los azulejos para el convento de las Descalzas reales, que decoraron los tres citados pintores, y Miguel Vilar, Cristóbal Rocafort, Vicente Serania y Josef Pastor, en el indicado año 1743. En las comunicaciones que mediaron entre el Tribunal de Comercio y el conde de Aranda, se lee que «desde el principio de la manufactura se fabricaron pirámides con figuras de niños, que sostenían sobre sus cabezas guirnaldas de flores y cestas de frutas, ejecutadas con rara perfección; así como también centros de mesa y objetos de gran tamaño, puesto que llegaron á medir cinco pies de altura, cornucopias, estatuas de diferentes clases y animales diversos y de distintos tamaños. Llevóse allí también á cabo la decoración entera de un cuarto, con trabajo en todo tan perfecto, que nada le iguala en mérito en España, Francia, Italia ni Holanda.» Así lo afirma la comunicación á que nos referi-

se introdujo en Alcora la fabricación de porcelana (1): algunos objetos de esta nueva industria han sido atribuídos á la famosa fábrica del Buen-Retiro. Hasta 1748 no se usó marca en la del conde de Aranda; solamente en los ejemplares más notables se leía el nombre del pintor. Desde aquella fecha, para distinguir sus productos de los que, imitándolos, comenzaban á construirse en Onda y Rivesalbes, se empleó, como marca, la letra A de oro ó de colores.

Esta industria extranjera, instalada en un rincón de montañas selváticas, lejos de toda cultura artística, por el capricho de un magnate bien intencionado, decayó lastimosamente, al faltarle el impulso que le dió vida. En 1800 heredó el duque de Híjar el condado de Aranda; aún siguió trabajando la fábrica de Alcora, pero flojeaban sus obras bajo el aspecto artístico, y á mediados del siglo (2) se limitó á la loza industrial para las necesidades comunes del consumo. Esto no vale la pena de una visita: dejemos en paz á los alfareros de Alcora, y sigamos nuestra jornada por la carretera de Morella. Avanza ésta por un angosto valle, pasa por Puebla Tornesa, y desemboca en el llano de Cabanes: ¡alto aquí!

El llano de Cabanes ó del Arco *(Pla del Arch)* tiene unos veinticinco kilómetros cuadrados. De suelo arenisco y pobre, y abierto á los vientos del Norte, considerólo Cavanilles de menguado provecho para el cultivo: hoy lo cubren viñedos y mieses sobre los que se destacan los olivos cenicientos. Cabanes está á

---

mos, según lo consigna el diligentísimo D. Juan Facundo Riaño en su obra *The industrial Arts in Spain*, que forma parte del *South Kensington Museum art hand-books*, la cual me ha servido para estos apuntes. Véase también *Resumen histórico de la antigüedad del señorío de Alcalaten y de la insigne fábrica de loza fina del Excmo. Sr. duque de Hijar*, por Vicente Pla y Cabrera, Valencia, 1790.

(1) En 1764 fué contratado el alemán Juan Cristián Knipfer para elaborar en esta sección «porcelana y pinturas semejantes á las que se hacían en Dresde».

(2) Según una estadística publicada en 1846, la fábrica producía anualmente quince mil piezas de porcelana, quinientas mil de la loza llamada de pedernal, y un millón de loza común. Había siete maestros, cada uno al frente de un taller, 136 oficiales, 55 aprendices y 105 jornaleros.

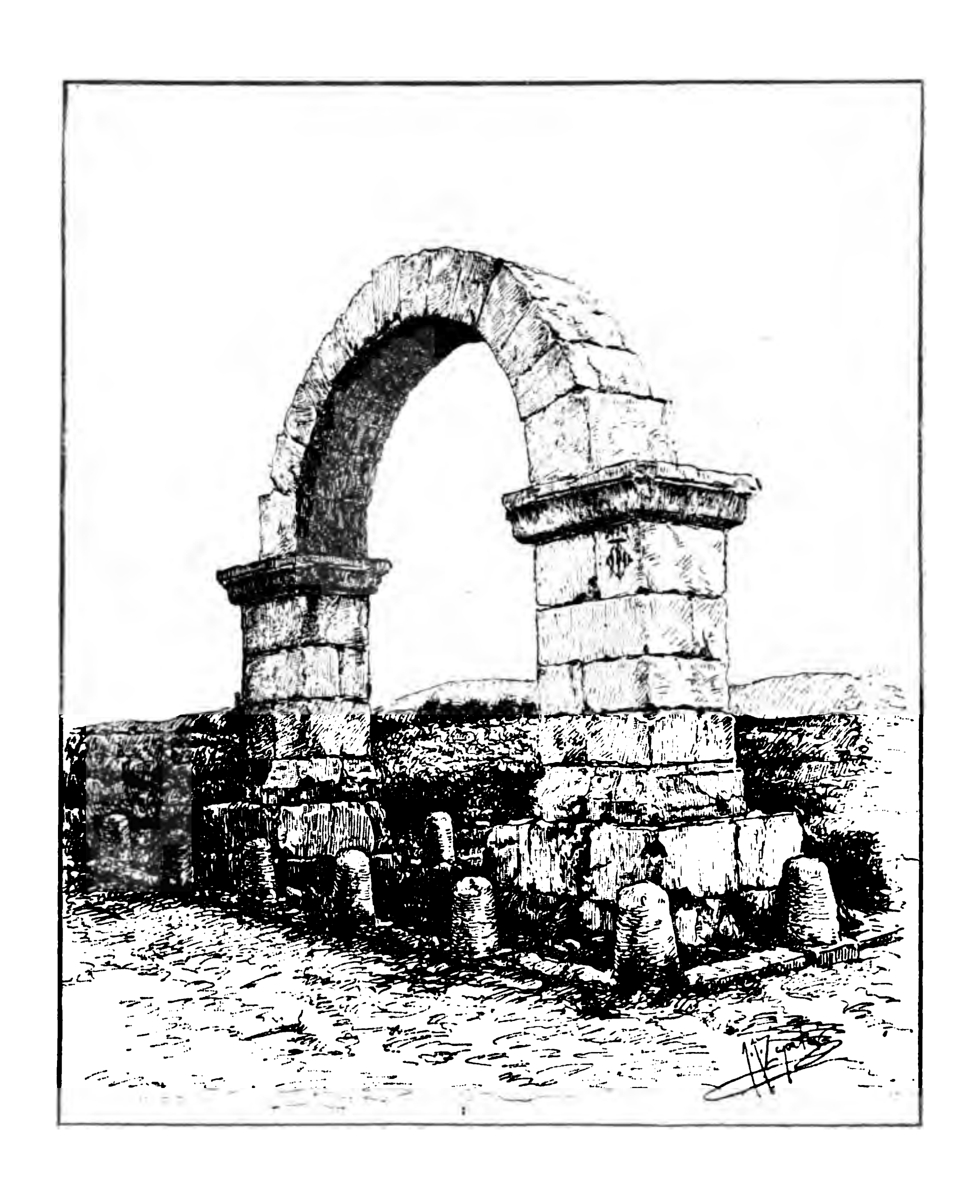
la derecha, sobre una colina, y á ese lado se levantan también los montes del Desierto de las Palmas; á la izquierda, el valle se interna y deja ver en el fondo las sierras de las Useras y Adzaneta, dominadas por la cumbre lejana de Peñagolosa. Fijaos ahora bien: ¿veis á esa parte, en un claro entre los olivos, una silueta oscura en forma de semicírculo? Ese es el Arco que da nombre á la llanura; más de veinte siglos está ahí, inmóvil, aislado, mudo, inalterable; trofeo silencioso de olvidadas luchas, enigma perenne de la historia. De todos los monumentos que dejaron los romanos en el reino de Valencia, ninguno se ha conservado como ese: intactos están aún, en esta agreste soledad, sus labrados sillares.

Acerquémonos: el camino de la Pelechana, que va de Cabanes hacia Poniente, nos lleva en media hora al pie del Arco. En el punto en que éste se halla situado, lo corta perpendicularmente otro camino, que sigue la dirección de la costa. Preguntad á las gentes del país qué camino es éste. «La senda de los Romanos,» os contestarán. Es, en efecto, la vía romana, que viniendo de Dertosa, tenía sus etapas en Intivilis, Ildum, Sepelacum y Sagunto (1). ¡Cuántas veces desfilaron por ella las legiones vencedoras del orbe! ¿No es cierto que causa grata impresión, recoger hoy, de labios de un labriego, el recuerdo vivo de tan remotas edades y de sus afamados sucesos?

El monumento está reducido á dos pilastras con basamentos é impostas molduradas, en las que se apoya un sencillo arco de medio punto (2). Está construído con bloques de mármol pardo,

(1) Véase el cap. II, en que nos ocupamos de esta vía. Aún se conserva una piedra miliaria cerca de Cuevas de Vinromá, junto á un puente, que toma el nombre de *Pont de la pedra llarga.*

(2) Las pilastras miden diez y nueve palmos de altura. El Príncipe Pío dió (en su *Reseña de antig. rom.*) un dibujo exacto de este arco; Cavanilles otro que no lo es tanto. El nuestro está copiado de fotografía sacada por el *Centro excursionista del Rat-Penat.* En la pilastra de la derecha, cara de Poniente, se ven las barras de Aragón, toscamente grabadas en hueco. El Príncipe Pío, que visitó este monumento en 1790, dice que las grabó un pastor treinta años antes: es probable que se inscribieran como signo acostumbrado de amojonamiento de término, pues la Senda de los Romanos divide los de Cabanes y Villafamés.



ARCO ROMANO DE CABANES

que no conservan en sus intersticios vestigios de argamasa. No tiene inscripciones: éstas, en caso de haberse terminado el arco (lo cual dudan los anticuarios) (1), estarían en el cuerpo superior, que no existe.

¿Por quién y para qué construyóse el arco? Punto oscurísimo es éste que ha hecho cavilar á historiadores y arqueólogos. Imaginó Beuter que en los llanos de Burriana y de Cabanes se dieron las dos batallas consecutivas, en las que, después de la rota y muerte de ambos Escipiones, el capitán Lucio Marcio, reuniendo y reanimando los restos de las huestes romanas, destruyó los triunfantes ejércitos de los Hasdrúbales, de Magón y de Masinisa; y supone que en honor de aquel héroe se erigió este monumento. Y como se encontrara en su tiempo, enterrada junto al arco, una moneda de oro de Nerón, sospecha que no fué construído hasta la época de este emperador, argumento bien flaco ciertamente. Ambrosio de Morales echó á tierra la suposición de Beuter, haciendo notar que Tito Livio pone á la otra parte del Ebro las victorias de Lucio Marcio. Los historiadores y geógrafos latinos no mencionan el Arco de Cabanes: no podemos juzgar de su antigüedad y significado más que por su construcción y por los demás restos que se encuentren en estos sitios. Que no era portal de un edificio, sino monumento aislado, dícelo su extructura; que debió conmemorar algún suceso ó personaje famoso, dedúcese de las prácticas de los romanos; que en este llano se riñeron batallas en aquellos tiempos, pruébanlo huesos esparcidos y armas rotas, con frecuencia desenterradas por el arado (2): no bastan, empero, estos indicios para señalar la

(1) Advirtió el Príncipe Pío que en las dovelas del arco hay agujeros, que probablemente servirían para aferrar el cuerpo superior.

(2) Dice Cavanilles que en el cerro Gaydó, al Mediodía de este valle, halló un pastor bellotas de plomo, de las que usaban los honderos romanos. Estas mismas bellotas, puntas de flecha, hierros de lanza, monedas y otros objetos se han encontrado en nuestros tiempos. Junto al arco hay una masía, que toma de él nombre (*Mas del Arch*), y se dice que los abuelos de los masoveros actuales hallaron unas coronas de oro, que los enriquecieron; exageraciones lugareñas son

época exacta, ni el objeto especial de su erección. El Príncipe Pío, más que á los tiempos gloriosos del arte en Roma, juzga que debe atribuirse, por la índole de su arquitectura, á la decadencia del Imperio; pero esto no es más que otra conjetura aventurada. Quede por resolver este problema histórico y sigamos nuestro camino.

En la misma dirección de la vía romana va la carretera hacia el Norte, por un ancho valle, que cierran á la derecha las Atalayas de Alcalá, y á la izquierda la Sierra de Engarcerán. Dejemos atrás Villanueva de Alcolea, Torre-Endomenech, Cuevas de Vinromá y Salsadella, con sus escalonadas huertecillas y sus rústicas masadas, y no paremos hasta dar en la Plaza Mayor de la ilustre villa de San Mateo. Cíñenla abrigados pórticos, y en el centro vierte sus aguas en taza de mármol una fuente, coronada por un ángel de bronce, que simboliza al Apóstol, patrono de la población. Siete calles desembocan en la plaza; y en ellas se ven á cada paso viejos caserones con antiguos portales de cantería y ajimeces góticos, hoy rotos y enjalbegados, que dan á la villa aspecto señoril y recuerdan los tiempos en que tenían su sede en ella los poderosos Maestres de la Orden de Montesa (1).

San Mateo atribuye su fundación al rey Conquistador: si estuvo en este sitio, como parece probable, la antigua Intivilis (2),

---

éstas, pero deben tener algún fundamento. El Príncipe Pío vió en un pozo inmediato al arco tres trozos de columna, que servían de pilas, y fragmentos de capiteles, que supuso procederían del segundo cuerpo del arco, por ser de la misma piedra. También se advertían por aquellas inmediaciones tiestos de ánforas y ladrillos de fabricación romana. El año anterior se había encontrado un fragmento de inscripción funeraria con el nombre de Calpurnia. Ildum debía caer por aquella parte: algunos anticuarios quieren que sea la misma Cabanes.

(1) Puede presentarse como tipo de casa señoril del siglo XV la de la familia de Borrull, con su portal redondo, sus elegantes ventanas partidas por delgadísima columnilla, sosteniendo dos arquillos trilobados, y la línea de ventanillas formando galería en lo alto de la fachada, bajo del saliente alero. En este edificio se ha establecido la Audiencia de lo criminal. Al lado está la Casa de la Villa, de igual arquitectura. Otra casa notable es la solariega de los marqueses de Villores, decorada con toscas labores del Renacimiento.

(2) Intibilis, como decimos en otra parte, era la primera mansión que se en-

no quedaba rastro de ella en tiempo de la Reconquista; pero la extensión del llano y el beneficio de sus muchas fuentes, de que se carece en casi todo el Bajo Maestrazgo, pedían nueva población (1). Ya hemos visto que tomada Burriana, y hallándose en Teruel el rey Don Jaime, recibió aviso de que Peñíscola se le entregaría, si se presentaba ante sus muros. Cabalgó al punto el monarca, y encaminóse á aquella ciudad. Cuenta Beuter que al pasar por el llano que fué después de San Mateo, el 21 de Setiembre de 1233, lamentóse de no oir misa el día de aquel Santo, é hizo voto de dedicarle allí un templo y una población (2). Lo rigurosamente histórico es que, sugerida ó no la idea por el rey de la conquista, San Mateo debió su fundación á los Caballeros del Hospital: D. Hugo de Forcalquier, vice-maestre de la Orden en Aragón y Cataluña, y castellano de Amposta, que había ganado á Cervera y su fuerte castillo, á cuyo término pertenecía esta llanura, otorgó la carta-puebla el 17 de Junio de 1237 (3).

Cuando fué extinguida en el Concilio de Viena la Orden de los Caballeros del Temple, no sin haber resistido los del reino de Aragón en sus castillos de Monzón, Cantavieja y Miravete, D. Jaime II, que conocía bien los servicios que había prestado

---

contraba en la vía romana después del Ebro. Escolano la coloca en Vinaroz, y siguieron su opinión Mariana y Diago; pero aquella vía no iba por la costa: hoy está comprobada su dirección. Cortés sostuvo que Intibilis es San Mateo, y siguen este parecer casi todos los anticuarios.

(1) San Mateo de las Fuentes se llamó esta villa por mucho tiempo: hoy está casi olvidado este calificativo.

(2) Otros historiadores dicen que en la excavación hecha para construir la iglesia hallóse una imagen de San Mateo, y por esto la dedicaron á este Apóstol.

(3) Cita esta carta-puebla y consigna sus pactos el Rdo. Padre D. Ildefonso Aleu, monje bernardo, natural de San Mateo, autor de un libro titulado: *Historia de la Ilustre Villa de San Mateo de las Fuentes del Maestrazgo de Montesa, ó relación de lo ocurrido en ella desde su fundación hasta el tiempo presente.* No tiene fecha este libro, que conserva manuscrito D. Ildefonso Ferreres, presbítero de aquella población: alcanza hasta 1828. Su autor nació en San Mateo en 1780, profesó en el monasterio de Benifasá, y murió en 1832 siendo prior del de Santa Ana, de Mosqueruela. Según la carta-puebla, San Mateo debía regirse por las costumbres de Lérida; pero en 1274 pidió y obtuvo los fueros de Valencia.

y los que podía prestar aún en las guerras contra los moros, quiso sustituirla con otra milicia sagrada, que no fuese general á toda la Cristiandad, como había sido aquella y era la de San Juan del Hospital, sino propia de sus reinos, y aun mejor, del de Valencia, el más amenazado por los infieles. Tenía ya Castilla las Órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava, y aficionado á esta última el rey, pidió al Papa Juan XXII, y obtuvo de él, la fundación en sus Estados de una orden con el mismo hábito y regla, pero independiente de ella (1). Adjudicósele todo el patrimonio de los templarios y la mayor parte del de los hospitalarios (2), añadiendo D. Jaime por su parte el castillo y la villa de Montesa, que por estar entonces fronterizos de los moros, eran lugar importantísimo. Quería el rey que la nueva orden se titulase de Monte-Real; pero el Papa le dió la denominación de Nuestra Señora de Montesa. Encomendó al maestre de Calatrava la imposición del hábito á los primeros religiosos, y al abad de Santas Creus (á cuya religión cisterciense pertenecía Calatrava) la elección del que, con el mismo título, había de ser cabeza de esta otra comunidad. El día 19 de Julio de 1319, á presencia del rey y en la capilla de su palacio de Barcelona, instituyóse solemnemente la Sagrada Milicia de Montesa: el comendador mayor de Calatrava en el reino de Aragón, comisionado por el maestre, dió el hábito á diez caballeros, entre ellos el anciano y nobilísimo frey D. Guillem de Eril, descendiente de uno de los nueve Barones de la Fama, quien fué elegido maestro. Estos diez caballeros y dos monjes de Santas Creus, formaron el primer núcleo de la nueva orden monástico-militar.

Pertenecía la de Calatrava, como queda dicho, á la regla del Cister, de modo que los religiosos de Montesa eran, como dice

(1) Bula de 10 de Junio de 1317.

(2) Reservóse solamente á la Orden de San Juan la iglesia y casa de este nombre en Valencia, y el lugar de Torrente.

su historiador Frey Jerónimo Samper (1), *cistercienses-calatravenses-montesianos*. Usaban por blasón en los estandartes, escudos y armas, las mismas de Calatrava, esto es la cruz negra flordelisada y con trabas (2), y como en todas las órdenes militares, dividíanse en freires clérigos y freires caballeros. Eran éstos como los legos en todas las órdenes regulares, y estaban obligados por los tres votos monásticos, aunque desprovistos de carácter sacerdotal. Pero, así como en las órdenes propiamente monacales, los legos hacían un papel muy secundario y subordinado, correspondíales en éstas el primero, pues la guerra contra los infieles era su misión principal. Así es que el maestrazgo y las principales dignidades no podían recaer más que en freires caballeros. Por lo demás, la regla de unos y otros era igualmente ascética y dura: monjes-soldados fueron verdaderamente (en sus primeros tiempos) los caballeros de Montesa, sometidos á riguroso celibato, á vida común, ayunos, ejercicios piadosos y ejemplar austeridad en su porte y vestimenta. «Con túnicas de estameña (dice el citado historiador), sayas de paño basto, de color griseo ó pardo, y encima escapularios blancos talares, en los cuales estaban cosidas unas capillas caídas á las espaldas; y después de esto, unos capotillos ó capas cortas, también pardas ó griseas, para cuando salían de casa, y por el convento mantos blancos largos, iban los religiosos montesianos en sus primeros años: si bien con esta diferencia, que cuando los caballeros es-

(1) Sobre la historia, organización, derechos y posesiones de la Orden de Montesa, puede consultarse la obra que publicó en Valencia, en 1699, el doctor Frey Hipólito Samper, prior de San Jorge, con el título de *Montesa ilustrada* (dos tomos folio); la que dió á la estampa en Barcelona, 1703 (un tomo), D. Buenaventura de Tristany, y llamó *Escudo Montesiano*, y la que por orden del rey escribió D. José Villarroya: *Real Maestrazgo de Montesa, Tratado de todos los derechos, bienes y pertenencias del Patrimonio y Maestrazgo de la Real y Militar Orden de Santa María de Montesa y San Jorge de Alfama*. Dos magníficos tomos en folio, impresos en Valencia por D. Benito Monfort, año 1787.

(2) Esta insignia sólo la llevaban en los estandartes y en las armas, hasta que por bula de Clemente VII, de 1393, se les concedió usarla en sus vestidos exteriores, concesión que se extendió después á la de Calatrava y demás órdenes militares.

taban en el convento, todos iban con los sobredichos vestidos talares ó largos; pero cuando habían de salir á campaña, eran todos cortos, sin cuello ni valona, sin barbas ni bigote, y sin más cabello en la cabeza de los caballeros que lo que hoy ocupa el casquete ó bonetillo, y de los clérigos que los que llevan los monjes benitos ó cistercienses. Esta modestia en el vestir, abstinencia en la comida y aspereza en todo, constituía á la Orden calatravense en tal estado, que nadie había que no prorrumpiese en multiplicadas alabanzas suyas. En esta conformidad y casi en este traje fueron nuestros caballeros por muchos años, hasta que poco á poco, sino el indulto, á lo menos el uso, les ha igualado en todo con los regulares.»

En el mismo siglo en que fué fundada la Orden de Montesa, uniósele la de San Jorge de Alfama. Era ésta de creación anterior: estableciόla en 1201 D. Pedro II para la defensa de la frontera, dándole el Desierto de Alfama, playa deshabitada, á seis leguas de Tortosa, cerca de Ampolla, entre el mar y el Coll de Balaguer, paraje peligroso, para cuya guarda los nuevos caballeros (sujetos á la regla de San Agustín, con hábito blanco y cruz roja de San Jorge), levantaron fuerte castillo en un peñón batido por las olas. No pudo sostenerse esta orden por falta de recursos, y el rey D. Martín obtuvo del papa su incorporación á la de Montesa. Quiso el monarca que se celebrase esta unión en el acto solemne de su coronación en Zaragoza (13 de Abril de 1399), y según lo que estaba tratado con el Pontífice, mudó por su mano la cruz negra flordelisada, que usaban los religiosos de Montesa, por la roja lisa de San Jorge, que aún hoy ostentan. El castillo de Alfama ya no existe: en 1650, las galeras de España, en guerra con Francia, lo demolieron á cañonazos para que no cayese en poder del enemigo.

Tenía la Orden de Montesa organización vigorosa y verdadero poder político y militar en el reino de Valencia: su centro era el Sacro Convento de Montesa, monasterio y castillo á la vez, donde residían el prior (que ejercía la autoridad espi-

ritual), diez y ocho freires clérigos y doce caballeros. Allí se reunía el capítulo para elegir los maestres, y eran éstos sepultados. Su residencia solía ser el palacio que tenían en Valencia, ó el de esta villa de San Mateo, cabeza de sus principales posesiones. La Mesa Maestral, ó patrimonio del maestre, comprendía el baylío de Cervera, con el fuerte castillo y la villa de este nombre, y las villas y lugares de San Mateo, Traiguera con San Jorge, Chert, Canet, la Jana y Calig; y además, los lugares de Sueca, Moncada, Masarrojos y Borbotó. La Encomienda mayor, dignidad principal después del Maestrazgo, tenía las villas y pueblos de Cuevas de Avinromá, Albocácer, la Salsadella, Tirig, Villanueva de Alcolea, Torre den Dumenge y Serratella; solía adjudicársele también la encomienda de Culla, con este lugar y los de Vistabella, Adzaneta, Torre den Besora, Vilar de Canes, Benafigos y Molinell (1). Á la Claveria, tercera dignidad, le tocaban los de Silla y Montroy. Había, además, las Encomiendas de Benicarló y Vinaroz; de Alcalá, con los lugares de Gisbert y Polpis; de Ares, de Benasal, de Villafamés; de Perpuchent, con los de Benillup y Beniarrez; de Onda, con los de Tales y Artesa; de Burriana, y de Castielfabib, con las villas y lugares de Ademuz, San Miguel y Vallancas. Los comendadores atendían al sostén de cierto número de caballeros, quienes tomaban el nombre de *acompañados* ó *pani-aguados*. Los freires clérigos desempeñaban los priorazgos y las rectorías de los pueblos de la Orden (2).

Con la mudanza de los tiempos fué desnaturalizándose la milicia de Montesa, como todas las órdenes militares, y perdiendo

(1) Mientras perteneció Peñíscola á la Orden, correspondía á la Encomienda mayor.

(2) He aquí las rentas de las dignidades de Montesa en tiempo de Viciana: Maestrazgo, 12,000 ducados; Encomienda mayor, 2,000; Claveria, 2,000; Encomienda de Perpuchent, 1,500; de Onda, 600; de Alcalá, 700; de Benicarló, 1,000; de Adzaneta, 1,400; de Benasal, 900; de Villafamés, 700; de Ares, 600; de Castellfabid, 600; de Burriana, 500. Rectoría de Montesa, 350; Priorato del Temple, 150; de San Jorge, 100; de Cervera, 400; de Burriana, 50.

casi por completo su carácter monástico. Los caballeros vivían como seglares, conservando del hábito religioso solamente el uso interior del escapulario y la insignia de la cruz. Cuando en 1540 dispensó el Papa á los caballeros de Calatrava el voto de castidad absoluta, cambiándolo en castidad conyugal, los de Montesa, como de la misma regla, juzgáronse autorizados para el matrimonio, y el maestre frey D. Pedro Luís Garcerán de Borja se casó con la marquesa de Navarrés. Y precisamente por ese matrimonio vino la conclusión del maestrazgo, pues, andando el tiempo, quiso transmitirlo Garcerán á un hijo suyo, mozo de veintitrés años, y oponiéndose los freires á ello, el maestre, resentido, trató con D. Felipe II la incorporación de la dignidad y el cargo á la Corona, lo cual se verificó, en efecto, en 1587, por bula de Sixto V. Un lugarteniente del rey gobernó desde entonces aquella gloriosa y decaída orden militar, la cual no tuvo en adelante más importancia que la de los honores que gozaban sus individuos y las rentas que percibían.

Era San Mateo cabeza de una extensa gobernación, que comprendía veintinueve villas y lugares, y estaba á su frente un gobernador, intitulado Lugarteniente y capitán del Maestrazgo Viejo de Montesa. Los maestres tenían palacio en esta villa, y residían en él con tanta frecuencia, que, de los catorce que hubo (1), cinco murieron allí. El cargo de lugarteniente fué suprimido en 1784 y entró San Mateo en la jurisdicción común.

Levantábase el palacio maestral (Torre, lo llamaron) á la otra parte de un barranquillo que ciñe la población: en su forti-

(1) He aquí la lista de los maestres y fecha de su elección: 1319, Guillem de Eril, que murió á los tres meses en Peñíscola; 1319, Arnaldo de Soler; 1327, Pedro de Thous; 1374, Amberto de Thous; 1382, Berenguer Marco (estos cuatro murieron en San Mateo); 1411, Romeu de Corbera, almirante; 1445, Gilaberto de Montsoriu; 1453, Luís Despuig, llamado *el Buen Maestre*, ilustre capitán que se distinguió mucho al servicio de Alfonso V y Juan II; 1482, Felipe Boil (murió también en San Mateo); 1484, Felipe de Aragón, que murió en la guerra de Granada; 1488, Francisco Sanz; 1506, Bernardo Despuig; 1542, Francisco Llansol de Romaní; 1544, Pedro Luís Garcerán de Borja.

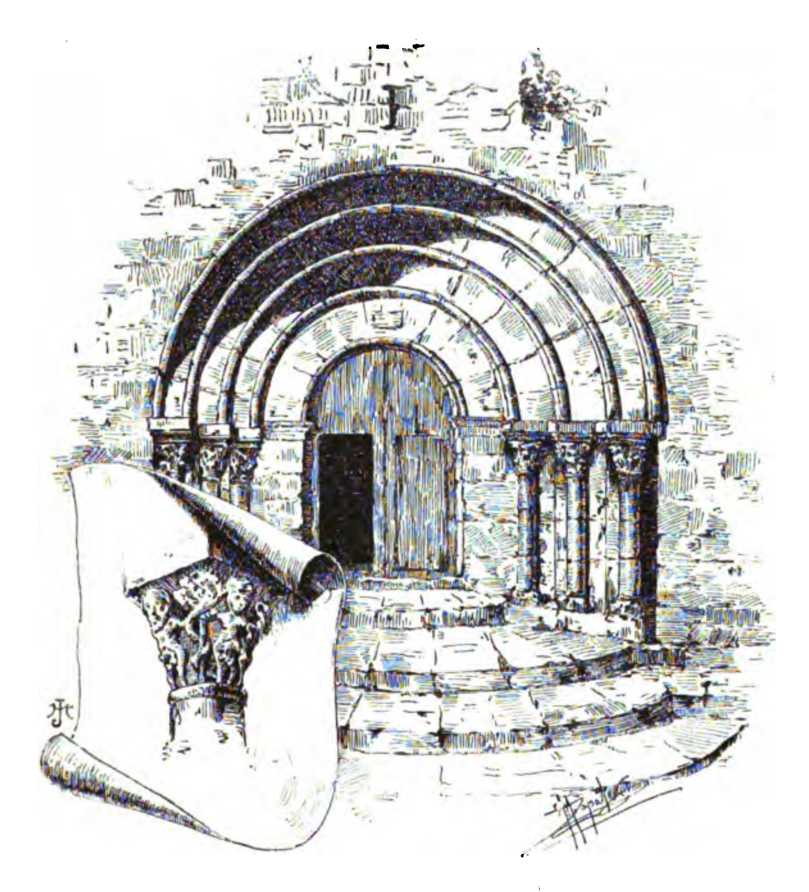
ficado recinto celebró capítulos generales la Orden (en 1330 y 1550), reuniéndose ceremoniosamente todos sus comendadores. Hoy apenas queda rastro de aquellas grandezas: la primera guerra carlista arrasó el alcázar de los maestres; el recinto que ocupaba es hoy un huerto, cuyas tapias han sido construídas con los disgregados sillares; en los andenes, bordeados de rosales, y en los cenadores, cubiertos de jazmines, he visto aún, esparcidos por el suelo, fustes de columnas rotos y chapiteles del gusto gótico más depurado (1). Junto á la Torre, fundóse en 1360, por concesión de los Maestres, un convento de dominicos, que fué famoso, y en el que se celebró muchas veces capítulo provincial. También arrasó la guerra civil la iglesia y el convento, dejando en pie la torre de las campanas, que hoy se levanta, como solitario obelisco, en medio de una pradera donde pacen tranquilamente las vacas.

Más fortuna ha tenido, pues aún se conserva, la vetusta iglesia de San Mateo, construcción fortísima, sostenida por gruesos estribos de negruzca sillería. Ábrense entre ellos, en el ábside, un elegante rosetón gótico y largas ventanas ojivales, anunciando la arquitectura del interior. Algo separada de la iglesia, yérguese la torre octogonal, gruesa y mocha. Junto á la torre está la única puerta lateral del templo, de arco apuntado y sencilla decoración. La puerta principal, á los pies de la nave, nos sorprende con su distinto carácter; es enteramente románica, correcta y sobria. Su profundo arco, en plena cimbra, tiene tres archivoltas, formadas por cordones lisos de piedra, y descansa á cada lado en tres columnas empotradas, de poca altura, cuyos toscos chapiteles responden á los tipos más conocidos de este orden arquitectónico (2). Esta puerta y el primer tramo de la nave,

(1) Pertenece hoy este huerto á D. Luís Bertrán Whitte.

(2) En algunos de ellos hay representados pasajes de la Historia Sagrada. Adán y Eva están figurados á entrambos lados del árbol, al cual se enrosca la serpiente: la escultura es rudimentaria: el cuerpo de las figuras mezquinísimo y enormes las cabezas, como puede verse en el dibujo adjunto.

con techumbre abarracada de tosca ensambladura, son restos de la primitiva iglesia, la cual debió construirse en el siglo XIII, al fundarse la villa. El resto es construcción posterior, no terminada, de estilo ojival, aún severo, del siglo XIV. Como su coetá-



SAN MATEO.—PUERTA ROMANA DE LA IGLESIA PARROQUIAL

nea la de Castellón, sólo tiene una nave, regiamente cubierta por elegante bóveda de crucería, y ábside doble, en el que se abren, como queda dicho, el luminoso rosetón y los rasgados ventanales. El retablo de la capilla mayor es del siglo XVI. La villa de San Mateo no tuvo alientos para terminar esta obra, superior á sus fuerzas; ni los tuvo luego para disfrazarla, según

el uso general, con churrigueresca follajería: los siglos posteriores se han contentado con blanquear los pardos muros y dorar las aristas de las oscuras bóvedas (1).

Guarda esta villa, entre sus recuerdos, uno que la envanece: aquí dió fin el famoso Cisma de Occidente, que perturbó la Iglesia durante medio siglo. El canónigo de Barcelona Gil Sánchez Muñoz, elegido Papa en Peñíscola á la muerte del famoso Luna, con el nombre de Clemente VIII, hizo renuncia del Pontificado seis años después, en 6 de Julio de 1429, recibiendo del verdadero Papa, Martino V, el obispado de Mallorca. En San Mateo se juntaron el Pontífice dimisionario, el legado de Su Santidad, cardenal Fox, y el embajador del monarca aragonés, para convenir y formular aquella renuncia, que devolvía la paz á la cristiandad.

Con sentimiento habremos de pasar por alto ó mencionar somerísimamente otros sucesos sonados de la historia de San Mateo; aquí nació, de muy humilde estirpe, aquel audaz y arrogante *pelayre* (tejedor de lana), que se llamó Guillén Sorolla y llegó á ser una de las cabezas de la Germanía valenciana (2); aquí fué secundada con trágicos bríos aquella rebelión, asesinando los agermanados al lugarteniente de Montesa, mosén Bernardo Zahera, en brazos de su esposa y á los pies del sacerdote que les presentaba, para aplacarles, el Santísimo Sacramento; aquí fué sitiado y vencido por el comendador mayor de Montesa,

(1) Era esta iglesia muy rica y guardaba muchas preciosidades. En tiempo de Viciana tenía sesenta beneficiados. Aún conserva tres antiguos cálices bizantinos, de plata sobredorada; un relicario gótico, de igual materia, para el *lignum-crucis;* y otra joya de orfebrería, digna de una catedral. Es una cruz parroquial, de plata, con fondos de esmalte azul y rojo, y labores de realce sobredoradas. Consta su fecha por una inscripción puesta bajo del pomo: *Ramon Comi feu fer esta creu l'any 1397*. Hay en ella adornos bizantinos y otros de gusto marcadamente góticos, y muchas figuritas de distintos é inarmónicos tamaños: delante, el Cristo y los dos ladrones, detrás la Virgen, y en diferentes puntos alegorías de la Pasión, los Evangelistas, los Apóstoles y muchos ángeles.

(2) Era hijo de un infeliz guardador de marranos y se llamaba Guillén Castellví. Fué á Valencia en busca de fortuna; arrimóse á un tío, tejedor de lana; aprendió su oficio y tomó su apellido.

D. Francisco Despuig, y el bayle de Morella, mosén Berenguer de Ciurana, aquel bando popular, que se defendió valerosísimamente en la torre de la iglesia (1), hasta que fué reducido por el fuego, y murieron en la horca el capitán y los seis principales del motín; aquí se estrelló, en 1649, el ejército francés que invadió á España en el reinado de Felipe IV, teniendo que desistir de su expedición al Reino de Valencia, porque la villa resistió con tales ánimos, que muchas mujeres perdieron un pecho por el continuo disparo del fusil; aquí se repitieron, en 1705, esos alardes de valor, rechazando las numerosas fuerzas del conde de la Torre, general de Felipe V, en tan empeñada contienda, que hasta las monjas hacían centinela en la muralla (2). Bien probados tiene su energía y su tesón la capital del Maestrazgo.

Salgamos ya de ella, olvidando su último sitio por las huestes de Cabrera, y el fusilamiento de los setenta y ocho nacionales y soldados prisioneros; pero no pasemos adelante sin subir á aquel cerro, que á media legua se levanta, para servir de pedestal á un airoso templo. Había allí, en tiempos de antaño (1584), una pobre ermita, y un más pobre ermitaño, portugués de nacimiento, varón piadosísimo, según rezan las crónicas, y favorecido por los espíritus celestiales. Los sábados, cuando invocaba á la Madre de Dios, veía que los ángeles sacaban su santa efigie de bajo del altar, poníanla sobre la mesa y con inefables melodías cantaban la Salve. El ermitaño fué á Valencia y refirió sus visiones al Patriarca Rivera, quien le dió una carta (que ya

(1) Aún faltan en el remate de la torre los sillares que los sitiados arrojaban sobre la *manta* (cubierta hecha de tableros), bajo la cual se guarecían las compañías de Morella para dar fuego á la puerta.

(2) La guarnición de la plaza, en este famoso sitio, se reducía á setecientos migueletes, trescientos soldados de los lugares comarcanos, una compañía de caballos ingleses y los paisanos de la villa. El ejército sitiador era de cinco regimientos de caballería y sesenta compañías de infantería. Terminada la guerra, se arrasaron las fortificaciones de San Mateo. Estos sitios se refieren detalladamente en un libro titulado: *Diaria y verídica relación de lo sucedido en los asedios de la villa de San Mateo, cabeza del Maestrazgo viejo de Montesa, en los años 1649, 1705 y 1706.* (Valencia, 1706).

tenía escrita, porque le había sido revelado todo), para que los regidores de San Mateo le prestaran crédito. Juntóse la villa alborozada en consejo general, acudió á la ermita, encontró la imagen milagrosa (1), y le consagró un santuario con la advocación de Nuestra Señora de los Ángeles (2). Es un sólido templo de sillería, ricamente decorado en el interior con profusión de dorada talla, muy barroca, y muchos cuadros (3). Pero lo más agradable es la extensa vista que desde el ermitorio se alcanza, dominando el amplio valle de San Mateo, desde las montañas de Villafamés y Borriol, al Mediodía, hasta los Puertos de Beceyte, al Septentrión. Hacia esta parte, Chert, al pie de su dilatada muela, Canet lo Roig, Rosell y la Cenia, esta última ya en tierra catalana, aparecen como blancos rebaños paciendo en las lejanas laderas.

De estos santuarios, que se levantan entre selváticas breñas, embellecidos por poéticas tradiciones, está lleno el Maestrazgo. En todas partes, en la cúspide de los montes, en el fondo de los valles, en el seno de las cavernas, á la orilla de las fuentes, encontraréis ermitas pintorescas, que recuerdan apariciones y milagros. Esta serranía es como un inmenso bosque sagrado, que puebla la idea de la Divinidad. No te puedo conducir, caro lector, á todos esos templos agrestes (4); pero, aunque tengamos

(1) Es una imagen gótica, alta de dos palmos y medio, de mármol blanco, dorada y pintada. Está cubierta con un enorme pelucón y un manto de seda, que no dejan ver la escultura.

(2) Todos los años, el segundo sábado después de Pascua de Resurrección, se celebra su fiesta, á la que acuden en romería millares de devotos. Véase *Historia de la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de los Ángeles venerada en la Villa de San Mateo*, por D. Francisco Javier Borrull. Tortosa, 1832.

(3) Entre ellos, dos grandes lienzos de Vicente Griñó, pintor de Alcalá (1694), que representó con cierta gallardía el hallazgo de la Virgen y la visita del ermitaño al Patriarca Rivera.

(4) Albocácer tiene el famoso santuario de San Pablo, que recuerda la aparición del apóstol en 1562 á unos enfermos, á quienes sanó, purificando las aguas de un pantano, que desde entonces se consideran milagrosas; Catí, el de Nuestra Señora del Avellá, á cuyos pies nace una fuente medicinal, clasificada como salino-fría, que goza bastante crédito; Vistabella, el de San Juan de Peñagolosa, en la ladera de la colosal montaña (la imagen del Bautista, pintada en el altar mayor, es

que dejar el buen camino y trepar por ásperas trochas, te llevaré á uno de ellos, en el cual la majestad de los reyes de España dobló la frente ante un rudo simulacro de la Madre de Dios.

Hemos seguido la carretera real hasta el río, ó más bien rambla, de Cervera: dejémosla y subamos las montañas que forman, á mano derecha, el baluarte oriental del Maestrazgo, sobre las llanadas de Vinaroz y Benicarló. Saludemos de paso, á la orilla de aquella rambla, á Chert, que en su ***Mola murada*** guarda restos de las generaciones prehistóricas (1); crucemos lomas incultas, cubiertas de coscojo, lentisco y madroños, y dejando atrás el lugarejo de La Jana, al que dieron fabulosa antigüedad arqueólogos soñadores (2), lleguemos á Trayguera, otra aldea

---

de Espinosa); Villafranca, el de Nuestra Señora de Losar, cuya efigie encontró un labrador, al levantar con la reja una piedra del campo; Castellfort, el de Nuestra Señora de la Fuente, metido en un hondo barranco, y que tiene dentro de la iglesia el manantial donde se halló la Virgen; Zorita, el de Nuestra Señora de la Balma (caverna), llamado así porque está construído en una cueva, que se abre á la orilla del Bergantes. Esta imagen se consideraba de especial virtud para curar á los endemoniados. Estos son, á más de los citados en el presente capítulo, los santuarios más famosos del Maestrazgo. Fuera del de Albocácer, todos datan de los primeros tiempos de la Reconquista.

(1) Queda descrita en el capítulo II esta estación prehistórica.

(2) El doctor Jaime Prades, natural de esta villa, en su libro *Adoración de las Imágenes*, pretende que fué fundada por Noé, porque éste se llamó Jano, del hebreo *Jain*, vino: cap. IV. Hijo ilustre de la Jana es el Beato Jacinto Orfanell y Salomé, celosísimo misionero y mártir del Japón. Labrador de origen, profesó como dominico en Barcelona, y habiendo sido destinado á las misiones de aquel remoto país, evangelizó á las gentes más bravas de él, hasta que fué quemado vivo en Nangasaki, en compañía de otros treinta y cinco, el 10 de Setiembre de 1622: tenía entonces cuarenta y dos años. Escribió la *Historia eclesiástica de los sucessos de la christiandad de Iapon*, desde el año de 1602, que entró en la Orden de Predicadores, hasta el de 1620. (Madrid, 1632 y otra edición en 1633.) Fué beatificado en 7 de Mayo de 1867, por el Pontífice Pío IX, entre 305 mártires que murieron en el Japón desde el 22 de Mayo de 1617 hasta el 3 de Setiembre de 1632. El obispo que fué de Tortosa y hoy arzobispo de Tarragona, D. Benito Vilamitjana, que asistió á su canonización en Roma, ha publicado un *Compendio de la vida y martirio del Beato fray Jacinto Orfanell, de la orden de Predicadores*, Tarragona, 1885. En él hace constar que este Beato es el único hijo de la diócesis tortosina elevado á los altares. En la iglesia parroquial de La Jana se le dedica una capilla, que está en construcción. Su vida, extensamente referida, la conserva en un manuscrito inédito el marqués de Villores, que, como el de la Roca y el conde de Creixell, aún son descendientes de la familia del Beato, la cual era originaria de Barbastro.

montañesa, pueblo antiquísimo, en el que se han encontrado ánforas, urnas cinerarias y monedas romanas, y que quizás fuese la Thiar Julia, de Ptolomeo, ciudad importante de la Ilercavonia. Aquí, en el fondo de un barranco, está uno de los santuarios que más famosos fueron en el Reino de Valencia, y cuya suntuosa fábrica contrasta con las peladas rocas que lo cercan. ¿Cómo adquirió tanta fama, estando tan oculto en estos riscos?

Era el año 1434: un zagal, sordo y mudo de nacimiento, buscaba un manantial y vió salir de la espesura una cabra con las barbas goteando; apartó las ramas y halló una fuente; fué á beber, y dentro del agua divisó una Virgen. El sordo-mudo rompió á hablar, acudieron otros pastores, llegaron el clero y el vecindario en solemne procesión, y llevaron la imagen á la iglesia: al otro día estaba en la misma fuente (1). Allí, pues, se le erigió un santuario, cuya primera piedra puso con gran devoción el 8 de Setiembre de 1439 Frey D. Romeo de Corbera, sexto maestre de Montesa. Su nombre creció tanto, andando el tiempo, que el Rey D. Felipe II vino á él (1589) con toda la real familia, para pedir á la Virgen de la Salud (que así fué llamada) el restablecimiento del príncipe heredero, enfermizo á la sazón; y volvió éste, cuando ya se titulaba D. Felipe III, con su hijo primogénito, implorando para él igual beneficio; y tornó á venir, ya rey, D. Felipe IV, para que fortaleciese al encanijado príncipe D. Carlos. ¡Aquella gloriosa raza de Austria, que por grados desfallecía, esperaba su salvación de la Virgen encontrada por un mísero pastor en un rincón de estas montañas! (2).

(1) La imagen es de madera, de cuatro decímetros de altura, vaciada por detrás á modo de teja, de tosca escultura, con túnica roja y manto azul. Hízose sin duda para llevarla colgada al cuello, pues tiene tres agujeros para pasar un cordón.

(2) Otra visita notable fué la del cardenal Alejandrino, sobrino del Papa Pío V, quien, al enviarle á España para preparar la liga de la cristiandad contra el turco, cuyo resultado fué la victoria de Lepanto, encargóle que pidiese á la Virgen de la Salud el triunfo de las armas cristianas. Acompañaba al legado pontificio San Francisco de Borja.

Retrocedamos al valle de San Mateo: su vertiente occidental es el colosal murallón que cierra el Alto Maeztrazgo; para penetrar en él aprovecha la carretera el cauce del río Cervera: remontemos su corriente. Viene del Norte con el nombre de barranco de Vallibana, corriendo entre montañas enormes, en las que desaparece todo vestigio de humana cultura. Cuatro leguas cuadradas comprende la dehesa llamada también de Vallibana, en la que no hay ni una mísera aldea, ni una pobre masada. Dióla el Rey Conquistador á su esposa D.ª Violante, que la cedió después á Morella y las que fueron sus aldeas, convertidas hoy en lugares y villas independientes. Desierta y yerma estaba en el siglo XIII; yerma y desierta se ve en el XIX: aquel siglo, creyente y devoto, construyó en ella una ermita consagrada á María Santísima; el nuestro, positivista y práctico, ha abierto en toda su extensión una carretera, y junto al viejo santuario ha instalado un relevo de postas y un cuartelillo de Guardia civil.

Causa grata impresión oir en aquella soledad la voz de la campana, que repiten los ecos del monte, y divisar en el fondo del barranco el celebrado ermitorio. Un portal de piedra, en medio de la carretera, da ingreso á un grupo de edificios: á la derecha están la hostería, el cuartel y otras dependencias; á la izquierda, la iglesia de estilo greco-romano, reconstruída en el siglo pasado. La imagen de la Virgen fué encontrada por un pastor al año siguiente de la conquista de Morella: cuéntase que un mastín le guió á una caverna, de la que salía celeste resplandor; al lado de la imagen ardía una candela y había á sus pies unos pergaminos, que nadie pudo leer. La tradición piadosa de estos montañeses ha supuesto lo que dirían: esa imagen la trajo á España el Apóstol Santiago, que de los Alfaques, donde desembarcó, dirigióse á la ciudad de Bisgargis, y hallando en el bosque de Vallibana un templo dedicado á Júpiter ó Diana, derribó los ídolos, poniendo en su lugar aquella efigie de María. Lo cierto es que Morella, desde el siglo XIII, profesa á esta Vir-

gen ardiente devoción, y que desde la peste de 1674 le consagra solemnísimas fiestas sexenales, trasladando su imagen á su iglesia arciprestal en popular y entusiasta procesión.

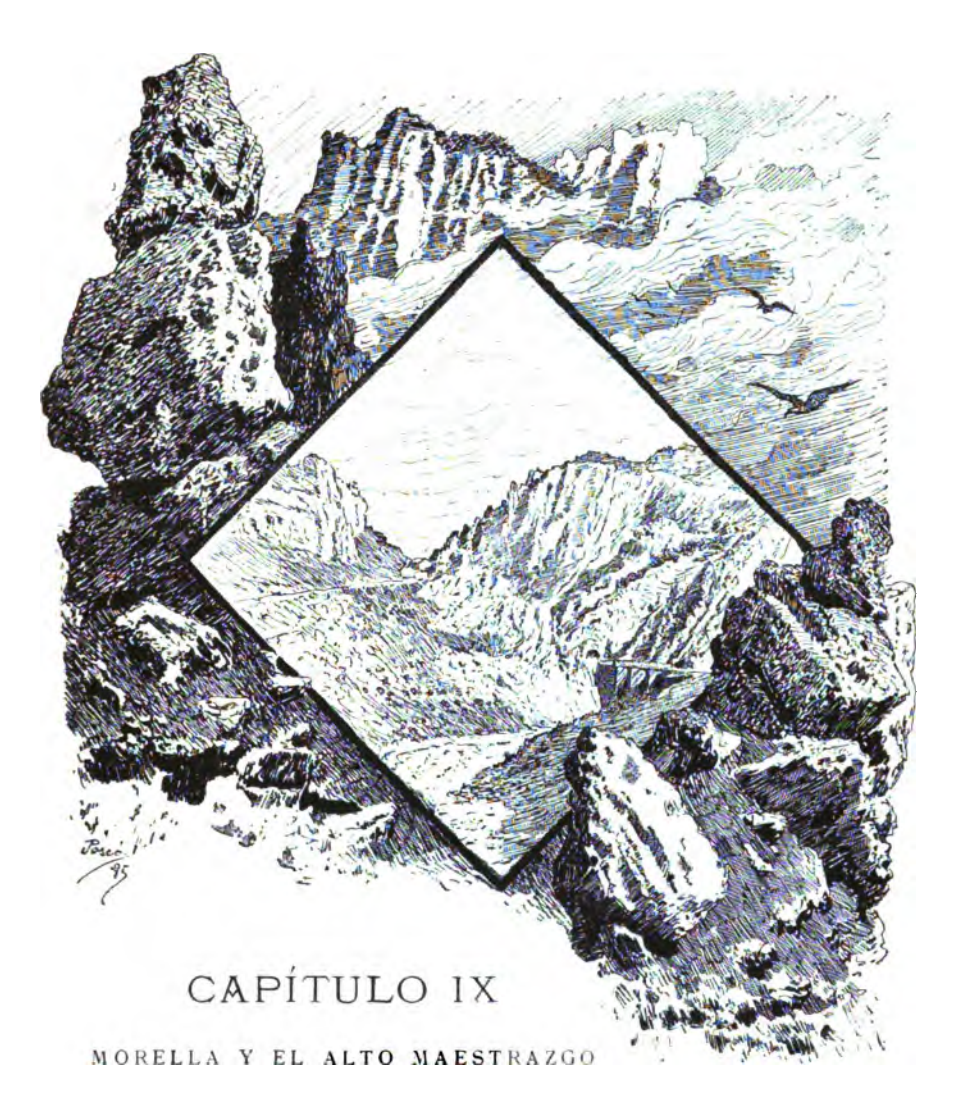
Bajo el punto de vista escultórico, esta imagen, que es de barro cocido, de veinticinco centímetros de altura, y tiene añadidas la mano derecha y el niño Jesús, corresponde á un arte en decadencia. Su abultamiento de formas y la rudeza de la mano primitiva, á la vez que cierta gracia en la actitud y el natural plegado de algunos paños, permiten clasificarla entre los raros ejemplares de las efigies latino-bizantinas, de que nos ha dejado algunos ejemplares, aunque pocos, la época visigótica. Si esta verosímil conjetura se trocara en certeza, la Virgen de Vallibana, aparte de su carácter religioso, tendría gran valor para la historia del arte español.



Nuestra Señora de Vallibana
(Bajo Maestrazgo)

Para salir de las honduras de Vallibana, hay que escalar una cuesta, la del Corb, que se nos presenta á la vista como altísima muralla. El arte del ingeniero ha vencido ese obstáculo: por aquella cortada escollera de la montaña trepa la carretera, formando largos zig-zags, hasta llegar á la cumbre. Esta es la divisoria de la sierra; desde aquí va bajando hacia las llanuras aragonesas. Un anfiteatro de lomas aplanadas se extiende á nuestros

pies: en medio se destaca una cúspide, circuída y coronada de muros y de torres: ese aspecto debió tener la de Babel. Estamos á la vista de la «leal, esforzada y prudente villa de Morella,» elevada muy de reciente á la categoría de ciudad.



CAPÍTULO IX

MORELLA Y EL ALTO MAESTRAZGO

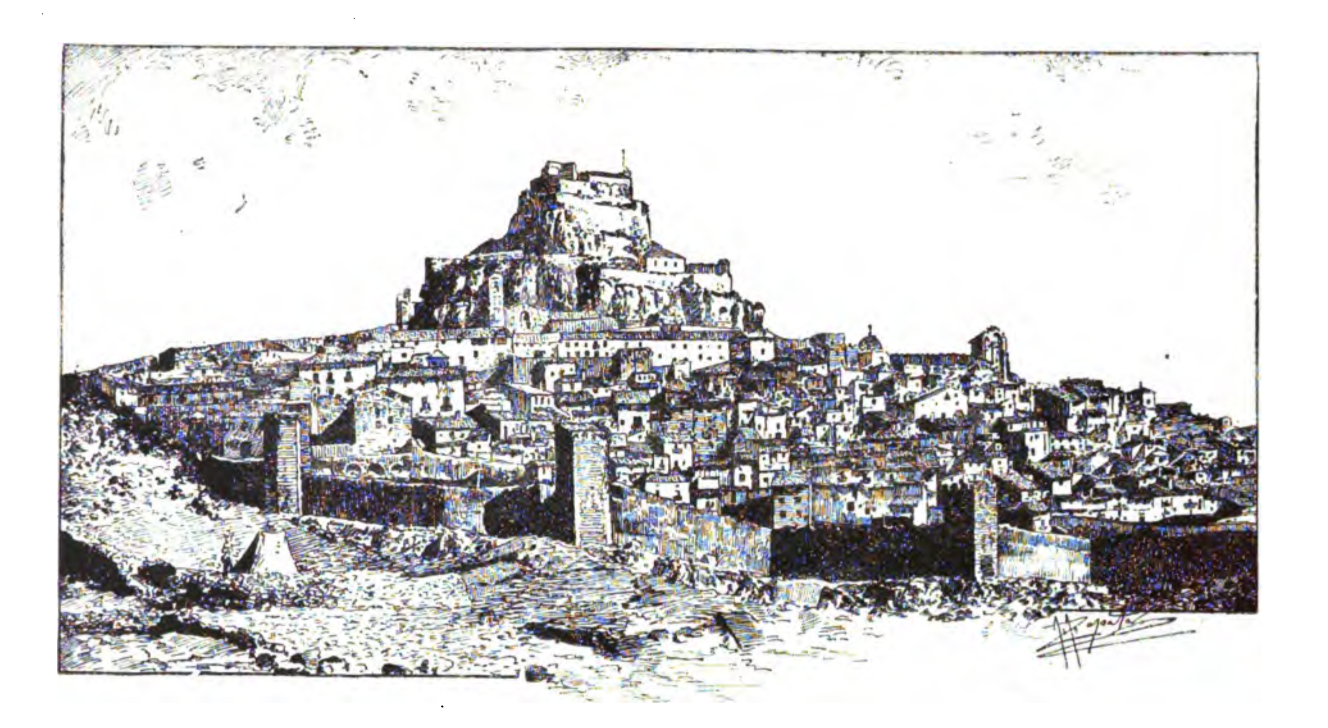
Situación y aspecto de Morella. — Su historia: D. Blasco de Alagón y el rey D. Jaime I. — La iglesia arciprestal. — El Castillo. — Ruinas romanas del Forcall. — El monasterio de Benifazá.

POBLACIONES que se apoyan ó reclinan en la montaña, hay muchas. Fué en la antigüedad costumbre generalizada buscar esta manera de defensa: en lo alto, el militar castillo; en la falda, guareciéndose con él y abriendo las puertas á la llanura, el vecindario pacífico y trabajador. Pero, ciudades que huyendo del llano ó del valle, se encaramen á la cumbre de un

empinado monte, y permanezcan allí, hurañas y reclusas, cuéntanse pocas, y entre ellas, apenas habrá otra de tan extraño aspecto como Morella. Verdad es que el cerro en que cabalga presenta circunstancias singulares.

Las sierras de este país, como queda dicho, no suelen terminar en empinadas cúspides, ni menos en picos abruptos: forman *muelas* chatas, que dan al horizonte líneas ligeramente onduladas, severas y tristes. Pues bien, en medio de esas muelas, la montaña de Morella se encumbra como redondo torreón, aislado entre aquellos prolongados murallones. Es una inmensa pirámide truncada, sobre cuya truncadura se yergue un enorme peñón cilíndrico. Encima de él está el castillo; debajo, en la vertiente meridional del monte, se agrupa la población civil; pero, desde los robustos y antiquísimos muros que la cierran por la parte inferior, hasta el fondo del angosto valle, por donde corre el Bergantes, se extiende una escarpada ladera, que ha de subirse por largas y fatigosas rampas. Encerrada tras aquellos almenados muros, que flanquean quince ó veinte torres y castillejos, Morella parece ciudad prisionera en inaccesible fortaleza, como las doncellas de añejos romances, cautivas de algún hechicero malandrín. Al penetrar en su recinto, creemos entrar en una población de la Edad-media. Las casas, altas, apiñadas, de antigua construcción é irregular arquitectura, con salientes balcones de madera y anchos aleros en los negruzcos tejados, forman un conjunto original y pintoresco. Hay tres ó cuatro calles bastante llanas, que siguen paralelamente la gradería natural de la montaña, formando arcos concéntricos; las travesías que, cortando aquellas calles, suben hacia el castillo, son ásperas escalinatas, penosas de trepar. En muchos edificios vense todavía blasones nobiliarios, que recuerdan haber sido Morella villa de elevada alcurnia (1).

(1) Aún tienen en Morella sus casas solariegas familias distinguidas de la nobleza valenciana, como los marqueses de Cruilles y San José, los condes de Creixell y los señores de la Figuera.



Vista general de Morella

Remóntase tanto su origen, que no queda noticia de su fundación. Creyeron algunos anticuarios que Morella es la ciudad de Bisgargis, citada por los geógrafos romanos entre las principales de la Ilercavonia (1); pero su nombre no suena hasta el tiempo de los árabes, aunque es muy dudoso que se lo dieran, como asientan ciertos historiadores, por recordarles estas sierras su cuna montañesa: Morella, *quasi parva Mauritania*. La historia de esta población puede decirse que comienza con la reconquista, y ocupa en ella páginas interesantes (2).

Al llegar á Morella por la carretera de Valencia, antes de subir á la montaña en que se asienta, crúzase estrecha llanura, el *Pla de la Batallera:* si removéis la tierra, encontraréis allí huesos humanos. En ese llano dió el Cid uno de sus más reñidos combates. Estaban en pugna dos reyes moros hermanos, el de Zaragoza y el de Denia; el Cid auxiliaba al primero; Sancho Ramírez, rey de Aragón, al segundo. El Campeador se apoderó de Morella y puso en la población sus reales: D. Sancho vino contra él; y en el valle que surca el Bergantes dióse la batalla,

(1) Ptolomeo, en sus *Tablas*, coloca á Bisgargis, cabeza de los *brigaces* ó *bembraces*, á los 14'50 grados de longitud, y 41'10 de latitud, situación que más bien corresponde al Forcall que á Morella; á pesar de ello, Beuter, Escolano, Diago, Pedro de Marca, y hasta D. Modesto Lafuente, sostienen que corresponde aquella antigua ciudad á esta última población. Solamente el canónigo Cortés, en su *Diccionario Geográfico*, opta por la correspondencia del Forcall. El nombre del río Bergantes quieren algunos de aquellos anticuarios que sea corrupción de Bisgargis. Dice Beuter que en Morella se han encontrado muchas piedras escritas y gran número de monedas romanas: sólo se conserva (empotrada en la fachada de la casa de Piquer) una lápida con inscripción votiva á Júpiter, en súplica de la salud del emperador Marco Aurelio. El año 1886 se halló en un estercolero del Collet del Vent una figurita de bronce, del dios Marte, de muy buena escultura romana.

(2) Morella ha encontrado en nuestros días un historiador muy apreciable en su digno hijo, el celoso sacerdote D. José Segura y Barreda, hoy arcipreste jubilado de su iglesia. Titúlase su obra *Morella y sus aldeas, Corografía, Estadística, Historia, Tradiciones, Costumbres, Industria, Varones ilustres, etc., de esta antigua población y de las que fueron sus aldeas*, y fué impresa, en la misma Morella, por Javier Soto, 1868. Consta de tres tomos: el primero comprende geografía militar, política y eclesiástica; el segundo, la biografía de sesenta y siete hijos ilustres de aquel país; comienza luego su historia, que prosigue en el tercero hasta la muerte de Fernando VII. El autor tiene continuado el relato histórico hasta nuestros días, pero no ha publicado esta última parte.

en la que corrió á ríos sangre de moros y cristianos (13 de Agosto de 1088). Las crónicas castellanas dan la victoria al Cid: lo cierto es que D. Sancho, después de aquella jornada, entró en Morella, pasó á degüello la población y puso fuego á la villa, la que al cabo de ocho siglos recuerda aún aquella matanza.

Siglo y medio después, comenzaba por Morella la definitiva reconquista del Reino de Valencia. No hay en todo nuestro Romancero nada más interesante y poético. Estaba el rey D. Jaime en Alcañiz; acababa de recibir el mensaje de la conquista de Ibiza, que completaba la posesión de las Baleares; había hecho cantar el *Te Deum laudamus*, y recreaba la vista por las tierras que del alto castillo se descubren. Veíanse á lo lejos los montes, tras los cuales se esconden las llanuras valencianas. Á ellas volaba ansioso el pensamiento del monarca. Su mayordomo, el señor de Alcañiz, D. Blasco de Alagón, que había estado dos años al servicio del rey Abu-Zeyt, le decía: ***Es la mellor terra é la pus bella del mon*** (1). Decide D. Jaime la conquista, y mientras apresta las fuerzas del reino, permite á D. Blasco entrar en la morería, ofreciéndole darle los pueblos que ganase. Don Blasco arma sigilosamente los suyos y cae sobre Morella. Estaban encerrados en su castillo dos infantes moros, hijos de Abu-Zeyt: habían tenido amores con dos bellas del harem de su padre, y fueron librados de la muerte por intercesión de D. Blasco, á la sazón en Valencia. Cayó después del trono Abu-Zeyt, arrojado por Zeyán, rey de Denia; pero los infantes continuaban prisioneros en Morella. Los moros de esta villa, cuando vieron encima la hueste del señor de Alcañiz, los enviaron por embajadores y medianeros, y convinieron ellos la entrega secreta de la plaza. La noche señalada, D. Blasco y cinco caballeros suyos se emboscaron en el barranco de la Pinella: brilló una luz en las almenas, y se acercaron al castillo; brilló otra luz, y llegaron á tientas á la Puerta Ferrisa; brilló una tercera luz, y los infantes moros

(1) *Crónica del rey D. Jaime*, 128.

abrían el portal; los defensores del castillo eran acuchillados al grito de *¡Aragón!* y la mesnada de Alcañiz tremolaba sus pendones sobre la torre Celoquia (1), la más alta de la inexpugnable fortaleza. Al mismo tiempo, los peones de Teruel se apoderaban por sorpresa del castillo de Ares: había comenzado la reconquista de Valencia.

Estaba D. Jaime en la sierra de Albarracín, cazando jabalíes, cuando le llamaron para tomar posesión de Ares. Púsose en marcha enseguida, y supo en el camino que el de Alagón había tomado á Morella. ¿Á dónde acudir? Morella era castillo tan fuerte, que sólo al rey debía pertenecer. Había que arrancárselo á D. Blasco. Rápido como el rayo, marcha el monarca á Morella; pero no quiere descubrirse hasta apoderarse de su triunfante mayordomo. Era en lo más crudo del invierno. Á media noche del 5 de Enero de 1232 llegó á la vista de la plaza: nevaba, y el cierzo traspasaba los huesos. Desde un montículo, que ha conservado el nombre de *Roques del Puig del Rey*, el Conquistador contemplaba la fortaleza al dudoso resplandor de las estrellas, y disponía gente que se apoderara de D. Blasco cuando bajase del castillo á la villa. Sin comer ni dormir pasó el rey la noche, mal abrigado en una cueva, en la que entraban la lluvia y la nieve. Al día siguiente fué el tiempo tan malo, que D. Blasco no bajó á la villa, ni salió del castillo: el poderoso monarca lo pasó en la cueva sin probar bocado (2). Al tercer día, el castellano fué

(1) La puerta Ferrisa se conserva aún, pero hoy está tapiada. La Torre Celoquia se mantuvo en pie hasta 1809: la destruyeron los proyectiles del general Mont-Marie, que atacaba la plaza. En el castillo de Murviedro, la plaza Oriental se llama también Celoquia. Este nombre es árabe; significa *baluarte*.

(2) «E estiguem aquí esperant la companya, e jaguem tota la nuyt en aquell puig. E mochse temps de neu, car era ja passada la festa de sant Miquel, e feyen molta, e venia ab pluja que nuyl home non gosava descobrir la cara, per paor que la neu nol tocás..... e haguem á endurar que no menjam ni beguem de la nuyt que menjam en Vilaroja tro á hora de las vespres, ni nos ni els cavals ni les besties.» *Crónica del rey D. Jaime*, 134. Aquel sitio, que aún se designa con el nombre citado de *Roques del Puig del Rey*, está á Poniente del Castillo, próximo á la Alameda y no lejos del Campo Santo. Durante la última guerra civil se construyó allí un fortín avanzado. La cueva, aunque destrozada, subsiste.

detenido por los hombres de D. Jaime al salir de la fortaleza, y llevado á presencia del rey. La Crónica real relata la entrevista en estos expresivos términos:

«Y descavalgó ante nos, y nos levantamos por él: y después, se sentó ante nos, y con él D. Pero Ferrández, y D. Atorella, y el Aceyt-Abuceyt; y dijo que quería hablar á solas con nos. Y los hicimos salir á todos, menos á él, y nos dijo: «Ea, señor, ¿qué queréis?» Y nos le dijimos: «Os diremos que sois D. Blasco, y sois mi mayordomo, y hombre á quien mucho hemos amado y beneficiado, y que tenéis tierra por nos; y que Dios, según me habéis enviado á decir, os ha dado este lugar; y este lugar es tan fuerte y tan nombrado, que, si bien merecéis vos cuanto bien tengáis, este lugar no corresponde á hombre alguno en el mundo más que á un rey; por lo cual, os rogamos, por la naturaleza que tenéis con nos, y por el bien que os hemos hecho, y porque sois nuestro mayordomo, que reconozcáis el castillo como nuestro, de tal manera, que os hagamos tanto bien, que digan todos que buen galardón recibís por el servicio que nos prestáis.» Y dijo él: «Señor, ¿no recordáis la carta que nos habéis otorgado?» Y dijimos: «Sí la recordamos: dice la carta que si ganáis algo de los moros, sea vuestro.» Y dijo él: «Señor, así es.» Y dijimos: «D. Blasco, sabéis vos que esta presa no os corresponde, por la razón de que es un castillo que vale tanto como un condado con sus pertenencias; y lo que os toca hacer es que, puesto que Dios os ha dado tan buen lugar, y me lo podéis entregar, me lo entreguéis, y que yo os haga tanto bien, que conozcan todos el servicio que me habéis prestado, y yo lo he de hacer de buena voluntad.» Y salió con cuatro caballeros que estaban aparte, y volvió cuando lo hubo pensado, y nos dijo: «Señor, ¿queréis resueltamente tener á Morella?» Y le dijimos: «D. Blasco, bien podéis entender que la queremos, y que la necesitamos, y á vos os conviene lo que os hemos propuesto.» Y dijo él: «Puesto que veo vuestra resolución de tenerla, y que me ofrecéis tanto bien, pláceme que sea vuestra; y una cosa os

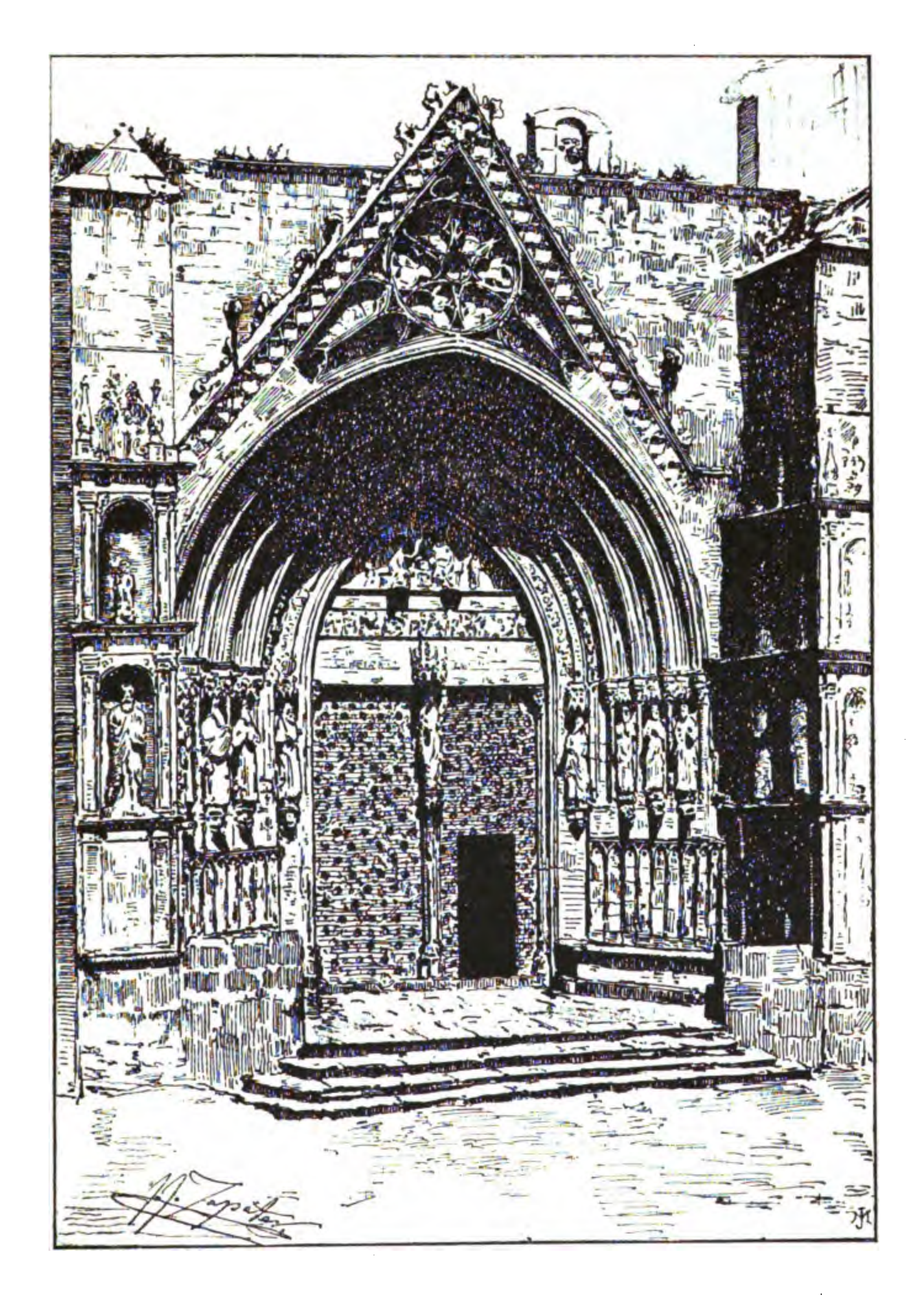
ruego: que ya que queréis tener á Morella, que me hagáis tanto favor, que la tenga yo por vos, pues razón es que, habiéndoosla entregado yo, la tenga por vos, mejor que cualquier otro barón del reino.» Y le contestamos que nos placía, y le dijimos: «Siendo así, vamos ante D. Pero Ferrández, y D. Atorella y Aceyt-Abuceyt, y sepan que por nos la tenéis.»

De esta manera recibió D. Blasco de Alagón la tenencia del castillo de Morella, arrodillándose ante el glorioso monarca y prestándole homenaje de manos y boca, el día 7 de Enero de 1233, fiesta de San Julián, que desde entonces fué patrono de la villa (1).

D. Blasco acabó mal: olvidando su dependencia del monarca, fué enseñoreándose de estas asperezas; pobló con gentes de las sierras de Teruel y de Medina á Zorita, Olocau, Hervés, Catí, Villores, Cinchtorres, el Forcall, Ortells, Ares, Culla, Cuevas de Vinromá y Benasal, repartiendo todos estos lugares entre sus caballeros. Se apoderó, cinco años después de la toma de Morella, del formidable castillo de Galintort, último refugio de los sarracenos, en lo más agrio de esta comarca, y fundó allí la actual villa de Castellfort; fundó también en parajes deshabitados á Albocácer (2) y Villafranca, llamada esta última del Cid, no por el famoso de Vivar, como algunos han creído, sino por

(1) Posteriormente, en 1235, por convenio celebrado en Montalbán, el rey confirmó la cesión de Morella á D. Blasco, durante la vida de éste, reservándose el rey el castillo llamado Torre Celoquia, nombrando gobernador de él á D. Fernando Díez, que lo tuviese por ambos, *per nos et per vos* (dice el rey), y estableciendo que cuando éste faltase, se nombrara gobernador de común acuerdo.

(2) Albocácer, villa importante hoy y cabeza de partido, era una alquería del término de Aben-Romá, al tiempo de la reconquista. D. Blasco de Alagón la dió á un caballero catalán, llamado D. Juan de Brusca, quien otorgó en 1237 carta-puebla para treinta vecinos. El sepulcro del fundador se conserva aún adosado al muro exterior de la ermita de San Juan, que sin duda fué fundada también por él: tiene una inscripción medio borrada, que comienza así: «Hic fuit sepultus Jhs. de Brusca.» Albocácer puede considerarse como patria de uno de los investigadores más concienzudos de la historia valenciana, el presbítero D. Agustín Sales, nacido en 1738, que fué cronista de la ciudad de Valencia. Vino al mundo en Valjunqueras, pero sus padres se hallaban accidentalmente en este pueblo, habiendo vivido siempre en Albocácer.

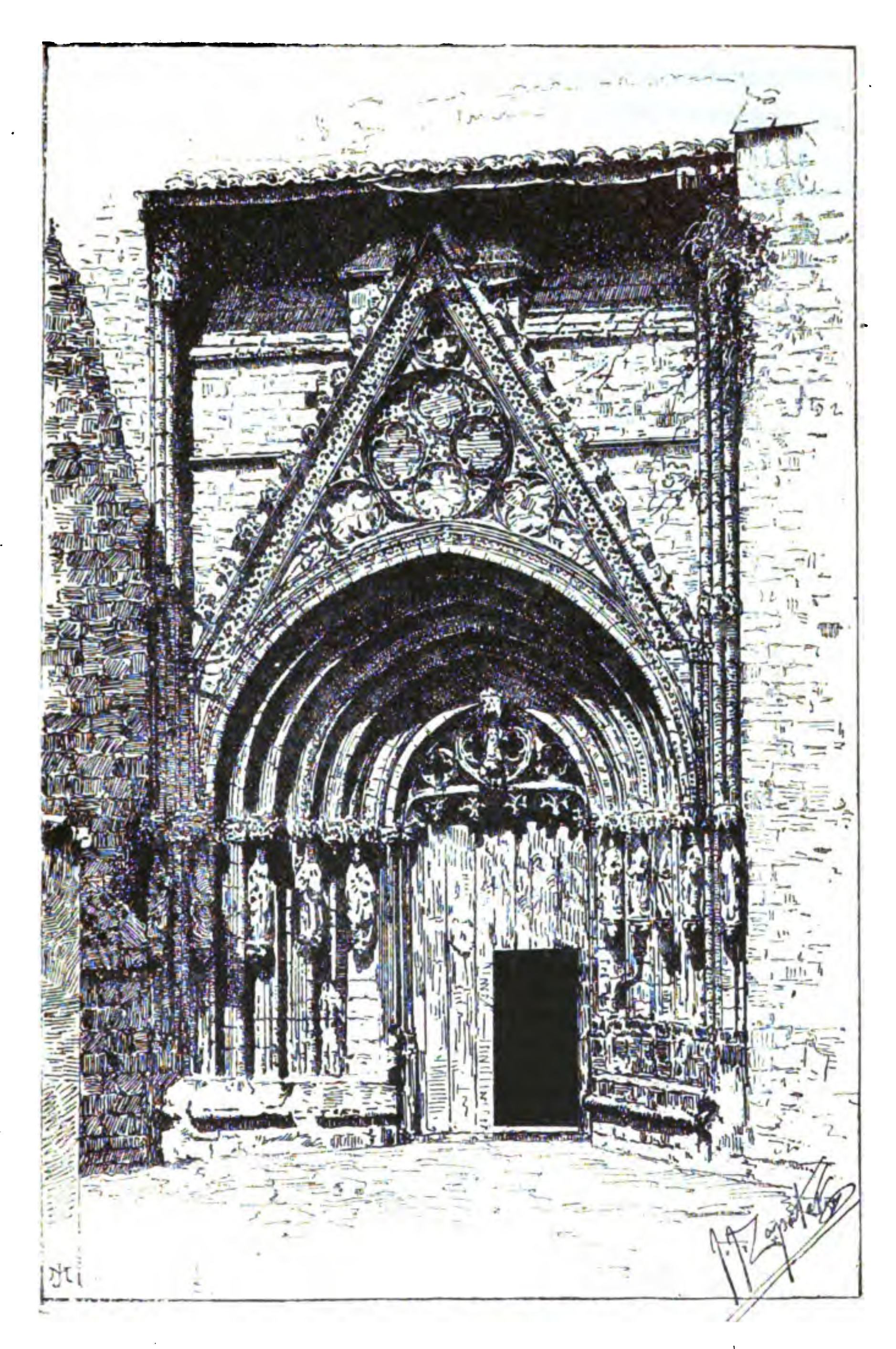


MORELLA.—Iglesia arciprestal: Puerta de los Apóstoles

habérsela reservado para sí el señor *(seid)* del territorio. Aún se conserva, entre Villafranca y Morella, el *Peyró den Blasco*, recuerdo legendario del poderoso magnate. Cuéntase que volviendo un día de la villa en construcción á su residencia de Morella, le asaltó deshecha borrasca en la Sierra del Espino. Envolvíale la nieve en sus espesos remolinos, hundíase en ella su caballo, creyóse perdido, en fin. Oyó entonces el eco lejano de una campana, y clavando la espada en tierra, ofreció á Dios, si llegaba sano y salvo al punto donde sonaba, poner allí otra tan grande, que se oyera desde las orillas del mar, y levantar una cruz de piedra donde dejaba clavado el acero. Guiado por el providencial repique, llegaba al poco rato á una agreste ermita, dedicada á San Pedro, y hallaba en ella grato refugio. D. Blasco cumplió su voto: hizo fundir una campana descomunal y la puso en la ermita; erigió también la cruz de piedra, que á través de los siglos recuerda su nombre á estos montañeses.

Había crecido tanto su poder, que el rey, completada ya la conquista del reino de Valencia, resolvió acabar con aquel peligroso principado de la Sierra. En 1249 exigió al de Alagón el cumplimiento de los pactos olvidados; resistióse él; vinieron á las manos el enojado rey y el súbdito engrandecido; quedó éste en el campo, y Morella, con gran regocijo, entró en el señorío real para no salir ya de él (1). Su historia desde entonces es la de la lealtad más acendrada á la causa monárquica, á la que prestó grandes servicios en las revueltas de la Unión y de la Germanía. En estas últimas, fué la única villa del reino que se mantuvo siempre fiel á la autoridad real. Desoyó primero los mensajes y

(1) Morella era un baylío de la Corona, y de los más importantes: considerábanse como calles de la villa los lugares de Sarañana, la Mata, Chiva y Palanques, y como aldeas suyas el Forcall, Cinchtorres, Portell, Castellfort, Villafranca y Vallibona; además, el justicia de Morella tenía la jurisdicción criminal en el monasterio de Benifazá y sus lugares la Pobla, Castell de Cabres, Bellestar y el Bojar. El baylío duró hasta la abolición de los fueros: entonces se estableció en Morella una gobernación militar y política, que abarcaba el actual partido judicial de este nombre y buena parte de los de Albocácer, Lucena, Viver y Segorbe.



MORELLA.—IGLESIA ARCIPRESTAL: PUERTA DE LAS VÍRGENES

las embajadas del Consejo de los Trece, presidida una de estas por el mismo Guillén Sorolla; armó después compañías de guerra para combatir á los agermanados; y al mando del bayle don Berenguer de Ciurana, capitán valerosísimo, hicieron heroicidades en aquella campaña (1). Como trofeo de victoria, concediéronse á Morella tres cañones, que sus tropas tomaron á las huestes populares en la batalla de Almenara. Estos cañones tenían los escudos de los gremios de *Pelayres*, carpinteros y panaderos, á quienes pertenecían. En 1701 fundióse uno de ellos para hacer una campana (que ahora se llama *la de los cuartos)*, y en ella se grabó esta inscripción: *Gran honra pera Morella—posar en esta campana—la pesa de artilleria—als agermanats guanyada* (2). En la guerra de Sucesión, Morella, contra la afición general de Valencia y Cataluña, tomó el partido de los Borbones, ganando con estos consecutivos merecimientos los dictados, que ostenta en su escudo, de *fidelis*, *fortis et prudens* (3).

La iglesia arciprestal de Santa María la Mayor y el castillo, son sus dos monumentos. Construída la primera en los siglos XIII y XIV (4) y situada en lo más alto de la villa, conserva limpia de toda anti-artística mudanza su severa fachada gótica, con sus dos portadas ojivales, en las que trabajó largamente el cincel

---

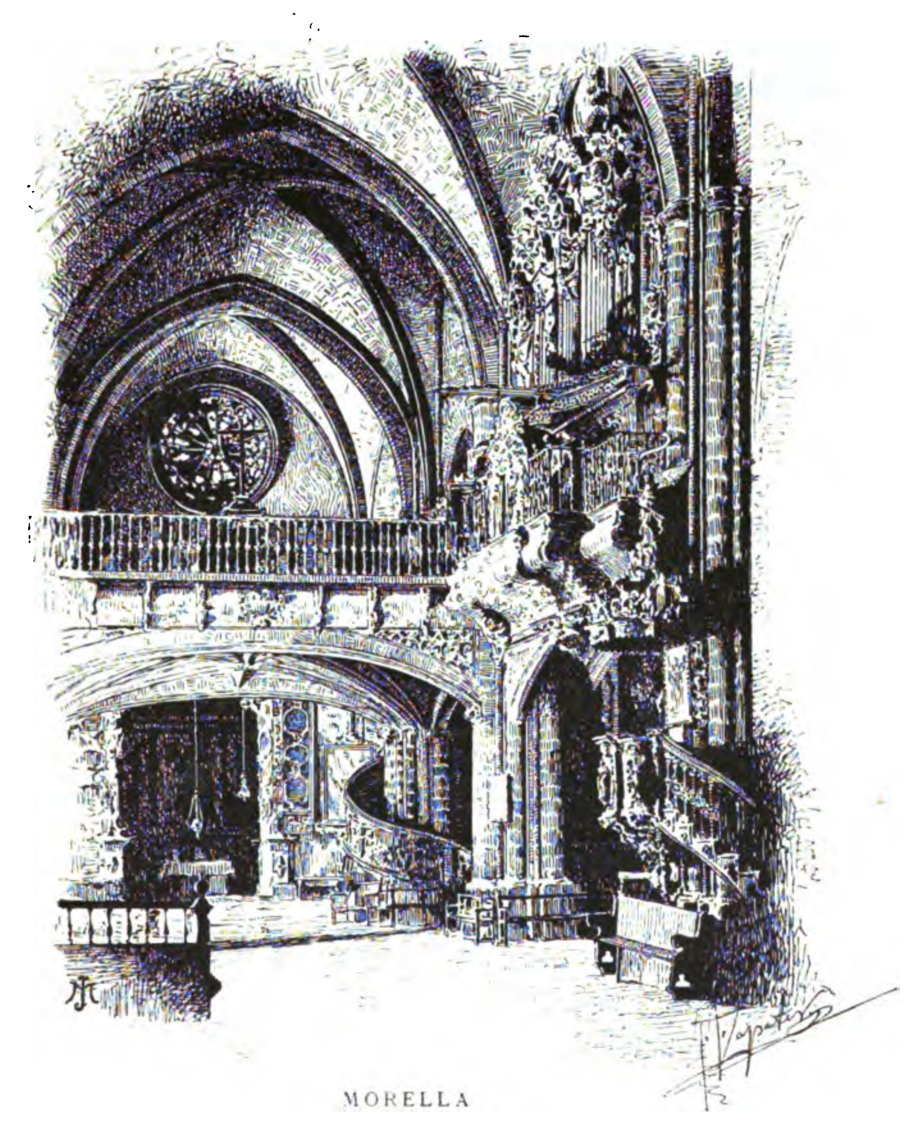
(1) Para estas compañías se hizo en Zaragoza una bandera de seda roja, en cuyo centro estaban pintadas las armas de Morella y una cervatilla con el lema: «Noli me tangere, quia Cesaris sum.» Esta bandera está aún depositada en la iglesia arciprestal de Morella. En 1680 se colocó en el reverso la imagen de la Virgen de Vallibana. El marqués de Cruilles conserva la *Crónica particular de lo que ha fet la vila de Morella, axi en comú, com los particulars de aquella, contra la Germania y rebelió del reine de Valencia, llevada contra la Cesárea é Católica Magestat del Emperador Rey y Senyor nostre*. El historiador Segura atribuye este ms. á Bartolomé Vilanova, que intervino personalmente en los sucesos.

(2) En 1750 se fundieron los otros dos cañones, y se hizo otra campana *(la Cantonera)*, que tiene una inscripción muy parecida.

(3) El primero se lo concedió el Rey Conquistador; los otros dos el emperador Carlos V en recompensa de la decisión de los morellanos contra los agermanados.

(4) Comenzóse en 1273 y se consagró en 1318, con asistencia del rey don Jaime II. Á poco, se incendió, porque consta que con este motivo se estaba reedificando ó reparando en 1357.

piadosamente inspirado. Vense en la principal, bajo las floridas archivoltas, las figuras toscas de los Apóstoles, que le dan nom-



MORELLA

IGLESIA ARCIPRESTAL: INTERIOR DEL TEMPLO

bre. En una delgada y esbelta pilastra, que divide en dos la puerta, se destaca una imagen de la Virgen, de muy buen carác-

ter, y encima hay un friso con grupos curiosísimos de alto relieve, representando la huída á Egipto y la degollación de los Inocentes. La otra portada, del mismo estilo, llámase de las Vírgenes, porque diez heroínas del Nuevo Testamento son las esculpidas á un lado y otro bajo los calados doseletes. El interior del templo no presenta hoy la unidad artística que al principio tendría; sus seis robustas pilastras, formando haces de columnillas, sus bóvedas ojivales, su elevado ábside, sus dos rosetones de calada piedra, forman conjunto armónico; pero en el siglo XV le añadieron un coro de magistral y atrevidísima construcción (1), levantado y como suspendido entre las cuatro pilastras de los pies de la nave, y aunque es obra de gran mérito, achica y altera las proporciones del templo. En los siglos posteriores, los discípulos de Churriguera dieron suelta á su imaginación desordenada en el decorado de la iglesia. Hay en el coro unos caprichosos relieves, de carácter aún gótico, en los que el cincel ha representado como ha podido el Cielo y el Infierno, y las almas que van á ellos. Las que suben al Cielo llevan cilicios, cruces y libros de oración; las que bajan al Infierno tañen cítaras y vihuelas, brincando alegremente. También es interesante la escalera de piedra del coro, enroscada á uno de los pilares, y en la cual esculpió pasajes de la vida de Jesús un italiano llamado José Beli, que se inspiraba en las escuelas del Renacimiento, según denotan sus figuras movidas y rozagantes. Más notables que todo esto son algunas pinturas, joyas de la Arciprestal: la Cena, de Espinosa, en el altar mayor; una Virgen del Sufragio, atribuída al Tiziano, y dos cuadros de Juanes, los anacoretas San Pedro y San Pablo.

Muchas generaciones doblaron las rodillas en este renombrado templo (2). Pero, entre sus recuerdos, no hay ninguno

(1) Fué obra de Pedro Segarra, uno de aquellos modestos *maestros picapedreros* que sabían más que muchos arquitectos del día.

(2) Tan poderosa y rica era esta iglesia, que contaba en tiempo de Viciana

como la fiesta de la Asunción de 1414. Oficiaba un Papa, rodeado de cinco cardenales y tres obispos, con toda la pompa de los ritos pontificios; asistían á ella un Rey y un príncipe heredero, seguidos de grandes de Aragón y de Castilla; la corte, la nobleza, los jurados y el pueblo de Morella llenaban la severa nave; y sobre aquel brillantísimo concurso, levantábase en el púlpito, vestido con humilde sayal, un fraile dominico, que había de ser en el porvenir más grande que los reyes y los papas. El rey era D. Fernando, el de Antequera; el papa, Benedicto XIII; el fraile, San Vicente Ferrer. Deseaba el monarca, para dar fin al cisma, que renunciase el pontificado el Papa Luna, y le hizo ir á Morella, confiando en la elocuencia del Padre Vicente, pero éste no pudo añadir por entonces á sus muchos milagros el de vencer la obstinación aragonesa del solitario de Peñíscola (1).

Morella ha conservado en sus fastos la memoria de aquella doble visita regia y pontificia, y sobre todo, de la solemnísima entrada de Benedicto XIII. Esperábanle á la puerta de la villa el rey D. Fernando, con el infante D. Sancho, su hijo; los condes de Trastamara, el de Cardona, el almirante de Castilla y otros magnates. El consejo de Morella estaba al frente de todo el vecindario. Caballero en robusta mula, llegó el Papa, escoltado por los cardenales de Aux, Montaragón, San Jorge, San Esteban y San Ángelo, los obispos de Segorbe, Zamora y Salamanca, dos abades y otras dignidades eclesiásticas. El poderoso monarca de Aragón hincó la rodilla en tierra, le besó el pie y después

setenta y cinco beneficios. Durante muchos años sostuvo la pretensión de constituir obispado propio, separándose del de Tortosa.

(1) Pero no falta á Morella su milagro de San Vicente, y de los más famosos. En la calle de la Virgen está aún, convertida en capilla, la casa de un prohombre morellano, que convidó á comer al Santo, y dijo á su mujer que preparase para el banquete lo mejor de la casa. Tenía la mujer trastornadas las mientes, y cavilando sobre las palabras del marido, degolló y metió en la olla á su único hijo. El horrible manjar fué condimentado (aún se señala el sitio donde estuvo el fogón) y servido á la mesa; nunca se presentó al taumaturgo ocasión mejor de hacer un prodigio. Hízolo, en efecto, si hemos de creer á la tradición, y á su voz salió el niño de la olla, entero y vivo.

la mano. Aquel obstinado anciano, á quien negaba ya obediencia casi toda la cristiandad, resplandecía aún con la representación de Dios sobre la tierra. Entró en la villa bajo palio: el rey, el infante y sus más ilustres caballeros, llevaban las varas, que entregaron después al justicia y los jurados.

Aún se conserva, convertida en mesón público, la suntuosa casa patrimonial de la familia de Ciurana, donde se celebraron las conferencias para inducir al Papa Luna á que renunciase la tiara. Agotaron en vano su elocuencia los obispos de Segorbe, Salamanca y Zamora, el confesor del rey, fray Diego, y el mismo fray Vicente Ferrer, á quien hizo acudir de Castilla D. Fernando. Sólo pudo arrancar á Benedicto la promesa de ir á visitar en Perpiñán ó en Niza al emperador Segismundo, celoso promovedor de la paz de la Iglesia (1). Pero pongamos ya coto á los recuerdos, y prosigamos nuestra visita.

Por la plaza de la iglesia se sube al castillo, pasando por el antiguo convento de San Francisco, convertido hoy en cuartel de la guarnición. Edificóse en este punto el convento, en 1272, en memoria de que estuvieron encerrados aquí los santos mártires Valero y Vicente, cuando de Zaragoza eran conducidos á Valencia (2). El Peñón del castillo está en lo alto de la montaña de Morella: la montaña es como una ubre; ese peñasco su pezón. Tiene dos cuerpos, que dividen la fortaleza en dos plazas, como si fuese una vasta ciudadela circular, que en el centro tuviese un

(1) El Papa Luna dejó en la iglesia de Morella, como memoria, un cáliz de plata y el pectoral que usaba. Se han perdido estas joyas, y otras muchas que atesoraba aquel templo, entre ellas una cruz de plata con *lignum crucis*, donación del rey Conquistador, y una magnífica custodia de oro y plata, de labor gótica, labrada en 1304 por Bernardo Santalinea. Tenía 72 libras de plata y dos de oro. El mismo artífice y su hijo hicieron la preciosa cruz parroquial. Un comisionado del Gobierno de Valencia arrebató en 1822 todas las alhajas de la iglesia, inclusas veintidós lámparas de plata. No se supo más de ellas.

(2) Este antiguo convento, el segundo que hubo de franciscanos en el reino de Valencia, guarda dos recuerdos curiosos del papa Luna: el privilegio de decir misa cierto día del año tres sacerdotes en el mismo altar; y la tradición de que, molestando las moscas á aquel pontífice cierto día que comía con los frailes, las maldijo, y desde aquel punto, no se vió ya ninguna en el refectorio.

torreón natural. La escarpa ó muro de roca de la primera plaza tiene una altura que varía de diez á dieciocho metros; sobre esa colosal terraza se han construído los muros y las troneras, y allí están los cuarteles, pabellones, almacenes, talleres, etc. El segundo cuerpo de la roca se eleva sobre el primero unos doce metros, con muros también verticales. Súbese á él por áspera rampa, y se encuentra allá arriba una plazoleta irregular, cuyo mayor diámetro es de unos doscientos pies. En aquella cúspide de la pirámide morellana hay acuartelamientos para dos compañías.

¡Qué perspectiva la de esta almenara de las sierras! Los montes que la rodean parecen oleadas de un mar tempestuoso, que en lo más recio de la borrasca hubieran quedado petrificadas. Unos vienen de Aragón, en donde se hincha á lo lejos, á la parte de Poniente, la frígida cordillera de Palomita; otros de Cataluña, donde se elevan al Nordeste los Puertos de Beceyte; otros de Valencia, por cuya parte se levantan, al Este la sierra de Santa Águeda, y al Sur el alto Moysacre, que quizás sea el Mons-Ácer citado por Avieno (1), y dando la vuelta á Poniente, la muela de Ares y los montes de Castellfort, dos de las poblaciones más encumbradas y antiguas de todo el Maestrazgo.

Dentro de este vasto cuadro, os señalará el guía un cabezo, al Nordeste, que llaman *Morella la vella:* dicen que allí quisieron los antiguos edificar la población; pero, al dejar por la noche los picos y azadones, desaparecían por ensalmo y eran hallados al siguiente día en el punto donde, obedeciendo á aquel aviso, la situaron por fin. Os mostrará también el acueducto, que de las cercanas montañas trae el agua á la villa, y un pelado cerro, *El Mollonet*, donde en Mayo de 1839 puso sus baterías el general Espartero para rendir la plaza, dando fin á la guerra de los Siete Años.

(1) Aún hay en su cumbre restos de fortificación.

Épico y digno remate fué aquel de tan reñida lucha. Terminada ésta por el abrazo de Vergara, sólo quedaba en armas el Maestrazgo: su caudillo, el intrépido Cabrera, no entendía de pactos ni componendas: todos los demás podían ceder; él no. Y Morella era el nido de águila de Cabrera: había caído en su poder por un audaz golpe de mano (1): bloqueábala en Enero de 1838; toda esta sierra era suya, pero la inexpugnable fortaleza mantenía erguido el estandarte de Isabel II; sólo la traición podía hacerle dueño de ella. Un artillero, desertor de la plaza, perpetró la traición: una noche que nevaba mucho, acercóse al castillo, guiando á veinte hombres decididos; trepó por los flancos de la montaña, puso escalas sobre las rocas, metióse por unas letrinas, saltó á la última plaza, sorprendió y mató al centinela; y aquel puñado de temerarios rompió el nocturno silencio con tales gritos de triunfo, que huyó espantada la guarnición.

Ansiaba la revancha el gobierno de la reina, y apenas llegó el verano, el general Oráa, el *Lobo cano*, tan temido de los carlistas, armó una expedición formidable. Veintitrés batallones de infantería, doce escuadrones de caballería y veinticinco piezas de batir penetraron en el Maestrazgo, como enorme culebra que iba arrastrándose y torciéndose por estas fragosidades. Fama de gran estratégico tenía aquel general, pero se estrelló ante esta fortaleza. Aún veréis las señales de la brecha que abrieron sus cañones en la muralla de la villa; aún os horripilará el relato de aquel asalto titánico, en el que los desesperados sitiadores encontraron, al penetrar en la brecha, un segundo muro de fuego y llamas, ante el cual tuvieron que retroceder. Aquella heroica defensa valió á Cabrera el título de conde de Morella (2).

(1) En Octubre de 1833, á los pocos días de muerto Fernando VII, aclamó ya Morella á don Carlos: el barón de Hervés fué quien dió el grito; pero acudieron tropas, sofocaron el alzamiento y fusilaron al barón.

(2) Mandaba la guarnición, compuesta de mil cuatrocientos hombres, el conde Negri; Cabrera, con tres mil, corría las cercanías, como diestro guerrillero, molestando sin cesar á los sitiadores, y entraba en la plaza con frecuencia, pues no llegó á cerrarse el cerco. La retirada de Oráa, motivada principalmente por falta de pro-

El generalísimo de las tropas liberales vino, dos años después, á disputarle ese título: Espartero riñó y ganó aquí la última batalla de aquella guerra funesta: emplazadas sus baterías, como antes dije, en el *Mollonet*, lanzó sobre los defensores de Morella, abandonados ya por Cabrera (que había tenido que pasar el Ebro), tal lluvia de hierro y fuego, que entró en ellos el desaliento y trataron de evacuar la plaza. ¡Qué desastre aquella retirada! Era de noche: rompióse el puente levadizo y cayeron al foso los fugitivos; no detenían á los que iban detrás los alaridos de los que rodaban al abismo, y caían unos sobre otros. Aquel trágico despeñamiento en las tinieblas tuvo su término: cuando el foso se llenó de cadáveres y moribundos. Pasaban los demás sobre sus restos palpitantes; pero los sitiadores, advertidos, los recibían á balazos: volvían á la plaza, y sus mismos compañeros, desconociéndolos, disparaban contra ellos; todo era espanto, confusión y muerte. Aquella noche, del 29 de Mayo, no se borrará de la memoria de Morella. Al día siguiente, entregábase la guarnición; España quedaba enteramente pacificada, y el general Espartero recibía el título de conde de Morella, lo mismo que su vencido competidor.

Despidámonos de este famoso castillo, echando una mirada al *Cacho*, horrible calabozo excavado en las entrañas de la roca, sin más luz que la necesaria para hacer visibles las tinieblas, como las del Infierno de Milton. ¡Cuántas infelices criaturas han envidiado las alas de los pájaros, encerradas en esta ciudadela! ¡Qué larga serie de prisioneros, de vencidos de la suerte! Entre todos ellos veo, retrocediendo cuatro siglos, un príncipe joven, generoso, discreto, querido de su pueblo, y por eso mismo per-

---

visiones, puede citarse como modelo en la historia militar; no se perdió una pieza de artillería, un armón, un herido, ni una acémila, á pesar de lo decaída que estaba la moral del soldado y el envalentonamiento del enemigo. Oráa tuvo entonces muchos impugnadores; pero hoy está reconocido que Espartero, Fernández de Córdoba y él fueron los mejores generales del ejército liberal en aquella sangrienta lucha. Véase el libro *Campañas del general Oráa*, que está publicando el general marqués de San Román.

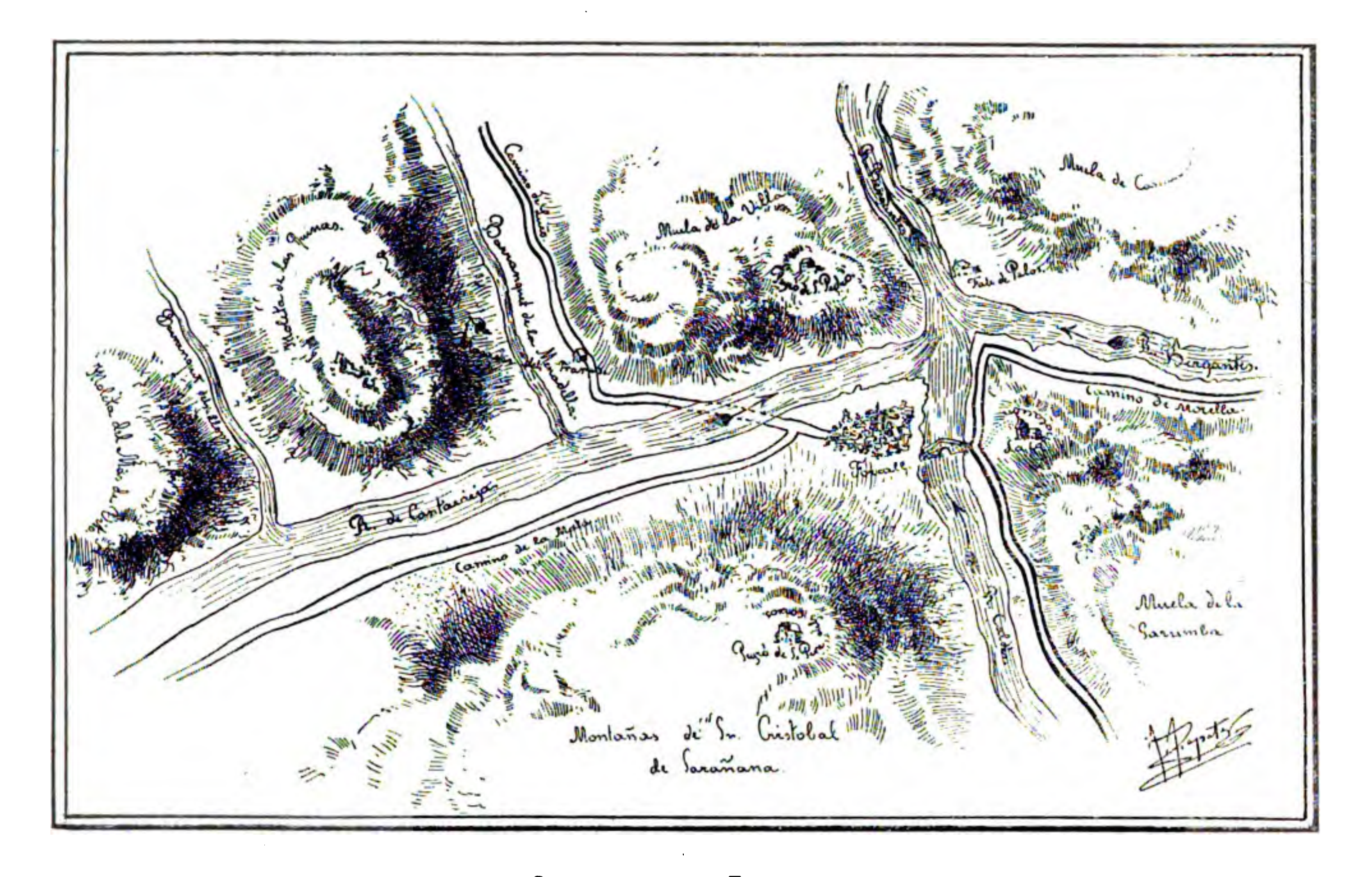
seguido; y oigo la voz de un poeta que en este encierro le consolaba con sus trovas ingeniosas. Ya habréis pronunciado sus nombres: Carlos de Viana y Ausias-March. El infeliz príncipe, aprisionado por el rey su padre, se ganó bien pronto la voluntad de los morellanos; comenzaron á armarse sus parciales en estos pueblos, y acudió receloso el monarca, simulando apiadarse de su hijo. Viendo que el odio popular, certero esta vez, se dirigía contra la reina D.ª Juana, hízola venir de Zaragoza, y ella misma, con vivos extremos de cariño, sacó de la prisión al aborrecido hijastro, y le devolvió á los catalanes, que airados lo reclamaban.

Ahora, lector, te llevaría muy gustoso de pueblo en pueblo, por toda esta serranía; pero no tenemos tiempo para tanto, y he de reducirme á enseñarte lo principal: visitaremos las ruinas romanas del Forcall, que por ser de reciente hallazgo, no mencionaron todavía los libros, y el casi destruído monasterio de Benifazá, el más afamado de esta comarca, el cual recuerda uno de los pasajes más interesantes y oscuros de la vida del Conquistador.

Siguiendo desde Morella, hacia Poniente, el curso del Bergantes, y después de costear la enorme Muela de la Garumba, damos en la confluencia de aquel riachuelo con el Caldés y el de Cantavieja: de ella tomó su nombre el Forcall, pueblo en que predominó el estado llano y que estuvo en continua pugna con la aristocrática Morella (1). Allí, á la otra parte del río de Cantavieja, entre dos barranquillos, llamados *dels Llops* y de la *Menadella*, álzase un cerro achatado, como casi todos los de este país; de una masía puesta á sus faldas, recibe el nombre de *Moleta del Mas dels Frares* (2). Nada de notable ofrece, á pri-

(1) El Forcall capitaneaba á los labriegos y pastores de las aldeas de Morella cuando tomaban partido contra los jurados y señores de la villa. Á la muerte del rey D. Martín, Morella siguió la bandera del de Antequera; las aldeas tomaron las armas por el de Urgel. Los morellanos pusieron bombardas en la Muela de la Garumba y batieron al Forcall.

(2) Propiedad antes del convento de agustinos del Forcall, y hoy del rico é ilustrado masovero D. Vicente Molinos, que la compró á la nación.



CROQUIS DEL FORCALL

mera vista, aquella loma, cuyas faldas, convertidas en bancales, y cuya prolongada meseta surca el arado, dejando solamente á la coscoja, al enebro y al rosal silvestre, un segundo cuerpo de rocas, que sobre esa meseta se levanta; y nadie se había fijado en ella, excepción hecha del masovero (*masover*, labrador que tiene á su cargo una masía) que allí siembra y recoge sus mieses, hasta que feliz evento dió á conocer los restos interesantes que encierra al docto profesor de la Facultad de Medicina de Valencia y erudito arqueólogo Dr. D. Nicolás Ferrer y Julve.

En el verano de 1876, encontrándose el Sr. Ferrer en Morella, curó de cataratas á una viejecilla: el hijo de la enferma, que era el masovero del *Mas dels Frares*, advirtió la afición del médico á las antigüedades, y le dijo que, si fuese á su masada, tendría mucho que ver. Fué solícito el doctor al otro día, y quedó admirado y sorprendido: evidentemente, la olvidada Moleta había sido asiento de una importante ciudad romana, cuyos restos aparecían por todas partes. Al año siguiente, tuve ocasión de visitarla; volvió también el Sr. Ferrer, y repitió después sus visitas; dimos cuenta al público del hallazgo, y es lastimoso que la Comisión de Monumentos de la provincia de Castellón no haya hecho nada para completarlos con excavaciones, que quizás dieran importante resultado. Lo que pude ver, lo diré en pocas palabras.

Prolóngase la Moleta del Mas dels Frares de Norte á Mediodía; por esta parte le sirve de foso el río Cantavieja, y por ambos lados los referidos barranquillos. Ciñe su explanada un alto escarpe de roca, convirtiéndola en fuerte ciudadela. Dale hoy acceso por Levante áspera senda de herradura; y debió tener en otros tiempos una calzada para la subida, pues en el punto de mejor ingreso, entre muros paralelos de sillería, que forman aún portal, vense en la dura roca los surcos abiertos por las ruedas de los carruajes. La primera meseta está destinada al cultivo de cereales, y dice el masovero que aquella tierra no se cansa de dar trigo. Su color, grisiento y negruzco, difiere de los

campos contiguos, y al fijarnos en ella, vemos que, en lugar de fragmentos de roca, por todas partes está mezclada con menudos escombros, que acusan la mano del hombre. Alfarería de todas clases, desde la más tosca hasta el más delicado barro saguntino, con grecas y meandros, y algunos fragmentos con marcas de fábrica; pedacitos de cristal, irisado por los siglos, clavos y otros objetos de hierro y bronce, escoria de las fraguas, menudos trozos de argamasa, que aún conservan la pintura, negra ó roja, del revoque de las casas, y otros restos de construcciones ó utensilios domésticos, cubren el suelo con tal abundancia, que, una vez vistos, no cabe dudar que toda la meseta estuvo cubierta de edificios. Hanse hallado monedas ibéricas y romanas, de familias, municipios y emperadores, teseras, camafeos y otros muchos objetos con caracteres evidentes de la cultura latina. Fuertes cimientos salen á flor de tierra en algunos puntos y dibujan el recinto de las casas; á la parte oriental de la meseta, corre una pared ó zócalo de sillería en una extensión de cuarenta metros (1), indicio de algún templo ú otro monumento público. La segunda meseta es una encumbrada galería de rocas, vestida de maleza, que coronaban construcciones importantes, á juzgar por las ruinas que aún se encuentran, entre ellas, los cimientos de una torre cuadrada, de enormes sillares de piedra arenisca, traída de lejos. En aquel sitio, acrópolis sin duda de la ciudad anonadada, sestean y rumían hoy con el mayor sosiego las trepadoras cabras del montañés masovero.

Pero ¿qué ciudad era ésta? No lo determinan los restos encontrados hasta ahora; prueban, sí, que debió ser importante, culta y rica (2). Y como, entre los beribraces, *gens agrestis et*

(1) Conté desde flor de tierra seis filas de sillarejos de un palmo ó palmo y medio de largo, y medio palmo, ó algo más, de ancho.

(2) Entre las monedas encontradas las hay de los emperadores Augusto, Tiberio, Claudio, Adriano, Claudio el Gótico, Probo, Constancio, Constantino, Arcadio y Honorio; coloniales de Tarraco, Sagunto, Bilbilis, Celsa, Ilerda, Ibera Julia, Caesar Augusta, Osicerda y Clunia; y de familias romanas, especialmente de las Cornelia y Postumia. También monedas ibéricas. Algunas de estas monedas

ferox, no abundarían ciudades de esa categoría, y á Bisgargis, mencionada como su capital, le cuadra bien esta situación, según las tablas de Ptolomeo, es suposición muy razonable la de que son éstas sus ruinas. Demos fin con ella á nuestra visita, y retrocediendo á Morella, penetremos en el dédalo de montañas que al Levante se extiende, formando la Tinenza de Benifazá (1).

«Lo peor y más septentrional del Reino» llama Cavanilles á esta comarca peñascosa y árida, que cubren las nieves invernales, y cuyas ariscas trochas apenas dejan lugar al arado (2). No se aventura hoy por ellas el curioso viajero; ¿qué ha de buscar en las míseras aldeas mal albergadas en esos breñales? En otros tiempos había algo que ver y que admirar en sus asperezas: en el centro de la riscosa Tinenza, santificando estos páramos y amparando á sus escasos pobladores, guarecíase en una hondonada el Real Monasterio de Santa María de Benifazá, pregonando la piedad y la penitencia del gran Rey de la Conquista.

Acababa éste de posesionarse de Morella, y recorriendo aquellas tierras, llegó al castillo y alquería de Benifazá: parecióle propio el lugar para construir un templo y un monasterio, consagrados á la Madre de Dios, y confió la fundación á los monjes cistercienses de Poblet, concediéndoles amplio señorío (3). Posesionáronse los monjes del castillo, puesto en lo

---

las ha publicado la Sociedad Arqueológica Valenciana en su *Memoria* de 1878. Es notable la multitud de teseras encontradas, y la belleza de algunos camafeos.

(1) Llamada así por un antiguo castillo de moros, puesto en el centro de ella, sobre una elevada montaña.

(2) Los montes de Castell de Cabres encierran una gran riqueza: copiosos criaderos de hulla, que no pueden explotarse por la dificultad de las comunicaciones.

(3) Esto dice Viciana y repiten otros historiadores, pero la donación del rey D. Jaime (cédula de Tortosa, de 23 Enero 1233) no fué más que confirmación de donaciones anteriores á la conquista. D. Alfonso II donó á la Iglesia de Tortosa el castillo de Benifazá en Abril de 1195. Sin tomar en cuenta esta donación, D. Pedro II dió el término de Benifazá á D. Guillermo de Cervera en 1208; tomó la cogulla este caballero en Poblet y legó aquellos lugares al monasterio, lo cual confirmó D. Jaime I en 1229, estando en Lérida. Disputaban los monjes de Benifazá á

alto de un cerro, y dedicaron en él una capilla á Santa Escolástica, mientras edificaban más abajo el monasterio, al cual se trasladaron en 1249. Un suceso extraordinario había dado copiosas creces á las mercedes del regio fundador.

Era D. Jaime creyente y devoto: llevaba á todas partes la imagen de la Virgen; encomendábase á ella en todas sus batallas; agradecíale todas sus victorias; pero su piedad sincera no detenía siempre los ímpetus de su carácter brioso y dominador. Un día se interpuso en su camino un fraile austero, un obispo inflexible: el rey batallador, exasperado por la resistencia, sintió la fiebre del león y clavó las garras en la víctima. La Cristiandad supo con espanto que por mandato del monarca aragonés le habían cortado la lengua á fray Berenguer de Castellbisbal, religioso dominico y obispo de Gerona. ¿Qué motivó aquel estallido de cólera? Fray Berenguer había ganado la voluntad del rey, quien le designó como uno de los ejecutores de su testamento de 1242. Confesor de D. Jaime, poseía sus secretos, y esos secretos fueron revelados por él: así, al menos, lo creyó el monarca (1). Desterrólo indignado de sus reinos; pero nom-

los clérigos de Morella la gloria de haber dicho la primera misa en el reino de Valencia al tiempo de la reconquista. Don Jaime se posesionó de Morella el 7 de Enero de 1233; pero, no llevando sacerdotes consigo, no se celebraría el Santo Sacrificio hasta que éstos pudiesen acudir: los monjes, en quienes no cabe pereza, se apresurarían á establecerse en Benifazá. Concedióles el rey el castillo y el lugar de este nombre, el castillo y el valle de Malagraner, el castillo de Fredes, el lugar de Bojar, los castillos de Cabres y Bel, y toda la tierra de Rossell. En tiempos posteriores el abad de Benifazá era señor territorial de los pueblos de Bel, Bellestar, Bojar, Castell de Cabres, Coratjar, Fredes y Puebla de Benifazá, que son los siete de la Tinenza, y además de los de Valibona y Herbeset. Al superior de su poderosa comunidad se le consideraba como prior del convento de San Bernardo, en Valencia, del oratorio de Santa Lucía, en Tortosa, y del convento de Santa Ana, en Mosqueruela.

(1) Beuter supone que era por los amores con D.ª Teresa Gil, y le han seguido casi todos los historiadores, incluso el P. Mariana. Refieren que cuando se casó el rey con D.ª Violante, hizo oposición en Roma aquella dama, por haber obtenido de él palabra de casamiento, y que diez años después se dijo que el pleito iba á renovarse por revelaciones del obispo de Gerona. El P. Teixidor y el barón de Tourtoulon, en su excelente historia de aquel monarca, han rechazado esta novela: D. Jaime no conoció á D.ª Teresa hasta después de la muerte de la reina D.ª Vio-

brado obispo por el capítulo de Gerona, volvió á entrar en ellos para ocupar su sede. Esto fué lo que colmó las iras del rey, lo que le hizo dictar tan bárbara sentencia.

Roma no podía tolerar aquel horrible desmán: estaba en el apogeo de su poder, presidiendo el concilio de León, el gran pontífice Inocencio IV, uno de los más celosos de su autoridad. Cayó sobre la frente del rey sacrílego el rayo de la excomunión; quedaron en entredicho sus Estados, y se encontrron frente á frente el poder de la tierra y el de los cielos. Terrible fué el choque, pero no podía ser dudosa la victoria: venció el representante de Dios: ante su fallo inapelable, dobló la cabeza el creyente monarca (1).

Arnaldo de Peralta, obispo de Valencia, presentó al Papa la sumisión de D. Jaime, y vinieron legados pontificios á recibir su confesión y señalarle penitencia. Espectáculo imponente y ejemplar fué el que presenció Lérida el día 14 de Octubre de 1246, en el convento de frailes menores: un trono muy alto, significando la excelsitud de la autoridad espiritual, dió asiento á fray Desiderio, penitenciario del Papa, y á Felipe, obispo de Camerino, legados pontificios; agrupábanse en torno el arzobispo de Ta-

---

lante su segunda esposa. El P. Villanueva cree que la venganza del rey contra el obispo sería por haber revelado éste la división del reino que quería hacer entre sus hijos.

(1) He aquí las nobles palabras de Inocencio IV, contestando á la carta del rey, en la que á la vez que solicitaba su indulgencia, le pedía que alejara al prelado de su reino: «No es digno de la sabiduría de un monarca creer á la ligera que un obispo haya faltado al secreto de la confesión, ni el afirmarlo con pertinacia. Esta acusación no es razonable, ni menos creíble, porque la prueba ofrece suma dificultad... No podemos acoger vuestra demanda, pues según los términos de vuestra carta, no parecéis tener espíritu de penitencia, sino más bien sentimientos de cólera contra el citado obispo... Aun cuando os hubiera ofendido, en manera alguna os está permitido tomar venganza de él; debiérais haber pedido justicia á quien es su maestro y su juez.» Don Jaime contestaba: «Cáusanos gran pesadumbre la excomunión que sufrimos; no es de nuestro agrado continuar en tan grave peligro, sea justo ó injusto. Aunque nos permitamos considerar ásperas y duras algunas de las palabras que nos dirigisteis, las aceptamos benignamente, tomando vuestra reconvención como gracia y amor. Proponémonos reverenciaros á vos y reverenciar á la Iglesia sobre todas las cosas, y no apartarnos del buen camino.»

rragona, los obispos de Zaragoza, Urgel, Huesca y Elna, los ricos-hombres y los barones de la Corona. Á presencia de todos ellos salió el monarca, descaperuzado, y puesto de rodillas, leyó la cédula de confesión de sus pecados y el juramento de no poner más la mano en clérigos y religiosos, excepto en los casos permitidos por el derecho. Lágrimas y sollozos, dicen los cronistas, cortaban las palabras del regio penitente.

Entre las cláusulas de la satisfacción impuestas, estaba la de terminar el monasterio de Benifazá, dando doscientos marcos de plata para las obras de la iglesia, y dotación bastante para cuarenta monjes. El archivo de este cenobio, escondido entre montañas, guardó en sus viejos códices la historia del crimen y del arrepentimiento del glorioso Conquistador, borrada de los *Anales* de Zurita por mal entendidos respetos cortesanos (1).

Testimonio daba de su regia fundación la fábrica de esta casa monacal: ceñía fuerte muralla su extenso recinto; hallábase á la entrada la espaciosa hospedería, abierta siempre á todos; y luego, una gran plaza, con fuente en el centro y al rededor las celdas de los monjes; en el fondo de la plaza, levantábase la iglesia, de estilo ojival, comenzada en 1262 y terminada á mediados del siglo XV, con dos naves en forma de cruz, como manda el ritual del Cister. Altas columnas sostenían la bóveda, sencilla y grandiosa. Al lado de la iglesia se abría el claustro, y daba á él la espaciosa aula capitular, obra del siglo XIV. «En todos estos edificios, dice el Padre Villanueva, y en los caprichos góticos que los adornan, reina cierta sencillez, desconocida de los que abandonaron después el único modelo de las artes, que es la naturaleza (2).»

---

(1) Consignábanse en la primera edición de Zurita; pero se suprimió este pasaje en la segunda, y Abarca se esforzó en negar el hecho. Publicó los documentos del proceso de reconciliación Finestres en su *Hist. de Poblet*, apénd. á la disert. XI, tomo II, y hoy están en el Archivo hist. nacional, secc. de códices y cartularios, núm. 212.

(2) VILLANUEVA, *Viaje liter.* Tomo IV, carta 34.

De aquel monumento histórico y religioso, saqueado ya por los migueletes en la Guerra de Sucesión, é incendiado en la



MONASTERIO DE BENIFAZÁ

de los Siete Años, sólo quedan las paredes destrozadas, melancólicos restos de su antigua grandeza. Abierta quedó la defensora muralla, hundido el claustro venerando, desnuda la iglesia

profanada; el palacio del mitrado abad y las celdas de los monjes convirtiéronse en dependencias de una granja de labor (1); y los recuerdos del Rey Conquistador se han borrado de la memoria de estos montañeses, para dar lugar á los de las últimas guerras civiles, en ninguna parte tan tristes y pavorosos como en este arruinado monasterio.

Prisión fué de dos mil soldados del general Pardiñes, y tumba desesperada de casi todos ellos. Rota y desbandada la columna de aquel general en la acción de Maella, los que no murieron, como él, en el campo, sufrieron peor suerte, la de caer en manos del implacable Cabrera. Distribuyó éste entre Morella, el Forcall y Benifazá sus cinco mil prisioneros, y á los que no fueron fusilados, les hizo pasar el tormento del hambre (2). De los dos mil que entraron, en Diciembre de 1838, en el espantoso encierro de este monasterio, sólo sobrevivían doscientos cuando en Marzo del siguiente año les abrieron las puertas para conducirlos al cange convenido. ¡Mil ochocientos prisioneros habían muerto de hambre, de horror quizás, al verse tentados á comer los cadáveres de sus camaradas! Y pronto hubieran perecido los demás: cuando se presentaron en Onda, para ser cangeados, un grito de horror saludó la trágica aparición de aquellas víctimas. Difuntos ambulantes parecían; ambulantes, no, porque tal era su inanición, que no podían moverse muchos de ellos, y cada mulo del bagaje llevaba en sus serones dos ó tres de aquellos animados esqueletos. Formaban tal contraste con los prisioneros car-

(1) Propiedad hoy de D. Manuel María de Córdova, de Tortosa, suegro del docto matemático y geólogo D. J. J. Landerer, citado en el cap. II. El palacio del abad, sólido edificio que abre sus puertas fuera del cercado, es lo único que se conserva bien, y allí están las dependencias de la labranza y las habitaciones del propietario: la iglesia y su robusta torre cuadrada se mantienen en pie; pero el interior del templo está desmantelado. El resto del monasterio, desordenada acumulación de construcciones de distintas épocas, hállase enteramente arruinado.

(2) «Nos daban un puñadito de yeros que cabía en el hueco de la mano, y de tarde en tarde, una patata que pesaría dos onzas»: me dijo el ermitaño de Planes, que fué uno de los que sobrevivieron.

listas, robustos y sanos, que el comisario de las tropas isabelinas exclamó indignado: «El cange, cabeza por cabeza, es inicuo; para ser justo, debiera hacerse al peso.» ¡Quiera Dios que no se repitan las guerras fratricidas, y que el trabajo honrado y productivo borre en estas selváticas montañas los estragos y las memorias de tan feroces contiendas! (1).

(1) En 1841 hizo erigir el gobierno ante la puerta del monasterio una pirámide de piedra, conmemorativa de los prisioneros muertos en él. Aún se conserva, pero han borrado las inscripciones.



CAPÍTULO X

RIBERAS DEL MIJARES Y DEL PALANCIA

El país y la gente. — La sierra de Espadán y la última campaña de los moros. — Segorbe: la antigua Segobriga; los Obispos y los Duques. — La Cartuja de Valdecristo. — **La Cueva Santa. — Jérica, Viver y Caudiel.**

LA formidable ciudadela de rocas del Maestrazgo tiene por foso, á la parte de Mediodía, la cuenca profunda del río Mijares, el cual, naciendo en tierra aragonesa, dos leguas raya adentro, corta oblicuo la provincia de Castellón, de Noroeste á Sudeste, y da en el mar á breve distancia de la capital. Ábrese un segundo foso cuatro ó cinco leguas más abajo: es el Palancia, que tiene su origen en esta misma provincia, pero ya muy cerca de sus mojones occidentales, y corriendo paralelo al Mijares, sale de ella para desaguar en las playas saguntinas. Entre ambos

ríos álzase un alto murallón: la Sierra de Espadán, el *Mons Idubeda* de Ptolomeo (1), ramal desprendido de la cordillera Ibérica, que llega hasta el mar y encumbra en su ribera las montañas de Almenara y de Sagunto.

Del espacio comprendido entre uno y otro río, hemos visitado la parte baja, la Plana de Castellón: recorreremos ahora la parte alta, región montuosa y pintoresca; pero de distinto aspecto que el Maestrazgo. Al pasar el Mijares vemos cambiar el país y también la gente.

Consultad una de esas cartas coloridas que señalan la diferente formación de la corteza terrestre, y veréis que el manchón de terreno cretaceo del Maestrazgo se extiende de Norte á Sur hasta el cauce de aquel río, y que al otro lado, toda la Sierra de Espadán es un alzamiento del terreno triásico. Esta diversa naturaleza geológica modifica la fisonomía del paisaje: los fuertes y prolongados estratos calizos y gredosos, generadores de las achatadas *muelas*, los cuales dan carácter severo y montuoso á la antigua Ilercavonia, ceden el puesto aquí á las granugientas y deleznables areniscas, que fracturándose y pulverizándose al influjo de los agentes meteorológicos, forman montañas abruptas, de contornos angulosos, de cimas entrecortadas y agudas, y valles estrechos y torcidos, de ásperas pendientes, por las que corren las aguas con facilidad. Tanto como es seco el Maestrazgo, abunda en fuentes la Serranía de Espadán: por todas partes brotan cristalinas, y fluyendo por los rápidos declives, precipítanse á las frescas hondonadas (2). La naturaleza del terreno, la situación más meridional, el mayor abrigo de sus profundos valles y la abundancia de aguas, dan á la agricultura de esta comarca riqueza y variedad, que contrastan con los pobres recursos de la región septentrional. Tierra es aquella que sólo

(1) Considéralo Ptolomeo como uno de los cuatro montes más insignes de la España tarraconense.

(2) *Memoria geognóst. agric. de la prov. de Castellón,* por el Dr. Vilanova y Piera.

produce en sus mesetas pedregosas cereales y patatas, y en cuyos bosques domina la pardinegra carrasca. Más alegre y risueña la naturaleza en las riberas del Mijares y del Palancia, viste de verdes pinos las laderas de los montes, que el afanoso cultivador descuaja para plantar en ellas el árbol de Minerva y los sarmientos de Baco. El aceite, famoso por su excelente calidad, y el vino, también muy estimado, son las producciones principales de esta región. Viñedos y olivares, no extendidos en vastas llanadas, sino siguiendo en angostos bancales las sinuosidades del accidentado terreno, forman el cuadro general del paisaje, que presenta á menudo en quiebras, recodos y rincones, junto á los lugarejos y aldeas, en que su población está diseminada, las pinceladas alegres y vistosas de escalonadas huertecillas, llenas de árboles frutales. Crece pomposa en ellas la higuera; cúbrese el cerezo de granos de coral; dan el peral y el manzano exquisitas variedades de su preciada fruta; ofrece el almez sus ramas limpias y tersas para los aperos de labranza; y en esa multiplicidad de cultivos y productos hallan modesta riqueza el labrador, gustoso recreo el ciudadano que en estos lugares veranea (1), y pintoresca amenidad quien con ojos de artista los contempla.

Y así como cambia el terreno al pasar el Mijares, cambian á la vez sus pobladores. Bravos y tenaces son todos estos montañeses, duros en el trabajo é intrépidos en la pelea; pero en los del Mijares, y aún más en los del Palancia, no es tan marcada la respetuosa sumisión y la estrecha disciplina, que hemos notado en las familias y los pueblos del Maestrazgo. De genio más vivaz y más inquieto, tienen algo de levantisco, que los hace á veces jactanciosos y pendencieros. Menos apegados á la tradición, déjanse llevar por las ideas nuevas, y así como sus vecinos dieron siempre soldados al Altar y al Trono, alardean ellos de patriotas y liberales. Aún es mayor el contraste en la mujer:

(1) Los pueblos del río de Segorbe, y principalmente Altura y Navajas son muy frecuentados por familias de Valencia en verano y otoño.

comparad con la modesta lugareña que antes hemos visto, ajena á todo halago femenil, la del río de Segorbe, y pronto veréis qué diferencia tan marcada. Gallarda en la apostura, garbosa en el andar, pulcra en el vestir, hay casi siempre en ésta, aun sin quererlo, un no sé qué de provocativo y tentador. De mediana y bien proporcionada estatura, ancha de hombros y caderas, ceñida de talle, fina de manos y de pies, morena de rostro, acentuada de facciones, dura quizás de entrecejo, pero con ojos llameantes y labio sonriente, no podréis verla, coronada por la diadema de sus cabellos negros, artísticamente trenzados, cruzado airosamente sobre el pecho el pañuelo de vivos colores, y descubriendo el pie por la brevedad de la saya, sin confirmar la fama que gozan las segorbinas de bellas y peligrosas.

Es también el idioma carácter diferencial de las dos comarcas que al presente nos ocupan. La raya aragonesa, desde el Mojón Trifinio (donde comienza, al Norte de la Tinenza de Benifazá), es el exacto lindero de la lengua valenciana y la castellana, hasta que, dando la vuelta por Poniente hacia Mediodía, llega á las estribaciones de Peñagolosa. En este punto el habla de Castilla y Aragón rompe por las tierras de Valencia, y siguiendo el curso del Mijares y del Palancia, penetra hasta bastante adentro de nuestro reino. Resultas son estas de la diferencia de sus pobladores al tiempo de la reconquista: predominó en el Alto y el Bajo Maestrazgo el elemento catalán, y entre aquellos dos ríos el aragonés: indícanlo bien los apellidos de las familias más antiguas. Y es digno de notarse que todos los pueblos de la diócesis de Tortosa hablan el dialecto que pudiéramos llamar *valenciano-catalán* (1), y todos los de la de Segorbe el *castellano-aragonés:* contribuyó sin duda la superior cultura del clero á determinar el idioma de cada villa y lugar.

Si las demás diferencias étnicas que observamos, datan, como

(1) Hay una sola excepción: Fanzara, de la diócesis de Tortosa, habla en castellano.

las lingüísticas, de la reconquista, ó se remontan á épocas anteriores, cuestión es difícil de resolver. Faltan antecedentes para esos estudios. El río Mijares, al que llamaron Idubeda los romanos como á la sierra que le da sus aguas, separó á los ilercavones y á los edetanos, pueblos ambos de raza ibérica, entre quienes no podía haber notable diversidad; pero las orillas del Palancia y una parte de las montañas de Espadán eran de la Celtiberia, que tenía en Segobriga una de sus principales ciudades. ¿Corre aún por las venas de estos montañeses la sangre de los celtíberos, revoltosos y guerreadores? ¿Quién se atreverá á decidirlo? Viniendo á tiempos mucho más recientes, hay que señalar también la influencia arábiga, mayor en estos lugares que en la parte septentrional de la provincia. Escasa fué en esta parte la población musulmana: sus cerros áridos y fríos no atraían á un pueblo principalmente agrícola. Apenas dejó rastro en ellos, mientras que, largo tiempo después de la reconquista, pululaban las aldehuelas y alquerías moriscas en el río de Segorbe y la inmediata sierra. Cerca de tres siglos habían transcurrido, y las cumbres de Espadán sirvieron aún de combatido alcázar al último rey moro que alzó pendones en el reino de Valencia, trágica historia, que nos sale ahora al encuentro, y que no estará aquí fuera de lugar.

Era en 1525: los moriscos, apegados al terruño, vivían resignados á la sumisión, y descansaban de la campaña contra los agermanados, en la que sirvieron á los nobles, sus señores. El pueblo valenciano, que siempre les odió, les odiaba entonces más, por su participación en aquella lucha. Ya hemos visto (1) las acusaciones apasionadas que se les dirigían, las medidas restrictivas y opresoras que se tomaron contra ellos, y finalmente, el decreto imperial que los condenaba al bautismo ó á la proscripción. Perdida la esperanza, encendióse la rebelión en Benaguacil, pueblo de las orillas del Guadalaviar; y cuando el gobernador

(1) Capit. V, pág. 151.

general de Valencia, mossén Jerónimo de Cavanilles, tras porfiada lucha, entró en aquel lugar, batido por la artillería, los jefes del movimiento escaparon á la Sierra de Espadán, y sublevando primero á los sarracenos de los valles de Almonacid, Onda, Eslida y Uxó, y después á los del río de Segorbe y del Bajo Aragón, armaron numerosa hueste, que aclamó por rey á un morisco de Algar, con el nombre de Selim-Almanzor.

¡Breve y siniestro fué su reinado, pero de épicos bríos! Campamentos en la región de las águilas eran sus Estados; las cortadas rocas sus baluartes, los ásperos barrancos sus linderos. Héroes ó foragidos, de allí bajaban sus soldados, ávidos de venganza ó de rapiña, y caían como el rayo sobre los lugares de cristianos viejos. El duque de Segorbe, que acudió el primero contra ellos, fué recibido con peñascos que rodaban por la montaña: su aguerrida tropa no pudo vencer aquella resistencia titánica. Su retirada llevó la alarma á Valencia, y á los pocos días un grito de horror sonó en todo el reino. Los moros habían entrado por sorpresa en Chilches el día de Pentecostés; habían saqueado el pueblo, habían robado la arquilla de las Formas consagradas, y como trofeo de victoria, habíanla colocado sobre una roca en la cumbre del Espadán. Gritaban venganza clérigos y seglares, enlutáronse los templos como en Semana de Pasión, y se aprestaban fuerzas formidables para exterminar á los enemigos de la Fe. Enarbolóse la señera del Rat-Penat en las Torres de Serranos, armáronse los nobles, formaron sus compañías los gremios y salió á campaña la ciudad de Valencia. Mandaba la gente mossén Gaspar de Monsoriu, *jurat en cap* de los caballeros; el justicia criminal, Francisco Beneyto, ostentaba en la sobrevesta las insignias reales y empuñaba la señera, custodiada por el Centenar de la Pluma. Aquel ejército urbano y popular se unió en Onda con las tropas señoriales del duque de Segorbe y otros magnates, y con el hazañoso batallón de Morella. Los que se habían encontrado frente á frente en las guerras de la Germanía, juntábanse contra el enemigo común.

La campaña fué corta, pero reñidísima. Hasta el séptimo asalto no pudieron tomar las alturas de Ahín. Lograda aquella victoria, faltaron fuerzas para seguir adelante: la Sierra era un castillo colosal; cada meseta una ciudadela inexpugnable. Acudieron nuevas mesnadas de caballeros, nuevas milicias de las villas reales, y también tres mil soldados tudescos, que iban á embarcarse para Italia: emprendióse entonces la jornada decisiva. Por cuatro puntos distintos escalaron la montaña; desesperada fué la defensa; batíanse los moros de risco en risco; caían como granizo balas, saetas, guijarros y rocas: todo fué inútil; dos mil sublevados quedaron tendidos en aquellas alturas; huyeron á duras penas los demás (1). Volvieron las tropas cristianas á Valencia triunfantes y cargadas de botín (2), y al terminar el año no había en España musulmán alguno que confesase públicamente sus creencias. Una contrariedad amargó la victoria: no pudo encontrarse el arca del Sacramento robado en la iglesia de Chilches.

Había tomado parte en aquel alzamiento un D. Cosme de Aben-Amir (así le llaman los documentos coetáneos), sarraceno principal de Benaguacil, y descendiente, al decir de los suyos, de los últimos reyes moros de Valencia. En la guerra de las Germanías capitaneó los ballesteros de aquel pueblo á las órdenes del duque de Segorbe. Luego, ayudó á los de su raza, y después de vencida ésta, aún fué por algún tiempo su esperanza. Recelosa de él, encerrólo la Inquisición, cuando el siglo estaba ya en su último tercio; le confiscó los bienes, le inhabilitó para todo cargo público, y le hizo abjurar sus errores. No hay más noticias de él, ni de un D. Hernando, hijo suyo, encerrado también en los calabozos del Santo Oficio. ¿Murieron en ellos? ¿Se resignaron al vencimiento y á la impotencia? Sólo sabemos que de esta manera oscura acabó tan valerosa estirpe.

(1) Refugiáronse los fugitivos en la Muela de Cortes; pero hicieron allí poca resistencia: entregáronse en número de mil quinientos á las tropas enviadas contra ellos.

(2) La entrada en Valencia de las tropas vencedoras fué muy solemne: el botín, que se vendió públicamente, produjo más de doscientos mil ducados.

Sita en los linderos de la sierra y de la plana, medio montañesa y medio ribereña, Onda, cuartel general del ejército valenciano en aquella última campaña contra los moros, ha sido siempre la llave de esta cordillera. Abrígala un cerro, y ceñíanla murallas que bajaban del robusto castillo, puesto en lo alto; contábanse en ellas tantas torres como días tiene el año; así, por lo menos, lo dice Muntaner. Villa labradora hoy, puebla de naranjos la llanura que á sus pies se extiende, y de cepas y olivos los montes que le guardan las espaldas. El antiguo castillo, que aún la amparó en la guerra carlista, ve hoy verdear los pámpanos y florecer los almendros en sus desmanteladas plazas. Pero todavía se detiene complacido el arqueólogo en esta población: lápidas latinas, recogidas en ella, atestiguan su antigüedad (1). Corría por aquí indudablemente la calzada romana, de cuyo cercano paso sobre el Mijares aún quedan vestigios; y casi puede asegurarse que estaba en este sitio la mansión de Sepelaco, señalada en el Itinerario de Antonino Augusto (2). Los moros llamaban ya Onda á esta villa, que era en sus tiempos tan culta como fuerte (3); después de la reconquista, fué una de las más importantes de la corona, muy leal á los reyes, y con voto en Cortes. Hoy ofrece al *turista* de gustos artísticos la antigua iglesia de la Sangre, que conserva su portada románica de triple archivolta

---

(1) Beuter quiere que fundase á Onda el rey Oro, hijo de Atlante. Siguen estas suposiciones fabulosas Miedes, Viciana y Escolano. El príncipe Pío vió y copió cinco lápidas romanas, sepulcrales todas. De ellas sólo se conservan hoy tres.

(2) Viciana y Escolano ponen á Sepelaco en Burriana; Diago, en Castellón el Viejo; el obispo Pérez de Segorbe, en Villareal; pero el canónigo Cortés, con mejor criterio, fijóla en Onda y creyó que sería colonia de los griegos de Sagunto, procediendo su nombre de *Spelaion*, *Spelynx*, *Spelincos*, palabras que en su lengua significan la hondura ó concavidad que está á la falda de un monte.

(3) Establecióse en Onda la tribu de Codaa, célebre en los fastos arábigos. Casiri cita algunos ilustres musulmanes hijos de esta villa, entre ellos Abdalla-Ben-Solimán-Abu-Mohamad-Alamari (vulgo Ben-Hauth-Allá) autor de una *Biblioteca Hispana* y unos *Anales valencianos*, que murió en Granada, 1215 (tomo II, pág. 129). Prueba de la riqueza de Onda es que tenía cargador propio en la playa y una calzada de tres leguas para ir á él. En la playa de Burriana se ven aún las ruinas de la *Torre de Onda*, situada en el punto donde estaba dicho cargador ó embarcadero.

muy sencilla, y un retablo gótico bastante curioso; y el templo parroquial de la Asunción, obra bien proporcionada, de principios del siglo XVIII, que decoraron churriguerescamente los hermanos Ochado, de Almazora, célebres tallistas de aquella época. Hay buenos cuadros en esta iglesia; varios de Espinosa, y algunos pequeños, pero muy acabados, que revelan la mano del insigne Juanes (1). Después de admirarlos y de subir á la colina donde se alza el ermitorio del Salvador, asomándose entre montañas para ver la Plana y el mar, podéis despediros de Onda y trepar á la enriscada sierra de Espadán. Recorred á vuestro capricho sus asperezas, desde estas primeras estribaciones hasta los altos y aireados llanos de Barracas, fronteros de Aragón; asomaos á sus derrumbaderos, y bajad con tiento á las encajonadas orillas del Mijares; seguid su curso sinuoso y pintoresco desde Ribesalbes hasta la Puebla de Arenoso: en todas partes encontraréis, en los pliegues de las montañas y en los recodos del río, pueblecillos alegres y vistosos, pero ninguno merecedor de especial señalamiento en el abreviado cuadro que vamos trazando, ni siquiera Villahermosa, algo apartada hacia el Septentrión y metida en las quebradas laderas de Peñagolosa, pues no corresponden su rusticidad y pobreza á su bonito nombre, ni al timbre ducal que ostentó en el antiguo reino valenciano y que sólo compartieron con ella las ciudades de Gandía y de Segorbe (2). Vengamos

(1) En el altar mayor hay una Transfiguración de Espinosa, muy celebrada, y otros cuadros de la vida de la Virgen; en el antiguo retablo de Santa Bárbara (capilla de la Comunión), entre otras tablitas, una Sagrada Familia, el Entierro del Señor, y el encuentro de la Verónica, que se consideran como de lo mejor de Joanes. Debe citarse la Coronación de la Virgen, pintada en la cúpula de esta iglesia por Carlos Maroti.

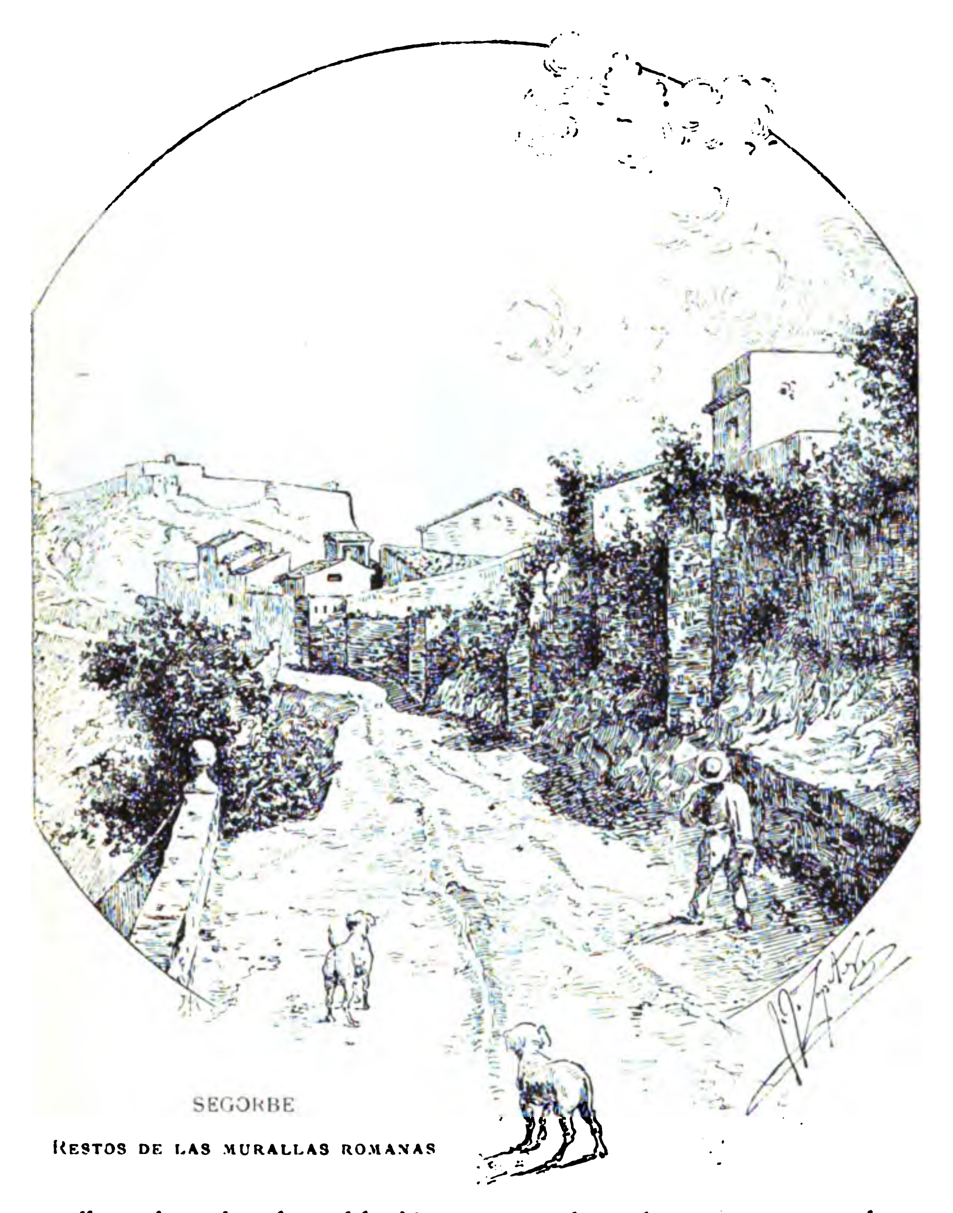
(2) D. Juan II de Aragón, cuando estaba viudo de D.ª Blanca de Navarra, tuvo de D.ª Leonor de Escobar, hija de un caballero de Olmedo, villa suya, á D. Alonso de Aragón, mancebo animoso y después caudillo insigne. Fué maestre de Calatrava en Castilla, y cuando le depusieron por seguir la causa del rey su padre, hízole éste duque de Villahermosa y conde de Ribagorza (1470). Descendiente suyo es el actual duque D. Marcelino Aragón y Azlor, conde de Guara y de Luna, y académico de la Real Española. De los ducados que se conservan en España, sólo ganan en antigüedad al de Villahermosa los de Alba, Alburquerque, Benavente y Medina Sidonia, y éstos por pocos años.

á ésta ya, pasando de las riberas del Mijares á las del Palancia.

Pertenece Segorbe de mala gana á la provincia de Castellón: ciudad episcopal y linajuda, no le place la supremacía de una villa tan llana como aquella. Aumenta el desvío la dificultad de las comunicaciones, pues se interpone entre una y otra la sierra que acabamos de visitar. La salida natural de Segorbe es el valle del Palancia, por donde baja la carretera de Aragón á Valencia: con Valencia ha tenido siempre estrechas relaciones y de su gobernación dependió hasta poco há. Para proseguir nuestro viaje llegaremos hasta Sagunto, fuera de la provincia castellonense, y cerrando los ojos ante la gloriosa víctima de Hannibal (á la que dedicaremos el siguiente capítulo), remontaremos aquella carretera y el curso del río, encajonado entre las montañas de Espadán, á mano derecha, y las de Porta-Cœli y Montemayor á la izquierda.

Dejando atrás los pueblecillos ribereños de la antigua baronía de Torres-Torres, que poseyó la poderosa familia de Vallterra, entramos de nuevo en la provincia de Castellón, y á las cuatro horas de camino en la resonante diligencia, vemos ensancharse el valle y levantarse enfrente, sobre dos cabezos desiguales, que le dejan entre sí espacio no muy desahogado, la antigua ciudad de Segorbe. Airosa y dominante es su posición: por la parte de Mediodía señorea el valle por donde hemos llegado, y por la del Norte, la ribera frondosísima y profunda del Palancia, que se encorva para ceñir el cabezo oriental, el más elevado de los dos y el que dió su pristino asiento á la población. Del paseo de Sopeña, que por aquella parte la circuye como prolongada galería, enorgullécense con razón los segorbinos: el panorama que allí se descubre parece decoración agreste, ideada por hábil escenógrafo. No es tan agradable el interior de la ciudad: apíñase el modesto caserío en calles estrechas, torcidas y pendientes, y en irregulares plazoletas, que sólo adquieren algún ensanche y mejor aspecto en el intermedio de los dos cerrillos, por donde pasa la carretera de la puerta de Valencia á la de Teruel, y en

cuyo tránsito, el Mercado, abrigando sus tiendas y almacenes bajo pesados soportales, presta algún movimiento á esta tran-

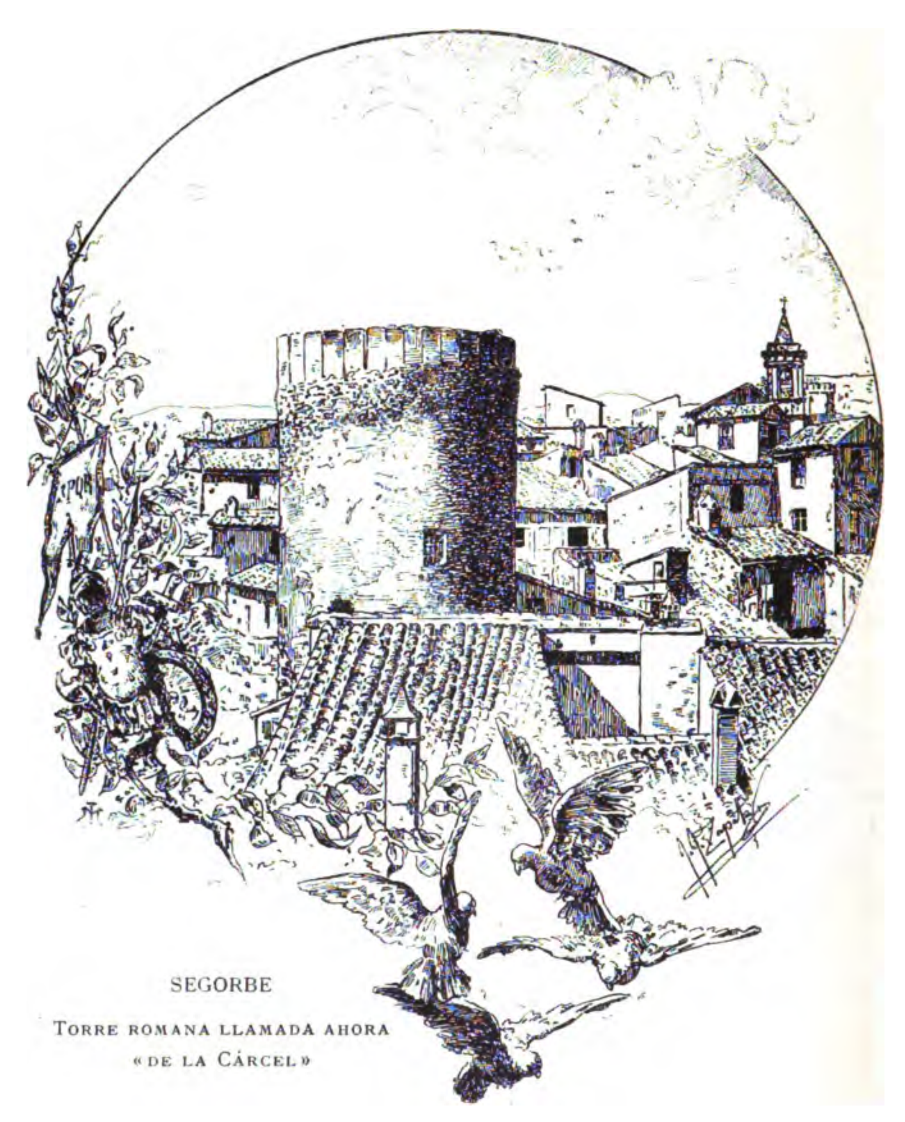


SEGORBE

RESTOS DE LAS MURALLAS ROMANAS

quila y desanimada población, pues á él acuden con sus costales de trigo ó de patatas los labriegos de las vecinas sierras y del

Bajo Aragón, y los carreteros valencianos con los géneros y frutos de la llanura y la ribera, que faltan en aquellos pueblos del interior.



SEGORBE

TORRE ROMANA LLAMADA AHORA «DE LA CÁRCEL»

Muros altos y antiquísimos, defendidos por torreones cuadrados, y cubiertos á trechos de zarzales y yedras, guardan la ciudad por la parte del río; descúbrense en el interior trozos de

esa fuerte muralla, que bajaba del cerro, y entre ellos tres puertas de bien labrados sillares; y se conservan aún algunas torres redondas, medio destruídas y empotradas algunas en edificios más modernos. Erguidas aún, desafiando el embate de los siglos, hay dos, que han recibido los nombres de torre de la cárcel y del *Bochí*, por servir de prisión la primera, y haber sido la segunda habitación del verdugo (1). Estos restos señalan todavía el recinto de la romana Segobriga.

Segobriga dije, y al decirlo, tomé partido en una de las más graves contiendas que dividen á los anticuarios españoles. La índole y extensión de este libro no permite más que indicarla.

Antigüedad anterior á la época romana pregona el nombre céltico de Segobriga, que quizás se relaciona con el de Sagunto (2); pero la vez primera que lo hallamos mencionado con toda seguridad, es en la historia de las guerras de Sertorio y Metelo (3). Plinio el Joven, enumerando los pueblos de España y fijando su situación, dice: *Caputque Celtiberiae Segobricenses*, entendiendo algunos comentadores que Segobriga era capital de la Celtiberia, y otros, con mejor sentido, que estaba en sus

(1) El erudito canónigo de Segorbe, Valencia y Zaragoza, D. Miguel Cortés y López, autor del *Diccionario Geogr. é histór. de la España antigua*, public. en Madrid, Imp. real, 1836, apuntó en esa obra todos los restos romanos que hay en la ciudad, donde residió por largo tiempo. Los principales son las torres y murallas, la parte primitiva del acueducto que lleva á la ciudad la fuente de la Esperanza, y tres altas columnas dóricas, que se conservan empotradas en las paredes del que fué palacio de los duques de Medinaceli, sucesores de los de Segorbe. Inscripciones romanas, se han encontrado pocas; Hubner, en su completo repertorio, sólo cita tres.

(2) *Briga* es apelativo de ciudad: la radical *Segó* nos recuerda que en la Edad-media se daba este nombre, de antiguo origen sin duda, al valle de Sagunto (Les Valletes). Véase lo que se dirá de la etimología de Sagunto en el capítulo siguiente. D. Antonio Delgado recuerda que una tribu de ligures ocupaba la costa meridional de la Galia Narbonense, llamándose *Segobrigos*, y en su territorio los foceos de la Jonia fundaron la ciudad de Massilia. Esta coincidencia de nombre le lleva á creer que Segobriga, que quiere decir *ciudad de los Sagos*, procedía de aquella tribu de la Narbonense.

(3) Ya hemos visto en el cap. II que Frontino cita á Segobriga por su defensa heroica contra Viriato, y habla de los ardides de éste para tomarla, pero hay dudas sobre la lectura de aquel texto.

comienzos, lo cual cuadra bien á Segorbe, según vimos al hablar de los primeros pobladores de estas provincias (1). Si no era cabeza de la Celtiberia, debía ser ciudad principal de ella, pues fué una de las que acuñaron moneda (2), y después, de las que primero tuvieron Sede episcopal. Teníala ya en tiempo de los concilios toledanos, y en la división atribuída á Wamba se sitúa su diócesis entre las de Valencia, Valeria y Arcábrica. Hundióse este obispado en el naufragio del reino godo: la iglesia de Segobriga convirtióse entonces en mezquita. En el siglo XII, don Pedro Ruiz de Azagra, aquel prócer navarro, que eludiendo la dependencia de Aragón y de Castilla, se hacía llamar «vasallo de Santa María y señor de Albarracín,» por haber recibido esta villa del rey de Valencia y Murcia (Mahomad Aben Saad), logró del arzobispo de Toledo y del legado pontificio que pusiesen en ella obispado, y como no se trataba de instituir nuevas diócesis, sino de restablecer las antiguas, ésta fué llamada Segobricense, porque, estudiado el caso, se convino en que era Segobriga la cercana Segorbe, en poder de los moros todavía (3). Libre de ellos, setenta años después, la Sede segobricense pasó de Albarracín á su asiento propio, con empeñada contradicción de los

---

(1) Zurita, siguiendo el error de que la Celtiberia no penetraba en el reino de Valencia, supone que Segobriga debió estar cerca de Albarracín. D. Gregorio Mayans, por la misma razón, niega que corresponda á Segorbe, pero no se atreve á fijar su situación. Un texto de Strabón disipa toda duda en este punto: «así que se dobla el monte Idubeda, dice, se pone el pie en la Celtiberia.»

(2) Se encuentran muchas monedas ibéricas de Segobriga: en el anverso tienen la cabeza del Hércules ibérico, de cabello crespo, ó una cabeza de mujer galeada; en el reverso, el jinete con lanza: como emblemas, una palma, y uno ó dos delfines; por leyenda, en caracteres ibéricos, *Seqbric-s*, que quiere decir, *de Secobrica*. Hay monedas romanas de Augusto, Tiberio y Calígula, con el nombre latino *Segobriga*. Delgado considera la palma como emblema especial de esta antigua ciudad, y lo comprueba con las monedas en que se ve la palma y el caduceo (emblema este último de Sagunto), y que considera como comunes de ambas ciudades por concordia, *omonoia*, entre ellas. Fueron acuñadas en tiempo de Augusto.

(3) Consagrado obispo de Albarracín en 1172 D. Martín, canónigo de Toledo, llamóse *arcabricense*, por creerse, en el primer momento, que aquella ciudad pertenecía á esta antigua diócesis; pero el arzobispo toledano, estudiado mejor el asunto, y en vista de la división de diócesis atribuída al rey Wamba, dispuso en 1176 que D. Martín y sus sucesores se denominasen obispos *segobricenses*.

nuevos obispos de Valencia, que reclamaban para su diócesis aquella ciudad. Tan á mayores pasó esta contienda, que el obispo valenciano D. Arnau de Peralta, fiando poco en bulas y breves para resolverla, marchó á Segorbe á la cabeza de gente armada, y hallando cerradas las puertas de la catedral, echólas abajo; puso las manos en el prelado segobricense, que de rodillas y abrazado á la cruz, imploraba á Dios con todos sus capitulares; arrojóle del templo y se posesionó de él. ¡Bien pinta este rasgo la rudeza de aquellos tiempos! Duró muchos años el litigio ante la corte de Roma, y al fin, fueron reintegrados en su silla de Segorbe los obispos de Albarracín, que desde entonces pudieron dedicarse en paz á la cura de su diócesis (1). Húbolos muy ilustres (2), descollando entre ellos (1562-96) por su virtud

(1) La historia eclesiástica de Segorbe puede verse en el *Episcopologium Segobricensis* del ilustre obispo D. Juan Bautista Pérez (recientemente impreso y continuado hasta el día por el obispo actual D. Francisco de Asís Aguilar), y en el libro titulado *Antigüedad de la Iglesia Catedral de Segorbe y catálogo de los obispos* (Valencia, 1664) de D. Francisco de Villagrasa, canónigo de aquella iglesia. También se ocuparon de la historia de este obispado el P. Villanueva en su *Viaje literario*, tomo III y IV, y el P. Flórez en su *España Sagrada*, tomo VIII. El citado obispo actual, Sr. Aguilar, varón muy letrado y docto, está publicando en el *Boletín eclesiástico* unas eruditas *Memorias históricas de la ciudad y diócesis de Segorbe*.

(2) No se sabe cuándo se instituyó el obispado de Segobriga. Hasta la invasión de los árabes, sólo constan los nombres de algunos obispos por las signaturas de los concilios de Toledo. Son los siguientes: Próculo en 589, Porcavio en 610, Antonio en 633, Floridio en 653, Eusicio en 655, Memorio en 675, Olipa en 683, Antesio en 687. En Albarracín hubo estos obispos desde D. Martín, el primero nombrado (1172) hasta la traslación de la sede á Segorbe (1245): don Martín, D. Hispano, D. Juan Gil, D. Domingo, D. Guillermo y D. Jimeno. Éste fué el primero que se estableció en Segorbe; y siguen sus sucesores, obispos de Segorbe y Albarracín, en este orden: 1246, D. Pedro; 1259, Fr. Martín Álvarez; 1265, Fr. Pedro Garcés; 1273, Fr. Pedro Jiménez de Segura; 1278, D. Miguel Sánchez; 1290, D. Aparicio; 1302, D. Antonio Muñoz; 1318, D. Sancho Drull; 1356, D. Elías; 1363, D. Juan de Barcelona; 1370, D. Íñigo de Vallterra; 1387, D. Diego de Heredia; 1400, D. Francisco Regner; 1408, D. Juan de Tahuste; 1428, D. Francisco Aguilón; 1437, D. Jacobo Gerand; 1445, D. Gisberto Pardo de la Casta; 1455, D. Luís Juan de Milá; 1461, D. Pedro Baldó; 1478, D. Bartolomé Martí; 1520, D. Gaspar Jofre de Borja; 1556, D. Fray Juan de Muñatones; 1571, D. Francisco Soto Salazar. En tiempo de este obispo fué separada la diócesis de Albarracín de la de Segorbe. 1577, D. Francisco Sancho; 1579, D. Gil Ruiz de Lihori; 1583, D. Martín de Salvatierra; 1592, D. Juan Bautista Pérez; 1599, D. Feliciano de Figuereo; 1609, D. Pedro Ginés de Casanova; 1636, D. Juan Bautista

y su ciencia, el Dr. D. Juan Bautista Pérez, á quien debe la historia eclesiástica un gran servicio: él fué quien patentizó la superchería de los famosos cronicones de Destro y Máximo, y de los plomos del Sacromonte de Granada, que habían llenado de fábulas los anales de las iglesias españolas (1). Vamos ahora á la contienda de los anticuarios.

En una loma, á dos horas de Uclés, sede de la orden de Santiago, descubriéronse á fines del siglo XVI ruinas de una ciudad antigua: Cabeza del Griego llamábase aquella loma. Á fines del XVIII hicieron excavaciones los priores de Uclés, y los nuevos restos encontrados proclamaron la magnificencia romana y gótica de la población destruída. ¿Cuál podría ser? Segobriga, dijeron algunos, y los caballeros de Santiago se apoderaron con afán de esta idea, lisonjeados con la esperanza de hallar en su jurisdicción una sede episcopal cuyos derechos pudieran reclamar (2). Á la tenacidad con que los eruditos de aquella época sostenían sus opiniones, unióse este interés, para dar vuelo á la polémica. Mucho se alambicó por una y otra parte, pero ningún dato positivo alegó el bando de Uclés para probar sus preten-

---

Pellicer; 1639, D. Diego Serrano: 1652, D. Francisco Gabaldá; 1661, D. Atanasio Vives Rocamora; 1674, D. José Sanchis; 1680, D. Crisóstomo Royo de Castellón; 1692, D. Antonio Ferrer y Milán; 1708, D. Rodrigo Marín y Rubio; 1714, D. Diego Muñoz Baquerizo; 1731, D. Francisco Cepeda y Guerrero; 1749, D. Luís Cuartero y Lumbreras; 1751, D. Pedro Fernández de Velarde; 1758, D. Blas de Arganda; 1770, D. Alonso Cano; 1780, D. Lorenzo Lay y Anzano; 1784, D. Lorenzo Gómez de Haedo; 1815, D. Lorenzo Alaguero; 1816, D. Lorenzo de las Dueñas y Cisneros; 1825, D. Julián Sanz y Palanco; 1848, D. Domingo Canubio; 1866, don Joaquín Hernández; 1868, D. Luís Montagut; 1876, D. Mariano Miguel Gómez; 1881, D. Francisco de Asís Aguilar.

(1) Este insigne prelado y doctísimo escritor era hijo de Valencia y de humilde prosapia: protegido por el arzobispo Pérez de Ayala, y luego por el de Toledo cardenal Quiroga, distinguióse muchísimo en las letras eclesiásticas y obtuvo el obispado de Segorbe por premio de sus trabajos. Los principales fueron la publicación de veinte concilios españoles; las anotaciones sobre las obras de San Isidoro; la crítica de los falsos cronicones, y el citado catálogo de los obispos segobricenses.

(2) Los obispados de Valeria y Arcábrica, perdidos en tiempo de la invasión agarena, habían sido incorporados al de Cuenca por el papa Lucio III, al instituir esta nueva sede.

siones; y el canónigo Cortés reivindicó los timbres de Segobriga para Segorbe, suponiendo á la vez con algún fundamento que Cabeza del Griego es la antigua Arcábica ó Escábica, como lo indica el sepulcro, allí encontrado, de uno de los obispos arcabicenses (1).

La historia eclesiástica de Segorbe se sobrepone á su historia seglar: el esplendor de la Silla episcopal eclipsa sus timbres civiles. Ciudad rica y poderosa en la época agarena, fué refugio del rey Zeit Abu Zeit, arrojado de Valencia por Zeyán. Bautizado en secreto, ofreció la ciudad y su tierra, en lo espiritual, al obispo segobricense de Albarracín, y en lo temporal, al rey don Jaime, que puso guarnición en su castillo, siete años después de la conquista de Valencia (2). Segorbe entró entonces en el patrimonio de la corona y resistió tenazmente salir de él, pero no

---

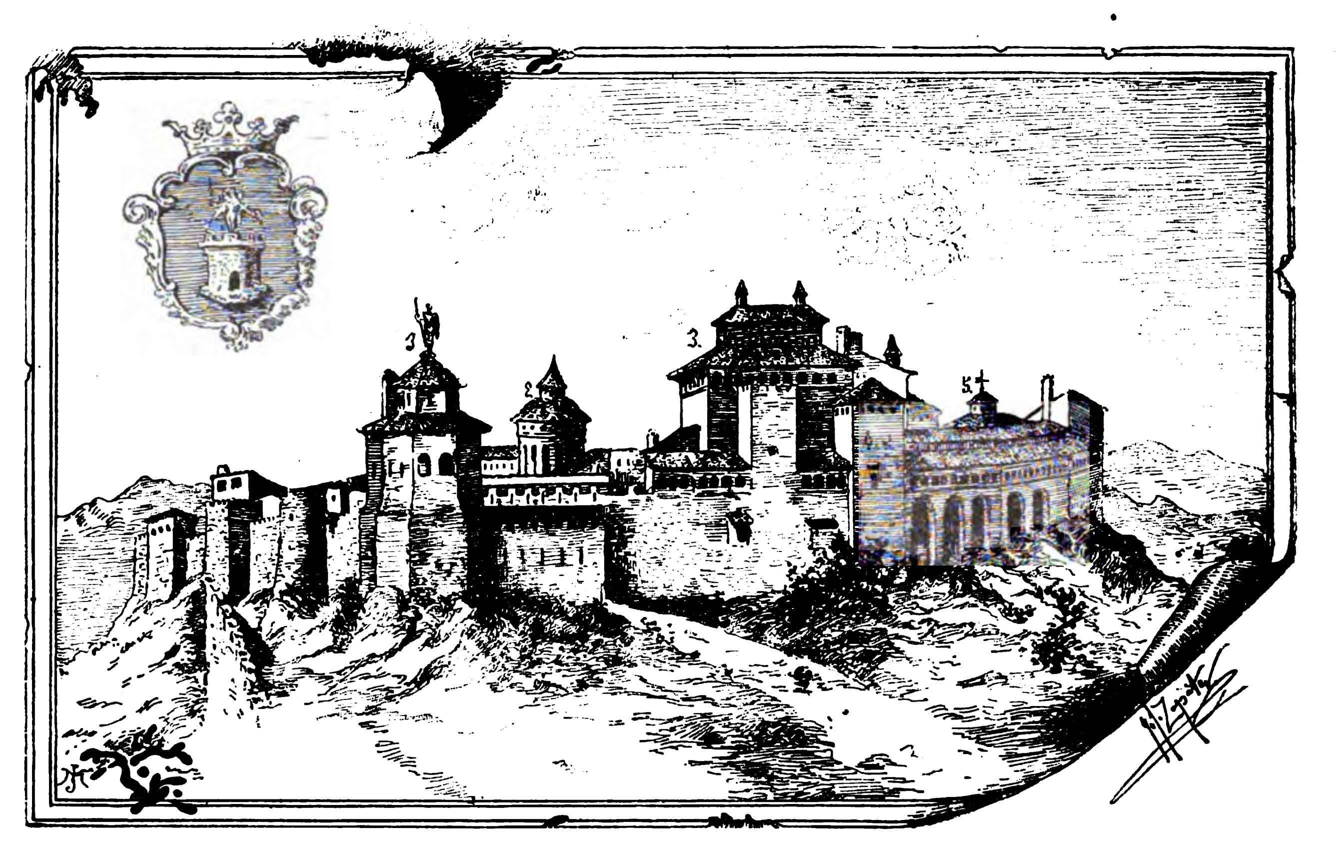
(1) Sepulcros de los obispos Nigrino y Sempronio ó Sephronio: *Sempronius arcabricenses episcopus* firmó los concilios toledanos XII y XIII. Véase el *Diccionario geográfico histórico* de Cortés. Entre los autores que defienden hacer estado Segobriga en cabeza del Griego, deben citarse el abate Hervás, por su memoria *Preeminencias y dignidad que en la militar Orden de Santiago tienen su prior eclesiástico y Casa matriz de Uclés;* el bachiller D. Jaime Capistrano, por su *Noticia de las excavaciones de Cabeza del Griego*, Alcalá, 1792; D. Josef Córnide, por su *Noticia de las antigüedades de Cabeza del Griego*, en el tomo III de las *Memorias de la Real Academia de la Historia;* y D. Juan Antonio Llorente por su disertación sobre el mismo asunto, en el tomo III de las *Memorias de la Academia sevillana de Buenas Letras.* Hoy tienen perdido el pleito los que niegan á Segorbe los timbres de la antigua Segobriga: el parecer de Cortés ha prevalecido. El docto anticuario D. Aureliano Fernández Guerra, en las *Monografías histórico-geográficas de la España antigua* que tiene aún inéditas, confirma esta opinión.

(2) Después de la toma de Valencia y sumisión de todo el reino de Zeyán hasta el Júcar, Abu-Zeit permaneció en Segorbe, habiéndose hecho ya público su bautismo, y D. Jaime pasó varias veces por aquella ciudad, no se sabe bien si como señor de ella, ó respetando el señorío del antiguo rey moro. Lo cierto es que en 1244 la consideraba ya como suya, puesto que la cedió, con otras villas del nuevo reino, al infante D. Pedro de Portugal. Al año siguiente la recobró, por permuta que hizo con este infante, y entonces fué cuando puso guarnición en su castillo. Entonces fué también cuando se presentó en Segorbe el obispo D. Jimeno de Albarracín, para tomar posesión de su nueva Sede. Celebró la primera misa en una iglesia del arrabal, hacia la calle del Baño, oyéndola sólo tres cristianos, únicos que había avecindados en la ciudad: tocaron éstos una campanilla, lo cual les estaba prohibido por las leyes de los moros, se alborotó el vecindario, y el obispo tuvo que retirarse precipitadamente, apenas terminó el Santo Sacrificio.

siempre respetaban los reyes este deseo de los pueblos. Don Pedro III dió el señorío de Segorbe á su hijo natural D. Jaime Pérez (1279), y por casamiento de la hija de éste, pasó á la poderosa familia aragonesa de Luna, vástago de la cual fué doña María de Luna, casada con el infante y después rey D. Martín. Reincorporada por este enlace la ciudad á la corona, D. Alfonso V se desprendió otra vez de ella; dióla á su hermano el guerreador infante D. Enrique, apellidado Fortuna, turbulento magnate, que fué maestre de Santiago, duque de Albuquerque y conde de Lemos en Castilla, esposo de la bella infanta D.ª Catalina, hija de D. Juan II de aquel reino, y promovedor en él de graves alteraciones.

Hiciéronle perder éstas los Estados que allí tenía, y en compensación le dió el monarca aragonés la ciudad de Segorbe, el valle de Uxó, la sierra de Eslida, y las villas de Paterna, Benaguacil y la Puebla (1453). Resistióse Segorbe por medios legales, y rechazó después con armas á su hijo, que se llamó D. Enrique Fortuna, como su padre; pero éste, que era virrey de Valencia, vino con tropas, batióla y la rindió. Hízole duque de Segorbe el rey Fernando el Católico (1476), y sus descendientes disfrutaron en paz el ducado, que pasó, muchos años después, á la casa de Medinaceli. Segundo duque de Segorbe fué el animoso don Alonso de Aragón, caudillo de la nobleza valenciana en la guerra de la Germanía, y de todas las fuerzas del reino en la campaña contra los moros sublevados. Trájole en dote su esposa el ducado de Cardona, y dice Viciana que «ayuntados todos sus Estados, tenía más castillos, villas y lugares que otro señor de la corona de Aragón.»

Testimonio de su grandeza era el alcázar de Segorbe «con muchas piezas y estancias, hermosas y bien labradas, y bien provehído de artillería, armas y municiones», según el mismo historiador. Ocupaba la cima del cerro, donde estuvo la acrópolis romana, fortaleza luego de godos y de árabes, y palacio de los monarcas de Aragón después de la reconquista. Allí residió



ANTIGUO ALCÁZAR DE SEGORBE

1. Torre del Angel. — 2. Cisterna. — 3. Palacio. — 4. Gabinete cuyas paredes estaban revestidas de mármol. — 5. Capilla de Ntra. Sra. de la Leche.

largo tiempo y reunió Cortes el rey D. Martín, cuya esposa, como ya hemos visto, le llevó en dote esta ciudad. De esa mansión regia no quedan ya vestigios: comenzó su destrucción en 1785 para construir con sus materiales el Hospital y la Casa de Misericordia; utilizáronse después para el ensanche de la Catedral y para otras obras públicas y particulares, hasta dar fin con ellos: el fuerte de la Estrella, levantado durante la última guerra civil, corona hoy aquel collado. Nadie se acuerda ya del antiguo alcázar; pero la diligencia de un celoso patricio segorbino me permite dar un diseño de su destruída fábrica (1).

La Catedral de Segorbe, metida dentro de una manzana de casas de pobre apariencia, sólo descubre una fachada de poco aparato y de gusto neo-clásico, en la estrecha calle sobre la cual cruza el arco que la une al viejo y destartalado palacio episcopal; y quedaría allí oculta, si no se levantase sobre los tejados la torre ennegrecida por los años, de extraña forma trapezoidal y enteramente mocha (2). Armonízase bien con ella el claustro, de planta trapezoidal también, de arquitectura ojival, con siete capillas, cerradas por antiguas y toscas verjas de hierro. Una fuentecilla que mana en el centro, á la sombra de tres ó cuatro naranjos, da agradable frescura y soñoliento rumor á ese claustro, cuya ordinaria soledad produce religiosa impresión. En la

---

(1) El Excmo. Sr. D. Gonzalo Valero, cronista de Segorbe, alcanzó en su niñez á personas ancianas, que habían conocido el alcázar, y éstas le dijeron que es copia exacta de él la ciudad que, figurando á Jerusalén, está pintada en el fondo del cuadro del Descendimiento de la Cruz, que formaba parte del retablo del altar mayor en la Catedral y ahora está en la sacristía. Aquellos ancianos hablaban con admiración de las suntuosas cámaras, que aún estaban en pie en 1775, de un gabinete con paredes de mármol blanco y artesonado figurando sarmientos y racimos, todo dorado, de un salón con columnas de mármol, que tenían en sus chapiteles las armas de Aragón, de la capilla, de la torre llamada del Angel, de los vastos zaguanes, de las cisternas, etc., etc. Los duques de Medinaceli, sucesores de los de Segorbe, tuvieron después palacio señorial á un extremo de la población, dando vista á Mediodía. Este edificio, que sólo ofrece de notable los techos artesonados de sus salones, es hoy casa de la ciudad.

(2) El ángulo de esta torre que mira á Mediodía es recto, y el que mira á Norte, agudo: traza irregular, que no he visto en ningún otro campanario.

mayor de sus capillas, construída á fines del siglo XIV, se abre en el muro una hornacina, donde está, labrado en estuco, el sepulcro de los que fueron sus patronos, D. Gonzalo Espejo y su



SEGORBE.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL

mujer la condesa de Villanueva, cuyas figuras yacentes vemos aún allí. La torre, el claustro, y el aula capitular, severo aposento cuadrado, de principios del siglo XV, con airosa cúpula de ocho aristas, en el cual tienen apropiada colocación los retratos de los obispos, es lo que queda de la catedral antigua. El interior

de la iglesia ha cambiado mucho; ni señal hay de la mezquita que sustituyó al templo de los godos: al restablecerse la sede de Segorbe, los obispos lo reconstruyeron, dando fin á las obras en 1534. Lo último que se hizo entonces fué el retablo, cuya pintura encargó á Joanes el obispo Fr. Gilaberto Martí (1). Á fines del pasado siglo levantóse y prolongóse la nave, hiciéronse nuevos altares y quedó la catedral cual hoy la vemos (2). Chasquea á quien, buscando un templo severo y vetusto, en armonía con la antigüedad de la población y de su sede episcopal, halla una iglesia bonita, de una sola nave, sin crucero ni cúpula, de traza correcta, con pilastras y cornisamiento de orden corintio, con altares de mármoles y jaspes, dorada, pintada y estucada con primor, y sometida en todo al gusto pulcro del renacimiento académico. Está dedicada á la Asunción de la Virgen, y en el cascarón del presbiterio pintó su imagen, coronada en la gloria, D. Manuel Camarón, artista que honra á esta ciudad, como su padre D. José (3). En los cuatro óvalos de la

---

(1) Así lo dice Villagrasa, cap. 41. El P. Villanueva, t. VIII, dice haber visto los recibos, fechados en 1530, *de un Vicente Macip*, por cantidad de diez y seis mil sueldos. Ponz, que alcanzó á ver el retablo, dice que sus pinturas «son hechas al estilo de Joanes, aunque él no las pintase.» Hoy aquellos cuadros, deshecho el retablo, están esparcidos por la iglesia: dicen que son de mano de Joanes un San Roque (en la capilla de Santo Tomás), la Visitación y la Anunciación (en la sacristía.) Ceán Bermúdez dice también que las pinturas del altar mayor se atribuían á Joanes y representaban la calle de Amargura, la Muerte del Señor, la quinta Angustia y la Resurrección; un Salvador y dos Profetas en el Sagrario: «todas inferiores, observa, á las que se reconocen ciertamente como de Joanes.» Y añade que, habiéndose hecho otro retablo de piedra en 1795, se trasladaron las pinturas al cercano lugar de Villatorcás. Esto sólo es cierto en parte: en el altar mayor de Villatorcás hay, entre otros cuadros de ningún valor, dos tablitas, que parece sirvieron de puertas de sagrario, con las figuras de Elías y Melquisedec, que serán los dos profetas citados por Ceán Bermúdez. Los demás cuadros del altar mayor de la catedral de Segorbe debieron quedar en este templo.

(2) Hízose esta obra de 1791 á 1795 bajo la dirección de los arquitectos D. Mauro Miquel y D. Juan Bta. Gascó.

(3) D. Nicolás Camarón, escultor y arquitecto, nacido en Huesca en 1692, se estableció en Segorbe y el cabildo le encargó la talla de la sillería del coro. Hijo suyo fué D. José Camarón y Bonanat, director en pintura de la Real Academia de San Carlos y afamado pintor, y nietos suyos, hijos de éste, D. José y D. Manuel Camarón y Meliá, pintores también, muy apreciados en su tiempo.

bóveda trazó pasajes de la vida de la Virgen D. José Vergara. Hay otros cuadros de D. Luís Planes y D. Vicente López, y de la época anterior, algunos de Ribalta (1). Al extremo opuesto del presbiterio está el coro, con rica sillería bien tallada: sobre cada asiento se ve la imagen de un santo (2). Robaron las alhajas de esta iglesia los franceses, pero aún guarda un crucifijo de plata, hermosa obra de arte, firmada por el famoso Arfe. Conserva también algunos interesantes retablos de la Cartuja de Valdecristo, cuyas ruinas visitaremos muy pronto.

Hasta estos últimos años no tuvo Segorbe más parroquia que la catedral; pero había en la ciudad y sus afueras varios conventos. Subsiste el de religiosas agustinas de San Martín, fundado al comenzar el siglo XVII, donde estaba una antigua ermita, cuyo precioso retablo aún se conserva. La iglesia de este convento tiene buenos cuadros de Ribalta y Espinosa, muy alabados por Ponz (3). Un convento de dominicos está convertido en posada (4); otro, de capuchinos, en fábrica de filatura de algodón. Del de mercenarios sólo quedan ruinas. El de franciscanos, que ocupaba el cerrillo de San Blas, al extremo occidental de la población, ha sido sustituído por un fortín. Mejor suerte le ha cabido, pues sirve hoy de Seminario sacerdotal, al Colegio que fué de Jesuítas, espacioso edificio que es lo primero que vemos en Segorbe, viniendo de Valencia. Al visitar su iglesia, construída y decorada con arreglo al gusto característico de

(1) Uno, que representa la huída á Egipto, y que encontré arrinconado en un departamento interior, subiendo á la torre, es interesante por su gracioso y franco naturalismo.

(2) Dijo Villagrasa (que escribía en 1664) que el canónigo D. Vicente Valls hizo labrar el coro de la catedral al arquitecto Juan de Burgos en 1483, y de aquí ha tomado pie Mundina *(Hist. de la prov. de Castellón)* para atribuir á aquella época la sillería actual del coro, tallada, como queda dicho, por D. Nicolás Camarón á principios del siglo XVIII.

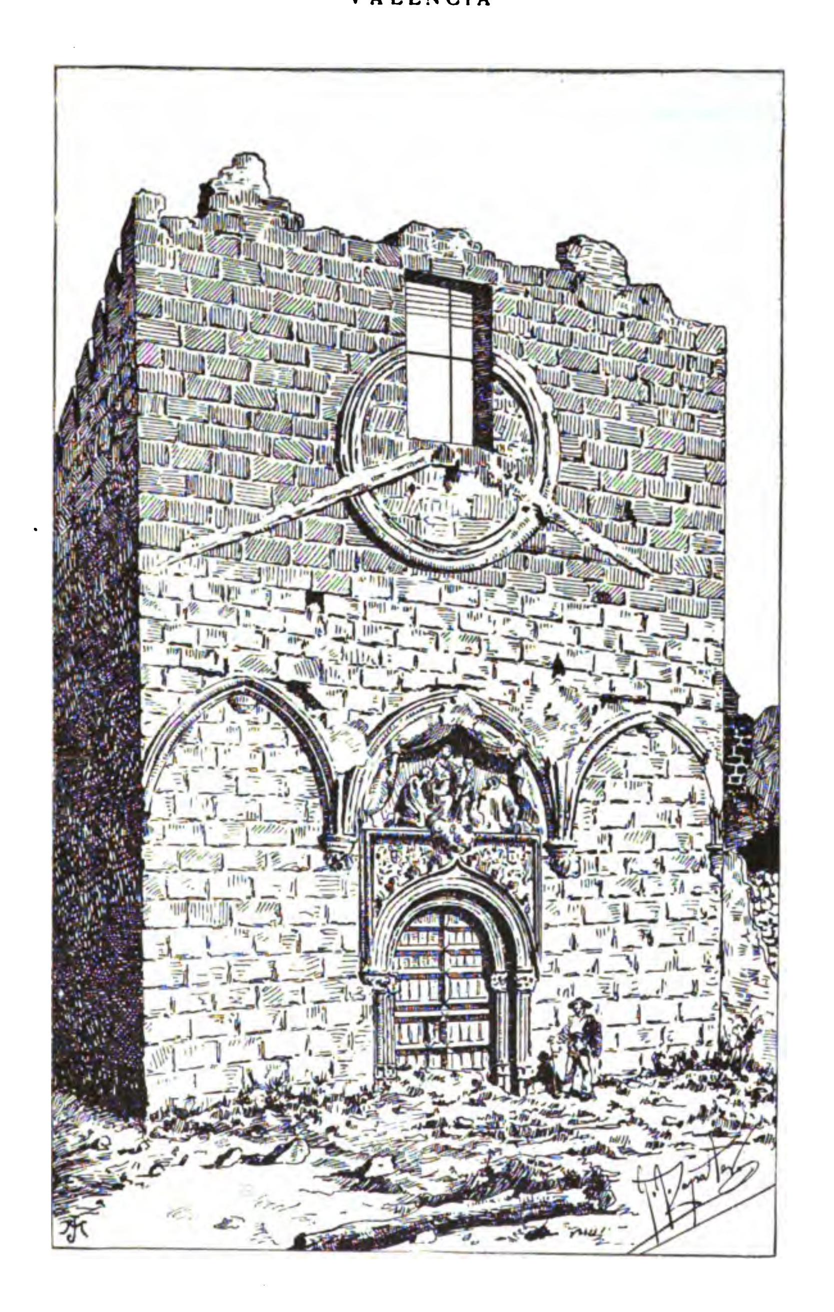
(3) Son obra de Ribalta la Visión de San Martín, en el altar mayor; Jesús bajando al Limbo, y los Angeles; de Espinosa, una Virgen del Rosario.

(4) Fué primer vicario de este convento, y murió en él el famoso historiador P. M. Fr. Francisco Diago. Lo fundó en 1611 Fr. Jerónimo Cucaló, religioso de la orden.

aquella Compañía, nos llama la atención en el presbiterio la arrogante figura de estuco de un caballero, de expresivo y duro semblante, que con aire marcial está arrodillado sobre un sepulcro labrado con minucioso primor. Es la efigie del fundador de este colegio, D. Pedro Miralles, cuya historia debiera andar en libros, pues fué tipo acabado del español, valiente, aventurero, leal y devoto. Hijo de unos labradores de Begis, porque un día le afeó su padre su poca maña en la labranza, dejó la esteva y no paró hasta Valencia, ansioso de probar que servía para empresas más arduas y arriesgadas. Aprendió allí las primeras letras, en Sevilla el arte del comercio, el de la guerra sirviendo á D. Juan de Austria en las Alpujarras, y bien aleccionado, embarcóse para el Nuevo Mundo. Mercader y colonizador, navegante y soldado, adquirió en América y las Islas Filipinas inmenso caudal; ensanchó los dominios de España, civilizó pueblos salvajes, reconoció el paso del Pacífico, rechazó al corsario inglés Drake, y cuando, vencido por la edad, volvió á su patria, hízole caballero el rey, bendijéronle los pobres, y honraron al fin su memoria los clérigos y religiosos. Este colegio de jesuítas y dos conventos en Caudiel, quedaron para recuerdo eterno de aquella vida batalladora.

Fuera de la ciudad, junto á la fuente de la Esperanza, que da de beber á Segorbe y determinó quizás su antiquísima fundación, había un monasterio de jerónimos, hoy destruído, y bastante famoso en su tiempo para figurar entre los que le dieron á elegir al emperador Carlos, al retirarse del mundo (1). Pero ninguna de esas casas monásticas podía compararse con la Real

(1) Fundólo en 1495 el infante D. Enrique Fortuna. La fuente abundantísima que allí nace, y riega los campos de Segorbe, Altura y Navajas, es objeto de una añeja tradición. Dícese que este manantial y el de Liria son dos brazos de un río subterráneo, y que en tiempos muy remotos, un cazador halló el punto en que se dividía. Tapó uno de los brazales y quedó en seco la fuente de Segorbe. Nadie daba con la causa, hasta que la reveló el cazador: fueron entonces al punto de la bifurcación, quitaron la parada, y volvió á correr la fuente. Hízose esto con sigilo, y para asegurarlo más, dieron muerte al cazador.



SEGORBE.—Cartuja de Valdecristo

Cartuja de Valdecristo, convertida hoy también en inútiles escombros.

Visitémosla, aunque se nos oprima el corazón: salgamos de la ciudad por la parte de Mediodía; bajemos al valle por un angosto y solitario camino, encauzado entre los altos ribazos de la huerta, y al cuarto de hora, daremos con una prolongada tapia; sigámosla hacia la derecha hasta doblar el ángulo, y nos encontraremos ante la puerta de la Cartuja, sombreada un tiempo por fúnebres cipreses. Redondo portal, desnudo de todo ornato, da entrada al recinto sagrado; á un lado se eleva un sólido cuerpo de edificio (dependencias de la administración de los monjes), que es lo único que queda intacto; detrás del muro, en el fondo del vasto patio de entrada, yergue la iglesia su mole destechada y ruinosa, y abre su artística portada, desprovista ya del pórtico que la guarecía; á derecha é izquierda álzanse paredones rotos, torres mutiladas, restos informes y mudos del profanado monasterio. Para apreciar bien sus vastas proporciones, hay que doblar la otra esquina, y pasando al opuesto lado de la rambla de Cánova, ver cómo se desarrolla sobre ella su línea meridional. Parece, no un convento, sino un pueblo, cerrado por combatida muralla y víctima de espantoso bombardeo. La iglesia mayor, las otras iglesias ó capillas, los claustros, las celdas, las hospederías, los graneros, los lagares, las bodegas, los acueductos, todo está hecho trizas. La impresión desgarradora que producen estas ruinas, obra, no del tiempo, sino del hombre, aumenta si penetramos en el recinto de la desolada Cartuja. Á nadie encontramos en ella, como no haya enviado sus gañanes á labrar las huertas de los monjes el lugareño de Altura, que es hoy modesto propietario de lo que crearon monarcas insignes. Pavor da entrar en la nave grandiosa de la iglesia, sin arcos ni bóvedas, y recordar las riquezas artísticas que atesoró; seguir los largos corredores entre lienzos de pared medio caídos; desembocar en los claustros, que se desplomaron al arrancar sus labradas columnas; ver convertida en frondoso olivar la inmensa plaza, situa-

da detrás de la iglesia, á cuyo alrededor se alineaban las celdas aisladas de los cartujos con sus jardincillos, llenos ahora de zarzas y de ortigas. Lo que mejor ha resistido esta destrucción vandálica es la iglesia de San Martín, primitivo templo de este cenobio, cuya reducida y severa nave gótica, de fuerte sillería, bien embovedada, desempeña ahora las modestísimas funciones de establo y de pajar.

Un sueño pavoroso, en el que tuvo el infante D. Martín la visión del Valle de Josafat y del Juicio Final, dió origen á este monasterio (1). Estimaba mucho aquel infante á un paje de su padre, que se llamaba D. Bernardo Cafábrega: llamado éste por Dios, tomó el hábito en la cartuja de Scala-Dei, la primera que hubo en España. Iba á visitarle en el claustro su buen amigo el infante, y hallaba dulce atractivo en la silenciosa tranquilidad de la vida cartusiana. Aficionóse tanto á ella, que formó el propósito de fundar en sus tierras otra cartuja; y cuando tuvo aquella terrible visión, que tomó por aviso del cielo, quiso construirla en sitio parecido al valle de Josafat. Recorrió sus Estados, acompañado de varones doctísimos, buscando un lugar que respondiese á aquel deseo, y después de muchas pesquisas, un peregrino, venido de Tierra Santa, señaló esta hoya como sitio en gran manera semejante al pavoroso valle del Juicio Final. Compró D. Martín unas granjas que en ella había, hizo venir al padre Cafábrega y otros de Scala-Dei, y el día 8 de Junio de 1385 comenzó la construcción de la Cartuja, que se llamó del *Valle de Jesucristo*. Pidió auxilio al rey su padre, quien dió al nuevo monasterio el título de Fundación Real, otorgándole cuantiosas

(1) Véase Vallés, *Primer instituto de la Sagrada Religión de la Cartuxa; fundaciones de los conventos de toda España;* y las copias que se conservan de un libro ms. que había en esta Cartuja, titulado: «*Fundación de la Real Cartuja de Val de Cristo* por los magníficos y piadosos reyes D. Pedro IV; sus dos hijos D. Juan y D. Martín el I, D.ª María de Luna y D. Martín, rey de Sicilia, hijo de estos dos reyes. Recopilada por Fr. Joaquín Vivas. Se hizo esta recopilación en el año 1775, sacada de buenos instrumentos.» Se continuó posteriormente, porque alcanzan sus noticias hasta 1789.

rentas y privilegios (1), y haciendo trabajar en las obras á las aljamas de Segorbe, Altura y Vall de Almonacid. Ya era rey D. Martín cuando se terminó la primera iglesia, á la que dió su nombre. ¡Qué contraste, la desolación y soledad actual, con la regia pompa desplegada para la consagración de ese templo (5 de Noviembre de 1401)! Hallábase presente el rey con su séquito de ricos-hombres y caballeros; oficiaba Fr. Antonio, arzobispo de Atenas, asistían al acto el cardenal de Catania, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Segorbe, Valencia, Tortosa, Lérida, Gerona, Vich, Tarragona y Elna. Pero el rey D. Martín tenía mayores alientos, y en 1405 comenzó la iglesia grande (en la cual fueron sepultados sus hijos D. Jaime, D. Juan y D.ª Margarita), mientras su mujer, la piadosa reina D.ª María edificaba á sus expensas el espaciosísimo claustro, las doce celdas de los monjes y las habitaciones reales que lo circuían (2). La iglesia nueva no se terminó hasta 1549, y decía de ella Viciana que era «de las más hermosas y bien acabadas del reino,» y que movía á devoción, porque en ella no había otra cosa «si no es quietud y limpieza de espíritu, que parecía un retrato del cielo.» Estaba construída esta iglesia «á la antigua (es decir, de arquitectura ojival), según el modelo de la primitiva (la de San Martín), por cuyo motivo en el año 1633 se renovó y mejoró á lo moderno», dice un cronista del monasterio (3). Reliquias y joyas dadas por los reyes, entre ellas la corona de D. Martín, guarnecida de perlas y piedras preciosas, cuadros de Juanes, de Ribalta, de Orrente, y después de Vergara y Camarón, enriquecieron la Car-

(1) Eran del monasterio los lugares de Altura y Alcublas; y tenía molinos en Segorbe, Jérica y Viver. En los últimos tiempos pasaba esta Cartuja por ser muy rica y estar mal administrada.

(2) Tenía este gran claustro doscientos arcos, sostenidos por columnas góticas. El claustro pequeño, llamado de los Conversos, era de mármoles de distintos colores, primorosamente labrados.

(3) El citado Vivas dice que fué su arquitecto Martín Dorinda. Esto debe ser error de copia: se referirá á Martín de Olindo, que construyó la iglesia mayor de Liria. En el mismo ms. consta que el pórtico de la iglesia, hoy destruído, se hizo en 1522, y la media naranja en 1655 por Juan Claramunt.

tuja, cuyas preciosidades y obras de arte eran admiración de propios y extraños (1), como eran, á la vez, fundamento de respeto las virtudes y el saber de muchos de sus religiosos, entre los cuales los hubo muy afamados. Entre sus primeros priores figuró el venerable Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, y como él, uno de los jueces de Caspe. Era ya ilustre jurisconsulto y letrado, cuando profesó, después de enviudar, en la Cartuja de Portacœli, y pronto adquirió tanta fama en el Claustro, que le eligieron general de la Orden Cartusiana. Aquel docto religioso intervino en los más arduos asuntos de su tiempo; ayudó con su voto á elevar al trono de Aragón á D. Fernando el de Antequera; fué gran amigo del Papa Luna, y legado suyo en el Concilio de Pisa; pero luego, viendo su tenacidad en

(1) Cita Ponz el cuadro de San Bruno, uno de los mejores de Ribalta; un Salvador, atribuído á Juanes; un Nacimiento, de Pedro Orrente; varios cuadros de Vergara y de Camarón; el altar mayor, con pinturas de Donoso, que se trasladó á la iglesia de Altura, y un Cristo yacente, de barro cocido, obra del alemán Nicolás Busi, artista de mérito, que entró en la religión de la Merced, y murió en el convento de Segorbe en 1706. Esta imagen, notable porque se aparta del convencionalismo usual, inspirándose en la naturaleza, pero sin perder el sentimiento místico, se conserva en la iglesia de los Jesuítas de aquella ciudad, hoy del Seminario. En la catedral y en la capilla del Palacio episcopal he visto dos retablos excelentes de la Cartuja. El retablo del altar mayor (ahora en la iglesia de Altura) hízolo en 1633 un francés, llamado Juan Orliens, por 3,250 libras, dándole la madera de ciprés; costó de dorar 2,180, según el ms. de Vivas. Menciona este ms. el altar portátil del rey D. Martín, pintado en tabla; y un retablo en la capilla de San Sebastián, con las imágenes de este santo, San Bruno, San Vicente Ferrer y otras pequeñas, pintadas por Juanes. Citábase como joya de su biblioteca un planisferio trazado en un pergamino de cinco palmos de largo y cuatro de ancho, con el título escrito en lemosín y esta firma: *Mecia de Vila dextes me fecit in anno MCCCCXIII.* El cronista de Segorbe vió aún, siendo niño, este mapa interesantísimo por ser anterior á la Academia Náutica de los Algarbes, á la que se atribuye la invención de las cartas geográficas planas; no se sabe qué se hizo, y es lastimoso que se hayan perdido. Muchos cuadros de la Cartuja están en el Museo Provincial de Castellón; en él he visto el San Bruno, de Ribalta, justamente alabado por Ponz (queda hecha mención de él en el capítulo VII); seis cuadros de Vergara, representando escenas de la Pasión; dos, que parecen copias del Greco, y son San Bruno y San Hugo; un Salvador imitado de Juanes; siete tablas antiguas; una copia, antigua también, del cuadro de los Siete velos, de Fra-Angélico; y otros muchos, menos importantes; entre ellos, diez de la historia de la Virgen, y treinta y ocho de la de San Bruno, copia del Guercini. El Nacimiento, de Orrente, que cita Ponz, es hoy propiedad del citado cronista de Segorbe, Sr. Valero.

conservar la tiara, declaróse contra él. Celebró seis capítulos generales de la Orden en esta Cartuja de Valdecristo, donde fijó su residencia, y siete en la Gran Cartuja de Grenoble. Á él se debe la traducción valenciana de la Biblia, que algunos atribuyen á San Vicente, y que fué uno de los primeros libros impresos en España, pues lo dieron á la estampa en Valencia Alfonso Fernández de Córdoba y Lamberto Palmar, comenzándolo en Febrero de 1477 y concluyéndolo en Marzo de 1478. Este insigne cartujo murió aquí, en olor de santidad, y fué sepultado en el claustro grande, cementerio de los monjes. La reja del arado habrá destruído y diseminado sus huesos entre los escombros esparcidos por la sórdida avaricia y el vandalismo destructor (1).

Pero ¡cuántas peripecias presenta la fortuna y cuántas contradicciones el humano espíritu! Desde estos lugares, donde fué destrozado de tan salvaje manera el templo alzado por manos de reyes, y bendecido por Papas, cardenales y obispos, divisamos, allá, en lo alto de un lejano cerro, un modesto santuario, á donde cada día acuden las gentes con mayor devoción y caen de rodillas ante una imagen de yeso de la Virgen, hallada en el fondo de una cueva por un rudo pastor y declarada milagrosa por una rústica aldeana.

Nombrad donde queráis la Cueva Santa, en muchas leguas á la redonda: veréis qué efecto de admiración y de alegría produce este nombre en todas partes. Para los labradores valencianos y también para la clase popular de la ciudad, guardadora de los antiguos usos, ir á las fiestas de San Miguel de Liria, visitar la Cueva Santa y llegar hasta el Niño Perdido, es una de las mayores ilusiones de la vida, algo parecido á la peregrinación á la Meca para todo buen musulmán. Los viejos se remozan contan-

(1) Un particular adquirió la Cartuja, por precio exiguo, al tiempo de la exclaustración, y quiso derribarla toda para vender los materiales: se arruinó en la empresa. Casi todo se destrozó y se perdió. En Segorbe y en Altura se ven columnas, capiteles y otros restos de aquellas riquezas arquitectónicas, empleados en nuevas construcciones.

do con regodeo ese viaje; los chicos oyen el tentador relato palpitantes de esperanza, y no hay en la huerta de Valencia muchacha casadera, que no sueñe montar un día á la grupa con su novio en la jaca vistosamente enjaezada, y emprender el camino hacia estas montañas, cuyas agrestes asperezas le abulta la imaginación. Así es que, apenas comienza el otoño con las fiestas de San Miguel, vense llegar á la Cueva Santa grupos sueltos ó caravanas de alegres devotos, que turban el silencio de estos montes con el rasguear de las guitarras ó las modulaciones melancólicas de sus cantares arabescos. En las poblaciones inmediatas las romerías son más solemnes; Altura hace la suya el último sábado de Abril; Alcublas, el primero de Mayo; y la fiesta mayor, á la que acude el vecindario de Segorbe y de todos los pueblos del contorno, es el 8 de Octubre, día del Natalicio de la Virgen.

Marchando hacia Poniente, á través de las huertas, los viñedos y olivares, llégase en una hora á la masía de Ribas, término del valle y punto de descanso de los romeros. Allí comienza una cuesta árida, que nos conduce al Santuario, puesto en lo alto, cerca de la dobladura de la loma. Extensa y hermosa vista gózase en él: á Levante se prolonga el frondoso valle del Palancia, en el que se agrupan Segorbe, Altura y la Cartuja, y se divisa á lo lejos el mar, entre las dos montañas gemelas de Faura; por los otros lados, sólo se ven cerros y cumbres. Á Mediodía, cierra el horizonte el Monte-Mayor, que oculta la llanura valenciana; á Poniente, la sierra de Pina, la cuesta de Herragudo y la Peña de Escabia, trincheras de la planicie aragonesa; al Norte, la áspera cordillera de Espadán, y más allá, en los últimos confines del horizonte, el cabezón de Peñagolosa. En altura tan dominante abrió la naturaleza una caverna, la cual por varias bocas, de las que sólo una está hoy abierta, penetraba en las entrañas del monte. Llamáronla Cueva del Latonero (por un almez que junto á ella crecía, *lladoner* en valenciano) y sirvió de aprisco á los ganados de los cartujos. Un pastor encontró allí, á principios del si-

glo XVI, una imagen de la Virgen; atribuyóse virtud milagrosa al agua que goteaba en aquel antro, y comenzó la devoción popular, estimulada por los monjes. Trasladaron éstos la imagen al monasterio, al comenzar los disturbios de la Germanía, y quedó olvidada la cueva; pero, á fines de aquel siglo, dió en ella con la misma imagen ó con otra, que en esto no andan de acuerdo los cronistas (1), una pobre mujer de Jérica, á cuyo marido echaron del pueblo por leproso. Curó el enfermo y tuvo la Monserrada (así llamaban á la mujer) tales apariciones, que fué proclamando por todas partes los prodigios de la Cueva Santa, dando origen á la devoción, que ha ido desde entonces en creciente, y á que los cartujos primero, y después los obispos de Segorbe, quienes les disputaron y ganaron la posesión, construyeran y mejoraran este famoso santuario.

La efigie de la Virgen, moldeada en una breve plancha de yeso (2) está aún en lo más hondo de la caverna transformada en capilla. Para bajar á ésta, desde la boca del subterráneo, se ha construído entre los peñascos, que forman sus fuertes pilares y sus caprichosas bóvedas, una escalera de ochenta y una grada, con varios tramos y rellanos, cuyo irregular descenso entre húmedas lobregueces y alternados resplandores, impresiona vivamente á los que se internan en aquella sima para admirar en el fondo, entre las luces y los mármoles y los ángeles dorados del altar,

(1) Los cronistas de Valdecristo dicen que la primitiva imagen, que era de alabastro, se llevó á la Cartuja en tiempo de la Germanía. La Monserrada halló en la Cueva otra efigie de yeso, que es la que hoy se venera; llevóse entonces á la Cueva la imagen primera, pero inclinóse á la otra la devoción popular, y cuando los monjes dejaron el Santuario, retiraron la suya y la conservaron hasta la exclaustración. Entonces fué confiada á las religiosas agustinas de Segorbe. Hay publicadas varias historias de la Cueva Santa: fuente principal de todas ellas es la del Padre Josef de la Justicia, de la Comp. de Jesús (Valencia, 1655). Otra escribió el P. Pascual Agramunt, de la misma religión, y resumiendo sus noticias, dió á luz en 1754 la suya el P. Domingo Antonio de Chiva, de la Congreg. de San Felipe de Neri. En 1869 se imprimió en Segorbe otra historia, suscrita por «un Presbítero devoto.»

(2) Dice el P. Justicia que los cartujos vaciaban en yeso imágenes de la Virgen y las daban á los labriegos y pastores. Una tradición atribuye la fábrica de esta imagen al P. Bonifacio Ferrer.

la milagrosa imagen en su relicario de oro y piedras preciosas. Al rededor de la plazoleta qne da entrada al santuario, levántanse las hospederías, las habitaciones de los capellanes y san-



PEÑAGOLOSA

INTERIOR DE LA CUEVA SANTA

teros, y otras dependencias, modestas construcciones, desprovistas de caracter artístico.

Alargóse tanto esta jornada, que poco podemos detenernos en lo que nos resta que andar hasta la raya aragonesa. Volviendo

al Palancia y remontando su curso, veremos de pasada tres ó cuatro poblaciones que ofrecen algún interés.

Jérica es la principal: por su nombre parece población agarena; pero atestiguan mayor antigüedad las muchas lápidas romanas que aún hay en ella (1). Algún arqueólogo ha querido que éste fuese el sitio de la famosa Edeta; pero no cabe duda que Edeta corresponde á Liria, y que los restos hallados en Jérica no dan luz bastante para descubrir su correspondencia con las poblaciones de aquella edad. Prescindiendo de estas pesquisas, deleitémonos contemplando su pintoresco aspecto. Parece que haya sido puesta por un paisajista en un recodo del río (cuyo caudal oprimen y tuercen dos elevados montes), encaramada sobre una colina, que sirve de pedestal á un vetusto castillo de artística silueta, coronado por una robustísima torre cuadrada, de treinta metros de altura y de fábrica romana (2). Cruza el río la carretera de Aragón por un sólido puente de sillares, obra del

(1) En el Archivo municipal de Jérica se conserva un libro ms. con este título: «*Historia de la leal, real y coronada villa de Xerica y su antigüedad*, por el Licenciado Francisco del Vayo, Presbítero, Racionero de la Iglesia parroquial de la villa de Xérica. Dirigida á los Ilustres y Magníficos Señores Justicia, Jurados, Síndico, Mayordomo, Escribano y Consejo general de dicha Villa, copiada del libro original de dicho Archivo—Año 1687.» El presbítero Vayo vivió en el siglo XVI, y fué persona muy ilustrada y patricio muy celoso: la historia de su villa natal, que dejó escrita, es una de las mejores monografías que conozco de poblaciones valencianas. De ella ha tomado el Dr. D. Nicolás Ferrer y Julve interesantes datos para el opúsculo que ha publicado con el título: *Recuerdos de Jérica, resumen histór., epigráfico é hidrográfico,* Valencia, 1884. Las lápidas romanas de Jérica llamaron ya la atención de Escolano, que copió algunas de ellas. Hubner incluye quince en su *Corpus Inscrip.* El Dr. Ferrer y Julve, que se dedica con laudable celo al estudio de las antigüedades de esta población, lleva descubiertas y anotadas ocho más, no conocidas del célebre epigrafista alemán. Esto prueba la abundancia de restos romanos en esa localidad: casi todas las lápidas descubiertas son sepulcrales. En su folleto, habla también el Dr. Ferrer de las fuentes de Jérica, famosas por su abundancia: dicen que hay más de seiscientas en su término.

(2) «Su construcción es robusta; su figura, cuadrada; sus aristas, de piedra sillería; sus muros, de tapia litócola; su puerta, estrecha y de medio punto; las bóvedas, tan sólidas que ni el tiempo ni los hombres han podido hundirlas. ¡Lástima grande que recientemente, en la última guerra civil, haya sido desapiadadamente mutilada! ¡Ni una de sus almenas han dejado, y todas sus saeteras han desaparecido! Como que echaron abajo todo el coronamiento que servia de digno remate á esta majestuosa mole.» FERRER Y JULVE, loc. cit.

prelado segorbino D. Juan de Muñatones, cuya buena memoria recuerda una inscripción latina (1).

El castillo, que se consideraba casi inexpugnable, y la posición de la villa sobre el camino de Valencia á Teruel, dieron especial importancia á Jérica, y la hicieron cabeza de los lugares de Viver, Novaliches (2), Pina, Caudiel, Benafer, el Toro y Barracas. Cerraba ó abría el paso de Aragón. Por eso, el Rey Conquistador, antes de emprender el sitio de Burriana, quiso tomarla; pero no pudo lograrlo. Luego, estando ya en el Puig, confió esta empresa á un valiente capitán, Guillem de Montgriu, sacrista de Gerona: obstinada fué la resistencia de los moros; pero tras reñido sitio, asaltó y les ganó el bravo catalán esta plaza, que tanto preciaban (3). Llamábanla *Castillo de los Xerifes* (nobles), sin duda por habitar en ella la ilustre familia de los Jazrachíes, descendientes de Saad-ben-Abada, el valeroso campeón del Islam, indicado para primer califa, aunque no llegó á serlo, y de quien procedían también los reyes de Granada. De Jérica tomó apellido, después de la Reconquista, D. Jaime, el primogénito del Rey Conquistador y D.ª Teresa Gil de Vidaura, por habérsela dado su padre en señorío. Volvió á la corona en 1369 por extinción de la línea de sus señores; pero D. Pedro IV la adjudicó, con título de condado, al infante D. Martín, cuando le casó con D.ª María de Luna. Don Martín la cedió á la ciudad de Valencia; volvió otra vez á la corona, y hubo nuevas cesiones y enajenaciones, resistiendo siempre la villa todo señorío que no fuese el real.

Algo hay que ver en las iglesias de Jérica. La mezquita ma-

(1) «Joanes a Munnatones—Eps. segobricensis—viatorum periculis—prospiciens: hunc—pontem a fundamen—tis erexit anno d. 1570.»

(2) Novaliches, pueblecillo cercano á Jérica, dió título de marqués al general D. Manuel Pavía, por un brillantísimo triunfo conseguido contra las armas carlistas, al frente de dos compañías de infantería y doce jinetes. El general ha regalado al pueblo un magnífico cáliz de oro, plata y piedras preciosas.

(3) En el Archivo de la villa se conserva una bandera que llaman *Matamoros* y dicen que es la que enarboló en la torre del homenaje, al apoderarse de ella Guillem de Montgriu el 5 de Febrero de 1236.

yor, que estaba en el declive del cerro, fué la primera: estaba reedificándose á fines del siglo XIV, cuando se apoderaron de ella los castellanos, y les sirvió para hostilizar el castillo. En vista de ello, el rey mandó que no siguiesen las obras adelante, y dió á la villa su propio palacio para construir el templo parroquial. La iglesia, no terminada, es hoy ermita de San Roque, y conserva un retablo apreciable de la época en que comenzó á construirse; la obra, restaurada posteriormente, ofrece escaso interés. En la de un convento de agustinos, que llevó el título del Socorro, hay un hermoso sepulcro de mármol alabastrino, de principios del siglo XVII, con las estatuas yacentes de D. Roque Ceverio, ilustre caballero, y su esposa D.ª Isabel Valero, ambos con trajes de la época; él, sombrero alto, casi sin ala y con cintillo, á lo Felipe II, gola, jubón, calzas, botas altas, y espada entre las manos cruzadas; ella, con toca monjil, luengo manto, vestido interior de manga ajustada, con otro exterior de manga perdida, y las manos cruzadas también sobre el pecho (1). Y aún, más interesante que todo esto es la torre de las campanas, sola y aislada en medio de la población, con un primer cuerpo octógono, de antiquísima fábrica, que parece romana y es resto de la fortificación primitiva, y sobre él, un esbelto minarete, de ladrillo perfilado, con caprichosos relieves, que recuerdan los campanarios de Teruel y Zaragoza.

Siguiendo el Palancia, aguas arriba, tropezamos en terreno más llano con Viver, donde el arqueólogo encuentra también inscripciones romanas, y motivo en ellas para cavilaciones sobre la correspondencia de los pueblos de aquellos tiempos con los nuestros. Sutil investigador de estas oscuridades fué un hijo de Viver: el P. M. Fr. Francisco Diago, docto dominico, cuyos *Anales del Reino de Valencia*, aunque no terminados, son una

(1) La urna sepulcral. sostenida por tres leones agazapados, tiene esta inscripción: «Hic jacent Rochus Ceverio, miles, qui die XII Marcii MDCIX obiit Segobricae ibi praesidendo pro sua R. M. et D. Isabella Valero ejus uxor, que obiit die... mens... anni MDC.»

de las mejores obras de nuestros historiadores regnícolas (1).

Población también romana era Begís, situada sobre un cerro, en el punto donde dos riachuelos juntan sus aguas para dar origen al Palancia: allí nació aquel intrépido D. Pedro Miralles, cuyo sepulcro hemos visto en Segorbe, y que fundó en Caudiel dos conventos, en uno de los cuales está la Virgen del Niño Perdido, que le hace puntas, por lo famosa y venerada, á la de la Cueva Santa. Begís es también patria de D. Antonio Ponz, autor del *Viaje de España* ó *Cartas en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*. Merecen este escritor y su obra mención especial en el presente libro, porque algo han contribuído á él. Nacido Ponz en 1725, se enamoró del arte y se dedicó á él, no para la creación artística, sino para la crítica. Era un hombre esencialmente didáctico y preceptista, que lo sujetaba todo á regla y medida. En Valencia, después en Madrid, y luego en Roma, vió, estudió, indagó, comparó y formó su juicio, anteponiendo á todas las condiciones de la belleza la corrección y la regularidad del gusto neo-clásico. Contribuyó eficazmente á lo que hemos llamado renacimiento académico: desdeñaba, como cosa bárbara y tosca, todo lo gótico, y aborrecía, como monstruosidad anti-artística, todo lo churrigueresco. Con este criterio estrecho y parcial, juzgó los monumentos del arte, y principalmente los templos, de casi toda España. Cuando fueron expulsados los jesuítas, se le encargó de real orden que visitase sus conventos para examinar sus obras artísticas, y con este motivo comenzó en 1772 la publicación del *Viaje de España*, dejando diez y ocho tomos impresos, al morir en 1792, sin dar remate á su obra. Hoy la estética y la crítica han tomado tal ensanche que merecen poco aprecio las intransi-

(1) Además de estos *Anales* escribió otros muchos libros este fraile eruditísimo, entre ellos la *Historia de la prov. de Aragón de la Orden de Predicadores*, las de San Vicente Ferrer, de San Raymundo de Peñafort, de Fr. Luís de Granada, y *de los victoriosísimos antiguos Condes de Barcelona*. Felipe III le nombró cronista mayor de los Reinos de la Corona de Aragón. Murió en 1615.

gentes opiniones de Ponz, pero encontramos en sus libros copioso caudal de datos interesantes, y vemos en ellos con dolor cuántas riquezas ha perdido nuestra patria, de las que atesoraban sus iglesias y monasterios (1).

Caudiel, punto final de la presente jornada, está ceñida de viejos muros, al Norte del Palancia y á las faldas de la Sierra de Espadán. Villa moderna, poblada en el siglo XIV, poco tendría de notable, sino fuera por la mencionada imagen de la Virgen del Niño Perdido. Dicen que San Vicente Ferrer la llevaba en sus viajes apostólicos, y éste fué el motivo de su fama. Habiendo pasado á manos de los agustinos descalzos (2), destináronla á su convento de Caudiel, y adquirió en él tal nombre de milagrosa, que su capilla era visitada por millares de romeros (3). Extinguidas las comunidades monásticas, convirtióse el convento en Casa de la Villa, escuelas, cárcel y hospital; pero la iglesia se ha respetado, y la Virgen del Niño Perdido continúa recibiendo las oraciones y las ofrendas de los devotos en su resplandeciente camarín.

---

(1) Los trabajos de Ponz, muy apreciados en sus tiempos, fueron premiados con el nombramiento de secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Además del *Viaje de España*, publicó dos tomos de otro *Viaje fuera de España*.

(2) Titulábase esta imagen Ntra. Señora de los Niños Perdidos, y la tenían los Hermanos Beguines de Valencia en la casa donde recogían los huérfanos con el nombre de *Xiquets de Sant Vicent*, cuya fundación renovó en 1540 mossén Palanques, con el mismo nombre de Hospital de los Niños de San Vicente. En 1624 fué cedido este hospital á los agustinos descalzos, que estaban construyendo el convento de Santa Mónica, y habiendo hecho sorteo entre las casas de su religión, tocó aquella imagen al convento recién fundado de Caudiel.

(3) *Hist. de la prodigiossisima Imagen de Ntra. Señora del Niño Perdido*, por el P. Fr. Diego de Santa Teresa, lector del convento de Caudiel. Zaragoza, 1720, y Valencia, 1765.



CAPÍTULO XI

SAGUNTO

Sagunto.—Su etimología y su origen.—Su hazaña.—Aspecto actual de la población.—El teatro romano.—La ciudad antigua.—El circo.—Los templos.—Las monedas.—Los barros saguntinos.—La villa de Murviedro.—Iglesias y conventos.—El castillo: su defensa contra los franceses.—Romeu, mártir de la Patria.—Proclamación de D. Alfonso XII.

Hemos vuelto á Almenara y vamos á seguir nuestro viaje por el litoral. Almenara es, por esta parte, el último pueblo de la provincia de Castellón: á sus pies se extiende la llanura valenciana. Pero la cordillera del Idubeda, que aquí se acerca hasta la misma playa, se aproxima aún á ella un poco más abajo, levantando, como su postrer baluarte, el cerro histórico y gloriosísimo de Sagunto. Entre este cerro de Sagunto y el de Almenara trazan los montes un semicírculo, y abrigan una especie de ensenada frondosa, llena de huertas y viñedos, de olivos, algarrobos y naranjos. Ese feraz rincón, en cuya arboleda entrevemos alegres pueblecillos, lleva el nombre oficial de *Valles de Sagunto;* los naturales del país lo llaman sencillamente *les Va-*

lletes; en tiempo de la reconquista y aún mucho después, denominóse *la Vall de Segó* (1). Este nombre da qué pensar á los anticuarios. ¿Relaciónase con Segobriga? *Briga*, en lengua céltica, significa población: ¿fué *Ciudad de Segó* la celtíbera Segorbe? Aquí cerca desemboca su río: ¿alcanzaría á este valle el nombre de una extensa comarca, que daría el suyo á Segobriga, ó lo tomaría de ella? Otra hipótesis, de uno de nuestros mejores arqueólogos, el padre Fita. Hay muchas primitivas poblaciones españolas que comienzan por *sag* ó *seg:* la citada Segobriga, Sagunto, Segontia, Segia, Segeda, Segisa, Segéstica, Segovia. Aquella radical debe significar ciudad ó poblado: Sagunto parece su diminutivo, equivalente á ciudadela. El valle de Segó sería, en este caso, el valle de la ciudad (2). Pero ¿no viene el nombre de Sagunto de Zacinto? ¿No lo recibió de sus colonizadores, procedentes de aquella isla griega (3)? Así lo creyeron los escritores de esta nación: Polybio, Diodoro Sículo y Apiano Alejandrino llamaron Zakanta á la ciudad destruída por Hanníbal; los romanos *Saguntus* ó *Saguntum;* sus poetas, para dignificarla más, solían nombrarla *Zacynthus*. Á Zacinto suenan, en verdad, los nombres griego y latino de Sagunto; pero ¿es, en efecto, helénica y procedente de sus pobladores de esta raza la denominación de la ciudad celebérrima, ó era ibérico su nombre, y por su es-

(1) Escolano dice que en sus tiempos se llamaba aún así, y escribe en un capítulo Val de Sagó y en otro de Segó, por error de pluma ó de imprenta, pues en los libros y documentos antiguos siempre se denomina Segó.

(2) Puede hacerse un argumento contra esta suposición del P. Fita. En la palabra Segobriga, *Briga* significa evidentemente *población;* si *Sego* significa lo mismo, nos encontramos con una repetición absurda. Delgado opina que la radical *Sag* ó *Seg* es el apelativo de una tribu, y recordando que en los confines de la Persia habitaban los saceos, y que en la Galia meridional había un pueblo costanero que se llamaba *Segobrigo*, conjetura que en tiempos remotos y ante-históricos, pudieran venir aquellos saceos á poblar algunas comarcas de las Galias y la Iberia. Esta hipótesis coincide con la que sostuvo el P. Diago, atribuyendo la fundación de Sagunto á los *sagas* de Oriente. (*Anales del Reino de Valencia*, lib. II, cap. 2.) Este historiador la tomó de Beuter (*Corónica*, lib. I, cap. 7), y de Pineda (*Monarquia*, lib. I, cap. 9), y ambos lo copiaron de Juan Annio Viterbiense, en su fingido *Beroso*.

(3) Véase lo que queda dicho en el cap. II de la presente obra, pág. 50 y 51.

pecial eufonía le aplicaron los autores clásicos un origen imaginario, apropiado á una etimología caprichosa (1)? Estas recientes dudas ponen en litigio lo que se había dado por seguro sobre la primitiva historia de Sagunto; paréceme, sin embargo, por lo que dijeron los antiguos y por el carácter de la cultura saguntina, que puede considerarse como cierta su colonización griega, procediera ó no de la isla de Zacinto, y diéranle ó no aquellos isleños el nombre que adquirió tanta gloria.

Pero (y continúan las dudas), ¿fué ese nombre el suyo primitivo? En sus monedas más añejas encontramos otro: las que sólo tienen leyenda ibérica, no llevan nunca el de Sagunto, sino este otro ᐅᐊ𐌔ᛔ, que transcriben los arqueólogos ARSE ó ARZE; en las de leyenda bilingüe, más modernas, se encuentran ambos nombres: ***Arse***, con caracteres ibéricos; ***Saguntum***, con caracteres romanos. ¿Son equivalentes? ¿Tenía la ciudad diferente nombre en cada idioma? Así creen muchos, aunque es extraño que ningún autor de la antigüedad recuerde su primera denominación, su denominación indígena. Otros, para conciliar la coexistencia de ambos nombres, suponen que ***Arse*** no era el de la ciudad, sino el del taller monetario, ó de la acrópolis, donde estaría este taller: ***Arx***, en su concepto, significa lugar fuerte por

(1) «La razón de más peso que tuvieron los griegos para adjudicarse esta fundación, fué sin género de duda la semejanza, ó mejor dicho, la eufonía histórica del nombre de Sagunto con el de Zacinto.» Erro y Azpiroz, *Alfabeto de la lengua primitiva de España.* Sostiene también D. Antonio Delgado esa idea de que los griegos acomodaban á su idioma los nombres de las poblaciones ibéricas y les daban significación basada en estas eufonías. «Por ejemplo, dice, á Cástulo, por lo analógico de su nombre con la fuente Castalia, la suponían de origen arcádico; á Nebrissa, por la Nebride de los sacerdotes de Baco, se dijo fundación de este dios, y por la misma manera, á Sagunto la supusieron fundada por Zacinthos ó gente de la isla de Zante.» *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España.* Encuentro consignada esta misma idea en un folleto publicado en Valencia, 1797, por V. P. y C. (Vicente Pla y Cabrera), con el título *Antigüedades de Sagunto, hoy Murviedro, con notas críticas*, dirigido al periódico *Correo de Valencia.* En él se habla de la fundación de Sagunto, refutando antiguas fábulas, y deduciendo que es suposición muy aventurada la de atribuirla á los insulares de Zante: «ésta acaso no tuvo otro origen, dice, que la alusión de los nombres de Zacinto con el de Sagunto.»

naturaleza y arte (1). D. Antonio Delgado opina que los primitivos habitantes de este territorio se llamaron sagos ó saceos y que su capital se denominó Arze por ser acaso la fortificación más antigua é importante de la comarca: su verdadero nombre sería, pues, Arce de los saguntinos (2).

Después de todo, ¿qué importa la oscuridad de sus orígenes? para el artista, para el poeta, para el viajero, para el amante de las glorias patrias, Sagunto toda entera está en su defensa heroicísima contra el cartaginés, y en su sacrificio sublime; lo que fué de ella antes, lo que ha sido después, queda eclipsado y oscurecido por el resplandor perenne de su glorioso incendio (3). Tú, amigo lector y compañero de viaje, apenas atiendes á las lucubraciones etimológicas con que trato de ilustrarte, si por acaso lo necesitas, y echando el cuerpo por la portezuela del coche-vagón, alargas cuanto puedes el pescuezo para atisbar la primera impresión de la ciudad famosa, creyendo quizás que has de ver todavía los torbellinos de humo que anuncian su destrucción, y oir aún los alaridos de los vencedores al ver convertida en pira inmensa la conquistada Sagunto. No te impacientes, y puesto que eso es lo que te interesa, oye, mientras llegamos, el

(1) Delgado observa que se dió este nombre á muchas poblaciones de Grecia y Asia Menor, y que se conserva aún en varios puntos del Líbano.

(2) El mismo Delgado hace una indicación digna de tomarse en cuenta: la noticia de T. Livio de haberse agregado á la colonia zacinta de Sagunto una segunda colonización procedente de *Ardea Rotulorum*, ¿no puede explicarse también, porque oyendo los romanos que los saguntinos llamaban á su ciudad *Arse* ó *Ardse*, creyeron que traía su origen de la antigua ciudad de este nombre en el Lacio?

(3) No se había escrito hasta nuestros días ninguna historia completa de Sagunto y descripción de todos sus monumentos y ruinas. Existían apreciables monografías sobre ellos; pero que no abarcaban toda la materia. Las *Memorias de Sagunto*, de D. Vicente Boix, no comprenden más que la Edad antigua y son una compilación hecha á vuela-pluma de lo que habían dicho autores muy conocidos. El vacío que se notaba en estos anales, lo llenará D. Antonio Chabret, hijo amantísimo de Murviedro, que se ha dedicado con ahínco á la investigación de sus antigüedades, y tiene en prensa un libro titulado *Sagunto, su Historia y sus Monumentos*, obra concienzuda y minuciosa, que he podido consultar y me ha sido de gran provecho para escribir este capítulo.

relato de aquella catástrofe. Tito Livio, el padre y maestro de los historiadores latinos, habla por mi boca (1).

Discutía el Senado romano las instancias de los saguntinos, amenazados por Hannîbal, y acordaba enviar legados á España para enterarse y entablar las debidas reclamaciones, cuando el general cartaginés lanzó de pronto contra Sagunto, por tres

(1) Es Tito Livio el escritor de la antigüedad que en su *Historia romana* (libro XXI) relata mejor el sitio y la destrucción de Sagunto. Antes que él, Polybio (lib. III) había dado noticias de estos hechos, aunque no tan completas, y posteriormente añadió detalles interesantes Apiano de Alejandría en sus *Ibéricas*. De todos ellos tomó el hispano-latino Silio Itálico la parte referente á Sagunto de su poema histórico sobre las guerras púnicas. Este escritor, que compararon algunos con Virgilio, no era un gran poeta, como el autor de la *Eneida*, pero sí un versificador elegante. Buena parte del libro I y todo el II de su poema se ocupan de Sagunto. Describe primero la ciudad, atribuyendo su fundación á Hércules, cuyo amparo invoca el valiente Murro, jefe de los saguntinos (mencionado solamente por Apiano Alejandrino); relata el sitio puesto por Hannîbal, la embajada enviada á Roma, las vicisitudes de la defensa; detiénese en la descripción poética del escudo regalado por los galaicos al general cartaginés; pinta con vivos colores la desesperación de los saguntinos, acosados por el hambre y por la peste, y por fin, la ruina total de la ciudad y el sacrificio de sus últimos defensores. Este asunto ha parecido siempre digno de la epopeya y la leyenda: es muy curioso, para probar cómo continuó viva la fama de Sagunto á través de la Edad media y en los tiempos de la caballería, un libro impreso en Valencia en 1520 con el título *La fundacion y destruycion de la cibdad de Monvedro, antiguamente llamada Sagunto. Con la vida y historia del caballero Anibal, emperador de África. Ay mas la fundacion de Roma, y la fundacion de Cartago llamado Tunez y la fundacion de la Torre de Babilonia:* está dedicado por su desconocido autor «á los muy magníficos señores Jurados y Consejo de la muy noble villa de Monviedro», y dice que la ha traducido y sacado en lengua castellana «de todos los historiales y escrituras antiguas que hablan de la población de Monviedro, y de cómo fué por Haníbal destruída.» Sigue las fábulas de su fundación por Hércules y se extiende en referir la campaña de los cartagineses. De esta obra, notable por su rareza bibliográfica, he visto un ejemplar en la biblioteca del malogrado vizconde de Bétera, D. Pascual Dasí y Puigmoltó, cuya reciente muerte ha sido una gran pérdida para Valencia. En el género de relatos poéticos, merece citarse también el titulado *Primera parte de la historia de Sagunto, Numancia y Cartago*, por Lorencio de Zamora, religioso cisterciense del monasterio de Huerta y natural de Ocaña, impreso en Alcalá de Henares, 1589, y en Madrid, 1607, escrito en rotundas y armoniosas octavas reales. El docto mercedario Fr. Josef Manuel Miñana dejó incompleta é inédita una obra latina que titulaba *Saguntineis, sive Poema de Sagunti excidio*. En nuestros tiempos D. Isidoro Villarroya ha publicado *Las Ruinas de Sagunto, poema histórico*, Teruel, 1845, y la renacida musa valenciana ha rendido tributo á aquel heroico pueblo con el canto épico *Lo darrer jorn de Sagunt*, del inspirado poeta D. Víctor Iranzo y Simón, que mereció premio en los Juegos Florales del Rat-Penat, de 1882, y está inserto en la *Revista de Valencia*, tomo II.

puntos á la vez, sus ciento cincuenta mil combatientes. Presentaba la muralla un ángulo saliente hacia el valle, y arrimó á aquel punto sus vineas, bajo cuyo amparo trabajaban los arietes: ataque infructuoso; por lo mismo que era el sitio más asequible, era allí más alta y más fuerte la muralla, y la defendía enorme torre. La juventud saguntina hostigaba al enemigo con toda clase de armas arrojadizas; una de ellas, la trágula, hizo caer al mismo Hanníbal, herido en la pierna: tal pánico entró en su hueste, que estuvo á punto de abandonar el sitio.

Convirtióse éste en bloqueo, por de pronto; pero apretaron otra vez los cartagineses, y en todo el recinto eran batidos los muros con máquinas formidables. Faltaban fuerzas á los saguntinos para acudir á todas partes; abrían brecha los arietes, y por fin, vinieron á tierra tres de las torres y las cortinas intermedias. Abierta estaba la ciudad: creíanla ya suya los sitiadores. Entraron intrépidos, pero con igual bravura acudieron á la defensa los sitiados; á brazo partido peleaban unos y otros sobre los escombros: dábales fuerza á los de fuera la esperanza, á los de dentro la desesperación. Combatían en línea, como si estuvieran en un campo de ejercicio, y no había golpe perdido. Apelaron también los de Sagunto á su arma predilecta, la *falárica*, chuzo de hierro con su ástil envuelto en estopa impregnada en pez. Encendíanlo para lanzarlo al enemigo, y al clavarse en su armadura, tenían que soltar el escudo para librarse del fuego. Los guerreros púnicos no pudieron resistir; abandonaron la brecha y se retiraron á su campamento.

Reanimados estaban los saguntinos y afrentados los cartagineses, cuando desembarcaron en el vecino puerto los embajadores de Roma: en mala ocasión llegaban; Hannibal, receloso, no les permitió acercarse á la ciudad. Reembarcáronse y fueron á Cartago para acusarle de infractor de los tratados. Entonces fué cuando, dudosa la asamblea cartaginesa, dividida entre el partido de los Barcas y sus adversarios, Valerio Flacco, recogiendo su manto, dijo: «Aquí os traigo la paz y la guerra; es-

coged.» — «¡Guerra! ¡Guerra!» clamaron al fin los senadores: triunfaba en su patria el general audaz y ambiciosísimo.

Prometió á sus soldados el saqueo de Sagunto, y con esta esperanza, lánzanse de nuevo á la pelea. Aproximan á los muros elevadas torres de madera, cuyas ballestas y catapultas los destrozan; forzados se ven á retirarse de ellos sus defensores, y manda Hanníbal á quinientos africanos, armados con picos, que los derriben hasta los cimientos (1). Apodéranse además de un sitio alto y forman una especie de castillo dentro mismo de la plaza, ciñendo esta fortaleza con una muralla. Construyen los sitiados otra muralla enfrente; y así, peleando y fortificándose de calle en calle, iban reduciendo el recinto de la empeñadísima contienda. Disminuían los defensores de la ciudad medio arruinada, concluíanse los víveres, perdíase la esperanza del auxilio romano, y eran hostiles á la moribunda Sagunto los pueblos circunvecinos.

Hubo un momento de ilusión, al ver marchar á Hanníbal con parte de su ejército para sujetar á los oretanos y carpentanos, alzados contra Cartago, pero volvió pronto el incansable caudillo, y con tales ánimos, que dió una embestida á la acrópolis y se apoderó de ella. ¡Ya era imposible la defensa! Un noble saguntino, Alcón, y un ibero, Alorco, que militaba en las tropas cartaginesas, probaron á obtener merced del vencedor; exigió éste que restituyesen los de Sagunto lo que habían usurpado á los turbuletas, y había sido pretexto de la guerra; que entregasen la ciudad con todas sus riquezas, y saliendo de ella, con sólo el vestido puesto, edificasen otra donde quisiesen. Alcón no se atrevió á proponer á los suyos tan duras condiciones; hízolo Alorco, presentándose al Senado saguntino. Extremando estaba su elocuencia para inducirle á la inevitable rendición, cuando se agolpó la multitud é invadió recelosa la asamblea. Apenas enterada de los tratos, los prohombres de la ciudad van á sus casas;

(1) Dice Tito Livio, que esta obra de destrucción no era difícil, porque las piedras no estaban unidas con cal, sino con barro, «según el uso de los antiguos.»

recogen todo el oro, la plata y las alhajas; lo llevan al foro, encienden una hoguera, échanlo todo á ella, y muchos se arrojan también á las llamas. En aquel instante, óyese terrible estrépito; se ha derrumbado, hacia la parte del alcázar, una torre, batida largo tiempo, y deja paso á Hannibal. Entra victorioso; manda degollar á todos los púberes, y los pocos que escapan con vida, son vendidos por esclavos. Aún recogen sus soldados mucho botín y envía el general á Cartago lo más precioso.

Esta es, en menos palabras, la narración magistral de Tito Livio; Polybio, que no se extiende tanto, añade, sin embargo, que el cartaginés halló en la ciudad mucho dinero, del cual se sirvió para su expedición á Italia; y Apiano Alejandrino completa la relación de la catástrofe, diciendo que por edicto del pretor, se mandó llevar á la plaza todo el oro y la plata, y mezclarse con plomo para inutilizarlo; que la última noche hicieron los saguntinos una salida desesperada, matando á muchos cartagineses medio dormidos, hasta que, puesto en armas el campamento, perecieron todos, luchando como fieras, y que las mujeres, al ver desde las murallas el fin de sus esposos y sus hijos, diéronse la muerte, ahogando primero á los niños que amamantaban.

¿Es esto abnegación sublime ó ferocidad salvaje? No lo analicemos: admirable es el amor á la patria, aunque inspire sacrificios inútiles; la destrucción de Sagunto será ejemplo asombroso de valor y firmeza mientras aliente la humanidad, y nadie llegará por vez primera á estos lugares, sin que palpite su corazón y arda en sus pupilas la impaciencia por contemplar el teatro de la afamada epopeya.

¿Ves á la parte de Mediodía aquel cerro pardi-oscuro, como los que le rodean, que va hinchándose y creciendo conforme nos acercamos, y destacándose entre los demás, aparece como alargado promontorio, dominador de la llanura? ¿Ves que sus dos cabezos y la ligera escotadura que los separa, dibujan sobre el cielo azul su silueta dorsal con líneas rectas, indicadoras de mu-

rallas y baluartes? ¿Ves, acercándonos más, cómo se determinan y multiplican los muros de esa fortaleza, corriendo por toda la prolongada cumbre, formando plazas y baterías, torres y ciudadelas? ¿Ves, en la falda de la montaña, la acumulación confusa del caserío amontonado, que se confunde al principio con los tonos de las rocas ennegrecidas, y va señalando luego, entre tapias y tejados, los campanarios, las cúpulas y azoteas de una población numerosa? ¿Ves, en la vertiente, entre la fortificación de la cumbre y la ciudad de la falda, en el punto en que forma un suave seno la escotadura de la montaña, un hueco, parecido á la impresión en la roca de una concha colosal?

Esa fortaleza es el castillo de Murviedro; esa ciudad, la población que le dió nombre; ese hueco, el teatro romano, resto principal de su ilustre antigüedad. Sagunto surge á nuestros ojos y vienen á nuestra mente los versos de su épico cantor:

Haud procul Herculei tollunt se littore muri
Clementer crescente jugo, quis nobile nomen
Conditus excelso sacravit colle Zacynthus (1).

Saluda el estridente silbido del tren á la ciudad hercúlea, y cruza por un largo puente el río, que parece ancha rambla, de márgenes bajas y lecho pedregoso, entre cuyas redondeadas chinas corre escaso raudal, agotado las más veces por los anteriores canales de riego (2). Huertos cercados de tapias bajan hasta su mismo cauce, rodeando la ciudad. Naranjos y limoneros en flor, nísperos del Japón, que se desgajan al peso del dorado

(1) «No lejos de la playa se levantan sobre una empinada colina los muros hercúleos de Sagunto, á los cuales dió ilustre nombre Zacinto, sepultado en lo alto del collado.» SILIO ITÁLICO, *Púnicas*, lib. I.

(2) No están conforme los autores modernos en la equivalencia de ese río con los que mencionan en este litoral los escritores griegos y latinos, cuyos textos son poco explícitos. Inclínanse los más á que es el *Pallancia*, citado en las tablas de Ptolomeo, y este nombre ha prevalecido y se le da hoy; pero el canónigo Cortés quiere que el Palancia sea el Turia, y el *Serabis*, de que habla Pomponio Mela, el río que pasa por Sagunto. La gente del país llama á éste *Rio de Murviedro*, en aquesta parte, y *Rio de Segorbe* más arriba.

fruto, higueras pomposísimas, una palmera de delgado mástil y gallardo penacho: todo eso pasa rápidamente junto á la línea del ferro-carril. Detiénese el tren y gritan los mozos: «¡Sagunto, cinco minutos!» como si dijeran cualquier cosa.

¿No es verdad, impaciente camarada, que ese grito, con tal indiferencia repetido, te causa mal efecto? De mí he de decirte que, aunque hace ya bastantes años que se cambió por la de Sagunto la denominación oficial de Murviedro (1), no he podido habituarme á ella todavía. «¡Aquí estuvo Sagunto!» parecíame mucho mejor que «¡Esta es Sagunto!» Al contacto de la realidad se achica y vulgariza todo: ¿no te disuena *Ayuntamiento constitucional de Sagunto*, ó *Juzgado municipal de Sagunto*, ó *Administración de consumos de Sagunto?* Fantaseas la ciudad asaltada por Hannibal, el senado y el pueblo saguntino oyendo indignado el discurso de Alorco, las joyas y los tesoros arrojados á las llamas, los guerreros moribundos que aún blanden el acero, las madres que ahogan á sus hijos y se precipitan en la hoguera; y te encuentras con una población rural, como cualquiera otra, pacífica y laboriosa, cabeza de partido y de distrito electoral, cuyas actas, nada limpias, se discuten acaloradamente en el Congreso de los Diputados.

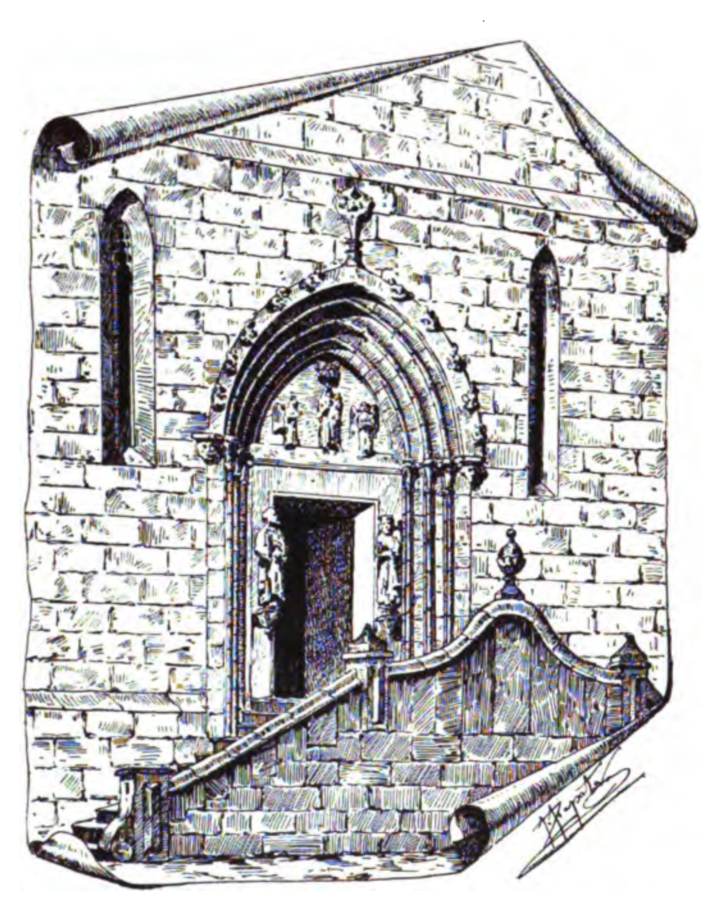
Bajemos del tren; hállase situada la estación en el llano, á Levante de la ciudad: el cerro saguntino nos presenta, por aquella parte, su extremo oriental, como una pirámide de piedra, de tosco graderío; á sus pies agrupa la población los tejados verdinegros, entre los que destaca la iglesia románica del Salvador su techumbre abarracada y su torre cuadrangular. Suben por la pendiente algunas callejas, cuyas casitas blancas se asientan en los estratos negruzcos de la roca, entre matorrales de nopales y piteras; y más arriba, forman fajas oblicuas las rojizas murallas del castillo con

(1) El gobierno provisional de la nación, en 1.° de Diciembre de 1868, dió el nombre de Sagunto á la villa de Murviedro. En 3 de Marzo de 1875 le concedió Don Alfonso XII título de ciudad, por haber sido la primera en proclamar su derecho á la corona de España.

sus grandes almenas cuadradas, que semejan la diadema de Palas. Detrás de la estación, en una esplanada polvorosa, piafan los caballos y gritan los mayorales de las diligencias de Segorbe ó de Teruel (pues ya hemos visto que afluye al ferro-carril en este punto la carretera de Aragón); y encaramadas tras el cercado de mampostería que separa del público á los viajeros, una docena de saguntinas, tostadas por el sol, de ojos de endrina, de cabellos de azabache, recogidos atrás y sujetos por grandes agujas de latón con esmeraldas de vidrio, nos llaman, voceadoras intrépidas, y alargando el nervioso brazo arremangado, nos ofrecen un vaso de leche ó de vino, un plato de solomillo ó de chuletas, y como nota poética de aquel vulgar banquete, algún ramo natural de fresquísimas naranjas, ó un tirso de diversas frutas trenzado con olorosas flores.

Ocupa Murviedro (permítaseme usar este nombre, que, después de todo, es el que conserva en el lenguaje corriente), la falda septentrional de la montaña en toda su longitud. La población antigua esta aún pegada al extendido cerro; la parte nueva, en terreno llano, entre sus raíces y el cauce del río. La calle Real las separa: es una vía ancha, irregular, llena de polvo en verano y de lodo en invierno; transitada continuamente por carros de labranza ó coches de camino, y trascendiendo al aroma del mosto, si acaso pasamos por ella en tiempo de vendimia. Al lado de casas al estilo rural, de redonda puerta y ventanas mezquinas, blanqueadas á medias, veremos edificios nuevos, al uso urbano, llenos de balcones y pintados de colores vistosos, mezcla que priva de aspecto peculiar á la reformada población, y en cuyo ambiguo conjunto nada nos recuerda su gloriosa antigüedad. Otra cosa será si, dejando la corriente del tránsito, tomamos, á mano izquierda, la embocadura del Murviedro de ayer por el arco de piedra de la Puerta Ferrisa (entrada de la villa en otro tiempo), y lo recorremos en la misma dirección de la ladera, por la calle Mayor primero, y luego por la de Caballeros, cuyo nombre pregona que fué hogar de nobles familias.

Angostas son estas calles, torcidas á trechos, sombrías por la altura y el tinte oscuro de las casas y caserones que las forman, y con piso de dura peña ó apretados guijarros. Las puertas de los edificios, cuya cimbra está labrada con dovelas de sillería; los blasones aristocráticos que ostentan algunas de ellas; las ventanas góticas que conservan la columnilla divisoria; algún retablo abierto en los sólidos muros y ante el cual pende aún el devoto fanal, dan á estas calles carácter típico, que se completa al aparecer la antigua Iglesia Mayor, con su doble escalinata, que conduce á la severa puerta ojival, decorada con imágenes de piedra, y la plaza del Mercado, rodeada de pórticos sostenidos por pilastras desiguales. Este es el Murviedro de la Edad media, el Murviedro de los monarcas aragoneses, de los bailes reales, de los jurados de la villa, el Murvie-



SAGUNTO. — Puerta lateral de la Iglesia mayor

dro de la Unión y de la Germanía. ¿Dónde está el Sagunto de los romanos? De éste, sólo quedan en la renovada población breves y esparcidos vestigios. ¿Ves esa columna dórica, tan noble y tan sencilla; ves esa otra, cuyo elegante capitel de hojas de acanto revela el orden corintio, sustentando ambas el pórtico de la plaza, emparejadas con postes vulgares? ¿Ves esos muros fortísimos, de sillarejos de mármol, pulimentados con la pátina de los siglos, que sirven de base á las paredes de una casita mísera, obra de moros quizás? ¿Ves aquel esquinazo formado por la tallada piedra de una pilastra ó de un ara, que aún conserva sus molduras? ¿Ves esas inscripciones latinas, antiguas lápidas funerarias, empotradas en los muros de la iglesia? Estos fragmentos anónimos, incluídos casual ó intencionadamente en las construcciones de los siglos medios, es lo único que, fijándote mucho, verás de la ciudad romana en la que, por la lenta é inexorable transformación de los siglos, fué edificándose con sus ruinas. Salgamos de ella, trepemos á la montaña y dirijámonos al teatro, único monumento que ha resistido en parte á la acción del tiempo y á la piqueta destructora de los hombres (1).

(1) Muchos autores se han ocupado del teatro de Sagunto, pero hasta el siglo XVIII no fué estudiado y descrito con exactitud. Los árabes admiraron aquella fábrica colosal: á ella se refiere sin duda Er-Razi, al decir: «En Morviedro ha un palacio fecho sobre la mar por tan gran maestría, que mucho se maravillan las gentes de que le veen por qué arte fue fecho.» *Sobre el mar* querrá decir *á la vista del mar*: como no existe el original arábigo de este relato, no puede comprobarse la exactitud de la versión castellana. Otra versión antigua de este mismo texto nos lo presenta de una manera más oscura todavía; dice así: «Et Monviedro es lugar muy preciado, e hay tomitos *(sic)* de población antigua; que Monviedro ha razon sobre el mar: fecho por tan gran maestría, que el home que lo viere, podrá hacer como es fecho». Al-Maccarí, dice también, como cosa notable, que había en Murviedro *un lugar de juego*, refiriéndose asimismo al teatro romano. Los historiadores valencianos Beuter, (parte I. cap. 17), Escolano (lib. VII, cap. 17), y Diago (lib. IV, cap. 5), lo describen á la ligera y con escaso conocimiento arqueológico. El primero que lo estudió concienzudamente fué el erudito D. Manuel Martí, deán de Alicante, en una carta latina dirigida á monseñor Zondadari, arzobispo de Damasco y Nuncio de Su Santidad en Madrid. Tradujo y publicó esta carta en Francia, el ilustre Montfaucon, en su *Antiquité expliquée;* en Inglaterra, Guillermo Cuningham, en las Actas de la Real Academia Irlandesa, 1790, acompañándola de observaciones que hizo sobre el terreno; y en España, D. Antonio Ponz en el tomo IV de su *Viaje*, 1774. Al mismo tiempo que el deán Martí, escribió el trinitario Fr. Josef

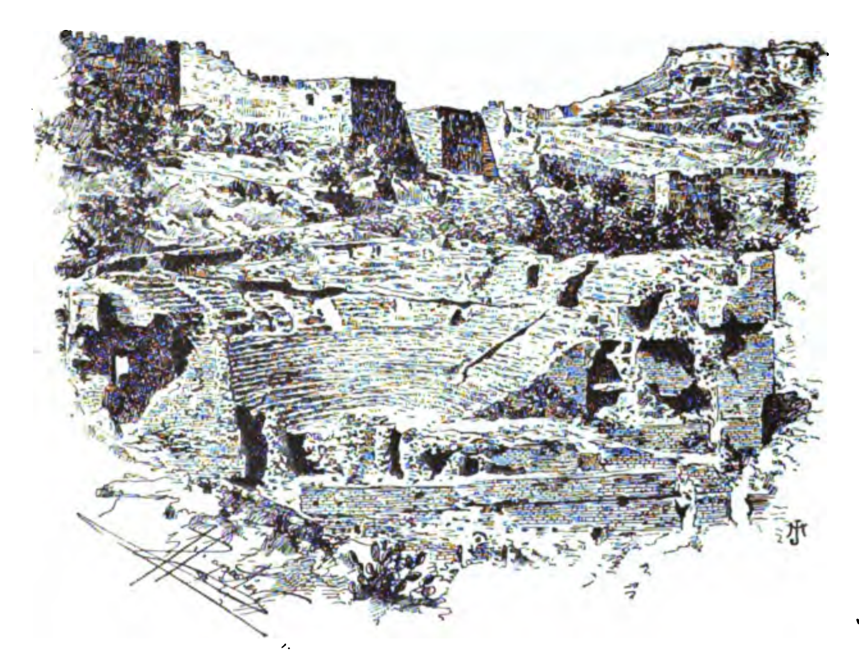
El prolongado cerro saguntino forma un arco muy abierto; da á Mediodía y á Poniente su convexidad, y á la parte de Nordeste el cóncavo seno, en el cual estaba enfaldada la primitiva población. Más arriba, sobre los tejados y las torres, donde el valle se domina y el horizonte se ensancha, en el regazo de aquella suave depresión, los romanos, excavando la peñascosa ladera, construyeron el teatro, obra por mitad de la naturaleza y el arte (1). La rampa que, haciendo largos zig-zags, sube al cas-

---

Manuel Miñana su *Dialogus de theatro Saguntino*, que fué incluído por el marqués Scipión Poloni en el tomo V del Suplem. al *Tesoro* de Grevio y Grenovio. Á fines de aquel siglo, un hijo de Murviedro, D. Enrique Palos y Navarro, celosísimo por la busca y conservación de sus antigüedades, y que mereció del rey el cargo de *Conservador* de ellas, dió á luz una *Disertación sobre el teatro y circo de la ciudad de Sagunto, hoy Murviedro*, Valencia, 1793. Algunos años después, D. Josef Ortiz, deán de Játiva, y escritor peritísimo en la materia, publicó su *Viaje arquitectónico anticuario de España* (Madrid, 1807, un tomo en gran folio, magnífica edición hecha en la Imprenta Real, con siete láminas grabadas en acero). Este libro, que trata exclusivamente del teatro saguntino, debía ser el primero de una colección de monografías que, por desgracia, no continuaron. Es una descripción concienzuda y acabada de aquel teatro, en la cual se advierten los errores en que incurrió el deán Martí, y los mucho mayores del incompetente Palos. No se avino éste á las enmiendas del Sr. Ortiz, y las contradijo en una carta destemplada (impresa en Valencia, 1811), á la cual contestó aquél de una manera dura y contundente (folleto impreso también en Valencia, 1812). La descripción y explicación del deán de Játiva ha quedado como definitiva, y puede consultarla el lector, si desea conocer la estructura del teatro de Sagunto. Para completar esta noticia, falta citar los autores extranjeros que se han ocupado de él. Ya he nombrado al inglés Cuningham, que lo visitó á fines del pasado siglo; el francés Laborde habla del teatro saguntino y lo dibuja en el tomo I de su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, París, 1811: el italiano Felipe Schiassi publicó un opúsculo latino *De typo ligneo theatri saguntini*, 1836, y el alemán Federico Vieseler incluye su descripción en su *Theatergebaude und Denkmaler des Buchneuwesens bei den Griechen und Romern*, Gottingen, 1851. En las Reales Academias de Nobles Artes, de San Fernando, en Madrid, y de San Carlos, en Valencia, hay dos copias corpóreas iguales de este teatro, hechas de corcho en 1796, por D. Ignacio de Muzquiz: son interesantes porque en aquella época estaba mejor conservado que hoy. En 1812, al poner en estado de defensa el arruinado castillo, se echó á tierra la parte superior del edificio romano, destruyéndose las galerías de la *summa cavea*. Abandonado estuvo y expuesto á mayor destrucción, hasta que en 1848 se fijó en él D. Miguel Antonio Camacho, jefe político de la provincia, y mandó que lo limpiase de escombros una brigada de presidiarios. En 1859, á instancias del cronista de Valencia don Vicente Boix, y mediante real orden, hízose cargo de la protección del monumento la Real Academia de la Historia, separándolo de la zona militar del castillo. Después, la Diputación provincial construyó en 1864 la pared de mampostería que cierra su recinto.

(1) Aprovecharon los griegos, y después los romanos, disposición análoga

tillo, nos conduce también al arruinado monumento. Extensa tapia, recién construída, lo circuye, tapia provechosa, pero anti-artística. Abierto por todas partes, como estaba antes, abandonado en los flancos de la montaña, confundiendo á lo lejos con las ásperas rocas sus ruinas ennegrecidas, y revelándose de improviso á los ojos de quien lo veía aparecer y agigantarse de



SAGUNTO.—TEATRO ROMANO

pronto, causábame mayor efecto. Pero la cultura tiene sus exigencias prosaicas; hoy hemos de detenernos ante el humilde muro, parecido á la cerca de un corral, y esperar á que el conserje abra la modestísima puerta, que guarda bajo llave los restos de otras edades, y sobre la cual hay pintadas letras negras que dicen: *Teatro romano*. Una vez dentro, advertimos con

---

del terreno para construir con menor coste muchos de sus teatros. Cítanse entre ellos los de Argos, Lacedemonia, Atenas, Tíndaris, Segesta, Taornina, Siracusa, Clunia y otros.

asombro su magnitud: yérguense sobre nuestra cabeza moles informes de muros colosales, que semejan peñascos desprendidos de la montaña y que amenazan aplastarnos; pasamos temerosos por debajo de sus arcos encorvados y rotos, y nos encontramos en medio de la semicircular *orchestra*, extendiéndose ante nosotros el amplio hemiciclo, cuyas gradas concéntricas, formando majestuosa escalinata, suben hasta las galerías superiores del pórtico. Faltan en ellas las losas labradas de los asientos (1), pero quedó señalada en la peña viva del monte la uniforme gradería, sobre la cual se apiñaba el público ansioso de las emociones de la escena (2). Ésta, por el declive natural de la

(1) La orchestra, la gradería y quizás el pórtico superior estaban soladas con losas bruñidas, de la misma piedra que era todo el teatro, pero fueron arrancadas para construcciones posteriores. Algunas que vió en 1800 el deán Ortiz desaparecieron poco después.

(2) Según la minuciosa descripción del deán Martí, la gradería, desde la *orchestra* hasta lo más alto de los asientos, tiene 138 1/2 palmos valencianos de elevación; pero alargando la medida hasta lo más alto de las paredes existentes entonces, llegaba á 144 y medio. El diámetro de la *orchestra* es de 96; el de la gradería, en la parte más elevada, 330. Tiene 33 gradas, siguiendo la descripción de Ortiz, más exacta que la de Martí, y contando los pasillos ó corredores (*praecinctiones* de Vitrubio, *diazoma* de los griegos), que servían para el tránsito y separaban con barreras horizontales las diferentes *caveas*, ó tendidos, cuya categoría disminuía en razón de su altura, desde la *imma cavea* hasta la *summa cavea*. Variaba el número de estas *caveas*, según las dimensiones del teatro; en el nuestro, eran tres. Comenzando por la *orchestra* (patio), hay en él (y esto no se ha observado en otro alguno) tres gradas de honor, doble anchas que las otras, las cuales servirían para colocar cátedras ó sillones; siguen seis gradas, del tamaño común á todas las demás del teatro; dos palmos de alto y tres de ancho; hasta aquí la primera *cavea*, destinada comunmente al orden ecuestre. Dos precincciones la separan de la segunda, la cual tiene siete gradas. Hay después una sola precincción, y comienza la tercera *cavea*, cuyas gradas son diez. Allí se levantaba el pórtico, así llamado en los teatros griegos y romanos, por ser una especie de galería cubierta, sostenida por columnas á la parte del hemiciclo y cerrada por detrás con pared, como la *naya* en nuestras plazas de toros. Pero en el teatro saguntino, este corredor abovedado (de 16 palmos de ancho y 14 de alto) estaba cerrado con pared por ambos lados, con puertas que se abrían sobre la gradería; no servía, pues, para ver la escena, sino solamente para facilitar el tránsito, y quizás para refugio en caso de lluvia repentina. Encima del pórtico había aun cuatro gradas últimas. El deán Martí conjetura que eran para los siervos, libertos, meretrices y otras gentes de baja condición, pero no aduce pruebas. En la pared que cerraba esta galería superior, aún vieron Palos y Ortiz unos modillones de piedra en los que se encajaban los postes sustentadores del *velarium*. Desde la *orchestra* se subía hasta el pórtico por nueve escalerillas, que cortaban el graderío en línea recta, dividién-

montaña, exigió grandes obras de cimentación, que son las únicas que han quedado. En aquel sitio, donde los actores, cubierta la faz con la máscara, que ahuecaba su voz, y calzados con los zuecos ó el coturno, que aumentaban su estatura, representaban las comedias de Plauto y de Terencio, ó las tragedias lúgubres de Séneca, se ve aún la extensa explanada del proscenio, la cual estaba cubierta de tablas; y detrás, donde se levantaba el suntuoso edificio de la escena, se abre hoy un foso profundo, formado por dos muros prolongados y paralelos, entre los cuales cruzan diez y seis muretes transversales, dejando entre sí quince cavidades, á manera de pozos. La imaginación del pueblo y la ciencia de los arqueólogos se han esforzado en descubrir ó fantasear el destino de esos subterráneos. Dicen las gentes del país que eran encierro de las fieras ó calabozos de gladiadores, como si se tratara de un circo y no de un teatro (1). Han supuesto algunos anticuarios que servirían para tramoyas de la escena; otros, que harían oficio de tornavoz. No han reparado que su estructura está diciendo no haber tenido más objeto que sostener la construcción del teatro por aquella parte, ahorrando los materiales de un inútil relleno. Nada queda de la fábrica suntuosa de la escena, que en este sitio debía levantarse hasta el nivel

dolo en ocho espacios iguales. (Llamábanse *cuneas*, porque afectaban la forma de cuñas). Estas escalerillas se construían abriendo un escalón en cada una de las gradas de asiento. Desde la parte exterior del edificio se penetraba en la gradería por las puertas *(vomitoria)* abiertas en él á diferentes alturas, y á las cuales se llegaba por pasadizos abovedados. Aún hay algunos practicables, de obra tan fuerte, que parecen minas cavadas en la montaña. El deán Martí saca la cuenta de que la gradería, dando palmo y medio á cada asiento, era capaz de 7,426 espectadores, sin contar las escaleras, destinadas para subir y bajar, ni la última grada del pórtico, en el cual, en sillas ó de pie, podían acomodarse mil personas; ni la *orchestra*, destinada al orden senatorial, en la cual caben seiscientas sillas: de modo que, según estas cuentas, el teatro saguntino podía contener más de nueve mil espectadores. Tiene de particular este teatro dos adiciones exteriores, una á cada extremo del hemiciclo: estos cuerpos salientes del edificio se construyeron sin duda para servir de contrafuertes, que lo defendiesen de las avenidas del monte: por eso son de obra fortísima, con muros enormes.

(1) El P. Diago incurrió en este error: dice que en estos aposentos bajos «estaban las fieras, los gladiadores, y los representantes que habían de regocijar la pueblo.»

de las últimas gradas del hemiciclo *(summa cavea);* desapareció el palacio, decoración fija de estos teatros *(episcenium)*, revestido sin duda de mármoles y jaspes, con su magnífica puerta real *(ostium regium)*, y las dos puertas secundarias *(ostia hospitalia)*, con su fachada de dos ó tres cuerpos exornados con columnas y cornisones y el esculpido frontispicio. Ni vestigios quedan de aquella obra, más expuesta á los agentes destructores que la construída al abrigo del monte; pero ofrece, en cambio, la descubierta escena el fondo luminoso y extensísimo de un paisaje encantador. La población de Murviedro á nuestros pies; la Vía-Crucis, con sus capillitas blancas y sus cipreses erguidos é inmóviles, que sube por esta misma montaña, ocupando las antiguas canteras romanas; el valle frondoso del Palancia allá abajo; los collados que á la otra parte se levantan; la llanura que tras ellos se descubre, el pintoresco cerro de Almenara, y la línea azul del mar en el confín del horizonte, son una decoración natural, superior á todos los prodigios del arte. Aún nos parece más atractiva y más bella, cuando, evocando desvanecidas grandezas, imaginamos ver la antigua Sagunto, con sus palacios y sus templos marmóreos, reclinada en las faldas de esta montaña y dilatándose por el llano, rodeada por todas partes de villas y jardines; y pensamos distinguir, á la orilla del río, el inmenso y clamoroso circo, y seguimos las vías que conducen al barrio industrial y marítimo, señalado por el montículo de Tiberio, y allá, al lejano puerto, donde los trirremes cargaban, para llevarlas á Roma, las ricas producciones del *Ager saguntinus* (campo de Sagunto.)

En ningún punto del arruinado edificio hay restos de estatuas, inscripciones, ni bajo-relieves, ni de columnas, pilastras, frisos ó cornisas, por los que se pueda conocer el orden arquitectónico á que pertenecía, ó la época en que fué construído (1).

---

(1) Escolano supuso que se construyó así que restauraron la ciudad los Scipiones; no pensó que en aquella época ni en la misma Roma había aún teatros

Un docto arqueólogo de principios de este siglo, fijándose en la estructura especial de sus sólidos muros, de obra cementicia, revestida en sus dos caras de sillarejos pequeños y desiguales decidió que debió edificarse á mediados del siglo III de la era de Cristo, por creer que hasta aquella época, de decadencia ya para el arte romano, no se empleó esa manera de construcción en los edificios monumentales (1). Pero esto no es exacto: en Pompeya, y en la misma Roma, hay monumentos construídos con sillarejos, de fecha muy anterior. D. Antonio Delgado, en el informe que dió á la Real Academia de la Historia al tomar posesión del teatro saguntino, fijándose también en la naturaleza de la obra, la remonta á los mejores tiempos del imperio, ó á últimos de la república (2).

---

permanentes. Diago atribuyó su construcción al emperador Claudio, sucesor de Calígula, sin más fundamento que haberse encontrado, no en el teatro, sino en otra parte, dos inscripciones en honor suyo; pero, bien estudiadas, resulta que están dedicadas al segundo Claudio, el llamado Gótico.

(1) El deán Ortiz, en su *Viaje arquitectonico-anticuario*. Explicando con exactitud el modo cómo está construído el teatro, dice que la obra, en la superficie de los muros es de sillares muy pequeños, de longitud desigual, de piedra caliza azulada y oscura, sacada del mismo monte. Llamaron los griegos á esta construcción *pseudisodoma* (de hiladas de piedras desiguales). No están pulimentados los sillarejos, ni trabajados con escuadra y escoplo, sino solamente desbastados con mazos ó piquetas, y buscada para los paramentos exteriores la cara menos escabrosa. El interior de las paredes es de estructura *cementicia* de Vitrubio, esto es, de piedra irregular y menuda, tomada del desbasto de las canteras, y con tal abundancia de mortero, que la piedra está anegada en él. Los sillarejos tienen una soldadura de mortero, resaltada del tendel, de un dedo de ancho, con un realce de cerca de medio dedo, semejante á nuestros agramilados, pero irregular por la desigualdad de las piedras. Es una mezcla muy fuerte y compacta, tan petrificada por los siglos, que le arranca chispas el eslabón. De la misma estructura material que la del teatro saguntino, son innumerables ruinas de edificios romanos, acueductos, caminos, puentes y otras, esparcidas por los campos á ocho ó diez millas de Valencia, río Turia arriba, en los términos de Ribarroja, Villamarchante, etc.

(2) Dice el Sr. Delgado en este informe, inserto en el tomo I del *Boletín de la Real Acad. de la Historia*: «Las altas paredes que subsisten son de durísimo mortero, revestido á veces de sillería, no de piedras grandes, sino medianas, pero de notable igualdad y simetría, como construcción de los mejores tiempos del imperio, cuando no de los últimos años de la república, pues es muy semejante al teatro llamado de Pompeyo, cuyas ruinas se conservan en Roma.» El Sr. Chabret se inclina á creer que pertenece á los primeros tiempos del imperio, porque los restos litológicos encontrados, designan aquella época como la más floreciente de Sagunto.

Hoy, sus restos imponentes nos producen una impresión de tristeza, á la cual no acompaña la melancolía poética de otras ruinas más simpáticas y halagadoras. Hay algo de duro, de imperioso, de monótono y abrumador en la regularidad fría y exacta de esta edificación colosal. La idea de la fuerza, que va siempre unida al recuerdo de Roma, surge incontrastable de estos escombros, adheridos á las rocas y empedernidos como ellas. Una viajera de ingenio vivaz y alma apasionada, escribía en su diario, después de visitar estos lugares: «¿Qué os diré del teatro saguntino? Que es parecido á todos los demás: Roma es siempre la misma; fuerte, grande, positiva, cruel; y si los cielos no tendiesen sobre aquellas ruinas su azul *velarium;* si la tierra, fecundada por el hálito del Abril, no se cubriese de renacientes flores; si la naturaleza entera, con los declives del terreno, con la majestad del mar, con el silencio de la soledad, con la frescura de los huertos, no uniese á esos restos su vida, infinitamente poética y variada; si los siglos, en fin, esos grandes artistas, no hubiesen roto la rigidez de las líneas rectas, aislando en solemne abandono los pilares, que no sostienen ya nada, hundido la bóveda cuyo arco queda pendiente en el aire, y rehecho, destruyéndola, una belleza superior á la inexorable regularidad de aquellos vastos monumentos, el cuadro sería grandioso, pero no tendría atractivo, sería brutal y uniforme, como era el pueblo romano (1).» Tenemos que vencer la dulce atracción de esa naturaleza sonriente, para completar por un esfuerzo de la fantasía este monumento arruinado, interceptar el horizonte lejano con el alcázar columnario de la escena y cubrir el cielo espléndido con el inmenso toldo, teñido de colores brillantes. Vemos entonces al pretor ó á los decuriones, en el centro de la *orchestra;* en torno de ellos á las sacerdotisas, los flámines y los arúspices sagrados, y en prolongadas filas de sillas lujosas, á los senadores, llenando

(1) *A travers les Espagnes, par l'auteur des Horizons prochains* (la condesa de Gasparin), París, 1869.

aquel rellano de honor. Vemos en las primeras gradas á los patricios; en las posteriores, hasta el pórtico, al numeroso pueblo, y allá, en los últimos asientos, á la multitud servil, todos atentos á los diálogos de la escena, pomposamente declamados en hexámetros rotundos (1), ó á las danzas voluptuosas de las bailarinas y á las farsas grotescas de los histriones. Todo pasó: silencio profundo y soledad completa nos rodean, y de aquella vida palpitante y ruidosa, expresión genuina de toda una raza y una civilización, no quedan más que estas moles de piedra deformadas, y algunas inscripciones borrosas, recogidas aquí y allá, que para conservarlas mejor, han sido traídas á este sitio y adosadas á sus sólidos muros.

Interesantes para el arqueólogo son todas (2): tiéntanle unas con sus mal explicados caracteres ibéricos; otras guardan en sus rótulos latinos la memoria de varones ilustres de la Sagunto romana, ó el agradecimiento de la ciudad á sus bienhechores. Sólo nos detendremos ante una de ellas, la de capital importancia. ¿Ves esa lápida de piedra oscura, gris-azulada, en cuya superficie, comida por el tiempo, hay cinco renglones de letras romanas que dicen: P. SCIPIONI. COS—IMP. OB. RESTITV—TAM. SAGUNTVM—EX.S.C. BELLO. PV—NICO. SECVNDO, y que traducirás fácilmente: ***Á Publio Scipión, cónsul y emperador*** (general) ***por la restauración de Sagunto en la segunda guerra púnica, según decreto del Senado?*** Ahí, en los breves trazos que el cincel dejó incisos en esa piedra (3), están paten-

(1) Una de las circunstancias que hacen notar todos los que han estudiado este teatro, es su extraordinaria sonoridad. Medio destruído como está, se oye perfectamente en las últimas gradas lo que se declama en la escena.

(2) De las numerosas inscripciones romanas halladas en Sagunto, se han ocupado todos los autores que han tratado de los restos litológicos de nuestra patria. Los historiadores valencianos no han descuidado este estudio: Beuter copió ya algunas lápidas saguntinas; Escolano cita muchas. Pero el investigador más paciente fué el conde de Lumiares, en cuya interesante memoria hay transcritas más de noventa. Hubner, en su precioso *Corpus inscriptionum latinarum*, incluye ciento treinta y ocho títulos de Sagunto (del número 3819 al 3975 del tomo II).

(3) Estaba en el castillo, empotrada en una de las troneras del baluarte de

tes, al través de tantos siglos, la victoria de Roma sobre Cartago, el cumplimiento del deber contraído por el pueblo-rey para con la ciudad-mártir, y la gratitud de ésta hacia su ilustre restaurador. Publio Cornelio Scipión, apellidado después el Africano, hizo pagar caros á los cartagineses los triunfos de Hanníbal; él los arrojó de España, y juzgando que no quedaba cumplida con ello la misión de Roma en este país, buscó por todas partes á los saguntinos, vendidos como esclavos por los soldados de Cartago, los restituyó á sus hogares y les hizo grandes mercedes. Tan reconocida quedó Sagunto, que siendo Escipión cónsul en Roma, envió á la ciudad Eterna diez legados con una corona de oro para Júpiter capitolino, y un donativo de quinientos marcos de oro y mil quinientos de plata. El Senado romano aceptó la corona; no el donativo: destinólo al embellecimiento de la misma Sagunto.

Protegida por la victoriosa Roma, aprovisionada por un territorio feraz, enriquecida por el tráfico marítimo, fué la ciudad principal de esta costa, desde Tarragona hasta Cartagena; sus habitantes gozaban la preciada categoría de ciudadanos romanos: *civium romanorum oppidum*, dice Plinio. ¿Quieres reconstruirla con la fantasía, amigo lector? No nos movamos de este lugar: desde el teatro dominamos la población y la campiña; salga á la escena la Musa de la historia. Las vicisitudes de un pueblo como Sagunto son tan interesantes, por lo menos, como las tragedias que en ella se representaron.

San José: de allí fué trasladada al teatro. D. Antonio Delgado, en el referido informe, dice de esta lápida y del monumento á que se refiere: «No creemos se erigiese en aquella remota época, porque, al expresar la segunda guerra púnica, más parece usaron esta frase como historiadores que como contemporáneos; tampoco en la decadencia del imperio, porque su sencillo estilo, acostumbrado en la epigrafía del siglo de oro de la literatura, y la bella forma cuadrada de los caracteres, no lo permiten. Así, pues, creemos fué grabada en los primeros años del imperio de Tiberio César, es decir, el 14 ó 15 después de Cristo, ó sea, de la era vulgar, fundados en que la forma del monumento y los caracteres son iguales á la inscripción antes descrita de Druso César. No tememos afirmar que es uno de los monumentos epigráficos históricos más importantes que en España se encuentran.»

La primitiva población ibérica estaba encaramada en lo alto del monte, ceñida por muros ciclópeos: posición muy propia de aquellos tiempos. La fortificada cumbre fué después la acrópolis de la ciudad: hoy ocupa su lugar el castillo: luego subiremos á él. Cuando la colonización extranjera agrandó el recinto urbano, extendióse el caserío por las laderas del Norte y del Nordeste, arrimado aún á la montaña amparadora. Este asiento tenía Sagunto, al ser batida por Hannibal, y al ser reedificada por los Escipiones. De su perímetro dan testimonio torres y murallas aún existentes. Surgen entre las casas aquéllas, todavía almenadas: todas ellas fueron reconstruídas en la Edad media; pero aún conservan en su base los muros romanos, y algunas casi toda su fábrica (1). Dos lienzos de muralla, que bajan de los extremos oriental y occidental de la acrópolis, cierran por ambos lados este recinto, y los une, por la falda del cerro, otra línea de muralla, que sigue la Calle Real. Esta calle, arteria central de Murviedro, era entonces su ronda exterior (2). Después de la

(1) Entre estas torres, la que presenta mejor el carácter romano es la llamada hoy del Hospital por estar incluída en el edificio que tiene este benéfico objeto. Es una torre cuadrada, construída hasta buena parte de su altura con enormes sillares bien labrados. Formaba el ángulo noroeste del recinto amurallado.

(2) «Á partir del extremo occidental del alcázar, bajan las murallas formando varios zig-zags hasta la puerta denominada de Teruel, defendida por sólidas torres cuadradas, cuya base está compuesta de grandes sillares, que no permiten dudar que esta construcción pertenecía á los buenos tiempos del imperio. Sigue el recinto, en la forma indicada, hasta llegar á la famosa torre del Hospital, monumento romano soberbio, que subsiste en perfecto estado de conservación. De aquí tuerce en ángulo recto, extendiéndose en línea recta hacia el E. donde otra torre como la anterior forma el ángulo de fortificación, y flanquea con otra torre gemela la antiquísima puerta de Valencia, llamada en la Edad-media *Puerta Ferrisa*. Desde este punto sube el muro bordeando la falda oriental del monte, hasta terminar en los Tres Castillos, ó sea la extremidad E. de la fortaleza. Este recinto tiene de trecho en trecho antiguas torres, cuadradas por lo general, y restos de cinco puertas, que desaparecieron al perder su importancia este género de fortificaciones. Un interesantísimo epígrafe nos evidencia que Cayo Fulvio Titiniano y Cayo Lucilio, duumviros de la ciudad, reconstruyeron por encargo de los decuriones las murallas y torres de Sagunto, en tiempos de la república.» Chabret, loc. cit. La inscripción á que se refiere este autor, publicada á medias por el Príncipe Pío (número 191 de su colección), se ha completado al encontrarse en el castillo la otra mitad de la piedra, en 1873. Hubner, en la visita que hizo á Sagunto en 1886, recons-

guerra sertoriana y las de Pompeyo, pacificada España, prosperó Sagunto, como principal centro de la dominación y la cultura latina en la Edetania, y entonces sin duda ensanchó sus edificaciones por el valle, á un lado y otro del río, sobre el cual construyó puentes, de los que aún hay restos. Al extremo occidental quedó limitada la población por la antigua muralla: el arrabal de Santa Ana, situado en aquella parte, es de época posterior. Al extremo opuesto, á Levante, la ciudad se extendía más que ahora; rodeaba la falda del monte hacia Mediodía, rebasando la actual línea férrea más de cien metros hacia el mar. Al Norte del Palancia, poblaba con grandes suburbios las partidas que hoy se llaman de Oliva y Palmosa, y más al Este, la que ha conservado el nombre de Montíber, del altozano *Mons Tiberii* (llamado hoy *el Cabesol*) donde habría algún monumento dedicado á aquel emperador. Allí estaba el barrio industrial y marítimo, importante en una población que era centro de un activo tráfico. Así lo declaran sus monedas, en las que son emblemas frecuentísimos el barco, la concha y los delfines. Mencionan también el puerto de Sagunto los autores antiguos; pero ¿dónde estaba? La costa, baja y arenosa, no presenta hoy cómodo fondeadero; los que más han estudiado el asunto inclínanse á creer que los estanques de Almenara, más profundos y extensos entonces, eran la dársena saguntina (1).

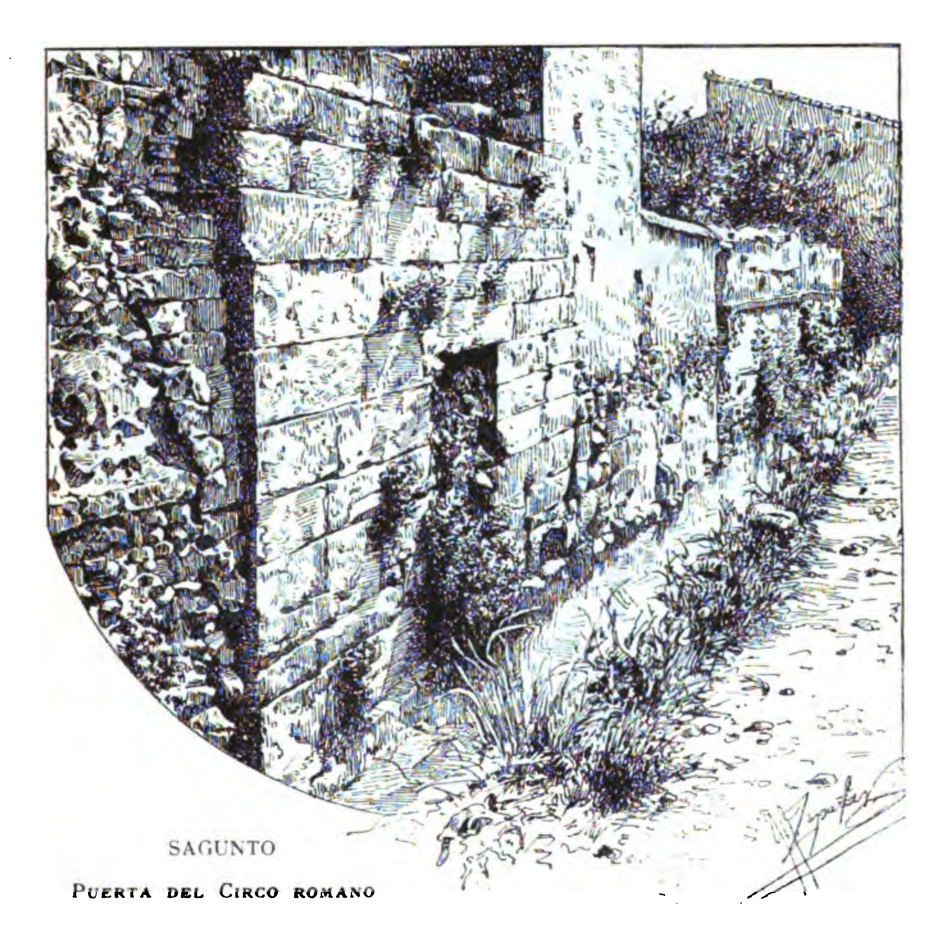
Excepción hecha del teatro, nada queda en pie de aquella ciudad tan rica y populosa: sus restos yacen sepultados en el lugar donde estuvo asentada. Al roturar los campos, al cons-

---

tituyó la inscripción, que dice así: G.FVLVIVS. C. TITITIAN—C. LVCILIVS.L.F—II.VIR.EX.D.D—TVRRIS.ET.MVROS—REFIC. COER.I.Q.P. *Cajus Fulvius, Cai filius, Titinianus, Cajus, Lucilius. Luci filius, duumvirus, ex-decreto decurionum turris et muros reficienda coeraverunt idemque probaverunt.* Por el grandor de las letras, el estilo castizo y breve de la inscripción, y más que todo, por la abreviación *coer,* de la palabra *coeraverunt*, en lugar de *curaverunt*, opina Hubner que ésta es una de las pocas lápidas romanas del tiempo de la república, que hay en España.

(1) Esta opinión sustenta el Sr. Chabret, cuyas detenidas observaciones sobre la topografía saguntina me han servido de guía en el presente capítulo.

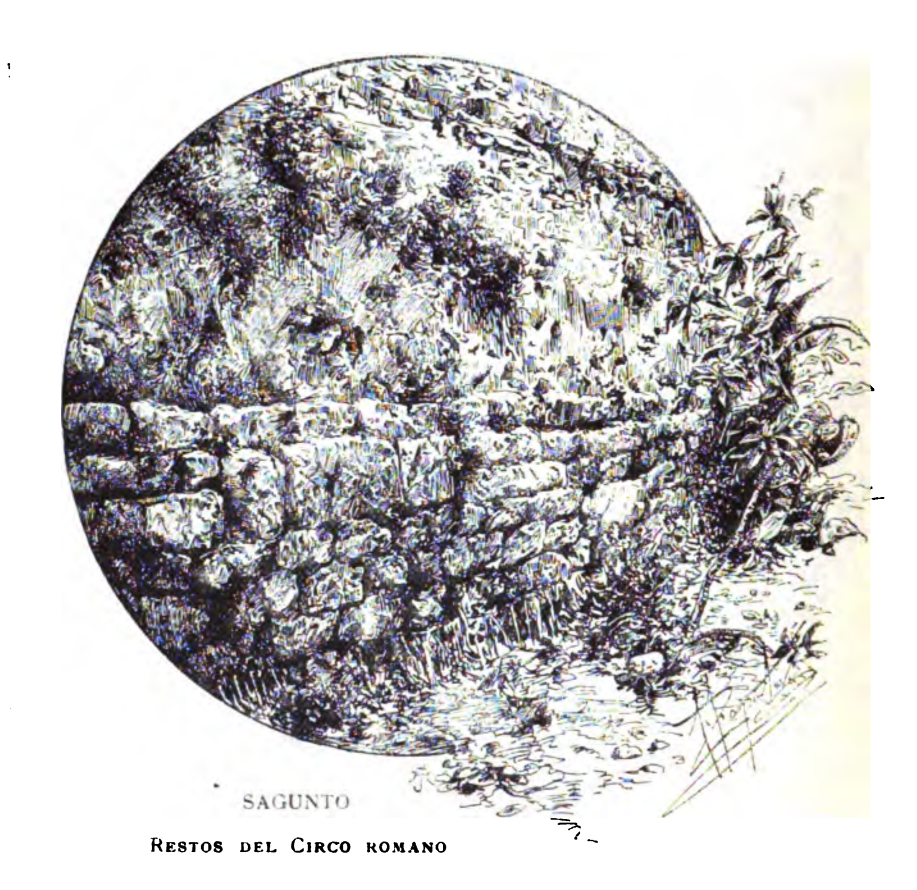
truir caminos, al abrir cimientos, al perforar pozos, aparecen por todas partes construcciones enterradas, escombros esparcidos, pavimentos deshechos, estatuas mutiladas, columnas rotas, cascos de vasijas, monedas, armas, utensilios de toda clase. ¡Qué pre-



SAGUNTO
PUERTA DEL CIRCO ROMANO

cioso museo hubiérase formado, conservando alguna porción tan sólo de los frecuentes hallazgos! La ignorancia y la codicia, por una parte, el afán monopolizador de anticuarios y coleccionistas, por otra, han destruído ó dispersado lo que debiera ser tesoro riquísimo de la ciudad heredera de las glorias y los desastres de Sagunto.

De sus antiguos monumentos, el circo era sin duda el más vasto. Construídò junto al cauce del Palancia, en su misma dirección de Poniente á Levante, se puede seguir aún el muro de Mediodía, que sobresale del terreno tres ó cuatro pies; el del Norte,



RESTOS DEL CIRCO ROMANO

que lindaba con el río, batido por la corriente ó falto de apoyo por el hundimiento del suelo, ha sufrido más, pero aún se ven, medio derrumbados, los gruesos paredones. Desapareció el muro recto que cerraba el circo por la parte de Poniente, donde estaría su ingreso principal, el pórtico y la fachada; pero se conserva en pie el muro del hemiciclo que limitaba su extremo oriental, y aún sirve de lindero á los huertecillos que ocupan toda el área

del circo (1). Frondosos frutales y lozanas hortalizas crecen donde luchaban enardecidos los atletas y levantaban el glorioso polvo del estadio las cuadrigas de los *cursores;* y allí, donde sonaban las aclamaciones ruidosísimas de la multitud, sólo se oye la charla de los gorriones en las bardas de los corrales, y el piar de algún pardillo ó pitirrojo, que salta de rama en rama. El terreno ha subido bastante, de modo que las paredes de este monumento resultan medio enterradas. En el fondo, donde no alcanzan el azadón y el arado, estarán aún probablemente la *espina* y las *metas*, que dividían y limitaban la pista. En el muro de Mediodía, á unos cien pasos del hemiciclo oriental, en la calle que se llama ahora de los Huertos, junto á la Acequia de la villa, que sigue su dirección, se ve una puerta cuadrada, de fuerte cantería, cuyos sillares están unidos sin lechada de cal ni argamasa. Era una de las entradas secundarias del circo. Sobre ella hay dos pedestales, que sostendrían estatuas ó trofeos (2).

Á la parte de Poniente de la ciudad hay ruinas de un acueducto, que le llevaba aguas del Palancia, tomándolas á tres kilómetros más arriba.

Hablemos ahora de los templos. Ya hemos visto los vestigios del *Fanum Veneris* en los collados de Almenara. Si es cierto que estaba allí el puerto de Sagunto, bien recibidos eran los navegantes que llegaban á él: les sonreía la diosa de la hermosura y del amor. En la ciudad, el santuario principal, antes ya de la guerra cartaginesa, y documento á la vez del origen jónico de su colonización helénica, era el templo de Diana. Fué lo único que mandó Hannibal respetar en los estragos del saco. Plinio el

(1) El Príncipe Pío que, en sus *Antig. del Reino de Valencia*, habla de estos restos, como descubrimiento suyo, contó 550 pasos naturales en la extensión longitudinal del circo, y 114 de anchura. El aristócrata anticuario no tuvo presente, al atribuirse este hallazgo, que las ruinas del circo eran ya bien conocidas: el P. Miñana habló de ellas con detenimiento.

(2) Esta puerta, que tiene siete pies de alto y tres y medio de ancho, es la diseñada en el dibujo que está á la vista. El otro copia parte de la pared semicircular que cerraba el circo por la parte de Oriente.

Joven aún alcanzó á verlo, y habla de los maderos de enebro incorruptible, de que estaba techado, y que eran los mismos de su primitiva fábrica; erigida, doscientos años antes de la guerra de Troya, por los mismos zacintios que fundaron la ciudad, según testimonio del antiguo escritor Bocho (1). Sobre el punto donde estuvo, divergen los autores. Beuter lo situó en lo que es hoy Plaza Mayor, frente á la torre de la iglesia. Siguió esta opinión el Príncipe Pío, al ver en aquel punto cimientos de sillería, ruinas de grandes dimensiones, y este fragmento de inscripción: DIANAE.... CVLTORVM (2). Otros historiadores y anticuarios, fundándose en que Plinio sitúa este templo en la parte baja de la ciudad, *infra ipsum oppidum*, y en los restos importantes de antiguas construcciones encontrados en el punto donde se edificó el convento de la Trinidad, cerca del río, creen que éste fué su emplazamiento. Escolano, que participa de esta opinión, atribuye al celoso investigador de antigüedades, el caballero valenciano Don Francisco Llansol de Romaní (3), el hallazgo de la inscripción *Templum Dianae*, que estaba en su portada, y de otra que había, encima de ella, sobre una cornisa, con estas palabras: *Alba*, *vacca*, *et nigra Dianae;* pero hoy no podemos comprobar estas citas, ni hay memoria de tales inscripciones. Tributaban culto también los saguntinos á Palas, á Marte (que tenía un colegio

(1) «Memorabile.... in Hispania, Sagunti, templum Dianae á Zacyntho advectae cum conditoribus annis ducentis ante excidium Troiae, ut auctor erat Bocchus, infra ipsum oppidum id habent. Cui pepercit, religione inductus, Hannibal: juniperi trabibus etiam nunc durantibus.» *Hist. nat.* lib. XVI, cap. 40.

(2) Esta inscripción ha sido trasladada al teatro, donde puede verse. Las ruinas donde se encontró pueden verse también en el corral de la casa número 15, calle del Trasagrario, contigua á la casa solariega de los Aguiló, á espaldas de la iglesia mayor. Son un muro de grandes sillares, de construcción indudablemente romana y carácter monumental.

(3) Este nobilísimo valenciano, sobrino de un maestre de Montesa del mismo nombre, empleó gran parte de su vida y sus recursos en buscar y copiar inscripciones antiguas por toda la Península, y es lástima grande que la muerte le impidiese dar á la estampa su *Colectánea de las Piedras y Ríos de España*, obra que nos hubiese conservado muchos restos interesantísimos de la antigüedad. Vivió en la segunda mitad del siglo XVI.

de sacerdotes salios, lo mismo que en Roma), á Baco, á Esculapio, á Hércules y á otros dioses y semi-dioses; tampoco quedan vestigios de sus templos: deducimos su existencia de las inscripciones que se refieren á sus respectivas deidades. En 1745, al reparar la carretera de Valencia, halláronse, á muy corta distancia de la población, ruinas importantes, hermosos jaspes bien labrados y un primoroso mosaico, en el cual estaba figurado Baco, y que se ha perdido por negligencia lamentabilísima de las gentes de aquel tiempo (1): no basta esto para decir que estaba allí el santuario de aquel dios. Veremos luego, cuando subamos al castillo, que hubo también en aquellas cumbres antiguos templos.

Algo habrá que decir de las medallas saguntinas, aunque sea muy á la ligera, pues no caben en el plan de este libro los estudios numismáticos, necesitados siempre de investigaciones prolijas. El docto maestro Flórez nos dió clara idea de las monedas de Sagunto que se conocían en su tiempo. Ampliaron sus noticias Heiss y D. Antonio Delgado en sus obras magistrales, y aún quedó algo que añadir á los investigadores últimos. Clasificó Delgado las medallas saguntinas de esta manera: 1.ª serie, autónomas ibéricas, anteriores ó contemporáneas á la segunda guerra púnica; 2.ª, autónomas bilingües latino-ibéricas, con nombres

(1) Refiere el Príncipe Pío que se hallaron en aquel sitio preciosos jaspes labrados (que se destinaron al trascoro de la iglesia mayor), y el magnífico mosaico que dibujó, con el número 114, en su obra, copiado por Ponz en su *Viaje de España*, tomo IV, y por Boix en sus *Memorias de Sagunto*. Representaba á Baco, montado en una pantera, coronado de pámpanos, y con el tirso en la mano; al rededor corría una greca de sarmientos, que salían de cuatro jarrones, puestos en los ángulos. Doce geniecillos, en figura de niños, cogían racimos en los sarmientos. Cree el Príncipe Pío que este mosaico pertenecía á un panteón, y de las señales de fuego que se advertían en estas ruinas, dedujo que eran anteriores al incendio de Sagunto. D. Antonio Delgado, con mayor conocimiento arqueológico, ha rebatido esta suposición. Ni era propio de aquella época el lujo refinado que revelaba este monumento, ni la complicación y especial gusto del dibujo. Mandóse conservar este mosaico, construyendo, al efecto, una casita; pero nadie cuidó de ella y fué desapareciendo el tesoro artístico que encerraba. En la biblioteca de la Real Academia de la Historia se conserva un ms. de D. Miguel Eugenio Muñoz, titulado *Disertación sobre el pavimento descubierto en la villa de Murviedro*, escrito cuando se hizo este hallazgo. Este escritor fué sin duda quién dió las primeras noticias de él.

de magistrados romanos; 3.ª, imperiales de Augusto, en *omonoia* (1) con Segobriga; 4.ª, imperiales de Tiberio. Durante el mando de este César parece que concluyó en Sagunto el derecho de acuñar moneda. Las puramente ibéricas, es decir, sin leyenda latina, no suelen tener más inscripción que el nombre de ᐅᐊᔕᒣ (Arse). La más antigua, según Delgado, es una monedita pequeña, sin leyenda, con la concha á un lado y el delfín al otro (2); pero nuevos estudios han inducido á Zobel de Zangroniz (3) á atribuir también á Sagunto y considerar anteriores otras monedas, que nos presentan en su anverso la cabeza del Hércules ibérico, y en su reverso el toro con faz humana, el mismo símbolo de las de Massilia, muy común en las de la Gran Grecia (4). Luego de estas monedas del toro y de las del delfín, encontramos otras, de leyenda ibérica igualmente y con el busto de Hércules, pero caracterizadas por el jinete con lanza, que algunos quieren que sea el símbolo propio de la raza celtibérica. De ello deducen que los celtíberos dominaron algún tiempo la ciudad saguntina, situada en sus confines. En estas monedas se ve ya el caduceo, que subsiste en adelante como insignia principal de Sagunto. Después, aun antes de aparecer en sus monedas la leyenda latina, preséntase la cabeza de Palas galeada (con casco), y la proa del barco, coronada á veces por una victoria, como en el numerario romano. Con ese mismo busto y

(1) Llama Delgado *omonoia* á la concordia entre dos ciudades para establecer una moneda común: en estas, de Sagunto y Segobriga, figuran los atributos de una y otra ciudad: el caduceo saguntino, y la palma segobricense.

(2) La concha (*petonclo*, de los numismáticos) se encuentra en las más antiguas monedas conocidas, en las de Tiro, y en las de nuchas ciudades marítimas de la costa tirrénica. Algunos la relacionan con el culto de Venus; tal vez recuerde el tiempo en que las conchas del mar sirvieron de moneda. El delfín, según Delgado, es símbolo de la raza tirrénica, y quizás de la ibérica, en oposición al atún, símbolo de la gente semítica. De esta moneda, sólo registra un ejemplar acuñado en plata, citado por Lorichs: el Sr. Chabret tiene otra de bronce.

(3) *Estudio histórico de la moneda antigua española*, Madrid.

(4) Delgado conoció estas monedas, pero dudaba en la interpretación de su leyenda ibérica, y las aplicaba á Arze-Gadir, y otros Arze, sospechando también que pudieran ser de omonoia entre el Arze Saguntino y otras poblaciones.

ese mismo símbolo acuñáronse las monedas bilingües, con los dos nombres de *Arse* y *Saguntum*, según queda explicado al principio del presente capítulo. Esta serie de monedas autónomas marca las principales épocas de la historia de Sagunto: influída primero por la colonización helénica, sometida después probablemente al predominio celtibérico, entregada por fin á la amistad y á la dominación de Roma.

No menos interesantes que las monedas, y aun tal vez más, por ser producción propia y famosísima de esta ciudad ilustre, son los llamados *Barros saguntinos*, vasijas de arcilla, de pasta tan fina y compacta, y de elaboración tan exquisita y elegante, que fácilmente se distinguen. No sólo en Sagunto se encuentran: en todas partes, donde hay restos de población romana, hállanse sus tiestos rotos y triturados. Abundan muchísimo en las costas del Mediterráneo; no tanto en las ciudades del interior. Esto hace creer que su elaboración, comenzada probablemente en la ciudad de Sagunto, se extendió á otras del mismo litoral. Lo cierto es que de ella tomó nombre. El eminente epigrafista alemán Emilio Hubner, al ver que los restos de esta cerámica son mucho más copiosos en Tarragona que en Sagunto, dice que debieran llamarse *Barros tarraconenses*, mejor que *Barros saguntinos*, como los denominan los españoles (1). Pero hay que advertir que no son los modernos autores españoles los que les han dado este nombre: *Vasos saguntinos* llamaban los romanos á estos ligeros y elegantes cacharros, y los apreciaban tanto, que sus poetas hacen mención frecuente de ellos cuando hablan de los primores del lujo en los tiempos fastuosos del imperio (2).

(1) «Tarraco autem testarum ibi repertarum atque continue ex solo eius prodeuntium multitudine ita omnibus Hispaniæ oppidis antiquis antecedit, ut vasa illa omnia jure meliore Tarraconensia dicere liceat quam Saguntina, ut solent dicere Hispani; cum præsertim vasorum vere Saguntinorum nondum inventa esse exempla certa iam monuerim.»

(2) Marcial hablando de los regalos de un abogado. escribió: *Piceno quoque venit á cliente—Parcæ cistula non capax olivæ;—Et crasso figuli polita cœno—Septenaria synthesis Sagunti,—Hispanæ luteum rotæ toreuma—Et lato variata mappa*

En la edad moderna, Ambrosio de Morales fué quien se fijó primero en los casquillos tan delgados y tan brillantes del barro saguntino, en diversos puntos hallados, y habló de ellos con bastante acierto en sus *Antigüedades de las ciudades de España.* Pero no se conocieron bien hasta que el conde de Lumiares (Príncipe Pío), recogiendo estos interesantes restos y examinando la colección reunida en el Museo de la Biblioteca Arzobispal de Valencia (lastimosamente perdido después), publicó la concienzuda disertación, resultado de sus estudios (1).

Los barros saguntinos fueron clasificados por él en cuatro clases: rojos, amarillos con vetas rojas, á manera de jaspe, cenicientos y blanquecinos. Los rojos son los más finos, los de paredes más delgadas y formas más artísticas: están revestidos de un barniz ó vidriado de hermoso color rojo oscuro, que tira á purpúreo, y adornados frecuentemente con relieves en su cara exterior. Los amarillos y cenicientos son más gruesos, y sólo están decorados con filetes en sus bordes. Los blanquecinos son de la arcilla común empleada para tejas y ladrillos. Habíalos, pues, para todos los usos: desde la vajilla de mesa más preciosa, hasta la más ordinaria cacharrería (2). El exorno más co-

---

clavo. Escribiendo en otra parte contra uno llamado Eucto, que se gloriaba de tener vasos de mucho precio, expresó: *Archetypis vetuli nihil est odiosius Eucti;—Ficta Saguntino cymbia malo luto.* Entre los epigramas de este poeta latino se halla uno con este título: *Calices Saguntini: Quæ non sollicitus teneat servetque minister,—Sume Saguntino pocula ficta luto.* No le eran desconocidos á Juvenal los barros saguntinos cuando en una de sus sátiras escribió: *Pugna Saguntina fervet commisa lagenà.* Llegó á tanto la estimación de estos barros, que refiriendo Plinio los cálices ó vasijas que se fabricaban en distintos países, hizo memoria de los cálices saguntinos en esta forma: *Calicum tantum Surrentum, Asta, Pollentia: in Hispania Saguntum, in Asia Pergamum.* (Lib. XXX, cap. 12.)

(1) «*Barros Saguntinos.* Disertación sobre estos monumentos antiguos, con varias inscripciones inéditas de Sagunto (hoy Murviedro en el Reino de Valencia), recogidos, explicados y representados por láminas, por el Excmo. Sr. D. Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, conde de Lumiares.—Valencia, 1779.»

(2) «Los barros rojos y jaspeados servían para vasos, platos, barreños y tazas; los cenicientos para ollas y demás instrumentos de fuego. Esto se manifiesta en que en ninguna de las dos especies primeras se reconoce reliquia alguna del fuego, por estar todos limpios y pulidos; pero todos los cenicientos manifiestan estuvieron en la lumbre, y su masa se halla más oscura.» Lumiares, loc. cit.

mún, en los barros carmesíes, era de grecas y guirnaldas: á veces, hay entre ellas genios y cupidillos. En otros, más pretenciosos, están figuradas deidades del Olimpo, procesiones de sacerdotes ó bacantes, ó algún otro rito religioso; juegos del circo también. En algunos hay animales: son muy frecuentes los perros, las zorras y liebres; no es extraño ver algún león arrojándose sobre un venado. En la parte interior de las vasijas solía estar señalada con un cuño la marca de fábrica. El conde de Lumiares citó muchas de ellas, y hoy se conocen algunos millares (1). Algunas de estas marcas son idénticas á las publicadas por Birch y otros autores que han escrito sobre la cerámica romana, de lo cual parece deducirse que esta industria fué importada de Roma á España, ó que, si era indígena, imitó luego las formas y copió las marcas de la nación dominadora. Esto último parece más probable: Sagunto, y probablemente Ampurias, colonias griegas, aprendieron de este pueblo artista á perfeccionar su primitiva fabricación cerámica; de gusto helénico son los va-

(1) Unas veces sólo consta en la marca el nombre del alfarero; otras veces, la indicación de ser obra suya: ALBINVS. F. *(Albinus fecit)*; á menudo, la indicación del taller: OF. ALBIN. *(Officina Albini)*. El libro del conde de Lumiares despertó en los anticuarios la afición de coleccionar barros saguntinos. El canónigo de Tarragona, D. Carlos González de Posada, incluyó cerca de seiscientas marcas en una memoria que presentó en 1807 á la Real Academia de la Historia, con este título: *Colección tarraconense de barros egipcios, griegos y romanos.* En el Museo Arqueológico de Tarragona hay ejemplares de más de cuatrocientas marcas. Hubner, que denomina á los barros saguntinos *Vasa rubra*, en su obra *Inscript. Hispaniæ Latinæ*, menciona 43 marcas impresas en ladrillos, 36 en vasos para beber, 63 en lámparas, 579 en vasijas de cerámica roja, 115 de lectura dudosa, 28 incompletas y 56 escritas á mano. Además cita otras marcas sin inscripciones, representando manos, caballos, abejas, flores, etc. Los coleccionistas han reunido gran número de casquillos con marca. El erudito arqueólogo de Gerona, D. Celestino Pujol y Camps, tiene más de cuatrocientas marcas procedentes de Ampurias, donde son abundantísimas. El Dr. D. Joaquín Botet y Sisó, en su historia de la antigua *Emporión*, citó todas las que en aquella fecha tenía coleccionadas el señor Pujol; después ha aumentado éste su repertorio. Otro celoso arqueólogo, D. Francisco Caballero Infante, de Sevilla, posee una colección de trescientas marcas, y la mejor que se conoce de vasos saguntinos enteros: ha podido reunir diez y seis, algunos hermosísimos. En el Museo Arqueológico Nacional sólo hay doce. D. Juan F. Riaño, en su libro *The Industrials Arts in Spain*, dice que hay muchísimas marcas de alfarero sin coleccionar todavía, procedentes de Andalucía y Extremadura, y calcula que su número no bajará de mil quinientas.

sos que elaboraban; los hay (aunque son raros) con estampilla griega, y otros tienen el nombre del fabricante español, escrito con caracteres ibéricos (1).

Así como son oscuros los orígenes de esta industria, es también incierta su terminación. Algunos fragmentos se han encontrado con cruces, palomas, peces y otros símbolos cristianos, pero muy pocos. Desmayaba sin duda aquel arte suntuario con la decadencia del imperio, y poco tardó ya en desaparecer.

Sagunto, con todo su esplendor romano, se hundió al hundirse el Capitolio, cuya luz reflejaba en España. No tenemos noticia de que la destruyeran los bárbaros; pero las tinieblas de la época visigótica envuelven á la ciudad famosa, y cuando invaden los árabes la Península, y Tarik recorre triunfante el litoral valenciano, ya no es Sagunto, es Murviter la que encuentra en este sitio. ¿Cuándo perdió su nombre glorioso? Sólo sabemos que, oficialmente, aún lo conservaba en tiempos de Sisebuto: de este rey se conoce una moneda de oro acuñada en Sagunto; dícelo así su leyenda (2). Ese nombre le dan también San Ildefonso, Gregorio de Tours, Paulo Orosio y el geógrafo anónimo de Rávena. Pero es muy posible que en el lenguaje usual adquiriese ya en aquellos tiempos la denominación que prevaleció: ***Murviter*** ó ***Murvaiter***, para los árabes; ***Morvedre***, para los catalanes, ***Morviedro*** y ***Murviedro***, para los castellanos. Todas ellas suenan á ***Muri veteres***, y se ha admitido, como cosa averiguada, que esta es su etimología (3). Destruídos los subur-

(1) Algunas de estas marcas ibéricas citó el conde de Lumiares, y otras, procedentes de Tarragona, ha publicado el Sr. Pujol y Camps en la *Revista de ciencias históricas*.

(2) Es una monedita pequeña, que tiene en el anverso el busto del monarca y la inscripción SISEBVTVS REX, y en el reverso la misma efigie y la leyenda SAGVNTO INSTVO. El único ejemplar conocido lo tiene D. José Llano, de Valencia.

(3) También se ha sacado de *Mur vert* (Muro verde). Viciana dice: «Y fuéle puesto nombre *Muro vego*, como si dijeran muro viejo: y en lengua valenciana se nombra *Morvedre;* algunos quieren decir muro verde: porque, por quedar asolada la ciudad, los muros y paredes se cubrieran de hiedras, como agora hay muchas

bios y parte del casco de la ciudad romana, la población sarracena se replegó á su recinto primitivo, á la falda de la montaña, y reconstruyó los antiguos muros, flanqueados de fuertes torres. Pero lo más interesante para sus nuevos dueños, fué el encumbrado castillo. El cerro saguntino, promontorio que vigila y domina la planicie valenciana, era para los moros posición estratégica importantísima. Murviedro al Septentrión, Játiva al Mediodía, fueron las dos fortalezas defensoras de Valencia; los walíes de estas ciudades y los alcaides de estos castillos, personajes poderosos é influyentes en los trastornos continuos de aquella época. De uno de los walíes de Murviedro en tiempo del Cid, Ben Lebbun, nos han guardado grato recuerdo la historia y la poesía: como bravo en las batallas, era dulce y discreto en el arte de trovar.

Tan formidable era el castillo de Murviedro, que D. Jaime I, hábil táctico á la vez que guerreador valeroso, no quiso probar sus fuerzas contra él: varias veces pasó á su vista, pero sin acometerlo. Cuando se decidió en Burriana y en el Puig la suerte del reino de Zeyan, Murviedro abrió sus puertas al vencedor. Por un momento, entró entonces en el señorío del infante D. Pedro de Portugal; pero pronto la recobró el monarca para su corona, y fué desde entonces villa real, con su régimen concejil, á estilo de la comunidad de Valencia (1). Estableciéronse en ella familias nobles, que tomaron parte en su gobierno, y todo ello contribuyó á darle gran importancia (2). Sufrió mucho en las gue-

---

también, y por ende le dicen Muro verde ó Morvedre. Por lo cual los regidores de la villa en sus sellos usan cera verde, lo que no es en otras villas, que todas usan de cera encarnada.»

(1) En 1248 fueron expulsados de Murviedro los moros, y aquel mismo año, á 4 de las calendas de Agosto, le otorgó el rey en Valencia privilegio de población, concediéndole que se rigiese por las costumbres de la capital, y por ellas dirimiese sus pleitos y diferencias, así civiles como criminales. Después, cuando se publicaron los *Furs*, aplicáronse igualmente á esta villa. Gobernábanla cuatro jurados y un justicia, en cuyo último cargo alternaban por años los caballeros y los ciudadanos. La autoridad real estaba representada por un bayle.

(2) Entre las principales se contaban las de Vives de Cañamás, San Feliu, Aguiló, Vallebrera, Cucaló, Abril, Armengol, Berenguer y algunas otras.

rras de la Unión, y más en las que sostuvo D. Pedro IV con su homónimo, el rey de Castilla: tres veces se apoderó éste de ella, y tres veces fué arrojado de sus murallas. Dejóse arrastrar por la Germanía el estado llano de la villa; atacó y rindió el castillo, que defendían el bayle real y algunos caballeros; enarboló en él la bandera de Valencia, y la manchó con el asesinato de los nobles que cayeron en sus manos. Poco después, pagaban los agermanados estos excesos, llegando rota y mermada á Murviedro la hueste popular, vencida en la batalla de Almanera. Deslízase luego más sosegada la historia de esta población, y no ofrece tanto interés que debamos seguir el hilo de sus anales. Más nos atañe examinar los monumentos que quedan de aquella época (1).

La mezquita mayor fué dedicada á la madre de Dios, como casi todos los templos fundados por el rey de la conquista, y convertida en iglesia parroquial, cuyo rector, con título de arcediano, fué uno de los canónigos de Valencia. Al siglo siguiente, en 1334, comenzaron las obras de reconstrucción (2), y no concluyeron hasta el décimo octavo. Lo que principió por severa

(1) De construcción árabe, sólo quedan, bien caracterizados, los restos de dos edificios destinados á baños: uno en la calle Mayor y otro en la de Abril. En uno y otro se ve aún una serie de galerías paralelas, con bóveda de cañón, en la cual se abren pequeñas claraboyas en figura de estrella.

(2) Dice el marqués de Cruilles *(Guia urbana de Valencia)* que el señor Pérez Bayer copió en 6 de Febrero de 1782 una lápida que se veía en su tiempo en la base del Miguelete, cerca de la puerta principal de la Catedral, la cual traducida del latín al castellano, decía: «Á 25 de Abril año 1334 el primer día de la semana, fiesta del Evangelista San Marcos, reinando Alfonso IV por la gracia de Dios, Rey de Aragón: y presidiendo el Reverendo Padre D. Ramón Gastón, obispo de Valencia, dióse principio á esta iglesia, á honra y gloria de la Beatísima siempre Virgen María, á quien se dedicara: siendo rector de la misma el venerable Ramón Ferraris canónigo de Valencia, el cual colocó la primera piedra: Descansen en paz las almas de los bienhechores de esta iglesia. Amen.» Ni ha estado nunca esta lápida en el Miguelete de Valencia, ni se refiere á la Catedral de esta ciudad. Está en el muro exterior de la iglesia de Santa María de Murviedro, y conmemora el comienzo de sus obras. Raymundo Ferrer era el rector de la parroquia, y canónigo de Valencia, porque tenían este carácter los arcedianos de Murviedro, como queda dicho. No he visto el texto de Pérez Bayer, que indica Cruilles, y no sé cómo pudo incurrir en tan burda equivocación escritor tan diligente y concienzudo.

fábrica ojival, terminó por construcción greco-latina, y presenta hoy mezclados tan diversos géneros. Las dos puertas laterales son góticas: la que da á la plaza, y á la cual se sube por doble escalinata, ostenta en el tímpano las imágenes de piedra de la Virgen María y dos ángeles que la adoran, y á uno y otro lado, las de los apóstoles San Pedro y San Pablo. El ábside, con rasgados ventanales, es también de hermoso carácter ojival. La fachada principal, á los pies de la iglesia, del peor gusto del siglo XVIII. La torre de las campanas fué desmochada por los franceses, para que no estorbase los fuegos del castillo (1). El interior del templo agrada por su grandiosidad. Tiene tres naves, muy elevada la del centro, y sostenida por arcos colosales. Ofrecería arrogante aspecto su obra primera, y aun parece bien con el revestimiento de su decoración corintia.

SAGUNTO.—IGLESIA DEL SALVADOR

(1) Destruyeron también con el mismo objeto las de los conventos de San Francisco y de la Trinidad, de que hablaré luego.

Más interesante, por su antigüedad, es la iglesia que da nombre al arrabal del Salvador. Es un templo en el que se ve la transición del arte románico al ojival, como la hemos visto en el de San Mateo, y la veremos en el de la Sangre, de Liria. La puerta, pequeña, en plena cimbra, sin otra ornamentación que la sencilla moldura que ciñe sus grandes dovelas, ofrece notable aspecto de austeridad. Tres arcos apuntados, muy abiertos (lo mismo que en las iglesias citadas de Liria y San Mateo) sostienen la techumbre de madera, construída en forma de artesa.

Dos monasterios se fundaron en Murviedro durante aquel primer siglo de la reconquista: en 1266 el de la Santísima Trinidad, por religiosos de esta orden (1); en 1294 el de San Francisco, que fué el tercero de esta religión en el reino: sólo le precedieron los del mismo nombre en Valencia y en Morella. Á principios del siglo XIV establecióse un beaterio, que en 1489 se convirtió en convento de Siervas de María (Servitas), instituto religioso fundado en Florencia, y que de allí se propagó á varios países. Titulóse «Al pie de la Cruz.» Esta comunidad, de la cual procede la que hay en Valencia con el mismo nombre, aún subsiste, y le dió cierta fama entre la gente golosa un almíbar especial que confeccionaba (2). Los dos conventos de frailes sirven hoy para casa de la ciudad, escuelas y otras dependencias municipales, y hasta para modestísimo teatro, bien diferente del que construyeron los romanos.

(1) Profesó en este convento y tuvo cátedra en él el docto maestro fray Manuel Josef Miñana, á quien hemos citado por sus investigaciones arqueológicas, y que goza justo renombre en el mundo literario por haber sido el continuador de la *Historia de España* del P. Mariana. Fué uno de los escritores que honraron más á Valencia en el siglo XVIII.

(2) En Valencia, y fuera de ella también, eran muy estimados los «limoncitos de Murviedro» confitados por estas monjas, variedad de limón muy pequeño, que tiene delicioso sabor puesto en almíbar. El actual Cardenal-Arzobispo de Valencia ha prohibido esta tradicional granjería.

Subamos ahora al castillo: sólo nos falta visitar las alturas donde nació Sagunto y en las que buscó apoyo cuando bajó de ellas. Una carretera que traza largos zig-zags en el declive de la montaña, nos conduce al portal de la fortaleza y penetramos en su extensísimo y desmantelado recinto, en el cual unos cuantos soldados, más que para su defensa, parece que están allí para dar guardia de honor á sus gloriosos restos.

El cerro saguntino está algo separado de la cordillera á que pertenece, de modo que forma una ciudadela aislada y natural, casi inexpugnable cuando no se conocía la artillería de batir. Extendido ese cerro en dirección de Noroeste á Sudeste, es su cumbre una prolongada espina dorsal, con altibajos que determinan las cinco grandes plazas militares del castillo. No nos interesa describirlas una por una, ni explicar el objeto y la razón de sus baterías y trincheras: basta decir que la plaza oriental, llamada hoy de Almenara, era el baluarte principal de los árabes, y lo llamaban así *(Celoquia ó saluquia)*. Las antiguas fortificaciones que hay bajo de esta plaza *(los Tres Castellets)*, las denominaban *Albacar*, obra inferior. La plaza del extremo occidental, á la que dieron en la guerra de la Independencia el nombre ilustre de Dos de Mayo, del cual se hizo digna, era para los moros la torre Albarrana (castillo forano) porque no abarcaba entonces la fortaleza toda la meseta del monte (1). ¿Qué restos del primitivo Sagunto hay en ese vasto perímetro, cerrado por viejas murallas? Húbolos importantísimos, pero hoy apenas quedan vestigios de ellos; al recorrer las plazas inmensas y solitarias del castillo, oreadas por la brisa del mar y bañadas por la luz del sol, nos cuesta trabajo fijar en los recuerdos de edades remotísimas la atención, atraída por el panorama apacible que

(1) Las cinco plazas se llaman hoy, contándolas de Levante á Poniente: 1.ª de Almenara, y antes de Bassecourt; 2.ª plaza de Armas ó de Isabel II, donde estaban la capilla y el pabellón del gobernador; 3.ª de Hércules ó de los Estudiantes; 4.ª Ciudadela; 5.ª Dos de Mayo.

se despliega á nuestra vista; el frondoso valle del Palancia y el de Almenara, por un lado, la dilatada y siempre verde llanura de Valencia, por otro, con la perspectiva lejana de la populosa ciudad, y el mar azul, luminoso, refulgente, doblando la curva suave del risueño golfo. Si existió el Hércules tebano y siguió en sus expediciones marciales la ruta que le marcaron los poetas, bien pudo deleitarse en estas cumbres, contemplando un paisaje que le recordaría su patria, y erigiendo sobre tan insigne pirámide la torre famosa que fué tumba de su compañero Zacinto, muerto aquí por la picadura de una víbora (1), según las fábulas helénicas.

La torre colosal que dió pie á estas fantasías, ya no existe: elevábase en lo más alto de la montaña (Plaza de la Ciudadela actual) y la derribaron los franceses cuando repararon el castillo en 1811. ¿Era, como la de la Coruña y otras del litoral, que también se han llamado de Hércules, alguna construcción fenicia, atalaya y fortaleza al mismo tiempo? Ya no podemos juzgar de su origen por su fábrica; pero Escolano, que pudo examinarla, la atribuye á época muy posterior: parecióle que estaba edificada con piedras labradas de edificios anteriores, y supuso que sería obra de godos ó de árabes (2). D. Antonio Ponz y

(1) «No deja de favorecerse la relación de Silio Itálico con el rastro que nos queda de la culebra que mató á Zacinto, pues en el campo de Murviedro, por el cabo que mira á la villa de Almenara, entre la marina y el camino real, se conserva hoy día, desde los tiempos pasados, una disforme culebra de piedra atravesada en el suelo, cubierta de tierra por la cabeza y descubierta por la cola; de donde vino que se llamase el camino que por allí pasa, de la Culebra. El lugar donde yace está tan cerca de Murviedro, que despierta la imaginación á que se crea que se puso por memoria del caso de Zacinto, aunque es verdad que hay quien porfía que aquella no es culebra hecha de mano, sino un ramo ó raíz del monte que se descubre por allí. Crea desto lo que quisiere el lector». Escolano, *Décadas*, lib. VII, capítulo 8.º Aún se llama esta senda *de la Serp*, y señala la gente del país la roca á flor de tierra que semeja una culebra.

(2) «Cuanto á la fundacion de la torre, su mesma hechura y forma, como tambien la de otras del mismo castillo, y la de la puerta principal y lienzos de su muro, dicen á voces que son de tiempo de los godos ó los moros, y despues que los romanos perdieron á España. Porque se ve al ojo que las piedras asentadas en

el conde de Lumiares vieron, cerca de la entrada del castillo, los cimientos y las basas de columnas de un templo griego ó romano, que dibujó el segundo (1), y algunos han supuesto que sería el de Palas, diosa protectora de las Acrópolis, y cuyo busto hemos visto en las monedas de Sagunto (2). No quedan ya indicios de estas ruinas, ni se puede formar concepto, por las pocas que subsisten en distintos puntos de la fortaleza, de lo que fué esta parte eminente de la ciudad saguntina (3). Hay algo, sin embargo, muy interesante, y que pasó inadvertido á los anticuarios hasta fecha muy reciente: los restos de los muros ciclópeos.

En la ladera oriental del monte, más abajo de los *Tres Castellets*, siguiendo uno de los estratos horizontales de la roca, hay una hilada de enormes peñas desiguales y apenas desbastadas, que forman rústica y fortísima muralla. Confúndense á pri-

---

estas obras, no se hicieron por manos de su primero artífice, ni se labraron para aquel propósito, ni por un nivel y traza, sino que desencasadas de los edificios y ruinas que quedaron de los romanos, las fueron á su modo, sin orden ni proporcion, asentando en las que levantaron los godos y los moros. De aquí es, que unas destas piedras se representan curiosamente labradas, y otras desbastadas solamente: y de las labradas, unas con unas molduras y otras con otras, y muchos hoyos en ellas. Vense así mesmo en la Torre de Hércules algunas con unos leones relevados sin correspondencia con las de los lados, que es evidencia que no se cortaron para aquel asiento, sino que fueron á manos trasladadas de otros. Demás que al entrar por la puerta del castillo, á la mano izquierda, en un rincon está otra torre, como la de Hércules, hecha del mesmo pertrecho, cubierta del mesmo maderame, y conformes entrambas en la hechura. Que todo esto da testimonio de haber sido fabricadas por gente mas moderna que los romanos, como son godos y moros.» Escolano, loc. cit.

(1) Ponz, *Viaje por España*, tomo IV, cap. 8.—Lumiares, *Antig.*, dibujo 103.

(2) «Las zecas estaban en las acrópolis, cuya divinidad tutelar era Palas por lo común, y así no vemos dificultad en atribuir á esta fuente la esfinge de las monedas de Cazlona, Granada y Osuna, ni los yelmos alados de Sagunto, cuya acrópolis en lengua ibera, ó mejor dicho, latino-arcaica, era nombrada *Arse*.» El padre Fita, art. sobre el *Busto de Palas hallado en Denia*, en el *Museo Español de Antigüedades*, tomo VIII.

(3) Es muy notable y de obra antigua la magnífica cisterna de la plaza de armas, de doscientos pies de longitud y veinte de latitud. Veintiún pilares, dispuestos en dos filas, sostienen los arcos de su bóveda, cuya argamasa de cal y gorrón menudo se mantiene más dura que el mismo pedernal.

mera vista con la peña viva, de la cual fueron arrancadas; pero, apenas se fija la atención en ellas, se ve que son una de esas obras megalíticas que se atribuyen á los pelasgos y á otras razas de los tiempos ante-históricos. No es ese el único resto de los muros que cerraron esta cumbre; otros hay, menos visibles, en varios puntos, fuera siempre del recinto actual de la fortaleza, y muy marcadamente á su extremo de Poniente, donde existió sin duda una gran torre. ¿Construyó estas obras de titanes el mismo pueblo desconocido que levantó las murallas indestructibles de Tarragona? ¡Quién sabe! Mucho han adelantado los estudios históricos, pero aún está envuelta en sombra tan lejana antigüedad.

De aquellos tiempos remotísimos, vengamos al presente siglo, y veamos, en sus comienzos, abandonado y ruinoso el castillo de Murviedro, en el cual nada se había hecho desde la guerra de Sucesión (1). El francés, rechazado de Valencia, amenazaba volver con mayores fuerzas, y el celo belicoso de sus defensores exigía oponer á su paso aquella barrera. Acordóse reparar la antigua y ya endeble fortaleza. Un mayor de ingenieros, llamado D. Francisco Jaramillo, dirigía esta obra. Juzgó que el teatro romano estorbaba á la defensa y dispuso que fuese demolida toda su parte superior. Importaba esto poco, ó nada, á los patriotas, exaltados por el ardor de la lucha; pero hubo amantes de las pasadas grandezas, á quienes no pareció bien sacrificar sus memorables restos, y acudieron á las Cortes contra aquella

(1) El mariscal Suchet dice en sus memorias, al hablar de su paso por Murviedro en 1810, cuando se dirigió por primera vez contra Valencia: «Visitamos con curiosidad estas ilustres ruinas que recordaban los tiempos de Roma y el nombre de Aníbal. No se habían hecho aún en el cerro obras algunas militares. Se advertían acá y acullá muros ruinosos, restos de altares, piedras esculpidas, interpoladas con aloes é higueras. En parte alguna se veía traza de disposición de defensa; nada anunciaba que próximamente, á los dos años, esta misma posición ofrecería al mismo ejército resistencia por largos días vigorosa y ocasión de sitio y batalla.»

medida (1). «Si lo necesita la patria para resistir á las bárbaras falanges del tirano de Francia, derríbese el famoso teatro saguntino. Las cosas más preciosas, y todo, hasta nuestras mismas vidas, deben sacrificarse cuando no se pueda lograr de otro modo la libertad é independencia de la Nación.» Así comenzaba su discurso el insigne valenciano Sr. Borrull en la sesión del 27 de Mayo de 1811. Alegaba después que no podía decretarse la destrucción de aquel monumento más que por las Cortes, porque estaba bajo la protección real. «El tratar ahora, seguía diciendo, de la ruina de un teatro de tales circunstancias, es un caso muy extraordinario, é importa al honor de España que la misma Nación, que se halla felizmente reunida, dé público testimonio de cuán libre está de la nota de barbarie, que vana y temerariamente le han atribuído varios extranjeros, y que no mira con la indiferencia de otros reinos, que se consideran cultos, la destrucción de las más nobles memorias de la antigüedad.» Encontraron calurosa acogida estas dignas palabras en la asamblea soberana; sostuvieron algunos diputados que el teatro no impedía la defensa del castillo; pidieron otros que fuese incluído en el perímetro de la fortificación. «Hasta los moros, exclamaba el famoso Argüelles, respetaron ese monumento venerable y lo dejaron ileso: no carguemos nosotros, destruyéndolo, con la nota de bárbaros.» El mismo Argüelles redactó la proposición, que fué aprobada, ordenando la conservación y defensa del teatro de Sagunto (2). El decreto de las Cortes, ó llegó tarde, ó no hicieron caso de él: las ruinas, que respetaron

(1) Hizo la reclamación D. Enrique Palos y Navarro. conservador de las antigüedades de Sagunto, según ya hemos visto.

(2) «Las Cortes generales y extraordinarias han resuelto tomar bajo su inmediata protección el teatro de Murviedro, y quieren que el consejo de Regencia, sin pérdida de momento, comunique las órdenes convenientes, para que en el caso de ser necesario establecer alguna fortificación en el recinto que antes ocupó la ciudad de Sagunto, sea respetado aquel precioso monumento de la antigüedad; cuidando en tal caso con el mayor esmero que las obras que se construyan protejan igualmente la conservación de tan respetables restos.»

los siglos, fueron bárbaramente mutiladas; cayó á tierra el pórtico y la galería superior de la cavea, y quedaron los restos del teatro como hoy los vemos.

Hiciéronse perdonar aquella profanación artística los defensores del castillo con su esforzado heroísmo: su comandante, el coronel D. Luís María Andriani, no tenía más que dos mil quinientos soldados bisoños, muchos de ellos sin armamento ni vestuario, para defender aquella vasta fortaleza, de débiles muros, aportillados por anchas brechas, que se cerraron precipitadamente. No había pertrechos, ni repuesto de víveres. Faltaban cuarteles y hospitales. Reducíase la artillería á diez y siete cañones de corto alcance y tres obuses. Con estos elementos tenía que resistir al ejército de Suchet, fuerte de veintidós mil hombres, y perfectamente organizado. El 22 de Setiembre se presentó ante la plaza y se dispuso á tomarla por sorpresa. En las sombras de la noche escalaron el cerro sus aguerridos granaderos, y asaltaron los muros por cinco partes á la vez. No estaban desprevenidos los defensores: recibiéronlos á bayonetazos y los hicieron rodar por los flancos de la montaña. Suchet, en vista del inesperado fracaso, quiso fatigar á la guarnición con amagos continuos, para aprovechar el cansancio ó el descuido. Inútil fué: los reclutas de Andriani estaban siempre en su puesto; y el general francés no tuvo más remedio que formalizar el sitio, como si se tratara de una fortaleza de primer orden. Construyó trincheras, estableció baterías, rompió el fuego de artillería por la parte de Poniente, donde es más accesible la ladera, y abrió enorme brecha en la plaza del Dos de Mayo, cuyas fortificaciones improvisadas no habían podido terminarse. El 18 de Octubre, cuando los ingenieros declararon que había llegado el momento oportuno, lanzó al asalto sus fuertes batallones. Renovóse entonces la hazaña de los saguntinos: faltaba el muro de piedra, formaban otro con sus pechos los defensores del castillo y hacían retroceder al enemigo, dejando cubierta de cadáveres la montaña. Renovóse el ataque y se renovó la derrota de los soldados imperiales.

Pero la suerte de Murviedro, lo mismo que la de Valencia, dependía del choque, ya próximo, de los dos ejércitos: el de Suchet, allí acampado, y el de Blake, que venía á presentarle batalla. La llanura que se extiende entre Puzol y el monte de Sagunto fué teatro de aquella sangrienta y dudosa jornada, perdida al fin por los nuestros. Atacaron éstos con brío y llevaban la mejor parte en toda la línea. El general Caro, jefe de la caballería, avanzando por el centro, había dispersado un regimiento de húsares y se apoderaba de las piezas que dejó indefensas, cuando Suchet, viendo mal parado el juego, cargó él mismo sobre el enemigo, al frente de sus valientes coraceros. Aquella carga, digna de las batallas de Homero, decidió la victoria. No pudo resistir la caballería española; retrocedió Caro, envuelto en el tropel de los fugitivos; rompiósele la cincha al caballo al saltar una zanja, cayó al suelo el general y quedó prisionero. Desalentó esto á los suyos, y se pronunció en retirada todo el centro. Cedió después la izquierda, y Suchet, herido, vió convertirse en glorioso triunfo el temido desastre. El ejército de Blake, desbaratado, por mal dirigido, replegóse á Valencia, dejando en el campo novecientos muertos, cuatro mil prisioneros y doce cañones. La guarnición del castillo no podía prolongar una resistencia inútil: rindióse, saliendo con todos los honores de la guerra por la misma brecha que tan heroicamente había defendido (1).

Cumplieron con creces su deber aquellos valientes; pero aún hizo más un hijo de Sagunto, D. José Romeu, á quien po-

(1) Posesionados los franceses de este castillo, hicieron en él grandes obras de fortificación, y lo artillaron con 54 buenos cañones. El coronel Andriani, ascendido á brigadier al rechazar el primer asalto, fué tratado injustamente por el conde de Toreno en su *Historia de la guerra de Independencia de España.* Después de elogiar la defensa del Castillo, dice que se atolondró el gobernador, al ver perdida la batalla de Puzol, y precipitó la rendición de la fortaleza. Para refutar este aserto, publicó el ya general Andriani su *Memoria justificativa de la defensa de Sagunto en 1811*, impresa en Madrid, 1838, folleto interesante para la historia de aquella campaña.

demos llamar con razón mártir de la patria. Muchos héroes hubo en la guerra de la Independencia; superior á éste, ninguno. Valencia, ingrata, olvidó su nombre: escritores celosos le han sacado hoy de la oscuridad, y Sagunto le consagra un monumento que perpetúe su abnegación magnánima (1).

Cuando marchaba Moncey sobre Valencia, fueron en auxilio de la ciudad dos mil voluntarios de Murviedro: iba á la cabeza de ellos un apuesto joven, rico, inteligente, entusiasta; era Romeu. Al salir de la villa natal, les arengó, recordándoles las glorias de Sagunto. Aquel recuerdo era en él una idea fija: fué sin duda el generador de su heroísmo. Después de la retirada de los franceses, tuvo que ir á Madrid por asuntos de su casa (2), y estaba allí, cuando llegó Napoleón y atacó á la capital del reino. Romeu ofreció sus servicios y peleó briosamente en las baterías y en las calles, olvidado de todos sus negocios. Cayó herido, pero no abandonó la guerra. Volvió á Valencia y la prosiguió al frente de los milicianos de Murviedro, y mandando luego los batallones de Cheste y Chiva. Perdió su fortuna, saquearon su casa los franceses, iban fugitivos por los montes su joven esposa y sus tiernos hijos; pero nada le arredraba ni le detenía. Rendida Valencia á Suchet, presentóse en Alicante á los generales españoles, y logró el mando de una partidilla de cuarenta jinetes y sesenta infantes. Con esta reducida fuerza acometió la empresa de levantar al país contra el invasor: su breve

(1) Un compañero de armas de Romeu escribió sus hazañas, con este título: *Resumen histórico de los hechos principales del teniente coronel D. José Romeu*, por D. Antonio Sarmiento y Sotomayor, teniente coronel agregado al estado mayor de la plaza de Valencia, 1824. La familia de Romeu conserva ms. este libro. Fragmentos de él se publicaron en la *Ilustración Católica*, y el Sr. Perales, continuador de la historia de Escolano, aprovechó estos datos para renovar la memoria del ilustre guerrillero. El ayuntamiento de Sagunto ha acordado erigirle un monumento en la plaza de San Francisco: el escultor Pellicer ha modelado el busto, que va á fundirse.

(2) La familia de Romeu, antigua y distinguida en Murviedro, se había enriquecido en el comercio: su casa solariega está aún en la calle de Tintorers.

campaña fué un prodigio de actividad, de táctica y de osadía. Tenía el instinto del guerrillero, el fuego del patriota y la estrategia de un consumado general. No se limitaba á sorprender y molestar al enemigo; promovía y organizaba la defensa contra él. Al poco tiempo, toda la zona de la derecha del Turia, á la cual alcanzaba su acción, estaba en armas. Para el general Suchet, Romeu era una fatigosa pesadilla: sus golpes de audacia frustraban sus mejores planes. Procuró atraérselo; fué en vano: rechazó todas sus ofertas. Entonces, decidió apoderarse de él á cualquier precio. Un confidente traidor le seguía á todas partes: un día avisó al comandante francés de Liria que el guerrillero español, con solos cuarenta hombres, pernoctaba en Sot de Chera. El francés puso en movimiento más de mil ochocientos soldados, que por cuatro puntos cayeron sobre aquel lugarejo. Romeu quedó prisionero: el jefe que le prendió ofrecióle, en nombre de Suchet, la libertad y un puesto honrosísimo en el ejército, si abandonaba la causa de Fernando. «—Diga usted á su general, contestó, que Romeu es un español, y un español que nació en Sagunto.»

Fué conducido á Valencia, encerrado en la cárcel de San Narciso y sometido á un consejo de guerra. Como militar prisionero debía ser juzgado: el mando que ejercía estaba reconocido y autorizado por los generales españoles. Pero Suchet quería intimidarlo para obtener su defección, ó castigar cruelmente su pertinacia, y el consejo, cómplice de su venganza, le trató como á *brigante*, condenándolo á muerte, y á muerte de horca. Este era el momento que aguardaba el general francés. La nueva de la fatal sentencia produjo en la ciudad vivísima impresión: todos se interesaban por aquel héroe, inicuamente sacrificado. Acudieron con súplicas sus amigos, y Suchet, alardeando de generoso, les concedió el indulto, con una sola condición: que reconociese el prisionero como legítimo rey suyo al rey de las Españas Josef I. Dirigiéronse alborozados á la capilla, en la que estaba ya esperando la muerte el valiente Romeu: ¿cómo sos-

pechar que rechazaría la indispensable sumisión á los decretos de la contraria suerte? Rechazóla, sin embargo, y con tal energía, que no daba lugar á la insistencia. «—Pues, muera prontamente,» dijo Suchet cuando lo supo.

Al otro día, 12 de Junio de 1812, Valencia aterrada vió conducir al cadalso al mártir de la patria. No por un arrebato de exaltación soberbia, no por el impulso de un fanatismo ciego, sino por la convicción razonada de los deberes del ciudadano y del militar, Romeu iba voluntariamente á la muerte (1). Levantábase entonces la horca en la plaza del Mercado: á ella fué conducido, como si fuera un malhechor vulgar. «—¡Oh patíbulo ignominioso! exclamó al verlo: hoy va á honrarte Romeu con su sangre.» Abrazó al sacerdote que lo asistía, subió la escalera

(1) La decisión patriótica de Romeu está bien explicada en la siguiente carta que dirigió desde la cárcel á las personas que más se interesaban en salvarle la vida, y cuya copia debo al Sr. Chabret: «Sres. Posadilla y Morales: Mis queridos amigos: Con toda mi alma siento que ustedes y los demás amigos hayan atribuído mi carta de ayer á un acaloramiento. Cuando tomé las armas en mil ochocientos ocho, juré muy tranquilo, pero muy decidido, vencer ó morir en defensa de la justa causa, y este pensamiento lo cumpliré muy gustoso; porque yo no soy español sólo en el nombre, sino un español que desprecia la vida, siempre que mis deberes lo exigen, como en el caso presente. Yo no quiero ser perjuro, ni aun en la apariencia, ni tampoco quiero vivir para ver tantas calamidades como afligen á mi patria, sin poderla yo aliviar. Venga esa muerte con que me amenaza el caballero Suchet; que puede estar bien seguro que yo no reconoceré sino á mi legítimo rey Fernando; y mucho menos condescenderé jamás con los fines inicuos que ya han tenido la desvergüenza de proponerme sus emisarios; y vivan como gusten los que no piensen como yo.—Todas las razones en que se funda mi resolución de morir primero que jurar á ese usurpador, las tengo muy bien reflexionadas á sangre fría, y están claras en mi carta de ayer. Son justas y convincentes; y sobre todo, mi conciencia y mi honor me dicen que obro como debo. Sin embargo, la pintura que hoy me hacen ustedes de la suerte de mi idolatrada esposa y adorados niños, luego que yo muera, ha arrancado lágrimas á mi corazón, y lo confieso francamente, porque los amo con toda mi alma; pero se consolarán en su terrible pena cuando sepan las causas justísimas porque yo prefiero morir; y el Rey y la Patria serán muy pronto su padre y todo su amparo.—Ningún miedo me causa ese cadalso que dice Suchet tenerme preparado, si no juro á su José I; pero no lo reconocerá Romeu; y mil vidas que tuviera, las perdería gustosísimo por mi Religión, Rey y Patria, á quienes están asesinando unos cobardes sin piedad.—Mis respetos y mi cariño á mis señoras doña Antoñita y doña Vicentita. Ustedes no se aflijan por mí, pues yo moriré contento. Adiós, amigos míos: hasta la eternidad... —*Josef Romeu*.»

sin vacilar, y dió la garganta al funesto dogal. «Su alma ostentaba la excelsa pompa de la inocencia, dice su biógrafo. Sobre las sombras de la muerte levantaba su cabeza coronada de los resplandores de sus virtudes, y aun á vista de las mortales angustias en que iba á hundirse, su semblante arrojaba rayos de puro gozo, y en sus ojos relucía la luz de la gloria.»

Así murió Romeu: la Junta superior provincial del reino de Valencia acordó erigir un monumento en el mismo sitio en que fué ajusticiado; pero no cumplió el pueblo olvidadizo la promesa hecha en su nombre. Hoy va á repararse esa injusticia: cumplamos también nosotros saludando á ese hijo heroico de Sagunto, y demos fin á este capítulo con un recuerdo de ayer, envuelto aún en las contiendas de la pasión política, pero consagrado ya por la muerte, y que ha de considerarse como fausto en los anales españoles.

Era la madrugada del 29 de Diciembre de 1874. Seguía la carretera de Valencia el brigadier Dabán, al frente de su columna de operaciones contra los carlistas, compuesta del regimiento de la Lealtad, la Reserva de Madrid, un escuadrón de caballería, una batería de artillería y una partida de voluntarios. Á muy poca distancia de Sagunto, donde se separa de aquella carretera la de Aragón, junto á un caserío, que llama *les Alquerietes* la gente del país, dió la voz de alto: formó la tropa sobre el camino y en un olivar contiguo, y se colocó en el centro de ella con un general recién llegado. Todos comprendieron que algo solemne se preparaba: la sombra del árbol de la paz, que cobijaba á la columna, era de buen agüero. Crítico era entonces el estado de España: víctima la nación de trastornos populares y de empeñada guerra civil, ansiaba el término de una interinidad tan angustiosa. El Príncipe de Asturias, D. Alfonso de Borbón, á quien había cedido sus derechos la reina destronada D.ª Isabel II, había dado en Sandhurst el manifiesto real. La restauración monárquica se imponía: sólo faltaba proclamarla.

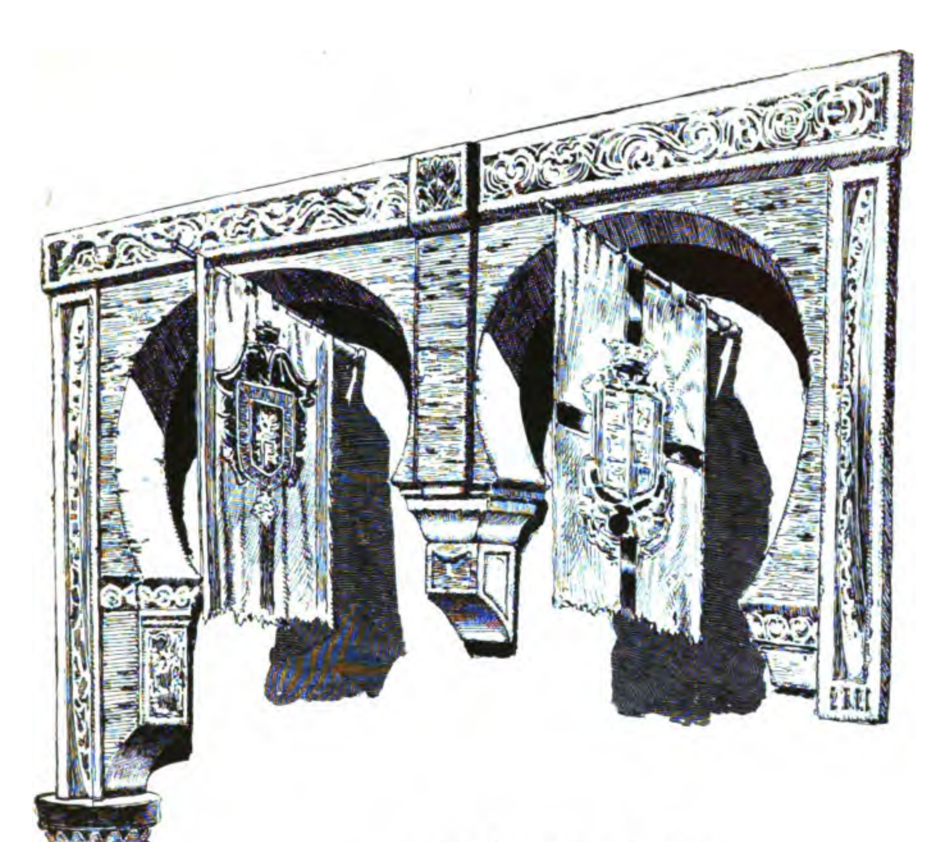
¿Pensaban en esto los soldados del brigadier Dabán, detenidos en la carretera de Murviedro, á los pies del histórico castillo saguntino? La voz imperiosa del bizarro general Martínez Campos (1), les sacó pronto de dudas: con franca elocuencia militar les expuso los males de la patria y la urgencia del remedio: «¡Viva D. Alfonso XII, rey de España!» gritó y le contestó una aclamación general. «Á nadie se fuerza, añadió: quien no quiera seguir el movimiento, libre es de retirarse.» Un capitán viejo fué el único que salió de filas: «Alfonsino de corazón soy, dijo, pero no me he pronunciado nunca y quiero acabar mi carrera sin pronunciarme.» Su decisión fué respetada.

Al grito de Sagunto respondió toda España: avisado por telégrafo el general Jovellar, jefe del ejército del Centro, se adhirió en Castellón á la proclamación real. Á la madrugada siguiente, entraban las tropas restauradoras en Valencia (2), que echaba á vuelo las campanas por el nuevo rey; al otro día aclamaba Madrid á D. Alfonso. No hubo resistencia en ninguna parte; no se derramó una gota de sangre. ¡Felices auspicios de un reinado que devolvió la paz á España, y la hubiera quizás engrandeci-

(1) Este general fué ocultamente de Madrid á Valencia, donde le recibieron los partidarios más decididos de la causa borbónica y le ayudaron en su empresa. Salió de Valencia á altas horas de la noche del 28 y entró en Murviedro, con algunos jinetes á la una de la madrugada, dirigiéndose en seguida al alojamiento del brigadier Dabán. Llamó éste á los jefes de la brigada y á algunas personas importantes de la población, y acordaron la proclamación del nuevo rey. Estos detalles no se han publicado hasta ahora: la prensa periódica de aquellos días dió cuenta de tan grave suceso sin determinar sus pormenores. La infantería de la brigada formó en el olivar; la artillería en la carretera de Barcelona, y la caballería en la de Zaragoza.

(2) Había pernoctado la brigada Dabán en Cuarte; al entrar en Valencia, no hizo manifestación alguna; tomó posiciones junto á la Capitanía general. El general Castillo, que ejercía el mando en este distrito militar, no quiso adherirse al movimiento, ni combatirlo; resignó el mando en el brigadier segundo cabo D. Vicente Villalón, valenciano y muy adicto á la casa real. Este recibió al general Jovellar, que llegó aquella noche con numerosas fuerzas, y entonces se declaró Valencia por D. Alfonso XII.

do, á no darle tan pronto fin la Providencia inexcrutable! Sagunto, que recibió de D. Alfonso XII el título de ciudad, debe señalar con una inscripción conmemorativa el sitio donde fué proclamado rey.



CAPÍTULO XII

EL PUIG

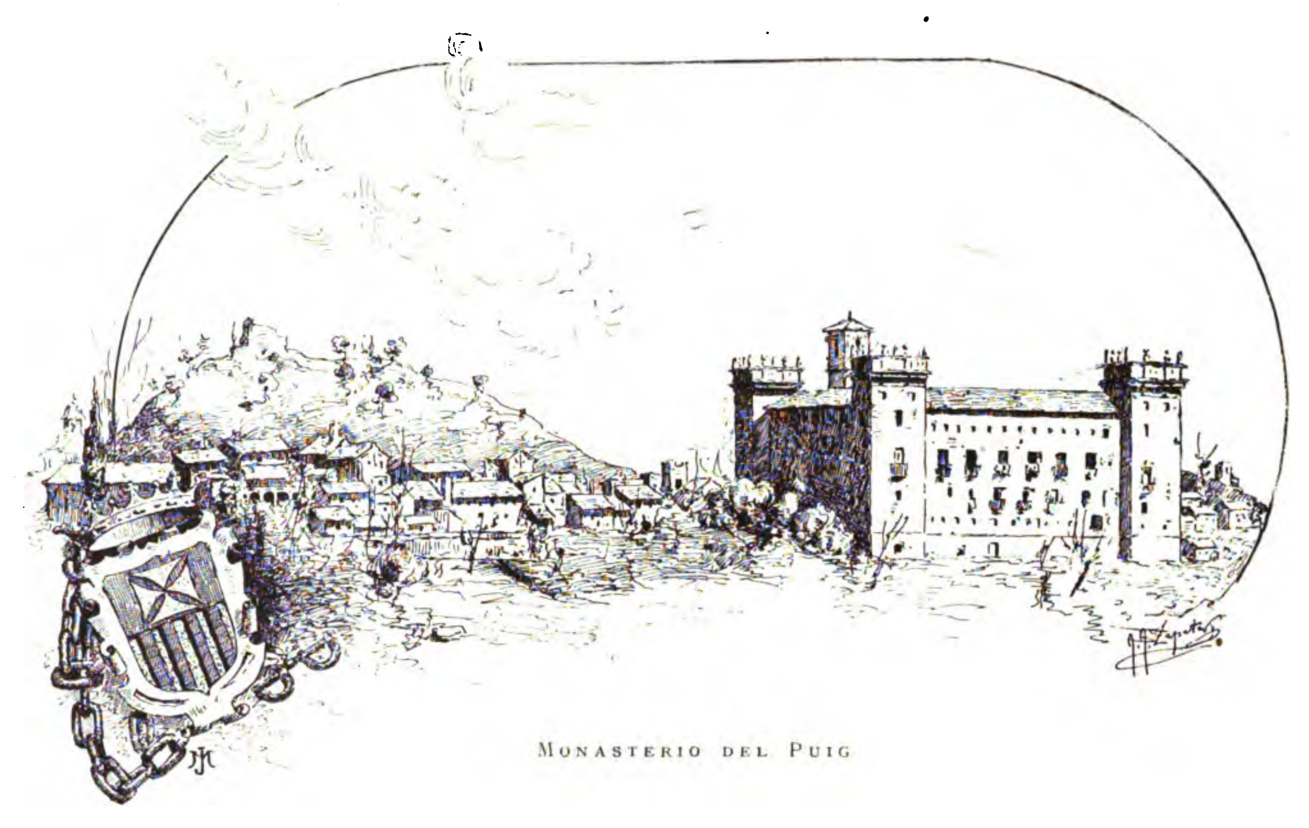
El Conquistador en el Puig.—La gran batalla contra los moros. La imagen de la Virgen.—El monasterio de Mercedarios. El venerable Gilabert Jofré.—Cinco conventos más.

Lisa y tersa, como la palma de la mano, es la llanura que se extiende de Sagunto á Valencia. En medio de ella, cercanas al mar, álzanse tres colinas, como las pirámides de Ghizeh en la planicie del Nilo; pero no sobre un caldeado arenal, sino sobre deleitosa alfombra de verdura. De lejos, viniendo por el ferrocarril, se ven las tres cumbres, coronada la del centro por la ermita del Calvario; pero al llegar el tren frente á ellas y al detenerse en la estación del Puig, la colina occidental, mayor que las otras, oculta á sus hermanas, y parece una deforme

giba del terreno, árida y seca, como si hubiese tostado el sol sus rocas rojizas, en las que crecen menguados algunos algarrobos, y sobre las cuales difícilmente se advierten restos de muros, que apenas se diferencian de los pelados peñascos. Á la falda meridional de la colina, se levanta un vasto edificio de piedra, flanqueado en sus cuatro ángulos por otras tantas torres cuadradas; y entre esta construcción monumental y la aislada montaña, asoman su rostro enjalbegado las casitas amontonadas de la villa. Sobre ese cerro y sobre ese monasterio resplandecerán siempre, hasta que se extingan en los pechos valencianos los sentimientos de la patria y de la fe, la imagen gloriosa del Rey Conquistador y las siete estrellas de la Virgen, proclamada por él Patrona de su nuevo reino. Si España fuese menos olvidadiza de sus glorias, en esa colina, doblemente sagrada, se elevaría un monumento á los héroes de la Reconquista. La devoción á la Virgen del Puig se ha conservado en Valencia y en los pueblos de estos contornos: todos los años acude á su fiesta copioso gentío. Pero, de las proezas de los guerreros de Jaime Primero, sólo queda en la imaginación popular una idea vaga, que aquí ha tomado carácter maravilloso y ha dado origen á una burda leyenda. Si preguntáis á los campesinos de estos lugares, os dirán que en lo alto de la colina del Puig está *la Patada*. La Patada es, para todas estas buenas gentes, un manantial que, faltando agua al ejército cristiano, brotó al golpear la roca con su casco el caballo del rey D. Jaime. ¡Á esto ha quedado reducida la memoria de la épica lucha, á la cual sirvieron estos collados de victorioso baluarte (1)!

Bajemos del tren; entremos en la villa por un viejo portal de arco redondo, sobre el cual aún está esculpido el blasón de las Cuatro Barras, y siguiendo las tortuosas calles del pueblo, gua-

(1) Mandó hacer D. Jaime una cisterna para proveer el castillo. Aún se conserva, y nunca falta en ella el agua. Ésta es tenida en el pueblo como muy saludable, y algunos le atribuyen propiedades sobrenaturales. Á esta cisterna se refiere la leyenda de la *Patada*.



Monasterio del Puig

recido entre las agrupadas colinas, llegaremos al punto por donde puede escalarse la del castillo, no porque haya camino abierto, sino porque sus estratos de arenisca roja, ofrecen natural aunque no cómoda subida. Una meseta, en forma de óvalo prolongado, remata la colina, dándole aspecto de gigantesca ciudadela. La escasa vegetación que crece en las rocas de las vertientes, desaparece en aquella esplanada, rasa y enjuta. En medio de ella abre su boca la cisterna de la *Patada:* alguna mujer del pueblo acude á llenar su cántaro de aquella agua salutífera. Sobre la escarpa consérvanse restos informes de muros, construídos de tapia, que los siglos petrificaron; y algunos cimientos, apenas visibles ya, indican las divisiones del cercado recinto (1). Esto es lo que resta del famoso castillo construído por el rey D. Jaime: ¡quién pudiera levantar de nuevo sus murallas y sus torres, enarbolar sobre ellas las enseñas del Conquistador, poblarlas y guarnecerlas con aquel puñado de varones valerosos, que aquí, rodeados por todas partes de enemigos, amenazaban temerarios á los sarracenos de Valencia! ¡Quién pudiera ver, en medio de aquellos rudos guerreros, al brioso monarca, y escuchar las enérgicas arengas con que encendía sus ánimos cuando desmayaba su esperanza! Hoy, la soledad y el silencio reinan en la histórica montaña; nada recuerda aquellas formidables luchas: la naturaleza sonríe; el sol inunda tierra y mar con luz deslumbradora; la brisa vivificante de las playas vuela sutil, templando la fuerza de sus rayos; la pupila apenas puede resistir tanta claridad, ni abarcar la extensión del panorama, brillante y resplandeciente por todas partes: el mar es de azul-turquí; el campo, de verde-esmeralda; las casitas que lo pueblan, de alabastro blanquísimo. Á la parte de Mediodía, la huerta parece una ciudad inmensa, envuelta entre la arboleda de un parque ilimitado, y en el fondo, cortan

(1) El trozo de muro que mejor se conserva, á la parte de Levante, sobre la población, se dice que es el punto desde donde se vieron las estrellas que anunciaron el hallazgo de la Virgen, como diremos luego.

la línea luminosa del horizonte los cien campanarios de Valencia, agrupados en torno del majestuoso Miguelete. Todo es apacible y tranquilo en este cuadro; no se nota más movimiento que el momentáneo relampagueo de alguna azada herida por el sol, el lento paso de los carros por el camino real, ó la blanca y rastrera nubecilla, triunfal penacho de la locomotora, que rápida avanza en línea recta, cortando los campos; no se oye más ruido que el lejano repique de alguna campana, que lanza sus vibraciones metálicas en el ambiente puro y sosegado. Todo convida á la reposada meditación: todo nos ayuda á evocar los fastos de la patria.

Para la gloria del Puig basta la parte que le corresponde en la reconquista de Valencia; pero los panegiristas de su monasterio buscaron su prosapia en las edades del paganismo; parecíales bien que estas colinas, consagradas á la Virgen María, hubieran sido en aquellos nefandos tiempos templo de Venus. Apoyaba esta idea el hallazgo de restos romanos en un campo inmediato, entre ellos una estatua de Cupido y una cabeza de la diosa su madre (1). Hubiera ó no templo de Venus en el Puig,

(1) Refiere el Príncipe Pío que en 1608, al roturar un campo, llamado el Villar, distante trescientos pasos del Puig, en dirección á Puzol, aparecieron muchas ruinas y una lápida (que copia), en la que se consigna que Publio Cecilio Rufo y su mujer Valeria, consagran para sí y sus hijas un monumento funerario, con cercas, baños y jardines. En 1745 hiciéronse nuevas excavaciones en aquel punto, hallándose una estatua de Cupido encorvando el arco; una cabeza de Venus, de mármol blanco; trozos de basas, columnas y cornisamentos, losas ó tableros de mármol, mosaicos y otros restos de construcciones. El arzobispo Mayoral pidió al dueño del campo aquellas antigüedades y las llevó al museo que estaba formando en su palacio. La cabeza de Venus y la inscripción citada se pusieron en una capilla de Nuestra Señora de la Concepción, que estaba en aquel sitio. El arzobispo Fabián hizo nuevas excavaciones en 1777, y se descubrió el área de un edificio, con pavimentos de mosaico y de mármol, baños y columnatas: debió ser una suntuosa casa de recreo. Halláronse nuevos fragmentos de estatuas, entre ellos un torso de Baco. El Príncipe Pío dibujó estos restos en su *Memoria sobre las antigüedades de Valencia*. Cita también dos láminas romanas, sepulcrales, empotradas en casas del Puig. (En el palacio arzobispal de Valencia no me han sabido dar razón de las antigüedades recogidas por los arzobispos Mayoral y Fabián). Escolano sostiene que los griegos establecieron en el Puig el *Aphrodilon Fanum*, llamado después por los romanos *Templum Veneris*, fundándose en la autoridad de Ptolomeo, que lo sitúa después de Sagunto, junto al mar, antes de llegar á Valen-

no aparece esta población citada en la historia hasta las campañas del Cid, en las que suena con el nombre arábigo de Juballa, convertido por los cronistas latinos en Cepulla, de cuya palabra ha salido la vulgarísima de Puig de la Cebolla, que se le dió después (1). El caudillo castellano, cuando vino con su fuerte mesnada de Aragón á Valencia, resuelto ya á utilizar en beneficio propio las divisiones de los moros y el terror que inspiraban sus armas, no podía encontrar sitio más á propósito para establecer sus reales, que este grupo de colinas. En ellas puso su nido de milano, y desde ellas caía, como el ave rapaz, sobre las ricas poblaciones de la llanura valenciana, vendiendo luego en Murviedro el botín de aquellas algaradas. En tiempos de D. Jaime I, el Puig de Cebolla llamábase también Puig de Enesa (2), denominación que trocó el piadoso monarca por la de Puig de Santa María. Aquellas alturas que en poder del Campeador habían sido albergue de la rapacidad codiciosa, santificábalas el glorioso rey de la Conquista, convirtiéndolas en ciudadela de la religión y de la patria independencia.

cia, y en el pasaje de Polybio cuando refiere que los dos dos Scipiones, pasado el Ebro para atacar á los cartagineses fortificados en Sagunto, pusieron el campo en *Fanum Veneris*, á cinco mil pasos, en la playa. Ya hemos visto, al hablar de Almenara, que este texto tiene mejor aplicación á aquel punto. Por lo demás, es muy frecuente el hallazgo de restos romanos en toda esta llanura, del Puig á Almenara, que formaba el famoso y poblado *Ager Saguntinus*. Este año se han encontrado muchos, aunque casi todos triturados, al cavar un campo plantado de algarrobos, á media hora al Poniente del Puig en la partida llamada del *Tesor*, sin duda porque hay la tradición de existir en ella tesoros escondidos.

(1) La *Crónica general* y la del Cid llaman *Juballa* á este castillo; la Crónica latina de León, *Cepulla*. Indudablemente, estos dos nombres son uno mismo: árabe el primero, latinizado el segundo. Algunos autores han creído que se trataba de dos poblaciones distintas: Beuter, al hablar de las guerras del Cid, supone que Juballa es Paterna, lo cual pugna con el relato de aquellas campañas. Por otra parte, Paterna es mencionada ya con este nombre en historias árabes anteriores al Campeador. Allí fueron derrotados los muslimes, cuando atacaron al rey de Castilla D. Fernando I, que se retiraba del cerco de Valencia. Al-Makari, que refiere aquella rota, nombra Paterna al pueblo donde acaeció, y también Ben-Besaam, cuyo ms. de la Bibliot. de Gotha cita Dozy.

(2) «E nos stant en Osca, anam per nostra terra envers Lloc de Saranyena, é haguem nos pensat que presessem lo castells quels Moros appelaven Enesa, é els chrestians deienli lo Puig de Cebolla. E ara ha nom lo Puig de Sancta María.» Crón. del rey D. Jaime.

Era á principios de 1236 cuando aquel rey ideó dar un golpe decisivo para la conquista de Valencia. La toma de Burriana le había hecho dueño, dos años antes, de casi todo lo que es ahora provincia de Castellón. En vez de avanzar paso á paso, decidió meterse de pronto y bien adentro en tierra enemiga, tomar el castillo del Puig y fortificarse en él, talar la vega valenciana y amenazar continuamente á Zeyan en su misma capital. Con esta empresa arriesgadísima proponíase sin duda comprometer también á los nobles aragoneses, siempre rehacios en seguirle y recelosos de su creciente poderío. Clavado el pendón real en el Puig, ó había de rendirse á la morisma, ó tenía que sucumbir ante él la musulmana Valencia.

Las huestes de Cataluña y Aragón fueron convocadas para la primavera; al saberlo el rey moro, arrasó el castillo del Puig. ¿Había de detenerse por eso D. Jaime? No, él lo reconstruirá. El día de Pascua púsose en marcha el ejército; no sabían los ricoshombres á dónde iban; cuando pasaron la frontera, les reveló el rey su plan; nadie lo aprobó. No importa: ¡Adelante! Cruzó sin oposición la fuerte cabalgata la llanura valenciana y tomó posesión de las colinas del Puig. En dos meses, los peones de Tortosa, Teruel, Zaragoza y Daroca levantaron las tapias del Castillo (1), y afirmaron una calzada para comunicarse con el mar, cruzando los pantanos de la costa; por allí recibiríanse vituallas y refuerzos. Dispuesto todo, el rey dió el mando de la fortaleza á su tío materno Bernardo Guillem de Entenza, mayordomo mayor de Aragón y uno de los pocos magnates en quienes tenía plena confianza. Puso por segundo á Guillem de Aguiló; y en el mes de Julio marchó á las Cortes generales convocadas en Monzón. Al desarmar la tienda real, vieron que anidaba en su arandela una golondrina, «y mandamos, dice el rey en su Crónica, que no levantasen la tienda hasta que se hubiera ido con sus hijuelos,

(1) Era de planta triangular, con una torre á cada punta; dos, cara al mar, y la otra, que era la maestra, á la parte de la llanura.

pues en nuestra fe había venido: *pus en nostra fe era vinguda*» (1). Quedaron en el Puig todo aquel invierno, la primavera y el verano siguiente, ochenta caballeros, treinta freires del Temple y del Hospital, y dos mil peones.

Talaban éstos la campiña y hostilizaban sin cesar á los moros de Valencia: aquella audacia era un baldón para el rey Zeyan, y resolvió castigarla. Reunió sigilosamente todas las fuerzas de los reinos de Valencia y Murcia, y cayó de improviso sobre el Puig. Un cautivo cristiano, que pudo escapar de la ciudad la noche anterior, llevó la nueva á la fortaleza amenazada. ¿Qué hacer contra aquella avalancha de la morería? Desclot pinta con colores tan vivos la impresión que produjo la noticia, que parece que lo estemos viendo. Reunióse consejo y algunos propusieron abandonar el puesto; pero Guillem de Aguiló, indignado: «Señores, exclamó, hemos venido aquí en servicio de Dios y de Nuestra Señora Santa María, y aunque somos pocos, hemos de salvar nuestras almas. Pero seremos más que ellos, porque Dios estará con nosotros, y los venceremos. ¡Animo, pues, y constancia! que nunca retrocedió la señera de Aragón, ni retrocederá ahora; y vale más morir con honor, que vivir con deshonor. Pues, si morimos, irán á Dios nuestras almas, y si vivimos deshonrados, perderemos las almas y los cuerpos.» Entonces habló Guillem de Entenza, y dijo: «Señores, lo que os ha dicho En Guillem de Aguiló, son palabras de gran verdad, de gran entendimiento y de gran nobleza; y debéis guardarlas todos en el corazón. Escasa compañía somos de caballeros y servidores; pero tengamos fe en Dios, por quien existimos, y él será con nosotros. Aprestémonos lo mejor que podamos, ordenemos la batalla, que ellos son gente innumerable, y vendrán cobardes y desordenados.» Y trazó en seguida un plan, que dió resultado maravilloso.

Apenas amaneció, confesaron y comulgaron todos. Poco

(1) Crónica de D. Jaime, 215.

después vieron avanzar hasta el pie de la colina el ejército musulmán, á caballo y á pie, en tanto número, «que cubría la llanura y las montañas, y daba frío el verlo» (1). Guillem de Entenza salió contra él, al frente de cincuenta caballeros y mil infantes, con temeraria impetuosidad; dos veces se precipitó sobre los moros; dos veces fué rechazado. En esto suenan trompetas detrás de la colina, y aparece lucidísima hueste de caballeros, enarbolando numerosas enseñas, tras las cuales se descubre el pendón real. Creen los moros que viene D. Jaime en auxilio de los suyos, vacilan y ceden. Era Guillem de Aguiló con el resto de los caballeros y con doscientos infantes montados en rocines de labor, y provistos de las trompetas y banderas que habían traído de tres naves ancladas en la playa. Al toque de las trompetas, figurando la hueste del rey, lánzanse al combate, gritando: «¡Santa María! ¡Santa María!» y lo arrollan todo á su paso. Huyen los enemigos pasmados, y son tantos los muertos, que difícilmente avanzan los caballeros cristianos entre montones de cadáveres. Hasta el barranco de Carraixet persiguió la triunfante caballería á los arrollados moros. Dice la Crónica del rey que muchos murieron de espanto, sin herida alguna (2), y Desclot que fueron diez mil los muertos de pavor: de los vencedores sólo sucumbieron tres caballeros y ciento cincuenta infantes. No atribuyen á poder sobrenatural tan gran victoria aquellos relatos coetáneos; pero surgió entonces, ó poco después, la creencia de que San Jorge, el celeste caballero, había sido visto combatiendo en las primeras filas. Aceptóla Beuter en su Crónica, y lo copiaron los sucesivos historiadores. Una reducida ermita rodeada de cipreses, puesta á la falda de la colina del Puig y dedicada á San Jorge, ha recordado hasta nuestros tiempos aquella interven-

(1) La crónica de D. Jaime dice que eran seiscientos caballeros y seis mil peones. Dióse esta batalla, según nuestros historiadores regnícolas, el 18 de Octubre de 1237.

(2) «E morirenne molts que foren ferits de glay, e altres que no hauien negun colp.» Crón. de D. Jaime, 218.

ción milagrosa, señalando el punto donde comenzó el pánico de los sarracenos. Todos los años bajaba del monasterio á esta ermita una solemne procesión. El síndico de la villa enarbolaba



Ermita de San Jorge, conmemorativa de la batalla del Puig

el estandarte del Rat-Penat, concedido al Puig por especial privilegio, y la ciudad de Valencia le pagaba diez libras por este servicio. En 1868 los revolucionarios profanaron y destrozaron la ermita, la cual, para vergüenza de nuestra generación, se convirtió en cuadra donde recogen sus acémilas los labradores que

trabajan en estos campos. ¡Este respeto obtiene en España el recuerdo de las antiguas glorias!

El rey, que recibió en Huesca la noticia de la gran batalla, hizo cantar el *Te-Deum laudamus*, y con buen golpe de caballeros acudió al Puig, donde se celebró gozosamente la victoria. Volvió después á Aragón, y estando en Zaragoza, recibió una triste nueva: había muerto de enfermedad en el Puig su tío Guillem de Entenza. Produjo tal impresión su pérdida, que todos aconsejaban á D. Jaime el abandono de aquella fortaleza y el aplazamiento de la conquista de Valencia hasta mejor ocasión. Él animoso monarca no podía resignarse á ese fracaso: ordenó á los barones y señores aragoneses que se dispusiesen á entrar en campaña, apenas llegase la primavera, y se dirigió al Puig con cincuenta caballeros de su mesnada. Al llegar al castillo, encontró en medio de una cámara el cadáver de Entenza, puesto aún en el ataúd, por ser ley de aquellos tiempos que hombre que tuviese alcaidía de castillo, y muriese en él, no fuese enterrado antes de restituirla á aquel de quien la tenía. Mandó el rey darle sepultura, armó caballero al hijo del muerto, muchacho de once ó doce años, y le confirmó en la posesión de las tierras de su padre.

Cuando, al cabo de pocos días, trató de volver á sus estados, dos frailes dominicos le enteraron de que los caballeros estaban convenidos para abandonar la fortaleza, así que él marchase. Con deliciosa ingenuidad refiere D. Jaime en su Crónica la angustia que pasó. «Nos parecía obra de araña, dice, que tanto hubiésemos hecho y lo perdiéramos todo en un instante; y que con tanto trabajo y con tanto honor lo hubiéramos conservado, y ahora, desamparándolo nos y los caballeros, nos viniera gran daño, mezclado con gran vergüenza. En esto, nos acostamos, sin querer descubrir á nadie lo que nos habían dicho, y aunque era en el mes de Enero, que hace mucho frío, nos revolvimos en la cama, de una parte á otra, más de cien veces durante la noche, y sudábamos tanto como si estuviéramos en

un baño; y después de cavilar mucho, nos dormimos, cansados de tanto velar. Y cuando era entre media noche y el alba, nos despertamos y volvimos á la misma idea, y pensamos que teníamos que tratar con mala gente, porque no hay en el mundo ralea tan soberbia como son los caballeros.» Cuando amaneció, reunió D. Jaime en la iglesia de Santa María á todos los barones, soldados y habitantes del lugar, y allí, con la mayor solemnidad, recordó los favores que debía á Dios en sus conquistas; dijo que sabía la proyectada partida de los caballeros, y acercándose al altar, juró por el Señor y por su Santa Madre, que no había de pasar de Teruel, ni del río de Tortosa, hasta tomar á Valencia. Y en prueba de permanecer allí hasta consumar su empresa, dió orden de que viniesen enseguida al Puig la reina y la infanta. «Cuando oyeron estas palabras, no hubo nadie en la iglesia que no rompiese á llorar, y nos con ellos, y les dijimos: *Tranquilizaos, que no partiremos de aquí hasta que esté tomada la ciudad de Valencia* (1).»

La reina vino á Burriana: el rey moro, asustado de la decisión de D. Jaime, le ofreció entregarle todos sus castillos hasta el Guadalaviar y pagarle tributo; pero el rey contestó: «Á tal punto hemos llegado, que podemos ganar á Valencia, y así tendremos la gallina y los polluelos.» Dispuso la campaña decisiva; á los tres meses era sitiado Zeyan en su capital, y medio año después el pendón de la conquista tremolaba en la torre del Temple: el rey D. Jaime había cumplido su juramento.

En aquel período de la ocupación del Puig, entre la batalla con los moros y el fallecimiento de Entenza, ocurrió un hecho, famosísimo después, y del cual nada dice, sin embargo, la Crónica real: el hallazgo de la imagen de la Virgen. Pero, no hay que extrañar el silencio de aquella crónica, ni tomar pie de él para dudar del suceso: en esa historia se consignan los hechos militares del rey, y nada más: se prescinde de todo lo que se

(1) Crónica de D. Jaime, de 231 á 238.

refiere al orden civil y religioso. Los historiadores del monasterio fundado por el Conquistador, han recogido, por el contrario, todo lo que á este último orden atañe, y si la crítica severa no acepta todos los prodigios de que revisten los sucesos, hay que admitir, por lo menos, el fundamento racional de los mismos.

Entre los religiosos que estaban en el Puig, acompañando á las fuerzas cristianas, hallábase, según aquellos historiadores, fray Pedro Nolasco, el afamado fundador de la Orden de la Merced. Á este santo varón y al gobernador Entenza dieron cuenta los centinelas de que veían desprenderse del cielo todos los sábados siete estrellas, y esconderse en una colinita más baja que las otras tres del Puig, situada frente al castillo. Adivinó Fray Pedro Nolasco que aquello era un aviso celestial, y habiendo visto un sábado todos los que estaban en la fortaleza el descenso de las estrellas, al siguiente domingo, confesados y comulgados, fueron en devota procesión al sitio que les señaló el mercedario, cavaron y dieron con ruinas de edificios, que estaban soterradas; cavaron más y sonó retumbo de bronce: era una campana grande; bajo de ella estaba escondida una imagen de la Virgen esculpida en una losa: sacáronla, llenos de gozo, y la llevaron al castillo (1).

(1) Así lo refieren los historiadores Beuter, Miedes, Escolano, Bleda, Brovio y otros, y más ampliamente las crónicas del monasterio. Abundan mucho estas crónicas. Las publicadas son: *Historia y fundación de Nuestra Señora del Puig de Valencia*, por Ausias Izquierdo, Valencia, 1575.—*Historia de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, de algunos santos y personas ilustres de ella, y en particular de la benditísima casa de la Madre de Dios del Puig de Valencia*, por el P. Fr. Felipe Guimerán, de la misma Orden, Valencia, 1591.—*Nuestra Señora del Puche, Cámara angelical de María Santísima, patrona de la insigne ciudad y reino de Valencia, monasterio real del Orden de Redentores de Nuestra Señora de la Merced*, por el Mtro. Fray Francisco Boyl, calificador del Consejo de S. M. en la Suprema Inquisición; Valencia, 1631.—*Historia de la Imagen sagrada de la Virgen santísima del Puig, primitiva y principal patrona de la ciudad y reino de Valencia, reducida á una prudente crítica*, por el P. Fr. Francisco Martínez, de la Orden de la Merced; Valencia, 1760. La Academia Bibliográfica-Mariana de Lérida dedicó en 1880 á Nuestra Señora del Puig, el certamen literario que celebra anualmente en honor de la Virgen María, bajo una de sus invocaciones españolas. Una de las obras premiadas fué una *Memoria histórica y descriptiva del Santuario de Nuestra Señora*

¿Cuáles eran aquellas ruinas y de dónde procedía aquella imagen? Sin necesidad de que se lo diga, comprenderá el lector cuán aguda y sutilmente disertaron sobre ello los historiadores á quienes me voy refiriendo. Los más imaginativos supusieron que la efigie descubierta bajo la campana, fué labrada por ángeles en la piedra del sepulcro de la Virgen María, y que los mismos ángeles la llevaron á las playas valencianas, donde la hallaron unos monjes servitanos. Ya hemos visto que este antiquísimo monasterio estaba, según San Gregorio de Tours, entre Sagunto y Cartagena: de aquí tomó pie el falso cronicón de Máximo para suponer que se hallaba situada en el Puig aquella casa monástica, y que, á la invasión sarracena, quedó oculta entre sus ruinas la portentosa imagen (1). Ésta, que es de gusto bizantino, bien puede considerarse como anterior á aquella invasión (2).

El hallazgo de la Virgen, aunque no nacieran hasta más tarde las leyendas que acogió la piedad sencilla de nuestros padres, fué considerado desde el primer momento como suceso providencial. El rey Conquistador, que había jurado ante esa imagen, en la capilla del castillo, no soltar las armas hasta ganar á Valencia, puso á sus pies la llave de la rendida capital, y años después, las de Murcia; la tomó por Patrona de sus conquistas,

del Puig de Valencia, por D. Javier Fuentes y Ponte, la cual, en unión de las demás composiciones premiadas, se imprimió aquel año en la misma ciudad de Lérida.

(1) Consigna y acepta esta tradición un breve del papa Benedicto XIII, expedido en Marsella, á 11 de Febrero de 1407, por el cual se concede indulgencia plenaria á la iglesia del Puig. Este breve fué aprobado por el concilio de Constanza, según el P. Mtro. Fr. Serafín de Freytas.

(2) La losa en que está esculpida la imagen, tiene cinco palmos de alta, tres y medio de ancha, y uno de grueso. Dícese que es de mármol, pero al Padre Martínez, historiador del monasterio, que le arrancó una esquirla, le pareció de granito de Oriente. La escultura, de medio relieve, representa á la Virgen sentada en una silla, sosteniendo con la mano derecha (al contrario de lo acostumbrado) al Niño Jesús, de pie sobre sus rodillas, y puestas las manecitas sobre los hombros de su madre. Sobre este grupo hay dos ángeles con las alas extendidas. Esta escultura estaba pintada, y aún se distinguen los colores rojo y azul de los vestidos de la Virgen y el Niño.

y la visitó con frecuencia, siendo solemnísima la romería regia de 1269: acompañábanle su hija D.ª Violante, y el esposo de ésta, D. Alfonso el Sabio de Castilla, y se postraban los tres monarcas ante aquella imagen, á cuya intercesión atribuía el Conquistador el éxito glorioso de sus campañas.

Habíase establecido de reciente á instancias de fray Pedro Nolasco, la orden de la Merced, la cual tenía por objeto la redención de cautivos cristianos, y á esa Orden confió el rey el culto de la sagrada imagen, fundando el Real Monasterio de Nuestra Señora del Puig (1). La tenencia del castillo y el señorío de la villa se mantuvieron en la familia de Entenza. D.ª Margarita de Lauria, condesa de Terranova, hija del famosísimo almirante Roger de Lauria y de D.ª Laurina Entenza, en quien, andando el tiempo recayó el señorío del Puig, y con él el patronato del monasterio, reedificó á principios del siglo XIV la iglesia, que por las prisas que se dieron en su construcción, se había desplomado el primer año de aquella centuria. La egregia y devota dama dedicó buena parte de su hacienda á la mejora de esta santa casa; fundó un hospital de peregrinos, y construyó, para vivir ella, un alcázar contiguo á la capilla de la Virgen. En 1470 se convirtió este alcázar en convento de monjas terciarias de la Merced, comunidad fundada por Santa María de Cervelló, y desapareció después, al reconstruirse el monasterio en más vastas proporciones. Fué esto á fines del siglo XVI; pero no anticipemos los sucesos.

(1) Por privilegio fechado en Valencia, á 7 de Agosto de 1240, el rey Conquistador da á Dios y á Fr. Arnaldo de Carcasona, ministro de la Orden de la Merced «*Eclesiam illam de Podio de Aneso, sive de Cebolla, quæ vocatur Sancta Maria, cum toto illo Podio, in quo sita est, ut dictam Eclesiam deserviatis, et faciatis deservire ad honorem Domini et Beatæ Mariæ, et omnium sanctorum.*» Anteriormente, al hacer el repartimiento de Valencia, dió á la orden de la Merced la mezquita y las casas de Boatella, extramuros de la ciudad, en donde se edificó el convento de la Merced; y la alquería de Al-Garbía con su horno y molino. Pertenecía al Real Monasterio del Puig la rectoría de la parroquia de la villa, por cesión del obispo Ferrer de San Martín, de la misma fecha de 1240.

El señorío del Puig y el patronato del monasterio volvieron á la corona al fallecer sin hijos D.ª Margarita de Lauria, en 1343 (1). El castillo siguió en pie hasta la guerra de los dos Pedros de Aragón y de Castilla. Tomólo el de Castilla cuando vino á poner cerco á Valencia, pero se lo ganó después el valiente caudillo D. Pedro Boyl, á quien llamaban *lo cavaller sens pahor*. No quiso conservar el monarca aragonés una fortaleza, que tan de cerca amenazaba á la capital, y mandó arrasarla (1347). Desapareció aquel glorioso testimonio de la conquista; pero fué creciendo más y más la fama del monasterio y de su milagrosa titular. Aquel mismo rey D. Pedro de Castilla, que, con apellido de Cruel ó de Justiciero, nos lo representamos adusto y soberbio, sin humillar jamás la cerviz, entró en la iglesia del Puig descalzo y casi desnudo, sin más ropa que la camisa, con una soga al cuello, y se postró á los pies de la Virgen, agradeciéndole su salvación en la borrasca que le asaltó cuando bloqueaba con su armada la boca del Júcar. Si esto hacía un monarca castellano, figúrese el lector hasta qué punto rayaría la devoción de los reyes aragoneses. Todos ellos llevaron sus ofrendas á la Virgen del Puig: D. Jaime II se obligó, por sí y por sus sucesores, á darle todos los años cuatro cirios, de cien libras de cera, y este ex-voto (que tuvo exacto cumplimiento hasta la revolución de 1868), va unido á una leyenda muy poética. Regresaba de Sicilia el rey y tropezó la galera con un escollo que abrió en ella una vía de agua. Iba á hundirse la embarcación: ¿á quién acudir? El monarca invocó á la Virgen del Puig; en aquel punto mismo cesó de entrar agua. Al llegar al puerto, vieron los marineros que un corpulento pez se apartaba del barco: pegado á la tabla perfo-

(1) Pasó después el patronato de la *Angelical Capilla é Iglesia del Puig* al infante Enrique Fortuna, primer duque de Segorbe, nieto por su padre del rey D. Fernando I, y casado con D.ª Juana Ramón Folch de Entenza, marquesa de Aitona, duquesa de Cardona y baronesa de Entenza, descendiente de la ilustre familia de este apellido. En el altar mayor y en el remate de la reja que cierra la capilla, están las armas de los duques de Segorbe.

rada, había tapado el agujero (1). Otro regio *ex voto*, digno de mención, es la copia corpórea del Castelnuovo de Nápoles, que envió D. Alfonso V, por haberse librado de una mina, hecha por los enemigos: aún se conserva este recuerdo en la sacristía del monasterio.

Fué reconstruído éste—como queda indicado—á fines del siglo XVI, y ahora es ocasión de decir cómo y por quién. Hacíanse rogativas en toda España por el triunfo de la *Armada Invencible*, la cual navegaba amenazadora contra Inglaterra (1588). El Patriarca Rivera, arzobispo de Valencia, imploró la intercesión de la Patrona del reino valenciano. Nunca había salido su imagen del santuario del Puig: el prelado la llevó á Valencia con imponente solemnidad, conducida en hombros de religiosos mercedarios, y marchando detrás él mismo á pie descalzo. Famosas fueron las rogativas que hizo entonces Valencia á su patrona, y á los ojos de los fieles se renovaron los prodigios de su hallazgo (2). Esto no impidió la lastimera ruina de la Armada que había sido calificada de Invencible; pero la fe de aquella generación era superior á tales pruebas, y lejos de desmerecer, creció el prestigio de la Virgen del Puig. Pareció que la fábrica del monasterio no correspondía á la grandeza de su celestial patrona, y emprendióse su reconstrucción, poniendo la primera piedra el Patriarca Rivera en 1590, y quedando terminado en 1671, en la forma que hoy lo vemos. Es, como su coetáneo el Escorial, enorme y maciza mole cuadrada, toda de piedra, con cuatro fuertes torres angulares; pero estas torres no están cubiertas por cúpulas, ni adornadas con otros remates: terminan con una galería plana, contribuyendo al aspecto de regularidad y uniformidad que

(1) Se conserva el texto de esta donación real, firmada en Jaca, á 10 de Julio de 1302; en ella sólo se habla del voto hecho por el monarca estando gravemente enfermo en Nápoles.

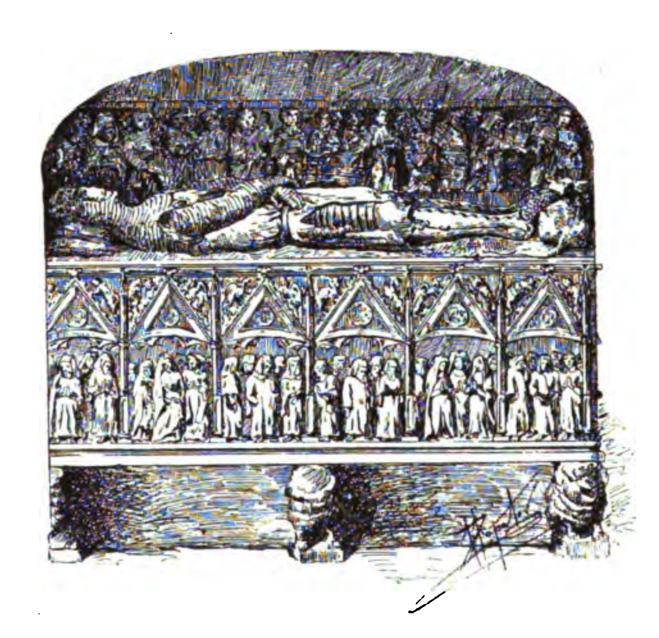
(2) Díjose entonces que habían aparecido de nuevo las siete estrellas que revelaron la existencia de la Imagen, y que se veían sobre la iglesia del Puig y sobre la catedral de Valencia, mientras estaba dicha imagen en este templo. El Patriarca Rivera mandó hacer una información sobre estos hechos.

reviste esta construcción severa y grandiosa. Concluída la obra del monasterio, y de su gran claustro central, de ladrillo perfilado, emprendióse la restauración de la iglesia, que duró hasta 1744; y á los pocos años, acometióse la construcción del camarín de la Virgen (de 1766 á 1820): cuando estuvo todo terminado, vino la revolucion y expulsó de su convento á los religiosos de la Merced, conservando el templo monumental como parroquia de la modesta villa del Puig (1).

Bastante sabemos ya de sus anales para entrar en él con respetuosa veneración: ocupa el ala septentrional del vasto edificio y el punto más alto de la colinita que ha desaparecido bajo sus sólidos muros. Amplia escalinata le da acceso, desde la salida de la población, y entrada un portal, cuya sencilla y elegante archivolta apuntada, y las figuras esculpidas en la imposta de arranque, revelan el gusto del siglo XIV. Tras de la puerta de ingreso, y medio oculto, al abrirse, por su hoja izquierda, está uno de los restos más interesantes que conserva el monasterio para la historia y para el arte: la tumba de Bernardo Guillem de Entenza. Sepultado este valeroso general de los cristianos en el cercano castillo, trasladósele en el siglo XIV al suntuoso sepulcro que se le dedicó en esta iglesia, y que estuvo entonces en la capilla de San Miguel (hoy de Nuestra Señora de la Merced). En 1734, al restaurarse el templo, fué relegado el famoso guerrero provenzal á este sitio; menos infortunado, al fin y al cabo, que otros héroes cuyos restos han sido echados á la calle. Tres leones en pie (descabezados hoy) sostienen la urna sepulcral. Hay labrados en ella seis arcos ojivales, minuciosamente esculpidos de relieve, y están contenidas en esos arcos multitud de figurillas, que representan con propiedad el duelo de los deudos y servidores del difunto, distinguiéndose bien su diversa condición por sus trajes y fisonomías. Están muy bien diseñados los

(1) El edificio del monasterio fué cedido al Ayuntamiento del Puig, que tiene en él las oficinas municipales, escuelas, cárcel y otras dependencias.

detalles de la ornamentación, y son elegantemente caprichosos los animales fantásticos de los intercolumnios. Yace tendida sobre la urna la figura corpórea de Entenza, en el reposo de la muerte. Cubre su cabeza capellina *(capell de ferre)* con monclura de puntas claveteada, y almofar de malla doble *(capmail);* viste loriga *(asberch)* con sobreseñal ó cota de armas blasonada *(gonella);* pende del cinto militar, adornado con tachones y flores trifolias, espada *(glavi)* de cruceta, y puñal de misericordia *(coltell);* y lleva en las piernas, defendidas por rodilleras, canigeras esquinadas *(gamberes)* y escarpas de platas *(sabates de launa).* Sobre el sarcófago y la estatua yacente, en el arco abierto en el muro, corre un friso, representando con diez y ocho figuras el acto funeral, presidido por un prelado, que asistido por el clero, parece bendecir el cadáver: familiares ó diáconos llevan el turíbulo, la naveta del incienso, la pila del agua bendita, el libro, la cruz, los candelabros. Según uso bastante común en aquellos tiempos, no tiene inscripción alguna este sepulcro: el afán explicador de nuestra época la ha suplido con un largo y minucioso rótulo escrito con letras negras en la pared blanqueada. En aquella misma pared, como trepando por ella, hay un cocodrilo disecado, y también tiene su rótulo, que dice así: *Si en silenci dins no*



SEPULCRO DE BERNARDO GUILLEM DE ENTENZA

esteu, á mon ventre parareu, amenaza con la cual asustan las matronas del Puig á sus chicuelos y les hacen estar callados durante la misa. Este cocodrilo, como su hermano mayor, el célebre *Dragó del Colegi*, de Valencia, fué donativo del Patriarca Rivera, que veía sin duda algún apropiado simbolismo en ese monstruoso anfibio guardando las puertas del templo.

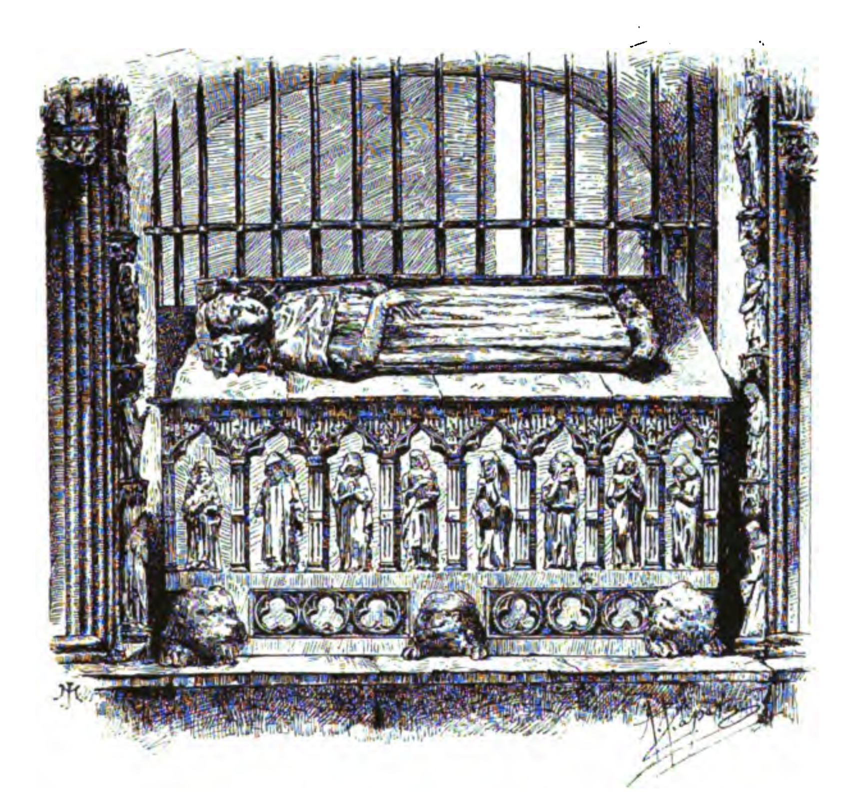
Penetremos ya en su interior: aunque la restauración del siglo pasado ha desfigurado con exornos de orden corintio su arquitectura gótica, conserva algo de su pristina severidad, y revela aquella arquitectura en los arcos ojivales de sus elevadas bóvedas. La planta es muy regular: forma un cuadrilátero, dividido longitudinalmente en tres naves; á un lado y á otro, en la misma dirección, hay cuatro capillas; y en la nave central, á uno y otro extremo, estan el presbiterio y el coro, cerrados ambos con grandes verjas de hierro (1). El altar del presbiterio, que sustituyó en 1608 al retablo costeado por el Papa Luna (2) muy devoto de la Virgen del Puig, es barroco, con columnas estriadas é historiadas, gruesos cornisamentos y hondas hornacinas, estatuas y relieves. Guarda su nicho principal la imagen de la Virgen; pero, si queremos verla bien, hemos de entrar en el camarín, abierto á la parte posterior. Consérvase también en este altar una campana, hecha, según se dice, con el metal de la que se halló sobre la efigie sagrada, la cual se rompió, después de haber servido mucho tiempo en la torre del monasterio (3). Al

(1) La reja del presbiterio, de gusto gótico, fué dádiva hecha en 1443 por unos marineros vizcaínos, salvados de una tempestad que les asaltó en el golfo de Vizcaya y les llevó frente al Puig. El cargamento, que era hierro, lo destinaron á esta obra piadosa.

(2) De este retablo se conserva una tabla, que representa á Cristo en la cruz.

(3) Dice Beuter que la primitiva campana se rompió en 1550; de ella se hicieron dos, la que se puso en el altar mayor, y otra para la torre. Esta es una de las cinco que hay ahora; se llama la Puzolenca, y ha sido refundida varias veces. Los cronistas del monasterio tomaron las noticias de aquella antigua campana de un libro titulado *Recuperación de España*, manuscrito de 1250, por el licenciado Martín Ximénez, de Daroca, capellán de las escuadras de Entenza y testigo presencial del hallazgo de la Virgen. Boyl vió este ms. en 1624; poco después se perdió. Decía que la primitiva campana tenía esculpida la figura de la Virgen, llevada por los ángeles, de los apóstoles San Pedro, San Pablo y San Jaime, y este letrero, en

lado del evangelio hay un rompimiento en el muro que cierra el presbiterio, y allí está colocado el magnífico sepulcro de doña Margarita de Lauria, y de su hermano D. Roberto, que murió mozo. ¡Cuánto había adelantado el arte en un siglo! Compárese



SEPULCRO DE D.ª MARGARITA DE LAURIA

ese hermoso y acabado monumento sepulcral con el de Entenza; en éste, el cincel del escultor copia el natural con tímido en-

---

caracteres góticos: *Santa Maria, ora pro nobis: Imago tua sit nobis tutrix, quæ fuit ab angelis in lapide sepulcri tui dedolata, et ab eis asportata ac Apostolorum adventu decorata. Servi tui te colimus. Abige fulgura, tonitrua sonitu campanæ quam fecimus æra sexcentesima sexagesima.* Como el uso de las campanas fundidas para las torres de las iglesias no se introdujo hasta mucho después, se hace difícil admitir la autenticidad de esta inscripción, que se ha repetido al fundirse de nuevo la campana tradicional.

cogimiento; en la tumba de los hijos del gran almirante, no sólo dibuja con magistral soltura los contornos arquitectónicos y los detalles decorativos, sino que da también á las figuras artística gallardía. La tapa del marmóreo sarcófago tiene dos planos inclinados en forma de artesa; en el del presbiterio está la estatua yacente de la ilustre princesa, apoyando los pies en un perrillo, símbolo de la lealtad, y al otro lado, la de su hermano, armado y con un león á los pies (1). Lindísimas figuras plañideras adornan este sarcófago, como el de Entenza, y estatuítas de santos, igualmente primorosas, decoran el borde del arco ojival que servía al sepulcro de esbeltísimo dosel, bárbaramente mutilado al restaurarse la iglesia. En el mismo presbiterio, al lado de la epístola, hay un ancho nicho, en forma de tribuna, y en él—¡expresivo contraste!—las figuras de estuco, burdas y amazacotadas, del Rey Conquistador y Bernardo Guillem de Entenza, puestas de rodillas y con traje del siglo XVII, época en que las hizo un escultor menos que mediano (2).

Pasemos de corrida por las naves y capillas de la iglesia, en las que veremos mezclados sepulcros góticos de mercedarios ilustres y antiguas pinturas de viejos retablos (3), con altares

(1) La estatua de Roberto de Lauria lleva loriga de malla con almofar y mangas enteras, sobreseñal ó cota de armas blasonada (con un león heráldico), calzas de malla con acicate. El *capell de ferre* va ceñido con una corona, para indicar sin duda que pertenecía el difunto á la familia real. Lleva cinto con rengas, y espada de cinta con cruceta y ornamentación ojival. Doña Margarita viste toca y traje muy sencillo, y tiene en las manos un rosario.

(2) Gaspar Asensio, en 1673.

(3) Entre las pinturas en tabla, es muy notable una que representa el entierro del Señor, y tiene una inscripción en caracteres orientales. Está en la capilla del sepulcro y procede del oratorio de D.ª Margarita de Lauria. Entre los sepulcros, merecen mención dos, puestos en forma de lucillo en la pared, á un lado del coro: el uno, que tiene estatua yacente con el hábito de los caballeros laicos de la Merced, es del Venerable y Reverendísimo Fr. Pedro de Amerio ó Amer, que fué el cuarto y último general laico de la Orden; murió en este convento, y dice así su epitafio: *Anno Domini MCCCI sexto idus junii obiit fr. Pet. Amerio, magister generalis totius Ordinis Sanctæ Mariæ Mercedis Captivorum. Cuius anima requiescat in pace. Amen.* El otro lucillo es del primer general clérigo que tuvo la Orden, Rmo. Fr. Raimundo Albert, que murió en Valencia en 1330: su efigie está, no esculpida, sino pintada en él, con esta inscripción: *Anno domini MCCCXXV. XIV. Kal. Decembris,*

nuevos de poquísimo gusto, y anti-artísticas imágenes, vestidas y emperejiladas á capricho de las devotas del pueblo; y entremos en el camarín de la Virgen, obra acabada y pulida del siglo pasado, en cuya cúpula, pechinas y lunetos trazó el pincel amanerado de Vergara pasajes de la historia de la venerada imagen; y el de Camarón, menos artificioso, dos grandes cuadros, representando su conducción á Valencia en 1568, y las rogativas que se hicieron en la catedral. Los reyes de Aragón D. Jaime II y D. Alfonso V, figuras labradas en estuco, rinden homenaje á esa célebre efigie en el altar en que está colocada. La esculpida losa cuya labor atribuyeron á los ángeles nuestros abuelos, está incrustada en un relicario de plata sobre-dorada y de pedrería. ¡Cuántas generaciones han doblado la rodilla ante esa Virgen! Lo mismo se inclinaron delante de ella las frentes ilustres y coronadas, que las más pobres y humildes. Entre las primeras distingo con melancólica complacencia dos cabezas juveniles; las de Felipe III y la archiduquesa Margarita de Austria, su prometida esposa. Aquí se vieron por primera vez los regios novios, si es cierto lo que refieren los cronistas de Nuestra Señora del Puig (1). Habían de celebrarse las bodas en Valencia: el rey

---

obiit Reverend. P. Fr. Raymundus Albert, primus magister clericus, et anno domini MCCCXXXIV. VIII. Kal. junii Fr. Berengarius filius, et sucesor eiusdem; transtulit corpus eius ad domum Beatæ Mariæ de Podio celebrate: Ab Apostolorum adventu... Requiescat in pace. Amen.

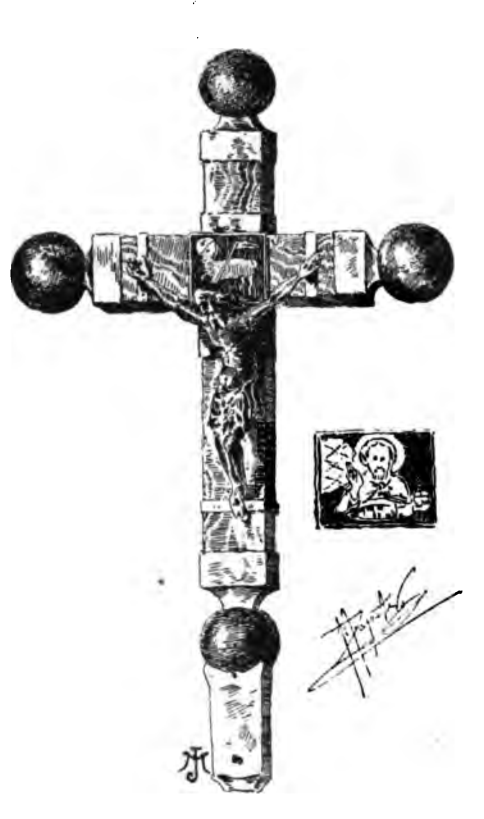
(1) Lo dejo en duda, porque contra la autoridad del Padre Boyl, historiador casi coetáneo, y de los demás cronistas del monasterio, que consignan como primera esta entrevista de los augustos desposados, está la de un libro manuscrito existente en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, con este título: *Libro copioso muy verdadero del Casamiento y Bodas de las Magestades del Rey de España Don Phelipe III con Doña Margarita de Austria*, por Felipe Gaona, 1599. El autor, que es muy minucioso en el relato de aquellos acontecimientos, dice que la primera entrevista de aquellos monarcas se verificó el día citado, pero no en el Puig, sino en el convento de San Francisco de Murviedro, donde estaba la archiduquesa con su madre. El rey salió de incógnito, al anochecer, del Palacio del Real, llevando en su coche al marqués de Denia, y acompañándole en otro algunos caballeros de su servicio, y sin previo aviso visitó á su esposa, que quedó muy sorprendida y halagada. Aquella misma noche regresó D. Felipe á su palacio. La entrevista del Puig se verificó, según este autor, el día 12, segundo de Pascua.

aguardaba allí á la archiduquesa; ésta, que escoltada por cincuenta galeras, había desembarcado en Vinaroz, y acompañada por treinta y seis caballeros españoles, vestidos, en obsequio suyo, de blanco y rojo, sus colores favoritos, había llegado hasta Murviedro, esperaba allí, hospedada en el convento de San Francisco, que pasase la Semana Santa. Ardía el joven rey en deseos de ver á la princesa: un día (6 de Abril de 1599), acompañado por su valido, el marqués de Denia, verdadero rey de España, salió disfrazado de la ciudad y vino á este monasterio: la futura reina, avisada y convenida, llegó á la vez de Murviedro; y aquí en la cámara real, habitación hoy del cura párroco, sobre cuya puerta aún se lee, bajo el escudo coronado de las cuatro Barras, CAMERA DOMINO NOSTRO REGI, tuvieron su entrevista amorosa. Aquí, ante el altar de la Virgen, reiteraron sus juramentos; aquí soñaron tal vez alegrías y felicidades, que no vieron cumplidas. Cuentan que al observar el monarca los *ex-votos* que cubrían las paredes, exclamó: «¡Qué buena colgadura para avivar la fe!» Al caer la tarde, la archiduquesa volvía á Murviedro y su regio galán á Valencia. ¿No es, en verdad, interesante y poético este momentáneo idilio, en el que el amor y la devoción se aunaron sobre el fondo sombrío y silencioso del monasterio, mientras se aprestaban las pompas cortesanas para deslumbrar al mundo con el esplendor de las reales nupcias?

Prosigamos nuestra visita: ¿nos queda algo por ver? Sí, la sacristía. Es un breve museo, repleto de cuadros; uno de ellos, muy grande, que estuvo antes en el refectorio, era apropiadísimo para aquel sitio, pues figura la multiplicación de los panes y los peces, milagro que los frailes veían repetirse en provecho suyo todos los días. No es este cuadro obra de la escuela valenciana, sino del pintor cordobés del siglo XVII Juan Antonio Escalante, admirador del Tintoreto, cuyo garbo y grandiosidad procuraba imitar. Hay aquí también cuatro cuadros (1) de un religioso de

(1) Representan el hallazgo de la Virgen, la batalla del Puig, el cerco y la

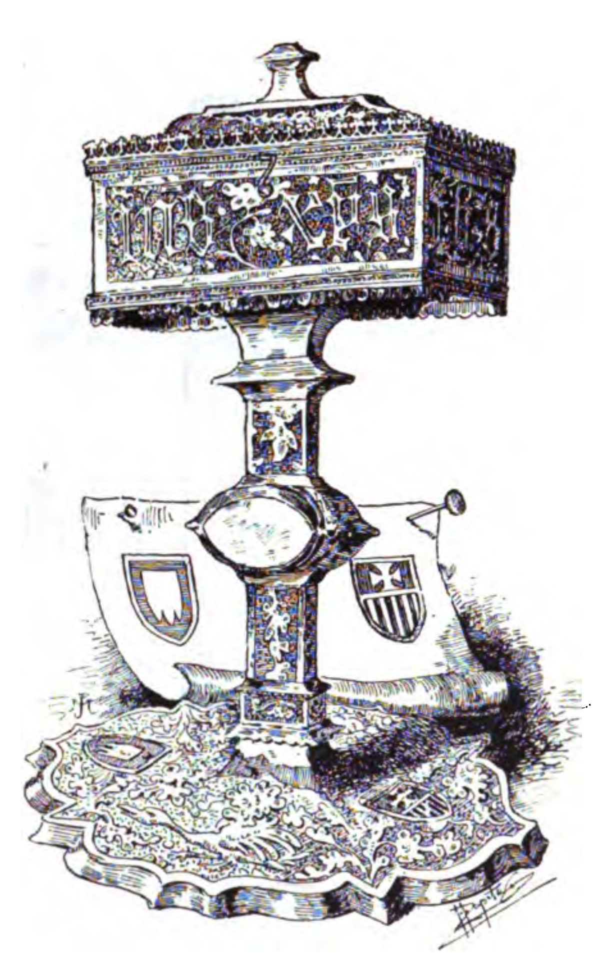
esta casa, que se distinguió como pintor en la misma época; fray Agustín Leonardo, de quien había obras asimismo en los conventos de la Orden de Madrid, Toledo y Córdoba. Á un lado de la sacristía hay un grande y fuerte armario de nogal y boj; allí se guardaban las muchísimas joyas y preciosidades del monasterio, dádivas, algunas de ellas, de príncipes y reyes. Desaparecieron casi todos aquellos tesoros; pero aún queda algo de inestimable valía, y que muy pocos conocen, porque el celoso párroco, sacerdote octogenario, último resto de la suprimida comunidad mercedaria, cuida de no enseñarlo, temeroso de nuevas rapiñas. Por primera vez, si no me engaño, sale ahora á la luz de la publicidad, para regocijo de los amantes del arte y de la historia, objeto tan precioso por su procedencia y antigüedad, como es la cruz que el Conquistador llevaba en sus campañas, y con la cual, empuñándola como lábaro salvador, alentaba y enardecía á sus guerreros. Que D. Jaime depositó aquella cruz en el monasterio del Puig, lo dicen los cronistas de la Merced; que pertenece á aquella época y era joya digna de un monarca



CRUZ DEL REY D. JAIME I

rendición de Valencia. «Dibujaba con corrección, dice Ceán Bermúdez de este pintor; entendía la perspectiva, la composición y otras partes del arte; pero pintaba con sobrada dureza en las tintas, bien que eran muy estimados sus retratos.»

la que en él se conserva (y en esta página veis dibujada) lo proclaman la materia de que está hecha y la forma como está labrada. Son de alabastro oriental el árbol y los brazos de la cruz; de plata sobredorada los remates y los pomos, de muy sencilla y algo burda orfebrería: y del mismo metal la imagen del Cristo, desproporcionada, retorcida y tosca, producto de un arte casi infantil. En el centro de la cruz hay dos esmaltes, no más primorosos, de fondo azul, con el cordero Pascual á un lado, y al otro el Salvador dando la bendición. El extremo inferior de la cruz tiene forma de cuña, para introducirla sin duda en un mango, y llevarla en la mano, á guisa de cetro. Sólo tiene veinte centímetros de altura. El Cristo y los esmaltes es lo que mejor caracteriza la remota época de la construcción, por su peculiar traza artística; los pomos redondos con que terminan el tronco y los brazos de la cruz, aunque por lo



Arquilla del Sacramento del Monasterio del Puig

tosco pudieran ser de aquella edad, parecen recordar más bien el gusto barroco del siglo XVII. No me atrevo á decidir si habrán sido añadidos después.

Otro objeto, de mejor gusto y más primor, atribuye al rey de la Conquista el párroco que receloso lo guarda, y dicen que es de esa ilustre procedencia papeles añejos del convento (1); pero lo pongo en duda porque no lo citan entre los donativos del regio fundador los autores que de ellos se han ocupado (2): es la arquilla del Sacramento, que igualmente os presento dibujada, y que por su traza elegante y sus delicadas labores puede calificarse de preciosidad artística. Es también de plata sobredorada, sin otra inscripción que la cifra de Jesús, varias veces repetida en el cuerpo del arca. De los escudos cincelados en el pedestal, el uno es el de la Merced; el otro, en campo azul, ostenta una especie de banderola, cuya significación no he podido precisar. Quede este punto para estudio de los arqueólogos, y agradézcanme, por lo menos, el conocimiento de estos interesantísimos restos.

De todos los tesoros contenidos en la fuerte armariada de la sacristía, el que más preciaban los religiosos del monasterio, no

(1) Esta y otras muchísimas noticias curiosas del convento del Puig están contenidas en cuarenta tomos en folio ms., obra de Fr. Dempere, religioso erudito y laboriosísimo de aquella casa, que vivió el siglo pasado. Escribió, entre otros libros, un *Diccionario valenciano-castellano* (que no llegó á imprimirse) en cinco volúmenes. Conservábanse sus ms. en el monasterio; pero hace pocos meses, por orden del general de la Merced, fueron trasladados al nuevo convento de Mercedarios en Lérida.

(2) El padre Boyl cita como donativos del rey Conquistador, un retablo de una vara de alto y media de ancho con una Virgen de relieve, de plata, y á los lados las figuras del rey y la reina, que era su altar portátil de campaña, y ante el cual se dijo la primera misa en Valencia; otra imagen de la Virgen «hecha de corazón y masa de hinojo», con testimonio auténtico de que la labró é iluminó San Juan Evangelista; otras dos, atribuída la una á San Lucas, y la otra á San Scilas, obispo de Corinto, uno de los setenta discípulos; una cruz de ágata con guarnición y extremos de plata, que usaba el rey en las batallas para alentar á sus guerreros; un relicario de plata con una espina de la corona de Cristo; una custodia para el sacramento y un cáliz de plata, de antigua, pero preciosísima labor; y las llaves de Valencia. El papa Luna regaló un cáliz pontificio, y el rey don Alfonso el Sabio una corona de oro.

era objeto alguno de oro ni de plata; no estaba enriquecido con perlas ni diamantes; no podía tentar la rapacidad de los saqueadores: ahí lo tenéis; es un cadáver enjuto y momificado; mísero resto de la pobre humanidad, disputado á la muerte y á los siglos.

Dentro de su esqueleto, cubierto por rugosa y amarillenta piel, latió, quinientos años há, un corazón inflamado, como pocos lo estuvieron, por el amor de Dios y del prójimo; el corazón de fray Juan Gilabert Jofré, el fundador del Santo Hospital de Valencia, el compañero de apostolado de San Vicente Ferrer. Aquí, en este monasterio, tomó el humilde hábito de la Merced, pronunciando los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y misericordia, cuando había adquirido ya fama de docto en letras sagradas y profanas, y le esperaba en el siglo lisonjero porvenir; aquí, evangelizando á los campesinos de estos contornos, creció su renombre de catequizador elocuentísimo; aquí, cuando su ciencia y su virtud le elevaban más y más, buscaba el retiro y la penitencia del claustro; aquí vino, por último, á morir cuando gastó todas sus fuerzas en servicio de los infieles y los pecadores. Asombra lo que hizo aquel incansable religioso en el período no muy largo desde su profesión hasta su muerte. Valencia no ha conservado memoria más que de aquel inspirado arranque suyo, cuando después de amparar á un infeliz demente aporreado en las calles, pidió á los valencianos desde el púlpito de la Catedral que á sus muchas obras piadosas y caritativas añadiesen la fundación de un hospital, en que fuesen recogidos los pobres inocentes ó desjuiciados; pero, si repasamos la historia de su vida (1), tan pronto le veremos predicando en los pueblos como en las ciudades, en Valencia como en Cataluña, en Castilla como en Navarra; ó rigiendo ejemplarmente y mejorando las enco-

(1) *Vida del apostólico Padre el B. Fr. Juan Gilabert Jofré*, por el Presentado Juan Talamanco; Valencia, 1735. En 1883 se publicó en la misma ciudad una *Biografía y elogio de Fr. Juan Gilabert Jofré*, por D. José Zapater y Ugeda, trabajo premiado en los Juegos Florales del Rat-Penat de 1882.

miendas de Montblanch, de Lérida, del Puig, de Perpiñán y de Valencia; ó redimiendo cautivos en Granada y en Bugía, ó aconsejando en su humilde celda al rey D. Martín, que había puesto en él toda su confianza, ó contestando á las consultas del papa Benedicto XIII, que de igual modo le honraba.

Un día, el 23 de Junio de 1410, llegó á Valencia el Padre Vicente Ferrer cuando estaba en el apogeo de su gloria: llamábanle para apaciguar los bandos de la ciudad. Salían á su encuentro los magníficos jurados y el pueblo entero: las calles del tránsito estaban adornadas con colgaduras; habíanse construído en las plazas tablados para que la gente viese pasar al Apóstol de Europa, y con velas de los barcos se habían improvisado toldos. Entre aquella multitud, que aclamaba alborozada al insigne dominico, estaba el Padre Juan, el mercedario. El Padre Vicente le recibió en sus brazos, y le dijo: «Siervos somos de un Señor; una empresa tratamos; un fin pretendemos: seamos á una.» Desde aquel día el mercedario y el dominico fueron juntos, predicando la palabra de Dios por Aragón y Castilla, por Italia y Francia, solos, á pie, con sendos crucifijos en la mano; y á millares caían á sus pies los pecadores, y se convertían los moros y los judíos. *Eran á una* los dos, con igual celo, con la misma elocuencia, pero con diferente carácter y tono. Vicente Ferrer, fogoso, vehemente, irresistible, fulminaba sobre su auditorio los rayos del temor de Dios; Juan Gilabert Jofré, dulce y afectuoso, le atraía con la suavidad del amor; aquél parecía la personificación de la fe; éste, de la caridad; pero resplandecía de igual modo sobre entrambos la aureola de su santificación, y no era fácil distinguir los prodigios del uno y los del otro (1).

Estando lejos de Valencia, allá en Borgoña, el padre Vicente

(1) El milagro de las cruces blancas, que cayeron sobre los judíos reunidos en la sinagoga de Salamanca, en donde les predicaban ambos religiosos, se atribuye por unos autores á San Vicente y por otros á Jofré. En favor de éste hay que aquella sinagoga fué convertida en convento de mercedarios, y que en la iglesia se le dedicó un altar por concesión de Benedicto XIII.

vió en sueños á la Virgen María, que le ordenaba enviase al padre Juan á su querido monasterio del Puig, porque se acercaba su hora: abrazáronse los dos apóstoles y se despidieron hasta la vida eterna. El mercedario, enflaquecido y debilitado, más que por los años, por las fatigas y penitencias, encaminóse hacia su patria. Algunos días después, el 18 de Mayo de 1417, los monjes del Puig oyeron de pronto el repique de todas las campanas de la torre; sorprendióles el toque inusitado, y mucho más cuando vieron que nadie movía las campanas; por impulso interior, salió la comunidad, con la cruz alzada, á la portería, y vió venir por la carretera un religioso de su orden. Acercóse: era el padre Juan, demacrado y cadavérico; subió la escalinata del convento, llegó á la puerta, arrodillóse ante el prelado, y, en aquella actitud, entregó su alma al Señor. Añaden las crónicas que San Vicente, que estaba predicando en una población borgoñona, la vió subir al cielo. Lo cierto es que la muerte del Padre Gilabert Jofré fué mirada como un hecho extraordinario; acudió en tropel la gente de las cercanías; acudieron también el obispo y las autoridades de Valencia, las comunidades religiosas, los nobles y los ciudadanos, un gentío innumerable. El obispo D. Hugo ofició de pontifical en los funerales; el cadáver estuvo expuesto doce días al público, rodeado de guardia, para librarlo de la rapacidad piadosa de los fieles, y fué conservado después por los monjes, hasta que el Patriarca Rivera mandó depositarlo en la urna donde aún lo vemos (1).

Todos estos recuerdos patrióticos y religiosos, acumulados en las colinas del Puig ¡para cuántos pasan inadvertidos! Valencianos hay, á quienes, si preguntamos qué es el Puig y qué hay en él de notable, nos contestarán: «Allí hay una montaña, de la cual traen piedra para construir el puerto». El castillo de D. Jaime

(1) Desde que murió el P. Gilabert Jofré comenzaron á tributarle honores de Santo. El proceso de canonización se instó á fines del pasado siglo, pero no se llevó adelante.

está arrasado; el monasterio de los Padres redentores está desierto; la Virgen de la Campana, medio olvidada: lo que fué ciudadela de la Reconquista y Sinaí de la fe cristiana, hoy, trocados los tiempos, es cantera, de la cual arrancan la pólvora y la dinamita los bloques que arrastra la locomotora, silbando y rugiendo, para construir, á fuerza de millones, en la arenosa playa de Valencia los robustos diques de piedra que abrigan la flota cosmopolita del tráfico mercantil (1). ¡Provechosos adelantos de la humana actividad! ¿Por qué no enlazarlos siempre con el respetuoso culto de las antiguas grandezas?

En el Puig, estamos ya á la vista de Valencia; vamos á llegar á ella: sin detenernos mucho, visitemos antes otros cinco albergues monásticos, que tenemos casi al alcance de la mano.

En frente, junto á la carretera de Barcelona, vemos un vasto edificio, de aspecto conventual, cuya elevada cúpula brilla á los rayos del sol con los reflejos del índigo, entre cipreses y palmeras. Rodéalo alta y fuerte tapia, con honores de muralla y con torres en sus ángulos. Es la Cartuja de Ara-Christi. Una larga avenida de cipreses centenarios conduce á la puerta, y desde ella, en el fondo de un gran patio, vese la iglesia, del siglo XVII, grandiosa en su fábrica, sencilla y severa en su decorado. Todavía se mantiene en pie, aunque desmantelada. El espacioso claustro, rodeado por las celdas aisladas de los cartujos, sólo necesitaría ligeras reparaciones para volver á sus antiguos usos; y en el huerto, cementerio á la vez de los religiosos, álzanse aún las palmeras que sombreaban sus desnudas fosas. Los cipreses magníficos de la avenida y las poéticas palmeras del huerto son los más bellos adornos de Ara-Christi; este doble bosque de árboles eternos y silenciosos, que rodea y ciñe á la Cartuja, es lo que le da especial carácter, y hace que de lejos se vuelvan los

(1) La explotación de las canteras del Puig para construir el puerto del Grao, comenzó en 1860, construyéndose para este servicio un ferro-carril, que ahora ha vuelto á utilizarse, después de algunos años de abandono.

ojos á ella en esta dilatada planicie. Su historia ofrece escaso interés: un piadoso chantre de la catedral de Valencia, D. Cristóbal Roig, quiso que después de su muerte se destinase á Cartuja una alquería suya. Su hermana y heredera, D.ª Elena Roig, lo dispuso así, al morir en 1585. Hicieron tenaz oposición las cartujas de Portacœli y Valdecristo; pero logróse por fin la fundación. La iglesia no se terminó hasta 1640: la bendijo el arzobispo Aliaga. D. Felipe IV, que visitó este monasterio, dióle título de Real: expulsados en nuestros tiempos los monjes, vendióse el edificio, y es hoy de propiedad particular (1).

Pasando un cerrillo, que á la parte de Mediodía se interpone entre Rafelbuñol y Museros, damos con otro convento: el de la Magdalena. Es uno de los catorce que fundó el Patriarca Rivera y lo destinó á noviciado de capuchinos. Todo revela en él la pobreza de esta orden mendicante: unos cuantos cipreses, que rodean una rústica cruz de madera, en una plazoleta ceñida de bancos de ladrillo, son el único adorno y forman el apropiado vestíbulo de esta casa religiosa, triste y solitaria en medio de la huerta risueña y floreciente (2). Una joya del arte había en ella: en el altar mayor de su pobrísima iglesia estaba uno de los mejores, sino el mejor cuadro de Espinosa, *la Comunión de la Magdalena*, página vigorosa realzada por todas las cualidades más propias de la pintura española. La veremos y la admiraremos en el Museo de Valencia, á donde la llevaron, dejando aquí una copia. Este convento de la Magdalena no está desierto y arruinado, como tantos otros. ¿No oís la voz aguda y vibrante de la campana, que avisa la hora de la vespertina oración? ¿No veis venir por las floridas veredas de la vega, de dos en dos, como fantasmas del crepúsculo, como espectros del pasado, pá-

---

(1) *Fundación de el Real Monasterio de Nuestra Señora de Ara-Christi, de Monjes Cartujos, en el Reino de Valencia*, por D. Joseph Vicente Orti y Mayor; Valencia, 1732.

(2) Había en este sitio una antigua ermita, donde vivió retirada en el siglo XVI la venerable Dominga de Torres, beata ejemplarísima de la tercer orden de Santo Domingo. El convento data de 1597.

lidos frailes, de lacias y desaliñadas barbas, envueltos en tosco sayal y cubiertos con lúgubre capucha de color de tierra, que parecen cadáveres exhumados? El día 4 de Octubre de 1879 fué fausto y solemnísimo para este convento: al cabo de cerca de medio siglo de soledad y abandono, restablecíase en él la antigua comunidad. Para la actual generación, que no había conocido á los frailes, el efecto de esta novedad fué grande: los padres capuchinos de la Magdalena eran los primeros que veía. Nunca olvidarán aquella fiesta los que la presenciaron: los religiosos lanzados del convento en 1835, volvían á vestir el pardo sayal y el cordón de San Francisco; viejos setentones y ochentones lloraban de gozo al encerrarse de nuevo en las angostas celdas, que parecían anticipadas sepulturas. Casi todos han muerto ya; pero acuden fervientes novicios, y la comunidad capuchina, combatida por el espíritu del siglo, reanuda aquí su vida penitente y ascética.

Media hora más á Poniente había otro convento, también en la soledad del campo; era éste de dominicos, dedicado á San Onofre, y de él fué prior San Luís Bertrán (1). Hoy está convertido en granja de labor.

Á la otra parte de la Cartuja de Ara-Christi, á media legua hacia el Norte, elevábase el convento de franciscanos del Valle de Jesús. Es ahora un montón de ruinas, pero guarda el recuerdo de otro insigne religioso, el Beato Nicolás Factor, cuyas penitencias asperísimas asombraban á todos. Aún os enseñarán la alberca del huerto, á la cual se arrojaba en noches de invierno, para calmar el ardor de la sangre, resistente á los ayunos y flagelaciones (2).

(1) También hubo aquí una ermita de San Onofre antes de fundar el convento. Hízose la ermita por haberse aparecido el Santo á un pastor. El dueño de la ermita y las tierras las cedió en 1471 á los dominicos para fundar el convento.

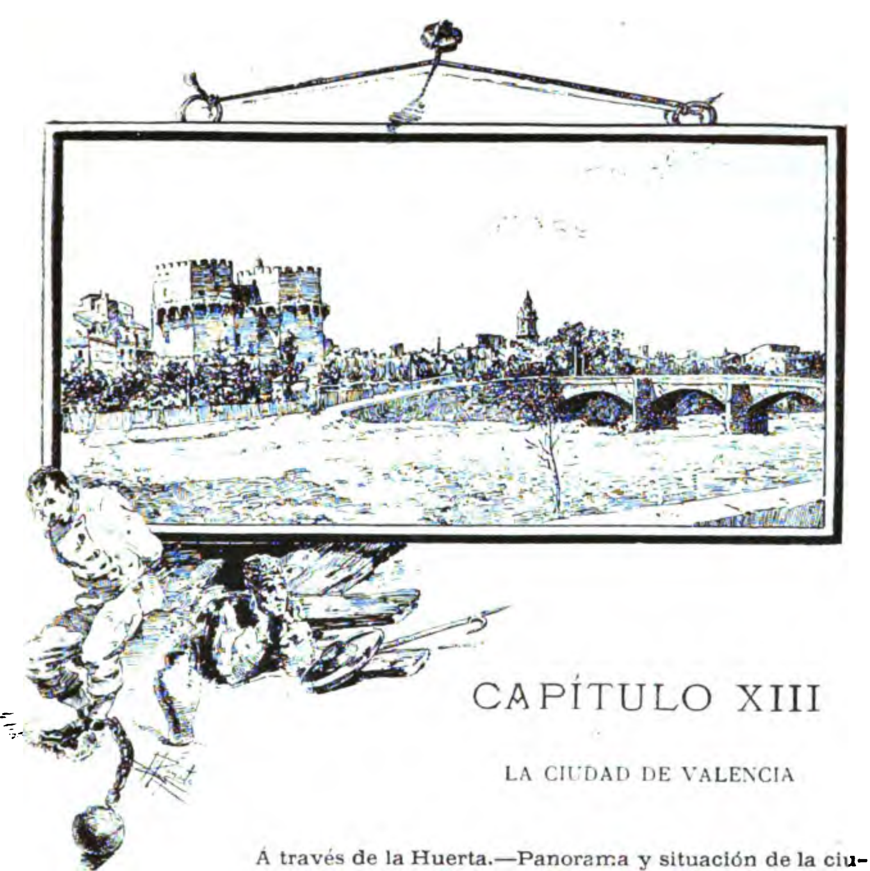
(2) Fundaron este convento unos mercaderes alemanes, agradecidos á un favor del cielo, y fué primero de canónigos regulares de San Agustín, que lo cedieron en 1358 á los frailes franciscanos, á quienes favoreció para establecerse en él un comerciante judío de Valencia, llamado Coler.

Trepad, por último, á esa loma gibosa y pelada, que avanza hacia la llanura, y cuyo nombre, la Calderona, asustaba en otro tiempo á los traginantes y pasajeros, temerosos de los bandidos, á quienes daba fácil escape en sus golpes de mano; hallaréis en un pliegue de la montaña, cubierta antes de pinos, el último de los cinco conventos de que hago somera mención. Sancti Spíritus del Monte se llamaba, y aún se llama—pues también ha sido restablecida su expulsada comunidad—y es de alcurnia más ilustre que los otros. Dice Escolano que lo fundó la reina doña María de Luna, esposa del rey D. Martín, y lo destinó á religiosas cartusianas, que permanecieron en él muchos años, hasta que «creciendo con el tiempo la malicia, que es legisladora de nuevas leyes, pareció que aquella soledad, rodeada de tanto moro, no era lugar acomodado para seguridad de mujeres». Añade el autor de las *Décadas de la Historia de Valencia* que fueron trasladadas las religiosas cartusianas al monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia, dejando su casa de la sierra á los frailes franciscanos. Estas noticias, repetidas por otros autores, son completamente equivocadas: fundó, en efecto, este monasterio la reina D.ª María de Luna (1402); pero no para monjas cartusianas, sino para frailes franciscanos, con objeto de favorecer á los que, llamándose *observantes*, restablecieron la austeridad de la regla, relajada por los que recibieron entonces nombre de *claustrales* ó *conventuales*. En 1487 se convino que aquellos religiosos dejarían el convento, y se establecerían en él religiosas clarisas de la Trinidad, y así lo autorizó Inocencio VIII, á instancias del Rey Católico; pero no llegó á cumplirse, por haberse arrepentido de la cesión los padres franciscanos y no haber insistido en ella las madres clarisas.

El convento de Sancti Spíritus (1), pobre y severo, despro-

(1) Religioso de este convento fué el R. P. Fray Pedro Vives, autor del famoso *Catecismo de la Doctrina cristiana*, adoptado en todo el reino de Valencia. Nació en Murla, en 1688, y murió en 1743.

visto de toda gala arquitectónica, tiene aspecto melancólico y fúnebre en la áspera soledad de una montaña seca y pedregosa. Una avenida de cipreses; cuatro palmeras rodeando una cruz de piedra en el patio de entrada; una iglesia pequeña y pobre; un claustro sencillo, decorado con máximas escritas en la pared, recordatorias de la muerte y de la eternidad; la voz plañidera de la campana; la oración monótona de los frailes: todo induce á abismar la mente en los arcanos de lo infinito, si no han muerto en el alma las inspiraciones de la fe.



CAPÍTULO XIII

LA CIUDAD DE VALENCIA

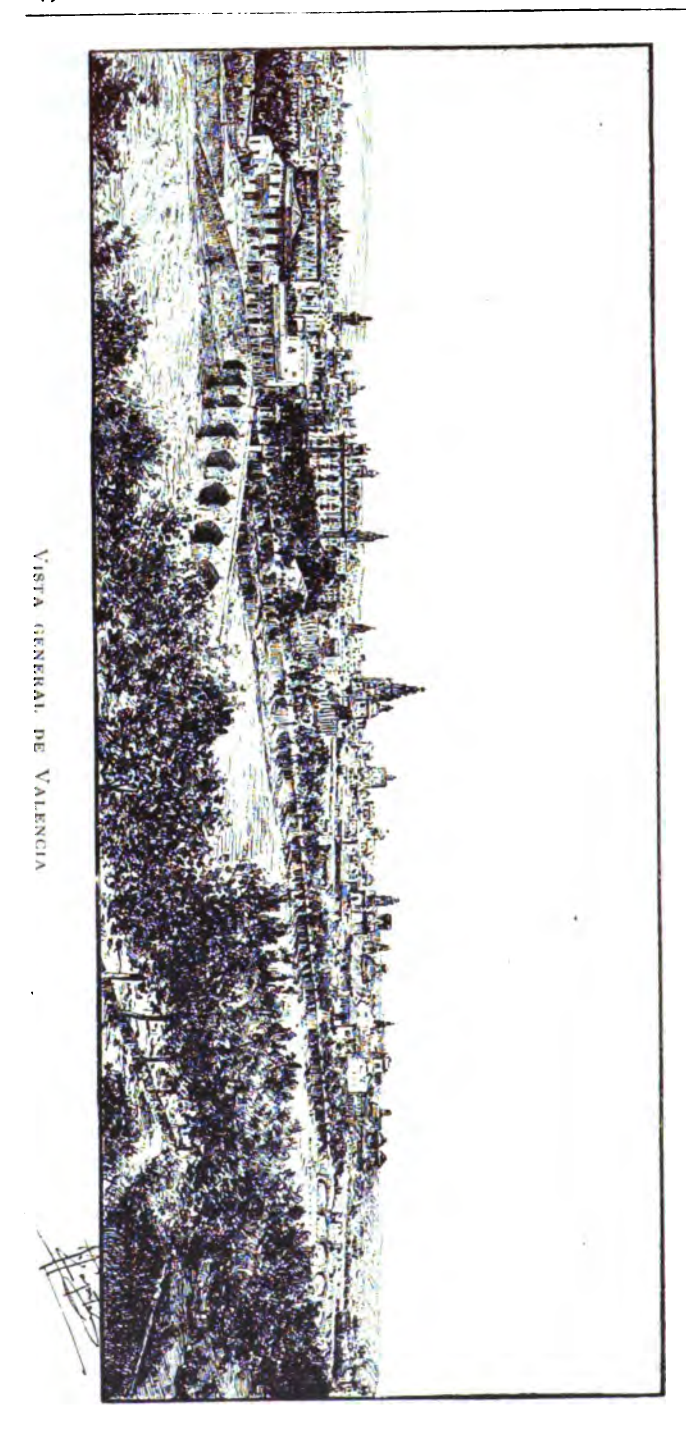
Á través de la Huerta.—Panorama y situación de la ciudad.—**Valencia romana.—Restos de aquella edad.—Memorias de San Vicente Mártir.—Valencia árabe.—La reconquista.—Sitio, rendición y repartimiento de Valencia.**

A través de la Huerta, nos lleva el tren, del Puig á Valencia, en poco más de media hora: un minuto, para el viajero que por primera vez recorre la campiña valenciana, y extasiado la contempla. No ofrece á la vista las súbitas sorpresas y los contrastes pintorescos de los países accidentados, en los que alternan y se combinan el valle y la montaña, la vega y el bosque, la naturaleza cultivada y la naturaleza bravía. La Huerta de Valencia es un campo inmenso, perfectamente nivelado, minuciosamente repartido, en el cual no hay un palmo de tierra perdida ni ociosa, y en cuya dilatada extensión disemina sus viviendas un pueblo esencialmente agricultor, en él nacido y con él identificado. Las barracas, limpias, aseadas, blanquísimas, con su

cubierta de yerbas palúdicas, que baja en doble pendiente sobre las paredes de barro enjalbegadas, y las dos crucecitas de madera, que á un extremo y otro de la humilde techumbre proclaman el peligro y la fe de la familia que bajo ella se cobija, dan á esta fértil vega su nota característica. De dos en dos, como palomas que van apareadas por los sembrados; ó reunidas en grupo, como bandada que acaba de posar el vuelo; ó quizás acogiéndose al amparo de alguna antigua alquería, de altas paredes, redondo portal y alegre pórtico emparrado, como polluelos en torno de la clueca, vense por todas partes, casi siempre á la sombra de la copuda higuera, ó de un bosquecillo de árboles frutales, que la primavera convierte en ramillete de flores. Acá y allá, cortan el horizonte los esbeltos campanarios de cuarenta aldeas, núcleos de la población desparramada por la Huerta. Caminos hondos, encauzados entre ribazos siempre verdes, ó ceñidos por acequias de corriente continua, surcan por todos lados y en todas direcciones la dilatada planicie; y bordean los campos sendas estrechísimas, por las que caminan, ligeras como corzas, las airosas valencianas, guardando el rostro del sol con el pañuelo azul, anudado á la barba en forma de capucha, y llevando al brazo la cesta de mimbres en la que recogen las hortalizas más delicadas. Jacos con los ojos tapados ruedan, junto á la barraca, la tosca noria africana, ó arrastran el primitivo arado de Triptolemo, cuya esteva empuña el labrador, medio árabe todavía, á juzgar por su vestimenta, y por las prolongadas modulaciones de sus cantares, que recuerdan los que entonan los conductores de camellos en el Desierto. Pero, con instrumentos tan rudimentarios, ¡qué labor tan esmerada y tan pulcra! Jardines parecen los campos. No está más liso y más terso el tapete verde de una mesa de billar, que las extensas *tablas* de la esmeraldina alfalfa ó de las nacientes mieses. Si hay que partir el campo en angostas fajas, ó hacer en él camellones para aporcar las plantas, ú hormigueros (*formiguers*) para tostar la tierra, el labriego valenciano tiene en los ojos compás, regla y nivel, y

parece que mida por centímetros el suelo, objeto de sus afanes. Si necesitan apoyo los tiernos tallos de los guisantes para encaramarse y abrir al aire libre sus flores, que semejan mariposas, ó el vulgar tomate, para orear sus bayas carmesíes, ennoblecidas por los franceses con el nombre de *manzanas de amor*, nadie, como él, sabe construir con delgadas cañas espalderas, que dan sol y ambiente á las plantas trepadoras. Su escarda incansable limpia la tierra de toda mala yerba: la naturaleza inculta, dominada y vencida, pero siempre vivaz y renaciente, tiene que refugiarse en los taludes de las márgenes y en los recodos de los caminos, que tapiza de florecillas silvestres; ó en los cauces de las acequias, donde abre entre espadañas los cálices amarillos y azules de los lirios, y á cuya vera forman seto frondoso los membrillos y los granados, las mimbreras, de flexibles ramas, y los aromos, de botones de oro y de esencia embriagadora. De vez en cuando, yérguense los chopos entre estos setos ó al lado de los caminos, en pintoresco grupo. Á veces, de un bancal prosaicamente plantado de coles ó de acelgas, arranca y sube á los aires el tronco delgadísimo de una palmera, que despliega y columpia allá arriba su penacho de ondulantes hojas, dando á la Huerta la majestad de los paisajes orientales.

Al aproximarse á la ciudad, aparecen, entre las rústicas barracas y las añejas alquerías, casas de campo más pretenciosas, con apariencias de *villas* italianas ó de *chalets* suizos, y á la vez, almacenes y fábricas, con sus paredes lisas, llenas de ventanas alineadas, y con sus altísimas chimeneas. Después, vemos á mano izquierda las casitas bajas del Cabañal, tras las cuales alzan sus mástiles los buques surtos en el puerto, y á mano derecha, en el fondo de la arboleda, se dibuja sobre el cielo transparente el extenso panorama de Valencia, con sus numerosas torres y sus cúpulas abrillantadas. Víctor Hugo, cuando ensalza en sus *Orientales* la hermosura romántica de las ciudades españolas, señalando el aspecto peculiar de cada una de ellas y lo que tienen de mejor y más caracterísco, dice que *Valence a les clochers de ses*


Vista general de Valencia

troiscent églises; y, en efecto, esa multitud de campanarios, rodeando la torre severa y gigantesca de la Catedral, y extendiéndose hasta mezclarse y confundirse con los de las aldeas de la Huerta, es lo que da regia y monumental perspectiva á la ciudad, asentada en medio de la hermosa llanura, la cual parece hecha ex-profeso para que la domine y señoree. Bella es la vista de Valencia, cuando en la fuerza del día recorta la luz

distintamente, sobre el firmamento de color de turquesa, los perfiles elegantes de esas torres, rematadas en artísticos templetes, en los que voltean las vibrantes campanas; y los rayos vivísimos del sol reverberan en las tejas doradas de las cúpulas resplandecientes. Bella es también cuando, al caer la tarde, reviste el cielo tintas opalinas (como las que admiramos en el fondo de los cuadros de Joanes), en las que se combinan de una manera extraña matices violáceos y anaranjados, envolviendo en una atmósfera de claridad difusa la ciudad, que adquiere el aspecto de una edificación fantástica. Y más bella quizás, cuando, inflamándose el crepúsculo, inunda el horizonte con resplandores purpúreos, y sobre aquella hoguera luminosa, se destacan oscuros los empinados obeliscos de las iglesias, como restos de una población incendiada.

Cruza el tren las cuatro filas de frondosos plátanos del camino del Grao; pasa, poco después, traqueteando, por el larguísimo puente del Turia, en cuyo ancho y enjuto cauce parece el río un arroyo insignificante; preséntanse á uno y otro lado de la vía férrea las calles flamantes y aún incompletas del Ensanche; aparece luego la Plaza de Toros, construcción monumental, digna de un circo romano, que obliga á hacer un rodeo á la rugiente locomotora, y penetramos, por fin, en la estación. Ya estamos en Valencia.

Antes de emprender nuestra visita, antes de examinar sus monumentos y huronear sus antigüedades, hagámonos cargo de su situación.

Valencia está en el centro de la llanura que se extiende de las montañas de Murviedro á las de Játiva, á la orilla derecha del Turia y á corta distancia del mar (1). Su capitalidad en el antiguo reino valenciano está perfectamente justificada por su emplazamiento central, que la convierte en cabeza de una co-

(1) 13,221 pies castellanos, ó sean 3,683 metros, según la medición hecha por D. Manuel María Azofra en 1840.

marca extensa y rica, determinando su crecimiento constante y su preponderancia no disputada. Todos los autores que han hablado de las ciudades españolas, han tributado grandes elogios á Valencia, haciendo hincapié en la hermosura de su campo y en la suavidad de su clima. El historiador Mariana decía en el siglo XVI (1): «Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos; su asiento es una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercadurías de toda suerte: de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frío de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios, magníficos y grandes, sus ciudadanos, honrados; de suerte que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines, muchos y frescos, viciosos en demasía: los árboles por su orden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera, que ya representan diversas figuras de aves y de animales, y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazón de los ramos, la vista, la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan, á manera de una graciosa enramada, que siempre está verde y fresca: tales eran los Campos Elíseos, paraíso y morada de los bienaventurados, según lo refirieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura de esta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las más principales de Europa (2).» Hoy no llama la atención, como en los tiem-

(1) *Historia general de España*, libro XII, cap. 19.

(2) No estará de más añadir aquí la descripción apologética de Escolano. Dice así, hablando de Valencia: «No le falta perfición de las que se requieren para una celebérrima ciudad. Su sitio y su campo es tan llano, que no se halla en toda ella cuesta, subida ni tropiezo. Sólo allá á cuatro leguas se ofrecen á la vista los montes, que representan desde lejos una como muralla que cierra este florido jar-

pos del P. Juan Mariana, la ingeniosa industria de los jardineros valencianos: vulgarizáronse los artificios que admiraban al docto escritor, y tanto se ha extendido en todas partes la afición al cul-

---

dín de la naturaleza.—El ámbito de la ciudad no es desigual ni desproporcionado, sino puesto en una conveniente medianía en que se comprenden de once á doce mil casas, que se mantienen en paz y en guerra con facilidad. En ellas vive un numerosísimo pueblo, que pasan de cien mil los de confesión, y los expeditos para guerra de cuarenta y seis mil, siendo los tres mil de á caballo. Generalmente la bulla de la gente es tanta, que á malas penas puede un hombre vadearse por las calles, sin darse encuentros ni topetones los unos con los otros, aun en lo más desviado de la ciudad, por no haber en ella barrio despoblado ni solitario.—De aguas es tan rica, así por arte como por naturaleza, que sólo aquí parece que puede morir la sed. Los pozos manantiales de agua dulcísima y clara pasan de treinta mil. Su campiña y muros baña el nombrado río Turia, llamado Guadalaviar de los moros, por la claridad y limpieza de sus aguas... La vecindad del mar la enriquece y hermosea, porque aunque dista tres millas muy pequeñas, está como apegada con él, por medio de las espesas alquerías, torres, jardines y huertas del pueblo que llamamos del Grao, que comunmente se reputa por calle de Valencia. Y aun fué dón de naturaleza, para mayor belleza de la ciudad, eso poco que puso de distancia entre los dos, convirtiéndolo en regalo, por cuanto no estando sus ciudadanos empalagados de tenerla siempre delante de los ojos, como otras que las bate el mar, arde de ordinario la sed en ellos de venir á verla, espoleados de aquella poca privación; y metiéndose en la infinidad de coches y carrozas (que deben de pasar de dos mil), forman por tierra cada día en los veranos una armada apacible y terrestre navegación. Su playa es poco segura, por ser mar bravo y desabrido; de forma que sólo alcanza la seguridad que le importa para ser abastecida y enriquecida por mar y la que le conviene para tenerla de armadas enemigas, que no pueden durar en ella por el riesgo que siempre corren.—En los aires purísimos que goza fué sumamente favorecida del cielo, porque á la tramontana, hacia Murviedro, á la distancia de cuatro leguas, se levanta una sierra que corre al Poniente y Mediodía en figura de medio círculo. Esta recibe el primer ímpetu y carga del cierzo, y pasando á Valencia quebrantado ya y empapado de la fragancia de las infinitas yerbas medicinales y flores, sirve de purgar el humor pecante de los vapores del aire, y desecar las humedades que la copia de aguas de toda la campaña podía engendrar. El viento boreas, que en España llamamos regañón y nace entre Norte y Solano, la corren en el verano y son otra tanta salud, por ser ellos los que templan el rigor de los caniculares. Llueve naturalmente en ella de Levante y Proenzales, y dicen los nuestros por refrán que Poniente la mueve y Levante la llueve. De aquí y del Mediodía la visitan los suavísimos embates, que rociados de la humedad del mar por donde pasan, refrescan la tierra de su ardor á las horas que más se enciende el sol, que son desde las nueve de la mañana hasta las tres ó las cuatro de la tarde.—De estar su campo desmontado por todas partes, y sin embarazo alguno, viene que juegan por él los aires á sus anchuras: y de esto á ser tan puros, que en un siglo no se descubre calina, ni niebla sobre la ciudad, antes se ve llover y hacer sol juntamente por su grande delgadez. De lo mesmo nace, que con haber en Valencia concurso general de todas las naciones del mundo, ningún otro temple, aire ó clima se halla más común y ajustado con todos que el della, á dicho de todos; no haciéndoles falta el natural de sus patrias.» Lib. IV: cap. 21.

tivo de árboles y plantas de adorno, que Valencia, orgullosa siempre de la facilidad y la abundancia con que brotan en su fértil suelo, no puede vanagloriarse de aprovechar de una manera extraordinaria este dón de la naturaleza. Paseos y jardines, alamedas y parques, mejores que los suyos, los hay en otras capitales; lo que en muy pocas hay, es una llanura como la Huerta, que por todas partes le da las alegres perspectivas de la campiña feraz, en la cual toma la provechosa labranza cierto aspecto pintoresco y poético, uniendo en íntimo consorcio lo útil con lo agradable.

Vista por la parte del río, Valencia tiene apariencia grandiosa. Fuertes y bien labrados pretiles de sillería defienden en larguísimo trecho las márgenes del anchuroso cauce, y ciñen á la vez, á uno y otro lado, paseos sombreados por largas alamedas. Cinco sólidos puentes de piedra, adornados con artísticos casilicios, unen las apartadas orillas, y anuncian que es una gran ciudad la que los construyó para dar paso franco á quien llega á sus puertas. Desaparecieron éstas, con los derribados muros, pero aún quedan en pie, por el lado del Turia, las gigantescas torres gemelas de Serranos, cuya imponente mole se armoniza bien con la robustez de aquellos puentes y de aquellos diques; y por la parte de Poniente, las de Cuarte, de parecida, aunque no tan suntuosa fábrica. El interior de la población no responde á esa visualidad aparatosa. Valencia no es una ciudad á la moderna, con calles rectas, avenidas espaciosas, plazas regulares, *squares* y *parterres;* no es tampoco una ciudad á la antigua, con edificios vetustos, monumentos sombríos, calles solitarias, y con la solemnidad del aspecto añejo, grata al artista y al poeta. En el presente siglo se ha renovado casi por completo su caserío, pero no ha podido variarse su planta, que (en la parte céntrica por lo menos) es hoy la misma que tenía cuando entró en ella el ejército cristiano. El Ayuntamiento se esfuerza en ensanchar las calles angostas y torcidas de la ciudad sarracena, en rectificar sus líneas, en regularizar sus construcciones, y obtiene mejoras de detalle; pero el plan general no ha variado,

y Valencia presenta todavía un laberinto de vías irregulares, en las que se apiñan los edificios, altos y estrechos por lo común, abriendo por todas partes multitud de salientes balcones, como si estuvieran ansiosos de respirar el aire libre y recibir la luz del sol. Aún quedan algunas de aquellas severas casas antiguas, tan holgadas y señoriles, que mostraban en el fondo de sus grandes patios descubiertos ancha escalera de piedra, en cuyo sólido pasamano había esculpido el cincel heráldico algún león ó algún mastín agazapado, y que dejaban ver, tras fuerte verja de hierro, el luminoso jardín. Pero van desapareciendo esos restos de la antigua magnificencia, y los reemplaza el aparente lujo de las casas del día, con sus molduras de yeso y su vistoso revoque, quedando oscurecidas entre esas galas relucientes las fachadas de piedra de las antiguas iglesias y los transformados conventos, arrinconados las más veces en callejas oprimidas y mezquinas plazoletas.

La serenidad del cielo, la nitidez de la luz, la alegría que parece respirarse en su templado ambiente, hacen que Valencia sea agradable, á pesar de su defectuosa construcción. Un grupo de acacias, que rodean una fuente en cualquier plazuela; dos filas de ailantos, que decoran una calle, cuando atrevida se ensancha; un naranjo centenario, que sobresale de las tapias, resto de antiguo jardín; unas cuantas macetas, llenas de claveles ó de hortensias, en alguna despejada galería; tres ó cuatro plátanos americanos, que doblan las cintas enormes de sus hojas en el rincón de un patio, bastan para recordarnos que estamos en el celebrado Jardín de España y para que se dilaten los pulmones, sedientos de sus efluvios aromáticos.

Es Valencia, por otra parte, ciudad de activo movimiento y tráfago continuo: su crecido vecindario (1) y su vida industriosa le dan notable animación. Crúzanse á cada paso en sus calles,

(1) 143,856 habitantes, según el último censo oficial de 1877. Á principios del siglo pasado, la población de Valencia no llegaba á cien mil almas.

insuficientes para el tránsito actual, los carruajes de lujo y los de alquiler; los landós y las berlinas resplandecientes; las típicas tartanas, negras y acristaladas las de la burguesía acomodada, abiertas y con flotantes cortinillas carmesíes las que sirven de vehículo á la clase popular; los coches del tran-vía, que difícilmente se abren paso entre el aglomerado concurso; y los carros, carretas, carretones y carromatos de trajineros y labradores, que invaden todos los días la ciudad por las urgencias del tráfico y del abasto. Mézclase con la gente urbana la campesina; con la de la ciudad y la huerta, la que baja de la sierra, la que viene de la ribera del Júcar, ó de los llanos de la Mancha; y forman, tan diversos elementos, abigarrado conjunto de trajes y de tipos, y hasta de idiomas distintos, pues tan pronto se oyen las exclamaciones características y los ternos propios del lenguaje valenciano, como los del habla de Castilla y de Aragón, que logró aquí, hace ya algunos siglos, carta de naturaleza.

No pasemos adelante: entrar en pormenores sería anticipar la materia de los capítulos siguientes. Después de este primero y general vistazo á la ciudad del Turia, hablemos de su origen y de sus principales vicisitudes (1).

---

(1) Para la historia urbana de Valencia hay abundantes datos en las obras de nuestros historiadores regnícolas, y, sobre todo, en las *Décadas* de Escolano, que habló muy á la menuda de todo lo que había de notable en la ciudad. En el siglo pasado, el librero Pascual Esclapés de Guilló publicó un *Resumen Historial de la Fundación y Antigüedad de la Ciudad de Valencia de los Edetanos ó del Cid: sus progresos, ampliación y fábricas insignes, con otras particularidades.* La primera edición de este libro se hizo en 1738, y la segunda en 1805. Á ésta acompaña una curiosa «Carta á un amigo» sobre varios puntos que no menciona Esclapés ó son posteriores á él, por Antonio Suárez, platero. El dominico eruditísimo, Padre Teixidor, el más diligente y concienzudo de los muchos investigadores del pasado que ha habido en Valencia, escribió una extensa obra titulada: *Observaciones Criticas á las Antigüedades de Valencia, donde con los Instrumentos Authénticos se destruye lo Fabuloso, dejando en su debida Estabilidad lo bien Fundado. Escriviala Fr. Josef Teixidor, Bibliothecario del Real Convento de Predicadores de la misma Ciudad. Año 1767.* Dos tomos en folio. El ms. de este libro, notable obra caligráfica del mismo autor, está en la biblioteca de D. José Vives Ciscar, y es lamentable que no se haya dado á la estampa. D. José Mariano Ortiz, en artículos publicados de 1791 á 98 en el *Diario de Valencia*, dió noticias de muchos edificios y curiosidades de la ciudad: también tiene el Sr. Vives un volumen en folio ms.

Incierta es la fecha de su fundación y dudoso el origen de sus primeros pobladores. Cuando el cónsul Decio Junio Bruto, apellidado el Galaico, estableció aquí á los soldados de Viriato (año 616 de Roma, 140 a. de J. C.), existía sin duda una ciudad en estos campos (1): así se deduce del texto de Floro, *agros, oppidumque dedit*. De las palabras siguientes dedúcese también que entonces se cambió su nombre ibérico por el latino que llevó después: *quod Valentia vocatum est*. ¿Cuál fué su nombre primitivo? Pasando por alto las fantasías de los historiadores que la llamaron Roma, atribuyendo su fundación á Romo, vigésimo rey de España (2), no encontramos más dato en que apoyar nuestras investigaciones y conjeturas, que dos versos del poema

---

donde reunió este investigador datos curiosos. D. Marcos Antonio Orellana, abogado, dejó ms. otros dos gruesos volúmenes en folio, describiendo é historiando las calles y plazas de la ciudad, obra muy erudita, que se conserva en la Biblioteca de la Universidad, con el título de *Valencia antigua y moderna*. D. Luís Lamarca, á quien pertenecía y que lo legó á aquel establecimiento, sacó de él el opúsculo *Valencia antigua, ó sea Relación de las Puertas, calles y plazas que tenia en los siglos más inmediatos á la Conquista* publicado en 1848, y D. Vicente Boix su *Valencia histórica y topográfica*, dos tomos, que salieron á luz en 1863. Antes de esta época, D. José María Zacarés había ilustrado la historia local en los artículos insertos en el semanario *El Fénix*. En 1873, D. Manuel Carboneses imprimió su *Nomenclator de las Puertas, Calles y Plazas de Valencia*. En el presente siglo se han publicado varias *Guias* de Valencia, que comprenden la parte artística y monumental: tengo á la vista el *Manual de Forasteros en Valencia* por J. G. (D. José Garulo), cuya primera edición se hizo en 1841, repitiéndose en 1852, con el título de *Valencia en la mano*, en 1852, y de *Guia de Valencia*, en 1861; el *Manual del Viajero* y *Guia de Forasteros en Valencia*, de D. Vicente Boix, en 1849; la *Guia de Valencia*, de D. José María Settier, escrita en castellano y francés (1866), muy sucinta y destinada solamente á satisfacer la curiosidad del viajero; la extensa *Guia Urbana de Valencia antigua y moderna* del marqués de Cruilles (1876), que contiene gran acopio de datos, recogidos de los libros publicados con anterioridad; y, últimamente, *Valencia antigua y moderna*, escrita por D. Constantino Llombart, que en su parte histórica es un resumen de la de Cruilles. Lleva fecha de 1887.

(1) Véase el cap. II de esta obra, pág. 58.

(2) Beuter, Miedes, Florián de Ocampo, Garibay, Vasco, Lucio Marineo Sículo, Diago, y otros historiadores de aquellos tiempos, aceptan esta fabulosa fundación, tomando la noticia de Juan Annio Viterbiense (*De Regib. Hispan.*, cap. 23). Dicen que Roma en griego es lo mismo que *vix* y *robur* en latín, y que los romanos, buscando una palabra equivalente, cambiaron aquel vocablo por el de Valencia, y aún hacen notar algunos la singular coincidencia de que, así como nuestra Valencia se llamó primero Roma, la Roma italiana se llamó primero Valencia, suposición tan gratuita como la otra.

geográfico de Festo Avieno. Describe la costa, de Mediodía á Septentrión, y después de mencionar á Hemeroscopio (Denia), habla de la ciudad Sicana y del río de su nombre, y continúa así:

Neque longis ab hujus flumine divortio
Praetingit amnis Tyrius oppidum Tyrin (1).

El río Sicano no puede ser otro que el Serpis ó el Júcar (2); y el Tyrius, nombrado después, está diciendo con todas sus letras que es el Turia, pues la ipsilon griega se tradujo unas veces *i* y otras *u* en el idioma latino, y la terminación masculina ó femenina no afecta á la raíz del nombre. En tiempos de Avieno llamábase ya Valencia la ciudad situada á orillas de aquel río; pero gustaba este escritor, por alarde de erudición, ó por ennoblecer la frase poética, de dar á las poblaciones que citaba, su denominación antigua. Es, pues, muy probable que la ciudad del Turia se llamara en lengua ibérica *Tyrin*, y que de ella tomase nombre el río. Así lo creyeron Pedro Juan Núñez (que vió procedencia fenicia en aquella palabra), Marca, Masdeu, el P. Flórez y Mayans, y así lo sostiene hoy también el erudito Fernández Guerra. Contra estos autorizados pareceres, vale poco la arbitraria interpretación del canónigo Cortés, que torturando el texto de Avieno (3), lleva el río Tyrius á Vinaroz, metiendo en un laberinto de dudas á los que le han seguido.

De todas maneras, aceptando como probable la equivalencia mencionada, hemos de dejar en el terreno de la hipótesis el primitivo nombre de la ciudad del Turia. Ni las monedas romanas de Valencia, ni las lápidas de aquel tiempo, que se han conser-

---

(1) *Orae Maritimae*, versos 481, 82.
(2) D. Gregorio Mayans (*Cartas*, tomo V, cart. 3), se esfuerza en probar que el río Sicano es el Júcar, y la ciudad Sicana, Cullera. D. Aureliano Fernández Guerra opina que aquel río es el Serpis, y aquella ciudad Gandía, ú otra población de sus riberas.
(3) Véase el cap. II, pág. 47 de la presente obra.

vado, nos dan luz sobre este punto. Las primeras son pocas y de un solo tipo. No las hay con inscripción ibérica. Las ocho conocidas, que copia Delgado (1), son del tiempo de la república; tienen en el anverso la cabeza de Palas galeada, propia de los denarios de Roma, y por insignia, en el reverso, el cuerno de Amaltea, símbolo apropiado de la fertilidad del país valenciano, y el rayo de Júpiter, emblema de valor, adecuado también á una colonia militar, como lo era la fundada por Junio Bruto. En las lápidas romanas encontradas en Valencia, que no son pocas (2),

(1) «El tipo uniforme de este numerario recuerda los denarios de la familia *Fabia*, y algunos escritores dicen que la cornucopia y el rayo aluden á una victoria conseguida cerca de la ciudad sobre Viriato, por Q. Fabio Máximo Emiliano hacia 609, y más probablemente por Q. Fabio Máximo Serviliano en 612, no desdiciendo de las cualidades que podía ostentar la colonia. Á pocas poblaciones de la *Hispania Citerior* corresponde mejor la empresa del vaso de Amaltea, para simbolizar la fertilidad de su suelo, celebrado por Plinio con el título de ameno en el texto que reprodujimos antes, y que copia el P. Flórez en su excelente obra. En cuanto al rayo, dice también nuestro docto maestro que es alusivo al nombre de la ciudad VALENTIA, recibido de los romanos, porque no hay símbolo mejor para expresar la fuerza y valentía, que el rayo irresistible, y que más cuadrase á una colonia formada por veteranos aguerridos, que dieron señaladas muestras de valor indómito con motivo de las guerras de Viriato, Tántalo y Sertorio. Estas monedas son anteriores al Imperio, y recuerdan nombres de magistrados quinquenales, leídos sin grande alteración por los numismáticos, después que se ha fijado correctamente su escritura con ejemplares bien conservados.» A. Delgado, *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España.* Heiss dice también que el tipo de las monedas de Valencia está tomado de uno de los denarios de la familia Fabia, á la cual pertenecía Q. Fabio Emiliano, hijo de Paulo Emilio, que fué enviado á España 144 años a. de J. C. como pro-cónsul, para continuar la guerra contra Viriato. *Description général des monnaies antiques de l'Espagne.* París, 1870.

(2) Hubner, citando las que aún subsisten y las que mencionan otros autores, enumera cincuenta inscripciones latinas de Valencia (del número 3725 al 3775 de su tomo II). Entre ellas, las hay dedicadas á Asclepio (Esculapio), Júpiter Ammon, Isis, Serapis, Hércules y los Hados. De los emperadores antiguos, solamente Tito tiene una dedicatoria; de los modernos y sus familias, las hay para Julia Mammea, madre insigne de Alejandro Severo; Barbia Orbiana, su esposa, Etrusco y Hostiliano, hijos de Decio; y los emperadores Claudio el Gótico y Probo. Menciónanse muy pocos magistrados romanos; ninguno municipal. Todos nuestros historiadores regnícolas se habían ocupado de las lápidas romanas de Valencia. El conde de Lumiares, en su erudita memoria, dibujó veintidós, que existían entonces. El canónigo Cortés disertó sobre muchas de ellas en artículos publicados en el *Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País*, años 1844 y 1853. D. José Vives Ciscar tiene en su bibliot. un libro ms. del siglo pasado, de D. José Mariano Ortiz, titulado: *Diálogo entre Patricio y Forastero, en el que se*

hallamos algo que se relaciona con los orígenes de la ciudad. En varias inscripciones dedicatorias del pueblo valenciano, éste se da los nombres de *Valentini veterani et veteres.* ¿Eran estos

---

ponen de manifiesto las lápidas antiguas y modernas que se conservan en Valencia y sus inmediaciones, se manifiesta donde están colocadas, calidad de piedra, su magnitud ajustada al pie del rey y grados de su conservación. Las inscrip. romanas que comprende son veinticinco. Se atribuyó gran importancia y especial significación á una lápida que hay en la pared exterior de la casa n.° 20 de la calle del Trinquete de Caballeros, que dice así: DEO AETERNO—SACRVM—L. POMPONIVS—FVNDANVS—CVM SVIS OMNI—BVS VOTVM L. A. SOLVIT. Tradúcese así: (Dedicación al Dios eterno. Lucio Pomponio Fundano con todos los suyos, cumplió el voto de buen grado). Disputaron los anticuarios sobre si este Eterno Dios es el de los cristianos, ó el Júpiter gentílico, ó el *Deus ignotus,* que adivinaban los filósofos paganos. El canónigo Cortés consideró esta inscripción como prueba preciosísima de la antigüedad del cristianismo en Valencia. Masdeu la juzgó tan interesante (aunque sin decidir que fuese cristiana) que le dió el primer lugar entre todas las que copió en el tomo V de su *Historia Crítica.* Pero es el caso, que Escolano (lib. IV, cap. 12) refiere la historia de esa lápida, y de ella resulta que no se halló en Valencia: trájola de Bugía, en 1515, y la puso en su casa, el caballero valenciano D. Juan Pardo, que formó parte de una expedición enviada en socorro de aquella plaza. Por eso Hubner, en su completísimo repertorio, la incluye entre las inscripciones africanas. Es interesante una lápida hallada en 1759, en el cauce del río, al abrir los cimientos del pretil, á la parte llamada de la Pechina, y que se colocó en dicho pretil, con otra inscripción latina en que se llama la atención del transcúnte sobre aquel resto de la antigüedad. Dice la lápida primitiva: SODALICIVM-VERNARVM-COLENTES ISIDIS, esto es, *el colegio ó gremio de los Vernas* (esclavos domésticos) *adoradores de Isis.* Esta inscripción, y otra dedicada á Serapis, que mencionaré después, prueban que los dioses egipcios recibían culto en Valencia. Sobre esta lápida, al colocarse en el pretil, pusieron, como insignia ó adorno, un bajo-relieve, en forma de medallón, con el emblema romano de la ciudad, (el cuerno de Amaltea y el rayo de Júpiter) y la leyenda COL. IV. IT. VALENTIA: *Valencia colonia de derecho itálico.* Algunos escritores han incurrido en el grosero y doble error de suponer que era antiguo este relieve, y que dice: COL. IVL. VALENTIA: *Valencia Colonia Julia,* con lo cual han afirmado la suposición gratuita de haber tenido Valencia el dictado de Colonia Julia. Ha inducido sin duda á este error la inscripción latina explicatoria, que habla, no de una lápida encontrada, sino de lápidas, en plural, y es que las piedras halladas en el río fueron dos: la de la inscripción á Isis, y otra, sin inscripción, en la cual se esculpió dicha leyenda explicatoria. Disertó doctamente sobre la lápida de Isis el cronista de Valencia D. Agustín Sales, en un opúsculo titulado: *Turiae Marmor nuper effosum,* publicado en 1760. Motivo de empeñada polémica, á principios del presente siglo, fué otra lápida encontrada al abrir un pozo en la plaza del Almudín, dedicada por los *Valentinos veteranos y veteres* á M. Mumnio Senecioni Albino. El cronista de la Ciudad, Sr. Ribelles, publicó un opúsculo, titulado: *Ilustración de la lápida romana descubierta en Valencia en 1807,* cuyo dictamen fué refutado en la *Carta misiva del Deán de Xátiva á D. Vicente Plá y Cabrera,* que no se pudo imprimir hasta 1820, por habérsele negado la licencia necesaria. Este deán de Játiva es el erudito D. Josef Ortú, ya citado en anteriores capítulos.

veteranos y *veteres* dos clases distintas de los colonos militares establecidos en Valencia? Así lo han creído algunos, y han buscado en las noticias que nos quedan de la organización de los ejércitos romanos, la explicación de aquellos nombres. Lo único averiguado es que se llamaban *veteranos* los soldados que habían cumplido el tiempo del servicio activo (veinte años, según unos datos, diez y seis, según otros), y á quienes se daban tierras para formar una especie de reserva sedentaria. ¿Llamábanse también *veteres* los soldados aguerridos para distinguirlos de los bisoños *(tyrones)*? Esto no es tan seguro. Cortés cree que la diferencia entre *veterani* y *veteres* consiste en que éstos eran los antiguos habitantes de la ciudad, la población indígena, y aquellos, los militares romanos, asentados en ella al convertirse en colonia de Roma, lo cual no consta en qué tiempo sucedió. Hubner entiende que hubo pobladores de dos épocas y dos clases distintas: los primeros recibieron, por su antigüedad, el epíteto de *veteres*, y los segundos el de *veterani*, por su categoría marcial, formando dos repúblicas ó comunidades diversas, como sucedía en otras partes (1). Lo único comprobado por el testimonio de los autores latinos, es que Valencia fué colonia romana y que gozaba el derecho llamado itálico. Pomponio Mela añade que era una de las ciudades principales de la Tarraconense. La categoría colonial era muy apreciada en el imperio romano; en tiempos de Plinio sólo había en España veintiséis colonias, cinco en la Lusitania, nueve en la Bética y doce en la Tarraconense. La lengua latina era en ellas la oficial. Estaban gobernadas políticamente por los duumviros y quatuorviros, y civilmente por los ediles y decuriones. Eran como suburbios de Roma, situados á gran distancia del Capitolio. El derecho itálico, de que gozaban las colonias más privilegiadas, llamadas tam-

---

(1) «Quod in titulis saeculis tertii nominantur *Valentini veterani et veteres*, inde praeter veteres colonos postea etiam nescio quando veteranos eo deductos esse discimus, ita ut duae existerent res publicae diversae *(uterque ordo Valentinorum)* quales Pompeiis Arretii aliisque locis extitisse scimus.»

bién inmunes, las eximía de impuestos. Augusto había exceptuado de toda contribución á Italia, dejando pesar los gastos del imperio sobre las provincias, y esta franquicia se extendió á algunas colonias que, por una ficción legal, se consideraban como ciudades italianas.

El sitio que ocupa Valencia romana está indicado por lo que dicen los autores de aquel tiempo y por las ruinas encontradas. Plinio determina así su posición: *Valentia, colonia III M. passus à mari remota;* y añade á continuación, siguiendo su relato: *Flumen Turia.* Como va describiendo la costa de Sur á Norte, claro está que pone el río á la parte septentrional de la ciudad. Si es cierto, como sostienen muchos autores, que corría antes por el actual Mercado y que variaron su curso los romanos (lo cual me parece pura fábula), estaba ya hecha esta obra en tiempos de Plinio (1). La mayor parte de las lápidas se han hallado

(1) Beuter (lib. I, cap. 17), Escolano (lib. IV, cap. 10) y Diago (lib. VII, cap. 29) dan como cierto este cambio del curso del Turia. Lo apoyan en dos argumentos: primero, que al referir Salustio la reñida batalla que hubo bajo los muros de Valencia en las guerras sertorianas, dice así: «Inter laeva moenium et dextrum flumen Turiam quod Valentiam parvo intervalo praeterfluit;» lo cual indica, en concepto de aquellos autores, que el río corría á la derecha de la ciudad. Pero falta saber si Salustio, para determinar la posición relativa del Turia y Valencia, la miraba desde Poniente, siguiendo el curso del río, en cuyo caso, tienen razón los que aducen la cita; ó si la miraba desde Levante, lo cual tampoco es improbable, escribiendo en Roma, y en ese caso, sus palabras se ajustan bien al curso actual del Turia. El segundo argumento es aún más fútil: estriba en una inscripción latina, que Beuter copió y citan todos los sucesivos historiadores de Valencia. Dicen que estaba en la pared del Convento de la Trinidad, pero el P. Teixidor corrige este repetido error: estaba dicha lápida en una de las pilastras del portal de la Trinidad, y se halló en un patio cercano. La inscripción, incompleta, dice así: ...ILLV.... —EMPTO LOCO —....VM QVI AQVAM TRAHI — M. A PORTA SVCRONENS — EMPTVM. V. K. MAIAS.—De este fragmento sólo se deduce que cierto sujeto, comprando el sitio, mandó traer el agua desde la puerta Sucronense, en tal fecha. ¿Basta esta indicación para comprobar una obra tan colosal como la variación del cauce del Turia? El P. Teixidor, observando que había, junto á dicha puerta Sucronense (de la Boatella después) un manantial, que se canalizó y se utilizaba en la ciudad, presume que la citada lápida puede referirse á él. Esclapés, por último, da como vestigios (poco convincentes también), del tránsito del río por el Mercado, algunas escalerillas con muchos escalones que allí había, á semejanza de las que hay ahora en los pretiles del Turia, y dos ojos ó arcadas de puente, de piñonada, que se encontraron en la calle de Calabazas.

en la parte que siempre se consideró más antigua en Valencia, en las inmediaciones de la Catedral. Habíalas en este templo, encontradas sin duda al construirlo, y las destruyó, como vestigios profanos, el arzobispo Isidoro Aliaga, cumpliendo lo prescrito en el Sínodo Valentino de 1565 (1). Al abrir, en 1692, las zanjas para cimentar la nueva capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, aparecieron cinco, muy interesantes algunas de ellas. Aún están allí, incrustadas en la fachada de aquel templo (2). Descubrióse en el mismo punto un extenso pavimento de losas de mármol azulado, pertenecientes á alguna edificación de carácter monumental. Aquel fué sin duda el centro de la ciudad romana, y probablemente habría allí algún templo que, convertido en basílica cristiana, fué luego mezquita mayor de los árabes, consagrada para catedral al entrar en Valencia, primero el Cid, y después D. Jaime de Aragón.

---

(1) «Ne in Christianorum Templis aliquid spectari possit, quod Gentilicios ritus sapere videatur» (Ses. IV, cap. 9). Bien mandado estaba; pero, en vez de picar y destruir las inscripciones romanas, púdose trasladarlas á otro sitio. Escolano y otros autores, hablan de otro eclesiástico perseguidor de las lápidas antiguas, el famoso doctor valenciano D. Juan Salaya, que vivía en la primera mitad del siglo XVI. Cuentan de él que, doliéndole la demasiada estimación que se profesaba á los restos del paganismo, instó á los jurados y logró de ellos, que se sepultasen muchas lápidas romanas en los cimientos del puente de Serranos, el cual se estaba reconstruyendo. El P. Teixidor puso en duda este hecho: dice que rebuscó antecedentes y nada encontró que lo compruebe; por otra parte, propósito tan fanático es contrario á la ilustración del Dr. Salaya, que recibió el título en la Universidad de París y vivió mucho tiempo en aquella corte, en Florencia y en Roma. Lo mismo sostiene el P. Villanueva, que dedica á este asunto la carta XXX de su *Viaje literario*, tomo IV.

(2) Relató y comentó largamente este hallazgo D. Josef Vicente de Olmo, secretario del Santo Oficio de la Inquisición, en un libro impreso en Valencia en 1653, titulado: *Lithologia, ó explicación de las piedras y otras antigüedades halladas en las zanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados.* Las lápidas encontradas son. 1.ª dedicada á Julia Mammea Augusta por los valencianos *veterani et veteres;* 2.ª de Anatellón, liberto, á Antonia Lépida, hija de Marco; 3.ª á Sertoria Máxima, hija de Quinto, con inscripción doble, de su marido y de su hija; 4.ª al Dios Esculapio *(Asclepio Deo)*, de Julio Higinio, sevir augustal; 5.ª al emperador Probo, de Aelio Máximo. Halláronse también en aquel sitio el tronco de una estatua togada, fragmentos de columnas, basas, capiteles y cornisas, y monedas de Constantino, Faustina y Valentiniano.

Algo pudiéramos añadir, si siguiéramos á Beuter, que es, entre nuestros historiadores, quien más se extendió en la descripción de Valencia romana, no porque tuviera, como han supuesto algunos, documentos que se han perdido, sino por ser más fácil en la conjetura y menos exigente en la crítica. La repoblación y el cambio de nombre de Valencia, no los atribuye al cónsul Junio Bruto, sino á Cneo Scipión, el primer general romano que militó en España. Cuenta Beuter que, para vengar á Sagunto, edificó de una manera monumental la ciudad del Turia: contemplándola desde sus muros, los saguntinos quedarían honrados y satisfechos (1). Añade que lo primero que hizo Scipión, para guardar de humedades la nueva Valencia, fué construir seis cloacas, tan grandes, que por ellas podía ir un hombre á caballo. Levantó luego fuertes murallas de cal y canto, dando á la ciudad figura redonda, con punta á Mediodía, como amenazando á Cartago. Abrióle seis puertas (2); erigió

(1) «Hallando á quatro leguas de Sagunto, á la parte que está por donde fué tomada y destruyda, edificada la poblacion llamada Roma, fundada por el Rey Romo de Espana, como dicho tenemos, determinaron de ensanchar este pueblo, y llamarle Valencia, de Roma que se llamaba, porque supiesen en los siglos venideros como valia Roma á sus amigos; que por esto quisieron que Roma fuese Valencia, y en memoria y entendimiento desto, en la misma Sagunto, en el lugar mesmo á donde estava la cerca primera, y donde cayera la torre principal, por donde entraron los Carthagineses, hizieron un torrejoncico de piedras no muy bien doladas, que tenia la entrada á la parte de Sagunto, y una ventana que mirava hazia Valencia, casi en esto señalando que los que verian la destruycion de Sagunto muy grande, viesen y mirasen la recompensa que Roma hiziera en Valencia, y entendiesen que así valia Roma á los suyos. Esta ciudad, como se hazia en memoria de la fe de los Romanos, y del sentimiento que de los daños de Sagunto tuvieran, fué con grandísimos gastos edificada, de fundamentos muy magnífica.» Beuter, *Corónica*, lib. I, cap. 17.

(2) Eran estas seis puertas, según Beuter: la de Sagunto, que estaba algo más adentro que la actual de Serranos; la del Sol, que correspondía á la de la Trinidad; la de la Marina, llamada por los árabes de Alí-Bufat (junto al Temple); la del Pagador (á la cual se dió este nombre por una lápida que se encontró junto á ella y que hacía memoria de un personaje romano que tenía este cargo), que fué la de Xarea, de los musulmanes; la Sucronense, denominada luego de Boatella, y la de Baldina, después de Valldigna. La existencia de la puerta que Beuter llama del Pagador, está comprobada por el hallazgo de inscripciones romanas, entre ellas un itinerario, encontrado en 1727, y que no se conservó. D. Gregorio Mayans (lib. III, cap. 27) y D. Agustín Sales (Opúsculo titulado *Declaración de una*

un templo á Diana (el cual fué renovado luego por Sertorio y sirvió de enterramiento á este ilustre caudillo), otros á Hércules y á Serapis, y un palacio para el gobierno de la ciudad, con cárceles subterráneas (1). Pero lo más notable de todo lo que atribuye á aquel Scipión el buen Pedro Antonio Beuter, es que «para mejor provisión de la tierra,» hizo el estanque de la Albufera.

Muy poco hay de positivo en el fondo de estas fantasías: Cneo Scipión no tuvo tiempo ni reposo para construir ciudades en España: su sobrino, Publio Cornelio, sí; éste fué quien restauró á Sagunto, no á Valencia, que no suena en los anales de Roma hasta su cesión á los soldados de Viriato. En las antiguas cloacas de la ciudad, puede haber algo de romano, pero la verdad es que no se conoce su época ni su autor (2); en cuanto á las murallas y á las puertas, las que cita Beuter son las del tiempo de los árabes: el primitivo recinto debió ser más reducido (3); puede admitirse, empero, que se ensanchase después, en la época del imperio. De los templos que menciona, no hay más indicios que inscripciones á sus respectivas deidades, dato insuficiente (4); el supuesto epitafio de Sertorio es la inscripción

---

coluna del Emperador Hadriano descubierta en la Vega de Valencia, 1766), copian esta inscripción, que decía: *Ab Valentia Sagunt...—Ab Sagunto Dertos...—Ab Dertosa Tarraconam—Ab Tarracona...—Ab...—Ab...*

(1) El templo de Diana quiere Beuter que estuviese en lo que es hoy Catedral; el de Hércules en la calle del Trinquete de Caballeros; el de Serapis en el Hospital, y el palacio del gobierno donde estuvo después el convento de Santa Tecla.

(2) Mayans cree que estas cloacas son obra de los moros: el P. Teixidor, por lo que dice Beuter de la inscripción romana CASTELLV, que en sus tiempos se halló dentro de una de ellas, y por la construcción de sus bóvedas, hechas, no de ladrillo, sino de cal y canto, se inclina á que son romanos algunos de estos antiquísimos acueductos.

(3) «Soy de opinión que su primer asiento le tuvo en el altozano que se forma desde la calle del Milagro hasta la plaza de Desamparados, y desde las Platerías por la subida del Toledano; y así, la muralla debió correr desde los Baños del Almirante á la calle del Barón de Petrés, por la plaza de San Esteban, calle de la Alhóndiga, abrazando la Casa Consistorial á la calle del Reloj Viejo, portal del Toledano, cruzando la calle de Zaragoza á la de Cabilleros, y á la del Miguelete, y finalizar en los mismos baños.» Cortés, *Diccion. geog. histór.*

(4) La inscripción dedicada á Hércules por Q. Marcio, á que se refiere Beu-

de un liberto, mal leída (1); y del palacio ó curia sólo hay memoria tradicional por los restos que se relacionan con el martirio del diácono San Vicente.

Este martirio abre la historia cristiana de Valencia; produjo tan honda impresión y tuvo, dentro y fuera de la ciudad, tan viva resonancia, que las generaciones sucesivas, triunfante ya el divino Lábaro, se transmitieron su memoria, señalando á la veneración de los fieles los lugares consagrados por tan heroica muerte.

En Morella y en Segorbe designan aún el punto en que estuvieron encerrados San Valero y San Vicente, cuando por orden de Daciano los trajeron de Zaragoza á Valencia; y llena de su recuerdo está la ciudad del Turia. En la calle de Murviedro, cerca ya del río, hay una posada (Mesón de Aragón), y en ella, empotrada en la pared de una escalerilla, al lado de la puerta principal, una columna antigua. Tradición popular asegura que en su última jornada, antes de entrar en Valencia, pernoctaron allí los dos prisioneros, y que San Vicente estuvo amarrado á aquella columna (2). Dentro de la ciudad, junto á la Catedral,

---

ter, la copia también el conde de Lumiares y dice que estaba en la calle de la Abadía de San Martín; la de Serapis, que Beuter vió (y también Diago) en el Hospital, ya no existiría en tiempos de aquel celoso anticuario, pues no la cita. Decía así: SERAPI — PRO SALVTE. P. — HERENII SE — VERI CALLINI — VS SER.

(1) Había en la Catedral una piedra, pedestal para estatua, la cual por tener una concavidad en su parte inferior, se había utilizado para pila de agua bendita volviéndola del revés, y estaba junto á la puerta de la sacristía. Tenía esta inscripción: Q. SERTORIVS. Q. LIB — ABASCANTVS. SEVIR. AVG. — D. S. P. F. C. — IDEMQVE DEDICAVIT. Beuter creyó que éste era el sepulcro del gran Sertorio; el P. Diago deshizo este error, demostrando que era un monumento erigido por un liberto. Cuando desecharon esta pila de la Catedral, diéronla á Fr. Josef Ponti, prior de Santo Domingo, quien la trasladó á una granja que tenía este convento en el Llano de Cuarte, y allí sirvió de pedestal á una cruz. Publicáronla Masdeu y Lumiares, traduciéndola de este modo: *Quinto Sertorio Abascanto, liberto de Quinto, sevir augustal, mandó hacer á sus expensas* (esta estatua) *y él mismo la dedicó.* Esta inscripción pertenece hoy á la Comisión provincial de Monumentos, y está en el Museo del Carmen. El Excmo. Sr. D. Vicente Oliag, propietario actual de la granja ó masía de Santo Domingo, la regaló al anticuario D. José Biosca, quien la transmitió á dicha comisión.

(2) Encima de esta columna está pintada sobre azulejos la imagen de San

en la plaza de la Almoyna, está la primera cárcel del santo, convertida hoy en capilla. La tradición, en este punto, encuentra algún justificante en la historia. Refieren las Actas del martirio que Daciano, para vencer la constancia de los dos ilustres cristianos, los redujo á dura prisión (1). No determinan el sitio de esta prisión; pero se conservó sin duda su memoria entre los cristianos, y después de la reconquista. honróse aquel lugar, incluído en la casa del chantre, dedicándolo al culto del insigne mártir (2). *Horno de San Vicente* lo llamaban, porque esta forma tiene la cripta, situada hoy debajo del altar, y construída de cantería tosca, donde se supone que estuvo encerrado el santo. Junto á ella hay una gruesa columna de mármol, resto del edificio romano. Lápidas de aquel tiempo se han hallado también en este sitio: una de ellas, muy curiosa, dedicada á los Hados (3). El punto que ocupan la Catedral y sus plazas adyacentes era sin duda el foro de la ciudad romana, y allí estaría la cárcel judiciaria, encierro del obispo perseguido y de su joven diácono. Contigua á la antigua casa del chantre está la que fué del sacrista, y en ella hay otra capilla, cuyas paredes, de construcción vetusta, formadas por piedras irregulares de cantería, pueden remontarse también á aquella época. Dicen que fué cárcel de San

---

Vicente, y á sus pies tiene escrita esta décima: «Padron de inmortal memoria— serás ¡oh pilar sagrado! — donde Vicente fué atado — por dar á esta calle gloria.— Tradicion es bien notoria — que en esta casa ó meson — hizo una noche mansion— de Daciano á la inclemencia—viniendo preso á Valencia—desde el Reyno de Aragon.» No he visto documento histórico alguno que justifique esta creencia tradicional.

(1) «Dacianus judex, Sanctos Dei primo Valentiam sub carcerali custodia, et famis miseria ac catenarum stridore pertrahi praecipit», dicen las Actas publicadas por los Bolandos.

(2) En el rezo de San Vicente, aprobado por Gregorio XIII, é impreso en Valencia, con los de otros santos, en 1589, se afirma que la cárcel primera de aquel mártir y su compañero el obispo de Zaragoza, estuvo en este sitio. Dice así: «Primum in carcerem et vincula illo in loco conjecti sunt, in quo nunc e regione Templi Metropolitani, intra plateam ipsi adjunctam, sacellum Beato Vincentio multis jam ab hinc annis constructum et dedicatum est.»

(3) Tiene esculpidas tres cariátides, y entre dos de ellas, esta inscripción: FATIS—Q. FABIVS—NYSVS—EX VOTO.

Valero, á quien está dedicada; pero este recuerdo no es tan fidedigno como el otro (1).

Cuando creyó Daciano que estarían ya abatidos y resignados los santos levitas, llamólos á su presencia. La escalera del pretorio y la sala donde les interrogó y sentenció el inflexible presidente, creían verlas nuestros abuelos en el convento de Santa Tecla, derribado en 1868. Frente á la boca de la calle de Campaneros, estaba en aquel edificio esa escalera, que era adornada todos los años con luces y flores el día de San Vicente. Hasta mediados del siglo pasado conservóse completa; en aquella fecha, con irreverencia impropia de tiempos tan piadosos, fué destruída la parte superior, al hacer una reforma en el convento, y quedaron sólo las ocho primeras gradas, que desaparecieron también por la demolición de aquella casa monástica. Mayor res-

---

(1) Dice Escolano: «Hay en una casa canonical, delante el templo mayor, entre la cárcel de San Vicente, y de la dignidad que llaman sacristanía, un aposento asotanado, al entrar en el patio, al suelo de una gran torre, á mano izquierda: donde se echa de ver por la grandeza de las piedras de las paredes, que servía de calabozo en tiempos antiguos, y la torre de cárcel. Y nuestros padres cuentan que oyeron á los suyos por tradicion, que había sido aquella la cárcel de San Valero, vecina á la de su compañero San Vicente. En confirmacion desto, el dia de San Valero la tenían compuesta y adornada los antiguos, y salía de la yglesia mayor el Domero con los sacristanes y acompañantes á incensarla. Pero el tiempo ha quitado la memoria y devocion deste lugar. En este calabozo ó aposento, ha pocos años que testigos de vista vieron en la pared un letrero de tiempo de romanos, que hoy dia falta, quedando solo el vazío, de donde desencajaron la piedra, y dize así: AESCLEPIO — Q. CALPHVRNIVS — ALIPION — V. L. S.» No existen en el día el sótano y la torre que menciona el diligente cronista, ocupando su lugar la capilla dedicada al santo obispo en 1719 por el canónigo magistral D. Jaime Cervera, que renovó la antigua devoción. Á los lados de su entrada y al piso de tierra, vense ahora dos nichos de medio punto; en uno está la imagen de San Valero, en otro la de San Vicente mártir, y en los pedestales respectivos se lee lo siguiente traducido del latín: «Aquí estuvo San Valero hacia el año del Señor 304.»—«Como el incienso en el fuego, así Vicente difundió el buen olor de santidad.» Las paredes laterales de esta capilla están formadas por grandes piedras desiguales, que denotan, en efecto, remota antigüedad. En la misma casa, demarcada con el número 4, en que se halla enclavado este santuario, consérvanse dos lápidas romanas que acreditan la antigua importancia del lugar. Pero contra la suposición de que estuvo allí la cárcel de San Valero, hay que advertir que el libro de rezos de 1589 habla de una sola cárcel de San Valero y San Vicente, y la sitúa en la capilla dedicada á este último santo.

peto obtenía y mejor suerte ha logrado, la *Cárcel de San Vicente*, que en aquel mismo sitio se conservaba.

Daciano, al ver la obstinación del obispo y del diácono, desterró al primero y ordenó el suplicio del segundo, á quien juzgaba sin duda más peligroso. Allí mismo, frente á su palacio, en la plazuela que se llamó de la Higuera, y ahora forma parte de la nueva plaza de la Reina, sufrió el Santo el tormento del eculeo, y desgarraron los sayones sus miembros con agudos garfios. Cuánto más penetraban los hierros en sus carnes, más resplandecía la fe en el rostro del martirizado. Al otro día, el fuego reemplazó al hierro; tendido en unas parrillas, fué puesto Vicente sobre una hoguera, y echábanle sal en las llagas para avivarle el dolor (1). En los intervalos de su prolongado suplicio, lo emparedaban en un calabozo sin aire y sin luz, con el suelo cubierto de guijarros agudos, para que se convirtiera el reposo en nuevo tormento (2). Aquel lugar es el que señala la tradición. Piedras mal labradas formaban como el hueco de un torreón, sin puertas ni ventanas, ni otra entrada que por arriba, como un verdadero pozo. Cuándo comenzó á venerarse ese lugar, no está averiguado; desde la reconquista abundan las noticias de esta veneración tradicional. El arzobispo Aliaga enriqueció aquel santuario y puso en él una estatua marmórea de San Vicente; figúralo sentado, con cadena al cuello. Al derribarse el convento de Santa Tecla, manos piadosas recogieron las piedras del

---

(1) Beuter supone que el martirio del fuego se verificó en la plaza de la Almoyna, llamada antes de la Leña; y dice que el Conquistador concedió inmunidad á las dos capillas de San Vicente, la de la plaza de la Higuera y á la de la plaza de la Leña, y también al tránsito de la una á la otra, para cuyo objeto lo embaldosó con piedras azules, que luego se quitaron; suprimiéndose la franquicia, por los abusos á que daba lugar. Añade Beuter que esto consta en los *Furs* de Valencia; pero en ellos no encontramos que se otorgue inmunidad más que á la Catedral y á la iglesia y monasterio de San Vicente Mártir, que es el llamado de la Roqueta.

(2) «Querite locum tenebrosum, et opresum urgente tectura, ab omni publica luce sepositum, perpetuaque nocte damnatum; reatui ejus peculiarem, extra videlicet carceres, carcerem.» Actas del martirio.

calabozo, y lo reconstruyeron en el Hospicio de Nuestra Señora de la Misericordia. Después, al trasladarse la comunidad de religiosas de Santa Tecla al monasterio de San Vicente de la Roqueta, pidieron aquellos restos venerados, y los trasladaron á su nueva iglesia, rehaciendo en ella el histórico calabozo.

Tenemos, pues, dos cárceles de San Vicente, designadas ambas por la tradición. Los autores que han querido aplicar estos datos al estudio de la ciudad romana, suponen que el encierro primero del Santo debió estar en la cárcel judicial, ó común, situada en el foso, lo cual explica su emplazamiento en el lugar céntrico de la antigua población. El segundo calabozo debió pertenecer al pretorio, palacio más separado, en el que se hospedaría el presidente Daciano. Muy cerca de este punto, hay otro recuerdo tradicional del martirio de aquel héroe de la fe. En una estrecha calleja, que va de la calle del Mar á la de Avellanas, y que se llama *de la cárcel de San Vicente*, hay, en la casa señalada con el número 2, una modesta capilla, y en ella el fuste de una columna. Dícese que á esa columna fué atado el mártir para azotarlo. En esta capilla hay un pozo, que le da nombre: llámanla el *Pozo de San Vicente* (1), aunque lo principal y lo venerado, no es el pozo, sino la columna.

Murió el martirizado diácono cuando Daciano, vencido por su constancia, cesó de atormentarlo, y entonces mandó el vengativo romano que echasen su cadáver á un muladar. Tampoco se perdió esta memoria; al librar D. Jaime á Valencia de los moros, señaláronle el punto de las afueras, donde estuvo abandonado el cuerpo del Santo, guardado por los cuervos, á cuya voracidad lo entregaron. Llamábanle la Roqueta, por una eminencia peñascosa que allí había. El rey edificó una ermita en ese punto. Aquella construcción severa, de angosta puerta y

(1) Esta capilla sólo data de 1686: la columna del martirio estaba en el zaguán de una casa particular, y en aquella época construyó el santuario la ciudad. En 1777 se descubrió en él un pozo, que estaba enterrado, y del cual no se tenía noticia.

sólidos muros de piedra, desnudos de labores, fué sustituída en 1738 por el santuario actual. Cerca de él está el ya mencionado monasterio de San Vicente, que tomó también el nombre de la Roqueta, y que es el templo cristiano quizás más antiguo de Valencia.

El cuerpo del mártir, arrojado finalmente al mar, y recogido por los fieles, fué conservado por ellos; y cuando Constantino dió á la Iglesia paz y victoria, depositáronlo en suntuosa sepultura debajo del altar de una basílica, fuera de los muros de la ciudad. Esta iglesia, que existía ya en el siglo IV de nuestra era, corresponde sin duda al que fué después monasterio de la Roqueta (1). Allí se tributó culto al mártir, famoso ya en toda la cristiandad (2), aun después de rendida Valencia á los árabes, hasta que temerosos sus devotos del furor anticristiano de Abde-r-Rhamán el Humeya, fueron á esconderlo, según cuentan viejas crónicas, en el lejano promontorio de los Algarbes (3). Dicen al-

(1) «Beatisimus Martyr ad sepulturæ honorificentiam inde levatus, digna cum reverentia deportatur, et sub sacro altari extra muros ejusdem civitatis Valentiæ ad quietem reponitur.» Actas del martirio. Este texto es tan explícito, al señalar la situación del templo, fuera de los muros de la ciudad, que destruye las suposiciones de D. Agustín Sales, quien pretendió que aquella iglesia fuese la de San Bartolomé, de cuya antigüedad hablaré después.

(2) «Quæ hodie regio, quoevé provincia ulla, quo usque vel Romanum Imperium, vel christianum nomen extenditur, natalem non gaudet celebrare Vincentii?» San Agustín, serm. III, 4.

(3) Esta versión es la que ha prevalecido entre los historiadores eclesiásticos, pero hay otra, que gozó gran autoridad en Valencia: la del traslado del cuerpo de San Vicente á Castres, en el Mediodía de Francia. Refieren antiguos cronistas que en el siglo IX vino un monje de Guiena, llamado Audaldo, en busca de aquellos sagrados restos; que con auxilio de un mesonero moro, á quien pagó bien, los halló en un sepulcro de mármol, entre los escombros de su iglesia demolida; y que, al pasar por Zaragoza, se los quitaron los mozárabes de aquella ciudad. Chasqueados los monjes que le dieron aquel encargo, echáronlo del monasterio, cuando se presentó en él sin las deseadas reliquias, y fué á parar al de Castres, dondè refirió el caso. Los monjes de Castres lograron, por intercesión del Miramamolín de Córdoba, que los fieles zaragozanos les entregasen aquel tesoro. Consignóse esta historia en el Breviario Valentino, y obtuvo tanto crédito, que en 1394 los jurados de Valencia pedían al papa Clemente VII que los frailes predicadores de Castres les diesen reliquias de San Vicente. Posteriormente, se examinó mejor aquella tradición y se le negó fundamento. También hay quien duda de la expedición á los Algarbes, alegando que esta noticia, tomada del moro

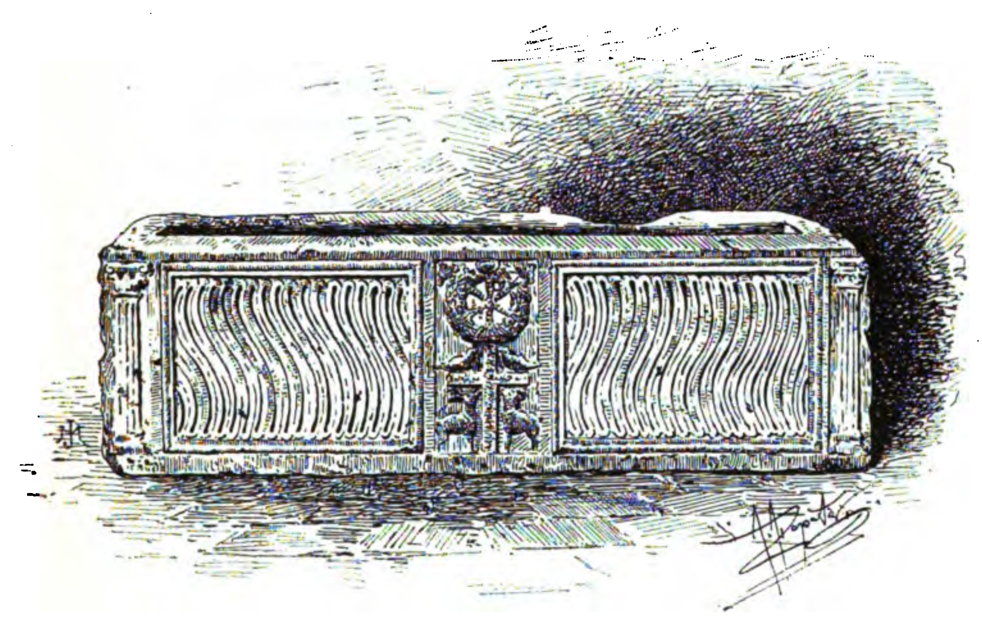
gunos historiadores que entonces fué destruída la iglesia de la Roqueta por el terrible califa; pero la reconstruirían luego los cristianos de Valencia, puesto que, apretado en 1172 el rey Lobo por D. Alonso II de Aragón, congracióse con él, ofreciéndole doblar el tributo que le pagaba y darle la iglesia de San Vicente, con sus diezmos y derechos. Aceptó la donación el monarca aragonés, y para pagar al monasterio de San Juan de la Peña su ayuda en aquella campaña, le traspasó la ofrecida iglesia. Medio siglo después, en 1232, cuando aún no había comenzado la conquista de Valencia, D. Jaime la adjudicó al monasterio de San Victorián.

El sepulcro de San Vicente, perdido desde el tiempo de Abde-r-Rhamán, ha creído encontrarlo en nuestros días un celoso escrutador de las antigüedades religiosas, D. José Martínez Aloy. Sus conjeturas no han convencido á los eruditos; pero han llamado la atención sobre un interesante sarcófago de los primeros siglos del cristianismo, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Valencia, y del cual hay una reproducción exacta en el Arqueológico Nacional. Estuvo, inadvertido de los doctos, en el patio de la Ciudadela, sirviendo de pila, hasta el año 1865, en que, reconocido por D. Vicente Boix, incautóse de él la Comisión de Monumentos históricos. Es de mármol blanco (no italiano, sino muy parecido al español llamado de Macael); afecta la forma de caja rectangular sin tapa, y sus dimensiones son grandes, atendido su fúnebre objeto. Por la materia, el tamaño, y los símbolos y adornos esculpidos de bajo relieve en su cara anterior, puede calificarse de sepultura rica y notable. Por esto juzgó el Sr. Martínez Aloy que se dedicaría al más insigne de los cristianos de Valencia, al glorioso mártir Vicente. Pero ni basta una hipótesis de esta vaguedad para determinar

---

Rasis, fué probablemente interpolada después en su crónica, dándolo á entender la mención que se hace en este pasaje de un caballero de Fez, ciudad que no existía en la época á que se refiere la narración.

un hecho concreto, ni son característicos de martirio los emblemas de este anepigráfico sarcófago. Reproducen esos emblemas el Lábaro cristiano: una cruz latina (*inmisa*) y perlada (*gemmata*) sustenta una corona de laurel, liada con una bandeleta, cuyos extremos bajan hasta los brazos de la cruz. Circunscrito en la corona, aparece el crismón ó monograma de Cristo,



VALENCIA.—Sepulcro cristiano del siglo IV

también perlado. En la parte superior de la laurea se observa un medallón oval, con una efigie borrosa, y á los lados dos flores, que parecen azucenas. Sobre los brazos de la cruz hay dos palomas; bajo de ellos, un corzo y un cordero. Símbolos cristianos son todos estos, cuyo significado no es posible precisar hasta la determinación exacta de la categoría del sujeto sepultado (1). La complicación del piadoso geroglífico, la forma y

(1) Expuso su hipótesis el Sr. Martínez Aloy en un artículo publicado en *Las Provincias*, y promovió una polémica, sostenida en el mismo periódico, por don

exorno de la cruz, y el dibujo ***stringilado*** de los planos laterales del sepulcro, concurren para atribuirlo, con probabilidades de acierto, á la segunda mitad del siglo IV.

De principios de aquel siglo, si fuera exacto el dictamen de los anticuarios de la última centuria, serían la imagen y el altar del Salvador, que se veneran en la capilla del Santo Sepulcro de la iglesia parroquial y patriarcal de San Bartolomé. Aún remontan más la antigüedad de este santuario historiadores crédulos, que adjudican su fundación al mismo Apóstol Santiago. Que ya en tiempos de los moros fué considerado como iglesia primitiva de Valencia, no admite duda, y que la dejaron á los cristianos, por esa razón quizás, al convertir en mezquitas las otras del interior de la ciudad, es cosa averiguada. Pero, que pueda fijarse su erección en el reinado de Constantino por la coincidencia de su inscripción exótica con las que hay, parecidas á ella, en basílicas de Roma de aquella fecha, como quiere el cronista D. Agustín Sales (1), es cuestión controvertible, y más propia del capítulo en que tratemos al por menor de las iglesias de Valencia, que de esta reseña general. Para continuarla, examinados ya los restos más importantes del período romano, y no habiendo quedado del gótico vestigios de las artes, ni restos de los monumentos en la metrópoli edetana, habremos de pasar ya al tiempo de los árabes.

No sabemos mucho de cómo era Valencia bajo su dominación; pero algo diremos, reuniendo datos sueltos y esparcidos. Los conquistadores cristianos no dejaron en la ciudad huellas de la cultura islámica. Creyentes fervorosos, acabaron con todo lo que representaba una religión odiada y una raza enemiga. Así que, habiendo sido Valencia mahometana durante cinco siglos, hoy

---

Francisco Danvila, negando éste el fundamento de sus conjeturas, y opinando que el sarcófago debatido debió hacerse para un mancebo ó doncella, muerto en el período del catecumenado.

(1) *Memorias históricas del antiguo santuario del Santo Sepulcro de Valencia.* Valencia, 1746.

sólo queda en ella una inscripción árabe, y esa colocada el siglo pasado, como rara curiosidad (1). De restos arquitectónicos, sólo pueden atribuirse á aquella época lo que queda de los Baños del Almirante (2): nada más, ni una sola piedra labrada hay que recuerde, á orillas del Guadalaviar, el arte exquisito de los constructores de la Aljama de Córdoba y la Alhambra de Granada. No hubo sin duda monumentos parecidos á estos en las orillas del Turia. Insistiendo en lo que ya indiqué (3), he de advertir que los elogios enfáticos de los escritores muslímicos, al hablar de Valencia, se refieren siempre á la hermosura de su

---

(1) Hallóse cerca de Benimaclet, y se colocó en la frontera de la casa núm. 4 de la calle de Santa Cruz, donde vivía el erudito cronista de Valencia, D. Agustín Sales. La han traducido, con bastante variedad, el mismo Sales, Casiri, Gayangos y Amador de los Ríos: D. Julián Ribera ha dado últimamente esta versión: «En nombre de Alá clemente y misericordioso, señor nuestro: ¡Hombres! (acordaos de) que las promesas de Alá son verdaderas; no os alucine (con sus falsas apariencias) la vida presente, ni os ciegue la ilusión hasta olvidar los beneficios de Dios. Este es el sepulcro de Mahommed ben Abdala' ben Cid Bono el Ansarí, que ha profesado la fe (y ha dado testimonio) de que no hay más Dios que Alá, único, sin asociado (que sea Dios con él), que Mahoma fué su siervo y profeta, que hay cielo é infierno y que la hora (final de la justicia en el día de la resurrección) ha de venir, no cabe duda. Murió (en el Señor), Alá le tenga misericordia y perdone (sus pecados) la noche del jueves primer día del chumada primero del año 453. Alá le sea clemente.»

(2) Estos *Baños del Almirante* son monumento muy apreciable de construcción arábiga. No se sabe en qué época se edificaron; pero, por lo bien que se acomodan á las costumbres musulmanas, parece que deben su origen á los tiempos de la dominación sarracena, aunque luego los utilizaron los cristianos, pues están citados por el poeta Jaime Roig como baños nuevos. Por ser propiedad de los almirantes de Aragón, tomaron el nombre que aún conservan y que comunicaron á la angosta calleja á la que abren puerta. Hoy día están destinados al mismo uso, habiéndose ensanchado y reformado el local; pero quedando en él buena parte de la fábrica antigua, formada por gruesas paredes y bóveda, de argamasa muy fuerte. Recibe la claridad del día por numerosos tragaluces, en forma de estrellas, abiertos en las bóvedas. En el centro hay un aposento cuadrado, con cúpula semi-esférica, el cual, por medio de arcos de herradura, sostenidos en columnas, se comunicaba por dos lados opuestos con otras dos estancias cuadrangulares, cuya bóveda es semi-cilíndrica. Por los otros dos lados de la cámara central, corren galerías, igualmente abovedadas. El suave resplandor cenital, que distribuyen los ventanillos estrellados de la techumbre, las buenas proporciones de la edificación y la temperatura templada que mantiene en su interior las paredes grosísimas, prueban cuán bien se combinaban el sibaritismo y la imaginación poética de los árabes en la construcción de sus casas de baños.

(3) Capítulo III, pág. 91.

campiña, sin mencionar prodigios urbanos. El Edrisi, en su obra geográfica, ya citada, sólo consigna el provecho que saca la ciudad de las aguas del río, para el riego de sus campos y sus jardines, y para la frescura de sus granjas y sus quintas. Los poetas amontonaron los símiles y las alegorías para encarecer su feracidad. «¡Valencia! exclama Ben Azzacac el Balensí (el Valenciano): cuando me acuerdo de ti, y pienso en tus maravillas, te enaltezco y alabo, pues tu beldad es tan manifiesta, que no puede ocultarse á quien te mira. Te vistió el Señor de hermoso y riquísimo brocado, cuyas fimbrias son el mar y el río.» Y en otra parte: «Es Valencia (como una bella) de henchidos y mórbidos pechos, con vestidura de finísima y verde seda. Cuando á ella me aproximo, vela su rostro con los cálices de sus flores.» Pero aquella ciudad, rodeada de tan amenos verjeles, era, sin duda, una población mal construída, irregular y desaseada, cuyos edificios, desnudos de ornato al exterior, según la costumbre árabe, sólo dejaban paso entre sí por callejas estrechas y sinuosas. Un joven y entusiasta arabista, de quien esperan mucho los investigadores de los anales de Valencia (1), ha tropezado con otro curioso texto, referente á Valencia, de un poeta menos encomiástico: «Es una ciudad-jardín, dice Ben Farach de Elvira; pero si un criticón se informa bien, (encuentra que) sus afueras (son) todo flores, todo bellezas; su interior, una charca de suciedades.» El geógrafo Yacut, que inserta este pasaje, dice que el último verso alude á las letrinas ó cloacas, que no estaban canalizadas bajo de tierra, sino al descubierto, y servían para fertilizar los huertos de la ciudad.

Es muy difícil fijar su topografía en aquellos tiempos: los escritores árabes, biógrafos infatigables, hablan mucho de los hombres, pero poco de los lugares; sólo por incidencia los men-

---

(1) D. Julián Ribera, catedrático de lengua árabe en la Universidad de Zaragoza, hijo de Carcagente, de quien ya he dicho en otra parte cuán provechosos me han sido sus trabajos para la redacción de esta obra en la parte que se relaciona con la dominación musulmana.

cionan. El *Repartimiento* del Rey Conquistador ofrece acopio riquísimo de datos, pero están disgregados, y oscurecidos además por la transcripción vulgar y la traducción lemosina de las voces arábigas. Puede dar luz, el día que se estudie con detenimiento, cosa que aún no se ha hecho. Lo único bien conocido, porque subsistió hasta el reinado de D. Pedro IV, dejando después restos numerosos, es el recinto murado de Valencia musulmana. Era entonces más pequeña la ciudad. Por la parte del Turia, seguía la muralla la misma línea que siguió después, desde el Temple hasta las Torres de Serranos. Desde este punto, formando un ángulo casi recto, iba á buscar el actual portal de Valldigna, y siguiendo la misma línea, llegaba hasta la Bolsería; allí formaba otro ángulo, y ciñendo lo que es ahora plaza del Mercado (que quedaba fuera y servía de cementerio), cortaba la calle de San Vicente, junto á la plazuela de la Pelota. Doblaba hacia Mediodía en aquel sitio, hasta la de San Jorge, dibujando una punta, y volviendo hacia el Norte, pasaba por lo que es hoy Universidad y Colegio del Patriarca, hasta la plaza de la Congregación, y de allí continuaba igual rumbo hasta el Temple (1).

(1) D. Luís Lamarca, en su curioso opúsculo *Noticia histórica de la Conquista de Valencia por el Rei D. Jaime I de Aragón*, publicado en esta ciudad, en 1838, con motivo del sexto centenario de dicha Conquista, determina de este modo la línea de las murallas antiguas, aplicando los datos de Orti y Mayor en su libro sobre el quinto centenario, que citaremos después: «Desde la puerta del Temple, que llamamos del Cid, seguía hasta la de Serranos el mismo lienzo de muralla que hoy existe, y por el lado de la puerta de la cárcel, volvía un poco hacia el Sudoeste y se introducía por la casa de enfrente y por dentro de las que están delante de la casa de las Rocas, hasta salir por las carnicerías de Roteros: cruzando la calle, seguía por el horno de enfrente; continuaba por toda la mano derecha de la calle de Santa Eulalia, atravesaba la de la Cruz, entraba por las caballerizas del mesón del Ángel, y seguía al horno Quemado: cruzaba la calle del Sagrario de Santa Cruz, y corría por la isla de casas que está enfrente del horno, antiguo cementerio de San Bartolomé, puerta de Valldigna, calle de Salinas, declinándose un poco al Oeste por detrás las casas que sacan la puerta á la calle de Caballeros, y se introducía por las casas de la mano derecha de la calle de Caldereros hasta llegar á la columna de piedra que sostiene la galería de la casa número 2 viejo, de la plaza del Esparto, en que volviendo un poco al Este, seguía por dentro de la misma, y las que tiene contiguas, y por detrás de la marcada con el núm. 1 en la plaza del Horno de San Nicolás, se introducía por las inmediatas de la familia de León,

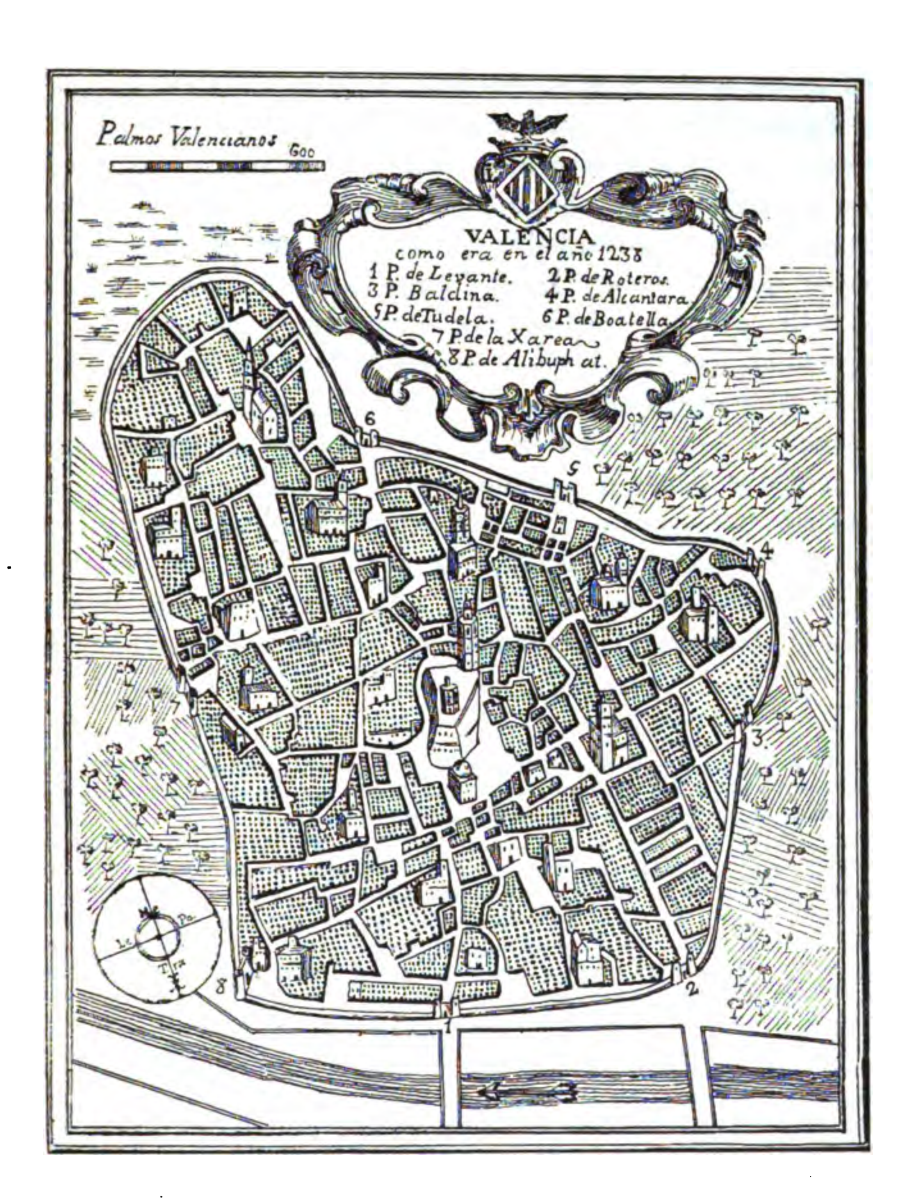
Hasta nuestros tiempos se han conservado algunos vestigios de estas murallas (1). ¿Las levantaron los árabes, ó las construyeron los romanos, al ensanchar el primitivo perímetro de Valencia? No es probable que la floreciente colonia romana quedase encerrada en su primer recinto; pero los trozos que se han conservado hasta muy reciente, y alguno que queda todavía, de aquellos muros, más parecen fábrica de moros que monumento del Pueblo-rey (2). Si no todos, alguna parte de ellos, fué obra,

---

y declinando al Mediodía, venía á salir por la última de la calle de las Danzas, y se dirigía por la isla inmediata hasta cruzar las de Cajeros y Cordellats: continuaba por dentro de la casa de contratación ó consulado, hierros de la lonja y horno del mismo nombre, hasta salir á la calle de la Puerta Nueva, á unos treinta pasos de la esquina de la lonja del aceite; se introducía por dentro de las tiendas de la isla de enfrente; cruzaba la calle Nueva y la del Trench, y se dirigía en línea recta por la de Cerrajeros, á la mitad de la cual se inclinaba un poco hacia la derecha para venir á salir á un lado del mesón Hondo de la calle de S. Vicente: cruzaba ésta, y entrándose por el horno de la Pelota, seguía por dentro de las casas de la mano derecha de la plaza de lá Pelota y calle de Corredores: cruzaba la de Barcelonina, y se dirigía á la plazuela de S. Vicente ó Chamorra; de allí por las espaldas del extinguido colegio de San Jorge, se encaminaba á la calle dels Tránsits: cruzaba ésta por la mitad, y atravesando por las espaldas las casas de la de las Barcas y por enmedio del Teatro, seguía hasta salir á la calle de las Ranas, no lejos de la plaza de las Barcas: cruzaba la referida calle y atravesando las casas que dan puerta á la plaza de las Barcas y el colegio de Santo Tomás, continuaba por dentro de la universidad, y cruzando la calle de la Nave, se encaminaba por dentro de las casas que están á mano izquierda de la plaza de las Comedias, hasta llegar á la plaza de la Congregación: entraba y atravesaba á lo largo la iglesia que es ahora parroquia de Santo Tomás, seguía por la Cofradía de N. S. de la Seo y casas inmediatas hasta cruzar la calle del Horno del Vidrio, é inclinándose hacia la derecha, corría por todas las casas hasta llegar á unirse con la puerta del Cid.» Boix incluye esta descripción en uno de los *Apéndices* de su *Historia de Valencia*, sin indicar la procedencia.

(1) Lamarca (loc. cit.) dice: «En la calle de la Cruz, frente á la de Santa Eulalia, se ve un trozo que quedó al ras de la pared; en la casa de la calle del Sagrario de Santa Cruz, que hace esquina enfrente del Horno Quemado, existe todavía una torre que sirve de habitación: también hay otras en el Cementerio de San Bartolomé, en la casa que hay al lado del horno de la calle de Barcelonina, en un corral que sirve de taller á una carpintería, y así en otros puntos.»

(2) El P. Teixidor *(Antigüedades de Valencia)* opina que las murallas que tenía la ciudad al conquistarla D. Jaime eran en parte de fábrica romana, y en parte de fábrica de moros: la primera caracterizada por la obra de cal y canto; la segunda por la obra de tapia, con paredes exteriores de ladrillo, y tierra apisonada en medio. Cita, en su apoyo, lo que dice Beuter, de que aún permanecían en su tiempo restos de estos muros de cal y canto en el portal de Baldina, y añade que eran también de esta solidísima construcción los que vió derribar para la nueva edificación de la iglesia del Temple.



VALENCIA EN EL AÑO 1238

probablemente, de Yusuf el Almoravida, que reparó los estragos hechos en la ciudad, incendiada al retirarse los soldados del Cid, y que, según algunos historiadores, ensanchó su recinto (1).

Es indudable que Valencia tenía entonces cuatro puertas principales, una á cada viento, aunque no orientadas con precisión astronómica. El obispo Miedes, que es uno de nuestros cronistas más antiguos, habla de todas ellas (2). El Sr. Ortí y Mayor, que estudió este punto, al reseñar el quinto centenario de la Conquista (3), enumera ocho puertas, y en esto le han seguido los que han escrito después; pero el Sr. Malo de Molina, en su apreciable libro sobre el Cid (4), concilia estas noticias con el texto de Miedes, distinguiendo las grandes puertas de la ciudad (*baab*), que sólo eran cuatro, como en Argel y otras poblaciones populosas del África Septentrional, de los portillos de las fortalezas que defendían las murallas (*bord' yes*), las cuales utilizaría también el vecindario. La puerta del Sur, ó más bien, del Sudoeste, la Sucronense de los romanos, estaba en la

(1) El P. Diago, refiriéndose al cronista moro Cacim Azenegí, dice solamente que Yusuf Al-Morabid «engrandeció á Valencia con sus obras, y la reparó de muchas cosas que estaban mal puestas de las pasadas guerras.»

(2) «Estava la ciudad puesta en llano, casi en forma redonda, y tenia en circuyto poco menos de media legua. La cual entre otras se mandava por quatro puertas principales. La primera se dezia de la Boatella, puesta entre Mediodía y Poniente. La otra, siguiendo á la mano izquierda, que decimos de Baldina, hazia el Septentrion. La tercera al Levante, debaxo de una muy alta y ancha torre, que hoy en dia se llama del Temple. La quarta hacia el Mediodía llamada de la Xerca.» *Historia del muy alto é invencible Rey Don Jaime de Aragón, primero de este nombre, llamado el Conquistador*. Valencia, 1584.

(3) *Fiestas centenarias con que la insigne, noble, leal y coronada ciudad de Valencia celebró el dia 9 de Julio de 1738 la quinta centuria de su cristiana conquista, referidas por D. Josef Vicente Ortí y Mayor*, Valencia, 1740. De este libro está copiado el plano que tiene á la vista el lector, en el cual están señaladas las murallas y las puertas como estaban al tiempo de la reconquista. Este plano está calcado sobre el del P. Tosca, y contiene las iglesias, monasterios y edificios públicos que había á principios del siglo pasado. Sólo sirve, pues, para señalar la línea de las murallas y la situación de las puertas de la ciudad en el siglo XIII.

(4) *Rodrigo el Campeador, estudio histórico fundado en las noticias que sobre este héroe facilitan las crónicas y memorias árabes*, por D. Manuel Malo de Molina, Madrid, 1857. El Apéndice XXIII es un estudio topográfico de Valencia en aquel tiempo.

calle de San Vicente, entre las de Cerrajeros y el Horno de la Pelota (1): llámanla nuestras crónicas de la Boatella, nombre cuya significación no ha podido precisarse (2). La puerta del Sudeste era la de la Sharea ó Xarea (3), situada en la plaza de la Congregación, y ante la cual se extendía, hasta el río, la rambla y el llano donde fué edificado después el convento de Padres Predicadores (4). La puerta del Nordeste, que Ortí nombra *Vheua Sarachi*, y Malo de Molina *Heua Scharchi*, traduciendo ambos este vocablo arábigo por *Sol Saliente*, estaba á la parte del río, en el sitio que ocupó la de la Trinidad, ó muy cerca de ella. La última puerta, la del Noroeste, es la que los árabes llamaron de la Culebra (*Baab-al Ianesch*), y estaba cerca del Portal de Valldigna (5) que aún se conserva. Entre estas cuatro puertas, señala Ortí cuatro portillos; entre las de la

(1) «En el año 1383 se derribó la Puerta antigua de la Boatella, porque quedase derecha y entera la calle de San Vicente.» Escolano, lib. IV, cap. 11.

(2) Ortí y Mayor dice que los árabes la llamaban *Veytealla*, y Malo de Molina supone que significa *Beit-al-lah*, casa de Dios, por estar cerca de alguna mezquita. En el *Repartimiento* se la nombra siempre *Boatella*. El texto arábigo más seguro debe ser el de Benalabbar, que transcrito exactamente á nuestra escrita, es *Baytella*. El modo cómo está escrita esta palabra no consiente la etimología que le atribuyó Malo de Molina.

(3) Nuestros historiadores han creído que Xarea significa justicia, y que el nombre de aquella puerta (que llaman Judiciaria) venía de hacerse las ejecuciones capitales en el llano al que daba salida.

(4) «Esta Puerta aún la habemos alcanzado y visto, pues se derribó lunes, 16 de Diciembre, año de 1727, para la nueva fábrica del sumptuoso Templo de la Real Casa y Congregacion del Oratorio de San Felipe Neri... Estaba este Arco, (que era muy elevado) en el propio sitio en que ahora se ve la puerta principal de dicho Templo; bien que estaba al través, porque aquel lienzo de muralla miraba á Levante, y el frontis de esta Iglesia está perfectamente á Mediodía: de manera, que al un pie, ó estribo, de la Puerta de la Xarea se veía, como lo pudimos observar, dentro de lo que hoy es Iglesia, y el otro pie estaba fuera, delante de las tres gradas que hay en la calle.» Ortí y Mayor, *Fiestas centenarias*.

(5) El nombre de Valldigna, dado á este portal y á dos calles contiguas (la de Valldigna y la del Portal de Valldigna) procede de haber estado en aquel punto la casa-procuración del monasterio de este título. Desconociendo sin duda esta circunstancia el Sr. Malo de Molina, y creyendo que se llamó *Baldina* la puerta, por corrupción del árabe, buscó su etimología en *Baab-ed Din*, puerta de la religión. El portal de Valldigna no se abrió hasta 1400, cuando ya estaban construídas las nuevas murallas. Era un portillo de comunicación interior.

Boatella y la Sharea no había ninguno (1); de la de Sharea á la del Sol saliente, estaba el portillo de Alibufat Muley, junto á la torre del Temple (2); de la puerta del Sol Saliente á la de la Culebra, el de Roteros, cerca de donde se levantaron luego las torres de Serranos (3); y entre las puertas de la Culebra y de la Boatella, los portillos de Alcántara y de Tudela, el primero en la plazuela de la Calderería, y el segundo en la de la Lonja. Á la parte exterior de los muros, sirviéndoles de foso, corría el valladar, que recibía las aguas de una acequia de la Huerta, y dividiéndose en dos brazos, abarcaba la ciudad, saliendo después á la campiña por la plaza de las Barcas. Este valladar forma hoy las cloacas principales de Valencia, y por su dirección se comprueba la de los antiguos muros.

El río, en tiempos del Cid, se pasaba por vados ó en barcas, puesto que el caudillo burgalés las quemó para cortar el tránsito. Rodeaban la ciudad varios arrabales y numerosas alquerías. Entre los primeros, suenan mucho, en las guerras del Campeador, los de Villanueva y Alcudia, de que se apoderó sucesivamente, antes de atacar la capital; el de Villanueva debió estar á la izquierda del Turia; el de Alcudia (voz que equivale á la valenciana *tosal*, altozano) por los barrios de Cuarte y la Corona. En la crónica de D. Jaime no se habla del primero de esos arrabales; menciónase el de Ruzafa, hermoso vergel, á la parte de Mediodía, donde puso el monarca sus reales. Fuera de la

(1) Lo confirma la crónica real: hablando del sitio de Valencia, dice D. Jaime: «e llavors no havía porta de la Boatella á la Xarea.»

(2) La torre de Alibufat sólo está mencionada en la *Crónica general*, por haber subido á ella el moro que hizo la elegía de Valencia. Se ha creído que es la misma torre donde se enarboló la señera de D. Jaime, en señal de rendición, pero en la *Crónica real* sólo se habla de la *torre que ara es el Temple*, sin darle el nombre de Alibufat.

(3) Dícese que se llamó así porque vivían por aquella parte los *troteros* (correos): pero nada hay que confirme esta suposición. La Crónica del Cid la llama de *Roceros*. Hablando de la retirada de los cristianos, al evacuar la ciudad, dice: «A la media noche salieron de Valencia, por la puerta de Roceros, que es contra Castilla.»

ciudad estaban también los cementerios: nuestros historiadores sólo hablan de el del Mercado: pero consta en los libros árabes que había otros; entre ellos, el de la Puerta de la Boatella (citado también en el *Repartimiento*) hacia la plaza de San Francisco; otro, llamado de las Barracas, por aquella parte de la Huerta; el de la puerta de la Culebra, y el de la Mossala (1). Era la Mossala una planicie que servía para las solemnidades religiosas celebradas al aire libre; estaba, al parecer, fuera de la puerta de la Sharea. En los textos árabes se citan varias mezquitas: la Aljama ó mezquita mayor, que fué convertida en Catedral; la de Rahbatolcadi, que se nombra mucho en el *Repartimiento*, y debió estar por la parte de Santa Catalina; la de Ben Aixón, llamada también de la puerta de Alcántara; las de Ben Nuh, Azzaida, Hizbilá, y la de Benu Saronbec, en el arrabal de Aben Gatux (2). Los historiadores cristianos, que hablan de las mezquitas convertidas en iglesias por el Conquistador, no consignan sus nombres: además de la Catedral, los templos parroquiales del Salvador, San Esteban, y San Andrés estuvieron consagrados al culto de Alá. Los judíos tenían ya, en la época mahometana, sus sinagogas y su cuartel propio, al extremo oriental de la población, entre la puerta de la Sharea y el punto donde está ahora la Universidad; los cristianos (rabatines) tenían su residencia á la parte opuesta, al extremo occidental, junto á la iglesia del Santo Sepulcro. La fábrica de moneda, *Zeca*, estaba cerca de la Judería, en lo que ahora es plaza de la Renia, junto al convento demolido de Santa Tecla. En los tiempos forales conservó el nombre de Casa de la Seca, y hasta nuestros días se ha llamado del Horno de la Seca la calleja en que estaba

(1) Véase en *El Archivo*, año I, núm. 27, el artículo de D. Julián Ribera, *Enterramientos moros en Valencia*.

(2) Beuter dice que D. Jaime dió á la ciudad para que hiciese las Casas del Consejo, de la administración de justicia y la cárcel, el cementerio en que estaban enterrados los reyes moros. Parece extraño que este cementerio estuviese en el centro de la población.

situada (1). La alhóndiga de la ciudad musulmana ocupaba el sitio donde se construyó después el Palacio de los obispos. Cítanse, por fin, varios palacios de los reyes moros, casas-fuertes, sin duda, de escasa suntuosidad. Hay en este punto bastante confusión, y no la han aclarado los investigadores de nuestros fastos urbanos.

El primer palacio de los reyes moros de Valencia, que menciona la historia, es el que ocupó el Cid. Sería curioso saber cuál fué la morada del héroe burgalés. Guardóse hasta el siglo pasado el recuerdo de que aquel alcázar ocupó el solar de la casa llamada *de la Balda* (2), junto á la puerta de la Trinidad, la cual fué teatro de 1761 á 1832, y en nuestros días almacén de utensilios militares (3). Dícese que á mediados del siglo XVI todavía se conservaban en ella restos del palacio del Cid, y es lo cierto que en época posterior el marqués de Moya, á quien pertenecía, se tituló *Señor de las casas del Cid Rui Díaz en la ciudad y el reino de Valencia* (4). Contra este común sentir se alzó el P. Teixidor, sosteniendo que el palacio de los reyes moros, habitado por el conquistador de Valencia, no pudo estar en aquel sitio, pues debía ser el mismo que donó el rey D. Jaime

(1) Sobre las monedas árabes acuñadas en Valencia y en todo su antiguo reino, hizo un buen estudio el docto orientalista Dr. D. Francisco Caballero Infante. Está publicado en el tomo primero de la *Revista de Valencia*, 1880-81.

(2) Por haber pertenecido en el siglo XVII á D. Pedro Valda, marqués de Bucianos, que la vendió á la ciudad en 1690.

(3) Muy de reciente ha sido reconstruída para habitaciones particulares. Ocupa la primera manzana de la calle de San Narciso, á la derecha, entrando por la Ronda.

(4) Dice el P. Ballester que cuando reedificó esta casa el marqués de Moya, «hizo levantar por entero los suelos, para que quedase en la misma materia, disposición y hechura aquella parte de la antigüedad y casa que había pisado varón tan heroico.» El nombre de *Señor de las casas del Cid* le fué prohibido al marqués, á consecuencia de un litigio, ante el Consejo de Castilla, cuya sentencia le negó el derecho de usar una denominación que tenía apariencias de título nobiliario. El marqués pretendía que el Cid era vigésimo cuarto abuelo suyo. Dice un autor de aquellos tiempos que hizo pintar en la fachada que mira al río, de la casa reedificada, la efigie del Cid, y que estuvo tan desacertado el artista, que, mirada de abajo, parecía la figura de un dulzainero, porque le puso el bastón junto al rostro, como si estuviese tocando la dulzaina.

á D.ª Teresa Gil de Vidaure, consignando que había pertenecido á los reyes Lobo y Jayent, y éste ocupaba el solar donde se construyó luego el almudín, y la plaza y casas de enfrente. Pero este dato no se opone á la existencia de otro palacio más antiguo, pues los reyes citados por D. Jaime, en aquella donación, son posteriores al Cid, y no hay razón bastante para negar que éste tuviese su vivienda en el sitio que la tradición ha señalado.

Se ha dicho también que el Temple había sido palacio de reyes moros (1): la historia sólo habla de una torre, y el *Repartimiento*, al adjudicar aquella fortaleza á los templarios, tampoco se refiere á palacio alguno. Mencionan las crónicas el que ocupaba Zeyán, construído por su abuelo el rey Lobo, en el cual se hospedó D. Jaime al entrar en Valencia, y estaba cerca de la mezquita convertida en iglesia de San Andrés (2). Citan otro, del mismo rey Lobo, que escogió luego el Conquistador para su morada (mientras se construía el del Real), en el sitio donde estuvo después la Cofradía de San Jaime y ahora el convento de la Puridad. Guárdase memoria, por fin, y esto parece más positivo, del alcázar de Abu-Zeyt, rodeado de jardines, en las afueras de la puerta de la Boatella, donde se construyó el monasterio de San Francisco, y de las casas de recreo que tenía Zeyan á la otra parte del río, en el sitio en que levantaron los monarcas aragoneses su palacio del Real.

Estos recuerdos nos llevan naturalmente á los últimos días del Islam en Valencia, en los que el rey D. Jaime vió coronada su empresa gloriosísima con la posesión de la ciudad, objeto de

(1) Escolano dice que el palacio de Ali-Bufat era lo que ahora es edificio del Temple, y que se comunicaba con la torre á que dió nombre. Lo mismo dicen, copiándolo de él sin duda, Esclapés y Lamarca.

(2) Casa propia hoy del marqués de Dos-Aguas, señalada con el número 2 en la calle de Libreros, en la cual vivía y falleció recientemente el vizconde de Bétera, cuya prematura muerte ha dado fin á los interesantes estudios histórico-bibliográficos que le ocupaban y hubieran sido de gran provecho.

sus afanes. Hemos asistido, en Burriana y en el Puig, á las dos primeras etapas de la conquista del reino valenciano; presenciemos la tercera y última jornada del épico drama.

La batalla del Puig había decidido la campaña; fué el último esfuerzo de la morisma en el Sharkyah. Comprendiólo Zeyan y ofreció al vencedor la mitad de su reino, un tributo anual de diez mil besantes y un palacio á las puertas de Valencia, en los jardines de la Zaydía. Otro, que no fuese D. Jaime, hubiera aceptado tan tentadoras condiciones; instábanle á ello sus consejeros; pero él no oía más voz que la de su conciencia y su juramento: había prometido no repasar el Ebro sin apoderarse de Valencia, y por nada del mundo volvería atrás. Rendíansele sin combatir Almenara, con su encumbrado castillo, Nules, Uxó y otros pueblos de la Plana de Burriana; poco después, Bétera, Bufila y Paterna, á la vista de Valencia. Desde Paterna veían el esforzado monarca y la animosa reina D.ª Violante, que le acompañaba en aquellas cabalgadas, á Valencia, la Bella, irguiendo sus numerosos alminares á la otra parte del río. Pero, aun amilanados, como estaban los moros, con las correrías audaces y las talas de aquellos guerreros irresistibles, era ardua empresa para el rey de Aragón atacar una ciudad tan grande y tan populosa con la reducida hueste que tenía á sus órdenes en el Puig.

Cuando levantó el campo para acometerla, sólo contaba con ciento treinta ó ciento cuarenta caballeros de linaje, ciento cincuenta almogávares y un millar de peones. Locura era emprender el sitio de Valencia con tan escasas fuerzas; pero el valeroso monarca repetía las aventuras de Burriana y del Puig: comprometía su persona y la bandera real de Aragón, para que, de bueno ó de mal grado, acudiesen sus vasallos, á quienes había convocado para aquella campaña decisiva.

Salió del Puig D. Jaime con los suyos pasada la Pascua del año 1238, y por la playa se dirigió á Valencia. Llegó al Grao, pasó el río y acampó en unas casas, que estaban á la mitad del

camino de la capital (1). Á la mañana siguiente, los almogávares, sin decir nada, se lanzaron sobre la alquería de Rusafa, á dos tiros de ballesta de las murallas (2). Cuando lo supo el rey, que estaba enfermo de los ojos (3), montó á caballo y fué en auxilio de los almogávares, temeroso de una celada. Rusafa quedó por suya. Zeyan estaba en una torre, entre aquella alquería y la ciudad, y cerca de ella habían tomado posiciones unos cuatrocientos jinetes y diez mil infantes moros. Los cristianos esperaban el ataque de un momento á otro: era llegada para el rey de Valencia la ocasión de castigar la temeridad del caudillo aragonés, antes de que aumentase su tropa. Estuvieron los cristianos en guardia y á caballo todo el día; ni para comer soltaron los estribos. Al caer la tarde, volvieron los sarracenos las espaldas: habían perdido la fuerza moral. La rendición de Valencia era ya cuestión de tiempo.

Rusafa fué el real de D. Jaime (4): unos tras otros, llegaron

---

(1) Dice Beuter: «Hay allí un tremedal, cercano á la cruz de la Albufera, más allá de Monte-olivete.» Y el R. Dr. Gaspar Blas Arbuixech, en el sermón que predicó en la catedral el año 1666, por el aniversario de la conquista, dice: «Crech yo que sería la creu de la Conca.» Esta cruz subsiste aún, y conserva este nombre, aunque es más conocida por la cruz de Pinedo.

(2) *Rusafa* significa jardín de recreo. La *Crónica general* la nombra *Ruçaf*. Ya hemos visto (cap. III, pág. 94) cómo elogiaba Al-Makkarí la Rusafa de Valencia. Beuter dice: «Era Ruçafa una mota de huertos, que estaban cerca de Valencia, do por la mucha abundancia de aguas y algunas fuentes, salían á sus pasatiempos y recreaciones los moros de Valencia, y por tal efecto estaban allí otras casas, que hacían un pueblo razonable.» Lib. II, cap. 36.

(3) «E nos lavores haviem mal als ulls, e nols podiem obrir menys daygua calda quels nos lavavem.» Crón. real, 257.

(4) Refiere Beuter que, adelantado más el sitio, y posesionados los cristianos del arrabal de la Sharea, mudó D. Jaime el real, poniéndolo en la huerta del rey moro, que fué después convento de San Francisco; y que, cuando llegó la reina, á primeros de Junio, «como trahía mucha gente de mugeres y servidores y criados, que no cabían en la huerta do se mudara de Ruçafa, érase passado á la casa que se llamó de entonces el Real, donde había muchos aposentos.» Todos los historiadores admiten que en este punto se celebraron los tratos para la rendición de Valencia; pero el convenio con Zeyan se firmó en Rusafa, como veremos después, y siendo muy natural que este acto importantísimo se verificase en el real del monarca vencedor, entendemos que éste se mantuvo en Rusafa durante todo el sitio. La presencia de D. Jaime en la posesión de los reyes moros, donde luego se edificó el palacio del Real, la explica Miedes de esta manera: «Llegaron (los

con numerosas mesnadas los ricos hombres de Aragón, los magnates de Cataluña, los arzobispos de Tarragona y de Narbona; los obispos de Barcelona, Zaragoza, Lérida, Huesca, Tortosa, Elna, Vich y Segorbe, los abades de Montaragón y San Feliu de Guíxols (con caballeros y hombres de armas casi todos estos prelados, muy dispuestos siempre á pelear contra los infieles), y las milicias de Teruel, Daroca, Calatayud, Tarazona, Zaragoza, Borja, Huesca, Lérida, Tortosa y Barcelona. Cada nueva hueste se aproximaba más á la ciudad: la de Barcelona, venida por mar y muy bien equipada, fué la que acampó más cerca (1). Vinieron caballeros de Castilla y de Navarra, de Francia y de Inglaterra, de Italia y de Alemania. El Papa favorecía la empresa: la conquista de Valencia tomaba el carácter de una cruzada. Así llegaron á reunirse más de sesenta mil combatientes. Uno había, que daba más pena que muchos de los otros, al receloso Zeyan. Era de su propia raza; el destronado Abu-Zeyt, que seguía humildemente la corte aragonesa. Tenía aún partidarios en la ciudad, y el rey moro temía que se alzasen por él los valencianos descontentos.

D. Jaime hizo traer de Tortosa un *trabuquet* y dos *fonevols* para batir los muros, y construyó *mantells* (manteletes, la *testudo* romana) para acercarse á ellos sin peligro. ¿Por dónde comenzar el ataque? Aconsejábanle algunos que lo emprendiese por la puerta de la Boatella; pero le pareció mejor acometer la muralla por la parte que hacía frente á su campamento de Rusafa, en el centro del extenso lienzo que mediaba entre aquella puerta y la de la Sharea, para que les fuera más difícil á los si-

mensajeros de Zeyan) á la casa que llaman el Real, donde los reyes moros solían tener su ordinaria habitación y morada. á tiro de ballesta de la ciudad. Pues, *aunque el rey tenía también su tienda real parada en el campo,* y estaba allí de ordinario; pero se había por entonces retrahído en la casa del Real, por dar audiencia y tratar con los embajadores más en secreto.» Lib. XI, cap. 18.

(1) Entre la torre del *Esperó* (espuela) y la puerta de la Sharea. La torre del Esperó estaba en el ángulo saliente que formaban las murallas de la ciudad hacia Mediodía, en el punto donde está ahora la Universidad.

tiados hacer salidas y estorbar los trabajos del sitio. Funcionaron los ingenios, acercáronse á las murallas los hombres de Lérida; pasaron el valladar, formando puentes con maderos y haces de sarmientos; abrieron brecha; pero acudieron los moros á la defensa é impidieron la entrada (1).

Zeyan pidió auxilio á los príncipes musulmanes; sólo le oyó el de Túnez. Apareció su escuadra en las aguas de Valencia; sonó añafiles y tambores; encendió luminarias. Los de la ciudad, alborozados, respondieron con fuegos, música y vocerío. Don Jaime no quiso ser menos: mandó contestar también á aquellos ruidos con estrépito mayor, y hacer en el campamento quinientas hogueras: alarde contra alarde. Al mismo tiempo disponía gente para recibir en la playa á los africanos. No se atrevieron éstos á desembarcar. Fueron contra Peñíscola: rechazados de aquella plaza, y temerosos de la armada catalana, que venía con víveres para los sitiadores, hicieron rumbo á Túnez.

Desmayaron con esto los sitiados, pero aún sostenían frecuentes escaramuzas y armaban celadas al enemigo. Un día, los hombres de Narbona, desconocedores de la táctica de los moros, perseguían á un grupo de ellos, que los atraía arteramente hacia la plaza: el rey, siempre alerta, quiso librarlos del peligro, y viendo que no atendían sus mensajes, corrió en persona á detenerlos. Un ballestero, desde la muralla, disparó contra él, y la saeta, traspasando el casco de cuero, se le clavó en la carne, junto á la frente. Irritado D. Jaime, quiso arrancarla y se le quebró; corría la sangre por su semblante, y él, reprimiendo el dolor, sonreía para tranquilizar á los suyos. Bien merecía Valencia comprarla al precio de su sangre.

Poco después, ocurrió un hecho de armas que acabó de des-

(1) Dice Beuter: «La quiebra del muro se parece aún en la calle que por ello se dixo del Trebuquete, y agora se dice de la Morera, por estar allí plantado este árbol enfrente de una abertura que se hizo en el muro, cuando fué de cristianos la ciudad. Y llamóse aquello la puerta de las Ranas, por un charco que allí se hacía, do se criaban ranas.»

alentar á Zeyan. Dos de los mejores caudillos del ejército, Pedro Cornel y Ximén de Urrea, llevados de noble ambición y obrando por su cuenta, atacaron la fortísima torre que defendía la puerta de la Boatella. Hicieron prodigios de valor, pero fueron rechazados por gente que salió de la ciudad. Reprendióles el rey su indisciplina; no quiso, sin embargo, que se vanagloriasen los sarracenos de la victoria. Dispuso al día siguiente mayores fuerzas y atacó de nuevo la torre. Sólo quedaron en ella diez hombres, que resistieron heroicamente, muriendo entre las llamas, al ser incendiada la fortaleza. Los moros vieron en aquella hoguera la suerte que esperaba á los que resistían al triunfante Gacum, protegido por Dios: Torrente, Vistabella, Picaña, Quart, Alacuás, Manises, Meslata, Chilvella y todos los otros pueblos del rededor de la ciudad, se entregaron sin resistencia. Solamente Silla se defendió tan bien, que hubo de ser combatida ocho días con un *fonevol:* cuando, al cabo, se rindió, cayeron con ella Almusafe, Benifayó, Espioca, Alginet, Catarroja, Picasent, y todos los demás lugares de aquella parte meridional de la vega valenciana. La ciudad quedó aislada, y afligida ya por la escasez de víveres, mientras el campamento cristiano hacíase cada vez más fuerte y estaba mejor provisto (1): Zeyan envió entonces mensajeros al

(1) «Treynta Reales havia puesto el Rey Don Jayme en diversos tiempos, mas ninguno como este, de gente luzida, y abundancia de todas cosas: ca se hallaban en él, allende de las provisiones necessarias á un campo, muchos Physicos, Médicos, y Boticarios, Confiteros, Cereros, y Hervolarios. De suerte que este era el treynta y un Real que pusiera, el mayor y mejor de todos los passados.» Beuter. En un libro de D. José Mariano Ortiz (terminado en 1781) que conserva ms. el Sr. Vives Ciscar, y se titula *Archigrafía ó conocimiento de la antigua escritura*, se señala el punto que ocupaban, para el sitio de Valencia, algunas de las compañías del ejército cristiano: los ballesteros de Jaca y un escuadrón del Temple, en la huerta de Benimaclet; el maestre del Temple, con el resto de su tropa, en la de Campanar, partida de Ollasia, entre los caminos de Burjasot y Moncada; por aquella parte, frente al río, la tropa catalana; la de Tortosa, la alquería del Castelló de la Albufera, entre las riberas del Mar y la marjal, hacia la Cruz de la Conca; el comendador de San Jorge de Alfama, hacia Mediodía, en la huerta de Patraix, y la caballería de esta Orden, en unas alturas junto al Río Seco de Torrente, á la parte de Paiporta. Ortiz lo deduce de donaciones hechas por el rey durante el sitio; pero pecan de aventuradas sus suposiciones.

vencedor, y comenzaron los tratos secretos, de que sólo se enteró la reina, digna compañera del belicoso monarca. Como ya hemos visto (1), la rendición de Valencia fué convenida por D. Jaime á espaldas de los ricos-hombres, y dió digno remate, con este golpe de Estado, á una empresa que, aunque era nacional por su objeto, puede considerarse como personalísima del rey, por su iniciativa audaz y su prosecución perseverante.

La capitulación fué firmada en el real de Rusafa el 28 de Setiembre (2). Á petición del monarca, su señera fué enarbolada en la torre más alta de la ciudad: ¡qué momento de gozo para el Conquistador! Veía realizados sus sueños. El sentimiento religioso se sobrepuso en su alma creyente á toda humana satisfacción; arrasáronse en lágrimas sus ojos, bajó del caballo, postróse en el suelo, y lo besó, por el gran beneficio que Dios le había concedido. No hay en toda su gloriosa historia rasgo que le honre más (3).

(1) Cap. III, pág. 112.

(2) Dice así este importante documento: «Nos Jacobus, Dei Gracia, rex Aragonum et regni Maioricarum, comes Barchinone et Urgelli et Dominus Montispesulani, promitimus vobis Çayen regi, neto regis lupis et filio de Modef, quod vos et omnes mauri, tam viri quam mulieres, qui exire voluerint de Valentia, vadeant et exeant salvi et securi, cum suis armis et cum tota sua ropa mobili quam ducere voluerint et portare secum, in nostra fide et in nostro guidatico, et ab hac die presenti quod sint extra civitatem usque ad viginti dies elapso continue. Preterea volumus et concedimus quod omnes illi mauri qui remanere voluerint in termino Valentie, remaneant in nostra fide salvi et securi, et quod componant cum dominis qui hereditatis tenuerint. Item assecuramus et damus vobis firmes treugas per nos et omnes nostros vassalos, quod hinc ad septem annos dampnun malum del guerram non faciamus per terram nec per mare, nec fieri permitamus in Deniam, nec in Cuileram, nec in suis terminis, et si faceret forte aliquis de vassalibus et hominibus nostrio faciemus illud emendari integre secundum quantitatem eiusdem maleficii. Et pro hiis omnibus firmiter atendendis, complendis et observandis. Nos in propia persona juramus, et facimus jurare *(siguen los nombres de los magnates y prelados á quienes hace jurar el rey este convenio)*. Et ego Çayen, rex predictus, promito vobis Jacobo, Dei gracia Regi Aragonum, quod traddam et reddam vobis omnia castra et villas que sunt et tenent citra Xuchar infra predictos scilicet viginti dies abstractis et retentis michi illis duobus castris Denia scilicet et Cuilera. Data in Roçafa in obsidione Valentie, IV kalendas octobris era MCCLXX sexta.=Sig. ✠ num Guillelmi scribe, qui mandato domini Regis pro domino Berengario, Barchinonensi Episcopo, cancelario suo, hanc cartam scripse loco, die et era prefixis.» Archivo de la Corona de Aragón, pergaminos de D. Jaime I. n.° 734.

(3) No cabe duda en qué torre fué la que dió el aviso de la rendición, pues lo

Cuando hubo abandonado la ciudad casi todo el vecindario musulmán, entró en ella triunfalmente el rey de Aragón. Era el día 9 de Octubre, fiesta de San Dionisio Areopagita (1). «Cabalgó el Rey, armado de todas sus armas, en un cavallo encubertado con paramentos azules, vestida su sobrevesta real, y almete en la cabeça, á punto de guerra, y assí fueron todos, como si huvieran de entrar en batalla, con grandíssima solemnidad. Entraron primero las escuadras de las ciudades, siguiendo una bandera que trahía pintada una imagen de un Crucifixo en una parte, y en la otra una imagen de Nuestra Señora. Esta bandera llevaba el confessor del Rey, acompañado de cien hom-

---

dice D. Jaime en su crónica: «la que ara es del Temple.» Pero no es tan seguro, á mi entender, el sitio donde el monarca descabalgó y besó el suelo. En el mismo pasaje dice: «e nos fom en la Rambla, entre el Reyal é la Torre.» Se ha entendido que este *Reyal* se refiere á las casas del rey moro donde se edificó luego el palacio del Real, y donde, como hemos visto, se siguieron los tratos secretos para la rendición, y que la *Rambla* debía ser el cauce del río. Pero es más propio que ese nombre de *Reyal* empleado por D. Jaime, designe su campamento, que estaba á la parte de Rusafa, y en ese caso, la palabra *Rambla* tendría también acepción más adecuada, pues no significa lo mismo que río, y no se puede aplicar sin violencia al Guadalaviar: mejor se aplicaría á la «rambla pedregosa,» que según los escritores coetáneos ocupaba la actual plaza de Santo Domingo, á la salida de la antigua puerta de la Sharea.

(1) Ha habido dudas sobre esta fecha. En la crónica del rey no se precisa el día de la entrada. Beuter dice que fué el 28 de Setiembre, víspera de San Miguel, y le han seguido otros historiadores. Esta fué, como hemos visto ya, la fecha de la capitulación. Tardaron los moros en salir tres días, y después fueron acompañados hasta Cullera. Muntaner, autor coetáneo, dice que se *tomó la ciudad* la víspera de San Miguel, pero esto debe referirse á la rendición, no á la ocupación. En el libro de los Fueros de Valencia *(Fori Regni Valentiæ)* cuyos primeros códices se acercan al tiempo de la Conquista, se dice: «En lany de nostre Senyor mil docents trenta huit, nou dies á la entrada del mes de octubre, pres lo Senyor En Jaume, per la gracia de Deu Rey Daragó, la ciutat de Valencia». Y aún hay otra prueba más decisiva de que esta fué la verdadera fecha de la entrada del ejército. En el Archivo Real de Barcelona se conserva el registro titulado *Liber donationum Valentiæ*, y á la p. 50 se lee: «Anno Domini 1238 die martis ante festum Sancti Michaelis, 4 Kalendas Octobri (el 28 de Setiembre) habuit Dominus Rex civitatem Valentiæ per placitum»; y más abajo: «Die sabb. 7 idus Octobri (el 9 de Octubre) intravimus in civitatem Valentiæ». Además, en el registro de provisiones reales pertenecientes á la jurisdicción del Bayle general del Reino de Valencia sobre los judíos y moros, se lee esta cláusula: «En lo any de Nostre Senyor 1238, nou dies á la entrada de Octubre, ha lo senyor En Jaume, per la gracia de Dey Rey d' Aragó la ciutat de Valencia.»

bres de armas. Luego, despues de la infantería, ivan la mayor parte de los cavalleros, muy luzidos en sus cavallos encubertados, que era gloria de los ver, trayendo la seña de San George. Tras estos, entraron los grandes y ricos hombres, todos juntos con la seña real, trayendo delante de sí todos los trompetas y añafiles del campo. Venían después todos los Obispos y Perlados menores, cantando *Te Deum laudamus*. Después venía el Rey solo, rodeado de sus officiales de la casa real y muchos alacayos. Despues venia la Reyna, en medio de dos Arçobispos, y luego despues las Infantas y todas las damas de la Reyna. Despues de las quales, el resto de la cavallería toda christiana, y los moros que ivan en el campo sirviendo al Rey. Con las Infantas iva Don Vicente, que fuera Rey de Valencia, llamado Zeytabuzeyt. Fue grandíssima la bozería de las trompetas y añafiles al entrar de la ciudad, y fueron tantos los lloros que aquellos santos Perlados llevaron de alegría, que no se puede encarecer... Fuese el Rey derecho con todo este orden á la mezquita mayor, y bendiciéndola el Arzobispo de Tarragona, y expiando las suciedades de los moriscos, cantaron de nuevo el *Te Deum laudamus*, y parando un altar, dixose la misa de Nuestra Señora Madre de misericordia, patrona especial de España, y abogada de este Reino, como por la imagen del Puig pareció, á quien se consagrava de entonces aquella Iglesia. Díxola el electo de Valencia Don Fray Ferrer, del Orden de Santo Domingo, confesor del Rey... Acabado el oficio, fuese el Rey á aposentar en las casas que estava Zaen, que era las que labrara Aben-Lop, y son de las casas del Señor de Bétera á San Andrés, y tomaron posada los señores y caballeros do mejor les pareció aposentarse, hasta que el rey partiese las casas.»

Este relato de Beuter, quizás no sea rigurosamente histórico en todos sus detalles, pero nos presenta bien la solemnidad de aquel día, el más fausto y memorable para Valencia. Siempre lo recordó con júbilo la ciudad; seis veces se ha repetido su centenario, y seis veces lo ha celebrado con especial regocijo. Modes-

tas y severas fueron las fiestas de la primera centuria: hízose procesión general, que fué á visitar la iglesia de San Vicente Mártir (1), y ordenó al consejo que se repitiese todos los años aquella procesión, como se cumplió por mucho tiempo. Siguióse en los siglos sucesivos este ejemplo del primero, aumentando la solemnidad de las fiestas. En 1638 fueron tan brillantes, que la ciudad costeó la impresión de un libro, en el cual se relataron, y lo mismo se hizo en 1738 (2). Poco después de esta fecha, se suprimió la procesión anual y cayeron en desuso los fuegos de pólvora con que solemnizaba el vecindario alborozado la glorio-

---

(1) La deliberación del consejo, en que se acordó esta fiesta, comprueba la fecha de la entrada del ejército cristiano en la ciudad. Dice que en el consejo «fonch tractat que com en lo dia de divendres per avant, festa de Sant Dionís, en lo cual se comptava VII idus octobri anno predicto, lo centenar danys se cumpliría de la posesió de la ciutat de Valencia». Es curioso el pregón que se hizo para anunciar las fiestas: «Ara ojats, quens fan saber los jurats é elets prohoms de la ciutat, que divendres primer vinent se complirá lo centenar danys de la posesió de la ciutat de Valencia, la que per la misericordia de Deu, lo molt alt Senyor en Jaume rey daragó conquis e trasch de poder dels infels seguents la secta del abominable Maffumet, é la dita ciutat liurá á fels christians, per tal quel nom de Deu e de la verge gloriosa Nostra Dona Santa Maria mare sua, en fos loat servit é benehit, per lo que os fan saber que á laor de Deu e de la sua beneita Mare, es provehit é ordenat que en lo dia de divendres per lo matí se fará processó general, la qual partirá de la Seu é hirá á la esgleya del benaventurat mártir Sent Vicent, per fer laors é gracies de la dita victoria. Així per tots aquells ó aquelles que hiran á la dita processó, bajen honestament, per tal que lurs oracions sien pus agradables al nostre Senyor Deus Jesuchrist é á la benaventurada Verge Mare sua, á que en lo dit dia de divendres null hom ó fembra no gos tenir ubert ningun obrador ó tenda parada, tro la processó sia tornada á la dita Seu.» Consta en los Manuales del consejo que se celebró la fiesta, oficiando Fr. Sancho, obispo de Segorbe y Albarracín, y predicando D. Ramon Gastón, obispo de Valencia. Asistió á la procesión el infante D. Pedro de Ribagorza. El rey D. Pedro IV, que estaba en la ciudad, no pudo ir «per rahó de discracia», ni tampoco la reina D.ª María. Por mandato del consejo, dióse limosna de tres dineros á todo cristiano que acudiese á pedirla á las iglesias, y doble á los pobres vergonzantes de las parroquias, cuya limosna era extensiva «á religioses e á dones de religió, é á hespitals, é als pobres de la cadena que viuhen de almoyna».

(2) *Siglo quarto de la Conquista de Valencia*, por D. Marco Antonio Ortí, Valencia, 1640; y las ya citadas *Fiestas centenarias* del siglo quinto, libro publicado en 1740 por D. Josef Vicente Ortí y Mayor. De las fiestas del tercer centenario da noticia un curioso manuscrito que posee D. José Vives Ciscar, titulado: *Propostes y deliberacions del Consell general de la insigne ciutat de Valencia celebrat en 28 de Setembre del any de la Nativitat de Nostre Senyor Deu Jesu Christ 1538 pera la festa de Sent Dionis, centenar de la Conquesta.*

sa conmemoración. Vestigio de ella es todavía la feria de dulces que se repite todos los años el día de San Dionisio, y en la cual se figuran con azúcar y mazapán los cohetes *(piules* y *tronadors)* que disparaban nuestros abuelos.

Quedan en Valencia valiosos trofeos de la conquista. «El escudo que truxo aquel dia el Rey, con las espuelas y el freno del cavallo que cavalgaba, quedaron en poder de mossen Juan de Pertusa: por ser cavallerizo del Rey y que le servía las armas, por ser aquel su derecho, segun uso de Cathaluña, del dia que el Rey entra en ciudad que haya ganado. Por tanto, á memoria deste hecho, puso el Pertusa estas insignias encima de su capilla, en la Iglesia mayor, luego que fué acabada de labrar, y estava en la claustra, en la navada del campanario hasta el cabildo. Estuvieron allí hasta el año del Señor 1416, que el Obispo Bages las tomó de allí, y las puso en la capilla del altar mayor colgadas, con una postecica que da razon deste negocio hasta el dia de hoy.» Esto dice Beuter, y aún se conservan en el presbiterio de la catedral, al lado del Evangelio, tan preciadas insignias (1). El escudo, que es de madera, de cinco palmos de largo y tres de ancho, y no parece arma de combate, ostenta las barras de oro sobre fondo de gules. Restaurado en época muy posterior, perdió su aspecto de antigüedad. Sobre él están una sola espuela, muy enmohecida, y el freno, de hierro, tosco y pesado, que tiene por marca el blasón aragonés. ¡Cuán grata impresión causan aquellos trofeos, que permanecen, al cabo de tanto tiempo, colgados en los sagrados muros, perenne manifestación de la fe religiosa de los conquistadores cristianos de Valencia! Perfectamente interpretaron los nobles caballeros de Pertusa el sentido de las hazañas de D. Jaime, al depositar su escudo en el altar

(1) Otorgó la cesión de estos trofeos al cabildo mossen Francisco de Pertusa, como tutor de En Guillem de Pertusa, á cambio de que se hiciera memoria del magnífico Juan de Pertusa, caballerizo de D. Jaime, al celebrarse el aniversario de este monarca. Medió escritura, fechada á 11 de Julio de 1416, cuyo original obra en el archivo de los marqueses de Malferit, sucesores de los Pertusa.

de la Virgen María: símbolo es de sus victorias ofrecidas en piadoso homenaje á los pies de su Patrona celestial.

Recuerdo interesantísimo de aquellas victorias es también la *señera*, vulgarmente llamado *Pendón de la Conquista*. Dice don Jaime en su crónica, después de referir los tratos para la entrega de la ciudad: «Al día siguiente, á hora de vísperas, enviamos á decir al rey y al arraez Abulhamalet, que, para que supiesen los cristianos que Valencia era nuestra, y no les hiciesen daño, pusiesen *nuestra señera* en la torre que ahora es del Temple.» Pusiéronla, en efecto, y entonces fué cuando el Conquistador lloró de alegría y dió gracias á Dios. Al escribir *nuestra señera*, no quiso decir sin duda el monarca, como han entendido algunos, que envió su mismo estandarte real para que los moros lo enarbolasen en la torre; les previno que izasen una bandera con sus insignias, y ellos lo hicieron pintando en un lienzo cualquiera las rojas barras de Aragón. Esa bandera improvisada y tosca, convertida hoy en deslucido trapo (1), y que representa, sin embargo, el triunfo más glorioso del monarca invicto, fué depositada piadosamente por él en la iglesia de San Vicente mártir, y colgada de sus bóvedas, estuvo allí hasta nuestros tiempos (2): al cerrarse la iglesia y demolerse parte de ella, fué trasladada la histórica señera al Archivo de la ciudad, donde se conserva en una urna de cristales.

Guárdase con respeto en el mismo sitio una espada, que se atribuye también al Conquistador. Su autenticidad no está comprobada como la de los objetos anteriores. En 1666 al devolver

(1) Está formada con tres telas de lienzo burdo, cosidas á lo largo. Tiene figura de estandarte: mide, de ancho, 2'27 metros; de largo, 2'40, pero por la parte de abajo ha sido recortada.

(2) Escolano dice que la habían quitado de aquel sitio, sin duda porque en un Sínodo se mandó «quitar de todos los templos las banderas y pendones por parecer que olían á vanidad y gentilidad». Así fué, en efecto; en el Sínodo que celebró en 1766 el arzobispo D. Martín de Ayala, se dispuso que se quitasen de las iglesias «los estandartes, banderas, yelmos, escudos y trofeos militares, *quæ sapiunt gentilicios ritus*». Pero antes de terminar el siglo XVII fué colocada de nuevo la señera en la bóveda de la iglesia de San Vicente de la Roqueta.

el virrey marqués de Astorga, á los jurados de Valencia, la visita de bienvenida, llamóle la atención una espada clavada en el artesonado de la Casa de la Ciudad, y encorvada de modo que formaba un arco. Preguntó qué arma era aquella, y habiéndole dicho que la espada de D. Jaime I, parecióle que merecía mayo res honras, y entonces se depositó en la capilla de la misma Casa, mandándose además que la sacase todos los años el racional en la procesión del día de San Dionisio (1). Hoy, la crítica exigente y escrutadora ha desvanecido el prestigio de aquel venerado acero: alega que ni sus dimensiones parecen propias de un guerrero casi atlético, como era D. Jaime (2), ni abona su antigüedad la marca señalada en su recazo, igual á la de una espada de D.ª Isabel la Católica, existente en la Armería Real de Madrid (3). Por otra parte, no consta la cesión á Valencia de la espada del Conquistador, dádiva harto honrosa para pasar inadvertida (4), ni su colocación en el artesonado en donde fué encontrada; ni figuró tan preciosa insignia en las fiestas de los

(1) El sermón que se predicó aquel año en la Catedral, y que ya hemos citado en una nota anterior, se dirigió á loar la espada del rey Conquistador. Consérvase impreso este raro folleto con el título: *Sermó de la Santa Conquista de la molt insigne, noble, leal y coronada ciutat de Valencia.* El orador fué el R. Dr. Gaspar Blay Arbuxech, de la Congregación de San Felipe Neri. Imprimióse en Valencia aquel mismo año 1666.

(2) Es una espada de hoja recta y de un filo, lomo cuadrado y caña hasta los dos tercios, bigotera y espiga, de 91 centímetros de largo, y 33 milímetros de ancho junto á la empuñadura; esta es de hierro y parece haber estado dorada; pomo en forma de pera; puño labrado, de anillos, y arriaz de gavilán exterior, remangado en forma de guardamano y patilla inferior; los gavilanes terminan en un botón.

(3) Esta marca es la señalada con el número 60 en el Catálogo de la Real Armería, y está incluída entre las *desconocidas.* No se sabe, pues, quién era el armero que la usaba; pero se hace difícil creer que la Reina Católica se sirviera de una espada fabricada en el siglo XIII, y también que usasen una misma marca un armero de aquel siglo y otro del XVI, por lo cual parece racional deducir que la espada atribuída á D. Jaime es de época posterior. Véase el art. publicado sobre este asunto por el cronista de la ciudad D. José María Torres en la *Revista de Valencia,* tomo II, 1882.

(4) La espada que llevaba el rey al entrar en Valencia, dice Beuter que fué enviada á Poblet después que el rey murió, y puesta encima de su sepulcro. En Tarragona se conserva la que se halló en dicho sepulcro.

primeros centenarios, ni se dice nada de ella hasta el citado año 1666. Después de esta fecha quedó de nuevo olvidada, pues tampoco se menciona en las solemnes fiestas seculares de 1738. En las de 1838 fué solemnemente exhibida, á la vez que la *señera*, y desde entonces es objeto de oficial veneración, á pesar de las objeciones de la crítica.

Algo de esto pasa también con una llave arábiga, que en actos solemnes hemos visto expuesta al público y paseada por las calles sobre cogín de terciopelo, como llave de la ciudad de Valencia. Adquirióla, no sé dónde ni cómo, el erudito D. Gregorio Mayans, y la tiene hoy su sucesor (1). Es una hermosa llave, de forma elegantísima; aún conserva señales de dorado, y dos leyendas, una de ellas en caracteres árabe-cúficos, y la otra en árabe vulgar. Tradujo así la primera el Sr. Malo de Molina: *Si por la defensa de Dios peleas, sé constante y no tendrá victoria tu enemigo;* y la segunda: *Esto lo hizo Ahmed Ahsan: Cerrará la puerta de la ciudad* (2). No se usó la palabra *bord' ye*, fortaleza, sino *jadir*, punto amurallado, y de aquí se ha deducido que la llave no era de un castillo, sino de una ciudad. Pero ¿es esto bastante para atribuirla á Valencia, no habiendo documento alguno, ni dato histórico que lo confirme? (3). Hoy no admite la crítica hipótesis desprovistas de pruebas positivas. Dejémonos, pues, de conjeturas, y sin soltar el hilo seguro de la historia, volvamos á los primeros días de la reconquista de Valencia.

Cambiar de reyes las ciudades, y pasar en un instante de una nación á otra, evento es frecuentísimo en los anales de la humanidad; pero pocas veces se ve la evacuación completa de una ciudad populosa por sus habitantes, y su ocupación por

(1) El Excmo. Sr. D. José María Mayans y Mayans, conde de Trigona.

(2) Artículo publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, Diciembre, 1854.

(3) En el cap. anterior hemos visto que, según las crónicas de la Merced, D. Jaime depositó las llaves de Valencia en el Santuario de Nuestra Señora del Puig.

nuevos pobladores. Aun en las guerras de los moros, que eran luchas de raza en nuestra España, el pueblo vencido solía quedar en sus hogares, sujeto al vencedor. En Valencia se dió aquel caso extraño y anormal; los sarracenos dejaron sus casas y marcharon á la otra parte del Júcar: cincuenta mil salieron de la ciudad. ¡Cuán doloroso sería aquel éxodo para tantas familias que dejaban en ella su fortuna, su bienestar, sus recuerdos más gratos, el hogar donde nacieron, los sepulcros de sus antepasados, los templos de su Dios! Los pocos musulmanes que quedaron en Valencia, perdieron también sus casas: el rey les señaló para albergue el arrabal de la Alcudia, fuera de las murallas. Más afortunados los judíos, resignados á todas las dominaciones, conservaron su barrio dentro de la ciudad y en comunicación libre con el resto de ella, hasta que se mandó cercar de murallas á fines del siglo XIV. El resto del caserío fué repartido entre los conquistadores. Los nombres de algunas calles recuerdan todavía la procedencia de sus nuevos habitantes: la de Serranos llamóse así, porque tocó á los de la Serranía de Teruel y Calatayud; la de Zaragoza, porque procedían sus pobladores de la capital de Aragón. Los de Barcelona, á quienes cupo en el reparto la calle de las Avellanas, construyeron otra nueva, en las afueras, donde tuvieron el campamento, y le dieron el nombre, que aún lleva, de su ciudad natal. Los de Lérida ocuparon el barrio que se extendía de la iglesia de San Andrés al punto de la muralla donde abrieron brecha, y alcanzaron además un privilegio honrosísimo. Prometióse que darían pobladores, peso y medida á la ciudad los primeros que entrasen en ella; pero, como fué por convenio la entrada, discutióse á quién correspondía el beneficio, y se acordó que á los leridanos, por aquella brecha que abrieron. Adoptóse, pues, en la ciudad del Turia el peso y la medida de la del Segre, é invitada ésta, envió trescientas doncellas, que encontraron en Valencia nueva patria, esposo y hogar, y además perpetua memoria en una de las puertas de la Catedral, donde están figurados los bustos de los siete matri-

monios que fueron cabeza de aquella extraña expedición femenil (1).

Ya hemos visto que lo primero que hizo el rey, al entrar en Valencia, fué consagrar á la Virgen María la mezquita mayor. En los días siguientes, dedicó á San Jorge, patrono también de sus victorias, otra mezquita, que es hoy la iglesia del Salvador; al apóstol San Andrés otra, cercana al palacio de Zaen; y otra á San Esteban proto-mártir en la parte de la ciudad ocupada por los caballeros catalanes. Esta última mezquita había sido consagrada por el Cid á Nuestra Señora de las Virtudes. Fundáronse aquellos días otras dos iglesias: la de San Martín, obispo, y la de Santa Catalina, mártir. De estas dos, no dicen las crónicas que fuesen antes templos islámicos. Esas seis iglesias y la preexistente del Santo Sepulcro, fueron las primeras parroquias. Extramuros de la ciudad, reconstruyó el rey la basílica de San Vicente mártir, á cuya intercesión especial atribuía la conquista de Valencia (2), y estableció junto á ella un hospital. Lograron

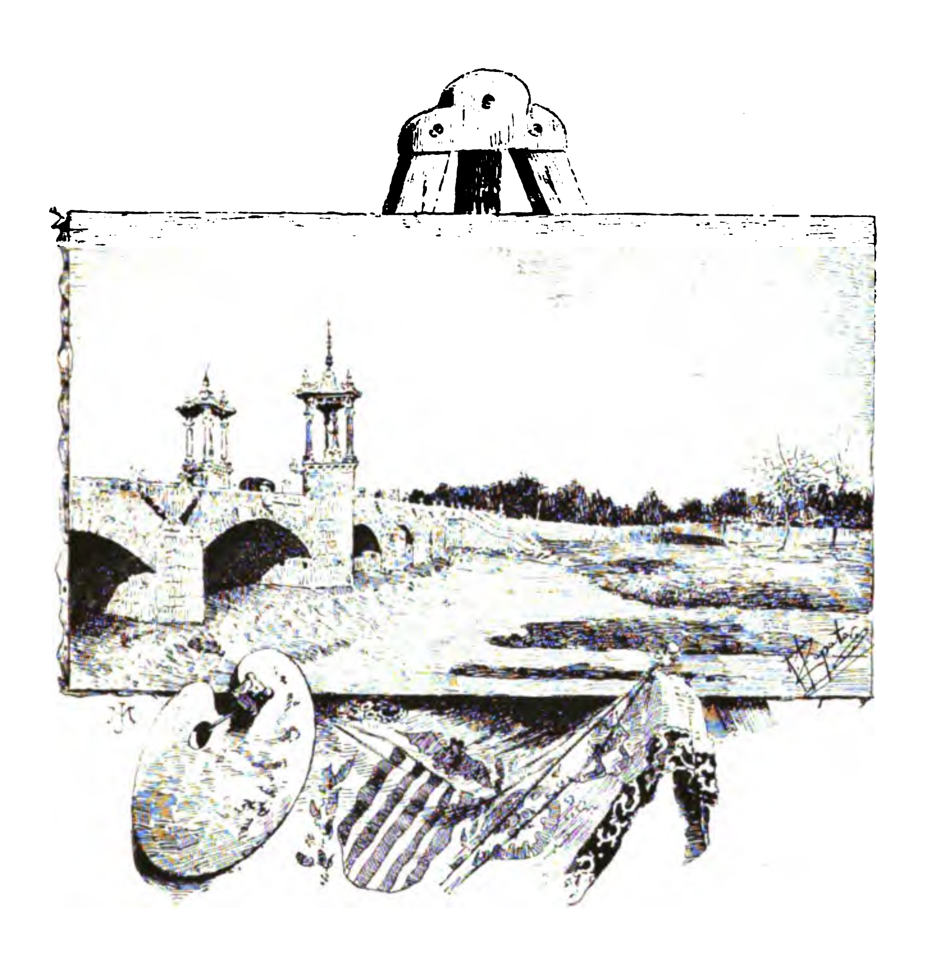
(1) Beuter, después de explicar por qué se concedió á Lérida el privilegio de que trujese mozas para casar con pobladores. dándoles el rey tierras para vivir, dice así: «Vinieron, pues, de allí á pocos días passados. trezientas donzellas de Lerida y sus contornos, en compañía de algunos casados que venían por cabeça de ellas. De la misma ciudad de Lerida vinieron Beltran y su muger Beringuela con cuarenta donzellas, que las mas eran de la parroquia de San Martin. De Alcarraz vinieron Guillem y su muger Beringuela, con cuarenta donzellas. De Alguayra Francisco con su muger Remonda, y cincuenta donzellas. De las Borgias Pedro con María, y sesenta moças. De Ull de Molins Remon con su muger Dolça, y cuarenta donzellas. De Carroca Domingo con Remona su muger truxeron treynta y cuatro moças. De Prades, Bernardo con Floreta su muger, con veynte y seis moças. que por todas fueron trezientas, con estas siete casadas, que las truxeron. Y fueron puestos los nombres destos catorce encima de la puerta de la Iglesia mayor, que se llama del Palacio, entre unas entalladuras de catorce cabeças que hasta hoy están allí, con esta nómina que aquí pusimos. Estas casó el Rey con trezientos mancebos que militaran egregiamente, y dióles possessiones de casas y heredamientos, que pudiessen bivir. Y como no eran todas tan hermosas como las quisieran los maridos, hizo el Rey una manera de recompensa para ellos, que dió á las que no eran tan hermosas, algunas preseas ó joyas con que se contentasen sus maridos, y dissimulassen á lo menos su descontentamiento.»

(2) «Fides nostra talis est, quod Dominus Jesus Christus, ad preces specialiter Beati Vincentii, nobis Civitatem et totum Regnum Valentiae subjugavit, et eripuit de posse et manibus paganorum.» Real cédula de 16 de Junio de 1263.

también buena parte en el repartimiento, como la habían tenido en la pelea, las Órdenes militares: las del Temple y del Hospital, que ayudaron más, tuvieron lugar distinguidísimo en la ciudad rendida; adjudicóse á la primera la gran torre donde se había enarbolado la señera real, y las casas de aquel barrio, contiguo al muro y á una de las puertas principales de la ciudad: á la segunda, las casas inmediatas á la otra puerta principal, la de la Sharea. Templarios y hospitalarios quedaron allí como centinelas vigilantes, haciendo guardia á las puertas de Valencia cristiana. Dióse ancho espacio en sus alrededores á los monjes y á los frailes que seguían al ejército: convirtióse en claustro de austeros franciscanos el palacio delicioso de Zeyt-Abuzeyt; levantaron el suyo los padres predicadores fuera de dicha puerta de la Sharea, en una rambla deshabitada; en las inmediaciones de la puerta de la Boatella los agustinos, y por aquella parte también los religiosos de la Merced, los hermanos de la Penitencia y las monjas de Santa Clara.

No le parecía bien á D. Jaime que la misma mezquita de los moros, en cuyos muros estaba impresa la superstición musulmana, sirviera de templo al verdadero Dios y á su Santa Madre. Un día, seguido de todo el ejército y el pueblo, dirigióse á ella, armado con un martillo de plata. Dió el primer golpe al sólido edificio, y continuaron los prelados, los ricos hombres, los caballeros y todos los soldados y gastadores del campo. Cayó al suelo la mezquita y comenzó la construcción de la catedral; pero aquí ha de detenerse la pluma, porque la fábrica de este templo, en la cual pusieron mano tantas generaciones, y de las demás iglesias y los monasterios valencianos, ha de dar asunto á capítulos sucesivos. Digamos ahora solamente que muy pronto cambió el aspecto de Valencia: la ciudad morisca fué transformándose, hasta no quedar de ella más que la angostura é irregularidad de las calles, pues las casas de los sarracenos, repartidas á los cristianos, pareciéndoles á éstos viejas y pobres, fueron derribadas por sus nuevos dueños, «y cada uno edificó á su gusto

otras muy altas y bien labradas,» según nos dice Beuter. Por más de un siglo mantúvose Valencia encerrada en las murallas de los moros: hagamos punto y aparte, y veremos cómo se ensanchó durante el reinado de D. Pedro IV.



CAPÍTULO XIV

MURALLAS Y PUERTAS — PUENTES Y PRETILES

Las murallas nuevas del siglo XIV.—La Fábrica de « Murs y Valls ».—Las doce puertas de la ciudad.—La Ciudadela y la matanza de los franceses.—Las torres de Serranos y las de Cuarte.—Los cinco puentes.—Los pretiles.

UNA ciudad sin murallas no se concebía en la Edad-media. En aquellos tiempos de continuas guerras, lo primero á que había que atender en cualquier población de importancia, era á su defensa. Valencia cristiana quedó encerrada en los viejos muros de los sarracenos; pero, centro y cabeza de un reino rico y floreciente, pronto rebasó aquella barrera angosta, extendiéndose extramuros su creciente vecindario. «La mayor exten-

sión, dice Esclapés (1), fué por la parte de Mediodía y Poniente, como asimismo al Levante; por esta parte se avecindó copiosa suma de marineros y todo género de tratantes; por el Mediodía y Poniente igual abundancia de fabricantes de seda con continuo exceso, y asimismo mucha porción de mercaderes de todo género; y últimamente, por la parte de Poniente y Tramontana, los fabricantes de ropas de lana, fábricas que ambas pueden abastecer la monarquía de España sin dependencia de abastos extranjeros.»

Aquellos arrabales, que se extendían fuera del recinto murado, inquietaban á los magistrados de la ciudad (2). Antes de cumplirse el primer siglo de la reconquista, deliberaba ya el Concejo sobre la construcción de nuevos muros y valladares que abarcasen y defendiesen los populosos suburbios (3). No se hicieron entonces; pero, después de las revueltas de la Unión, cuando D. Pedro IV preparaba la campaña contra el rey de Castilla, creyó indispensable aquel monarca incluir los arrabales de Valencia dentro de una nueva línea de fortificación. Aprobólo el Consejo en 1356, y comenzóse esta obra por la parte de la puerta de San Vicente sin duda, pues allí se puso la inscripción conmemorativa de aquel acuerdo (4). Nuevos fosos y valladares

---

(1) *Resumen historial de la fundación de Valencia*, cap. II.

(2) Un ensanche parcial de las murallas se había hecho ya en el siglo XIII. Fray D. Andrés de Albalat, religioso dominico, obispo de Valencia, costeó la construcción de la muralla nueva, que partiendo de la torre del Temple incluyó en la ciudad el convento de Predicadores.

(3) En consejo celebrado el 24 de Marzo de 1334 se hizo la propuesta que consta así en el *Manual* de aquel año: «Fonch proposat en lo dit consell haguessen fer Valls, Torres e Bestorres en lo circuit e entorn los suburbis ó Rabals de la Ciutat, e reparar e adobar los murs e barbacanes antichs de la Ciutat e fer mundar los valls, per les quals coses la ciutat fos fortificada é mils defenedora dels enemichs.»

(4) Dice así esta lápida, que permaneció en aquel punto hasta el derribo de las murallas: «In dei nomine — XXIV die mensis Augusti, anno Domini M.CCC.LVI — de voluntate et asensu illustrissimi et — magnifici Principis, et Domini nostri Petri, Dei Gratia Regis Aragunum, extitit ordinatum — per honorabile concilium civitatis Valentiae, fieri in circuitum rabalium dictae civitatis, vallos, et muros, operaiis venarbilibus Pericandro Fabra, Joanne de Pertusa, Michaele de Villaroya, Michaele de Palomar.»

completaron esta defensa. La muralla antigua no se derribó entonces; quedó como una segunda línea militar, aportillándose en los puntos en que más lo exigía el tránsito. Por la parte del Norte, frontera al río, no podía ensancharse la ciudad: conserváronse las murallas de los moros (1).

¿Hay necesidad de trazar y describir las que durante cinco siglos han sido escudo de Valencia? Paréceme que no: su dirección la señala todavía la Ronda de la ciudad, y quien guarde memoria de veinte años atrás (2), conservará imborrable en ella la línea severa y monótona de aquellas tapias blanquecinas, en las que se recortaban de una manera uniforme las almenas cuadradas con sendas aspilleras en el centro. No estaba el nuevo muro flanqueado por torres salientes, como el antiguo (3); algunas había, pero á larga distancia, dejando entre sí y entre los portales, extensísimos lienzos de pared lisa. Según Escolano, el perímetro de la muralla era de 6,440 pasos.

No tardaron en formarse, fuera del nuevo circuito urbano, cuatro calles de labradores: las de Murviedro, Alboraya, San Vicente y Cuarte, siguiendo los caminos más frecuentados, «las cuales cuatro calles, decía el mismo Esclapés, componen el mayor recreo y diversión que se puede imaginar, por sus deliciosos huertos y hermosos jardines, sirviendo á un tiempo de vecindad para esta ciudad y de suma recreación para los paseos y las salidas por sus cuatro puertas principales.»

---

(1) El lienzo de muralla entre la torre del Temple y la puerta del Mar, construído por el obispo Albalat, estaba ruinoso en tiempos de la guerra de Sucesión y lo reconstruyó el general Baset, arrancando para ello los sillares del muelle del Grao.

(2) La demolición de las murallas comenzó el año 1865. Un valenciano benemérito, que ha muerto pocos meses há, D. Cirilo Amorós, logró, siendo gobernador interino de la provincia, que concediese el gobierno la autorización, mucho antes solicitada, para hacer este derribo, y lo inauguró solemnemente el día 20 de Febrero entre la puerta del Real y el Temple. La obra duró algunos años.

(3) Para facilitar el paso por la Ronda exterior, se derribaron en 1782 tres cubos ó torreones que había entre la torre de Santa Catalina, demolida poco antes, y el Portal Nuevo; y en 1801, siete entre la torre del Temple y la puerta de la Trinidad.

Como dice este escritor, cuatro eran las puertas principales de la ciudad ensanchada; pero había otras ocho secundarias (llamadas también *portillos*), que completaban el número solemne de doce. No todas estuvieron abiertas siempre. En 1574 se colocaron en los portillos barras de hierro que cerraban el paso á los carruajes y las caballerías. En 1707, después de la guerra de Sucesión, tapiáronse todos los portillos, dejando expeditas únicamente las cuatro grandes puertas de la ciudad (1). Dos solamente han quedado, como monumento de otras edades, y por el servicio que prestan sus fuertes y grandes torres: la de Serranos y la de Cuarte. Hablaremos de ellas, y también, aunque más á la ligera, de las otras, que desaparecieron ya. Pero, antes, hemos de mencionar una institución especial de Valencia, á la que competían las obras de las murallas, con sus portales y sus fosos, y después, además de éstas, la de los puentes y pretiles del río.

El rey Conquistador consignó solemnemente en los *Fueros*, que cedía á la ciudad los muros y valladares (*omnes muros et barbacanas, valla et plateas civitatis Valentiae).* Consignó también que á estas obras debían contribuir todos, sin excepción de clases privilegiadas: la limpieza y la defensa de la ciudad interesaba á todos de igual manera. Por medio de sus magistrados municipales y con sus fondos comunes atendió Valencia á este servicio del procomún; pero recién construídos y tal vez aún no terminados los valladares y las murallas nuevas, hubo en 1358 avenidas extraordinarias del río, que hicieron gran menoscabo en ellas. Para repararlo, instituyóse entonces, por privilegio de D. Pedro IV, una administración especial, la Ilustre Junta de la Fábrica de *Murs y Valls*, que subsistió durante todo el período foral, y de cuya historia é instituciones nos da minuciosa cuenta

(1) Esta reducción de puertas no obedeció á idea de defensa, como han creído algunos, sino á la mayor facilidad en el cobro de la nueva contribución de alcabalas sobre los géneros de consumo que entraban en la ciudad.

el libro del Doctor Llop, publicado en el siglo XVII (1). Componíase esta junta, al principio, de tres obreros, elegidos por los tres Estamentos; después se agregaron á ellos los jurados, el racional y el síndico de la ciudad. Su objeto era la conservación y las reparaciones de las murallas, de los valladares y de las principales carreteras en la jurisdicción de Valencia (2). Consistían sus recursos en una *sisa* de once dineros por cahíz de trigo, pagadera en el almudín. Estaban tenidos á este gravamen las villas y los lugares de lo que se llamaba *general contribución de la ciudad* (3), y se cobraba de ellos por medio de conciertos. Con estos fondos, hizo la *Fábrica de Murs y Valls* obras tan costosas como las torres y los portales de Serranos y de Cuarte, y los primeros puentes sobre el río; contribuyó con mil florines á la obra del Miguelete, y atendió á varios servicios urbanos, como la extinción de incendios, para lo cual tenía en la Lonja de los Mercaderes buena provisión de *xeringues*, *canals y cánters*; el aviso de las horas, con cuyo objeto costeó en 1413 el reloj de la Catedral, y las luminarias con que se festejaban los acontecimientos faustos y las fiestas solemnes. Y en casos extremos de guerras y otras calamidades, acudíase á los fondos de la Junta, como sucedió al armarse los moros en la sierra de Espadán. No bastaba para todo ello la sisa del trigo (4),

(1) *De la Institució, Govern politich, y Juridich, costums y observancies de la Fábrica vella, dita de Murs e Valls; y Nova, dita del Riu, de la Insigne, Leal y Coronada ciutat de Valencia*, per lo Dr. Joseph Lop, advocat de les dites Fábricas y obrer de aquellas per lo Estament Real.—Valencia, 1675. En 1742 escribió una *Addicion* á esta obra D. Joaquín Ortí y Figuerola. Quedó ms. y la conserva en su biblioteca D. José Enrique Serrano.

(2) Los caminos que tenía á su cargo la *Fábrica de Murs y Valls*, eran los tres *caminos reales* de Murviedro, Cuarte y Játiva, y los secundarios (filloles) de Alboraya, Moncada, Burjasot, Chirivella, Alaquás, Picasent, Torrente y Rusafa.

(3) Dependía de la ciudad de Valencia un extenso territorio, que llegó á contar cuarenta y siete poblaciones, entre villas y lugares. En el libro de los *Fueros* se determinó de este modo dicho territorio: «Los termens de la ciutat son tro al terme de Murvedre, que parteix ab Puçol, é entro al terme de Olocau, é de Chiva, é de Bunyol, é de Turís, é entro á Monserrat, é entro al terme de Algezira, é de Cullera, é de la riva del mar, sia, é dur lo terme per cent milles dintre la mar.»

(4) Cuando publicó su libro el Dr. Llop, las rentas de la Junta de la *Fábrica vella* sólo ascendían á 3,215 libras.

y se apelaba á la imposición de censos sobre esta renta, que era el modo de hacer empréstitos en aquellos tiempos. En los del Doctor Llop importaba veinticuatro mil libras el capital de los censos, y hacía cuarenta años que no se pagaban las pensiones.

Repitiéronse en 1589 las tremendas avenidas del Turia. Los recursos de la Fábrica de Muros y Valladares eran insuficientes para las obras colosales de defensa, que se juzgaron necesarias, y, por carta real de 1590, creóse la Fábrica Nueva del Río, á cargo de la misma junta, para cuidar de los puentes y pretiles *(ponts y paredons)*, decretándose otra sisa de dos dineros por libra de carne (1), la cual llegó á producir catorce mil libras anuales. Impusiéronse censos por valor de cien mil, y con estos fondos se construyó el puente y la puerta del Real, se concluyó el Puente Nuevo, y se levantaron los fortísimos diques ó pretiles que encauzan el río desde Mislata hasta Monte Olivete, obra costosísima, que parece superior á los recursos de una ciudad como Valencia, y que, debida al crédito, lo mismo que las asombrosas mejoras de nuestros días, tuvo por consecuencia, como la tendrán quizás éstas, la expoliación de los que para ellas dieron su dinero, pues las pensiones de la Fábrica Nueva, puntualmente abonadas al principio, dejaron también de pagarse, y aún anda hoy en litigio esta obligación del municipio valenciano.

Sigamos ahora la descripción comenzada, enumerando las doce puertas y las principales torres y otras fortalezas de la ciudad, pero deteniéndonos solamente en las que más lo merezcan.

PUERTA DE LA TRINIDAD.—Le damos el primer lugar por ser la única que quedó hasta nuestros días del tiempo de los

(1) Resistieron tenazmente esta nueva sisa los eclesiásticos, que ya habían protestado contra la primera, fundándose en sus privilegios de clase; pero, después de largo litigio, una Bula de Su Santidad, de 1603, concedió que se sometiesen á aquel gravamen. Para vigilar su inversión, entró á formar parte de la Junta un canónigo de la catedral.

romanos y los moros, no en su fábrica, que era reciente, sino por su situación. Llamáronla Puerta del Sol saliente los musulmanes, como vimos en el capítulo anterior; y en los primeros siglos de la reconquista se denominó de los Catalanes, por corresponder á la parte de la ciudad en que se avecindaron los pobladores de aquella procedencia. Después, en el siglo XV, cuando se construyó, á la otra parte del río, el Real Monasterio de la Trinidad, tomaron este nombre el puente y la puerta (1). Considerada ésta como portillo, estuvo abierta unas veces, y cerrada otras. Permaneció tapiada desde la guerra de Sucesión hasta 1792: en esta fecha se abrió de nuevo y se reconstruyó. Era de modestísima arquitectura: un arco redondo, con postes de pilastras resaltadas, y un ático con pomos de piedra por remate; ni más ni menos.

Torre del Temple.— Entre la puerta de la Trinidad y la del Real estaba la renombrada torre de Alí-Bufat, y defendida por ella, la puerta que el Conquistador, en su ***Repartimiento***, llama de ***Batbazachar***, al adjudicar á la Orden del Temple aquella parte de la ciudad. Por allí, dicen nuestros historiadores, hizo D. Jaime su entrada triunfal; pero el vulgo, olvidando aquel recuerdo glorioso, llamó ***Portalet del Cid*** á aquella puerta, cuyo arco se conservó tapiado en la muralla durante largos siglos (2). La torre, que era muy alta, conserváronla los templarios, for-

(1) De la Trinidad se llamaba el hospital establecido en este sitio poco después de la conquista (como veremos más adelante); pero la puerta y el puente de los Catalanes no tomaron aquel nombre hasta que la reina D.ª María, esposa de D. Alfonso V, fundó el monasterio de religiosas franciscanas en el local que ocupaba el hospicio de los trinitarios.

(2) Había sobre este portal (que, después de tapiado, quedó incluido en el recinto del trinquete de pelota, establecido á la parte exterior en aquel trayecto de la muralla), un interesante escudo esculpido en una losa de mármol negro, del cual es copia el que está dibujado en la cabecera del capítulo primero del presente libro. La inscripción que tiene á la parte superior, á uno y otro lado del *Drach-alat*, dice *D'Aragó-lo Roy*, y es notable esta forma francesa, ajena al idioma catalán y valenciano. La Comisión provincial de Monumentos conserva este escudo, y publicó un dibujo de él litografiado.

mando parte de su alcázar, y sirvió de prisión para los caballeros de la Orden. Al construirse, á fines del siglo pasado, la nueva Casa del Temple, rebajóse mucho la histórica torre, que amenazaba ruina, y se unió, por medio de un arco, al edificio nuevo. Este arco y lo que quedaba de la torre, vinieron al suelo al arrasarse las murallas, y como último recuerdo de aquella antigua fortaleza, en la que tremoló el pendón de la conquista, los caballeros de Montesa pusieron una lápida en el muro lateral de la iglesia del Temple, donde estaba el arco de comunicación (1).

Puerta del Real.—La antigua puerta árabe de Batbazachar, que se llamó después del Temple y de Montesa, daba paso al puente que ponía en comunicación la ciudad y el palacio del Real. Destruído este puente por una avenida, construyóse de nueva fábrica para las fiestas del casamiento de D. Felipe III (1598), situándolo algo más hacia Levante, y entonces se tapió el portal antiguo y se abrió uno nuevo. Era de un solo arco: en 1800, estando en Valencia D. Carlos IV y la reina doña María Luísa, entraba por él inmenso gentío, que había salido á una fiesta; corrió la voz de que acometía un toro, precipitóse la multitud á la puerta y hubo muchas desgracias. Para evitarlas en lo sucesivo, construyéronse nuevos portales, con apariencia monumental. Tenían tres arcos, de medio punto el del centro, rectangulares los de los lados. Decorábanlos pilastras dóricas, y sobre el ático del remate, el escudo de la ciudad y grupos de

(1) Dice así: «Sitio de la torre y puerta de Bab-el-Shadchar, donde tremoló el pendón real en la conquista en 9 de Octubre de 1238. Concedida por el invicto Rey D. Jaime I á los Templarios, conservada por la Orden Militar de Montesa y derribada para ensanche de la ciudad en 1865. Los Caballeros de Montesa para memoria.» El autor de esta inscripción incurrió en un error imperdonable: el 9 de Octubre fué, según los datos más fidedignos, la entrada del rey y del ejército cristiano en Valencia; pero la rendición de la ciudad, para cuyo aviso se enarboló en la torre del Temple el pendón real de Aragón, no cabe duda en que fué el 28 de Setiembre.

trofeos militares esculpidos en piedra. No los respetó la piqueta demoledora de las murallas.

CIUDADELA.—Aún subsiste, pero ha perdido, oficialmente al menos, su nombre formidable, y se titula modestamente *Cuartel de Artillería*. Llamábase *Casa de Armas* en la época foral, y á la vez que de almacén de pertrechos militares, servía para defensa de la ciudad en el ángulo que formaba la muralla entre las puertas del Real y del Mar (1). Al entrar en Valencia las tropas de D. Felipe V, encontraron en la Casa de Armas veintiséis piezas de artillería, y mosquetes, arcabuces y picas suficientes para diez mil hombres. El de Borbón, receloso de sus nuevos súbditos, mandó construir, hacia la parte de la ciudad, redondo torreón, con hondo foso, y coronado por fuertes almenas, entre las cuales asomaban su negra boca los cañones. En ese torreón puso una lápida que decía: ***Philipus V—Hispaniarum Rex—Victis hostibus ad Almansam—Valentia recepta—Civibus Clementia servatis—Urbis ac Regni Securitati—Hoc opera prospexit—Anno 1707***. Poco satisfactoria era esta inscripción para los valencianos. No es de extrañar que la arrancasen nuestros abuelos cuando excitaron los sentimientos patrióticos los sucesos de 1808 (2). El torreón de Felipe V ha sido arrasado en nuestros tiempos.

La ciudadela de Valencia guarda un recuerdo espantoso: la matanza de los franceses. ¿Debemos apuntar aquí aquellas escenas de horror? Resístese á ello el amor patrio; exígelo, empero,

---

(1) Cruilles, en su *Guía Urbana*, publica esta inscripción en castellano, y supone que fué la primera que se puso en Valencia escrita en el idioma de la predominante Castilla. Está en un error: el texto de la lápida era latino. La lengua de Cicerón sustituyó á la de Ausias March en los monumentos públicos.

(2) No se conoce, á punto fijo, la fecha de su fundación. Escolano dice que en 1543 se construyó el baluarte de la Puerta del Mar, porque se temía el ataque de Barbarroja, llamado por los franceses. Entonces se abrió foso en la parte de la muralla que no lo tenía, que era de la puerta del Real á la de los Judíos, y de la de Cuarte á la Nueva.

la severidad de la historia, cuyas lecciones no deben perderse ni olvidarse. Como bestia feroz es la humana multitud cuando la pasión la extravía: este es el peligro perenne de las revueltas populares, aunque las inspiren móviles nobles y santos.

Los heroicos patriotas que, desarmados é indefensos, declaraban la guerra á Napoleón, recelaban traiciones por todas partes, y esa suspicacia era mala consejera. Primer fruto de ella fué la trágica muerte del buen caballero barón de Albalat, á quien tacharon sin razón de afrancesado, y cuya cabeza, paseada por la ciudad á la punta de una pica, atestiguó los terribles errores del pueblo desbordado. La fiera había probado la sangre: fácil era ya azuzarla para que se cebase en nuevas víctimas. Encargóse de ello un extraño y siniestro personaje, cuyo carácter enigmático quedó envuelto en la sombra.

Vino de Madrid á Valencia un canónigo de la Colegiata de San Isidro, D. Baltasar Calvo, hijo de Jérica. Era uno de esos hombres nacidos para dominar y arrastrar á las muchedumbres: atractivo, ardiente, impetuoso, por fuera; por dentro, á lo que se pudo entrever, frío, ambicioso y calculador. Había asistido en la corte á la jornada lúgubre del Dos de Mayo: respirando odio contra los invasores, llegó á Valencia, para promover el alzamiento; hallólo realizado; no se avino á figurar en segundo término, y minó el terreno para suplantar á los que se le habían anticipado. ¿Cegaba el patriotismo al hosco canónigo? ¿Trastornábale las mientes el afán de la popularidad? ¿Buscábala para satisfacer desatentadas ambiciones? Esto último creyeron sus coetáneos, convertidos en sus acusadores y jueces; pero la verdad es que no quedaron bien explicados los impulsos de su funesta intervención en la jornada, tristemente célebre, del día 5 de Junio de 1808 (1).

(1) Son muy interesantes dos relaciones coetáneas que abarcan el período tumultuoso del alzamiento valenciano: la titulada *Sucesos de Valencia desde el 23 de Mayo hasta el 28 de Junio de 1808*, del P. Fr. Vicente Martínez Colomer, publicada en Valencia, 1810; y las *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia*, por

Vivían en Valencia tres ó cuatrocientos franceses, de nacimiento unos, de procedencia otros, dedicados al comercio y la industria casi todos. Como medida de precaución, tomada más á su favor que en contra suya, los encerraron en la Ciudadela; algunos de ellos buscaron voluntariamente aquel amparo. El día citado corrió la voz de que iban á escaparse los franceses; acudieron turbas armadas á la Ciudadela, mal guardada, y se apoderaron de ella por sorpresa los parciales del canónigo. Parientes y amigos de los encarcelados acudieron á la vez, temerosos por su suerte; subían de punto el tumulto y la confusión, cayó la noche y crecieron á su sombra todas las audacias. Multitud alborotada rodeaba la Ciudadela: el capitán general, que quiso llegar á ella, tuvo que volverse á su palacio; el conde de Cervellón, nombrado generalísimo por el pueblo, pocos días antes, y el padre Rico, que llevó su voz en el alzamiento, fueron igualmente rechazados. ¿Qué ocurría dentro de aquellos muros inaccesibles, en donde imperaba el misterioso personaje venido de Madrid? Bandas feroces, armadas con sables y puñales, agitando hachas de viento, recorrían los aposentos sombríos en que estaban encerrados los franceses, y con horribles amenazas, atábanlos de dos en dos, espalda con espalda. Súpose esto cuando, hechos aquellos preparativos, el canónigo Calvo, asumiendo toda autoridad, ordenaba al conde de Cervellón que le enviase al verdugo para cumplir la justicia popular. Aquella intimación, enérgicamente rechazada por el caballeroso conde, puso en alarma y en movimiento á la ciudad. Eran las once de la noche, noche clara y hermosa de verano, cuando salía del convento de

---

el P. Fr. Juan Rico (el mismo que tuvo en ella principal intervención), impresas en Cádiz, 1811. El Sr. Vives Ciscar tiene en su escogida biblioteca una *Historia de Valencia por un testigo ocular*, que es obra de D. Pablo Carsi, y comprende cinco tomos ms. cuyo relato comienza en 1800 y termina en 1823: es obra curiosa, que contiene datos nuevos. Para los sucesos de la Ciudadela y la responsabilidad que tuvo en ellos el canónigo Calvo, hay que consultar el Manifiesto que publicó entonces el juez de la causa D. José María Manescau, alcalde del crimen en la Real Audiencia.

Santo Domingo en procesión solemne la reverenda comunidad, con cirios encendidos y el Sacramento en manos del prior; llegaba á la Ciudadela; abríale paso el respeto religioso, que se sobreponía á todo en aquel tiempo; subía las escaleras, y penetrando en un vasto departamento, en el que había ciento cuarenta y tres franceses maniatados, algunos heridos ya, interponíase entre los asesinos y las víctimas. Llegaban á poco los religiosos de San Francisco, también con el Señor sacramentado, los recoletos del convento de la Corona con la imagen de la Virgen, los mínimos de San Sebastián con un venerado Crucifijo; y hubieran ido otros, si, al ver que se les escapaba la ocasión, los amotinados no hubiesen negado el paso á los demás. ¡Qué horas de angustia suprema para los presos! ¡Qué desesperada pugna, la de los que acudían á salvarles, invocando á Dios, padre de todos, y no podían convencer á los que creían tal vez obra meritoria para ese mismo Dios, el castigo de sus enemigos! Testigos de aquellos sucesos dicen que el canónigo de San Isidro, exasperado, frenético, les animaba y dirigía.— «¡Confesión!» gritaban los buenos frailes para ganar tiempo. «¡No hay confesión!» respondía—¡imposible parece!—el implacable sacerdote. Á su voz, comenzó la matanza; en brazos de los religiosos caían los presos, ensangrentados y exánimes: sólo se salvaron, por el momento, los que estaban bajo la custodia de los dominicos: respondieron de ellos con su cabeza.

Á las tres de la madrugada reinaba en la Ciudadela el silencio de la muerte: tres cañones, cargados de metralla hasta la boca, amenazaban á la ciudad; el canónigo se había proclamado dictador en nombre del pueblo; había arrojado de la fortaleza á los importunos frailes; había hecho ir á su presencia, para dictarle órdenes, al débil capitán general: había dispuesto la formación de nueva Junta. Todo parecía terminado, con el triunfo de aquel hombre audaz; los franceses, amparados por los dominicos, salían de su encierro bien custodiados y encaminábanlos á las torres de Cuarte. No llegaron. Al pasar por la plaza de Toros

(situada entonces, como lo está ahora, junto á la puerta de Rusafa), acometiólos gente armada y feroz. Los pobres franceses fueron asesinados; apenas se salvó alguno, dejado por muerto (1). Derramáronse luego por la ciudad los asesinos, y si algún francés quedaba en ella, fué rastreado, perseguido y horriblemente inmolado, en medio del asombro impotente del vecindario cohibido.

Tuvieron, sí, pronto y sangriento castigo aquellos horrores. El estupor fué momentáneo. El mismo día se reconocieron y reanimaron los buenos patricios; restablecieron el orden; arrojaron de la Ciudadela á los intrusos. El canónigo, á quien el Capitán general dió entrada en la Junta Soberana, presentóse en ella como triunfador; pero el P. Rico, con santa indignación, en elocuentísimo discurso, le echó en cara la sangre inocente derramada. Todos se pusieron al lado del franciscano austero y justo; confundido por el anatema general, acusado, preso, el dictador de la víspera fué embarcado, y tuvo que aguardar en el castillo de Palma el resultado del proceso que se le formó. Aún no había pasado un mes, regresaba á Valencia, para morir en garrote (2): igual pena sufrieron trescientos de sus sicarios. Díjose entonces que tuvo palo de ciego la justicia; que fueron atraídos los matadores de los franceses con el cebo de una gratificación pecuniaria, arteramente ofrecida, y que codiciosos de ella, murieron algunos miserables, ajenos al crimen perseguido. Mal hecho, si así se hizo; pero, aunque pecó tal vez de severo y de arbitrario, lavó el escarmiento la mancha que arrojaron los asesinos de los franceses sobre Valencia, cuando más resplandecían en ella las públicas virtudes de la defensa nacional.

---

(1) Boix, en su *Historia de Valencia*, dice que, para matar á los franceses, los metieron en la Plaza de Toros, y traza un cuadro de gran efecto de aquella matanza, convertido en espectáculo digno de los circos romanos. Pero los escritores coetáneos no la refieren así. El P. Colomer dice que ocurrió *junto á la Plaza de Toros*, y Menescau *al lado de la Plaza de Toros*.

(2) Fué ejecutado en la cárcel de la Inquisición, donde estaba preso, y después, en cumplimiento de la sentencia dictada por la Junta Soberana, se expuso su cadáver al público, en la plaza de Santo Domingo, frente á la Ciudadela, con un rótulo que decía: «Por traidor á la patria y mandante de asesinatos.»

PUERTA DEL MAR.—Reemplazó á la de la Sharea, al construirse las murallas nuevas, tomando su nombre del camino que conduce al puerto. En 1597 fué reedificada, y en 1707 se cerró, dando por razón de su clausura el estar inmediata á la Ciudadela. Cuando se levantó, en tiempos de D. Carlos III, el magnífico edificio de la Aduana, hubo necesidad de abrir de nuevo aquella puerta: con este motivo fué reconstruída en 1764. Sólo tenía un arco: en 1843 hízose otro, igual al primero. Con este doble arco, coronado á la parte exterior por el escudo de España, y á la interior por el de Valencia, permaneció en pie esa puerta hasta el derribo de las murallas. Desde su reapertura fué considerada como una de las cuatro principales de la ciudad.

PUERTA DE LOS JUDÍOS.—Subsiste aún, pero tapiada hace más de dos siglos: es un *specimen* curioso de los antiguos portales de la ciudad.

Muy cerca de la Aduana, en lo que es hoy calle de Colón, se conserva un trozo de muralla, formando parte del edificio que se llamó Cuartel del Picadero, construído en el sitio donde hacía sus ejercicios la Compañía de Ballesteros de Valencia, y destinado ahora á *Factoría militar de subsistencias*. En ese lienzo de muralla hay un cuerpo saliente, de piedra labrada, pero sin ningún exorno arquitectónico, y en él se dibuja el arco de la puerta, grande y alto, de medio punto, formado por fuertes dovelas, también de cantería. Siguiendo la cimbra del arco, hay en esas dovelas una faja picada y ahondada en la piedra. Suponen algunos que allí había una inscripción, y que la arrancó la piqueta. Pero no aducen datos que apoyen la conjetura.

La Puerta de los Judíos, llamada también en documentos antiguos Puerta de San Andrés, á cuya parroquia pertenecía aquella parte de la ciudad, y Puerta *dels Cabrerots* (1), no sé por qué, debió aquel nombre, el cual prevaleció, á estar inmediatos el

(1) Así se llaman en valenciano los agrazones de la uva.

cementerio y el barrio de los israelitas. Fué considerada como portillo, y habiéndose cerrado en 1646, ya no volvió á abrirse.

PUERTA DE RUSAFA.—Cuando se construyeron las murallas nuevas, se abrió este portillo para dar paso á la población, ya numerosa, que se agrupaba en las antiguas alquerías árabes de Rusafa. Cerrado estaba desde la guerra de Sucesión, cuando un industrial enriquecido y titulado de aquel barrio logró su reapertura y la construyó á sus expensas en 1786 (1).

PUERTA DE SAN VICENTE.—La puerta de la Boatella, de los moros, Sucronense, de los romanos, principal ingreso de Valencia por la parte de Mediodía, quedó muy adentro de la ciudad al hacerse el ensanche del siglo XIV, que se extendió mucho por aquel lado. Llamábase camino de San Vicente el que conducía de la antigua puerta al monasterio de la Roqueta, y aquel nombre recibieron también la nueva calle y la nueva puerta. Era ésta de un solo arco, de medio punto, abierto en la muralla, sin torres que la adornasen y defendiesen. En el siglo XVII se pusieron sobre ella, en dos nichos, las imágenes de los dos Vicentes: á la parte de afuera, la del santo dominico; á la de adentro la del diácono mártir, tenidos ya ambos como patronos de Valencia (2). Sus efigies, labradas en piedra, sirvieron también de

(1) D. Félix Pastor, primer marqués de San Joaquín. Fué un buen ciudadano, que además de la Puerta de Rusafa, hizo otros beneficios á Valencia, construyendo escuelas en la huerta. donde tenía extensas propiedades, y señalándose por su celo patriótico durante la Guerra de la Independencia. Pertenecía á la Junta Soberana y puso sus bienes á disposición de ella. Cuando agotó el numerario de sus arcas, vendió valiosas fincas para atender á la defensa de la ciudad, á la vez que enviaba al ejército á su yerno y sus dos nietos, doliéndose de que su edad no le permitiese empuñar las armas. Murió en 1813, á los 82 años de edad. Su patriotismo se inspiraba en los ejemplos de su padre, que en la guerra contra Inglaterra, motivada por el Pacto de Familia, entregó mil vacas y una suma cuantiosa en metálico para mantenimiento de las tropas españolas.

(2) Por acuerdo de la ciudad, de 1677, se puso en esta puerta la efigie de San Vicente Ferrer, «con espada desenvainada en su mano derecha, puesta su izquierda sobre el escudo de armas de Valencia, manifestando ser el defensor de la patria, como lo acreditan frecuentísimas experiencias, particularmente en la peste que en el año 1600 prendió en Játiva, y para que no pasase á Valencia, se

remate á los nuevos portales, terminados en 1835: eran tres, cuadrangulares todos, grande el del centro, y más pequeños los de los lados. Al demolerse las murallas, los vecinos de la calle pidieron la conservación de aquel monumento; no fueron oídos. Recuerdo curioso y triste de esta puerta de San Vicente es que estuvo colgada en ella la cabeza de Guillém Sorolla: ¡de este modo acabó el vanidoso caudillo de la popular Germanía!

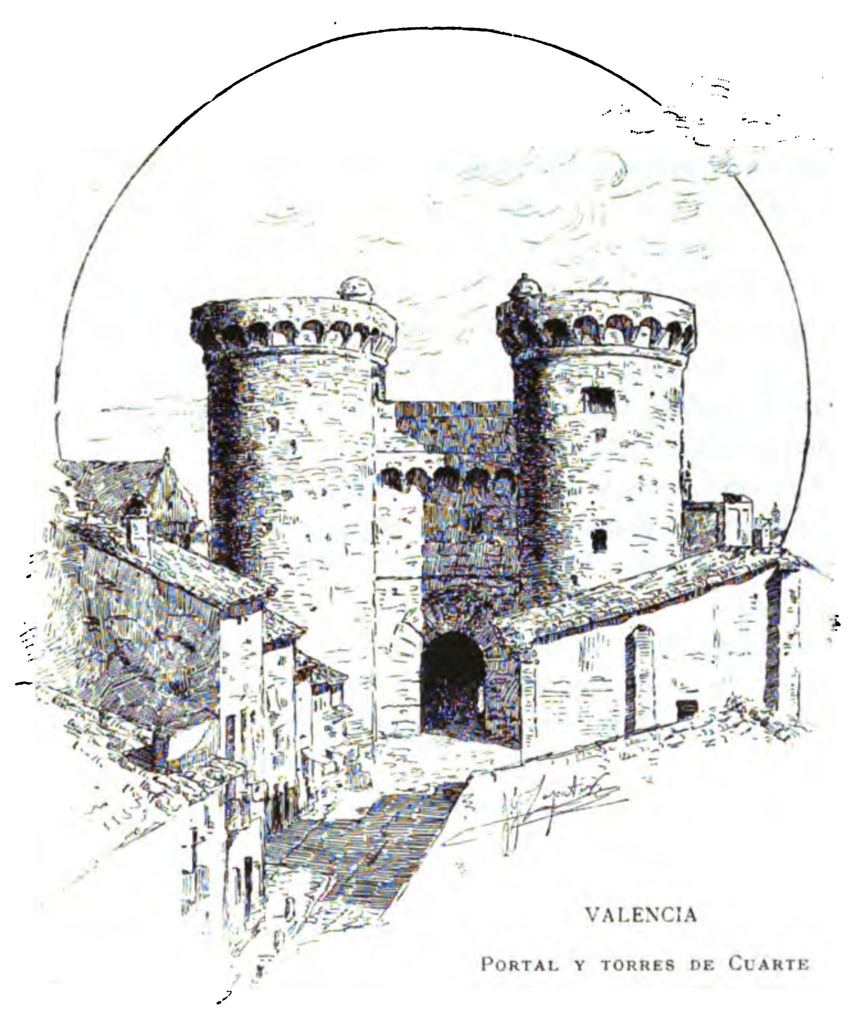
PUERTA DE LOS INOCENTES.—Llamóse así un portillo situado en la actual plazuela de Santa Lucía, frente al convento de Belén, por estar junto al Hospital general, que llevó aquel nombre. Denominóse también puerta de Torrente, por conducir á este lugar. Cerrado en 1707, no volvió á utilizarse.

PUERTA DEL COJO.—Daba este portillo á la plazuela de la Encarnación, donde está el Peso de la Paja, y dicen que recibió su nombre de un portero cojo que hubo en él. Llamóse igualmente, según consta en documentos antiguos, de la Encarnación, de San Juan y de *Setse claus*. Después de la clausura de 1707, no se abrió más, ó se abrió por muy poco tiempo.

PUERTA DE CUARTE.—Llegamos á un monumento del pasado que, por fortuna, aún subsiste. Las dos torres gemelas del antiguo y famoso *Portal de Quart*, yérguense todavía, severas y majestuosas, sobre la ciudad renovada, mostrando en las cicatrices de su fuerte fábrica las huellas de las balas enemigas, como glorioso ejemplo del valor y del patriotismo de nuestros abuelos. Al contemplarlas, la imaginación nos transporta al sangriento y fausto día del ataque de Moncey á Valencia. En el

dejó ver el Santo sobre este portal, defendiendo la patria como Angel titular, y la conservó libre del cruel azote.» Esto dice el P. Serafín Tomás Miquel, en su vida de San Vicente. Posteriormente se sustituyó aquella imagen por otra, que representa al Santo en la actitud acostumbrada de predicación: consérvase en la iglesia de San Agustín. En 1681 acordó la ciudad tributar igual homenaje á San Vicente mártir, colocando su efigie sobre el portal, á la parte que miraba á la ciudad.

arrabal bullicioso en que se cruzan hoy á todas horas pesados carromatos, diligencias ruidosas, acémilas cargadas, carreteros que vocean, transeúntes que protestan, confusión y ruido, pro-



VALENCIA

PORTAL Y TORRES DE CUARTE

pios de la vida activa de una gran ciudad en las arterias principales que afluyen á ella, vemos avanzar por la desierta calle los batallones imperiales, con lúgubre silencio, interrumpido solamente por el traqueteo áspero de las piezas de batir. Oímos cómo son emplazados los cañones; escuchamos la voz de fuego,

percibimos la llamarada de la pólvora. Suena pavoroso el estampido; rebotan las balas en la dura coraza de las torres, égida de la ciudad, ó se incrustan en ella. ¿Qué clamor es el que contesta, detrás de los muros, á cada cañonazo? *¡Viva el rey Fernando y mueran los franceses!* gritan chicos y grandes, y se abren con estrépito las cerradas hojas del Portal, y vomita mortífera metralla el cañón oculto detrás de ellas, y se oyen los gemidos dolorosos de los invasores, revolcándose en medio de la calle enrojecida, y continúa la tremenda lucha, hasta que el aflictivo toque de retirada, resonando en el campamento francés, anuncia el triunfo del pueblo bisoño, defensor decidido de sus hogares contra un ejército aguerrido y en tantas partes victorioso.

Tomó nombre esta puerta del cercano y antiguo lugar de Quart de Poblet, y era, hasta 1444, un modesto portal, abierto en la muralla. Aquel año se comenzó la obra de la nueva puerta y de sus dos robustas y elevadas torres, fecha que quedó consignada en una plancha de cobre sobre el muro exterior (1). La Fábrica de *Murs y Valls*, que había costeado las torres de Serranos, hizo éstas á semejanza de aquellas, aunque no con igual suntuosidad. Fuertes son sus muros, pero no de cantería labrada como los de aquel magnífico monumento, ni tienen tampoco sus labores góticas. Las Torres de Cuarte parecen una obra pura-

(1) «A gloria e honor de Nostre Senyor y Deu Jhesus Salvador e Senyor, e del Benaventurat Sant Jordi, aquest portal fon començat a XXII de Juny de l' any de la Nativitat de Nostre Senyor Mil CCCCXXXXIIIJ regnan lo escelent Rey e Senyor Nalfons Rey d' Aragó e de les Dues Cicilies: essent Jurats en Pere Serra y Mosen Guillem de Pertusa, generosos, y Pedro Andreu, Guillem Zaera, Lois Frigola y Manuel Llorens, ciutadans.» Esta inscripción, cuya fecha no está equivocada, ni mal leída, pues los jurados que se mencionan en ella lo eran, efectivamente, en aquel año, hállase en oposición con un documento que se conserva en los libros de *Murs y Valls* (Archivo del Ayuntamiento de Valencia), y que consigna el señor Carboneres en su *Nomenclator*. En 6 de Marzo de 1442, atendiendo á la urgencia de terminar «la obra del Portal de Quart que al present se fa», acordóse que la asignación de mil florines anuales, que se había otorgado, se elevase á dos mil florines, por lo menos. La obra no quedó terminada hasta 1470, según Carboneres. El P. Teixidor dice que, según memorias ms., las puertas se pusieron el día de San Sebastián del año 1490.

mente militar, sin pretensiones urbanas; en las de Serranos quiso demostrar la ciudad su riqueza y su esplendidez. En 1649 se destinaron las Torres de Cuarte á cárcel de mujeres honradas, las cuales habían tenido departamento propio en las prisiones de San Narciso (1). Continuaron allí hasta el segundo sitio de los franceses. Entonces fueron trasladadas á unas casas del Muro de Santa Ana, que pertenecían al gremio de zapateros, y que por su nuevo empleo recibieron el nombre de Galera. Posteriormente, dedicáronse aquellas torres á cárcel militar, destino que conservan.

Puerta de los Tintes ó de la Corona.—Estos dos nombres tuvo, porque estaba al extremo de la calle donde vivían los que teñían lana, y junto al convento que fué de religiosas agustinas de San José, y que después, ocupado por frailes recoletos y dedicado á la coronación del Señor, tomó el nombre de la Corona (2). Considerada como portillo, estaba tapiada muchos años antes de derribarse las murallas.

Torre de Santa Catalina.—Entre la Puerta de la Corona y el Portal Nuevo, en el ángulo que formaba la muralla, al separarse de la línea del río, doblando hacia Poniente, estaba la antigua Torre de Santa Catalina, llamada sin duda así por pertenecer á la parroquia de este nombre la huerta que está enfrente de ella. En el muro exterior de esta torre estaba esculpida la imagen de la santa que le daba nombre, á los lados el escudo de la ciudad, y debajo una inscripción de caracteres góticos (de los que llamaban *longobardos* los anticuarios del siglo pasado) que fija su fecha en el año 1390 (3). En esta fortaleza guarda-

(1) Dice el P. Ballester que el arzobispo de Valencia don Fray Pedro de Urbina «fundó á imitación de Madrid la Galera para mujeres incorregibles, y no fué tanto fundarla, como sustentarla, dándoles de su dinero cada año 300 libras.»

(2) Convirtióse aquel convento en la actual Casa de Beneficencia.

(3) Se conserva en el Museo del Carmen esta inscripción, que dice así: *En*

ba la pólvora la generalidad del reino. Fué demolida en 1772, y reconstruída en 1808, en forma de torreón para la defensa de la ciudad contra los franceses. Cumplió perfectamente su objeto rechazando triunfalmente sus repetidos ataques en la gloriosa jornada de 28 de Junio.

Entre esta torre y el Portal Nuevo tuvo portillo el ***Bordell*** (mancebía pública) y se le llamó, por irrisión, ***Porta de Bones Dones***, pero quedó cerrada en 1382.

PUERTA NUEVA Ó DE SAN JOSÉ.—***Portal Nou*** fué su primer nombre, porque fué el último de los que se abrieron en las murallas del siglo XIV; en algunos documentos de la época se le llama ***Portal Nou de Santa Creu***, por la proximidad de esta parroquia y porque había en él un retablo con sus titulares: la Invención de la Santa Cruz y Santa Elena, madre del emperador Constantino. También se apellidó Puerta de Campanar por conducir á esta cercana aldea. Al trasladar á aquel punto su convento de San José las religiosas descalzas del Carmen, á principios del siglo XVII, tomó la puerta el nombre de aquel santo, y con él fué conocida hasta que desapareció en nuestro tiempo.

---

lañ : de la : ñitivitat : de Nostre : Señor : M : CCC : XC : en XII : Juni : Fon començada : aquesta : torra : apellada : Santa : Catalina. Una equivocación en la lectura de esta lápida ha originado un error de bulto en la historia urbana de Valencia. Antonio Suarez, el continuador y rectificador de Esclapés, leyó en la fecha mil docientos, en lugar de mil trecientos, y supuso que en 1290 estaban ya construídas las murallas nuevas, desde la puerta de Serranos hasta la Torre de Santa Catalina. «De donde consta, dice, que el antiguo muro de la ciudad, del tiempo de la conquista, es desde la puerta del Cid á la de Serranos. Después de ella al año de 1290, desde Serranos á la referida torre; y lo restante es de la última ampliación de 1356, que refiere Esclapés.» En el mismo error incurre el marqués de Cruilles, á pesar de haber comprobado la lectura sobre las lápidas, y de manifestarse conforme con la versión del P. Teixidor. Pero éste leyó CCC, y así dice la inscripción de una manera indubitable. Pudo contribuir á que se atribuyese á época anterior al ensanche general de la ciudad esta parte de la muralla, entre la puerta de Serranos y la Torre de Santa Catalina, la circunstancia de estar defendida con torreones, como la muralla antigua: hízose sin duda por creer necesaria mayor defensa en la parte que daba al río. En todo el recinto restante de la ciudad la muralla era una pared lisa.

Ambas denominaciones, de Nuevo y de San José, ha conservado el puente que le daba acceso.

Como la de Serranos y la de Cuarte, tenía dos torres gemelas, no tan altas, ni tan fuertes; pero de semejante construcción. Comenzáronse el año 1390, y quedó la obra interrumpida durante mucho tiempo, por lo cual las llamaron las *Torres desmochadas*. No terminó su fábrica hasta 1471 (1). Á pesar de ser esta puerta entrada frecuentadísima de la ciudad, por afluir á ella la carretera de Liria, se cerró también en 1707, y no volvió á abrirse hasta 1780 (2).

Hubo entre esta puerta y la de Serranos un portalejo, llamado de los *Blanquers* (curtidores) para uso de estos industriales que tenían sus obradores en aquel extremo de la ciudad; «pero, como cosa de poco momento, no se pone en cuenta,» dice Escolano.

PUERTA DE SERRANOS.—Al acercarse á Valencia por la parte del río, lo que más llama la atención de quien la ve por vez primera, lo que más le sorprende y queda después grabado en su memoria, como rasgo característico de la ciudad en su aspecto exterior, es el Portal de Serranos. Cuando descubre á lo lejos, entre verdes alamedas, sus torres imponentes, que dibujan en el cielo, como una corona real, sus recortadas almenas, pregunta el espectador vulgar qué extraño edificio es aquel, sobrado macizo para palacio, sobrado suntuoso para fortaleza. Admíralo el artista, sin meterse en indagaciones, atraído por la

(1) Cruilles, en su *Guía Urbana*, atribuye á Esclapés la noticia de haberse terminado las torres en 1419. La cita no está bien tomada: lo que dice Esclapés es que «Otra famosa puerta (refiriéndose á ésta) *se abrió* en el año 1419, por Setiembre»; las torres se labraron después.

(2) Para la reapertura de esta puerta medió un informe, que pidió la ciudad á D. Mauro Antonio Oller y D. Bernardo Insa. Algunos autores lo citan como documento interesante para la historia urbana de Valencia, y Carboneres lo publica al frente de su *Nomenclator*. Pero no contiene más que noticias de segunda mano, aceptadas sin criterio y equivocadas muchas de ellas.

grandiosidad del conjunto, y por el contraste que ofrece su masa sombría con los campanarios aéreos y las cúpulas relucientes. Contémplalo con ojos soñadóres el poeta, al ver en sus muros fortísimos y cerrados algo de extraordinario, que le habla de misterios y prodigios; y el amigo fiel del *temporis acti* aviva el pensamiento para leer los secretos del pasado en ese monumento gigantesco, roca enorme que, en la geología de la humana historia, nos descubre la formación interesantísima de la Edad-media, rompiendo las capas sedimentosas de cinco centurias posteriores.

Cuando nos aproximamos, aquella mole pesada y oscura, resplandece al sol, como dorada al fuego por el esmalte de los siglos, y determina sus contornos artísticos: sepáranse las dos torres hermanas, sobresaliendo vigorosamente del cuerpo central, que las divide y enlaza á la vez á conveniente distancia; señálanse las bien cortadas aristas, que les imprimen grata forma prismática, cambiando la luz en su extensa periferia; destácase en su tercio superior el robusto cornisamento, que le da exornación general tan sencilla como majestuosa; diséñanse, debajo de él, en el muro de unión, las primorosas labores, delicada florescencia de la escultura gótica, que son como el sello artístico de la época, y se abre, por fin, el redondo portal, que, á pesar de su magnitud, parece, en esta montaña de piedra, la boca de un túnel, á cuyo extremo se ve ó se adivina la ciudad, con todo el movimiento y el bullicio de una gran población. Levanta entonces la fantasía las murallas derruídas, que á un lado y otro se extendieron; excava de nuevo sus cegados fosos; hace sonar la campana, que colgada sobre el portal, llamaba á las armas á los buenos ciudadanos; enarbola la señera de Valencia sobre las almenas, guardadas por los valerosos ballesteros; ó quizás abre de par en par las puertas rechinantes, y hace salir á la ciudad á campaña, cabalgando al frente del ejército urbano los magistrados populares, empuñando alguno de ellos aquel venerado pendón, custodiado por el Centenar de la Pluma, y marchando en

pos los escuadrones vistosos de los caballeros, y las bien ordenadas compañías de los gremios, aclamados y bendecidos todos por la multitud, confiada en su victorioso regreso.

¡Imaginaciones y espejismos! Todo eso desapareció: cayeron á tierra las murallas, y quedó el Portal de Serranos aislado é inútil; pasan por él indiferentes los que entran en la ciudad ó salen de ella; detiénense ante las erguidas torres los *ordinarios* de los pueblos vecinos, y descargan de sus tartanas el contingente de *asientos;* disputan con los *consumeros* las labradoras que llevan sus cestas repletas al mercado; pasan pausados y estrepitosos, con largo tiro de mulas, los gruesos carros de Aragón, cargados hasta el tope; desfilan charlando las muchachas que acuden á las fábricas; van en busca del sol ó del aire las familias burguesas en reposado paseo; y entre tanta gente que transita, sólo se pára un instante y levanta los ojos á las torres alguna pobre mujer al oir, allá en las altas ventanas, la endecha naturalmente melancólica del campesino valenciano, que canta algún preso asido á la fuerte reja, ó (porque no ha de ser todo poético y sentimental), la copla callejera y soez, coreada con risotadas groseras y selváticos relinchos.

La Puerta de Serranos (de los Serranos, *dels Serrans,* según se lee en los documentos antiguos) existía ya, aunque no con este nombre, en el recinto árabe de la ciudad. Hemos visto que la *Crónica del Cid* la llamó Puerta de los Roceros (denominación convertida luego en Troteros ó Roteros, que aún lleva una calle inmediata), y que tomó luego apellido de la gente que vino de las sierras de Aragón y se estableció en aquellos barrios (1). ¿Conservóse el mismo portal de los moros al construirse las murallas nuevas, que en aquel punto, precisamente, se

(1) Esto dice Beuter, y le han seguido casi todos nuestros historiadores; pero no falta quien crea que las calles, la puerta y el puente de los Serranos se llamaron así, no por la procedencia de los vecinos de aquel barrio, sino por ser la entrada natural de la ciudad para los que venían de la Sierra aragonesa.

separaban de las viejas? Es probable que así fuese, pues consta que en 1377 había una sola torre en aquel portal (1), y éste era el sistema de los sarracenos: junto á cada puerta de la ciudad, una torre alta y fuerte para guardarla; no dos, como luego se usó, combinando la defensa con el ornato. La torre de Ali-Bufat custodiaba la puerta de este nombre; lo mismo sucedía con la torre y la puerta de la Boatella.

Después de las revueltas de la Unión y de las guerras con Castilla, la ciudad, ensanchada, enriquecida y apaciguada, quiso embellecerse; el Consejo general y la Fábrica de Muros y Valladares emprendieron obras dispendiosas, y una de las principales fué la de la nueva puerta de Serranos. Hoy es conocida la fecha exacta de su comienzo y su terminación, gracias al malogrado D. Manuel Carboneres (2), que examinando los documentos copiosísimos y mal estudiados del Archivo Municipal, rectificó rancias equivocaciones (3). Los libros de la *Sotsobrería de Murs y Valls* nos dicen que en 6 de Abril de 1392 se pagó la piedra que, de orden de los jurados, se recogía en las calles y las casas, y se llevaba frente al Portal de los Serranos, para le-

(1) En 1363, cuando D. Pedro de Castilla puso cerco á Valencia por primera vez, se colocó en la puerta de Serranos una campana para llamar al arma á los defensores de la ciudad. Aquella campana era del cercano monasterio de San Antonio, y en los *Manuales del Consejo* se consigna, con fecha 21 de Abril de 1377, que el comendador de aquella comunidad pide «una campana de la dita ecclesia la qual en temps del primer setge de la ciutat, per los jurats e regidors daquella fou estada presa, e mesa *en la torre del portal appellat dels Serrans.*» Aquella campana, ú otra que la sustituyó, está aún colgada al exterior de las Torres á la parte que mira á la ciudad.

(2) *Nomenclator de las Puertas, Calles y Plazas de Valencia.*

(3) Llop, en su *Fábrica de Murs y Valls* (pág. 361), consigna que el Miguelete se comenzó en 1381 y se acabó al cabo de cuarenta años, y en párrafo aparte dice: «Este mateix any se acabaren les famoses torres del Portal de Serrans.» Siguiendo á este autor, afirma Boix que dichas torres se concluyeron en 1381. Esclapés entendió de otra manera el texto de Llop, y escribe: «Se principiaron en 4 de Enero 1349 y se concluyeron el mismo año que el campanario de la Santa Metropolitana.» En 1349, aunque no en el día citado, se acordó, como veremos después, la construcción del puente, no de la puerta de Serranos. En la terraza del cuerpo de edificio que separa las dos torres, hay grabada en los sillares esta inscripción: «Se concluyeron estas Torres en 4 de Febrero de 1349.» La letra parece del siglo pasado. Consignaría esta fecha algún curioso mal enterado.

vantarlo de nuevo, y en 27 de Marzo de 1393 abonábanse jornales á los canteros que comenzaban á labrar los sillares para la obra (1). En Marzo de 1398 se registran cuentas satisfechas para terminarla, y en el día 19 de aquel mes lo que se pagó para limpiar de escombros las torres ya concluídas (2).

En esos mismos curiosísimos papeles encontramos el nombre de su constructor: llamábase Pedro Balaguer, y como otros muchos artistas inspirados, creadores de los monumentos prodigiosos de la arquitectura ojival, era un modesto operario, un maestro cantero *(picapedrer)*, que en las listas de jornales aparece pagado con cuatro sueldos y medio, y cuando más, con seis sueldos (poco más de una peseta); verdad es que se le abonaba, como aditamento, mientras duró la obra, el alquiler de la casa, á razón de 198 sueldos al año (unas 36 pesetas); que le regalaron tela para un traje, y que, al terminar las torres, le hicieron un donativo, relativamente espléndido, de 4,400 sueldos (no llegan á 900 pesetas) (3). Pero, aun tomando en cuenta el

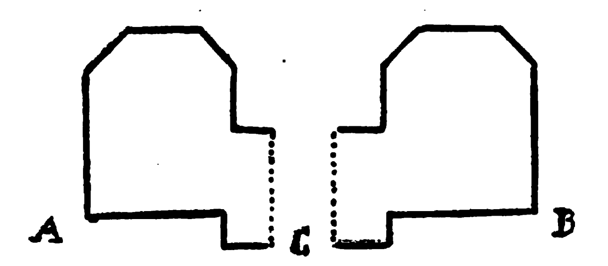
(1) El primer asiento de estas cuentas dice así: «Dates fetes per mi Rn. Moliner, sotsobrer, á totes aquelles persones deius scrites qui ab hun carrató han tirades moltes é diverses pedres calars les quals cercauen e prenien de les carreres o cases de la dita Ciutat, la on les trobauen de licencia e voler dels honrrats Jurats, e aquelles portauen los homens deius scrits ab lo carrató ab cordes tirant dauant lo portal dels Serrans por fer e obrar aquell de nou.» Sigue la relación de las cantidades abonadas. En otras partidas consta que se traía piedra del *tosal* de Rocafort, de la cantera de Almaguer, en término de Alginet, y de la de Bellaguarda, esta última por mar.

(2) «Doní an Domingo Ferrera, lo qual deneja e grana de dalt á baix les torres noues del portal appellat dels Serrans en les quals hauia molta broça ço es fusta, rajoles, é reble, per tres jorns, á rao de II sous VI diners per cascun jorn... VII sous VI diners.»

(3) En las partidas del libro de la *Sotsobrería* se leen estos curiosos pormenores: «Comprí del honrat en Pere Almudeuer, draper, VIIII alnes de verni de flandres per a obs den Pere Balaguer, mestre de la obra, á rao de XIX sous lalna... CLXXI sous.» — «Doni an Pere Balaguer, mestre maior que fon del Portal é torres dels Serrans, per molts e diversos treballs per ell sostenguts e per moltes e bones obres e profits apparents que ha fetes e fets en tot lo temps que ha durat la obra del dit portal e torres, aixi en fer molta obra e bona e ferla fer al piquers e manobres que allí obrauen com en la taxació de la pedra e en moltes altres coses les quals en lo dit consell foren rahonades... IV milia CCCC sous.» Entre los artificios ideados por Balaguer para esta construcción, merece consignarse que las acémilas subían cargadas hasta lo alto de la obra, por medio de rampas que al efecto se hicieron.

valor relativo de la moneda en aquellos tiempos y en los nuestros, es muy dudoso que se contentara con la asignación del maestro Balaguer el último arquitecto del día. Y no se crea que aquellos diestros constructores, aunque no frecuentaban escuelas profesionales, ni pertenecían á doctas academias, creaban sin estudio y sólo por inconsciente instinto sus obras magistrales. Al aprendizaje asiduo del taller, añadían la observación atenta de los modelos de su profesión. De nuestro Balaguer consta que, por orden de los jurados de Valencia, hizo un viaje *ex-profeso* para ver portales y torres (1). De Cataluña habían traído el arte los conquistadores cristianos; á Cataluña, fué en busca de ideal apropiado á su objeto. Hallólo en Poblet: recién construída estaba la Puerta Real, majestuoso vestíbulo que habían dado los monarcas de Aragón á aquel vasto edificio, que tenía el triple carácter de monasterio, alcázar y panteón. Valencia era digna también de tan magnífico ingreso: Pedro Balaguer volvió con su hermosa fábrica en la mente, y logró superarla. Las Torres de Serranos son más grandes y más artísticas que las de Poblet: recuerdan su traza elegante y severa á la vez, pero la completan y perfeccionan.

Unas pocas rayas darán mejor idea de la planta de este monumento, que una larga explicación.



(1) Lo dice esta partida del citado libro de *Sotsobrería:* «Doní e paguí an Pere Balaguer, mestre de pedra picada, de licencia e manament dels honrats Jurats, lo cual ana per diuerses parts de Cathalunya per veure obres de torres e de portes, per rahó del portal fahedor al pont dels Serrans.»



Torres de Serranos

La línea A B señala la espalda de las torres, que da al interior de la ciudad, presentando á la vista una pared lisa, desprovista de adornos (1), en la cual se abre, en el punto C, el arco de medio punto del portal. Encima de él, entre este portal interior y el exterior, que son iguales, hay una bóveda fortísima, sobre la cual corre en el piso alto la comunicación de las torres. Del aspecto que éstas ofrecen por la parte de afuera de la ciudad; puede juzgar el lector por la lámina heliográfica que acompaña al texto. Sobre el portal, cerca ya del cordón que limita el primer cuerpo, se ve todavía, á uno y otro lado, pero muy corroído, el escudo de Valencia, con dos ángeles por tenantes. Los adornos labrados en la piedra, en el segundo cuerpo de ese frontispicio, son de exquisito gusto y de gran efecto decorativo por su acertada sobriedad. Boix dijo, y lo ha copiado el marqués de Cruilles, que los arcos figurados eran «una galería trasflorada,» la cuál permitía ver á un tiempo el interior y el exterior de la ciudad, y que se tapió luego. Basta examinar la obra para convencerse de que no hubo ni pudo haber tal galería. Esas labores, de puro ornato, están esculpidas en relieve sobre los sillares de un muro enormemente grueso (2). La robusta y ancha cornisa con que termina el segundo cuerpo de esa fortaleza, debió servir de barbacana, para lo cual tendría su correspondiente antepecho. En las bovedillas del trayecto que corre sobre el portal, se observan aún, tapadas, las saeteras. Completaba su defensa el foso, y contribuía á la belleza de las torres, dejando descubierto el oblicuo talud que bajaba hasta su fondo y realzaba las proporciones armónicas de tan hermoso monumento. Ahora se

(1) Por esta parte, se ven bien marcadas en cada torre dos grandes ojivas, una en el primer piso alto, y otra en el segundo y último. Están tapiadas con materiales distintos de la obra primitiva. Hay otra ojiva, de iguales proporciones y tapiada del mismo modo, en el cuerpo central. Si estuvieron abiertas antiguamente, tendrían las torres, por esta parte, un aspecto más elegante y más artístico que ahora.

(2) En algunos puntos la pared de las torres llega á tener dos metros y ochenta centímetros de grosor.

abrirá de nuevo ese foso, si llega á verificarse la ya acordada traslación á otro punto, de los presos cuyo encierro ha convertido en mazmorra indigna de nación culta y cristiana, un monumento destinado á noble salvaguardia y exornación suntuosa de la ciudad que lo erigió (1).

No pensaron sus constructores que fueran cárceles las Torres de Serranos, y pasaron dos siglos sin tener tan triste destino: hallábanse entonces las prisiones de la ciudad en la Casa del Consejo. En el mismo edificio en que dictaba sus fallos el justicia criminal, estaban bajo llave los delincuentes. No era, por cierto, mejor aquel encierro que el que tuvieron después en las soberbias torres: el jurisconsulto Tomás Cerdán de Tallada, á quien cabe la gloria de haber sido precursor de los modernos escritores penitenciarios, dice de aquellas prisiones, en su curiosísimo libro *Visita de la Cárcel y de los presos*, que no las había más crueles en estos reinos, «porque se sabe, añade, por relación de cautivos cristianos, que los baños de Argel no son con mucho tan ásperos como la cárcel común de esta ciudad, habiendo de ser muy al revés, pues es la mayor lástima del mundo ver que en tierra de cristianos y de tantas caridades, y donde se hacen otras costas y obras harto menos necesarias (2), se tenga tan poca cuenta en cosa de tanta importancia y que se atraviesa la vida

(1) Hace muchos años que se agita en Valencia el proyecto de construir una cárcel, con todas las condiciones que exige hoy la ciencia penitenciaria. Por falta de recursos, se demora de un año para otro su realización, y los presos continúan hacinados en el recinto estrecho é impropio de las Torres de Serranos. El actual gobernador de la provincia, D. Luís Polanco, ha tenido la buena idea de trasladarlos al antiguo convento de San Agustín (donde está también uno de los dos presidios correccionales de Valencia), sin perjuicio de seguir gestionando la construcción de nuevas Cárceles. Al escribir este capítulo (Febrero de 1888) se está esperando el día de la traslación. El Ayuntamiento ha acordado restaurar las Torres y dedicarlas á Archivo histórico municipal.

(2) Caridad para los presos, no ha faltado nunca en Valencia, antes bien, se ha considerado siempre como obra piadosa contribuir á su sustento y abrigo. Pero esto no alcanzaba á variar el régimen de las prisiones. Una de las cofradías más antiguas de la ciudad, la del Santo Cristo de las Penas, se dedicaba principalmente al cuidado de los presos pobres. Ya veremos su imagen tutelar en la iglesia de San Juan del Hospital.

de tantos pobres, que mueren en ellas estando presos á las veces por deudas y de poca cuantidad (1).» En 1586, un voraz incendio, que se atribuyó á los mismos presos, estalló en la Casa de la Ciudad: hubo que sacarlos de allí, y habiendo quedado destruído su encierro (2), se les buscó nueva clausura, sepa-

(1) Cerdán de Tallada, hijo de Játiva y discípulo de la Universidad de Valencia, fué oidor de su Real Audiencia, y luego regente del Consejo Supremo de Aragón. Su libro *Visita de la Cárcel y de sus presos*, es el primero que se conoce dedicado á esta materia. Publicó además, en 1581, *Verdadero gobierno de la monarquia de España*, obra que le acreditó de político experimentado; en 1604 el *Viriloquium en reglas de Estado, según derecho divino, natural, civil y leyes de Castilla*; en 1611, el *Repartimiento sumario de la jurisdicción de S. M. en el Reino de Valencia*. Fué también poeta y perteneció á la famosa Academia de los Nocturnos.

(2) En el libro de *Fastos Consulares* escribió mosén Francisco March la siguiente relación de aquel incendio:

«Á 15 del mes de Febrer dit any (1585) dia de disapte á les set hores del vespre fon servit Nostre Senyor se pegas foch en lo Archiu del Racionalat de la present Ciutat, y seguis de allí tan gran desgracia que vingue á ser lo major incendi que james de cent anys á esta part se avia vist en la present Ciutat; la furia del qual durá fins á les huit ó nou hores del dia, é lo acabarlo de apagar tot aquell dia seguent. Ultra del dit Archihuet, se cremaren tots los alts de la Sala, ço es, los Archius alts ab tots los llibres que en aquells hi avia: cremarense totes les porjades, tota la casa de Baltasar Ximeno escriva de la dita sala dels magnifichs Jurats sens poder salvar cosa alguna de roba, ni moble algu de sa casa, sino que tot se cremá sens restarne memoria. Cremarense totes les Presons altes, que vulgarment se deyen la Torre: la Capella de dites presons, y lo Restaule: les presons nomenades Guinneus: les estancies del Conte y Torre fonda: y totes les demas estancies chiques; y de tal manera tot açó cremat que no restá rastre algu, nis podia atinar que allo fos lo que esser solia, y axí los Jutges vent lo gran infortuni, obriren les presons, y donaren libertat á casi tots los presos, excepto alguns que estaven molt criminosos, los quals portaren, part de aquells á la Torre del Portal de Quart, y part á la torre de la Diputació, y part á la preso del Sant Ofici, perque en altra manera tots hagueren perit. Aixi mateix obriren les Presons baixes, que vulgarment se nomenen la Comuna, aixi la dels homes com la de les dones, y fon donada libertad á la major part del presos, excepto al mes criminosos, los quals foren portats á la preso del Señor Archabisbe. E los presos, als quals fon donada llibertat, prengueren lo Crucifici, que estaba en lo altar de la dita preso Comuna, e cridant misericordia sen anaren, is donaren cobro; perque encara que en dita preso Comuna no hi hague foch, eran tan grans les bigues y chacenes enceses que del edifici alt cahien en aquella, y les parets, teulades y cubertes que cahien de fora, que avien de perir dits presos si nols hagueren donat llibertat. Cremarense molts Llibres de la Sala, y especial los Llibres de la Taula fins al any 1562 poc mes ó menys, los quals estaven recondits en lo dit Archiuet del Racionalat ho fon lo principi del dit Incendi. Tots los demes Llibres de la Sala, actes y escriptures foren llansats per les finestres de dita Sala, y tots los Almaris, hon dits Llibres y escritures estaven recondits, romputs ó uberts á cop de picoles, y los dit Llibres, juntament ab los Llibres dels Archius de la Cort Civil Cort Criminal y de 300 Ll. foren portats

rando de los plebeyos á los caballeros y ciudadanos honrados. Para aquellos se habilitó la cárcel *comuna*, en una casa de la Cofradía de San Narciso, fundación piadosa de los mercaderes de Gerona, situada en la calle de San Salvador. Los presos de otro rango tuvieron prisión más ilustre en las Torres de Serranos. Cesó posteriormente esta división de clases, pero continuaron ambas cárceles hasta que en nuestro tiempo fué demolida la de San Narciso por ruinosa. Para ensanchar la de Serranos, unióse á ella, con un cuerpo de edificio adosado á la muralla, la torre del Águila, que se llamó primero de Santa Bárbara, y es el único *cubo* ó torreón que queda de los que defendían el recinto urbano en la línea del río (1).

Hemos dado vuelta á la ciudad, siguiendo la dirección de las murallas derruídas; calles anchas y paseos arbolados reempla-

---

á carregues á la Seu; lo que no acusaba menys la lastima al poble en veure les scriptures y registres de coses tan importants correr tan gran fortuna com corrien per lo incendi del edifici: los qual tots amuntonats en la Seu mostraven be ser com quaranta carretades de Llibres y escriptures, ultra de molts que en cases particulars avien recollit. Sa Magestat vent lo gran incendi mana venir á la Plaça de la Seu tota la sua Real Guarda pera ajudar á guardar y defensar lo que convendria. Fon comuna opinió, y molt certa que aquell foch era estat preparat ab alquitra per los presos de la Torre, que aurient barrinat les cubertes y parets de dita preso corresponent al aposento hon dit foch principiá: fon, com dit he, lo major incendi, y la mes dolorosa y llastimosa nit que james de record de persones en aquesta Ciutat se hagues vist. Pera aquella nit estava concertat un bell joch de Alcancies davant lo Real Palacio per festejar á sa Magestat y Alteses y ya les quadrilles dels Cavallers vestits de la festa, eren eixits, y sanaven a juntar a la plaza de Predicadors ab molta lluminaria y diversitat de musica: y vent lo gran sinistre que se avie seguit, fon dita festa destorbada, perque axi lo envia á manar sa Magestat. Lo dia seguent viu yo en la Capella de la Mare de Deu dels Desamparats un home tot fet carbo, que en lo dit incendi avia perit, al qual li faltaven les cames dels genolls en avall, lo que era una llastimosa vista; lo qual era un coc molt vell, que al temps del incendi sobre dit se troba en casa lo dit Baltasar Ximeno escriva de la Sala é no pogue esser socorregut. En aquesta ocasió foren posades les presons Reals en la Confraria de Sentarcis.»

(1) En las cuentas de *Sotsobreria* hay apuntado, á 2 de Julio de 1398, el importe de una lápida para esta torre, que se acababa de construir. Á Pedro Balaguer, el director de la obra del Portal de Serranos, se le pagan cinco sueldos y medio por esculpir en dicha lápida dos escudos reales. La lápida se conserva, en el muro exterior de la torre, á flor de tierra, pero no queda ni rastro de la inscripción.

zan hoy aquella antigua ronda, en la que se alzaban los muros almenados y se hundían los oscuros fosos, defensa, que se juzgaba entonces indispensable, de la populosa capital. ¡Cómo cambia todo! Recuerdo aún, sin ser viejo todavía, haber tenido que apretar el paso, regresando al anochecer de algún paseo campestre, para no encontrar cerradas las puertas de Valencia; había que buscar en ese caso las que, por excepción, se abrían al vecino ó pasajero retrasado. Aún suena en mis oídos el alarmante *¿Quién vive?* de los soldados de guardia, y el repetido *¡Centinela, alerta!—Alerta está*, que iba alejándose hasta perderse en el silencio de la noche. Y tanto puede la costumbre, que cuando se derribaron las murallas, hubo gente apocada que tachó de temeraria la medida, y es posible que turbase su sueño la idea de que la ciudad, con sus cien mil moradores, estaba abierta por todas partes.

Á los valencianos de los buenos tiempos de antaño no les parecían suficientes para guardarla las murallas y las puertas, los centinelas y las rondas: buscaban superior amparo. En el *Dietario* del Capellán de Alfonso V (1) leemos que en 1475 los regidores hicieron pintar cuatro ángeles en otras tantas tablas, y bendecidas estas imágenes por el obispo, fueron llevadas en solemne procesión á las Puertas de Serranos, del Mar, de San Vicente y de Cuarte, y puestas en ellas (2). Representaban al

(1) Este *Dietario*, que se conservaba en el convento de Santo Domingo, y del cual hay una copia en la Biblioteca de la Universidad, lo escribió D. Guillém Vidal, capellán mayor asistente del mencionado monarca, y natural de Valencia. Llamábanse *Dietaris*, voz valenciana que ha pasado al idioma castellano en la localidad, los libros de apuntes históricos, en forma cronológica, que se escribieron en bastante número, y de los cuales han llegado algunos á nuestros días, y son muy útiles para la comprobación de los anales del reino de Valencia.

(2) «En lo dit any MCCCCLXXV, per los Senyors regidors de Valencia feren fer quatre Angels pintats sobre fusta solempnament. E dilluns darrer dia de Juliol en la Seu per lo Bisbe Perez foren consagrats los dos ab solemne ofici, e ab molt devota Professó foren aportats, e lo un mes en lo Portal de Quart, e laltre al Portal dels Sarrans. E lo primer dia de Agost foren consegrats los altres dos Angels per lo dit Bisbe en aquella mateixa cerimonia, Prosesso e devocio per lo Clero e Regidors de la Ciutat foren aportats la un al Portal de Sant Vicent, e mes aqui, e laltre mes al Portal de la Mar. Esta precaución devota se tomó porque amenazaba la peste.

Angel Custodio de la ciudad. Así como cada fiel cristiano tiene, según piadosa y poética creencia, un Ángel de la Guardia, que amoroso lo protege, pensaban nuestros antepasados que la comunidad urbana tenía también su ángel protector, y se encomendaban á él, y lo honraban con lucidas fiestas. El primer domingo después de la octava de San Pedro Apóstol, se reunían en la Casa de la Ciudad los jurados, los consejeros y las personas invitadas, y se organizaba la procesión del Ángel Custodio. Muchachos y mancebos vestidos de ángeles, tañendo instrumentos y cantando, precedían al gallardo doncel que representaba á aquel celeste personaje, engalanado con sobrevesta real, precedido por dos pajes con el estandarte y el escudo, y llevando un rótulo que decía: *Aquest es lo sanct Angel Custodi de la Ciutat de Valencia.* Iban á la Catedral, donde se celebraba función solemnísima, y en el camino cantaban unas coplas, cuyo estribillo coreado decía así:

¡Angel Custodi de Deu infinit!
Guardau la ciutat de dia y de nit,
Pera que no entre lo mal esperit (1).

(1) En los *Manuals de Consells* (número 33, fol. 266) está el ceremonial de esta procesión, acordado el 6 de Octubre de 1446. Iban delante dos jóvenes de 16 á 18 años, vestidos de ángeles, llevando varas plateadas, como los vergueros de la ciudad. Luego diez y ocho niños de doce años, vestidos también de ángel, con trajes de colores diferentes; llevaban sendos estandartes de *vermell* con las armas de Valencia, y cantaban «ab gentils acorts cobles en laor e gloria del dit sanct Angel, encomanantli la dita ciutat, lo poble e lo estat daquella davant la sacra magestat divina.» Después iban seis hombres *sonadors* de diversos instrumentos, con vestimenta angélica igualmente. Detrás un mancebo de 18 años, «ab vesta en lo cap, e aquest angel porta un gran e bell standart dor e flama, al costat del qual va un fadrí de edat de XIII anys, vestit com angel, qui porta una pavesina ab la senyal de la dita ciutat ab una correja que li devalla per lo coll faent la via del costat davall lo bras sinistre.» Seguía «lo gran Angel Custodi, vestit ab preciós camís de cendrat vermell, ab guants vermells, ab una molt bella e singular vesta en lo cap, e sobre lo dit camís porta una notable e real sobrevesta dor e flama, la qual va solta e dallí inça. E aquest sanct Angel Custodi te ab la ma sinistra lo cap e fi del dit gran standart, lo qual li porta davant lo dit angel. E ab la ma dreta porta eó te hun gran titol qui li devalla de les ales, lo qual es intitulat: «Aquest es lo Sanct Angel Custodi de la ciutat de Valencia.» Y cerraban el séquito los magistrados y

La iglesia metropolitana, fiel conservadora de los antiguos ritos, repite aún todos los años la fiesta del Ángel Custodio, pero pasa inadvertida para el pueblo valenciano. Si ese Espíritu celestial guarda todavía la ciudad que le fué confiada, ya no le ve la generación presente, como le vieron las anteriores, resplandeciendo á los rayos de la luna su cabellera de oro, sus alas irisadas y su espada flamígera, con la cual cerraba el paso al «enemigo malo.»

Los CINCO PUENTES DEL TURIA.—No es río caudaloso el de Valencia, y sangrada su corriente por las acequias de riego, llega mermadísima á la ciudad en tiempo ordinario, y sobre todo, en la estación estival. Contrasta esta flaqueza del río, amenguado casi á la categoría de arroyo, con la holgura de su cauce, con los diques robustísimos que lo ciñen, y con los monumentales puentes de cantería, que unen entrambas orillas, cruzándolo con prolongada serie de sólidos machones y fuertes arcadas. No son, empero, caprichoso lujo estas costosas construcciones: el manso y apacible Turia, como todos los ríos de esta costa oriental de España, tiene avenidas terribles, y corriendo en la última parte de su curso accidentado por terreno llano, sin hondo cauce natural, que contenga sus crecidas aguas, se desbordaba en otros tiempos, causando grandes estragos, de que guardan memoria nuestras crónicas, y que motivaron las obras dispendiosísimas hechas por la ciudad para avasallar á aquel tenaz enemigo. Mucho ganó con ellas, y bien puede asegurarse que no hay en población alguna de la categoría de Valencia, fábrica como los pretiles que encauzan el río de Misla-

---

representantes de la ciudad. La devoción de los valencianos al Angel Custodio data de más antiguo. En la Sala del Consejo (Casa de la Ciudad) estaba su imagen en un altar. Y consta en los *Manuals de Consells* que en 1395, también con motivo de epidemia, acordó el Consejo que por un año se dijera misa diaria «en laor y reverencia de nostre Senyor Deu, e en special honor e esguart del Sant Angel figurat en la cambra del Consell secret de la dita ciutat.» Escolano dice que entonces se instituyó la fiesta anual, cuyo ceremonial se determinó nuevamente en 1446.

ta á Monteolivete, y los cinco puentes que lo atraviesan. Grandiosa es la vista que presentan, y aún lo era más cuando todos conservaban los esbeltos *casilicios* (1), que levantó la piedad de nuestros mayores, para poner en ellos las imágenes de los Santos valencianos y otras de gran veneración. Hoy, el espíritu innovador y proyectista de la época idea desviar el Turia de su cauce actual antes de llegar á la ciudad, para evitar que cieguen el puerto sus arrastres (2); si esto fuera posible y llegara á realizarse, Valencia perdería su fisonomía secular y la suntuosidad que le dan esas obras colosales. Aunque por otros conceptos ganara, en ese sentido perdería mucho.

De los cinco puentes que hoy admiramos, el más añejo data de principios del siglo XV, y el más moderno de comienzos del XVII. Húbolos antes, pero no tan fuertes, y destruídos por las avenidas, había que reconstruirlos con frecuencia. Si los romanos los tuvieron, no quedó rastro ni memoria de ellos, ni de la época árabe tampoco. Da á entender que el Turia se pasaba por medio de barcas, el texto, ya indicado, de la *Crónica del Cid*, en el cual se dice que este caudillo «mandó quemar todas las aldeas de enderredor *e las barcas del rio;* e echose sobre Valencia, e cercola de todas partes.» Tampoco hablan de puentes las relaciones de la conquista de D. Jaime. Poco después, en 1254, y en 1262, documentos privados mencionan dos puentes, en construcción entonces, y los llaman *superior* é *inferior* (3). De-

(1) Empleo esta palabra porque es de uso general en Valencia, y la han adoptado todos los escritores valencianos, hablando en castellano, y refiriéndose á los templetes de los puentes. Es voz valenciana, *casalici* ó *casilici*, diminutivo de casa. El docto catalanista D. Mariano Aguiló, á quien he consultado, me dice que no ha dado con ella en Cataluña, pero en la isla de Formentera ha encontrado *Casalisos*, nombre aplicado á ruinas antiguas.

(2) Pende actualmente del informe de las corporaciones oficiales un proyecto de desviación del Turia, según el cual se arrojarían sus aguas á la Albufera por el barranco de Catarroja.

(3) Testamento de Bernardo Cardona, en 1254, legando diez sueldos para la obra del puente inferior, y otros diez para la del superior; y otro testamento de Ferrando Pérez, hijo del rey Zeyt, en 1262, en el cual se consigna este legado· «Item dimitto duobus pontibus civitatis Valentiae, quinque solidos.»

bían ser los de Serranos y el Real, pues éstos eran los únicos que había en 1348, según se desprende de un pasaje de la crónica autobiográfica de D. Pedro IV (1). Consta que el año siguiente (12 de Marzo de 1349) el Consejo de la ciudad ordenaba la reconstrucción del puente de Serranos, previniendo que se hiciese todo de piedra para resistir las avenidas (2).

Poco después, emprendióse la obra del puente intermedio entre aquellos, el cual se llamó *de Catalans*, como la puerta ante la cual se construía. De esta obra dan noticia los *Manuals de consells* de 1355; pero, ó no se terminó entonces, ó la destruyó el río, pues en 1402 se fabricaba de nuevo *unum pontem*, *mirabilis pulchritudinis*, *totum lapideum* (3), y era el puente de la Trinidad, que aún subsiste, con sus nueve fortísimos arcos ojivales, sus angulosos tajamares y sus dos escaleras que bajan al río. Este no pudo hacerle mella en sus furiosas embestidas; la de 1517, una de las más destructoras, sólo echó abajo parte de sus antepechos. Embellecíanlo dos templetes: en uno estaba la imagen de San Bernardo, mártir de Alcira, y en el otro la de sus santas hermanas María y Gracia (4). Deteriorados durante el sitio de los realistas, fueron demolidos en 1823.

El puente antiguo de Serranos, destruído en parte por las avenidas de 1406 y 1427, fué arrastrado del todo por la de 1517. La Fábrica de *Murs y Valls* se encargó de reconstruirlo con igual ó mayor solidez que el de la Trinidad, y con el mismo nú-

(1) Al referir el motín de aquel año, cita el *Pont de Serrans* y el *Pont del Real* ó *Pont del Temple*, y se colige del relato que no había otros puentes.

(2) «Divendres que era comptat quarto idus Martii anno Domini MCCCXL nono: Item lo dit Consell ordena volch e tench per be quel pont del Serrans fos feyt tot de pedra com mils se puxa e deja fer á deffensió de la aigua dels diluvis.»

(3) Así decían los jurados de Valencia, hablando de dicho puente, en carta que dirigieron al Papa Benedicto XIII, relativa al monasterio de la Trinidad, frente al cual se construía, «à portali nuncupatu *des Catalans* usque ad dictum monasterium.»

(4) Estas imágenes y *casilicios* fueron construídos en 1722, á expensas del canónigo magistral D. Jaime Cervera, el mismo que costeó la capilla de la cárcel de San Valero.

mero de arcos, aunque es algo más largo. La fecha de su construcción, 1518, quedó inscrita en una lápida de mármol, que desapareció al echar al río las barandas y los *casilicios*, para la defensa de la ciudad contra los franceses (1). En uno de aquellos tabernáculos estaba la cruz patriarcal de la cercana iglesia de San Bartolomé, y en el otro la imagen de San Pedro Nolasco, que costeó en 1670 la Orden de la Merced.

El Puente del Real estuvo, hasta fines del siglo XVI, algo más á Poniente del que hay ahora: aún se ven en el cauce del río sus cimientos. También lo arrastró la avenida de 1517, y se reconstruyó entonces; pero no con la solidez del de Serranos, pues se lo llevó de nuevo el río en 1589. Emprendióse en aquella época el puente nuevo, que se construyó con prisas (las cuales no afectaron á su buena fábrica), para estrenarlo en las bodas de don Felipe III (2). Fué una obra tan fuerte como los puentes de Serranos y la Trinidad, y más concluída y perfilada. En las barandas, que están molduradas elegantemente, hay canapés de piedra, y las decoran pomos esféricos. Á la parte de Levante tiene una hermosa escalinata, que baja al río, y á ambos lados gallardos templetes con las imágenes de los bienaventurados Vicentes, respetadas todavía por la piqueta demoledora (3). Dos

---

(1) Esta inscripción decía así: «Quum ingens ac pene incredib. Turiæ inudatio antiqum pontem evertisset. hunc e fundament. extruendum curaverunt Olf. a Proxita ex clero. Galceran. Carrocius pardus ex equit. Michael Rosius ex civib. operis murorum curatores. probantibus G. Ph. Cruilles. F. Egidio. M. Bon. G. Marc. B. Vernegal. M. Berengario. urbis defensor. jurat. humanae salutis an. MDXVIII.»

(2) Dice Esclapés y copia Cruilles que se hundió este puente «á impulso de la carga que sobre él se puso en ocasión de la entrada del emperador Carlos V.» Están equivocados: lo que sucedió entonces (1528) es que, por la afluencia de gente, cayó la baranda, y tras ella, cayeron al río muchos espectadores, muriendo algunos. Lo dice Vasco Díaz Tanco de Frejenal: «Do por la abundancia que había en el puente—de gentes diversas, azia una banda—muchos acostando, quebró la baranda—do fueron al río gran golpe de gente.—Porque no miraron el inconveniente,—algunos murieron, que fueron debaxo,—que dieron gran golpe encima de un saxo—y en el agua honda allí juntamente.» *Los Veinte triunfos*, canto del *Triunfo valentino*.

(3) Este puente del Real es el que aparece dibujado en la cabecera del presente capítulo.

lápidas, puestas en la base de estos *casilicios*, consignan la fecha de su construcción y la del puente, terminado en 1598 (1).

Al mismo tiempo y con iguales condiciones arquitectónicas, se construía el Puente del Mar. Hubo en aquel punto uno de madera, destruído por las aguas en 1487. Igual suerte sufrió en 1589 el de fábrica, que le sustituyó. El actual quedó terminado en 1596 (2), y en sus *casilicios* están la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, obra del escultor valenciano Francisco Sanchis, y la de San Pascual Bailón, hermosa estatua, erigida por la ciudad en 1673, por estar cercano el convento de franciscanos descalzos de San Juan de la Ribera. En 1776 una fuerte avenida, arrastrando una *maderada*, que había traído el río, rompió este puente, pero en 1782 quedó reconstruído en la misma forma que tenía (3).

El último de los puentes que se hicieron de cantería, es el

(1) Dice así la lápida conmemorativa de la obra del puente: «S. P. Q. V. Perfectus fuit decimo octavo die mensis febrer an. Doi. MDLXXXXVIIII, in gratiam et honorem Philippi III, hispaniarum et indiarum regis, cum ducturus uxorem Margaritam Austriam, Valentiam venisset, Dima Pardo primario patritiorum consule, Cristoforo de la Torre cononico val. operum præfecto ecclesiastico, Francisco March, primario civium, consule operum præfecto regio, Petro Ludovico Salvador, patritio, operum præfecto equestri, Petro Ludovico Almunia, patricio, Michæle Joan Casanova, Marco Ruizio de Barcena, Thoma Turruvio, civibus consulibus, Jacobo Bertran cive urban. ration. præfect.» Otra inscripción consigna que las imágenes de los Santos Vicente Mártir y Ferrer fueron acabadas el 18 de Febrero de 1603, y que las erigió la ciudad; y otras dos que costeó los casilicios en 1673 y 1682 el arzobispo de Valencia D. Fr. Juan Tomás de Rocaberti.

(2) Así consta en la lápida que entonces se puso, y dice: «S. P. Q. V. Quod veterem pontem inundans saepe Turia interrupisset quae in urbe e mari comportatur comoditatem perficiendum curarunt Iaco. Sapena cons. F. Bartho. Serrano, abbas Valdig. mceni. refi. cura pro ecle. ord. Christoph. Perez de Almazan, cons. Amros. Roca de la Serna eques mœnium refi. cur. pro equest. ord. Hiero. Sarçola, Lud. Honor. Fores. Tho. Turuvio. Micha. Io. Camos. conss. Pet. Grego. Calahorra. civis moen. refi. cur. pro Reg. ord. Marcus Ruiz de Barcena ratio. urb. preffec. Ret. Dassio eques. trib. plb. an. Dmi. MDLXXXXVI.»

(3) Cabanilles, en su obra sobre el reino de Valencia, publica un dibujo del puente, tal como lo dejó esta avenida. Su destrucción y reparación quedó consignada en una extensa inscripción que hay en la base del casilicio de la Virgen, y cuya redacción, en correcto latín, se atribuye al Sr. Pérez Bayer. El río había roto cinco arcos, y destruído la estatua y casilicio de Nuestra Señora de los Desamparados. La de San Pascual se mantuvo firme sobre su basa.

más avanzado contra la corriente del Turia, y se llamó Puente Nuevo. Después se denominó de San José, lo mismo que la puerta á que corresponde. Al principio fué de madera, y se lo llevaba el río con frecuencia. En 1608 se construyó el puente definitivo, con trece arcos, más estrechos que en los otros (1). En 1693 y 94 se pusieron en él dos gallardas estatuas de mármol, de San Luís Bertrán y Santo Tomás de Villanueva, labradas en Italia por Ponzanelli y dedicadas por la ciudad. Estas imágenes, que no tienen tabernáculo, como las demás tuvieron, y están al descubierto, se levantan aún majestuosas sobre el Puente Nuevo, angosto hoy para el numeroso tráfico que á él afluye.

Los PRETILES.—Antes de la creación de la *Fábrica nueva del Río*, se había ya esforzado la antigua *Fábrica de Muros y Valladares* en defender la ciudad de las embestidas del Turia. Los diques de mampostería, llamados *Paredons del riu*, tenían este objeto, pero no eran bastante fuertes, ni alcanzaban suficiente extensión. Aleccionados los valencianos por los desastres de las arrasadoras avenidas de 1589, establecieron aquella *Fábrica nueva*, para atender á este servicio con más eficacia, y entonces comenzó la construcción de los pretiles actuales, que

(1) Refiérense á su construcción estas dos inscripciones colocadas al pie de los casilicios: «D. O. M. Postrema fuit huic ponti manus imposata Seraphino Michael Primario patritiorum cos. Simone Trilla Populeti abate, ecclesiastico hujus anni urbanorum quorum prefecto, Hieronymo Aznar, primario civium, cos., Philippo Rebolay, Jacobo Sanz Colanda conss. D. Leonardo a Borja canonico metropol. pro Roca pto. Joanne Pallares et Baltasare Michel conss. Francisco Cespedes cive operum præfecto, Bernardino Salcedo urbanorum rerum præfecto Francisco trib. pleb. Anno MDCVII.» «D. O. M. Hunc pontem perficiendum curaverunt Francis. Artes de Villarrasa primarius patriciorum cos. doctor Franciscus Barbera canonio. valentinus operum prefectus ecc. Thomas Turuvi civis cos. primarius civium Guillerm. Raimund. Angresola miles operum pre. eques. ord. Fran. Joannes de Splugues miles cos. Sec. Pati. Michael Angel Solanes civis cos Don Leonard. de Borja Canon. me. ecles. Jacobus Roca cus. cos. Francic. Hieronimus Mascarrell cus. cos. oper. præ. regius fra. March civius tribun. pleb. et novæ fabricæ. Marcus Ruiz de Barcena urba. ratio. prefect. anno domini MDCVIII. me. apr. A. P. R.»

oponen valla inexpugnable de dura piedra á los ímpetus del río. El primero que se hizo fué el que se extiende de la Puerta del Real á la de la Trinidad (años 1591 y 92). Luego siguió la obra de esta puerta á la del Mar. Cerca de dos centurias duró esta fábrica de los pretiles, pero no hay que extrañarlo, porque era muy costosa. Á la parte de la ciudad, desde la Cruz de Mislata hasta Monteolivete, tienen estos muelles siete kilómetros y 39 metros de longitud. La última sección que se construyó, de la puerta del Mar hasta su extremidad, data de 1729. Á la otra orilla se prolonga mucho menos el fuerte dique: comienza en el Puente Nuevo y concluye poco después del Puente del Mar, frente á San Juan de la Ribera; al todo, dos kilómetros, 772 metros. Terminóse esta obra en 1789.

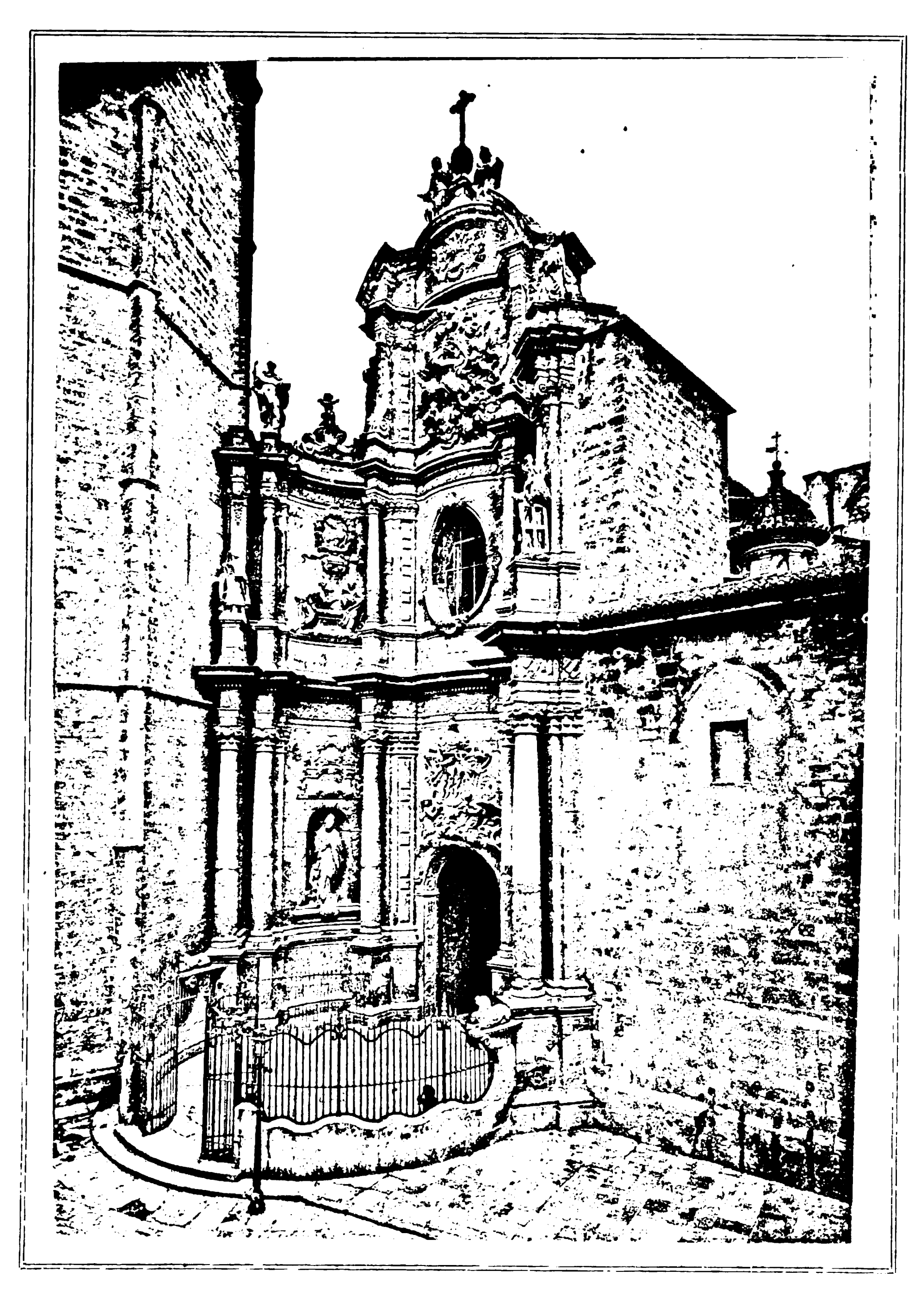
Los pretiles, no sólo sirven de defensa para la ciudad, sino también de alegre balcón y ameno paseo. Desde el Puente Nuevo hasta Mislata dominan la hermosa huerta de Campanar, la cual se dilata á la otra parte del río, poblada de caseríos pintorescos que se ocultan ó destacan en su deleitosa frondosidad (1). La previsión de nuestros mayores dispuso cómodos asientos de piedra en los mejores sitios, con emblemas é inscripciones apropiadas. ***Sisto ut sistas*** dice una de ellas con sentencioso laconismo. Y como en aquellos tiempos no eran condenados al olvido (según ahora se supone) los antepasados insignes, Valencia, considerando que la santidad es la mayor de las grandezas, puso en esta parte del pretil la estatua de otro bienaventurado, hijo suyo, que la honró en vida y la glorificó en muerte, alcanzando la palma del martirio. Refiérome al gran mercedario san Pedro Pascual, cuya efigie labró en piedra el escultor Tomás Llorens, representándolo con hábitos de canónigo, por haberlo sido de la catedral valentina, y en actitud de escribir los libros que acre-

(1) Llámase este paseo de la Pechina, por una gran concha, labrada en piedra, para adorno de una de las escaleras ó rampas que bajan del pretil al río.

tificia muy reciente, se titula Basílica Metropolitana (1). En todas nuestras antiguas ciudades, fué la Catedral su verdadero centro, no sólo en el orden religioso, sino para las diversas manifestaciones de la actividad humana y de la vida social. Ligadas estas manifestaciones á la idea cristiana, que era la superior y predominante, concentrábalas el templo en su venerado recinto, dándoles solemne consagración. En la Iglesia Mayor de Valencia prestaban juramento los reyes; en ella depositaban los príncipes y los generales sus trofeos de guerra; en ella celebraba sus fiestas y conmemoraba sus glorias la ciudad; en ella daba sepultura á sus hijos más ilustres. Unidos estrechamente los dos poderes, el espiritual y el temporal, los dos elementos, el eclesiástico y el laico, representados por los que llamaban nuestros padres *Ambos Cabildos*, acumulaban las preciosidades de la naturaleza, los esfuerzos de la industria y los primores del arte, para revestir de toda la posible magnificencia aquel monumento, y levantaban, para darle digno remate, el obelisco colosal del Miguelete, que es como la torre del homenaje de Valencia, en cuyas campanas suena robusta la voz de la ciudad, proclamando con pausado repique ó estrepitoso volteo sus duelos y sus alegrías.

No es la Seo valenciana construcción maravillosa, que pueda presentarse como ejemplar arquitectónico de extraordinario mérito. Ni por sus dimensiones, ni por su riqueza, puede ponerse al lado de las grandes catedrales de Toledo, Sevilla ó Burgos, ni tampoco de otras que, menos suntuosas ó más reducidas, presentan, sin embargo, como las de Tarragona, Lérida, Barcelona, Mallorca (para citar solamente las de la antigua corona aragonesa) tipos admirables del arte en sus más interesantes períodos. Tuvo un tiempo esa unidad, pero fué más alterada en ella

(1) Por bula de 16 de Octubre de 1886, á petición del prelado y el cabildo de Valencia, concedió León XIII á la catedral la categoría de Basílica menor, atendiendo á la antigüedad del templo, á las muchas y famosas reliquias que en él se veneran, á la magnificencia del culto, y á la importancia de la ciudad.



Catedral. — Puerta principal

que en ninguna otra, por el afán innovador de los siglos últimos y su enemiga al gusto de la Edad-media. Hoy presenta abigarrado conjunto de los estilos más diversos; pero eso mismo despierta el interés de quien, con espíritu observador y amplio criterio, aprecia el templo metropolitano como la obra de las edades y las generaciones, en la cual quedó cuajada en piedra el alma de un pueblo, que llevó á ella una aspiración moral constante, sucesivamente modificada en su expresión artística. Joya del orden bizantino es la puerta del Palau; *specimen* interesante de portadas ojivales, la de los Apóstoles; y el frontispicio de la Principal, típica muestra de la arquitectura fastuosa y enfática de los siglos XVII y XVIII; parece que hubo propósito decidido de dejar consignadas en un solo monumento esas tres fases capitales del arte. Y lo mismo se observa en su interior; aunque su transformación fué más general, nos sorprende todavía el gótico cimborio, que por sus caladas labores de piedra afiligranada, vierte cernida y suavísima la luz del cielo sobre los mármoles bruñidos y los bronces dorados de aquellos muros enriquecidos por un gusto más suntuoso, ya que no tan inspirado.

Hemos advertido en otra parte que la Catedral de Valencia ocupaba el punto céntrico de la antigua ciudad romana. De aquellos tiempos, y de los sucesivos hasta la conquista de don Jaime, quedan escasísimas memorias acerca de ella. Que fué templo de Diana dícenlo Beuter, Escolano y Diago, pero ni aducen prueba alguna, ni referencia autorizada (1). Dicen tam-

(1) Como el recinto de la Catedral era el centro de la ciudad romana, es muy probable que hubiese en él algún templo; pero es aventurado asegurarlo y determinar su dedicación. Ya hemos dicho que en sus muros había inscripciones romanas, entre ellas, dos que citó Beuter, atribuyéndolas á dos capitanes de César, y que no eran de aquel tiempo: estaban dedicadas á Herennio Etrusco y C. Valente Hostiliano, Césares, hijos del emperador Decio. Hallábanse en la capilla de San Benito, y parecían basas de estatua. El arzobispo Fr. Isidoro de Aliaga mandó picar estas inscripciones. La primera indicación que encontramos de haber existido en aquel sitio un templo de Diana, es la de Beuter, que dice así, hablando de Valencia y de Escipión el Africano: «Hizo un templo á Diana, donde agora está la Iglesia Mayor; el qual algunos años después Sertorio mejoró con muchos gastos,

bién que, en tiempo de los godos, aquella iglesia, episcopal ya, estaba consagrada al Salvador: esto es más probable. Como cierto, puede asegurarse que el Cid la dedicó á la Virgen María, contra los que han supuesto, con Beuter, que fué entonces su titular el Apóstol San Pedro (1). Á la Virgen, patrona de sus conquistas, dedicó también D. Jaime la mezquita, purificada y bendecida por el arzobispo de Tarragona, y en la cual, el obispo electo para Valencia, Fr. Berenguer de Castellbisbal (2), dijo la

---

y él mismo lo consagró, según las cerimonias que en aquel tiempo usaba la gentilidad, y eligió ser allí sepultado, como de hecho se cumplió, según parece por la piedra que agora sirve para el agua bendita en la mesma Iglesia Mayor, delante de la Sacristía» (lib. I, cap. 17). Beuter no indica de dónde tomó estas noticias; ya hemos visto que la inscripción que cita en su apoyo, tiene un sentido muy diferente. Los autores que han seguido á Beuter no han aducido tampoco ninguna prueba. Cruílles dice que la existencia de un templo romano donde está la Catedral ha sido un tanto debatida, «pero es bastante respetable el aserto del Padre Claudio Clemente, en sus tablas cronológicas, publicadas en 1689, de que el templo que levantó en Valencia Cneyo Scipión y dedicó á Diana, llegó á ser la Iglesia Mayor.» No comprendo cómo da fe Cruílles á esta cita del P. Clemente, que tomó de Esclapés: aquel escritor, jesuíta borgoñón, que tuvo cátedra en los Estudios Reales de Madrid, no hizo trabajos de investigación para formar sus *Tablas cronológicas* (publicadas en Colonia en 1642, en Zaragoza, adicionadas por Dormer, en 1677, y en Valencia añadidas de nuevo por Vicente Josef Miquel, en 1689): limitóse á compilar, sin criterio, las noticias dadas por otros autores. Así es que al hablar de Valencia romana sigue servilmente á Beuter, y copia la fábula de su antiguo nombre de Roma, y hasta el desatino de que la Albufera es obra de Cneyo Scipión. Sin duda no conoce Cruílles el libro á que, por inadvertencia, ha atribuído autoridad respetable.

(1) En la *Crónica del Cid* se da el nombre de San Pedro á la parroquia *(colación)* mayor de las fundadas por el Campeador en Valencia, y esta versión siguieron Beuter y Escolano. Pero el maestro Risco, en su *Hist. de Rodrigo Diaz*, cap. 14, la contradice, suponiéndola «fingida con pasión hacia el monasterio de Cardeña, que tiene también la advocación de San Pedro.» En su apoyo alega la escritura de dotación de la Catedral, en la cual se lee: «Haec autem omnia superius pertaxata Domino Deo, et ecclesiae Valentinae *in honorem Beatae et Gloriosae semper Virginis Mariae consacratae... donamus*», y otra, de donación, hecha por la viuda del Cid, que comienza así: «Ego Eximinia Diaz... facio hanc cartulam scriptionis et donationis ad honorem Dei *et Beatae Mariae Semper Virginis Valentinae Sedes.*» Ambas escrituras, halladas en 1617 y depositadas en el Arch de la Catedral de Salamanca, las insertó el M. Risco en los apéndices del citado libro. En ellos copió también el códice de San Isidro de León sobre la historia del Cid, en el cual se lee: «Venit impesemet (Rodericus) ad Valentiam, et in domo sarracenorum quan illi mezquitam vocant, Ecclesiam Sanctae Mariae Virginis, ad honorem ejusdem Redemptoris nostri genitrices miro, et decoro opere construxit.»

(2) Este religioso dominico, presentado para la Sede nueva (ó mejor dicho,

primera misa en un altar de campaña, ante una imagen de la Madre de Dios, que llevaba el rey consigo, y que quedó en la capilla mayor como patrona de la nueva Catedral. Asegúrase que aquella imagen, pintada en tabla, es la misma que aún se conserva en la sacristía, y cuyo tradicional origen publica una inscripción en versos latinos (1).

¿Derribó el mismo rey la mezquita convertida en iglesia y puso mano en la edificación del nuevo templo? La hermosa procesión que describe Beuter (y á que me he referido en un capítulo anterior) ¿es histórica ó emblemática? El rey, dando con su martillo de plata el primer golpe á los muros muslímicos, y los obispos, abades, ricos-hombres, caballeros y soldados, repitien-

---

restablecida) de Valencia, no llegó á ocuparla; renuncióla en 1239, antes de obtener la confirmación. El primer obispo fué Ferrer de Sant Martí, paborde de Tarragona. Aquel nombramiento no confirmado ha hecho incurrir en error á Beuter, que atribuyó al primer obispo propietario las noticias que se tenían del primer obispo electo, arrastrando en esta equivocación á la mayor parte de los autores, pero no á Escolano, que distingue bien á ambos personajes.

(1) «Obtulit huic Urbi post barbara colle subacta—Hanc primam Sacrae Virginis effigiem—Rex super insignis Regumque norma Jacobus.—Mente reverenti prospice quisquis ades.» El Conquistador conservó viva devoción á la Virgen de Valencia: hablando de la tormenta que le asaltó en alta mar, al dirigirse á Tierra Santa, dice: «Ab tant pregam á Nostra Dona Santa María de Valencia, que pregas lo Seu Fill mentre que erem en aquell torment be per tres dies e per tres nits... si ell tenia que no era profitable a Nos, ne a chrestians, quens tornás devant lo seu altar de Nostra Dona Santa María de Valencia.» En 1370, cuando se construyó el altar mayor de plata, fué trasladada esta imagen á la capilla de Santa Lucía. Ahora está en la Sacristía principal. Llamábanla nuestros abuelos *Mare de Deu del anell*. «Representa á la Virgen sentada, con el Niño en brazos; el rey D. Jaime á la derecha, con muchos mancebos, y la reina D.ª Violante á la izquierda, con muchas doncellas, todos en actitud de plegaria.» Esto dice Orellana y presume que la invocación del Anillo y la presencia de los jóvenes de uno y otro sexo, confirman la tradición de que figuran éstos los soldados cristianos que contrajeron matrimonio con las doncellas venidas de fuera para poblar la ciudad. Boix repite la descripción de Orellana; pero en este retablo no hay tales mancebos ni doncellas. La pintura de la Virgen, de medio cuerpo, está encerrada en un marco dorado, con cristal, y á los lados están figurados, de bronce y de medio relieve, el rey y la reina solamente, puestos ambos de rodillas. Estas figuras son obra muy posterior á la pintura, la cual denota antigüedad y se observan en ella huellas de una remota restauración, que no permite apreciar en todos sus detalles la obra primitiva. Obsérvanse en ella rasgos del renacimiento iniciado en Italia por Cimabue, y esto hace dudar á los conocedores que proceda del siglo XIII.

do el golpe destructor, hasta arrasarlos, es quizás pintura simbólica de la cooperación de todas las clases en aquella obra de reconstrucción material y moral, realizada por el Conquistador. De la reconstrucción material quedó un documento fidedigno: una lápida, que ya no existe, pero que copiaron muchos escritores, en la cual constaba que en el año 1262 puso la primera piedra el tercer obispo de Valencia fray Andrés de Albalat (1).

Aquel templo, de arquitectura ojival, sencilla y severa, como corresponde al gusto del siglo XIII, construído todo él de piedra labrada, tenía tres naves (más ancha y más elevada la central que las laterales), un espacioso crucero, y detrás de la capilla mayor, otra nave en forma de rotonda, como en la Catedral de Barcelona: todo ello cual hoy subsiste, excepto el cimborio, que es de época posterior. La fábrica es la misma: la decoración es lo que ha cambiado por completo. Pero las naves no se prolongaban tanto como ahora: sólo llegaban hasta el límite del coro actual. Por aquella parte tenía puerta la iglesia hacia el sitio que ocupó luego el Aula Capitular (2). Había otras dos puer-

---

(1) Estaba colocada esta inscripción en el pilar que separa la capilla de Santiago y la de la Santa Espina, llamada ahora del buen Ladrón, en el ábside de la iglesia, y decía así: «Anno Domini MCCLXII. X. Kalend. Julii fuit positus primarius lapis in Ecclesia Beatae Mariae Sedis Valentinae per venerabilem patrem fratrem Andream tertium Valentinae Civitatis Episcopum.» Boix, en su *Valencia histórica y topográfica* da por existente esta lápida «en una columna de la capilla de Santiago, colocada encima del sepulcro del obispo Albalat.» Como están tomados de la obra de Orellana los datos de este libro de Boix, copió probablemente la noticia sin cerciorarse de la subsistencia de aquella interesante inscripción, la cual debió desaparecer al restaurarse interiormente la Catedral á fines del siglo pasado.

(2) Se colige esto del bando dictado en 1355, en el cual se dispone que la procesión del Corpus «isqua e partexca de la esglesia de la Seu... per la porta que es ves la plassa de les Gallines, e pase per la Freneria axí com hom va per lo cantó d' En Merles.» La plaza de las Gallinas estaba en el extremo oriental de la que se llama hoy del Miguelete, entre las calles de la Barchilla y de Campaneros; la esquina de *En Merles*, entre las de Campaneros y Zaragoza, y la calle de la Frenería, entre las de Zaragoza y Bordadores. La plaza donde después se construyó el Miguelete, se llamaba *de les Cols*. En los primeros tiempos después de la reconquista, hasta que se ensanchó la ciudad, el mercado público estaba situado en las plazuelas que rodeaban á la catedral, y de aquí provienen los nombres de estas plazuelas.

tas á los extremos del crucero, las mismas de hoy. Á un lado, á espaldas de las antiguas capillas de San Pedro y San Miguel, alzábase el campanario primitivo, torre de corta elevación.

No sabemos cuándo terminó esta obra primera de la Iglesia Mayor (1): sólo puede asegurarse que durante un siglo, ó más, continuó en aquel estado, hasta que, en la segunda mitad del XIV, durante el largo reinado de D. Pedro IV, comenzaron en Valencia las obras de carácter monumental. Dos grandes mejoras recibió entonces este templo: el obispo D. Vidal de Blanes construyó la grandiosa y grave Aula Capitular, y su sucesor D. Jaime de Aragón levantó fuera del recinto sagrado, pero próximo á él, como era costumbre en aquel tiempo, la magnífica torre de las campanas, que recibió el nombre de *Micalet*. Antes de terminada esta obra, y entrado ya el siglo XV, comenzóse otra, que es quizás la más artística de la Catedral: la de su luminoso cimborio, y á mediados de aquella centuria, cuando la iglesia de Valencia tuvo la gloria de que subiesen al solio pontificio dos de sus prelados, y adquirió la categoría de metrópoli, agrandóse el templo, construyendo la navada que se extiende del trascoro á la puerta principal de hoy, y uniendo al vasto edificio la fortísima torre (2). Quedó entonces terminada la Catedral Valentina.

---

(1) Podrían aclararse estas dudas y otras muchas examinando el Arch. de la Catedral, pero esto ofrece dificultades insuperables, porque sus documentos no están, según parece, bien ordenados y catalogados, y quizás por esto mismo se rehuye autorizar su consulta. Este mal no es de hoy: en el siglo pasado ya se quejaba el P. Teixidor de que no le dejaron ver aquel Arch., en el cual hubiese encontrado rico pasto su espíritu escrutador. Gracias á la amabilidad del actual archivero, he podido hojear los trece tomos ms. in folio, por Juan Pahoner, presbítero beneficiado de esta iglesia, que reunió muchas noticias bajo el título *Recopilación de especies suellas perdidas, pertenecientes á esta Santa Iglesia Metropolitana y á sus preeminencias, donde se hallarán notadas ó continuadas varias Constituciones, Ordinaciones, Deliberaciones, Privilegios, Bullas, Providencias, Estatutos y diferentes Exemplares del caso.* Comenzóse esta recopilación en 1756. He visto y consultado en este Arch. otro libro ms. interesante: titúlase *Libre de Antiquitats;* lo escribió mosen Pedro Martí, presbítero y sot-sacrista de la Seo, y contiene noticias curiosas, no sólo de este templo, sino también de la historia civil y política de Valencia. La letra es del siglo XVI, y hay adiciones de diferente mano.

(2) Ximeno dijo (en sus *Escritores Valencianos*), y copiaron otros, que esta·

Durante dos siglos no se hicieron en ella obras de fábrica importantes; después, sí: cambió el gusto, y las generaciones sucesivas acometieron la costosa empresa de transformarla (1).

---

obra la hizo á sus expensas Alejandro VI; es de su tiempo, pero la costeó el cabildo, que vendió para ello en 1452 el lugar de Plandecorts y se procuró después otros recursos. Un ms. que estaba en la biblioteca del convento de Santo Domingo, daba las siguientes noticias sobre esta obra: «En lany de nostre Senyor de MCCCCLVIIII dilums a X del mes de setembre comensaren a cabar e derocar per fer lo portal e arcada de la Seu pp lo campanar. E fon maestre de fer la dita obra mestre Valdomar, natural de la dita ciutat de Valencia.» Á Valdomar sucedió Pedro Compte, maestro cantero muy famoso en aquella época. El citado ms. dice: «Per mort de mestre Valdomar fonch mestre Pere Compte, molt sabut en l'art de la pedra.» Concluyóse esta obra en 1482.

(1) Ponz, que alcanzó aún á ver la Catedral antes de su restauración general, dice de ella: «La iglesia es de forma gótica: consta de tres naves; no llegan sus adornos, ni con mucho, en este género de arquitectura, á los de la Catedral de Toledo, ni á otras, como la de Burgos, la de León, la de Sevilla, etc., y antes tiene falta que sobra de ellos. Es baxa de techo, lo cual desagrada no poco: por tanto le sirve de adorno y desahogo el crucero, como también la linterna ó cimborio en medio del mismo crucero, que es obra bien entendida y más moderna que lo restante de la iglesia; pero executada sobre el mismo gusto.» Era Ponz adversario acérrimo de la arquitectura gótica, según hemos observado ya; no la sentía (como hoy se dice), ni la había estudiado; por eso no advertía la diferencia entre el gótico severo, tan hermoso y grave en toda la Corona de Aragón durante los siglos XIII y XIV, y el gótico florido de época posterior. La Catedral de Valencia no era un templo de primer orden por sus dimensiones y suntuosidad; pero debió ofrecer apropiado é interesante carácter artístico. Los escritores valencianos antiguos hablan de él con gran encomio. El arcediano Bernardino Gómez Miedes decía así, á fines del siglo XVI, hablando de su construcción por el Conquistador: «Y en ser alimpiado el suelo, fué dada al rey por mano de muy expertos maestros é ingenieros una muy buena traça de templo, y pareciéndole bien, començo a edificarse uno de los mas bien trazados y sumptuosos que hay en la christiandad, segun lo vemos en nuestros tiempos acabado. Pues dado que en la grandeza y labores no yguale con algunos, pero en lo particular viene á sobrepujarles, y ser raro entre todos: como es por su muy alto, ancho y bien encumbrado cimborio: por su bien labrado retablo con personages grandes de relieve de plata fina: por su anchura y melodía de órganos: por su firme y liso suelo: por su admirable fábrica de cabildo, y su ochavada, fortissima y muy alta torre de campanas: y en lo espiritual mucho mas, por la singular copia de reliquias sagradas, que en su sacristía tiene, las mas raras y admirables de Santas que haya otras en la christiandad: con los vasos de oro y plata y ornamentos riquissimos y muchos. Y de mas, de su copioso numero de sacerdotes y ministros sagrados, la sumptuossisima y devotissima solemnidad de sus continuos officios y sacrificios divinos, que no se halla en esto con quien comparalla» (*Hist. del Rey D. Jaime*, lib. XII, cap. 3). Respecto al numeroso personal de la Iglesia Mayor, que fué aumentando con el tiempo, es curiosa una nota del año 1756, según la cual, había 24 canónigos, siete dignidades, 10 pabordes, 239 beneficiados, 10 oficiales del cabildo y ocho capellanes cantores.

Comenzó la restauración por lo principal del templo, por la capilla mayor. El arzobispo D. Luís Alfonso de los Cameros emprendió esta obra en 1674. Los muros pintados al fresco, sucios ya y deteriorados, fueron revestidos de mármoles y bronces, que talló y cinceló el arte exquisito del Renacimiento, extraviado ya por el énfasis y la superabundancia de Churriguera y sus discípulos. Con arreglo á este mismo gusto, trazó un escultor alemán, en los primeros años del siglo XVIII, el arrogante frontispicio de la puerta principal. Era tan grande el contraste que presentaba, en el interior del templo, su capilla mayor, resplandeciente como ascua de oro, y «reputada la primera de España por sus finísimos jaspes y mármoles blancos y negros», según expresión del P. Teixidor, con el resto de su fábrica, de cantería común, desprovista de lujoso ornato (1), que se imponía imperiosamente su restauración completa. La capilla de San Pedro era decorada artísticamente al mismo tiempo que se construía la fachada principal: el famoso Palomino y el canónigo setabense D. Vicente Vitoria la embellecieron con su pincel. Renovóse también la de San Luís, obispo, cuya cúpula pintó Vergara (don José); y sucesivamente fueron «remodernadas» (como entonces se decía), las demás capillas. Acometióse, por fin, en 1774 la obra magna de su reforma general. «Como se veía la piedra, parecía una mezquita», dice Orellana, en su *Valencia antigua y moderna*, y para quitarle ese aspecto, «blanqueóse de alabastro, adornóse seriamente con faxas de oro, formáronse los pedestales de brillantes mármoles, trasladóse el coro á una arcada más abaxo, dispusiéronse con uniforme simetría todas las capillas y todos los retablos (2), de exquisitos mármoles y jaspes de canteras

(1) Para las festividades solemnes, revestíanse los muros y los pilares de hermosos tapices, que daban á la Catedral un aspecto de gran magnificencia. Para las fiestas del matrimonio de D. Felipe III fueron blanqueados y retocados muros, pilares y bóvedas.

(2) Todos los altares son de igual ó parecida construcción, de orden corintio, y de ricos jaspes y mármoles. Tienen un solo cuerpo en forma de templete con dos hermosas columnas. En las ocho capillas mayores hay dos figuras simbólicas en

de este reino, cuya bien ordenada colocacion con la variedad de sus colores naturales roba la atencion al mas delicado gusto. Ni todo esto, añade, es su único precioso adorno, sí unos rasgos de perfil añadidos de reciente para realce de las maravillas y grandiosos primores de que ya gozaba desde antiguo dicha iglesia.» Las exigencias del gusto académico quedaron cumplidas: el alabastro y el oro cubrieron los oscuros sillares, que daban *aspecto de mezquita* á la Catedral para los críticos del siglo pasado (1). Apenas quedó en ella rastro de su construcción primitiva. Tal como es, visitémosla por fuera; luego penetraremos en su interior.

Irregular en su perímetro, y rodeada de calles angostas y de plazuelas breves, la Catedral de Valencia sólo tiene buen punto de vista desde la plaza que persevera con su nombre, aunque se titula oficialmente *Plaza de la Constitución* (2). Desde este sitio, punto central y verdadero *forum* de la ciudad antigua, se nos presenta la seis veces centenaria Iglesia Mayor con el vivo contraste de órdenes diversos y de miembros arquitectónicos mal acoplados. La puerta ojival de los Apóstoles, con sus efigies rígidas y sus labores góticas, nos habla del arte severo, ingenuo, creyente y espiritualista de la Edad-media, y á entrambos lados de este vetusto y sombrío frontispicio, extiéndense, por una parte, las esbeltas y alegres galerías, llamadas los *Arcos*

---

cada altar sobre el ático que les sirve de remate. Los Santos tutelares están representados en pinturas que cubren el nicho del altar: en muy pocos hay imágenes de escultura dentro de los nichos. Las ocho capillas grandes tienen cúpula con linterna.

(1) Dirigió esta obra D. Antonio Gilabert, el arquitecto más distinguido que tuvo Valencia en el siglo pasado. Nació en Pedreguer el año 1716 y murió en la capital el 1792, siendo director de la Real Academia de San Carlos. Tuvo gran parte en la construcción de la Aduana, concluyó la iglesia de las Escuelas Pías, trazó y construyó la capilla de San Vicente Ferrer en el convento de Santo Domingo, y las iglesias de Turís y Gestalgar.

(2) *Plasa de la Seu* es el nombre que le dan comunmente los valencianos. Llamóse en tiempos antiguos plaza *de la Palla*, porque estaba en este punto el mercado y el peso de la paja, y también *de les Corts*, por hallarse inmediato el palacio de la Diputación y Generalidad del Reino.

del Cabildo, de elegancia profana y carácter pseudo-clásico, y por otra la frontera correcta y vulgar de la Casa del Magistre. Por fortuna, sobre el hacinamiento de tejados y cúpulas, levántase, como una tiara pontificia,



VALENCIA.—Vista de la Catedral desde la plaza de la Constitución

la linterna magnífica del Cimborio, y allá, en el fondo, la mole augusta del Miguelete.

La puerta de los Apóstoles, sin ser una maravilla, fija con

agrado la mirada de toda persona sensible á la belleza plástica, é interesa al conocedor de la historia del arte, porque es tipo acabado de la arquitectura y escultura que se ha llamado gótica. Pero ¿cuándo se construyó? He ahí una pregunta á la que no



VALENCIA

CIMBORIO DE LA CATEDRAL

puedo contestar con documentos fehacientes. Ninguno de nuestros historiadores ha consignado esa fecha. Atendiendo á que terminaba ya el siglo XIII cuando comenzó la reconstrucción del templo, y al perfeccionamiento que revela esta obra en el estilo ojival, me inclino á adjudicarla al siglo XIV (1). Pudiera, en

(1) Circunstancia arquitectónica característica de aquel siglo es la forma equilátera de la ojiva, el *tiers-point* de los franceses.

efecto, presentarse como modelo de aquel estilo, por su traza, por sus proporciones, por su decoración, por la unidad de todos sus elementos, por lo característico de todos sus detalles. Las estatuas de los Apóstoles (1) colocadas á uno y otro lado de la puerta, bajo afiligranados doseletes; la de la Virgen, que ocupa el tímpano, rodeada de ángeles y serafines, cantando sus loores y tañendo instrumentos; las de otros santos, corroídas y deformadas ya, que se ven en el elegantísimo friso superior; las cuarenta y ocho figurillas, de bienaventurados también, que adornan y enriquecen la triple archivolta del gran arco apuntado, resaltan todas ellas sin confusión de las líneas generales y de las labores prolijas de esta portada, combinándose para producir efecto felicísimo. Cualquier fragmento arrancado de esta obra artística, bastaría para determinarla con exactitud, y con muy pocos tendría bastantes un artista perito, para reconstruirla: tan bien obedecen todos los pormenores al gusto que la inspiró. Las figuras de los Apóstoles, sobre todo, marcan perfectamente el estilo de la imaginería religiosa del siglo XIV, cuando, conservando aún su solemnidad ascética y su decoro místico, iba dando expresión al semblante, variedad á la actitud, aún reposada, y cierta gracia severa al plegado monumental de los paños.

Multitud de blasones esculpidos completan el exorno significativo de este suntuoso portal. La mayor parte de ellos son el escudo primitivo de la ciudad, con las cuatro Barras, sin yelmo ni corona. Algunos otros, pocos, tienen otras empresas, que corresponden á familias ilustres de Valencia; interesante sería saber por qué se pusieron en lugar tan distinguido, pero faltan medios para averiguarlo (2). Tenía esta puerta antiguamente

(1) Estas estatuas son diez y seis, de modo que figuran otros santos además de los Apóstoles; he leído en documentos antiguos que, á más de estos, hállanse representados en ellas los Evangelistas y los Doctores de la Iglesia, pero tampoco sale bien la cuenta. La falta de atributos hace muy difícil individualizar estas imágenes.

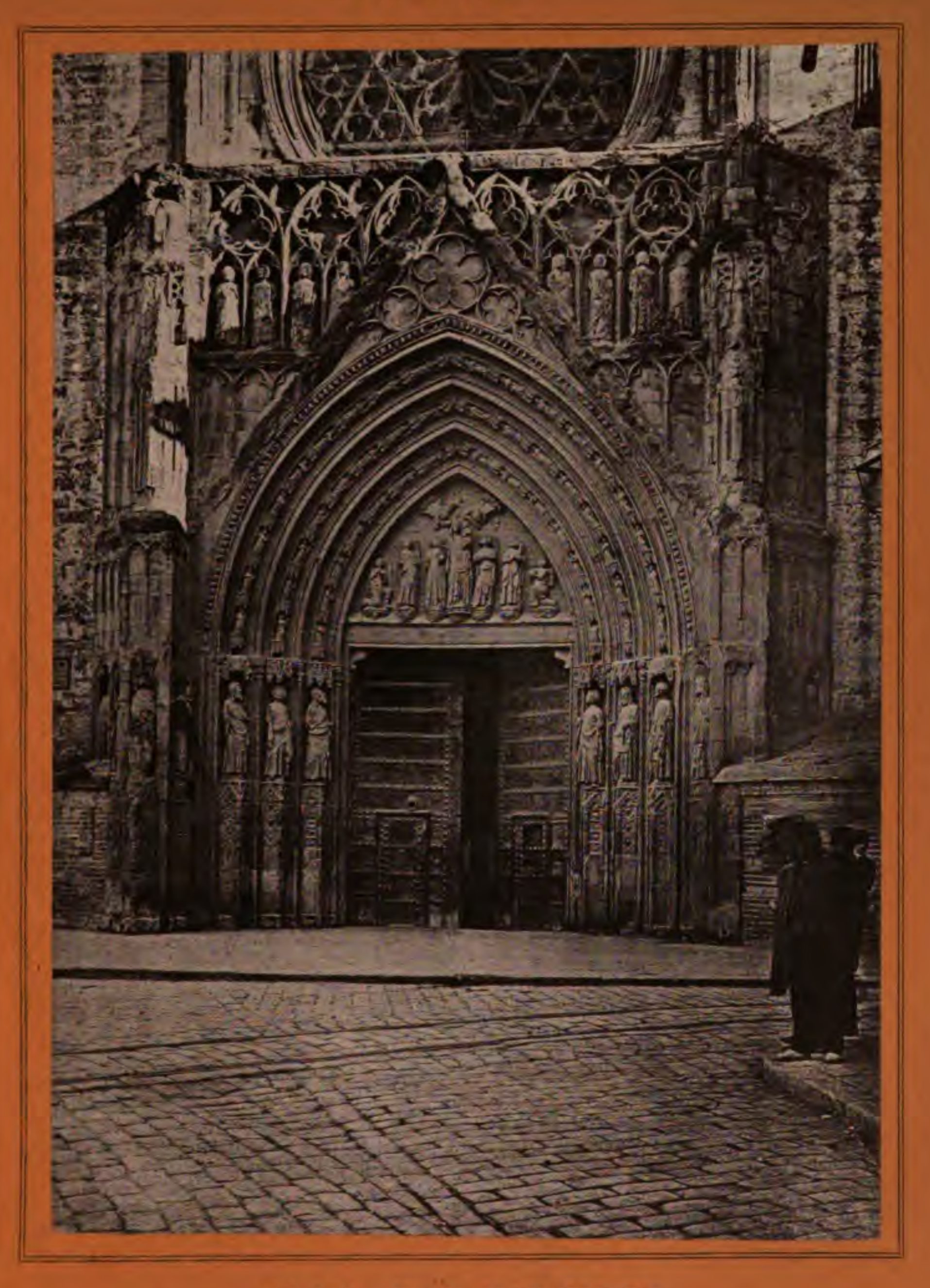
(2) En cada jamba de la puerta está repetido cuatro veces el escudo de la ciudad, y siguen, debajo, dos distintos; á la derecha, entrando, tiene el primero un

una pilastra divisoria: era un estorbo en la aglomeración del gentío, y el Patriarca Ribera mandó quitarla para la fiesta que se hizo en 12 de Diciembre de 1599 á las reliquias de San Mauro, enviadas por Clemente VII (1). Contribuía al aspecto solemne de este ingreso de la Catedral una lonja, enlosada de piedras azules, con bancos de cantería y verjas de hierro que la cerraban, dejando dos aberturas para el paso. También por estorbador fué destruído este vestíbulo en 1798. Aquellos bancos de piedra daban estrado respetadísimo al célebre Tribunal de las Aguas, resto de la justicia musulmana conservado á través de las edades, y cuyas reuniones de los jueves continúan todavía, sustituído el banco secular por cualquier sofá de quita y pon, en el cual no hacen buena figura los tradicionales jueces campesinos de las Siete Acequias.

---

castillo ó alcázar sobre agua, y el segundo tres monedas (marcos); á la izquierda, el primero un toro pasante; el segundo es ajedrezado. Estudiando estos blasones, á instancias mías, el Sr. Martínez Aloy, muy competente para el caso, aventura una suposición. El primer escudo de la derecha coincide con el del cuarto obispo de Valencia Jasperto de Botonach (alcázar de oro aclarado de sable, en campo de azur, sobre ondas de plata y del campo). ¿Se construiría la puerta de los Apóstoles en su tiempo? Si esto se comprobase, tendríamos la fecha de su construcción muy aproximada: aquel obispo rigió la diócesis de 1276 á 1288. Supone el Sr. Martínez Aloy que el otro blasón de este lado pudiera ser del arcediano mayor, cabeza del cabildo, y los del lado opuesto del justicia y del gobernador, como autoridades civiles superiores. Gobernador lo era en aquel tiempo D. Rodrigo Jiménez de Luna, y Ortiz de la Vega (*Glorias nacionales*, tomo VI ap.) atribuye escudo ajedrezado de oro y gules á una familia Jiménez. En las pilastras de la mano izquierda hay otros cuatro escudos, muy corroídos, pero aún se ve que el primero es acuartelado, con flores de lis y palos, el segundo sólo tiene una flor de lis, el tercero una rueda de molino, el cuarto una ave pasante. ¿Corresponderían á los cuatro jurados de la ciudad? Como no existe la relación de los jurados de aquel tiempo, no es fácil comprobarlo. El autor de estas conjeturas las da como punto de partida para nuevas investigaciones.

(1) Esta obra produjo alguna irregularidad é imperfección en la puerta, pues se rasgó el muro para hacerla más elevada, «quedando tres palmos más de altaria y quadrada por lo alto de ella», dice Felipe Gaona en su libro ms. sobre las Bodas de Felipe III. Si se fija el lector en el dibujo de esta puerta, observará que el dintel no sigue la línea del arranque de las archivoltas, lo cual es contrario á las reglas arquitectónicas, y que los modillones que lo sostienen son del gusto del Renacimiento. La Virgen colocada en medio del tímpano estaba en el pilar divisorio del portal. Tanto esta figura, como las de los ángeles, indican, por su basamento, que no están en el sitio para donde fueron hechas.



Catedral. — Puerta de los Apóstoles

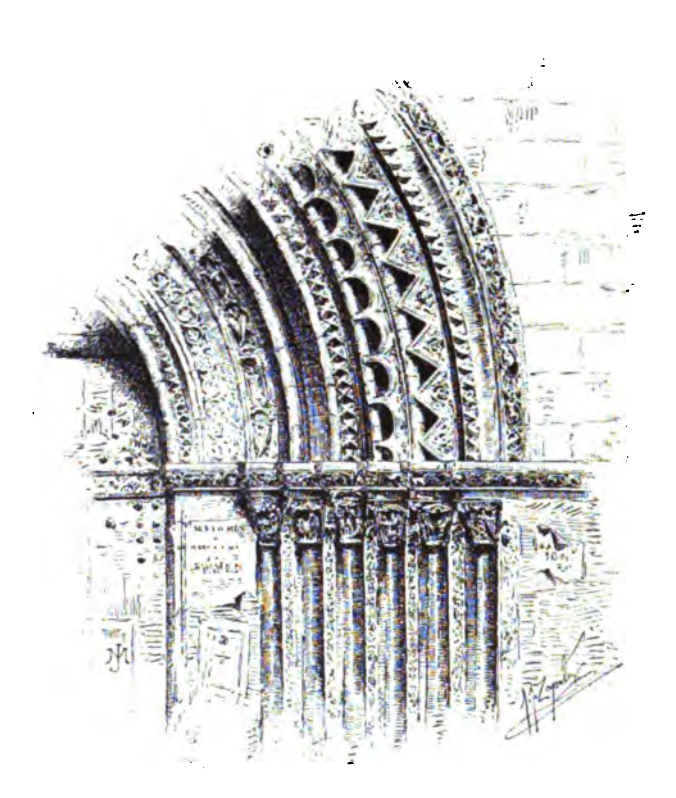
mitir que una línea inflexible separa en el tiempo estos dos estilos tan diversos, como dan á entender los clasificadores sistemáticos, habríamos de atribuir marcada anterioridad á la puerta del Palau, y hasta sería necesario separar su respectiva construcción por un lapso de años suficiente para que el nuevo arte adquiriese la perfección que revela la puerta de los Apóstoles. Pero no cabe duda en que, durante un período bastante largo coexistieron los dos géneros, y que á la vez se construían iglesias góticas y bizantinas, y se mezclaban ambas maneras de edificar en una misma fábrica. De ello nos presenta ejemplo patentísimo esta obra que ahora contemplamos, pues sobre la portada en plena cimbra, rasgó el muro la prolongada ventana ojival, y lo bien que se armonizan las dos da á entender que pertenecen á una sola concepción artística.

Llamóse de Lérida esta puerta (1), y en los modillones que sostienen la cornisa, están figuradas siete cabezas de hombre y siete de mujer, representativas, según dice Beuter y afirma la tradición, de los siete matrimonios que vinieron al frente de las doncellas leridanas para poblar la ciudad (2). Estas circunstancias se relacionan tal vez con la notable semejanza que se advierte entre esta puerta y una de las obras más acabadas del arte románico en Cataluña, la puerta llamada *dels Infants* en la catedral antigua de Lérida, «toda cincelada como una preciosa copa de oro, toda sembrada de mil dibujos medio árabes, medio bizantinos y góticos en parte», como decía, al contemplarla admirado, el entusiasta Piferrer. Varían algo las proporciones de estas dos puertas: la de Valencia es más profunda, y por la menor altura de sus pilastras, resulta más achatada; pero la semejanza evidentísima está en las labores de la archivolta, séxtuple

(1) Aún se llamó así en el pregón publicado el año 1778 para la fiesta de la beatificación del venerable Nicolás Factor.

(2) Véase el cap. XIII, pág. 505 y 506. Los nombres de estas siete parejas, copiados por Beuter, están inscritos en el friso entre los modillones.

en ambas y adornada con los mismos elementos decorativos (1). La Catedral de Lérida comenzó á construirse en 1203 y se concluyó en 1278. La reconstrucción de la de Valencia principió en 1262. ¿No es muy probable que se tomase por modelo para ella, en alguna parte, aquel templo, tan afamado entonces, y cuyo renombre creció tanto, que á fines del siglo XIV el Cabildo de Valencia enviaba su maestro de obras á la ciudad del Segre, como veremos luego, para inspirarse en sus bellezas? Esta conjetura se robustece por la conexión que de un modo ú otro tuvieron con esta puerta del Palau los pobladores leridanos, que le dieron su primer nombre (2). Lo cierto es que bien se le puede aplicar lo que Piferrer decía de la ca-



VALENCIA

CATEDRAL: DETALLE DE LA PUERTA DEL PALAU

(1) Puede ver el lector esta puerta *dels Infants* en el tomo II de *Cataluña*, de esta misma publicación, pág. 332.

(2) Hizo este pasadizo el obispo D. Vidal de Blanes en 1357, á quien le otorgó licencia, al efecto, D. Pedro IV, pero los jurados de la ciudad se opusieron alegando un privilegio de la misma, según el cual, no era permitido establecer arcos de paso entre las iglesias y las casas del vecindario. La cuestión fué larga y empeñada, y el rey tuvo que emplear toda su influencia para sostener la concesión hecha al prelado.

tedral en que hemos buscado su modelo, calificándola de «último suspiro del arte bizantino, que cedía su plaza al gótico, cuya proximidad ya revelaba con las bellas combinaciones de sus ornatos.»

Á muy poca distancia de esta puerta, enlaza un arco el Palacio Arzobispal con la Iglesia Mayor (1), y bajo de él hay una puertecilla para el servicio del templo. Esta parte de su circuito está decorada al gusto neo-clásico con pilastras jónicas. Dándole la vuelta por el callizo de *la Barsella* (la Barchilla), salimos á la plazuela del Miguelete y vemos su fachada principal adosada á aquella soberbia torre. La mole del enorme campanario es mala vecindad para ella, y aún sería peor, si hubiera buen punto de vista para abarcar el conjunto. Es, por otra parte, extraña y poco razonada la forma cóncava de este suntuoso frontispicio. Por su emplazamiento y por su traza, critícalo acerbamente Ponz (2), y han repetido otros sus censuras; pero este mismo crítico intransigente reconoce que su autor tenía «espíritu y fuego de invención», y bien se ve esto, no sólo en otras obras suyas, sino en esta misma, que ofrece grandioso aparato, aunque apartándose de los cánones vignolistas. El artista innovador que la

(1) Hay que notar otra coincidencia entre la cátedra de Lérida y la Seo valenciana. En aquella hay también Puerta de los Apóstoles, de fábrica ojival muy parecida á la de Valencia.

(2) «La portada presente tiene más de grande que de buena, aunque fué ideada por un tal Corrado Rodulfo, que aquí dejó gran nombre, mediante las obras que hizo en el principio de este siglo, entre las cuales se reputa ésta como de mucha consideración. Es débil motivo para admirar la habilidad de este arquitecto, el que, viéndose precisado á levantar esta obra en un paraje estrecho y al lado de una torre, que probablemente se la había de sorber, tomase el partido de darle figura cóncava sobre una línea semicircular, cosa extravagante y facilísima de remediar con haberla sacado más afuera hasta la línea exterior de la torre, formando un pórtico en aquel espacio hasta la puerta del templo. La razón de haber dado tres cuerpos á la portada, con el fin de que la torre no la achicase, es asimismo de poca subsistencia, porque con un cuerpo solo la podía haber hecho mucho más grandiosa de lo que es con los tres que tiene, y en mano podía haber dado que antes achicase la fachada á la torre, que la torre á la fachada, pues esto saben hacer los buenos arquitectos, y los que entienden que la verdadera grandeza no consiste principalmente en la mole, ó bulto de los cuerpos, sino en la forma, proporción y armonía de sus partes.» *Viaje de España*, t. IV, Carta 2.ª

ideó era un escultor alemán, Conrado Rodulfo, quien, después de estudiar en París y ejercitarse en Italia, donde se aficionó al estilo ampuloso de Bernini, vino á España á principios del siglo XVIII, en busca de fortuna, y encontró excelente acogida en Valencia. Con él contrató el cabildo la construcción de esta fachada en 1703, y comenzó en seguida la obra, pero estaba comprometido el alemán por la causa del Archiduque, y le siguió cuando éste marchó á Barcelona. Esperó el cabildo algunos años, hasta que en 1713, viendo que no volvía, contrató de nuevo los trabajos, que prosiguieron hasta su feliz remate, bajo la dirección del escultor D. Francisco Vergara, el Viejo, discípulo de Rodulfo (1).

Es esta fachada un monumento triunfal de la iglesia valenciana. Vense en ella glorificados sus hijos de santidad más insigne y de rango eclesiástico más excelso. Este particularismo religioso es una idea relativamente moderna. En la Edad-media tenía poca fuerza; en las catedrales de aquel tiempo, el Salvador, la Virgen María, los Apóstoles, los Evangelistas, y otros santos de fama universal, ocupaban el lugar preferente. Después, fué naciendo en cada diócesis el apego á sus especiales patronos, á sus santos peculiares, y hubo empeño, y hasta piadosa rivalidad, en honrarlos y enaltecerlos. Los de Valencia dan, con sus imágenes esculpidas en piedra, simbólica significación á la obra de arte que tenemos á la vista. Compónese de tres cuerpos sobrepuestos. En el primero ocupa el sitio de honor, sobre la plena cimbra de la majestuosa puerta, la cifra de María. Dos ángeles sostienen encima de ella una coronal real; otros dos, hermosísimos mancebos celestiales, la contemplan y adoran. Este grupo de alto relieve es lo me-

(1) Costeáronse estas obras con los fondos legados al efecto por Petronila y Dionisio Mont. Costó 33,262 libras. La piedra blanca es del puerto de Beniganím. Las losas del pavimento de Ribarroja y Moncada. Ayudaron á Rodulfo sus discípulos D. Francisco Vergara, el mayor, y Francisco Stolf; después de la marcha de Rodulfo, trabajaron en esta obra los estatuarios Andrés Robres, Luciano Esteve, José Padilla, y con posterioridad D. Ignacio Vergara, el más ilustre de todos.

jor de todo el frontispicio, y lo último que se hizo en él: Ignacio Vergara, hijo de Francisco, puso en esa obra toda la elegancia de su diseño y toda la suavidad de su cincel. Las líneas de la composición se armonizan de una manera elegantísima, y los ángeles parece que tengan la morbidez y la flexibilidad de la vida. Seis hermosas columnas corintias, primorosamente labradas por Rodulfo (1), decoran este primer cuerpo y á cada lado se abre en el muro un nicho bien ornamentado; en el de la derecha está la estatua del santo arzobispo de Valencia Fr. Tomás de Villanueva; en el de la izquierda la del santo canónigo de esta iglesia y mártir insigne Fr. Pedro Pascual, hechura las dos de Francisco Vergara, y ambas bien trazadas, aunque poco concluídas. Buscaba el autor el aspecto monumental más que el primor del detalle. Corresponden el minucioso friso y el saliente cornisamento al gusto general de la obra, que hasta esta línea levantó el artífice tudesco. Semejante al primero, y bien proporcionado con él, es el segundo cuerpo: en él reemplaza á la puerta una gran ventana oval, que da luz al interior, y álzanse en los extremos otras dos estatuas: la de San Vicente Mártir, muy arrogante y bien esculpida, es del mismo Rodulfo; la de San Lorenzo (2), de su discípulo Stolf, también alemán. Imitaba á su maestro, pero no le igualaba. Correspondiendo á los nichos del cuerpo inferior, hay en los intercolumnios dos medallones con los bustos de los Papas valencianos, Calixto III y Alejandro VI, y á sus pies las figuras de relieve de la Justicia, la Caridad, la Fama y la Gloria: hízolo todo Francisco Vergara. El último cuerpo, el más criticado por separarse de la regularidad de las líneas clásicas, presenta un remate de contornos movidos y garbosos, en el cual está representada la Asunción de la Virgen en un complicado grupo de alto relieve; y más arriba, en el ático, el Espíritu Santo. Á uno

(1) La columna del extremo de la izquierda es la única que no labró el maestro alemán, y se conoce bien, porque son más burdas sus labores.

(2) En el cap. II hemos visto que en el siglo XVII se generalizó la idea de que era valenciano San Lorenzo. Por eso pusieron su efigie en esta fachada.

y otro lado de este último cuerpo, destácanse airosas sobre el cielo las imágenes de los dos santos dominicos Fr. Vicente Ferrer y Fr. Luís Bertrán, obra de Stolf. Coronan el remate un globo de bronce y una cruz de hierro, y al pie dos ángeles de piedra en actitud de adoración. Ante esta portada se extiende una lonja de figura elíptica, cerrada con verjas de hierro y bancos de piedra, y decorada en sus puntos de arranque con dos leones echados, que sustentan sendas tarjas con la cifra de María. Y al lado se levanta la torre del Miguelete.

¡El *Micalet!* Pocos nombres, muy pocos, habrá más dulces que éste para todo buen valenciano. Pocas imágenes habrá más gratas á su corazón y más fijas en su memoria que la silueta sencilla y severa de este obelisco octagonal, desnudo de todo adorno en los tres cuerpos inferiores, gallardamente perforado y esculpido en el cuerpo superior, cuyos relieves ojivales son como su marca de fábrica y su blasón arquitectónico, y terminado con el mezquino templete de la campana mayor, cuya insuficiencia decorativa hace resaltar más la grandiosidad de la torre gigantesca. Ella es el centro, la cumbre, la cerviz de la ciudad. «Perder de vista el Miguelete,» es la frase gráfica con que los hijos de Valencia, muy apegados á su cuna casi todos, expresan el tormento del destierro, la incurable nostalgia de la tierra natal.

De la familia del Conquistador era, y alientos reales tenía, el obispo que lo construyó. Llamábase, como él, D. Jaime de Aragón, y era primo hermano del rey D. Pedro IV. Hasta la muerte de su antecesor, D. Vidal de Blanes (1369), los prelados de Valencia habían sido elegidos por el cabildo. Hubo disensiones para la nueva elección, y el Papa Urbano V, á quien se dirigió el rey para que anulase el nombramiento hecho por la mayoría de los capitulares, puso radical remedio á aquellas cuestiones, asumiendo la designación de obispo, y ejerciendo ésta facultad absoluta á gusto del monarca aragonés. Su primo, que era prelado de Tortosa, pasó á la silla de Valencia. Espléndido, fastuoso y desinteresado, como correspondía á su alto rango,

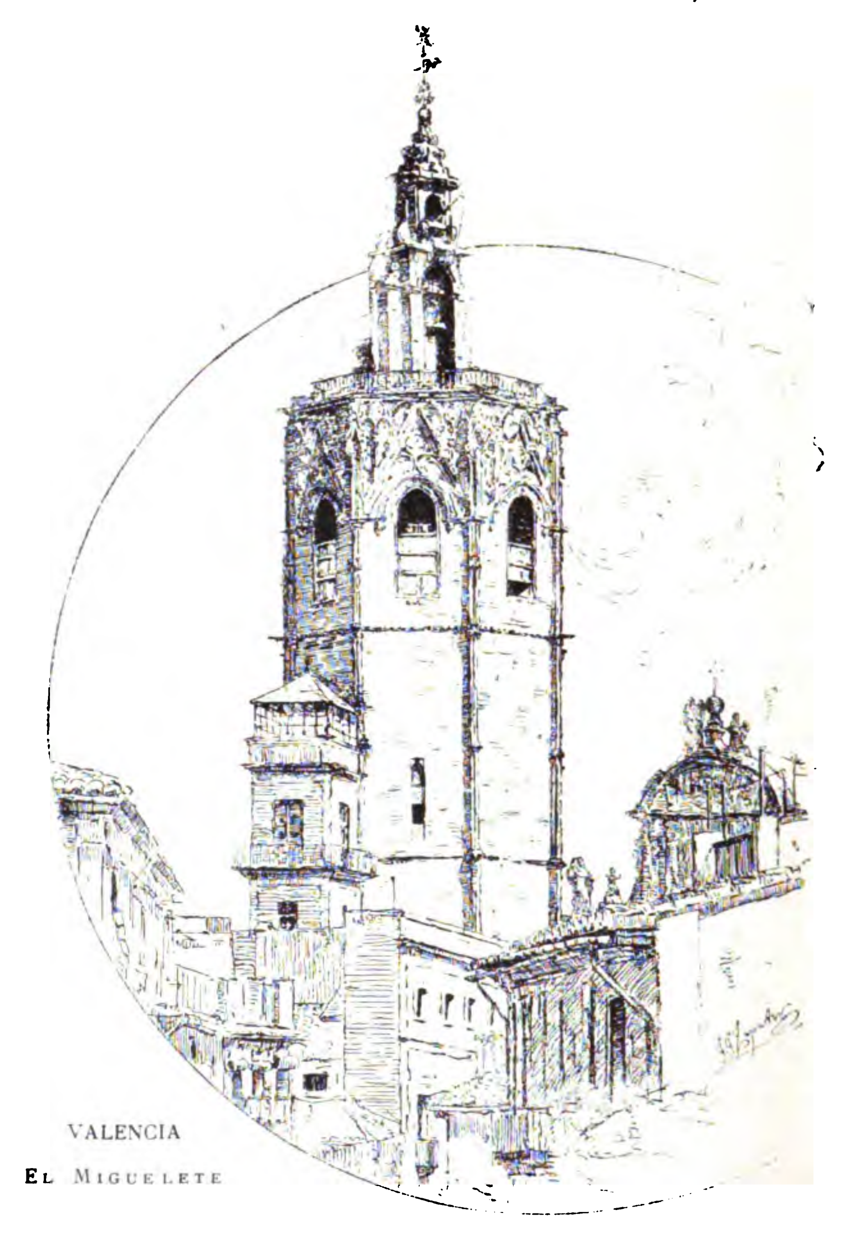
fué D. Jaime el pastor episcopal más propio para Valencia en aquella época en que la ciudad del Turia se embellecía y magnificaba. El pueblo y el clero le admiraban y le querían por igual, porque para todos era igualmente generoso. Parecióle mezquina la torre de las campanas de la Catedral, y se propuso construir otra que emulase con las mejores de España. Pidió licencia al rey D. Pedro, para comprar y destruir unas casas cercanas al templo, y la obtuvo por carta real, fecha en Monzón á 28 de Mayo de 1376. Hasta 1380 no se adquirieron y derribaron once casitas, necesarias para despejar el terreno (1), y hasta el año siguiente no comenzó la obra, según quedó consignado en la inscripción que aún se lee en la base de la torre, á la parte de la puerta principal de la iglesia. «*Aquest campanar*, dice, *fonch comensat en lany de la Nativitat de Nostre Senyor Deu Jesuchrist* MCCCLXXXI. *Reynant en Aragó lo molt alt Rey En Pere. Estant de Bisbe en Valencia lo molt alt En Jaume fill del alt infant En Pere e cosin germá del dit Rey.*» Añaden historiadores valencianos que se verificó la solemnidad de poner la primera piedra el día primero de año, y que se encargó la construcción á un famoso maestro cantero, llamado Amorós (2). Si fué así, no duró mucho su dirección: sabido es que en 1383 el maestro de la obra era Juan Franch, quien, por mandato del cabildo, iba á Lérida para estudiar el campanario de aquella catedral (3). Fueron despacio los trabajos, pues, pasados

(1) En el libro de Bononat Monnar, escribano del Cabildo, *Manual de actes comuns del any 1380*, está copiada la escritura de compra de estas casas, que fueron tasadas en 853 libras, sin los censos á que estaban afectas.

(2) Esto lo dice Orellana, refiriéndose á un ms. que no indica cuál sea.

(3) Pahoner, en su *Recopil. de especies sueltas*, dice que en el libro de fábrica colectado por mosén Bartolomé Ferrer, vió esta nota: «Dilluns a vint y tres dies del mes de Mars del any MCCCLXXXIII parti lo mestre de la dita obra del Campanar de Valencia, nomenat Joan Franch, e yo, de la ciutat de Valencia, et anam a Lleyda, de manament et ordinació del honorable Capitol per mirar les fayçons del campanar de la Seu, et per pendre les mides de aquell et de la claustra, et de les altres obres de aquella pera la Seu de Valencia necesaries, et estaguent vint dies, ço es, deu dies entre anar y tornar, et dos dias estiguem en Leyda, son dotze dies, et huit dies que estiguem a Tortosa, etc.»

veinte años, enviaba el Cabildo á la misma Lérida, á Narbona



VALENCIA
EL MIGUELETE

y otras ciudades, con igual encargo de estudiar sus campanarios, al maestro Pedro Balaguer, el constructor de las Torres de Se-

rranos, encargado entonces de la obra emprendida por el obispo don Jaime, y que éste no pudo ver terminada, porque murió en 1396, colmado de honores y revestido con la púrpura cardenalicia (1). La torre estaba construída en 1418, y algunos escritores fijan este año para su remate: quedó hecho sin duda lo principal de la fábrica, pero no concluída por completo, porque en 1424 aún contrataba el cabildo con un cantero, que se obligó á acabar por dos mil florines el último piso con sus gárgolas, hacer la barbacana y el banco de contorno (2). Concluyóse la obra en 1425, y aún entonces, se le dió fin sin dejarla terminada. En 1426 acordó el Cabildo construir «un eminente y suntuoso pináculo, circuído y adornado de imágenes (3).» Este remate monumental, que hubiera sido digno coronamiento de la magnífica torre, quedó en proyecto. En nuestros días, avivada por la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, la devoción que de antiguo profesa Valencia á la Purísima, ideóse terminar con su imagen el Miguelete, y se abrió una suscripción al efecto: la fe flaca de la generación presente no respondió al llamamiento.

La altura de la torre es igual á su circuito: doscientos veinticinco palmos valencianos (4). Toda ella está construída de sillares, á los que han dado los siglos el matiz rojizo que toma la piedra en nuestro clima meridional, como si estuviese esmaltada con minio ó cobre. Enroscada escalera de doscientas siete gradas

(1) Da esta noticia del viaje de Pedro Balaguer el P. Teixidor, en sus *Antig. de Valencia*, diciendo que consta por la carta de pago de 50 florines que por las dietas le libraron, ante Jaime Pastor, escribano del Cabildo, en 5 de Junio del citado año.

(2) Consta también por escritura del cabildo con el cantero Martín Llobet, que cita el P. Teixidor.

(3) Por escritura ante Juan Llopis, en 5 de Junio de 1426: para esta obra se impusieron censos sobre varias casas capitulares por valor de 56,000 sueldos.

(4) Cincuenta y un metros: el remate mide setenta palmos valencianos; quince metros. Este remate, cuyo objeto es sostener la campana de las horas, era de madera, y se quemó en 1657, haciendo fuegos para celebrar el nacimiento del príncipe D. Felipe, hijo del rey D. Felipe IV. Entonces se construyó de obra, como hoy existe.

sube hasta la plataforma, en cuyo centro se levanta el templete que sostiene la gran campana de las horas. Dispuso el Consejo de la ciudad su construcción en 1413, antes de que estuviera concluído el campanario nuevo, pero no se fundió hasta 1418 (1). Gran fiesta fué para Valencia su bendición solemne. La reina doña Margarita, viuda de D. Martín el Humano, y el duque de Gandía, gobernador del reino, fueron los padrinos. Como era el día de San Miguel, se le puso este nombre. Los valencianos, para quienes el diminutivo fué siempre afectuoso y chancero, llamaron *Micalet* á la colosal campana, de cuya magnitud se hacían lenguas, vanagloriándose de que pesase trescientos quintales. *Torre del Micalet* denominóse el campanario, y después *Micalet* á secas; *Miguelete* en castellano. La campana se ha roto y ha sido refundida varias veces; la actual data de 1539 (2).

No sólo para los valencianos es interesante y atractiva la torre de la Catedral; lo es también para el forastero, que encuentra en ella la encumbrada atalaya y la miranda vistosa de la ciudad, de sus alegres alrededores y de sus panorámicas lejanías. En la extensa llanura de Valencia faltan puntos de vista, y el Miguelete los ofrece magníficos. Desde su alta plataforma la

(1) En el *Manual de Consells* consta este acuerdo del Consejo general; y el de comprar 160 quintales, ó más, de cobre, y que la campana se subiese á la torre de la iglesia mayor á expensas de los tres estamentos. Por entonces no surtieron efecto estos acuerdos. Llop, en su *Fábrica de Murs y Valls*, copia los capítulos del convenio entre el obispo y el cabildo, por una parte, y los jurados y obreros de aquella Fábrica, por otra, para la construcción de la campana en 1418.

(2) La campana primera se rompió en 1458; volvió á fundirse y fué bautizada con el mismo nombre de Miguel en 1465. Esta segunda campana sólo duró hasta 1471: rota de nuevo, fué fundida en 1481. En 1519 un rayo quemó el maderamen que la sostenía y se hizo trozos al caer: al refundirse en 1521, al nombre de Miguel le agregaron el de Vicente. Volvió á romperse en 1532 «fent alegríes per una victoria que tingué lemperador contra lo Turch, en lo ducat de Austria en una ciutat que ha nom Viena» (dietario del notario Soria). Hízose de nuevo en 1539, y aún existe, con los nombres de Miguel Vicente. La campana de los cuartos de hora fué construída en 1736. En el último cuerpo de la torre están las campanas del Cabildo: son once, algunas de ellas muy antiguas, y se distinguen con los nombres de María, Jaime, Manuel, Andrés, Vicente, Narciso, Pablo, Bárbara, Violante, Úrsula y Catalina.

población aparece como un plano geométrico, con su acumulado caserío, sus calles estrechas y hondas, sus tejados oblicuos, sus terrazas planas, sus abiertas azoteas, sobre las cuales vuelan bandadas de palomas; y destacándose en aquella aglomeración de edificios, las iglesias, los conventos, los palacios, con sus campanarios esbeltos y trasflorados, y sus cúpulas azules y doradas. La ciudad se confunde con los pueblos y las alquerías de la huerta, envueltos en la verdura de los campos. La ancha faja del Turia, bien diseñada por las líneas rectas de los pretiles, corta por una parte aquel vergel frondoso; por otra, lo limita la suave curva del cercano mar, teñido casi siempre de resplandeciente azul. Á la parte de Mediodía, brilla con claridad argentina el lago de la Albufera. De la montaña de Sagunto á la de Cullera, traza la sierra á lo lejos su hemiciclo de piedra, como la gradería de un teatro romano. El espectáculo es hermoso y deslumbrador: los ojos se cierran involuntariamente, cegados por tanta luz, tanto color, tanta brillantez y tanta magnificencia (1).

Apartemos la vista fatigada de esta visión esplendorosa; hundámonos en la lóbrega escalera de caracol, y bajando con tiento sus gradas resbaladizas, desemboquemos, allá abajo, en el interior del templo, que retumba con los acordes resonantes del órgano y la voz llena y pausada de los sochantres. ¡Qué reposo! ¡Qué majestad! No puedo juzgar yo de la emoción puramente estética que produce la Catedral vista por dentro: para mí, es algo más que una obra de arte, sujeta al examen del crítico; en ella, todo me habla al corazón, todo me impresiona hondamente. ¡Admiré tanto, de niño, sus solemnes pompas, trasunto del soñado cielo para la imaginación infantil! ¡Clayáronse con tal afán en sus altares mis pupilas radiantes ó llorosas, en

(1) «El panorama que se descubre desde el Miguelete es sorprendente: para los hijos del Norte, acostumbrados á las nubes y nieblas, la brillantez del cielo es, por sí sola, suficiente maravilla. La atmósfera es tan pura y tan diáfana que los objetos distantes parecen estar al alcance de la mano.» *A Handbock for travellers in Spain*, by Richard Ford.

busca de esperanza ó de consuelo! ¡Subieron tantas veces á sus bóvedas mis suspiros con las nubes del incienso! Tal fuerza tiene esta compenetración de lo subjetivo y lo objetivo, como diría un filósofo de treinta años atrás, que, si al entrar hoy en la iglesia de mi niñez, viérala trocada, por arte de encantamiento, en la basílica del Vaticano ó la catedral de Colonia, quedaría tan contrariado como sorprendido, porque nada puede reemplazar para el alma el prestigio del templo en que aprendimos á orar y á bendecir á Dios.

Procurando desprenderme de estos afectos, diré que no causa nuestra Seo la impresión profunda, imponente, casi agobiadora, de aquellas inmensas y antiguas catedrales de la Edad-media, bosque de columnas altísimas, lleno de sombras misteriosas y resplandores fantásticos, en el cual queda al pronto como anonadado el espíritu humano, que después, fortalecido en el ambiente religioso, vuela en busca de lo sobrenatural y lo infinito á las bóvedas atrevidas y las lucernas transparentes. Ensanchada el área de la Catedral de Valencia, sin alterar su obra primitiva, pecó de escasa altura en su nueva fábrica (1), per-

(1) Refiriéndose Cruilles á una idea bastante extendida en Valencia, escribe en su *Guía urbana:* «Se dice que la Catedral fué construída al modo empleado entonces, de rebajar el piso para dar más elevación á las bóvedas; así es que antiguamente se bajaban algunas gradas para entrar: este defecto se remedió elevando algo el pavimento, pero se incurrió en el de hacer otro tanto bajas las naves.» Ni ha sido nunca sistema arquitectónico usual rebajar el piso para la construcción de iglesias, ni hay documento alguno que indique esta obra, ni su remedio, en la Catedral de Valencia, ni hay indicio de ello en su fábrica. Hecha ésta en épocas diversas, ha obedecido siempre al nivel del piso natural. El actual pavimento, de losas de mármol oscuro, algo azulado, hízolo en 1486 el maestro cantero Pedro Compte, insigne constructor de la Lonja, y de él dice Escolano: «Si miramos al suelo, parece el mar desde lejos, porque está todo enlosado de cosas azules y bruñidas.» Según Esclapés «hay tradición de que son estas losas las que había desde la casa de Daciano hasta el monasterio de San Vicente de la Roqueta, antiguamente muladar donde arrojaron á San Vicente mártir, y porque estaban regadas con sangre del glorioso Levita, las colocaron en este santo templo.» Inútil es decir que carece de fundamento esta leyenda. Ya hemos visto en el cap. XIII que Beuter atribuye al Conquistador haber embaldosado con piedras azules el tránsito de la plaza de la Higuera á la de la Leña, lugar ambas del suplicio de San Vicente, y haber concedido inmunidad á los que pisasen aquellas losas, noticia igualmente equivocada.

diendo de este modo una de las condiciones más estimadas de la arquitectura ojival. La restauración del siglo pasado redondeó los arcos apuntados, cubrió las columnas góticas con pilares corintios, revistió los muros y las bóvedas de pulida escayola, los enriqueció con hermosos mármoles, señaló con molduras y filetes de oro las líneas de la construcción renovada: todo esto le ha dado un carácter de suntuosidad, que se concierta bien con el fausto de su culto ostentoso y con la exterioridad brillante que necesita un pueblo imaginativo, impresionable y alegre, como el valenciano.

Indiqué ya la traza general de la iglesia: ocupa el coro buena parte de la nave central, pero queda descubierto amplio espacio entre su cerrado recinto y la capilla mayor, ante la cual, sustentado por los majestuosos arcos torales, elévase el gran cimborio, que derrama la luz del cielo en aquel punto de unión de las tres naves principales con las del espacioso crucero. Tiene éste, á ambos testeros, sobre la puerta de los Apóstoles un calado rosetón, y sobre la del Palau un prolongado ventanal, que producirían excelente efecto en el templo primero. Tapiados hoy en gran parte, han sido sustituídos por pequeñas claraboyas de piedra de luz. Á cada lado de la triple nave longitudinal, hay cuatro grandes capillas; otras dos en el fondo de ella; muchas, más pequeñas, sobre los muros del coro, en los del crucero y el ábside. En ellas, y fuera de ellas también, se ven por todas partes cuadros de los mejores pintores valencianos, que convierten la catedral en rica pinacoteca. Describir, enumerar no más lo que ofrece algún interés en este concepto del arte, ó bajo el punto de vista histórico ó eclesiástico, exigiría un tomo: encerrada su reseña en un capítulo, habrá de reducirse á lo más importante. Comencemos por la capilla mayor.

Cerrábala fuerte reja de hierro, y dice Escolano que en los dos pilares grandes, á que estaba arrimado ese cancel, hallábanse figuradas de relieve, desde la misma conquista, las imágenes de los mártires San Vicente y San Lorenzo, como patronos de la

ciudad. Hasta 1666 ardieron en esta capilla doce lámparas de plata; en aquella fecha, porque estorbaban la vista del altar, fueron sustituídas por dos más suntuosas (1). El primer altar fué un retablo de madera, en el cual estaba la Virgen del Conquistador, su venerada *Nostra Dona de la Seu de Valencia:* en el siglo XIV se construyó otra de plata, en el cual la riqueza de la materia superaría sin duda al primor de la obra (2). Destruyólo un incendio la noche del Domingo de Pentecostés de 1469. Había la costumbre de representar la venida del Espíritu Santo con el artificio de una paloma figurada, que descendía del órgano al altar, arrojando llamas: verificada la ceremonia á hora de vísperas, alguna chispa produjo el fuego, que no se advirtió hasta que estaba fundida la mayor parte del altar. Al arrojo de un esclavo se debió que no se destruyese por completo la imagen, también de plata, de la Virgen que había sustituído á la tabla pintada de D. Jaime (3). Recogióse el metal fundido, añadióse

(1) Costeó las doce lámparas de plata el arcediano de Játiva y canónigo de Valencia, Vicente Roca. Hiciéronse en 1595 y costaron 872 libras. Las dos grandes lámparas que las sustituyeron tenían 408 marcos de plata.

(2) Consta la fecha porque en los *Manuals de Consells* de 1370 se consigna, á 10 de Julio, que los obreros del retablo de plata que se estaba construyendo pidieron á la ciudad que costease la imagen de plata de la Virgen. El Consejo acordó dar mil florines, y no más, por estar muy endeudada la ciudad. En 30 de Abril de 1372 está anotado el acuerdo de que examinen la obra los jurados y dén cuenta, con motivo de nueva petición hecha por los obreros.

(3) «En lany MCCCCLXVIIII. Diumenge a XXI de Mag, dia de Pasqua de Cinquagesima a XI ores de nit se mes foch en lo retaule de la capella del Altar major de la Verge María de la Seu de Valencia honc se cremá tot lo retaule, es fonch la major part del argent, e la Verge Maria se cremá, e es fonch de mig loc en aval: e un Esclau Negre que dien Lançalot, lo qual es de Mosen Perellós, muntá damunt laltar, e pres la dita Imatge de la Verge María, e la trech del foch. E cremás XXXXIIII draps dor imperials, pus bells que eren en la Seu: e feu tan de mal e dan, ques diu que es pus de L milia florins. E fora cremada la major part de la Seu, sino per dos homens que veren lo foch, qui despertaren los escolans: e tot aquest dan e mal tan gran fon de les XI ores fins á las XII ores de la nit, que veren lo foch.» Dietario del Capellán de Alfonso V. El cabildo rescató al esclavo negro, y el rey lo nombró sot-alcayde del Palacio del Real. Esclapés dice que la imagen de la Virgen, era de medio cuerpo y la había regalado el Papa Benedicto XIII; pero la cita hecha en la nota anterior, demuestra que dicha imagen la hizo el cabildo con ayuda de la ciudad. Á consecuencia del mencionado incendio, quedó suprimida la función llamada *de la Palometa.*

mayor cantidad, y se fabricó otro altar más grande y más hermoso. Plateros valencianos (*argenters*) encargáronse de esta obra (1), que duró bastantes años, pues en 1500 aún pedían los jurados recursos, para darle remate, al Papa Alejandro VI (2). Cuando estuvo terminada, fué la joya de la Iglesia Mayor y el orgullo de Valencia. Encomian muchos escritores su mérito artístico: desgraciadamente, no podemos juzgar de él; de su riqueza, sí, por la cantidad de plata que entró en su fábrica (1684 marcos y tres onzas), y del trabajo empleado, también, por la descripción de los pasajes de la Virgen y de Jesucristo, cincelados en sus numerosos compartimentos, y de los profetas, ángegeles y serafines figurados entre ellos. La imagen corpórea de la Virgen con el niño Jesús estaba adornada con preciosas joyas: era también de plata; pero estaban encarnados é iluminados los rostros y las manos (3). Perdióse este riquísimo altar en la

(1) Dice el mismo dietario: «En lany LXX fonch principiat lo dit retaule tot de argent, e foren mestres del dit retaule mestre Jaume Castellnou, e mestre...... Cetina, e mestre Nadal Ivo, argenters, tots naturals de Valencia, e fonch messa la Verge María ab lo Jesus en lo retaule en lany LXXI vespra de la Verge María de Agost.» Jaime Castellnón era hijo de otro artífice famoso, Juan Castellnón, que labró la magnífica custodia para el Sacramento, de esta catedral, y la Virgen del Coro. Cetina es llamado en otros documentos Juan Bernardo. Estos plateros valencianos trabajaron en la obra del retablo hasta 1497; entonces, no sé por qué, se encargó de ella Bernabo Tadeo de Bone, pisano.

(2) «Item suplicará Sa Santedat se vulla dignar en provehir e manar, que sia consignada alguna quantitat rahonable peral que manca á la perfecció del retaule de argent de Nostra Dona Santa María de la Seu de Valencia, com sia gran mancament daquesta Ciutat, que en temps de XXXI anys que ha que lo retaule per nostres pecats se cremá, sia pogut acabar.» Instrucciones que en 5 de Mayo de 1500 dieron los jurados á un canónigo, á quien enviaban á Roma para felicitar al nuevo papa Alejandro VI.

(3) El P. Teixidor, en sus *Antigüedades de Valencia*, describe el altar del siguiente modo: «Está repartido este precioso retablo en diferentes quadros. En el de enmedio se representa el tránsito de la Virgen: su virginal cuerpo está puesto sobre la cama y alrededor relevados los once Apóstoles: San Pedro con un libro en la mano izquierda, y en la derecha un hisopo: San Juan Evangelista está incensando con un turíbulo, y los demás como que le cantan alabanzas. En la parte superior de este quadro está Christo, como que recibe el alma de su S. S. Madre. En el quadro de la mano derecha está el sepulcro de la Virgen, y en el de la izquierda Santo Thomás Apóstol, mirando al cielo, triste y desconsolado por no haberse hallado á la Dormicion de la Virgen, y como esta Señora le arroja una cinta con

Guerra de la Independencia: para salvarlo de los franceses, fué enviado al castillo de Alicante, y luego á Mallorca, con otras preciosidades de la Catedral. No volvió: convirtióse en moneda para sostener la campaña.

Nos consuela de la pérdida del suntuoso retablo la conservación de las puertas hechas en el siglo XVI para cerrarlo, y

---

que le consuela. En las dos esquinas superiores de este quadro hay dos profetas relevados con dos versos al misterio. Pesa la plata de todo este cuadro 156 marcos y cuatro onzas.—Sobre este quadro está el nicho de la Virgen en forma de una capilla: toda su orla está adornada de muchos ángeles, y por la parte interior de Serafines. La imagen de la Virgen es de cuerpo entero, colocada en pie sobre un pedestal de plata, de hasta dos palmos de alto: tiene el Niño Jesús en su izquierda, y en la derecha un ramo de azucenas. Su manto está dorado, sembrada toda su orla de perlas de cuenta del tamaño de garbanzos gruessos. Sirve de broche al manto, á raiz del cuello, una joya de oro, engastado en ella un zaphyro, del tamaño de un huevo de paloma, adornado con ocho piececitas de oro y perlas: cuatro de ellas tienen enmedio una esmeralda, y las otras cuatro cada una tiene una turquesa, y por la orilla van sembradas las perlas de cuenta. Lleva la Virgen en uno de los dedos de la mano derecha una sortija con un topacio de gran precio. Tiene de alto la imagen ocho palmos. Ella y el niño tienen coronas y diademas; y hay dos Profetas por asistentes, de tres palmos de alto cada uno. Pesa la plata de las estatuas de la Virgen, Niño y Profetas 169 marcos y cuatro onzas; y la del nicho trescientos y siete marcos.—En la parte superior, en medio está el quadro de la Coronacion de la Virgen: ésta está en medio, coronándola el Padre Eterno y su Hijo, y en la parte superior el Espíritu Santo, que asiste á la coronación: Todas estas imágenes son de gran bulto y bien formadas, y pesa la plata de este quadro 90 marcos y seis onzas. A la mano derecha del altar, y al lado de dicho cuadro, está en otro la Embajada del Archangel San Gabriel á la Virgen, que está arrodillada leyendo en un libro puesto sobre un facistol: el aire mueve tres hojas del libro con tal propiedad como si fueran de papel. El San Gabriel es de cuerpo entero, y en la parte superior está el Padre Eterno, asistido de muchos ángeles; y en las esquinas del quadro dos Profetas relevados con sendos versos al misterio. Pesa todo este quadro 149 marcos y dos onzas. Debaxo de este quadro hay otro, que representa el Nacimiento y los pastores que adoran al recien nacido: y en la parte superior está el Angel que les anuncia el misterio, y en las esquinas dos Profetas relevados con su verso cada uno apropiado al misterio. Es todo su peso 113 marcos. El último quadro del orden de la mano derecha representa la Adoracion de los Magos: está sentada la Virgen teniendo en los brazos al niño Jesus, San Joseph que le asiste, y los tres Magos que le adoran y le ofrecen dones, número de criados y camellos para el servicio de sus personas. En la parte superior se ve formado un monte, y sobre él un donoso castillo, y alrededor muchas ovejas paciendo las yerbas del campo, y los tres Magos algo desviados del castillo mirando al cielo cuando se les aparece la estrella. Pesa la plata de este quadro 135 marcos y cuatro onzas.—Tomando el primer cuadro de mano izquierda, que tiene su asiento en la parte superior de la orden tercera, se representa en él Christo resucitado, cuya imagen es de buena estatura y de cuerpo entero, dos Angeles que

decoradas por dentro y por fuera con pinturas tales, que según frase del rey Felipe II, repetida desde entonces en Valencia, «si el altar era de plata, sus puertas son de oro (1).» Doce son estas pinturas: representan pasajes de la vida de Jesucristo y la Virgen María, y dijo de ellas el descontentadizo Ponz, en las cartas de su *Viaje de España:* «Yo le aseguro á V. que si viese estas obras, había de creer firmemente que eran de Leonardo de Vinci. Han dado mucho en que entender á los profesores que las han examinado en todos tiempos y se han acercado á reconocerlas, quedando admirados de lo grandioso y sumamente acabado y expresivo, propio de la escuela florentina, que cabalmente florecía en las obras de Vinci, cuando estas pinturas fueron puestas, es á saber, el año 1506; lo cual consta por instrumento de este Archivo, como también que costaron tres mil ducados de oro, y que las hicieron Pablo de Aregio y Francisco Neapoli.» El juicio de Ponz respecto al mérito de estas obras de arte y su clasificación en la escuela florentina, ha sido aceptado por todos; lo que dice acerca de sus autores, aunque pasa por moneda corriente, hay que examinarlo de nuevo.

No investigó el Archivo de la Catedral el autor del *Viaje de España;* sus noticias, en este punto, se refieren á Esclapés:

---

le asisten, y los soldados que guardan el sepulcro, unos caídos en el suelo, y otros como que huyen confusos mirando al resucitado, y á las esquinas de la parte superior dos Profetas con versos acomodados al misterio. Pesa su plata 154 marcos y cinco onzas. Debajo de este quadro, y en el segundo de este orden, está representada la Ascensión del Señor á los cielos. Está sentada la Virgen sobre un sitial, asistida de los Apóstoles y otras personas, mirando al Redentor como sube al Empyreo. Pesa 138 marcos y cinco onzas. El último quadro de la parte inferior de este orden representa la venida del Espíritu Santo; la Virgen está sentada en un trono, acompañada de los Apóstoles y otros muchos personajes. Pesa su plata 156 marcos. Las ocho pilastras que comparten y dividen los dichos nueve quadros, pesan 117 marcos y dos onzas. El total peso del retablo es de 1684 marcos y ocho onzas. Tiene de alto, medido sólo lo que es plata, 28 palmos y 22 de ancho.»

(1) Dice el P. Teixidor que consigna este juicio Baltasar Porreño en su Epítome de la vida de aquel monarca, cap. VI; pero, al comprobar la cita, hallo que Porreño no dice nada de esto en su libro titulado *Dichos y hechos del Senyor Rey Don Felipe segundo*, al que parece referirse Teixidor.

éste es quien afirma, en su *Resumen historial*, que están sacadas «de documentos seguros.» Relacionaron con ellas los historiadores de Valencia un dato del *Dietario* del Capellán de Alfonso V, que dice así: «*En lany MCCCLXXI feren venir* (el obispo y los canónigos) *dos maestres pintors florentins molt soptils e aptes en lart de la pintura per pintar lo cap de la Seu dels Angels e les altres coses de pintura al fresch.*» Bien repararon los escritores á quienes me refiero, que no es pintura al fresco la de las tablas del altar mayor, pero creyeron que equivocaría su calificativo el autor del *Dietario*, poco ducho en la materia. Pasó, pues, por seguro, que los dos pintores florentinos (no por su patria, sino por su escuela) llamados de Italia por el cabildo de Valencia, eran los autores de aquella encomiada obra de arte, y se llegó á averiguar que se llamaban Francisco Pagano de Nápoles y Paulo de Santa Leocadia de Reggio (1), aunque eran más nombrados por su procedencia que por su apellido. Pero, pocos años há, el erudito cronista de la ciudad D. José María Torres echó abajo lo que tan bien comprobado parecía, y acreditó á la vez la exactitud del capellán de Alfonso V (2). Lo que pintaron los artistas florentinos no fué

(1) Este último fué contratado después por la duquesa de Gandía para ejecutar varias obras de pintura en aquella ciudad; en esas escrituras se le llama pintor lombardo: sin duda la población de Reggio, de donde procedía, es la que hay de este nombre en el antiguo ducado de Módena. El P. Teixidor, refiriéndose á los cuadros de este altar mayor, indica que «oyó decir» eran de Felipe Paulo de Santa Leucalia, famoso pintor borgoñón, que pintó en el convento de Santo Domingo por los años de 1525. Esta referencia dudosa no puede oponerse á los datos fidedignos que determinan la personalidad del pintor lombardo.

(2) En una mano de pleitos del antiguo tribunal de la Gobernación de Valencia, del año 1278, existente en el Archivo de este reino, encontró el Sr. Torres un interesante documento *Sobre lo fet del Reverents Canonges e Capitol de la Seu de Valencia, de una part, e mestre Francisco Pagano e Paulo de Sent Leucadio, alias de Rechi, de la part altra.* Es el fallo dictado en 8 de Octubre de dicho año, por el gobernador de Valencia, conde de Concentaina, ante quien había acudido el cabildo, quejándose de no haber cumplido sus tratos los dos pintores. Cinco peritos de este arte emiten su dictamen, declarando «que la dita obra e pintura feta per los sobredits... en lo dit cap de altar e capella, era e es estada feta be e felment, e ab lo cumpliment que per art *de pintura al fresch* se deu e pot fer, segons cascuna pratica e usança de Italia e del dit *art de pintura al fresch.*» Hacen después

las puertas del altar; pintaron «al fresco,» como dice aquel autor en su *Dietario*, «ángeles (que apenas los hay en dichas puertas) y otras cosas» en la capilla mayor *(lo cap de la Seu)*. Representaron la casa de los Apóstoles sobre los claros de los cuatro arcos que tenía dicha Capilla, y en su bóveda el firmamento, *de adzur*, y sobre diáfano celaje la Gloria, con coros de Ángeles, que tañendo distintos instrumentos, alababan al Padre Eterno. Esta obra, contratada por el cabildo en 1472 (1) quedó terminada en 1479, mucho antes de que se concluyese el retablo de plata. Las puertas de este retablo no se construyeron hasta 1506, y consta que se llamaba Carles el carpintero que las trabajó. Después de esta rectificación, nos hemos quedado á oscuras sobre lo principal: ya no sabemos quiénes son los que hicieron las pinturas admirables de esas puertas; habrá que comenzar de nuevo las investigaciones, que se facilitarían mucho, si se abriese el inexplorado Archivo de la Catedral á los cultivadores de la historia patria. Pero, entiéndase bien que no

algunas observaciones de detalle sobre el modo de poner el *adzur* y el oro. El gobernador resuelve en conformidad con este informe pericial, favorable á los pintores italianos. (Publicóse este documento el 4 de Agosto de 1880 en *Las Provincias*, diario de Valencia.) Estos datos irrecusables comprueban que lo contratado con aquellos pintores, y lo que hicieron, fué la pintura al fresco de la capilla mayor. Esta capilla había sido pintada ya del mismo modo en 1432, empleando en la obra varios maestros pintores para hacerla más aprisa: lo dice Pahoner en su *Recopilación*, con referencia al libro de fábrica de la Catedral. Habiendo sido destruída aquella decoración artística por el incendio de 1469, es muy verosímil que inmediatamente después se procurase pintarla de nuevo.

(1) Con escritura ante Juan Esteve, notario del Cabildo, en 28 de Julio de 1472, que está en su notal V, fol. 128, consta que el obispo D. Rodrigo de Borja y su Cabildo convinieron los capítulos de pintar al fresco la capilla mayor de la Seo con los pintores Francisco de Nápoles y Pablo de Aregio, debiéndoles dar tres mil ducados. Esto dice una nota marginal, puesta en el libro ms. de Teixidor sobre *Antigüedades de Valencia*, y la misma noticia encontramos en la *Recopilación* de Pahoner (tomo I, p. 216), de donde la tomó Teixidor sin duda. Cruilles, equivocando esta interesante cita, dice que esta escritura es carta de pago de tres mil ducados, expedida por los dos pintores italianos, á favor del obispo y del cabildo: no hay tal; entonces se contrató la pintura, que no quedó terminada hasta 1481, después de la cuestión judicial á que se refiere la nota anterior. El remate de esta obra consta por cita que hace el mismo Pahoner de una escritura de definición, pasada á 22 de Diciembre de dicho año, entre el cabildo y los dos pintores italianos, ante el mencionado notario Juan Esteve.

niego la posibilidad de que Francisco Pagano y Pablo de San Leocadio pintasen los cuadros del altar mayor: después de decorar al fresco la capilla, pudieron emprender las famosas puertas, aunque es muy largo el tiempo que media entre su venida á Valencia, en 1471, y la construcción de aquellas puertas, si es cierto que se hicieron en 1506. Alguna luz puede dar, en esta duda, la comparación de las pinturas del retablo de la Colegiata de Gandía, obra indudable del segundo de estos artistas, con los cuadros en cuestión: cuando visitemos la ciudad ducal, nos fijaremos en ello.

Hasta el siglo XVII, la Capilla mayor conservó su severa arquitectura ojival y las pinturas, ahumadas ya y borrosas, de los dos artistas italianos. En 1674 el arzobispo D. Luís Alfonso de los Cameros, para que luciese más el retablo, la transformó por completo, dejándola cual hoy la vemos. Juan Bautista Pérez llamábase el arquitecto que dirigió la renovación; diez años duró ésta; empleáronse en ella los jaspes y mármoles más finos; sólo en los dorados se gastaron 5,500 libras (1). Obra admi-

(1) Dice Pahoner, en el tomo I de la *Recopilación de especies perdidas:* «Entonces se llama una cosa perfecta cuando se llega al último fin en que consiste la última perfeccion. Esto deseó ver el Ilmo. Sr. D. Luís Alfonso de los Cameros, arzobispo de Valencia, en el retablo y capilla mayor de nuestra iglesia. Estaba el altar de plata acomodado como dentro de una caxa ó armario, sin tener el último término ó difinicion. Los lados sin ornato, ni con el primor que le agraciase. La capilla mayor tan denegrida que apenas se conocian las pinturas, ni el oro, ni el colorido de los ropages, que todo junto mostraba su grande antigüedad: lo uno y lo otro pedia remedio. Quiso su Ilma. remediar aquel descuido en esta iglesia, dando la última mano al altar y á la capilla. Comunicó á los capitulares su intento, aprobáronlo y diéronle las debidas gracias por el buen celo, pues se encaminaba al mayor culto de Dios Nuestro Señor y lucimiento de la iglesia.—No puso pereza el buen prelado en poner en ejecucion sus buenos deseos; informóse qué maestro seria el mas diestro para el desempeño; convinieron en Juan Perez; diéronle la casa de la Almoyna para que en ella trabajase los jaspes, mármoles y piedra negra, que habian de asentar en la obra: duró esta tarea poco menos de dos años, y en 12 de Julio de 1674 asentó la primera piedra en la capilla. Duró la obra siete años, once meses y diez y siete dias, sin los dos que habia gastado en la casa de la Almoyna, y la dió acabada en 28 de Mayo de 1682, que fué día del Corpus.» Esclapés dice que la renovación de esta capilla se dispuso en 1682, pero esta no es la fecha del comienzo, sino de la conclusión de la obra. El mismo autor dice que costó 9,500 libras.

rable la juzgó aquel siglo del barroquismo triunfante; el siguiente, protestando airado contra el desbordamiento de la hojarasca, la censuró por contraria á la arquitectura seria y juiciosa (1). Algo de complicación hay en su trazado y exuberancia suma en sus adornos; pero sus retorcidas columnas salomónicas de bruñido jaspe, sus cartelas de mármol con esculpidos relieves, sus pronunciadas cornisas, sus guirnaldas de bronce sostenidas por ángeles voladores, y las imágenes, igualmente doradas, de seis santos patronos de Valencia (2), dan solemne fastuosidad á esta capilla y prueban que era artista de rica imaginación su afamado constructor (3). Cuando estuvo concluída esta obra, el arzobispo Rocaberti puso en el centro del presbiterio, colgada de la clave de la bóveda, una hermosa araña de cristal construída en Venecia (4).

Con el altar de plata, perdióse en la guerra de la Independencia la imagen de la Virgen, y hubo que sustituirla. Pasados bastantes años, trájose otra, que, aunque no de metal precioso, ni enriquecida con esmeraldas y topacios, vale más que ella: la esculpió D. Ignacio Vergara para la cartuja de Porta-Cœli, y es una de sus obras más hermosas (5). Gallardía, esbeltez, elegancia son sus caracteres predominantes; no inspiró al artista el misticismo ascético de los antiguos imagineros; guió su escoplo el plasticismo clásico, pero hermanado con la expresión decorosa

(1) Ponz, tomo IV, carta 2.ª

(2) San Vicente y San Lorenzo, mártires, San Pedro Pascual, San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja y San Luís Bertrán; los mismos que están figurados en la puerta principal del templo, excepto San Francisco de Borja, que en esta puerta está sustituído por Santo Tomás de Villanueva.

(3) Fué natural de Cascante, y establecido en Valencia, obtuvo gran crédito. Además de esta obra, trazó y construyó la torre y la sala capitular del convento de San Agustín; delineó la iglesia y colegio de San Pío V, que construyeron su hijo Juan Pérez Castiel y su sobrino José Mínguez; y trabajó la fuente del Mercado.

(4) Dícese que se fabricó con destino á la basílica del Vaticano, y que resultando pequeña para aquel templo, la adquirió por quinientos doblones el arzobispo Rocaberti.

(5) Concedió el gobierno por real orden de 27 de Marzo de 1847 que se trasladase á la Catedral de Valencia esta celebrada imagen.

y púdica, propia de la escultura cristiana. Para esta bella imagen se ha labrado en nuestros días, con impropiedad notoria, un altar de cobre dorado, del género gótico florido, que ni se acomoda al tipo artístico de la efigie, ni al decorado churrigueresco de la capilla (1). Más que esta obra nueva, son interesantes la espuela del Conquistador y el freno de su caballo, que sobre su escudo de las Barras (2), se conservan, como glorioso trofeo, en uno de los pilares, al lado del Evangelio; pero de esto ya hice mención en otra parte. Merécela ahora, como obra de arte y por su procedencia, la capillita del trasagrario, en forma de cripta, costeada por el Pontífice valenciano Calixto III, y que puede considerarse como elegante ejemplar del renacimiento en el siglo XV. Es de alabastro su frontispicio: tres arcos, muy ancho y rebajado el del centro, que se apoyan en columnas compuestas y están cerrados con rejas de bronce, dan ingreso á esa capilla, en cuyo altar hállase representada de relieve la Resurrección del Señor. Sobre esta arcada corre un balaústre adornado con cuatro figuritas algo mazorrales, y el cuerpo superior forma una claraboya con vidrios azules y dorados.

Delante de la capilla mayor, en el centro de la iglesia, sobre los arcos torales, levántase el cimborio, obra atrevida, que data de 1404, y experimentó importantes modificaciones en 1581 y 1731. Es un grandioso fanal octágono, con dos cuerpos de arcos ojivales, cuyas caladas labores se destacan sobre el traslúcido alabastro de su cubierta exterior, la cual hace oficio de vidriera, filtrando la luz del día. En su renovación última acomodóse la decoración, cuanto se pudo, al estilo de moda entonces: en las pechinas de los arcos torales labraron de estuco las figuras de los Evangelistas con sus peculiares atributos; co-

(1) Trazó los dibujos de este altar el arquitecto D. Ramón Jiménez y Cros; hizo la talla el modelista Sr. Franchini, y lo fundió y cinceló el platero D. Leandro García. Concluyóse el año 1867.

(2) Este escudo es un pavés de madera, y considero dudoso que perteneciese al monarca, pues eran los paveses defensa de peones.

lumnas corintias y arcos de medio punto desfiguraron el cuerpo inferior de luces; quedó el superior en su primer estado, resultando una construcción híbrida, que deja adivinar fácilmente la fábrica primitiva. «Del maestro que la hizo, cuentan los antiguos por tradición, que después de acabada, para quitarle las cindrias, se fué á esconder en parte que no se tuviese noticia dél, por si al descindriarla se venía al bajo; pero fué Dios servido que pudiese el arte aún más de lo que pudo asegurar el mismo artífice.» Esto dice Escolano, y prueba esa conseja la admiración que causaba el cimborio á nuestros antepasados. Como lugar eminente y muy principal de la Seo, colocábanse en él los trofeos de victoria, y el mismo historiador refiere que en 1421, habiendo ganado una batalla naval á los genoveses el marino valenciano D. Ramón Corverán (1), mandó traer las banderas y colgarlas al rededor del cimborio, donde había á la sazón veintitrés galerillas en memoria de otras tantas galeras tomadas al enemigo en diversos combates. Bajo el cimborio, en los cuatro pilares fortísimos que lo soportan, había antiguamente cuatro púlpitos de piedra labrada (2); sólo queda uno de ellos, y no se usa, por respetos á San Vicente Ferrer, que en él predicó (3).

El coro llegaba antes hasta esos pilares del cimborio: en la obra de restauración hecha el siglo pasado, retiróse á la otra arcada. La sillería, que forma á cada lado dos filas de asientos, bien tallada de nogal, con embutidos de boj, pero sin

(1) Este marino, á quien llama Escolano D. Ramón Corverán, es el maestre de Montesa Frey Romeu de Corbera, insigne almirante, que prestó grandes servicios al rey D. Alfonso V en las guerras de Italia. La batalla naval, á que se refiere, es la que se denominó de la Foz Pisana, por el lugar donde se dió: ocho galeras valencianas pelearon contra otras ocho genovesas; de éstas, fueron á pique cinco, y quedaron las otras inservibles: su almirante, Bautista Fragoso, fué hecho prisionero.

(2) Quitáronse estos púlpitos para la gran fiesta del matrimonio de D. Felipe III y D.ª Margarita de Austria: lo consigna Gaona en su curioso libro ms. sobre aquellas bodas.

(3) Sobre este púlpito hay un cuadro representando á San Vicente, que se atribuye á Juan Zariñena.

los relieves primorosos que en otras catedrales se admiran, concluyóse en 1604 (1). De aquella época es también el gran facistol, y algo posteriores (de 1643 á 48) las puertas y rejas de bronce que cierran el coro á la parte de la capilla mayor (2). En el centro de él hay un corpulento Crucifijo de regular escultura (3). Encima, dos órganos: los que había antes fueron obra de tres religiosos franciscanos, que vinieron de Barcelona para ello en 1633, y se decía que pidieron por única paga, y la obtuvieron, el privilegio de que al desfilar por el coro su comunidad, en las procesiones generales, pudiese entonar la antífona *Ave Maris Stella* (4): después han sido reconstruídos los órganos (5). Pero lo más interesante, bajo el aspecto artístico, es el trascoro, de fábrica moderna, con hermosas columnas corintias de jaspe, y en los intercolumnios, doce cuadros antiguos de mármol alabastrino, en los que están esculpidos de alto relieve pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Son obra del siglo XV, en la cual la minuciosidad primorosa del cincel no excluye el garbo en el diseño, ni el buen efecto de la composición (6). Sobre la

(1) Ponz dice que es «cosa buena por la materia, de exquisito nogal, y por su forma, poco inferior á la del coro del Escorial.»

(2) El canónigo Miguel Tomás Gómez Miedes dejó todos sus bienes para la mejora del coro. En memoria de ello, esculpiéronse sus armas en el facistol. Este y la sillería costaron 26,271 libras 6 sueldos; las puertas y rejas de bronce más de treinta mil. El arzobispo Mayoral costeó las barandillas de bronce que cierran el paso del coro al presbiterio, y el gran púlpito del mismo metal.

(3) Á los pies de este Crucifijo está la entrada de la espaciosa cripta donde eran sepultados los canónigos.

(4) No confirman los documentos esta tradición: fray Antonio Llorens, que hacía de cabeza de los tres franciscanos organeros, recibió de limosna dos mil libras; quinientas para ellos y el resto para la comunidad, además de pagarles el viaje y los gastos. Consta por escritura de 17 de Octubre de 1633. La primera construcción de los órganos, data de 1460: los hizo Pedro Pons Alemán.

(5) El órgano principal, que está á la parte del Evangelio, se ha renovado en 1860 por los fabricantes de Barmen Adolfo Ybach y hermanos, y tiene setenta y ocho registros.

(6) El canónigo Gil Sanchis de Montalvá contrató en 1391 la obra del trascoro por 1,600 florines con el maestro de obras de la Catedral de Lérida, que no llegó á hacerla. Murió aquel capitular y legó la expresada cantidad al Cabildo para realizar su idea. No consta quién fué el escultor, pero sí que comenzó sus trabajos en 1415 y los terminó en 1466. Dicen algunos autores que había en el trascoro

puerta del coro hay una interesante imagen, de alabastro también y de la misma época: es la Vírgen María, sentada en un sitial magnífico, con el Niño Jesús en brazos. Lleva corona imperial de plata; en la mano derecha un ramo de azucenas, de plata también, y es una efigie de expresión delicada y de fina labor, en la que se nota bien el tránsito de la escultura rígida y ascética de la Edad-media, á las gallardías y elegancias del Renacimiento. Y puesto que se conserva, por dicha, el nombre de su autor, consignemos que es obra del escultor Juan Castellnou (1).

Hemos de recorrer ahora las numerosas capillas de la Catedral; lo haremos de prisa, por no prolongar demasiado la jornada. Venga el lector conmigo á la Puerta Principal, inclínese á la derecha y siguiendo por este lado, daremos la vuelta á la basílica.

La primera capilla es la de San Sebastián, situada en el fondo de la nave. Hay que ver en ella el cuadro de este Santo, el mejor, dicen, de Pedro Orrente. Dejó este artista excelentes obras en Murcia, su patria, en Valencia, en Madrid, en Sevilla y

---

unas figuras de los Apóstoles y que Felipe II se las llevó para el Escorial; pero lo pone en duda el P. Teixidor, porque en este famoso monasterio no hay Apostolado alguno que pudiera haber estado en aquel sitio. Esta obra del trascoro era de gran mérito artístico, y fué bárbaramente sacrificada por el afán de la restauración y la regularidad. En un ms. titulado *Noticias sacadas de los Manuales de la ciudad por el Dr. D. Vicente Gasull*, se habla de la renovación del coro en estos términos: «En los primeros días del mes de Julio de 1777 se empezó la renovación del coro de la Seo y bajarle un arco más. Asimismo se deshizo todo el trascoro, que era de piedra de alabastro, muy celebrado en Valencia, y que se tenía en mucha estimación. En el cabildo de 17 de Julio de dicho año se determinó se hiciese de piedra, de diferentes jaspes, y ocho columnas muy hermosas, con pedestales y cornisas de lo mismo, y que se coloquen en los nichos las historias sagradas con los mismos tableros que estaban en la antigua portada, y lo demás se ha colocado en el Aula del cabildo. El nuevo adorno lo hace Tomás Soler por 3,500 libras.—Y en 13 de Marzo de 1779, sábado, se volvió á colocar á Nuestra Señora en su lugar nuevo encima de la puerta del coro. *Ego vidi* con mucho consuelo.»

(1) «En lany de Nostre Senyor MCCCCLXV, disapte a X de Agost fonc mesa la Verge Maria sobre lo portal del cor de la Seu de Valencia, e fon Mestre Johan de Castellnou, qui feu la custodia. E es la dita Maria de pedra alabast.» *Dietario del Capellán de Alfonso V.*

otros puntos, pero en ninguna puso tanto empeño como en esta, para confundir á sus émulos, que por su afición á copiar animales, le motejaban de *pintor de borregos* (1). En la figura desnuda y asaetada del Santo, que ha servido á los pintores cristianos para expresar el ideal plástico de la belleza varonil, como la de Apolo á los artistas gentílicos, demostró Orrente su ciencia en la anatomía humana, la precisión de su dibujo y la vigorosa entonación de su colorido. Aún se destaca briosamente, como si estuviese viva, del fondo ennegrecido del cuadro; aún parece que anime la sangre sus músculos palpitantes. Pero no encuentro mayores méritos en ella: el espíritu triunfador no anima el rostro del mártir atormentado; la Gloria, que en visión esplendorosa se abre á sus ojos, no penetra en su alma (2). En los muros laterales de la capilla hay dos ricas sepulturas de mármol blanco, amplia y severamente trazadas, con las figuras yacentes, bien esculpidas, de D. Diego de Covarrubias y su esposa D.ª María Díaz. Fué D. Diego canciller de D. Felipe II y D. Felipe III en la corona de Aragón y murió el año 1607.

Al lado de esta capilla de San Sebastián desemboca el tránsito del Aula Capitular. Cerrada está la puerta; sigamos adelante; harémosla abrir luego. Fijémonos al paso en el cuadro antiguo que hay sobre ella. Jesús, paciente, resignado, con blanca vestidura talar, corona de espinas y cetro de caña, es escarnecido por los sayones: las figuras son buenas, expresivas: los trajes y las armas, de la Edad-media y de carácter alemán; recuerdan algo la manera de Alberto Durero.

---

(1) Dícese que los que costearon este altar se dirigieron á Orrente, porque no pudieron ajustarse con Ribalta. Este, ofendido, murmuró que tendrían *un San Sebastián de lanas*, pero al ver la obra magistral de su competidor, se arrepintió de sus burlas y le pidió perdón.

(2) En el basamento del altar hay tres cuadritos del mismo autor: la Anunciación y la Visitación de la Virgen, y el Nacimiento de Jesús. En el remate otro, representando al Padre Eterno. Elogia mucho Ponz todas esas pinturas: del San Sebastián dice que es figura «grandemente entendida y pintada con el mejor gusto,» y añade: «Las obras de esta sola capilla hacen acreedor á Orrente de las alabanzas que le dan.»

La gran capilla siguiente está cerrada por fuerte reja de hierro, de gótica hechura: la única que se conserva de las que hubo en todas las capillas de la Catedral. El letrero *Tu es Pastor ovium, Princeps Apostolorum*, declara que está dedicada á San Pedro. No fué éste su primer patrono: el arzobispo D. Alonso de Borja, que la construyó, antes de ser elevado á la Silla Pontificia, destinóla á San Luís, obispo de Tolosa, cuyo cuerpo había traído á la Catedral, como trofeo de guerra, D. Alfonso V (1). Posteriormente, trocáronse los locales; convirtióse en capilla de San Pedro la que fué de San Luís, y viceversa, porque la construída por el de Borja era la más espaciosa del templo, y por lo tanto, más adecuada á la categoría parroquial, que de muy antiguo tiene la capilla de San Pedro (2). Mencionada queda su renovación á principios del siglo XVIII (3). Aún dominaba el barroquismo, que cubrió con su exuberante florescencia el retablo de madera dorada y los estucados muros. El lienzo del altar, que representa al Señor dando las llaves á San Pedro, el de la Purísima Concepción, que está en el segundo cuerpo, y las pinturas al fresco de aquellos muros, son obra de Palomino,

(1) Rodríguez, en su *Bibliot. Valent.* y otros autores atribuyen la fundación de esta capilla á Alejandro VI; pero el P. Teixidor cita la concesión hecha por el cabildo al obispo D. Alonso de Borja para establecerla en la que antes fué del Salvador, según escritura de 7 de Agosto de 1437 ante el notario Jaime Monfort.

(2) Un ms. citado por D. José Mariano Ortiz, dice que D. Pedro Albalat, arzobispo de Tarragona, de allí á pocos días de la dedicatoria de la iglesia mayor á María Santísima, para memoria de su nombre erigió una capilla á San Pedro en dicho templo; le cedió las casas que el rey le había dado junto á él, y puso su dirección y cuidado á cargo de un clérigo. En un convenio que hicieron los párrocos de la ciudad, en 1245, para concertarse respecto á derechos de cuarta funeraria y entierro, que es el documento más antiguo sobre la división parroquial de la ciudad, se lee esta firma: «Ego Petrus de Rosmanino clericus altaris Sancti Petri Ecclesiæ mayoris.» Desde aquel tiempo, siempre ha sido considerada la de San Pedro como la parroquia principal de Valencia.

(3) Concluyóse la restauración en 1703, á expensas de los feligreses de la parroquia: lo recuerda una inscripción, que dice: «Anno Domini MDCCIII, septimo quo hujus Sacelli fabrica exordium sumpsit, perfectiones assecuta conspicitur, devotione, et expensis illustrium Parochianorum Divi Petri Apostolorum Principis.»

el autor erudito del *Museo Pictórico* y del *Parnaso Español Pintoresco*, profesor muy apreciado en su tiempo, pero que se distinguió más en la bóveda de la iglesia de los Santos Juanes y en la cúpula de la Capilla de los Desamparados. La de ésta de San Pedro, pintóla un gran amigo é imitador de aquel maestro, el canónigo de Játiva D. Vicente Victoria; peca de desmayado en el color; sobresale en la perspectiva arquitectónica y en el escorzo de las figuras. Pero dejemos estas obras de un arte docto y mediocre, para fijarnos en la imagen de medio cuerpo, imponente y atractiva, de Jesucristo, con la Hostia en la mano, pintada en la puerta del Sagrario: es el primer Salvador de Joanes que se nos presenta.

Joanes es el pintor de los Salvadores: entre todas sus obras, tan pulcras, tan concluídas, tan impregnadas á la vez de místico idealismo, ninguna tan bella, tan característica, tan original, tan suya, como esas efigies en las que el tipo semítico y tradicional del Nazareno, al que dió la Edad-media una austeridad algo sombría, adquiere celestial belleza, cuyas condiciones principales son la dulzura y la majestad, y algo también de melancolía humana, que no llega á empañar la serenidad divina. Gran impresión debió causar en su época, inclinada ya á la hermosura plástica, esa nueva manera de representar al Redentor del mundo, pues Joanes tuvo que repetir muchas veces su creación artística; creyóse en Valencia que faltaba algo á la mesa eucarística, si no aparecía en el Sagrario aquel Salvador expresivo y afectuoso, ofreciendo la Hostia al pecador arrepentido. Algunos han dudado que el de esta capilla sea obra del insigne maestro; otros, no sólo lo cuentan entre los suyos, sino que le conceptúan como uno de los mejores (1). Difiere algo de los que se han considerado como modelo (y hemos de ver en el Museo de Pinturas):

(1) Cean Bermúdez dice que se duda sea de Joanes este Salvador; Ponz lo afirma y dice «que en esta y otras pinturas que hizo del mismo asunto, llegó á cuanto puede hacerse de estudiado y concluído, juntando nobleza y dignidad.»

hay en él menos suavidad de líneas, menos empaste de color; las facciones resultan más pronunciadas; la expresión más dolorida; el efecto, en el expectador, no tan grato, aunque quizás más hondo.

De Joanes á Goya: ¡qué salto! No tenemos que andar más que algunos pasos, de la capilla de San Pedro á la contigua, de San Francisco de Borja (1). El nobilísimo y galán duque de Gandía, armado, con alguna impropiedad, de punta en blanco, y cubierto con el manto blanco de Santiago, levanta consternado los ojos al cielo, apartándolos del cadáver de la emperatriz, que apenas se ve entre el grupo de eclesiásticos que lo reciben y contemplan. Pero no es ese cuadro de Maella, bien pensado y bien compuesto, aunque algo teatral y aparatoso, el que quiero enseñarte, oh buen lector: mira las pinturas de los muros laterales. En esa, verás al poderoso duque en la señoril escalinata de su palacio: aún va vestido ricamente y á lo cortesano; pero, lloroso y conmovido, abraza á los suyos con dolorosa conformidad. Bien se ve que se despide para siempre. Nada hay en la composición de amanerado, ni de enfático; algo, sí, de familiar, como si la pintura religiosa é histórica descendiese al terreno del *género*, ó por mejor decir, el *género* se encumbrase á su altura. Es que la casa de Osuna, que tenía el patronato de la capilla (2), buscó á Goya, por ser el pintor más ilustre y famoso de su tiempo, y le encargó dos cuadros de la vida de su bienaventurado antecesor (3); y Goya, que era siempre un gran artista, pintó á su manera esta despedida, muy

(1) Llamóse en otro tiempo de San Jorge, y era la última, por este lado, de la fábrica antigua de la Seo. Fué concedida, para que la reconstruyese, á D. Francisco de Borja, arcediano mayor y canónigo de esta iglesia, por escritura ante Juan Tortrella, en 2 de Octubre de 1670.

(2) En la casa de Osuna recayeron los títulos y los Estados de la ilustre familia de los Borjas, cuyas armas (un toro pasante de gules en campo de oro) se ven todavía en el altar de esta capilla.

(3) Según las cuentas existentes en el archivo de la casa de Osuna, el 22 de Mayo de 1799 le pagaron á Goya 30,000 reales por estos dos cuadros.

á lo natural, muy verdadera, muy humana, y por lo mismo, muy conmovedora, aunque se aparte algo de la solemnidad académica. Pero, aun siendo muy suyo este cuadro, no es fácil reconocerle en él; en el otro, sí. El autor de los *Caprichos* dió rienda suelta á su numen irónico y desenfadado, para aterrarnos con la figura crispada del moribundo impenitente, á quien San Francisco, jesuíta ya, presenta el crucifijo milagroso (1). El Santo, que aparece como espantado, es una figura escueta, negra, extraña; repulsiva, aunque magistralmente pintada, la del condenado, tendido en la cama, rígido, en desnudez indecorosa (2); y los horrendos vestiglos asomados á su cabecera, son un recurso grotesco, que dan á sospechar si el pintor revolucionario se burlaba de la escena terrorífica que había ideado. De todas maneras, son interesantes, y no tan conocidos como debieran serlo, estos dos cuadros religiosos de un artista esencialmente profano (3).

(1) Cuenta Cienfuegos en su Vida de San Francisco de Borja, que, ante la obstinación tenacísima de un moribundo, á quien no hacían efecto las exhortaciones del Santo, ni la vista del Crucifijo que le presentaba, la divina efigie llevó la diestra al costado, sacó de él un puñado de sangre y se la arrojó al rostro. En este pasaje se inspiró Goya para pintar su cuadro.

(2) «La tradición cuenta que el pintor había tendido al moribundo enteramente desnudo en su cama. Goya quería luchar con la naturaleza viva y pintar un torso que rivalizase con su hermoso Cristo de San Francisco el Grande; pero el clero se opuso á aquella idea del artista, y otra mano pintó después las ropas desordenadas que cubren la parte inferior del cuerpo. No nos parece mal esta versión. El carácter de los pliegues es contrario á la manera de Goya. De seguro que hubiera indicado con pocos y grandes trazos el plegado de aquel sudario blanco, y no hubiera imaginado las mil arrugas que hacen esta parte del cuadro poco digna de tan gran artista.» *Goya*, par Charles Iriarte.—París, 1867.

(3) Por la capilla de San Francisco de Borja se entra á la sacristía de los canónigos, en la cual hay que ver el suntuoso sepulcro de mármol del arzobispo D. Martín Pérez de Ayala, uno de los más insignes que tuvo Valencia, como veremos en otro capítulo. Es este mausoleo una obra elegante y severa del siglo XVI, labrada en mármol de Italia. Sobre la urna sepulcral está la figura yacente del prelado, revestido con sus hábitos episcopales, y en el fondo del nicho sus armas, en las cuales se ven entre otras empresas, dos lobos, con esta leyenda: *Lupus mendatio, veritati subsidium.* El epitafio, de letras de oro, dice: «Hic situs est Martinus de Aiala, Archiepiscopus Valentinus, qui licet tres Ecclesias rexevit, Guadixensem, Segoviensem, et hanc postremo Valentinam, in qua decessit, nihil tamen semper tulit egrius quam praesse. Obiit nonis Augusti MDLXVI.» Este sepulcro estaba antes en la capilla antigua de San Luís.

Á la capilla de San Francisco de Borja sigue la de San Miguel y San Pedro Pascual. Los dos están en un cuadro, pintura mediana de Planes: el Arcángel con los arreos propios de la milicia celestial; el mercedario valenciano con los hábitos lujosos y brillantes, de morada seda, que visten los canónigos de esta iglesia (1). Pero hay otras cosas muy interesantes en la presente capilla: una de ellas es la imagen del Salvador en uno de los altares laterales; figura grandiosa, regia, de tipo oriental, con rico nimbo de oro y amplias vestiduras: obra de arte, admirablemente ejecutada, del siglo XIV. Ese altar, hoy casi olvidado, en el que ardían en otro tiempo, día y noche, tres lámparas de plata, y ante el cual se postraron devotísimas muchas generaciones, tenía nombre muy extraño: llamábanlo de la Longitud del Señor (2). La tradición lo explicaba de este modo. Fué á Tierra Santa un caballero portugués: todo su afán era adorar el Sepulcro de Cristo. Llegó á él, por fin, acompañado de «un buen turco,» que tomó á su servicio. Colmado su deseo con la contemplación de la sagrada tumba, quiso llevarse las medidas de la losa sepulcral. El turco, para tomarlas, desciñó el lienzo de su turbante, tendiólo sobre ella, y — ¡oh prodigio! — la imagen exactísima del Divino Señor quedó estampada en aquel paño. Ocioso es decir que el turco pidió bautismo á voces, y que lo recibió en el acto, de manos de un franciscano, guardián del Sepulcro. El afortunado caballero dió la vuelta hacia su país, y hallando en Zaragoza á la reina D.ª Leonor, esposa de D. Pedro el Ceremonioso é infanta de Portugal, entrególe la pintura prodigiosa, que aquella reina regaló después á la Seo de Valencia.

---

(1) Como en casi todas las catedrales y colegiatas de los Estados de la corona de Aragón, los canónigos de Valencia visten, no de negro, sino de morado. Se compone el traje de coro de sotana y roquete de seda, de ese color, muceta de raso carmesí en verano y de armiño en invierno, y capa magna de cola rozagante. Esta sólo la usan en las solemnidades de Semana Santa.

(2) Tenía, en el mismo sitio que ahora ocupa, capilla propia; pero al renovarse la Catedral desaparecieron muchas de las antiguas capillas, para dar amplitud y regularidad á las nuevas.

En ese mismo altar, sobre el ara, hay en un cuadrito una imagen, cuya devoción no pasa. Las valencianas, muy amantes de lo bonito y lo primoroso, se sienten atraídas por una cabeza de la Virgen, hermosísima, y pintada con tal suavidad y delicadeza, que no se advierte en ella huella de pincel, ni parece obra tocada de manos humanas. Ésta, y otras como ésta (1), pintó el italiano Salvi, que de su pueblo natal tomó el nombre de Sassoferrato, por el cual es conocido. Era uno de aquellos artistas eclécticos, del siglo XVII, que buscó lo más tierno, lo más femenino de Rafael, de Guido Reni y de Albano para pintar sus *madonnas* pulquérrimas. Agradable es este arte y á muchos embelesa; pero comparad la belleza irreprochable de esa Virgen italiana, con la Dolorosa que hay enfrente, obra de algún pintor nuestro, y veréis cuánto más dice al alma, aunque no sea tan correcto y atildado, el rostro expresivo, radiante de ternura y de pasión, de la imagen española. Aún hay algo más que ver en esta capilla; un cuadrito, que está en el altar principal, Crucifijo de autor italiano indudablemente, y obra de gran mérito por la elegancia del diseño, la exactitud del estudio anatómico y cierta grandeza de la concepción artística, compatible con la brevedad de la obra. D. Francisco Xavier Borrull, donante de esta joya pictórica, la atribuye á Miguel Angel: mucho decir es esto, y á su cargo lo dejo (2).

La última de las grandes capillas, por este lado, es la de Fray Tomás de Villanueva. Bien merecía este santo arzobispo,

---

(1) Una Virgen de Sassoferrato, igual á esta de Valencia, he visto en el Museo de Montpeller.

(2) En el testamento de D. Francisco Xavier Borrull y Vilanova, fechado en 1837, se lee este *Otrosí:* «Lego igualmente al Ilmo. Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana el quadro del Crucifijo, pintado por el célebre profesor Miguel Angel Bonarrota, por ser obra de mucho mérito, y haber sido propia de mi tío el Ilmo. Sr. D. Francisco Borrull, canónigo de esta Santa Iglesia, nombrado por el Papa Clemente XII, á solicitud del rey D. Felipe V, elevado después á Auditor de la Rota y obispo de Tortosa, muy estimado de los Sumos Pontífices Benedicto XIV y Clemente XIII; y verá si dicho quadro puede colocarse en algún paraje, que se le dé culto público.»

providencia de los pobres, un altar en el mismo templo donde tuvo su sede. En él se guardan sus restos (1), y en él pintó Vergara su efigie, revestida con los hábitos pontificales y bendiciendo á su cabildo. Parece una obra de ayer: los canónigos que doblan la frente ante la diestra que los bendice, son retratos indudablemente. Dícese que esos canónigos fueron cabezas de motín en cierta alteración del cabildo (no menos propenso que otras asambleas, á estas disensiones), y que para perpetuo ejemplo quedaron consignados en este lienzo la sumisión de los capitulares y el perdón del arzobispo, lección propia de un siglo esencialmente autoritario. San Felipe Neri y el beato Juan de Rivera, arzobispo también de Valencia, tienen altar en esta capilla. En ella está sepultado el docto escritor D. Francisco Pérez Bayer, canónigo celosísimo de esta santa iglesia (2).

En el macizo que separa la capilla de Santo Tomás del crucero, hay un cuadro de la *Adoración de los pastores*, que llama la atención por la brillantez del color y el atrevido escorzo de algunas figuras. Aquella brillantez, algo desentonada, revela la manera del pintor de Cámara D. Vicente López, que dió nuevo, aunque viciado impulso, á la escuela valenciana. Pero este cuadro no es composición suya: copiólo de uno de Mengs, que está en el Palacio Real de Madrid.

En el crucero que da á la puerta del Palau hay cuatro capillitas, dedicadas á la Natividad del Señor, San Vicente Ferrer, Santo Domingo de Guzmán y San Agustín. Ésta era del patronato de la familia de Mayans y en su sepultura yace el docto escritor D. Gregorio (3). Como obra de arte, lo único notable

---

(1) Santo Tomás de Villanueva fué sepultado en el Convento del Socorro, del que fué gran protector. En aquella iglesia se le erigió suntuosa capilla cuando fué canonizado, y allí se guardaban sus restos en urna de plata. Fueron trasladados á la Catedral cuando se cerró el convento.

(2) Pérez Bayer hizo ricas dádivas á la Catedral, entre ellas la hermosa imagen de plata de San Vicente mártir y dos preciosas alfombras para el presbiterio. En la sacristía de los canónigos se conserva su retrato.

(3) Esta capilla estuvo dedicada á San Benito, y se concedió su patronato

en ellas es el cuadro de Santo Domingo. Produce la impresión de una obra de Ribera. Creen algunos que es suyo, otros lo dudan (1); pero, por la valentía del toque, por el vigor del claro-oscuro, por el realismo y á la vez por la fuerza expresiva del rostro, aquel arrogante dominico, que lleva en la diestra un ramo de azucenas, como si llevase una espada, pertenece á la estirpe arrogante de las figuras del Españoleto.

En la nave del ábside están las capillas más antiguas de la Seo: son, por su orden y con los titulares actuales, las del Santo Bulto del Señor, de Nuestra Señora del Puig, de la Beata Catalina Tomás, del Buen Ladrón, de San Jaime Apóstol, de Santa Catalina mártir, de Nuestra Señora contra la Peste, y de San Antonio Abad (2). Casi todas ellas tienen en sus muros laterales sepulcros antiguos; pero el prurito de la novedad los renovó de tal manera, al restaurar el templo, que apenas quedan restos de su construcción primitiva. Los de mayor interés histórico son los de la capilla de San Jaime, en la cual quiere la tradición que se dijera la primera misa al entrar en Valencia el ejército cristiano. Hállase establecida en ella, con el mismo título de San Jaime, la cofradía más antigua y más ilustre de Valencia, fundada en los tiempos del Conquistador, aunque no por este monarca, como se cree comunmente (3).

---

en 1425 á Francisco Martorell y Antonio Sanz, canónigos. En 1778 otorgóse á D. Gregorio Mayans. En el altar está esculpido su blasón.

(1) En algunas *Guías* la encuentro adjudicada á un pintor de poco nombre, de la escuela madrileña, Pedro de las Cuevas, nacido en la Coronada Villa el año 1568 y fallecido en 1635.

(2) En esta capilla de San Antonio he de señalar el cuadro titular, uno de los primeros que pintó D. Vicente López. Este altar fué renovado en 1795 por su patrona la duquesa de Almodóvar, cuyas armas aparecen en su tímpano.

(3) El P. Teixidor rectificó en sus *Antigüedades de Valencia* esta equivocación, en que incurrieron Escolano y otros historiadores. En las Ordenanzas de la Cofradía, hechas en 1392, se consigna que fué fundada en 1246, pero nada se dice de haber intervenido el rey en esta fundación. El siguiente privilegio disipa toda duda: «Noverint Universi quod Nos Iacobus, Dei gratia, Rex Aragonum, et Majoricarum, et Valentiae, comes Barchinonae et Urgelli, et Dominus Montespesulani. Attendentes caritates et elemosinas, ac sacrificia, quas et quae Vos Canonici et Cleri-

Al lado del Evangelio está incrustada en la sepultura figurada de nuevo, una losa de mármol blanco, con la estatua yacente, de relieve, de fray Andrés de Albalat, tercer obispo de esta iglesia; prelado insigne que emprendió su reconstrucción. Aquí mismo, encima de su sarcófago, estaba la lápida que lo consignaba, perdida por incuria ó desdén de los restauradores (1). En frente, dentro de la misma capilla, hay otro sepulcro figurado, de obra nueva también. Sobresalen en él dos viejos escudos de piedra labrada, oscurecidos por el tiempo, pero no tanto que no se vean en ellos, sobre fondo de oro, las rojas barras de Aragón. Ni epitafio, ni estatua, nada hay que precise qué tumba es aquella. ¡Rigores y desengaños de la suerte! Los restos que allí yacen olvidados, son los de un príncipe llamado á grandes destinos, un príncipe que hubiese ocupado un sitio imborrable en la cronología de los reyes de Aragón, coronado quizás de gloria, y cuyas esperanzas se hundieron en inesperada

---

ci Ecclesiae Civitatis Valentiae et ejus termini cum vestris confratribus facitis *in Confratria quam nunc fecistis, quæ vocatur* S. *Jacobus;* per Nos et nostros concedimus vobis, praedictis Canonicis et Clericis quod possitis recipere in dicta Confratria Centum Laicos tantum, dum veni usi fuerint de eadem. Praedictam itaque gratiam vobis Canonicis et Clericis, et centum Laicis supradictis concedimus in hunc modum, quod vos simul cum Centum Laicis supradictis construatis et ædificetis, et construere et ædificare teneamini Altare S. Iacobi in Sede Valentiae, ex quo dicta Confratria, ut dictum est, nuncupatur. Datum Illerdae tertio cal. Madii anno Domini MCCLXII.» Fueron, pues, los Canónigos y Clérigos de Valencia los fundadores de la Cofradía de San Jaime. Hicieron los cofrades la capilla, y el rey D. Jaime I fundó en ella un beneficio. Esto dió lugar sin duda á que se le atribuye fundación real á la cofradía, la cual fué tan respetada, que cuando D. Jaime II suprimió todas las de Valencia, ésta fué la única que dejó subsistente.

(1) Fr. Andrés de Albalat era dominico, hermano de D. Pedro de Albalat, el arzobispo de Tarragona que asistió al sitio de Valencia y consagró la Catedral. Por amor á su orden, Fr. Andrés construyó el trozo de muralla que incluyó en el recinto urbano de Valencia el convento de Santo Domingo. Fundó la Cartuja de Porta-Cœli. En la Seo, además de su reconstrucción material, atendió á su organización eclesiástica, estableciendo en 1259 doce pavordías ó preposituras para la recaudación de las rentas, por meses; añadió doce canonicatos al Cabildo y los arcedianatos de Játiva y Murviedro. Era hombre de Estado al mismo tiempo, y fué canciller del rey D. Jaime I y embajador suyo. Estaba su enterramiento en la pilastra que dividía las capillas de Santiago y del Buen Ladrón: destruída la urna sepulcral, colocóse la figura yacente en el sitio donde hoy la vemos.

fosa. Esa fué la sepultura de D. Alonso, hijo primogénito del Conquistador, único que hubo de su primera consorte D.ª Leonor de Castilla (1). Aquel matrimonio contraído por un rey niño (sólo tenía entonces trece años), hízosele odioso al esposo desamorado: no era D. Jaime sufridor de vínculos importunos, y alegando parentesco no dispensado, obtuvo su nulidad á los ocho años de sus infaustas bodas. Volvió la reina D.ª Leonor á Castilla, triste y sola; sola, no: llevábase al infante D. Alfonso, reconocido como hijo legítimo y heredero de la Corona. Creció y vivió lejos de su padre, que nunca le manifestó afecto, y menos desde que le dió nueva prole su segunda mujer D.ª Violante de Hungría. El infante era ya mozo: ¡con cuánto dolor vería consumirse inútil su vida, ajena á las gloriosas proezas de su padre olvidadizo! Las disensiones entre D. Alonso y el rey pusieron al reino al borde de graves conflictos; calmáronse cuando murieron, casi á la vez, las dos reinas rivales, la repudiada y la vencedora, y estaban concertadas las bodas del príncipe de Aragón con D.ª Constanza de Moncada, hija del vizconde de Bearne, cuando le sorprendió la muerte. El infante D. Pedro, hijo de D.ª Violante, recogió su herencia, y fué D. Pedro III el Grande: ¡quién sabe lo que hubiera sido en el trono D. Alonso! En la capilla del Santo Bulto (que fué antes de San Antonino mártir), hay otros dos enterramientos antiguos: un escudo cuartelado, con tres palos en cada uno, en dos cuarteles opuestos, y sin empresa alguna en los otros, nos recuerda á Bernardo Guillem de Entenza, primo de D. Jaime I, é hijo y sucesor del fiel alcaide del Puig. Fué de su familia esta capilla hasta que la adquirió D. Berenguer de Blanès, gobernador de Valencia, que murió en 1413 y en ella fué sepultado también. He de citar aún, por

(1) Tenía este sepulcro estatua yacente y epitafio, que copió Diago, y decia así: «Hic iacet Alphonsus e primo Rege Jacobo unicus ex prima Leonore coniuge natus, qui cum in maturis raperetur morte sub annis, sarcophaga hinc ossa, animam conmisit Olympo.»

ser de devoción antiquísima, la Virgen contra la Peste. Hallóse su imagen, pintada sobre tabla, en el siglo XIV, y se le construyó capilla donde está ahora la de Santo Tomás de Villanueva. En 1665 cuando el cabildo quiso conceder igual honor al piadoso arzobispo recién canonizado, fué trasladada aquella Virgen al sitio que hoy ocupa y donde recibe aún los homenajes de los fieles en tiempos de epidemia (1).

Dando la vuelta al ábside, salimos al crucero del Evangelio, y hallamos en él, como en el otro, cuatro capillitas. Están dedicadas á San Antonio de Padua, San Francisco de Asís, San Vicente mártir y el beato Gaspar Bono. Nada hay en ellas que solicite poderosamente nuestra atención; pasemos de largo y vayamos á las cuatro grandes capillas de la nave lateral. La primera es la de la Purísima Concepción de María, pulida y abrillantada de reciente, con una bonita imagen corpórea, de Esteve, y otra, pintada, de Vergara, todo pulcro y refinado, propio de la devoción elegante, que se ha fijado en esta capilla (2). Sigue la del gran Santo Valenciano, Fr. Vicente Ferrer, cuyas glorias están representadas en los tres buenos cuadros que hay en ella (3); y después la de San Luís, obispo de Tolosa, donde en

(1) La invocación es la misma, pero la imagen no. Ahora hay un cuadro, pintado al óleo sobre lienzo, que por el estilo y la indumentaria, corresponde al siglo XVII. Representa á Jesucristo afligiendo al mundo con los rigores de la peste, figurada con lenguas de fuego, y á la Virgen y San Vicente mártir, implorando su piedad y defendiendo al pueblo fiel.

(2) Uno de los altares laterales de esta capilla está dedicado al dominico valenciano San Luís Bertrán, y el otro, donde hay un lienzo de Cristo atado á la columna, obra de Alonso Cano, se destina á la madre Inés de Beniganim, recién beatificada por León XIII. En esta capilla está sepultado el arzobispo Fr. Joaquín Company, que rigió la diócesis durante los trece primeros años de este siglo.

(3) Algunas *Guías* atribuyen estos cuadros á Vergara, pero son de estilo muy diferente. En una pequeña sacristía, que abre puerta á esta capilla, se conserva el sepulcro del cuarto obispo de Valencia, después de la restauración de su iglesia, Jasperto de Botonach. Es una urna funeraria de piedra, de gusto ojival, sobre la cual está esculpida la figura yacente del prelado, de muy buena traza y holgada ejecución. Una lápida de mármol negro contiene el siguiente epitafio: «Presul . Jaspertus . jacet . hic . jurista . disertus . lector . sis . certus . vixit . sine . labe . repertus . annis . millenis . octo . simul . octuagenis . inde . ducentenis .

urna de plata se guardan los restos de aquel ilustre patrono de la Provenza, traídos á Valencia por D. Alfonso V por derecho de conquista y como trofeo de sorprendente victoria (1). Ya hemos visto que la actual capilla de San Pedro fué la primera de San Luís (2): trasladóse su culto á otra de aquella misma nave, y después á ésta, donde el fecundísimo Vergara pintó los lienzos que recuerdan los triunfos religiosos del obispo toledano (3). La última de estas capillas es la de San Vicente mártir, y una de las más recientes. Hasta 1732 estuvo dedicada á San Dionisio Areopagita y San Martín mártir, patrono este último del gremio de los armeros. Aún conservan altar en ella, y hay otro dedicado á San Narciso, obispo de Gerona (4). El principal de la capilla es el del glorioso diácono, patrono de la ciudad, cuya figura arrogantísima, con exceso de garbo y movimiento, pintó D. Vicente López en un cuadro vistoso y exagerado, como todos los suyos. En el fondo de la nave está la capilla de la Santísima

temporibus . de . ordine . plenis.. aprilis . nonas . terno . numerum . sibi . ponas . sancti . felicis . abbas . laudandus . amicis . sic . eras . unde . fuit . in . de . Sagrista . Gerunde . inde . Valentine . Sedis . pastor . medicine . utrosa . virtutis . gregibus . dans . dona . salutis . pulcher . formosus . largus . letus . generosus . querere . de . genere . si . vis . descendit . aquo . de . castro . genitrice . novo . patre . de . Botonaco . Presbyteros . que . duos . altare . quod . edificavit . Magdalena . tuos . statuit . quam . semper . amavit . candelam . statuit . Divine . Matris . honori . Totum . se . tribuit . domini . subyectus . amori . Requiescat . in . pace . amen. dic . pater . noster . pro . anima . sua . » Este sepulcro estuvo en la capilla de San Vicente Ferrer, hasta la restauración de la Catedral; entonces se relegó al rincón donde hoy se encuentra.

(1) Encontraron unos soldados los restos del santo obispo en el saco de Marsella, y los presentaron al rey, que mandó trasladarlos á su galera como la mejor presa de aquella jornada. Fué San Luís de regia extirpe: era hijo del príncipe de Salerno y hermano de la princesa Blanca, esposa de D. Jaime II de Aragón. Le correspondía la corona de Nápoles, y renunció á ella por seguir su vocación eclesiástica.

(2) Los restos de San Luís se guardaron en la sacristía de la Catedral hasta que en 1598 el Patriarca Ribera los trasladó á la capilla del Santo, en donde se conservan desde entonces. El cráneo fué separado de las demás reliquias para colocarlo dentro de la efigie de plata que representa al bienaventurado obispo.

(3) Está sepultado en esta capilla el arzobispo de Valencia D. Joaquín López Sicilia, que lo fué de 1832 á 1835.

(4) La capilla de San Martín fué concedida al gremio de armeros en 1377. En el altar de este santo está aún el escudo de aquella corporación.

Trinidad, donde el cardenal Barrio Fernández, último arzobispo de Valencia, tiene marmóreo sarcófago, que no acredita, por cierto, á la escultura contemporánea.

Sólo nos falta ver las capillitas adosadas al coro. Hay seis á cada lado, todas iguales, y en casi todas pintó el lienzo que representa al Santo titular el maestro segorbino D. José Camarón, demostrando en ellos soltura y gracia en el dibujo, limpieza y suavidad en el color (1). Entre estas pinturas amaneradas, que sin llegar á ser profanas, tienen poco de ascéticas, destácase imponente, severo, tristísimo, lleno de vida y de majestad, el Ecce-Homo de Joanes: es su mismo Salvador, tan bello y tan atractivo; pero que, coronado de espinas, con la púrpura mofadora, con el cetro de caña, sombrío y algo amenazante, parece reprochar al hombre su ingratitud, y que nos traspase el corazón con el dardo del remordimiento (2).

Visita de museo, más que de iglesia, parece la que estamos haciendo, y pasamos mucho por alto. Señalemos, no más, los seis grandes cuadros que están junto á las tres puertas de entrada. En la del Palau son de Vergara los dos, y representan horribles escenas de martirio: San Vicente, á quien, puesto en cruz, le aplican fuego, y San Erasmo, á quien le sacan las tripas con un torno (3). El pincel desmayado de Vergara no tenía la energía necesaria para dar relieve á estos asuntos. Inglés, pintor valenciano de poco nombre y de la misma fecha, más rudo y tosco

(1) Es también de Camarón, y de sus mejores obras, el cuadro de San Francisco de Asís, en una de las capillitas del crucero del Evangelio.

(2) Están dedicadas las capillas del coro: las del lado de la Epístola á San Rafael arcángel, San Ignacio de Loyola, el Santo Ecce-Homo, Nuestra Señora del Rosario, Santo Tomás apóstol, y San Honorato obispo; las del lado del Evangelio, á San Joaquín, Santo Tomás de Aquino, San José, San Matías, Nuestra Señora del Pilar, y San Gregorio y San Bernardo. El Ecce-Homo de Joanes perteneció á la compañía de Jesús; cuando fué expulsada, lo adquirió el canónigo de la Catedral D. Antonio García, que obtuvo en 1781 el patronato de esta capilla, donde colocó aquella preciosa imagen.

(3) Vergara nació el día de San Erasmo, y por devoción al santo de su natalicio, pintó este cuadro y lo regaló á la Catedral. El cabildo, agradecido, dispuso que se le diese todos los años palma y cirio canonical.

en el dibujo y la factura, acertó mejor con la entonación propia en los otros dos cuadros, de asunto igualmente lúgubre, que decoran la puerta de los Apóstoles, figurando el suplicio de San Bartolomé y la prisión de San Pedro. En la puerta principal hay un *Descendimiento*, no mal compuesto, del pintor toledano del siglo XVI, Blas del Prado (1), y una de las obras maestras de Joanes, el *Bautismo de Jesucristo*. Tienen el calor de la vida sus figuras, de tamaño natural, y no daña el esmero de la ejecución á la espontaneidad con que están concebidas y trazadas. Revélase la imitación de Rafael en los contornos recortados, en los colores vivos y pulcros; pero en ésta, más que en otras creaciones del gran pintor valenciano, aparece la franca naturalidad que distingue á la escuela española de la idealidad italiana. Apelando á la agrupación simbólica, que los críticos miopes del siglo pasado tachaban de anacronismo insoportable, Joanes agrupa en este cuadro, en torno de Jesucristo y del Bautista, á los grandes doctores de la Iglesia San Gregorio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Agustín; el Padre Eterno, que asoma entre las rasgadas nubes, á la vez que al Hijo humanado, bendice á su santa doctrina, representada por tan insignes varones (2).

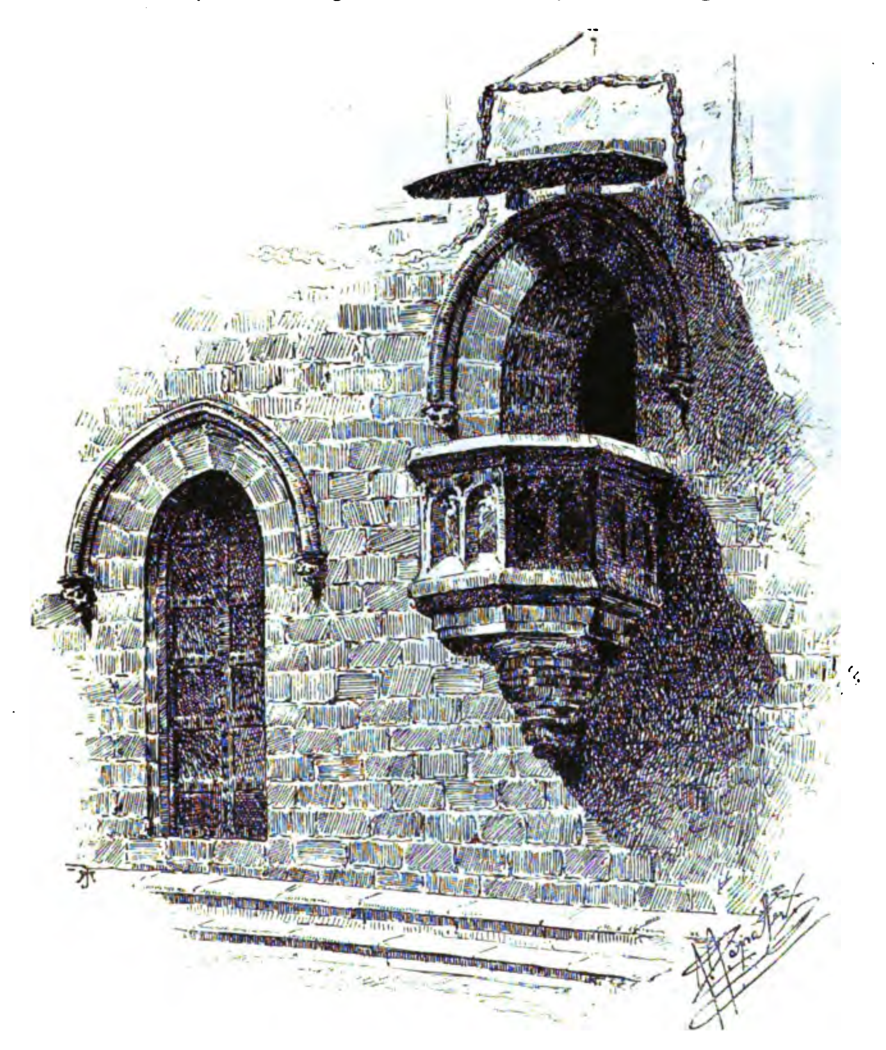
Hemos recorrido ya todas las naves de la Seo: veamos ahora el Aula Capitular. Un monacillo, cargado con resonante manojo de llaves, nos abre la cerrada puerta, y nos encontramos en un breve pasadizo, con dos capillas viejas, de arco apuntado y reja de hierro, á un lado (3), y enfrente otra puerta ojival,

(1) Consta por una inscripción que hay en este cuadro, que fué pintado en 1581, y que se trajo á Valencia en 1810. Cean Bermúdez alaba la corrección del dibujo, la grandiosidad de las formas y la sencillez de las composiciones de su autor.

(2) Entre las figuras gloriosas del cuadro, se ve en primer término un eclesiástico, con la muceta de los beneficiados de la Catedral. Es un retrato, indudablemente; pero no del mismo Joanes, como se cree vulgarmente, sino de su docto amigo el venerable Agnesio (Juan Bautista Anyes) beneficiado de la Seo y escritor tan erudito como piadoso. ¿Costearía el cuadro? Parece indicarlo el lugar que ocupa su efigie en la composición.

(3) Construyéronse estas capillas en 1494, dedicándolas á Cristo Crucificado y á San Pedro mártir.

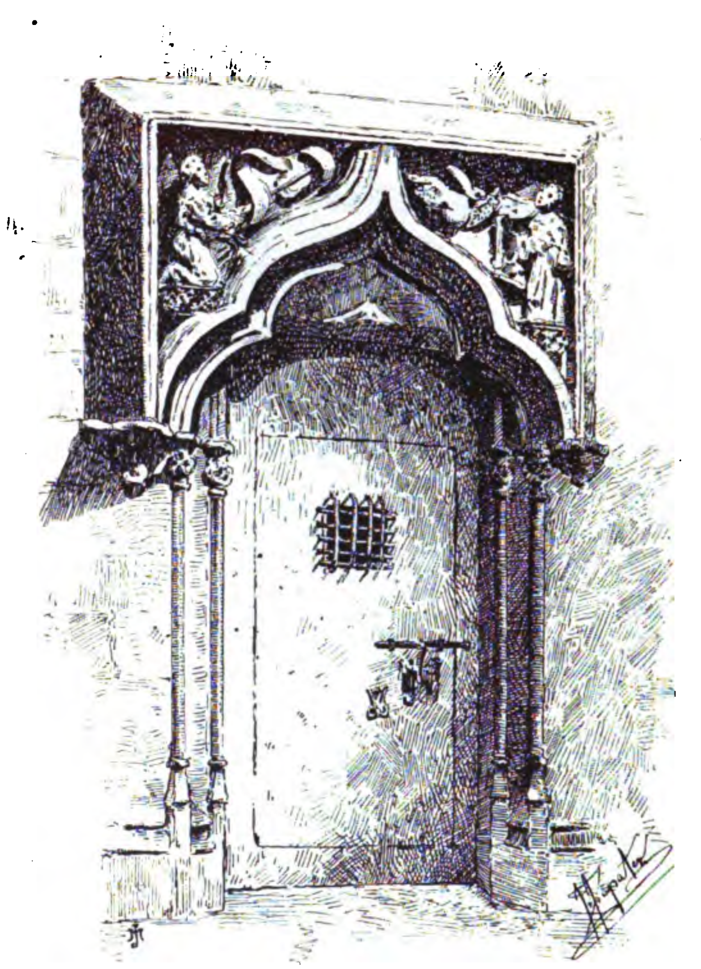
decorada con elegantísimas labores de este gallardo estilo. Hemos pasado de la Catedral de hoy á la Catedral de ayer; hemos retrocedido (en el tiempo, no en el arte) cuatro siglos. Abre el



VALENCIA.—CATEDRAL: PÚLPITO DEL AULA CAPITULAR

monacillo la segunda puerta, entramos en el Aula Capitular, y se ensancha el corazón respirando la atmósfera religiosa que inunda su callado é imponente recinto.

Es una grandiosa cámara, perfectamente cuadrada, cuyos muros de desnudos sillares suben á gran altura sin hueco alguno, cornisa, pilastra ni moldura que altere la majestad severa de sus grandes planos; arriba, muy arriba, arrancan, de doce ménsulas escaroladas, otros tantos arcos ojivales, que encorvándose airosamente y uniéndose en la clave elevadísima, forman una bóveda por arista, la cual parece desde abajo magnífica estrella, entre cuyos radios resplandecen con la luz del sol calados rosetones. En el muro frontero á la puerta de entrada está, labrado en piedra igualmente, un primoroso altar. En el centro, un arco de triple archivolta, ornamentada con menudas imágenes, forma el nicho principal, sobre el que se eleva un segundo cuerpo, coronado por la estatua de la Virgen María y dos ángeles adora-



VALENCIA. — CATEDRAL: PUERTA INTERIOR DEL AULA CAPITULAR

dores; á uno y otro lado se extienden las alas del retablo, divididas en compartimientos, con estatuillas bajo los doseletes de las esculpidas pilastras y cuadros de fondo dorado en los intercolumnios. Crestería de traza caprichosa y de exquisita labor remata esta obra, cuya aparente fragilidad hace buen contraste con la solidez de los muros en que está colocada. ¡Lástima grande que la luz escasa no permita apreciar bien sus preciosas filigranas! ¿Cómo escondieron en esta penumbra labor tan admirable? No se hizo para este sitio: ese artístico frontispicio era la fachada posterior del coro; en el encapillado, donde hay ahora pinturas antiguas desiguales y mal acopladas, estaban los doce magníficos alto-relieves de alabastro, que hemos visto en aquella fachada, reconstruída á fines del siglo XVIII. El armazón completo, desechado por desdén á lo que entonces llamaban fábrica mosaica, trasladóse á este lugar. El arco apuntado que sirve ahora de nicho principal á este grandioso retablo, era la puerta del coro, puerta hermosísima, cien veces superior á la que se labró en aquella época, de ricos jaspes, y con escrupulosa sugeción á las reglas y medidas de la arquitectura clásica. En esta portada de desecho, convertida en altar, colocóse una imagen muy estimada: Cristo en la Cruz, escultura de Alonso Cano. El gran artista granadino, que según cuenta la tradición, se refugió en Valencia huyendo de la justicia, con la que tuvo largas cuentas en su vida azarosa, hizo esta efigie para el convento del Socorro, donde fué muy venerada con la invocación de *Cristo de la Buena Muerte*. Está diseñada con magistral corrección, y esculpida con la seguridad propia de su valiente escoplo. Al contemplarla detenidamente, vemos justificado el nombre que le dió la devoción popular. Hay calma, tranquilidad, melancólica beatitud en ese Crucifijo: invita á bien morir. Dos bancos de piedra ciñen los otros lados del Aula espaciosa. Como detalles arquitectónicos pueden citarse la sobria y artística traza del púlpito y el característico decorado de la puerta que da paso á una pieza anterior. Incluyo en el texto sus dibujos.

Costeó esta obra magnífica, en el siglo XIV, el obispo don Vidal de Blanes, y la hizo el maestro Pedro Compte, no el constructor de la Lonja, que es muy posterior, sino otro del mismo nombre y quizás abuelo suyo (1). Sirvió esta Aula para las reuniones del capítulo, y también para las lecciones de teología, instituídas en la iglesia episcopal (2). Hoy se ven colocados en sus muros los retratos de los cuarenta y cuatro obispos y arzobispos que desde la reconquista han regido la diócesis valentina; otros cuadros vetustos, desechados de los altares por su extraña traza, y apreciables por eso mismo para el proceso histórico del arte (3), y uno de los trofeos más gloriosos de los reyes intrépidos de Aragón: las cadenas del puerto de Marsella.

Día luctuoso para esta ciudad fué el 19 de Noviembre de 1423. Regresaba de Nápoles el rey D. Alfonso V con diez y ocho galeras y doce naves de Cataluña y Valencia. Llamábanle á sus reinos graves atenciones, y receloso de que no asegurasen bastante su dominación en Italia sus últimas victorias, quiso coronarlas con una proeza, que á la vez que testimonio de su poder, fuese para sus enemigos terrible escarmiento. Marsella era el centro naval de los anjevinos; dirigióse á ella, detúvose en las islas Pomegas, y de pronto, como el cormorán que cae sobre su presa, cayó sobre la populosa ciudad. Defendía una torre la boca del puente; fuerte cadena de hierro la cerraba. El rey, que

(1) El episcopado de D. Vidal de Blanes duró de 1356 á 1359: Esclapés señala el año 1358 para la construcción del Aula Capitular. Esta construcción amplió el recinto de la Catedral: incluyóse en él una plazuela llamada de las Gallinas, sin duda porque servía para mercado de volatería.

(2) Se dice que San Vicente Ferrer leyó teología en esta Aula, de 1385 á 1390. En ella quedó el obispo Blanes que tuviesen sepultura en lo sucesivo los prelados y canónigos de Valencia, y allí fué sepultado. Pero después de su muerte se cambió de idea. Los obispos que inmediatamente le sucedieron, fueron enterrados en la capilla mayor. Después se construyó el panteón que hay debajo del Coro. El primero que recibió sepultura en este panteón fué el arzobispo D. Francisco de Navarra, en 1563.

(3) Entre ellos, un San Cristóbal gigantesco, digno émulo, en pintura, de la colosal efigie corpórea del mismo santo, que posee el gremio de *Pelayres*, y veremos más adelante.

siempre combatía en primera fila, desembarcó con parte de su gente y atacó la torre, mientras el valenciano Romeu de Corbera (1) afanábase en romper la cadena con algunas galeras. Resistieron bien los defensores de la torre, hasta que, amenazados de incendio, hubieron de rendirse; apoderóse entonces la tropa del rey de un buque anclado en la dársena; rindió con él á otro y á otros más, y cuando ya se había encendido naval pelea dentro del puerto, entraba triunfante Corbera, rotos los eslabones de hierro, y completaba el triunfo. Ya era de los nuestros el puerto; pero la ciudad se había aprestado á la defensa; estaba armado el vecindario en masa. Caía la noche; locura parecía aventurarse á tal hora en el ataque de una población grande y enemiga: el conde Folch de Cardona, almirante de la escuadra, propuso aplazarlo para el siguiente día; el valiente Corbera pidió que se aprovechase el calor de la batalla y la sorpresa de la victoria. Dióle la razón el animoso monarca, y lanzóse la reducida hueste sobre Marsella. Desde las murallas y los baluartes primero, desde las propias casas después, defendiéronse los marselleses; llovía sobre los agresores todo género de proyectiles; deteníales toda clase de obstáculos. Pero ellos iban resueltos á todo; donde no bastaba el hierro, acudían al fuego: ardía la ciudad, cesó la resistencia, comenzó el saqueo, llevóse el botín á las naves, y volviendo á ellas, hízose el vencedor á la mar, abandonando su conquista (2).

---

(1) Todos los historiadores llaman á este valeroso marino Juan de Corbera; pero Escolano hace notar que Bartolomé Faccio le dió el nombre de Juan en lugar del de Ramón (ó Romeu), y de Faccio pasó sin duda la equivocación á los demás analistas que se ocupan de la toma de Marsella.

(2) Cuenta Antonio Panormita (*De ditis et acti regis Alfons*) que el rey no quiso del despojo de Marsella más que los restos de San Luís, porque no era justo, decía, que cuerpo que había vencido con tan gran pujanza los enemigos del alma, quedara en una ciudad vencida, saqueada y abrasada. Llevóle á su galera, y cuando la armada se hizo al mar, sobrevino espantosa tempestad. Los marineros, temerosos, pidieron al monarca que volviese á Marsella aquellos restos, pero él exclamó: «Ó yo tengo de perderme con el cuerpo de San Luís, ó le tengo de llevar conmigo á puerto de salvación, para ponerle en otra ciudad más famosa y favorecida de Dios.» Lo cual cumplió, trayéndolo á Valencia.

D. Alfonso, muy amante de Valencia y en ella muy amado, fué recibido triunfalmente en su buena ciudad, y quiso consagrarle las preseas de su victoria. Depositó en su Palacio del Real los restos de San Luís de Tolosa (1) y en la Seo las cadenas del puerto marsellés. Fueron colgadas éstas en la capilla mayor, y allí estuvieron hasta 1779. En esta fecha, los restauradores del templo, poco dados á lo que calificaban de antiguallas, quitáronlas de tan preeminente lugar, y fortuna fué que las dejasen en este sitio, donde su histórico recuerdo se armoniza bien con la fábrica añeja y majestuosa del Aula capitular (2).

La puerta que está dibujada pocas páginas atrás, da paso á un aposento secundario, donde el cabildo celebraba sus juntas el siglo pasado; en él se guardan ahora las imágenes de plata (3) y otros objetos preciosos, de que fué riquísima esta iglesia. Copiosísimo era el caudal de estas alhajas, y pocas son las que quedan (4); pero la pérdida más sensible es la de la magnífica custodia del Sacramento, que construyó el Cabildo sin perdonar

---

(1) Estuvieron en este Palacio hasta que, al año siguiente, teniendo que salir el rey á campaña, envió ésta y otras reliquias á la sacristía de la Catedral, en calidad de depósito, y luego hizo donación de ellas al Cabildo.

(2) La cadena está partida en dos trozos iguales, de 32 palmos de longitud, pero desiguales en su grueso y en el número de eslabones, pues uno tiene 59 y otro 79. También está allí el aparato de que se valió Romeu de Corbera para romper la cadena. Es una barra de hierro, con enorme punta en forma de lanceta, y dos bolas, de hierro también, sujetas con cadenas, para servir de lastre.

(3) Las imágenes de plata, con sus andas de plata también, son seis. La más antigua es la de San Vicente Ferrer, costeada por la ciudad en 1606, y labrada por Tomás Buix y Diego de Salines; la de San Luís Bertrán, pagada por la generalidad del Reino (estas dos son de cuerpo entero); los bustos de San Luís de Tolosa y Santo Tomás de Villanueva, conteniendo los cráneos de estos santos; la imagen de la Virgen, dentro de un elegante templete; y la figura de San Vicente mártir, de gallarda traza y buena labor, regalo, como ya he dicho, del canónigo Pérez Bayer.

(4) Entre las grandes piezas de plata labrada, que pudieron librarse de los azares de principios del siglo, figura el magnífico dosel para el Sacramento, y el arca para el Monumento de Semana Santa. Ésta fué donada en 1631 por D. Leonardo de Borja, hermano del duque de Gandía. Era canónigo y capiscol de la Catedral, y se cuenta que, disfrutando las copiosas rentas de su beneficio, hacía vida profana y disipada. Arrepintióse al cabo, y regaló esta arca, en la cual entraron cinco mil ducados de plata.

dispendio, para la procesión del Corpus, solemnísima siempre en Valencia. Labróla de oro y plata, dándole remate en 1456, Juan de Castellnou, el mismo que esculpió la Virgen del coro (1). Era, según cuentan, una maravilla de orfebrería, un ascua de oro, una especie de templete afiligranado, de catorce palmos de altura, cuajado de caprichosas labores, en las cuales se destacaba multitud de imágenes minuciosamente cinceladas y resplandecían las piedras más preciosas (2). Esta joya, más es-

---

(1) En el dietario del capellán de Alfonso V se dice de esta custodia lo que vamos á copiar: «La Custodia de la Seu de Valencia pesa CCCCXXIIII marchs é II onces ab les imatges grands del peu. Pesa Lara Celi de mig hon está lo Corpus, lo qual es dor, XVII onces é dos quarts é mig. Fon pessada la dita Custodia dijous á XII de juny en lany MCCCCLIIII. Costá lor é largent de la dita Custodia catorce millia florins. Costá de mans la dita Custodia ab Lara Celi quatre millia florins: de la qual Custodia fonch Maestre Johan Castellnou argenter, lo qual es natural de la ciutat de Valencia, lo qual ha leixat un fill soptill en lo dit art dels argenters.»

(2) Los autores que se ocuparon de esta custodia, hacen de ella larga descripción, reseñando todas las imágenes y figuras simbólicas, y enumerando las piedras preciosas que contenía. No copio estas relaciones por su mucha extensión, y diré solamente que la custodia «estaba asentada sobre un zoco ó peana de cuatro palmos en cuadro, de cuyas esquinas se elevaban otras tantas columnas que recibían el primer cuerpo, y sobre éste había otro, que subiendo con definición, recibía el último, compuesto de tres pirámides más redondas que cuadradas.» El alto de toda la custodia era de catorce palmos valencianos bien cumplidos. Las principales imágenes eran las de los cuatro evangelistas, de Abraham, Melquisedech, Elías, Salomón, Moisés y David, todas éstas en el cuerpo inferior. En el cuerpo central, donde estaba colocado el viril, había seis hornacinas, y en ellas las figuras de la Virgen María, San Vicente mártir, San Lorenzo, San Pedro y San Pablo apóstoles y San Juan evangelista. Sobre el Araceli estaban esculpidos el Padre Eterno y el Espíritu Santo. Debía ser grandísima la riqueza de la pedrería que adornaba esta custodia. En las relaciones de ella se enumeran muchísimos diamantes (entre ellos alguno, como el que llevaba al pecho la imagen del Padre Eterno, estimado en diez y ocho mil ducados), perlas como garbanzos, esmeraldas, rubíes, granates, topacios, zafiros, balaxes, crisólitos, turquesas, jacintos y ágatas. Con el tiempo, se fué enriqueciendo aún más esta custodia con joyas regaladas, entre las cuales enumeró Esquerdo el *Fermall* ó broche de la reina D.ª María esposa del rey D. Martín. Siendo éste duque de Montblanch y heredero de la corona, pidió á la ciudad de Valencia le prestase dinero para recobrar el reino de Sicilia, que le tocaba por su mujer. La ciudad le prestó 10,227 florines de oro, y el infante le dió en prenda el castillo y la villa de Penáguila y el *Fermall*. Conservólo en su poder el Consejo hasta 1417, en cuya fecha, considerando que esta joya no era de utilidad sino de molestia para Valencia, la cedió graciosamente al rey D. Alfonso V. La custodia de la Seo no comenzó á labrarse hasta 1442, de modo que no pudo figurar en ella el famoso *Fermall*. La joya á que se refiere Esquerdo era una pieza de plata sobredorada, tan grande como la palma de la mano,

timada aún por su labor sutil que por su precioso material, tuvo el mismo paradero que el retablo de plata: fué fundida en Mallorca para acuñar moneda. Dice la tradición que al visitar la Catedral el prisionero rey Francisco, se quitó del pecho un medallón de diamantes, figurando el arcángel San Miguel, para enriquecer aún más aquella custodia famosísima. No puede sostenerse con datos históricos esta tradición (1); pero era digna de un rey la placa del Arcángel, que se libró de la pérdida de la custodia y se conservó en la Catedral hasta que, en nuestros días, la ignorancia de algunos capitulares dejóla caer, con otras preciosidades desestimadas, en manos de un especulador, que hizo buen negocio con ellas. El preciado medallón de San Miguel está hoy en una de las mejores colecciones particulares de Europa (2). ¡Cuántos tesoros del arte habrán desaparecido de

---

con esmaltes de oro muy primorosos. En el contorno tenía doce esmeraldas; en medio un topacio en forma de corazón, tan largo como un dedo meñique, que se consideraba de gran precio, y en la parte superior, entre esmeraldas, crisólitos, rubíes y otras piedras, dos de ellas, que tenían grabado un águila y un rostro humano. Circuía el segundo cuerpo de la custodia una magnífica cadena de oro, regalo que hizo en 1455 el baile general Mosén Berenguer, porque se refugió en su casa la custodia con motivo de un alboroto que hubo al paso de la procesión del Corpus.

(1) Hay memoria exacta de lo que hizo el rey francés durante su brevísima detención en Valencia, y se sabe que no visitó la Catedral. El P. Teixidor dice que Francisco I, al ser hecho prisionero por Juan de Aldana, entregó á éste su collar de San Miguel; que Aldana lo dió al emperador, y el emperador lo devolvió al monarca prisionero, todo lo cual consta en el privilegio que el emperador concedió á Aldana. Este argumento cae por su base, pues se funda en una equivocación de Teixidor. He leído el privilegio á que se refiere, y en él no se habla del collar de San Miguel, sino del Toisón. Esto no obstante, bastan los datos que hay del paso de Francisco I por Valencia, para negar su supuesta visita á la Catedral. Si el rey de Francia, sin haber visitado esta iglesia, regaló ó no la placa que se le ha atribuído, no lo discuto: cosa es que podría averiguarse, como otras muchas que andan en dudas, examinando el Arch. del Cabildo.

(2) Dicen las descripciones de esta joya, que forman los dos brazos de San Miguel cuatro diamantes, otros cuatro las dos piernas, y un solo diamante todo el pecho, con lo cual representa á un hombre armado de punta en blanco, y los faldones que se descubren y bajan del sayo tienen once diamantes. Alábase mucho la primorosa destreza del artífice en dar á los diamantes forma para representar un personaje armado. Vendióse esta alhaja, un medallón de oro esmaltado, con escenas de la Pasión, del siglo xv, una sirena y una paloma, de igual fábrica, del siglo xvi, y otra joya antigua, con una esmeralda muy grande, por 46,510 reales;

igual ó de peor manera! Entre los que por dicha se conservan, he de citar, por su antigüedad, por su mérito artístico y también para deshacer un error muy admitido, dos frontales del altar mayor, que se usan en Semana Santa, y en los que están bordadas, con oro, plata y sedas, escenas de la Pasión y de la Resurrección, siendo tan notable el singular diseño de las figuras, propio de la imaginería de la Edad-media, como la ejecución material de la riquísima estofa. Dijo Esclapés, y todos le han seguido, que pertenecieron estos frontales á la Catedral de Londres, y que los compraron allí, al abolirse el culto católico, Andrés y Pedro de Medina, mercaderes valencianos. Contradice esta noticia el *Libre de antiquitats*, del Archivo de la Catedral, en el cual consta que los dos frontales de la Pasión y la Resurrección los regaló, en el último tercio del siglo xv, un canónigo de esta iglesia (1). ¿Bordáronse en Valencia? No hay memoria de ello; el dibujo acusa más el estilo alemán ó flamenco, que el español. Otro frontal hay de plata cincelada, regalo del arzobispo

---

catorce tapices flamencos del siglo xvii, tres paños de terciopelo, cinco esculturas de madera y una de piedra, por 62,000; un jarrón y su bandeja, de cristal, por 8,000; una caldereta de cristal, para agua bendita, unas vinajeras, un crismero, de cristal (de roca), una casulla bordada y una caja de bronce, todo del siglo xvi, por 27,000; un lote de alhajas por 15,584; y algunos otros objetos de arte. Estas ventas, hechas en 1882, fueron con razón muy criticadas, pues, aun prescindiendo de si debía desprenderse el cabildo de las joyas cuya posesión honraba á la Catedral, hízose la enagenación sin publicidad alguna y con tan poco conocimiento del valor de lo enagenado, que los especuladores que lo adquirieron, realizaron ganancias enormes. Si esto pasa en una iglesia como la Metropolitana de Valencia ¡qué pasará en las de los pueblos rurales, de donde desaparecen rápidamente todos los objetos de interés arqueológico! Urge mucho tomar medidas para impedir esta depredación.

(1) Dice así el *Libre de antiquitats*: «Sia memoria que a cinch dies del mes de abril del any 1607 se acabaren de renovar los dos palis, lo hu de la Resurreccio y lo altre de la Passio, que foren fets per mestre Vicent Climent quondam canonge y paborde de la Seu de Valencia, en vida de aquell. Lo qual mori en lo any MCCCCLXXIIII, que ha cent y trenta anys, y per estar los dits dos palis dirruyts y gastats, lo molt illustre Capitol ordena y provei que en lo obrador de la esglesia que esta damunt la primera sacristia per un mestre y dos oficials se repararen sens traurels de dita esglesia.» Sigue la cuenta de los jornales empleados en esta obra de restauración, que duró cinco meses.

Rocaberti (1), y algunos más, de gran riqueza: ninguno tan interesante como aquellos. Hay también capas, dalmáticas, casullas y otros ornamentos, muy preciosos, y muchos se han perdido, notables por su antigüedad ó su procedencia. El Papa Alejandro VI regaló tres capas, dos dalmáticas y una casulla, de brocado de oro, de las que no han sabido darme razón: «por su mucho peso, sirven de poco» dice un libro viejo de la Catedral, y no es extraño que, sirviendo de poco, hayan desaparecido. Ha llegado hasta nosotros, y se guarda con esmero, una casulla de Calixto III, de riquísima estofa con imágenes bordadas y las armas de aquel Pontífice. Otra joya se ha conservado en la Catedral, muy codiciada ahora por los coleccionistas acaudalados, y por la cual han ofrecido de reciente al cabildo muchos miles de duros. Es una paz, de oro con esmaltes: figura al Niño Jesús, sentado en un precioso sitial, con tal arte cincelado, que se atribuye su labor á Benvenuto Cellini. Indudablemente, es obra italiana, primorosísima, y de la mejor época del renacimiento. La figura del Niño está completamente esmaltada: tiene en la mano un ramo de flores. Debajo del asiento de la silla, se abren dos puertecitas, y dejan ver un Nacimiento, de figuras corpóreas y diminutas. Toda la silla está menudamente cincelada, con grecas y cenefas de gusto exquisito, y cuadritos de esmalte, que representan la Adoración de los Reyes, la Huída á Egipto, la Circuncisión, y

(1) «Hay otro riquísimo frontal que trajo de Roma el señor Arzobispo D. Juan Tomás de Rocaberti, y sirvió la primera vez en el altar el dia mismo que entró en ella este prelado, que fué, sábado por la tarde 9 de Octubre de 1677. Está sembrado de imágenes de plata de santos de la religion de Santo Domingo de medio relieve, que corre toda la cenefa y caidas del frontal. En el espacioso campo está mas que de medio relieve, Santo Tomás de Villanueva, el fondo ó ovalos donde están los santos es como piedra lapis lazuli, y con el color azul, resaltan las imágenes todas de plata, y los estremos ó bordes sobre dorados.» Ms. del doctor Gazull. Hay otro frontal de chapa de plata, pero muy delgada, y de escaso mérito artístico, regalado por el Patriarca Rivera. Entre los modernos, se distingue por su buen gusto y factura primorosa, el que regaló el arzobispo Ximénez del Río, á fines del siglo pasado. Es el fondo de seda carmesí, con bordados de oro y relieves de plata cincelada, entre ellos la escena de San Pedro en la prisión.

al Niño Jesús en el templo. Sobre el respaldo del sitial hay dos figuritas corpóreas de guerreros romanos, de correctísimo y elegante diseño, y detrás del respaldo, una cabeza de moro con turbante, de igual mérito. El asa para coger la paz tiene forma de culebra. Algunas piedras preciosas, no de gran valor, contribuyen á la decoración de esta artística alhaja.

Vense en el Aula Capitular grandes armarios bien cerrados, que guardan tesoro de un arte muy distinto. No hay allí oro, ni plata, ni diamantes. No hay más que papeles viejos y amarillentos, apolillados é ilegibles muchos de ellos. Es el caudal de la Capilla de música. ¡Cuántas y cuán sublimes armonías, calladas y muertas entre las líneas borrosas del pentágrama! ¡Cuántos artistas inspirados entre los modestos maestros que en largas vigilias escribieron aquellas solfas olvidadas! Muchos de ellos fueron compositores peritísimos; alguno es saludado hoy como un genio musical.

En la parroquia de Santa Cruz fué bautizado en 1568 un niño, que entró como *infantillo* en la Catedral, y que, adiestrándose en la música, era maestro de capilla en Lérida á principios del siglo XVII. El Patriarca Rivera, que oyó hablar de su gran mérito, lo llamó á su nuevo Colegio de Corpus Christi. Pasó luego á la Capilla de la Seo; después á la Real de Madrid; volvió más tarde á Valencia, donde murió, admirado de todos, en 1643. Aquel excelente maestro y piadoso sacerdote, era Juan Bautista Comes, un gran compositor. Alcanzó los tiempos de Palestrina; pero no necesitó sus lecciones, ni su ejemplo, para dar nuevo rumbo y notable perfeccionamiento á la música religiosa. Estaba este arte tan adelantado en España como en Italia. Comes lo aprendió de Ginés Pérez, maestro de Capilla también en esta Catedral, donde aún se estiman sus obras. Pero le superó mucho su insigne discípulo: á la maestría técnica y la pureza escolástica de sus predecesores, unió el genio innovador, desarrollándose dentro de la esfera propia de la música eclesiástica.

La de Comes ha prevalecido contra las mudanzas del gusto. Después de dos siglos y medio, aún se ejecutan, todos los años, como obras clásicas, su hermosísima *Passió* de Semana Santa, y su *Letanía* del Sacramento. Pero otras muchas de sus composiciones estaban arrinconadas y comidas de la polilla en los archivos de la Catedral. Al actual maestro de Capilla, D. Juan Bautista Guzmán, se debe su restauración. Con paciencia de benedictino ha transcrito piezas que apenas podían leerse. En el archivo de la Seo hay 189 composiciones de Comes, y veinte en el del Patriarca. En Lérida, en Segorbe y en otros puntos encontró algunas otras su celoso restaurador. Algunas de ellas, las más selectas, van á publicarse, y darán sin duda nueva gloria á Valencia (1).

Muy larga se va haciendo nuestra visita á su Seo famosa: démosle fin recorriendo su sacristía principal; también allí hay un doble tesoro, para el arte, y para la devoción.

La sacristía, donde tiene hoy su sala de juntas el cabildo, es un reducido, pero valioso museo. Joanes tiene allí cuatro cuadros, por lo menos, y dos de ellos, de los mejores que pintó: una Cena, de composición magistral y de figuras muy expresivas, y un cuadrito pequeño, exquisito, acabadísimo, de la Conversión de San Pablo. No valen tanto los otros dos: el uno de San Miguel y Santa Bárbara; el otro, de San Vicente Ferrer y San Nicolás. Se le atribuye el retrato del arzobispo Santo Tomás de Vi-

---

(1) El Sr. Guzmán solicitó el apoyo del Ministerio de Fomento para publicar dos volúmenes de obras de Comes; uno de ellos contiene salmos, motetes, versículos de *Miserere* y otras piezas de música litúrgica; el otro, villancicos, romances y otras composiciones, de carácter religioso también, pero de índole popular. Previo informe muy favorable de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, se acordó la impresión de esta obra por cuenta del Estado. El informe de la Academia, redactado por D. Francisco Asenjo Barbieri, dice que las obras de Comes, que van á publicarse, además de su gran mérito y utilidad para el estudio, pueden servir «para conjurar la peste musical que invade nuestros templos.» También ha encontrado el Sr. Guzmán el retrato del eminente músico, que pintado por Juan Ribalta, perteneció á la interesante galería de valencianos ilustres del monasterio de la Murta, y estaba olvidado y casi perdido en el Museo provincial.

llanueva (1). No es suya, aunque vale mucho, una Sagrada Familia, que algunos le adjudican, rafaelesca pura: dicen otros que es de Julio Romano, discípulo predilecto del de Urbino. No citaré otras obras, de pintores españoles é italianos, para fijarme tan sólo en lo más culminante; no hay quizás en toda la Catedral otro cuadro como la Adoración de los Pastores, de Josef de Ribera, el Españoleto. No puede ser más sobria la composición: la Virgen-madre, figura de medio cuerpo, tiene en la falda desnudo al Niño Dios, y levanta los ojos al cielo; toscos pastores, puestos de rodillas, contemplan respetuosos al tierno infante. El cuadro se ha ennegrecido mucho; del fondo oscuro no se destaca bien más que el rostro de la Virgen y el cuerpo del Niño: eso basta. Parece imposible que el pincel enérgico de Ribera, que hizo resaltar con tan valientes toques de luz y de sombra las figuras rudas y lúgubres de sus anacoretas y sus mártires, encontrase tintas tan suaves y gradaciones tan delicadas para expresar la belleza moral en el semblante de María, y la frescura de la infancia en los miembros de Jesús recién nacido. La expresión de aquel rostro es un poema; présagos temores anublan la alegría de la madre; algo de la Dolorosa se ve ya en la Virgen de Belem, que, ante la excepcional grandeza de su misión maternal, eleva el alma á Dios, pidiéndole fuerzas para cumplirla. ¡Insigne pintor quien, á la vez que arrancaba sus secretos al natural, para dar á sus creaciones la realidad de la vida, hallaba en mundos ideales los secretos psíquicos de la verdadera concepción artística!

(1) Este retrato, y otro del Patriarca Rivera, son muy notables por estar pintados al óleo sobre guadamaciles preparados al efecto. Son uno de los mejores restos que quedan de la antigua y perdida industria guadamicelera valenciana. Dan algunas *Guías* como de Juanes un Buen Pastor (el Salvador con el cordero á cuestas), que se guarda en esta sacristía: no respondo de esta adjudicación. También dijeron algunos escritores del país, y copió Viardot (Biografía de Juanes, en *Les Musées d'Espagne*) que se conservan en la Catedral de Valencia los cartones pintados por este gran artista, por encargo del mismo Santo Tomás de Villanueva, para unos tapices que representaban pasajes de la vida de la Virgen. No me han sabido dar razón de tales cartones. En cuanto á tapices, que eran abundantísimos en nuestra Seo, no queda ni rastro de ellos.

En el último aposento de la Sacristía, en el fondo reservado de este rico guarda-joyas de la Catedral, está el relicario. He de confesarte, lector, que entro temeroso en esa estancia. Quisiera tener la fe vivísima de aquellas generaciones, dóciles á la autoridad, fáciles á la creencia, que ante la urna de oro ó plata guardadora del hueso de un mártir, de una astilla de la Cruz del Salvador, de una espina de su corona, caían de rodillas sin discutir ni vacilar. Pero ¿quién se libra del ambiente de crítica y de duda que nos rodea? ¿Quién, ante la burda explotación ó el fanatismo piadoso de tantas reliquias inadmisibles, no se siente inclinado á desconfiar de las mejor comprobadas? Las de la Seo de Valencia fueron famosísimas; constituían su mejor tesoro. Papas y prelados, reyes y magnates, contribuyeron todos á acrecer aquel caudal de objetos venerandos (1). Allí estaban desde la camiseta inconsútil del Niño Jesús, hasta la túnica del Crucificado sorteada en el Gólgota; desde la mirra que, al nacer, le ofrecieron los Reyes del Oriente, hasta la esponja empapada en hiel, con que amargaron los judíos su agonía; allí, restos de la Virgen María, de los Apóstoles, de los Mártires más ilustres, y de muchísimos Bienaventurados, no faltando, por supuesto, de los que son gloria del reino valenciano (2).

(1) Hablando Escolano de las reliquias que hay en la catedral, dice: «Y son en tanto número las que se acogieron á este sagrado, que parece que previniendo la borrasca que les había de correr en Francia, Flandes, Inglaterra, Alemania y tierras septentrionales, fué acuerdo de la divina sabiduría enviarlas todas á la iglesia mayor de Valencia como á punto segurísimo de la Cristiandad. No tiene la mesma ciudad, ni otra del mundo, espectáculo que iguale con el lugar del depósito dellas. Y los fieles que viven en España en tierras apartadas de la nuestra, ya que no llegan con los ojos á verlas, se satisfacen con enviar arquillas con algodón purísimo, para que siquiera las toquen por medio dél, y por este contacto participen de su virtud.»

(2) Entre las reliquias figuraban con mayor notoriedad, además del Cáliz del Señor, cabellos y leche de la Virgen María; una camisita del Niño Jesús, sin costura, tejida por su madre; el cuerpo de uno de los Santos Inocentes degollados por los sicarios de Herodes; mirra de la ofrecida en Belén por los Reyes Magos; retrato de la Virgen pintado por San Lucas; espinas de la corona de Cristo y parte de la esponja en que le dieron hiel; piedra del sepulcro de Lázaro; un trozo de la vestidura del Señor; varios *Lignum Crucis;* parte de la vestidura de San Juan

Entre todas las reliquias, hónrase y venérase como principalísima, el Cáliz del Señor, el que fué instrumento sagrado para la institución de la Eucaristía.—¿Es posible? ¿Consérvase aquel cáliz donde por vez primera se convirtió el vino en la sangre de Jesucristo, aquel cáliz que llevó á sus labios el divino Salvador, y en el cual comulgaron con él su Santísima Madre y sus doce Apóstoles? ¿Consérvase, y está en Valencia? ¿Cómo ha venido á parar á este sitio? ¿Por qué vicisitudes ha pasado? ¿Cuáles son las pruebas de su autenticidad?— Así exclamarás probablemente, oh lector, mezclando interrogantes con admiraciones, y no he de extrañarlo, porque hoy día andan bastante olvidadas y desatendidas estas noticias eclesiásticas. No he de contestarte yo con afirmaciones tan completas y rotundas, que cierren la puerta á toda objeción; te daré lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso: decide tú después (1).

Bautista; una vértebra del cuello de San Pedro apóstol; piel de San Bartolomé, y huesos de los otros apóstoles, San Andrés, San Matías, San Bernabé y Santiago el menor; una muela enorme de San Cristóbal; una mano de San Lucas evangelista, y varias reliquias de San Esteban protomártir, San Lorenzo, San Jorge, Santa Bárbara, San Valero y San Vicente, San Sebastián, San Mauro, San León Papa, y otros, de los primeros siglos del cristianismo. De los mártires de Valencia, Juan de Perusia y Pedro de Sassoferrato, dos canillas; de San Vicente Ferrer, un dedo de la mano, una costilla, parte de la capa y la capilla, y una biblia, con notas de su mano; de San Luís Bertrán, un hueso del brazo; otra reliquia de San Francisco de Borja, y muchas más de santos de todos los países, cuya enumeración ocuparía algunas páginas. La muela de San Cristóbal, que era una de las cosas que admiraba más la gente sencilla, dícese que, bien examinada después, resultó que era de un hipopótamo, y la retiró un arzobispo ilustrado. Lo mismo debiera hacerse con otras supuestas reliquias, que desacreditan á las verdaderas.

(1) En la *Disertación histórica, crítica y expositiva del Sagrado Cáliz en que Cristo Señor nuestro consagró en la noche de la Cena, el cual se venera en la Santa Metropolitana Iglesia de Valencia*, que escribió el cronista de esta ciudad D. Agustín Sales, y se publicó en la misma, el año 1736, reunió todas las noticias referentes á esta reliquia, y los argumentos que pueden hacerse en apoyo de su autenticidad. Tomó muchas de sus noticias del *Sermon del Sacro Cáliz en que Christo Nuestro Señor consagró su preciosísima Sangre la noche de su Santa Cena*, predicado en la Catedral el año 1686 por fray Josef Rodríguez, religioso trinitario (el autor de la *Biblioteca Valenciana)*, é impreso en Valencia, en 1687. Rodríguez, á su vez, se valió de un ms. de mosén Vicente Izquierdo, presbítero, que estaba en el Arch. de la Seo. Cuando publicó su libro el cronista Sales, tachóle de atribuirse méritos agenos, el docto dominico Fray Jacinto Segura, autor del *Norte crítico*, en

Lo cierto es que allá, por los siglos XIII y XIV, había en el monasterio celebérrimo de San Juan de la Peña un precioso Cáliz, que era, según la tradición, el de la Cena del Señor. Ansió poseer prenda tan venerable el piadoso rey D. Martín, y después de muchas instancias, logró que se lo cedieran los monjes. Llevólo en 1399 á su palacio zaragozano de la Aljafería, y allí estuvo, hasta que habiendo guardado D. Alfonso V los restos de San Luís de Tolosa en el del Real de Valencia, parecióle bien reunir otras reliquias de la Corona, y mandó trasladar al mismo alcázar el Santo Cáliz y algunas más. Teniendo que partir de Valencia, depositólas en la sacristía de la Catedral, á 11 de Abril de 1424, y como depósito las conservó el Cabildo hasta que el mismo monarca, desde Italia, le hizo donación completa de ellas, como se consignó por escritura de 18 de Marzo de 1428. Esto es lo histórico; vamos ahora á lo tradicional.

Referían los monjes de San Juan de la Peña que el Santo Cáliz fué llevado de Jerusalem á Roma por los discípulos del Señor, y que cuando San Lorenzo se vió amenazado para entregar al César los tesoros de la Iglesia, envió aquel precioso vaso á Huesca, sin duda por ser su patria. En Huesca estuvo hasta la invasión de los árabes; refugiáronse entonces los cristianos más decididos de aquel país en las asperezas de los Pirineos, y escondieron sus reliquias sagradas, como el mejor de sus tesoros, en la cueva que fué cuna del monasterio famoso, y también de la monarquía aragonesa. De todo esto no hay más prueba que la tradición, tradición que en aquellos tiempos, y en otros más cercanos, se consideró suficiente, por lo extendida y continuada, y que hoy quizás no lo parezca, no solamente á los que

---

unos folletos que tituló *La Verdad vindicada* y dió á luz con el pseudónimo de fray Josef Antonio Pérez de Benitia. Sales replicó con otro opúsculo titulado *Segura convencido en todo cuanto opone contra la Disserlacion del Sagrado Cáliz* (Valencia, 1737). Esta polémica de eruditos no afectaba á la exactitud de las noticias que doy en el texto, ni á la autenticidad del Cáliz, creida y confesada por ambos contrincantes.

niegan por sistema todo lo que no se ajusta á sus ideas irreligiosas, sino tampoco á los que, buenos católicos, quieren depurar la verdad de suposiciones, legendarias á veces, aunque sinceramente piadosas.

El Cáliz, como verá el lector en el dibujo que le presento, es de forma semi-esférica, del tamaño de una naranja grande, y de una especie de ágata, que llaman los lapidarios cornerina oriental, de color rojo oscuro, con aguas y visos de varios matices (1). El pie, de la misma piedra, está adornado con treinta y ocho perlas, dos balaxes y dos esmeraldas. El cuello y las asas son de oro, delicadamente cincelados. Hasta 1744 usábase este Cáliz para la fiesta de Jueves Santo, colocándose en él la Hostia que se reservaba en el monumento. Aquel año cayó, al ponerlo en el altar, y se rompió. Determinóse, para evitar percances, no usarlo más. Solamente es extraído del relicario el primer domingo de Julio, en que se le dedica solemne fiesta (2), la cual, á decir verdad, no



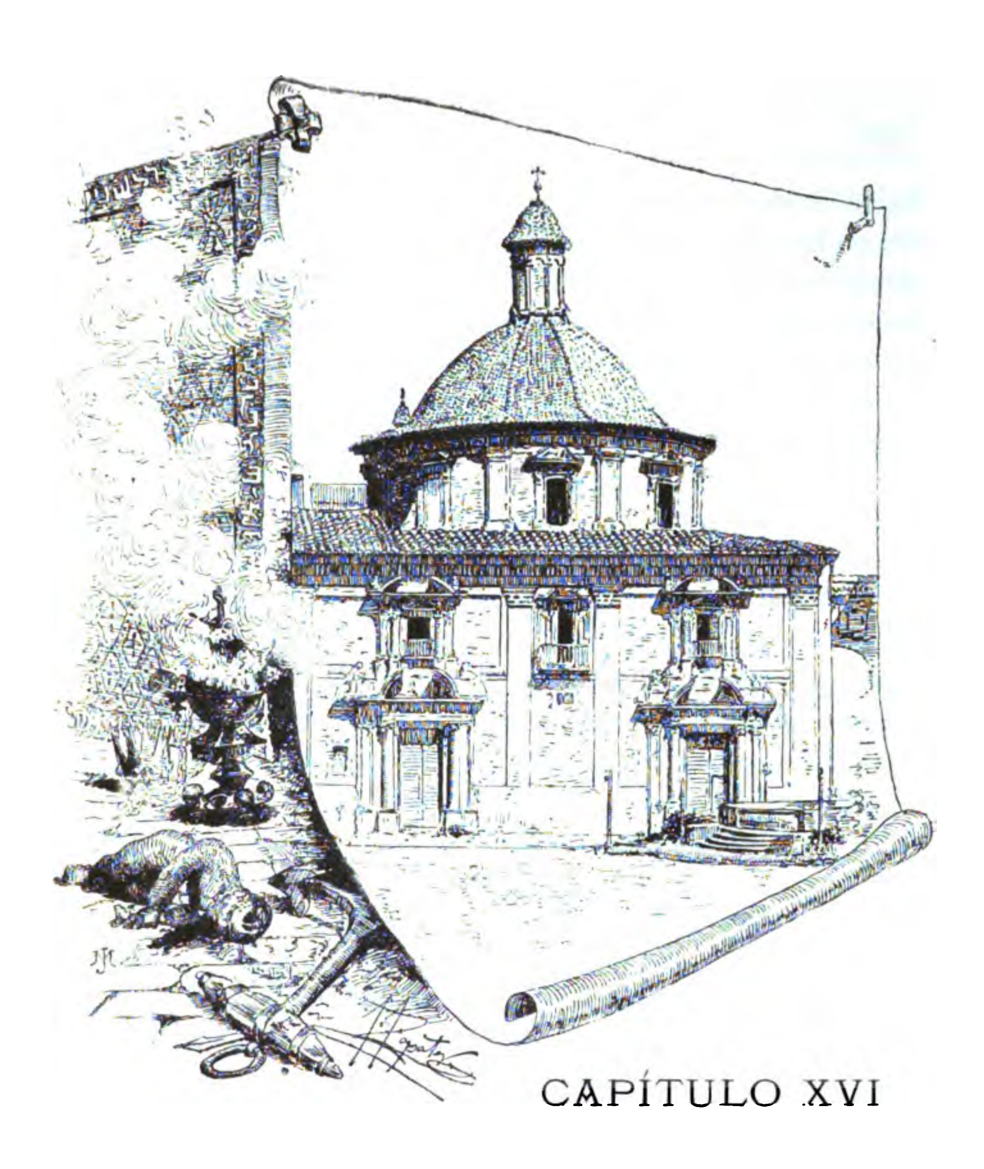
VALENCIA
Catedral: El Cáliz del Señor

(1) Sales (loc. cit.), justificando la riqueza de este Cáliz, supone que el padre de familia, de quien habla el Evangelio, y en cuyo cenáculo suntuoso se celebró la Cena Pascual, era el noble y opulento Chusa, mayordomo y tesorero de Herodes Antipas, en lo cual sigue la versión dada por algunos historiadores eclesiásticos.

(2) Instituyóse esta fiesta en 1606 á instancias del canónigo D. Honorato Figuerola, de la ilustre casa de los señores de Náquera. Dejó rentas para costearla, y dos mil ducados para la custodia de plata en que era conducida procesionalmente la Santa Reliquia. La procesión se suprimió y se perdió la custodia durante la guerra de la Independencia.

ha llamado nunca la atención del pueblo valenciano como otras festividades religiosas. Todos nuestros escritores, eclesiásticos y seglares, han dado por sentada la autenticidad del Cáliz del Señor; pero, sin negarla, ni discutirla, los fieles han estado lejos de prestarle aquella veneración calurosa y entusiasta que debiera producir la presencia de un objeto santificado por el mismo Salvador en el momento más augusto de la Redención.

Hemos terminado la visita de la Catedral; comunícanse con ella la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados y el Palacio Arzobispal; tratemos primero de la popularísima Patrona de Valencia, y evocaremos después, en el severo caserón donde vivieron, la memoria de sus obispos y arzobispos.



CAPÍTULO XVI

LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS Y LA DE LA SEO

Fray Juan Gilabert Jofré.—Hospital y Cofradía de Santa María «dels Innocents.»—Imagen de la Virgen de los Desamparados: su leyenda.—La antigua y la nueva Capilla.—Joyas y homenajes.—Imagen, Cofradía y Hospital de Nuestra Señora de la Seo.

Es para Valencia la Virgen de los Desamparados lo que es para el reino de Aragón la del Pilar, y la de Montserrat para Cataluña. La devoción popular convierte á la Madre de Dios, á la

Reina de los Ángeles, á la co-redentora de la Humanidad, en Madre de los valencianos, y encuentra en ella algo de afectuoso, de atractivo, de familiar, de próximo y de íntimo, que no halla en las demás advocaciones, ni en las demás imágenes de María. Obra de los siglos es este sentimiento, y va creciendo con el tiempo, como la bola de nieve. La fe sencilla de otras edades rodeó de prestigiosa leyenda una efigie de la Virgen, y cuando esa leyenda se examina y se discute, en tiempos más críticos y escrutadores, el corazón se ha interesado ya por aquel simulacro, que tiene á su favor, sobre cualquier otro, el culto tradicional y el acostumbrado afecto. Á la idea religiosa únese entonces el amor de la patria y el hogar, representado todo ello en la Sagrada Imagen, por tantos conceptos apropiada, y en pueblos impresionables y expresivos, como el valenciano, tradúcense en manifestaciones entusiastas, como las que promueve la aparición en público de Nuestra Señora de los Desamparados. Cuando en hermosa tarde del floreciente Mayo es conducida por las calles, en andas de plata, esa Virgen de rostro pálido y dolorido, que inclina compasiva la cabeza, para amparar á los que más amparo necesitan, es de ver el afán con que las valencianas, asomadas á todos los balcones, arrojan á su paso rosas deshojadas; no puede darse homenaje más cariñoso y más poético, que aquella lluvia de flores cayendo continua y copiosa sobre la Patrona de Valencia, ni contraste más conmovedor que el de su aspecto triste y afligido con la general alegría. Mas, para apreciar bien la veneración de sus devotos, hay que ver salir de su capilla, no la imagen, copia de la original, destinada á las procesiones ordinarias, sino *la verdadera*, como la llama el pueblo, la que nuestros abuelos creyeron hecha por mano de ángeles. Esto sólo sucede en casos solemnísimos, de gran júbilo ó de profundo duelo. Acude entonces gentío innumerable de dentro y fuera de la ciudad, y llena ansioso la plaza de la Seo. Apenas aparece, bajo el dintel de la puerta, la efigie, resplandeciente de oro y pedrería, una aclamación inmensa la saluda; mil voces conmovidas y trémulas

forman un solo grito, grito del alma, que tiene algo de himno triunfal, y de plegaria, y de sollozo; nervioso estremecimiento corre por la multitud, como si la hiriese una chispa eléctrica, y muchos son los ojos que se humedecen, y muchas las lágrimas que corren por rostros varoniles, y muchos los corazones que palpitan, creyéndose quizás inaccesibles á estos enternecimientos piadosos. «¡Culto idolátrico! ¡Superstición! ¡Fetichismo!» exclamarán quizás los espíritus fuertes. ¿Por qué? Cuando dais al soldado una bandera, y aplaudís que muera en defensa de aquel trapo rojo y amarillo, ¿no reconocéis la condición de la naturaleza humana, que necesita materializar la idea de la patria y el honor del regimiento en un lienzo sin valor propio? ¿Porqué no respetar del mismo modo al pueblo religioso que, entre todas las imágenes de la Virgen María, iguales en su representación, se siente más atraído por aquella que veneraron sus antepasados, y ante la cual la madre creyente hace doblar á los hijos las rodillas infantiles? ¡Qué raíces tan hondas clavan en el corazón estas devociones seculares de los pueblos! La Virgen de los Desamparados ve llegar muchas veces á su capilla, envueltos en el tropel de los devotos, ó recatándose de ellos, á los hijos de la duda, á los que alardean de despreocupación y hasta de incredulidad. Un resto escondido de fe, un recuerdo grato, una costumbre difícil de romper, les llama y les atrae, y lo que no logró quizás la palabra de Dios, hablando á la razón, alcánzalo ese mudo simulacro, hablando al sentimiento y á la fantasía.

¿Cuáles son el origen y la historia de esta imagen venerada? Para referirlas, hemos de remontarnos al comienzo del siglo XV. ¿Te acuerdas, lector, de los restos momificados de un mercedario insigne, que hemos visto en el monasterio del Puig? Reanimémoslos: infundamos en aquel enjuto cadáver el soplo de vida que le dió aliento, el fuego de caridad que ardió en su corazón, la palabra elocuentísima que arrebataba á la muchedumbre; y sigamos al venerable padre Fr. Juan Gilabert Jofré cuando, en la cuaresma de 1409, se dirigía á la Catedral para predicar su

sermón el domingo 24 de Febrero. Á su paso, encontró una cuadrilla de muchachos alborotados aporreando á un infeliz. *Cet âge est sans pitié*, ha dicho Juan Lafontaine, el gran fabulista, y siempre fué lo mismo. El víctima de la caterva desalmada era un pobre demente. El padre Jofré lo amparó: retrocedieron los agresores ante el respetado fraile. Hizo éste su sermón, y al terminar, habló así: «*En la present ciutat ha molta obra pia é de gran caritat é sustentació: empero una hi manca, que es de gran nesesitat, ço es, un hospital ó casa hont los pobres innocents ó furiosos fosen acollits. Car molts pobres innocents van per aquesta ciutat, los quals pasen grans desaires de fam, fret é injuries. Per tal com per sa innocencia é furor no saben guanyar ni demanar lo que han menester per sustentació de llur vida; é per ço dormen per les carreres é pereixen de fam é de fret, é moltes malvades persones, no havents Deu davant los ulls de sa conciencia, los fan moltes injuries é enuchs; é malvades persones, no habents Deu davant, senyaladament lla hon los troben adormits los nafren é maten alguns, é á algunes fembres innocents ahonten. E aixi mateix los pobres furiosos fan dany á moltes persones anants per la ciutat, é aquestes coses son notories á tota la ciutat; perque seria sancta cosa é obra molt sancta que en la ciutat de Valencia fos feta una habitació ó hospital en que semblants folls é innocents estiguesen en tal manera que no anassen per la ciutat ni poguessen fer dany nils ne fos fet.*» Oyó estas palabras un piadoso mercader llamado Lorenzo Salom; comunicólas á sus amigos, uniéronse diez de ellos y presentándose al predicador, ofrecieron establecer sin dilación un hospital para los pobres idiotas y locos (*innocents* y *folls).* El rey D. Martín les dió los privilegios necesarios en 29 de Noviembre de aquel año y 7 de Febrero del siguiente; el papa Benedicto XIII, en 26 del mismo mes, les otorgó licencia para erigir capilla, cementerio y capellanía (1), y quedó fundado el *Spital appellat de Nostra Donna*

(1) Por Letras apostólicas de 27 de Agosto de 1411, dadas en San Mateo, el

Sancta María dels Innocents, primera casa de locos que hubo en Europa, y de la cual se enorgullece Valencia con razón (1).

El inspirado arranque de Jofré produjo en Valencia una explosión de caridad cristiana. Muchos ciudadanos, de todas clases y profesiones, quisieron secundar á los fundadores del Santo Hospital, y con beneplácito de éstos, y autorización regia y pontificia (2), crearon una gran cofradía, con el mismo nombre de Nuestra Señora de los Inocentes. Cien eclesiásticos, trescientos seglares y otras tantas mujeres, de buenas y honestas costumbres, tenían cabida en ella, y su objeto era, además del servicio de los enfermos y desjuiciados, servir también y consolar en sus últimos momentos á los reos de muerte, y recoger los cadáveres de los que por crimen ó por desgracia morían fuera de su casa. Llamábanse éstos *desamparats*. La humilde y penosa misión de la Cofradía fué mirada en Valencia como título de gloria. ¡Contrastes admirables de aquellos tiempos de violencia y de fe, de soberbia ruda y devoción ferviente! Considerábanse honradas las personas más ilustres de la ciudad acompañando al patíbulo á un reo de muerte, aunque fuese un infame asesino ó un sórdido ladrón, y dando tierra con sus propias manos á los restos entregados en la horca, por la justicia inexorable, á la voracidad de los cuervos. Es que, al rigor de esa justicia, á la du-

---

mismo Pontífice concedió á los fundadores facultad para edificar la capilla ó ensancharla, y hacer vaso ó cementerio para los cadáveres de los ajusticiados.

(1) Constan estos orígenes en el *Llibre de Constitucions, Ordinacions é Indults Apostolichs concedits en favor del Espital general de Valencia*, que se conserva ms. en dicho Hospital. Los ciudadanos fundadores de este establecimiento fueron: los honorables En Bernardo Andreu, En Fernando García, En Francisco Barceló, En Pedro Zaplana, En Jaime Domínguez, En Pedro Pedrera, En Sancho Calvo, En Juan Armenguer, En Esteban Valenza, y En Pedro de Bonia, mercaderes. La casa de Orates de Zaragoza se estableció en 1425, á imitación de la de Valencia; la de Sevilla en 1436, con el nombre de Hospital de los Inocentes; la de Toledo en 1483, con igual denominación. En el extranjero tardaron más en fundarse casas de locos: la célebre de Bethlam, que es una de las más antiguas, data de 1547.

(2) Por Breve de Benedicto XIII, expedido en Barcelona el 4 de Marzo de 1414, y real privilegio de D. Fernando I, firmado en Morella, á 25 de Agosto del mismo año.

reza de la vindicta pública, á todas las imposiciones de la disciplina social, tan imperiosa entonces, se sobreponía la hermandad humana, nacida de la fe religiosa; el ajusticiado era también hijo de Dios; también había sido redimido por Jesucristo, y merecía el amparo de su Madre Santísima. Alarde hermoso de aquella fe viva y de aquella caridad práctica, era la procesión solemne del día de San Matías. El Justicia criminal de Valencia tenía dispuesta siempre la horca en la plaza del Mercado; pero, como se quejasen los vecinos del aspecto repugnante de los cadáveres que quedaban colgados en ella, mandó la ciudad levantar otras en el camino de Barcelona, junto al barranco de Carraxet, á una hora de Valencia, y eran llevados allá los cuerpos de los ahorcados, para que, permaneciendo á la vista de los pasajeros hasta que se pudriesen, sirvieran de ejemplo provechoso (1). Consumidos por la intemperie, ó devorados por las aves carnívoras, caían sus huesos, y obtuvo la Cofradía que se le permitiese recogerlos una vez al año. Aquel día (el del mencionado Apóstol), la Cofradía y el clero del Hospital iban á la ermita que habían construído en Carraxet, recogían los restos de los ajusticiados, celebraban misas en sufragio suyo, daban de comer á los muchos pobres que acudían, y por la tarde, en devota procesión, con candelas encendidas, traían á la ciudad aquellos restos en enlutadas cajas. Aguardaban en la plaza de Serranos el clero de todas las parroquias y los religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y el Carmen; agregábanse todos á la procesión, y presidida ésta por la imagen de la Virgen, dirigíase al Hospital, donde salían á recibirla los diez administradores y otras personas de gran distinción (2).

---

(1) La última horca de Carraxet se derribó en 1790 por haber sido ahorcado en ella, el día 31 de Mayo de 1786, un sacristán de Enguera, cuya inocencia se comprobó aquel año, en virtud de confesión del verdadero reo, el cual fué ajusticiado en Orán.

(2) Un curioso privilegio del rey D. Juan I, de 16 de Abril de 1459, dispone que asistan á esta procesión las mujeres de la casa pública.

Esa imagen de María, cuya devoción inspiraba aquellos milagros de caridad, había unido á su primitivo nombre de Virgen de los Inocentes, el de los Desamparados; y cuando, á fines del siglo xv, surgieron cuestiones y pleitos entre la Cofradía y los administradores del Hospital, el rey D. Fernando II, en la sentencia con que les puso fin (1), determinó que la Cofradía se denominase de Nuestra Señora de los Desamparados, y el Hospital conservase el nombre de Nuestra Señora de los Inocentes, deslindándose á la vez la misión de cada uno de estos institutos (2). Algunos años antes, en 1489, el Cabildo metropolitano había concedido á la Cofradía una angosta capilla de piedra, con sepultura; la cual estaba en el ábside de la Catedral, á espaldas de la capilla de San Antonio Abad. Abría puerta á la plaza, en el arco del centro de los cinco que forman la galería llamada del Cabildo. La Cofradía puso en ella altar y reja para cerrarla, y allí estuvo la imagen de la Virgen hasta 1667 (3).

Aquella imagen es la que venera hoy Valencia con tanto fervor. ¿Cuándo se construyó? ¿Quiénes fueron sus artífices? No hay memoria exacta de ello. El insigne jurisconsulto Matheu y Sanz, opina que así que se fundó el Hospital, hubo de labrarse la imagen de su Patrona. Parece probable su dictamen, y en todo caso, no debió ser de fecha muy posterior aquella sagrada estatua (4). Andando el tiempo, brotó en la imaginación popular

(1) Dada en Tortosa á 22 de Enero de 1496. En ella se previno que la fiesta de San Matías la hiciesen un año el Hospital y otro la Cofradía.

(2) Aún subsiste la cofradía, y cumple su misión caritativa; pero, de pocos años á esta parte, descontento el prelado de su administración, la ha declarado disuelta, y ha creado otra, titulada Archicofradía de Nuestra Señora de los Desamparados. La Cofradía antigua ha protestado, y amparada por las leyes civiles, continúa existiendo como sociedad benéfica. El litigio eclesiástico pende de la resolución de la Santa Sede.

(3) Ensanchóse esta capilla en 1570, y se hermoseó en 1623.

(4) Orellana dice que algunas personas fidedignas le aseguraron haber visto en el archivo de la cofradía de la Virgen un documento firmado por Vicente de San Vicente, pintor de Valencia, por el año 1416, del importe de encarnar la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados de la cofradía, y que no habiendo en aquella época otra con este título, es necesario convenir en que se refiere á la

una leyenda, tan llena de poesía como desprovista de fundamento. Díjose que, cuando se trataba de construir la imagen, se presentaron tres peregrinos, y como diestros artífices, brindáronse para ello, pidiendo que les encerrasen en un aposento, dándoles los útiles y materiales necesarios, y la comida. Al cabo de tres días, estaría la obra terminada. Encerráronlos en una cámara del local que tenía la Cofradía, y que después se llamó el *Capitulet* (1), y allí permanecieron sin hacer ruido. Al tercer día, oyóse dentro música deliciosa. Viendo que no salían, forzaron la puerta los cofrades, y con gran asombro hallaron la imagen terminada, la comida y los materiales intactos, y los artífices desaparecidos. ¡Por manos de ángeles había sido fabricada aquella Virgen, que admiró á todos por su dulce belleza y honesta majestad! Para confirmar su origen prodigioso, hizo en seguida un milagro: estaba ciega y paralítica la mujer del cofrade encargado de la casa; á las voces que daban los que presenciaron primero aquel prodigio, se levantó y acudió también: estaba curada; sus miembros habían recobrado la agilidad, sus ojos la luz.

Esta leyenda, que todavía repite el vulgo crédulo (2), nunca fué

imagen actual. El mismo Orellana asegura que un Manuel González de la Torre conservaba una copia de este documento, y que D. José Mariano Ortiz tenía las notas del escribano N. Bas, que recibió la escritura, por la cual un N., escultor, se obligó á construir dicha imagen, así como la carta de pago después del precio de ella.

(1) El *Capitulet* es hoy una capilla muy modesta, situada en el Hospital, frente á la puerta de la iglesia. Está á cargo de la Cofradía de San Felipe Neri, que presta servicios caritativos á los enfermos. Sobre la portada hay una lápida con esta inscripción: «Primitiva Capilla de la Real Cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes, Mártires y Desamparados, donde el pueblo valenciano por vez primera admiró y veneró la Santísima Imagen original y donde se instaló la Real Cofradía en 1411. Renovada por la misma Corporación en 1667. Restaurada en 1867.»

(2) D. Francisco de la Torre, autor del curioso libro *Fiestas Reales* de la traslación de la Imagen á la nueva Capilla, que es uno de los pocos autores que dan fe á esta piadosa fábula, dice así: «Cuidadosos los cofrades de buscar primoroso artífice para la celeste imagen, refiere la pía voz, transferida de unos á otros en la antigua tradición, que se les ofrecieron acaso tres peregrinos, y que estos ocultamente hicieron el celeste Simulacro, dejando en su Angélica hermosura,

aceptada, ni aun por los mismos escritores eclesiásticos, más que como una tradición poética, reveladora de la fe y de la devoción de los valencianos, devoción que perseveró desde los primeros tiempos, pero que no adquirió carácter general hasta el siglo XVII. Hasta aquella época, á contar desde la reconquista, la Virgen del Puig era la Patrona del reino de Valencia; hemos visto que, bajo este concepto, hizo traer su efigie á la ciudad el patriarca Rivera para las rogativas solemnísimas por el triunfo de la Armada Invencible. Pero, sin perder aquel carácter la imagen venerada por el Conquistador, el pueblo valenciano, que no la tenía á la vista, se fué aficionando á la de los Desamparados. En 1640, cuando visitó á Valencia D. Felipe IV, se lamentó de que tan devota y sagrada imagen estuviese en tan limitado sitio; y habiéndose encomendado á ella, atribuyóse á su intercesión la victoria de Fuenterrabía. El virrey duque de Arcos promovió ya entonces la construcción de nueva capilla, y se trataba de ello, cuando cayó sobre Valencia la peste bubónica de 1647. Fué una de las epidemias más terribles que han afligido á la ciudad: de Agosto á Enero sepultáronse en el cementerio de apestados diez y ocho mil cadáveres, y no entraron en él todas las víctimas del general estrago (1). Cuando más se cebaba el mal en la po-

inscripción y señas de haber sido Ángeles los que la fabricaron. Esto no hay auténticos papeles que lo asseguren, porque aquí solo haze su papel la piedad, y esta en honores de María. como no sea fuera propósito, y renazca cada día apoyada en brazos de la tradicion que he dicho, aunque se dilate, nunca excede. Manuscritos antiguos he leydo que lo atestiguan, la común aprobación lo dize, y no implica esta opinion, á la opinion, y decencia de la Imagen; tal vez aumenta el afecto del devoto; Tradicion es.»

(1) Da cumplida noticia de esta epidemia una *Historia de los sucesos particulares de Valencia y de su Reyno en los años de 1647 y 1648, tiempo de peste*, escrita por el R. P. Lector Fray Francisco Gavaldá, del orden de predicadores, la cual se imprimió en Valencia en 1651, y se reimprimió dos veces en la misma ciudad en 1804. El *Compendio histórico de todas las epidemias padecidas en Valencia antes del año 1647*, que publicó también en 1804 el cronista de la ciudad y del reino Fray Bartolomé Ribelles, es interesante complemento de la obra anterior. El P. Ribelles recogió todas las noticias de pestilencias sufridas en este reino. La más antigua de que halló datos seguros, es la gran peste de mediados del siglo XIV, que vino de la Scitia y devastó la Europa meridional. Llegó á Valencia en 1348, y la llamaron *vér-*

blación, acometió al virrey, conde de Oropesa. En aquel tiempo, en que tan respetada era la autoridad, y parecía la persona del virrey representación del mismo monarca, olvidaron todos por un momento su desgracia ó su peligro, para fijarse en el del ilustre prócer, que era cabeza del reino. Buscaban remedio los más decididos, y al anochecer de un día triste de invierno, catorce presbíteros cruzaron la ciudad medio desierta y se encaminaron al palacio del Real, llevando en hombros la imagen de la Virgen de los Desamparados. Apenas la vió el desfallecido enfermo, sintióse aliviado. Aquella noche pudo ya dormir tranquilo. Ocho días permaneció la Virgen ante su lecho; al octavo, el virrey estaba fuera de peligro. Solemnísima procesión devolvía la Virgen salvadora á su modesta capilla: el pueblo esperanzado la aclamaba: había conquistado el patronato de Valencia. De allí á pocos meses, pasada la epidemia, el consejo acordaba celebrar todos los años procesión general ***á la gloriosa Verge María dels Desamparats*, *honra y patrocini de esta illustre ciutat*.** Desde entonces todas las preces públicas, dirigidas al cielo, pidiendo

---

tola y *gránola* por los granos ó tumores que la caracterizaban. Llegaron á morir en la ciudad mil personas en un solo día. En 1375 hubo otra terrible epidemia, que se llamó *mortandat dels infants*, sin duda por los muchos niños que perecieron. En 1395 otro contagio causó en Valencia doce mil víctimas. En 1428 comenzó la peste por Octubre y duró hasta entrado el año siguiente. En 1439 la epidemia duró cinco meses y mató siete mil quinientas personas. En 1450, de Mayo á Octubre, murieron en la ciudad y su término once mil apestados. En 1459 se reprodujo la peste por Junio y duró hasta Diciembre de 1460, llegando los muertos á doce mil. En 1475 comenzó por Mayo y duró mucho, menguando el año siguiente y renaciendo en los sucesivos hasta 1478. En 1489 apareció por Noviembre y duró hasta bien entrado el año 1490, muriendo once mil personas. Hubo, pues, seis epidemias de peste bubónica en el siglo XV, y algunas otras que penetraron en el reino sin llegar á la capital. En 1508 entró con gran fuerza en ella, y también en 1519, cuando comenzaban á alborotarse las Germanías. Reprodújose con menos violencia en 1523 y 24. En 1530 entró la peste con la primavera y duró hasta Agosto: tampoco hizo grandes estragos. No así en 1557: contáronse entonces treinta mil defunciones; no terminó la epidemia hasta mediados de 1559. Valencia se libró de la peste que castigó á Barcelona en 1589, y de la que en 1600 se cebó en Alcoy, Onteniente y Játiva. Murieron algunos forasteros, pero pudo atajarse el contagio. Y no hubo peste hasta el año 1647, de modo que pasó la ciudad cerca de un siglo libre de este azote que tanto la había herido.

salud para los reyes y para el pueblo, lluvia para los campos, victoria para los ejércitos, paz para la nación, encomendáronse á la Virgen de los Desamparados, á la *Mater desertorum*, como tradujo la clerecía la advocación popular (1).

Ya no era decoroso para Valencia que careciese su Patrona de un templo propio. El mismo conde de Oropesa instó su erección; adquiriéronse las casas del arcediano mayor, en la misma plaza de la Seo, y el 9 de Abril de 1652 se abrieron las primeras zanjas para la nueva capilla. Encontráronse restos romanos, entre ellos las cinco lápidas que se colocaron en el zócalo de su fachada principal, y que comentó largamente el erudito D. Josef Vicente de Olmo, en su ya citado libro de *Lithologia* (2). Juzgóse de buen augurio la dedicatoria de una de aquellas lápidas á Esculapio, y suponiendo que tuvo allí templo esa fabulosa deidad, en el certamen poético de las fiestas celebradas cuando se trasladó la Imagen á su nuevo santuario, se glosaron estos versos: «Hoy sucede en misteriosa — sagrada renovación — al dios de la Medicina — la Medicina de Dios.» La primera piedra la colocó el arzobispo Fray Pedro de Urbina el 13 de Junio del mismo año, y en 1667 quedó la obra terminada. Su coste pasó de cincuenta mil escudos: fué su arquitecto Diego Martínez Ponce de Urrana, natural de Requena.

Época de mal gusto artístico era aquella: dominaba ya el exceso de la hojarasca, como hemos visto en la capilla mayor de la Catedral, restaurada poco después. Urrana se libró de ese churriguerismo, adoptando para la ornamentación de la capilla nueva una sobriedad poco común entonces, pero le faltó valen-

(1) En todas estas procesiones de la fiesta anual de la Virgen, rogativas, acción de gracias, etc., era conducida en andas la Imagen primitiva. Para que ésta no sufriera deterioro, acordóse en 1701 construir otra, y la hizo Conrado Rodulfo, el escultor alemán, autor de la portada principal de la Seo. Esta nueva Imagen, que es la que se lleva ahora en las procesiones, salvo casos extraordinarios, se llama *del Cabildo* por haberla costeado la corporación de los canónigos.

(2) Véase la nota 2.ª de la pág. 469.

tía y soltura para el trazado de sus líneas. Es un edificio cuadrangular; al exterior, de ladrillo perfilado con salientes pilastras corintias, que suben hasta la cornisa. En la fachada principal, que da á la plaza de la Seo, tiene dos portadas iguales y balcones de mezquino diseño. En cambio es de gallardo contorno y buen efecto la cúpula con linterna, que corona el templo. El interior es una rotonda ovalada, que dibujó, según cuentan, el virrey conde de Oropesa. Decóranla ocho altas pilastras de mármol, del mismo orden que las de afuera. Ábrense entre ellas otros tantos huecos: uno, para el altar de la Virgen; dos, para las capillas de San José y el Cristo de los Ajusticiados (1), y los otros cinco, para entrar en la rotonda. Sobre estos arcos hay tribunas con balcones.

La fábrica de esta capilla y la traslación á ella de la popular Imagen, fueron solemnizadas con ruidosas fiestas, de las que hizo relación enfática en un grueso volumen el caballero don Francisco de la Torre. Hubo ocho días de continuo regocijo, con aparatosas funciones de iglesia, panegíricos alambicados, procesión brillantísima, en la que rivalizaron los gremios, presentando en carros triunfales ingeniosas invenciones; corridas de toros en el mercado, iluminaciones, fuegos de artificio en el Miguelete, batalla poética con ocho reñidos combates, comedia y loa, y el último día, agotados los primores urbanos, gran fiesta agreste de los labradores, que trajeron á la capilla y á la plaza doscientas cargas de flores para convertirlas en ameno jardín (2).

(1) Una imagen de Nuestra Señora de los Desamparados y este Crucifijo, acompañado por los cofrades con cirios encendidos, asisten á las ejecuciones de los reos de muerte. La imagen de San José es escultura de Esteve. Sobre la mesa del altar hay una Sagrada Familia, cuadro bueno de Ribalta.

(2) Para la historia de la Virgen de los Desamparados, de su capilla y de las grandes fiestas de la traslación de la Imagen y de sus dos centenarios, pueden consultarse: *Reales Fiestas que dispuso la noble, insigne, coronada, y siempre leal Ciudad de Valencia á honor de la milagrosa Imagen de la Virgen de los Desamparados, en la traslacion á su nueva sumptuosa Capilla,* por D. Francisco de la Torre,

Al comenzar el siglo XVIII recibió una gran mejora la capilla de la Virgen: Palomino pintó al fresco su cúpula. El docto artista confirmó en la composición grandiosa de esta obra la maestría que había desplegado en la bóveda de la iglesia de los Santos Juanes. Pintó, sobre blancas nubes, en grupos bien dispuestos y distribuídos, los santos de la corte celestial, colocando en lugar preferente á la Virgen María, que intercede por el género humano ante la esplendorosa Trinidad (1). Al aproximarse el primer centenario de la traslación de la Imagen, el cual se celebró también con fiestas extraordinarias, mejoróse la capilla. Pintó D. José Vergara entonces los cuatro óvalos que hay entre las pilastras, y el lienzo que cubría el altar de la Virgen, representando su Imagen (2). Labró D. Ignacio Vergara ese altar, cuyo mal gusto criticó Ponz. Púsose el pavimento de mármol, traído de Génova. En 1818 se hizo otra restauración: desapareció el retablo de Vergara, y le sustituyó el altar que ahora vemos, formado por dos hermosas columnas de bruñido jaspe, con pilastras y contrapilastras, que reciben un arco en plena cimbra. Á los lados del altar hay dos buenas estatuas de San Vicente mártir y San

caballero de Calatrava, Valencia, 1668; *Historia de la Sagrada Imagen de Maria Santissima de los Inocentes y Desamparados, Patrona especial de la Ciudad y Reyno de Valencia*, por D. Josef Vicente Ortiz y Mayor, que murió sin dejarla terminada, y la corrigió y publicó el cronista de Valencia D. Agustín Sales, en esta ciudad, 1768; *Relación del primer Centenar de la colocación de la Sagrada Imagen de Maria Santissima de los Desamparados en su magnifica capilla de la plaza de la Seo*, por el mismo Sales, 1767; *La Virgen de los Desamparados: Historia de la Sagrada Imagen que con esta invocación se venera en Valencia, y relación de las fiestas celebradas con motivo de su traslacion á la nueva capilla en 1667, y al celebrar el primer Centenar en 1767*, por D. G. Rafael Blasco, Valencia, 1867; *Historia de la Imagen, Cofradia y Capilla de Nuestra Señora de los Inocentes y Desamparados, Patrona de la Ciudad y Reino de Valencia*, por D. José Zapater y Ugeda, Valencia, 1867; *Memoria histórica de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del 2.º centenar de Nuestra Señora de los Inocentes Mártires y Desamparados, en el mes de Mayo de 1867*, por D. Vicente Boix; Valencia, 1867; *Apuntes históricos relativos á la Santa Imagen, Cofradia y Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados*, por D. Luís Ballester, presbítero, Valencia, 1877.

(1) Palomino hizo minuciosa explicación de esta pintura en el tomo II de su *Museo Pictórico*, Madrid, 1724.

(2) Ahora está en el tránsito de la rotonda á la Capilla de la Comunión.

Vicente Ferrer, esculpidas por Esteve y por Domingo en blanquísimo mármol de Carrara. Para el segundo centenario, celebrado en 1867 (1), se colocaron los cristales que cierran el nicho de la Virgen, se estucó y doró toda la capilla y se construyeron de nuevo los altares del Cristo y de San José.

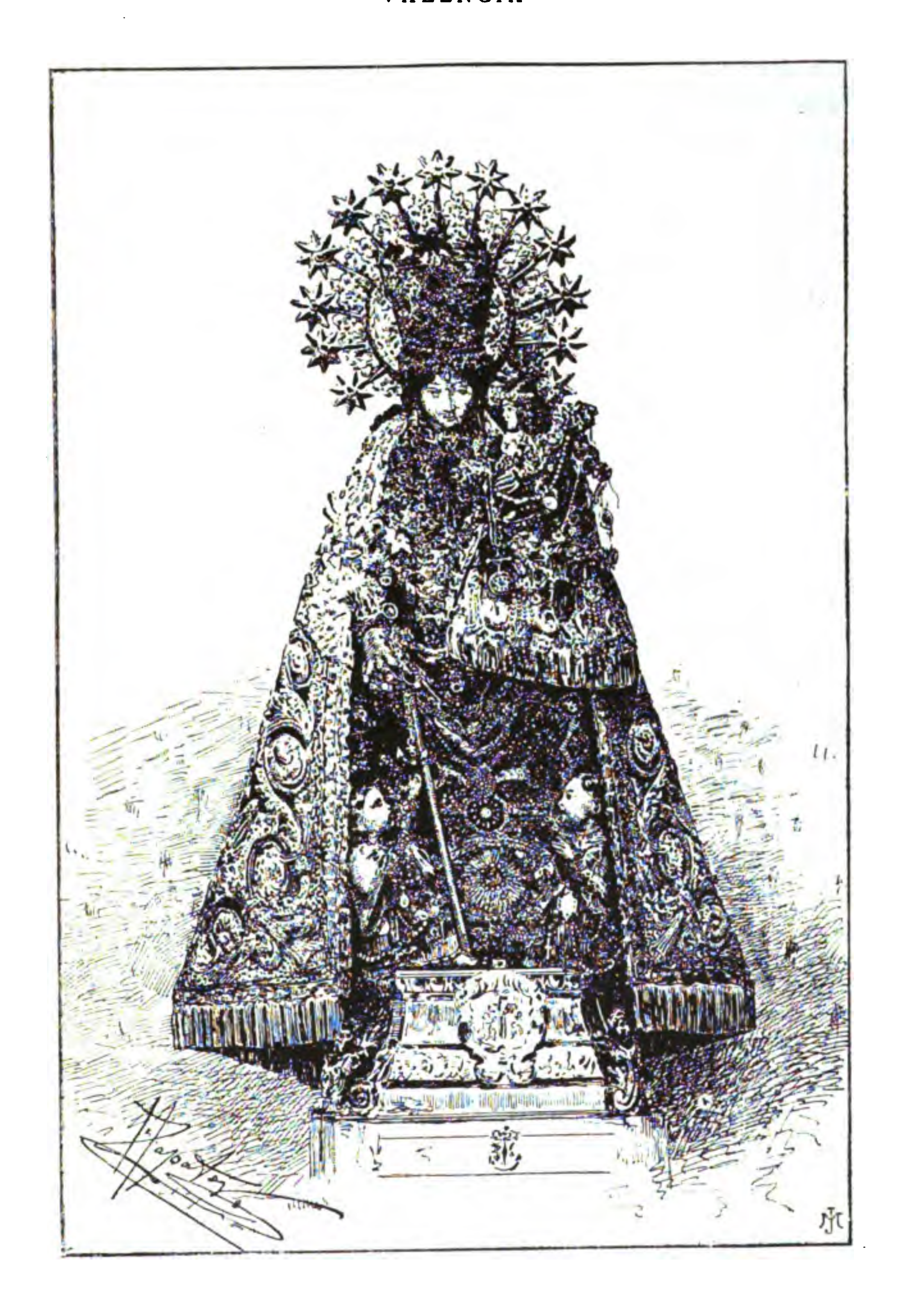
Esta es, brevemente expuesta, la historia de la capilla. Entremos en ella y dirijámonos al camarín de la Virgen, pues lo que más nos interesa es ver de cerca la venerada efigie. Anotemos de paso, en la sacristía, un cuadro de Esteban March, la Degollación de los Inocentes, el retrato del venerable Agnesio, y de otros devotos de Nuestra Señora (2); y sobre la puerta del camarín otro lienzo mal atribuído al insigne Joanes, que representa á la Virgen repartiendo á las doncellas pobres las dotes concedidas por la Cofradía (3). El camarín es reducido: doce columnas de mármol de Buscarró sostienen la cúpula, y debajo del nicho que encierra el famoso simulacro, hay un altar, ante el cual se han arrodillado, en el momento más solemne y fausto de su vida, muchísimas hermosas valencianas. Es el ara nupcial predilecta de las hijas del Turia, devotas todas ellas de la Madre de los Desamparados, cuya bendición imploran al dar el irrevocable *sí*. Colocada la Imagen sobre un torno, rueda, para dar frente, según los casos, á la capilla ó al camarín. Una escalerilla abierta en el muro, permite llegar al nicho y besar la mano de la Virgen.

Es ésta una figura corpórea, de tamaño natural, construída de una especie de cartón-piedra. Tiene ligeramente inclinado ha-

(1) Además de la *Memoria histórica* de estas fiestas, escrita por D. Vicente Boix, que ya hemos citado, se publicaron aparte, en un folleto, las poesías premiadas en un certamen literario, y el librero D. Juan Mariana y Sanz dió á luz otra *Corona poética*, á la cual contribuyeron casi todos los ingenios valencianos.

(2) Francisco Jerónimo Simó, beneficiado de San Andrés, que murió en 1612. y Domingo Sarrió, natural de Alacuás, fallecido en 1677.

(3) Dice el marqués de Cruílles en su *Guia Urbana* que es de Joanes este cuadro; pero el más ligero examen basta para conocer que no es del pintor de los Salvadores, sino de alguno de sus discípulos.



La Virgen de los Desamparados

cia abajo el rostro, de expresión benigna y triste; ostenta en la mano derecha un ramo de azucenas, y sostiene con la izquierda al Niño Jesús. Á los pies de la Virgen hay dos Inocentes, en actitud de súplica; entrambos con el cuello acuchillado: recuerdan el Degüello de Herodes. El Niño Jesús lleva al hombro la cruz, y tiene aspecto triste, como su madre (1). De la escultura sólo se ven los rostros y las manos: todo lo demás va cubierto con vestiduras preciosas de brocado, cuajadas de pedrería (2). Son

(1) He aquí la descripción que hace D. Josef Vicente Ortiz y Mayor en su libro ya citado: «Es su materia de carton tan bien labrado, que nuestro D. Lorenzo Matheu, tuvo por cierto ser dudosa: *materiæ ambiguitas;* tal fué el primor, y habilidad del Artífice. Su estatura de más de siete palmos. El rostro, aunque por hermosísimo, y atractivo representa al vivo el Original que reyna en cuerpo, y alma en la gloria, manifiesta mas lo compasivo, y acostumbra variar sus colores, segun los sucesos, y ocasiones, que han ocurrido, y se han observado derramando sus preciosos ojos tiernas lágrimas, como que parece nos asiste, y acompaña en nuestras aflicciones. Tiene en la una mano una azuzena, y en la otra á su Unigénito hijo, como significando, quanto estima la pureza, mostrando que la persuade. teniendo Lirio en la derecha, y á su querido hijo en la siniestra. El Niño está con su Cruz al hombro, como denotando lo que siente, y sufre el peso grande de nuestras culpas. Tiene inclinada la cabeza, como llamando á todos benigna, y afable. demostrándonos, que con tan segura proteccion afianzará en su precioso Hijo la benignidad de su justicia, como Padre de misericordia. Sus cejas son arcos, no de indignacion para castigar nuestras culpas, sino vistoso Iris para defendernos; pues con las azuzenas nos promete fragrantes virtudes, y con su precioso Hijo. eternas felicidades. Sus resplandecientes, y hermosos ojos nos miran con afabilísimo agrado. Su nariz es fuerte torre que nos defiende. Lo espacioso de su frente, es invencible muralla, para hallar en su patrocinio valeroso amparo para auxiliarnos. Lo roxo de sus mexillas nos anima á la penitencia. Con su corona nos alienta á conseguir por su medio la eterna felicidad. Su boca nos vivifica con su respiracion, nos consuela con sus palabras, y nos conforta con su aliento. Sus manos nos las muestra mas llenas de beneficios, que de diamantes, para que no poniendo en éstos la estimacion, pongamos nuestra atencion en sus continuos favores. Á sus pies se miran arrodillados dos Innocentes, para manifestarnos ser perpetua Protectora de la Innocencia, y en sus manos dos velas como encendidas, para que alcanzemos la claridad inmensa de sus portentos. El manto extendido que la cubre (que es añadido modernamente por adorno; porque el original salió con otro ropaje modestísimo quando se vació), nos manifiesta, desea acogernos baxo su misteriosa sombra, pues rara vez llega al umbral de su Capilla el ruego, que no logre su apetecido alivio.» Á esta relación hay que observar que los Inocentes que aparecen al pie de la Imagen, no llevan ahora velas en las manos; están en actitud de súplica: estas figuras son de época muy posterior á la efigie de la Virgen. La altura de ésta, de más de siete palmos, que dice Orti, comprende la Imagen y la peana. La primera mide un metro y 415 milímetros.

(2) Da idea exacta de la escultura de la Imagen el cuadro que representa su

postizas la copiosa cabellera de la Virgen, que cae por la espalda sobre el manto; la diadema de perlas, en forma de mitra oriental, y la aureola resplandeciente, rodeada de estrellas. La parte de la túnica que deja descubierta el manto, el vestido y la cruz del Niño, están incrustados de joyas, que forman un cúmulo poco artístico, pero muy significativo de la devoción secular á esta Imagen, á la cual han ofrecido sus tesoros muchas generaciones. La más antigua de estas alhajas es sin duda el rico joyel, con ciento treinta diamantes, que regaló la virreina, agradecida á la curación de su esposo el conde de Oropesa. Aún resplandece en la corona y cae sobre la frente de la Virgen. Muchos de estos donativos proceden de personas reales. De la reina D.ª María Cristina de Borbón son unos preciosos brazaletes y unas arracadas de brillantes, y de su hija D.ª Isabel II unos broches de esmeraldas y diamantes: unos y otros adornan el manto del Niño. Es costumbre que al venir los reyes por primera vez á Valencia hagan un presente á la Patrona de la ciudad: D. Amadeo de Saboya, no advertido de ello sin duda hasta el momento de su visita, entregó su reloj (que cuelga de la Cruz de Jesús); D. Alfonso XII, que volvía de la emigración, al enterarse de aquella piadosa práctica, exclamó conmovido:—«Pobre soy, y nada tengo digno de vos, Señora: tomad mi bastón de mando; no lo necesito si me inspiráis, é inspiráis á mi pueblo.» Aquel bastón lo tiene aún la Virgen en la mano. Cuando regresó á Valencia el malogrado rey, trajo el áncora de brillantes, que está junto al bastón. Pero, de todos estos interesantes dones, ninguno lo es más que una perla, redonda y resplandeciente como una lágrima, que lleva la Imagen en el dedo índice de la mano derecha,

construcción por los Ángeles, colocado en uno de los vestíbulos de la rotonda. Se ha atribuído este cuadro á Orrente; pero parece de la misma mano que otro, que hay también en la capilla, figurando la Imagen de la Virgen, venerada por varios devotos, el cual consta que es obra de Miguel Jordán. Mandólo pintar en 1735 D. Pascual Juliá Montpalau, cuyo retrato de cuerpo entero se ve en primer término, y el de un hijo suyo, vestido de infantillo.

colgada de una cadenilla de oro. Esa perla fué regalo de una de las reinas más hermosas y más desgraciadas que han existido: de María Antonieta. ¿En qué circunstancias invocó á la Madre de los Desamparados aquella reina, que tan falta de amparo había de verse? No he podido averiguarlo, y esa misma incertidumbre aumenta la poesía melancólica de este recuerdo.

El bastón de mando que lleva la Virgen, nos trae á la memoria otro que se la adjudicó solemnemente, y con tal carácter, que sería ocasionado á burlas, si no dignificasen ciertos extremos la fe religiosa y la fe patriótica. En 1810, cuando Valencia, que había rechazado con heróico esfuerzo los aguerridos regimientos de Moncey, se vió amenazada por mayores huestes del odiado invasor, nuestros abuelos, buscando auxilio en la Providencia, nombraron Generalísima del Ejército á Nuestra Señora de los Desamparados. Este título no fué una simple aclamación popular; quedó consignado oficialmente. El día 13 de Marzo, reunido el Ayuntamiento en cabildo extraordinario, se le dió cuenta de un oficio del arzobispo Company, participando la proposición del capitán general D. Josef Caro, para el otorgamiento á la Virgen de aquella dignidad militar (1). El Ayuntamiento la aceptó complacido, y la víspera de San José se celebró la ceremonia de la investidura, con cuyo objeto fué trasladada la Imagen á la Catedral, donde, á presencia de las autoridades, de ambos Cabildos, cleros, comunidades religiosas, corporaciones y oficios, el arzobispo le ciñó la banda y el capitán general le entregó el bastón.

---

(1) El oficio del arzobispo fray Joaquín Company, participando al Ayuntamiento esta decisión, decía así: «El Excmo. Sr. Capitán General D. Josef Caro, por su oficio de once del corriente, me ha manifestado que desea se nombre por Generalísima de nuestro Exército á Nuestra Señora de los Desamparados, para mostrar de algún modo nuestra gratitud á esta Divina Señora por los grandes y repetidos favores que por su intercesión nos dispensa nuestro Dios y Señor. Y pareciéndome que este pensamiento ha de ser el más grato á este Muy Ilustre Ayuntamiento por la tierna devoción que profesa á esta Soberana Madre, se lo participo para que poniéndose de acuerdo con el Ilustrísimo Cabildo dispongan una función correspondiente á tan digno objeto.»

Con esta aclamación fervorosa coincidía la nueva retirada de los franceses: el general Suchet, que desde el Puig había intimado la rendición á la ciudad, esperando encontrar dentro de ella elementos que le apoyasen, retrocedió sin combatir, y los valencianos agradecieron el éxito á su santa Patrona. Esto no impidió que dos años después volviera Suchet y entrasen los franceses en Valencia; nadie echó la culpa entonces á la Generalísima; llevóronsela toda los que, bajo su mando honorario, tenían la dirección efectiva de la campaña (1).

En estos últimos años, algunas de esas personas exactas y minuciosas, amantes de que todo esté en regla, advirtieron que á pesar de la devoción entusiasta de los valencianos á la Virgen que aclaman por Patrona, no estaba declarado canónicamente este patronato. La Sociedad del Rat-Penat promovió su declaración oficial: á instancias suyas, solicitáronla de Su Santidad el Ayuntamiento y el Cabildo eclesiástico; y el día 22 de Abril de 1885, las campanas echadas á vuelo y las músicas que recorrían las calles, anunciaron á Valencia que había accedido el Papa á sus deseos, fausto suceso que se solemnizó también con alegres fiestas (2).

(1) Para perpetuar este suceso se publicó una lámina, en la que aparece la imagen de la Virgen, el arzobispo subido sobre unas gradas en actitud de colocarle la banda, y el capitán general arrodillado, presentando en una bandeja el bastón. Á la derecha se ve una figura que simboliza á Valencia y se apoya en el escudo de sus armas. Sobre la Imagen se lee en una cinta *Te-Deum laudamus*, y al pie esta inscripción: «Imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de Valencia y su reino, Generalísima de los Ejércitos de mar y tierra. Se dedica á la milicia y partidas honradas de guerrilla y lanceros de la ciudad y reino de Valencia, y á los cuerpos urbanos de artillería y zapadores de dicha ciudad.» La lámina, que vale poco, está abierta en cobre, y no lleva nombre de autor. Sobre la lámina se lee: *El día 18 de Marzo de 1810*, y en el espacio que queda á ambos lados un romance de versos de cinco sílabas, flojo y prosaico.

(2) En esta ocasión se publicó la CORONA *oferta per la Societat* LO RAT-PENAT *á la Santíssima Verge dels Desamparats, ab motiu de haber segut nomenada canónicament Patrona de Valencia.* Casi todos los poetas de Valencia contribuyeron á este piadoso homenaje. Principal promovedor de la declaración canónica del Patronato de la Virgen de los Desamparados fué D. Dámaso Tello y Gironés, muy devoto de Nuestra Señora, y redactor, en la parte religiosa, del periódico *Las Provincias*. Gestionó en Roma este asunto con gran celo, el Ilmo. Sr. D. Silvestre Rongier, prelado doméstico de Su Santidad y valenciano muy amante de su país.

Después de contemplar la Imagen de la Virgen, poco nos queda que ver en su capilla: lo más notable, en el concepto artístico, es la pintura de la cúpula ya mencionada (1). Entienden muchos valencianos que el templo de los Desamparados, insuficiente ya para el concurso de fieles, debiera agrandarse, pero esto es difícil, por su situación y por su forma. Algunos planes se han hecho, que han quedado en proyecto. Modesto y pequeño como es este santuario, no hay en Valencia ninguno que inspire mayor veneración, ni en el cual hayan hallado más consuelo las almas creyentes que buscan la ayuda celestial en sus tribulaciones y tristezas.

Hay en Valencia otra imagen de María, de advocación más antigua que la de Nuestra Señora de los Desamparados, y con la cual se relacionan también una cofradía, que fué muy ilustre, y un hospital, que aún subsisten. Refiérome á la Virgen de la Seo, vulgarmente llamada del Milagro. Bien puede comprender un mismo capítulo de este libro esas dos manifestaciones, análogas y casi coetáneas, de la piedad valenciana.

En la calle del Trinquete de Caballeros, frente á la vetusta iglesia de San Juan del Hospital, abre dos puertas una espaciosa capilla, que ostenta sobre una de ellas (único resto de antigüedad en el revocado muro) una estatua de piedra de la Virgen María, la cual, por los rígidos contornos de la escultura, por su doselete de traza ojival, y su ménsula que soportan tres feos

(1) En la capilla de la Comunión, que es espaciosa y de buenas proporciones, guarda el altar reliquias de los Santos Inocentes, es decir, de los niños degollados por orden de Herodes. No es artículo de fe, ni mucho menos, creer en su autenticidad: nuestros antepasados la admitían sin asomo de dudas. Á principios del siglo XVI regaló una canilla, atribuída á aquellas infelices víctimas, el cofrade Miguel Bonencontre, que la trajo de Venecia; en 1508, un cuerpo entero el rey don Fernando, que lo había obtenido también de la Señoría veneciana. Labráronse relicarios de plata para conservar estos restos. En el pasillo que conduce de la antesacristía á esta capilla de la Comunión, hay una capillita baja y oscura, donde se venera un crucifijo antiguo, con la invocación del Santísimo Cristo del tránsito á la Gloria. Este año se ha introducido en la capilla de la Virgen una novedad importante en el orden musical: se ha colocado en las tribunas el primer órgano eléctrico construído en España. Su autor es D. Aquilino Amezua.

vestiglos, puede atribuirse sin empacho á los primeros tiempos de la reconquista. Esta capilla es la de Nuestra Señora de la Seo, y aunque está separada materialmente y algo distante de la Catedral, considérase como parte del templo metropolitano, y no de cualquier modo, pues figura en él como la primera capilla después de la mayor. Contiguo á ella, y formando un solo edificio, está el Hospital de Sacerdotes pobres. En 10 de Mayo de 1356, con asentimiento del obispo D. Hugo de Fenollet y del Cabildo, establecióse la cofradía fundadora del hospital y la capilla, y fué su principal objeto asistir en sus enfermedades á los sacerdotes sin recursos (1). Al principio, sólo eran cofrades los sacerdotes; después fueron admitidos los seglares, hasta el número de quinientos, y entraron en la corporación las personas más ilustres de Valencia, lo mismo en el orden eclesiástico que en el civil (2). En 1394 estaban ya construídos el Hospital y la Capilla, y se veneraba en ésta la imagen de la Virgen, que la representa difunta,



VALENCIA
NTRA. SRA. DE LA SEO
Ó DEL MILAGRO

(1) La historia de esta institución está consignada en un libro titulado: *Certificado por el cual consta resumidamente la fundación, progresos y preeminencias de Nuestra Señora de la Seo, Hospital de pobres sacerdotes enfermos de la presente Ciudad de Valencia,* escrito por D. Jacinto Gargallo, beneficiado de la catedral y archivero de la cofradía, quien consultó sus papeles para expedir esta certificación, fechada en 1732. Entonces se dió á la estampa esta obra, y volvió á imprimirse en Valencia en 1750.

(2) En 1362 el obispo D. Vidal de Blanes confirmó, como perpetua, la cofradía, que se había instituído por doce años. En 1371 el rey D. Pedro IV le dió privilegio para admitir trescientos seglares, y después cien más. En 1378 el infante D. Juan, lugarteniente del reino, extendió el número á quinientos. Representantes de los tres Estamentos intervenían en el gobierno de esta importante cofradía. Hay una edición de sus *Constituciones*, impresas en 1757.

en rico lecho imperial. Una tradición, que admitió el vulgo crédulo y ya se ha olvidado, suponía que era de origen milagroso y que la trajeron de Jerusalén al mismo tiempo que la efigie de la Longitud del Señor (1). Todos los años, para celebrar la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, es trasladada á la Catedral y con este motivo se verifica solemne procesión. En 1556 ocurrió un caso que se consideró sobrenatural. Estaba preparando un carpintero en aquel templo el catafalco para el lecho de la Asumpta, cuando se enredó una hija suya, de pocos años, en la lazada de una soga, que pendía del cimborio; izaron la soga, subió con ella la niña, cayó de lo alto sobre el catafalco en construcción, y quedó ilesa. «¡Milagro!» gritaron los presentes, y al otro día, en la procesión de la Virgen, la niña salvada, vestida de blanco, seguía su Imagen, acompañada del arzobispo. El pueblo, impresionado, llamó desde entonces Virgen del Milagro á la que se había denominado de la Seo y sigue denominándose así en el lenguaje oficial.

Su capilla, de una sola nave, no conserva otro resto de su primitiva construcción que la efigie de piedra que hemos visto sobre la puerta. El barroquismo la inundó con sus perifollos. El cuadro del altar mayor es de José Camarón, y en la sacristía hay una Sagrada Familia de Espinosa (2). La imagen de la Virgen tenía antiguas y preciosas joyas; pocos años há, entraron ladrones en la capilla y las robaron: la piedad valenciana ha repuesto aquel tesoro (3). Junto á la Capilla está el hospital, que siem-

---

(1) El archivero Gargallo, en el libro citado, se lamenta de que, por falta de los documentos más antiguos de la Cofradía, no pudo averiguar cuándo y cómo fué construída esta imagen.

(2) Ha hecho mejoras en esta Capilla y la puso en boga, comenzando en ella su brillante carrera eclesiástica el Cardenal Payá, arzobispo hoy de Toledo. Como beneficiado de la Catedral de Valencia, fué nombrado Capellán del Milagro (racional de la Cofradía), y en este modesto cargo puso de manifiesto las cualidades insignes que le han elevado á la categoría de Príncipe de la Iglesia.

(3) El Patriarca Rivera, que era muy devoto de la Virgen de la Seo, dispuso que se hiciera un almohadón para la cabecera de la imagen, adornándolo con las ricas joyas que poseía la Virgen y las que entonces le ofrecieron, entre ellas, un

pre tuvo fama por la asistencia esmeradísima y afectuosa que reciben los sacerdotes enfermos (1). Uno de los aposentos se ha consagrado á San Luís Bertrán, que estuvo en él doliente y próximo á morir (2). La devoción al Santo dominico ha conservado aquella celda conforme estaba entonces, y con figuras de tamaño natural ha representado al enfermo en la cama; conversando con él, á sus grandes amigos el Patriarca Rivera y fray Nicolás Factor, y asistiéndole, á su hermano mosén Jerónimo. Sobre una mesa vense escudillas y otros objetos usados por el Santo, y en la pared manchas de sangre, atribuídas á sus penitencias.

---

medallón, regalo del arzobispo Santo Tomás de Villanueva; otro del Patriarca, con siete esmeraldas muy preciosas, figurando el cáliz con la hostia, divisa de este prelado, y varias alhajas de las señoras más ilustres de Valencia. Este almohadón y un rico viril fueron robados el 3 de Enero de 1879, y para sustituirlos se abrió una suscripción, que dió muy buenos resultados.

(1) D. Pedro Cubero Sebastián dice así en la segunda parte de sus *Peregrinaciones*, cap. 46: «Quedé admirado de ver con la asistencia y cuidado que sirven á los pobres Sacerdotes enfermos. Goza esta Real Casa de muchos privilegios de los Señores Reyes; goviernan esta obra tan pía y singular (pues en todo lo que he corrido del mundo no he hallado otra dedicada sólo para sacerdotes, ó que estén ordenados *in Sacris)* los gremios más ilustres de esta ciudad.»

(2) El marqués de Cruílles, en su *Guía Urbana*, incurre en un error al decir que San Luís murió en este Hospital: estuvo allí, á fines de 1580 y principios de 1581, porque su hermano, mosén Jerónimo Bertrán, era magistre de la Catedral y racional de la cofradía de Nuestra Señora de la Seo. Cuando llegó el verano, el Patriarca Rivera, para librarlo de los calores, lo llevó á su posesión de Godella; pasada la estación estival, regresó al Hospicio de Nuestra Señora del Milagro; pero, agravándose su dolencia, los dominicos, temerosos de que muriese tan eminente religioso fuera de su convento, lleváronlo á él, y en su enfermería espiró. En un huertecillo de este hospital había un ciprés, que se decía plantado por San Luís: derribólo el viento en 1842.



CAPÍTULO XVII

EL PALACIO ARZOBISPAL

El «Palau».—Prelados célebres.—Los Borjas.—Calixto III.—Alejandro VI.—Santo Tomás de Villanueva.—El Patriarca Rivera.—El arzobispo Mayoral.

PALACIO *(Palau)* lo llamaron nuestros antepasados, no por lo suntuoso de su fábrica, sino por la dignidad de la persona que lo habitaba. En Valencia no se honraba con aquel nombre la mansión opulenta de cualquier advenedizo, enriquecido sabe Dios cómo: no había más que dos palacios: el del rey y el del obispo. Éste había sido mercado de granos *(bladería)* en tiempo de los moros; por estar inmediato á la Catedral, diósele aquel nuevo destino (1). Es una morada espa-

(1) En el *Repartimiento* de Valencia concedió el Conquistador la *Bladeria* á don Arnaldo de Rocafull; pero en 1241, pareciéndole que el punto era acomodado para palacio episcopal, dió á Rocafull otras posesiones y otorgó la *Bladeria* y algunas casas inmediatas al obispo y al cabildo, por privilegio fechado en Barcelona á 4 de Noviembre de 1241.

ciosa, pero de aspecto poco monumental. No ofrece más vestigio de antigüedad que el arco apuntado de su puerta modestísima, sobre la cual anuncia un vulgar azulejo que está allí el *Palacio Arzobispal.* Ni más blasón, ni más insignia. Grandes balcones, con barandilla de hierro, sin decoración alguna, se abren en la pared lisa de la fachada. La parte lateral, que da á la calle de las Avellanas, fué reconstruída en el siglo pasado, y presenta mayor regularidad. El interior es holgado, pero pobre: las habitaciones, oficinas y dependencias, desahogadas, severas y sencillas, tienen más traza de convento que de palacio. Les da luz y aire vasto patio semi-claustral, con pilares bien macizos, y robustos arcos de medio punto. En el centro de ese patio silencioso, entre cuyos guijarros crece la hierba, se levanta una estatua de mármol blanco, que amarillea con los años. Es la figura de un fraile, viejo y venerable, apacible y bondadoso, que alarga la diestra para dar limosna, sin fijarse en el ángel, paje celestial, que á sus pies sostiene la mitra. Ese ejemplo mudo advierte á los huéspedes del Palau que su misión es, no sólo enseñar la verdad, sino hacer el bien. Por caritativo, más que



VALENCIA

ESTATUA DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

por sabio, aunque lo era mucho, ascendió á los altares el arzobispo que representó el cincel de Esteve en esa efigie marmórea; y aunque otros prelados valencianos subieron tanto, que llegaron á la Sede Pontificia, á todos los eclipsa el humilde agustino, á quien llaman los fieles Santo Tomás de Villanueva, y es el genio tutelar de esta santa casa (1).

Poco hay en ella que interese al artista; lo único que revela algún primor, es la capilla, obra moderna, hecha sesenta años há, por el arzobispo D. Simón López. Mármoles, estucos y dorados la decoran, dándole aspecto resplandeciente; y un profesor mediocre, D. Francisco Llácer, que seguía la escuela afectada de López, pintó los lienzos de los altares, y la elegante cúpula, que da luz á este pulido santuario (2). Vivo contraste forma con esas elegancias la desnudez de la cámara espaciosa, á la cual abre su puerta. Llámase Sala de los Concilios, y en sus paredes enjalbegadas están, grisientas y oscuras, las efigies de los obispos y arzobispos de Valencia, lo mismo que en el Aula Capitular de la Catedral. Algunas, de obispos anteriores á la invasión musulmana, son obra de capricho (3); desde la reconquista, los retratos son exactos. Cuarenta y cinco prelados llenan el largo transcurso de seis siglos y medio. Insignes fueron algunos de ellos; famosos, muchos: respetados é influyentes, todos. Hoy repasamos con fría curiosidad esa galería de ancianos desconocidos, que empuñan con muda solemnidad su báculo de oro;

(1) Costeó esta hermosa estatua el celoso canónigo de la Catedral y docto escritor D. Francisco Pérez Bayer, y se colocó el año 1795 á la puerta del convento del Socorro, donde estaba sepultado el Santo. El mismo Pérez Bayer compuso la inscripción dedicatoria, que dice así: DIVO. THOMAE — VILLANOVANO — ARCHIEP — VALENTINO — PAVPERVM — PATRI — PRAESVLVM — EXEMPLO — AVGVSTINANI — SACRAR — EXVVIAR — EIVS — CVSTODES — MDCCXCV. Cerrado y medio destruído aquel convento, se trasladó la estatua á ese punto el 9 de Octubre de 1838, por iniciativa y á expensas del Ayuntamiento de Valencia y de los Académicos de San Carlos.

(2) Están pintados: en el altar mayor la Asunción de la Virgen; en los otros cuatro Santo Tomás de Villanueva, el Beato Rivera, y los dos Vicentes.

(3) Estos supuestos retratos de aquella época remota, no están en el Aula Capitular.

amarillentos y extenuados unos, escondiendo quizás austeras penitencias bajo el brocado y los joyas rituales; rozagantes otros é imperiosos, llenos de la autoridad cuasi divina de su ministerio pastoral. Unos fueron frailes humildísimos; próceres insignes otros, y parientes de reyes. La generación presente olvidó sus nombres; desconoció también sus beneficios; y este desvío con que se mira hoy la historia eclesiástica, impide formar cabal concepto del pasado de un pueblo, como el valenciano, en quien tanto influyó el elemento religioso. Nos falta un buen episcopologio (1): sería una obra interesante para el estudio de Valencia, y que ofrecería, á la vez, poderoso atractivo por la diversidad de caracteres y de épocas. Santo Tomás de Villanueva (ya lo hemos visto) fué arzobispo de Valencia; lo fué también César Borgia. Entre uno y otro, ¡qué distancia! Ó, por mejor decir, ¡qué abismo! No hemos de hacer revivir, uno por uno, á todos

---

(1) No hay libro alguno dedicado especialmente á la historia de los obispos valencianos. El Dr. Juan Bautista Ballester incluyó en su *Historia del S. Christo de San Salvador de Valencia* (1672), un catálogo de los prelados valencianos hasta aquella fecha. Dando fe á los falsos Cronicones, enumera cuarenta y tres obispos desde San Eugenio, discípulo de Santiago, hasta Lope ó Lupo III, arrojado de su silla por los moros, y ocho más durante la dominación de éstos. La crítica histórica ha destruído esas fábulas; el P. Flórez en su *España Sagrada*, tomo VIII, puso en claro lo poco que se sabe de los obispos de Valencia anteriores á la invasión de los árabes. El P. Teixidor, incluyó en sus *Observaciones críticas á las Antigüedades de Valencia*, una historia compendiada de obispos y arzobispos: es un trabajo erudito; pero ya hemos dicho en otra parte que esta obra del docto dominico permanece inédita. Consultóla con fruto el P. Villanueva, para el *Catálogo de los prelados de Valencia desde su conquista*, que insertó en el tomo I de su *Viaje á las Iglesias de España*. He podido consultarla también, gracias á la amabilidad del Sr. Vives Ciscar, poseedor del interesante ms. El P. Villanueva dice que el archivero de la Catedral, Gregorio Ibañes, dejó escrito en lemosín á fines del siglo XVI un catálogo de los prelados, y que en 1763 compuso otro en castellano mosén Josef Paloma (Senach). No se publicaron. De Senach hay papeles en el archivo; pero no está el catálogo de Obispos: así me lo dijeron. Tampoco se conserva el de Ibañes, pero lo copió textual Pahoner en su *Recopilación de especies perdidas*, tomo I. En este mismo tomo escribió una historia de los obispos y arzobispos de Valencia, que llega hasta el Sr. Mayoral. Para completarla, el archivero y deán Dr. D. Manuel Lucía y Mazparrota, escribió un tomo en folio, que se conserva ms. en el mismo archivo, con este título: *Apuntamientos biográficos para el Episcopologio de Valencia, continuación de los de los archiveros Pahoner é Ibañes, hasta el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pablo García Avella, 1853.*

los personajes retratados en esos cuadros ennegrecidos. Al repasar su serie numerosa, nos fijaremos en los que descollaron más, en los que ejercieron mayor influencia, á partir de la fundación del reino valenciano después de la conquista; pues, de los obispos de las épocas romana y gótica, ni quedó siquiera noticia completa de sus nombres (1); y en cuanto al episcopado del monje benedictino D. Jerónimo, no de Petrágoras, como escriben muchos historiadores, sino de Petrigonium (Perigord), establecido por el Cid en la Sede valenciana, fué tan pasajero como la dominación del Campeador y de su viuda (2).

Había prometido el rey D. Jaime, antes de emprender sus campañas contra Valencia, restablecer en esta ciudad la Iglesia episcopal, y hacerla sufragánea del arzobispado de Tarragona, cabeza de sus Estados en lo eclesiástico (3). Llegado el caso de cumplirlo, designó para obispo de la nueva Sede, con acuerdo

---

(1) Los obispos de Valencia en aquella época, cuya existencia está bien comprobada, son: Justiniano desde cerca del año 511 hasta después del 546; Uviligisclo y Celsino desde antes del año 589 en adelante; San Eutropio á fines del siglo VI; Marino desde antes de 610; Musitacio desde antes de 633 hasta antes de 646; Anesio ó Aniano desde 646 hasta cerca de 652; Félix en 652 y en adelante; Suinterico en 675; Hospital en 681; Sármata desde 682 hasta después de 688; Uvitisclo en 693 y en adelante. FLÓREZ, *España Sagrada.*

(2) Vino este monje á España con D. Francisco Bernardo, religioso insigne de su misma Orden, que fué Abad de Sahagún, y luego, por nombramiento de D. Alfonso VI, arzobispo de la recién conquistada Toledo. Don Fray Jerónimo estuvo en el monasterio de Cardeña, y allí obtuvo la confianza del Cid y de D.ª Ximena. Nombrólo después D. Fray Bernardo canónigo de Toledo; pero su afecto al de Vivar le hizo acompañarle en sus campañas para el servicio eclesiástico de su hueste. El Cid se lo pagó, presentándolo para el obispado de Valencia, cuya consagración obtuvo en Roma. Cuando se retiraron de esta ciudad los castellanos, D. Fray Jerónimo fué obispo de Zamora y luego de Salamanca, en cuya catedral recibió sepultura.

(3) Por privilegio fechado en Lérida á 28 de Octubre de 1236 D. Jaime prometió que si conquistaba el reino de Valencia, fundaría en esta ciudad una iglesia catedral y demás dependientes, y las dotaría, haciéndolo todo á arbitrio y disposición del arzobispo de Tarragona; y por otro privilegio, el 13 de Noviembre, del mismo año y en Lérida también, ofreció que serían sufragáneas de Tarragona todas las iglesias que fundase. La Catedral de Valencia fué dotada por el Conquistador con las dos terceras partes de los diezmos de todo el obispado, y en compensación del tercio que se reservaba, le donó después en pleno dominio las villas de Chulilla y Garigs.

de los prelados presentes, al dominico Fray Berenguer de Castellbisbal, compañero de Fray Miguel de Fabra en la conquista de Mallorca, y el mismo á quien después había de cortar la lengua bárbaramente. Pero Valencia había pertenecido antes á la provincia eclesiástica de Toledo, y entre el arzobispo toledano y el tarraconense surgió empeñada contienda, que impidió la consagración de Fray Berenguer. Decidió el papa Gregorio IX la cuestión á favor de Tarragona (1), y entonces, siendo ya aquel dominico obispo de Gerona, fué nombrado para Valencia Ferrer de San Martín, paborde tarraconense (1239-43), quien trabajó con celo para organizar la nueva diócesis (2). Su sucesor, Arnau de Peralta, aragonés, de noble estirpe (1243-48), siguió esta obra con tales bríos, que parecía maza de guerra en sus manos el báculo pastoral. Dígalo el anciano y desvalido obispo de Segorbe, Pedro Garcés, que hemos visto arrojado en su iglesia á mano armada por el belicoso prelado valenciano. Sucedióle el dominico Fray Andrés Albalat, gran obispo (1248-78), á quien se debe la reconstrucción de la catedral y la fundación de la famosa cartuja de Porta-Cœli. Siguieron su ejemplo, emulando en completar la organización y aumentar la pompa de la iglesia valenciana, Jasperto de Botonach, abad de San Feliu y sacrista de Gerona (1276-88), el dominico aragonés Fray Raimundo de Pont (1288-1312); el clérigo catalán mosén Raimundo Gastón, que fué canónigo de esta iglesia (1312-48); Hugo de Fenollet, catalán también, y obispo que había sido de Vich (1348-56), y Vidal de Blanes, abad de San Feliu (1356-69), cuyo nombre va unido á la fábrica del Aula Capitular (3). Á su sucesor, ya le

(1) Bula aurea de 9 de Octubre de 1239.

(2) El Conquistador había establecido doce canonicatos y una dignidad, el arcedianato. El obispo Ferrer elevó á quince el número de canónigos, y á cuatro el de las dignidades, que fueron: Arcediano mayor, Capiscol ó Chantre, Sacrista ó Tesorero, y Arcediano de Játiva.

(3) El obispo Botonach aumentó el número de canónigos hasta veintiuno, y á las cinco dignidades existentes añadió los arcedianatos de Alcira y Murviedro; Pont fundó la *Almoyna*, y Gastón cuatro canonicatos más, con lo cual llegaron estos á veinticinco.

conocemos: fué el espléndido D. Jaime de Aragón, obispo antes de Tortosa, y primo hermano de D. Pedro IV (1369-96). Su nombramiento, hecho por el Papa, á instancias de este monarca, privó para siempre al cabildo valenciano de la elección de sus prelados, facultad que ejercía, no por derecho propio, sino por delegación pontificia. En algunos casos, como en el nombramiento de Botonach, hecho por Juan XXI, la Santa Sede reivindicaba aquel derecho. Honda disensión, que estalló en el cabildo á la muerte de Blanes, fué causa ó pretexto de que lo asumiese del todo Urbano V, reservándolo para sí y para sus sucesores, que lo ejercieron hasta que en 1523 otorgaron á los reyes de España la regalía de presentación. El cabildo había dado á Valencia muy buenos obispos: al celo que demostraron por la prosperidad de la Iglesia, unióse el interés por conservar la disciplina y las buenas costumbres. Prueba de ello son los frecuentes Sínodos que celebraban, y de los que habla con justo elogio el Padre Villanueva. «Á la ilustrada piedad, dice, con que se trataron en estos Sínodos los negocios eclesiásticos, debe esta ciudad el haberse mantenido pura en la religión, y haber conservado en las solemnidades eclesiásticas cierta majestad devotísima, que convendría fuese general en todas las diócesis (1).» No fueron siempre tan acertados los nombramientos hechos por los Pontífices: envueltos éstos en las contiendas temporales de aquellos tiempos, el interés religioso quedó sacrificado muchas veces al interés político, ó á otros intereses inferiores. Al morir D. Jaime de Aragón, Benedicto XIII mantuvo vacante más de dos años el obispado de Valencia: así cobraba

(1) Ocúpase Villanueva de los Sínodos valencianos en el primer tomo de su *Viaje literario:* hasta 1422 hay memoria de catorce: «Todos estos Sínodos, dice, ó por no haberse aún descubierto la imprenta, ó por otras causas, que no me toca averiguar, han quedado desconocidos al mundo, á excepción de los siete de don Fray Andrés de Albalat, que publicó el Cardenal Aguirre, y de algunos leves fragmentos, que sólo sirven para aumentar el dolor de ver sepultados en el olvido esos preciosos monumentos.»

sus rentas y reparaba su erario exhausto (1). Instándole vivamente el rey D. Martín, nombró obispo á un valido de este monarca, D. Hugo de Lupia, que lo era de Tortosa, y embajador de Cataluña en Sicilia (1398-1427), prelado palaciego y político sagaz (2); y con iguales méritos subió á la Sede episcopal su sucesor, en quien hemos de detenernos más: llamóse en Valencia Alfonso de Borja; en Roma y en todo el orbe católico, Calixto III, Papa.

Escasa memoria quedaría de su breve pontificado, si no hubiera introducido en Italia la extirpe celebérrima de los Borgias. Creación caprichosa de la musa romántica, más bien que personajes rigurosamente históricos, parecen Alejandro VI, el duque de Valentinois, y aquella hermosísima Lucrecia, cantada por Ariosto y por Bembo, y aún más famosa por su disolución que por su hermosura. En los momentos dudosos en que termina la Edad-media y nace la sociedad moderna, en los albores brillantes del Renacimiento, cuando el sensualismo pagano arrolla al ascetismo místico, los Borgias surgen en Roma agigantados por el impulso de una ambición desmedida sin freno moral alguno, y en la cual se unen la fiereza española con el refinamiento italiano, para dar á esas figuras altivas y procaces algo de tétrica grandiosidad. No hay que admitir á ciegas, sin embargo, la leyenda fantástica formada por la animadversión y la venganza. Recusables son, por apasionados, Guiciardini, Tomasi, Pablo Jovio, Burchandi y demás historiadores italianos, que pintaron á los Borgias con tan negras tintas. En nuestros días, el estudio minucioso de los documentos coetáneos, ha desmentido muchos de los horrores que se les atribuyeron. Dos escritores, protestantes ambos, Roscoe, en su libro sobre *León X*, y Gregorovius,

(1) Ofreció Benedicto XIII el obispado de Valencia, en esta vacante, á San Vicente Ferrer, que lo rehusó.

(2) Este obispo fué quien legó al cabildo el señorío del lugar de San Juan de Plan de Corts, en el Rosellón, cuyo señorío fué enagenado, como hemos visto, en 1452 para hacer la obra de ensanche de la Catedral.

en su interesantísima *Storia della città di Roma nel Medio Evo*, han defendido á la bella duquesa de Ferrara de los cargos con que fué deshonrada su memoria; y lo mismo han hecho, aunque sin tanto éxito, Leonetti con Alejandro VI, y Albizi con César Borgia.

La Torre de Canals, arrabal de una aldea próxima á Játiva, fué humilde cuna de esos héroes siniestros. Allí nació, y en la Colegiata de Játiva fué bautizado (1), el niño Alfonso de Borja, hijo de una familia lugareña, pero noble (2). Se ha dicho que San Vicente Ferrer le profetizó que sería Papa. Lo cierto es que el hidalgüelo de Canals fué alumno aprovechadísimo de las Universidades de Valencia y Lérida; que, sacerdote y doctor, captóse la protección del rey D. Alfonso V, de quién fué prudente consejero, y que habiendo prestado á este monarca y al papa Martino V el servicio insigne de acabar con el Cisma de

(1) Consta su bautismo en aquella iglesia, por recordarlo el mismo Papa en dos bulas archivadas en ella, fechas en 18 de Febrero y 8 de Marzo de 1457, en las cuales hace concesiones á dicha colegiata.

(2) Los Borjas vinieron de Aragón á la conquista de Valencia. Procedían sin duda de la ciudad de ese nombre. Mosén Febrer dice en sus *Troves* que fueron ocho los que acompañaron á D. Jaime I, y que quedaron establecidos en Játiva y sus contornos. Pero también los hubo en Orihuela. Domingo de Borja, padre de Calixto III, se titulaba, según Escolano, *Donzel* «que era lo mismo que decir descendiente de caballeros.» El P. Villanueva vió un cronicón, en que se decía del Papa Calixto: «fill de un bon home, llaurador de Xátiva.» Pero está comprobado que era señor propietario del lugar de la Torre ó Torreta de Canals, poseído luego por su hija Isabel de Borja (madre de Alejandro VI), y después por su nieta Beatriz de Borja, hermana de este Papa. Beatriz casó con D. Ximén Pérez de Arenós, señor de Anna y Villalonga, quien vendió á la ciudad de Játiva la Torre de Canals en 1506. Aún se ven en este pueblo restos de aquella casa solariega. La madre de Calixto III sólo se encuentra citada con el nombre de Francisca. Era de Valencia. El P. Teixidor *(Observ. á las antiq. de Valencia)* supone que su apellido era Pascual, por un sello de sus armas, que tenía por empresa el cordero. No atinó el P. Teixidor en esta conjetura; pero su noticia sobre el escudo de la madre de aquel Pontífice, confirma otro dato más certero. En un ms. titulado *Fragmentos nuevos de los Linajes viejos y nuevos de la ciudad de Alicante*, por Jaime Bendicho (que conserva en su archivo D. Joaquín Rojas, de aquella ciudad), se dice que la madre de Calixto III era Cavanilles de apellido. Pues bien: los Cavanilles tenían por blasón el Cordero Pascual, y queda comprobada la noticia de Bendicho por la indicación heráldica del P. Teixidor.

Occidente, obteniendo la renuncia del antipapa Muñoz (1), recibió la mitra valenciana en 1429, y después, en 1444, el capelo, por lo que hizo de nuevo, en pro de la paz de la Iglesia, cuando fué al Concilio de Basilea. Once años más tarde, cuando había cumplido ya setenta y siete años, fué elegido por el cónclave para suceder á Nicolás V.

Estaba en aquella época la Sede pontificia á merced de los extranjeros que avasallaban la Italia; disputábansela españoles y franceses. El nombramiento del Papa valenciano era imposición victoriosa del monarca aragonés. Pero el nuevo pontífice tenía aún grandes alientos, á pesar de sus años; y puso todo su ahínco en una empresa gloriosa para la cristiandad: la guerra contra el turco. Constantinopla había caído en poder de Mahomet II; desbordábase sobre Europa la oleada muslímica. Calixto quiso renovar los prodigios de Pedro el Ermitaño; publicó la Cruzada, excitó el celo de los príncipes, aprestó galeras. Mas habían cambiado los tiempos; no se armó la Europa, y fortuna fué que Juan Huniade detuviese la invasión otomana en los campos de Belgrado. Para memoria eterna de aquel triunfo, dió Calixto III mayor solemnidad á la fiesta de la Transfiguración del Señor (2). Por estos vastos planes deslumbrado, olvidaba el octogenario pontífice su verdadera posición: debía la tiara (3)

(1) El Papa Martino V envió á su legado el cardenal de Fox para convencer al antipapa; acompañó al cardenal, como auditor de la Rota, D. Alfonso de Borja, que fué quien arregló el asunto, ofreciendo á Muñoz el obispado de Mallorca.

(2) Dicen algunos autores que instituyó esta fiesta, con motivo de tan señalada victoria, pero ya se celebraba anteriormente, como puede verse en *Lamberlini*, *De Festis*.

(3) Noticia curiosa: Calixto III fué quien puso la cruz en la tiara; Bonifacio VIII había puesto en ella dos coronas; Urbano V le añadió otra. Luís Pareja y Primo, autor del libro *Canals ilustrada*, *Historia de las Personas Venerables y Varones ilustres que ha avido naturales de la Universidad de Canals en el Reyno de Valencia*, dice así, hablando de la devoción de Calixto á la Cruz: «Imprimióse en su corazon desde su infancia, pues enfrente del Palacio de sus padres, donde se crió, está el Oratorio, ó Ermita donde acudían á oir Missa, y á otras devociones, y tiene por titular la Cruz. Y en señal de la devocion que siempre tuvo este Pontífice á este título, embió una pintura muy fina de Christo ensalçado en la Cruz, con su Retablo, que oy dia se conserva. Assi es tradicion inveterada, solo que no se

al rey D. Alfonso, y reclamaba éste el pago. El pago era la investidura de Nápoles, Benavento y Terracina. Excusábala Calixto, queriendo emanciparse de su protector, y cuando murió éste, negó á su hijo Fernando la sucesión en aquellos estados, reservándose la facultad de disponer de ellos. Empeñado estaba en esta lucha, cuando murió en 1458, á los tres años y cuatro meses de pontificado (1).

Los escritores italianos, poco afectos al Papa español, le afearon mucho dos vicios: avaricia y nepotismo. Este último, por lo menos, está bien comprobado. Llevó á Roma dos sobrinos, hijos de su hermana Isabel (2); Pedro Luís y Rodrigo, y

sabe si la embió siendo Obispo de Valencia, ó siendo ya Sumo Pontífice.» Se conserva en Canals la ermita de la Cruz, y en ella el retablo de Calixto III: veremos esta interesante ermita y las ruinas de la Torre de Canals en el curso de este viaje.

(1) Fué sepultado en el Vaticano, donde recibió también enterramiento Alejandro VI. En 1610 el ilustre español Vives fué autorizado por Paulo V para trasladar los restos de ambos Pontífices á la Iglesia española de Montserrat, donde pensaba erigirles suntuoso mausoleo. No llegó á construirse, y permanecieron insepultos aquellos restos, hasta que en 1883 fueron sepultados de nuevo en dicha iglesia de Montserrat, en un modesto pero artístico cenotafio de mármol de Carrara, donde sobre la urna funeraria están esculpidos los bustos de ambos Pontífices, y en el tímpano las armas de España. Hízose este monumento por iniciativa del conde de Coello, embajador de España en Roma. El mismo Conde publicó un artículo sobre este asunto al que acompaña un dibujo de aquella tumba, en la *Ilustración Española y Americana* del mencionado año.

(2) Había en Játiva otra familia de Borja, más noble y poderosa que la de Canals: su jefe era D. Rodrigo Gil de Borja. Jofré, hijo de éste, casó con Isabel de Borja, hermana de Calixto III, y de este matrimonio nacieron los dos sobrinos llamados á Roma por el Papa. Los Borjas de Játiva se decían descendientes de los vizcondes del Bearnés, y tenían por armas dos vacas; los de Canals, un buey rojo y cinco *bojas* de sinople. Rodrigo de Borja, que había de ser Alejandro VI, nació en Játiva, á 1.° de Enero de 1431, en la plaza de los Borjas, cerca del Mercado, y fué bautizado en la iglesia de San Pedro. En 1493 hizo la ciudad de Játiva pública información para hacer constar el nacimiento del Pontífice en aquella población. Publicóla el P. Diago. En ella se dice que, á los ocho años, solía ir caballero en una jaquita de su padre y que era *narahinet* (morenillo) y *morrudet* (grueso de labios.) Muchos escritores italianos le llamaron *Rodeiico Lenzuolo di Borja:* es un error; el apellido *Llansol*, que traducen de aquel modo, se enlazó después con el de Borja. Mosén Pedro Llansol de Romaní casó con D.ª Juana Borja, hermana de Alejandro VI. Calixto III usó siempre por blasón el toro propio de su apellido Borja. Alejandro VI usaba el escudo partido: en el primer cuartel, el toro, de Borja; en el segundo, fajas de sable sobre fondo oro: esta era la empresa de la familia Doms; Sibila Doms era abuela del Papa, esposa del mencionado Rodrigo Gil de Borja. Orlaba además el escudo con seis bojas de sinople. He de rectificar ahora una noticia que dí en el capítulo XV. Atribuyen en la Catedral á Calixto III una

repartió entre ellos sus dos poderes. Dió al primero la espada, haciéndole prefecto de Roma y duque de Espoleto; dió al segundo el báculo, cediéndole su obispado de Valencia y abriéndole el camino para sucederle en la silla romana. Era Rodrigo mozo de agudo ingenio, de inquieta ambición y de ánimo arrojado; nada dispuesto, por lo demás, á la vida austera del sacerdocio. Esto importaba poco, para el caso, en aquellos tiempos licenciosos. Cardenal á los veinticinco años, alardeaba de sus amores con la bella Rosa Banozzo y de los cinco hijos que le dió. Dúctil, sagaz y obstinado, aguardó treinta y cuatro años desde la muerte de su tío, allegó riquezas, agencióse amigos, urdió intrigas, y al cabo, en el año 1492 (famoso por el descubrimiento de las Indias occidentales), encontró las suyas, subiendo al trono pontificio. Porque trono era para él la silla del Pescador; dominación temporal, no espiritual imperio. Lo que había hecho Luís Onceno en Francia, y por los mismos medios, de la astucia y la doblez, quiso hacerlo en Italia; destruir á los magnates, enseñoreados de las ciudades y los castillos, para engrandecer el poder temporal del Pontificado, explotando á la vez ese poder en beneficio propio. Instrumento principal de sus planes fué su hijo César Borgia, más audaz y más ambicioso que su padre, y cuya divisa: ***Haud Cesar***, ***haud nihil***, es bien conocida. Hacer de la Romaña un principado para este hijo predilecto, era el sueño dorado de Alejandro VI. Para Pedro Luís, su hijo mayor, á quien casó con una parienta del rey D. Fernando el Católico, compró á este monarca el ducado de Gandía (1); pero habiendo muer-

---

magnífica casulla que se conserva con gran respeto en el Aula Capitular. Pero, habiéndola examinado de nuevo, encuentro en ella el escudo de Alejandro VI, con el toro, las fajas de sable, y la orla de bojas. No cabe duda, pues, que procede de este Papa la casulla. Sobre los blasones de los obispos y arzobispos valencianos, véase el erudito opúsculo *Los Prelados de Valencia: Sigilografía*, por D. José Martínez Aloy, Valencia, 1887.

(1) Costóle el ducado de Gandía, con el castillo de Bairén, 63,121 libras, 3 sueldos, 11 dineros. La esposa de D. Pedro Luís y luego de D. Juan de Borja, fué D.ª María Enríquez, hija de D. Enrique Enríquez, tío del rey D. Fernando de Aragón y su mayordomo mayor.

to el novio sin poseer la esposa ni el ducado, pasaron ambos al hijo tercero del Pontífice, D. Juan de Borja, cabeza de familia poderosa y nobilísima en el reino de Valencia y en toda España. La hermosa Lucrecia fué, tras repetidas nupcias, duquesa de Ferrara; Jofré, el menor de los hermanos, príncipe de Esquilache, fundador de otra familia ilustre en el reino de Nápoles.

La historia dramática, y trágica á las veces, de aquel pontificado azaroso, no cabe en este lugar, ni nos atañe tampoco. Dejemos en Roma á Alejandro VI, amoldándose á todas las circunstancias y aprovechando todas las coyunturas; capitulando de mala gana con el impetuoso Carlos VIII de Francia, cuando éste cayó sobre Italia, y dándole la investidura de Nápoles; alentando luego el asesinato de los franceses en Roma, y ligándose contra ellos con la señoría de Venecia y el emperador Maximiliano; abandonando después á sus aliados, para entenderse con Luís XII, y preparándose á nuevas defecciones y ardides. Dejémosle entregado con toda el alma á aquella lucha de dominación codiciosa, en medio del general desenfreno y de la sensualidad triunfante, contra los cuales se levanta, como terrible protesta del ascetismo olvidado, la figura austera y la palabra de fuego de fray Savonarola, apagada en la hoguera. Volvamos nosotros á Valencia, y veamos qué efecto produjo en ella el enaltecimiento de los dos Borjas al solio pontificio.

Gran júbilo produjo la noticia de la elección de Calixto III y comenzaron en seguida las peticiones al Padre Santo. Entre todo lo que éste hizo por Valencia, lo de mayor bulto y lo más agradecido, fué la canonización de fray Vicente Ferrer. Decretada fué por él; pero no pudo despachar la bula, y la firmó su sucesor. En la Catedral, dejó buenas memorias; siendo obispo, construyó la capilla de San Luís de Tolosa; siendo Papa, costeó la obra del trasagrario (1). Tenía tal apego á la Iglesia valen-

(1) De lo que hizo en la iglesia parroquial de San Nicolás, en la que fué rector, se hará mención en el capítulo siguiente.

ciana, que conservó su mitra hasta pocos meses antes de morir. Cedióla entonces (1458) á su sobrino D. Rodrigo de Borja, que ya era cardenal, aunque no estaba ordenado todavía (1). El nuevo obispo no se curaba de su diócesis más que para percibir las rentas desde Roma (2). Pero cuidaba de enaltecerla, y logró de Inocencio VIII que elevara su Sede á la categoría de metrópoli (3), dándole por sufragáneos los obispados de Cartagena y Mallorca, que dependían directamente de Su Santidad (4). Aquel mismo año ciñó D. Rodrigo la tiara, y su primer decreto fué confirmatorio de la reciente concesión. Otorgó después á Valencia otra merced insigne: convirtió en Universidad su Estudio general (para lo cual se requería autorización pontificia), y le aplicó todos los derechos que disfrutaban las Universidades más privilegiadas (5).

Valencia agradeció bien estos beneficios: Calixto III, y el mismo Alejandro VI, fueron considerados en su patria como pontífices insignes. Si llegó á ella (que sí llegaría) la noticia de sus flaquezas, pasáronlas por alto los escritores respetuosos de aquel siglo, y de algunos siglos después. Y sin embargo, aquellas concesiones costaron muy caras á la iglesia valenciana: convertida en feudo de los Borjas, y luego de los reyes, que siguie-

(1) No recibió las órdenes sagradas hasta 1478, cuando Sixto V le nombró obispo de Alba. Los hijos que tuvo de la Vannozza fueron anteriores á su ordenación.

(2) En 1472 vino á España D. Rodrigo de Borja, como legado del Papa. Desembarcó en el Puig y entró en Valencia, donde se detuvo muy poco. Su venida fué un acontecimiento muy celebrado. Acudían las gentes ansiosas á la ciudad para ver al obispo-cardenal. Hiciéronse en obsequio suyo grandes festejos, entre ellos, juegos de sortijas en el Mercado.

(3) Bula de 9 de Julio de 1492.

(4) La diócesis de Cartagena fué dividida después; parte de ella formó la de Orihuela, continuando sometida al arzobispado valenciano; la otra, cuya Sede se trasladó á Murcia, pasó al de Toledo. Cuando la diócesis de Segorbe fué segregada de la de Albarracín, aquella fué sometida también á la autoridad de Valencia. Última variación: Menorca formó obispado aparte del de Mallorca; pero uno y otro siguieron sujetos á la Sede valenciana. De modo que ésta tiene hoy cuatro obispados sufragáneos: Segorbe, Orihuela, Mallorca y Menorca.

(5) Bula de 23 de Enero de 1500.

ron el mal ejemplo de los pontífices, estuvo huérfana de prelado más de una centuria. Los arzobispos de Valencia, en aquel período lastimoso, gozaban las prerrogativas y los emolumentos de elevada dignidad, pero no cumplían sus obligaciones. Ni por ceremonia acudían á tomar posesión de su silla. Mirad en esos retratos el que sigue al papa Alejandro: seméjasele mucho: tiene sus ojos grandes y negros, su nariz aguileña, sus labios carnosos y apretados, su barba redonda y proeminente. Pero es un mancebo en la flor de la edad; arde el fuego de la primera juventud en su rostro bello y arrogante, y sorprende ver coronada por la venerable mitra su cabeza gallardísima (1). Empuña brioso, como si fuese una lanza, el báculo de oro, y clava en la cruz que lo remata una mirada intensa, que tiene más de pasión humana que de éxtasis divino. Leed el rótulo: ¡Don César de Borja! ¿Con hábitos pontificales el temerario duque de Valentinois, que asombró al mundo con su bravura y su liviandad, con sus hazañas y con sus crímenes? Parece hoy imposible, pero es lo cierto que fué arzobispo de Valencia de 1492 á 1498. Calixto III cedió la diócesis á su sobrino Rodrigo de Borja; éste, cuando ciñó la tiara, pasó la mitra, no á su sobrino, sino á su propio hijo (2). Iba en aumento el escándalo. César no tenía entonces más que diez y siete años: recibió el arzobispado en administra-

(1) No conocía este interesante retrato el erudito escritor Mr. Charles Iriarte, al publicar de reciente en la *Révue des Beaux Arts*, de París, su curiosísimo artículo *Les Portraits de César Borgia*. Estudia en él todos los que se han conservado en Italia, y reconoce como más fidedigno, no el famoso de la galería Borghese, atribuído á Rafael, sino el grabado en madera, inserto en los *Elogia Vivorum illustrium*, de Pablo Jovio (Florencia, 1551). Si Mr. Iriarte hubiese visto el retrato de la galería episcopal de Valencia, hubiera confirmado su juicio, por la semejanza de estas dos imágenes, bastante marcada, aunque no completa. Este concienzudo escritor, autor de un libro excelente sobre Goya, que ya he citado, reune antecedentes para escribir la historia de César Borgia.

(2) Tenía ya entonces el obispado de Pamplona. Al año siguiente le nombró su padre cardenal, con probanza de muchos testigos que juraron no era hijo del Papa, sino de Dominico Arignano, marido de la Vannozza: «provanza que pasó por Rota y por el Consistorio, sin que casi persona se atreviese á hacer contradicción: tal era el poco miramiento de aquel tiempo.» MARIANA, libr. XXVI, cap. 2.

ción, y así debía tenerlo hasta cumplir los veintisiete; á esta edad, debía entrar en posesión completa de su cargo pastoral. Por dicha, tomaron otro rumbo las ambiciones del inquieto joven, y para lograr del rey de Francia el ducado ofrecido y la mano de Carlota de Albret, hermana del de Navarra, renunció el estado eclesiástico, el capelo, y las dos mitras de Pamplona y Valencia. Pasó ésta á otro pariente del Papa: D. Juan de Borja y Llansol, nieto de una hermana suya, y habiendo fallecido á poco, á su hermano Pedro Luís, que vivió hasta 1512. Vióse libre, por fin, de Borjas la iglesia valenciana, pero no del nepotismo funesto. El Pontífice Julio II, por complacer al rey católico, puso al frente de ella á D. Alonso de Aragón, hijo natural del monarca, y arzobispo ya de Zaragoza. Gobernó, ó por mejor decir, benefició ambas diócesis (1512-20), lo cual, aun en aquellos tiempos, pareció caso desusado y pernicioso. Para sucederle nombró León X á un flamenco, Erardo de la Marca, obispo de Lieja y Carnoy, protegido por Carlos V, y que permaneció allá, disfrutando las pingües obvenciones de su arzobispado en tierra de España (1520-38). Siguióle otro flamenco, Jorge de Austria, tío del emperador. Este prelado tuvo, por lo menos, la atención de venir á Valencia, grata novedad, que fué muy festejada: hacía ciento diez años que no habían visto los fieles valencianos á su pastor. Pero necesitaba D. Carlos para el gobierno de Flandes á su pariente; volvió allá, y renunció el arzobispado de Valencia por el obispado de Lieja.

Dios se acordó entonces de la patria de San Vicente Ferrer y tocó el corazón del emperador. Oyó éste en Valladolid el sermón de un fraile agustino, y le llegó al alma. Nombrábase el religioso fray Tomás de Villanueva. Desde aquel día, siempre que predicaba, iba el monarca á oirle. Llamóle á su corte, abrióle las puertas de su cámara y de su favor. El agustino acudía reverente, agradecía la merced, y cuanto antes podía, retirábase a su celda. Era un perfecto siervo de Dios. Había nacido en la Mancha, en el famoso campo de Montiel, de una familia acomo-

dada y cristiana (1). Piadoso y caritativo desde los primeros años, estudió con ahínco en Alcalá y en Salamanca, profesó en esta ciudad, y adquirió tal fama, «que así los frailes como los seglares, donde quiera que estuvo, le reverenciaban como á Santo; y en las calles por donde pasaba salían de las casas á besarle las manos y la ropa, y las señoras principales se asomaban á las ventanas, y desde allí, arrodilladas, le pedían la bendición (2).» Quiso el emperador dar una mitra al venerado fraile; ofreciόle la de Granada, y la rehusó. Vacó á poco la de Valencia, y la rehusó también; pero entonces apeló D. Carlos á un recurso irresistible: los superiores de fray Tomás le ordenaron que aceptase «en virtud de santa obediencia y bajo pena de excomunión.» Á este mandato, dobló la frente; dejó llorando su humilde celda y se dirigió á Valencia (3).

Agostaba entonces la sequía sus hermosos campos: de pronto, rompió á llover copiosamente. Miraban con gozo caer el agua los agustinos del convento del Socorro, en las afueras de

(1) Fué su padre Alonso Tomás García, de Villanueva de los Infantes, y su madre Lucía Martínez Castellanos, de Fuenllana, lugar inmediato. En él nació el Santo el año 1488, pero como estaban establecidos sus padres en Villanueva, y allí se crió, tomó en el claustro nombre de aquella villa.

(2) *Vida y Milagros del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor el B. P. D. F. Tomás de Villanueva, Arçobispo de Valencia, del Orden de San Agustin*, por el Padre M. Fray Miguel Salón, de la misma Orden. Esta historia, publicada por el autor en Valencia el año de 1588, y que se volvió á publicar en 1652, es la base de todas las vidas que se han escrito de Santo Tomás. El maestro Salón tenía tal fama de docto, que era llamado el Salomón de Valencia. Véase también *Vida, virtudes, milagros y festivos cultos de Santo Thomas de Villanueva, Arzobispo de Valencia, de la Orden del G. P. S. Agustin*, por D. Josef Vicente Ortí y Mayor, Valencia, 1731.

(3) Díjose entonces que este nombramiento había sido providencial y maravilloso. El P. Salou refiere que el Emperador hizo elección de cierto religioso, para el arzobispado vacante en Valencia, y mandó escribir la cédula á su secretario; el cual, en lugar de poner al que le había dicho, puso á Fr. Tomás de Villanueva. Llevóla á que la firmase Su Majestad, y éste le dijo: «Qué habéis hecho? porque yo no os dije á Fr. Tomás, sino á fulano, de la orden de San Jerónimo.» Respondióle el secretario: «Ciertamente, Señor, que yo no entendí sino á Fr. Tomás de Villanueva; pero iré á hacer otra.» Y el piadoso príncipe le dijo: «No deshagamos la elección de Dios; el primer arzobispo le nombraba yo, y éste le nombra Dios, que sabe mejor lo que se hace: á buen seguro que saldrá la elección acertada.» Y la firmó.

Valencia, cuando vieron llegar, caballeros en mulas y calados por el turbión, dos frailes de su orden, que se apearon á la puerta y pidieron albergue. Exigiéronles las licencias: eran el nuevo arzobispo y un familiar suyo. Nadie estaba avisado de su llegada, y cuando corrió la voz por la ciudad, todo fueron gratos asombros y faustos pronósticos. La reputación de virtud insigne, que precedía al nuevo prelado, su humilde atavío, su arribo inesperado, hasta aquel apetecido aguacero, que por algunos días impidió su entrada en la ciudad, todo se unía para presentarlo como enviado de Dios, á los ojos de un pueblo ansioso de ejemplos de santidad.

Grandes los dió el agustino humilde en su pontificado glorioso (1544-55). Lo primero que hizo, y lo más loado, fué destinar á obras de caridad casi todas las rentas de la mitra; cortísima parte de ella bastaba para los gastos del prelado y de su casa: el resto era para los pobres (1). Acudían estos á centenares al *Palau*, donde les repartían todos los días ollas y dinero; los limosneros del arzobispo, distribuídos por parroquias, llevaban socorros á domicilio, é indagaban las necesidades ocultas: no había penuria que quedase sin alivio, ni aflicción sin consuelo. Cuidaba al mismo tiempo el celoso pastor de la enmienda de las costumbres, sobre todo, en el clero, relajadísimo por falta de autoridad y vigilancia durante tanto tiempo (2). Congregó

(1) Por la mala administración de la mitra, habían bajado sus rentas á diez y ocho mil ducados; Fr. Tomás, poniendo orden en ello, las hizo subir á treinta mil. Gastaba tres mil para el mantenimiento de su casa arzobispal, con todas sus oficinas y dependencias; pagaba dos mil de pensión al obispo de Lieja, por haber renunciado el arzobispado de Valencia: el resto era todo para los pobres.

(2) «Advertíase tan miserablemente abatido y vilmente abandonado de sus mismos profesores el estado eclesiástico, que muchos de ellos servían de escuderos á las señoras, llevándolas del brazo. No tenían el menor reparo en salir vestidos de máscaras ni en correr sortijas. En una misma iglesia, obtenían prebendas padres é hijos, vistiéndose los clérigos con profanidad y soberbia, interviniendo con universal escándalo en los públicos juegos de las lanzas, saliendo á la jineta, con caballos enjaezados de diferentes colores, y paseándose por las calles de la ciudad, con ellos, el hijo eclesiástico, al lado de su padre eclesiástico también, sin hacer ni aun el menor reparo en apear de los caballos, para ir derechamente al

el Sínodo y formó constituciones, que aún son norma del régimen diocesano. No le faltaron contrariedades para todo ello: los canónigos fueron los que más protestaron contra las nuevas restricciones, alegando antiguos privilegios; pero demostró Fray Tomás que, si era de blanda cera al fuego de la caridad, era también duro escollo para resistir las tempestades del bastardo interés. Su tesón triunfó de la hostilidad del cabildo. Triunfó también de la autoridad civil. Ruidosa fué la contienda entre el arzobispo y el gobernador del reino Juan Lorenzo Villarrasa. Prendió éste á un canónigo que había dado puñaladas á su alguacil mayor; juzgábalo caso de desafuero. El prelado, sosteniendo la autoridad eclesiástica, reclamaba al reo. Resistió el gobernador, insistió el arzobispo, y éste, no surtiendo efecto otros medios, puso la ciudad en entredicho. En vano intervino el virrey, duque de Calabria, persona de mucha autoridad. La cesación *à divinis* continuó hasta que, llegada la Semana Santa, y clamando los fieles contra la obstinación del gobernador, cedió el de Villarrasa; entregó el reo y cumplió la penitencia pública impuesta por el prelado triunfante. El régimen de Valencia, sin sufrir aparente alteración, experimentó entonces grave cambio: iniciábase la época de la supremacía clerical, cuyo apogeo marcó el pontificado del Patriarca Rivera.

Santo Tomás de Villanueva empleó para el bien el poder inmenso que le venía á las manos. Atendidas las necesidades del presente, pensó en el porvenir, y para dotar á la iglesia valenciana de buenos sacerdotes, fundó el colegio de la Presentación de María al Templo (1), que aún subsiste y da buenos frutos. Dejó también, para los estudios teológicos y canónicos, copiosa doctrina en sus obras, que acreditan su profundo sa-

---

coro á asistir los divinos oficios; pasando con tan inconsiderada impropiedad del teatro de la vanidad y soberbia al de la devoción y ternura.» Ortí, *Vida de Santo Tomás de Villanueva.*

(1) Dióle este título para recordar el día en que tomó el hábito de San Agustín. En Alcalá fundó otro colegio de estudios para esta orden monástica.

ber (1). Corona celestial de esas cualidades eminentes, era el ascetismo piadoso, que daba á su vida ejemplar rígida austeridad. Aquel santo varón, tan lleno de ciencia y tan limpio de mancha, vivía en el Palacio Arzobispal como penitente humildísimo (2). Muchos de los rigores con que se mortificaba no se

(1) No publicó sus obras en vida este docto prelado: legó sus manuscritos á su discípulo predilecto Fray Juan de Muñatones, que fué después obispo de Segorbe; éste, no contando con medios para darlos á la estampa, los fió á los agustinos de la provincia de Castilla, y el P. Uzeda Guerrero, rector del colegio de Alcalá, hizo en esta ciudad la primera edición de las mejores *Conciones* de Santo Tomás, en dos tomos, 1572. Imprimiéronse de nuevo en Salamanca y en la misma Alcalá, 1581. Esta obra adquirió tal fama, que se repitieron las ediciones en Roma, en Venecia y otras capitales. Solo en Colonia, publicáronse seis ediciones durante el siglo XVII. En 1685, el P. Wite, de Bruselas, publicó las *Conciones* completas, pues hasta entonces sólo se habían impreso las elegidas por el P. Uzeda. El P. Lorenzo de Santa Bárbara hizo una buena edición en Milán, 1760, y al año siguiente, en España, el P. Manuel Vidal. La de Milán se ha repetido allí en 1850. Entre nosotros, no habían vuelto á imprimirse las obras de Santo Tomás desde 1761 hasta que, á expensas de los agustinos de la provincia de Filipinas, se ha hecho, muy de reciente, una publicación completísima y esmerada, con este título: *Divi Thomae à Villanova, Archiepiscopi Valentini, cognomento Eleemosinarii, ex ordine eremitarum S. P. Agustini, opera omnia.* Manila, 1881-84, seis tomos en folio.

(2) «Tenia en el aposento donde dormia una cama de campo sin dorar, ni otra pintura mas que el propio y natural color de la misma madera, y en ella unas cortinas de fustan pardo, con solos dos colchones y dos mantas, de la misma suerte que se usa en nuestra orden, sin otra curiosidad ni regalo. De sávanas de lienzo jamas se sirvió, si no era pidiéndolo la enfermedad, y así hacian la cama con sávanas de estameña. Pensaba el criado que se la aparejaba, que dormia en ella, porque á la mañana la revolbia, y descomponia, como si hubiera estado acostado, pero halló, y sin que él lo entendiese, lo vieron algunos guardando grande secreto, que entre aquella cama y la pared, habia en el suelo una de sarmientos cubierta con una manta, que ninguno la atinara ni pensara sino que rodeando un dia la cama el dicho criado la halló, y entendió lo que era, aunque lo disimuló: porque los mas dias el mismo siervo de Dios se adobaba á la tarde la cama en que mostraba acostarse... De la misma suerte aunque llevaba túnicas de estameña, y algunas veces camisas, las llevaba para encubrir con ellas el cilicio que llevó hasta la muerte, y así se rompian mas presto de lo que suelen en otras personas... Fué tambien muy penitente ayunador, no solo en la Religion, pero siendo Arzobispo; sin los ayunos de la Iglesia ayunaba todos los de la Orden y muchos de su devocion, y en el Adviento y Cuaresma, los miercoles y viernes, y las vigilias de entre año comia retirado porque comia pan y agua, diciendo que aquellos dias holgaba comer tarde, y que los ordinarios de su mesa por su causa no dejasen de comer á su hora... Con estos ayunos y dormir mal, y los trabajos del oficio, vino á estar flaco: dijéronle los médicos que necesitaba, siendo ya de edad, tomar sustancia, y que se pusiese cada dia una gallina en su olla, y se hiciese aparte. Parecióle, pues no estaba enfermo, ni hacia cama y andaba por casa, que no era necesario tanto gasto: y instando los médicos, y los de su casa, que lo habia me-

supieron hasta que murió. Creció entonces la fama de santidad, que tuvo ya en vida, y la voz de los fieles, que lo calificaba de bienaventurado, fué confirmada en 1619, por la bula de beatificación expedida por el papa Paulo V, y en 1658, por la de canonización, que dió Alejandro VII. Una y otra fueron recibidas en Valencia con general alegría, y se solemnizaron tan faustas nuevas con brillantísimas fiestas (1).

Había regenerado Santo Tomás la iglesia valenciana, y en él se reanudó la serie de los prelados ejemplares. De su inmediato sucesor, D. Francisco de Navarra, que fué obispo de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, dice el P. Teixidor «haber sido tal su vida en el arzobispado, que sólo le faltaron los milagros (1556-63).» Siguiéronle D. Acisclo Moya de Contreras, que murió en el camino sin tomar posesión, y D. Martín de Ayala, prelado eminente (1564). Nacido en Segura de la Sierra, escolar en Alcalá y Salamanca, licenciado en Toledo, doctor y catedrático en Granada, marchó con el obispo de Jaén, D. Francisco de Mendoza, á Italia y Alemania, en servicio del gran emperador, que comprendió lo que valía, y supo aprovecharlo. Por orden suya, y de D. Felipe II, estuvo en el Concilio de Trento, siendo ya obispo de Guadix y luego de Segovia. En el Concilio se distinguió mucho, y obró con tal independencia, que algunos

---

nester y que si no tomaba sustancia andando tan flaco, habia de dar en alguna enfermedad que hiciese falta á su oficio y se gastase mucho mas; entonces consintió en que le hiciesen su olla aparte con carnero, y que bastaria poner media polla y segun veria así procederia en tomar sustancia. Duró esto como un mes y en parecerle que estaba mejor y mas esforzado, dijo que bastaba aquello de la polla, y volvió á su ordinario, sin poderle persuadir otra cosa.» Salón, *Vida de Fr. Tomás de Villanueva.*

(1) Las fiestas de la beatificación, en las que tomaron parte los ingenios valencianos de aquella época, todavía floreciente para las letras, están referidas en un libro de Jerónimo Martínez de la Vega, impreso en 1620, y titulado *Solenes i grandiosas fiestas, que la noble, i leal Ciudad de Valencia a echo por la beatificacion de su Santo Pastor, i Padre D. Tomás de Villanueva.* Tampoco faltó cronista exacto y minucioso para las fiestas de la canonización. Véase *Solemnidad festiva que hizo Valencia á la nueva de la Canonizacion de Santo Tomás de Villanueva, su Arzobispo, dirigida á la misma Ciudad por D. Marco Antonio Ortí, su Secretario*, 1659.

prelados italianos le acusaban «de que sentía mal de la autoridad del Papa». Terminado el Concilio, fué promovido á la silla de Valencia, y aunque sólo estuvo en ella tres años, viejo y achacoso, dice el arcediano Ballester que «lo que trabajó en el concilio provincial, sínodos, visitas, estatutos, reformas, predicar y confesar, pide un volumen entero (1).» El mismo escritor nos da una noticia que conviene recoger: dice que el arzobispo Ayala «dejó á la iglesia una paz de oro y otras joyas muy ricas.» Esa paz debe ser la que hemos visto en la Catedral, atribuída á Benvenuto Cellini, y admirada como obra de exquisito arte. El sucesor de Ayala, D. Fernando de Loazes, arzobispo de Tarragona y patriarca de Antioquía, era un prelado ilustre; pero tenía ochenta y cuatro años cuando vino á Valencia, y á los pocos meses murió (2). Le reemplazó en el arzobispado y en el patriarcado (nominal este último) D. Juan de Rivera, el prelado que más tiempo rigió esta diócesis (1569-1611), y el que mayor memoria dejó en ella.

«Hombre superior, de fe firmísima, de piedad sincera, de virtud acrisolada, significó bien en esta parte de España la subordinación de todo elemento político á la causa triunfante de la Iglesia.» Esto dije del Beato Rivera, en el bosquejo histórico que sirve de introducción al presente libro, y esa idea tendría que

---

(1) El P. Teixidor, en sus *Observ. á las Antig. de Valencia*, copia un *Discurso de la vida del Illmo. i Rvmo. Señor Don Martin de Ayala, Arzobispo de Valencia, compuesto por el mismo desde su nacimiento*. Fué Ayala autor de las obras siguientes: *De Divinis Traditionibus, lib. X.—Comentaria in universalia Porfirii.—Declaracion de lo que son obligados á guardar los Caballeros de la Orden de Santiago.—El catecúmeno ó cristiano instruido*, y un *Catechismo para la instruccion de los nuevamente convertidos de moros*. Esta obra la escribió siendo obispo de Guadix, donde había muchos moriscos; pero no la terminó. El Patriarca Rivera hizo gran aprecio de ella y la dió á la estampa en Valencia, 1599. Ya hemos visto, al visitar la Catedral, el suntuoso sepulcro del arzobispo Ayala.

(2) En su tiempo se suprimió, de orden del Papa Pío V, el breviario y el misal valentino, siendo reemplazado por el romano. La obra más memorable de este arzobispo fué el monumental convento y colegio de dominicos, que construyó en Orihuela su patria. En 1525, siendo abogado fiscal de la Inquisición, publicó en Valencia un libro dedicado al catequismo de los moriscos, titulado *De Conversione et Baptismo Paganorum, vel de nova Paganorum regni Valentiae conversione*.

explanar ahora, si hubiese de explicar la influencia grandísima que ejerció en este reino su largo pontificado. Fué el Patriarca la representación más genuína del poder teocrático, imperioso y absorbente, no por codicias de clase, sino por el afán de someter el Estado á la ley religiosa. «Cosa grande es empuñar la espada de las dos jurisdicciones, decía cuando era virrey de Valencia; porque ésta, de dos filos, es la que hay más al propósito para cortar vicios, plantar virtudes y hacer que Dios no sea ofendido con tantos pecados (1).»

Procedía de la clase superior y gobernante. Magnate ilustre fuĕ su padre, D. Perafán de Rivera, adelantado mayor de Andalucía, conde de Molares, marqués de Tarifa, y primer duque de Alcalá de los Gazules, virrey de Nápoles primero y de Cataluña después. No podía sucederle en esos títulos, porque había nacido fuera de matrimonio (2). Solía recoger la Iglesia á estos bastardos de las casas grandes, y á la Iglesia dedicó el noble duque á su hijo natural. Algo influiría su linaje para que fuesen premiados con la mitra de Badajoz, cuando sólo tenía treinta años, los buenos estudios que hizo en Salamanca y su edificante

(1) Véase *Vida del Venerable siervo de Dios Don Joan de Ribera, Patriarcha de Antioquia, y Arzobispo de Valencia*, escrita por el P. Francisco Escrivá, de la Compañía de Jesús, é impresa en Valencia, 1612. Este jesuíta fué confesor, consultor y privado del Patriarca, y su primer biógrafo. Su obra sirvió de norma para la que publicó también en Valencia, 1683, el Dr. Jacinto Busquets Matoses, beneficiado de la Catedral, con el título de *Idea exemplar de Prelados, delineada en la Vida, y Virtudes del Venerable Varon el Ilustrissimo, y Excelentissimo Sr. D. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquia, Arzobispo de Valencia;* y también para la que imprimió en Roma, 1734, el P. Fr. Juan Ximénez, religioso mínimo, procurador de la causa de la beatificación del Patriarca. Su libro se titula *Vida, y Virtudes del Venerable siervo de Dios el Ilustrissimo y Excelentissimo Señor D. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquia, etc. Recopilacion de varios autores, y de los procesos para su Beatificacion.* Esta obra se reimprimió en Valencia en 1798.

(2) Los biógrafos del Beato dicen que nació en Sevilla, pero no quién fué su madre. En el libro de D. Antonio Martín Villa, *Reseña histórica de la Universidad de Sevilla y descripción de su Iglesia* (Sevilla, 1886) se dice que D. Perafán no tuvo hijos de su esposa D.ª Leonor Ponce de León, pero sí dos naturales: D. Juan de Rivera, habido en una doncella noble llamada D.ª Teresa Pinelo; y D.ª Catalina Rivera, de D.ª Luísa de Mosquera, señora también de nobleza distinguida. Le sucedió en su casa y grandes estados su hermano D. Fernando, que casó con doña Juana Cortés, hija del Conquistador de Méjico.

virtud. Portóse tan bien en su obispado, que á los seis años, vacante la diócesis de Valencia, y pidiéndole al rey que no fuese viejo el nuevo prelado, pues en pocos años habían muerto tres arzobispos de avanzada edad, D. Felipe II propuso la promoción del joven obispo de Badajoz, y Pío V la otorgó complacidísimo, tributándole elogios extraordinarios (1).

No quedarían descontentos de él ni el rey ni el Papa. Difícil sería encontrar otro carácter que se acordase mejor con el suyo. En los tres estuvieron encarnados idénticos principios: autoridad indiscutible, ley inexorable, sumisión absoluta, orden completo. Hay en la figura austera del Patriarca de Antioquía, como en las de aquel poderoso monarca y aquel pontífice dominador, algo de imponente, de rígido, casi de lúgubre, inspirador de medroso respeto más que de afectuosa simpatía. Brillaba en su frente el nimbo de la santidad (2) y la Iglesia le ha colocado

(1) El Papa Pío V hizo en público consistorio este encomio del nuevo arzobispo y patriarca: «Est lumen totius Hispaniæ; rarum exemplum virtutis et probitatis, specimen morum et sancti moniæ, adeo ut ipsi confundamur ab ejus humilitate et parcimonia. Non solum exercet munus Episcopi, sed etiam Parochi. ministrando Sacramentos, et deferendo eo usque ad domus infirmorum: et agit potius vitam monasticam, quan episcopalem. Et multi Episcopi in Hispania sequuntur vestigia illius.»

(2) «Quarenta y dos años ha que vino nuestro arzobispo á Valencia, y tomó la posesion de su arzobispado; y antes que entrase en el reino fuí yo á recibirle á la raya, embiado de la Iglesia, de la cual era á la sazon canónigo: y desde entonces acá, casi siempre le he acompañado, siendo él servido, y haciéndome tanta merced, de querer que anduviese de continuo con él, y que no me partiese de su lado; siendo testigo de todas sus acciones; viendo todo lo que hacia, y oyendo lo que decia: para mí no habia puerta cerrada en su casa, ni en su pecho cosa tan escondida y secreta que no me la manifestase: cuanto pensaba y deseaba y sentia y sabia, todo me lo comunicaba: tenia tan sabida su alma, como la propia mia: tanto que cuando me descubria algo, que solo yo queria que lo supiese, solia decirme que yo era su alma. Atrévome á decir esto, por ser tan público y manifiesto como es y ha sido á todos los de su casa y de la ciudad: y porque importaba decirlo por lo que voy á decir ahora. Testigo pues es el Señor y sabe que digo verdad, que en todo este tiempo no le ví hacer ni decir cosa que fuese digna de reprension. Y esto mismo dirán y afirmarán todos los que le conocieron y trataron en todo el discurso de su vida. Y así oí decir á algunas personas graves y prudentes que sabian bien su vida; que tenian por cierto en toda ella no haber hecho un pecado mortal; y que la gracia que recibió en el bautismo, la conservó hasta la muerte: y yo digo tambien y siento lo mismo: y que antes muriera mil muertes, que hiciera cosa que entendiese era ofensa de Dios grave; y aun de las culpas ve-

en sus altares, pero no en lugar tan eminente como á su antecesor insigne Santo Tomás de Villanueva (1). Este era todo caridad, todo amor, todo abnegación; el Beato Rivera todo fe, imperio, regla y disciplina.

Grandes cosas hizo durante su largo pontificado; pero tres fueron sus obras culminantes: la expulsión de los moriscos, la fundación del Colegio de Corpus Christi, y el nuevo impulso dado á las órdenes monásticas.

La expulsión de los moriscos no fué idea preconcebida y sistemática del Patriarca; antes que en expulsarlos, pensó en convertirlos. Cuando vino á Valencia, chocó á su espíritu autoritario y metódico la división, entonces muy marcada, entre cristianos viejos y nuevos. Estos, en su mayor parte, éranlo sólo de nombre. Para que lo fuesen de veras, trabajó con celo apostólico. Envió á sus aldeas y caseríos los predicadores más idóneos, y él mismo los visitó, yendo de pueblo en pueblo, como fervoroso misionero. Fundó dos colegios para los niños y las niñas recién convertidos, y no escaseaba fatiga ni dispendio para cristianizar la raza agarena. Pero se convenció de que eran inútiles sus afa-

---

niales se guardaba tanto, como otros de las mortales.» Escrivá, *Vida del Vener. Siervo de Dios D. Juan de Ribera.*

(1) Clemente XIII declaró en 1759 que las virtudes del Patriarca-arzobispo de Valencia debían considerarse como heroicas, y Pío VI, en 1796, comprobados dos milagros atribuídos á la intercesión del venerable Juan de Ribera, decretó y publicó su beatificación. Los milagros fueron la curación inesperada de un viejo que estaba paralítico de medio cuerpo abajo, y la de un muchacho de doce años gravemente enfermo de inflamación del estómago y dolor de costado. Consignóse que uno y otro sanaron de repente y por modo sobrenatural, encomendándose al venerable siervo de Dios. La beatificación fué solemnizada en Valencia, en Noviembre de 1769, con grandes fiestas, historiadas en una *Relación de las festivas demostraciones con que la Ciudad de Valencia celebró la Beatificación de su dignísimo Arzobispo, Virrey y Capitán general el Beato Juan de Ribera, Patriarca de Antioquía*, publicada á expensas del editor del *Diario de Valencia*, en 1797. También se publicó entonces una curiosa relación en verso de aquellas fiestas, escrita por Vicente Plá y Cabrera, con el título *El Regocijo de Valencia en los dias 5, 6 y 7 de Noviembre de 1796*, etc., etc. Publicáronse igualmente varios romances festivos en valenciano, entre ellos los diálogos entre *Sento el Formal* y *Tito Bufalampolla*, entre *El Pardal de Sant Joan* y *El Dragó del Colegi*, entre *Gori, llaurador de Burjasot*, y *Polseretes, de Benimamet*, y otros que son curiosa muestra de la literatura popular.

nes. Entonces solicitó del rey la expulsión. No era nueva la demanda: fray Luís Bertrán y fray Juan Jaime Bleda, dominicos insignes, por su virtud el primero, por su saber el segundo, habían levantado bandera contra los moriscos, y les seguían todos los varones piadosos de aquel tiempo. El arzobispo de Valencia dió el peso decisivo de su autoridad á la petición general. En este sentido, fué el autor de tan grave medida. Los argumentos de orden económico, que hoy se hacen contra ella, no tenían fuerza en el siglo XVII: ni se encuentran apuntados entre las objeciones que el mismo Patriarca, para refutarlas, alegaba en sus cartas á D. Felipe III: tomábanse en cuenta solamente razones teológicas y políticas, que parecían entonces de un orden muy superior. ¿Arrepintióse de su obra el inflexible prelado? No lo dicen, ni lo dan á entender sus biógrafos y panegiristas; pero Escolano, escritor coetáneo y nada sospechoso de malevolencia, refiere sin rebozo haber apresurado la muerte del anciano arzobispo sinsabores y desengaños que la expulsión le produjo. Las sombras de los moriscos proscritos rodearon quizás su lecho mortuorio y turbaron la tranquilidad de sus últimos momentos (1).

El Colegio de Corpus Christi representa otra fase característica de su fervor religioso: la majestad, la pulcritud y la reverencia en el culto divino. Su genio ordenador y reglamentario

(1) «El Patriarca arzobispo de Valencia, visto el laberinto en que quedaba el reino por todo lo que tenemos escrito, la resistencia que hallaba en la disposición de muchas cosas que resultaban de la expulsión, la dificultad del remedio de tan conocidos daños, la tardanza con que se ejecutaba y se daba, y que la nobleza y el pueblo le hacían cargo de todo, como autor, que él había publicado ser de la salida de los moros, y que había estragado mucha parte de la afición y estima que le tenían los valencianos, empezó á sentir carcoma en su corazón y á acongojarse de que los remedios venían con pies de plomo; y juntándose esta pesadumbre con la que le habían dado los memoriales escritos contra el parecer que siguió en la rebaptización de los moriscos y en echar los pequeños bautizados de siete años adelante, dió en una lenta calentura que le vino á quitar la vida el día de los Reyes del año 1611; cumpliéndose lo que él mismo dijo el día que predicó en la iglesia mayor, que pues había llegado á ver echados los moros de España, que tanto había afanado, podía Dios enviarle contento á la otra vida y cantar como Simeón el cántico de *Nunc dimittis*», etc., etc. Escolano, lib. X, cap. 62. Fué enterrado el Patriarca en la iglesia de su Colegio de Corpus Christi: allí veremos su lápida sepulcral.

daba á esto suma importancia. Para que sirviese de tipo y de ejemplo, creó aquel colegio y su capilla: en ella, todo había de ser grave, circunspecto y ceremonioso, y con tal previsión y minuciosidad lo dispuso, que aún se cumple cuanto mandó. Visitaremos en otra jornada ese famoso Colegio del Patriarca; y es seguro que nos impondrá respeto su severo ritual. No es tan seguro que nos llegue al corazón su solemnidad algo afectada.

Para realizar su obra de sumisión completa á la ley religiosa y á la autoridad eclesiástica, necesitaba el Patriarca-arzobispo auxiliares muy adictos y leales. Buscólos en las órdenes monásticas, más obligadas á la obediencia extricta, y no satisfaciéndole bastante las ya establecidas, por juzgar aflojada en ellas la disciplina y la austeridad, estimuló la reforma que en aquel tiempo se generalizaba en el claustro, y que recibió el nombre de *descalcez*. Hubo religiosos *descalzos* de casi todas las reglas, es decir, religiosos que, volviendo á la rigidez antigua, extremaban los rigores de su instituto. Entre todos ellos, los capuchinos, rama austerísima del árbol franciscano, fueron los preferidos del prelado reformador. Tuvo que contrariar la voluntad del mismo rey D. Felipe II y anticiparse á sus órdenes prohibitivas, para traer á Valencia aquellos frailes desconocidos, que con su faz tétrica, sus barbas hirsutas, su mísero sayal y sus toscas sandalias, semejaban apariciones del siglo XIII. En cuatro años fundó, para aquellos místicos ascetas, siete conventos, albergue severo de la pobreza monacal, sin pompas, riquezas ni primores de arte (1). Poco después, eran ya quince, y formaban una provincia. Estableciéronse en San Juan de la Ribera, tomando nombre de su protector, los franciscanos descalzos; los carmelitas descalzos en San Felipe; los agustinos descalzos en Santa Mónica. Alcanzaba también á las monjas esta reforma, y aplicándola el Patriarca á

(1) Fundó á sus expensas el primer convento de Capuchinos el año 1597, en los arrabales de Valencia; el mismo año el de la Magdalena, que sirvió de noviciado; y sucesivamente, los de Albaida y Onteniente, en 1598; el de Alicante, en 1599, y los de la Ollería y Segorbe, en 1601.

las agustinas, esparcía también sus comunidades penitentes por todo el reino de Valencia (1). Fué aquella la época del apogeo monástico: triunfaba en todas partes la cogulla, y éran aclamados en vida como santos los religiosos más insignes. En torno del celoso y severísimo Patriarca agrupábanse el dominico fray Luís Bertrán, el franciscano fray Nicolás Factor, el carmelita fray Francisco del Niño Jesús, el mínimo fray Gaspar Bono; y el pueblo, que caía de rodillas ante aquellos frailes austeros y penitentes, reverenciaba aún más al majestuoso prelado, que ejercía sobre ellos soberana é indiscutida autoridad.

Al lado de aquella gran figura, quedaron achicados los arzobispos que le siguieron, aunque los hubo excelentes. Fray Isidoro de Aliaga (2), dominico, aragonés, fué prelado piadoso y bueno (1612-49). Fray Pedro de Urbina, franciscano, vascongado, se distinguió por sus dotes de gobierno; fué virrey y capitán general, como Rivera; trabajó mucho en los aprestos de la guerra contra Francia, y dice de él el arcediano Ballester que «olíale tan bien la pólvora como el incienso» (1649-58). D. Martín de Hontiberos, docto catedrático de Salamanca, dejó fama de humilde, humano y limosnero (1658-67). D. Luís Alfonso de los Cameros, de ilustre familia, atestiguó su esplendidez en la restauración de la capilla mayor de la Catedral (1668-76). Fray Juan Tomás Rocaberti, dominico é inquisidor general (1677-99), demostró que aún no cedía el predominio eclesiástico, azotando en pública ceremonia al gobernador de Valencia, para castigarle por atropello de la jurisdicción eclesiástica, después de haber puesto la ciudad en entredicho, como su predecesor Santo To-

(1) El primer convento de esta regla reformada fué el de Alcoy, fundado en 1597, y siguieron por su orden los de Denia, Valencia (Santa Úrsula), Almansa y Requena, en vida del Patriarca, y poco después los de Beniganim, la Ollería, Segorbe y Javea.

(2) El arzobispo Aliaga escribió un libro titulado *Advertencias á los Predicadores, sacadas del Ceremonial romano de los Señores Obispos*, que se imprimió en Valencia, 1622.

más (1). Fray Antonio Folch de Cardona, franciscano, y uno de los poquísimos valencianos que ciñeron la mitra de su ciudad natal (1700-24), siguió la causa del Archiduque, y se retiró á Viena, donde murió. D. Andrés de Orbe y Larreategui, clérigo vascongado, fué inquisidor general y presidente del Real Concejo de Castilla, cuyas funciones le obligaron á renunciar el arzobispado. Diéronlo á D. Andrés Mayoral, castellano viejo, obispo de Ceuta, cuyos hechos merecen párrafo aparte (1738-69).

Fray Tomás de Villanueva, el gran arzobispo del siglo XVI, fué canonizado; D. Juan de Rivera, el gran arzobispo del siglo XVII, fué beatificado; D. Andrés Mayoral, el gran arzobispo del siglo XVIII, ni siquiera fué declarado Venerable. ¿Menguaba la santidad, ó mudaron los tiempos? Lo primero, no lo discuto; lo segundo, es indudable. Cambió la faz de España; pasó de moda el ascetismo; impúsose la reforma civil y económica. La Iglesia, amoldándose siempre á las necesidades de los tiempos, seguía las tendencias nuevas. Los reinados de D. Fernando VI y D. Carlos III requerían un arzobispo como Mayoral, que no fundó conventos, ni organizó cofradías, ni atrajo centenares de mendigos á las ollas del *Palau*, ni asombró á los devotos con

(1) Un fraile agustino colgó los hábitos y se puso al frente de una partida de bandoleros. Las fechorías de «El Fraile», como le llamaban, tenían atemorizados á los pueblos. Cayó, por fin, en manos de la justicia; el gobernador de Valencia, marqués de Villatorcas, lo encerró en las torres de Serranos, hízolo juzgar en breves horas, le dió garrote y lo colgó de las almenas. El arzobispo reclamó, por haber sido desatendida la jurisdicción eclesiástica, á la que pertenecía el reo. El virrey, duque de Veraguas, defendió á las autoridades civiles. La cuestión fué empeñadísima: subió á Madrid y á Roma. Triunfó el arzobispo, que había excomulgado al gobernador y á los jueces, y puesto á la ciudad en entredicho. El virrey fué depuesto: el gobernador hubo de someterse á penitencia pública: desnudo de espaldas y arrodillado, recibió los azotes del prelado triunfante, sobre un cadalso que al efecto se dispuso á la parte exterior del convento del Socorro, al que pertenecía el fraile ajusticiado, y pagó á la comunidad quinientas libras. En 1697, durante el episcopado de Rocaberti, se introdujo en Valencia el *Laus Perennis* del Santísimo Sacramento, establecido en Roma desde 1592. Fué la primera ciudad de España que adoptó esta devoción, llamada de las *Cuarenta Horas*. Fundó el mismo prelado el colegio de San Pío V para estudios teológicos. Hizo espléndidos regalos á la Catedral; entre ellos la araña del presbiterio, que le costó dos mil libras, y el frontal de plata de martillo para el altar mayor. Era Rocaberti hombre superior: D. Carlos II le encargó el virreinato en 1678.

sus penitencias ásperas; pero mejoraba los hospitales y los hospicios, atendía á la instrucción popular y fomentaba la cultura de clérigos y seglares. En el Hospital construyó el departamento nuevo para expósitos y otras dependencias; en la Casa de Misericordia costeó útiles reformas. Á la instrucción popular erigió dos verdaderos monumentos: la Casa Enseñanza, destinada para niñas pobres, y donde se alberga hoy, viviendo de prestado, el Ayuntamiento de Valencia (1); y el Colegio de las Escuelas Pías, que tomando su nombre, se llamó Andresiano. Habían venido por entonces á Valencia los Padres Escolapios, favorecidos por el conde de Carlet, patricio benemérito. Su instituto respondía perfectamente á los propósitos del arzobispo Mayoral; lo tomó bajo su protección, é hizo á sus expensas casi toda la obra del colegio y la iglesia. Reconstruyó gran parte del Palacio Arzobispal (2), y dedicó el ala reedificada á archivo y biblioteca. En ésta reunió doce millares de volúmenes. ***Bibliotheca pauperum et pro pauperibus*** quería que se titulase, para que se aprovechase de ella principalmente la clase más humilde. Quiso establecer también en su Palacio un Museo de Antigüedades, y las recogía cuidadoso (3). Esta amplitud de miras y esta inclinación á las tendencias del siglo, no implicaban menoscabo en su fervor religioso: era intransigente en asuntos morales, y logró lo que nadie se atrevió á intentar antes que él: la clausura

---

(1) Con el mismo objeto fundó en Játiva otra Casa-Enseñanza. En la de Valencia recibían instrucción mil niñas, y en otras escuelas, sucursales de ella, establecidas en puntos distintos de la ciudad y sus arrabales, hasta tres mil.

(2) Quiso poner el arzobispo sus armas en la esquina que forman la fachada principal del Palacio y el ala reconstruída; opúsose el ayuntamiento, alegando que pertenecía á la ciudad el edificio, y aún está á la vista el hueco para colocar el disputado blasón. Dícese que por esta contrariedad no continuó el prelado la reconstrucción del Palau.

(3) Una bomba de las que arrojaron los franceses durante el sitio de 1812, incendió esta biblioteca, perdiéndose muchísimos volúmenes. Del Museo que inició el arzobispo Mayoral no quedan restos. Contribuyó también mucho este prelado á la fundación de la Real Academia de Nobles Artes de San Carlos. Las rentas de la mitra ascendían en su tiempo á ciento cuarenta y dos mil libras (más de dos millones de reales) y excepto la décima parte, que le costaba el sostenimiento de su dignidad, todo lo invertía en obras piadosas y benéficas.

del teatro en Valencia. Habíala pedido sin resultado, cuando ocurrió el destructor terremoto de 1748. Presentólo como castigo de Dios, y obtuvo, al fin, del melancólico D. Fernando VI la prohibición deseada. Dudoso de que prevaleciese, continuó trabajando hasta conseguir el derribo de la casa de Comedias de la plaza de la Olivera, famosa en toda España. Aquel fué el último triunfo de la supremacía episcopal en Valencia. En vida aún del prelado prepotente, alzó D. Carlos III en 1760 la prohibición de su antecesor, y se levantó de nuevo la escena dramática en la patria de Timoneda y Guillem de Castro (1).

Pero, cuando se marcó de una manera evidentísima la decadencia del poder eclesiástico, fué en los tiempos del prelado que rigió la diócesis después del célebre Mayoral (2). Arzobispo virtuoso y prudente, querido y respetado, era D. Francisco Fabián y Fuero (1773-94). Descontento del gobierno arbitrario del favorito Godoy, quiso renunciar la mitra, y no se le permitió; á poco, estalló sobre él la más terrible tormenta. Estaba alborotada Valencia contra los franceses (1794) y quiso amparar el buen prelado á unas religiosas, proscritas de aquel país, que se albergaban en la Casa-Enseñanza. El capitán general, duque de la Roca, que ansiaba poner en la Sede valenciana á su

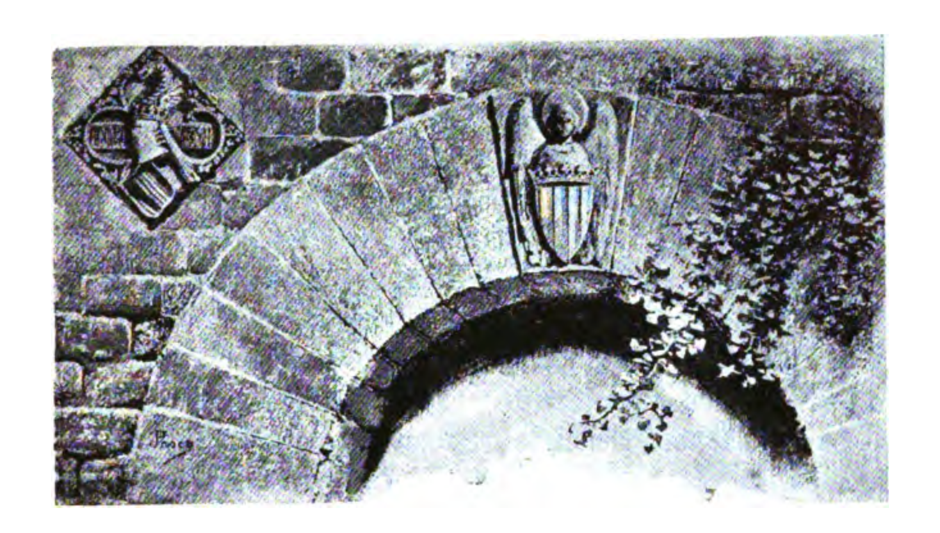
(1) Está sepultado el arzobispo Mayoral en la Catedral, en el tránsito del coro al presbiterio, cuyo pavimento y cuyas barandillas de bronce costeó. Cubre sus restos una lápida de mármol, puesta en el suelo, con este epitafio, que reasume sus hechos: «D. D. M. S.—Andreæ Majoral Zamoranus—Archiepiscopo Valentino—ex Collegio mayori Complutensi—merito suo canonico Legion ac Hispal—inde ad cetensem: mox at Valentin—Pontificatum evecto.—Viro virtutibus suis: exemplis ac—præclaris in pauperum solatium monumentis—inmortali: S. Rosæ ad puellar. erudit. aedium magnific—seminarii Andresiani: collegii ac templi—patrum infirmis ministratium domus fundatori—patrono ac patri:—generali valetudinario ex genodochio—auctis aedibus archiepisc. amplificatis ac renovatis—Bibliotheca publica condita atque a se ornata—Bonarum Artium S. Caroli Academia—ejus studio ac largitionibus completata:—e vivis erupto prid. non. octob. MDCCLXIX—act LXXXIV et archiepiscop. XXXII anno—hic lapis ab ossibus ilustribus—ad hoc pavimentum marmoribus a se stratum—et inter aeneos cancellos impensis ejus structos—pastori optimo ac desideratissimo—P. C. Q. E.»

(2) Para reemplazar á Mayoral fué nombrado D. Tomás Azpuru, que estando en Roma, tomó posesión de la diócesis por medio de procurador, y murió á los dos años sin venir á Valencia.

pariente el obispo de Orihuela, aprovechó la ocasión. Intrigas como ésta las hubo en todos tiempos: lo notable, lo nuevo, lo característico, fué la violencia irrespetuosa. El general, contando con el apoyo de Godoy, cercó de tropas el Palacio Arzobispal, descerrajó las puertas, persiguió al prelado de aposento en aposento, como si fuera un malhechor; y cuando pudo escapar disfrazado el anciano arzobispo, envió tras él jueces y ministriles, con orden de maniatarlo y traerlo á su presencia. Fugitivo de pueblo en pueblo, escondiéndose en los mesones y las abadías, salió del reino y se refugió en su pueblo natal. Desde allí, á pesar de que declaró su inocencia el Real Consejo de Castilla, tuvo que reiterar su renuncia, y fué sustituído por el obispo intrigante, causa de su perdición. Poco más de un siglo había transcurrido desde que el gobernador de Valencia, desnudo de cintura arriba, se arrodillaba en público tablado ante el arzobispo Rocaberti, para recibir los azotes que castigaban la audacia de la autoridad civil, invasora del fuero eclesiástico. El cambio no podía ser más completo: de un extremo á otro.

Terminemos aquí: la historia sucesiva corresponde ya á nuestro siglo y anda envuelta todavía en cuestiones candentes, que no deben turbar la serenidad plácida con que contemplamos el pasado, más bien por delectación artística, que para filosófica enseñanza (1).

(1) Los últimos arzobispos de Valencia han sido: D. Antonio Despuig y Dameto, trasladado de Orihuela en 1795 y que pasó á Sevilla al poco tiempo; D. Francisco Jiménez del Río (1796-1800); Fray Joaquín Company, franciscano (1800-13); Fray Veremundo Arias Tejeiro, benedictino (1815-24); D. Simón López (1824-31); D. Joaquín López y Sicilia (1832-35). Estuvo vacante la Sede durante la guerra civil y hasta el año 1848, en que fué nombrado arzobispo D. Pablo García Abella, clérigo del Oratorio de San Felipe Neri, que murió en 1860; le sucedió D. Mariano Barrio y Fernández, que fué promovido al Cardenalato y falleció en 1877. Desde entonces rige la diócesis D. Antolín Monescillo, que ha obtenido también la púrpura cardenalicia.



CAPITULO XVIII

LAS PARROQUIAS

San Martín.—San Andrés: el P. Simó.—Santa Catalina.—Los Santos Juanes: los «frescos» de Palomino.—Santo Tomás: la iglesia antigua y la nueva.—San Esteban: leyenda de Galcerán Guerau de Pinós; bautismo de San Vicente Ferrer.—San Nicolás; los cuadros de Joanes.—San Salvador: la imagen del Santísimo Cristo.—San Lorenzo.—San Bartolomé: el Santuario del Santo Sepulcro.—Santa Cruz.—San Valero.—San Miguel.

REFIERE Beuter cómo, consagrada al verdadero Dios la mezquita mayor, al conquistar á Valencia el rey D. Jaime, y existente ya la iglesia del Santo Sepulcro (que fué después de San Bartolomé), bendijéronse muy luego otras mezquitas, y se fundaron los templos parroquiales de San Jorge (de San Salvador posteriormente), San Andrés, San Esteban, San Antón (San Martín hoy) y Santa Catalina. «Estas fueron, dice, las siete iglesias primeras de Valencia. Después de años, añade, se hizo la

de San Pedro mártir, que murió catorce después de tomada Valencia, y es hoy de San Nicolás, y de fuera de la ciudad, un ermitorio de San Juan, que vino á ser, como es, iglesia parroquial, y la iglesia de Santa Cruz, y á la postre, la iglesia de Santo Tomás (1).» Estas noticias, y la de que fué fundada en 1521 la parroquia nueva de San Miguel, pasaban sin contradicción, hasta que halló el P. Teixidor, en el archivo de su convento de Santo Domingo, una escritura de 1245, por la cual, los rectores de las parroquias de Valencia otorgaban permiso á los religiosos de aquel convento para enterrar en su cementerio á los fieles que así lo dispusieren. Esta escritura está firmada por todos los rectores ó párrocos de la ciudad, y figuran en ella los de San Pedro en la Iglesia Mayor, San Martín, San Andrés, Santo Tomás, San Esteban, San Salvador, San Lorenzo, San Bartolomé, San Miguel, San Nicolás, Santa Catalina, San Juan de la Boatella y Santa Cruz de Roteros, lo cual prueba, á menos de negar autoridad á aquel documento (2), que la división parroquial quedó establecida á raíz de la reconquista, tal como hoy existe, pues las parroquias mencionadas son las mismas que hay ahora, sin más adición que considerarse también como parroquia valenciana la de San Valero de Rusafa, por la proximidad de esta feligresía rural. Verdad es que consta la fundación de la iglesia de San Miguel en el siglo XVI; pero fué segunda fundación, por haberse suprimido la parroquía á los pocos años de establecida, como veremos al ocuparnos de ella.

Con este preámbulo basta para pasar á decir algo de las trece iglesias parroquiales de Valencia, en cuya cuenta no entra la de San Pedro, de la Catedral, ni entrará en este relato, porque ya hablé bastante del templo metropolitano. Para ocuparme de las demás, seguiré el orden de prelación adoptado para las

(1) *Crónica general*, lib. II, cap. 40.

(2) El P. Teixidor comunicó esta escritura á Esclapés y éste publicó parte de ella, con las firmas, en su *Resumen historial*. Teixidor la incluyó íntegra en sus *Observaciones á las antigüedades de Valencia*.

ceremonias eclesiásticas, aunque no se ajusta rigurosamente al de mayor antigüedad.

IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MARTÍN, OBISPO.—Fué una de las primeras fundada por el rey Conquistador. Dijo Beuter que tuvo por primer titular á San Antonio, abad, y añadió Escolano que le mudó el nombre el rey D. Martín. El P. Teixidor rectificó estos últimos errores: siempre se llamó iglesia de San Martín la de esta parroquia (1); San Antón, que tuvo ermita muy cerca de ella, y altar después en una de sus capillas (con una cofradía muy principal), es considerado como su segundo titular.

Era pequeño el templo que se levantó primero: ensanchóse en 1372, y aún más en 1564. Esta última reconstrucción fué magnífica: la nueva iglesia tuvo una sola nave, espaciosa y elevadísima; á un lado y otro, capillas con cúpula y linterna. Aún persevera aquella fábrica; pero cambiada su decoración en el siglo pasado (de 1740 á 1755). Dice Ponz que se hizo esta mudanza «con mucho gusto y poco acierto;» y es que, pasada ya la moda de la hojarasca churrigueresca, no se había llegado todavía á la severidad clásica, que dominó en el tercio último de aquel siglo, y aunque los miembros arquitectónicos no quedaban sofocados bajo la florescencia exuberante de la exornación, ésta se agarraba á ellos para embellecerlos con excesivas y minuciosas labores. Ejemplar notable de este estilo de transición entre el barroquismo inflado y el clasicismo escueto, es la presente iglesia de San Martín.

(1) «Despues de la dedicacion de nuestra Iglesia de San Esteban, se fundó la de San Anton, parroquia principal de esta ciudad. Ésta, en el tiempo del rey don Martin dexó su apellido primero, i se llamó de San Martin por lo que habia sido mejorada y dotada por el Rey, el cual, en recompensa de tal mudanza, mandó levantar otra iglesia dedicada á San Anton, en la calle de Murviedro, con título de prepositura y encomienda y obligacion de hospitalidad.» Así dice Escolano, lib. V, cap. V. El P. Teixidor, en sus *Observ. á las antigüed. de Valencia*, afirma que examinó bien el archivo de la parroquia de San Martín, y que por documentos que se remontan hasta 1241, resulta que siempre se llamó con aquel nombre; por otra parte, el Hospital de San Antón es muy anterior al rey D. Martín.

La portada principal, de garbosa traza y buena ejecución, luce poco por la estrechez de la calle. Sobre el primer cuerpo, que soportan columnas corintias, estriadas y abalaustradas,



VALENCIA.—ESTATUA DE BRONCE DE SAN MARTÍN

ábrese amplia hornacina, en la cual hay una obra de arte digna de atención. Muy nombrado es, entre los valencianos, el *Cavall de Sent Martí;* pero no aprecian bastante este grupo fundido y cincelado en bronce, porque no se fijan en su antigüedad. Procede del siglo XV: San Martín, soldado todavía, cabalga airosa-

mente con militar arreo, y corta con su espada la mitad de la capa, para entregarla al mendigo, en quien se oculta el mismo Dios. La actitud de ambas figuras es propia y expresiva; adviértese en ellas la soltura del Renacimiento; no tanto en el caballo, muy pesado y algo rígido (1). Proceden sin duda de Italia estas estatuas: en aquel tiempo no se hacían en España fundiciones artísticas de tal magnitud. El traje del caballero indica también procedencia italiana. La puerta de la calle de la Abadía, fué trazada por Vergara, y es de su mano el San Antón de alto relieve, que hay en ella, imagen ampulosa, que recuerda bien la escuela de Bernini, importada á Valencia por Conrado Rodulfo (2). La puerta de la capilla de la Comunión es más antigua: construyóse esta capilla en 1674.

El interior del templo es suntuoso y recargado de adornos: alabastro y oro por todas partes. El presbiterio y la nave pertenecen, por su exornación, á dos épocas distintas, aunque cercanas, y se ve bien marcado en ellos el cambio del gusto. El primero se renovó en 1710: aún reinaba la hojarasca; la nave, restaurada á mediados de aquel siglo, pertenece al mismo estilo de la puerta principal, de renacimiento clásico, caprichosamente decorado. Resaltan entre las capillas, sobre pedestales altísimos de jaspe rojo, columnas corintias con estrías espirales, entalladas con minucioso primor. Sobre los arcos de esas capillas pintaron

(1) Costeó esta obra D. Vicente de Peñarroja, caballero del hábito de Santiago. Dispúsolo en su testamento, y sus albaceas hicieron la entrega, en 31 de Mayo de 1495; en la escritura de dicha entrega consta su peso: el caballo 58 arrobas 6 libras; el Santo 34 arrobas 24 libras; el pobre 21 arrobas 18 libras: el todo 114 arrobas 12 libras (1461 kilógramos.) La familia de Peñarroja tenía el patronato de la capilla del Ecce Homo, y en ella está el lucillo sepulcral de D. Pedro, que sirvió á los Reyes Católicos en la conquista de Granada, y fué luego á Tierra Santa, de donde trajo muchas reliquias para esta iglesia. En el lucillo está esculpida y estofada la figura yacente de aquel noble caballero.

(2) Cean Bermúdez atribuye esta escultura á D. Ignacio de Vergara, y suya debe ser, ó de su padre D. Francisco, aunque éste era ya bastante viejo cuando se hizo la restauración de la iglesia. Ponz dice que es D. Josef Vergara, equivocación evidente (en la que, copiándolo, ha incurrido Cruilles en su *Guia urbana)*, pues Josef, hermano de Ignacio, no fué escultor, sino pintor.

al fresco la vida de San Martín y la de San Antón, Rosell y Pérez (1), artistas poco conocidos del siglo pasado. En las capillas hay otros frescos de Camarón y de Vergara. En el altar mayor, de madera tallada y dorada, obra también de mediados del siglo XVIII, la pintura del Santo titular, es de época anterior: hízola Vicente Salvador Gómez, discípulo aprovechado de Espinosa, artista fogoso y rico de color. Los mejores cuadros de esta iglesia son dos de Francisco Ribalta: el Entierro de Cristo, en la capilla de la Purísima Concepción, y la Crucifixión de San Menas, en la de Nuestra Señora de las Angustias. En la sala capitular hay otra joya artística: el retrato de cuerpo entero del arzobispo Company. El buen prelado lleva hábitos episcopales, pero no morados, ni de seda, sino del tosco paño azul del sayal franciscano. La ejecución de la figura está descuidada, y como hecha de prisa; pero la cabeza es de un relieve y un modelado tan perfecto, de una naturalidad tan animada, que revela en su autor á un gran artista. Éralo insigne: Goya (2). Concluiré mencionando dos imágenes que fueron muy veneradas en otro tiempo, y un recuerdo de San Vicente Ferrer. Aquellas son la Virgen contra las fiebres, pintura en tabla, que parece de los siglos XIII ó XIV, y está en la capilla del beato Nicolás Factor; y Nuestra Señora de los Afligidos, imagen de relieve, más moderna, la cual estaba expuesta á la veneración del pueblo, muy afecto á ella, en una capillita que se abría al exterior de la iglesia, junto á la puerta de la calle de la Abadía. Ahora está dentro del templo en la capilla de San Ramón. El recuerdo de San Vicente es una piedra sillar, labrada, con labores góticas, que

(1) Así dice Ponz: Rossell (D. Josef) consta en 1754 como académico de mérito de la de Santa Bárbara en Valencia. Pérez, por ser el apellido tan vulgar, no es tan fácil de determinar: en 1773 recibió título de académico de mérito de San Carlos, D. Joaquín Pérez, de Alcoy, que murió en 1779, con honores de teniente director.

(2) Cuando Goya vino de Madrid para pintar los cuadros de San Francisco de Borja, hizo este retrato. El arzobispo lo legó á su limosnero, que era beneficiado de San Martín, y que á su vez, lo legó á la parroquia.

con marco de mármoles se conserva empotrada en el vestíbulo de dicha puerta. Un rótulo de letras de oro consigna que sobre aquella piedra predicó San Vicente Ferrer.

Corría el año 1410: tras larga ausencia, volvía á su ciudad natal el fogoso dominico, convertido ya en Apóstol de la Cristiandad. Esperábasele para el día de la Natividad de San Juan, y los parroquianos de la iglesia de este titular querían que predicase en ella. Interesaron en su petición á los jurados, quienes lo consiguieron del Santo (1). Llegó éste el 23 de Junio: en otra parte he descrito el entusiasmo con que fué recibido (2). Al siguiente día predicó, no en la iglesia de San Juan, pequeña para la muchedumbre reunida, sino fuera de ella, al aire libre, sobre un poyo del Mercado (3). De aquel poyo, que sirvió de

(1) Es interesante la carta invitatoria, que dirigieron á San Vicente los jurados de Valencia. Está copiada en el tomo X de *Cartas missivas de la ciudad* (Arch. municipal), y dice así: «Reverendo et Amico singularissimo fratri Vincentio Ferrarii Ord. Pred. in Sacra Theologia Magistro. — Reverende Magister et Amice singularissime. Recomendatione premisa. Quoniam Populum Civitatis nostre digna nos convenit consideratione prospicere et devotionis preconio commendare, eo quod guerit et appetit organo sancte predicationis vestre spiritualiter recreari et in beato Joanne Baptista Domini Precursore, imon Christo Jesu veraciter gloriari: charitatem vestram charius deprecamur, quatenus in *Ecclesia Parrochiali* ipsius Beati Joannis dicte Civitatis in die celebritatis sui nominis proxime secuture velitis et placeat in adventu vestro novo, utinamque jocundo, pre ceteris Ecclesiis salubriter predicare, et exponere verbum Dei: et Parrochianis dicte ecclesie, Portitoribus hujus scripti, adnuere in materia prejacenti, et nostri ex parte credere in dicendis. Dominus in gratia vos conservet, et dirigat gressus vestros. Scripta Valentie XVII. Junii M.C.CCCX—Jurati Civitatis Valentie—Salutem et sinceram in Domino charitatem.»

(2) Capit. XII, pág. 445.

(3) Dice el capellán de D. Alfonso V, en su *Dietario:* «En lo any de M.CCCCX. a XXIII. de Juny, vespra de Sent Johan, entrá en Valencia lo Reverent Mestre Vicent Ferrer del Monestir de Sent Domingo, lo qual se deya Legat a Latere Christi. E lo dia de Sent Johan sermoná en lo Mercat de Valencia a les spatles de la Iglesia de Sent Johan: e tots jorns lo dit Mestre deya Missa cantada ab moltes lagrimes, e apres Missa, sermonava, e los seus sermons eren de tanta gracia que totes generacions de gents lo entenien. E continuament lo seguien mes de trecentes persones entre homens e dones, hon avia molts Preberes, e homens agraduats, e de sciencia: e aturá en Valencia fins a XXVI. de Agost del dit any.»—Timoneda en su *Memoria Valentina*, dice: «Vino aquella noche á dormir á la abadía de San Juan, y por ser tanta la gente, predicó el día siguiente en el Mercado.» Lo mismo dice Diago, y que «tuvo por oyentes treinta mil personas.» Y Gavaldá añade: «Al bajar de la Bolsería al Mercado fué tanto el concurso de la gente, que

pedestal á la figura arrogante del predicador prodigioso, es la piedra que se conserva en la iglesia de San Martín, y que fué puesta en este sitio en 1855, con motivo del cuarto centenario de la canonización del Santo.

San Andrés, Apóstol.—Era tan rica esta parroquia, que llamaba el vulgo á sus beneficiados *Canongets de Sent Andreu*. Perdió sus pingües rentas, pero aún es hoy una de las iglesias de Valencia que tiene más preciosidades artísticas. Fué mezquita en tiempo de moros, y dice Beuter, hablando de los hechos de D. Jaime en los primeros días de la reconquista: «El domingo, que fué al otro día de San Dionisio, por mandado del Rey, bendixo el Arzobispo de Narbona la mesquita que estava junto al palacio del Rey, consagrándola en honra del Apóstol San Andrés, diziendo en ella missa de pontifical. Hizo esto en recompensa del nombre que mudara el Rey á la Reyna, que se dezia Andreva, y quando con ella casó, quiso que se dixesse Violante.» Equivocóse en esto último el buen cronista: la segunda esposa de D. Jaime se llamó siempre Violante (Yolanda), como su madre, Yolanda de Courtenay. Llamábase Andrés su padre, el rey de Hungría: quizás en honor suyo dieron este nombre á la nueva iglesia.

Subsistió su antigua fábrica hasta comienzos del siglo XVII. Pareciéndoles ya pequeña al clero y feligreses, la reconstruyeron por completo. El Patriarca Rivera puso la primera piedra el día 25 de Enero de 1602. Promovedor principal de esta obra fué un beneficiado de la parroquia, Mossén Francisco Jerónimo Simó, famosísimo en vida y aún más en muerte, y cuya discutida santidad produjo cuestiones empeñadas y ruidosas turbulencias. Tiempos de efervescencia religiosa eran aquéllos: el asce-

no pudo pasar el acompañamiento hacia el convento de Predicadores á donde se encaminaba y así, huvo de quedarse en la Parrochia de San Juan y durmió aquella noche en su Abadía.»

tismo triunfante exaltaba los ánimos y extraviaba á veces la imaginación. El pueblo, predispuesto á los prodigios, veía santos en todas partes. ¿Lo fué, de veras, el Padre Simó? Creyéronlo así varones doctos y respetables: el vulgo, siempre impetuoso, se adelantó á aclamarlo como bienaventurado y taumaturgo. Era un sacerdote austero, joven aún (murió á los treinta y tres años, como Jesucristo), de rostro demacrado, de aspecto enfermizo (1), de fantasía soñadora y alma de fuego: absorto con frecuencia en visiones celestiales ó terroríficas. Decían de él que había sido arrebatado en espíritu al cielo, y que, vistiéndole los ángeles túnica de blancura inmaculada y casulla preciosísima, habíalo desposado el mismo Dios con la Virgen María, poniéndole ella en el dedo el anillo nupcial. Una noche, recorría la carrera de los ajusticiados (práctica devota de aquellos tiempos), y pasando por la calle de Caballeros, oyó trompetas roncas y destempladas; vió venir tropel de gente, y entre muchos sayones, á Jesucristo con la cruz á cuestas, pálido y desmelenado. Abrazó al divino Señor; siguióle dolorido y tembloroso; presenció cómo le clavaban en el madero; cayó sin sentido (2). Á la mañana siguiente le recogieron exánime en la calle; lleváronlo á su casa, y no pudo levantarse ya del lecho. Sentía los mismos dolores de la crucifixión. Á los pocos días murió (1612).

La muerte del Padre Simó hizo profunda impresión en la ciudad (3): á sus exequias y á su entierro acudieron el virrey

(1) Hay un retrato suyo en la sacristía de la iglesia de San Andrés y otro en el archivo.

(2) En memoria de esta aparición, se puso un retablo, con el retrato del P. Simó, en la casa de la calle de Caballeros que hace esquina al callejón de la iglesia de San Nicolás. Era tanta la devoción de los valencianos á aquel sacerdote, que colocaron lámparas de plata para alumbrar el retablo. Cuando se condenó el culto que le daban, mandó quitar su retrato la Inquisición, y á uno que fué de parte del Tribunal á cumplir la orden, lo mataron de un carabinazo. Dícelo así Fuster y Membrado, y añade: «Ahora se ha renovado el dicho almario por ocasión de componer la casa en 1763.» Manuel Fuster y Membrado reunió muchas noticias de Valencia en tres gruesos tomos en folio, que conserva ms. en su selecta y copiosa biblioteca mi buen amigo D. José Enrique Serrano.

(3) En un libro muy curioso y bastante raro, titulado *Relaciones verdaderas*

y la nobleza, las comunidades religiosas, el pueblo en masa. Presidió la autoridad eclesiástica, y uno de los religiosos más eminentes de Valencia, el Padre Antonio Sobrino, del nuevo convento de San Juan de la Ribera, ensalzó las virtudes eminentes de aquel siervo de Dios. Pero no se contentaban con esto sus impacientes devotos: querían que, en vez de misa de *requiem*, se le cantase misa de santo. Opusiéronse á ello, en primer lugar, los dominicos, cuya autoridad era grande en materias de fe. Alborotóse la gente popular; los pescadores, que ocupaban entonces un barrio en la parroquia de San Andrés, se pusieron á la càbeza del motín. Una noche acometieron á pedradas el conven-

---

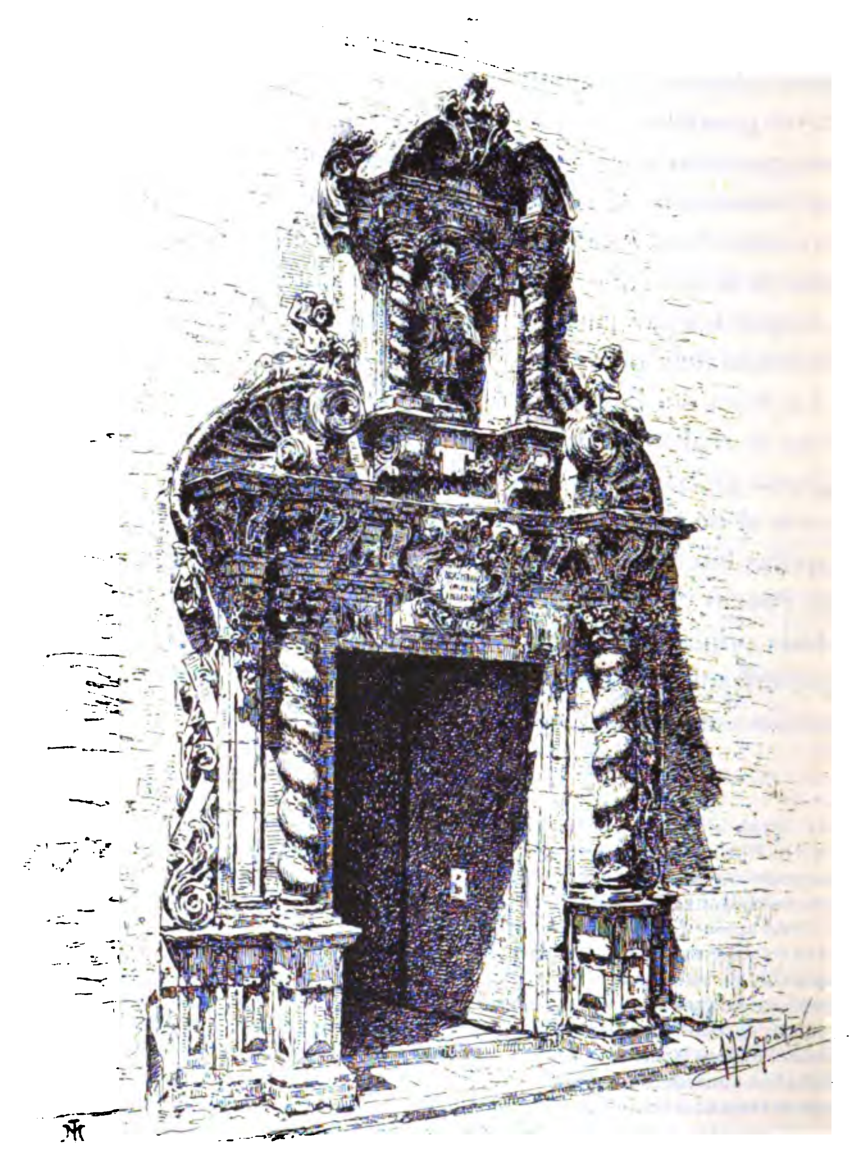
de la vida y virtudes del siervo de Dios don Miguel Grez, cura de Rotova (Pamplona, 1616) hay una carta dirigida por este párroco (que murió en opinión de santo) al cabildo de Lumbier (de donde era natural), refiriéndole la muerte de mosén Simó. Dice así: «Á los 25 del mes de Abril deste presente año de 1612, entre las diez y once horas del día, en esta novilisima Ciudad de Valencia, en la parroquial del Señor San Andrés Apóstol, murió un sacerdote beneficiado de la dicha Iglesia, de edad de treynta y tres años, natural de la dicha Ciudad, hijo de padres pobres, pero justos, llamado mossen Francés Geronymo Simon, de heroycas virtudes, con la inocencia baptismal, recogido, penitente, limosnero, abstinente, virgen, (y virgen en Valencia), que desde los diez años de su edad, hasta que ha muerto de treynta y tres, cada dia ratificava el voto de la virginidad tres vezes, y se lo prometía assí á Nuestra Señora la Vírgen María. Fué hombre de mucha oracion, de grande recogimiento, devoto de la Vírgen y devotissimo de la Passion de nuestro Señor Jesu Cristo. En el mismo punto que murió el Santo varon hubo tan grande conmocion en toda la ciudad, que luego dixeron: *Un sant Sacerdot es mort, un sant Sacerdot es mort*. Acudió á la parroquia gente sin número, y dende entonces acá, siempre está aquella santa Iglesia llena de gente, acuden de todo el Reyno, y de Castilla, Aragon, y Cataluña á la fama de los milagros que en muchos obra. Ha abido otra mocion en los lugares comarcanos de la Ciudad. Los de Ruçapha entraron con veynte rocines muy bien puestos, con mucha enramada de flores, cavalleros, cada uno con su bocha, ó madexa de seda, con su musica delante, dieron la vuelta por Valencia, fueron á la Santa Iglesia del Señor San Andrés, y allí hizieron su estacion, y ofrecieron al Santo Simon sus boches, y madexas, y dende allí, se fueron al rio muy unanimes, y conformes, y traxeron para la obra (de la Iglesia) ducientas cargas de arena. Los del Grau traxeron treynta y tres carros de piedra. Los de Torrente han ofrecido tantas carretadas de cal. Los aceyteros, con mucha música, ofrecieron cada uno su jarrica de aceyte. Los esparteros sogas, y capaços. Los fusteros todos los pertrechos de fusta. Cada oficio esta puesto de hacer su salida... Agora van por todo este Reyno predicando las alavanzas deste santo quatro dotores Clerigos, y las buenas villas las mas han hecho Capilla ardiente con grandes túmulos, mucha cera, y adornados de epigramas, enigmas, geroglíficos en todas lenguas.»

so de Santo Domingo, arrancaron las imágenes sagradas de la portería y las arrastraron por la plaza. ¡Extraños desmanes de un pueblo fanatizado, que pintan bien aquella época! El sentimiento religioso, sometido á ley inexorable y regla extricta durante el pontificado del Patriarca, estallaba extraviado y tumultuoso, pasando por encima de toda autoridad, hasta de la autoridad temidísima de la Inquisición. Costóle grandes esfuerzos al nuevo arzobispo Aliaga restablecer el orden y la disciplina, con ayuda de Roma, que desechó el expediente de beatificación, incoado por los parciales de Simó y condenó el culto público, que ya le tributaban (1).

La fama del Padre Simó quedó en litigio; pero su obra predilecta se realizó cumplidamente. Reconstruyóse por completo la iglesia de San Andrés; y tuvo el nuevo templo la misma forma que el de San Martín: una sola nave con bóveda de crucería, y capillas laterales. El decorado fué muy barroco, según el gusto de la época. Como buen tipo de este gusto, se citó siempre la portada principal, lo último que se hizo, pues se terminó en 1686. Caracterízanla bien sus columnas *salomónicas*, exageradamente retorcidas, en las que se enrosca una guirnalda de laurel. Obra

(1) Prohibiéronse entonces las imágenes del religioso santificado por el pueblo, y los libros en que se consignaban sus virtudes y milagros. Por eso se han hecho muy raras estas obras. Huyendo sin duda de la jurisdicción eclesiástica de Valencia, diéronse á la estampa en Segorbe, un libro de Gaspar Gil Polo, titulado: *Veneración que en Valencia se hace al Padre Mossen Francisco Geronimo Simó* (1613), y otro *Breve y sumaria relación de la Vida, muerte y milagros del Venerable presbitero moss. Francisco Geronimo Simon, Valenciano*, por Domingo Salcedo de Loaysa (1614). Jerónimo Núñez, noble caballero, muy amigo del Padre Simó, escribió también su vida, que quedó manuscrita en el archivo de San Andrés. La citan Ximeno y Fuster. Pasadas aquellas contiendas, el discutido sacerdote fué considerado como Venerable y le consagraron especial devoción eclesiásticos tan autorizados como el obispo titular de Croya, D. Isidoro Aparici Gilart, que escribió á principios del siglo XVIII otra *Vida del V. P. Mossen Francisco Gerónimo Simó*, la cual no acabó de imprimirse por muerte del autor. Éste, para manifestar su afecto al P. Simó, se hizo enterrar en la sacristía de San Andrés, que ocupa el lugar de la casa de aquel beneficiado, cedida por él para ensanchar la iglesia. En la selecta biblioteca de D. José Vives Ciscar he visto un legajo de copiosa correspondencia entre el P. Sobrino, por una parte, y por otra el P. Simó y su hija espiritual la vener. Francisca López del Santísimo Sacramento.

exquisita y caprichosa del mismo género es el púlpito, cuya tri-



VALENCIA.—PORTADA PRINCIPAL DE SAN ANDRÉS

buna sostiene un ángel dorado y resplandeciente. El altar mayor es de traza más severa y correcta. Hay en él una estatua del

Apóstol titular, obra de Tomás Sanchis (1); un lienzo del mismo santo, que es uno de los mejores y más entonados del fecundo Josef Vergara (2), y cuatro más, del siglo XVII y de escuela valenciana, que Ponz atribuyó á Orrente ó á alguno de sus discípulos más aventajados. En la sacristía hay algunas pinturas excelentes, sobre todo un Cristo muerto, sostenido por dos ángeles, sobre cuyo grupo aparece el Padre Eterno, obra notable, en la que el misticismo de la expresión se enlaza bien con el realismo del diseño y el colorido. «Algunos la tienen por de Ribalta, imitando á Joanes,» dice el mencionado crítico, y el carácter de la obra acredita esta suposición (3). Pero todos estos cuadros, y otros muchos que hay en la iglesia, de buenos autores, palidecen ante la *Virgen de la Leche*, creación felicísima y admirable del insigne Joanes. No tiene ninguna más rafaelesca: puede sostener muy bien el parangón con las mejores del gran pintor de Urbino. Representa, con figuras de medio cuerpo, á la Virgen María dando el pecho al Niño Jesús; á San Juan Bautista y á San Jerónimo. La Virgen no es una figura ideal: es una belleza humana y plástica, como las *Madonnas* de Rafael; pero de tan suave y púdica hermosura, de expresión tan candorosa y tan tierna, que no puede pedirse más delicadeza al pincel. Sonríe, mirando al divino infante, y en esa sonrisa se adivina toda la ternura de la madre, unida á la inocencia de la virgen. El Niño,

(1) En las *Guías* de Seltièr y de Cruilles se atribuye equivocadamente esta estatua á Raimundo Capuz. Tomás Sanchis vivió en el siglo XVII: era discípulo de Juan Muñoz, el gran escultor valenciano de aquella época. Raimundo Capuz, el mejor de los tres hermanos escultores de este apellido, hijos todos de Julio Capuz, escultor también, que vino de Génova, pertenecen á otra escuela y á época posterior: florecieron á principios del siglo XVIII.

(2) Lo regaló á la parroquia el mismo pintor por estar bautizado en ella. El hijo de Vergara regaló también un Ecce-Homo, pintado por su padre, imitación de Joanes.

(3) Atribúyense á Joanes tres tablitas de un retablo antiguo, que se guardan también en la sacristía; y al sevillano Morales una cabeza de Cristo á la columna. Parécenme muy dudosas estas atribuciones, y en especial, la última. Menciona también Ponz, en esta iglesia, el cuadro de San José, de D. Josef García, y el de la Resurrección, atribuído á Gregorio Bausa.

en su gracia infantil, revela un espíritu sobrenatural. Los dos santos, que completan la composición, y que responden á alguna alegoría difícil hoy de precisar, contemplan á la Madre y al Hijo con respetuosa complacencia. Por la corrección, la firmeza y la gracia del dibujo, pudiera figurar esta obra entre las primeras de la escuela romana; por el vigor, la limpieza y la brillantez del colorido, ocuparía el mismo lugar entre las de la escuela florentina: Rafael y Leonardo de Vinci, uniendo en un solo cuadro sus cualidades predominantes, no hubieran hecho cosa mejor. Esta joya de la pintura valenciana ha estado por mucho tiempo desconocida. Pertenecía al convento de religiosas franciscanas, llamado de Jerusalén, extramuros de Valencia. Ponz, después de citar algunos buenos cuadros que había en la iglesia, añadía: «dentro del convento dicen que hay algunas pinturas buenas; para los aficionados y profesores mejor estarían fuera.» Más se hubiera lamentado el autor del *Viaje de España*, si hubiera podido apreciar el tesoro oculto; este cuadro de *La Virgen de la Leche* era uno de los que no pudo ver, por estar dentro de la clausura monástica. En la guerra de la Independencia, derribóse buena parte del convento de Jerusalén para defensa de la ciudad. Desgracia fué aquella para las monjas; fortuna para el arte. Faltaron recursos á la comunidad para la reconstrucción de su casa, y vendió varios cuadros. Entonces salió á luz esta joya, y fué nuevo y riquísimo florón en la corona de Joanes (1).

(1) Adquirió este cuadro D. Jaime Roig, quien, á ruegos de su esposa, lo cedió á la parroquia de San Andrés, donde se colocó en una de las capillas del lado del Evangelio el año 1844. En un artículo que publicó entonces en *El Fénix* don José María Zacarés, dijo que pintó Joanes este cuadro «con ocasión del nacimiento de su hija María, y se cree lo regaló al convento de Jerusalén por medio de su amigo y protector el virrey D. Jerónimo de Cavanilles», noticias que copió Cruilles en su *Guía Urbana*, y que son evidentemente equivocadas. Las hijas de Joanes se llamaron Dorotea y Margarita, no María; y D. Jerónimo de Cavanilles es personaje de época anterior á este pintor. Como la mujer de Joanes se llamaba Jerónima, han supuesto algunos que los dos santos de este cuadro se refieren á los patronos de ambos cónyuges. Cuando lo adquirió el Sr. Roig, lo hizo restaurar por D. Vicente López; entonces comenzó á ser conocido y apreciado.

No por su mérito artístico, sino por su antigüedad y por el origen que se le atribuye, es apreciada otra imagen de la Virgen que hay en esta iglesia. Es una efigie corpórea, titulada *Nuestra Señora de las Batallas*, y dice la tradición que la llevaba consigo el Conquistador. No hay pruebas históricas que lo abonen, y ha sido tan desfigurada la escultura con restauraciones inhábiles, que no queda vestigio de la primitiva labor, ni es posible determinar su fecha.

SANTA CATALINA.—En la plaza de este nombre, que por lo céntrica y concurrida, era ya llamada en el siglo pasado Puerta del Sol de Valencia, levántase, á uno de los extremos, la gallarda torre que el lector tiene á la vista. Muchos y muy hermosos campanarios tiene la ciudad del Turia; pero, entre todos los que contribuyen á darle aspecto fantástico de población oriental (1), ninguno hay trazado con más gusto y construído con más primor que este, de la iglesia parroquial de Santa Catalina

(1) El aspecto característico que dan á Valencia las numerosas torres de sus templos, disgustaba á Ponz, que las tenía por cosa superflua. Para que se vea la estrechez y la intransigencia de su criterio, tan opuesto al gusto de los siglos anteriores, voy á copiar lo que dice de aquellas torres, hablando de la iglesia parroquial de Santa Catalina: «Casi todas las Parroquias y Conventos de Valencia tienen altísimas torres para las campanas, y la de Santa Catalina es de las más acreditadas. Semejantes edificios han sido más costosos que útiles. Ningún Reino de España tiene tantos, ni tan encumbrados como éste. Si en su lugar se hubieran hecho buenas cúpulas, ú otras obras de seria arquitectura, quedaría más grandiosa la Ciudad, que con tantas torres planteadas de trecho, en trecho, que desde lexos hacen un efecto ruin y mezquino; y como las más son de mala arquitectura, es mayor la ridiculez y extravagancia. ¿Qué necesidad hay de poner las campanas en aquella altura, abandonándolas al poder de muchachos, para aturdir las más veces sin necesidad al vecindario? Me alegrara, que este uso de tantas y de tan altas torres se desterrase á tierra de Moros, que es de donde se supone que vino. Allí ya hay más razón de que estén espesas, pues sirven para que ciertos sujetos de buen vozarron avisen al pueblo en varias horas del dia de algunas cosas pertenecientes á su creencia. Las campanas no se necesita que estén tan altas para oirlas, ni de que sean tan grandes. Si en otro tiempo servían las torres de atalayas, hoy no hay tal necesidad; y si la hubiese, con dos ó tres habría bastante, pero puestas en sitios más oportunos. Con lo que cuesta una torre se podría hacer un buen templo, ú otra fábrica más útil y hermosa.» *Viaje de España*, tomo IV, carta 6.ª

mártir, obra suntuosa de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII (1). Buena es también la iglesia: la mejor de su categoría en Valencia. No lo parece por fuera, metida como está entre calles angostas y casas de vecindad; pero, si entramos en ella por la pequeña, sencilla y bien diseñada puerta ojival, que se abre al lado de la torre (único resto, sin duda, de la construcción primitiva), nos sorprenderá encontrar un templo claustral, espacioso y regiamente decorado según el gusto de la pasada centuria.

Escolano, después de hablar de la iglesia de San Martín, dice: «Mandó el Rey Conquistador poner mano en otra, su vecina, á quien llamaron Santa Catalina por una Infanta de la Casa real de Aragón, y fué la primera que se acabó de labrar, aunque no lo hubiera sido en comenzarse.» Infanta Catalina, no se encuentra ninguna en aquella fecha: error fué éste del autor de las *Décadas*. Como todas aquellas iglesias de la reconquista, debió parecer pequeña luego, y se reconstruyó durante el siglo XIV (2). Era ya claustral, como ahora, cuando fué consagrada solemnemente en 1536. Á fines de aquel siglo sufrió un incendio, que exigió costosa renovación (3), é hiciéronse después otras restauraciones, la última en 1785. Tenían capilla en ellas familias muy ilustres, como la de los Cervellones, y los mar-

---

(1) Se puso la primera piedra de esta torre el 12 de Agosto de 1688; concluyóse la obra en 1705; costó diez mil ducados; fué su arquitecto D. Juan Bautista Viñes. Consigna algunos de estos datos una lápida de mármol negro, que dice así: «Hanc sumptuosam cimbalorum turrim, quam generosa Parrochianorum magnificentia anno 1688. feliciter inchoavit, hoc anno 1705, numeris omnibus absolutam fælicissime reliquit Joannes Baptista Viñes.» En 1729 se fundieron en Londres las seis campanas para esta torre nueva.

(2) Consta esta reconstrucción por una lápida, la cual estaba en la puerta de la iglesia que da á la calle de la Tapinería, y decía que el gremio de plateros (*argenters*) dió cien libras para esta obra. Por estar muy deteriorada la inscripción no se ha podido determinar el año.

(3) Ocurrió este incendio el 29 de Marzo de 1584, día de Jueves Santo, por haber prendido fuego un cirio al monumento, estando celebrándose la función. Extendiéronse las llamas con tal rapidez que no fué posible atajarlas hasta que destruyeron muchos de los retablos de la Iglesia.

queses de Malferit (1) y Castellfort; también el opulento gremio de plateros, cuyo patrón era San Eloy.

Como obras de arte, pueden mencionarse, la imagen de Santa Catalina, en el altar

VALENCIA.—TORRE DE LA IGLESIA DE SANTA CATALINA

mayor, escultura de Juan Muñoz; dos cuadros de Ribalta en la

(1) En la capilla de Santa Lucía, del patronato de los marqueses de Malferit, hay restos de una interesante urna sepulcral: la figura yacente, esculpida en pie-

de San Eloy (1); otros dos de Espinosa, en la del Cristo de la Corona; y otros de Camarón en la de San Antonio de Padua. En esta capilla, la efigie corpórea del Santo es una de las esculturas más expresivas de Esteve. En la de San Blas hay una tabla magnífica de este santo obispo, que parece del siglo XV, procedente del convento de trinitarios del Remedio (2). En otro arte, merece mención la custodia del Sacramento, de primorosa orfebrería gótica, pero añadida y desnaturalizada con figuras y adornos de época muy posterior y gusto muy distinto.

Consérvanse en esta iglesia tres imágenes de antaño, que fueron muy veneradas: el Cristo de la Corona, un *Ecce-Homo* y la Virgen de la Paz. Es la primera un Crucifijo de tamaño natural, obra burda de algún imaginero terrorífico; una de las efigies del Señor que dan miedo, y por las cuales se inventó el adagio «á mal Cristo, mucha sangre.» La peste, gran fomentadora de devociones populares, dió celebridad á esta efigie; se le adjudicaron muchos portentos en las epidemias de 1558 y 1647; de entonces data su crédito. En cuanto á su origen, no es bien conocido: refiere la tradición que un viajero la dejó en la iglesia; dijo que volvería por ella, y no volvió. El *Ecce-Homo*, pintura atribuída á Espinosa, está en la capilla del trasagrario. Debió su renombre á que el carmelita fray Francisco del Niño Jesús, uno de los religiosos más acreditados de Santo en la época ascética del Patriarca Rivera, era muy devoto de esta imagen, y

---

dra, de un caballero de luengas barbas, vestido con amplio ropón y estrechando sobre el pecho con ambas manos formidable montante; y un friso con figurillas funerales de relieve. La escultura corresponde al siglo XIV. Debe ser parte del sepulcro de Arnaldo de Valeriola, de dicha nobilísima casa, quien fundó dos beneficios en esta capilla, y dispuso se le enterrara en ella, por testamento de 1367.

(1) Las pinturas del retablo de San Eloy eran todas de Ribalta; vendiéronlas los plateros para hacer un altar nuevo y más lujoso, quedando solamente las que estaban en las paredes laterales de la capilla.

(2) Otro cuadro, ajeno á la escuela valenciana, señalan las *Guías*, al ocuparse de esta iglesia: los *Desposorios de Santa Catalina*, de Mateo Cerezo, pintor burgalés del siglo XVII, discípulo de Carreño, y que fué muy apreciado en Madrid. Es reproducción de otro del mismo autor ó igual asunto, que hay en el Museo Real de Madrid, catalogado con el número 700.

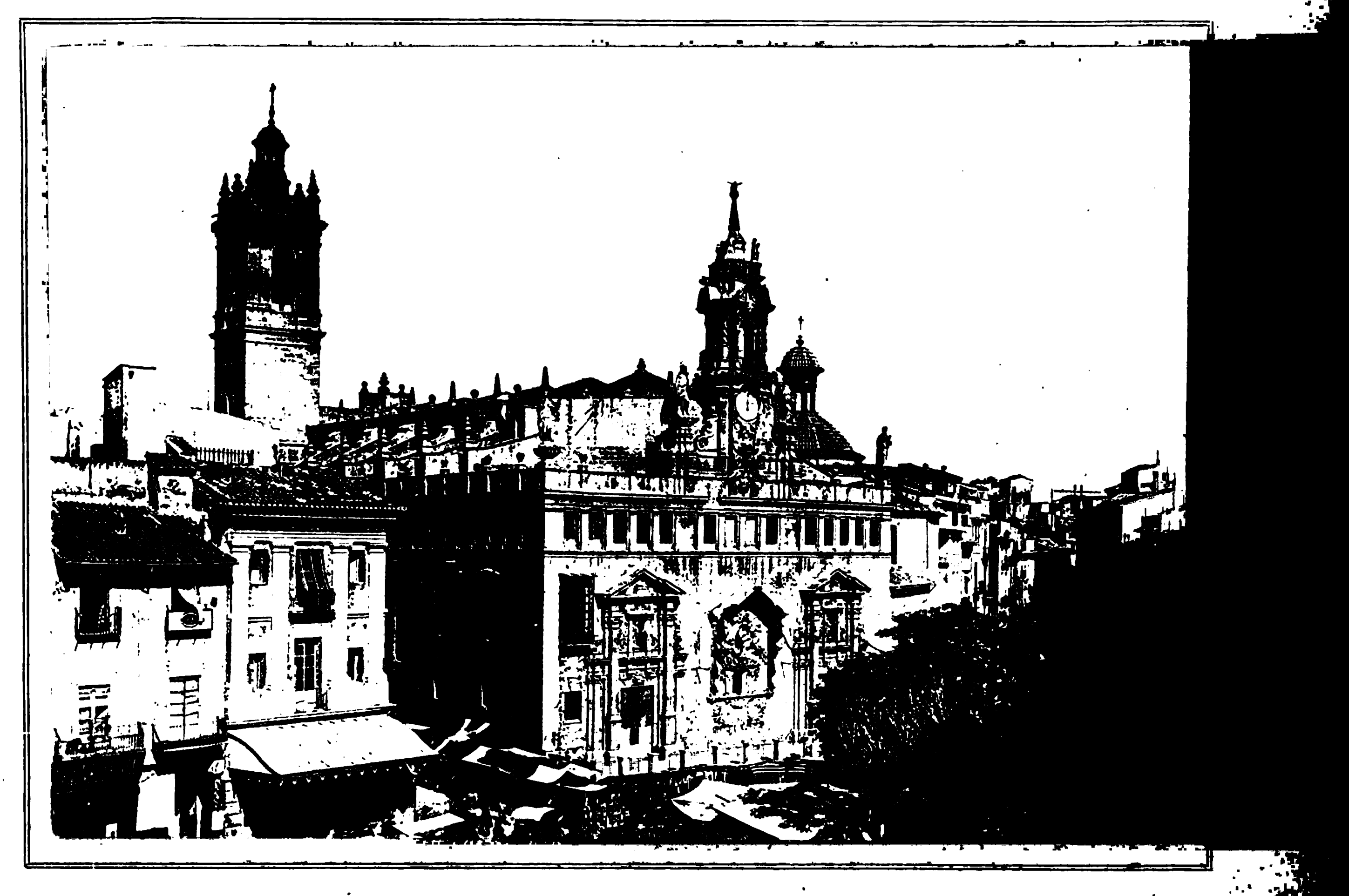
un día creyó que le hablaba, pronosticándole su próxima muerte. La Virgen de la Paz, figura corpórea, cuya actitud desgarbada y rostro abobado, revelan evidente antigüedad, alcanzó tal veneración, que tenía misa propia, como puede verse en el Misal Valenciano impreso en Venecia el año 1509. Hoy, olvidada de los fieles, permanece inadvertida en una de las capillas.

Pasando ahora de cosas tan añejas á sucesos de ayer, recordemos el sangriento crimen con que fué profanada la iglesia de Santa Catalina en el año 1843. Había en Valencia un jefe político (así se llamaban entonces los gobernadores de provincia), de muchos bríos y poco tacto. Llamábase D. Miguel Antonio Camacho. Estaba pronunciada la ciudad contra la regencia del general Espartero; la tropa fraternizaba ya con el paisanaje alborotado. La plaza de Santa Catalina era el centro de la agitación popular; quiso dominarla Camacho con el prestigio de su autoridad, y se presentó en aquel punto con algunos pocos fusileros. En vano quiso imponerse; había estallado la tempestad, y era imposible contenerla. Rodearon al jefe político gentes desalmadas, le maltrataron é hirieron, y cuando se refugió en la iglesia, le asesinaron en un confesonario de la capilla de San Juan Bautista. No contentos con eso, sacaron su cadáver y lo arrastraron por la calle de Zaragoza, hasta que fué recogido y depositado en la Catedral. Cerróse al culto el templo ensangrentado, hasta que se lavó aquella profanación con el ritual establecido para estos casos.

LOS SANTOS JUANES. — Las parroquias de San Martín, San Andrés y Santa Catalina tienen algo de aristocrático y linajudo: la de los Santos Juanes, fué siempre eminentemente popular. Estableciéronse aquellas en el cogollo de la ciudad antigua: nobles señores y acomodados burgueses formaron su feligresía. Nació ésta fuera de las murallas, y extendió su jurisdicción por los arrabales pobres y populosos. Cuando estos arrabales fueron incluídos en el recinto murado de la ciudad, convirtióse en Mer-

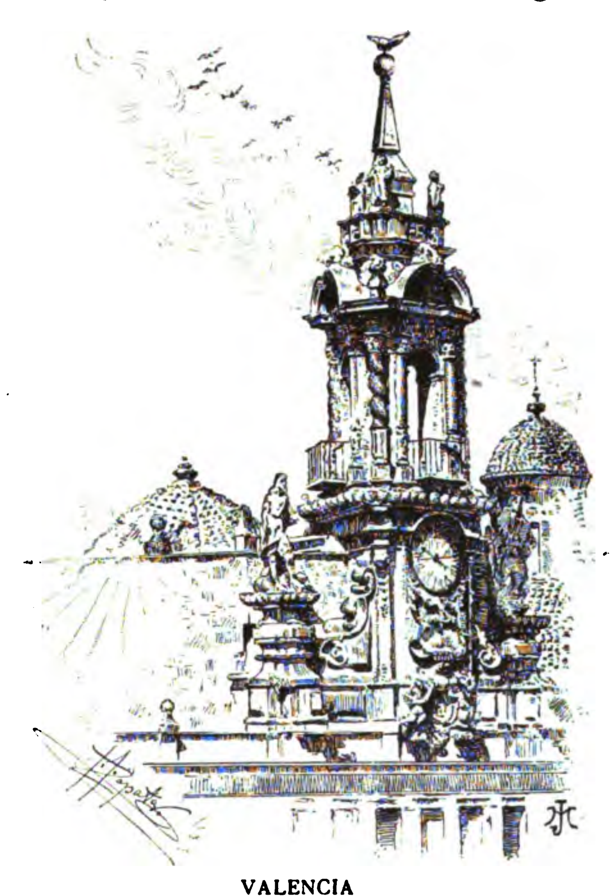
cado la vasta plaza irregular que se extendía ante la iglesia de extra muros, y que había sido cementerio de los moros. El Mercado fué desde entonces el sitio más concurrido y ruidoso de Valencia. Á él acudían, para la cotidiana provisión, ciudadanos y campesinos; allí se reunía la gente honrada y la maleante; allí construyeron su magnífica Lonja los mercaderes; allí levantó el justicia criminal su temida horca; allí, en ocasiones solemnes, corrían sortijas ó rompían lanzas los galanes de la nobleza; allí fermentaban las agitaciones populares, allí estallaban las asonadas y los tumultos. De aquel continuo movimiento, de aquella vida efervescente, parece que llegaba algo al templo parroquial, que se erguía arrogante y silencioso entre el bullicio y las oleadas de la multitud: lo cierto es que el haber sido bautizado en la pila de San Juan fué considerado siempre como patente de valencianismo neto.

Ya hemos visto que se equivocaron Beuter y Escolano, al suponer bastante posterior esta iglesia de los Santos Juanes á la entrada del Conquistador en Valencia. Dicen ambos historiadores que fué primero un ermitorio, dedicado á San Juan, y añade el segundo que mereció el título de parroquia en 1366. Ya lo tenía en 1245, pues en la escritura de aquella fecha, mencionada al principio de este capítulo, firmó entre los otros párrocos, *Petrus Ferran, clericos Ecclesiae Sancti Joannis de Boatella*. La iglesia tomó apellido de la antigua puerta de este nombre, de la cual distaba poco. Los libros de *Manuals de Consells* de la ciudad, dan noticia de que estaba reedificándose en 1368, y que era muy suntuosa aquella obra. Entonces se construyó su grandiosa nave, la mayor entre las iglesias parroquiales de Valencia, y se cubrió con atrevida bóveda ojival, cuyos gallardos arcos apuntados han quedado ocultos encima de la nueva bóveda de cañón, hecha al modificarse la exornación de aquel severo tempo en el siglo XVII, y que merecería ser derribada, si no la hubiese enriquecido Palomino con sus frescos admirables.



Iglesia de los Santos Juanes

Un voraz incendio, que sufrió esta iglesia en 1603, destruyó el altar mayor, y hubo que renovar todo el presbiterio. Puso la primera piedra para esta obra el Patriarca Rivera, y en 1628 consagró el arzobispo Aliaga el ara del nuevo altar, magnífico retablo, de líneas correctas, aunque algo monótonas, esculpido por el zaragozano Miguel Orliers (1) y enriquecido con quince estatuas, de los mejores artistas valencianos de aquella época (2). De 1643 á 1653 se construyó la capilla de la comunión, y á fines de aquel siglo hízose la transformación completa, que convirtió la iglesia de los Santos Joanes en tipo y modelo del churriguerismo más desaforado.



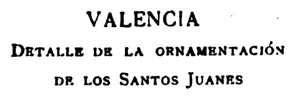
VALENCIA
PINÁCULO DE LA IGLESIA DE LOS SANTOS JUANES

Muchas batallas riñó en Valencia, contra el arte antiguo, severo y grave, ese

(1) Orliers era muy amigo del pintor Francisco Ribalta, y éste le nombró su testamentario.

(2) Los dos Santos titulares, excelentes esculturas, son de Juan Muñoz, el autor también de las imágenes de San Martín y Santa Catalina, en las respectivas iglesias, ya mencionadas. Los cuatro Doctores son de Tomás Sanchis, discípulo de Muñoz. De este escultor se dice haber sido el primero que usó en Valencia las columnas salomónicas.

nuevo gusto, fantástico y caprichoso. Pero ninguna como esta. La masa imponente de aquel templo le ofrecía, en sus grandes y robustos muros de piedra, ancho campo donde esplayar su imaginación exuberante. En el exterior, no destruyó el aspecto general del edificio, pesado y macizo; pero levantó sobre la fachada del Mercado las estatuas arrogantes y el airoso pináculo del reloj, en el cual, la complicación de las líneas y la profusión de los adornos, no impide la vistosa gallardía del conjunto: ¡fueran como ésta todas las creaciones del barroquismo (1)! Donde este género arquitectónico hizo alarde de su viciosa fecundidad, fué en el interior del templo. Desde el pavimento hasta el arranque de la bóveda, lo inundó todo con sus burdos arabescos y amontonados perifollos. Sobre las pilastras, los arcos y las cornisas de la espaciosa nave, vació la inagotable canastilla de sus flores imaginarias, enlazadas en ramilletes, coronas, guirnaldas y festones; acumuló símbolos y atributos en salientes cartelas; modeló en hinchados relieves figuras alegóricas; asentó sobre extraños pedestales estatuas fastuosas en actitudes violentas; y produjo en



VALENCIA
DETALLE DE LA ORNAMENTACIÓN DE LOS SANTOS JUANES

(1) Hízose en 1700 la obra de esta fachada: Ponz dice «que es cosa desgraciada, y se ha de contar entre lo pesado y malo.» Este juicio severísimo puede aplicarse mejor á las dos portadas, y al grupo escultórico de la Virgen del Rosario, situado entre ellas, que al pináculo, cuya pomposa gallardía sólo puede negar el obstinado espíritu de escuela.

el sorprendido espectador el efecto de que todo se mueve, se agita y se confunde, obligándole á cerrar los ojos, fatigados por aquella plétora de ornamentación tumultuosa. No fueron artistas españoles los que dirigieron esta obra; vinieron de Italia; llamábase el principal Jacobo Vertucci; Leprandi, quien le ayudaba. Imitadores exageradísimos del Bernini, está bien determinado su estilo en las estatuas de los doce hijos de Israel, que se destacan, enfáticas y mazorriles, sobre los recargados muros de la vasta nave (1).

Complemento de esta atrevida restauración fué la pintura de la bóveda. Entregaron á las fantasías del pincel, para que luchase con las del escoplo y el buril, la superficie inmensa del nuevo y liso embovedado de medio punto. Había pintado al fresco el presbiterio de la capilla de la comunión un artista que ha dejado poco nombre, Vicente Guilló, de Alcalá de Gisbert. Gustó tanto su obra (de la cual no podemos juzgar, porque ya no existe), que le encargaron la pintura de la bóveda de la iglesia. Comenzóla en 1695, pintó en ella la caída de los ángeles malos, y también los lunetos; pero la empresa era superior sin duda á sus fuerzas: fracasó en ella. Su obra fué criticada, retirósele el encargo y murió del disgusto (2). Tuvo entonces

(1) Artistas luqueses llaman algunos escritores á estos dos italianos; pero en papeles de la iglesia, que he visto, se dice que Vertucci era milanés. Obra suya es también la Virgen del Rosario, en la fachada que da al Mercado. En estos mismos papeles se dice que se le abonaron, por sus trabajos en la restauración del templo 3,600 libras, y 6,000 al maestro albañil Vicente García, de Requena. Hízose entonces el órgano, pagándose 3,000 libras á su constructor, Andrés Vergero, flamenco, y costó 3,000 más la carpintería y el adorno. Costeó el clero la sillería del coro, los facistoles, y el trascoro, de mármoles, importando todo esto 9,000 libras; los condes de Parcent, las barandillas y puertas de bronce del coro, que se hicieron en Toledo, y costaron 4,600 libras. Ya habían hecho donación estos mismos señores, en 1684, del precioso frontal de plata, que aún existe, labrado en Como por precio de 8,000 libras, y otros ornamentos de mucho valor, que se han perdido. En 1737 regaló la misma casa los ricos atavíos de plata sobredorada para la Virgen de la Asunción. El púlpito, obra primorosa de mármoles diáfanos, se trajo de Génova: hízolo el escultor Ponzanelli.

(2) En los libros de la iglesia de San Juan he encontrado la siguiente nota: «En 9 Agost 1693 es pintá lo Presbiteri de la Capella de la Comunió de la present

el clero de los Santos Juanes felicísima inspiración: llamar, para empezarla de nuevo, al profesor cordobés D. Antonio Palomino, pintor de Cámara de D. Carlos II, y cuyos frescos en el Palacio Real le habían acreditado mucho en este género de pintura, poco cultivado por los artistas valencianos. Palomino aceptó y triunfó. Desagradóle la excesiva y complicada prolijidad de los estucos con que habían adornado la iglesia, y se preparó á luchar con la brillantez del color contra aquella exuberancia de la talla: sobre la fábrica pretenciosa del escultor, arrojó un río de luz. Hizo transparente la bóveda para que se viese el cielo; no el cielo azul de la naturaleza: el cielo dorado de la fe extática é imaginativa. Pintó una Gloria, algo barroca; pero Gloria, al fin. Hay mucho de sobrenatural en todas aquellas figuras, que representan personajes celestiales; tienen vida superior á la humana, respiran otro ambiente, vagan en otra atmósfera. Y lo más notable es que predominando, al parecer, la fantasía en la creación del artista, todo está sometido en ella á un plan docto y razonado, y todo se ajusta perfectamente á las reglas del diseño y la perspectiva. La inspiración y el estudio corren paralelas en esta obra: la grandiosidad de la concepción no resulta amenguada por la exactitud del detalle; la gallardía de las actitudes y los atrevimientos del escorzo no quebrantan nunca la solidez del dibujo. Hay más, el color está puesto de tal modo y con tal arte, que hace buen efecto de cerca y de lejos; si subimos á las cornisas de la nave, encontramos tan bien pintadas las figuras, como mirándolas desde el suelo. No reseñaré esta composición

---

Esglesia per Vicent Guilló, pintor de la Vila de Vinarós, pera fer deseyn de sa habilitat, y después pintar la Esglesia, la qual obra es concertá per 8.000 lliures y havent agut tans empeños, per la varietats de parers, en si la pintura era bona ó no, es portá per termes de justicia, y haventse ya pintat les lunetes, y cayguda dels Angels mals, morí lo dit Guilló en 12 de Mars 1698; y es tenía per cert que les grans diferencies dites la y causaren.» Aunque en esta nota se llama á Guilló pintor de Vinaroz, consta por otros documentos que era hijo de Alcalá de Gisbert. En el mismo libro se lee que de lo pintado en la iglesia por aquel artista, sólo quedaron los lunetos.

vastísima, grupo por grupo (1): basta indicar el efecto estético que produce. No hay en España fresco alguno que por su extensión ni por su mérito pueda compararse con éste: los tan celebrados, de Lucas Jordán, en el Escorial, no pueden igualarse á la obra genial y maestra de Palomino. ¡Cosa extraña! el gran artista que tenía un pincel tan valiente y tan luminoso para los frescos, resultaba opaco y pesado en la pintura al óleo.

(1) «De la Capilla mayor, y de la razon de cuanto allí executó, hace un largo discurso el mismo Palomino al f. 180 de su segundo tomo; y aunque prolixo, y algo cansado, es docto, y como de sugeto teólogo, y versado en las Sagradas Letras. Lo principal que hay, por decirlo en pocas palabras, es una Gloria, en que se symboliza la Santísima Trinidad: sobre el Libro de los siete Sellos está puesto el Cordero: se ve Nuestra Señora con la luna á los piés: los Santos Titulares San Juan Bautista y S. Juan Evangelista, Coros de Vírgenes, de Patriarcas, y de Otros Santos, muchos Angeles, y nubes, que adornan y engrandecen aquella composicion. En la nave del cuerpo de la iglesia se expresan varios misterios tomados ó fundados en el Apocalipsis; y en el lugar principal se representa el trono de Dios cercado de multitud de ángeles cantando etc. S. Vicente Ferrer ocupa un parage distinguido, representado con alas en actitud de volar, y simbolizando al ángel del mismo Apocalipsis; hacia él hay varios santos de este reino, y de toda España, continuando por toda la bóveda muchos coros de bienaventurados; y hacia el extremo se ve la batalla de S. Miguel, y de los ángeles de su bando, contra Lucifer y sus secuaces: todo ejecutado con propiedad y erudicion, como era propio del autor. Entre los lunetos de las ventanas pintó los doce Apóstoles, á los cuales hacen correspondencia los jefes de las doce Tribus, ejecutados de estuco en los postes de entre las capillas. Debajo de los Apóstoles, que están sentados en tronos de nubes, hay igual número de estatuas fingidas, y tocadas de oro, que representan los frutos del Espíritu Santo. Al uno y otro lado de la iglesia, en el espacio entre la cornisa, y los arcos de las capillas, se ven pintados los principales sucesos de las vidas de los santos tutelares. La distribucion, razon, y fundamento de cuanto ejecutó en esta iglesia á fresco el expresado Palomino, él lo expone doctamente en el lugar citado de su obra, por lo cual, y por no ser cansado, lo omito; concluyendo con lo que empecé, de que esta pintura de S. Juan del Mercado es uno de los más bellos frescos que aquí hay, una máquina grandísima. y acaso la mayor, que he visto en España, entrando el Escorial, y el autor dejó en ella gran memoria de sí.» Ponz, *Viaje de España*, tomo IV, carta 3.ª En los papeles del arch. de San Juan consta que le dieron á Palomino, por esta obra, 6,900 libras (103,500 reales). En el año 1861 la restauró D. Luís López, hijo del reputado pintor de Cámara D. Vicente. Su obra dejó muy disgustados á los amantes del arte. López, que seguía la escuela amanerada y vistosa de su familia, desnaturalizó la obra magistral de Palomino. En los libros de la parroquia consta que el clero y la junta de fábrica se alarmaron y disgustaron mucho, al ver que López picaba las figuras de los Apóstoles para pintarlas de nuevo, habiendo sacado antes para ello unas ligeras copias. Esta restauración costó cuatro mil duros.

En esta misma iglesia, son suyos los dos grandes lienzos del presbiterio, que representan la Aparición de San Jorge y la Asunción de la Virgen. Están bien compuestos y bien ejecutados, pero no resaltan, no impresionan, como la apoteosis brillantísima de la admirada bóveda. Esta obra basta para timbre artístico de la iglesia de los Santos Juanes: tiene muchas otras pinturas; pero ninguna de ellas merece que detengamos el paso (1).

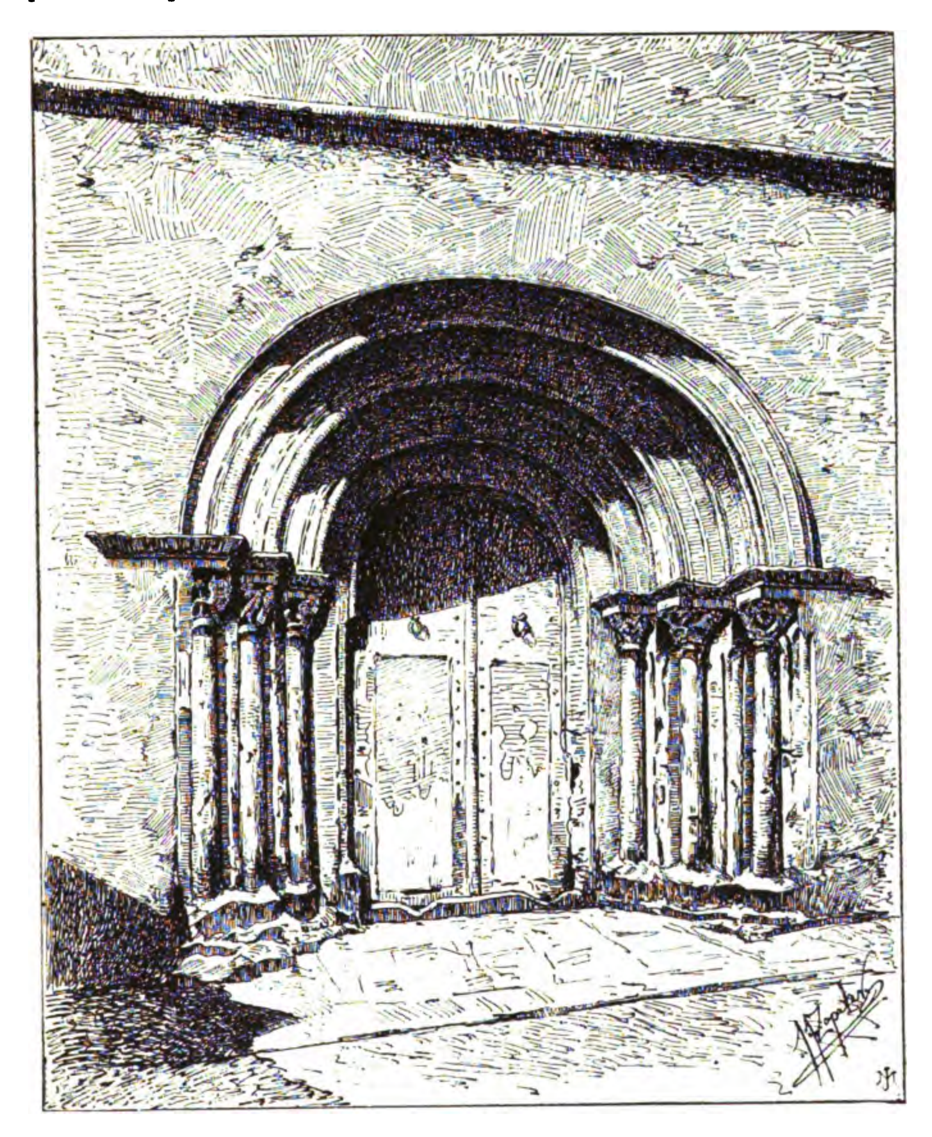
El clero de esta parroquia goza extraño privilegio: no tiene rector; anualmente elige entre sus mismos individuos un vicario, que hace sus veces. Concedióle esta gracia el papa Julio III en 1554; confirmóla Pío V en 1565. Disfrutábala ya, como después veremos, el clero de San Nicolás.

Para concluir, he de citar la O de San Juan. ¡Cómo no, si, para todo buen valenciano, es punto de comparación enfática para cualquiera vasta redondez? Esta O celebérrima está trazada, de piedra, en la pared desnuda y lisa de la fachada meridional de la iglesia. Parece el marco de un inmenso ventanal. Algunos autores, creyendo que es demasiada ventana, han supuesto que aquel círculo de cantería no tenía otro objeto que dar mayor solidez al muro.

SANTO TOMÁS.—Esta iglesia y la de Santa Cruz son las dos únicas parroquiales que han desaparecido del lugar donde estu-

(1) Dicen las *Guias* de Cruilles y de Settier que en la mayor parte de los altares las pinturas son de Juan Conchillos. Pintor de la época era éste, y muy amigo de Palomino; pero Orellana (cuyo libro ms. sobre los pintores valencianos, que se conserva en la Bibliot. de la Universidad y en la de la Academia de San Carlos, ha sido fuente donde han bebido los escritores sucesivos) sólo dice que en esta iglesia había algo de su mano, sin citar obra alguna suya. Ponz tampoco lo menciona; menciona, sí, los cuadros del Bautismo de Jesucristo, San Francisco de Paula y Todos Santos, de Vicente Bru, discípulo de Conchillos, y joven de extraordinarias facultades, que murió á los veintiun años. El mismo Ponz cita una cena de Esteban March, que estaba en la Capilla de la Comunión, y ya no se encuentra allí. Otra, que atribuyen á Orrente las mencionadas *Guias*, y está en la sacristía, es un cuadro de poquísimo mérito.

vieron. Casas particulares ocupan los solares de entrambos templos. El que ahora he de reseñar estaba contiguo al palacio



VALENCIA.—PUERTA DE LA IGLESIA (DERRIBADA) DE SANTO TOMÁS

episcopal: el prelado tenía tribunas para asistir á sus funciones. Abría puertas á las calles de Cabilleros y de las Avellanas. La

primera era la principal: da exacta idea de ella el adjunto dibujo. Como está viendo el lector, era uno de los pocos restos de arquitectura románica que existían en Valencia. Esto bastaría para probar la antigüedad de la primitiva iglesia de Santo Tomás; consta también por el *Repartimiento*, en el cual se halla mencionada con fecha de Abril de 1239. La construcción del templo correspondía á la portada: era, como ésta, fuerte, severa y tosca. Tenía una sola nave, con cinco capillas á cada lado. Una torre de sillería, cuadrada y mocha, servíale de campanario.

Después de la exclaustración, en vista de que amenazaba ruina este vetusto edificio, fué trasladada la parroquia (1.° de Enero de 1837) á la hermosa iglesia de la Congregación de San Felipe Neri, de la cual he de hablar en otro capítulo. La de Santo Tomás quedó convertida en almacén de efectos estancados, y luego fué arrasada.

El clero de esta parroquia considera como una de sus glorias haber contado á San Vicente Ferrer en el número de sus beneficiados. Obtuvo en ella un beneficio cuando sólo tenía doce años, y lo renunció á los diez y siete para vestir el hábito de Santo Domingo.

San Esteban.—El Santo Protomártir es titular de la iglesia de Bagá, villa escondida en un rincón de la Alta Montaña de Cataluña. De allí pasó á esta parroquia valenciana. ¿Cómo? Lo explica una leyenda, de tan hermoso carácter medio-eval (si es lícito el neologismo) que no puedo resistir al placer de contarla.

Era en el siglo XII: D. Alfonso, el gran emperador de Castilla, batallaba con el rey moro de Granada. El conde de Barcelona fué en su ayuda. Embarcóse en una escuadra de naves catalanas y genovesas: almirante de las primeras era el esforzado Galcerán Guerau de Pinós. Al desembarcar éste en las risueñas playas de Almería, se aventuró tanto tierra adentro, que cayó

en poder de los sarracenos. Redoblaron los cristianos su esfuerzo y ganaron la ciudad. Al volver triunfantes á Barcelona, sólo turbaban el general regocijo las lágrimas de los señores de Bagá, ancianos padres del almirante cautivo. Propusieron el rescate al rey de Granada; éste, lastimado por la pérdida de Almería, pidió por el almirante cien mil doblas, cien caballos blancos, cien vacas bragadas, cien paños de oro de Tauris, y algo aún más preciado que todo eso: cien doncellas. ¡Rescate imposible! Los señores de Bagá lloraban su infortunio, cuando llegaron mensajeros de la villa. «De nuestras entrañas sacaremos el rescate de vuestro hijo, les dijeron; con nuestra carne y sangre libraremos á nuestro señor. Quien dos hijas tendrá, dará una; ó dos, si tuviere cuatro. Quien una sola hubiere, echará suertes con otro, que no tenga tampoco más que una sola, y al que le cupiere, la dará, y así haremos cumplimiento en las cien doncellas, para bien nacidas, pues darán ejemplo de amor y lealtad.» Saltáronle las lágrimas al viejo, y mojáronle la cara y las barbas blancas. No quería admitir que por recobrar él un hijo, perdieran sus hijas tantos padres. Insistieron ellos, diciendo que estaban resueltos, y tanto porfiaron, que reuniendo el resto del rescate, enviólo todo, con las doncellas, á Salou para embarcarlo. En esto, hallábase cargado de hierros el almirante en una mazmorra de Granada, con el señor de Sull, caballero de su casa. Las dulces memorias de la infancia. trujéronle á las mientes la iglesia de Bagá y á su patrono San Esteban. Encomendóse á él, y al punto vió aclararse la lobreguez del calabozo y aparecer el diácono bienaventurado, que tomándole de la mano, le abría la puerta. Caballeroso siempre, detúvose el almirante, viendo que no le seguía su compañero de cautividad. «Reclame él á su abogado,» dijo San Esteban. El caballero imploró á su patrono San Dionisio; vino éste y lo sacó de la prisión. En tan buena compañía, caminaron los dos amigos toda la noche; al rayar el alba, viéronse cerca de Tarragona. Grande fué su asombro; pero aún creció, al divisar tropel de gente, que se dirigía á Sa-

lou gimiendo y sollozando. Eran las cien doncellas del rescate y su séquito dolorido. Con gran lloro de compasión y de alegría, díjoles Galcerán: «Yo soy el que vais á rescatar: San Esteban me ha librado, y San Dionisio al señor de Sull (1); venid acá, hermanos; quitadme estos hierros, que aún llevamos, para mayor certificación del milagro» (2). Al entrar el Conquistador en Valencia, mosén Guillém Zaguardia, caballero del linaje de los Pinosos, le pidió que se consagrara al verdadero Dios una mezquita próxima á su domicilio: consintiólo el rey y quiso el caballero que se dedicase á San Esteban, que era, desde aquel prodigio, patrono de su familia.

Beuter, que lo refiere, añade que aquella mezquita, en tiempos del Campeador, había sido iglesia, con nombre de Nuestra Señora de las Virtudes, y que por eso se hizo en ella capilla á la Virgen con esta advocación. Apóyanlo la *Crónica general* y la del Cid; convienen ambas en que se tituló así una de las parroquias ó colaciones instituídas por el de Vivar, quien, por estar cerca de su alcázar, iba á rezar las Horas en ella más á menudo. En este templo, cuentan las historias, bendijo el obispo D. Jerónimo los desposorios de las hijas del Cid; en él fué depositado el cadáver del caudillo invencible, que aún había de ganar gloriosas batallas. Han discutido nuestros eruditos sobre el emplazamiento de aquella iglesia, y sobre si permaneció ó no, después de la retirada de los castellanos (3). Es indudable que

---

(1) Dicen las crónicas que el Señor de Sull tomó, por este hecho, el apellido de Miracle, y que descienden de él las familias que lo llevan en Cataluña y Valencia.

(2) BEUTER, *Coronica*, parte II, cap. 18.

(3) El Dr. Francisco Mira, cura de San Esteban, predicó en 1745 un sermón, que se imprimió aquel mismo año, en el cual quiso probar que el Cid levantó la Capilla de Nuestra Señora de las Virtudes donde estaba la del Cementerio de la parroquia, contiguo á la iglesia; que dominada otra vez la ciudad por los moros, conservaron los cristianos aquella capilla, y que en ella moraron los mártires franciscanos San Juan de Perusia y San Pedro de Sassoferrato. Negó estos asertos el cronista Sales en sus *Memorias históricas del Santo Sepulcro de Valencia*, en las cuales dedica un capítulo al «Examen del sitio y duración de la Iglesia de Nuestra Señora de las Virtudes.» Juan Bautista Vergara, fabriquero de San Esteban, repli-

volvió á ser mezquita, y parece seguro que era la misma que se dedicó luego á San Esteban.

De aquellos tiempos, queda la devoción, hoy muy apagada, á la Virgen de las Virtudes, que se venera en una de las capillas; aunque no es de la época del Cid, ni siquiera de la de D. Jaime, la pintura sobre tabla que la representa, obra, á lo más, del siglo XV. En la fábrica del templo tampoco quedan restos de la mezquita primitiva; fué reconstruído y renovado en 1472 (1), en 1515 (2), en 1610 y en 1689. Nada ofrece su exterior de artístico ó monumental: sus puertas, apenas decoradas, se abren en altas y lisas paredes de piedra. El interior es más grandioso: forma una sola nave, espaciosa y bien proporcionada, con capillas laterales y magnífica bóveda de crucería, único vestigio aparente de su construcción ojival. El churriguerismo lo cubrió todo con su profusa ornamentación plateresca. Á principios de este siglo quisieron limpiar la iglesia de esta hojarasca: comenzaron la restauración por la capilla mayor; decoráronla con pilastras severas de orden jónico; pintó López la bóveda con gallarda fantasía; trabajó Esteve en el altar, compuesto de cuatro hermosas columnas estriadas, que sostienen el ático, sobre el cual se yerguen las estatuas escayoladas de San Vicente Ferrer y San Luís Bertrán. Resultó una obra correcta, pero que comparada con el resto de la nave, llena aún de perifollos, parece fría, rígida y sosa. Lo peor del caso, es lo que costó esta *modernización*. Destruyóse el antiguo retablo, que estaba, según Ponz,

---

có con un folleto titulado: *El examinador reprobado en su mismo examen*, y replicó Sales á su vez con otro opúsculo: *El examinador confirmado en su mismo examen*. El P. Teixidor en sus *Antig. de Valencia* se ocupa de este debate y deduce que la iglesia dedicada por el Cid á Nuestra Señora de las Virtudes, fué convertida de nuevo en mezquita cuando la ciudad volvió á poder de los moros. En apoyo de su permanencia como templo cristiano, y de que morasen en él los dos mártires franciscanos, sólo puede alegarse la noticia, muy sospechosa, del P. Hebrera, cronista de la Orden franciscana.

(1) En esta época se agrandó la iglesia, añadiéndole el actual presbiterio.

(2) Comenzaron esta reconstrucción los notarios de la parroquia, entre ellos Juan Luís Bertrán, padre de San Luís. Siguieron después otros feligreses.

«ejecutado con capricho y adornado con estatuítas muy bien entendidas». Pero lo que más lo avaloraba, eran las pinturas. Joanes había representado en ellas la vida de San Esteban. Vendiéronlas para costear la obra; comprólas D. Carlos IV y las llevó al Museo Real. Hoy son los mejores cuadros que se admiran en él, del insigne pintor valenciano (1).

Aquellos dos dominicos bienaventurados y famosísimos, cuya efigie vemos sobre el ático del altar mayor, son la gloria de la parroquia de San Esteban. Nacidos en ella, recibieron el agua regeneradora en su pila bautismal, que quedó desde entonces doblemente santificada y ha sido objeto de especial devoción (2). Á comienzos del siglo XVII el venerable Fr. Domingo Anadón, religioso muy respetado, de la misma Orden de Predicadores, fundó una Administración de la Pila de San Vicente Ferrer. Formábanla doce notarios y doce oficiales de los gremios más distinguidos. Aquella Junta (sustituída hoy por el Colegio Notarial) cuidaba de la capilla donde se conserva la pila histórica y

(1) Compró el rey estos cuadros en 1801: son cinco, y figuran en el Museo con los números 749 y siguientes hasta 753. Representan á San Esteban predicando en la Sinagoga, acusado de blasfemo en el Concilio, conducido al martirio, en el acto de ser martirizado, y el entierro del Santo. De un retablo anterior á la época de Joanes, que estaba en la capilla mayor, procede una hermosísima pintura en tabla, de San Pedro, sentado en la cátedra y coronado con la tiara pontificia, que se conserva en la sacristía de la iglesia, donde hay también otros curiosos cuadritos á la encáustica. En el presbiterio hay dos lienzos de Espinosa: San Lorenzo martirizado, y Santa Teresa de Jesús, mejor el primero que el segundo.

(2) El historiador Escolano, que fué rector de esta parroquia, dice, hablando de la devoción creciente á la pila donde fué bautizado San Vicente Ferrer: «En años atrás nos obligaron los bretones á cubrirla y guarnecerla muy bien, porque como tienen su bienaventurado cuerpo en Vannes, ciudad de la Bretaña, juzgando por divina la fuente de donde tanta santidad había manado, siempre que aportaban á Valencia venían con mucha devoción á visitarla; y llegados á la calle de la iglesia de San Esteban, se arrodillaban, y de rodillas caminaban hasta llegar á la pila, y besándola muchas veces, la desmoronaban á martillazos, y llevaban por reliquias.» La beatificación y la canonización de San Luís Beltrán, aumentó después la devoción popular. También fueron bautizados en esta pila el Beato Nicolás Factor, y los Venerables D. Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente; Fr. Francisco Dabón y Fr. Marcos Antonio Alós, trinitarios descalzos; Fr. Vicente Orient, recoleto; Gonzalo de Hijar, antes conde de Alcudia; D. Luís Crespo de Borja, obispo de Plasencia y Orihuela; D. Acacio March de Velasco, obispo de Orihuela, y D. Juan Vives de Cañamás.

se da culto á los dos Santos en ella bautizados. Á su cargo está la antigua y popular fiesta de los Bultos (1). El día de San Vicente se colocan sobre un estrado, dentro de la iglesia, las figuras que representan el bautizo del Santo. Llévalo en brazos la comadre, y formados en fila están á su lado, el cura, los padrinos, el virrey con los jurados, la virreina con sus damas y sus esclavos negros, el sacristán y los monacillos: maniquís, todos ellos, vestidos con impropiedad estupenda, y que son contemplados con regocijo por la muchedumbre indocta y curiosa (2).

Los restos mortales de San Luís Bertrán han sido recogidos por su parroquia natal. En 1835, cuando la revolución arrojó á los Padres predicadores del convento de Santo Domingo, que con suma veneración los guardaba, fué trasladada á esta iglesia la urna que los contiene. En nuestros días se ha restaurado y embellecido la capilla donde se conserva aquel momificado cadáver, en el cual la severidad de la penitencia se había anticipado al estrago de los años (3).

SAN NICOLÁS.—La memoria de Calixto III, que fué rector suyo, y los cuadros de Joanes, que la convierten en rica pinacoteca, son las glorias principales de esta iglesia parroquial, dedicada á San Nicolás, obispo de Bari, y á San Pedro de Verona,

(1) No consta cuándo comenzó; pero existía ya en 1599, porque en el libro ms. de Felipe Gaona sobre las bodas de Felipe III, se consigna que este monarca fué á ver los Bultos del bautizo de San Vicente.

(2) El arzobispo Mayoral, para evitar irreverencias, dispuso que los Bultos se colocasen á la parte exterior del templo; opusiéronse los notarios; los amparó en su posesión la Real Audiencia, y hubo un pleito largo y reñido, que terminó prevaleciendo la antigua costumbre.

(3) El 4 de Agosto de 1835, día de Santo Domingo, los padres predicadores celebraron la fiesta de su patrón, y dejando los hábitos monacales, salieron del convento, donde ya era peligroso continuar, y se dispersaron. La iglesia quedó abandonada, y algunas personas devotas de San Luís gestionaron la traslación de sus restos á la iglesia de San Esteban. Fueron colocados en la capilla de la Comunión. Después se les destinó la que ahora ocupan, construyéndose un retablo bizantino, en donde pintó la imagen de San Luís D. Carlos Giner.

mártir (1). Antes de ocuparnos de las memorias que dejó en ellas el Pontífice valenciano, y de las admiradas obras del gran pintor, digamos algo de la fábrica del templo.

Era éste pequeño y pobre, como todas las iglesias construídas en Valencia al tiempo de la reconquista; agrandóse y reconstruyóse á mediados del siglo XV, durante el segundo período de la arquitectura ojival. Como casi todas las de aquella época, tuvo una sola nave con bóveda de arcos apuntados. Igual carácter tuvieron las puertas, de las cuales aún se conservan en el mismo estado la principal, al extremo inferior de la nave (2), y la lateral, que da salida á la plazuela llamada también de San Nicolás (3). Son de traza elegante y severa, con múltiple archivolta, sobriamente labrada. En el interior del templo entró victorioso el barroquismo á fines del siglo XVII, y lo desfiguró por completo. Todas las exageraciones del ornato borrominesco tuvieron cabida en esta restauración deplorable. Después de llenar los muros de talla pesadísima, acordóse pintar la techumbre, cubriendo con bóvedas falsas las gallardas aristas de los arcos de piedra. Admiraba entonces Valencia los frescos con que

(1) Dice Escolano: «La Parroquia de San Nicolás fué primero un oratorio que nuestros primeros pobladores dedicaron á honor de San Pedro Mártir antes del año 1268.» Y añade Diago: «Cobrósele al Santo particularísima devoción en Valencia, y fué parte para que el pequeño oratorio se trocase en iglesia, hasta llegar á ser una de las parroquiales. Después se le dió á San Pedro Mártir por compañero en aquella iglesia al bienaventurado obispo San Nicolás; y sin embargo de eso, se dijo de San Pedro Mártir absolutamente, así como ahora, aunque persevera este santo en estar á mano derecha de San Nicolás, no se llama comunmente sino de San Nicolás.» Contra estas noticias está la escritura, tantas veces citada ya, de 1245, en la cual firma *Raymundus Rector Ecclesiae Sancti Nicolai.* No podía estar dedicada en aquel tiempo á San Pedro Mártir, pues este santo no murió hasta 1252.

(2) Diago dice que costeó la portada de los pies de la iglesia una mujer devota de San Pedro mártir, la cual, habiendo parido un feto sin forma humana, lo llevó á la iglesia y lo puso sobre el altar del santo, y luego se trocó en un niño hermoso y vivo; en memoria de ello hizo poner de relieve en la clave de la puerta la figura de un plato con un pedazo de carne. El poeta Jaime Roig, que fué fabriquero de esta parroquia, escribió también este prodigio en el libro de Fábrica.

(3) En 1861 se ha restaurado esta puerta y se ha reconstruído el muro exterior dándole carácter ojival.

estaba decorando Palomino la iglesia de los Santos Joanes. Era un arte nuevo. El cura de San Nicolás encargó empresa igual al profesor eximio; pero éste, que debía volver pronto á Madrid, sólo aceptó la dirección y el diseño, fiando su ejecución á un pintor valenciano, Dionisio Vidal, su discípulo predilecto. Demostró éste haber aprovechado bien las lecciones recibidas; pero su obra, muy apreciable, no tiene el lucimiento de la de su maestro. Amengua también su efecto la estructura de la bóveda, cuyos cascarones, ajustados á los antiguos arcos ojivales, no ofrecían al pincel campo despejado, como en aquel templo.

El caudal artístico de la iglesia de San Nicolás está en el presbiterio. Al lado del altar mayor, fábrica barroca, sostenida por columnas salomónicas, en las cuales se enroscan parras cargadas de pámpanos y racimos (1), hay dos retablos con diez y ocho pinturas primorosísimas. Hubo en este sitio dos capillas de la Santísima Trinidad y de San Miguel Arcángel, ambas del gremio de *pelaires;* desaparecieron al renovarse la iglesia, pero quedaron dentro del coro los retablos, que han sido restaurados en 1867, conservando en ellos los escudos de aquella corporación. Estas pinturas bastarían para la gloria de Joanes, aunque no tuviera otras. ¿Son todas de su mano? Dúdanlo los críticos. Ayudándole, como consta que le ayudaban, su hijo Juan Vicente y sus dos hijas, y siendo tantas las obras suyas, que no bastaría para ellas la vida de un hombre, hay que creer que no estaba ejecutado exclusivamente por él todo lo que salía de su taller. Estos mismos cuadros, pintados sin duda bajo su dirección, no todos acusan la misma perfección. Pero los hay de dibujo tan estudiado y tan correcto, de cabezas tan expresivas, de actitudes tan nobles, de factura tan acabada, que deben colocarse entre sus principales creaciones. La Cena, sobre todo. La

(1) En este altar, el lienzo que cubre el nicho principal es obra de Vergara, pintada en muy pocos días. Representa á los santos titulares de la iglesia, y es de lo más valiente que he visto de este pintor.

celebérrima de Leonardo de Vinci no la aventaja. Es un cuadrito que reune en breve espacio cualidades asombrosas. Joanes, cuyas figuras suelen adolecer de inmóviles y frías, no demostró nunca tanta viveza y movimiento en la composición, tanto calor y tanta vida en sus personajes. Jesucristo es uno de esos majestuosos, serenos y apacibles Salvadores, que tan bien pintaba; San Juan reclina dulcemente su soñadora cabeza angélica sobre el hombro del divino maestro; y los demás Apóstoles, de aspecto rudo, pero inspirado, manifiestan con animación admirable los afectos que les conmueven, desde la decisión valerosa de San Pedro hasta la perfidia helada de Judas. Cean Bermúdez dice que esta Cena es la mejor obra que se conoce de Joanes: quizá tenga razón (1).

No son los cuadros de estos dos retablos los únicos de artista tan ilustre, que hay en San Nicolás. En la sacristía guardan dos custodias de plata, en las cuales vemos dos cabezas de Jesús y de María, pintadas sobre tabla, con extremada suavidad y limpieza de tintas. También son de Joanes. La cabeza de Jesús tiene el mismo tipo de sus Salvadores; la de María, de honestísima belleza, recuerda más las vírgenes bizantinas que las gracio-

(1) En su *Diccionario histórico* describe así estos dos retablos: «En el altar colateral del lado del Evangelio, que está dentro del presbiterio, hay una excelente cena del Señor, cubierta con un tablon, en que se figura la formacion de Eva, y Adan dormido en un fresquísimo país: la cena es la mejor pintura que se conoce de Joanes. Á los lados de ésta hay otras dos, tambien de asuntos de la creacion. Existen en este mismo altar otras cuatro tablas que representan: la primera, los cuatro doctores; la segunda, los apóstoles; la tercera, varios santos mártires, y la cuarta, diferentes santas vírgenes: todas las figuras en pie, con buenas y airosas actitudes; y en el remate la coronacion de nuestra Señora. En el otro colateral del lado de la epístola están la anunciacion de la Virgen, el nacimiento del Señor, la adoracion de los Reyes, la batalla de san Miguel con el demonio, otra al parecer de Josué, la procesion que dispuso San Gregorio para libertar á Roma de la peste, y la otra que fué al santuario de San Miguel en el monte Gárgano; y por remate la circuncision del Señor: todas se tienen por de Joanes, pero no llegan al mérito de la Cena.» De esta cena dice Ponz que en ella echó Joanes el resto de su habilidad en la invención, corrección, expresión, y en lo bien pintado y concluído de cada figura. «Esta obra, añade, es de aquellas que constituyen á sus artífices en el primer grado de habilidad, y de ella se puede decir que es una joya de gran precio.»

sas *madonnas* italianas. En cambio, es completamente rafaelesca una Sagrada Familia, que está en la misma sacristía, obra de Joanes asimismo. La Madre de Dios es muy parecida á Nuestra Señora de la Leche (que hemos visto en la iglesia de San Andrés), aunque no tan acabada. Un Salvador, que estuvo en el tabernáculo del altar mayor, y ahora se conserva en la sacristía, me parece más bien imitación de Joanes que obra suya, aunque se la atribuyan Ponz y Cean Bermúdez. Anda también en dudas si son suyos el cuadro grande y catorce pequeños, que forman un precioso retablo en la capilla del Cristo. De su escuela son, indudablemente; y algunos tan excelentes, que parece verse en ellos la mano del maestro. En cambio, aunque se sabe que la hizo él, no puede figurar entre sus mejores obras una Purísima Concepción, que estaba en la iglesia de la Compañía, en un altar que daba á la calle, y la recogieron en esta iglesia. Dícese que es la primera que pintó para los jesuítas, y que, no satisfaciéndole, volvió á comenzar la tarea, con tal fortuna, que resultó su nueva obra uno de sus cuadros más admirados y famosos.

Otro gran pintor valenciano, Jacinto Jerónimo Espinosa, tiene en este templo uno de sus buenos lienzos: el martirio de San Pedro de Verona, escena de vigorosa realidad, en la cual emula con las de Ribera la cabeza del santo dominico en el trance supremo de su trágica muerte. Son de Espinosa también tres cuadritos muy hermosos que hay en el mismo altar, con figuras pusinescas. Es notable, porque de este autor se conservan pocas obras de tan breve tamaño. En un gran medallón pintado en el fondo de la nave, sobre la puerta principal, se ve el retrato de un Pontífice Romano. Es Calixto III. Su efigie nos recuerda que fué rector de esta parroquia. Dióle esta prebenda el Papa Martino, por renuncia que hizo de ella el cardenal Alemán Adimari en 1419. Atribúyese vulgarmente á gratitud de este Pontífice un privilegio que goza el clero de San Nicolás: no tiene rector; forma una especie de república, y elige todos los años un vice-rector, que gobierna la parroquia. Pero

esta franquicia la obtuvo en época bastante posterior; otorgósela Paulo III en 1547. El Papa Calixto no olvidó empero su rectoría: envió á su antigua iglesia varias preseas, entre ellas un precioso cáliz pontificio, que se usa solamente el día de Jueves Santo. Es de plata sobredorada, y de gran valor artístico. Hay aún rasgos de la orfebrería gótica en la traza del pedestal; pero domina ya el renacimiento en los adornos. Recuerdan el arte gentílico las cabecitas de carnero que alternan con otras de serafines en la copa del cáliz, y los delfines, con graciosos angelitos cabalgando en ellos, que decoran su cuello. En el pie hay unas medallas de plata grabadas, con pasajes de la Pasión y otros asuntos religiosos. En una de ellas están San Nicolás y San Pedro, titulares de esta iglesia: esto prueba que el cáliz fué construído *ex-profeso* para ella. En el bien provisto guardajoyas de esta iglesia hay otra obra de arte, que no mencionan las *Guías*, y que merece la reproducción de su elegan-



CÁLIZ DE CALIXTO III

tísimo diseño. Es un relicario de *lignum crucis*, enriquecido con perlas y piedras preciosas, gallarda muestra del gusto gótico en el período último de su brillante desenvolvimiento.

Hijo de esta parroquia fué el Beato Gaspar Bono, aquel valeroso soldado de caballería, convertido después en religioso mínimo ejemplar. En la calle de Cañete se señala aún la casa modestísima en la cual nació. Diré algo de él al hablar del convento de San Sebastián, donde fueron admiradas sus virtudes y se conservaron por largos años sus restos mortales. Cerrado el convento, trajéronse á la iglesia en que recibió el agua bautismal, y están hoy en una de sus capillas. El cuadro que representa en ella el feliz tránsito del Beato, es copia, hecha por D. Rafael Montesinos, del que estaba en la capilla de San Sebastián, obra de Maella (1).

RELICARIO GÓTICO DE LA IGLESIA DE SAN NIÇOLÁS

(1) Está hoy en el Museo de Pinturas.

San Salvador.—La Virgen de los Desamparados y el Santísimo Cristo de San Salvador son, para muchísimos valencianos, las dos imágenes más veneradas; atribuyen á entrambas origen sobrenatural. La tradición piadosa no está apoyada en documentos históricos, y la crítica exigente de nuestros días reduce á la categoría de popular leyenda lo que fué para nuestros antepasados creencia indiscutida.

Generalizóse mucho en la Edad-media la historia prodigiosa del Cristo de Berito (Beyrut), contada en el segundo Concilio ecuménico de Nicea por Atanasio, obispo de Siria, y admitida en el Martirologio Romano con el nombre de *Passio Imaginis Salvatoris*. Afirmábase que un cristiano poseía en aquella ciudad un crucifijo, procedente de Jerusalén y obra de Nicodemus. Dejólo olvidado, al cambiar de domicilio, y no lo advirtió un judío, que entró á vivir en la misma casa. Un día, que el nuevo habitante había convidado á algunos compañeros suyos, vieron éstos la sagrada efigie y recelaron apostasía en el dueño de la casa, quien, sorprendido y ansioso de vindicarse, unióse á sus comensales para entregar el Cristo á los rabinos. Lleváronlo á la sinagoga y repitieron con él los ultrajes del Calvario. ¡Cuál sería su asombro, al clavarle la lanza en el costado, viendo brotar sangre y agua en copioso caudal! Recogieron, dudosos y espantados, el extraño licor, y crecieron las maravillas al aplicarlo á los enfermos, pues todos sanaron de repente. Convirtiéronse los judíos de Berito; colocóse la ultrajada imagen en un templo magnífico, y la sangre milagrosa se repartió, como reliquia preciadísima, entre varias iglesias de Oriente y Occidente. Esta es la historia que se extendió por toda la cristiandad. Vengamos ahora á la tradición valenciana.

Contábase que en 1250 contemplaban temerosos los valencianos una terrible avenida del Turia. De pronto vieron que flotaba y subía contra la corriente una cruz, llevando al extremo de sus brazos dos luces encendidas. En la cruz estaba clavada la imagen de Cristo; sólo le faltaba el brazo derecho. Detúvose

en la margen derecha del río, junto á la puerta antiquísima de la Trinidad; sacáronla del agua y la depositaron, al pronto, en la casa del Cid; lleváronla después en procesión solemne á la iglesia mayor, y la dejaron en una capilla. Á la mañana siguiente, no estaba allí. Encontráronla en una ermita, dedicada á San Jorge, cerca de la citada puerta de la Trinidad (1). Tornáronla á la Catedral, y de nuevo apareció en la ermita. No se atrevieron á contrarrestar más aquel prodigio. Quedó allí el crucifijo; convirtióse la ermita en iglesia parroquial, con el título del Salvador, y comenzó la veneración á la imagen milagrosa, veneración que subió de punto, al averiguarse que era el Cristo de Berito, arrojado al mar por los musulmanes, al entrar victoriosos en aquella ciudad.

Esta es la leyenda portentosa del Santísimo Cristo de San Salvador, que encontramos admitida y arraigada en el siglo XVI, y que se esforzó en probar con mayor celo que fundamento uno de los escritores valencianos más piadosos y crédulos del siglo siguiente, el Dr. D. Juan Bautista Ballester (2), arcediano de Murviedro en el Cabildo metropolitano, calificador y juez del Santo Oficio, y rector que fué de la iglesia de San Salvador (3).

---

(1) En aquel punto estaba un torreón de la muralla, situado á la izquierda saliendo por la puerta de la Trinidad: en ese torreón se puso una lápida conmemorativa con la imagen de Jesús Crucificado. En 1663, al construir los pretiles nuevos del río, mandó el Consejo que se hiciese *un casilici en memoria y representació de tan gran milacre*. Como se ha dicho en el cap. XIV, representóse en este templete al Cristo, y arrodillado á sus pies al arzobispo Santo Tomás. En 1809 fué derribado el casilicio y enterradas las estatuas. Aún se conserva en el pretil el estribo de piedra sobre el cual se asentaba este monumento. Los escritores del siglo XVIII, que pusieron en duda, como veremos después, la tradición de la venida milagrosa del Cristo, explicaban la existencia de la lápida primera del torreón, diciendo que significaba solamente pertenecer á la parroquia del Salvador aquella parte del circuito de la ciudad.

(2) *Identidad de la Imagen del Santo Christo de San Salvador de Valencia, con la sacrosanta Imagen de Christo de la ciudad de Berito en la Tierra Santa*, Valencia, 1672.

(3) Por haberse agotado en las librerías la obra del arcediano Ballester, publicó D. Josef Vicente Ortí y Mayor en 1709 la *Historia de la milagrosa Imagen de el Santo Christo de San Salvador de Valencia*, que está basada en aquella. En 1825

No prestaban tanta fe á esas tradiciones los historiadores de época anterior. Escolano dió por sentado, sí, que vino por el río el crucifijo, pero de los prodigios que acompañaron su venida, declara que no hay escritura auténtica que los diga, y añade que se contaban de diferentes maneras. La versión de que era la imagen de Berito, ni siquiera la menciona. Observa que tampoco quedó escrito el año que se verificó el sucèso. Supone que fué el de 1250, porque un documento de esta fecha da ya el nombre de San Salvador á la iglesia que, según afirma Beuter, fué la primera mezquita bendecida, después de la mayor, con título de San Jorge (1), título que cambió al recibir el venerado crucifijo. Pero, es el caso, que la iglesia de San Salvador, ó tuvo este nombre desde que se bendijo, equivocándose Beuter en su noticia, ó lo tomó muy pronto. No sólo se encuentra citada ya con él en la escritura de convenio de 1245, sino también en documentos de 1239, al año siguiente de la reconquista (2). Cae, pues, por su base la conjetura que sirvió á Escolano para determinar el año de la venida del Cristo. Lo cierto es que este suceso no aparece mencionado en historias de aquella época, y que la devoción popular á esa imagen es muy posterior, no habiéndose extendido y afirmado hasta el siglo XVI, cuando, con motivo de la reconstrucción de la iglesia, el arzobispo Santo Tomás de Villanueva puso por sus propias manos en el nuevo altar el pesado crucifijo.

D. Carlos Gallardo dió á luz un ***Resumen histórico de la portentosa Imagen del Santísimo Cristo de San Salvador.*** Habíanse hecho ya entonces objeciones á la tradición popular, y Gallardo contesta á ellas con bastante habilidad. Esta obra se reimprimió en 1850, con motivo de celebrarse el VI centenario de la venida de la Imagen. Este mismo año publicó otro ***Resumen de la historia del Smo. Cristo del Salvador, de Valencia***, el Dr. D. Joaquín Hernández, cura de la misma iglesia, y que fué después obispo de Segorbe.

(1) «Entendió despues el Rey en las Iglesias que se habian de edificar de nuevo, ó bendezir, espiando las Mezquitas do se hiziera la çala. Primero se bendixo una que estaua cerca de la que fué Iglesia mayor: consagrándola á honra del glorioso señor San George el Arçobispo de Tarragona.» Así dice Beuter, y añade poco después que esa iglesia «es la que agora llamamos de San Salvador.»

(2) En el registro *Super domibus Valentiae sub o era 1277, 5 idus Aprilis anno Domini 1239.*

En el siglo XVIII el espíritu de crítica y de investigación que surgió dentro de los mismos claustros, destruyó la conseja popular, convertida ya en aceptada tradición. El P. Teixidor, escrutador concienzudo de las antigüedades valencianas, advertía la falta de fundamento histórico en la creencia vulgar (1), y el P. Villanueva, erudito autor del *Viaje literario á las Iglesias de España,* apoyándose en las observaciones de aquel docto dominico, y alegando que no se ajustaban al Cristo del Salvador las circunstancias del de Berito (2), negaba ya sin rebozo la identidad de ambos simulacros. Un autor, hoy olvidado, el monje del Cister, P. Fr. Muñiz, explicaba el origen del venerado en Valencia, sin intervención alguna sobrenatural. Decía que en el siglo XIII se daba culto á la imagen de Cristo Crucificado en una capilla del trasagrario de la Catedral, junto á la del apóstol San Jaime (3). Este Cristo representaba al de Berito, y por eso

(1) En sus *Observaciones Críticas* rectifica alguno de los errores en que incurrió el P. Ballester, y dice que, habiéndose indicado que en el archivo de la iglesia de San Salvador había pergaminos que por su antigüedad no se podían leer y se creía que eran la historia de Cristo, examinó dicho archivo, y no halló documento alguno referente al origen de la venerada imagen, siendo de notar que entre las muchas fundaciones de obras pías, no aparece mencionada hasta 1548, fecha que coincide con la época en que se extendió su devoción. «Yo tenia mucho escrito sobre esta tradicion y los autores que la siguen, dice, y lo omito aquí, porque no faltó quien me dixesse, que assí me tendrian por contrario de ella, y sin provecho. No soi contrario, y sabe Dios el afan con que me he aplicado para encontrar instrumentos que le dieran mayor peso de credulidad; pero en vano.»

(2) Dice el P. Villanueva (tomo I, carta 7), que la imagen de Berito no era corpórea, sino pintada, *(in tabula quidam erat ad vivum depincta)*; que no pudo ser del tamaño del Cristo de San Salvador, porque en ese caso no hubiese estado inadvertida en la casita *(cellula)* del judío; y que, por otra parte, la efigie de Berito se conservaba aún en aquella ciudad. Y después de consignar que no hay memorias antiguas que confirmen la supuesta venida del Crucifijo, concluye así: «En resolucion, yo creo que esta imagen y su fiesta no tuvieron otro origen que la devocion de esta ciudad y sus obispos; los cuales, como ya dixe, en desagravio del descomedimiento de los judíos de Berito establecieron tal vez esta fiesta anual, á imitacion de los pueblos de Oriente y de Occidente, que desde luego la habían instituído por encargo del Metropolitano de aquella iglesia. Por lo demás, me consta que los piadosos literatos de esta ciudad no dan oídos á los que, según la expresión de D. Lucas de Tuy, *dicunt aliqua esse fingenda, licet vera non sint, ad Christi nominis gloriam dilatandam... Veritas namque cum sit, vult veridicis praeconiis collaudari.*»

(3) La actual capilla de San Dimas, el Buen Ladrón. El P. Teixidor dice que

se llamaba aquella capilla *De Passione Imaginis*. Envió el rey San Luís de Francia al obispo y al cabildo de Valencia una espina de la corona del Señor; púsose esta reliquia en aquella capilla, que en lo sucesivo se llamó *de la Santa Espina*, y el crucifijo fué trasladado entonces á la iglesia de San Salvador. «Consta esto, dice el P. Muñiz, de un manuscrito antiguo, que posee D. Josef Ortiz (1).» Parece verosímil esta versión; pero no he de darla por segura, no pudiendo apreciar los datos del manuscrito citado por el crítico cisterciense (2). Recordaré, para remate de este asunto, que del famoso Cristo de Balaguer cuentan en Cataluña la misma historia que en Valencia del nuestro de San Salvador. Suponen también que es el de Berito; que vino de allá por mar, y que subiendo contra la corriente por el Ebro y el Segre, fué á parar al convento de religiosas clarisas, donde recibió culto. Y aun hay en la Seo de Urgel otro Crucifijo, al que se aplica idéntica tradición, sin más variante que ser una comunidad de frailes y no de monjas la que lo recogió: leyendas devotas, cuyo origen fantástico no debe amenguar la piedad con que son veneradas estas efigies, no por lo que son, sino por lo que representan, y también por el prestigio que les da la devoción ardiente de luengas generaciones.

En Valencia, desde los tiempos de Santo Tomás de Villanueva, ha ido en aumento esa devoción al Santísimo Cristo de San Salvador: en todas las épocas calamitosas han visitado las procesiones de rogativas su afamada iglesia; y ésta, favorecida

---

en su tiempo (escribía esto en 1767). se mudó el antiquísimo retablo, con sentimiento de muchos, para poner el altar nuevo con la antedicha imagen.

(1) *Medula historica cisterciense* (impresa en Valladolid, 1791), tomo VIII, cap. 10.

(2) El P. Muñiz fué abad de los monasterios cistercienses de Rioseco, Sacramenia y San Martín de Castañeda, en la Congregación de Castilla, y confesor en el de Santa María la Real de Huelgas. D. José Ortiz, á quien cita en este pasaje de su obra, debe ser D. José Mariano Ortiz, valenciano muy erudito y rebuscador de documentos antiguos, á quien he mencionado ya, como diligente compilador, en otros capítulos de este libro.

por los prelados, por la ciudad y por las personas piadosas, ha sido renovada y embellecida. El templo primitivo era muy pequeño; ensanchóse y reconstruyóse en el siglo XVI, alcanzando entonces las dimensiones que hoy tiene (1). Durante la siguiente centuria se renovó otra vez, por instancias del venerable Domingo Sarrió (2). Entrada ya la XVIII, pintó Juan Conchillos, discípulo de Esteban March, el milagro de Berito y la llegada del Cristo á Valencia, en dos grandes lienzos, que se pusieron á los lados del presbiterio, y esculpió Leonardo Capuz las imágenes de San Vicente Ferrer y Santo Tomás de Villanueva, que se colocaron allí también (3). Estas dos estatuas, excelentes, y aquellas dos pinturas, muy mediocres, fueron respetadas en la renovación última y completísima de la iglesia, hecha de 1825

(1) Puso la primera piedra de esta obra, en 1538, el obispo auxiliar de Valencia D. Francisco Estanya, y se concluyó en 1549, en cuya fecha se celebró solemnísimamente la traslación del Cristo á su nuevo altar, haciéndola con sus propias manos, y á pie descalzo, el santo arzobispo Fray Tomás de Villanueva, como queda dicho.

(2) Fué este Venerable uno de los sacerdotes que mayor fama de santidad alcanzaron en Valencia durante el siglo XVII. Nació en Alacuás el año 1609, y murió en Valencia el 1677. Era beneficiado de la catedral, presbítero de la Congregación de San Felipe Neri, celosísimo promovedor de toda obra piadosa, y de tan prudente consejo, que se le consultaba para todo negocio arduo. Rehusó las mitras que se le ofrecieron. El virrey, marqués de Leganés, escribía á Felipe IV que le pedía parecer sobre la provisión del arzobispado de Valencia: «Vuesa Magestad ¿quiere poner un segundo Santo Tomás de Villanueva en esta silla? Coloque en ella al Dr. Domingo Sarrió.» Este buen sacerdote, habiendo tenido que predicar, en 1662, en la fiesta principal de la iglesia de San Salvador, excitó el celo de sus oyentes para que renovasen aquel templo, y en cuatro años quedó completamente reformado, según el gusto de la época. El retablo mayor se hizo en 1670. Está dibujado en el libro del arcediano Ballester. Escribió la vida del venerable Sarrió su director espiritual el Dr. Antonio Jordán Selva, y la publicó en Valencia, 1678, con este título: *Sumario de la maravillosa Vida, y heroycas virtudes del Ven. P. Doctor Domingo Sarrió, ilustrado con Doctrinas morales para el aprovechamiento de las almas.*

(3) El motivo de haber puesto allí estas estatuas, fué una visión que tuvo la Beata Sor Inés de Benigánim. Soñó que brotaba sangre del costado del Cristo, y que recogiéndola San Vicente y Santo Tomás, la distribuían entre los devotos de la milagrosa imagen. Escritores del siglo XVII han supuesto que San Vicente fué muy devoto de esta imagen del Crucificado. Es un error: en tiempo del ilustre dominico, aún no se había manifestado esta devoción, tan generalizada después.

á 29. Esta renovación es obra de buen gusto, aunque de escaso carácter religioso. Si quitásemos al templo del Salvador los altares, podría servir para salón regio. Forma una sola nave rectangular, con capillas laterales y el presbiterio en el fondo. La bóveda es de medio punto con lunetos y claraboyas. Columnas magníficas de jaspe rojo, con chapiteles dorados, resaltan fastuosamente entre las capillas. Los muros, estucados de blanco, están ornamentados de oro con sobria elegancia. Pintó los medallones de la bóveda D. Vicente Castelló; el del presbiterio D. Francisco Llácer. El altar mayor, del mismo gusto correcto, está formado por seis columnas, también de jaspe rojo, que sostienen el cornisamento, sobre el cual, en el tímpano de un arco en plena cimbra, está representado de relieve el Salvador.

En el nicho del altar, contrastando con el aspecto pulido de la iglesia, donde todo es nítido y flamante, está la imagen vetusta y lúgubre del Santísimo Cristo (1). Es una de aquellas imponentes esculturas de la Edad-media, en la que se adunan realismo tosco y expresión ascética. Largas melenas y barbas de cabello natural contribuyen al efecto que produce la cabeza pálida y triste del Crucificado. Parece que sea sangre reciente la que mana de sus heridas. Los pies están retorcidos y clavados en la cruz de manera desusada. Hay algo de tétrico y pavoroso en la impresión que produce esta efigie del Señor, en la cual el P. Villanueva, al negar el fundamento del milagroso origen que se le atribuye, encuentra, sin embargo, «un dispertador de la compunción y del fervor del espíritu, que debe vivir siempre en nosotros.»

(1) El nicho para el crucifijo era más pequeño en este retablo que en el anterior, por lo cual se hubo de cortar un pedazo de la cruz, por su extremo inferior: el cabildo hizo construir de aquella madera dos cruces, que guarda en el relicario de la Catedral. En una de las capillas de esta iglesia del Salvador hay una imagen antigua de la Virgen María, pintada en tabla. Parece del siglo XV. La titulan Nuestra Señora de Covadonga.

SAN LORENZO.—En las familias numerosas, entre muchos hermanos ricos, siempre suele haber alguno pobre. Este papel le ha tocado, entre las parroquias de Valencia, á la de San Lorenzo mártir. En el recinto murado de la ciudad tenía corta feligresía, en un barrio excéntrico; la mayor parte de sus parroquianos eran (y son todavía) labradores pobres de la huerta. Nada hay notable en la iglesia: ni cuadros de mérito, ni primorosas imágenes, ni alhajas antiguas, ni recuerdos históricos de importancia (1). El edificio, de modesta construcción y traza vulgar, tampoco merece una visita. Pasémoslo por alto, y dirijámonos á otro templo parroquial, que ha ocupado largamente á nuestros cronistas y anticuarios.

SAN BARTOLOMÉ (2).—Una sola iglesia había en Valencia cuando entró D. Jaime de Aragón en la ciudad conquistada: la antiquísima del Santo Sepulcro, la única respetada por los musulmanes, y en torno de la cual se agrupaba el barrio de los cristianos. Al día siguiente de la entrada, oyó el rey misa en ella (3). No consta cómo se gobernaba entonces: sí que la confió el monarca á los canónigos seglares del Santo Sepulcro, á

(1) Aunque algunos autores han creído que esta iglesia era de fundación bastante posterior á la reconquista, convence de lo contrario el registro *De Domibus Valentiae* (ya mencionado), en el cual consta la donación de una casa *Ecclesiae Sancti Laurentii*. El rector de San Lorenzo firmó también la concordia de 1245.

(2) Sobre la interesante historia de esta iglesia da mucha luz la erudita obra de D. Agustín Sales, cronista de Valencia, titulada: *Memorias históricas del antiguo Santuario del Santo Sepulcro de Valencia*, impresa en esta ciudad el año 1746. Sales era presbítero de la iglesia de San Bartolomé, y examinó detenidamente su archivo.

(3) Beuter, que creyó equivocadamente haber sido víspera de San Miguel el día de la entrada del Conquistador de Valencia, después de referir la bendición de la mezquita mayor y cómo se hospedó el monarca, continúa así: «Al otro día, que fué miércoles día de San Miguel, fué á misa el Rey á la Iglesia de los Rabatines (como llamaban los Moros á los Christianos que vivían entre ellos), era llamada del Sepulchro, es la que hoy dezimos de San Bartholomé, que nunca fué Mezquita, y aconsoló mucho á los Christianos que allí se hallaron, dandoles limosnas, y prometiéndoles parte en la tierra que partiría.»

cuyo instituto se ajustaba bien por su advocación aquel histórico templo.

Los canónigos del Santo Sepulcro habían sido establecidos en Jerusalén por Godofredo de Buillón para que guardasen la tumba de Jesucristo, cuya ansiada conquista había armado la hueste numerosísima de la primera Cruzada. El Patriarca hierosolimitano, de quien dependían, les dió la regla de San Agustín. Poco tiempo después, fallecía sin sucesión el monarca aragonés D. Alfonso I, y dejaba su reino, partido en tercios, á los caballeros del Temple, á los del Hospital, y á aquellos monásticos canónigos. No podía prevalecer, y no prevaleció tan extraña donación. Los canónigos del Santo Sepulcro negociaron con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, la cesión de su derecho. Obtuvieron en cambio extender su comunidad por Cataluña y Aragón. Sus casas principales fueron la de Santa Ana, en Barcelona, y la del Santo Sepulcro, en Calatayud. Como las demás órdenes monásticas, ayudó y sirvió ésta al Conquistador, quien le dió en pago, no sólo el santuario que encontró subsistente en Valencia, sino también la nueva iglesia parroquial, que se le agregó desde luego (1) con el título de San Bartolomé apóstol, y San Miguel arcángel, aunque no está averiguado si éste es coetáneo del primero, ó posterior. ¿Por qué no conservó la iglesia el nombre del Santo Sepulcro? Duda es ésta, que no he visto aclarada por los autores. Y es tanto más de extrañar el cambio de nombre, por lo mucho que encomian, todos los que se han ocupado de él, la veneración que obtuvo el primitivo templo (2).

(1) En una escritura de concordia entre el obispo Ferrer de San Martí y los Canónigos reglares del Santo Sepulcro, de 22 de Octubre de 1241, que está en el *Libro de Colec. y Poses. de la Curia Ecles. de Valencia*, se lee: «Ecclesia Sancti Bartholomei, quam dicti Fratres Ordinis Sancti Sepulcri ad se pertinere dicebant, ratione donationis factae à Venerabile Patre Archiepiscopo Tarraconensi, tempore quo de novo Valentina Ecclesia fundabatur, et nondum erat Episcopus in eadem.»

(2) D. Agustín Sales explica el origen de los titulares de esta parroquia de

Siguiendo á ciegas los falsos Cronicones, dijeron escritores crédulos del siglo XVII, que lo fundaron los apóstoles Santiago y San Juan Evangelista, sobre las ruinas de otro de Diana, por ellos destruído; que fué bautizado en él San Lorenzo; y que en él estableció también San Donato su famoso monasterio servitano. Autor más concienzudo, pero en este punto algo alucinado (1), sostuvo después que en esta basílica del Santo Sepulcro, única existente entonces dentro de la ciudad, fué sepultado San Vicente mártir. Hay que desechar aquellas fábulas y estas hipótesis. No hay datos históricos seguros que determinen la fundación y la historia primitiva de esta iglesia. Un incendio, que destruyó en 1515 el archivo parroquial, nos privó de antecedentes que confirmarían quizás la tradición constante de su remota antigüedad; de haberla respetado siempre los moros; de haber sido, durante su dominación, tan nombrada, que acudían á visitarla los peregrinos que iban á Tierra Santa, y de haberla tenido á su cargo una comunidad de monjes basilios. Esto último lo dice Beuter en varios pasajes de su *Corónica,* y lo repiten otros historiadores (2).

Dicen á veces las piedras lo que callan los papeles: del antiguo santuario del Santo Sepulcro, sólo queda en la iglesia de

---

una manera que deja lugar á dudas. Dice que se llamó de San Bartolomé, porque habiendo dispuesto el rey que se enviasen á Teruel los restos de los mártires franciscanos San Juan de Perusia y San Pedro de Saxoferrato, que estaban enterrados en la iglesia del Santo Sepulcro, en memoria de ellos dió al nuevo templo el nombre del Apóstol, junto á cuya iglesia, en Teruel, habían tenido su albergue durante diez años aquellos religiosos. La explicación parece algo violenta. La dedicación á San Miguel, dice Sales, que fué en memoria de haberse ganado Valencia la víspera de la fiesta de este Arcángel.

(1) Sales, en sus citadas *Memorias histór. del Santo Sepulcro de Valencia.* Á pesar de ser investigador diligente y animado del espíritu crítico propio del siglo XVIII, sostiene este escritor con muy flacos fundamentos el sepelio de San Vicente en la basílica del Santo Sepulcro, terminantemente contradicho por las Actas del martirio del Santo, como hemos visto en el cap. XIII.

(2) Luís del Mármol, lib. II, cap. 1; Escolano, lib. II, cap. 15; Diago, *Anales de Valencia*, lib. VI, cap. 3; Bleda, *Chron. de los Moros,* lib. VII, cap. 34; Matheu, *De Regim. Regni Valent.*, cap. 4.

San Bartolomé, renovada en el siglo XVII (como luego veremos), una imagen del Salvador, y en su altar una inscripción de extraños caracteres. Esta inscripción, que ha hecho cavilar mucho á nuestros anticuarios, es la siguiente:



El cronista de Valencia D. Agustín Sales, en el libro que publicó el siglo pasado sobre esta iglesia, dice que remitió copia de ese letrero al sabio benedictino Bernardo de Montfaucon, quien le contestó que difícilmente hallaría quien lo descifrase, por no ser semejantes sus caracteres á escritura alguna conocida. Pero añade Sales que había inscripciones parecidas en las basílicas romanas de Santa Inés, San Sebastián y San Lorenzo, erigidas por Constantino el Grande, y de aquí dedujo que debía ser de su tiempo el santuario valenciano del Sepulcro, confirmándolo, en su concepto, haberse hallado en sus cimientos una moneda de aquel emperador. Flaco argumento es este último, y en cuanto á la supuesta leyenda, convienen hoy los arqueólogos en que ésta y otras parecidas, que se encuentran, no sólo en monumentos arquitectónicos, sino también bordadas en ropas de iglesia, no son otra cosa que adornos ó imitación caprichosa de escritura arábiga, hecha tal vez por artistas mudejares, y que, en todo caso, concediéndoles la mayor antiguedad, no pueden remontarse más allá del siglo VIII (1). No arroja, pues, luz alguna la debatida inscripción, para determinar la fecha de este venerado altar.

Los canónigos del Santo Sepulcro tuvieron á su cargo la igle-

(1) Esta opinión, emitida por las personas más competentes en España, ha sido confirmada en el presente caso por los arqueólogos romanos, á quienes he consultado, entre ellos el insigne Rossi.

sia parroquial de San Bartolomé hasta los tiempos de Calixto III; suprimióse entonces esta comunidad; pero el clero secular, que la sustituyó, conservó la cruz patriarcal que aquella usaba. En 1666 se derribó el templo vetusto, y se construyó la espaciosa iglesia actual, cuya planta es de cruz latina, y tiene sobre los arcos torales elevada cúpula con linterna. En una de las capillas últimas, á los pies de la nave, quedó el altar del Sepulcro, en el mismo sitio que ocupaba antes, y á la parte exterior del templo, sobre la puerta principal, una imagen, también antigua, de muy burda escultura, que el vulgo llama *La Mare de Deu Grosa*, y cuya advocación es Nuestra Señora de la Concordia. Otro resto de la iglesia primitiva es una pila bautismal, que había quedado oculta bajo un altar, y en nuestros días ha sido descubierta y restaurada. Es una copa de piedra, en forma de pirámide octágona, truncada é invertida, que descansa en una columna, octágona también, con capitel historiado, cuyas figuras simbólicas son lo más notable de este monumento arqueológico. Entre ellas vemos el cordero, el toro y el león alados, y cabezas humanas, revelando unas la beatitud del justo y otras la desesperación del réprobo. Pertenecen sin duda al arte ojival. Tradición muy verosímil dice que recibió el agua regeneradora en esta iglesia San Pedro Pascual, hijo de la parroquía, y algunos han supuesto que sería bautizado en esta pila, conjetura desprovista de pruebas (1). Si no fuese ya muy largo este capítulo, hablaría ahora de aquel insigne mártir mercedario; lo dejaré para el siguiente, donde tendrá también lugar apropiado. Y puesto que no hay en el templo que estamos visitando obras de arte de tal importancia que requieran detenido examen (2), daremos por terminada la visita.

---

(1) Dedicó un extenso y erudito artículo á esta pila bautismal D. José Vives Ciscar, en la *Revista de Valencia*, t. III, 1883.

(2) Se han atribuído á Joanes cuatro tablas que se conservan en los intercolumnios del altar mayor, y Cean Bermúdez las da por suyas, diciendo que son

SANTA CRUZ.—Escolano y Esclapés creyeron que esta parroquia no fué de las primeras fundadas en Valencia: se equivocaron (1). En el registro *Memoriarum de domibus Valentiae* consta ya la donación de cinco casitas á la iglesia de Santa Cruz, y en la escritura de 1245, tantas veces mencionada, firmó *Frater Lupus, Ordinis Roncisvalles, Rector Ecclesiae Santae Crucis de Rotèros, Commendator Valentiae.* Estos religiosos de Roncesvalles vinieron á la conquista con el ejército real; D. Jaime les concedió la nueva iglesia de Santa Cruz y fructuosas propiedades (2). La iglesia fué reconstruída en el siglo XVII (de 1683 á 1689), y era un templo de escasa suntuosidad, que por amenazar ruina, fué abandonado en 1842 y demolido poco después. Trasladóse la parroquia á la iglesia magnífica del convento del Carmen, del cual he de ocuparme en el capítulo siguiente.

En una capilla de la iglesia antigua estaba sepultado Juan de Joanes, y en su altar había cuadros, que le atribuían algunos, y otros á sus hijas (3). Al trasladarse la parroquia al Carmen,

---

fragmentos del retablo antiguo, todo de su mano; pero creen algunos que serán de algún discípulo de Joanes. Las estatuas de este altar son de Leonardo Julio Capuz. En las puertas del trasagrario hay dos pinturas de Juan Ribalta, hijo de Francisco, representando á los dos apóstoles San Pedro y San Pablo. Actualmente se está restaurando esta iglesia con pinturas al fresco, que honran poco al arte contemporáneo.

(1) Estos dos autores suponen que lo que fué después iglesia parroquial de Santa Cruz, era cofradía de los ciegos oracionerios. Teixidor deshace este error: la cofradía tuvo siempre casa aparte; pero tenía capilla y enterramiento, dedicada también á la *Vera Creu*, en dicha iglesia.

(2) Los religiosos de Roncesvalles, orden monástica poco conocida, tenían casa hospitalaria en aquella histórica población pirenaica. En Valencia tuvieron también hospital, que se llamó de Roncesvalles. Consta por un legado que le dejó en su testamento el obispo Botonach. D. Jaime I, por privilegio expedido en Cervera, en 1243, dió á estos religiosos la tercera parte del lugar de Pusol. En 1303 la vendieron al obispo Despont.

(3) Dice Ponz: «En la primer capilla á mano derecha de la parroquia de Santa Cruz, está sepultado el célebre Joanes, y en la misma hay un altar que contiene varias pinturas, y son de San Lorenzo, San Miguel, nuestra Señora, Santo Domingo y otras: en el remate un Crucifixo con San Juan y la Virgen. Aquí se han tenido vulgarmente por obra de una hija de Joanes, pero otros las juzgan por de su propia mano; y si son de la hija, no hay duda que en esta obra manifestó el genio y enseñanza recibida del padre.» Este retablo se trasladó á la iglesia del Carmen y está en la capilla próxima á la sacristía.

llevaron allá los restos exhumados del gran pintor, trasladándolos después á la capilla de los Reyes del convento de Santo Domingo, que se quería dedicar á Panteón de Valencianos ilustres (1).

San Valero.—La alegre y celebrada Rusafa de los árabes, arrabal de jardines y huertos, donde puso D. Jaime sus reales, tuvo desde la conquista iglesia parroquial, cuya rectoría agregó e, primer obispo de Valencia á la dignidad de sacrista. Dedicáronla á San Valero, el obispo de Zaragoza, jefe y compañero de San Vicente. Decíase que desterrado de la ciudad por el presidente Daciano, se retiró el anciano prelado á este lugar de la huertal y que por ello se le dedicó la iglesia (2). Destruída por un incendio en el siglo xv (3), fué entonces reparada, y por completo reconstruída en el xviii, tal como hoy existe, con planta de cruz latina, cimborio y cúpula, y atavíos churriguerescos. Su torre octágona, obra también de aquel tiempo, es de las más esbeltas de Valencia (4).

Á fines del siglo xv no era aún considerada como parroquia de la ciudad, á pesar de que, al ensancharse el recinto urbano

(1) En el libro racional de Santa Cruz, correspondiente al año 1581, y al folio 308, se encuentran las notas siguientes: «Divendres á 10 de Nohembre cantaren la lletanía sobre lo cos de Juanes lo pintor, lo qual portaren de Bocairent, ab 16 preveres, creu y capes.—Dit dia soterraren los ossos del sobredit, ab Misa cantada ab los mateixos 16 preveres, creu y capes.—Dit dia cantaren aniversari ab los mateixos 16 preveres, creu y capes per ánima del mateix.—Dit dia cantaren cap de any per ánima del mateix ab los mateixos 16 preveres, creu y capes.» Á instancias de la Real Academia de San Carlos, se acordó en 1842 la traslación de los restos de Joanes, que quedaron depositados en la capilla del Carmen, hasta que en 6 de Marzo de 1850 fueron llevados á la capilla de los Reyes.

(2) «Dió Daciano sentencia de destierro al obispo San Valero, disponiendo en ella que no pudiesse morar en pueblo que passasse de veinte casas; y dice Beuter que cumpliendo el santo, se salió á ciertos huertos, que en tiempos de Moros se dixeron Ruçafa. Yo creo que estuvo allí el varon de Dios: y significalo bastantemente la tradicion, y la Iglesia que en tiempo de christianos se le labró despues con invocacion de su nombre.» Diago, *Anales.*

(3) Dice el *Dietario* del Capellán de Alfonso V: «En lany MCCCCXV. a VIIII. de Setembre se cremá la Esglesia de Ruçafa, que no y romás sino les parets.»

(4) La torre quedó terminada en 1740; la iglesia en 1759.

en la centuria anterior, quedaron incluídas en él las casas de su feligresía. Después adquirió aquel carácter, bien justificado hoy por el ensanche de Valencia y la anexión á ella del pueblo de Rusafa.

San Miguel y San Dionisio.—Estos Santos, que recuerdan la conquista de Valencia (1), fueron titulares de una de las iglesias parroquiales establecidas entonces (2), la única, entre todas ellas, que no permaneció constantemente. Estaba en el arrabal de Villanueva, y habiendo sido destinado después este arrabal á barrio cerrado para albergue de los moros, suprimióse el templo cristiano (3). En la época turbulenta de la Germanía, una turba de muchachos, tomando de un retablo una imagen de San Miguel, entró de improviso en la mezquita de la Morería, y la puso en ella, á los gritos de «¡Viva San Miguel y la fe de Cristo!» El caudillo popular Vicente Peris acudió al alboroto, quizás promovido por él, y sancionó lo hecho por aquellos rapaces. La mezquita fué bendecida y sirvió otra vez de templo parroquial. Sucedió esto en 1521 (4). En 1684 comenzóse la

(1) Rendición de la ciudad, el día de San Miguel; entrada del ejército cristiano, el de San Dionisio.

(2) Consta por el registro *Memoriarum de domibus Valentiae*, en el cual se concede una casa para vivienda de su rector, y por el convenio de 1245, en el cual firma *Petrus, clericus Ecclesiae Sancti Michaelis.*

(3) El P. Teixidor, en sus *Observ. á las Antigüed. de Valencia*, dice que la feligresía de la suprimida parroquia se repartió entre la de San Juan y la de San Nicolás, y que la pila bautismal se trasladó á la iglesia del convento de la Puridad. Dice también que el cementerio quedó en poder del Cabildo, y éste lo cedió en 1277 á Bonamich de Figueroles por escritura que cita.

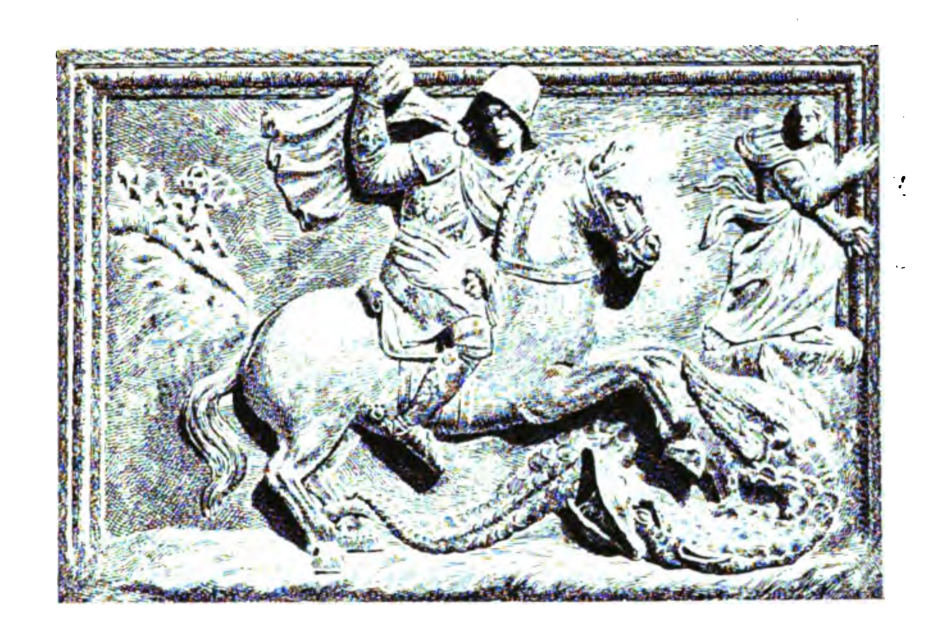
(4) Escolano (libro V, cap. 5) dice que este alboroto ocurrió el día de San Miguel, y que se dijo la primera misa en la nueva iglesia el día de San Dionisio, por lo cual la dedicaron á estos dos santos. No fué así; en un dietario de aquel tiempo, escrito por Jerónimo Soria, que el P. Teixidor cita como existente en el archivo del convento de Santo Domingo, se dice: «Disapte á XII de Agost MDXXI, benehiren la Mezquita de la Morería de Valencia, e los pochs Moros que hi eren se feren Christians. E posaren hi la envocació de Sent Miquel Archangel y Sent Donís. Lo Diumenge aprés hi digueren missa, é també aquell dia hi posaren campanes.» También se equivocó Escolano al decir que esta iglesia no fué erigida en parroquia hasta después del Concilio de Trento, por el arzobispo Ayala. Los do-

nueva fábrica del templo, fábrica modesta, que no ofrece nada de notable, ni por su carácter monumental, ni por su riqueza artística (1).

---

cumentos del archivo parroquial prueban que tuvo este carácter desde su restauración.

(1) En el altar mayor hay ocho pinturas de la escuela de Joanes; en otros puntos de la iglesia, un Cristo y dos Santos Anacoretas, de Esteban March, y un San Andrés y un San Vicente Ferrer, de Zariñena.



CAPÍTULO XIX

COMUNIDADES RELIGIOSAS.—LAS ÓRDENES MILITARES

Las órdenes militares en Valencia.—Los caballeros templarios y los de Montesa: iglesia y convento del Temple.—Los caballeros del Hospital y su iglesia de San Juan.—Los de Santiago y Calatrava.—Los mercedarios: San Pedro Pascual, mártir valenciano.

VALENCIA, hasta bien entrado el presente siglo, era una ciudad llena por todas partes de iglesias y casas religiosas. Además de la Catedral y de las doce parroquias, que hemos recorrido ya, había dentro de ella innumerables capillas y oratorios de gremios y cofradías, y más de cuarenta conventos de casi todas las órdenes monásticas. De fuera y á lo lejos, las erguidas torres de aquellos templos, agrupadas en torno del majestuoso Miguelete, le daban el aspecto monumental de un inmenso san-

tuario. En el interior, era otra cosa: estaban muchas de las iglesias metidas y casi ocultas en el laberinto de angostas callejas y plazoletas, sin que luciesen y campeasen las que tenían algo que ver y admirar en su exterior, que eran las menos, pues nuestros antepasados se cuidaban más de embellecerlas y enriquecerlas por dentro. Empotradas muchas veces entre las del vecindario las casas del Señor, su redondo portal, flanqueado por dos pilastras de piedra y coronado por cóncava hornacina, abrigadora de la imagen titular, apenas se distinguía de los demás, sino era por algún lisiado ó viejecilla mendicantes, acurrucados en el umbral, ó por la lámpara mortecina, que de noche alumbraba al Santo. Entre el amontonado caserío, formaban los conventos grandes é irregulares manzanas, en cuyas tapias desnudas y toscas se abría alguna que otra ventana bien defendida con formidables hierros. Los primeros que se establecieron, al tiempo de la reconquista, no hallando suficiente espacio dentro de la apiñada población sarracena, fueron edificados en los arrabales. Los de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Merced, las Magdalenas, la Puridad, el Carmen, y algunos otros fundados luego, estaban fuera de los muros, formando como una especie de cadena de fuertes avanzados al rededor de la ciudad cristiana. Cuando se construyeron las murallas nuevas (hoy también demolidas), quedaron dentro de ellas. Al tiempo de la exclaustración, unos fueron arrasados, para abrir calles y vender solares; otros, convertidos en cuarteles y oficinas públicas.

Durante largos siglos, fueron los conventos centros poderosos de acción y vida para la ciudad: el clero secular, más pasivo, aguardaba á los fieles en sus parroquias; los frailes, más activos y emprendedores, iban á buscarlos á sus casas, bullían en la plaza, metíanse en todas partes, intervenían en todos los asuntos. Bajo el patronato de los conventos, formábanse las más veces las hermandades, que hacían en cierto modo el papel de los círculos y casinos del día; en las celdas de los priores y guardianes tenían su tertulia las personas graves y encopetadas; reuníanse

en sus bibliotecas los sabios y los eruditos; acudían al locutorio los devotos, y se agrupaban á la puerta los menesterosos, en demanda de la prodigada sopa. No faltaba en cada comunidad algún reverendo padre, pozo de ciencia y espejo de santificación, á quien consultar los negocios del mundo y los del alma; ni entre los frailes más burdos, y por ende más populares, alguno con ínfulas de milagrero y adivino. Del convento de Santo Domingo, decíase que siempre había en él un Santo y un loco; lo grave del caso es que no siempre sabía distinguir al uno del otro el pueblo indocto y crédulo.

El ejército monástico era en Valencia tan variado como numeroso; no lo hemos conocido nosotros, pero nuestros padres se hacían lenguas del interminable desfile de los frailes de todos hábitos y reglas. Con la cabeza rapada, los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho, iban á cientos en la famosa procesión del Corpus y en otras de igual solemnidad. Abrían la marcha, como más modernos, los trinitarios descalzos, con túnica negra, manto negro y alpargatas, ostentando en el pecho la cruz azul y roja de su Orden; seguían los agustinos descalzos, cubiertos solamente con la túnica negra; los capuchinos, los únicos barbudos, vestidos con tosco sayal pardo, que ceñía el cordón de San Francisco; los carmelitas descalzos (que el pueblo llamaba *felipets*, por el nombre de su convento), con túnica parda y manto corto blanco; los mínimos, todos de negro, distinguiéndose de los demás en no llevar rapada la cabeza, sino con cerquillo, como los clérigos seculares; los trinitarios calzados, que sólo por los zapatos se diferenciaban de los descalzos; los mercedarios, con ropas enteramente blancas y sobre ellas el escudo con la cruz y las barras de Aragón; los agustinos y los carmelitas calzados, con túnica y capa negra los primeros, con túnica parda y manto blanco largo los segundos (1); los franciscanos, hueste

(1) Disputáronse largo tiempo la mayor antigüedad estas dos órdenes, en Valencia, como en Barcelona. Se decidió, ó por mejor decir, se transigió el pleito,

numerosísima, divididos en reformados ó alcantarinos, recoletos y observantes, con sayal ceniciento los primeros y azul los otros, y todos con el cordón del Patriarca seráfico; y por fin, los doctos y graves dominicos, que sobre la túnica blanca vestían la amplia y luenga capa negra.

Historiar los conventos que todos estos religiosos tenían en Valencia, no sería tarea difícil, pues sus cronistas nos han dejado minuciosísima memoria de casi todos ellos, pero sí larga é inadecuada á nuestro objeto. Algo hay que decir, de los más importantes por lo menos, para que no quede incompleta la reseña retrospectiva del reino valenciano; y á fin de proceder con algún método, comenzaremos por las órdenes monástico-militares, á las que galardonó regiamente el Conquistador la ayuda eficaz que le prestaron.

Los caballeros del Temple y del Hospital fueron como los dos brazos del rey D. Jaime: los barones y las ciudades le seguían á la guerra con su cuenta y razón, y los primeros, sobre todo, estorbaban á menudo sus planes: aquellas sagradas milicias estaban siempre á su lado, ansiosas de pelear con los infieles. La Orden del Temple tenía otros derechos á su confianza y su gratitud: cuando el Conquistador, niño todavía, subió al trono, su guarda y educación fueron confiadas al venerable Guillem de Monredón, maestre en la parte de España y Provenza. Á su lado se educó en el castillo de Monzón, custodiado por los fieles templarios, y allí recibió aquella espada *molt bona e aventurosa á aquells que la portaven, que havia nom Tisó.* En la conquista de Valencia, como en la de Mallorca, le sirvió la Orden muy bien, y en justa recompensa, después de darle muchos pueblos y castillos, completó sus mercedes, concediéndole, como señaladísimo honor, una de las fortalezas principales de la ciudad musulmana, la torre de Albufar ó Ali-Bufat, que por la parte del

---

aviniéndose, en Barcelona, á ir interpolados agustinos y carmelitas, y en Valencia, á turnar ambas comunidades en la preferencia.

río la defendía, y en la cual se había enarbolado, en señal de rendición, la señera de las barras (1). Donóles también las casas que había desde la puerta de Batbazachar, contigua á aquella torre, hasta una mezquita que se convirtió en iglesia de San Salvador.

Junto á la torre cuya defensa les había sido confiada, establecieron los templarios su casa. Aunque muy luego fué extinguida su religión y reemplazada por la de Montesa, aquella casa conservó siempre el nombre del Temple, que se transmitió á la iglesia y al convento reconstruídos en el siglo XVIII. Los maestres de la nueva Orden de Montesa residieron en ella; y en la capilla adjunta, dedicada por los templarios á Nuestra Señora del Niño Jesús, radicaron su priorazgo. Un arco unía la casa del Temple á la antigua torre de Ali-Bufat. Torre y arco han desaparecido en nuestros días, al arrasar las murallas: una inscripción, puesta en el muro lateral de la iglesia nueva, recuerda el punto donde estuvieron (2).

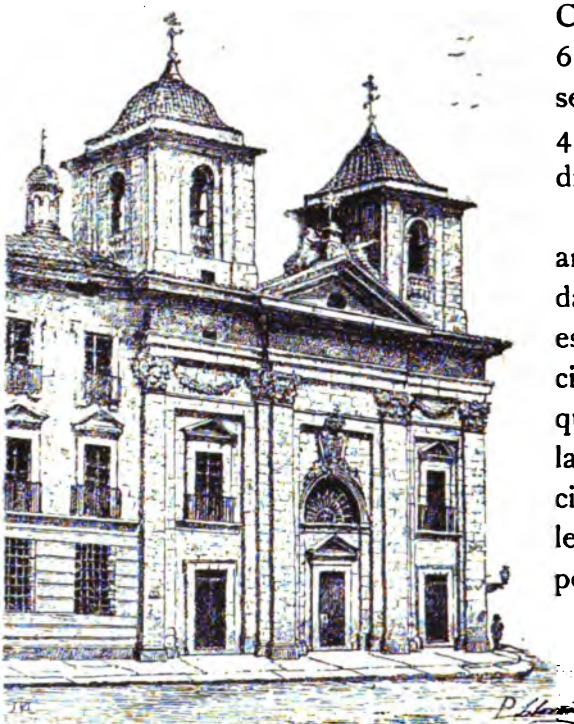
Incorporado el Maestrazgo de Montesa á la Corona, aquella mansión fué residencia de los lugartenientes nombrados por el rey para el gobierno de la Orden; pero su centro y sede oficial era, como hemos visto al ocuparnos de ella (3), el Sacro Convento de Montesa. Este convento fué destruído por horrorosa catástrofe en 1748: moviéndose la tierra, derrumbó aquella fortaleza monacal, sepultando en las ruinas á la mayor parte de sus religiosos moradores. Esparcidos quedaron en el cerro de Montesa los ensangrentados escombros; pero, como para acreditar el adagio de que no hay mal que por bien no venga, Valencia

(1) «Aquella gran torre que está junto á la puerta llamada Batbazachar, con su muro y barbacana, con todas las casas que están contiguas al muro y al río, y desde allí, á la mezquita y las torres que están en el muro:» donación del rey, en 16 de Noviembre de 1240, á frey D. Guillem de Cardona, lugarteniente general del maestre frey D. Ramón Berenguer.

(2) De esta torre y de este arco se ha hecho mención ya en el cap. XIV, página 515.

(3) Véase el cap. VIII.

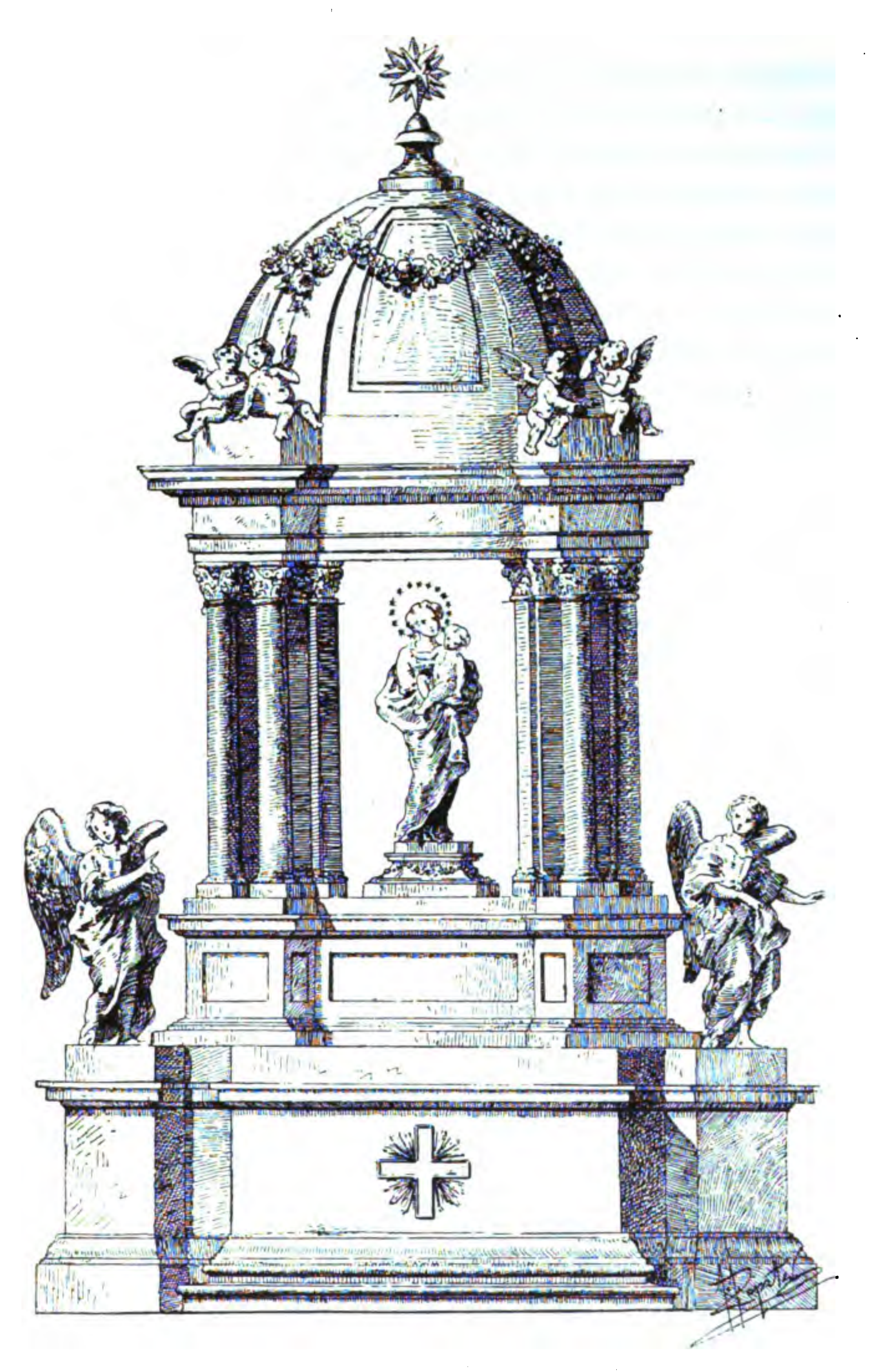
debió á la tremenda ruina uno de sus mejores edificios. D. Fernando VI mandó que pasasen al Temple los religiosos que sobrevivieron, y D. Carlos III erigió en él una magnífica iglesia y un suntuoso convento-colegio, encargando los planos al teniente-arquitecto del Real Palacio nuevo D. Miguel Fernández. Comenzó la obra el 6 de Junio de 1761, y se dió por terminada el 4 Noviembre de 1770, día del rey (1).



VALENCIA.—Iglesia del Temple

Á la vista tienes, amigo lector, la fachada del nuevo templo, y esto excusa la descripción, pero no el elogio, que bien lo merece, por la acertada combinación de líneas, la cual le da armoniosas proporciones y una elegancia que no siempre alcanzan los monumentos de aquella época, de regularidad algo monótona. Mayor era todavía el buen efecto de esta fachada cuando, antes de derribarse las murallas de la ciudad, se veía la extensa escalinata de tres gradas, que le servía de base, escalinata que quedó

(1) Costearon la obra el Real Erario y la Tesorería de Ejército, pagando 170,000 pesos (2.550,000 rs.). El Temple antiguo tenía la puerta á Poniente, mirando al interior de la ciudad. Al hacerse la obra nueva (para la cual se compraron diez y siete casas) se convirtió en fachada lo que era espaldas del edificio.



Altar mayor de la Iglesia del Temple

soterrada al igualar el piso de la calle con el de la antigua ronda. Las armas que hay sobre la puerta principal, son las reales, y las estatuas puestas encima del tímpano, á los lados de la cruz, representan la Religión y la Devoción: labrólas el escultor valenciano José Puchol. En el interior de la iglesia hay que admirar, como en la fachada, la armonía de las proporciones, y la sobriedad y corrección de los elementos arquitectónicos y decorativos empleados en ella. Es de planta cuadrangular, con pórtico de ingreso, y tres naves, que desembocan en un crucero grandioso, cuya elevada cúpula soportan hermosos arcos torales. Pilastras corintias, estriadas, adornan la nave principal y separan sus arcadas. La capilla mayor tiene el altar en el centro, en forma de templete ó tabernáculo; á un lado de ella está la Capilla de la Comunión; al otro, la Sacristía.

No corresponde á la grandiosidad de la fábrica el material empleado en ella y en su decorado. Enlucidas y revocadas al temple las paredes, embaldosado el piso con ladrillos rojos, no tiene esta iglesia la severidad de la piedra, que ennegrecen los siglos, ni la riqueza del mármol y del jaspe, ni la brillantez del estuco y del oro, tan prodigados en los templos valencianos. Hay que exceptuar el altar mayor y la capilla de la Comunión. El primero es obra primorosísima, de los mejores mármoles que en estas provincias se encuentran. Ponz lo copió, como cosa excelente, en su *Viaje de España* (1). «Esta manera de fabricar, decía, anuncia muy de cerca el restablecimiento, ó por mejor decir, el establecimiento de la buena arquitectura en todo este país, tan inclinado á obras, en donde, habiendo tan buenas canteras como las que he dicho, y una Academia de Bellas Artes,

(1) Tomo IV, carta 4.ª El primer zócalo y la tarima son de mármol negro de Porta-Cœli; los primeros pedestales de Buscarró; el frontal y mesa del altar, de mármol rosa de Calig; los segundos pedestales, de pajizo de Náquera; la cúpula de varios mármoles de aguas de Calig y Buscarró. Las estatuas son obra de Puchol: la capilla de la comunión está adornada con igual profusión de mármoles, y es también obra pulcra y correctísima.

se verán sin duda desterrados aquellos promontorios de madera tan mal digeridos como todo el mundo sabe.» ¡Intransigencias y caprichos del neo-clasicismo, á que rendía el buen Ponz culto extremado! No regateo el mérito de ese correcto tabernáculo, que pongo á la vista del lector como loable modelo. Pero ¿por qué condenar tan duramente los magníficos altares que llenan, en la mayor parte de nuestras iglesias, toda la capilla mayor hasta su bóveda, representando bien, en sus varios cuerpos superpuestos, minuciosamente esculpidos, espléndidamente decorados, llenos de vírgenes y de santos, de ángeles y serafines, la idea que se forman los fieles de la grandeza de la religión? Aun los que adolecen de barroquismo, tienen algo que responde á la suntuosidad del culto católico y al genio de nuestra raza imaginativa é hiperbólica.

El pincel de Vergara exornó la bóveda del presbiterio con un buen fresco, que representa la Asunción de la Virgen, patrona de la iglesia, y en las pechinas de la cúpula puso cuatro santos de la Orden. En el pórtico del templo se ve, á la derecha, el altar del Niño Jesús, labrado en mármol blanco, que recuerda su primer titular, y á la izquierda, dos estatuas sepulcrales ante la puerta de una capilla, que sirvió de panteón cuando se arruinó el convento de Montesa, y que hoy está tapiada. Una de ellas, modelada toscamente, representa arrodillado al maestre frey don Francisco Llansol de Romaní, muerto en 1544. La otra, figura yacente muy bien esculpida de bajo-relieve en una gran losa de mármol blanco, es la de su antecesor frey D. Bernardo Despuig, fallecido en 1536. Trajéronse las dos de Montesa.

La iglesia del Temple, profanada y convertida en almacén de efectos estancados, ha sido por fortuna abierta de nuevo al culto, y en ella celebran sus funciones las Órdenes militares. Perdieron éstas su importancia, su carácter y significado; no son ya más que títulos honoríficos, hueros de realidad sustancial; pero, cuando vemos en el templo sus caballeros, cubiertos con el holgado manto y las insignias de otros siglos, prestando religio-

so acatamiento á la Madre de Dios, se afirma y fortalece en nosotros el espíritu patrio con los recuerdos gloriosos de la historia.

El vasto edificio del convento alberga hoy al Gobierno civil de la provincia, las Oficinas de Hacienda y la Diputación provincial. En su extensa y bien trazada fachada de sillería, se ve aún sobre el portal, no por respeto á lo pasado, sin duda, sino por inadvertencia en sustituirlo, el escudo de Montesa, con la cruz de San Jorge en dos cuarteles, y en los otros la torre y la campana. Su espacioso y elevado pórtico y su grandioso claustro, acreditan que es obra de D. Carlos III. De sus monásticos moradores, quedan pocos vestigios; uno de ellos es la puerta de la celda prioral, con gallardas labores del renacimiento en sus jambas y dintel, en el cual están esculpidos el blasón montesiano y estas palabras: *Frater Franciscus Llançol de Romaní Magister Montesiae* (1). La parte posterior del convento, destinado á noviciado, y que hoy ocupa la Diputación provincial, ha sido, en el segundo tercio de este siglo, cuna del renacimiento literario en Valencia. Por concesión de la reina-regente D.ª María-Cristina, establecióse allí en 1838 el Liceo, centro de la juventud que rendía culto entusiasta á las letras y las artes. Las respetables matronas septuagenarias de hoy, aplaudían con embeleso en aquel salón los primeros versos de Arolas, de Boix y de Aparisi Guijarro.

Volvamòs ahora á los rudos y gloriosos tiempos de la reconquista: al lado de los caballeros del Temple, veremos batallar con igual denuedo, siempre en primera fila como ellos, á los de San Juan del Hospital. El nombre de Hugo de Forcalquier, lugarteniente del gran maestre de esta poderosa Orden en Aragón y Cataluña, se encuentra repetido á cada paso en la Crónica militar de D. Jaime. Cuantiosa recompensa exigían también sus grandes servicios, y después de haberles confiado el rey el fuerte castillo de Cervera en las montañas de lo que luego se ha

(1) Está destinado hoy este local á oficinas del cuerpo de Orden público en la actualidad.

llamado Maestrazgo, al tomar á Valencia les dió las villas y lugares de Silla, Cullera, Torrente, Monroy, Amacasta (Macastre) y otros, y en la ciudad, un recinto espacioso junto á la puerta de Sherea, donde establecer con título de priorato su casa conventual y la enfermería propia de su instituto (1). Cuando se fundó la Orden de Montesa, pasó á ella todo cuanto tenía en el reino de Valencia la del Hospital, menos esta casa y la encomienda de Torrente.

En uno de los mejores sitios de la ciudad, en la calle del Trinquete de Caballeros, cuyo nombre recuerda añejas costumbres, frente á la capilla del Milagro y la iglesia de la Congregación, se ve otra, de fábrica tan antigua, que produce marcada disonancia con los edificios que la rodean, y lleva el pensamiento á otras edades. Detrás de un muro de ladrillo, coronado por almenas de anticuada forma, álzase el ábside severo de un templo ojival. Estrechos y prolongados ventanales, hoy tapiados, abríanse en sus gruesas paredes de ennegrecida sillería, reforzadas con robustos y salientes estribos, de los que surgen monstruosos endriagos de piedra, medio carcomidos por los siglos. Este es el templo, famoso un día, de los caballeros de San Juan, en el que muchas de las principales familias de Valencia tenían altares donde orar y sepulturas donde dormir el sueño eterno. Para llegar á él, hay que cruzar un tránsito ó pasillo cubierto, que conduce á una plazoleta interior. En ese tránsito hay, á uno y otro lado, capillitas cerradas con verjas de hierro: ante la primera de la derecha se ven siempre mujeres afligidas y arrodilladas: ¿cómo no, estando allí la imagen, tétrica y ruda, del Cristo de las Penas, venerado como consolador de ellas (2)? En la última

(1) «Domos integras sive statica de Azach-Abundebel, quas habet et possidet in Valentiæ,» dice la carta de donación á favor de D. Fray Pedro de Egea, capellán de Amposta, fecha en el sitio de la ciudad, VI kalenda Madii, era 1276, que corresponde al 26 de Abril de 1238. Establecido allí el convento y el hospital, con habitaciones para el prior y cuatro comensales, les adjudicó el rey después unas eras contiguas para enterramiento de los enfermos que falleciesen.

(2) En esta capilla estaba instituída una cofradía muy antigua, que se dedicaba principalmente á la asistencia y consuelo de los encarcelados.

capilla, á mano izquierda, está, casi olvidada, otra imagen interesantísima, la Virgen del Milagro, así llamada desde los tiempos de la reconquista. No está bien averiguado su origen; suponen unos que fué maravillosamente hallada en este mismo sitio; otros que la trajeron en aquella época los freires de San Juan: sea de ello lo que fuere, pocas imágenes habrá en Valencia más antiguas. Esculpida en piedra blanca, fué pintada y dorada en tiempos posteriores, y le pusieron diadema imperial; pero su rostro poco expresivo, sus proporciones gofas y sus manos tosquísimas, revelan la rudeza de la escultura románica, á la vez que indican la transición al arte gótico los adornos ojivales del sitial en que está sentada (1).

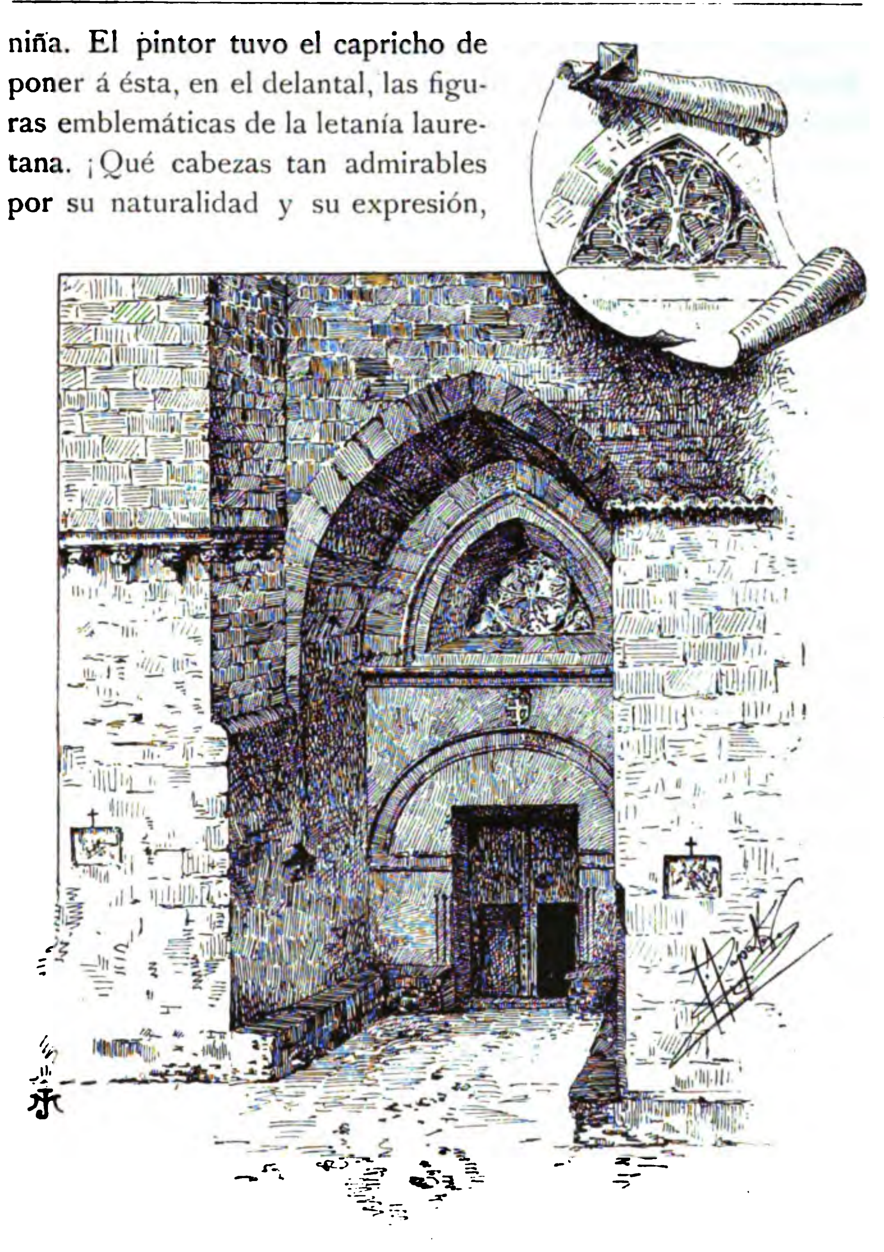
En la plazoleta interior, ábrese la puerta de la iglesia, que aún conserva su forma primitiva, como el lector está viendo; pero su única nave ha sido completamente transformada, acomodándola al gusto barroco del siglo XVII, y ocultando su elevada bóveda ojival con otra de medio punto. Algunos retablos antiguos, algunos blasones nobiliarios é inscripciones sepulcrales (2), revelan la antigüedad de este templo, despiadadamente restaurado en el año 1685. Entre sus cuadros, hay uno de Ribalta, que no es bastante estimado, y cuyo mérito no se ocultó á Ponz (3). Representa á Santa Ana, San Joaquín y la Virgen, aún

(1) Solorzano, en su *Sagrarios de Valencia*, de 1635, se ocupa de esta imagen, y dice que «es devotísima y hace muchos milagros cada día, según se ve en las muchas presentallas que tiene.» Prueba de lo estimada que era, es que Adriano VI concedió en 1522 la gracia, entonces no prodigada, de indulgencia plenaria, á los que rezasen ante ella una sencilla jaculatoria. Tenía también misa propia, como puede verse en el Misal Valentino de 1509. Ha caído en olvido esta imagen, y se llama vulgarmente Virgen del Milagro la de la Seo, que tiene su capilla enfrente de esta iglesia de San Juan, como hemos visto en el cap. XVI.

(2) Entre las inscripciones sepulcrales, son notables por su antigüedad las que se ven en la pequeña sacristía de la capilla de la Virgen del Milagro, de tres caballeros, de apellido Alvero, que murieron en 1260, 1270 y 1285.

(3) «Parece de lo más exquisito de Ribalta,» dice en su *Viaje de España*, tom. IV, carta 4.ª Cita también un cuadro de la batalla de Lepanto, de Josef García, pintor del siglo pasado, hijo de Murviedro; y un Cristo difunto, del escultor Julio Capuz. Esta imagen no se conserva en la iglesia; el cuadro anterior, sí.

niña. El pintor tuvo el capricho de poner á ésta, en el delantal, las figuras emblemáticas de la letanía lauretana. ¡Qué cabezas tan admirables por su naturalidad y su expresión,



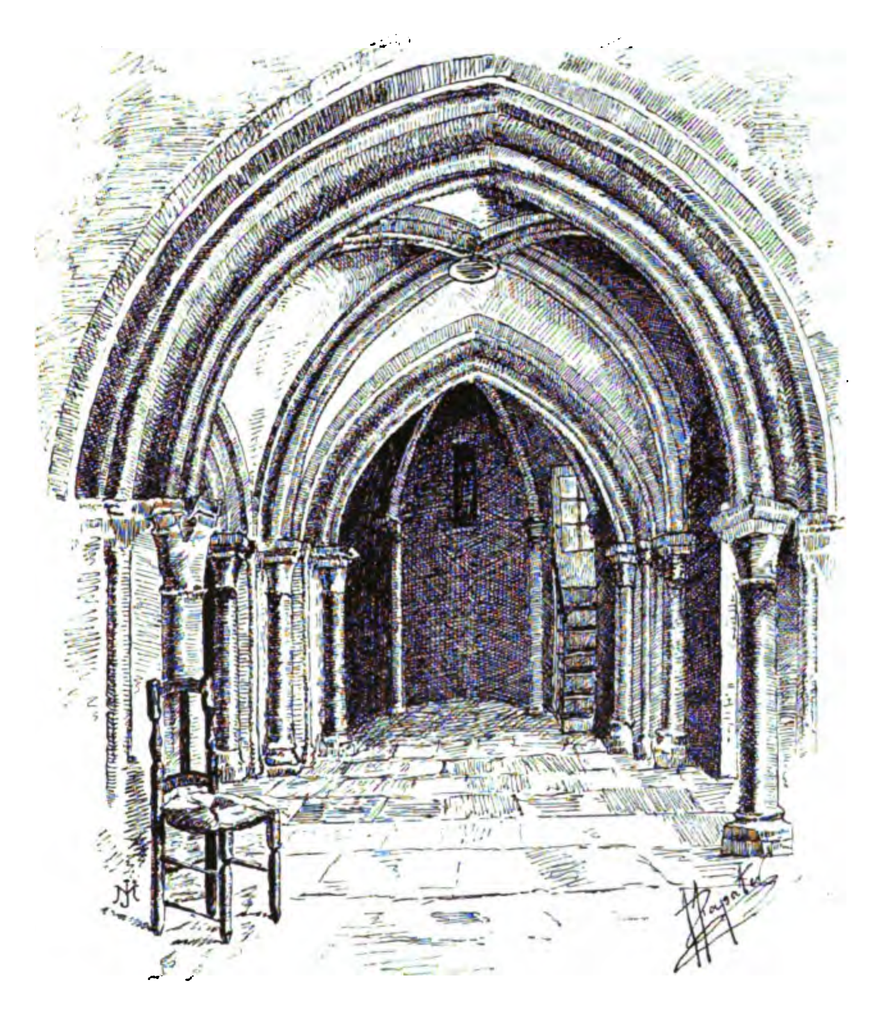
VALENCIA.—Puerta de la Iglesia de San Juan del Hospital

las de Santa Ana y San Joaquín, con espejuelos esta última, por otro capricho del artista! Pueden parangonarse con las de Murillo.

Hay en esta iglesia una capilla, la de Santa Bárbara, obra de una emperatriz y guardadora de su cadáver. Revistióla el churriguerismo de su pomposa hojarasca, destruyendo el antiguo sarcófago, y sustituyéndolo con una sencilla y modestísima urna de madera, adosada en lo alto á uno de los pilares. En esa urna se lee que dentro de ella están los restos de doña Constanza, emperatriz de Constantinopla. ¿Cómo vino á morir en Valencia aquella princesa, que reinó en las espléndidas orillas del Bósforo? Era hermana del desdichado rey Manfredo de Sicilia, y estuvo casada con el emperador Juan IV Láscaris. Viuda y desamparada después, acogióse á su sobrina y tocaya, la esposa de Don Pedro III de Aragón (hija de Manfredo), y vivió en Valencia hasta su muerte. Aquí fué atacada de lepra, terrible enfermedad que no perdonaba á nadie en aquel tiempo, y se encomendó á Santa Bárbara, porque tenía en gran estima un fragmento de la roca de la cual brotó el agua para el bautismo de la Santa, reliquia que trajo de Bizancio. Curó la emperatriz, y agradecida, dedicó esta capilla á su Patrona. En ella depositó la estimada reliquia, que aún está empotrada en una pequeña pila para agua bendita; en ella puso también un cuadro votivo donde aún hoy la vemos (muy bella y galana) arrodillada ante la gloriosa mártir; en ella fué también sepultada. Vino á Valencia con la emperatriz, y descansa igualmente en esta capilla, la condesa Irene Láscaris, hija del emperador Teodoro.

Pero, hay algo más interesante que todo esto en San Juan del Hospital; no en la iglesia y á la vista del público, sino en lo que fué casa del prior y ahora es del párroco. Penetremos en una segunda plazoleta, antiguo cementerio, cuyo sosegado recinto adornan algunos viejos limoneros y naranjos, y veremos allí la primitiva capilla de los Hospitalarios, construída sin duda apenas entraron en Valencia. Su fábrica, como la imagen de Nuestra Señora del Milagro, revela la transición del arte románico al ojival: es pequeña, y tiene nave y presbiterio. La nave es un atrio de planta rectangular, con cuatro pilares de escasa

elevación, formados por haces de columnas, que sostienen arcos muy apuntados, los cuales trazan la bóveda de crucería. El presbiterio es un cascarón, con seis columnas separadas y algo más



VALENCIA.—Capilla primitiva de San Juan del Hospital

altas que las de la nave, de las que parten igualmente los arcos de la bóveda. Los chapiteles de las columnas no están labrados. Hoy todo está enjalbegado; pero bastaría arrancar las capas de cal, para que recobrase su aspecto propio la vetusta

capilla. Una piadosa tradición supone que en ella, y ante la Virgen del Milagro, oyó el rey Conquistador la primera misa en Valencia; pero es evidente que no pudo construirse antes de tomar posesión de este lugar los caballeros de San Juan: lo más probable es que la construyesen para oratorio del hospital que enseguida establecieron. De todas maneras, como recuerdo histórico y como resto arquitectónico, importa librarlo de la piqueta que amenaza á la iglesia de San Juan del Hospital desde que fué trasladada á la de Santo Domingo la parroquia castrense establecida en ella en 1783 (1). Hoy tiene título de parroquia, pero sin más feligreses que los vecinos de una casa contigua: los actuales caballeros sanjuanistas, sucesores en el nombre de los religiosos del Hospital de Jerusalem, celebran sus fiestas, como los de las otras órdenes militares, en la iglesia del Temple.

Aunque estas órdenes del Temple y del Hospital fueron las que más contribuyeron á las conquistas de D. Jaime, por el gran poder que tenían en sus Estados, también tomaron parte en sus campañas las de Santiago y Calatrava, que nacidas en los de Castilla, y en ellos bien dotadas, poseían algunas encomiendas y tenían autorizada representación en Aragón y Cataluña. Á la de Santiago dió el Conquistador en su nuevo reino de Valencia, dos encomiendas, establecidas en los pueblos de Mureros y Orcheta, y otra que comprendía á Enguera, Anna y Torres. En el repartimiento de la ciudad les tocaron á estos ricos y poderosos caballeros unas casas cercanas al Temple, en donde erigieron iglesia y priorato, con el nombre de San Jaime de Uclés. La iglesia, de reducidas proporciones, fué reconstruída en el siglo pasado, y hoy, adjudicada á la Administración Mi-

(1) La parroquia castrense estuvo antes en el Palacio del Real. Cuando fué trasladada á esta iglesia de San Juan, establecióse en la capilla de la Purísima Concepción; en ella han quedado cuatro banderas de regimiento. En su cripta está sepultado el general D. Froilán Méndez Vigo, asesinado cuando era capitán general de Valencia en la época turbulenta de la primera guerra civil.

litar, sirve para depósito de paja. La orden de Calatrava obtuvo una encomienda en Burriana, y otras en Bétera, Masamagrell, Cilvella, Masanasa, Begís y Castell de Castells. En Valencia levantó iglesia y casa conventual, con título también de priorato, en la plazuela que conserva su nombre. Fué demolida á mediados de este siglo y ocupan su lugar edificios particulares.

Ha desaparecido también en nuestros días la capilla de San Jorge, situada en la plaza de este nombre (1), y que recordaba la Orden de Alfama, existente en tiempos de la reconquista y agregada luego á la de Montesa. Su primer maestre, Fr. don Juan de Almenara, vino á la guerra de Valencia, con algunos, aunque pocos caballeros. Concedióles el rey casas en la ciudad y campos en la huerta (2). Estaban aquellas casas contiguas á una iglesia dedicada á San Jorge (3), y esto induce á creer que la iglesia pertenecía á la Orden, cuyo patrono era este adalid celestial. Pero documentos antiguos aseguran que los caballeros de Alfama no se establecieron en ella hasta 1324, por convenio celebrado con la famosa Compañía del Centenar de la Pluma, posesionada entonces del templo, y con el clero de San Andrés,

(1) Estaba á la esquina de la calle de Transits, donde hay ahora una casa de fachada arabesca. Derribóse en 1862. Era de fábrica ojival; de cortas dimensiones. De ella proviene un bajo-relieve, representando á San Jorge en lucha con el dragón, que se conserva en el Museo del Carmen, y está dibujado al frente de este capítulo. Joya artística de aquella capilla era un retrato de Honorato Juan, pintado por el Tiziano. Unos extranjeros lo compraron á bajo precio y se lo llevaron.

(2) En el registro de *Donationes de Valentia* constan donadas á «Frater Guiraldus de Prato, Commendator de Alfama, reallum, domus et hortum.» Dió también D. Jaime á los caballeros de Alfama una casa y huerta en la Vega, entre los caminos de Játiva y San Vicente.

(3) Todos nuestros antiguos historiadores, desde Beuter hasta Esclapés, convienen en que la iglesia de San Jorge, la primera que se bendijo en Valencia después de la Catedral, es la de San Salvador, la cual cambió de nombre por la supuesta venida milagrosa del Santo Cristo. Ya hemos visto que la iglesia de San Salvador se llamaba ya así muy á raíz de la reconquista. El P. Teixidor, citando escrituras de 1243, 1289 y 1307 (que vió en el arch. del convento de Magdalenas), prueba que la iglesia de San Jorge estaba ya en aquellas fechas en el mismo sitio donde la hemos conocido.

en cuya parroquia estaba enclavado (1). Refundida la religión de Alfama en la de Montesa, tuvo ésta un priorazgo en aquella iglesia de San Jorge, y en tiempos muy posteriores, agrególe D. Felipe II un colegio para cuatro freires, ensanchando el edificio.

Fáltanos solamente hablar de los mercedarios; pero ¿era también Orden militar la religión de la Merced? preguntará quizás el curioso lector. Éralo y no lo era, y por eso la he dejado para lo último. Éralo indudablemente en sus principios, y quedó bien probado en un formidable in-folio que dió á la estampa el Rev. Padre Maestro fray Manuel Mariano Ribera, reivindicando esta gloria para su Orden (2). Titulábase Real y Militar; componíase, en sus prístinos tiempos, de clérigos y caballeros laicos, y éstos ejercieron exclusivamente, durante la primera centuria, la autoridad superior, llamada *maestrazgo* como en las demás órdenes militares, y después *generalato (magister generalis)*. Aunque la misión principal de este instituto fué redimir cautivos cristianos por medio del rescate pecuniario, esto no impedía á sus freires seglares el empleo de las armas, del mismo modo que compartían los de San Juan del Hospital el servicio de los enfermos con la lucha contra los infieles. El maestro Ribera cita algunos caballeros de la Merced—pocos, en verdad—que se distinguieron en la guerra: entre ellos, uno que murió en la conquista de Sevilla. Pero, andando el tiempo, se sobrepusieron entre los mercedarios los clérigos á los seglares, el elemento monástico al elemento militar. Á la muerte del maestre Fr. Pedro de Amer (1301), cuyo sepulcro hemos visto en el Puig, se dividieron los religiosos para la elección de sucesor: nombraron los

(1) Concordia ajustada por D. Fr. Pedro Guasch, comendador mayor de Alfama, que luego fué maestre sexto de la Orden (Arch. de la parroquia de San Andrés).

(2) *Primitivo Militar Laical gobierno del Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redempcion de cautivos cristianos*, por el Rdo. Padre Maestro Fr. Manuel Mariano Ribera, cronista general de la Orden. Barcelona, 1726.

caballeros á Fr. Arnaldo Rosinyol; los sacerdotes á Fr. Raimundo Albert; y el Papa Juan XXII decidió el cisma á favor del último. Desde entonces fueron eclesiásticos todos sus prelados, y la Orden, aunque conservando título de Militar, fué perdiendo cada vez más este carácter.

Apreciábala en gran manera el Conquistador, y era, hasta cierto punto, hechura suya. Aunque algún historiador lo duda, considéranlo como uno de sus fundadores todas las crónicas de la Merced. Cuentan que el 1.° de Agosto de 1218 se apareció la Virgen María á Pedro Nolasco, mancebo piadosísimo, que, desprendiéndose de sus bienes, fué de Francia á Barcelona para emplearse en obras de caridad, y le inspiró la idea de fundar una comunidad para la redención de cautivos. El mismo día tuvieron igual aparición el rey y su confesor, Raimundo de Peñafort canónigo de la catedral de Barcelona. Cumplióse en seguida la santa empresa: el día 10 de aquel mes, el obispo, con asistencia del poderoso monarca y del ascético canónigo, imponía solemnemente al joven francés, en la iglesia catedral de Santa Eulalia, el hábito blanco (1) con el blasón de la nueva milicia sagrada. Desde entonces, el escudo de la Merced está partido en faja: en el cuartel superior ostenta, en campo de gules, una cruz blanca (la de la Catedral de Barcelona probablemente), y en el inferior las barras aragonesas. Si D. Jaime intervino, efectivamente, en esta fundación, fué en edad muy juvenil; pues á la fecha sólo contaba diez años. Lo cierto es que los religiosos mercedarios tuvieron desde el principio afectuosa acogida en su corte, y albergue en su propio palacio de Barcelona; y que San Pedro Nolasco le acompañó en sus campañas de Mallorca y de Valencia. Á él se atribuye la profecía de que había de ganar el rey la ciudad del Turia.

(1) «Prœdicto Petro de Nolasco Habitum contulit, videlicet Tunicam albam, cum Scapulario, et Capucio, et Capa, et vestibus omnino albis.» Fray Nadal Gaver, *Speculum Fratrum*, ms.

La fundación del Real Monasterio del Puig no fué la única recompensa de sus buenos servicios: quiso el monarca que tuviesen también casa en Valencia, y al hacer el repartimiento, les dió una mezquita con los edificios contiguos, fuera de la puerta de Boatella, y una heredad con su alquería (1). Convirtióse la mezquita en iglesia y convento, que primero se llamó de Santo Domingo, y luego de Nuestra Señora de la Merced, distinguiéndose como cuna de ilustres y heroicos religiosos. Citaré no más al que mereció ser elevado á los altares, al mártir valenciano San Pedro Pascual, no tan honrado por la posteridad como merece serlo (2).

Niño aún, vió entrar triunfante en Valencia al ejército libertador. Hijo de cristianos, nacido cerca de la iglesia del Santo Sepulcro (3) y bautizado en ella, había probado la pesadumbre del yugo agareno, y se presentó sin duda á sus ojos como la obra más sublime y meritoria, la redención de los fieles cautivos. Doctor y catedrático, muy joven todavía, en la Universidad de París; canónigo muy luego de la nueva catedral de Valencia;

(1) Por privilegio dado en Zaragoza, en 1262, reconoce el rey que, estando sitiando á Valencia, dió á Pedro Nolasco *Magistro Ordinis Mercedis Captivorum Sanctæ Eulaliæ Barchinonæ*, y á los hermanos de su Orden «quasdam domos in Boatella extramuros Valentiæ, cum quadam Mezquita sita juxta domos, quæ fuerunt de Abensiare, et hereditate, quam dictus sarracenus habebat in alqueria de Andarella.» Posteriormente, en 1255, donó el mismo D. Jaime á la Merced los castillos de Burriana y Cuarte, de lo cual se infiere también el carácter militar de la Orden. Por donación particular adquirió esta en aquella época los castillos de Arguines y Algar, con la baronía de este último nombre.

(2) De otro mercedario insigne, el venerable fray Juan Gilabert Jofré, queda hecha mención en el cap. XII al hablar del monasterio del Puig, y en el XVI al ocuparnos de Nuestra Señora de los Desamparados. Sobre la historia de esta orden, véase *Recuerdos Históricos y Políticos de los servicios que los Generales y Varones ilustres de la Religión de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos, han hecho á los Reyes de España en los dos mundos*, por el Maestro Fr. Marcos Salmerón, general de la Orden, Valencia, 1646; y *Biblioteca Mercedaria*, por fray José Antonio Garí, Barcelona, 1775.

(3) En la casa n.° 10 de la calle del Portal de Valldigna hay una lápida que conserva el recuerdo tradicional de haber nacido allí el Santo. Este tiene altar en la iglesia de San Bartolomé, y una estatua de mármol sobre el pretil del río, en el sitio llamado la Pechina.

estimado y favorecido por todos, renunció á tantos honores y esperanzas, para vestir el hábito de la Merced en el convento valenciano. Pero no ocultó el humilde sayal su gran valer: el rey le confió la instrucción de su hijo D. Sancho, dedicado á la Iglesia, y cuando el mancebo real fué nombrado arzobispo de Toledo (improvisación frecuente en aquellos tiempos), su maestro Fr. Pedro, con título de obispo de Granada, fué gobernador de la diócesis y su prelado efectivo, hasta que el infante-mitrado murió en pelea con los moros. Pudo dedicarse entonces con mayor libertad el mercedario á su santa vocación, rescatando cautivos en el reino granadino, fundando conventos de su Orden en Toledo, Jaca, Baeza y Jerez de la Frontera, y de este modo empleaba su vida en buenas obras, siempre en movimiento, y recibido en todas partes como varón eminentísimo en ciencia y virtud. En París, el rey, el clero y el pueblo, le tributaban honores extraordinarios; en Roma, el papa Nicolás IV, admirado de su ciencia teológica, encargábale la predicación de la Cruzada. Frisaba ya en los setenta años, cuando lo nombró Bonifacio VIII obispo de Jaén; pero no había apagado la edad su fervor apostólico, y aquella diócesis fronteriza le daba ocasión frecuente para demostrarlo. Al fin, fué víctima de su santa empresa. En una algara que hicieron los moros, cautivaron al obispo y le condujeron á Granada. Apresuráronse sus diocesanos á enviar fuerte rescate; pero, en vez del prelado, volvían redimidos míseros ancianos, mujeres desvalidas, niños inocentes. Repetían el envío de dinero, y llegaba nueva remesa de menesterosos: el santo obispo, acordándose de que era, ante todo, redentor de cautivos, anteponía el bien del prójimo á su propia libertad. Entre los cristianos presos, entre los que allí vivían exentos de servidumbre, con peligro unos y otros de olvidar su fe, y entre los mismos musulmanes, á quienes procuraba convertir, había encontrado el heroico Pastor estimadísima grey. En las mazmorras sombrías predicaba más á gusto que en las catedrales suntuosas; los cautivos encadenados eran para él feligreses

más queridos que los magnates y los reyes. No satisfecho con la eficacia de su palabra y de su ejemplo, escribió allí mismo, desprovisto de libros de consulta, tratados que aún admiran los eruditos, entre ellos la *Impunacion de la seta de Mahomah et Deffension de la ley evangélica de Christo* (1). Los moros, atacados en sus creencias, se alborotaron contra el anciano misionero, y cuando estaba celebrando misa, echáronse sobre él los esbirros del cruel Mohamad-ben-Alhamar-ben-Azar, y le cortaron la cabeza (2). Ocurrió este martirio, coronamiento trágico de tan santa vida, el año 1301; desde entonces fué tenido por bienaventurado el ilustre mercedario, y se le tributó culto público, confirmado después por bula de Clemente X en 1673, fausta canonización que Valencia celebró con magníficas fiestas (3).

Del convento de Nuestra Señora de la Merced, gloriosa cuna de tan celebradas virtudes, no queda resto alguno: construído, como se ha dicho, fuera de la puerta de la Boatella, al ensancharse la ciudad quedó dentro de su recinto en la ruidosa

(1) Además de este libro, escribió en Granada los tratados del *Pater Noster*, de los *Mandamientos*, del *Credo*, y el *Libro contra Fadas y Ventura;* todos ellos se conservan en la biblioteca del Escorial. En 1676 se imprimieron juntos en Madrid, traducidos al latín. Antes de su cautiverio escribió San Pedro Pascual un Tratado sobre educación cristiana de los príncipes, y otro de las obligaciones de los párrocos.

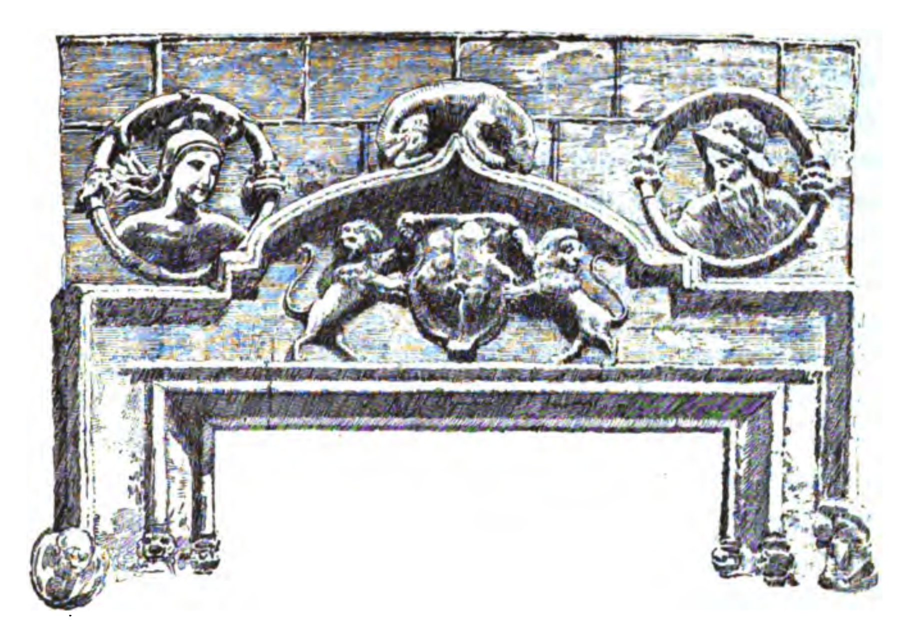
(2) El Padre Salmerón (libro citado) pone en duda la degollación del Santo, diciendo que debe ser considerado como mártir, aunque hubiera sucumbido naturalmente á los rigores del cautiverio. Pero ha prevalecido la versión de haber sido degollado.

(3) El cuerpo de San Pedro Pascual, enterrado en las mazmorras de Granada, fué conducido poco después á Baeza y sepultado en la iglesia de la Luna. En 1729 se buscaron sus restos y fueron hallados, según testifica el proceso que se formó. Á Valencia se trajeron dos reliquias, una para la Catedral y otra para la iglesia de San Bartolomé. Sobre esto y sobre las fiestas que con tal motivo se hicieron, publicóse en 1744 un opúsculo del cronista Sales. Se han dado á luz en Valencia tres historias de San Pedro Pascual; *La cándida flor del Turia, San Pedro Pascual de Valencia*, por D. Baltasar Sapena y Zarçuela, Pérez Arnal y Rivera, señor de Pamis, 1671; *El Machabeo Evangélico, Vida del glorioso Doctor San Pedro Pascual de Valencia*, por el P. Fr. Joan de la Presentación, 1671; *Compendio de la Vida del glorioso mártir San Pedro Pascual de Valencia*, por el R. P. M. Fr. Felipe Colombo, historiador general de la Orden de la Merced, 1773.

plaza del Mercado, inmediato al monasterio de religiosas de la Magdalena, también de antigua fundación. Ambos han sido demolidos en nuestros tiempos: en el solar de este último se ha construído el Mercado Nuevo; en el de la Merced las manzanas de casas que hay entre las calles de Flasaders y de Ramellets. Ponz alabó mucho algunos de los cuadros que había en aquel convento, y principalmente uno de Espinosa, que estaba en la enfermería: veíase en él á la Virgen, implorando de Jesucristo la salud de algunos religiosos, que le presentaba San Pedro Nolasco (1).

Hasta aquí, las órdenes militares establecidas en Valencia; ahora vamos á tratar de otras comunidades religiosas de carácter bastante distinto.

(1) «El bulto de las figuras, y la verdad, es cuanto se puede ver, sin faltar la gentileza y corrección, y así la considero como una de las más bellas pinturas de Valencia.» Esto dice Ponz, y no es exagerado: el cuadro está hoy en el Museo. Hay en él, procedentes del mismo convento, otro cuadro de Espinosa, tres de Donoso, seis de Pontons, dos cuadros y diez y seis lunetos de Vergara, y un cuadro de don Vicente López, todos con asuntos de la Virgen de la Merced ó de la orden mercedaria. El de López es curioso, porque están retratados el pintor, su familia y su discípulo Castelló en las figuras de unos cautivos que imploran á la Virgen.



CAPÍTULO XX

CONVENTOS DE FRAILES

Primeras comunidades después de la reconquista.—Franciscanos; martirio de San Juan de Perusa y San Pedro de Saxoferrato; el convento de San Francisco.—Convento de Santo Domingo: San Vicente Ferrer y San Luís Bertrán.—Capillas de San Vicente y de los Reyes, claustro y aula capitular.—Conventos de San Agustín y del Carmen.—Comunidades y conventos de fundación posterior.

Dió el siglo XIII poderoso impulso y nueva dirección á las Órdenes regulares: al monje ascético y silencioso de los primeros tiempos de la Edad-media, que huyendo del mundo, preservó de la barbarie en su solitaria abadía los restos de la antigua cultura, é imponiéndose á los nobles y á los reyes con el prestigio de su saber y de su virtud, engrandeció sus monasterios, hízose señor de villas y lugares, y entró, como factor importante, en el organismo feudal, agregóse después el caballero de las Órdenes militares, guerrero-tonsurado, hijo de las Cruza-

das, que á su lado defendía la Cristiandad con espada y lanza, como aquél con silogismos y sorites. Pero corría el tiempo, transformábase la sociedad, surgían necesidades nuevas; y engendrada por el mismo espíritu religioso, que á estas necesidades se adapta y acomoda, nació otra especie de religiosos: al lado del antiguo monje y del caballero sagrado, apareció el fraile. Emancipábanse los comunes, organizábanse las ciudades; sacaba la cabeza el pueblo, sofocado antes en las estrechas mallas del feudalismo; renacían las letras y con ellas el espíritu de crítica y reforma; llevábanse á la plaza pública las disputas teológicas ó políticas, encerradas antes en los claustros; tomaban carácter civil las herejías que brotaron de las sutilezas de los doctores; waldenses, catharos y albigenses perturbaban la Italia y la Francia meridional, promoviendo sangrientos conflictos y terribles guerras. En aquellos momentos de excitación religiosa y transformación social, presentábanse las Órdenes mendicantes como enmienda del poderío secular adquirido por las Órdenes monacales y militares, y como instrumento apropiado para obrar sobre la masa burguesa y plebeya. Los nuevos religiosos, desposeídos de todo, rapados, descalzos, cubiertos con tosco sayal anudado á la cintura por áspera soga, no se encastillaban en formidables monasterios, no se abismaban en la soledad de los bosques y los yermos: reclutados en las filas del pueblo, vivían entre él, compartían sus sentimientos, hablaban su lenguaje, iban de casa en casa, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, manteniéndose de limosnas, repartiendo á los pobres lo que recibían de los ricos, predicando la fe y la caridad de modo que todos les entendiesen. Los dominicos y los franciscanos eran las dos huestes principales de aquel ejército nuevo de la religión: *Padres Predicadores* los primeros, la defensa doctrinal de la fe era su primordial misión; *Hermanos menores,* como se llamaban ellos mismos, los segundos, la caridad, humilde, paciente, abnegada, fervorosa, era su arma de combate: sobre la sociedad batalladora de aquellos tiempos revueltos, arrojaban en oleadas

impetuosas, la enseñanza de la Iglesia, los unos, el amor de Dios, los otros.

Cuando entró en Valencia el Conquistador, habían muerto ya San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, patriarcas y fundadores de estas dos nuevas comunidades; pero iban con él algunos de sus primeros discípulos, henchidos del celo apostólico que les inspiraron con su reciente predicación y su ejemplo. Los franciscanos habían precedido al ejército cristiano, santificando con su sangre la ciudad agarena. Acababa de confirmar Inocencio III la regla de San Francisco en el cuarto Concilio Lateranense, cuando reunió el santo fundador en su famosa casa matriz de la Porciúncula á todos sus adeptos, y como Jesús á los Apóstoles, les envió á predicar el Evangelio por todo el mundo. Fr. Bernardo de Quintaval, su discípulo predilecto, y caudillo de la misión que vino á España, eligió para el reino de Aragón á Fr. Juan de Perusa y Fr. Pedro de Saxoferrato. Fundaron éstos un convento en Lérida y otro en Teruel. Sostenía esta última ciudad activo tráfico con Valencia, en poder aún de los musulmanes, y tentó á los dos franciscanos la santa ambición de predicar en ella la doctrina de Cristo. Como lo pensaron lo hicieron. Abu-Abdalla (Abu-Zeit), monarca débil y receloso, mal seguro en su trono usurpado, supo con enojo que dos míseros frailecillos iban por las calles combatiendo públicamente el Korán. No era muy firme la fe muslímica del régulo valenciano; pero, quizás por eso mismo, hacía mayor alarde de ella. Llamó á su presencia á los misioneros, é inspirándole lástima su pobreza y su exaltado fervor, los dejó libres, intimándoles que saliesen de la ciudad. No lo cumplieron, y viendo que proseguían la predicación, los hizo azotar. Cuentan las historias de aquellos mártires que se cerraron milagrosamente sus heridas; que, indignado el rey, les ofreció la disyuntiva de renegar ó morir, y que, optando los santos religiosos por la muerte, fueron degollados, anunciando antes al tirano que perdería en breve el trono de Valencia, pero ganaría en cambio otro mejor, convir-

tiéndose á la fe cristiana y alcanzando sitio entre los bienaventurados (1).

Los historiadores valencianos han enlazado de una manera interesante y poética la fundación del convento de San Francisco con aquel glorioso martirio. Dicen que tuvo lugar en los jardines de un hermoso palacio que tenía el rey Abu-Zeyt fuera de la ciudad, cerca de la puerta de la Boatella (2). Añaden que cuando entró en Valencia el Conquistador, el desposeído monarca moro, convertido ya en caballero cristiano, presentóse á fray Iluminato y fray Pedro de Sede, religiosos menores que acompañaban á las huestes vencedoras, y con lágrimas en los ojos les hizo donación del palacio en que fueron martirizados sus compañeros, y en el cual se conservaba una palmera manchada con su preciosa sangre (3).

La crítica exigente destruye esa leyenda: ni es seguro que los Santos Franciscanos sufrieran el martirio en los jardines de Abu-Zeyt (4); ni ha podido comprobarse la supuesta donación del martirizador arrepentido. Por el contrario, consta que el rey D. Jaime donó á fray Iluminato las tierras para la construcción del convento, cerca de la citada puerta de la Boatella, junto al

(1) Ocurrió este martirio, según la opinión más seguida, el 29 de Agosto de 1231, pero el P. Hebrera, *Chrón. Seráfica de Aragón*, prueba que debió ser en 1227 ó 1228. Lo mismo dice Escolano. Los dos mártires franciscanos fueron sepultados en la iglesia del Santo Sepulcro. Cuando entró en Valencia el ejército cristiano, fueron trasladados sus restos á Teruel.

(2) «Estando el rey en un huerto real, que tenía para su retraimiento fuera de la ciudad de Valencia en el mismo lugar donde ahora está el monasterio de San Francisco... mandóles matar allí, en un patio del huerto.» Esto dice Beuter (lib. II, cap. 22) y le han seguido todos los historiadores sucesivos.

(3) En el convento de San Francisco se conservaba una cruz, que se decia haber sido construída con madera de aquella palmera ensangrentada. Cuando estuvo en Valencia D. Felipe II, pidióla y se la llevó, como reliquia de mucha estimación.

(4) El escritor insigne fray Francisco Ximenez, en la dedicatoria á los jurados de Valencia de su gran obra *Regiment de la cosa pública*, dice que fueron martirizados, lo mismo que San Vicente, en la plaza de la Higuera (llamada después de Santa Tecla). Ximenez es escritor del siglo XIV, muy anterior á Beuter, y que por haber profesado y vivido largo tiempo en el convento de San Francisco de Valencia, podía conocer mejor la tradición local sobre este punto.

camino de Ruzafa, y para nada se nombran en la donación el palacio ni los jardines del rey moro (1).

Aquel convento, pobre y modestísimo al principio, rico y poderoso después, fué en Valencia la cuna de la Orden franciscana, que se extendió muy pronto por todo el nuevo reino (2).

---

(1) Dice así este privilegio de donación, que copió el P. Teixidor en sus *Observ. á las antig. de Valencia.*—«Noverint universi quod Nos Jacobus Dei gratia Rex Aragonum Majoricarum et Valentie Comes Barchinone et Urgelli et Dominus Montispesulani per Nos et omnes successores nostros ob remedium anime nostre et Parentum nostrorum damus et concedimus perpetuo libere atque franche vobis Fratribus Ordinis Minorum in Valentia commorantibus et universis aliis permansuris Octuagenta quinque brachiatas terre in longitudine contiguas vie publice que vadit ad Roçafam ex una parte et totidem ex altera in Quinquaginta quinque in latitudine ex omni parte in loco illo qui est ante Portam de Boatella prope Cimiterium quem locum habeatis ad opus edificande Domus vestre teneatis possideatis et expletetis cum introitibus et exitibus affrontationibus et suis pertinentiis universis a celo in abyssum. Damus inquam vobis partem omnium illarum aquarum sive cequiarum de quibus consueverant irrigari vel competentius de cetero potuerit irrigari locus supra memoratus in quibus cequiis mundandis sive faciendis non temeamini aliquid solvere sed usum omnium illarum aquarum libere et absque contradictione aliqua gratis perpetuo habeatis. Dat. Valentie tertio idus Januarii era millesima ducentesima septuagesima septima.» Quejándose los religiosos franciscanos de que era insuficiente el espacio concedido, lograron, por una segunda concesión del mismo rey, un terreno que estaba delante del mismo convento, para que les sirviese de plaza y cementerio. Contribuyó á mantener la creencia en la donación de Abu-Zeyt la circunstancia de haber sido sepultado este desposeído monarca en el mismo convento. Estaba su sarcófago de mármol junto á la puerta que salía de la iglesia al claustro. En 1737 lo quitaron para ensanchar el coro bajo, y pusieron los restos del rey moro en un arca de madera, la cual se colocó á la izquierda de aquella puerta, poniendo también una lápida de mármol, con unos dísticos latinos, que copia el P. Teixidor.

(2) He aquí los conventos de frailes y monjas de la regular observancia de San Francisco que formaban la Provincia de Valencia, á principios de este siglo, y fecha de su fundación: San Francisco, de Valencia, 1238; la Puridad, de Valencia, 1250; San Francisco, de Morella, 1272; San Francisco, de Murviedro, 1294; San Francisco, de Játiva, 1294; la Asunción, de Játiva, 1326; San Francisco, de Chelva, 1388; Sancti-Spiritus del Monte, 1402; San Blas, de Segorbe, 1415; Santa María de Jesús, de Valencia, 1428; Santa Clara, de Gandía, 1429; Nuestra Señora de los Ángeles, de Alicante, 1440; la Santísima Trinidad, de Valencia, 1443; Nuestra Señora del Pino, de Oliva, 1448; Santa Catalina, de Onda, 1448; La Transfiguración, de Val de Jesús, 1458; Nuestra Señora del Pasmo (Jerusalem) de Valencia, 1469; Nuestra Señora de Gracia, de Alicante, 1518; la Santa Faz, de Alicante, 1531; Santa Bárbara, de Castellón, 1531; Santa Bárbara, de Alcira, 1539; la Purísima Concepción, de Castellón, 1540; San Sebastián, de Cocentania, 1561; Nuestra Señora de los Ángeles, de Elda, 1562; San Cristóbal, de Mogente, 1563; la Corona de Jesús, de Valencia, 1563; Santa Isabel, de Oliva, 1564; San Luís, de Alcoy, 1566; San Bernardino, de Bocairente, 1567; Nuestra Señora de Gracia, de

Hoy apenas quedan vestigios de él. Expulsados los frailes, dedicóse el edificio á cuarteles, algunos de ellos derribados ya, y los restantes próximos á demolerse para abrir calles y construir casas. Antes había desaparecido el jardín que se suponía consagrado por el martirio de los discípulos de San Francisco: el área que ocupaba es la actual plaza de este nombre. Hacíanse lenguas nuestros abuelos de la frondosidad de aquel huerto: pomposos pinos, erguidos cipreses, gallardas palmeras se elevaban sobre bosquecillos de naranjos y setos de mirto; en medio había una rústica choza, albergue de un ermitaño. Cerraba este verjel un muro almenado, cuyas puertas sólo estaban abiertas de día. Esta clausura embarazaba el tránsito en aquella parte de la ciudad, y pugnaron largo tiempo los prohombres del Quitamento para convertir el huerto conventual en plaza pública, hasta que en 1805, autorizado con reserva el intendente, hizo arrasar una noche las tapias y abatir los árboles, con gran asombro de los indignados frailes. Tenían éstos otro huerto, mucho mayor, en lo que es hoy Estación de los ferro-carriles de Almansa y Tarragona; y entre uno y otro, se levantaban la iglesia, los espaciosos claustros y las dependencias todas del convento. La iglesia era al principio muy pobre; pero en la segunda mital del siglo XIV la reconstruyó con severa magnificencia el noble Berenguer de Codinats, maestre racional por el rey D. Pedro IV. Refieren las crónicas que hallándose este magnate en su casa, se le presentó un pordiosero. Envióle á los criados para que lo socorriesen. Al instante se le apareció de nuevo. Despidiólo, airado ya; y volvió á presentársele. Estallaba violento el enojo del racional,

---

Requena, 1569; la Purísima Concepción, de Onda, 1572; San Antonio Abad, de Onteniente, 1573; San Guillermo, de Castellfavid, 1577, la Virgen de Agres, 1578; San Antonio de Padua, de Denia, 1588; la Virgen de Loreto, de Jijona, 1592: San Diego, de Alfara del Patriarca, 1599; Santa Ana, de Jijona, 1607; San Luis, de Chiva, 1609; la Purísima Concepción, de Benisa, 1612; la Encarnación, de Elche, 1630; Ermitorio, de Jesús Pobre, 1642; Nuestra Señora del Milagro de Cocentaina, 1654; Nuestra Señora de Sales, de Sueca, 1658; Ermitorio de San Pedro y San Francisco, de Altea, 1728; Ermitorio de Nuestra Señora, de Utiel, 1728.

cuando el mendigo, apartando el manto, se descubrió. Era San Francisco: brotaba luz de sus cinco llagas. «Anda y repara la iglesia de mi convento, que amenaza ruina,» le dijo; y lo cumplió el caballero de Codinats, levantando la fuerte fábrica ojival de la nueva iglesia, la cual fué revestida de adornos churriguerescos en el siglo XVII, y renovada con mejor gusto en 1814. Los claustros, de escaso mérito artístico, estaban chapados hasta ocho palmos de altura, con azulejos, en los que la poesía, algo chabacana, y la pintura, bastante burda, mezclaron coplas ascéticas é imágenes piadosas. Varias capillas de cofradías y hermandades, patrocinadas por la comunidad franciscana, estaban incluídas en el vasto recinto de aquella población monacal. Su mayor tesoro, para el arte, eran sus muchos cuadros y sus pinturas al fresco: Joanes, Ribalta, Esteban March, Espinosa, Huerta, Victoria, y en tiempos posteriores, el Padre Villanueva, Planas, Vergara y otros muchos, enriquecieron con su pincel aquella santa casa (1). Algunas de esas páginas hermosísimas de la pintura valenciana, pueden admirarse hoy en el Museo; muchas otras han desaparecido (2).

Mejor suerte que á este convento de San Francisco cupo al de Santo Domingo, que compartió con él la primacía entre las comunidades religiosas de Valencia, y le superaba en ínfulas y preeminencias. Cambió de destino, es verdad, el religioso albergue de los padres predicadores, convirtiéndose en oficinas militares, cuartel y parque de armas: turba hoy el silencio de los antiguos claustros el paso marcial de los soldados, el rechinar

(1) Cita Ponz con gran elogio un Salvador, de Juanes; un Angel Custodio, de Ribalta; la Traslación de la Casa de Loreto, de Espinosa; San Francisco dando la regla á sus discípulos, de Esteban March; la Porciúncula, de Huerta. Habla muy bien de catorce grandes cuadros del canónigo Victoria, que estaban en la sacristía y representaban la historia del convento, y menciona las pinturas del P. Villanueva y de José Vergara, en el claustro.

(2) Se conservan en el Museo el Salvador, de Joanes, una de las mejores obras de este pintor insigne; cuarenta y ocho lunetos, con pasajes de la vida de San Francisco, pintados por el P. Villanueva, y un San Francisco enfermo, de D. Vicente López.

de las espuelas, el golpear de las culatas; óyense enérgicas voces de mando donde sonaban las sagradas antífonas; el toque estridente de la corneta y los *pasos-dobles* de las charangas han sustituído á los acordes del órgano; celebra el capitán general ceremoniosa corte donde recibía á los devotos el prior reverendísimo; es depósito de fusiles la magnífica aula capitular, y de cañones y cureñas el espacioso refectorio; pero se ha conservado en gran parte el monasterio famoso; y mutilado, dividido y transformado como está, da idea todavía de lo que fué en otros tiempos.

En el fausto y solemnísimo día de la entrada en Valencia del rey Conquistador, cabalgaba ante su triunfadora hueste, precediendo al monarca y á sus primeros capitanes, un fraile que enarbolaba un estandarte, con la imagen de Jesús crucificado en el anverso y la de María en el reverso. Aquel heraldo de la fe era Fray Miguel de Fabra, confesor del rey, predicador apostólico del ejército, y religioso de la Orden de la Santísima Virgen María, como se llamaba entonces la que tomó el nombre de Santo Domingo cuando fué canonizado su fundador. Nacido en tierra de Castilla, recibió el P. Fabra en Tolosa de Francia el sagrado hábito de manos de aquel santo, y fué uno de sus mejores discípulos (1). Como teólogo consumado, envióle, con otros tres, á París, para establecer allí la nueva religión; vino después á España, y acompañó al rey don Jaime en la conquista de Mallorca y de Valencia. Juzgábanse entonces tan eficaces para estas empresas las oraciones como las estocadas, y se dijo que al ver los sarracenos valencianos entrar en su capital al victorioso fraile, reconocieron en él una figura sobrenatural que se les había aparecido, conduciendo á la pelea, espada en mano, á las huestes

(1) Los restos del Padre Fabra, tenido por venerable y bienaventurado, permanecieron muchos años en un sepulcro abierto en la capilla de San Pedro, y después en la resacristía del convento, en una tumba pequeña, encajada en lo alto de la pared (Diago).

cristianas. Los servicios de fray Miguel, aun sin tomar en cuenta esas maravillas, requerían galardón, y se lo dió el generoso monarca, adjudicándole, para fundar convento, terrenos fuera de la puerta de la Sharea, en un llano pedregoso que se extendía hasta el río, y en el cual se cumplían las sentencias de muerte (1). Construyeron desde luego los padres predicadores una reducida iglesia (que sirvió después de portería); y en 1250 emprendieron otra más grande. El obispo de Valencia fray Andrés de Albalat, religioso de la misma Orden, costeó la muralla que, partiendo del Temple y siguiendo la orilla del río, incluyó el nuevo convento en el recinto de la ciudad. Era de débil construcción la segunda iglesia, y hubo de ser derribada en 1382: edificóse entonces un gran templo, de arquitectura ojival, que en 1692 se reformó, con arreglo al gusto de la época, y en nuestros tiem-

(1) Privilegio de fundación: «Non solum corpus exponimus ut Christiani nominis crescant lilia in partibus paganorum, verum etiam ut novella Prædicatorum Ordinis in Paganorum civitatibus per nos noviter acquisitis plantatio floreat pro viribus laboramus. Nos igitur Jacobus, Dei gratia Rex Aragonum et Majoricarum et Valentiæ, Comes Barchinonæ et Urgelli et Dominus Montispesulani, ob remedium animæ nostræ et salutem parentum nostrorum, per præsentes donamus et concedimus libere et franche domine Deo et beatæ Mariæ genitrice ejus et Sancto Dominico et Ordinis Prædicatorum in perpetuam locum illum in Valentia qui est ante portam fratrum Templi et affrontat in rivo Guadalaviar et in cequia quæ vadit ad molendinos Bertrandi de Turolio, et sicut angulus acuit qui est inter flumen majus et cequiam dictorum molendinorum et in horto Petri de Teuls. Et hac omnia ad habendam et ædificandam Ecclesiam et statica et ad omnes alios usus ordinis memorati. Datis Valentiæ 3 idus Aprilis Era 1277.» Trae este privilegio el Padre Francisco Diago en su *Historia de la Provincia de Aragón de la Orden de Predicadores, desde su origen y principio hasta el año 1600*. Barcelona, 1599.— Además de este historiador, puede consultarse el ms. titulado: *Fundación y sitio con las demás partes del Real Convento de Predicadores de Valencia, en los cuales se descubren las excellencias, santidad y devocion de sus lugares y de los Religiosos moradores en él, hecho por el indigno fray Francisco Sala, archivero y hijo suyo*. El original, firmado por el autor y fechado el 16 de Enero de 1608, está en poder del erudito bibliófilo D. José Enrique Serrano; en la Biblioteca de la Universidad hay una copia, en dos volúmenes en folio, conteniendo la continuación de esa historia, escrita por fray Josef Miguel en 1719. El docto y concienzudo fray Josef Teixidor compiló también muchas noticias de este convento, á mediados del siglo pasado. En la Biblioteca de la Universidad están: el tomo II del *Necrologio de este Real Convento de Predicadores*, que comprende de 1531 á 1599; un volumen de *Capillas y Sepulturas de la iglesia y claustro*, y otro de obras pías, todos manuscritos.

pos ha sido en gran parte destruído. Añadiéronle, en el transcurso de los siglos, suntuosas capillas; hízose y se rehizo el convento, con claustros espaciosos, y todas las vastas dependencias que requería una comunidad numerosa, importante y rica; y con la acumulación sucesiva y algún tanto desordenada de estas obras, convirtióse el monasterio de Santo Domingo en uno de los mejores de España. De sus rentas, decía Escolano que llegaban á quince mil libras. Había esparcidos en él más de doscientos altares, y para juzgar de lo que influían aquella comunidad en la conciencia pública, basta saber que contaba cincuenta padres confesores en ejercicio continuo. Dedicada principalmente á la predicación, tenía fama de docta en las letras sagradas y en las profanas, y era respetado centro de saber. Considerábanla sobre manera los reyes, y uno de sus timbres más preciados era haberse congregado varias veces en su convento las Cortes de Valencia. Dejaron larga memoria en él las que presidió en 1604 don Felipe III. En la gran nave de la iglesia se celebró la solemne sesión regia, en la cual se reunían los tres Estamentos; en el refectorio y en las capillas deliberaban éstos separadamente. Dió alojamiento la comunidad á muchos personajes, con lo cual quedó á la vez favorecida y molestada, pues, al referirlo, pedía un ingenuo cronista que no se tuviesen más Cortes en edificios de índole tan opuesta á semejantes concursos (1). Pero, sobre todos estos recuerdos históricos, se levantan en el convento de Santo Domingo dos figuras esclarecidas por la aureola de la santidad: Fray Vicente Ferrer y Fray Luís Bertrán.

¡San Vicente Ferrer! Al oir este nombre, todo hijo de Valencia, por descreído que sea, experimenta profunda y grata emoción. Entre sombras y resplandores del pasado, se le aparece la imagen maravillosa del insigne dominico, como el Angel del Apocalipsis, encumbrándose sobre los monarcas y los pontífices,

(1) También se celebraron en este convento capítulos generales de la Orden en 1370 y en 1596.

sobre los príncipes y los pueblos, arrollándolo todo con su palabra de fuego, que grita á través de las edades: *Timete Deum et date illi honorem*. El recuerdo de San Vicente surge por todas partes en las provincias valencianas; allá donde vayáis, «en ese cerro, os dirán, predicó á la multitud, que llenaba todo el valle; aquí sanó á un enfermo; ahí resucitó á un muerto; en este sitio hizo brotar una fuente, que aún mana; en ese pueblo calmó la borrasca de los elementos; en aquel otro, la contienda, más terrible, de las pasiones humanas.» Apenas hallaréis iglesia donde no esté su efigie; ni familia donde no lleve alguien su nombre; y nada hay más alegre, más popular, más valenciano, que su ruidosa fiesta anual, en los alegres días de la primavera, con sus sermones en nuestro antiguo y querido idioma, con sus *Milacres* representados en la plaza pública, con el airoso ondear de las banderas de los gremios, con el vibrante alarido de la morisca *donsaina* y el menudo redoble del festivo *tabalet*. Nuestra generación excéptica, que todo lo examina y lo discute, respeta en Valencia al taumaturgo, histórico ó legendario; califícalo de gran santo, de elocuentísimo apóstol, de ilustre patricio, sin entrar en averiguaciones sobre los prodigios que á cientos le atribuyen los reverendos maestros que contaron su gloriosa vida en libros olvidados. Sería interesante, sin embargo, rehacer con espíritu de crítica imparcial la historia de San Vicente, consultando documentos coetáneos, que los hay abundantísimos (1). Po-

(1) Los principales biógrafos de San Vicente son los dominicos: Fr. Vicente Justiniano Antist, que publicó la *Historia de la vida y milagros de San Vicente Ferrer*, Valencia, 1575; Fr. Francisco Diago, *Historia de la vida y milagros de San Vicente Ferrer, con la relacion de la santa reliquia que de su bendito cuerpo ha llegado á Valencia, y de los grandes milagros que ha obrado y fiestas que se le han hecho*, Barcelona, 1600; Fr. Serafín Tomás Miguel, *Historia de la vida de San Vicente Ferrer, Apóstol de Europa, hijo de la nobilísima ciudad de Valencia*, Valencia, 1713; y Fr. Francisco Vidal y Micó, *Historia de la portentosa vida y milagros del valenciano Apóstol de Europa San Vicente Ferrer, con su misma doctrina y reflexiones*, Valencia, 1735. Pueden citarse también: Fr. Juan de Gabastón, *Vida de San Vicente Ferrer*, Valencia, 1614, y *Tratado de la vida espiritual de San Vicente Ferrer*, Valencia, 1616; Fr. Vicente Gómez, *Vida y milagros del glorioso San Vi-*

cas veces se manifestó la fuerza del espíritu en la humanidad como en aquel varón extraordinario.

Vióle este convento recibir á los diecisiete años el hábito de Santo Domingo, siguiendo vocación irresistible desde la infancia; dedicarse al estudio, y sorprender á todos muy pronto con la profundidad de su doctrina y la elocuencia de su predicación. Maestro peritísimo en filosofía y teología, ejemplo vivo de santidad, y calificado de milagroso por prodigios tan patentes como el anuncio de la llegada al puerto de Barcelona de las naves cargadas de trigo, cuando se alborotaba la multitud hambrienta, era ya oráculo del pueblo y de la corte, confesor del rey D. Martín y del papa Benedicto XIII, y el hombre más influyente sin duda en todo el reino de Aragón. Pero, hasta los veinte años de su profesión monástica, no había pasado su prestigio de la esfera en que sobresalieron también otros insignes religiosos en aquellos siglos creyentes. De pronto, traspasó aquellos linderos, y se agigantó su figura. Había seguido al papa Luna á Aviñón, y veía apesadumbrado la continuación del cisma. Inútiles eran sus esfuerzos: rendido en aquella lucha, cayó enfermo. Aparecióselo entonces Jesucristo, con los santos Domingo y Francisco, y le ordenó que se levantase y fuese á predicar contra todos los vicios. Nadie pudo detenerle; abandonó

cente Ferrer, Valencia, 1618; Fr. Vicente Gabaldá, *Vida del Angel, Profeta y Apóstol valenciano San Vicente Ferrer*, Valencia, 1668, reimpreso con adiciones en 1682; Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro, *Vida maravillosa y admirable del segundo Pablo, Apóstol de Valencia, San Vicente Ferrer*, Madrid, 1682; Fr. Ignacio Catoyra. *Ilustracioues á las maravillas de San Vicente*, Sevilla, 1724; D. Tomás Mérita y Llacer, *Vida, milagros y doctrina del valenciano Apóstol de Europa, San Vicente Ferrer, con la canonizacion, traslacion de su cuerpo, reliquias, cultos, apariciones y oraciones*, Valencia, 1755 (reimpreso en 1798). El erudito P. Teixidor dejó ms. una *Vida de San Vicente Ferrer, Apóstol de Europa, con noticias inéditas y documentadas*. Escribíala en los últimos años de su vida, octogenario ya. No se conserva completa; buena parte de ella está en la biblioteca de D. José Enrique Serrano, Valencia. Un dominico francés, el P. Fages, del convento de Lille, después de largas investigaciones y viajes, ha escrito en nuestros días una historia del famoso Santo valenciano, que promete ser muy interesante; pero no ha salido á luz todavía.

la corte pontificia y comenzó su apostolado. Veinte años anduvo á pie por el mundo, sin más apoyo que un báculo, sin más armas que un crucifijo, predicando la palabra de Dios en las ciudades y los campos, en los palacios y las aldeas (1). Así recorrió toda la Europa occidental; España é Italia, Francia, Inglaterra y Flandes (2), acudiendo al llamamiento de los reyes y los magnates, de los prelados y los concejos, quienes, allí donde había una lucha que apaciguar, una cuestión que resolver, una herejía que reprimir, llamaban afanosos al maestro fray Vicente Ferrer. Hasta el rey moro de Granada solicitó y obtuvo su predicación. Parecía haber vuelto el tiempo de los Apóstoles: las muchedumbres corrían al encuentro del famoso dominico; iban con él clérigos y frailes de diversas religiones para oir en confesión á los centenares de conversos: seguíale una legión de arrepentidos y penitentes; los hombres, con la cruz alzada, iban delante; las mujeres detrás, con la imagen de Nuestra Señora. Era el ejército de la fe y de la penitencia. El predicador apostólico instituía por donde pasaba las procesiones de disciplinantes; el mundo presenciaba absorto el extraño espectáculo de aquellas largas filas de pecadores, azotándose y cantando el *miserere*. Á lo

(1) Se han hecho muchas ediciones de sermones predicados por San Vicente; estos sermones parece que no fueron escritos por él, sino por personas que los oyeron ó recogieron notas de ellos. Entre esas ediciones debemos citar la hecha en Valencia por Jaime de Bordázar y Artazú, en cinco tomos en cuarto (1693-95). También se han publicado muchas veces y en distintos puntos, otras obras y opúsculos del santo: la principal de esas obras es el *Tractatus de Vita spirituali*. En 1591 imprimió en Valencia Pedro Patricio Mey una colección de opúsculos del famoso dominico (en la que se incluyó dicho tratado), formada y comentada por el P. Justiniano Antist.

(2) Consta, según el Padre Diago, que predicó en Cataluña, Aragón, Andalucía, Castilla, Portugal, Granada, Galicia, Navarra, Mallorca y Menorca; en el Genovesado, el Piamonte y Lombardía; en Flandes, Octavia, Inglaterra, Escocia é Irlanda; en Borgoña, Auvernia, Saboya, Aviñón, el Delfinado, el Languedoc, Tolosa y Bretaña. «Todos los de tantas naciones, añade Diago, entendían al Santo, y á cada cual le parecía que había predicado en su propio lenguaje. Tanto, que sobre ello disputaban algunas veces. El griego decía que predicaba en griego, el italiano afirmaba que no, sino en italiano, y el francés porfiaba que no, sino en francés.»

mejor, arduos negocios del Estado ó de la Iglesia arrancaban al fervoroso apóstol de sus populares misiones; él fué quien decidió el célebre compromiso de Caspe, proclamando el mejor derecho de D. Fernando de Antequera á la corona de Aragón; él fué quien, al ver la obstinación de su gran amigo el papa Luna resistiéndose á renunciar la tiara, subió al púlpito y publicó que Benedicto XIII obraba mal prefiriendo su propio bien á la paz de la Cristiandad, y, declarándole desposeído de la dignidad pontificia, le obligó á refugiarse, desobedecido por todos, á su solitario asilo de Peñíscola. En medio de tan graves atenciones, fray Vicente tenía fija siempre la voluntad en Valencia y en su convento de Santo Domingo: cuando llegó su hora, allá, en la remota Bretaña, púsose en camino para morir en él; pero le faltaron las fuerzas y espiró lejos de su patria. La catedral de Vannes recogió y guarda sus restos mortales; Valencia recogió su espíritu, enalteció su gloria, proclamó su santidad, sancionada pocos años después por el pontífice valenciano Calixto III (1); y puso á sus hijos bajo el amparo del santo apóstol, aclamándole como su patrono celestial.

---

(1) Nació San Vicente el 23 de Enero de 1350; tomó el hábito el 5 de Febrero de 1367; comenzó su predicación apostólica en 1398; murió el 5 de Abril de 1419; fué canonizado el 29 de Junio de 1455. Consérvase en Valencia la casa natalicia del Santo, convertida en capilla. Está en la calle del Mar. Compróla el convento de Santo Domingo en 1496, y estableció en ella un oratorio; vendióla poco después al gremio de boneteros, y en 1573 la adquirió la ciudad. La capilla se renovó en 1667. Dicen que la imagen de San Vicente, que está en el altar, fué labrada en el tronco de un ciprés, criado en el huertecito de la celda del mismo Santo. La pintura que cubre el nicho, y representa su nacimiento, es de Espinosa. Es objeto de la devoción popular un pozo, lo único que subsiste de la casa primitiva. Son muchos los fieles que acuden á beber sus aguas, á las que atribuyen virtud sobrenatural, en tiempo de epidemias sobre todo. En la catedral de Valencia se conserva una costilla de San Vicente. Está colocada en una imagen de plata del Santo. Trájose de Vannes con gran solemnidad, como consta en el libro de Fray Pedro Blasco *Historia de la traslación de las reliquias de San Vicente Ferrer de Francia á España y á la ciudad de Valencia*, 1611. También se guarda en el relicario de la Catedral parte de la capa y capilla del Santo, y una Biblia con notas de su mano. En el del colegio de Corpus Christi hay una canilla de su cadáver y un volumen en cuarto de 174 páginas, que contiene varios sermones escritos por el Santo. En la biblioteca de la Universidad se conserva también una Biblia, que Benedicto XIII regaló á San Vicente, y á la cual puso éste algunas anotaciones.

Coronado también por el nimbo luminoso de los santos, pálido, flaco y enfermizo, vemos en los altares otro dominico, de suave y mística expresión, que fija los ojos amortiguados en el crucifijo sustentado en su mano diestra, y lleva en la otra un cáliz, en el cual se retuerce una culebra (1). Es San Luís Bertrán, otro hijo esclarecido de este convento. Interesante y simpática es su figura, aunque no se destaque sobre el fondo histórico de su época con los acentuados contornos y el vigoroso relieve del Apóstol del siglo XIV. Habían cambiado los tiempos: corría el siglo XVI; no había cismas que resolver, ni monarcas que elegir, ni reinos que apaciguar; lo mismo en la Iglesia que en el Estado, la ley y la regla eran imperiosas y conocidas; la obediencia y la humildad trazaban el camino al fervor religioso: Fray Luís Bertrán, ascético hasta la exaltación, paciente y resignado hasta el sacrificio, era digno prototipo del nuevo aspecto que tomaba la santidad monástica. Hijo, como San Vicente, de un respetable notario; bautizado, como él, en la parroquia de San Esteban (2), atrájole también desde su infancia este convento de Santo Domingo; en él trocó las pompas del mundo por la austeridad de la celda, y después el sosiego de la celda por la azarosa conversión de los infieles. Á los veinticinco años era espejo de religiosos: tenía en el convento la enseñanza de los novicios, que sólo se confiaba á los maestros más experimentados. Una noche, habló á sus jóvenes educandos con tal fervor, que les saltaron las lágrimas y comprendieron que ocu-

(1) Recuerdo de uno de los milagros atribuídos al Santo: envenenáronle el cáliz en América, y sanó arrojando por la boca una culebra.

(2) Como la casa natalicia de San Vicente Ferrer, consérvase también la de San Luís Bertrán, aunque enteramente reconstruída, enfrente de la iglesia de San Esteban, en la plazuela del Almudín. Al ser beatificado el Santo, su hermano don Jaime Bertrán, que ocupaba la casa de sus padres, construyó en ella una capilla, cuyo altar principal estaba en el sitio donde nació el insigne dominico. Pertenecen hoy la casa y la capilla á D. José María Escribá de Romaní, barón de Benipa-rrell, conde de Casal y marqués de Monistrol de Moya, descendiente y heredero de la familia Bertrán. Proceden también de D. Jaime Bertrán la familia de los varones de Rivesalves y la de Ciscar.

rría algo extraordinario. Á la mañana siguiente, buscaron en su celda al Padre Luís; no hallaron en ella más que «un arca llena de instrumentos de penitencia, disciplinas ásperas, cadenas, cilicios, rallos de hoja de Milán para apretarse el cuerpo, y otras cosas tan regaladas como estas, de las cuales el siervo de Dios estuvo toda su vida bien proveído.» ¿Dónde estaba el maestro de novicios? Camino de Sevilla, con otro religioso de la comunidad, y poco después, navegando hacia las Indias occidentales. Siete años duró su predicación prodigiosa (1) en los páramos y bosques de Nueva Granada. Llamábanle los indios, á quienes instruía y amparaba, «el Fraile de Dios,» y contaban de él las mayores maravillas; miraban los conquistadores con recelo á aquel hermano y colega de Fray Bartolomé de las Casas. Contrariado por ellos, tuvo que volver á España. En Valencia encontró por todas partes respeto y veneración; el Patriarca Ribera le tomó por consejero; el virrey, duque de Nájera, por confesor; la nobleza y el pueblo por oráculo; los clérigos y frailes por maestro; el piadosísimo franciscano fray Nicolás Factor, por compañero y hermano. Aniquilada su flaca naturaleza por trabajos y penitencias, antes de envejecer enfermó, y espiró en el

(1) Cuéntase de él, como de San Vicente, que hablando en su lengua propia, todos le entendían. Sus biógrafos dicen que hablaba en castellano; pero Jerónimo Fernández, que le acompañó á las islas de Santo Tomás y Cabo de San Vicente, depuso en el proceso de beatificación que predicaba siempre en valenciano y le entendían todos los indios. Puede formarse idea de su predicación, porque en 1688 publicó en Valencia el arzobispo Rocaberti un tomo en folio de *Obras y sermones que predicó y dexó escritos el Glorioso Padre y segundo Apóstol Valenciano San Luis Bertrán*. En 1690 se publicó un segundo tomo. Emprendióse después la impresión de los sermones en latín, pero sólo se concluyó un volumen. Aunque llenos de erudición eclesiástica, estos sermones son más bien morales que teológicos. No tanto se propone el autor probar tesis doctrinales, como excitar á la santificación de la vida. La vanidad del mundo, lo efímero de la existencia humana y la perspectiva de la eternidad, son el fondo de la predicación de San Luís. Los sermones se han publicado conforme se conservaban: eran, al parecer, apuntes para explanarlos en el púlpito, y son notables por la coordinación lógica del asunto, y por la concisión y claridad de la frase, desprovista de adornos retóricos. El lenguaje castellano es muy castizo. No hay en ellos movimientos apasionados. Parecen, más que sermones, lecciones de cátedra. Sin duda el Santo añadiría, al pronunciarlo, el fuego del alma, que mueve las voluntades.

convento tras lenta y sosegada agonía. El pincel de Espinosa nos hace asistir aún á su muerte (1): rodeaba el lecho mortuorio toda la comunidad, rezaba el Patriarca las oraciones de los agonizantes: «Monseñor, despídame, que ya me muero,» decía el bienaventurado, y algunos de los presentes veían salir de sus labios—y así lo testificaron—una ráfaga luminosa. «¡Ha muerto el santo dominico!» gritaban las gentes por la ciudad, y corrían en tropel para venerar su cadáver, expuesto en la iglesia; los enfermos dejaban el lecho para besar su mano milagrosa, y hubo que rechazar á viva fuerza á los que se abalanzaban á cortar pedazos del hábito para reliquia. La aclamación popular fué sancionada también en Roma: Paulo V beatificó á fray Luís Bertrán; Gregorio XV lo canonizó; y Valencia, que había solemnizado estos faustos sucesos con fiestas suntuosísimas, le proclamó su patrono, como á San Vicente Ferrer (2).

(1) Para la suntuosa capilla que se dedicó luego á San Luís en la iglesia del convento, pintó el célebre Espinosa cinco grandes cuadros: éste de la muerte, que se puso en el retablo, y otros cuatro representando los principales milagros del Santo. Hoy ocupan lugar honroso en el Museo Provincial.

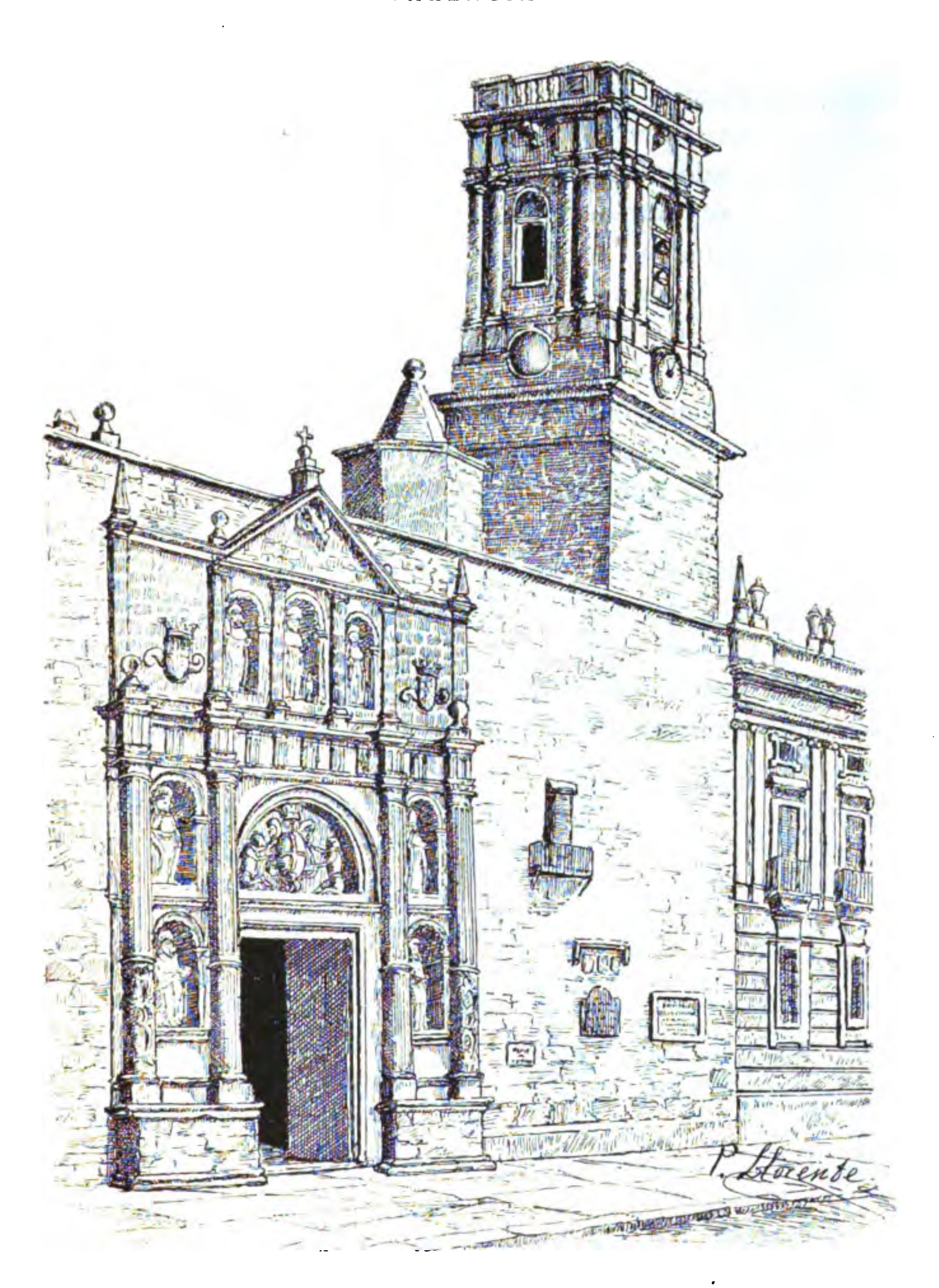
(2) Nació San Luís el 1.° de Enero de 1526, tomó el hábito el 26 de Agosto de 1544, marchó á las Indias el 14 de Febrero de 1562, murió el 9 de Octubre de 1581, fué beatificado el 19 de Julio de 1608, y canonizado el 12 de Abril de 1671. Al año siguiente de su muerte publicó ya su historia su discípulo Fr. Vicente Justiniano Antist con el título *Verdadera relación de la Vida y muerte del Padre Fray Luis Bertrán de bienaventurada memoria.* (Impresa en Valencia, 1582, y reimpresa en la misma ciudad en 1583, y al mismo tiempo, ó poco después, en Barcelona, Zaragoza, Pamplona y Sevilla, y traducida al italiano en Génova.) En 1593 completábala el mismo Antist con unas *Adiciones*, impresas en Valencia. El P. M. Fr. Vicente Saborit, también dominico, y procurador de la causa de la canonización de San Luís, publicó una *Historia de la Vida, virtudes y milagros del Beato Luis Bertrán, de la Orden de Predicadores*, Valencia, 1651. El P. M. Fr. Francisco Vidal y Micó (autor de la historia de San Vicente Ferrer) escribió asimismo la *Historia de la prodigiosa vida, milagros y profecias del segundo Angel del Apocalypsi, y Apóstol Valenciano de las Indias Occidentales San Luis Bertran, Taumaturgo en milagros, Profeta excelso y Mártir por eminencia*, Valencia, 1743. Aunque ofrecen menor interés, pueden citarse la que en 1608 publicó fr. Bartolomé Roca, la que escribió en castellano y publicó en Roma traducida al italiano fr. Bartolomé Aviñón (1623), y la de fr. Josef Favorés en 1671, dominicos todos. De las brillantísimas fiestas de la beatificación escribió el famoso poeta Gaspar de Aguilar un libro titulado *Fiestas que la insigne ciudad de Valencia ha hecho por la beatificación del Santo Fray Luis Bertrán*, Valencia, 1608; y fr. Vicente Gómez, dominico, otro: *Los sermones y fiestas que la Ciudad de Valencia hizo por la beatificación del glo-*

¿Qué queda hoy de aquel famoso monasterio, ennoblecido por tan ilustres hijos, y en cuya ruina se cebaron la guerra y la revolución (1)? Vas á verlo, lector amigo, si quieres seguirme. Ven á la plaza que conserva para todo buen valenciano el nombre de Santo Domingo, aunque le hayan dado otros, y verás la fachada de la iglesia y la del convento, tales como los frailes las dejaron: nuevos son el cuartel contiguo y las casas que siguen hasta la ronda, construídas en el solar del huerto. Ábrese la puerta de la iglesia en un alto y liso paredón de cantería, decorada con dos columnas dóricas y estriadas, que resaltan á cada lado, dejando sitio entre ellas para cuatro hornacinas con imágenes de Santos de la Orden. Sobre la puerta, el blasón con la cruz flordelisada de Santo Domingo, y por soportes sus dos lebreles, con cirios

rioso Padre San Luis Bertrán, Valencia, 1609. De las fiestas de la canonización escribió Tomás López de los Ríos el *Auto glorioso, festejo sagrado con que el insigne Colegio de la Preclara Arte de la Nobleza celebró la Canonización del Señor San Luis Bertrán*, Valencia, 1674. En nuestros días se ha publicado *Verdadera relación de la Vida y Muerte* del *P. Fr. Luis Bertrán*, de *bienaventurada memoria copilada por el maestro Fr. Vicente Justiniano Antist*, fiel reproducción de la edición hecha en Zaragoza en 1583 con las *Adiciones* del mismo autor, complementada con un *Suplemento* del mayor interés, Valencia, 1882. En Francia se han publicado varias historias de nuestro santo, siendo la mejor la de Fr. Juan Bautista Feuillet (París. 1671), y en nuestros días ha salido á luz en Inglaterra *The Life of St. Lewis Bertrand, friar Preacher of the Order of St. Dominic, and Apostle of New Granada*, por Fr. Bertrand Wilberforce, religioso de la misma Orden, Londres, 1882, obra docta y concienzuda.

(1) Cuando entró en Valencia Suchet, los dominicos, calificados de patriotas, fueron muy perseguidos: la mayor parte de la comunidad fué llevada prisionera á Francia y cruelmente tratada; el convento, destinado á cuartel y parque, sufrió mucho; fueron arrasados un cuerpo de edificio que contenía cincuenta celdas para los religiosos y el del noviciado, destrozado el antiguo claustro y desmochada la torre. Véase *Historia de la provincia de Aragón, Orden de Predicadores, desde el año 1809 hasta el de 1818*, por el P. M. Fr. Mariano Rais y el P. L. Fray Luís Navarro, de dicha provincia, Zaragoza, 1819. Este padre Navarro fué de los religiosos conducidos á Francia, y escribía un diario de su cautiverio, que no llegó á concluir. Consérvase ms. en la bibliot. de D. José Enrique Serrano, como también muchas poesías suyas, patrióticas y religiosas algunas de ellas, obras festivas, eróticas y bastante profanas. De los frailes prisioneros, fueron fusilados cinco, al llegar á Sagunto: Fr. Pedro Pascual Rubert, provincial de la Merced; Fr. José de Jérica, guardián de Capuchinos; y tres dominicos, Fr. Gabriel Pichó, Fr. Faustino Igual y Fr. Vicente Bonet. Publicáronse unas *Memorias históricas* de *la Vida y Muerte* de estos cinco religiosos, mártires de la patria, en Valencia, 1813, sin nombre de autor.

VALENCIA



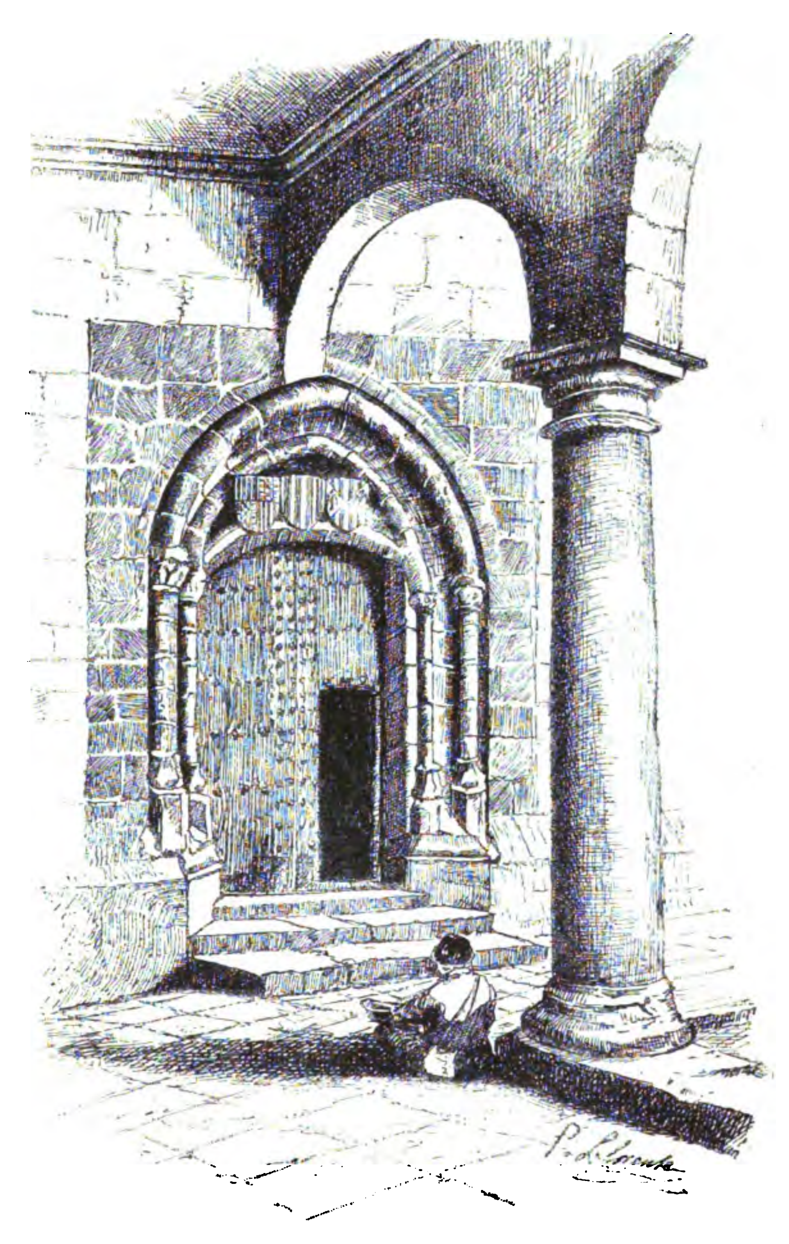
Fachada de la Iglesia de Santo Domingo

en la boca; encima, un ático, que abriga en otras hornacinas las figuras de aquel Santo, de San Vicente Ferrer y San Luís Bertrán, y á los lados, las armas reales repetidas y labradas en el muro. Obra es ésta de fines del siglo XVI (1) y de gusto del renacimiento, aún no tocada de churriguerismo; pero de muy tosca labor en la parte escultural. Á continuación de la fachada de la iglesia, extiéndese la del convento, sobre la cual ondea la bandera española, anunciando la residencia de la autoridad militar. Sus despejados balcones, sus pilastras y cornisas, el ático que adorna el cuerpo central, y los jarrones que lo coronan, dan á este edificio algo de ostentoso y de profano. Construído en los últimos tiempos de la enriquecida comunidad, más parece palacio que monasterio. Contaban nuestros padres que hubo empeñada contienda entre los frailes machuchos y los novatos sobre esta obra. Querían sujetarla los primeros á la antigua severidad monástica; optaban los mozos por la arquitectura fastuosa á la moderna. Ganaron éstos la votación, y quedaron los otros tan contrariados, que al salir del convento, ó al volver á él, echábanse á los ojos la capilla por no ver el profano frontispicio de su casa. En el punto de unión de ambas fachadas se levanta la torre cuadrada del campanario, desmochado ahora.

Entremos por el portal de la iglesia: da á un patio claustral, con sencillas columnas dóricas y arcos de medio punto. Á la derecha, está la puerta de la Capilla de los Reyes, con los escudos reales de Aragón, Sicilia y Jerusalén, labrados en piedra y coloridos; á la izquierda, estaba la de la capilla de la Soledad (hoy destruída), y que por tener en ella su cofradía la nobleza valenciana, llamábase de los Caballeros; al fondo, se abre todavía la

(1) Dice el licenciado B. Porreño, en su libro *Dichos y hechos del Señor Rey Don Felipe II*, que este monarca dió mil ducados para la portada de la iglesia, «y como tenía tanto voto en cosas de arquitectura, hizo el plano para que lo ejecutaran los frailes.» Confirma la noticia un memorial que éstos dirigieron á Felipe V. El P. Sala (que terminó su ms. en 1608) dice en él que se estaba construyendo la fachada.

puerta principal de la iglesia, de gallarda traza ojival, con las imágenes, esculpidas en piedra, de la Virgen del Rosario, Santo Domingo y Santa Catalina de Sena. Penetremos en el templo: ¡ah! ¡cuán poco queda de él! Damos al punto con una tapia, que cierra lo que fué su vasta y magnífica nave, y encontramos solamente á mano derecha una prolongada capilla, espaciosa y ricamente decorada, es verdad; pero que no era más que pequeña parte de la antigua



VALENCIA. — PUERTA DE LA CAPILLA DE LOS REYES EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

iglesia. Esta capilla, dedicada á San Vicente, y otra, de iguales proporciones, que se extendía á mano izquierda, formaban un suntuoso crucero, á los pies de la nave principal; otras capillas, de igual riqueza, como la de San Luís Bertrán, donde se guardaba en urna de plata el cuerpo de este santo (1), abríanse también en aquella espaciosa nave. El altar mayor era un inmenso retablo churrigueresco, con la imagen de Santo Domingo, rodeada de ángeles y serafines (2): en el presbiterio estaba el coro de los frailes, con triple fila de asientos, y dentro de él, á cada lado del altar mayor, había tres capillitas, donde tenían enterramiento familias ilustres de Valencia coetáneas de la reconquista (3). Destruyóse casi todo el templo, para convertirlo en cuartel, y hoy sólo dan idea incompleta de su grandeza, las dos capillas de San Vicente y de los Reyes, restos interesantes de épocas muy distintas, y ejemplares preciosos de muy diversos órdenes arquitectónicos. La capilla de San Vicente, construída en 1460, pocos años después de la canonización del Santo, fué prolongada y restaurada en el siglo pasado (1772-81).

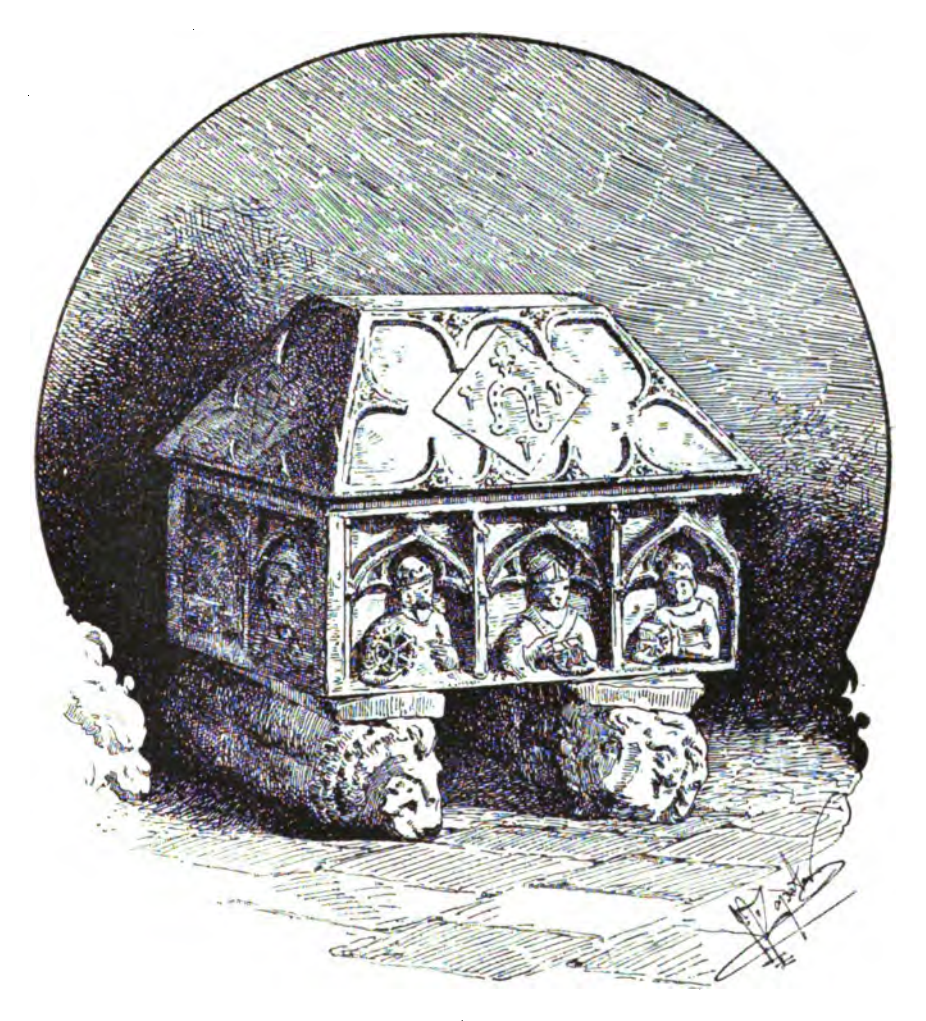
---

(1) Esta urna se envió á Ibiza, con el tesoro del convento, al acercarse los franceses, y el gobierno se incautó de ella y la convirtió en moneda. En esta capilla estaban también los suntuosos sepulcros de dos religiosos del convento que alcanzaron título de Venerables, fray Domingo Anadón y fray Juan Micó. Los restos de estos dos insignes dominicos fueron trasladados, después de la exclaustración, al panteón de los marqueses de Zenete, en la capilla de los Reyes del mismo convento (de la cual hablaré luego). Las estatuas yacentes de ambos Venerables, esculpidas en mármol blanco y mármol negro, están en el Museo Provincial, y son obras de buen carácter. Fr. Juan Micó, hijo de Palomar, floreció en el siglo XVI y fué dominico ilustre y muy docto, cuyas obras teológicas pueden verse citadas en la Biblioteca de Ximeno. De sus manos recibió el hábito San Luís Bertrán. Respecto al Venerable Anadón, véase *Compendio de la vida y virtudes del V. Padre Fr. Domingo Anadon, portero y limosnero mayor del convento insigne de Predicadores de Valencia*, por el M. Fr. Serafín Thomás Miguel, Valencia, 1716.

(2) En el sagrario de este altar estaba un hermoso Salvador de Joanes, que se conserva en el Museo del Carmen.

(3) Las familias de Castellví, Pardo de la Casta, Montpalaos (barones de Gestalgar), Ixarchs, Ruiz de Lihori (barones de Alcahalí), y Santa Pau. Entre las familias notables que tenían enterramientos en otras capillas del monasterio, figuraba la de Montaner, en cuyo *vas* estaba sepultado el famoso historiador de este apellido.

El lápiz correcto de los académicos, triunfantes ya de los excesos del barroquismo, diseñó la nave, de arquitectura corin-



VALENCIA.—SEPULCRO ATRIBUÍDO Á LA MADRE DE SAN VICENTE FERRER

tía, la bóveda de medio punto, con sus lunetos pintados al fresco, el cimborio cilíndrico, la cúpula y la linterna (1); mármoles de

(1) Fué obra esta capilla de D. Antonio Gilabert, arquitecto muy reputado en su tiempo, que nació en Pedreguer el año 1716 y murió en 1792. Estuvo al frente de la Real Academia de San Carlos.

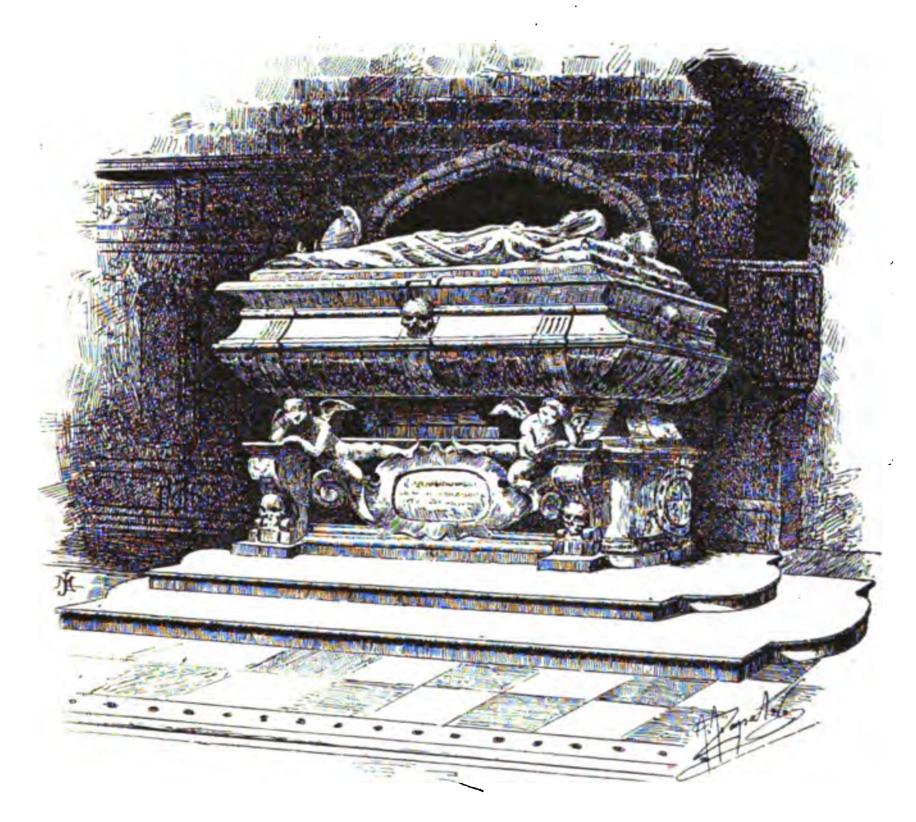
las mejoras canteras del reino, bien labrados y bruñidos, decoraron altares, pilastras, zócalos y cornisas; el pavimento, de mármoles también, copió los medallones de la cúpula; el pintor Vergara se encargó de los cuadros y los frescos: el escultor Puchol de los relieves del altar. Respetáronse dos grandes lienzos de la antigua capilla, en los que Vicente Salvador, artista de mediados del siglo XVII, representó el compromiso de Caspe y el anunciado regreso de las naves á Barcelona (1).

Suntuosa y rica es, en verdad, esta capilla, iglesia castrense hoy; pero ¡cuánto más impresiona la de los Reyes, separada de ella por breve y enverjado tránsito! Imponen respeto é infunden veneración sus desnudos muros de piedra ennegrecida, que se elevan á gran altura para sostener la bóveda ojival. Invade misteriosa penumbra el tétrico recinto, y á la incierta claridad que penetra por las angostas y prolongadas ventanas, resplandece con la nitidez del mármol de Carrara el lujoso sarcófago de los marqueses de Zenete, que parece un tálamo funeral en el centro de aquella inmensa tumba. Comenzó esta capilla D. Alfonso V en 1449; terminóla D. Juan II en 1463; por esto la llamaron de los Reyes (2). D. Carlos, el Emperador, concedió

(1) En 1472 fueron trasladados á esta capilla los huesos de Guillém Ferrer y Constanza Miguel, padres de san Vicente, desde la capilla de San Bartolomé, donde estaba su sepultura, «e foren posats davall lo altar de dita capella» (según constaba en el antiguo libro de la ciudad *Del bé y lo mal.)* En el Museo del Carmen está hoy un lucillo sepulcral, procedente del convento de Santo Domingo, que se dice ser de la madre del santo. Pero hay motivo para dudarlo. Del dato transcrito y de las relaciones posteriores, resulta que los restos del padre y la madre estaban debajo del altar, lo cual excluye la idea de un lucillo adosado al muro como es el del Museo. Además, en este lucillo, que carece de inscripción funeral, hay una herradura y clavos, por blasón ó insignia, y de aquí, sin duda, su atribución á la familia Ferrer. Pero, según el Dr. D. Marcos Antonio Palau, en su *Diana desenterrada*, la familia del santo, que procedía de Palamós, usaba por armas cuatro barras coloradas sencillas y atravesadas en campo de plata. Guillém Ferrer, notario, padre de san Vicente, con su hermano Pedro, naviero, vino de Palamós y se estableció en Denia, trasladándose á Valencia cuando se casó con Constanza Miguel, hija de un ciudadano rico de esta capital.

(2) Sobre la puerta que da al vestíbulo, y en la fachada exterior de la capilla, están esculpidos tres escudos reales: uno ostenta las barras de Aragón; otro, acuartelado en aspa, dichas barras y las águilas de Sicilia; el tercero, las mismas

á D.ª Mencía de Mendoza, duquesa de Calabria, derecho de sepultura en ella para sí, para sus padres ya difuntos, los mencionados marqueses, y para sus sucesores; pero no fué aquella noble señora, sino su heredero D. Luís de Requesens, quien,



VALENCIA. — Sepulcro de los marqueses de Zenete en la capilla de los Reyes del Convento de Santo Domingo

cumpliendo su voluntad, hizo labrar en Génova (1563), el precioso sepulcro y las estatuas yacentes de los marqueses, y puso á los pies de este monumento la losa funeral de D.ª Mencía (1).

barras acuarteladas en palo con las cruces del Santo Sepulcro. Los reyes de Sicilia se titulaban también reyes de Jerusalem.

(1) Dice el epitafio del marqués: «D. O. M. Roderico Mendozæ Zeneti Mar-

En magnífica tumba duerme el sueño eterno el ilustre prócer, vencedor de la Germanía y pacificador de Valencia. El cincel elegante del renacimiento modeló con artística sobriedad los contornos suaves de la urna sepulcral, los graciosos niños en actitud dolorida, que adornan su pedestal severo, y los bultos funerales del noble marqués y de su esposa. En el suelo, junto á la modesta losa de su hija, ábrese el panteón. En él están depositados los restos de otro muerto insigne. Al cabo de trescientos años, el linajudo marqués de Zenete ha compartido el sepulcro con un plebeyo ennoblecido por el arte, con Juan de Joanes. Arrojados esos restos, como ya hemos visto, de la demolida iglesia de Santa Cruz, fueron traídos provisionalmente á este cenotafio. No hay inscripción ni señal alguna que lo advierta; muchos lo han olvidado; quede escrito aquí para que no pierda su memoria Valencia, ingrata muchas veces con sus mejores hijos (1).

---

chioni, Mentiæ Mendozæ patri, charisimo viro, vix—an—mens—dies—obiit VIII. Cal. Mart. MDXXIII.» El de la marquesa: «D. O. M. Mariæ Fonsecaæ et Toleti, Zeneti Marchionissæ, Mentiæ Mendozæ matri, charisimæ foemina.—vix—an—mens—dies—obiit XVII, Cal. sept. MDXXI.» En la base del sepulcro está inscrito este dístico: «Haec etiam tumulos comitatur gloria vestros magna: quod é vobis Mentia nata fuit.» Costeó también D.ª Mencía Mendoza el altar de la capilla, cuyas pinturas, muy celebradas, son de Zariñena. Curioso detalle arquitectónico de esta capilla de los Reyes es la doble escalera enroscada, que sube de la sacristía á la terraza; capricho de los hábiles canteros de aquel tiempo, del que hay ejemplares en otros puntos. Sobre la bóveda de la capilla, cuya perfecta construcción ha sido siempre muy alabada, se levanta la torre de las campanas, que se comenzó en 1648, y es también obra de sillería, de excelente traza. Quitáronle el remate durante la Guerra de la Independencia. Dos preciosos cuadros del Bosco, que se admiran en el Museo del Carmen, representando á Cristo conducido por los soldados y la Coronación de espinas, estaban en esta capilla de los Reyes.

(1) Boix en su novela *Omm-Al-Kiram ó La expulsión de los moriscos*, publicada en 1867, describe la lápida que cubre el sepulcro de doña Mencía de Mendoza y dice después: «Junto á esta lápida se halla la entrada que conduce al panteón: yo he bajado allí y sólo encontré unos huesos dispersos. Posteriormente he depositado en aquel vaso sepulcral los restos del gran pintor Juan de Juanes, sacados por mí de la que fué iglesia parroquial de Santa Cruz, trasladados luego á la capilla de la Virgen del Carmen en la iglesia del mismo nombre, antes convento y ahora iglesia de Santa Cruz, y se encuentran conservados en una caja de zinc; cerrada con dos llaves, una que tengo en mi poder y otra que se entregó al Gobernador de la provincia. Dentro de la caja hay además una botella que contiene,

Nada nos queda por ver en la iglesia de Santo Domingo; salgamos á la plaza; pasemos por la puerta de la Capitanía general, sin entrar en ella, porque no veríamos allí más que un claustro con arcadas de ladrillo, de vulgar aspecto, anchas escaleras, largos corredores y aposentos espaciosos, acomodados á su actual empleo. Demos la vuelta al edificio por lo que fué huerto de los frailes, y es hoy larga plazoleta que conduce al Parque de Artillería. Ocupa este Parque la parte posterior del convento, junto á la muralla. Pidamos permiso para entrar á un señor comandante, bajo cuya custodia está, y veremos algo, que ha de agradarnos.

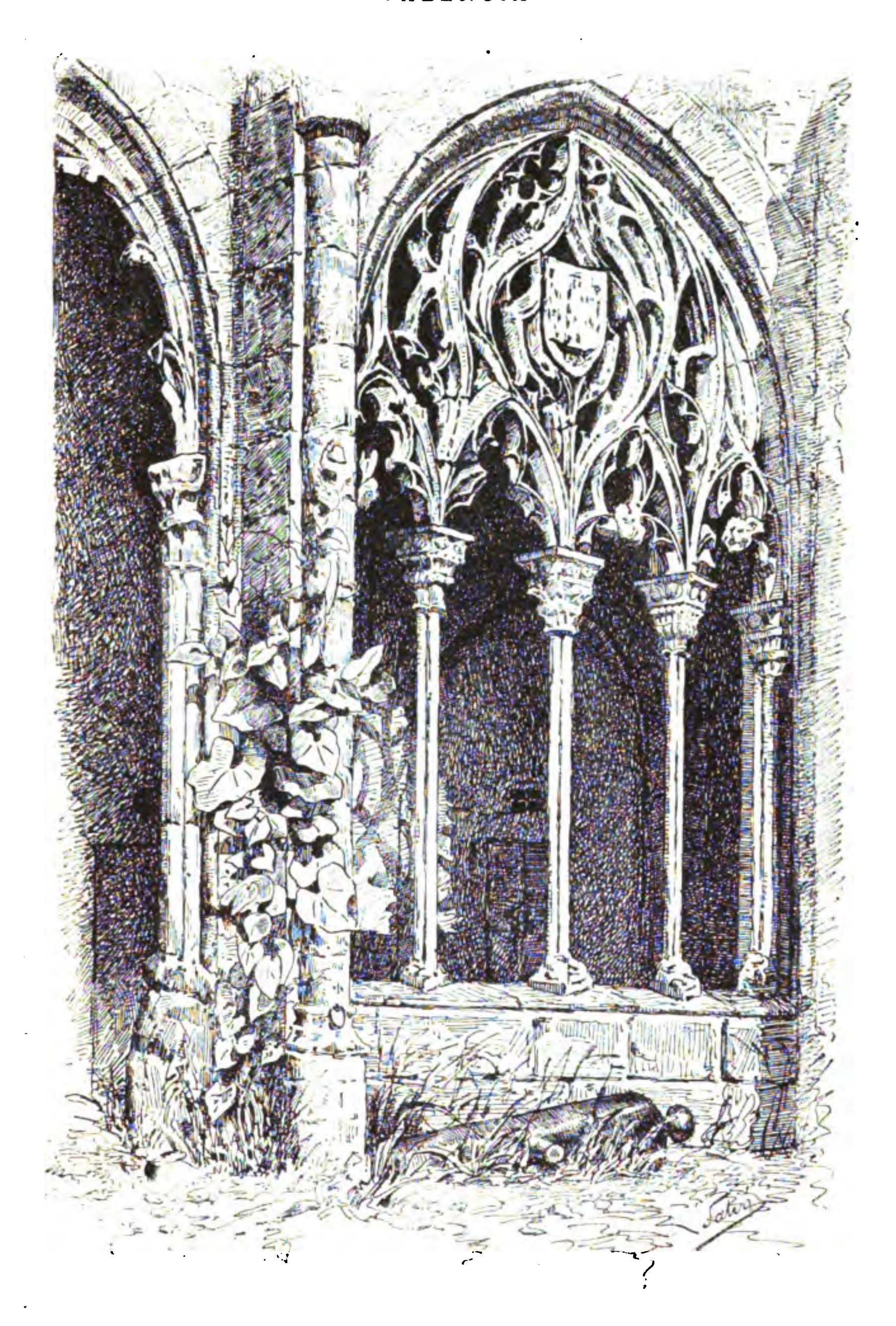
En primer lugar, una capilla modesta, pequeña, nuevecita, pabellón muy limpio y bien revocado, cuyo carácter religioso anuncia una cruz de mármol blanco, puesta en su remate triangular, entre dos negras y redondas bombas, de las de mayor calibre. Sobre la puerta se lee esta inscripción: «Celda de San Vicente Ferrer, restaurada completamente en 1887 por los oficiales de Artillería y Administración militar de este parque.» ¡Ejemplo patente de las mudanzas de los siglos y del olvido de los pueblos! En 1453, á poco de morir San Vicente, el prior de Santo Domingo confió á doce personas devotas del insigne apóstol el cuidado de su celda, situada en el dormitorio bajo y

escrita en vitela y redactada en latín, el acta de exhumación y traslación de las cenizas del gran maestro con multitud de firmas de personas respetables y del Cuerpo Consular, legalizadas por escribanos. Junto con esta preciosa caja he depositado los restos de los venerables dominicos cuyos sepulcros adornaban la suntuosa capilla de San Luís.» Esta traslación se verificó el 6 de Marzo de 1850. Ya hemos consignado que los dos venerables dominicos, cuyos restos se trajeron también á este panteón, son Fr. Domingo Anadón y Fr. Juan Micó. La apertura y restauración de las dos capillas de San Vicente y de los Reyes, que habían sido entregadas á la Administración militar, con todo el convento de Santo Domingo, se debe á D. Vicente Boix, que en 1843 lo propuso á la Real Academia de San Carlos, la cual lo obtuvo de la Junta revolucionaria creada á consecuencia del Pronunciamiento de aquel año. La capilla de los Reyes se destinó á Panteón Provincial. Todo esto se halla referido en un opúsculo publicado por el mismo Boix, con el título *Memoria histórica de la apertura de las Capillas de San Vicente Ferrer y de los Reyes en el extinguído convento de Santo Domingo*, Valencia, 1844.

lugar ya entonces de popular veneración. Convirtiéronla en oratorio, y al ser canonizado el Santo, en capilla pública. Los doce guardianes formaron una cofradía, y los caballeros más ilustres de Valencia se disputaban el honor de ingresar en ella. La celda, el jardincillo, el pozo eran objeto de continuas visitas; concedían indulgencias los prelados; hacían ricos presentes los monarcas; renovaban y embellecían los cofrades y los frailes aquella capilla, famosa ya en toda España y fuera de ella (1); y cuando la destruyeron en la guerra de la Independencia los soldados franceses, reconstruyóla la cofradía. Pero llegó la exclaustración; pasó al ramo de guerra el convento; y los valencianos, tan devotos de San Vicente, á quien seguían festejando con popular regocijo, olvidaron por completo aquella celda, que fué testigo de su santa vida durante diez y ocho años. Poco há, un dominico francés, el Padre Fages, vino á Valencia, buscando noticias para una historia que llevaba entre manos, del famoso santo; preguntó por la celda, y nadie le respondía; insistió, dió con alguno de los antiguos cofrades, examinaron el local: la celda de San Vicente se había convertido en caballeriza. Tan pronto como fué advertida la profanación, fué reparada; pero, ¿quién fiará en la gratitud y en la memoria de los hombres, en vista de este desengaño?

Pasemos adelante: ese vastísimo salón, cubierto por amplia bóveda de medio punto, con las paredes revestidas en la parte inferior de azulejos del renacimiento, y con la Cena del Señor pintada en el testero, era el refectorio: centenares de frailes podían sentarse á sus largas mesas: hoy está lleno de cureñas y atalajes de artillería. Sigamos: ¡qué grata sorpresa! El Claustro Grande se extiende á nuestra vista; la arquitectura ojival de la última época, que adelgazando la piedra y moldeándola con dedos de hada, bordó las filigranas del gótico florido, nos embelesa

(1) *La celda santa del glorioso Padre y Apóstol valenciano San Vicente Ferrer*, por el M. F. Luís de Blanes, Valencia, 1699.

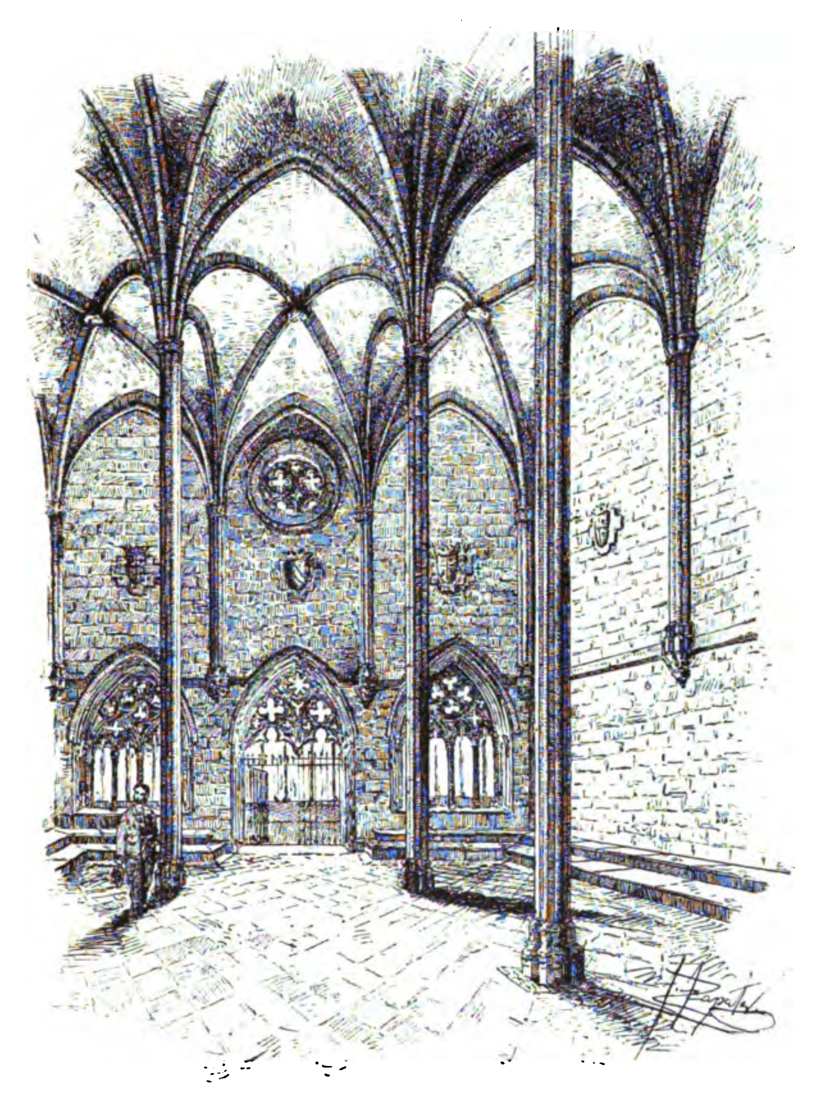


Arcos del Claustro Grande en el Convento de Santo Domingo

con sus caprichosas fantasías. Partido está cada arco en dos por ligeras y esbeltas columnillas, sustentadoras de calados rosetones, que llenan de caprichosos arabescos su elegante ojiva. Pero solamente una de las galerías del claustro, aquella por donde entramos, ostenta esa hermosísima decoración; las otras tres muestran sus arcos desnudos de todo exorno y cerrados con tabiques. ¿Ha destruído los primores del cincel la piqueta demoledora? No la acusemos de esta fechoría; bastantes ha cometido para abominarla. Un cronista del monasterio nos hace saber que la obra de aquella decoración quedó interrumpida: sólo se guarnecieron siete arcos (1). Atribúyelo á pobreza de la comunidad; pero no faltaba dinero para otras cosas. Era que el arte tomaba nuevos caminos y dejaba sin concluir lo que no respondía ya al gusto del tiempo. Prueba de este cambio es que, sobre los arcos apuntados de este claustro, corre en el piso alto otra galería de arquillos de medio punto. Este Claustro Grande estaba rodeado de capillitas, que abrían á él sus puertas ojivales, y pertenecían, como muchas de la iglesia principal, á familias ilustres. Á la parte de Levante, no había capillas: allí estaba (y aún está, por fortuna) el Aula Capitular, que llama el vulgo con pintoresca frase el Salón de las Palmeras, y hoy es armero ó depósito de fusiles. Á los silogismos con que discutieron los Padres dominicos, han sustituído centenares de *chassepots* y de *remingtons:* argumentos son unos y otros; ¿cuáles más fuertes? Después de todo, gracias sean dadas á Dios y á los jefes del Parque, por habernos conservado esa magnífica Aula, el mejor monumento de la arquitectura ojival en Valencia. La Capilla de los Reyes, que acabamos

(1) Dice así el citado ms. del P. Sala: «Salidos de este claustro, que llaman el pequeño (el de la Capitanía general hoy), se entra en el grande. Este claustro no tiene tampoco cosa en la exterior que parezca á hermosura: los arcos son de piedra picada, no labrados, sino llanos, y todos abiertos. Cuando se hizo, por la parte de la iglesia y la sacristía, se comenzaron á guarnecer en medio con pilares y encima con claraboyas, y se hicieron y guarnecieron siete de ellos, que con haber tanto tiempo que se hicieron y no se prosiguieron, se van las piedras descoyuntando y cayendo.»

de ver, y el Aula Capitular de la Catedral, son más severas; el salón de la Lonja es más grandioso; pero éste los supera en ga-



VALENCIA.—Aula Capitular del Convento de Santo Domingo

llardía y elegancia. Cuatro columnas altísimas y delgadas, como verdaderos mástiles de palmera, suben atrevidas hasta la bóve-

da, y dibujan las aristas con el manojo de sus abiertas palmas. Dan al claustro la puerta y dos grandes ventanales apuntados, de igual altura y forma, con el mismo adorno que sus arcadas, y un redondo y calado rosetón se abre en lo más alto de ese muro. El del fondo está rasgado de arriba á bajo por tres estrechas y prolongadísimas ventanas. Blasones nobiliarios, que resaltan á media altura de la pared, completan el sobrio decorado de este artístico aposento, cuyo objeto indican dos bancos de piedra, uno sobre otro, que ciñen su cuadrado recinto. Había en el testero un antiguo retablo con altar, que ha desaparecido, y al lado de la epístola, un doble sarcófago, del que tampoco queda señal. Encerraba los restos del insigne guerrero D. Pedro Boyl, que construyó á sus expensas esta Aula Capitular, y de su sucesor D. Felipe.

Eran los Boyl caballeros de la más alta nobleza, procedentes de Aragón, y tenían, en sus diferentes ramas, los señoríos de Manises, Alfafar, Bétera, Masanasa, Masamagrell, Chirivella, Aldaya, Picasent, Alcacer y otros lugares en la Vega valenciana. El mencionado D. Pedro fué aquel famoso *Cavaller sens pahor*, que defendió á Valencia contra su homónimo el rey de Castilla. Don Felipe murió joven. El monumento funerario, adosado al muro, era magnífico. En el primer cuerpo estaba la urna sepulcral de D. Felipe, con su estatua yacente; sobre ella, un friso historiado con figuras plañideras; encima, la urna y la estatua de D. Pedro, y otro friso en el cual estaba esculpida una ceremonia fúnebre; por coronamiento, tres escudos heráldicos. Conservóse en su sitio este mausoleo, aunque algo mutilado, hasta 1865. Arrancólo entonces la Comisión de Monumentos: ¿dónde guardarlo? Esa comisión lo quería para sí; reclamábanlo de Madrid para el Museo Arqueológico Nacional: ocurrióle á algún Sancho Panza del arte repetir la sentencia de Salomón, y fué dividido en dos aquel cenotafio; parte de él, con la estatua de D. Felipe, está en el citado Museo Nacional; la de D. Pedro, con otros fragmentos sueltos, en el de Bellas Artes de Valencia; ni

aquí, ni allá puede apreciarse bien esta obra artística, que es muy interesante, porque revela la influencia del gusto italiano en la severa y mística escultura funeral española, señalando los primeros albores del renacimiento (1).

De este convento, ilustre cuna de todos los que tuvo la Orden de Santo Domingo en el reino de Valencia (2) aún habría mucho que decir, si hubiéramos de apuntar todo lo que es digno de memoria; pero no es posible apurar la materia en un libro como éste, y habremos de pasar adelante, abreviando el relato.

No hay noticias tan seguras de la fundación del convento de San Agustín, como de los de San Francisco y Santo Domingo. Escolano, refiriéndose al obispo Jusepe Pamfilo, la fija en 1307. Los cronistas de la Orden agustiniana no se contentan con esta antigüedad, y remontan el origen de este monasterio á los mismos días de la reconquista (3). Dicen que acompañaban al ejército cristiano algunos Padres agustinos, de quienes era cabeza

(1) El Sr. Amador de los Ríos dedicó una extensa disertación á este sepulcro mural en el tomo I del *Museo Español de Antigüedades*. Califícalo de uno de los monumentos más notables de las artes españolas en la segunda mitad del siglo xiv. Cree que la influencia italiana que se nota en él, debe referirse especialmente á la escuela de Pisa.

(2) He aquí la relación de los conventos de dominicos que había á principios del presente siglo en el reino de Valencia, con la fecha de su fundación. En la capital: el de Santo Domingo, 1238, y Nuestra Señora del Pilar, 1618; Játiva, Santo Domingo, 1234; Luchente, Santo Domingo, 1422; Museros, San Onofre, 1440; Orihuela, Santo Domingo, 1510; Onteniente, San Juan y San Vicente, 1512; Albayda, Santa Ana, 1538; Llombay, Santa Cruz, 1543; Ayora, Santo Domingo, 1561; Ayódar, San Vicente, 1576; Ollería, Nuestra Señora del Orito, 1579; Alicante, Nuestra Sra. del Rosario, 1587; Almenara, Nuestra Señora del Rosario, 1587; Villanueva de Castellón, San Vicente, 1590; Forcall, Santo Domingo, 1590; Agullent, San Jacinto, 1595; Castellón, Nuestra Señora del Rosario, 1599; Carlet, La Encarnación, 1610; Segorbe, San Pablo, 1612; San Mateo, Santo Domingo, 1620. Todos estos conventos eran de frailes. Los de monjas eran estos: Valencia, Santa María Magdalena, 1240, Santa Catalina de Sena, 1491, Belén, 1673; Játiva, Nuestra Señora de la Consolación, 1520; Orihuela, Santa Lucía, 1530; Villarreal, Corpus Christi, 1618; Carcagente, La Asunción, 1655.

(3) El P. M. Fr. Jaime Jordán en su *Historia de la Prov. de San Agustín de Valencia*, dice que se fundó este convento en 1238 por donación que hizo el rey al P. Salelles de un ameno sitio de la huerta, llamado puebla de En Mercer, donde poco antes habían edificado los cristianos una ermita de Santa Ana y San Pantaleón; pero no alega documento alguno que lo pruebe.

Fr. Francisco Salelles, varón piadosísimo, que alcanzó categoría de Venerable. Añaden que se albergaron en una casa cercana á la iglesia de la Roqueta, y luego, en 1250, edificaron su monasterio en un sitio de las afueras de la ciudad, que les donó aquel monarca, ensanchándolo después con nuevas donaciones de terrenos, hechas por el mismo rey y por D. Jaime II. El Padre Salelles vivió un siglo cumplido, y al morir en 1310, dejó fundados, además de este convento de Valencia, los de Aguas-Vivas, Alcira, Castellón de la Plana y Alcoy (1). En que fué el Padre Salelles fundador del convento de San Agustín, no cabe duda; en la época de su fundación, sí. Por ser incierta, litigaron agustinos y carmelitas sobre la precedencia en las procesiones, litigio que, por falta de prueba, terminó con una concordia, mencionada en otro lugar.

Al construirse las nuevas murallas de la ciudad, el convento de San Agustín quedó dentro de ellas, ocupando toda la zona comprendida entre la puerta de San Vicente y la de los Inocentes. Era uno de los más grandes de Valencia, con espaciosos claustros, numerosas celdas, vasto refectorio, riquísima librería (2),

(1) En 1800 había en el reino de Valencia los siguientes conventos del Orden de San Agustín. De agustinos calzados: en la capital San Agustín, y Nuestra Señora del Socorro, fundado en 1501, San Fulgencio, 1536; Carcagente, Nuestra Señora de Aguas Vivas, 1239; Castellón, San Agustín, 1260; Alcira, San Agustín, 1274; Alcoy, San Agustín, 1290; Rocafort, San Sebastián, 1434; Játiva, San Sebastián, 1515; Jérica, Nuestra Señora del Socorro, 1570; Orihuela, San Agustín, 1590; Vinaroz, San Telmo, 1594; Payporta, San Joaquín y Santa Ana, 1595: Morella, San Agustín, 1597; Alicante, San Agustín, 1598; Villajoyosa, San Pedro, 1607; Cullera, La Sangre de Cristo, 1612. Agustinos reformados: en la Capital, Santa Mónica, 1603; Caudiel, Nuestra Señora del Socorro, 1616. Religiosas agustinas: en la capital, San Julián, 1309, San Cristóbal, 1409, Nuestra Señora de la Esperanza, 1509, Santa Tecla y San José, 1520, San Gregorio, 1600, Santa Úrsula, 1605, la Presentación de la Virgen, 1643; Alcira, Santa Lucía, 1530; Bocairente, Nuestra Señora de los Dolores, 1556; San Mateo, Santa Ana, 1590; Morella, la Trinidad, 1595; Alcoy, el Santo Sepulcro, 1597; Orihuela, San Sebastián, 1598; Denia, Nuestra Señora del Orito, 1604; Alicante, la Sangre de Cristo, 1606; Benigamin, la Concepción, 1611; Ollería, San Joaquín y Santa Ana, 1611; Segorbe, San Martín, 1613; Javea, San Felipe Neri, 1663.

(2) Tenía este convento más libros que ningún otro de Valencia, y además, en los últimos tiempos, ricos gabinetes de historia natural y física: todo se quemó y destruyó en el sitio de la ciudad por el general Suchet.

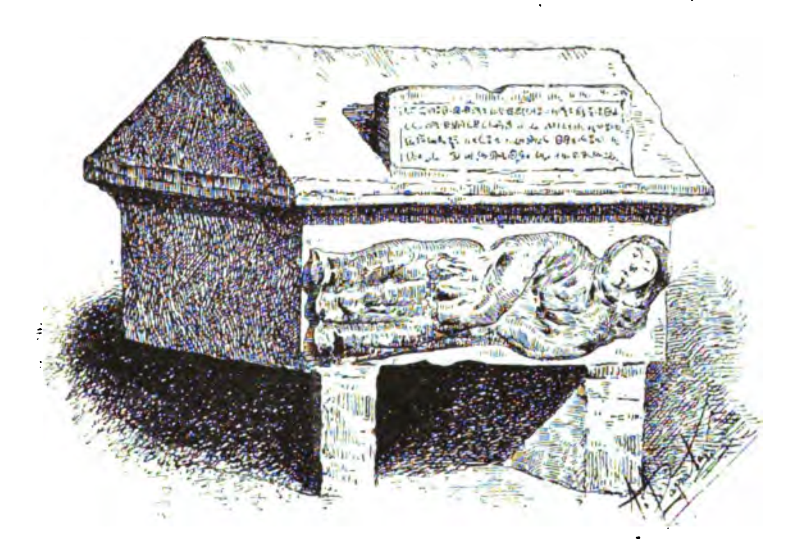
magnífica iglesia, y dentro y fuera de ella, muchas capillas, algunas de familias nobilísimas, como los condes del Real, de Şinarcas y de Castellar. La más famosa de esas capillas era la de Nuestra Señora de Gracia, cuyo nombre conserva una de las calles que afluyen al convento. Referíase que, á poco de su fundación, deseando los frailes tener una buena efigie de la Virgen, encaminábanse dos de ellos á la ciudad por la senda que conducía á la puerta de la Boatella, para encargar la obra á algún diestro imaginero. Les salió al encuentro un peregrino y les preguntó á dónde iban. Dijéronselo, y presentándoles al punto una pintura de la Madre de Dios, tal cual la querían, les dijo: «De gracia os la doy», y éste fué el nombre de la milagrosa imagen, que alcanzó con el tiempo gran veneración. El rey de Castilla D. Enrique II restauró su capilla, poniéndola bajo su patronato real y dándole rentas sobre los puertos de Requena, las cuales fueron confirmadas y aumentadas por D.ª Isabel y don Fernando. Dos hijas naturales de este rey, las infantas D.ª Juana y D.ª María, recibieron sepultura en ella. La devoción á la Virgen de Gracia era tan general, que le ofrecían ricas dádivas pontífices y monarcas, príncipes y prelados. Su imagen estaba continuamente iluminada por seis lámparas de plata; ante ella hacían estación las procesiones más solemnes, y en 1754 se le dedicó un hermoso santuario, construído en el centro del claustro grande.

Ya no existe ese santuario, ni apenas quedan en el renombrado monasterio de San Agustín vestigios de su religioso destino: convertido en cárcel y presidio correccional, han desaparecido los altares, las cruces y los santos de sus desmantelados aposentos, y las blasfemias soeces de los malhechores han reemplazado á los rezos de los ascéticos religiosos. Pero se conserva abierta al culto su antigua y severa iglesia, una de las más espaciosas de la ciudad.

Al entrar en lo que fué recinto amurallado de Valencia por la calle de San Vicente, vemos á mano izquierda el paredón la-

teral de un templo, cuyos negruzcos sillares acusan su antigüedad. En él se abre una puerta, entre sencillas pilastras dóricas; encima, hay un nicho con la imagen del santo obispo de Hipona, y el blasón de los agustinos (un corazón flechado) con la corona real. Tenía la iglesia por esta parte un pórtico de arcos de medio punto enverjados, y al lado del pórtico se levantaba el campanario. Campanario y pórtico han desaparecido. El interior del templo es grandioso; su nave es la mayor de Valencia. En su elevada bóveda de crucería se revela aún la construcción ojival; en 1692 llenaron sus muros de hojarasca churrigueresca; en 1815, después del pillaje de los franceses y del incendio que completó la devastación, fué restaurada de nuevo, con sencillo ornamento de orden corintio. Perdiéronse en el incendio los altares; algunos se construyeron de nuevo: aún no está concluído el mayor, de poco gusto, por cierto. Á la parte de la Epístola en la segunda capilla, está, casi olvidada, la Virgen de Gracia. Es una pintura sobre tabla, que revela á las claras su antigüedad: la Virgen está vestida «á manera de gitana,» dice un historiador, para indicar el aspecto oriental de su indumentaria; el niño tiene un pajarito en la mano. Dos cardenales, cinco obispos y otros religiosos insignes, yacen en este templo, igualmente olvidados. ¡Cuán pocos nombres flotan en la corriente de los siglos! Objeto de singular veneración para los Padres agustinos habían sido los restos del fundador de este convento; leí en un libro viejo que se guardaba en él su urna sepulcral, y llevado—¡perdónemelo el Venerable!—más que por propósitos devotos, por aficiones artísticas, púseme á buscarla. No me daban razón de ella. Después de muchas pesquisas, díjome un viejo servidor de la casa que en un rincón ó sótano de la sacristía, había cajas de muerto. Y allí estaba, en efecto, entre trastos desechados, el sarcófago de piedra del Venerable Salelles, cuyo exacto diseño pongo á la vista del lector, y cuya inscripción dice así: *Hic jacet Religiosus ac devotus vir Frater Franciscus de Salelles, Fundator, ac Ædifitator hujus Monasterii S. P. N. Agustini, qui*

obiit IIII Nonnas Martii anno Domini M.CCC.X. ejus anima requiescat in pace. Amen (1). En esa misma sacristía hay doce cuadros, ennegrecidos y empolvados. De su fondo oscuro destácase vagamente en cada uno de ellos una figura varonil, de grandiosos trazos y enérgica expresión. Es un Apostolado de Ribalta. ¡Olvidadas y abandonadas también las creaciones del



VALENCIA.—SEPULCRO DEL VENERABLE FR. FRANCISCO SALELLES EN EL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN

arte, como los restos de los varones esclarecidos, como las imágenes veneradas por nuestros abuelos! ¡Cuán pocos somos los que remontamos el curso de los tiempos para complacernos en las grandezas de otras edades!

Poco después de morir el Conquistador, vino á Valencia otra orden monástica: la del Monte Carmelo. Procedían estos religio-

(1) En el mismo sitio se conserva el cuerpo de otro Venerable de la Orden, Fr. Ponciano Martínez, del convento de San Fulgencio. Este convento fué fundado en 1598 para casa de estudios de los religiosos agustinos. Estaba en la calle de Ruzafa. No quedan restos de él.

sos del Languedoc, y obtuvieron en 1281 de D. Pedro III privilegio para adquirir fuera de la ciudad casas y tierras en que establecer su monasterio, el cual construyeron á orillas del río, dedicándolo á la Transfiguración del Señor (1). Aquella comunidad de carmelitas calzados fué con el tiempo una de las más numerosas é influyentes de la ciudad (2). Su convento, convertido ahora en Escuela y Museo de Bellas Artes, era espacioso y de excelente construcción, con dos grandes claustros, y un vastísimo refectorio, salón principal hoy de aquel Museo. La iglesia, á la cual fué trasladada en 1842 la parroquia de Santa Cruz, es una de las mayores de Valencia, de una sola nave, airosa y despejada, con sobria decoración de orden corintio. La portada, suntuoso frontispicio de piedra, adosado á una pared altísima, es obra de fines del siglo XVII, garbosamente trazada. La copia fotográfica que acompaña al texto, excusa la descripción (3).

Esta iglesia era antes más pequeña. Para agrandarla, se derribó un molino, y al abrir cimientos, hallóse, bajo una campana, una imagen de María con una hostia incorrupta. Llamó el pueblo á aquella Virgen *la Moreneta*, y le cobró gran devoción. En el

(1) El erudito Josef Mariano Ortiz publicó en Valencia, 1779, una ***Carta en que se da noticia de algunas antigüedades del Real Convento de Nuestra Señora del Carmen.*** En ella se mencionan los documentos que en su época existían, referentes á la fundación de este convento y sus progresos en los siglos XIII y XIV.

(2) Conventos de la Orden del Carmen que había en el reino de Valencia á principios de este siglo. Religiosos calzados: Valencia, La Transfiguración del Señor, fundado en 1281; Onda, Nuestra Señora de la Esperanza, 1511; Alicante, San José, 1555; Beniparrell, Santa Bárbara, 1560; Coix, Nuestra Señora de las Virtudes, 1561; Orihuela, San Pablo, 1564; Játiva, San Julián, 1570; Villareal, Santa Bárbara, 1590. Religiosos descalzos: Valencia, San Felipe, 1589; Enguera, San José, 1649; Nules, La Sagrada Familia, 1673; Castellón, Santa Teresa, 1694. Religiosas calzadas: Valencia, La Encarnación, 1501; Santa Ana, 1564; Onteniente, La Sangre de Cristo, 1574. Religiosas reformadas: Valencia, San José, 1604; Corpus Christi, 1681. Religiosas descalzas: Caudiel, Santo Tomás, 1620.

(3) Algunos han atribuído esta obra á Fr. Gaspar de Sentmartí, artista y religioso de este convento; pero éste vivió en la primera mitad de aquel siglo. Ponz la atribuye á algún discípulo de Muñoz, autor de la fachada de los Santos Joanes. Las estatuas que la decoran (Nuestra Señora del Carmen, San José, Santa Teresa y Santa María Magdalena de Pazzis) son de Leonardo Julio Capuz, y las trabajó á cambio de sufragios por su alma para después de su muerte.



Iglesia del Carmen

mismo sitio del hallazgo, erigiéronle los religiosos una capilla, que después fué dedicada á la Orden tercera del Carmen y lujosamente reconstruída en forma de rotonda (1).

Venerábase también en este convento una reliquia de peregrina historia: un noble caballero del siglo XV, D. Luís Muñoz, señor de Ayodar, se enamoró de una hermosísima doncella, dama de la reina Católica. Fué correspondido; pero tropezaban sus amores con tales contrariedades, que sólo pudo vencerlas el rapto. La doncella, al huir del palacio, se llevó del relicario de la reina un escarpín ó sandalia de la Virgen, creyendo sin duda que le daría buena suerte. Entrególo á su galán con la condición de que lo depositase en una iglesia. El Señor de Ayodar escogió la de los PP. Carmelitas de Onda, cercana á su baronía, y allí estuvo la sagrada prenda hasta que el provincial de la Orden la hizo traer al convento de Valencia. El atrevido caballero perdió la gracia real, y hubo de partir disfrazado á la guerra de Granada. Hizo en ella tantas proezas, que quiso el rey saber quién era, y á cambio del perdón ofrecido, descubrióse el valiente guerrero, cesando sus amorosas cuitas. El hurtado escarpín no volvió (no dicen los cronistas por qué) al relicario de la reina; conservólo este convento, y el segundo domingo de cada mes lo paseaba procesionalmente por la iglesia y los claustros. Cuando fueron expulsados los frailes, fué llevada la sandalia famosa al convento de religiosas carmelitas de la Encarnación (2).

Enriquecían el convento del Carmen valiosas obras artísti-

(1) Esta capilla, que continúa dedicada á Nuestra Señora del Carmen, se terminó en 1780. Fué su arquitecto D. Vicente Gascó. La Virgen *Moreneta,* al extinguirse la Comunidad de religiosos carmelitas, fué llevada al convento de la Encarnación, de religiosas de la misma Orden.

(2) De esta reliquia, de la Virgen *Moreneta* y de todo lo que había de notable en este convento, habla el docto carmelita Fr. Miguel Alfonso Carranza, en su libro *Catecismo, y doctrina de Religiosos Novicios, assi de la Orden de N. Señora del Carmen, como de todas las Órdenes de la Iglesia,* cuya primera parte se imprimió en Valencia en 1605. Este escritor fué quien halló y dió á la estampa el tratado de San Ildefonso *De Illibata Beatae Mariae Virginitate.* Fué también fundador de dos conventos de su Orden en Játiva y en Silla.

cas. Ponz, que alcanzó á verlas en su sitio, cita con gran elogio el Salvador, de Joanes, la Transfiguración del Señor y una Virgen, de Espinosa, que estaban en el altar mayor; ocho grandes cuadros, del mismo Espinosa, en el segundo claustro; un Salvador, de Ribalta, en el altar de la Comunión; una Santa Teresa, también de Ribalta; los cuadros del altar de San Roque, todos de Orrente; un San Pedro y un San Pablo, de Esteban March, y otros de pintores menos ilustres. Trasladados al Museo, al hacerse la exclaustración, allí están, muchos de ellos hacinados y desconocidos (1): al clero de Santa Cruz, que los hubiera conservado mejor, entregáronle la iglesia con las paredes y los altares desnudos. Llevó á ella las pinturas, de escaso mérito casi todas, que tenía en la antigua parroquia: entre ellas, las del altar de las Almas, atribuídas á las hijas de Joanes, como hemos visto en el capítulo anterior.

Los cuatro conventos mencionados hasta ahora fueron los más ilustres é importantes de Valencia: de los que se fundaron después, sólo se les puede igualar el suntuoso monasterio de jerónimos de San Miguel de los Reyes. De éste, algún tanto alejado de la ciudad, hablaré en otro capítulo; en el presente, reseñaré á la ligera los demás, siguiendo el orden cronológico.

JESÚS.—No por ser los claustros mansión de paz y caridad, faltaban discordias en ellos. Á principios del siglo XV surgió grave contienda entre los hijos de San Francisco. Alegando la corrupción de la regla, hízose en ella una reforma, para restituirla á la *primitiva observancia,* por lo cual tomaron sus adeptos el nombre de *menores observantes.* Los religiosos que resis-

---

(1) No me han sabido dar razón del paradero del Salvador, que pasaba por uno de los mejores de Joanes. Consérvase, sí, aunque muy deteriorado, el gran cuadro de Espinosa *La Transfiguración del Señor*, que estaba en el altar mayor, y es una composición grandiosa y muy inspirada.

tieron aquella novedad, se llamaron *conventuales* (1). D. Alfonso V de Aragón se aficionó mucho en Nápoles á Fr. Bernardino de Sena, promovedor de la reforma; y el discípulo de éste, Fr. Mateo de Agrigento, que vino á Valencia á predicarla, se captó también la voluntad de la piadosa reina D.ª María. Este fué el origen del Real Convento de Santa María de Jesús, fundado por privilegio de aquellos monarcas de 10 de Mayo de 1428 (2). Una ermita de San Cristóbal, situada en la risueña campiña, á corta distancia de la ciudad, sirvióle de primer asiento; hízose la obra con donativos de los reyes y de ambos cabildos, y los franciscanos de la *primitiva observancia*, que tenían ya albergue en Sancti Spiritus del Monte, por la munificencia de otra reina, D.ª María de Luna, establecieron comunidad en Valencia, lo mismo que los conventuales (3). Algún tiempo después, la Santa Sede falló este pleito á favor de los observantes; los conventuales quedaron suprimidos, y se hizo general la regla reformada.

El convento de Jesús, convertido hoy en Manicomio provin-

(1) Refiere bien estas contiendas, y todas las vicisitudes de la religión franciscana en el reino valenciano, el P. Fr. Vicente Martínez Colomer, en su juiciosa *Historia de la Provincia de Valencia de la Regular Observancia de San Francisco.* El primer tomo de esta obra se imprimió en la misma ciudad de Valencia, el año 1803; el segundo tomo lo conserva ms. en su bibliot. D. José Enrique Serrano.

(2) «En lany de M.CCCC.XVII. á XXVII. de Octubre vingué Frare Matheu en Valencia. En lany de M.CCCC.XXVIII. á X. de Maig fonch començat lo Monestir de la Verge María de Jesus, lo qual comença frare Matheu e la Senyora Reyna Dona María muller del Rey Darago Don Alfonso, e fon començat en lort den Berenguer Minguet.» Dictario del capellán de Alfonso V.

(3) Este convento de Jesús fué muy celebrado por la austeridad de sus religiosos, que contrastaba, en los primeros tiempos, con la vida, menos ascética, de los franciscanos conventuales. El P. Martínez Colomer explica así la construcción del convento: «Los claustros estrechos y baxos, las celdas angostas y pobres, la Iglesia pequeña pero limpia y aseada, sus ornamentos curiosos sin preciosidad. Los árboles sombríos que adornaban su entrada, y los que se plantaron en lo interior del claustro, le daban cierto aire de soledad que junta con el silencio que allí reynaba de continuo inspiraban debocion y respeto. En los ángulos del huerto que era espacioso y ameno, se edificaron unas pequeñas ermitas donde se retiraban algun rato los religiosos, quando despues de haber cumplido con las obligaciones de la Comunidad, salían á dar un paseo para dilatar el espíritu.» La iglesia actual es mayor y más hermosa que la primera: construyóse en 1784-87.

cial, guarda el recuerdo y los restos del beato Pedro Nicolás Factor, religioso ejemplar, fervoroso, humildísimo, prototipo del fraile franciscano. Hijo de un sastre de Sicilia y de una mujer de Albaida, floreció en Valencia, en la segunda mitad del siglo XVI, época de renovación y exaltación del espíritu monástico en esta religiosa ciudad. Pintor, músico, poeta, tenía alma de artista, sublimada por los impulsos y los arrobamientos de una fe vivísima (1). Grandes y chicos, príncipes y plebeyos, todos lo admiraban: San Luís Bertrán lo consideraba como dechado de santidad; el patriarca Rivera le pedía ayuda y consejo; Felipe II lo llevaba á Madrid para ser confesor de sus Descalzas Reales (2). El modesto fraile huía toda notoriedad, y no pareciéndole bastante humilde su regla, tomaba el hábito de Capuchino en el Monte Calvario de Barcelona. El amor á su convento natal trájole á morir en éste de Jesús, y en él fué sepultado (3). Cuando Pío VI lo beatificó, en 1786, le dedicaron en la iglesia una capilla, donde aún son venerados sus restos en urna de plata. De su numen poético da testimonio un libro impreso, que anda en manos de los bibliófilos; de su inspiración artística, quedan al-

(1) Nació el Beato Factor el año 1520, en Valencia; profesó en 1537; murió en 1583. Aún se conserva en la sacristía de la iglesia de Jesús la tapa del sarcófago que contuvo su cadáver hasta que fué trasladado á la capilla donde se venera. Es de alabastro y en ella está esculpida en alto relieve la imagen del Beato. El P. Fr. Cristóbal Moreno, franciscano, publicó el *Libro de la Vida, y obras maravillosas del Siervo de Dios, y Bienaventurado P. Fr. Pedro Nicolás Factor, de la Orden de San Francisco,* Valencia, 1586, y Alcalá, 1588. Traducido al italiano, se imprimió en Roma, 1590; y añadido después por Fr. Josef Eximeno, se publicó de nuevo en Barcelona, 1618. En 1787 el M. R. P. Fr. Joaquín Company, que después fué arzobispo de Valencia, publicó otra *Vida del Beato Nicolás Factor*, dedicándola al conde de Floridablanca.

(2) El insigne arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín formó tan subido concepto de su santidad, que mandó hacer su retrato y lo puso en su palacio con estos dísticos, compuestos por el mismo: «Dum gestas Factor Domini dulcissima verba,—Raptus est in cœlum, perfruerisque Deo. — Inde redis lactus cœlisti nectare plenus,—Atque docis cœlum scandere qua liceat.»

(3) Cuando vino Felipe II á Valencia en 1585, quiso visitar el sepulcro del famoso franciscano; hizo descubrir el cadáver, y (dicen los historiadores) se quitó la corona y la puso á los pies del difunto fraile, en señal de respetuosa veneración. Vergara representó esta escena en el cuadro que pintó para la capilla del Beato Factor en el convento de la Trinidad.

gunos, aunque raros vestigios; á sus virtudes cristianas, hay consagrados altares en esta iglesia de Jesús, en los conventos de monjas de la Trinidad y Santa Tecla, y en las parroquias de San Martín y San Esteban (1).

El Socorro *(Socós)*.—Á fines del siglo xv, un noble valenciano, D. Juan de Eixarch, hijo de los marqueses de Benavites, volvía por mar de Italia, donde había militado valientemente á las órdenes del Gran Capitán. Asaltóle furiosa tempestad; zozobraba ya la galera, y ofreció á Dios, si se salvaba, tomar el hábito de San Agustín, dedicando en Valencia un convento de esta orden á la Virgen del Socorro, venerada en el de aquel Santo en Palermo. Salvóse y cumplió su promesa. Dice la crónica agustiniana que ningún pintor acertaba á copiar la imagen de Palermo; desconfiaba ya el devoto caballero de obtener fiel traslado de ella, cuando la misma Virgen se le apareció y le entregó retrato exactísimo y primoroso.

En el arrabal de Cuarte, casi ya en la huerta, levántase aún

(1) En 1796 se publicó en Valencia un libro titulado *Opúsculos del Beato Nicolás Factor*, en el que se contienen versos, cartas y otros escritos suyos. Hay verdadera poesía mística, ternura de corazón y exaltación de fantasía en todas sus obras. Como pintor, mereció elogios de Palomino, Pons y Cean Bermúdez. Alaban mucho un San Miguel triunfando de Lucifer, que pintó al fresco y de claro-oscuro en los claustros del convento de Jesús. El último de los escritores citados dice: «Como era devoto y contemplativo de la Pasión de Cristo, deseaba estampar la memoria de estos misterios en los corazones de los demás religiosos, para lo que los representaba en las paredes de los conventos en que residía, poniéndoles al pie versos devotos que él mismo componía. Todavía se conserva un Señor á la columna, de su mano, en la escalera del convento de Chelva: dicen que hay otro en el de Santa María de Jesús, y una pintura de este género en la clausura de las Descalzas Reales de Madrid. Pintaba con el mismo objeto las imágenes de Nuestra Señora, y por la expresión que tienen se deduce el afecto y devoción con que las hacía. Existe una con el Niño en brazos en el citado convento de Santa María de Jesús, que la R. Academia de San Carlos de Valencia dió por asunto para el premio de grabado del concurso general de 1789, y otro con el título de la Leche en el monasterio de la Cartuxa de Portacoeli, que el mismo Beato Nicolás regaló á aquellos monjes.» En 1787, al solemnizarse la beatificación, la R. Academia de San Carlos le dedicó una medalla con esta inscripción: «A la solemne beatificación del venerable padre Fr. Nicolás Factor, profesor de pintura. La Real Academia de San Carlos de Valencia.»

el convento fundado por D. Juan de Eixarch en el año 1500 (1). Incendióse en el asedio de Valencia por el general Moncey; sirvió para almacén de paja después de la exclaustración, y volvió á incendiarse de nuevo. Las religiosas de Jesús y María, que lo han adquirido poco há para colegio de educación de señoritas, han reparado los estragos del fuego y las injurias de los hombres. La imagen de la Virgen del Socorro, que era joya inestimable para los padres agustinos, se perdió en el primer incendio del convento. Guardóse una copia de ella, que es la que se ve hoy en la iglesia renovada.

Devotísimo de este monasterio era el santo arzobispo fray Tomás de Villanueva: ya hemos visto cuán humildemente llegó á él cuando vino á tomar posesión de la mitra (2). Favoreciólo después cuánto pudo, y en él quiso ser enterrado. Cuando fué canonizado, los religiosos del Socorro le dedicaron una hermosa capilla en forma de rotonda, en la cual guardaban sus restos con suma devoción, y pintó Vergara los principales pasajes de su santa vida. Á fines del siglo pasado, el Sr. Pérez Bayer erigió en la plazoleta del convento la estatua del insigne prelado, que está hoy en el patio del Palacio Arzobispal. La Catedral recogió sus cenizas (3). Recogió también una joya artística del des-

(1) Había en este punto una iglesia dedicada á Santa Celestina, en la cual se fundó un convento de monjas agustinas, que pasaron luego al de San Julián. La casa conventual de Santa Celestina, que estaba deshabitada y ruinosa, sirvió al venerable Eixarch para fundar su nueva comunidad. Era ésta de agustinos *observantes*, y se opuso á la fundación el convento de San Agustín, que era de agustinos *claustrales*, pues en esta Orden se había hecho la misma reforma que en la de San Francisco. El litigio fué muy empeñado, y lo resolvió el rey D. Fernando por real cédula expedida en Ronda, á 16 de Abril de 1501, á favor de la nueva comunidad.

(2) Capítulo XVII, p. 665.

(3) En 1808, al acercarse Moncey á Valencia, fueron trasladados los restos de Santo Tomás al convento de San Agustín. En 1812, al ser incendiado este convento, fueron llevados á la catedral. En 1818, reedificado el convento del Socorro, devolviéronse á él. En 1820 se suprimió este convento, y pasaron los religiosos, con aquellos restos sagrados, al de San Agustín. Al suprimirse por completo las comunidades de frailes, los restos de Santo Tomás quedaron en la Catedral.

truído convento: el Cristo crucificado de Alonso Cano (1).

El Remedio. — Data este monasterio de religiosos de la Santísima Trinidad de 1504; pero la Orden á que pertenecía era en Valencia mucho más antigua. Guillem de Escrivá, secretario de D. Jaime I, caballero narbonés, según unos, y tolosano, según otros, que fué el primer justicia civil en la ciudad conquistada, fundó en ella un hospital, que dedicó al santo de su nombre, y confió al cuidado de los religiosos trinitarios. Creado ese instituto monacal en el siglo XIII por San Felipe de Valois y San Juan de Mata, trájolo éste de Francia á España, y sus discípulos fundaron un convento en Tortosa, de donde vinieron á Valencia los trinitarios. La primera misión de estos religiosos, que tuvieron entonces algo de militar, fué la redención de cautivos, en lo cual se anticiparon á los mercedarios. Pero su empleo en el hospital de San Guillem se redujo al servicio de los enfermos. Allí estuvieron hasta que en el siglo XV la reina D.ª María, esposa de D. Alfonso V, quiso establecer monjas clarisas en el local que ocupaban, y acudiendo á Roma, logró que el Papa suprimiese la comunidad de trinitarios, porque sin duda había desaparecido, ó venido á menos, el hospital de que estaban encargados. Dicen los cronistas de la Orden (2), que la reina les cedió, para que se trasladasen á ella, una ermita que estaba fuera de la Puerta de la Sharea, cerca del río, dedicada á San Miguel (3), y permanecieron allí hasta que en 1504, ha-

(1) Era muy nombrado entre el vulgo valenciano *lo Diable del Socós*. Sobre la puerta de la iglesia estaban esculpidos la Virgen, un niño á un lado, y un demonio encadenado al otro. Decíase que irritada una madre por las travesuras de su hijo, lo ofreció al Diablo; se interpuso la Virgen del Socorro, y corregido el muchacho, entró en el convento y fué dechado de santidad. Este mismo religioso representó su conversión en aquel grupo.

(2) El padre J. Figueras, en su *Compendio histórico de la vida y martirio de D. Fr. Pedro de Valencia*, y el P. F. Josef Rodríguez en el libro que escribió sobre las *Públicas y lucidas fiestas que hizo el Real Convento de N. S. del Remedio á sus dos gloriosos patriarcas San Juan de Mata y San Félix de Valois*, con motivo de su canonización, libro impreso en Valencia en 1669.

(3) Dice Beuter y repite Escolano que esta ermita se dedicó á San Miguel en

biendo adquirido otra de Nuestra Señora del Remedio, que estaba cercana, construyeron en aquel punto su nuevo convento. El cronista D. Agustín Sales niega esta continuidad: dice que quedó extinguida la comunidad primitiva del hospital de San Guillem, distribuyéndose los religiosos en otras casas de su religión, y que la de Nuestra Señora del Remedio fué fundación completamente nueva (1). Sea de ello lo que fuere, consta que esta fundación, nueva ó renovada, fué espléndidamente favorecida por un ilustre prócer y piadoso prelado, D. Guillem Ramón de Moncada, obispo de Tarazona y gran canciller del rey don Fernando el Católico. Á expensas suyas se concluyó la obra del convento en 1516. En el presbiterio labró tres magníficos sepulcros: uno para sus padres D. Juan de Moncada y Marquesa de Villaragut; otro para su hermano, D. Hugo de Moncada, virrey de Nápoles, y el tercero para otro individuo de aquella ilustre familia, D. Gastón de Moncada. Hizo el cincel maravillas en aquellos sarcófagos de mármol, que eran admiración de las gentes (2).



VALENCIA

ESTATUA DE D. GASTÓN DE MONCADA

acción de gracias por haber entrado el ejército cristiano en Valencia el día de la fiesta de aquel arcángel.

(1) *Historia del Real Monasterio de la Santísima Trinidad.* Valencia, 1761.

(2) He aquí la descripción del sepulcro de los padres del obispo fundador, según la leemos en el citado libro del padre Rodríguez: «Tiene de largo diez palmos y de ancho siete; levántase del suelo con dos pendientes por esquina; es todo

Pero no perdonó la piqueta destructora los primores del arte, ni la santidad de la tumba. Cuando el convento fué arrasado, poco después de la exclaustración, quedó todo destruído entre sus escombros. En 1869 proyectóse construir un barrio para obreros en la explanada que se extiende entre la ciudadela y la puerta del Mar, donde estuvo aquella casa monástica, y al abrir los cimientos hallóse una estatua de mármol, figurando un caballero puesto de rodillas, armado, y con la espada ceñida, obra artística notable por la naturalidad de la actitud y de la expresión. Era la de D. Gastón de Moncada, muerto en 1515 (1). Esta marmórea efigie, que se conserva hoy en la Sección arqueólogica del Museo provincial, es el último vestigio del convento del Remedio (2).

El famoso *alarde* de los gremios valencianos, cuando desfi-

---

de alabastro y oro; susténtanle doce leones al natural; á plomo de cada león, arranca una pilastra, con su basa y capitel, cargando sobre un pedestal de palmo y medio de alto; las pilastras son estriadas, y entre pilastra y pilastra se forman dos nichos, que todos hazen número de doze, seis á cada superficie lateral, cada uno con una concha, autorizando doze figuras entalladas, que denotan ser las virtudes morales. A la parte posterior se hazen dos nichos, con las efigies de dos niños, arrodillados sobre cogines; los de la parte anterior tienen dos escudos grandes, con las armas de los Moncadas y de los marqueses de Villaragut; sobre los escudos vuelan alquitrave, friso, con florones curiosos y escudos diferentes, y cornisa, en cuya circunferencia se lee esta inscripcion con letras de oro: *Nobilibus D. Ioanni de Moncada, et Marquesae de Villaragut. Parentibus dulciss. ex Divi Francisci templo huc traslatis. Pietissimus filius Guillelmus Rai. Tiraconensis Episcop. haec B. M. fecit. Qui et has Sanctae Trinitati, Opiferae Virgini, Divo Michaeli, aras dicaverat. Anno M.D.XVI.* Coronan esta real fábrica dos bultos de talla entera, recostados sobre los pendientes; el de la parte derecha es varon, está armado, con una espada en la mano, y un fiel can, muy al natural, á sus pies. El de siniestra es de señora anciana, y ella, y el caballero, tienen las cabezas sobre unas almohadas, y ambos representan á los cuerpos que contiene el Sepulcro, que son los Padres de nuestro ilustrísimo Fundador.»

(1) Según la descripción del mismo autor, el sepulcro de D. Gastón formaba un nicho de medio punto, dentro del cual estaba su estatua arrodillada. En el friso del mausoleo se leía esta inscripción: *Gastondus de Moncada est: Qui obiit septimo Chalendas Septembris. Anno 1515.*

(2) Conservábanse en este convento varias monedas árabes, una bandera y un frontal hecho de un traje de arraez, procedente todo de la batalla de Lepanto. El día de Ntra. Sra. del Rosario ponían el frontal en el altar, la bandera en la barandilla del coro, y enseñaban las monedas á los devotos. El frontal está hoy en la iglesia de San Juan del Hospital: llámanlo «el frontal del moro.»

laron ante el cardenal Adriano ocho mil plebeyos bien armados y divididos en compañías, con cuarenta banderas, hízose en este sitio. Desde una ventana del convento presenció el desfile el legado real, más asustado que complacido de la marcialidad del ejército popular, cuyos estandartes agitaba un vientecillo de sedición, precursor de las borrascas de la Germanía.

Hijos del Remedio (1) fueron Fray Josef Rodríguez, autor de la *Biblioteca Valentina* (2), y Fray José Manuel Miñana, continuador de la *Historia de España* del P. Mariana (3).

San Sebastián.—Señorea todavía la plaza del arrabal de Cuarte la espaciosa y bien proporcionada iglesia del convento de religiosos mínimos de San Francisco de Paula, fundado en el sitio donde estuvo una ermita dedicada á San Sebastián, San Onofre y San Jerónimo, que pertenecía al monasterio de la Murta en Alcira. El P. Fr. Jerónimo de Santaella, provincial de los Padres mínimos, deseando establecer su comunidad en Valencia, compró aquella ermita en 1533. Vinieron por entonces á esta ciudad dos hermanas del virrey duque de Calabria, D.ª Julia y D.ª Isabel, que se habían aficionado en Italia á la Orden de San Francisco de Paula, y patrocinaron la nueva fundación, trayendo religiosos de aquel país.

La iglesia que entonces se construyó, no es la que ahora

(1) Conventos de la Orden de la Santísima Trinidad que hubo en el reino de Valencia. De religiosos calzados: en la capital, el de Nuesta Señora del Remedio. En Játiva, el de la Santísima Trinidad, fundado en 1259; en Murviedro el de Nuestra Señora del Remedio, 1275; en Alcira, el de San Bernardo, 1558; en Orihuela, el de la Santísima Trinidad, 1558; en Liria, el de Nuestra Señora del Remedio, 1590. De religiosos descalzos: el de Nuestra Señora de la Soledad, en Valencia, del que hablaré luego.

(2) Fray Josef Rodríguez fué hijo de Valencia (1630-1703) y con sus investigaciones bibliográficas reunió preciosos materiales para la historia literaria de su patria. Murió sin concluir la impresión de su interesante *Biblioteca Valentina*.

(3) Fray Josef Manuel Miñana, hijo también de Valencia (1671-1730), fué un religioso de extraordinaria erudición. Además de la gran obra histórica que dejo citada, escribió la titulada *De bello rustico Valentino*, que he mencionado en otra parte con elogio, como también sus opúsculos sobre el Teatro Saguntino.

vemos: ésta se comenzó en 1726 y se concluyó en 1739. Su planta es de cruz latina; sus bóvedas son de medio punto, y sobre los arcos torales se eleva esbelto cimborio, de rasgadas ventanas, que sustentan airosa cúpula. Las capillas laterales tienen también sus cupulillas. La del crucero, á la parte del Evangelio, dedicada á San Francisco de Paula, tiene rica ornamentación, y una obra del pincel de Joanes, más preciosa que el oro y los mármoles que la decoran. Representó el eximio artista á aquel Santo fundador, de pie, apoyado en su báculo, cubierto enteramente con su hábito negro. En esta enlutada figura sólo resplandece el rostro expresivo y ascético, pero eso basta para iluminar el altar y la capilla con resplandor celestial. «Lo mejor de Joanes,» decía Ponz, al citar este cuadro, y es en efecto una de sus obras más admirables. Al mismo lado de la iglesia se abre otra preciosa capilla, en forma de rotonda, sobre cuya entrada se lee: *Gaspar Bonus Miles Christi Jesu.* En ella se guardaron con gran veneración, hasta que al cerrarse el convento, fueron trasladados á la iglesia parroquial de San Nicolás, los restos del beato Gaspar Bono, otro de los religiosos insignes que ilustraron en Valencia el pontificado del patriarca Rivera. Fué su padre tejedor gascón; su madre, aldeana de Cervera; él, mancebo de unos mercaderes, soldado de caballería en los tercios de Italia, y fraile mínimo en este convento, que desde su muerte le consideró como el más ilustre de sus hijos (1). Su ca-

(1) Nació en 1530, en Valencia; profesó en 1560; murió en 1606. Escribió su historia su compañero el P. Vicente Guillermo Gual: *Vida, muerte y milagros del Venerable Siervo de Dios el P. Fr. Gaspar de Bono*, Valencia, 1609. Adquirió tal fama el mínimo valenciano, que en 1612 publicó otra *Vida*, en Génova, el M. R. P. M. Fr. Francisco Castiglioni, y otra en París, 1621, el M. R. P. Fr. Francisco Víctor. En el siglo XVIII se publicaron otras tres historias del Beato Bono: *Pasmosa Vida, virtudes y milagros del V. P. Fr. Gaspar de Bono, Provincial de los Mínimos* en esta provincia de Valencia, por D. José Vicente Ortí y Mayor, Valencia 1750; *Compendio histórico de la Vida del Beato Gaspar Bono del Orden de Mínimos de S. Francisco de Paula*, por D. Félix Puigmayor, ¿Madrid, 1787? y *Vida del Beato Gaspar de Bono*, traducida de la que escribió en italiano el P. Fr. Pedro Agustín Miloni, por el P. Fr. Francisco Folch, Valencia, 1787.

pilla, obra del arquitecto valenciano D. Joaquín Martínez, ha sido celebrada siempre como obra de buen gusto. El pintor Maella vino de Madrid para exornarla: el cuadro suyo que representaba la muerte del famoso mínimo, en el altar mayor, está hoy en el Museo Provincial (1).

La Corona. —Había en el siglo XVI, junto á la puerta de los Tintes, un convento de religiosas agustinas, que estuvo antes en el cercano lugar de Beniferri. Daban las espaldas del edificio á la mancebía, y ofendían á las monjas «los relinchos de aquellas yeguas lascivas.» Por eso se trasladaron en 1556 al hospicio de Santa Tecla, y en el local vacante fundaron los nobles esposos D. Jerónimo Ferrer y D.ª Ángela Borja en 1563 un convento para los frailes franciscanos nuevamente reformados, que se denominaban *recoletos*. Dedicáronla á la Coronación del Señor, por lo cual el convento y todo el barrio tomaron el nombre de la Corona. Hijo de esta santa casa fué el Padre Antonio Margil de Jesús, uno de los franciscanos más eminentes de Valencia. Después de cuarenta y cinco años de misión evangélica, cumplida con fervor de apóstol en Nueva España, murió en Méjico en 1726, dejando loada memoria (2).

El convento de la Corona, al ser expulsados los frailes, fué dedicado á Casa de Beneficencia, y ha sido después enteramente reconstruído para acomodarlo á su nuevo destino.

San Juan de la Ribera.—Llegamos ya á los tiempos del famoso Beato Rivera, patriarca de Antioquía, arzobispo y virrey

---

(1) De esta Orden de mínimos hubo en el reino de Valencia estos otros conventos: Nuestra Señora del Olivar, en Alacuás, fundado en 1536; San Sebastián, en Castalla, 1586; San Cosme y San Damián, en la Puebla, 1603; San Francisco de Paula, en Viver, 1605; San Francisco de Paula, en Muchamiel, 1606; San Francisco de Paula, en Almoradí, 1610; La Concepción, en Ondara, 1611; Nuestra Señora de la Victoria, en Javea, 1616.

(2) *El Peregrino septentrional Atlante: delineado en la exemplarissima Vida del venerable Padre Fr. Antonio Margil de Jesús*, por el P. Espinosa. De esta obra se hizo una edición en Méjico y otra en Valencia en 1742.

de Valencia, celosísimo fomentador de las Órdenes religiosas. Habíase avivado en sus tiempos el fervor monástico, y hacíanse nuevas reformas en las reglas establecidas, para perfeccionarlas más. En 1572 vinieron á Valencia unos religiosos franciscanos que querían restituir á su pristina austeridad la Orden del Patriarca de Asís. Apellidábanse *descalzos*, porque descalzos iban: reducíase su hábito á un saco de tela tosca y un manto muy corto. El celoso prelado les autorizó para establecerse en la ermita de Monte Olivete (huerta de Rusafa), pero el ermitaño tocó á rebato, acudieron armados los labradores, y rechazaron á los frailes forasteros. Entonces el Patriarca les cedió un campo, donde instalaron la comunidad en un barracón de tablas. Pronto se trocó la disposición hostil con que fueron recibidos: el pueblo devoto creyó ver los antiguos padres de la Tebaida en aquellos ascéticos religiosos, y corrió la voz de que los ángeles habían fabricado la iglesia. Agradecidos á su bienhechor tituláronla de San Juan Bautista, y del mismo tomó luego apellido de Rivera, corrompiéndose después y denominándose San Juan de la Ribera.

Prosiguió la fundación el canónigo D. Francisco Juan Roca de la Serna, deán de Gandía y arcediano de Alcira, y se terminó la obra del convento en 1669. Poco antes de la exclaustración, fué reedificado: la nueva iglesia quedó en proyecto. De la antigua, alabó mucho Ponz las pinturas, entre ellas el cuadro del altar mayor, obra de Alonso Cano, que representaba el bautismo de Jesucristo.

Este convento, situado en punto muy visible, al comienzo del camino del Grao, y en cuyos espaciosos aposentos se celebró la Exposición Regional de 1867, ha sido demolido hace pocos meses, para construir casas en su espaciosa área.

San Felipe.—Fué reformada también á fines del siglo xvi la orden del Carmen por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y hubo *carmelitas descalzos* de uno y otro sexo. Los religiosos pu-

sieron casa en la calle de San Vicente, esquina á la de Mitjagalta (1569); pero encontraron luego mejor local en la de Cuarte extramuros, y construyeron allí iglesia y convento (1614). Por el nombre de su Santo patrono San Felipe Apóstol, los llamó el pueblo *felipets*. Al suprimirse las comunidades de frailes, fué vendido y arrasado este convento, que era de pobre y vulgarísima construcción.

CAPUCHINOS.—Al extremo del arrabal de Alboraya se ve un hermoso jardín, que lleva ese nombre. Allí abren sus flores aromáticas las magnolias más grandes que hay en Valencia; allí elevan al cielo las araucarias sus verdes pirámides de filigrana; allí se juntan las plantas exóticas con las indígenas en deleitoso verjel. Ese risueño paraíso—¡qué contraste!—fué pobre albergue de míseros capuchinos. Esta religión, vástago nuevo del árbol franciscano, no era conocida en Valencia, hasta que el Patriarca Rivera, á cuyo ascetismo cuadraba bien su estrecha regla, puso empeño en introducirla, y aunque el rey se opuso al principio, logró su objeto el tenaz prelado. En unos campos que compró al efecto, puso el 7 de Marzo de 1597 la primera piedra del convento de Capuchinos, mezquina construcción apropiada á la pobreza de aquella Orden mendicante. Los primeros religiosos vinieron de Cataluña. La nueva casa conventual se dedicó á la Preciosísima Sangre de Cristo.

Había en ella, con ser tan modesta y pobre, dos joyas del arte: el mejor cuadro de Ribalta que tiene el Museo de Madrid, y uno de los mejores, sino el mejor, del Museo de Valencia. El primero es San Francisco enfermo. Tendido sobre dura tarima, está en su humilde y oscura celda el Seráfico penitente, y asombrado se incorpora al oir las melodías de un Ángel que tañendo el laúd inunda su ánimo en delicias inefables. El contraste de la lóbrega celda y el tosco lecho, con la celestial claridad de aquella aparición divina, no puede ser más hermoso. La expresión del Santo tampoco puede ser más sublime: mézclanse en su rostro

dulce deliquio y súbito pavor; léese en él que se reconoce indigno del bien que recibe. Un corderillo, que salta al lecho del enfermo, completa la significación mística de este cuadro magistral con este rasgo idílico, tan propio del Patriarca de Asís (1). El otro lienzo de Ribalta, es una página más grandiosa de la historia de aquel Santo: el abrazo que le da Jesucristo, desprendiéndose de la Cruz. No se sabe qué admirar más: la ternura del Hombre-Dios abrazando á su siervo predilecto, ó la compunción respetuosa con que éste recibe el incomparable favor.

Había en el huerto de los Capuchinos un olivo plantado por el Patriarca, en el que depositaban las abejas sus panales. En 1698 fué robado el copón de la iglesia de Santo Domingo; buscáronlo por todas partes y lo hallaron, con las formas consagradas, en el hueco tronco de aquel olivo. Este suceso, que produjo entonces vivísima impresión y dió asunto á relaciones y romances, dejó larga memoria y aumentó la devoción al convento. El beato Rivera fundó otro en Valencia, para religiosas de la misma orden, y el de Santa Magdalena, en Masamagrell, para noviciado (2).

SANTA MÓNICA.—En la misma época del patriarca Rivera había sido reformada también la religión de San Agustín, apellidándose *descalzos* los nuevos agustinos. Fundaron algunos conventos en Aragón, y de allí vino á Valencia, con el propio objeto,

(1) D. Carlos IV quedó prendado de este cuadro cuando lo vió, y lo adquirió para el Museo Real. Hizo pintar á D. Vicente López una copia, la cual quedó en el convento de Capuchinos. El original, reproducido por el grabado y la fotografía, se conserva en el Museo del Prado, donde tiene el número 947.

(2) Á principios de este siglo había en el reino de Valencia los siguientes conventos de capuchinos.—De religiosos: el de la Sangre de Cristo, en la capital; Santa María Magdalena, en Masamagrell; La Concepción, en Alicante; La Encarnación, en Alcira; Nuestra Señora de los Angeles, en Alberique; La Purísima Concepción, en Albaida; San José, en Castellón; San Sebastián, en Callosa; La Virgen del Pilar, en Monóvar; El Nombre de Jesús, en Orihuela; San Cristóbal, en Onteniente; San Abdón y San Senén, en Ollería; San Antonio, en Játiva; San Francisco, en San Mateo; San Francisco, en Segorbe; Las Llagas de San Francisco, en Jérica. De religiosas: Santa Clara, en Valencia.

Fr. Jerónimo de San Lorenzo. Había entonces multitud de moriscos en el arrabal de Murviedro, llamado por esto «el pequeño Argel,» y en aquel punto, frente al puente de Serranos, construyeron el convento los nuevos religiosos, protegidos por el virrey-arzobispo, que esperaba encontrar en ellos activos misioneros y catequistas (1604). Dedicáronlo á Santa Mónica, madre de San Agustín. Como preciado tesoro, les dió el piadoso prelado un Crucifijo (1) que con el nombre de Santísimo Cristo de la Fe, obtuvo gran veneración: aún le dedican ruidosas fiestas los vecinos de aquel arrabal.

La primera iglesia fué sustituída, á los pocos años, por otra más espaciosa, cuyas obras comenzaron en 1662. Bien revela el mal gusto de aquella época su fachada, con sus seis pilastras de modillones, que sostienen el triangular frontispicio. El templo es claustral, de orden compuesto, con bóveda de medio punto, cúpula y linterna. El convento fué adquirido en nuestros días por las Hermanas de los Pobres Ancianos, que tienen en él su hospicio y el noviciado para su comunidad (2).

El Pilar.—El convento de Nuestra Señora del Pilar, convertido hoy en cuartel de infantería, era hijo del de Santo Domingo: fundóse en 1615 como Real Colegio de religiosos dominicos, para la asistencia espiritual de los enfermos del Santo Hospital, y por esto se construyó muy cerca de él. Fué su fundador el aragonés Baltasar de Valtierra, que vino á Valencia sin blanca, y en el comercio de libros hizo fortuna, dejándola en su testamento para esta obra piadosa (3).

---

(1) El Dr. D. Francisco Ballester y Marco, presbítero, catedrático de la Universidad de Valencia, publicó en 1746 una *Historia de la S. Imagen del Santo Christo de la Fe, venerada en el convento de Santa Mónica.*

(2) En una de las capillas de esta iglesia se conserva la imagen del Santo Ángel Custodio de la ciudad de Valencia, que estaba en la antigua Casa Consistorial.

(3) Escribió la historia de este convento el erudito dominico padre Teixidor, y se conserva manuscrita en un volumen de 403 pág.ª con este título: «Lumen Domus. Memorias históricas del convento de Nuestra Señora del Pilar, orden de

Trinitarios.—El último convento fundado en Valencia fué el de religiosos descalzos de la Santísima Trinidad. La *descalcez*, como entonces se decía, invadía todas las órdenes regulares. Del convento, sólo queda la cisterna. El presente libro está escrito en una de las casas que formando extensa manzana, á la orilla del río y detrás del Temple, ha sustituído, há pocos años, á aquel monástico albergue. Era un vasto edificio, pobremente construído, con iglesia dedicada á Nuestra Señora de la Soledad, la única de Valencia que estaba elevada sobre el nivel del suelo: debajo de ella se abría el panteón de la comunidad. Ésta obtuvo la real cédula de fundación en 1657; la primera piedra de la iglesia se puso en 1681 (1).

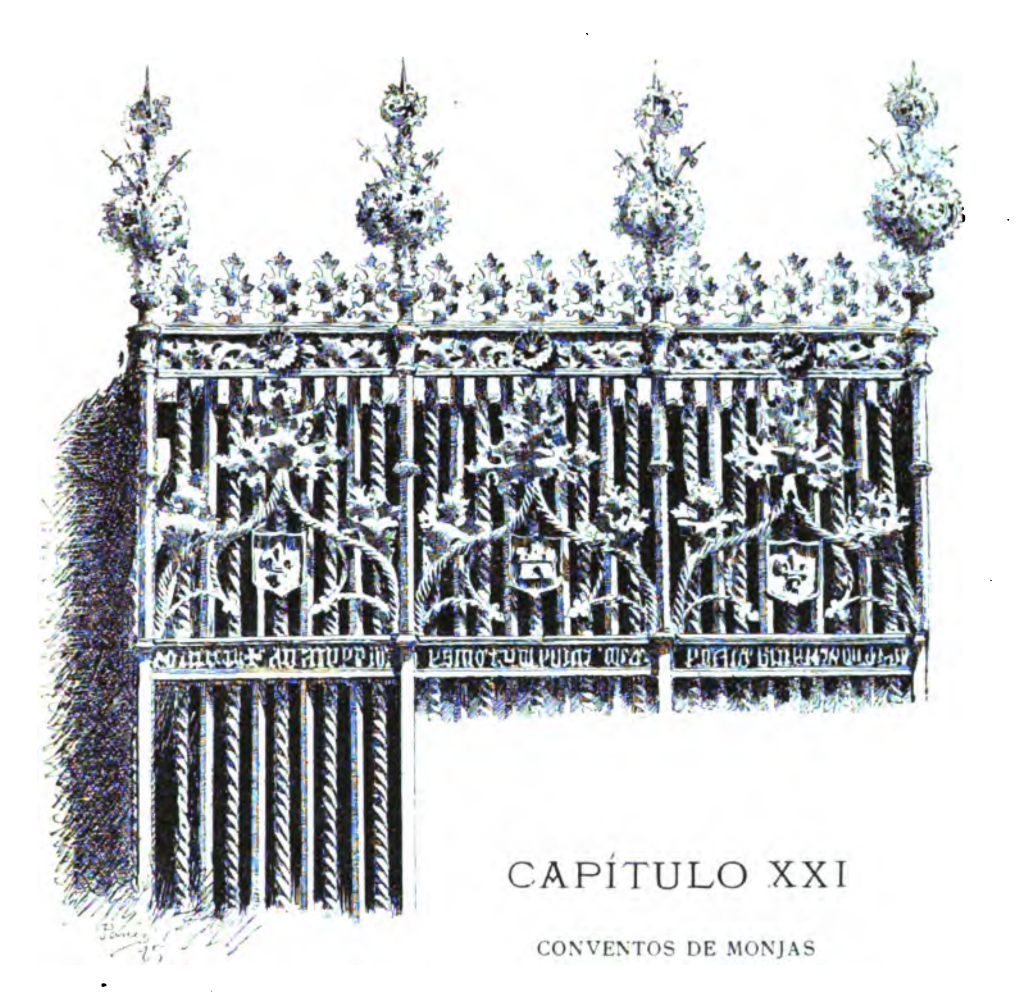
Todas estas comunidades desaparecieron á la vez y como por ensalmo: barriólas enfurecida la revolución. No hubo en

---

Predicadores de la ciudad de Valencia, desde su fundacion hasta fines del año 1774. Escritas por el M. R. P. Sr. Fr. Joseph Teixidor, del Real Convento de Predicadores de la misma Ciudad, á instancias y ruegos del M. R. P. Maestro Fray Vicente Anó, Prior del sobredicho convento de Ntra. Sra. del Pilar.» Hay algunas adiciones de otra mano.

(1) Refiere el marqués de Cruilles en su *Guia Urbana* que las casas compradas para edificar este convento pertenecían á D. Martín García de Loyola, virrey y gobernador de Chile, que murió en la guerra de Arauco, y que entonces vino á Valencia su viuda, que era hija del Inca peruano Sayri-Tupac, bautizada con el nombre de Leonor. Añade que esta infanta americana, último vástago de los Incas, recibió de Felipe II el título de marquesa de Oropesa, y casó en Valencia á su hija D.ª Isabel con D. Juan Enríquez de Borja, de la familia de los duques de Gandía. He comprobado estas noticias en las Crónicas de Indias, y resulta que, en efecto, D. Martín García Oñez y Loyola (sobrino de San Ignacio) y gobernador de Chile (no virrey, porque entonces no estaba erigido en virreynato aquel país), recibió este gobierno en recompensa de haber preso en las montañas de los Andes al último Inca del Perú, el mencionado Sayri-Tupac. Éste se bautizó, tomando el nombre de D. Diego, y su hija única bautizóse también, pero no se llamó Leonor, sino Clara Beatriz. El título de marquesa de Oropesa, que le dió el rey, se refiere, no á la Oropesa valenciana, cabeza de una baronia, primero, y después de un condado, sino á un lugar de aquel mismo nombre, que había fundado en el Perú el virrey D. Francisco de Toledo.

Valencia atropellos, sacrilegios y matanza, como en otros puntos: pero abandonaron el claustro apresuradamente los religiosos; quedaron vacíos los conventos; cerráronse sus iglesias; trasladáronse á las parroquias vecinas las sagradas imágenes; amontonáronse los cuadros en el Museo; apropióse el Estado los edificios, y los vendió ó los aprovechó para el servicio público. De los religiosos *exclaustrados*, huyeron unos al extranjero, refugiáronse otros en sus casas ó en las de personas piadosas, agregáronse al clero parroquial los que pudieron. En medio siglo, Valencia, donde pululaban antes frailes de todas reglas y todos colores, no los vió más que pintados en los cuadros ó fingidos en el teatro. De pocos años á esta parte, á la sombra de leyes más tolerantes, se han restablecido en el antiguo reino valenciano algunas, pocas aún, de las suprimidas comunidades; en la capital, sólo se ha fundado un convento de frailes, el de carmelitas descalzos, modestamente instalado el año 1885 en el arrabal de Alboraya, con el título de Casa-colegio de misiones, y dedicado á Nuestra Señora del Carmen. ¿Se levantarán de nuevo los antiguos conventos? ¿Los arrollará otra vez el desbordamiento de las pasiones anti-religiosas? ¡Quién lo sabe! Sea cual fuere su porvenir, nadie negará sin notoria injusticia los servicios que han prestado á la cristiandad y á la civilización, ni la inconsecuencia en que incurren los que, proclamando todas las libertades, cohiben caprichosamente la de servir á Dios y sacrificarse por el prójimo.



CAPÍTULO XXI

CONVENTOS DE MONJAS

La Zaidía; los amores del Conquistador; Doña Teresa Gil de Vidaure.—La Trinidad; la reina Doña María de Castilla.—San Cristóbal: el robo de la Judería.—Los demás conventos de religiosas.

DESCUELLA sobre todas, en los fastos de Valencia, la gloriosa figura de D. Jaime I el Rey Conquistador, y á su lado vemos, al evocar su memoria, una imagen femenil, bella y sonriente primero, afligida y llorosa después, tranquila y resignada, por fin; la imagen interesante y simpática de *su muy amada y querida señora Teresa Gil de Vidaure* (1), ejemplo conmovedor de la inconstancia de los triunfos amorosos. Si queremos saber cuál es el último consuelo de la hermosura malograda, pasemos

(1) Así la llama el rey en una de las donaciones que le hizo.

el Puente Nuevo, y á la otra parte del río, encontraremos un arrabal, que lleva aún el dulce y eufónico nombre arábigo de la Zaidía. Allí hay un convento de monjas recién reconstruído. Al penetrar en el reducido zaguán de la portería, veremos encima del torno el retrato de una religiosa, que conserva en su rostro señales de singular belleza, y leeremos en la inscripción puesta debajo de él: *La V. S.ª R.ⁿᵃ Doña Teresa Gil de Vidaure, fundadora de este R.ˡ Monasterio para señoras nobles que quieran ser Religiosas Cistercienses, cuyo monasterio consagró á María S.ᵐᵃ de Gracia, y en él jamás quiso ser Abadesa, pero admitió gustosa el empleo de Portera, en que murió á 15 de Julio de 1260* (1). Entremos en la iglesia, toda nueva y reluciente, y en un comulgatorio, á la parte del Evangelio, hallaremos una urna forrada de damasco carmesí, con galones de oro, cerrada por una tapa delantera, la cual, abierta y dejada caer, nos permitirá distinguir, á través del cristal, el cuerpo momificado de una mujer, vestida con hábitos monjiles. Estos son los restos de aquella hermosísima dama á quien tanto amó el Conquistador, y á quien tanto hicieron sufrir los reales amores.

Dijo D. Jaime, de su padre el rey D. Pedro, que era mujeriego: *ell era hom de fembres*. No sentaba bien el reproche en boca de quien heredó la propensión paterna; aunque «la falta era menor (dice el cronista Gauberto Fabricio de Vagad) en un monarca tan hermoso y tan gallardo, que no había otro igual en toda la Cristiandad, y de un aspecto tan dulce y gentil, que todas las damas ponían los ojos en él, de modo que no tenía más trabajo que el de elegir entre ellas.» Aquel hombre, superior á su época, activo y batallador, entusiasta y generoso, contrariado casi siempre por los mismos que le rodeaban y no le comprendían, ansiaba el cariño de la mujer, para descanso de sus luchas titánicas, y parece que entre tantos fáciles triunfos, sólo vió realizado su ideal en la noble y discreta señora que fué

(1) Hay error en esta fecha: D.ª Teresa no murió hasta 1285.

por algún tiempo su mejor amigo y consejero (1). La novela y la poesía se han apoderado de aquellos amores, dándoles un tinte romántico, que no tuvieron; se ha dicho que fueron pasión de la juventud; que el animoso rey, libre y mozo (2), cortejó á D.ª Teresa, ingenua y pudibunda doncella; que entró una noche en su cámara, acompañado de un fiel confidente, y rechazado por la ofendida joven, juró hacerla su esposa, juramento que, á instancias de la desarmada Teresa, repitió en presencia del caballero testigo de la furtiva entrevista. Mas ¡ay! el viento del desengaño llevóse la palabra real; D. Jaime se casó por razón de Estado con la hija del monarca húngaro: el único testigo de aquel compromiso había muerto, y en vano apeló á Roma la burlada doncella. Suponen los forjadores de esta novela que la horrible venganza tomada por D. Jaime en el obispo de Gerona, Fr. Berenguer de Castellbisbal, se enlaza con aquellas reclamaciones de D.ª Teresa: el prelado, según ellos, conocía el compromiso nupcial del monarca, porque se lo reveló en confesión, y publicó ese secreto, para obligarle á cumplirlo. Investigaciones históricas han destruído estas fantasías. Teresa fué hija de don Juan Gil de Vidaure, caballero de una familia procedente de Navarra y principal en aquel reino. Casada muy joven con el caballero aragonés Sancho Pérez de Lodosa, tuvo un hijo de él y enviudó á poco, haciendo una vida muy honesta, dedicada principalmente al cuidado de aquel tierno vástago. No hay indicios de que tuviera el rey trato con ella, hasta después de la

(1) «Gobernaba (el rey D. Jaime) gran parte de sus negocios por el consejo de una dueña muy principal, que se decía Doña Teresa Gil de Vidaure, con la que vivió mucho tiempo como su mujer legítima; y assí se declaró después por sentencia, que lo fué.» Zurita.

(2) Beuter, y Lucio Marineo Sículo (*De rebus Hispaniæ memorabilibus*, lib. X) dicen que esto ocurrió antes del primer matrimonio del rey; para destruir esta suposición basta recordar que cuando D. Jaime casó con D.ª Leonor de Castilla, no tenía aún trece años. Dice el mismo rey en su crónica: «E podiem haber la hora XII. anys complits, e entravem en los tretze, si que un any stiguem ab ella que no podiem fer ço quels homens han a'fer ab sa muller, car no aviem la edat.»

muerte de la reina D.ª Violante. Prendado entonces de la belleza y discreción de la noble viuda, requirióla de amores, y sólo dándole palabra de casamiento logró correspondencia. Aunque el matrimonio no llegó á celebrarse, consideróla desde entonces como esposa, ya que no como reina (lo que llamaríamos ahora *esposa morganática)*, y le donó para su morada el palacio que había sido de los reyes Lobo y Jayent. Poco después, cuando llevaba ya en las entrañas el fruto de su unión, concedióle el castillo y la villa de Jérica, para ella y sus sucesores, y algo más tarde, el sitio llamado la Zaidía (Çaadía) (1).

Aquella felicidad duró poco: la hermosa Teresa fué atacada de lepra, y huyó de ella su real amante. Trocáronse sus breves dichas en largos días de soledad y de llanto: los leprosos eran mirados con horror por todo el mundo; su terrible enfermedad parecía un castigo del cielo. El Conquistador fué ingrato y cruel con su *muy amada señora;* no sólo la abandonó, sino que, acostumbrado á que nada le resistiese, pidió al Papa la disolución de sus desposorios, para legitimar sus nuevos amores con su parienta D.ª Berenguela Alfonso, hija del infante D. Alfonso de Molina. Rechazó indignado Clemente IV tan temeraria pretensión (2), y viendo el monarca que no podía sacar partido de Roma, pidió y obtuvo en Valencia sentencia de divorcio, fundándose en la enfermedad contagiosa que padecía D.ª Teresa.

(1) Dice Escolano que, según unos, tomó este sitio el nombre de Zaidía por haber sido casa de campo de un magnate moro llamado Zaidí; y según otros, porque allí tenía baños y jardines una mora que se nombraba Zaida. En el primer repartimiento de la ciudad, se le adjudicó al arzobispo de Narbona; después lo recobró el rey para regalarlo á su amada. Esta donación está fechada en Lérida á 5 de Abril de 1260.

(2) Dice la carta pontificia (que publican Raynaldo y Martene): «Miramur plurimum qua licentia quo instinctu nobis petitionem obtuleris Deo contrariam, abominabilem angelio, et hominibus monstruosam. Non enim credere debuisti quod verum matrimonium vellemus disolvere et conjuctionis illicite pollin participio et consensu. Scire quidem ab olim te credimus, quod cum nobilem mulierem Teresiam per verba de futuro, prout tua littera continet desposasti, licet verum non fuerit matrimonium sic tamen initiatum extitit, ut verum et consumatum fuerit carnali copula subsecuta. ¿Quos ergo Deus conjunxit, Dei Vicarius quomodo separet? Absit a nobis hoc scelus.»

En 1265, poco antes de abandonarla el rey, había fundado ésta en la Zaidía un monasterio de religiosas de la Orden del Cister, bajo la invocación de Nuestra Señora de Gracia Dei. Para ese monasterio le otorgó D. Jaime mercedes y privilegios. Allí, á los pies de la Virgen soberana, halló la abandonada favorita el único consuelo que cabía á su dolor. Al lado del convento construyó un reducido alcázar, que llamaban el *Realet*, y en él vivía cuando estaba en Valencia. ¿Tomó el hábito cisterciense? Esto se ha creído comunmente: así lo dicen las *Trovas* de Mossén Febrer y el retrato que hemos visto en la portería del monasterio. Pero con posterioridad al año á que se refieren aquellas *Trovas* (cuya autenticidad no está hoy reconocida), consta que la viuda del Conquistador se hallaba en Zaragoza (1), y en su testamento, hecho en 1280, da á entender que no estaba encerrada en el convento, aunque tenía lecho y ropa en él. Si acaso se retiró al claustro (lo cual no consta), sería después de esa última fecha, pues no murió hasta cinco años más tarde. En aquel testamento, en el cual repartía su pingüe hacienda entre sus dos hijos, habidos del rey, D. Jaime de Jérica y D. Pedro de Ayerve, dispuso que se la enterrara en la iglesia de Gracia Dei, y así se hizo, dando sepultura á su cuerpo junto al altar mayor. Años después fueron inhumados allí mismo su hijo D. Jaime y la esposa de éste, D.ª Elfa Fernández de Azagra (2).

El monasterio de la Zaidía fué arrasado, como el palacio del Real y otros edificios situados fuera de las murallas, cuando vinieron los franceses contra Valencia. No destruyó aquellos

(1) Por una escritura que otorgó en aquella ciudad D.ª Teresa á 3 de Octubre de 1278, y que vió el P. Teixidor en el archivo del monasterio.

(2) La espantosa avenida del Turia, de 1517, inundó el monasterio, teniendo que abandonarlo las monjas; al regresar, encontraron intacto el cuerpo de la fundadora, y lo pusieron en un sepulcro de piedra, á la izquierda del altar mayor. Allí estuvo hasta que, en 1655, por cumplir el voto hecho durante la enfermedad de una abadesa, se abrió la tumba: el cadáver, que estaba incorrupto, fué vestido con hábito nuevo, y puesto en la urna de madera donde aún está.

monumentos el enemigo; el patriotismo impuso á los valencianos este sacrificio estéril: querían privar á los sitiadores de puntos fuertes para batir la ciudad. Las religiosas llevaron consigo los restos de D.ª Teresa y de sus hijos, que guardaban con respetuosa veneración, y los volvieron al convento cuando fué reedificado. Nada queda en él de la obra antigua: en su sencilla fachada, de ladrillo perfilado, destácanse sobre la puerta, esculpidos en mármol, los escudos de la fundadora y de la Orden del Cister. La nueva iglesia, concluída en 1879, es un espacioso templo claustral, de orden corintio, con crucero, y cúpula asentada sobre una elegante galería, que le da luz. Ofrece poco interés bajo el aspecto artístico; pero el recuerdo de la ilustre dama que gozó el amor y lloró el desvío del rey más glorioso de la casa de Aragón, ennoblecerá siempre al piadoso monasterio de la Zaidía.

De fundadora aún más ilustre, á lo menos por alcurnia y rango, conserva también la memoria y los restos mortales otro monasterio, situado igualmente á la izquierda del Turia, extramuros de la ciudad antigua. Á la otra parte del puente de la Trinidad, sobresale de las primeras casas de aquel arrabal la severa mole de un alto y sólido edificio, con visos de fortaleza, cuyos cerrados muros de piedra refuerzan salientes estribos de sillería. Abarca toda su extensión una azotea, cuya línea recta altera solamente á uno de sus lados un pequeño campanario. Por la parte del río tiene un espacioso patio, y en ese patio, sobre el cual revolotea una bandada de blancas palomas, álzanse dos vetustos cipreses, que determinan más su aspecto monástico. Ese es el convento de la Santísima Trinidad, visto de lejos; entre todos los que hay en Valencia destinados á religiosas, es el único de fábrica suntuosa, digna, en verdad, de la insigne princesa D.ª María de Castilla, esposa del monarca aragonés D. Alfonso V, y á quien fué debida su fundación (1).

(1) El cronista de Valencia, D. Agustín Sales, escribió por encargo de la co-

Reinas buenas, hubo muchas en la casa de Aragón; ésta fué de las mejores, «casta, virtuosa, devotísima, y de vida tan santa, que por tal está colocada en la gloria del Paraíso» (1). Era hija de D. Enrique III, el Doliente, hermana de D. Juan II, y tía, por tanto, de D.ª Isabel la Católica. Vino á Valencia para casarse con el infante D. Alfonso, heredero de la corona (2), y amó desde entonces á la ciudad del Turia: el palacio del Real fué su morada habitual y preferida. No bendijo Dios su matrimonio, y la esterilidad de la reina contrariaba á D. Alfonso, quien más adelante hizo gestiones infructuosas para desatar el nudo conyugal. Esto debió afligir á la ejemplar esposa, pero no se mostró resentida; y ausente su marido en las guerras de Italia, de las que ya no volvió, vivía sola en Valencia, en prematura viudez, haciendo votos por la salud y la victoria del rey desamorado, y gobernando el reino con singular prudencia, como su lugar-teniente. Pero su inclinación predilecta eran las obras piadosas; Valencia la debe dos fundaciones monásticas, ambas de la orden de San Francisco: el convento de religiosos observantes de Jesús, mencionado en el anterior capítulo, y éste, de religiosas de Santa Clara.

Pocos años antes, D.ª Violante de Aragón, hija del primer duque de Gandía, había fundado en aquella ciudad un convento de clarisas, á las que llamaba el pueblo *menoretes*. Era estrecho y pobre, y la reina D.ª María quiso trasladar la comunidad á Valencia, dándole regio albergue. Para ello obtuvo del papa Eugenio IV la supresión de la de religiosos trinitarios, que

---

munidad y con detenido examen de su archivo, una erudita *Historia del Real Monasterio de la SS.ma Trinidad, religiosas de Santa Clara, de la regular observancia, fuera los Muros de la ciudad de Valencia*, que se imprimió en esta ciudad, año 1761.

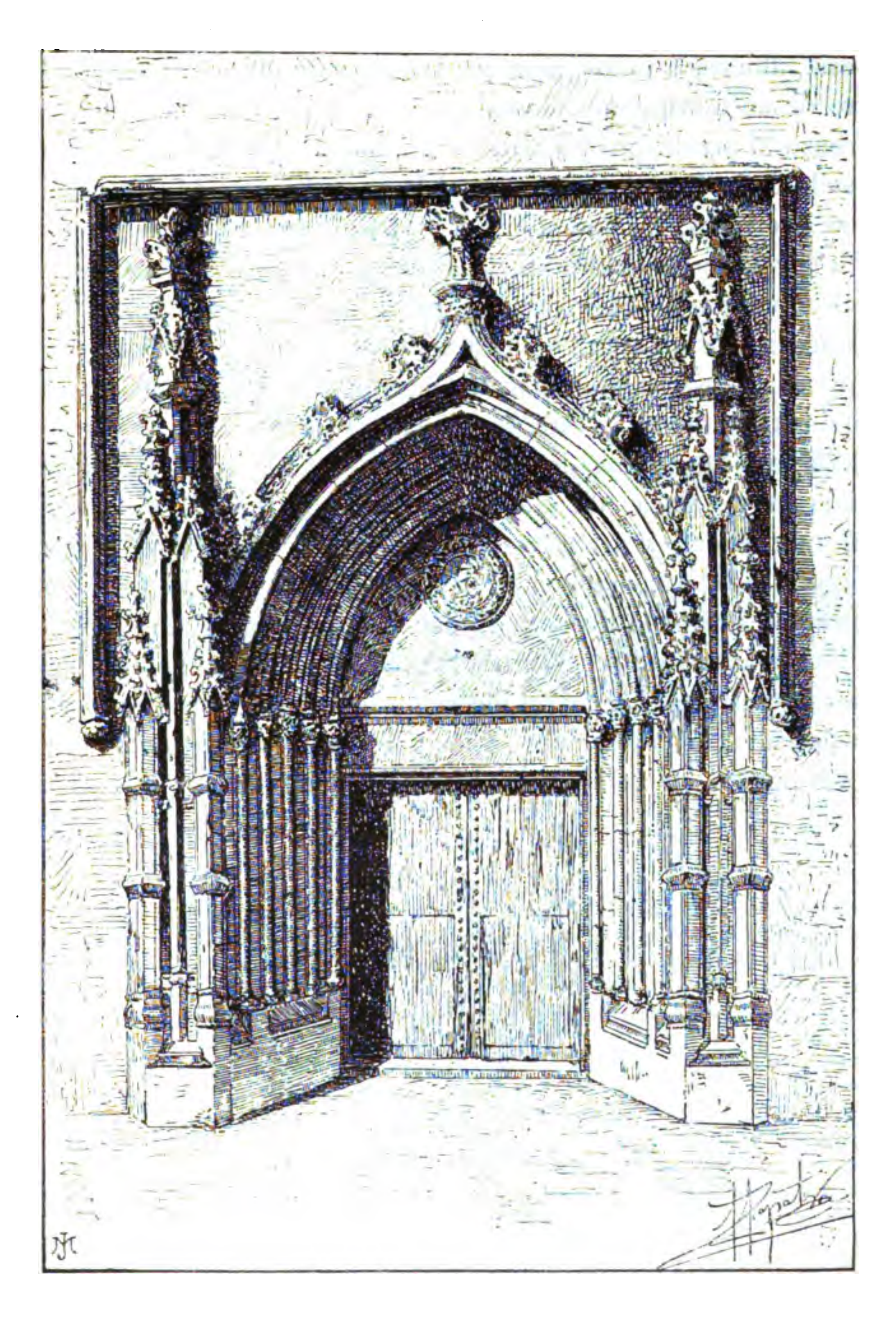
(1) Pedro Miquel Carbonell, *Chron. de España*.

(2) Celebróse la boda el 12 Junio de 1415, en la suntuosa casa de la familia Vilaragut, situada en la plaza de San Jorge. Este palacio nobiliario, enteramente transformado, es hoy de D. Francisco Sagrista. En él se hospedó también el papa Luna.

estaba al cuidado de un hospital, establecido á raíz de la conquista, con el título de San Guillén, en el arrabal que tomó este nombre, y en el mismo sitio donde dicen que besó el suelo el rey D. Jaime, regándolo con lágrimas, al ver enarbolado el estandarte de Aragón en la torre de Ali-Bufat. Conservó la reina al convento el nombre de la Trinidad; pero lo construyó de nuevo, poniendo la primera piedra, y debajo de ella su sortija, el 9 de Julio de 1446. Bendijo la obra el obispo de Valencia D. Alonso de Borja, quien fué después el papa Calixto III. Por humildad, no quiso la fundadora esculpir sus armas en la hermosa portada de la iglesia, la cual es uno de los mejores ejemplares del gusto gótico florido que quedan en Valencia, y puso en ella una imagen de la Virgen, magnífico medallón de mayólica, traído de Italia probablemente. Era el templo de grandiosa arquitectura ojival, con bóvedas elevadísimas, que remontaban el pensamiento á las regiones celestiales; pero no pudo librarse de la profanación anti-artística del churriguerismo. En los años últimos del siglo XVII fué despiadadamente *modernizado*, y ocultaron su bóveda atrevida con otra más baja: ¡como si la grandeza de aquella fábrica pesase sobre los ánimos apocados de la nueva generación!

Tenía en el convento la egregia fundadora aposento propio, que conservó después el nombre de *Tocador de la Reina:* entre las *menoretas* pasaba sus días y entre ellas quiso ser enterrada, renunciando á la real sepultura de Poblet. Á los pocos meses de haber muerto el rey en Nápoles, murió ella en el Real de Valencia, y su cadáver, con acompañamiento de todos los clérigos, frailes, magistrados y caballeros de la ciudad, y de sus damas y doncellas, que iban llorando detrás del féretro, fué llevado al monasterio, en cuyo claustro bajo recibió sepultura, vestida con el hábito y las tocas de las religiosas de Santa Clara (1).

(1) «En lany damunt dit de MCCCCLVIII. dimats a XXX de Agost la Senyora Reyna Dona Maria estant en lo Real de Valencia, estech molt mal, é de continent



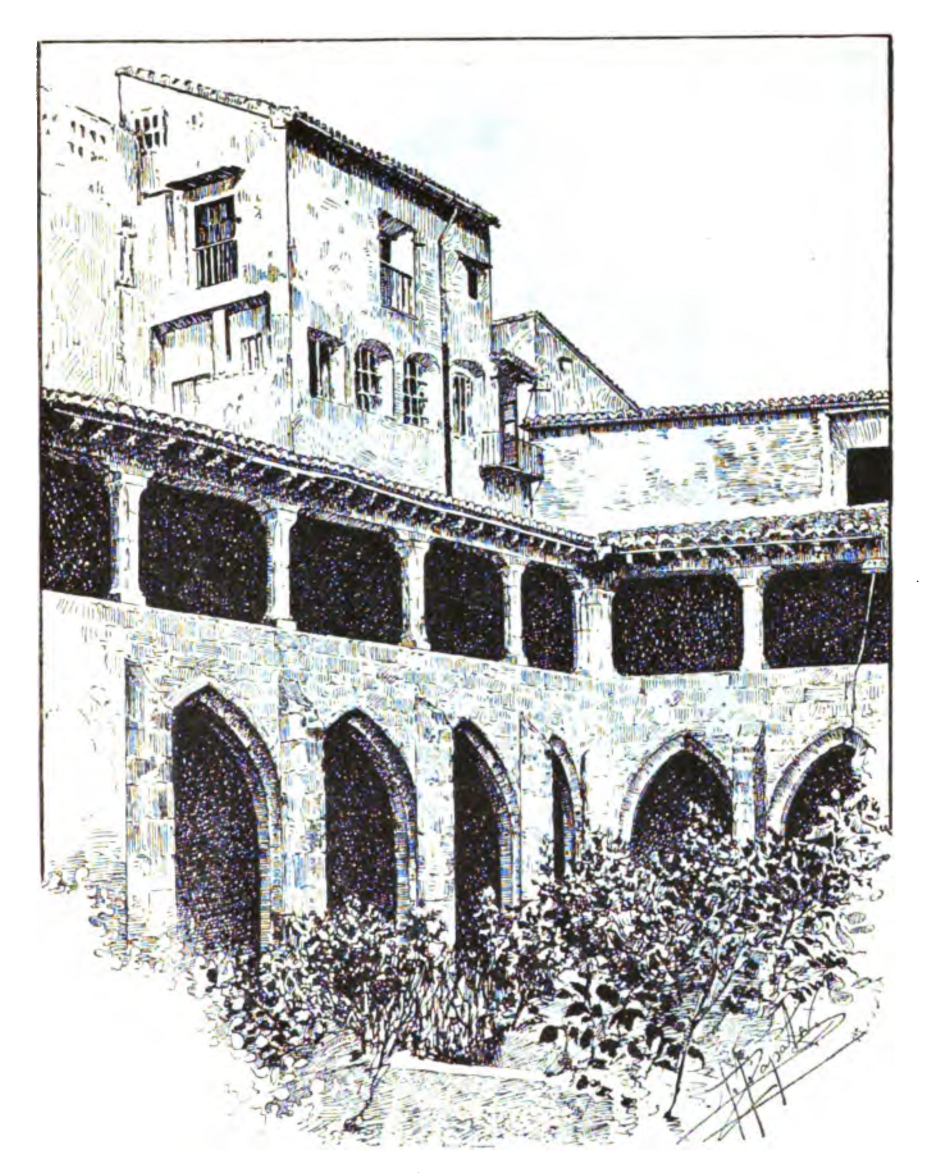
Puerta de la Iglesia en el Convento de la Trinidad

¿Queréis ver su mausoleo? Difícil es, porque no está en la iglesia, abierta á todos, sino en la clausura de la comunidad. Pero deseo tanto complaceros, caros lectores, que he de pedir permiso al arzobispo, y apenas vean las monjas el decreto con el sello de la Curia al pie, correrá la hermana portera los rechinantes cerrojos, y caído sobre el rostro oscuro velo, nos llevará ante la reverenda madre abadesa, quien con igual precaución y haciendo sonar su campanilla de plata, para que se oculten las religiosas, nos enseñará solícita todo el convento. ¡Qué grata impresión causa su gran claustro interior! Es de la más severa arquitectura ojival y está perfectamente construído de fuerte sillería, á la que dieron los siglos su patina respetable. Correctísima es su traza, de muy buen efecto la bóveda de crucería, y de sencillo y artístico dibujo la serie de arcadas, desnudas de toda ornamentación, que separadas al exterior por robustos estribos, ábrense para dar libre paso al aire y á la luz que inundan el jardín central, plantado de viejos naranjos y rosales florecientes. La charla incesante de los gorriones, que allí revolotean sosegados, únese á los ecos del órgano, medio apagados por los macizos muros; los efluvios del jazmín, que trepa

---

confessá, combregá e pernoliá ab molt gran devoció; e feu testament ordenant de sa anima é del cos ab molt gran saber é virtut responent a la perfeccio de sa santa vida.—En lo dit any dilluns a IIII de Setembre a VIII hores de nit morí e trespassá daquesta vida present la molt insigne e de loable memoria la Senyora Reyna Dona Maria, muller quondam del molt victoriós Rey e Senyor Don Alfonso; la qual dita Senyora Reyna tot lo temps de la sua vida doná en servey de nostre Senyor Deu ab molta perfeccio de honestat é de sanctedat de vida. E lo dimarts de matí fon mesa en la Sala del Real damunt un gran lit tot cubert de draps negres, e la dita Senyora Reyna vestida ab labit de burel ros de Sent Francesch, lligada com á Moncha e descalça.» Esto dice en su *Dietario* el capellán de don Alfonso V, y prosigue refiriendo cómo, colocado el cadáver en un ataúd dorado, fueron á responsar todos los monasterios el miércoles, y el siguiente jueves, congregados en la Catedral los cleros, fueron en procesión al Real, y habiendo responsado, lo llevaron al Monasterio de la Trinidad á hombros de doce religiosos del convento de Jesús, y colocado sobre un alto túmulo, cantó la Misa el obispo auxiliar Cascant, y predicó el Mtro. Fr. Pedro Queralt, confesor de la difunta y Provincial de la Orden de Predicadores: «Pres per thema: *Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris.*»

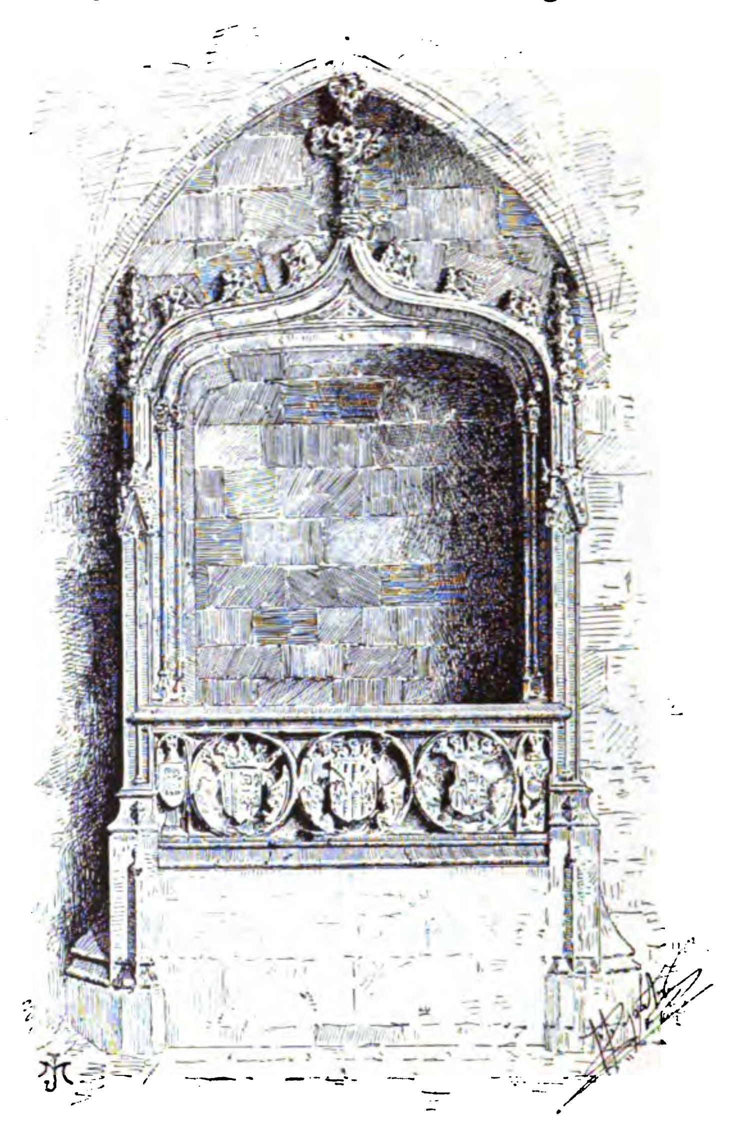
por las ennegrecidas pilastras, combínanse con el incienso que



VALENCIA.—CLAUSTRO DEL CONVENTO DE LA TRINIDAD

sale de la iglesia. Huye, al vernos, como bandada de espantados pajarillos, un grupo de monjas que estaban cogiendo rosas

para la fiesta de la Virgen: la figura esbelta y erguida, los movimientos rápidos y cadenciosos de esas religiosas, revelan ju-



VALENCIA.—SEPULCRO DE LA REINA D.ª MARÍA, ESPOSA DE D. ALFONSO V

ventud y hermosura; novicias son, recién encerradas quizás: detrás de sus espesos velos brillarán sin duda ojos radiantes de

luz y de vida. Queda todo en silencio, y la madre abadesa, afable y locuaz—¡mujer al fin!—contándonos todas las maravillas del convento, nos conduce á un ángulo del claustro, donde en el muro mediero de la iglesia está labrado el enterramiento de la reina doña María.

Forma el sepulcro como una mesa de altar, en cuyo frontis están primorosamente esculpidos, sin inscripción alguna, cinco blasones. En el del centro vense acuarteladas en aspa las armas de Aragón y de Sicilia, propias de la dignidad real de la ilustre difunta; en los dos inmediatos, aquellas armas hállanse unidas á las de Castilla, que eran las de su familia; estos tres escudos llevan por timbre corona real. Á cada extremo hay otro más pequeño, soportados respectivamente por un león y por un águila; y en ellos, un hornillo encendido y un lirio en flor, emblemas sin duda de amor místico y fervor religioso.

Sobre esta tumba blasonada ábrese espaciosa y bien trazada hornacina, lugar adecuado para la estatua sepulcral; pero no hay tal estatua, ni vestigios ni memoria de ella. Si hubo idea de labrarla, no llegó á hacerse: en aquel hueco han colocado las monjas las imágenes corpóreas de Santa Ana, Santa Lucía y Santa Águeda, traídas del convento de San Francisco.

Grandes fueron los privilegios otorgados por reyes y pontífices al monasterio de la Trinidad: su abadesa usaba báculo, como los obispos, y el dictado de *Nos* y *Por la gracia de Dios*. Damas nobilísimas ingresaron en él, y algunas dejaron memoria de insigne virtud, descollando entre todas la venerable sor Isabel de Villena, una de las primeras abadesas. Este nombre nos trae á la memoria aquel famosísimo marqués, que á fuerza de docto, ganó dictado de nigromante; y en efecto, hija suya y heredera de su preclaro ingenio, era sor Isabel. Sobrina de la reina doña María y educada piadosamente al lado suyo, fué la continuadora de su obra en el convento de la Trinidad, y para edificar á sus compañeras, escribió libros místicos, grandemente celebrados en

su tiempo (1). Noticia curiosa de esta docta abadesa es que ella fué, si no mienten las crónicas del convento, quien ideó el modo de pintar la Purísima Concepción. Siempre que pensamos en este misterio, nos representamos á la Virgen, en pie sobre la luna, vestida de blanco, con manto azul celeste, cruzadas las manos sobre el pecho, recibiendo la corona, que ponen en su frente el Padre Eterno y el Hijo unigénito, mientras extiende las alas sobre ella la paloma del Espíritu Santo. Esta disposición, que adoptó Joanes, y que en lo sustancial siguió Murillo, fué imaginada por la venerable sor Isabel de Villena, según aquellas crónicas. Concluyamos diciendo que á esta ilustre abadesa confió el Rey Católico la educación de su hija la infanta D.ª María de Aragón: á los cinco años se la entregó (2), y ya no salió del claustro la tierna princesa. Sin conocer ni ver el mundo, tomó el velo de religiosa y murió en el monasterio á los treinta y dos años (3).

(1) En 1497 se imprimió en Valencia su libro *Vita Christi de la Reverent Abadesa de la Trinitat*, para darlo á conocer á la Reina Católica, que había pedido copia de él; y se reimprimió en la misma ciudad el año 1513, y en Barcelona el 1527.

(2) Sor Isabel anotó en los libros del convento el ingreso de la infanta de esta manera: «Dona María de Aragó, filla Real del molt Alt Senyor Rey Don Fernando, Rey nostre Daragó, é de Castella, fon portada en aquest Monestir per manament del dit Senyor, Disapte de Septuagesima, á XVIII de Febrer any MCCCCXXXXIIII, é havia la dita Dona María cinch anys, é prop de dos mesos, car naixqué lo dia de la Speranza, qui es á XVIII de Dehembre; e per ço los dos mesos no eran complits. Portá en sa Persona una gonella de vilut negre, é una robeta de domasch carmesí, é dos parells de manillletes dor. Doná lo Senyor Rey al Monestir per amor della trenta millia sous sobre les Inquisicions de Valencia, é foren pagats los vinthu millia en censals é nou millia en casas.»

(3) La infanta fué enterrada en el coro bajo, y al renovarse la iglesia pusieron en ella una lápida de mármol negro, incrustada en el muro divisorio del coro, con una inscripción en la pared, que dice así: «Aquí yace la señora Doña María de Aragón, hija del Señor Rey Don Fernando el Cathólico, que tomó el Hábito en este Real Convento de la SS. Trinidad de edad de 5 años y dos meses, en el año 1484. En donde professó, y perseveró hasta su muerte que fué á los 5 de Setiembre 1510. Y aunque fué grande por su nacimiento pero la engrandeció mucho más la excelente virtud que siempre professó.» En la misma pared hay otra lápida igual con este epitafio: «Aquí yace Alonso, hijo del famoso Georgio Castroto, Rey de Albania, açote de los Turcos, y muro inexpugnable de la Christiandad, á quien llamaron los Turcos Escardarberch, y á quien por su decendencia, valor y magni-

Bajo el punto de vista de la historia y del arte, no ofrecen tanto interés como estos dos conventos de la Zaidía y la Trinidad, los demás que hay ó hubo en Valencia destinados á las esposas del Señor: he aquí su abreviada reseña.

Las Magdalenas.—El demolido Real Convento de Santa María Magdalena, de religiosas de la Orden de Santo Domingo, pretendía ser el más antiguo de monjas que hubo en Valencia. Edificóse, apenas fué conquistada la ciudad, fuera de la puerta de la Boatella, cerca del convento de frailes de la Merced. Consta que existía ya en 1242, y dicen sus cronistas que el mismo Rey Conquistador puso la primera piedra. Las religiosas fundadoras pertenecían á la Orden de San Agustín; pero en 1286 autorizóse á esta comunidad para adoptar la regla dominicana (1).

Para ensanchar este convento, se le agregaron dos casas monásticas, que se establecieron también á la reconquista: las de los Hermanos de la Penitencia de Jesucristo, y de las Mujeres pecadoras arrepentidas. Eran, los primeros, penitentes rígidos, á quienes llamaba el pueblo *de los Sacos*, por el sayal que vestían, y procedían de una reforma de los Ermitaños de San Agustín. Favoreciólos mucho el rey D. Jaime, dándoles casa y grandes privilegios. Pero, suprimida esta Orden en el Concilio Lugdu-

---

tud de ánimo, le compararon al Rey Alejandro de Macedonia. Murió de edad de 15 años en esta ciudad de Valencia. Año 1503.» Hay error en esta inscripción: D. Alonso no era hijo, sino nieto del gran Scanderberg. Vino de Nápoles con su madre viuda, acompañando á la reina D.ª Juana, y murió aquí desgraciadamente por haberse metido, yendo á caballo, entre unos villanos que se peleaban, y de quienes recibió una estocada.

(1) Véase el *Compendio histór. del Real Monasterio de Santa Maria Madalena, de Religiosas del Gran Patriarca Santo Domingo, de la ciudad de Valencia, ilustrado con las noticias de heroycas virtudes de algunas de sus hijas más insignes*. Por el M. R. P. Fr. Vicente Beaumont de Navarra, lector del Convento de Predicadores de Valencia. Valencia, 1725. Hay en este libro bastantes errores sobre la fundación y primeros tiempos de este antiguo monasterio. Los corrigió el P. Teixidor en el erudito artículo que le dedicó, de sus *Observac. á las Antigüed. de Valencia*.

nense de 1274, su convento fué cedido á las monjas de Santa María Magdalena.

El de las *Dones de la Penitencia, alias Repenedides*, tuvo origen interesante, si hemos de creer al insigne médico y poeta Jaime Roig. Dice (1) que una condesa extranjera, cansada de su marido, huyó de él, entregándose á la liviandad y cayendo en tan mísera condición, que vino á parar á la mancebía valenciana. Sacóla de allí un galán noble y rico, prendado de su hermosura; pero la dama se cansó pronto de él, y abrió sus brazos á un pobre pescador, cuya suerte compartió. Vendiendo pescado estaba en el mercado público de Valencia, cuando la halló el conde, que iba en su busca por el mundo. Arrojóse iracundo sobre ella, pero acudió gente y la salvó de su cólera: el rey mandó encerrarla y aherrojarla en un calabozo, que en aquel sitio había, y que le diesen á comer por onzas. Este castigo horrible ablandó el corazón del marido, y suplicó al rey que le permitiese construir una casa de reclusión, donde hiciese penitencia la esposa compungida. Consintió el monarca, y la emparedada convirtióse en ejemplarísima penitente, á quien siguieron otras semejantes, fundándose de este modo la casa de Pecadoras arrepentidas, que duró hasta 1416. En esta fecha, existiendo ya con igual objeto la de San Gregorio, cedió el local D. Alfonso V á las religiosas dominicas del convento contiguo. En tiempo del padre Teixidor aún se conservaba el calabozo en que se decía haber estado emparedada la condesa de la leyenda.

Al decretarse en 1836 la reducción de conventos de religiosas, suprimióse el de las Magdalenas, uniéndose su comunidad á la de Santa Catalina de Sena (2). El edificio se demolió para construir el Mercado Nuevo.

(1) *Llibre de Consells*, libro III, parte primera.

(2) Estas monjas de la Magdalena, y las de Santa Tecla, gozaban un privilegio especial. Los condenados á azotes recibían una *tanda* de ellos, al pasar por ambos conventos; pero la priora sacaba la mano por las celosías, agitando un pañuelo blanco, apenas comenzaba su faena el verdugo, y éste detenía la verga, quedando perdonada aquella *tanda*.

La Puridad.—Esta casa monástica data igualmente del reinado del Conquistador. Cuentan los cronistas de la Orden Franciscana, que al hacer este monarca el repartimiento de Valencia, dió á D. Ximén Pérez de Arenós un ermitorio situado en las afueras de la ciudad, inmediato á un palacio de los reyes moros, para que estableciese en él un monasterio de religiosas de Santa Clara, con la invocación de la piadosa reina Isabel de Hungría, recién canonizada y tía suya (1). Lo que está comprobado es que aquel magnate dió á las religiosas que entonces se llamaban Damianitas, una casa en Roteros, junto á la Morería y al camino de Cuart, para que edificasen iglesia y convento. Esta donación lleva fecha de 1248 (2). Gozaron aquellas monjas grandes prerrogativas, entre ellas la de perdonar todos los años á un reo de muerte (3). En el siglo XVI tomaron el nombre de la Purísima Concepción. Derribado también en nuestros días su extenso convento (en cuyo solar se han abierto las calles del Moro Zeit, la Conquista y el Rey D. Jaime) trasladóse la comunidad al modesto local que hoy ocupa y que perteneció á la cofradía de San Jaime, en la calle de este nombre (4). Dicen algunos historiadores que en este sitio estuvo el palacio del rey Lobo, donde moró el Conquistador siempre que estuvo en Va-

(1) Escolano fija su fundación en 1320; hay evidente error en esta fecha: la obra del monasterio comenzó en 1239, y las religiosas clarisas entraron en él en 1250, según la *Narración histórica de la antigüedad y progresos del Real Monasterio de la Purísima Concepción de la Ciudad de Valencia*, del R. P. Fr. Josef Sorribas, Chronista de la Provincia de San Francisco de la Observancia de Valencia. Valencia, 1741. Pero este cronista no alega documentos que lo prueben. Está comprobado que existía ya este monasterio en 1255.

(2) Menciona esta donación, citando el documento original, el P. Martínez Colomer, en su *Historia de la provincia de Valencia de la Orden de San Francisco.*

(3) Este privilegio se relaciona con una leyenda. Había á la puerta del Convento una imagen de la Virgen, titulada de la Misericordia. Al ser conducidos los reos de muerte á la horca del Mercado, deteníanse en aquel punto para encomendarse á Nuestra Señora. Un condenado, que era inocente del crimen que se le imputaba, invocó el auxilio de la Virgen, poniéndola por testimonio de su inculpabilidad. La imagen, asintiendo á esta reclamación, bajó la cabeza, tanto, que se desprendió la corona que llevaba y cayó sobre el sentenciado. Aquel prodigio le valió la libertad, y á las religiosas el privilegio del indulto anual.

(4) De esta antigua é ilustre cofradía se ha hablado en el cap. XV, pág. 600.

lencia, hasta que se edificó el Real; pero no está comprobado este aserto (1).

Santa Ana.—Suponen antiguos autores que esta comunidad de hermanas *(sorores)* ó beatas, fué también de las establecidas en Valencia apenas recuperada de los moros: su objeto era recoger y educar doncellas desvalidas. Lo cierto es que en 1505 se fundó un beaterio para hermanas carmelitas de la Orden tercera en la iglesia de San Joaquín y Santa Ana, que estaba entonces abandonada y amenazaba ruina. En 1564 convirtiéronse las beatas en religiosas carmelitas descalzas, y poco después el Patriarca Rivera tomó bajo su protección su convento. Hoy tampoco quedan restos de él: en 1836 la comunidad fué trasladada al de la Encarnación, y el edificio destinóse á Galera (cárcel y penitenciaría de mujeres); después fué demolido y en su solar se hicieron casas particulares. La plazuela y la calle de Santa Ana conservan su nombre.

San Julián.—En el arrabal de San Bernardo (calle de Murviedro después) había desde los tiempos de la Reconquista un ermitorio dedicado á ese santo, dependiente de la iglesia parroquial de San Salvador. En aquel mismo siglo se estableció en él un convento de religiosas agustinas. Aún permanece, y es un edificio modestísimo. En medio de su reducida iglesia estuvo sepultado el venerable Juan Bautista Agnesio, aquel ingenuo y devoto poeta, cuyas espirituales nupcias con Santa Inés pintó Joanes en uno de sus mejores cuadros (2).

---

(1) En la iglesia de la cofradía de San Jaime (hoy de las religiosas de la Puridad) hay un cuadro grande y viejo en el que vemos al rey de la Conquista entregando las constituciones á los cofrades de San Jaime. El rótulo de esa pintura, *Vera efigies invictissimi Regis Jacobi*, le da pretensiones de retrato; pero, aunque es una de las efigies más antiguas que se conocen del gran rey, dista mucho de ser coetánea y no puede atribuírsele aquel carácter. Nos parece que no debe remontarse más allá del siglo xv.

(2) El Venerable Juan Bta. Anyes (que latinizando su apellido se nombraba

San Gregorio.—En la ruidosa calle de San Vicente, hay un viejo caserón, en cuyos muros están esculpidas las armas de Valencia y el blasón real: en él se albergan las *Arrepentidas de San Gregorio.* Remóntase al año 1345 el origen de esta casa de recogimiento y conversión de mujeres perdidas: la madre Soriana, beata de la Orden tercera de San Francisco, emprendió esa buena obra, que fué patrocinada por la ciudad (1). Decayó con el tiempo, y estando en Valencia D. Felipe II, diósele nuevo carácter, á instancia de un fervoroso carmelita, el venerable hermano Francisco del Niño Jesús (2). Á la casa de recogidas unióse un convento, cuya iglesia, dedicada á San Gregorio, se bendijo en 1600. En ese convento, de la Orden de San Agustín, profesan las arrepentidas que tienen vocación monástica. Á una

Agnesio) fué uno de los sacerdotes más reputados por su virtud y ciencia que hubo en Valencia á fines del siglo XV y comienzos del XVI, y tan modesto, que no quiso ser más que beneficiado de la Catedral. Vivía en la calle de Murviedro junto á este convento de San Julián, del cual era muy devoto. Escribió muchas obras piadosas, en valenciano y en latín, y era afamado por la facilidad con que componía elegantes versos en este último idioma. Consérvase impreso un poema titulado *Gemnatus D. Mariae Virginis Assumptionis triunphus*, una *Egloga in Nativitate Christi*, dos apologías en honor del marqués de Zenete y los demás caballeros vencedores de la Germanía, y otra dirigida á los cazadores, sobre la multitud de aves de la Albufera. Era el Venerable Agnesio muy amigo de Joanes. Éste lo representó en el cuadro magnífico del Bautismo de Jesucristo, que está en la Catedral, y por encargo suyo pintó otro (que estaba también en aquel templo y ahora está en el Museo del Carmen), figurando los místicos desposorios del Venerable con Santa Inés de Montepulciano. Aunque en la *Guia Urbana* del marqués de Cruilles se da como existente en la iglesia de este convento la sepultura de Agnesio y se describe la lápida que la cubre, desapareció mucho tiempo há, por haberse reducido el área del templo.

(1) En esta casa eran encerradas las mujeres públicas desde el Lunes Santo hasta las vísperas del Sábado Santo. El Justicia Criminal, con sus ministros, las acompañaba á visitar los sagrarios el Jueves Santo. Después se extendió la clausura á los Jubileos, las fiestas de Navidad, y á las de la Purificación, Asunción, Natividad y Concepción de la Virgen.

(2) Amenazaba entonces la peste á Valencia, y aquel religioso profetizó que, si se hacía esta fundación, no llegaría á la ciudad, ni la invadiría en adelante, mientras subsistiese la comunidad, profecía que alcanzó gran crédito y aún no se ha olvidado. Véanse *Vida y Virtudes del Venerable Hermano Francisco del Niño Jesús* por el M. R. P. Josef de Jesús María, Segovia, 1636; y *Compendio histórico de la vida del venerable hermano Fr. Francisco del Niño Jesús, religioso de la Orden de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen y breve idea de sus virtudes heroicas,* por el P. Fr. Ignacio del Niño Jesús, Valencia, 1806.

de las capillas de su modesta iglesia se trasladó el altar, ricamente tallado y dorado, de la demolida Casa de la Ciudad.

San Cristóbal.—Era de *canongesas* de San Agustín este convento; estaba en la calle del Mar, en lo que es hoy manzana de casas particulares, entre la calle de la Cruz Nueva y la que ha conservado el nombre de Torno de San Cristóbal. Derribólo la Junta revolucionaria de 1868. Con su fundación se enlaza un famoso y trágico suceso de la historia de Valencia: el robo de las Juderías (1).

Tomó grandes creces en esta ciudad la raza hebrea durante la dominación musulmana. Respetóla el Conquistador y le concedió una extensa barriada, comprendida entre la calle del Mar y el Valladar Viejo, que corría por la actual plaza de las Barcas. Al otro lado del Valladar estaba el cementerio judío, donde se edificó luego el convento de Santa Catalina de Sena. La Judería hallábase abierta y en comunicación libre con el resto de la ciudad, hasta que se decretó su clausura en las cortes de Monzón (1390), y aunque hubo fuerte oposición á esta medida, hízola cumplir el Consejo, levantando muros que cerrasen aquel barrio. Varias puertas le daban entrada; la principal estaba en la plaza llamada *de la Higuera*, después de Santa Tecla (2).

---

(1) D. Francisco Danvila ha publicado en el *Boletín de la Real Acad. de la Historia*, tomo VIII, cuad. 5.° una erudita memoria sobre este suceso, rectificando algunos errores en que incurrió Amador de los Ríos en su *Hist. de los Judíos de España y Portugal*. El P. Teixidor, en sus *Antig. de Valencia* copió la relación del robo, escrita al día siguiente, por el escribano de Sala Bartolomé Villalor, de orden del Consejo general; Boix la insertó en su *Historia de Valencia*, y Amador de los Ríos en la obra citada.

(2) Comprendía la Judería este ámbito: desde la puerta de la plaza de la Figuera corría el muro por la derecha de la calle de las Avellanas y del Milagro hasta San Juan del Hospital, donde salía al Trinquete de Caballeros, y por la Congregación iba á la puerta de Exerea. De allí, por la calle de la Cullereta, plaza de las Comedias y Universidad, á la puerta de En Esplugues, continuando por las calles de Pobres Estudiantes, Horno de las Ratas, plaza del Patriarca, calle de Libreros, plaza de Villarasa, calles de Cardona y de Luís Vives, hasta la plaza de la Figuera. Al cierre de la Judería hicieron contra los tenderos de los barrios inmediatos, los

Habíase exacerbado en aquel tiempo el odio de los cristianos contra los judíos: el saco de la Judería de Sevilla dió la señal de la persecución: repitióse en Córdoba el desmán; después en Toledo, en Barcelona y otros puntos, y llegaron á Valencia las chispas de aquel incendio. Un domingo, á la hora de comer—9 de Julio de 1391—formóse en el Mercado un grupo de chicos, que enarbolando cruces de caña, se dirigió á la Judería y entró en ella tumultuosamente, dando voces de *bautizo ó muerte*. Mezclóse con los chicos gente barbada; crecieron los insultos; cerraron las puertas los judíos, quedando dentro algunos de los invasores; gritaron los demás que asesinaban á los cristianos; alborotóse la ciudad; acudió con fuerza armada el infante D. Martín, lugarteniente del reino, y los magistrados municipales; no quisieron abrir los sitiados; intentó la entrada por el valladar la plebe amotinada; murió allí uno de los suyos; pasearon el cadáver por la ciudad gritando venganza, y ya no fué posible contener la furia del pueblo, ni la rapacidad de la chusma. Penetraron en la Judería por el mismo valladar y por los terrados de las casas colindantes: al triunfador asalto siguieron el pillaje, la matanza y la violación. Robadas fueron las riquezas acumuladas durante largos años por aquella raza codiciosa y frugal, y entre sus destrozados restos quedaron esparcidos más de doscientos cadáveres (1). Salváronse los judíos que se habían acogido á la Sinagoga mayor, porque pidieron bautizo á grandes voces, y protegidos por el infante y los jurados, fueron llevados á la Catedral, donde ratificaron su promesa.

---

traginantes del Grao, á quienes se estorbaba el tránsito más directo por la ciudad, y también los Padres Predicadores, cuyo convento quedaba arrinconado entre el muro de la Judería y el de la ciudad.

(1) La relación del Consejo general sólo dice que murieron *qualsque cent juheus;* el Sr. Danvila cita una carta del caballero Juan de Villarrasa á su padre (del arch. de los condes de Faura), en la que le dice que los muertos fueron doscientos treinta judíos, hombres y mujeres, y diez ó doce cristianos, sin contar los heridos. Esta carta hállase confirmada por otra de Hasdai Crescas, escritor judío contemporáneo, inserta en el *Schebét Jehuda*, que dice fueron doscientos cincuenta los muertos.

Otros fueron amparados en el convento de Santo Domingo, en las iglesias de San Andrés y San Martín, y en casas de la nobleza. Unos siete mil fueron bautizados en Valencia (1), y hasta once mil en otros puntos del reino. Hasta aquí, lo rigurosamente histórico; veamos ahora, lo que dió carácter providencial á aquellos sucesos, según versión surgida desde luego, y aceptada después por cronistas religiosos y profanos.

Era de noche y estaban los rabinos en la sinagoga, cuando oyeron una voz, que salía de bajo de tierra, diciéndoles que se bautizasen y consagraran al verdadero Dios aquella casa, con la invocación de San Cristóbal, que era quien les hablaba. Contaron el prodigio los asombrados rabinos: ¿sería algún ardid de los cristianos? Volvieron la siguiente noche y oyeron la misma voz; creció el asombro, pero resistió aún el convencimiento; volvieron la tercera noche, y se repitió el milagro. Abrieron el suelo entonces y encontraron una imagen pequeñita de San Cristóbal. Aquellas voces del Santo se oyeron también en varios puntos de la ciudad, y corriendo el rumor del portento, dió alas al pueblo para castigar la obstinación de los enemigos de Dios. Cuando éstos se vieron perdidos, salieron de la sinagoga, llevando por égida aquella misma imagen que les había hecho la desoída admonición. Al día siguiente, apaciguada la ciudad, toda la clerecía, los gremios con sus banderas, los caballeros, los jurados, en procesión solemnísima, llevaban la imagen milagrosa al templo israelita, que era consagrado al Dios de los cristianos con el nombre de San Cristóbal (2). Poco después,

(1) Díjose entonces que había ocurrido un gran milagro; que fueron tantos los judíos bautizados en un día, que á la hora de comer se agotó el sagrado aceite en las crismeras, y por la tarde se encontraron todas llenas, pudiendo seguir los bautizos.

(2) No menciona el milagro de San Cristóbal la relación del suceso de la Judería, hecha por orden del Consejo general, según hemos visto. Pero en una carta que los jurados de Valencia dirigieron á 14 de Julio «als molt honorables e molt savis En Ramón de Soler e En Pere Marrades, e á qualsevol dells en cort del Senyor Rey,» se refiere la aparición de aquel Santo en estos términos: «Altre

en 1409, las religiosas canonesas de San Agustín, que tenían convento en Alcira, á instancia de los jurados de Valencia, fueron trasladadas á la nueva iglesia de San Cristóbal, en donde establecieron su comunidad, que fué considerada como una de las más ilustres. Cuando vió demolido su convento por la piqueta revolucionaria, adquirió el de San Antonio Abad, en el arrabal dels Orriols, antigua fundación de los Padres antonianos, abandonada después (1). En lo que fué Judería no ha quedado rastro de la sinagoga, ni de la iglesia que la sustituyó: vulgares casas de vecindad ocupan aquel recinto, sagrado primero para los hijos de Israel, y después para los de Cristo (2).

---

juheu ha dit, quel dumenge, quant comença la remor, ell vee sobre lo terrat de lur Sinagoga la maior, un fort, gran e soberch hom, ab una criatura en lo coll, per la manera que hom pinta Sen Cristofol. E per ço, nedejada en aprés la dita Sinagoga, hi es estada mesa la ymatge de Sen Cristofol, on se fa continuament maior romería e maior encenalls de candeles que per ventura no creuriets.» No prevaleció esta versión del milagro, sino la que queda referida en el texto, aceptándola los historiadores eclesiásticos y seglares. En el Breviario de la diócesis valenciana de 1503 nada se dice de él; pero se consigna ya en el de 1533. La imagen de San Cristóbal, á la que se atribuye el prodigio, se venera en la iglesia del convento, y lleva al pie este rótulo: «Fonch atrobada esta figura del gloriós Martyr San Christofol davalle de terra, dins la Esglesia, hon hui está, en Valencia á 9 de Juliol de 1391.» En memoria de aquellos sucesos, se celebraba (hasta principios del presente siglo) en la iglesia parroquial de Santa Catalina una festividad el día de San Cristóbal. Su imagen era llevada del convento á la parroquia, acompañándola muchos chicos con cañas verdes, que servían luego de adorno al retablo del Santo, que aún subsiste en dicha iglesia.

(1) Los Padres antonianos (Canónigos reglares de San Antonio Abad), fundaron un hospital en este sitio el año 1333), y permanecieron allí hasta que fué extinguida su Orden en 1791. Poco después se trasladaron á este convento los dominios del de San Onofre, que estuvieron en él hasta la exclaustración.

(2) Escribió la *Fundación de la Iglesia de San Cristóbal* el Ven. Juan Bta. Agnesio, y conservaron el ms. las religiosas de este convento. En 1740 se publicó la *Historia del hallazgo de la Imagen de San Cristóbal* y *fundación del Real Convento de Religiosas Canongesas Agustinas en la ciudad de Valencia*, del M. R. P. Jacinto Ortí, de la Comp. de Jesús. En el convento se conserva otra extensa historia m. s. con este título: «*Resumen histórico* del principio que en la Muy Ilustre Ciudad de Valencia tuvo la iglesia del Invictísimo San Cristóbal, Mártir, y de como se amplió á Monasterio de Señoras Religiosas Canónigas Reglares de la Sagrada Orden del Esclarecido Doctor de la Iglesia, el Patriarca San Agustín, con jurisdicción al Señor Arzobispo de Valencia. Componíale Fray José Rodríguez, Natural de dicha Ciudad, Religioso Trinitario, Examinador Sinodal del Arzobispado de Valencia.»

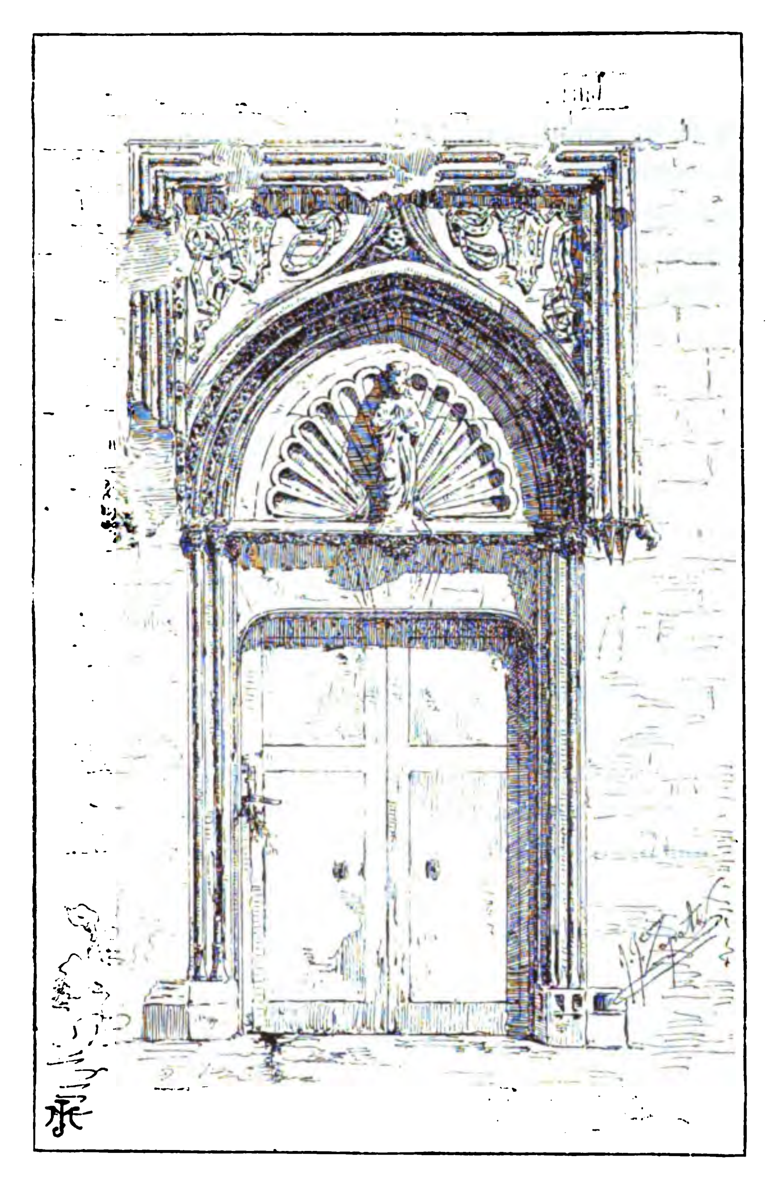
Santa Catalina de Sena.—Es un convento muy espacioso, que se ha conservado por estar á uno de los extremos de la ciudad, junto á la antigua puerta de los Judíos (calle de Colón ahora). Construyóse, como queda dicho, en el cementerio que aquellos tenían, en el cual, después de la expulsión, habíase erigido una capilla. Hizo la concesión para el convento D. Fernando el Católico en 1491, y en el siguiente siglo contribuyó mucho á su mejora el Padre Francisco de Mejía, obispo titular de Fez, y de quién tomó nombre la inmediata calle del Bisbe, donde vivió. La comunidad es de la orden de Santo Domingo, como lo era también la del convento de Magdalenas, que se refundió en ella.

Jerusalem.—La esbelta portada gótica que tiene á la vista el lector, proclama que se remonta al siglo xv y al segundo período de la arquitectura ojival la construcción de este convento. Á los que estén enterados de la historia y los blasones de las principales familias valencianas, el escudo esculpido á uno y otro lado de esta portada, les dirá además que fué su fundador ó patrono el magnífico mossén Luís de Cavanilles, el primero de los tres ilustres caballeros de este apellido que tuvieron á su cargo por espacio de medio siglo la gobernación del reino de Valencia (1).

Fuera de la puerta de San Vicente, donde ahora está el convento, había una congregacion de beatas de la Orden tercera de San Francisco: el rey D. Fernando el Católico y el cardenal

(1) Este Luís de Cavanilles, que fué gobernador de Valencia veintidós años (de 1481 á 1503), tomó el apellido de su madre D.ª Castellana de Cavanilles, dejando el paterno, que era Villarrasa. El escudo que se ve en la portada de la iglesia, y está repetido dentro de ella en las ménsulas de los arcos, es medio cuartelado y partido. En primer lugar están las cinco rosas, de Villarrasa; el Cordero Pascual, de Cavanilles; y otros dos cuarteles que corresponden probablemente á los apellidos Catalá y Centelles. En la otra mitad figura un monte de oro sumado por una flor de lis, blasón de D.ª Francisca Monsoriu, esposa del fundador.

César Borja, arzobispo de Valencia, á instancias sin duda del



VALENCIA.—Puerta de la Iglesia en el Convento de Jerusalem

gobernador Cavanilles, obtuvieron del pontífice valenciano Alejandro VI, en 1496, que se convirtiese aquella congregación en

comunidad de religiosas de la Segunda regla de Santa Clara, con el título de Santo Sepulcro de Jerusalem y con la invocación de Nuestra Señora del Pasmo (1). Los arcos apuntados de la iglesia revelan aún, bajo sus adornos churriguerescos, la traza primera de su arquitectura (2). Tenía muy buenos cuadros, que desaparecieron en la guerra de la Independencia: uno de los más preciosos, la Virgen de la Leche, de Joanes, lo vendieron las monjas para reconstruir la iglesia, medio destruída entonces, y es el que hemos visto en el templo parroquial de San Andrés. De aquel tesoro artístico, conservan un hermoso Salvador de Ribalta.

La Encarnación.— D. Pedro Ramón Dalmau, noble caballero, muy devoto de la Purísima Concepción de María, fundó en 1502 con este título un convento de religiosas carmelitas calzadas. Tuvo que mudar su nombre muy pronto; porque reclamaron las monjas de la Puridad, por la competencia inoportuna que se les hacía. La nueva comunidad se llamó de la Encarnación del Hijo de Dios. Tiene una iglesia espaciosa de orden compuesto y ornamentación plateresca.

La Esperanza.— Á los pocos años de establecido el convento de la Encarnación, otro devoto de alto rango, D. Baltasar Gallach, regente de la Audiencia de Valencia, fundó en la huerta de Marchalenes, para religiosas agustinas, el que tomó el dulce nombre de Nuestra Señora de la Esperanza (1509). Ayudóle, para esta fundación, el P. Exarch, fundador del convento del Socorro. El de la Esperanza, donde florecieron muchas religiosas de insigne virtud, fué abandonado y destruído durante la guerra de la Independencia: la comunidad se agregó á la de Santa Tecla.

---

(1) La imagen de Nuestra Señora del Pasmo, que es una escultura tosca de aquel tiempo, se conserva en una de las capillas de la iglesia.

(2) En una cripta de esta iglesia está enterrado el ilustre marqués de Brandenburgo, primer esposo de la reina D.ª Germana.

SANTA TECLA. — Otro de los conventos demolidos por la Junta revolucionaria de 1868, fué el de monjas agustinas de San José y Santa Tecla, que ocupaba, en la actual plaza de la Reina, un sitio sagrado para los valencianos desde los primeros tiempos del cristianismo; ya hemos visto que en él estaban el pretorio romano y la cárcel de San Vicente Mártir. Al hacerse el repartimiento de la ciudad conquistada, pidiéronlo los clérigos de Tarragona que iban en el ejército, para construir una iglesia y un hospicio, que dedicaron á Santa Tecla, su patrona (1). Hemos visto también en el capítulo anterior que en el siglo XVI había, junto á la puerta llamada de los Tintes, un convento de agustinas, dedicado á San José, y que, por la mala vecindad de la mancebía pública, fué trasladado en 1560 á la iglesia de Santa Tecla; por eso se tituló el nuevo convento de San José y Santa Tecla, prevaleciendo esta última denominación. Lo más famoso que había en él, después de la cárcel de San Vicente, era el Cristo del Rescate, objeto de una tradición poética y piadosa.

Recibió encargo de labrar un Cristo crucificado cierto escultor de Valencia; hízolo, y lo embarcó para enviarlo á su destino; cayó la galera en poder de corsarios, que la llevaron á Argel, y una vez allí, echaron el Cristo á una hoguera. Comenzó á llover en seguida, y se apagó el fuego. Viendo este prodigio dos mercaderes valencianos, negociaron el rescate de la sagrada efigie. Convínose en pagar la plata que pesase; puesta en la balanza, bastaron treinta reales. Ya estaba el Cristo en la nave para volver á Valencia; pero la nave no se movía, aunque soplaba propicio el viento. Sospechando nuevo prodigio, examinaron la imagen; faltábale en una de las manos el dedo meñique; había quedado roto en casa del corsario. Cuando fué devuelto el dedo, en cumplimiento del trato, la embarcación se puso en

(1) Así lo afirma Beuter; pero lo duda el P. Teixidor, y no hay memoria cierta de ello. En tiempos posteriores pertenecía á la ciudad el patronato de esta iglesia.

marcha. Los devotos mercaderes, que tenían capilla y sepultura en la iglesia de Santa Tecla, depositaron en ella el milagroso Cristo, que se llamó del Rescate, y fué uno de los más venerados en Valencia (1).

La comunidad de San José y Santa Tecla, arrojada de su casa por la revolución, ha adquirido el histórico monasterio de San Vicente de la Roqueta, y se ha trasladado á él, reconstruyendo allí el calabozo del insigne mártir (2).

SANTA ÚRSULA.—Al entrar en la ciudad por la puerta de Cuarte, hallamos este convento, de religiosas agustinas descalzas. Fundólo en 1605 el Patriarca Rivera; y había sido antes casa de arrepentidas *(penedides)*, establecida en 1552 por Sor Cucala, beata de la Orden tercera del Carmen.

SAN JOSÉ.—Otro convento, insignificante en el concepto his-

(1) Véase *Historia milagrosa del Rescate que se hizo en Argel del Santo Crucifixo que está en el Monasterio de las Monjas de Santa Tecla de Valencia, y de otros Santos Crucifixos milagrosos de dicha ciudad*, por Fr. Antonio Juan Andreu de S. Josef, Valencia, 1625, y (segunda edición) 1631. Compendio de esta obra es la que publicó Esclapés en 1740: *Historia del Cautiverio y dichoso Rescate de la milagrosa Imagen de Christo crucificado que se venera en el convento de Religiosas de San Josef, y Santa Tecla, del Orden de San Agustin de la Ciudad de Valencia.*

(2) Hemos visto (cap. XIII, pág. 477) que la iglesia de San Vicente de la Roqueta, donde fué sepultado el insigne mártir cuyo nombre lleva, fué cedida por el rey Lobo á D. Alfonso II, que la adjudicó al monasterio de San Juan de la Peña en 1177, y que D. Jaime I, en 1232, antes de la conquista de Valencia, la traspasó al de San Victorián. Hemos visto también en el mismo capítulo (pág. 506) que el Conquistador reconstruyó la iglesia y edificó junto á ella un hospital. Hospital é iglesia dependieron del monasterio de San Victorián, y para sostenerlos, dióle el rey el lugar de Quart, la alquería de Aldaya y otras rentas. En 1255 los traspasó á la Orden de la Merced, pero lo resistieron los monjes de San Victorián y ganaron el pleito. D. Alfonso III, en 1286, donó el hospital y la iglesia de la Roqueta al monasterio de Poblet, que lo poseyó desde entonces, administrándolos por medio de un prior, que se llamó de San Vicente. El hospital quedó suprimido en 1512, en cuya fecha se agregaron al general de Valencia los especiales que existían entonces. Parte de la iglesia y toda la torre fueron demolidas tiempo há, para ensanchar la calle ó camino. Gómez Miedes dice que en la fachada del convento, los monjes agradecidos al rey D. Jaime, hicieron pintar su retrato de tamaño natural, y que aún existía en su época, aunque muy deteriorada por la lluvia y el lodo de la carretera.

tórico y artístico, como el anterior y los que nos faltan mencionar. Su comunidad, de carmelitas descalzas, creada en 1588, estuvo primero en las cercanías de la iglesia de San Andrés, y en 1609 se trasladó al punto que hoy ocupa, junto al demolido *Portal Nou*, que se llamó también por esta razón Portal de San José, nombre que conserva el puente.

Al Pie de la Cruz.—Fué fundado en 1597 para religiosas servitas; las primeras vinieron del convento de Murviedro (1). Por haberse celebrado en él la primera misa el día de la Invención de la Cruz, tomó el título de Nuestra Señora de los Dolores al Pie de la Cruz.

Santa Clara.—Es otro de los muchos conventos fundados por el Patriarca Rivera; pertenece á la Orden capuchina, traída á Valencia por aquel insigne prelado, como queda dicho. Construyóse en 1609 en la calle de Ruzafa, frente al punto donde está ahora, al que se trasladó ochenta años después.

La Presentación.—Establecióse en 1643 este convento, para agustinas recoletas, cediéndoles su propia casa, una señora rica y devota, D.ª Francisca Salvador Ibarra, viuda de D. Andrés Roig, vice-canciller de Aragón. Las religiosas procedían del de San José, de Requena.

Los Ángeles.—Es de capuchinas. Está en Ruzafa, y lo fundó en 1661 para señoras pobres el arzobispo López de Ontiveros, quien fué sepultado en su iglesia.

Belén.—Construyóse fuera de las murallas; en lo que ahora

(1) Sólo hubo en el reino de Valencia cuatro conventos de la Orden de siervos de María. Dos de religiosos: el del Santo Sepulcro en Quart, fundado en 1602, y el de San Miguel y Santa Ana, en Montán, en 1612; y otros dos de religiosas, el de Murviedro, de 1580, y éste de Valencia.

es calle de Guillén de Castro, frente al Hospital. Es de religiosas dominicas, y lo fundó en 1673 un caballero piadoso llamado D. Jacinto Sans (1).

Corpus Christi.—Estaba también extramuros, á la parte de Ruzafa, y data su fundación de 1682, debiéndose al doctor D. Juan Bautista Fos, colegial perpetuo de Corpus Christi; por eso le dió este nombre. Á los pocos años, por ser el lugar malsano, trasladóse al sitio que hoy ocupa, frente á la antigua puerta de la Corona (Ronda de Cuarte). Sus religiosas son carmelitas descalzas.

Beaterios y emparedamientos.—Reuníanse á veces las Hermanas terceras de alguna Orden monástica para vivir en común. Llamábanse beaterios estas comunidades. Ya hemos visto que los conventos de Santa Ana y de Jerusalem fueron primero beaterios de las Órdenes terceras del Carmen y San Francisco. El Venerable Juan Micó fundó, á mediados del siglo xvi, un beaterio de dominicas, que permaneció largo tiempo en la calle de En Gordo. *Casa de las beatas* lo llamaban. De aquellos beaterios subsiste uno: el de San Francisco, en la calle de Renglons, establecido allí en 1528 (2).

Algunas beatas, buscando vida más dura y penitente, se emparedaban: es decir, encerrábanse para toda la vida en angostas celdillas, adosadas á alguna iglesia, en las cuales pudieran asistir á los oficios divinos. Hay memoria de estos emparedamientos en las iglesias de San Andrés, Santa Catalina, San Esteban, Santa Cruz y San Lorenzo. Los primeros eran para una sola

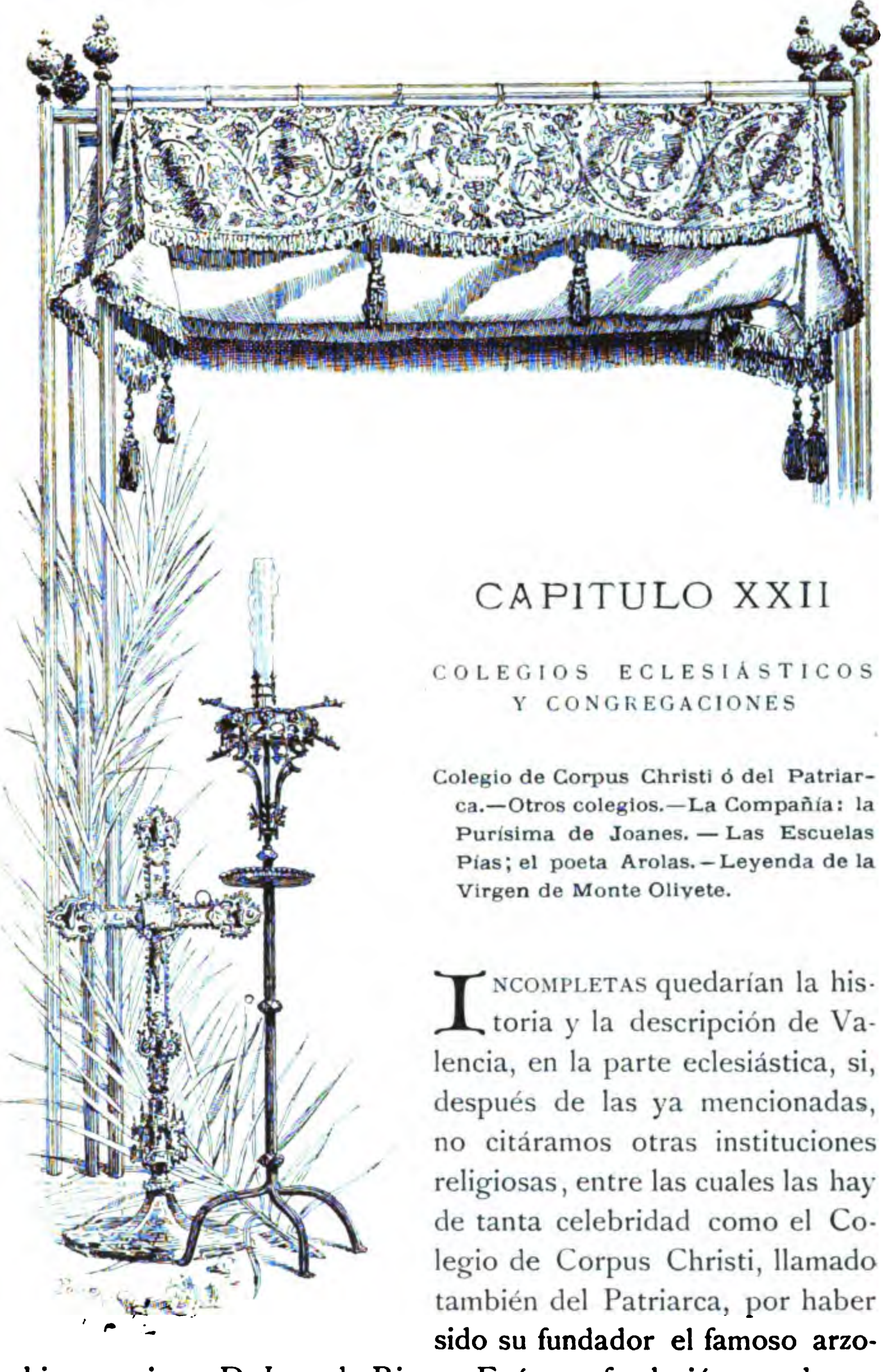
(1) *Historia del convento de Ntra. Sra. de Belén, extramuros de Valencia*, por el P. Teixidor. Un tomo en folio ms.

(2) Para construir la Casa Enseñanza derribó el arzobispo Mayoral el antiguo beaterio, y construyó el actual en la acera de enfrente, de la misma calle. Las hermanas terceras de esta casa prestan muy buenos servicios á la instrucción popular, y acaban de establecer la única escuela de sordo-mudos y ciegos que hay en Valencia.

penitente, el último para varias de ellas: cinco había cuando lo visitó el Patriarca Rivera (1).

Estos son los conventos antiguos de religiosas en Valencia. En nuestros días, las monjas Salesas han construído uno, frente al de la Zaidía, que es, á la vez, colegio para educación de señoritas. Con este carácter tienen también casa las religiosas de Nuestra Señora de Loreto en el palacio de los condes de Carlet, á la orilla del río, y las de Jesús y María en el restaurado monasterio del Socorro. En la plazuela del Horno de San Nicolás han establecido su nueva comunidad las Hermanas Sacramentarias de María Reparadora. Ya se ha dicho que las Hermanas Adoratrices del Santísimo Sacramento han construído iglesia y casa conventual en la calle de Hernán Cortés.

(1) El erudito D. Marcos Antonio de Orellana escribió á principios de este siglo un curioso opúsculo, titulado *Tratado histórico-apologético de las Mujeres emparedadas*, en el cual reunió interesantes noticias de Valencia y otros puntos sobre este particular. Dejólo manuscrito, y lo ha publicado, con notas que lo completan, D. Juan Churat y Sauri, celoso y modesto investigador de la historia valenciana. (Valencia, 1887.)



CAPITULO XXII

COLEGIOS ECLESIÁSTICOS Y CONGREGACIONES

Colegio de Corpus Christi ó del Patriarca.—Otros colegios.—La Compañía: la Purísima de Joanes. — Las Escuelas Pías; el poeta Arolas.—Leyenda de la Virgen de Monte Olivete.

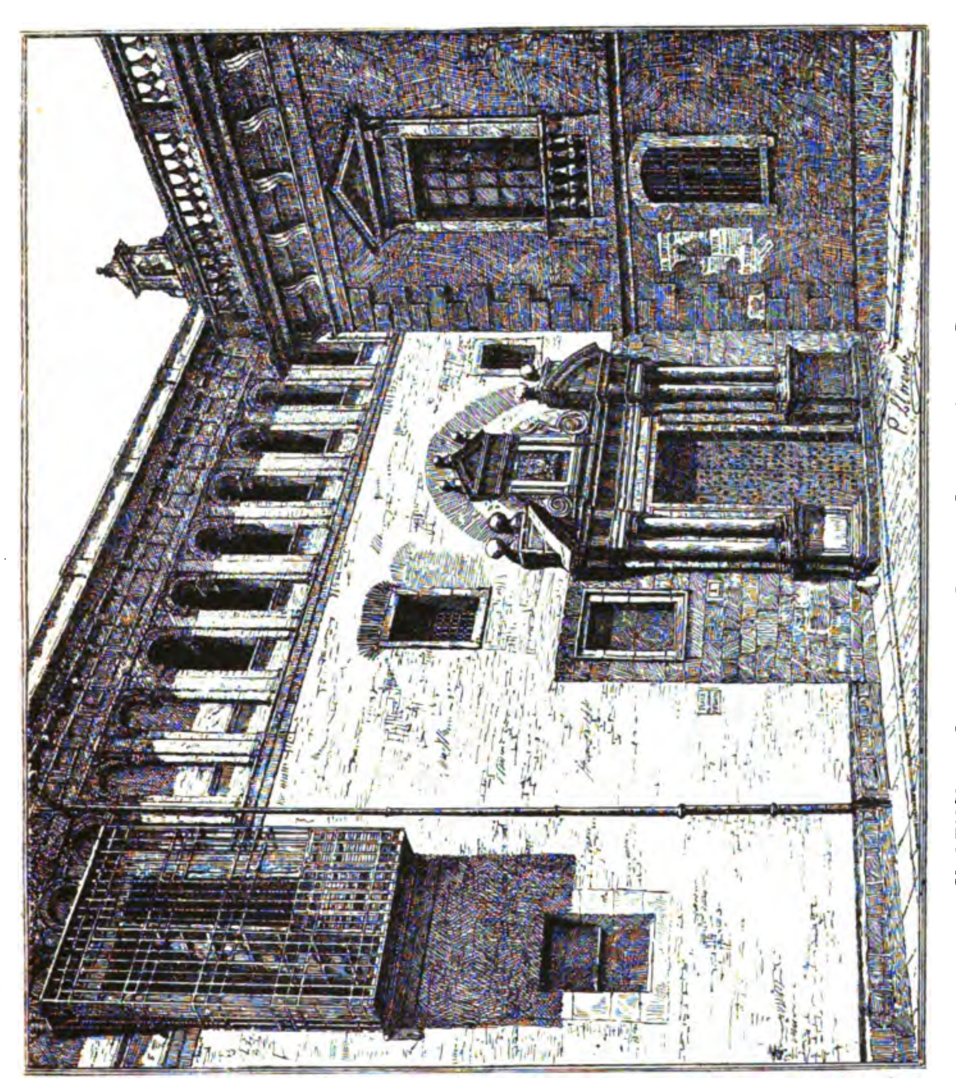
INCOMPLETAS quedarían la historia y la descripción de Valencia, en la parte eclesiástica, si, después de las ya mencionadas, no citáramos otras instituciones religiosas, entre las cuales las hay de tanta celebridad como el Colegio de Corpus Christi, llamado también del Patriarca, por haber sido su fundador el famoso arzobispo y virrey D. Juan de Rivera. Fué esta fundación una de sus obras predilectas y características. Acababa de dictar el Concilio de Trento muchas disposiciones reglamentarias para el deco-

ro y la solemnidad del culto. El espíritu autoritario, ordenador y formulista de aquel exigente prelado puso todo su ahínco en la construcción de un templo y en la organización de un colegio de sacerdotes, que sirviesen de tipo y modelo á toda la diócesis, en el concepto de la gravedad ceremoniosa. Para lograrlo, no excusó diligencia, ni escatimó recursos. Gastó copiosos caudales (1), empleó los artífices más diestros, atendió por sí mismo á todos los pormenores, dictando después las providencias más previsoras y detalladas para que se mantuviese incólume su creación favorita, que dedicó al Misterio Eucarístico, del cual era fervorosísimo devoto.

El día 30 de Octubre de 1586 puso la primera piedra el Beato fundador, regando con sus lágrimas las zanjas. Había comprado cuarenta y nueve casas frente á la Universidad para esta obra. El primer domingo de Febrero de 1604 era conducido de la catedral al nuevo templo el Santísimo Sacramento en procesión tan solemne, que formaban en ella el rey D. Felipe III con su esposa D.ª Margarita de Austria, toda la Casa Real y la nobleza de Valencia. «Esta obra, dice Ponz, es la mejor, más arreglada y magnífica que en materia de arquitectura hay dentro de las murallas de la ciudad;» y aunque sea muy discutible el dictamen del autor del *Viaje de España*, denota que hubo en la fábrica del Colegio de Corpus Christi plan razonado, corrección y sobriedad. Es grave su exterior, á cuyos altos muros de ladrillo da alguna elegancia la galería de arquillos de medio punto que en lo más alto lo decoran; y tiene buena traza la sencilla portada de piedra que está á la vista del lector. Conduce esa puerta á un amplio vestíbulo, en cuya pared está clavado el popular *Dragó del Colegi*. Como el que vimos en el

(1) Era tan exacto y minucioso en sus cuentas (como en todo) el Patriarca, que consta en ellas cuánto se gastó en el Colegio Corpus-Christi, hasta el último maravedí. Reducido á reales, importa 13,700.905'26, correspondiendo dos terceras partes de esta suma á las obras de la iglesia y el colegio, y el resto á la constitución de rentas para su sostenimiento.

monasterio del Puig, es un caimán disecado. Símbolo del silencio le han llamado los que que han querido explicar la idea del



VALENCIA.—COLEGIO DE CORPUS CHRISTI Ó DEL PATRIARCA

fundador al poner aquel monstruo á la entrada del sagrado recinto (1).

(1) Envió estos caimanes al Patriarca el marqués de Monterrey, virrey del Perú.

De este vestíbulo se pasa á la iglesia, que es de una sola nave, en forma de cruz latina, de orden corintio, con pilastras estriadas en los machones que reciben los redondeados arcos torales y los de las capillas. Sobre aquellos se elevan la cúpula y la linterna, bien proporcionadas; á los pies de la nave, sobre una bóveda muy rebajada, está el coro, como en la iglesia del Escorial. Discípulo de Herrera, supone Ponz que sería el arquitecto Antón del Rey, autor de esta obra mesurada y correcta. No es de las que, por la índole de su construcción, impresionan profundamente al ánimo y lo elevan á regiones superiores; pero la penumbra que oscurece siempre esta iglesia, la tinta sombría que le ha dado el continuo humear del incienso, el silencio que en ella reina, la pausada solemnidad de los oficios sagrados, las repetidas reverencias y genuflexiones de los clérigos y acólitos, que van y vienen como callados fantasmas, hacen que asistamos con la frente baja y el corazón algo oprimido á sus graves ceremonias.

En el altar mayor, rico tabernáculo dorado, sostenido por seis preciosas columnas de jaspe verde, puso el Patriarca un antiguo y tétrico Crucifijo, traído de Alemania (1), rodeándolo de todas las circunstancias propias para realzar su devoto prestigio. Está oculto detrás de cuatro cortinas, dos de ellas moradas, una negra y otra de color de oliva. Únicamente los viernes se descorren esos velos, á los sones tremebundos del *Miserere mei*. Delante de esas cortinas, sirviendo de cubierta exterior al nicho, hay un cuadro hermosísimo de Ribalta: la Cena del Se-

(1) Venerábase este Crucifijo en la ciudad de Gherlis, de Silesia, la cual lo regaló en 1576 al emperador Rodulfo II; cedióle éste á Adam de Diatristan, barón de Olemburgo, su ayo y mayordomo, cuya esposa, D.ª Margarita de Cardona lo legó en 1601 al Patriarca, que era tío suyo. Estimólo tanto éste, que dispuso en las Constituciones del Colegio fuese tenido y reputado como reliquia, «por ser de admirable manufactura, tal, que, al parecer de hombres peritos en el arte, así españoles como extranjeros, es la más excelente imagen y figura que se halla en España, ni en otra parte de la Christiandad.» De D.ª Margarita de Cardona proceden también muchas de las reliquias que se veneran en esta iglesia.

ñor. Jesucristo, efigie divina y sosegada, levanta en la diestra la Hostia redentora, y en torno de la redonda mesa se destacan con vivo relieve las figuras expresivas y animadas de sus toscos, pero fervientes comensales. Judas, el traidor, es un zapatero que daba mala vecindad á Ribalta. Vengóse de él condenando su imagen á la execración de los fieles (1). Cuatro grandes capillas hay en la nave de la iglesia: en una de ellas se guardan los restos del Patriarca, y está su retrato en el altar (2). La de Nuestra Señora la Antigua recuerda sus devociones sevillanas. En la de San Vicente Ferrer hay otro excelente cuadro de Ribalta: Jesucristo inspirando é imponiendo su misión apostólica al santo dominico; en la de las Almas, uno del pintor italiano Federico Zuccaro (3). Las paredes de las capillas, del crucero y la cúpula están llenas de pinturas de Bartolomé Matarana, calificado de buen colorista por Cean Bermúdez; pero hoy apenas puede distinguirse el asunto de sus frescos ahumados (4). En el centro del crucero se ve la lápida de la sepultura en que estuvo el cadáver del beato Ribera hasta que se trasladó al presbiterio, y á un lado la de sor Margarita Agullona, venerable religiosa franciscana, á quien consultaba con frecuencia. Ábrense al crucero dos puertas: las de la sacristía y la capillita de San Mauro. Quiso el fundador enriquecer su iglesia con el cuerpo

(1) Retrató Ribalta al Patriarca en uno de los Apóstoles; en otro al venerable hermano Pedro Muñoz de Puzol; y dió á Judas el rostro del execrado zapatero. Este reclamó, y hubo reñidas cuestiones. Recibió el pintor por esta obra cuatrocientas libras. Cuentan sus biógrafos que le gustó tanto al afamado artista italiano Vicenzio Carduccio, que la imitó en una Cena que le encargaron en Madrid para las monjas de la Carbonera.

(2) Esta capilla la había dedicado el beato Rivera al Angel Custodio, cuya imagen hizo pintar al mencionado Vicenzio Carduccio. Este lienzo está hoy sobre la puerta pequeña de la iglesia. El cuadro que hay ahora en el altar de esta capilla y representa al beato Rivera recibiendo la comunión, lo pintó Juan Bautista Suñer.

(3) Zuccaro, natural de Urbina, tenía en Roma muy buen nombre, por lo cual lo llamó Felipe II para pintar en el Escorial; pero no quedó contento de sus obras.

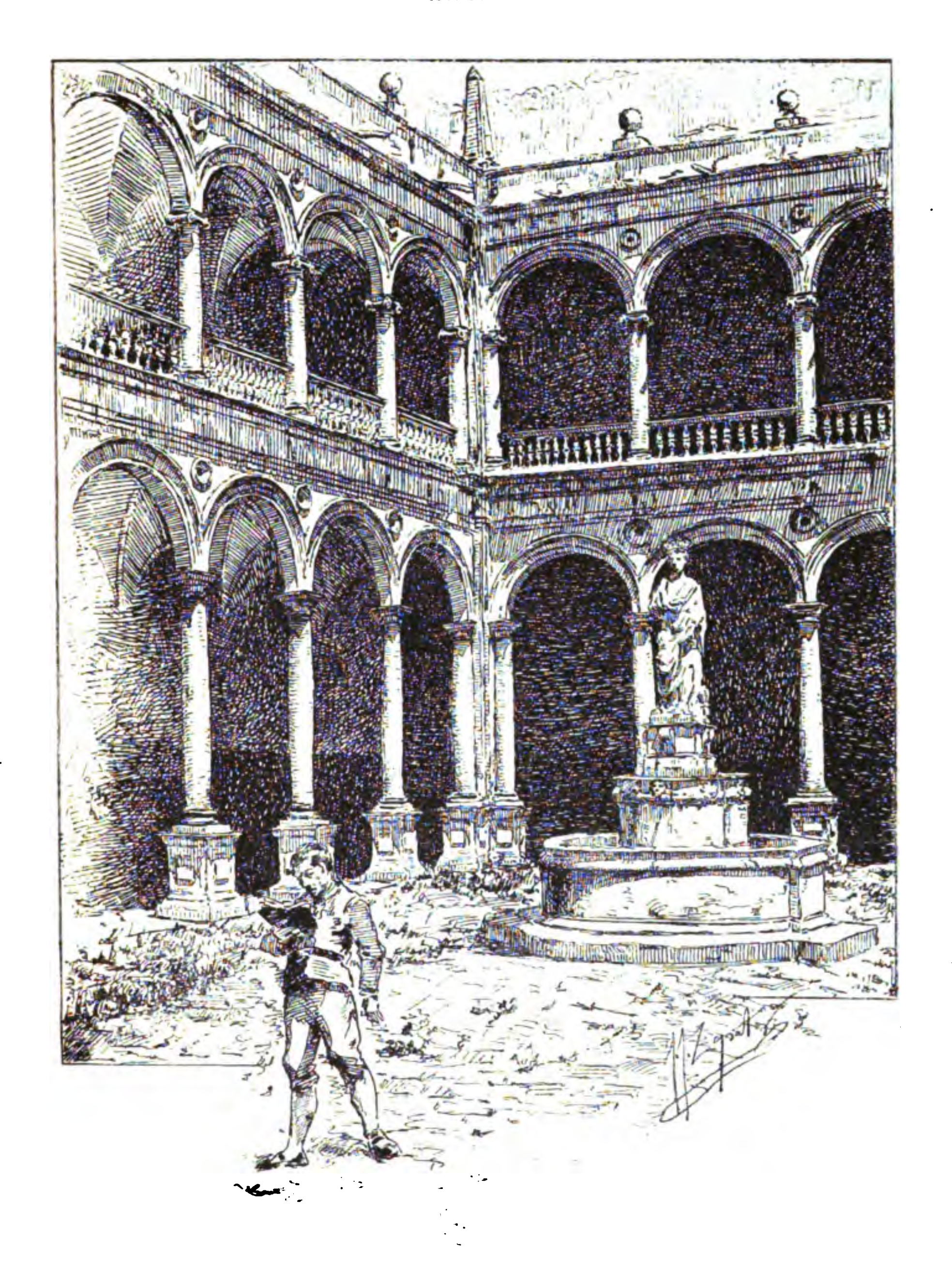
(4) Las pinturas principales son las dos del crucero, que representan el martirio de San Vicente diácono, y la predicación de San Vicente Ferrer.

de un Santo; pidiólo á Roma, y recibió del papa el de un niño mártir, de aquel nombre, extraído de las catacumbas. Hízolo patrono del templo y del colegio, y le dedicó esta capilla, donde se veneran sus restos (1). Por la sacristía se pasa al relicario. Afán vivísimo tuvo el piadoso prelado de reunir en él los tesoros que tanto preciaban entonces los fieles, y acumuló tal caudal de reliquias, que fué asombro de aquella generación creyente. Siete páginas de su *Resumen Historial* ocupa Esclapés para enumerarlas (2). Encerrólas todas ellas el espléndido Patriarca en joyeros de oro y plata, guarnecidos de piedras preciosas: los franceses se los llevaron; para consuelo de los devotos, dejáronles los huesos de los santos. Fuera de la iglesia hay dos capillas, dignas de verse: la de la Purísima Concepción, con una estatua de la Virgen atribuída á Alonso Cano, y dos cuadros de Ribalta (la Oración en el Huerto y el Señor difunto); y la titulada Escuela de Cristo, que sirve de oratorio á la comunidad, y en la cual hay un interesante lienzo de Ribera, que representa el martirio de San Pedro Apóstol.

Pero lo más hermoso del Colegio del Patriarca, lo que merece, en verdad, el extraordinario elogio que hizo Ponz de su fábrica, es el claustro. No puede darse mayor acierto en el ordenamiento armónico de todos los miembros de una obra, encaminado á la belleza del conjunto. Es el triunfo sereno y apaci-

(1) En esta misma sepultura fueron inhumados, por voluntad del fundador, dos prelados á quienes estimó grandemente, D. Miguel Espinosa, obispo de Marruecos, y D. Alfonso de Avalos, obispo coronense.

(2) Hay en este relicario cabellos de Cristo y de la Virgen, restos de pañales de Jesús, de manteles de la Cena, del Sudario del Crucificado, espinas de su corona, *lignum crucis*, fragmentos del Santo sepulcro, huesos de los apóstoles San Pedro, San Pablo, San Andrés, Santiago, San Bartolomé y San Bernabé, de San Juan Bautista, y de muchísimos santos, antiguos y modernos. De San Vicente Ferrer, hay una canilla y un dedo, que el Patriarca hizo traer de Vannes con gran solemnidad, y un libro de sermones, escrito de su mano, del cual ya hice mención. Este libro se conservaba en Morella, donde lo escribió el Santo, en casa de los caballeros de Gabaldá: un descendiente de esta familia lo regaló al beato Rivera. Hay otro libro de *Dono patientiae*, escrito por Tomás Moro.



Claustro del Colegio de Corpus Christi

ble de la regularidad y la simetría. El arquitecto que lo construyó, aprovechando columnas compradas de ocasión (1), merece que se perpetúe su nombre: llamábase Guillem del Rey, y era deudo sin duda del que trazó la iglesia. Las dos galerías del claustro, el vestíbulo, el templo, las capillas y todas las dependencias principales del Colegio, tienen chapadas las paredes, hasta la altura de diez palmos, de pequeños azulejos, que recuerdan perfectamente la caprichosa cerámica de los árabes, de quienes heredaron esta industria los *rajolers* valencianos (2). En los cuatro ángulos del claustro bajo hay otros tantos preciosos cuadros de la escuela flamenca: ¡lástima grande que sólo se descubran el día de la fiesta del Corpus (3)! En el centro de aquel magnífico patio hay una fuente, y sobre ella una estatua antigua, de Ceres sin duda, mal restaurada. Dícese que se halló al abrir cimientos para la obra (4).

Ancha escalera de piedra de Godella, cuya traza y corte admiran los inteligentes (5), nos lleva á la galería superior del

(1) Los duques de Pastrana y príncipes de Evoli, que pensaban construir un palacio en Madrid, mandaron labrar en Italia estas columnas con sus basas y capiteles. Mudaron sin duda de idea, pues teniéndolas depositadas en los puertos de Alicante y Cartagena, las vendieron al Patriarca. Había ochenta y cinco columnas. y dió por ellas 1,951 pesos, 16 sueldos y tres dineros.

(2) Como son minuciosísimas las cuentas que se conservan de la obra del colegio, se sabe que se gastaron en ella 146,222 de estos azulejos, cuyo coste fué 3,639 libras, nueve sueldos y cinco dineros.

(3) Hay un cuadro hermosísimo de la Ascensión del Señor, firmado por *Joannes Stradanus*, famoso pintor, hijo de Brujas, y muy protegido por D. Juan de Austria; una Cena y un Nacimiento, magistrales también, del no menos afamado Martín de Vos, pintor de Amberes; y un lienzo con las imágenes muy acabadas de los dos Santos Juanes, de Francisco Castel, nacido en Malinas de padres españoles y educado en la escuela flamenca.

(4) Llama el vulgo á esta estatua la *Palletera* (vendedora de pajuelas), porque parece de pajuelas el haz de espigas que tiene á sus pies; y ha inventado una leyenda para explicar su presencia en aquel sitio. Dice que una de las casitas que habían de derribarse para la obra del colegio, era la de una pobre *Palletera*, y que ésta se opuso tenazmente á su venta. Por más dinero que le ofrecieron, no quiso ceder, hasta que exigió y obtuvo que se le erigiese una estatua en el punto que ocupaba su destruído hogar.

(5) Los constructores de esta escalera se llamaban Francisco Figuerola y Juan Baixet.

claustro, á la cual abren sus puertas la celda rectoral, la de los colegiales perpetuos, la biblioteca y otras oficinas, todas perfectamente dispuestas, y con objetos de arte enriquecidas. En la celda rectoral hay un Nacimiento, del Greco (único cuadro que he visto en Valencia de este autor originalísimo); un Cristo, de Morales; otro, con la cruz á cuestas, de Alonso Cano (ó copias de estos autores); una Adoración del Sacramento, de Espinosa; un Cristo á la columna, de Juan Zariñena; y un precioso tríptico, que se ha atribuído á Alberto Durero (1). En la habitación donde murió el Beato, está el excelente retrato que le hizo el mencionado Zariñena. En la biblioteca hay muchos de personajes de su época y de siglos anteriores, y un tesoro de libros de ediciones estimadas por su antigüedad ó por su belleza (2).

Aunque se abrió en 1604 la iglesia de Corpus Christi, las obras del Colegio no terminaron hasta los últimos días del año 1610. Preocupado en la perpetuidad de su obra, el fundador, al tocar su feliz término, escribía con amoroso ahínco las *Constituciones* que habían de regirla, confiando su gobierno á seis colegiales perpetuos y su patronato á la ciudad; admitiendo otros veinticuatro colegiales para estudiar teología y cánones, y hasta ochenta personas para el servicio del templo, cuyas cere-

(1) Eran muchísimas y de gran valía las preciosidades artísticas que reunió el Patriarca en este Colegio. De reciente se han vendido algunas para atender á su sostenimiento, entre ellas dos magníficos jarrones de cerámica italiana del siglo XVI, de la fábrica de Urbino, por los cuales dieron más de tres mil duros.

(2) Entre ellos se consideran como muy principales una *Vida de San Honorat*, ejemplar rarísimo, impreso en Valencia el año 1499 por Lope de la Roca Alemany. Una Biblia de la edición de París, de 1540, está llena de notas marginales del Patriarca. Hay otra, manuscrita, del siglo XIV, con miniaturas exquisitas. Además de la biblioteca, tiene este Colegio un archivo, el cual, aunque ajeno á su instituto, ofrece vivo interés para Valencia. Contiene cerca de veintiocho mil protocolos añejos de notarios valencianos. Uno de los colegiales perpetuos vió en el año 1804 que una muchacha de servicio vendía en una tienda de especies, como papel viejo, escrituras antiguas. Enteróse de su procedencia: la viuda pobre de un notario, que había reunido muchísimos protocolos, ignorante de que pudieran tener otra aplicación, les daba aquel destino. Tuvo aquel colegial la buena idea de adquirirlos, y sirvieron de base para este interesantísimo archivo, con el cual suplió el Colegio del Patriarca una deficiencia de la administración civil.

monias determinó con la mayor minuciosidad. El día 15 de Diciembre terminaba aquel reglamento detalladísimo (1), y el 6 del siguiente Enero fallecía en la misma santa casa que legaba á la posteridad, como modelo de fundaciones religiosas ordenadas y previsoras. Cerca de tres siglos han pasado: el Colegio del Patriarca ha sufrido las vicisitudes de esta edad turbulenta; ha perdido la mayor parte de sus recursos; ha tenido que reducir su personal: pero ni un solo día ha cerrado sus puertas, ni ha dejado de tributar al Sacramento Eucarístico el culto solemne y grave prevenido por su piadoso fundador.

Ahora, voy á mencionar á la ligera otros colegios eclesiásticos y congregaciones de clérigos regulares que hubo en Valencia, y no todos subsisten.

Colegio de Santo Tomás de Villanueva.— Lo fundó este Santo Arzobispo en 1550 para estudiantes teólogos, y lo dedicó á la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, por haber recibido en este día el hábito de San Agustín. Durante la Guerra de la Independencia incendióse el edificio, situado en la plaza de las Barcas, y se reconstruyó pobremente. En su iglesia sólo hay de notable un buen cuadro de Ribalta, que representa al mismo Santo Tomás dando las constituciones á los colegiales.

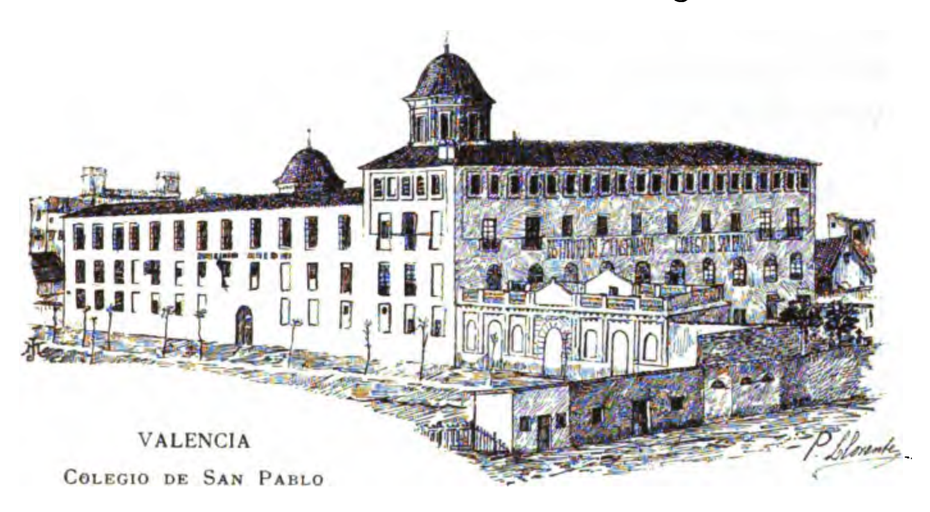
Colegio de Na Monforta.—Siguiendo el ejemplo de Santo Tomás, y en frente mismo del Colegio de la Presentación, fundó otro con el mismo destino, en 1554, Na Ángela Almenar, viuda del jurista Micer Bartolomé Monfort (2), y lo dedicó á la Asunción de Nuestra Señora. Este colegio y dos más, el de Rodríguez,

(1) Estas *Constituciones* fueron impresas en Valencia el año 1635.

(2) Monfort fué uno de los seis juristas que se declararon por la Germanía, y quedaron exceptuados del perdón concedido por el Virrey Conde de Melito. Encarcelado por esta causa y próximo á ser descuartizado, pudo redimir la pena, pues era muy rico, por 12000 ducados.

creado en el mismo siglo, y el de Villena, de la siguiente centuria (1), perdieron con el tiempo casi todas sus rentas, y la Ciudad, que tenía su patronato, los reunió, formando en 1837 el que llamó Colegio de Reunidos, á cargo de los Padres escolapios. Ya no existe. En aquella época el edificio de Na Monforta se destinó al Colegio del Refugio (de huérfanas militares). Agregado este colegio al de Aranjuez, cedióse el local en 1868 á las Escuelas de Artesanos.

COLEGIO DE SAN PABLO.—Á mediados del siglo XVI introdú-



VALENCIA
COLEGIO DE SAN PABLO

jose en Valencia la después poderosísima Compañía de Jesús. Un canónigo de la Catedral, Jerónimo Domenech, renunció la

(1) Melchor de Villena fué médico famosísimo del siglo XVI, hijo de Carpesa, y á quien la ciudad de Valencia proclamó por edicto público «Nuevo Hipócrates valenciano, Católico Galeno y Universal Padre de la Medicina.» Fundó para estudiantes pobres un colegio dedicado á la Adoración de los Santos Reyes, cuyo local, en la plaza de la Aduana, ocupan las oficinas de Administración Militar. Hizo esta fundación en 1643. Mosén Pedro Rodríguez de la Vega, piadoso sacerdote, hijo de Albarracín, había fundado en 1572 el colegio que tomó su nombre, dedicándolo á la Purificación de Nuestra Señora. Estaba en una de las calles destruídas á principios de este siglo para abrir la plaza de la Aduana. Cuando el Ayuntamiento agrupó esas tres fundaciones en el Colegio de Reunidos, ocupó éste el edificio del antiguo de Villena.

prebenda, marchó á Roma, y tomó allí el hábito de los nuevos servidores de Jesús. Regresó en 1552 con autorización de San Ignacio de Loyola y del Papa Paulo III para fundar un colegio de su Orden. Protegió la fundación el arzobispo Santo Tomás, y se hizo en casas compradas por el mismo Domenech en el punto donde se levanta aún el Colegio de San Pablo. Á este Apóstol lo dedicó el fundador. En 1644 se estableció en él un Real Seminario de Nobles, en el cual recibió educación, durante mucho tiempo, la juventud más florida de Valencia. Los expertos y sagaces jesuítas sabían acomodar su enseñanza á las necesidades, algo mundanas, de la clase aristocrática (1). En 1869 fué destinado este colegio á Instituto Provincial de Segunda Enseñanza.

La Compañía.—Dieron nuestros abuelos este nombre, por antonomasia, á la de Jesús, y con él fué conocida la Casa Profesa, que tuvo en Valencia. El mismo Padre Domenech, fundador del colegio de San Pablo, instó su establecimiento, aprovechando la venida de San Francisco de Borja, que acompañaba al cardenal Alejandrino. Ocurría esto en 1571. Accedió el Padre Borja á la fundación, y se buscó local para ella, hallándolo en un almacén de refino de azúcar. Ocho años después díjose la primera misa en la capilla de la nueva Casa; pero hasta 1595 no se emprendieron las obras de la iglesia, la cual, según Orellana, «fué la primera en que, observando el antiguo y correcto modo de construirlas, y distribuyendo las distancias en atrio, templo y

(1) Dice Orellana que, además de sus estudios, aprendían los seminaristas en sus ratos de solaz á danzar á la española, tañer algún instrumento, ú otras de las habilidades propias de caballeros bien instruídos. El traje de ceremonia que usaron al principio era una beca talar con cola rozagante de tafetán negro; peluca blonda, pero pequeña, y al pecho una medalla dorada con el nombre de Jesús. Hacia 1750 se varió el traje, sustituyéndole con el militar á la moda de la época, pero negro, consistente en casaca, chupa y calzón, y una banda de seda al pecho con el nombre de Jesús; peluquín y sombrero apuntado con cucarda roja.

Sancta sanctorum, se construyó cancel cerrado á la puerta.» Ponz manifiesta que toda la talla y adornos sin gusto que había en ella, los compensaba un peregrino cuadro de la Purísima Concepción, obra de Joanes. Ese cuadro era, en efecto, el tesoro de la Compañía. No diré que sea, como asientan algunos, la mejor producción del insigne maestro; paréceme, sí, que es la más ideal. Como en las que pintó después Murillo, la Inmaculada aparece sobre el fondo luminoso del cielo, subiendo á él sin esfuerzo, por su propia virtud, rodeada de ángeles y coronada por la Santísima Trinidad. Todo, en esta escena, es sobrenatural; todo había de verlo el artista con los ojos del alma. Cuentan sus biógrafos que el jesuíta Padre Alvero, confesor de Joanes, tuvo aquella visión celestial, y le encargó que la trasladase al lienzo (1). Púsose á la obra el pintor, y á pesar de su maestría, no acertaba. Temió que alguna impureza empañase su espíritu, impidiéndole percibir la inspiración divina: ayunó, confesó, comulgó, hizo penitencia, y limpio de toda mancha, tomó de nuevo los pinceles. Apareciósele entonces la Virgen, con todo el esplendor de su belleza pura y casta, y trazó fácilmente el purificado artista la hermosa imagen, que fué admiración de sus coetáneos y de la posteridad.

La iglesia de la Compañía fué arrasada por mandato de la Junta Revolucionaria de 1868, y por odio al instituto de Loyola; pero ha sido reconstruída poco há (2), y ha vuelto á su capilla de la Concepción el famoso cuadro de Joanes, que durante algunos años ocupó el puesto de honor en el Museo provincial de Pinturas. El edificio contiguo, que fué Casa Profesa de los jesuítas, ha servido para oficinas del Gobierno y la Diputación pro-

(1) Hemos visto, al hablar del convento de la Trinidad, en el capítulo anterior, que se atribuye á la vener. sor Isabel de Villena esta manera de representar la Purísima Concepción.

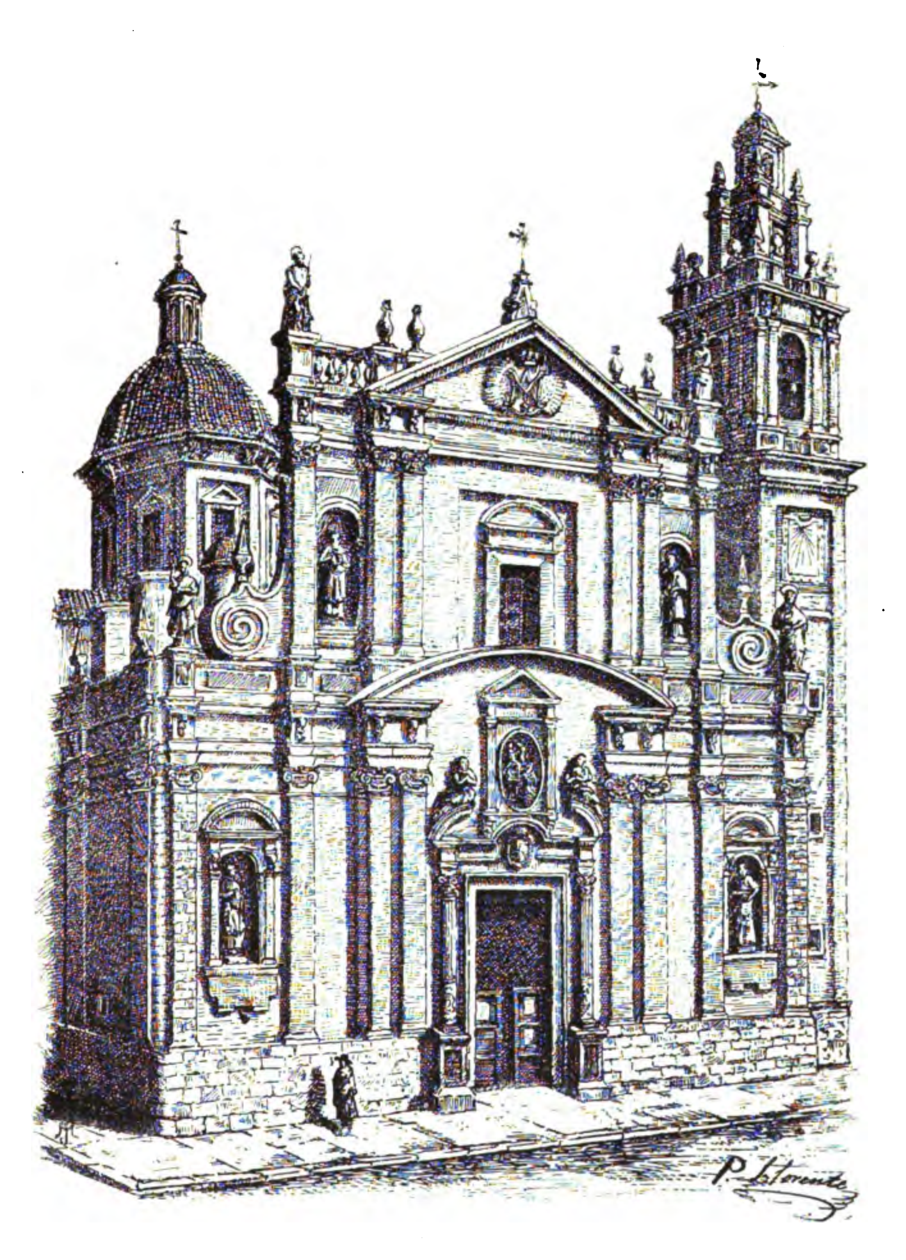
(2) El nuevo templo, dedicado al Corazón de Jesús, fué bendecido el 17 de Noviembre de 1886. La construcción, en la traza general, se ajustó á la fábrica antigua, modificando algo sus proporciones. Estuvo á cargo del arquitecto D. Joaquín María Belda.

vincial, para Cuartel de Guardia civil, para Archivo del Reino, para los Juzgados, para Asilo de Mendicidad, y conserva aún estos tres últimos destinos.

La Congregación.— Así se llamaba, y se llama todavía, la hermosa iglesia construída para la Congregación de clérigos regulares de San Felipe Neri, á la cual ha sido trasladada, hace medio siglo, la parroquia de Santo Tomás. Aquella comunidad, fundada en Roma, vino á Valencia en 1645, estableciéndose en unas casas y un corral de Comedias, que compró en la antigua plazuela *dels Santets* (1). La primera iglesia que construyó allí, le pareció después muy pobre, y en 1725 comenzó el magnífico templo actual. Dicen que había delineado sus planos el famoso Padre Tosca, muerto dos años antes, hombre doctísimo, honor de la Congregación, á la cual pertenecía, y de Valencia entera (2). En la traza de la iglesia, si fué suya, se adelantó al

(1) Principal promovedor de esta fundación fue D. Luís Crespí de Borja, paborde de la Catedral de Valencia, é hijo de una familia nobilísima de esta ciudad (1607-63). Piadoso y docto sacerdote, fué obispo de Orihuela y de Plasencia, y embajador extraordinario de D. Felipe IV en Roma para apoyar la causa de la Purísima Concepción de María. En Roma tuvo trato con los PP. del Oratorio de San Felipe Neri, y convencido de la bondad de esta institución, trabajó sin descanso hasta introducirla en España. Véase *Vida del Venerable y Apostólico Prelado, el Ilustrissimo y Excelentissimo Señor Don Luis Crespi de Borja, Obispo que fué de Orihuela, y Plasencia, y Embaxador extraordinario por la Magestad Catholica del Rey Felipe IV, á la Santidad de Alejandro VII, para la Declaración del culto de la Concepción de Maria, felizmente conseguida*, por Fr. Thomás de la Resurrección, religioso descalzo de la Orden de la Santísima Trinidad, Valencia, 1709.

(2) El Padre Dr. Tomás Vicente Tosca (1651-1723) fué un valenciano insigne, cuya vida y obras debieran ser objeto de detenido estudio en nuestro tiempo, para determinar la importancia que en el suyo tuvo. Señalóse en un ramo que no es el más adecuado al ingenio vivaz é imaginativo de nuestra raza: en las ciencias exactas. Su *Compendio Mathemático, en que se contienen todas las Materias más principales de las ciencias que tratan de la cantidad* (Nueve tomos, Valencia, 1715, reimpresos en Madrid, 1727), se difundió por casi toda Europa, y fué considerado entonces como la última palabra de la ciencia. Su *Compendium Philosophicum præcipuas Philosophiæ partes complectens, nempe Rationalem, Naturalem et Transnaturalem; sive Logicam, Physicam et Methaphysicam* (cinco tomos, Valencia, 1721), señalan la nueva dirección que tomaban en aquel siglo los estudios filosóficos, apartándose del escolasticismo. De la universalidad de conocimientos del P. Tosca es prueba la obra que comenzó y no pudo terminar, titu-



Iglesia de la Congregación de San Felipe Neri

gusto de su tiempo, revelando en ella la corrección y la sobriedad que después fué tan estimada. Hacen buen efecto en su fachada la severa combinación de columnas, pilastras, bajo-relieves y estatuas. El interior tiene proporciones armónicas: la planta es de cruz latina, con gran cúpula y linterna en el crucero, y otras más pequeñas en las seis capillas de la nave. Pulido alabastro con adornos de oro reviste los muros, con zócalo de azulejos, como en el Colegio del Patriarca. El altar mayor, de madera sin pintar ni dorar, es una obra estimable del género plateresco. Labró las estatuas de este altar Ignacio Vergara; y pintó en él muchos cuadros, de la Vida de San Felipe Neri, su hermano Josef; otros dos, muy grandes, con los pasajes culminantes de ella, en los planos del crucero, y sobre la puerta principal la Aprobación de su santo instituto (1).

La Congregación de Valencia fué la matriz de todas las que hubo en España. Su casa conventual, que tenía un espacioso claustro con bellas columnas de mármol blanco, sirvió de cuartel después de la exclaustración, y fué demolida más tarde. Ocupan hoy su lugar edificios particulares.

San Pío Quinto.—Tiene aspecto de alcázar civil, más que de casa monástica, este edificio, destinado hoy á Hospital Militar, y muy aparente por su situación sobre la orilla izquierda del río. Construyólo en 1683 el arzobispo Rocaberti (2)

---

lada: *Apparatus Philosophicus, sive Enciclopedia omnium scienciarum de scibile in communi pertranctans.* Valencia le debe el excelente plano de la ciudad que publicó en 1704, cuyo original conserva el Ayuntamiento. También es obra suya el hermoso y severo Monumento de Semana Santa en la Catedral: fué restaurado y modificado en 1845.

(1) Ponz alabó mucho un cuadrito de la Virgen con el Niño, que está en un altar del crucero, al lado del Evangelio, atribuyéndolo á Leonardo de Vinci ó alguno de sus mejores discípulos. Hay también en esta iglesia un cuadro de Espinosa: San José y Santa Teresa.

(2) Hizo los planos Juan Bautista Pérez, el arquitecto que restauró el presbiterio de la Catedral, y con arreglo á ellos, construyeron la iglesia, en forma de rotonda, y el colegio, su hijo, Juan Pérez, y su sobrino, Josef Mínguez.

para Colegio de clérigos reglares menores, que con el título de misionistas, aleccionaban á los que habían de recibir órdenes sagradas.



VALENCIA.—Convento de San Pío V (hoy Hospital Militar)

Escuelas Pías.—De Aragón, patria de San José de Calasanz y primera sede de los Padres escolapios en España, vinieron á Valencia en el pasado siglo aquellos religiosos, tan populares en todas partes, y que en la franca llaneza de su trato parecen conservar siempre algo de su cuna aragonesa. Un bene-

mérito patricio valenciano, el cuarto conde de Carlet, que admiró en Zaragoza cómo atraían y educaban á la turba infantil, promovió en 1737 su venida á esta ciudad, tan abundante entonces en comunidades religiosas, y en donde halló, por lo mismo, alguna oposición la nueva Orden (1). Instalóse en una casita de la calle de Colomer y abrió cuatro escuelas de primeras letras. Dieron tan buen resultado, adaptábase tan bien á las tendencias de la época aquella enseñanza, transición oportuna entre la instrucción monástica y la seglar, que obtuvieron las Escuelas Pías poderosos valedores, y uno, sobre todos, influyentísimo en Valencia: el arzobispo Mayoral. Costeó gran parte de la obra del colegio, que de su nombre se tituló Andresiano, y tomó después por su cuenta la de la iglesia. Á los hijos de Calasanz, habituados á la pobreza, todo les parecía mucho; al emprendedor prelado, amante de la suntuosidad, todo le parecía poco. Encargó los planos del templo al escultor D. José Puchol, haciéndole estudiar los mejores modelos (2), y su construcción al arquitecto D. Antonio Gilabert, que se había distinguido sobremanera en la obra de la Aduana.

No vió terminada esta fábrica el arzobispo Mayoral, y aunque continuó después de su fallecimiento y se terminó á cargo de sus espolios, escatimaron bastante en ella y quedó algún tanto deslucida (3). Es correcta y elegante la fachada, con pilastras jónicas resaltadas en el primer cuerpo, y corintias en el segundo; el blasón del prelado sobre la puerta, y en bien distribuídas hornacinas, las estatuas de San Joaquín (patrono del co-

(1) Dependió este colegio de la provincia de Aragón; pero después se formó una provincia en Valencia, á la cual pertenecen otros cuatro: los de Gandía, Alcira, Utiel y Albarracín.

(2) Envióle á Alcalá de Henares para que examinase la hermosa iglesia de las monjas bernardas, fundada por el arzobispo de Toledo, Sandoval y Rojas, en 1618, y construída por el famoso Juan Bautista Monegro.

(3) Comenzóse la iglesia en 1767 y se terminó en 1771. Modificóse el plano reduciendo la altura del tercer cuerpo de la rotonda. El coste total fué de 784,400 reales.

legio), Santa Ana, el Patriarca San José, San Andrés y San José de Calasanz, debidas al cincel de D. Ignacio Vergara. El interior es una magnífica rotonda, con tres cuerpos, doble galería y vasta cúpula, de construcción magistral. En el altar mayor, el cuadro de San Joaquín y los frescos del cascarón son de don José Vergara; las estatuas de D. Ignacio. Del mismo pintor, de Camarón y de Planes los cuadros de las otras capillas. Debajo de la iglesia está el panteón: una gran losa de mármol, puesta en el centro de ella nos dice que duerme allí el sueño eterno un varón doctísimo en las sagradas letras; el Padre Scio de San Miguel, afamado traductor de la Biblia (1).

¿Quién se acuerda hoy del reverendo Padre Scio? Nos es familiar su nombre, porque lo vemos al frente de la traducida *Vulgata* las pocas veces que consultamos el Sagrado Libro. Pero no sabemos más de él, ni de los largos desvelos, ni de los profundos estudios que le costó la obra ardua de poner en castellano aquel respetadísimo texto, á cuya versión oponía tantos inconvenientes y restricciones la autoridad eclesiástica. En cam-

(1) El Ilmo. Padre Scio de San Miguel, hijo de una ilustre familia siciliana, que tomó apellido de la isla del Archipiélago helénico de donde procedía, nació el año 1738 en el Real Sitio de San Ildefonso, donde estaban con la corte sus padres, muy estimados de Felipe V. Aún niño, fué admiración de todos por su talento y aplicación. Vistió la sotana de Calasanz en 1752, y desde entonces fué gloria de la Orden por su saber y su virtud. Carlos III le encomendó la educación de sus nietos, y depositó en él su confianza toda la familia real. Aquel monarca le encargó en 1780 la traducción de la Biblia, que fué la obra magna de su vida. Diez años le costó. Carlos IV quiso premiarlo, presentándolo para el obispado de Segovia, honor que rehuía el modesto religioso. Hallándose quebrantada su salud, vino á Valencia por consejo de los médicos, y sin tomar posesión de aquella mitra, murió en este Colegio Andresiano el 9 de Abril de 1796. Por indicación suya, se había impreso en esta ciudad, adelantadísima entonces en el arte tipográfico, su obra magna con el título: «*La Biblia Vulgata latina traducida en español, y anotada conforme al sentido de los Santos Padres y expositores catholicos*, por el P. Phelipe Scio de San Miguel, ex-provincial de las Escuelas Pías, preceptor del Príncipe, Nuestro Señor y de los Señores Infantes, y confesor de la princesa del Brasil, Infanta de España. Dedicada al Rey Nuestro Señor, D. Carlos IV. En Valencia, en la oficina de Joseph y Thomás de Orga. Año de M.DCCXC—XCIII.» Diez gruesos volúmenes en folio menor. Guárdase en este colegio el manuscrito original del autor.

bio—¡prestigio seductor de la poesía!—mientras yace aquí olvidado el sabio y sesudo escritor, es seguro, caros lectores, que estáis pensando, desde que os nombré las Escuelas Pías de Valencia, en el hombre que con su fama, algo profana, llena de luz y de esplendor este eclesiástico colegio: el vate inspirado y desdichadísimo Juan Arolas.

¡Qué poema tan triste y conmovedor el de su vida! ¡Qué lucha, la de su alma, entre lo ideal y lo real! ¡Qué drama tan hondo y tan terrible, y á la vez tan misterioso, el de los sentimientos sofocados en su pecho bajo la austera sotana de Calasanz! Tenía en su mente todos los desbordamientos de la fantasía más acalorada, y en su corazón, sin duda, todos los arranques del carácter más apasionado. Y sin embargo, su conciencia no le permitía romper los estrechísimos linderos en que se ahogaba su existencia. Aquel poeta soñador, que llevaba en su numen todas las magnificencias del mundo y todas sus voluptuosidades; aquel poeta que veía desfilar en procesión quimérica las sultanas y las bayaderas de Oriente, las sílfides de los bosques septentrionales, las ondinas de los lagos nebulosos, las doncellas de los castillos encantados, y con esas soñadas hermosuras, todos los héroes legendarios de la humanidad, desde Sesostris hasta Napoleón, mirábase recluso en pobre y angosta celda, y ocupaba los días enseñando la declinación de *musa, musæ* á los chicuelos de su aula de latinidad.

No era valenciano Arolas; había nacido en Barcelona (1805); pero sus padres, que eran mercaderes, le trajeron á esta ciudad cuando tenía nueve años, y aquí se educó y se inspiró. Vocación suya fué entrar en las Escuelas Pías: en su niñez tenía fiebre de estudiar y de saber. Durante los dos años de noviciado, que pasó en Peralta de la Sal, patria del fundador de la Orden, despertó su corazón. Allí escribió sus primeros versos, desahogo turbulento de una pasión vaga y ardorosa (1). ¿Cómo profesó,

(1) *Cartas amatorias, Poesías pastoriles, Libro de Amores:* publicáronse en Va-

no contrariado, quien sentía en sus entrañas ese fuego terrenal? Arcano es éste, que no he visto explicado. Diez y siete años tenía: comenzó entonces su clase de latín, y dando lección de latín pasó la vida. Cuando dejaba de las manos la gramática, cuando cesaba el ruido de los bulliciosos escolares, cuando concluían los rezos de la comunidad, y se encerraba Arolas en su celda, reaparecía entonces la Musa fantástica y tentadora, coronada de estrellas y de palmas, de diamantes de Golconda y perlas de Ormuz, y abriendo los horizontes de la inspiración, le mostraba las maravillas de las ciudades asiáticas, la inmensidad del desierto, ó los esplendores del cielo, mezclando lo sagrado con lo profano, Jerusalén y Stambul, las odaliscas y los profetas, los deleites del amor con las grandezas de Jehová. Al día siguiente, el *Diario Mercantil* publicaba en su folletín los versos apasionados y febricitantes, producto de aquellas insomnes vigilias, versos que devoraba el público, sediento de esa poesía nueva, ardiente y fascinadora; y en las iniciales J. A. con que iban suscritos, encontraba el nombre del Padre escolapio, que con la *palmeta* levantada y el ceño fruncido, enseñaba á sus hijos el *musa, musæ* (1).

Favorecieron la exclaustración las circunstancias: los religiosos de las Escuelas Pías no fueron echados á la calle por la revolución; pero se les permitió salir á los que quisieron dejar la comunidad. Boix fué uno de los que salieron; Arolas no quiso

---

lencia, 1823. En 1837 publicó *La Sílfide del Acueducto*, leyenda romántica de poco mérito, referente á una tradición del monasterio de Portacœli.

(1) En 1840, el librero Cabrerizo publicó en un tomo muchos de los mejores versos de Arolas, con el título de *Poesías Orientales y Caballerescas*. Este volumen ha sido reimpreso varias veces. En 1842 salió á luz en Barcelona otro, *Poesías religiosas, orientales, caballerescas y amatorias*, en el cual todas son diferentes de la colección de Valencia. Esta segunda colección se ha reimpreso en esta ciudad el año 1883. Finalmente, el editor Juan Mariana publicó en Valencia, 1860, otra nueva colección de poesías de Arolas, en tres tomos. En ésta se incluyó todo lo desechado en las primeras. Además de sus composiciones originales, publicó nuestro poeta una traducción en verso de las poesías de Chateaubriand y de su tragedia *Moisés*.

quebrantar sus votos. Pagó su fidelidad con la razón y con la vida. La lucha era superior á las fuerzas humanas. En 1844 comenzó á trastornársele la cabeza; poco después estaba loco de remate. «Ora se creía en el Asia (dice uno de sus biógrafos) revolcándose entre esmeraldas y topacios, y respirando la esencia de aromáticos pebeteros; ora penetraba en la morada del Eterno y proclamaba su gloria en éxtasis deliciosos; ora, inflamado de honor y gloria, cantaba las hazañas de Polonia ó las esperanzas de Abd-el-Kader.» Así, víctima de su imaginación, vivió algunos años; en 1849 cayó la apoplegía como un rayo sobre su cerviz, y puso fin á sus sufrimientos. Aún os enseñarán en el Colegio Andresiano la celda del loco: ¡la tumba del poeta! (1).

Seminario Conciliar.—La prescripción del Concilio Tridentino sobre establecimiento de Seminarios sacerdotales, dióse por cumplida en Valencia por existir en ella los colegios religiosos que quedan mencionados. Pero, á la expulsión de los jesuítas, sintióse la necesidad de un centro de enseñanza eclesiástica, y en la misma Casa profesa de la Compañía fundó el arzobispo Fabián y Fuero, en 1780, el Seminario sacerdotal conciliar de la Purísima Concepción y Santo Tomás de Villanueva (2). Estuvo en aquel punto hasta que en 1816 hubo que devolver la casa á los jesuítas. Para dar local propio al Seminario, se adquirió poco después el antiguo caserón de los Condes de Real, en donde continúa aún, habiéndose reconstruído casi por completo el edificio en 1853. El Concordato de 1851 había aumentado la importancia de este Seminario, dándole categoría de

(1) La celda en que murió Arolas está en el segundo piso, junto á la escalera, y tiene ahora el número 24. Encima de ella, en el piso tercero, estaba la que ocupó durante su locura, la cual se ha destruído para hacer el gabinete de ciencias físico-naturales.

(2) El Papa Pío VI, por Bula de 1793 concedió para el sostenimiento de este Seminario, diez mil libras impuestas sobre las rentas del arzobispado.

Central, y hoy es un establecimiento bien servido y bien instalado, cuya fábrica de ladrillo y piedra tiene la severidad propia de su objeto, y en donde recibe adecuada instrucción la juventud que se dedica á la Iglesia.

MONTE OLIVETE Y LOS PAÚLES.— El arzobispo D. Simón López, que rigió la diócesis valenciana de 1824 á 1831, fundó un colegio de sacerdotes de San Vicente de Paul, construyendo al efecto un edificio, cuya obra no pudo concluir. Convertido hoy en Depósito de reclutas para Ultramar, destácase vistoso á la orilla derecha del río, cerca del puente del ferro-carril, y ofrece interés al amante de las tradiciones populares por la iglesia contigua, de Nuestra Señora de Monte Olivete, muy anterior á aquel colegio, y cuya leyenda dará poético remate á los fastos religiosos de Valencia.

Contaban nuestros abuelos que en el siglo XIV, cuando perdieron los cruzados los Santos Lugares, quedó prisionero de los asiáticos un valiente soldado, hijo de Rusafa y apellidado Alfonso. Sufrió mucho en poder de los musulmanes, que lo tenían por esclavo, tanto, que un día, instigado por la desesperación, apeló á la fuga. Corría sin saber á dónde, y al caer la tarde, hallándose en el campo desierto, sin conocer las veredas, en un país extraño y enemigo, á tan larga distancia de su patria, cayó en el desaliento, y como último y único recurso, encomendóse á la Virgen. La Virgen se le apareció entonces en un olivo. Acogióse á aquel árbol nuestro fugitivo, y creyéndose seguro bajo su providencial amparo, se durmió. ¡Cuán dulces fueron sus ensueños! ¡Ensueños de libertad, de salvación, de feliz retorno á la tierra natal! El alba le despertó; aún medio dormido, parecióle oir gorjeos de pájaros que le recordaban su país; cantares de labradores que sonaban como los de Valencia. Abrió los ojos: no estaba donde se durmió; la huerta de Rusafa se extendía á su vista; sus amigos de la niñez, sus compañeros y sus deudos le rodeaban. De los lugares de su cautiverio sólo quedaba el pro-

digioso olivo y entre sus ramas la imagen de la Virgen. Añade la leyenda que aquella imagen, pintada en tabla, fué conducida con gran júbilo y veneración á la iglesia de Rusafa; pero desapareció de ella para volver al árbol consagrado, y respetando el prodigio, erigiósele en aquel mismo punto una ermita, convertida el siglo pasado en la actual iglesia (1767-71). Aún se conserva en ella la Virgen legendaria, y en la plaza que ciñen bancos de piedra, un olivo, hijo del que se supuso milagrosamente trasladado de Tierra Santa. Aún se reunen todos los años en aquel ameno sitio los campesinos del contorno, el día en que se celebra el Dulce Nombre de María, y á la solemne función del templo, se unen, al són de la guitarra y la vihuela, alegres bailes y regocijadas canciones.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
8	30	*llispaniam*	*Hispaniam*
36	6	Dr. Villanova	Dr. Vilanova
45	22	Port-Tangós	Port-Fangós
57	34	Vivel	Viver
87	34	Eumevio	Eumerio
91	31	Ben Jucam	Ben Jacán
92	18	Abulcamí-ben-Ferro	Abulcasín-ben-Ferro
92	21	*(tadalí)*	(del colegio Tadalí)
126	14	*amrois*	*amoris*
287	Título del grabado.	PUERTA ROMANA	PUERTA ROMÁNICA
359	idem.	PEÑAGOLOSA. INTERIOR DE LA CUEVA SANTA	INTERIOR DE LA CUEVA SANTA
352	8	la obra, restaurada	la otra, restaurada
378	39	1848	1843
431	13	D.ª Laurina	D.ª Saurina
449	34	1358	1458
463	22	Carboneses	Carboneres
466	48	D. Josef Ortú	D. Josef Ortiz
476	10	en el foso	en el foro
510	13	Concejo	Consejo
581	20	Castellnon	Castellnou
604	7	obispo toledano	Obispo tolosano
663	27	*Vivorum*	*Virorum*
665	32	P. Salou	P. Salón
683	17	mucho gusto	mucho gasto
733	11	huertal	huerta
741	13	su priorazgo	un priorazgo

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS


3 2044 035 955 202

